



HISTORIA

DE

ESPAÑA.

HISTORIA
DE ESPAÑA,

DESDE EL TIEMPO PRIMITIVO HASTA EL PRESENTE,

POR

CARLOS ROMEY,

Y

TRADUCIDA POR A. BERGNES DE LAS CASAS,

AUMENTADA CON NOTAS CRÍTICAS Y ETIMOLÓJICAS, Y ADORNADA CON TREINTA HERMOSAS LAMINAS QUE REPRESENTAN LOS PASOS MAS NOTABLES DE LA HISTORIA ESPAÑOLA, LOS MONUMENTOS MAS GRANDIOSOS, Y LOS BUSTOS DE LOS VARONES QUE MAS HAN INFLUIDO EN LA SUERTE DE LA NACION.



TOMO IV.



BARÑA.-IMP. DE D. JUAN OLIVERES.
1845.

HISTORIA
DE ESPAÑA,

DESDE LOS PRIMEROS TIEMPOS HASTA NUESTROS DIAS,

por Carlos Romey.

PARTE TERCERA.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOSEGUNDO.

Política interior de Felipe II. — Diferencias entre los diversos estados de la nacion. — Castilla. — Aragon. — Cataluña. — Valencia. — Navarra. — Provincias Vascongadas. — Nápoles. — Sicilia. — Milan. — Franco-Condado. — América.

DESDE 1568 **HASTA** 1598.

Hemos estado viendo como Felipe II, muy ajeno de contentarse con la herencia de sus padres, ahincó siempre mas y mas en dilatarla y encumbrarla con nuevas conquistas. Era la España el estribo y cimiento de su poderío, y quiso continuarlo inmoble, avasallando rendidamente á sus adentros, pues para señorear los demas estados necesitaba tener bajo sus plantas el centro y el alma de sus dominios.

Pero mas ajena se hallaba todavía la España de aquella unidad política, tan precisa para el logro de los intentos de Felipe II; y para despejar el concepto cabal del estado de la Península en su advenimiento, hay que retroceder por un rato á los reinados de Fernando el Católico y de Cárlos V.

Se agolpan las circunstancias, se redoblan enlaces y sucesiones femeninas, y en fin se encumbra la España arrebatadamente á lo sumo de su poderío. Desde luego la unidad territorial es de suyo ventajosísima, y á nadie podia caber en la fantasía, allá en medio de los vaivenes, contrarestos y desmanes de los siglos XIII y XIV. En aquel vuelo rapidísimo, no tiene cabida la nacionalidad entrañable y jeneral que auna los ánimos; y así están los hombres materialmente reunidos en una sola monarquía, pero sus pechos laten con impulso, si no descompasado, por lo menos muy diverso. Sigue, en esta parte, la edad media, y la unidad de España á principios del siglo XVI viene á ser toda corporal y como de bulto, y con capa de uniformidad y enlace, vive mas y mas el desvio mútuo de los corazones, mal encubierto con la cortedad del tiempo.

Con efecto, en parándonos á desentrañar el estado del pais en los reinados de Fernando el Católico, de Cárlos V y de Felipe II, hallarémos, que no habia en realidad un reino de España. Habian las diferentes provincias conservado, con el dictado de reinos, condados ó señoríos, sus respectivas leyes y sus constituciones diversas; atesorando allá cada una, como en el tiempo de su independencia, sus fueros peculiarísimos; pues los de Aragon se diferenciaban de los de Castilla, estos de los de Navarra, Cataluña, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, sin asomo de semejanza. Vamos por partes.

CASTILLA.

Prepondera mas la potestad real en las Castillas y sus pertenencias que en los demás estados de la monarquía española, y sin embargo el empuje supremo tropieza, ó se roza, con muchos encuentros. Para la lid reñida y perpétua contra la morisma, cuantos componian la sociedad, en la edad media, se agolpaban á por-

fia sobre el enemigo comun, terciando todas las clases en el rescate de la patria. Clero, hidalgos y pecheros, echaron igualmente el resto, y se granjearon una independencia casi cabal.

A fines del siglo XV, los arzobispos de Toledo y de Sevilla, venian á igualar en opulencia y señorío á los antiguos de Maguncia, Tréveris, ó Colonia. Mantenia la grandeza en sus quintas, ó en sus alcázares, millares de hidalgos, pobrísimos por lo mas, pero valientes, y siempre dispuestos para escudar al señor en todo trance y lugar, contra cualquiera enemigo. Resplandecen por entónces todavía aquellas órdenes militares tan bizarras, y los grandes maestres de Santiago, Calatrava, Montesa y Alcántara, son allá unos soberanos como independientes del monarca, á quien están al parecer obedeciendo; y luego los pueblos por lo mas en posesion de cuantiosas regalías estando murados, franquean asilo seguro á los aldeanos, cuando los castillos de la nobleza no alcanzan á proporcionar suficiente resguardo contra una hueste poderosa. Abultan aquellas preciosas regalías, y ostentan el galardon de sus esclarecidos servicios.

Siguen á principios del siglo XVI enviando diputados ó *procuradores* a las córtes. Aunque elejidos libremente por sus conciudadanos, no tienen á la verdad iniciativa en las deliberaciones lejislativas, pero ejercen el derecho de residencia en la administracion pública, y de satisfaccion y desagravio en los desafueros, sin cuyo preliminar no pasan á votar impuesto ú gravamen sobre materia alguna. Varias ciudades, mas ó menos populosas de Castilla, disfrutan á la sazon además cierto instituto municipal que afianza sus franquicias, contrarestando en gran parte el desempeño cabal de la autoridad suprema.

Con efecto, ninguna intervencion cabe al rey en la eleccion de *ayuntamientos*, *cabildos* ó *cámaras* de los vecindarios principales y aun menores de Castilla. Por votos de vecinos, por ejemplo, se nombran los majistrados de Medina del Campo, y suelen ser sus elecciones harto desaforadas, y aunque el rey confirme ó no los nombramientos, jamás le cabe derecho para reemplazarlos. Los *cabildos* de Sevilla, Córdova y Granada constan de los llamados *veinte y cuatro*, por componer este número, encargados de la administracion concejil, presididos por un *alguacil mayor*, siendo sus cargos hereditarios, y pudiendo el poseedor únicamente beneficiar ó trasladar su título á favor de algun deudo.

Cuando la pujanza soberana prepondera y arrolla todo contraresto, tienen los ayuntamientos ó cabildos que ceñirse á sus meras incumbencias, pero en flaqueando la autoridad real, siempre se están propasando de su potestad mal deslindada, y entónces en vez de administrar se entrometen á gobernar, y á desmoronar las prerogativas del monarca.

Al asentar Felipe II su residencia en Madrid, concentra allí desde luego el gobierno de Castilla y de cuantos estados componen la monarquía, al arrimo de sus *consejos*. El *consejo de estado* en que Cárlos V, llamando á los diputados de su grandioso imperio, cifró su réjimen, queda luego trasformado por su cauto sucesor en *consejo de Castilla*, que se encarga de providenciar por medio de sus cédulas, en todos los ramos de la admininistracion pública, pues los de *Aragon*, de *Italia* y de los *Paises Bajos*, planteados por Felipe II y el de Indias, instituido por su padre, se ciñen absolutamente á sus respectivas dependencias; pero sus presidentes suelen á veces ser llamados para terciar en las deliberaciones jenerales. Se corresponden además respectivamente con los vireyes del antiguo y nuevo mundo, y les comunican sus disposiciones terminantes. Hay tambien consejos peculiares creados por Cárlos V y conservados por el sucesor, para la administracion de la hacienda, de la inquisicion y de las órdenes militares.

Nunca Felipe II asistió á las deliberaciones de sus consejos, haciéndose cargo de que en su ausencia se manifestarian con mayor ensanche las diversas opiniones, mas todos los viérnes tenian que acudir á la *consulta*, para manifestarle los negocios despachados en la semana entera, y luego con informes reservados venia á quedar enterado del pormenor de las discusiones. A veces se constituia el mismo presidente, y en seguida se despachaban sus decisiones á los vireyes y gobernadores.

Se solia fraguar en palacio, desde Felipe III, otro consejo reservado, que venia á ser lo que modernamente se ha llamado *camarilla*, en el cual se decidia sijilosa y por lo mas torcidamente, sobre todas materias. El duque de Lerma, el conde-duque de Olivares y otros gobernaron por este rumbo.

ARAGON.

Gobernábase Aragon como estado independiente, y la soberanía nacional resplandecia de nuevo en cada vacante del solio; pues con efecto el heredero lejítimo de la corona no podia usar aquel dictado, hasta despues de haber jurado solemnemente el mantenimiento de los fueros (1) del reino.

Residia la potestad en las córtes, compuestas allí, no de tres brazos, ó estamentos, como en Castilla, sino de cuatro, á saber, el clero, los ricos hombres, los infanzones ó hidalgos, y los

(1) Véase en el tomo anterior la fórmula del juramento.

procuradores de los pueblos, quienes disponian soberanamente sobre paz, guerra, impuestos y demás puntos fundamentales de gobierno. Solia convocarlas el rey de dos en dos años, presidiéndolas por sí mismo, ú por algun individuo de la familia real. Por lo mas duraba cuarenta dias la lejislatura, sin tener facultades el rey para prorogarla ó disolverla, sino con su propia anuencia, bastando la menor oposicion para orillar sus propuestas.

Los Aragoneses al avenirse á la incorporacion de su corona con la de Castilla, se esmeraron en resguardar el ramo judicial, manteniéndolo independiente de la potestad suprema. Seguian los tribunales subordinados al *Justicia Mayor*, quien debia escudar bajo todos conceptos, al pueblo, celando siempre la conservacion de sus derechos, y todo aragonés que se conceptuase agraviado tenia facultad para acudir ante aquel majistrado, pues en usando la fórmula solemne de *Avi fuerza*, el Justicia espedia su mandato para sobreseer á la ejecucion de la sentencia, y revisar el proceso, y en asomando por ella algun contrafuero, lo anulaba, quedando absuelto el reo.

A veces lo arrestaba en el recinto de Zaragoza, teniendo que estar á las resultas y presentarse ante el nuevo tribunal, á su corriente plazo.

El rey era quien desde luego nombraba al Justicia, sin facultades para deponerlo y reemplazarlo, y sin que le alcanzase mas responsabilidad que la reconvencion ó residencia de las mismas córtes.

Escrupulizaba y zelaba la nacion en tal estremo la libertad de sus fueros, que ni aun consentia que soldado alguno advenedizo, ni aun castellano, asomase por el reino.

CATALUÑA.

Conservaron los Catalanes, al par de los Aragoneses, sus fueros, cuyo oríjen, segun la tradicion, va á parar casi al mismo Carlomagno.

Deslindaban por ápices el pago de sus propios impuestos, gobernándose en todo por sus leyes peculiares. Todos los majistrados tenian que ser Catalanes de nacimiento, concentrando en sí mismos los empleos públicos; y en sobreviniendo guerra, determinaban por sí mismos el continjente de fuerzas que les cabia, pues la autoridad real estribando en su dictado de conde de Barcelona, su representante ó virey aposentado en dicha ciudad, carecia de toda potestad ejecutiva.

Estaba en manos de la *diputacion jeneral* (1), residente en Barcelona, y renovada anualmente por eleccion. Componíase de tres diputados que representaban, dice Melo, el estado eclesiástico, el militar y el real. Era estrañísima la forma de su eleccion, pues juntándose los tres brazos el dia de San Andrés, se sorteaban hasta cierto número de individuos, y luego iban escluyéndoles hasta que venian á quedar los precisos, y aquellos eran los nombrados.

Asistian á los tres diputados otros tres, uno de cada clase, con título ú concepto de letrados, que podian ó no reemplazarse anualmente. Correspondíase la diputacion con los majistrados municipales de Barcelona, llamados los cinco *concelleres*, como igualmente con los de todos los demás pueblos del principado, quienes se apellidaban ya cónsules, ya procuradores, ya jurados.

Abarcaba la *jeneral*, como se solia llamar á la Diputacion, además del principado de Cataluña, los condados del Rosellon y de Cerdaña.

VALENCIA.

La autoridad real en el reino de Valencia, en la Cerdeña y en las Baleares, no encontraba mas tropiezos que las jurisdicciones locales de la nobleza, y las franquicias municipales de algunos pueblos, siendo por lo demás, unas porciones anejas al reino de Aragon. Gobernábanla vireyes residentes en Valencia, Palma y Cagliari, quienes reunian la autoridad militar y civil, pero dependiendo siempre del consejo de Aragon, permanente en Madrid. Su nombramiento era trienal, pero solia el rey continuarlos por mas tiempo en sus destinos.

NAVARRA.

Quedaron solemnemente reconocidos los fueros de Navarra en 1090 por D. Sancho Ramirez, rey de Navarra y de Aragon, confirmándolos, con juramento irrefragable, todos los sucesores, en su advenimiento al trono.

Conservaban intactas los Navarros sus añejas regalías al principio del siglo XVI, y la administracion de la provincia, ó reino, paraba siempre en sus propias manos, y su cámara de justicia, residente en Pamplona, era independiente del consejo supremo de Madrid que estaba mandando á los tribunales de la corona de Castilla. Eran sus decisiones absolutamente soberanas, sin que el rey colocase mas que un vocal en aquel cuerpo, fuese ó no castellano, y todos los demás procedian de nombramiento de los mismos Navarros.

Pero el derecho de acuñar moneda y recaudar

(1) Es entre los Catalanes la diputacion jeneral el supremo majistrado, que representa la union y libertad pública, como allá entre los Romanos, antes del imperio, sus cónsules. Melo. lib. III. cap. 13.

las rentas reales correspondia al monarca, quien nombraba un virey, para representarlo en el reino de Navarra.

En tiempo de guerra, la nobleza tenia que tomar las armas, y mantenerse por tres dias, y pasado este plazo estaba ya en su mano el retirarse á sus hogares, si el rey no la asalariaba y sostenia en todo por su cuenta; sin quedarle absolutamente otro arbitrio para retenerla en sus banderas.

PROVINCIAS VASCONGADAS.

Tenia cada una su código peculiar de leyes, un juez de la provincia, elejido por los naturales y apellidado el diputado jeneral, una junta convocada anualmente para ventilar los puntos lejislativos y celar el mantenimiento de la constitucion, teniendo además cada provincia sus fueros particulares.

Estaba el gobierno de Vizcaya planteado en la forma siguiente:

El *correjidor*, nombrado por el rey, residia y votaba con la diputacion. Era letrado y tenia tres tenientes, de los cuales residia el uno en Guernica, con el dictado de teniente jeneral. El correjidor y los tenientes sentenciaban todas las causas civiles y criminales.

La diputacion, compuesta del correjidor y dos individuos nombrados por el pais, estaba encargada de la administracion de la provincia; votaba los impuestos y planteaba el sistema de defensa en caso de guerra, y en ciertas circunstancias de entidad, ejercia autoridad suprema.

Componíase la *junta jeneral* de los diputados de todos los pueblos de Vizcaya, pues cada uno escojia el suyo, en reunion concejil de discursos castizos, mayores y domiciliados. Acudian los diputados en el debido plazo so el árbol de Guernica, donde se comprobaban los poderes, llamando la diputacion á cada pueblo por el órden establecido desde tiempo inmemorial.

En seguida los diputados se guarecian en la ermita de D. Curlo Motas, á veinte pasos del árbol, y juramentandose allí, quedaba constituida la junta. Se proponian los asuntos en castellano, y luego se ventilaban en vascuence.

Las incumbencias de la junta eran, deslindar los desembolsos públicos, votar los impuestos y nombrar para los empleos vacantes. Para esto se dividian los pueblos en dos cuadrillas ó bandos, de onacinos y gamboanos. Tres electores sorteados de cada bando mostraban los sujetos adecuados para el desempeño de los cargos vacantes, y entónces se sorteaban de nuevo los candidatos. Luego cada bando elejia de nuevo un diputado, tres rejidores y un secretario, que venian á componer el señorío de Vizcaya. Disuelta la junta, el señorío ejercia su potestad por todo lo restante del año.

Las regalías principales de la provincia eran las siguientes:

1.ª Todo Vizcaino era hidalgo y gozaba las exenciones anejas á aquella jerarquía, aun cuando se ausentase de su pais para avecindarse en otra parte de España; bastándole para aquel goce la probanza de ser Vizcaino castizo.

2.ª Los Vizcainos no pagaban mas impuestos que los votados por la junta, con el nombre de don gratuito.

3.ª No podian ser sentenciados fuera de su provincia.

4.ª Gozaban de absoluta libertad de comercio, sin la cortapisa ó valla de las aduanas que atajase la comunicacion con Francia por el Pirineo; pues por la parte del señorío, las mercancías solo pagaban derechos en el rejistro de Orduña, á la entrada en Castilla; y aun allí se esceptuaban los productos de la misma Vizcaya, para internarlos francos por todo el reino. Y en fin no se podian plantear estancos en Vizcaya.

5.ª No habia en toda la provincia mas administracion real que la de correos y postas.

6.ª Los empleos públicos del pais no podian conferirse mas que á Vizcainos de nacimiento, quedando absolutamente esclnidos los demás Españoles.

7.ª No podia el rey enviar á Vizcaya tropas advenedizas, ni aun castellanas, pues hasta en caso de guerra los Vizcainos tenian que defenderse por sí mismos su provincia. Gozaban tambien el privilejio de no servir fuera de su territorio, contra su propio albedrío, y tan solo habia de ser pagándoles de antemano el sueldo convenido.

8.ª No podia el rey construir en Vizcaya fortalezas, sin el consentimiento de todos los naturales.

9.ª Gozaban los Vizcainos la prerogativa de *obedecer* á las órdenes del rey, sin *cumplirlas*, en oponiéndose á los fueros; ni tampoco se admitian en el pais las cédulas reales, sin presentarlas antes el correjidor al *pase de la diputacion*.

Al incorporarse el señorío de Vizcaya con la corona de Castilla, se afanó en que se sancionasen sus fueros por el rey Alfonso XI por las córtes de Burgos en 1334, y los sucesores de aquel monarca siguieron reconociéndolos, y el mismo Cárlos V los confirmó solemnemente en las córtes de Valladolid de 1526. Pero los diputados de Vizcaya le manifestaron que no lo reconocerian por su señor hasta haber jurado so el árbol de Guernica que respetaria sus privilejios.



PUENTE DEL BIDASOA.

...ntaba todos los años por el
...rovidenciar las novedades
...is; y antes de disolverse,
...es en cuatro diputados je-
...ntresacarse de las villas ó
...istian, Tolosa, Azpeitia ó
...cion tenia que residir por
...de aquellos pueblos, y el
...presidia la juntas cuando

...s Guipuzcoanos sus rega-
...de mas entidad son estas.
...su correjidor, ó juez su-
...as no tenian apelacion; y
...ta, y acompañaba á la di-
...manejo de la provincia.
...e reputaba hidalgo, y como
...do jénero de impuestos.
...lbedrío con Francia, In-
...ias contiguas de España.
...dad de su terreno habia
...es á todo jénero de indus-
...on el comercio su único
...rnando el Católico y Cár-
...coartarles un desahogo,
...e de España, pero sin el
...reve la Guipuzcoa.
...fuera de su territorio,
...ismos, en caso de guer-
...eses; y el rey no podia
...ueblos de San Sebastian
...tambien la regalía
...cuantas providencias
...ros.
...IV, espedida en 26 de
...ionaba aquel privilejio
...s que merecen citarse.
...luce al rey, al bien je-
...ella, que sus leyes y
...samente, mandamos,
...olor de algun decreto
...aya aprobado en jun-
..., se le contrareste, y
...*ten.*»
...fuera de la Península,
...monarquía española,
...ades que entorpecian
...ad suprema.

...IA.

...ireyes, residentes en
...no era ilimitada.
...ueblos sus privilejios
...los reyes de Aragon,
...s Mesina hasta la con-
...istrábala un senado
compuesto de seis individuos, nombrados en parte por la plebe y en parte por la nobleza,

... te individuos, nombrados por sus cincuenta y



Alava se dividia en cincuenta y tres distritos ó merindades, y se juntaba cada una el dia de año nuevo, para nombrar uno ú dos diputados, segun el grado de urjencia que fuese ocurriendo. Formaban entre todos la junta jeneral que nombraba, compuesta de setenta y tres votantes, un diputado jeneral encargado de velar el cumplimiento de las leyes. Se juramentaba para esto adorando una cuchilla antigua embebida en la pared del salon de la junta: « quiero, prorumpia, que este machete me degüelle, si no defiendo debidamente los fueros de la provincia.

Tenia, como majistrado supremo, su residencia en Vitoria, la capital, juntando en sí la potestad civil y militar, y sentenciaba sin apelacion. Auxiliábanle para el desempeño de sus funciones, un suplente y dos secretarios, nombrados por la junta, agregándole además siete individuos para servirle de consejeros. Se reelejia cada trienio el diputado jeneral, y tan solo la misma junta podia residenciarle.

Administraba un alcalde la provincia, siendo además juez en caso de incendio, homicidio ú atentado á la propiedad. Cabia apelacion de sus sentencias al diputado jeneral, y todos los hacendados que fuesen padres de familia acudian á su eleccion.

Comerciaban libremente los Alaveses con las provincias confinantes de España y Francia, al par de los Vizcainos; descargados igualmente del servicio militar. En caso de guerra con Francia, acudian á la defensa de Fuenterabia, como llave de las provincias, y por punto jeneral á la raya del Pirineo. Mas en cuanto á las providencias de Madrid, las recibian con acatamiento, y no las cumplian, al par tambien de los Vizcainos.

No se admitia en la provincia empleado alguno por autoridad real, pues todos los ajentes públicos se nombraban por la junta, ó mas bien por quince encargados con sus amplios poderes. La provincia por sí zelaba la seguridad púb ica, manteniendo al intento una compañía de treinta *celadores*, que al arrimo de los honrados habitantes, bastaban para mantener el sosiego y el buen órden por donde quiera.

Al incorporarse Alava en 1332 con la corona de Castilla, pactó la conservacion de sus fueros, y así todos los monarcas se avinieron á respetarlos. Fernando é Isabel los juraron al par de sus antecesores, y tambien los reconoció Cárlos V en las córtes de Valladolid.

Sucedia en Guipúzcoa lo mismo que en las otras dos provincias, pues respetaba igualmente la potestad real sus franquicias cuyo oríjen se engolfaba allá por las lobregueces de la edad media. La junta jeneral, compuesta de cincuenta y siete individuos, nombrados por sus cincuenta y siete *alcaldias*, se juntaba todos los años por el mes de julio, para providenciar las novedades que requiriese el pais; y antes de disolverse, refundia sus facultades en cuatro diputados jenerales que debian entresacarse de las villas ó ciudades de San Sebastian, Tolosa, Azpeitia ó Azcoitia. La diputacion tenia que residir por tres años en cada uno de aquellos pueblos, y el diputado de cada una presidia la juntas cuando le llegaba su vez.

Gozaban además los Guipuzcoanos sus regalías peculiares, y las de mas entidad son estas.

Ellos se nombraban su correjidor, o juez supremo, cuyas sentencias no tenian apelacion; y luego presidia á la junta, y acompañaba á la diputacion jeneral en el manejo de la provincia.

Todo Guipuzcoano se reputaba hidalgo, y como tal vivia exento de todo jénero de impuestos.

Comerciaban á su albedrío con Francia, Inglaterra y las provincias contiguas de España. La estrechez y esterilidad de su terreno habia precisado los habitantes á todo jénero de industria, que venia á ser con el comercio su único recurso; y por tanto Fernando el Católico y Cárlos V jamás intentaron coartarles un desahogo, gravoso para lo restante de España, pero sin el cual, se despoblara en breve la Guipuzcoa.

No tenian que servir fuera de su territorio, defendiéndose por sí mismos, en caso de guerra con Ingleses ó Franceses; y el rey no podia guarnecer mas que los pueblos de San Sebastian ó de Irun; y en fin les cabia tambien la regalía de obedecer y no cumplir cuantas providencias se estrellasen con sus fueros.

Una cédula de Enrique IV, espedida en 26 de noviembre de 1463, sancionaba aquel privilejio en los términos siguientes que merecen citarse. «Hecho cargo de que conduce al rey, al bien jeneral y al sosiego de aquella, que sus leyes y fueros se observen relijiosamente, mandamos, que si algun señor, socolor de algun decreto del rey, que antes no se haya aprobado en junta, quebrante sus fueros, se le contrareste, y si es necesario, *que lo maten.*»

Las provincias situadas fuera de la Península, y que correspondian á la monarquía española, gozaban tambien inmunidades que entorpecian el desempeño de la potestad suprema.

SICILIA.

Gobernaban la Sicilia vireyes, residentes en Palermo, cuya autoridad no era ilimitada.

Atesoraban todavia los pueblos sus privilejios antiguos, confirmados por los reyes de Aragon, encaramando allá los suyos Mesina hasta la conquista normanda. Administrábala un senado compuesto de seis individuos, nombrados en parte por la plebe y en parte por la nobleza,

acompañado de los veinte gremios que formaban el vecindario. El *Strático*, nombrado por el rey de España, quien luego no podia revocarle la potestad, y era el primer majistrado de la ciudad. Mesina se arreglaba sus propios impuestos, y sus tribunales ejercian una autoridad sin apelacion por todos sus contornos.

Solian tambien atajar al virey las regalías de Palermo. No le cabia imponer la menor contribucion, sin el beneplácito de los *procuratores* ó síndicos, presididos por el *pretor*; y en mediando desavenencia entre el jefe español y los majistrados nacionales, acudian eficazmente á su apoyo los pueblos de Catania, Agrijento, Siracusa y Trápani, al paso que Mesina, encelada de aquella capital, se ladeaba al partido contrario.

Los barones sicilianos, entre los cuales cuenta Capmany mas de sesenta alcurnias oriundas de Cataluña, se aferraban siempre mas y mas en sus prerogativas feudales; ajenos de todo impuesto, no padecian mas carga que la del servicio militar.

Gozaba además el clero varias inmunidades, que allá iban á parar hasta los primeros siglos de la edad media; y las estaba afianzando con esmero la Santa Sede, que tenia muy presente su derecho de suprema soberanía sobre la Sicilia.

Tropezaba siempre el gobierno dominante con tales obstáculos, y así se hacia muy árduo y vidrioso el desempeño de aquel vireinato; y para ir sorteando dificultades, era forzoso mantenerse en equilibrio ya con Palermo, ya con Mesina, granjeándose á todo trance los majistrados de suposicion, y dilatando mas la terminacion de negocios trascendentales. Arrimábanse al virey los empleados amovibles, pero los perpetuos se le atravesaban por lo mas con oposiciones tenacísimas, achacando sus providencias de arbitrariedades antojadizas; mientras ellos conceptuaban por desaire toda contrariedad. Solian entónces apelar ambos partidos al consejo de Italia en Madrid, y aquel choque entablado en Italia seguia encarnizadamente hasta zanjarse en España. Los Sicilianos mas y mas tenaces, acudian con sus quejas al arrimo de regalos y aun de amenazas, teniendo á veces el paradero de informes circunstanciados, que venian á derribar al virey; con tal estremo que por maravilla solian cumplir airosamente el plazo de su nombramiento, á lo menos en la primera mitad del siglo XVI. Juan de Lanuza, Hugo Moncada, el duque de Monteleon, Ferran Gonzaga, Juan de Vega, el duque de Medina, Garcia de Toledo, el marqués de Pescara y Marco Antonio Colina, fueron todos, ó arrojados por los Sicilianos, ó depuestos por Fernando el Católico y Cárlos V.

NAPOLES.

Si los Sicilianos acertaron con el rumbo adecuado para terciar en la monarquía española, eximiéndose de sus pechos y obligaciones, no cupo tan propicia suerte á los Napolitanos, sus vecinos y enemigos

Los vireyes de Nápoles pusieron en cobro las ínfulas de la nobleza, y el encono que el estado llano le profesaba; logrando con los vaivenes y halagos de su mútua competencia avasallar á unos y otros por entero. Supieron al mismo tiempo apear al clero de todo arrimo pontificio, prohibiendo bajo penas rigurosísimas la introduccion de todo breve que careciese del *cúmplase real*.

Yacian los Napolitanos al advenimiento de Felipe II bajo el albedrío anchuroso de los vireyes. Seguian sí á la sazon las dignidades antiguas de *juez*, *pretonotario y canciller supremo*, pero todas habian venido á quedar en meramente honoríficas. Los *Seggis* que se juntaban todavía y constaban de los diputados de la nobleza, y los *Elittis* ó síndicos, nombrados, como celadores, por los vecindarios para el sosten de los derechos concejiles, contrarestando las demasías de los Españoles, adolecian de suma flojedad y desamparo, desde que los vireyes se habian propasado á anular cuantas elecciones desdecian de sus intentos.

La potestad se cifraba en el *conciglio de Santa Chiara*, que ejerce el ramo de la justicia; y se componia de cinco consejeros españoles y diez napolitanos nombrados por el virey. En el *consiglio de la sommaria de camera*, al cual correspondia cuanto se rozaba con el patrimonio real, y en el *consiglio collaterale*, compuesto de dos Españoles y un Napolitano, y que se juntaba diariamente en el palacio del virey, cuyo consejo privado venian á formar.

Los tres consejos apuntaban listas de candidatos para todas las plazas vacantes en la administracion del reino; y como la corte de Madrid jamás se oponia á aquellos nombramientos, su representante venia á quedar el árbitro en todas las elecciones; y así los mas de los empleos eran para Españoles, ó bien para Napolitanos de alcurnia española, á quienes el pueblo llamaba jenízaros, por cuanto forcejeaban siempre por encumbrar las facultades de los vireyes.

MILANÉS.

Los gobernadores del Milanés estaban revestidos de la autoridad civil y militar, asistiéndoles una *consulta*, ó consejo privado, compuesto de los presidentes de los tribunales y de los jefes del tercio de Lombardia; pero enfrenaban

aquella potestad la del senado y los fueros del arzobispo y del concejo.

Planteó Luis XII el senado, al remedo del parlamento de Paris, lo conservó Cárlos V, y tenia el derecho de confirmar ó desechar las providencias supremas; y así los Milaneses lo estaban mirando como el antemural mas poderoso de sus fueros. Se habia el rey sin embargo reservado cierto influjo sobre aquel cuerpo, con el nombramiento de sus individuos, de los cuales tres eran Españoles; pero siempre su perpetuidad les afianzaba notable independencia; pues celaban ante todo el cumplimiento de las leyes, y contrarestaban cuantas providencias se les oponian. Nombraba el gobernador para todos los destinos, pero con el requisito de la aprobacion por el senado. Eran los nombramientos por dos años, á cuyo plazo era el senado árbitro de condecorarla, castigándolos en caso de haber delinquido. Y por fin tenia el gobernador la regalía de agraciar á un reo, pero siempre con el requisito de la aprobacion del senado.

La autoridad allá mencionada de los arzobispos de Milan, y sus conatos hartas veces muy certeros para escudar los derechos de la iglesia, subordinar los seglares á su jurisdiccion, atravesaban una gran valla contra las demasias de los gobernadores.

Las franquicias concejiles, subsistentes todavía en el siglo XVI, proporcionaban á los Milaneses nuevo rumbo para contrarestar á la potestad absoluta, pues incumbia á los majistrados populares el reparto de las contribuciones impuestas por los Españoles, esmerándose en mirar por los intereses de los contribuyentes. Para plantear un impuesto nuevo ú percibir algun don gratuito, tenia el gobernador que juntar los *consejos jenerales* de Milan, de Cormona, de Como y demás concejos. Aquellas reuniones, cuyos individuos se llamaban *decuriones*, se presidian, como en la edad media, por el respectivo *podestá*, nombrados todos por el gobernador. Pero les cabia suma independencia con el derecho que tenian de nombrarse por sí mismo los remplazos de las vacantes. Deliberaban sobre las propuestas que se les presentaban, decidian por mayoría de votos, y solian desechar las pensiones de dinero que les parecian muy gravosas.

PAISES BAJOS.

En los Paises Bajos nombraba el rey para todos los empleos superiores, administrando la justicia por sí, ó por su representante. Nombraba los *rejidores* que desempeñaban el cargo de jueces, y los *bailíos* que perseguian y ajusticiaban con sus disposiciones á los reos. Los juzgados de Flándes, Frisia, Holanda, la chancilleria del Brabante y el tribunal supremo de Malinas, tenian asesores; y todos percibian sus respectivos sueldos.

No era sin embargo la autoridad del rey absolutamente ilimitada, pues tenia que jurar, á su advenimiento, la observancia puntual y relijiosa de estatutos, privilejios, cartas de franquicia, exenciones é inmunidades, los fueros de sus respectivos vecindarios, derechos de señoríos, de pueblos, de provincias, de diques, de costumbres de cada pais, con todas las regalías antiguas y modernas de los diferentes estados, como lo espresa la fórmula del juramento prestado por Felipe II en Amberes y en Valenciennes, tras la renuncia de Cárlos V.

Las diez y siete provincias de los Paises Bajos, incorporadas sucesivamente por los duques de Borgoña, y agolpadas en un solo cuerpo con la pragmática sancion de Cárlos V, estaban todavía atesorando crecidos privilejios, que contrarestaban el empuje espedito y entonado del gobierno supremo; y luego tenia cada una sus leyes peculiares y su constitucion diversa.

Apreciaba en el alma la Holanda su *asinge*, ó derecho de sucesion; la provincia de Groninga sus leyes sobre deuda; la Güeldres su derecho foral; la Flándes el llamado de devolucion. Los Brabanzones se mostraban empapados en sus siete prerogativas, cuyas ventajas eran tan grandiosas, que solian las embarazadas de las provincias confinantes acudir para sus alumbramientos al Brabante, para que sus niños pudieran participar de las regalías de aquel pais predilecto; y una de aquellas prerogativas franqueaba las asonadas, descargando á los naturales del juramento de fidelidad, en quebrantando el príncipe la constitucion.

Atesoraba la Zelandia sus cartas de franquicia otorgadas por María de Borgoña, y Malinas vivia exenta de todo impuesto sobre las haciendas de todos sus señores. No se podia imponer gravámen alguno á las diez y siete provincias sin su beneplácito, componiéndose sus juntas al intento del clero, la nobleza y los consejos.

La organizacion de sus estados ó córtes, número de diputados, su grado de influjo y los alcances de su potestad, no eran idénticos en las diversas provincias; y por tanto crecia ó menguaba la autoridad del monarca en los Paises Bajos, segun la estension ó estrechez de las franquicias solariegas.

Encargó Cárlos V su desempeño á un gobernador residente en Bruselas, acompañado de su consejo supremo y luego otros dos inferiores, para la administracion de la justicia y el manejo de los caudales públicos. Podia convocar las córtes jenerales de todas las provincias, mas requiriéndose unanimidad de votos para el cum-

plimiento de sus decisiones, solia escasear aquellas convocatorias; y así para plantear algun impuesto, ú autorizar cualquiera providencia, preferia el ir negociando sucesivamente con los prohombres de cada provincia; y por maravilla lograba su intento, sin allanarse á nuevas concesiones sobre los antiguos privilejios, que ceñian mas y mas su predominio. Y aun así tenia que retraerse, con nuevos desengaños, de su ideada solicitud.

FRANCO-CONDADO.

Era el Franco-Condado parte de un círculo correspondiente al imperio. Gozaba la dependencia, ó por mejor decir, el arrimo del emperador de Alemania, desde el convenio ajustado en 1549 entre Cárlos V y Fernando. Un tratado de neutralidad, afianzado por los Suizos, le escudaba contra las guerras frecuentes entre las casas competidoras de Francia y Austria.

Con Cárlos V y Felipe II, siguió el Franco-Condado conservando sus privilejios, y se cargaba por sí mismo los impuestos, que nunca venian á colmar el erario del monarca, antes bien su importe se derramaba por el mismo pais, empleándolo en fortificaciones, carreteras y policía vijilante. El parlamento situado en Dole, y trasladado luego á Besanzon, moderaba en gran manera la autoridad del gobernador. Cabia apelacion de entrambas jurisdicciones al gobernador de los Paises Bajos, y aun recurrir en última instancia al consejo respectivo residente en Madrid.

AMÉRICA.

Dos vireyes avasallaban las posesiones inmensas de los Españoles en América, encargados al mismo tiempo del gobierno civil y militar de Méjico y del Perú. Revestidos además del derecho de administrar justicia, presidian las audiencias ó tribunales superiores residentes en Méjico y en Lima, que sentenciaban todas las causas civiles y criminales. Cabia apelacion de sus fallos al consejo supremo de Indias, pero la ley yacia desvalida contra la *potestad de las distancias* (1), que contrarestaba toda intervencion de aquel tribunal superior, y venia á dejar como absoluta la autoridad de los vireyes. Aun solian orillar las órdenes mas terminantes; en cuyo caso adoraban la cédula real en plena audiencia, y repetian la cláusula consabida: *Obedezco, pero no cumplo, porque tengo que representar sobre ello;* y luego corria la cédula por los labios de los oidores, repitiendo tambien las mismas palabras (2).

El nombramiento de los vireyes era por tres años, pero se solia prorogar el plazo por medio de presentes, ó sin ellos, y los hubo que se mantuvieron largos años en sus destinos. Habia además en América otros vireyes y otras audiencias.

(1) Espresion orijinalísima y harto espresiva de los célebres marinos D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa, en su informe reservado á Fernando VI.

(2) Noticias secretas. Apéndice, páj. 674.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOTERCIO.

Jeneralidades.—Réjimen particular de Felipe II.—Su lejislacion.—Violencias en Aragon y en otros paises.—Guerra de las Alpujarras.—Su terminacion con escarmientos ejemplarísimos.—El príncipe D. Cárlos.—Estado de la literatura.—Escritores eminentes.—Artistas.—Carácter de Felipe II.—Su laboriosidad.—Particularidades.—Acontecimientos memorables.—Fin de aquel monarca.

DESDE 1568 HASTA 1598.

Las provincias que componian en tiempo de Felipe II la monarquía española, no tan solo se dividian bajo el concepto político, sino tambien bajo el relijioso. Se contaba en España un millon de judíos sobre veinte millones de habitantes, teniendo sus sinagogas en las ciudades principales de ambas Castillas, y formando clase aparte en el pueblo.

Eran jeneralmente riquísimos, por cuanto escluidos de todos los cargos públicos, se dedicaban desaladamente al comercio, y casi todo el caudal de la nacion venia á parar á sus ma-



DON CARLOS.

sas. S
de la
puest
so pa
agut
zelos
logr
prur
cont
cien
fam
apo
cua
sen
l
ma
co
qu
F
c
t
i

nos. Solian ser tesoreros del rey, y apoderados de la grandeza, y luego fuera de un leve impuesto por cabeza para el clero, desde el siglo XIV, no padecieron, por largo tiempo persecucion alguna. Pero aquella opulencia solia enjendrar zeloso encono, con la tacha, tal vez fundada, de logreros insaciables. Al principio del siglo XIV prorumpieron los frailes en pláticas violentas contra ellos, y lograron alborotar la plebe, haciendo bautizar á viva fuerza á mas de cien mil familias. Se tildaba á sus descendientes con el apodo soez de *marranos* ó ralea maldita, por cuanto su conversion era fementida, y siguiesen practicando sijilosamente el culto de Moisés.

El roce incesante de los judíos con la morisma, tan perseguida y acosada como ellos, enconaban mas y mas el odio y aun el asco mortal que causaban á la jeneralidad de los Cristianos. Fernando en la capitulacion de Granada, concedió á los vencidos el ejercicio libre del culto mahometano, esperanzado siempre de que la inmediacion perpetua con los vencedores acarrearia, con el tiempo, un desengaño radical que hermanase entrambos pueblos. Frustróse su anhelo de estremo á estremo, pues tanto el vecindario de Granada como el de las Alpujarras se aferró fiel y tenazmente en su creencia, y sus relaciones íntimas con la morisma de Valencia y de otros puntos, amagaba en España con una sublevacion repentina y formidable; y así todo era zozobra y sobresalto mútuo, que estaban socavando el sosiego jeneral del reino.

Además, como á mediados del siglo XVI, las opiniones de Lutero y de Calvino se habian internado por España, hasta el punto de profesarlas algunas personas visibles sin rebozo. Agustin Gonzaga, capellan del rey católico, se carteaba con sus amigos de Jinebra, y prometió á Calvino que echaria el resto para que cundiesen las nuevas doctrinas; como sucedió efectivamente en Sevilla, Valladolid, Toro y Palencia; y luego se propagaron mas por las Andalucías, con los conatos del doctor sevillano Constantino, y todo paró en nuevo fomento, para las desavenencias relijiosas.

Estremaron su ahinco Fernando, Cárlos y Felipe para aunar las creencias, allanar privilejios y robustecer á todo trance el gobierno en todos sus ramos. Rompió Fernando la gran valla de los maestrazgos de Santiago, Calatrava, Montesa y Alcántara, cuyas órdenes, poseia, y así venian á quedar holgueras, y sin causar contraresto ni tropiezo para la autoridad real; quedando incorporados para siempre los cargos supremos de todos aquellos ramos de milicia.

Se esmeró tambien Fernando, para enfrenar la nobleza, en fomentar la Santa Hermandad, abarcando con su jurisdiccion toda trascendencia hasta por los cotos y vedados de los grandes. Encabezó igualmente al clero, alcanzando del papa la presentacion de todas las mitras, prioratos y abadías; y así la clerecía, en vez de estrecharse con el papa, que ya no podia ampararla contra el soberano, se doblegó solamente y con afan entrañable ante el rey, que era quien la habia de resguardar contra la santa sede.

Dispuso Fernando en 1492 la espulsion de los judíos, saliendo de España hasta cerca de un millon; pero los moriscos de Granada, emparedados entre la conversion y el destierro, antepusieron aparentar su avenencia á la relijion cristiana.

Redondeada se aparecia aquella unidad relijiosa afianzadora del sistema político, y tomó a su cargo el mantenimiento de la absoluta uniformidad en el culto, por medio de la Inquisicion. Su instituto era de guerrear contra los judaizantes, mas luego torció la puntería contra la morisma, y despues contra los innovadores modernos. Pero su intento era mas estudiado, pues echó mano de aquel instrumento para sus miras políticas, abarcando con la tenaza descomunal y arbitraria de aquel tribunal sangriento, entrambos reinos de Castilla y Aragon.

Por tan estraño rumbo encabezaron los reyes la fe, y por consiguiente quedaron árbitros del pundonor, haberes y existencia de todo súbdito y como electores del Inquisidor supremo, y de todos sus alateres ó acompañantes; y como el patrimonio y haberes de los reos quedaban confiscados á favor del erario, el producto venia á ser para el rey, quien disponia á su albedrío, aun cuando mediase donacion al mismo santo oficio.

Arma política vino á ser pues la Inquisicion en manos del rey de España, para plantear su desaforado absolutismo sobre los escombros de los fueros y libertades solariegas y sacrosantas. Máquina horrenda que, estribando sobre las sienes de la nacion entera, doblegó y postró a la nobleza, de suyo tan poderosa y desmandada, y avasalló tambien al mismo clero, cuya inmunidad ya no tenia cabida con aquel incontrastable predominio.

Adelante va Cárlós V con el sistema entablado por Fernando, pues en 1521, espide una cédula que fija seis meses de plazo á las familias judías y moriscas avecindadas en la provincia de Vizcaya, para evacuarla; á instancias de los naturales que ansiaban purificar el señorío de aquella ralea vil y malvada. Confírmase aquella disposicion en 1526, y por entónces los moriscos del reino de Valencia tienen que bautizarse, pues el edicto de Fernando, emparedándolos entre la conversion ó el destierro, habia qudado sin ejecucion, por cuanto la nobleza habia aparen-

tado al rey esponiéndole que iban á quedar yermas sus haciendas careciendo de aquel vecindario tan mañoso y eficaz.

En el reinado de Cárlos V se alborota la plebe, oponiéndose los hacendados que requieren de los mahometanos unos réditos exorbitantes, cuales no se avienen á pagar los arrendadores cristianos; mas aplacada la conmocion, aquellos desastrados, desentendiéndose de su bautismo violento, volvieron á sus creencias inveteradas. Pero el consejo de Cárlos V, presidido por el Inquisidor jeneral, califica de valedero el bautismo recibido á viva fuerza, con cuyo motivo se refujian un sinnúmero en Africa, y dejan vacíos mas de cinco mil albergues. Los mas valientes se enriscan por la sierra de Espadan, rechazan por meses el ejército real, hasta que por fin arrollados por el mayor número, dejan que bautizen á sus niños, y no quedan por fin mahometanos judaizantes en España.

Sigue Cárlos V el ejemplo de Fernando en valerse de la Inquisicion, para amasar la unidad relijiosa en España; y así la arroja contra los cristianos judaizantes y contra los moriscos de Granada y de Valencia, y mas contra los inovadores protestantes, atajando así en la Península el vuelo de la ilustracion en su carrera triunfal por Europa. La emplea tambien contra el clero, y así cuantos obispos se habian allá declarado por los *comuneros*, quedaron empozados en las mazmorras del santo oficio, de modo que ya el clero no se atreve á lidiar contra el poderío de la autoridad real.

La asonada jeneral de los Comuneros le franquea la coyuntura de avasallar pueblos y grandeza, pues el señorío retraido antes por su encono contra los validos flamencos, fué saliendo á luz y descollando de nuevo por aliciente del cardenal Cisneros, para contraponerlos á las comunidades; pues una vez estas vencedoras, temen los grandes que los concejos les desapropien de las pingües haciendas que tienen usurpadas; y esta zozobra los abanderiza con el rey, contribuyendo así á la derrota de los sublevados en Villalar (1522).

Fenece el caudillo de los comuneros, el heróico D. Juan Padilla en el cadalso, y aunque Cárlos V aparenta clemencia con los concejos rebeldes, se aferra mas y mas en dar al través con los fueros; pues convocando el año siguiente á córtes, viene á pautar el contenido de los poderes que han de traer los diputados de sus respectivos pueblos.

La innovacion mortal es la órden intimada á los diputados de votar los impuestos antes de mentar desagravios. Protesta el congreso contra aquel desafuero, se aferra Cárlos V, y el terrible ejemplar tiene fuerza de ley; y para avasallar mas y mas las córtes, así entónces como para lo sucesivo, les veda toda reunion preparatoria, al paso que los va cohechando individualmente, haciéndoles ó esperanzándolos allá con alguna fineza; y luego se anduvo reputando el nombramiento de diputado, como rumbo certero para medrar; en tan sumo grado, que en 1534 hubo castellano que para su eleccion gastó hasta 14 mil ducados (1).

La grandeza queda luego igualmente malparada. Con la conquista es ya muy indable su asistencia, sobrando aquellas catervas de hidalgos que solian mantener en sus alcázares, ó sus quintas; pues ya no hay teatro de guerra en España desde el siglo XVI, y así sus regalías como el sistema de Cárlos V, los tiene allá como arrinconados y ajenos de aquellas huestes asalariadas que están guerreando en Italia, Francia y Alemania. Asomando la corte escasamente por España, no les queda arbitrio para ostentarse al rey, en demanda de gobiernos ó vireinatos. Desviado de los ejércitos y escluido de los cargos supremos, conserva el señorío el derecho de terciar en las córtes y votar impuestos que no les alcanzan; pero tambien desmerecen aquel privilejio en 1538.

Manifiesta Cárlos su ánimo de que todos acudan al pago de un nuevo gravámen que intenta plantear, y contesta la grandeza que en Castilla tan solo el villano puede ser pechero, y que el menor tributo pagado por un hidalgo, desde luego lo apea de su jerarquía y lo desdora, pues desdice entónces de la sangre de sus antepasados. Cede el rey, mas ya no llama el señorío á las córtes, quedando así la descendencia de los reconquistadores de España reducida á la clase de meramente hacendada.

Redondea Felipe II el avasallamiento de los concejos, cerrándoles absolutamente la puerta de las córtes, y es tan terminante su influjo ó predominio en aquellas juntas que vienen á componerse únicamente de palaciegos, majistrados y jente asalariada por el gobierno; y así no asoma contraresto para el ejercicio cabal de la potestad absoluta.

Las córtes luego son trienales; el primer dia los diputados acuden al besamanos; y despues el rey preside la sesion de apertura, y en discurso muy estudiado va esponiendo los puntos sobre que han de recaer las deliberaciones del congreso. En seguida se levanta un ministro, y se esplaya con las particularidades que se le ofrecen. Los diputados de Burgos y de Toledo se pelean por la preferencia en hablar, como siempre, y se interpone el rey, segun costumbre, diciendo, « calle Toledo y hable Burgos, »

(1) Véase Marina, *Teoría de las Córtes.* I, 213.

y contestando este que necesita cierto plazo para arreglar su discurso, se abre la sesion.

Se emplea la segunda sesion en cargos contra los secretarios réjios, como intrusos en las córtes, y por mas que se insiste en el empeño de arrojarlos, queda sin resultas la propuesta. En la tercera se votan los impuestos bajo la atalaya de aquellos mandarines, y en las demás ya no incumbe á los diputados la precision de asistir á las deliberaciones, y cada cual se entiende personalmente con el rey, para sus propios intereses, ó los de su concejo. Hay luego una querella peculiar para el arreglo de peticiones ya jenerales ya particulares, y negando ó aviniéndose el rey, y por fin se cierran atropelladamente las córtes, para escusar desembolsos á los concejos.

Nada son ya entónces las córtes, reducidas únicamente allá á una especie de concejo cercano para auxiliarle en el remedio de tal cual abuso. No forman ya desde aquel punto una de las potestades fundamentales del Estado, por cuanto la iniciativa en materia de leyes y la decision absoluta se cifra en el monarca, quien tan solo reconoce en las córtes el derecho de presentarle memoriales, casi á manera de cualquier particular. Con tan estrecha valla, no asoma ya la menor continjencia, y el rey las está mirando ya, como un estribo en apoyo de su ilimitado absolutismo.

Remeda Felipe II á su padre en el desvío de la grandeza; y así aquellas alcurnias tan esclarecidas de Guzmanes, Mendozas, Enriqueses, Pachecos, y Jirones, no asoman ya por los ámbitos del gobierno. Meros hacendados, como se ha dicho, aquellos prohombres tan belicosos y tan asombradizos en punto á su indepeudencia, viven ahora arrincouados en sus quintas, ajenos de toda competencia en valentía y patriotismo, cifrándola únicamente en lujo y magnificencia.

Por este rumbo naufragan muchos y malogran hasta el escasillo influjo que les quedaba, y desde entónces los asombra y anonada la autoridad real, cuando allá sus antepasados causaban tantísima zozobra hasta á los mismos reyes de Castilla.

La clase hidalga se les fué desviando, voló á ultramar, se consagró á la Iglesia, ó se alistó en la milicia. Al franquearles el duque de Lerma las puertas del palacio, á principios del siglo XVII, todo habia variado, pues echando en olvido el vaiven que azoraba á sus abuelos, tan solo aspiraron á la regalía de cubrirse ante el monarca, ó en su aposento.

Aquel Aragon, tan descollante con sus leyes peregrinas, fué tambien al través en 1531. Encausado el ministro de Felipe II, Antonio Perez, huye á Zaragoza, para guarecerse con las leyes de su patria (1). Echa el resto Felipe para que se le procese y sentencie castellanamente, y por fin despechado intenta empozarlo en la Inquisicion, para desentenderse de los fueros aragoneses, pero se alborota voceando, « Vivan los fueros, mueran los traidores, » mata á navajazos las mulas del coche que lleva al reo, quien logra salvarse en Francia.

Prorumpió allá la reina Isabel un dia: « Estoy ansiando que los Aragoneses todos se subleven, para dar al través con sus fueros, » y mucho despues, el duque de Alba vino á espresarse en los mismos términos con Felipe II, quien estuvo muy puntual en asir la ocasion por su melena.

Envia tropas con motivo de la asonada que él mismo ha ocasionado. Júntanse los Aragoneses en pos de su antiguo pendon de San Jorje, y salen al encuentro al enemigo; pero sus desavenencias y la disciplina superior del ejército castellano contrarestan sus conatos, y entra la soldadesca de Felipe II en Zaragoza.

El ínclito *Justicia* D. Juan Lanuza fenece en el cadalso, y el rey le manda irónica, ó mas bien bárbaramente, celebrar exequias suntuosísimas, para honrar el cargo, dice, despues de castigar al rebelde. Sacrifica igualmente á los majistrados autorizadores de la resistencia, á los jefes de la milicia y á todos los prisioneros, acompañándolos hasta los frailes incitados á la empresa y sentenciados por la desalmada Inquisicion (2).

Emigran infinitos Aragoneses, huyendo de la cuchilla *filipina* y Felipe II, allanándole el pavor la carrera de su iniquidad, junta córtes en Zaragoza, sobre la raya de Castilla, y cercena y

(1) Harto sabidos son los muchos escritos del célebre Antonio Perez, mas no quedan todavía despejadas á las claras aquellas interioridades tan lamentadas y encarecidas por el interesado.

Como quiera, parece que el navarro Escobedo era amante correspondido de la tuerta y hermosísima princesa de Evoli, idolatrada del zelosísimo Felipe II, quien por medio de Perez, tal vez indiscreto en el trance, y tal vez tambien con intervencion de otros, hizo matar al favorecido. Lo cierto es que Arjensola en su historia particular de aquel suceso, culpa gravísimamente al trastornador Antonio Perez, pues así lo conceptúa, burlándose al mismo tiempo de los pelaires ó curdadores que *politiqueaban* sin término, y de las damas zaragozanas que *bachillereaban* sobre la guerra, como si ellas hubiesen de ser jenerales de artillería, ó campear en la milicia. N. del T.

(2) Se llama todavía *plaza de la Justicia* en Zaragoza el sitio donde sacrificaron al mártir de la libertad aragonesa, y aquel solar execrable debiera al contrario titularse, *plaza de la bárbara violencia y de la atrocidad infernal*. N. del T.

anonada despótica y sañudamente cuantos fu- ros pueden ocasionar el mas leve roce para l arranques impetuosos y antojadizos del predom nio réjio; teniendo los diputados que allana á cuantas alteraciones, ó mas bien vuelcos proponen. Se conserva el alto cargo de *just mayor* en esqueleto, y apeado en realidad d escelso encumbramiento, reservándose e el derecho de nombrarlo ó removerlo d mente y á su albedrío.

Las córtes le conceden el derecho de nom virey á cualquiera español quedando abo prerogativa del *veto* absoluto en todo di y requiriéndose tan solo la unanimidad e tísimo número de casos imprevistos. Pier córtes todo influjo en los tribunales y el apropia el derecho de presentar nueve ca tos para el desempeño de funciones judi de los cuales tenian que admitir hasta oc echando tan solo el noveno. Incorpora rona las baronías de Monelas y de Barca yos poseedores se hallan todavía reve derechos enormes en menoscabo de la a réjia; y invita á los condes de Ribag derle su territorio, para anular cua pr gativas van anejas á tan exorbitant

Yacen desde aquel memorable t d cantados fueros de Aragon, y la re campea á su albedrío, en manos depe dientes y de su arbitraria soldades esp tan solo entre escritos un asomo ros la ley que requiere unanimidad ab reconocimiento de cualquiera imp jando así el pleno desahogo en la co de la hacienda pública.

Para redondear absolutamente miento rendido de Aragon, Felipe autoridad mas amplia y aterrado llamado de la fe, confiriéndole po dela, y encastillándolo desde lueg morisco de la Aljafería, que desp edificio conservado al intento e la orilla del Ebro.

Alza al mismo tiempo, á títu contra la Francia, la ciudadela para enfrenar á los díscolos Nava carle los fueros, mas se malogró o coyuntura adecuada hasta mas ade igualar casi el pais con Castilla y Arago

No lastimó Felipe las cuestiones de Ca ni de las provincias Vascongadas, pero se e esmerando en proporcionar enlaces entre familias esclarecidas de todos aquellos paises, á fin de hermanarlos mas y mas en un solo estado.

Acude tambien su desvelo á mancomunar en las dignidades y encomiendas eminentes á los Aragoneses y aun Portugueses con los Castella-

ses, ... á clérigos denodados pa... autoridad de la santa sede; y así al ... bispado de Toledo á Quiroga, fué en galardon

CORDOVA



CARCEL DE LA INQUISICION.

anonada despótica y sañudamente cuantos fueros pueden ocasionar el mas leve roce para los arranques impetuosos y antojadizos del predominio réjio; teniendo los diputados que allanarse á cuantas alteraciones, ó mas bien vuelcos, les proponen. Se conserva el alto cargo de *justicia mayor* en esqueleto, y apeado en realidad de su escelso encumbramiento, reservándose el rey el derecho de nombrarlo ó removerlo diariamente y á su albedrío.

Las córtes le conceden el derecho de nombrar virey á cualquiera español quedando abolida la prerogativa del *veto* absoluto en todo diputado y requiriéndose tan solo la unanimidad en certísimo número de casos imprevistos. Pierden las córtes todo influjo en los tribunales y el rey se apropia el derecho de presentar nueve candidatos para el desempeño de funciones judiciales, de los cuales tenian que admitir hasta ocho, desechando tan solo el noveno. Incorpora en la corona las baronías de Monelas y de Barcabo, cuyos poseedores se hallan todavía revestidos de derechos enormes en menoscabo de la autoridad réjia; y invita á los condes de Ribagorza á cederle su territorio, para anular cuantas prerogativas van anejas á tan exorbitante señorío.

Yacen desde aquel memorable trance los decantados fueros de Aragon, y la potestad real campea á su albedrío, en manos de sus dependientes y de su arbitraria soldadesca. Respira tan solo entre escritos un asomo de fueros con la ley que requiere unanimidad absoluta para el reconocimiento de cualquiera impuesto, atajando así el pleno desahogo en la concentracion de la hacienda pública.

Para redondear absolutamente el avasallamiento rendido de Aragon, Felipe II revistió de autoridad mas amplia y aterradora el tribunal llamado de la fe, confiriéndole por via de ciudadela, y encastillándolo desde luego en el alcázar morisco de la Aljafería, que despues dejó por un edificio conservado al intento en la ciudad y á la orilla del Ebro.

Alza al mismo tiempo, á título de antemural contra la Francia, la cindadela de Pamplona, para enfrenar á los díscolos Navarros, y derrocarle los fueros, mas se malogró ó no se rodeó coyuntura adecuada hasta mas adelante, de igualar casi el pais con Castilla y Aragon.

No lastimó Felipe las cuestiones de Cataluña ni de las provincias Vascongadas, pero se cruzó esmerando en proporcionar enlaces entre las familias esclarecidas de todos aquellos paises, á fin de hermanarlos mas y mas en un solo estado.

Acude tambien su desvelo á mancomunar en las dignidades y encomiendas eminentes á los Aragoneses y aun Portugueses con los Castellanos; y por la marina emplea infinitos Castellanos en los primeros destinos de Portugal y aun de Aragon, como igualmente Vizcainos y Gallegos en Valencia, con el objeto grandioso y eficaz de embotar ó desvanecer enconadas competencias entre los súbditos de las varias y encontradas provincias de España.

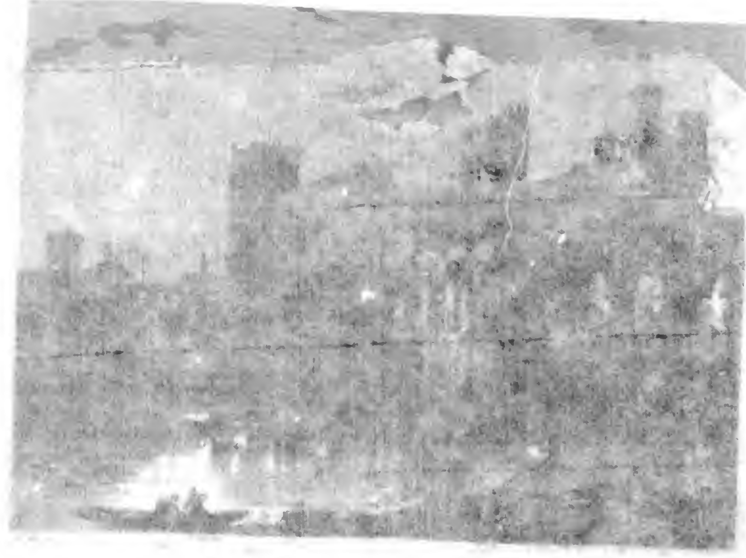
Plantea por fin ejército permanente, reclutándolo indistintamente por toda la monarquía. Su guardia castellana consta de veinte y dos compañías de caballería lijera, constituyéndose él mismo su coronel, y agregándoles un cuerpo todavía mayor de infantería á cincuenta plazas por cada division. Establece hasta mil y seiscientos jinetes, armados de lanza y broquel, para atalayar las costas del Mediterráneo contra los salteamientos de la piratería berberisca. Costea el erario público las guarniciones de Fuenterrabía, Pamplona, Cadiz y Cartajena; y hasta treinta mil hombres de milicia andan desparramados por toda la Península para enfrenar toda resistencia contra la potestad suprema.

Alienta Felipe II los ascensos estimulando el intento con emulacion pundonorosa. La antigüedad y la instruccion habilitan únicamente para el grado de maestre de campo. Se requieren cuatro años de servicio en clase de sarjento ó de alferez para el ascenso á capitan, son el intermedio de tenientes, y cuando menos seis años de soldado raso para ser sarjento ó alferez. Encarga á los capitanes que encabezen sus compañías con la jente mas robusta y valerosa, para que allí se haga acreedora, para anteponerla en el ascenso para sarjento ó alferez.

Promete el grado de capitan al soldado que trepe el primero en un bajel al abordaje, ó plante el pendon en la almena enemiga. Al cumplir veinte años de servicio, se granjean todos un apronto de trescientos ducados; y estas son, segun Herrera, las disposiciones del ordenamiento de 1527. En todos ellos se está echando de ver el afan por estrechar mas y mas á todos los Españoles, interesándolos en el engrandecimiento de la patria, cuya hermandad entrañable conservase sin contraste su poderío irresistible.

Se esmera, al par de sus antecesores en consolidar la union relijiosa de España, pues ya el clero católico quedó subordinado á la autoridad real, desde que Fernando alcanzó de la santa sede la provision de las prebendas; y Felipe está ejerciendo aquel derecho tan absoluta y despóticamente, que tan solo confiere mitras y abadías á sujetos capaces de favorecer á sus intereses, anteponiendo para las primeras dignidades á clérigos denodados para oponerse á la misma autoridad de la santa sede; y así al dar el arzobispado de Toledo á Quiroga, fué en galardon

CORDOVA



de la constancia con que arrostró la escomunion en defensa de la Iglesia, contra una bula opuestísima á sus intereses.

Suele enviar teólogos y predicadores por las serranías de Asturias y de Galicia, para ir enseñando la doctrina á pueblos atrasadísimos, y canonistas á Estremadura y Andalucía, como mas adecuados al temple chancero y receloso de aquellas provincias; y muchos á Indias, conceptuándolos á propósito para convertir al jentío idiota.

El clero todo arrima ansiosísimo el hombro para esforzar el sistema de Felipe, atajando ó desarraigando á todo trance el menor asomo de Luteranismo y demás zizaña antigua ó moderna. Clava, al mismo tiempo, su ahinco en la morisma allá mal convertida que practica y menosprecia el culto cristiano, pues frecuentan todos la misa por vivir en salvo del escarmiento que les amaga con su falta; y si presentan sus niños al bautismo, los lavan luego con agua caliente y á viva fuerza, mofándose del sacramento rejenerador. Se casan muy devotamente en la iglesia, pero vueltos á casa solemnizan á puerta cerrada su desposorio con cantinelas, danzas y ceremonias peculiares, al estilo de su nacion.

Se les tacha tambien de relacionados con la morisma africana, y principalmente con los Turcos, y Felipe se empeña en desarraigar por ápices su culto, y hasta sus usanzas. «La Inquisicion, dice Mendoza, toma á su cargo el atormentarlos, y el rey les manda que enmudezcan en cuanto á su habla, y se empareden y retraigan de todo roce con los mismos suyos. Les quita cuantos esclavos negros tienen, y crian á su modo y con cariño igual que á sus hijos. Les precisa á desechar su traje arábigo, y comprar á mucha costa ropajes á la castellana. Obliga tambien á las mujeres á que se destapen y manifiesten sus rostros, franqueando sus puertas que suelen tener cerradas; decretos á cual mas insufrible, para jentes amantísimas de sus estilos solariegos. Corre el rumor de que les van á despojar de sus hijos para criarlos en Castilla. Se les priva el uso del baño que apetecen todos de suyo, por aseo y por regalo. Se les vedan cantos, música, danza, desahogo y funcion de boda ó de agasajo, y hasta toda reunion placentera.»

Desesperada la morisma se abalanza á las armas en las Alpujarras, y escojen por su rey á D. Fernando de Valor, descendiente de los antiguos soberanos de Córdova, que recobra desde luego su nombre primitivo de Aben Humeya, que tuvieron ya sus antepasados.

Planta en su hacienda cuatro banderas encaradas con las cuatro partes del mundo; campea en medio el rey tremolando su gran manto de púrpura, y ceñida la sien con la diadema réjia. Entona luego su plegaria vuelto al oriente, y jura morir siempre fiel á su Dios y á la ley del profeta. Póstrase á sus plantas Aben Farax, en nombre de todos los asistentes, y adora la huella estampada en el suelo por el monarca; y Aben Humeya le nombra su caudillo justiciero. Crea desde luego majistrados y oficiales, mandando á toda la morisma, que al punto acuda á sus pendones.

Todo es bullicio y asonada por la Alpujarra, y Aben Farax se encamina á Granada con un cuerpo de siete mil hombres. Pero una gran nevada entorpece su marcha, y al asomar sobre el barrio de Albaicin, se halla acompañado tan solo de ciento y cincuenta soldados. Al presenciar los Moros de Granada aquella pequeñez, se desalientan y se malogra por entero el arrojo de Aben, Farax teniendo que regresar á sus Alpujarras.

Síguele el marqués de Mondejar con un cuerpo de tropas, y tiene que enriscarse con Aben Humeya por las cumbres de la sierra. Se aplaca por entónces el alboroto, pero las crueldades horrendas del escarmiento encolerizan mas y mas á la morisma, que con los auxilios recien llegados del Africa reasen las armas. Con este aviso quita Felipe el mando al marqués de Mondejar, y encarga el desempeño ejecutivo de la guerra á D. Juan de Austria; quien se empeña en acorralar á los rebeldes, arrojando de Granada á las familias moriscas, que siguen mas y mas suministrando armas y pertrechos, y aun abastos á sus hermanos.

Como los rebeldes logran siempre auxilios del Africa, coloca D. Juan, en crucero sobre la costa de Andalucía, las galeras de Nápoles para atajar sin arbitrio aquella comunicacion. Va luego sitiando y asaltando los fuertes de Galesa, Berga y Gubia, feneciendo hasta cien mil moriscos en aquellos encuentros. El desventurado Aben Humeya, acosado de cueva, en cueva y de risco en risco, perece al fin por mano de su propia soldadesca, y su inmediato sucesor Aben Bro, entregado por su propia oficialidad, queda degollado en la plaza pública de Granada.

Tal es el paradero de aquella rebelion que emplea por espacio de dos años gran parte de las fuerzas de España. Si la morisma de Granada, Valencia y las Andalucías se asociara desde luego con la Alpujarrería, ó si el sultan acudiera con llamada oportuna y eficaz, no cupiera á Felipe, quebrantado ya con tantos malogros, aquella victoria, sino á costa de mayores conatos. Para precaver igual continjencia, viene á despoblar el pais, trasladando el vecindario á otros puntos, ó vendiéndolo, despues de matar á los prisioneros, por esclavo en Africa.

Se empeña luego Felipe en la concentracion respectiva, tanto política como relijiosa, en

ñas. Fueron siempre creciendo por años y por meses, durante el reinado de Felipe II, recargando principalmente á las Castillas, pues la corona de Aragon estuvo en todo tiempo respectivamente mas descargada de impuestos, aunque menos aventajada en punto al comercio de ultramar, que venia á estar como vinculado en la de Castilla.

Mas esta solia ser la mas quebrantada en los fracasos frecuentísimos que estaba padeciendo la monarquía; por cuya causa las provincias esentas de cada dia se encariñaban mas y mas con sus fueros, que los escudaban contra los conflictos nacionales. Con efecto, mientras yacia la Castilla exánime y sajada por el desenfreno de los abusos gubernativos y asoladores, estaban los esentos disfrutando el beneficio de sus leyes patrias, que les facilitaban un réjimen atinado, espédito y económico, acarreando y engrandeciendo hasta sus últimos confines la paz, la justicia y el alborozo.

Consta por tanto, que el gobierno de Felipe II no acertó á beneficiar dignamente la España ni con un código apreciable de leyes, ni con un sistema militar bien organizado, ni con un arreglo equitativo de los diferentes ramos de hacienda pública, y que despojando á Castellanos y Aragoneses de sus respectivos fueros, no les compensó tan amargo y trascendental quebranto, con su acertado desempeño en la administracion ni con nuevos y fecundos arbitrios para el fomento de sus intereses.

Tampoco fructificaron las tentativas intensísimas de Felipe II para arrollar estos atajadizos ó tropiezos, que dificultaban el desahogo de la autoridad réjia. Se avinieron los Sicilianos á la Inquisicion, pero contrarestaron mas y mas á los vireyes, y aun á veces arrojaron de sí á los empleados españoles.

Los Napolitanos, aunque mañosamente desavenidos por el influjo de los mandarines, y quebrantados con su afeminacion y una sentina de vicios y torpezas, y por consiguiente incapaces de contrarestar el albedrío de sus vireyes, y mucho menos el poderío de Felipe II; jamás se apasionaron al dominio español, y á veces el descontento público estalló en sediciones que á duras penas se pudieron enfrenar.

En 1585 embistieron y degollaron á Vicente Estoraceo, su *escojido*, porque lejos de corresponder á su confianza, se avenia rendidamente á las insinuaciones del duque de Osuna, y aplacado el alboroto padeciesen los motores tremendos escarmientos, propasándose tantísimo el virey, que la corte le mandó terminantemente que publicase un indulto jeneral.

Tan poco afectos se mostraron siempre los Milaneses al gobierno de España, que ni aun se les admitia en el rejimiento de su mismo nombre esto es, de Lombardia; y á fines del siglo XVI al paso que medra mas y mas con redobladas creces la autoridad de los gobernadores, va siempre á menos la potestad del senado; siendo por fin el paradero arrollar totalmente la milicia el contraresto civil, oposicion que luego llega en el siglo XVII al estremo, cuando el teatro de la guerra se trasladó á la Saboya, el Monferrato y la Valtelina; y se enconó hasta el punto de que los Milaneses viniesen á echar menos el gobierno de Felipe II.

En cuanto á los Flamencos, ya se ha visto como se sublevaron en defensa de sus privilejios, malogrando hasta siete provincias y conservandose las otras diez con las victorias y el comedimiento de Alejandro Farnesio.

En resolucion tan desacertada es el sistema interno como el esterior, y aquel reinado esplendoroso, fué labrando en realidad aquel turbion de quebrantos que se agolparon sobre España en el siglo XVII, y acarrearon, con el exánime Cárlos II, el esterminio de la monarquía.

No hemos hablado de la catástrofe de D. Cárlos, tan largamente representada en la inmensa trajedia del aleman Shiller. No cabe desenmarañar interioridades ya remotas, y tan estudiadamente encubiertas, por si hubo indiscreciones y liviandad por parte del hijo, parece que la mayor culpa recae sobre la destemplanza y arbitrariedad del padre.

Por lo demás era Felipe II laboriosísimo, carteándose directa y personalmente con todos los dependientes de la monarquía, como lo manifiestan correspondencias todavía permanentes sobre asuntos al parecer de cortísimo interés para el conjunto de la monarquía. Solia trasnochar casi de contínuo, hasta el punto de que á veces los ministros que ni aun eran sus escribientes, al fin adormecidos, vertian la tinta en vez de la arenilla sobre el escrito del monarca, quien decia sin alterarse: «ese es el tintero y esta la salvadera; venga otro pliego» y estendia con redoblado ahinco, la carta, ó el decreto, que traia entre manos.

Empapado, al par de su padre, en la política, ni planteó establecimientos, ni fomentó la industria, ni estimuló las artes, ni las letras, y sin embargo, por instinto sublime, por el impulso guerrero y por la gallardía triunfadora, nacional y vivificante de aquel siglo, floreció y descolló todo, con el sumo esplendor que se verá en el capítulo siguiente.

s Mi-
se les
ibre,
XVI,
ladas
iem-
por
ia el
en
le la
to y
que
ier-

co-
os,
n-
h-

ma
es-
ur-
Es-
va-
ia.
ár-
nsa
ra-
la-
io-
que
y

r-
os
i-
es
és
o-
á
i-
en
,
y
ia
ne

a,
n-
y
n
a,
y
rá



MURILLO.

... UARTO.

...na. — *Su escuela.* — *El* ... *Alba*, *Garcia de Paredes.* ...: *la escuela valenciana* ... *sangre, antes que Harvey.* ... *inventor de la enseñanza* ... *a, Sanchez, etc.* — *Poe*... *te etc. y en fin Cervantes.*

...eño, Diego García de
...o detuvo un rato consi-
...ion francesa, dando lu-
...cuadronase la española
...a, y luego arrojándose
...do con los suyos y par-
...ctoria que consiguie-

...o natural de Cárlos V,
...en otros parajes con

...os de la misma escue-
...y de Parma y despues
...Farnesio.
...Hernan Cortés y de-
...do.
...marinos D. Alvaro de
...nte al derredor del
...a mencionado.

..., ...guísim...
...ionada victor...
...s V, gobernador s...
...lo el imperio de Af...
...edro Navarro, invento...
Nápoles, y luego conquistador ...
ejército que le aprontó el carde...

El gran duque de Alba que, cuan... estaba en todo el auje de su esplendor, con sus descubrimientos y conquistas en la India oriental, avasalló todo aquel reino en poco mas de tres semanas.

...la pintura, esce-
...leso al mismo Ra-
...orme de la acade-
...de cuadros del ma-
...o el asombro de

...y particularmen-
...que están como
...el lienzo.
...espresivo y Mo-

...ma la valencia-
...an de Juanes, Ri-
..., ...nosa etc. etc,

Descollaron en la arquitectura con Herrera, otros artistas eminentes, así como en la estatuaria Berruguete y otros muchos.

Se pueden ver en Palomino, Cean y otros mu-

CAPITULO CUADRAJÉSIMOCUARTO.

Armas, letras y artes. — El Gran Capitan fundador de la táctica moderna. — Su escuela. — El marques de Pescara, Antonio de Leiva, Pedro Navarro, el duque de Alba, Garcia de Paredes. — Artes. — Murillo rey de la pintura; Velazquez, Zurbarán, Morales; la escuela valenciana etc. — Inventores; Miguel Serveto, descubridor de la circulacion de la sangre, antes que Harvey. — Blasco de Garay, inventor de la navegacion con el vapor. — Ponce inventor de la enseñanza de sordo-mudos etc. — Escritores latinos eminentes, Mariana, Sepulveda, Sanchez, etc. — Poesias castellanas Herrera, Leon etc. — Prosistas Mendoza Zurita, Huarte etc. y en fin Cervantes.

DESDE 1568 HASTA 1598.

Brillantísima reseña ofrece al historiador imparcial y esmerado aquella caterva de prohombres, á cual mas eminente, que en armas, letras y artes encumbraron la nacion española sobre todas las del orbe antiguo y moderno, floreciendo casi todos en aquel siglo XVI tan para siempre memorable.

Mas en una Historia jeneral de España no cabe esplayar la pluma en cuadro tan grandioso, y es preciso ceñirse á los ámbitos competentes de un solo capítulo, esto es, á meras pinceladas, ó cuando mas á leves miniaturas.

ARMAS.

Ya se habló del Gran Capitan, Gonzalo de Córdoba, siempre triunfador, y sobretodo inventor indudable de la sublime táctica moderna perfeccionada, ó mas bien, estendida, despues por Federico y Bonaparte, hasta el punto en que actualmente con mucha razon se celebra.

Salieron á luz de su esclarecida escuela Don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, napolitano de nacimiento, pero de alcurnia y carrera española, vencedor inmortal en la incomparable batalla de Pavia.

Antonio de Leiva, riojano, que jamás usó de distintivo de la hidalguia que no le cupo en su cuna; dignísimo compañero de Pescara en la mencionada victoria, y luego en ausencia de Cárlos V, gobernador supremo, á temporadas, de todo el imperio de Alemania.

Pedro Navarro, inventor de las minas, en Nápoles, y luego conquistador de Oran con el ejército que le aprontó el cardenal Cisneros.

El gran duque de Alba que, cuando Portugal estaba en todo el auje de su esplendor, con sus descubrimientos y conquistas en la India oriental, avasalló todo aquel reino en poco mas de tres semanas.

El ajigantado estremeño, Diego García de Paredes, que por sí solo detuvo un rato considerable á toda una division francesa, dando lugar á que se armase y escuadronase la española que estaba desapercibida, y luego arrojándose al rio logró juntarse á nado con los suyos y participar de la completa victoria que consiguieron.

D. Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, triunfador en Lepanto y en otros parajes con redoblada gloria.

Fueron tambien alumnos de la misma escuela, los duques de Saboya y de Parma y despues el imponderable Alejandro Farnesio.

Ya se habló del sin par Hernan Cortés y demás héroes del Nuevo Mundo.

Sobresalieron entre los marinos D. Alvaro de Bazan, y el primer navegante al derredor del mundo Sebastian del Cano ya mencionado.

ARTES.

Bartolomé Murillo, rey de la pintura, escediendo en perfeccion y embeleso al mismo Rafael, como consta por el informe de la academia de Paris, sobre la galería de cuadros del mariscal Soult, que están siendo el asombro de aquella capital.

Velazquez, pintor universal y particularmente animador de los caballos, que están como corriendo y relinchando sobre el lienzo.

Los estremeños Zurbarán el espresivo y Morales apellidado el divino.

Compite con la escuela sevillana la valenciana, compuesta de Ribera, Juan de Juanes, Ribalta, Espinosa etc. etc,

Descollaron en la arquitectura con Herrera, otros artistas eminentes, así como en la estatuaria Berruguete y otros muchos.

Se pueden ver en Palomino, Cean y otros mu-

chos, los centenares materialmente de artistas que sobresalieron entónces por todos los ramos de tan esplendorosa carrera.

LETRAS.

Encabezará el esclarecido catálogo Miguel Serveto, natural de Villanueva de Jijena en Aragon, abrasado en Jinebra á fuego lento por el monstruo infernal Calvino, á causa de no sé qué cavilaciones aereas sobre misterios incomprensibles. El mártir de la irracionalidad fué el verdadero descubridor de la circulacion de la sangre, como consta por sus escritos, y no Harvey, segun vulgarmente se cree.

El monje cisterciense Ponce, inventor del arte de educar á los sordo-mudos, perfeccionado despues por el zaragozano Boneta, y modernamente por los Franceses Sicart y abate de l'Epee.

Florecieron al mismo tiempo un sinnúmero de humanistas de primera jerarquía.

Despues del gran lenguista Arias Montano, se encumbraron:

Mariana, segundo Tito Livio.

Juan Jinés de Sepulveda, tambien grande historiador.

Luis Vives, sabio universal.

Sanchez de las Brozas, fundador de la ciencia gramatical.

Antonio Agustin, fundador de la ciencia numismatica.

Chachon, bibliotecario del papa.

Pedro Valencia, comendador perspicaz y orijinal de Ciceron.

La Cerda, comentador inmenso de Virjilio etc. etc.

Además de los teólogos de nombradía, como el elegante Melchor Cano y otros, hubo infinitos juristas eminentes, como Covarrubías, Gregorio Lopez etc.

Entre los médicos, lo fué del papa y sobresalió en Europa Laguna con otros muchos.

Viniendo ahora á las letras castellanas.

POESIA.

Garcilaso y Boscan, si no introdujeron por lo menos jeneralizaron el verso endecasílabo y metro italiano en nuestro idioma. Siguiéronles con aplauso Herrera, Leon, Jil Polo y otros que si bien no pudieron alcanzar la gala, el embeleso y en una palabra la perfeccion sublime de Melendez y de Arriaza, se leen siempre con aprecio, por su castizo lenguaje, sus afectos sencillos y á veces por su raudal verdaderamente poético y halagüeño. Véanse el citado Herrera, Rioja y otros; reinando siempre Ercilla con su Araucana, á pesar del insultante menosprecio de Voltaire, cuya Henriada es seguramente menos épica que la imperfectísima epopeya castellana.

PROSISTAS.

Asoman desde luego Mendoza, aunque remedador, tal vez servil, de Salustio.

Zurita exactísimo analista, bien que harto difuso y desalentado en su lenguaje.

Juan Huarte, en su Exámen de Injenios.

Los historiadores de América Herrera, Zárate, Garcilaso, el sencillísimo soldado Bernal Diaz del Castillo, y otros muchos... pero cual astro animador de la naturaleza; resplandece con la espada en Lepanto, y con la pluma en el orbe, el héroe-autor, el inválido menesteroso, el injenio de los injenios, y segun allá un escritor inglés, el timbre y el desdoro de España, el fundador de la verdadera prosa castellana, en fin Cervantes.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOQUINTO.

Reinado de Felipe III. — Sigue el rumbo equivocado de su padre, afanándose en estender mas la monarquía. — Contratiempos y apuros. — Conspiracion de Zúñiga. — Privanza del duque de Lerma. — Sus menguados alcances. — Su lujo y altanería. — Vaivenes políticos. — Varios acontecimientos. — Preponderancia de la marina inglesa desde aquella época. — Paz de Holanda.

DESDE 1598 HASTA 1609.

Arrinconó Felipe II la majestad en soledades lóbregas y angustiosas. Se asomó de lejos á los acontecimientos, ateniéndose á relaciones ajenas y tal vez fementidas, todo se le volvia zozo-

bra y desconfianza, y crió á su hijo solitario, aun desviado de su propia hermana, la cual era únicamente quien desarrugaba la frente al monarca anciano, acosado de achaques y de quebrantos.

Imputó á la Providencia sus fracasos, y aquel mismo que ni por asomo prorumpió en raptos de alborozo con la victoria de Lepanto, ni empañó de amargura y desconsuelo su semblante con el esterminio de la armada, vertió lágrimas sobre el porvenir de su amada España, esclamando: « aquel Dios mi favorecedor con tantísimos estados, no ha tenido á bien agraciarme con un heredero capaz de gobernarlos. »

Fallece Felipe II el 13 de setiembre de 1598, y Felipe III sucede á su padre, de edad de 21 años. Se le ensalzó jeneralmente por su relijiosidad, su desprendimiento, su cordura y su valentía. Hecho cargo de su escaso desempeño, desde luego se pone en manos del duque de Lerma, su privado; y desde luego tambien el nuevo ministro derrama á diestro y siniestro sobre sus hechuras los primeros empleos de la monarquía. Su tio D. Bernardo de Sandoval se alzó con el arzobispado de Toledo y el cargo de inquisidor jeneral; proveyó la presidencia de Castilla en Miranda, el vireinato de Portugal en Moura y la secretaría del consejo de estado en Franqueza.

Virey de Valencia su hermano, de Nápoles su cuñado; jeneral de las galeras de España su yerno mayor y el segundo presidente de Indias; y así entre deudos y amigos va Lerma repartiendo todos los cargos de mayor entidad, quedando Felipe para instrumento de los antojos de su mandarin, por lo cual el duque de Osuna solia llamarle el tambor mayor de la monarquía.

Orillóse la guerra, por estar exhausto el erario, pues Felipe II habia desangrado el reino por acudir á guerras insensatas y echar el resto en sus dispendios; y en el mismo dia de su fallecimiento, escedieron los desembolsos á las entradas en mas de millon y medio de ducados, resultando una deuda de ciento y cuarenta millones de los mismos; y así no quedaba mas arbitrio que la paz, á fin de precaver el esterminio de la monarquía entera.

Mas no por eso amainó el intento de la monarquía universal, soñada por el padre. Con efecto, aspira Felipe III al dominio de Hungría, y encarga á su embajador en Viena D. Baltasar de Zúñiga que inste con ahinco para su formal entrega. Asesta al mismo tiempo sus miras al solio de Inglaterra, y está acechando la muerte de Isabel para esforzar sus pretensiones.

Está igualmente codiciando la Valtelina y la Saboya, y arma asechanzas al rey de Francia, esperanzado de arrojarlo del trono, y entretanto anhela todo jénero de preeminencias entre los soberanos de Europa, cifrando toda ley en su propia preeminencia y comedimiento.

Con tales ínfulas se entablan gastos exorbitantes, pues á todo trance hay que costear un gran partido en Alemania, Italia, Francia é Inglaterra; y tan solo en los estados pontificios, tiene Felipe III pensionados al duque de Urbino, á los Orsinis, á los Gaetanis á los Cesarinis y á crecido número de cardenales, dando al duque de Urbino doce mil escudos anuales y el sueldo de cuatro coroneles, veinte capitanes, cien hombres de caballería de línea, doscientos de caballería lijera y cuatro compañías de infantería, no habiendo ciudad en Italia que no estuviese asalariada por España, pues como dueño del Milanés y de Nápoles, apetece Felipe III aherrojar con su influjo la Italia central, y poseyendo el Veneciano y la Saboya, hollar con su dominio la falda de los Alpes.

Abanderiza tambien la Alemania asalariando los católicos de Baviera y de las provincias renanas; pero se entraña principalmente en el Austria, ya para estrecharse mas y mas con el emperador, ya para escudar sus intentos sobre la Hungría y la Bohemia. Su embajador D. Baltasar de Zúñiga en 1612 recibe libramientos por mas de tres millones de reales, para espenderlos en aquel objeto; el cardenal de Strigonia, residente en Hungría, cobra una pension anual de tres mil ducados, aumentando y redoblando su pension á otro cardenal apostado sobre la misma presa. El arzobispo de Viena participó tambien algunos miles.

Hubo conatos de cohechar al archiduque Fernando, que imperó despues, y le cupo dinero y aun tropa que le auxilió para arrojar á los Turcos de la fortaleza de Canisa. No cabe al mozo Fernando el desprenderse de Hungría ni de Bohemia que van á ser suyas, pero se compromete con Felipe III para cederle en algun tiempo una provincia de Austria.

Tales son los medios, y tan sumo el auje de la marina inglesa con los afanes de Isabel, que interesa infinito España en seguir pacíficamente con aquella potencia, pues

Con todos guerra
Y paz con Inglaterra.

canta el refran castellano; mas no por eso deja el ministerio español de entenderse con los católicos de Inglaterra, Escocia é Irlanda; estableciendo seminarios de Ingleses y Escoceses en España y en los Paises Bajos, y escitando mas y mas turbulencias en los tres reinos. El embajador de España en Francia, D. Iñigo de Cárdenas, añade en 1612, á la lista mas cumplida de pensionados de España, hasta veinte nobles de

Escocia, y á instancias del jesuita Andércon, dispone la fundacion de un seminario en Dole, para ir labrando predicadores destinados á Inglaterra y Escocia.

Echa además el resto Felipe III para alterar la union, tan dichosamente planteada en Francia con la paz de Vervins; y el gobernador de Milan está mas y mas estrechando al duque de Saboya para que retenga el marquesado de Saluces, pedido ahincadamente por Enrique IV, y antes de llegar las sumas van ya de batidores por delante cuantiosísimas promesas.

Entra desde luego Cárlos Manuel en los planes de España, y se entiende con el duque de Biron, gobernador de Borgoña, á quien los Españoles instan con empeño á la rebeldía, y se alistan á miles de descontentos con la conjuracion. Es su grandioso intento el descuadernar el gobierno, y construyendo á los gobernadores independientes, reponer la monarquía en el estado que le cupo en el reinado de Cárlos VI.

Deben los adalides arrogantes de aquel nuevo feudalismo reconocer el predominio de España, y aprueba el conde de Auvergne, Cárlos de Valois, el pensamiento, comprometiendo á su suegro, el condestable de Montmorency, en el lleno de su empresa. Se trató de cohechar los Hugonotes, brindándoles con las provincias de poniente y aun todo el Delfinado.

Sábelo todo oportunamente el rey, acude ejecutivamente y desquicia la conjuracion; arroja al duque de Saboya allende los Alpes, y aunque conserva el marquesado de Saluces tiene que ceder la Bresa y el Bujey. Deguella al duque de Biron; madama de Verneuil logra el indulto del conde de Auvergne; condena al baron de Fontenelle que espira en el bárbaro martirio de la rueda, acompañándole un calabrés, camarada suyo.

Felipe III se desentiende de sus parciales en el trance, pero sigue con su sistema de negociaciones fementidas. Mientras Sully, al ver que la guerra está á punto de estallar, va fundiendo artillería y pertrechando los arsenales, averigua con asombro, que lo mas recóndito de sus interioridades queda al golpe sabido en España. Le consta igualmente que durante su embajada en Lóndres, toda su correspondencia reservadísima, se habia manifestado de plano en el gabinete de Madrid. Recaen sus recelos en un tal Villeroy, afectísimo á España y opuesto á Enrique IV, propenso al protestantismo; y con efecto, el francés Hoste, refujiado en España y escribiente de Villeroy, lo denuncia, y el reo no logra sincerarse cabalmente de aquel cargo.

Los amaños del ministerio español tienen sitiado á Enrique IV, y descubre por fin que sus cifras están vendidas á Felipe III, por el primer oficial de una secretaría. La reina María de Médicis y sus confidentes de ambos sexos, están de continuo prorumpiendo en arranques y anhelos españoles, y el rey averigua luego, que su manceba, la marquesa de Verneuil, se cartea en España, y se abriga á la sombra del embajador D. Baltasar de Zúñiga, quien le brinda con el amparo de su amo, en caso de que muriendo el rey, María de Médicis tratase de atropellarla; y al prender los alguaciles al conde de Entragues, padre de la marquesa, en su quinta de Marcussis, se hallaron, embutidas en el macizo de una pared, tres cartas del rey de España, cuyo contenido era solicitar el reconocimiento de su hijo por Delfin, al fallecimiento del rey de Francia.

Nueva trama de Zúñiga sale á luz, en el año siguiente, con el objeto de entregar Marsella á los Españoles, pues un hidalgo provenzal, Luis de Merargues, que está mandando allí dos galeras, y luego va á entrar en el cargo de veguer, ó primer majistrado de la ciudad, tiene prometida su entrega á la tropa de Felipe III. El gobernador de Provenza lo denuncia, y lo prenden repentinamente en Paris, con un secretario de la legacion española que se halla en su casa. Se queja el embajador de la tropelia, pero contesta Enrique IV que el delito sincera la providencia, y condenan á muerte como reo de alta traicion á Merargues.

La Francia se afana en contrarestar por donde quiera á la España, y cortarle á todo trance los vuelos, y Enrique IV repite, que España y Francia son los platillos de la balanza, y que nunca se puede empinar el uno sin que el otro descienda. Con este intento, acuerda encabezar todo el partido protestante de Europa, y habérselas con el emperador y el rey de España; y conceptúa el rumbo mas adecuado el arrojar á Felipe III de Lombardía y traspasándola al duque de Saboya, incorporar el Franco Condado con su reino, y agolpando al mismo tiempo las provincias católicas de Flándes á la república de holanda; pero la muerte le ataja su soñada carrera.

Al recapacitar que la España se halla indefensa; que es María de Médicis muy española de corazon, y que al par de sus Italianos está siempre muy relacionada en España, y que el conde de Epernon encabeza el catolicismo, se deja discurrir desde luego que los verdaderos matadores de Enrique vienen á quedar impunes.

Habia España, en vida de Enrique, propuesto el redoblado enlace, del tierno delfin de Francia con una infanta y del príncipe de Asturias con una hija del rey de Francia, y á su muerte renueva su ofrecimiento á la rejenta, quien desde luego la admite con ansia entrañable; y en seguida se ajusta el desposorio de Ana de Aus-

tria con Luis XIII, y el de Isabel de Francia con el hijo de Felipe III.

Mas no se ciñe España á meras negociaciones para conservar, ó restablecer, su predominio en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra, pues acude tambien á la fuerza, en pos de su siempre soñada monarquía universal. No cesa la guerra de Felipe II, y en los diez años primeros del reinado de su hijo, redobla mas y mas su ahinco para el recobro de las provincias rebeladas, pero el denuedo de su tropa y la maestría de sus caudillos, se estrellan contra el teson empedernido de los aferrados Holandeses.

Sobreviene con efecto la sangrientísima batalla de Newport, que burló en parte las esperanzas de Felipe III, con los cinco mil veteranos que yacen lastimosamente en el campo de batalla, perdiendo además artillería, bagajes y pertrechos, sin que la toma de Ostende por el marqués de Spinola compense las resultas de tamaño descalabro; pues durando aquel sitio cerca de tres años, es ya la ciudad tan solo un monte de escombros, cuya posesion ha costado largos miles de guerreros.

Avalora Mauricio de Sajonia aquella coyuntura, señorea las Esclusas, cuya posesion, es de suma importancia para los Holandeses; y al mismo tiempo los rebeldes se están enriqueciendo con espediciones venturosas contra las colonias españolas y portuguesas en América y en la India oriental; y mientras hierve el dinero en Holanda, yacen las provincias españolas en yerto desamparo.

Para estremar el trastorno, las tropas de Spinola mal pagadas, se desmandan y están pidiendo con las armas en la mano sus alcances, y no mediando arbitrio, pasa Spinola personalmente á Madrid, en demanda de caudales; pero es tan rematado el apuro, que el ministerio empeña ó antevende el cargamento de la flota. Suministra el consulado de Cádiz la suma anhelada, pero receloso del ministerio, requiere la palabra del mismo marqués, con cuyo requisito la entrega por fin, y el jeneral regresa pertrechado de las credenciales que le afianzan y luego aprontan el importe enorme de aquellos alcances, y por fin logra ponerse en ademan de esforzar la guerra con pujanza.

Pero mientras España se desahoga en Europa á tan exorbitante precio, está allá padeciendo mayores quebrantos por todos los mares. El almirante holandés Heemskirk derrota una escuadra resguardada al parecer en la bahía de Jibraltar, y cruzando al mismo tiempo con cuarenta naves sobre Lisboa y Cádiz, atajan la salida y la entrada de la flota, con sumo quebranto del comercio.

Por otra parte, el rey de Francia brinda á los Holandeses con el alistamiento de sus protestantes mas gallardos, y al abrirse la campaña se cuentan en sus filas un sinnúmero de Franceses, todos voluntarios. El rey de Inglaterra Jacobo I ya no los auxilia, desde que ajustó la paz con España; pero el parlamento apetece la guerra, y tiene que avenirse á ciertas negociaciones de caudales, que necesita para sus empresas.

Estrechan mas y mas los apuros, y entónces el marqués de Spinola no puede menos de aconsejar la paz á los ministros de Felipe III. Anticipase España en la propuesta, y entablando las negociaciones en Amberes, desde luego se ajusta una tregua por doce años, y queda por fin atajada aquella lid tan reñida y dilatada, con amargos y repetidos quebrantos para la nacion española.

Descuellan los Holandeses, desde aquel punto, como republicanos independientes, pues todas las potencias de Europa reciben y agasajan á sus embajadores, al par que á los de otros paises, y los mismos soberanos que no ha nada los trataron de rebeldes, se afanan en merecer su fina correspondencia, y tal vez su estrechísima alianza.

Núblase entónces el esplendor de España, se enlutan sus triunfos, y tiene que apearse de aquel encumbramiento que estuvo por siglos asombrando á la Europa. Aquella tregua de 1609 abre de par en par las puertas que ponen de manifiesto su desnudez palpitante, pues vencida ya indecorosamente por un corto número de sus propios súbditos, no le cabe el menor asomo de pretension á su soñada soberanía del orbe entero.

Aquella tregua se conceptúa por donde quiera, como una especie de preliminar incontrastable, ó mas bien, como un encabezamiento formal de un tratado de paz terminante y duradero.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOSEXTO.

Relaciones con Inglaterra. — Varios acontecimientos. — Guerra de Flándes. — Negociaciones por Italia. — Predominio de los vireyes y gobernadores españoles. — Conjuracion de Venecia — Resultados. — Asuntos de los Paises Bajos. — Consultas sobre la espulsion de los Moriscos. — Decreto. — Ejecucion. — Sus particularidades y consecuencias.

DESDE 1609 HASTA 1625.

La guerra contra los Ingleses, herencia del padre, no prospera mas con el hijo. El duque de Lerma, ansioso de realzar su ministerio con algun rasgo esplendoroso, habilita una escuadra de cincuenta naves y encarga á D. Martin de Padilla, que pase á ejecutar un desembarco en las costas de Inglaterra. Mas no bien se engolfa en el Océano, cuando sobreviene tormenta que dispersa los bajeles, y tienen que aportar en España sin avistar al enemigo.

Lerma no se desengaña, antes bien la rebelion de Irlanda le brinda con propicia coyuntura, y las ventajas de situacion, productos y puertos pueden ser muy conducentes para las miras del ministerio español, en punto á estension de comercio y poderío de marina militar. Suministra pertrechos y armas, llama un crecido número de Irlandeses, guerreando en Flándes, para que acudan á la defensa de su pais con actividad y conocimiento; pues con la exactísima disciplina que tienen tan sabida, no podian menos de organizar á sus paisanos; y contrarestar poderosamente á los rejimientos ingleses.

Debian al mismo tiempo pasar allá seis mil Españoles, á las órdenes de D. Juan de Aguilar, yendo ya todos con tan gallardos alientos que varios Españoles se embarcan con sus familias, deseosos de plantear allá su colonia como territorio ya conquistado. Desembarca el caudillo por la parte de Kinsdale, con cuatro mil hombres, mientras Ocampo, su teniente, entra en Baltimore con lo demás del ejército. Mas ya los rebeldes, vencidos por el virey de Irlanda, tan solo pueden aprontar con su caudillo, conde de Tirone, un refuerzo de cuatro mil soldados. Pelean los Españoles con su denuedo jenial, pero sus aliados cejan, y tienen que amainar ante el esceso del número. Ocampo, con varios oficiales, queda prisionero, y las reliquias del ejército se retiran á Kinsdale y Baltimore. Palpa Aguilar, que carece del arrimo de los naturales y ofrece al virey devolverle los puertos que está ocupando, con tal que le trasporten su tropa á España, con pertrechos y artillería, pactando ademas el indulto para entrambos pueblos sobredichos.

Acepta el virey las condiciones, y una escuadra inglesa devuelve á España el ejército de Aguilar. Aprueba Felipe III la conducta del jeneral, y desampara los Irlandeses, quienes tienen que doblegarse, y muerta luego Isabel, ajusta la paz con Inglaterra.

Envia entretanto Felipe III contra Arjel una escuadra de setenta galeras, y diez mil hombres, á las órdenes de Doria; y el gran marino está ya asomado á su logro, pues tras breve y venturosa navegacion, se arrostra con Arjel; absolutamente desprevenido, y los piratas, á la llegada de los Españoles, se alejan atropelladamente; mas sobreviene á deshora una tormenta que estrella acá y acullá las naves contra los arrecifes de aquella costa brava, y los restos de la escuadra tienen que aportar ansiosa y desastradamente en Sicilia.

La corte, mas y mas avasalladora por Italia, asesta sus miras sobre el ducado de Saboya y la república de Venecia, con ánimo de incorporar entrambos estados á la monarquía española.

La habia servido el duque Cárlos Manuel contrarestando en Provenza y el Delfinado al mariscal de Lesdiguieres, y ocupando el marquesado de Saluces, para atajar la entrada en Italia á los ejércitos franceses; mas interesa á Cárlos el equilibrar la Francia con España, y así se hermana con Enrique IV, para auxiliarle en la contienda que va luego á entablar contra la casa de Austria.

Ajustan pues un tratado de alianza, y Enrique se compromete á suministrar al duque un ejército de diez y seis mil hombres, para ayudar-

le al desapropio del Milanés á la corona de España. Propenden los Venecianos y el gran duque de Toscana al bando de Enrique, y los príncipes menorzuelos de la Italia central, están en acecho de las banderas francesas para declararse á su favor.

Pronto está el rompimiento, y el éxito de la guerra aparece indudable, cuando el puñal de Ravaillac liberta á Felipe de su enemigo mas implacable.

Ajusta María de Médicis alianza con el rey de España, y el duque de Saboya, en aquel desamparo, tiene que postrarse, implorando el indulto de aquel monarca; pero el año siguiente, se rehace y entabla pretensiones al Monferrato, como heredero de Francisco, duque de Mantua, su cuñado, y ocupa con sus tropas aquel estado.

Interviene Felipe III en aquella competencia, y se ladea hácia el nuevo duque de Mantua, Fernando Gonzaga, hermano de Francisco. Llega un embajador español á Turin, é intima á Cárlos Manuel:

1.° Que deponga las armas;

2.° Que se obligue por escrito á no pisar el territorio del duque de Mantua;

3.° Que se entere cabalmente del acuerdo irrevocable de S. M. Católica, para no otorgar mas condiciones que las que le dictare su propio comedimiento.

Tamaña destemplanza encoleriza al duque de Saboya, arroja al embajador de sus estados, se arranca del pecho y tira al suelo su toison de oro, diciendo que no quiere engalanarse con un distintivo concedido por un soberano que le amenaza. Capitanea en seguida su tropa, pasa el Sesia, é invade el Milanés en 1614.

Contraresta el gabinete de Madrid aquel avance con un manifiesto que adjudica al rey de España el ducado de Saboya, como feudo del Milanesado, y el embajador imperial amaga á Cárlos con el decreto de reo del imperio, si no despide al punto su ejército.

Se arma el duque de teson, y se desentiende; pero vencido por D. Pedro de Toledo, marqués de Villa-Franca, gobernador de Milan, pierde á Verceli, con las plazas de Soleri, Feliciano y Anona; mas la muerte de otro príncipe, favorecedor de los Españoles ataja la carrera á Villa-Franca, y logra el mariscal de Lesdiguieses atravesar los Alpes en auxilio del duque de Saboya; y entónces sobrecojidos los Españoles en los acantonamientos de Feliciano, quedan arrojados al Milanés, con pérdida de cinco mil hombres.

Aquella novedad acarrea por fin la paz por toda la Italia, firmándose en Pavía un tratado, con la mediacion de Luis XIII, cuyo contenido es el siguiente: que Cárlos-Manuel y el marqués de Villa Franca despedirán sus tropas, y que las plazas conquistadas y los prisioneros se devolverán por ambas partes; y en resolucion el nuevo duque de Mantua permanece poseedor del Monferrato.

Lejos de licenciar el gobernador de Milan sus tropas, fragua de mancomun con el marqués de Bedmar y el duque de Osuna, aquella conjuracion tan decantada, donde se cifra el intento de trasformar el estado veneciano en provincia española.

El marqués de Bedmar, embajador de Felipe III en Venecia, el de Villa-Franca, gobernador de Milan, y el duque de Osuna, virey de Nápoles, como á porfía están viviendo en estrechísima intimidad, y es tan sumo el abandono de la córte que el triunvirato español dispone á su albedrío de la Italia entera. Odian á la república de Venecia, como el único estado italiano que se aconseja por sí mismo, y se desentiende de todo influjo advenedizo. Ansian al mismo tiempo servir á los intereses de su amo, dando al través con una potencia encajonada entre el Austria y la Lombardía.

Con efecto, allanando aquel estado intermedio, se hermanaban mas y mas la España y el Imperio, y se comunicaban al golpe sus urjencias; y sobretodo se sostenian mútuamente en sus empeños, particularmente en la guerra grandiosa que amaga por parte de Alemania.

Por lo que aparece, las disposiciones del intento vienen á ser las siguientes: mil y quinientos veteranos entresacados por el marqués de Villa-Franca en la guarnicion de Milan, deben introducirse desarmados en la ciudad de Venecia, con toda reserva y disimulo, cuidando luego el marqués de Bedmar de armarlos á su debido tiempo. Tiene cohechada la oficialidad de los rejimientos de Liewestein y de Nassau, asalariados por la república.

Van á romperse las hostilidades en llegando los transportes que envia el duque de Osuna de Nápoles, con tropa y municiones. Se ha de incendiar el arsenal, y en medio de la conmocion, los conjurados degollando á los senadores señorean la ciudad á nombre del rey de España; y para allanar la rendicion del estado veneciano, el embajador tiene cohechada tambien la oficialidad de la guarnicion de Crema, que promete la entrega del pueblo á los Españoles.

Franceses aventureros y desterrados vienen á ser los instrumentos de la gran tramoya; pues recibiéndolos al pronto el duque de Osuna con sumo agasajo, luego se destempla con ellos y los envia, como enojado, á Venecia. Uno de ellos, llamado Jaime Pierre, corsario de profesion, alcanza del gobierno veneciano cierto mando en la marina; Langlade, diestrísimo polvorista, se co-

loca en el arsenal, y Reynaldo de Nevers, introducido en casa del embajador de Luis XIII, se muestra uno de los ajentes mas eficaces de la conjuracion.

Luego, los capitanes de barco Roberto de Marsella, Lorenzo Nolot y Roberto Brulard, con otros muchos, todos animosos, se comprometen con el marqués de Bedmar, quien tiene además en el senado confidentes íntimos que le enteran puntualísimamente de las deliberaciones mas reservadas del gobierno.

Se fija el plazo para la primavera de 1618. La escuadra napolitana compuesta en parte de bajeles lijeros, para internarse por las lagunas de Venecia, padece una tormenta y se dispersa, al asomar sobre el puerto, y este acontecimiento casual salva la república, pues entretanto el consejo de los Diez entra en recelo, y uno de los conjurados declara la trama. Prenden á los ajentes del marqués, y anegan á mas de quinientos por las lagunas. Sin embargo el senado de Venecia no se atreve á culpar al rey de España, encargando por el contrario sumo silencio á sus embajadores, y el intento de los triumviros permanece callado en Europa.

La valentía de España se estrella contra el duque de Saboya, y sus ardides contra la república de Venecia; y entrambos estados conservan al par su independencia, recobrando Venecia á Vercelli, con los bajeles que el virey de Nápoles le ha ido apresando á su albedrío, y retirando el gabinete de Madrid á su embajador, para luego emplearlo en otro cargo mas eminente por los Paises-Bajos.

Escampan por fin las tormentas, y se esplaya risueñamente la paz por el reinado de Felipe III. Tregua de doce años media con Holanda, tras una guerra de cincuenta años; enlace doble afianza la intimidad con Francia; Inglaterra con sus Estuardos se desentiende de toda hostilidad anterior; y así tras medio siglo respira y florece la monarquía.

Desfallece sin embargo el erario, destroncado y exhausto con tan dilatados y cuantiosos gastos; y así no queda mas arbitrio para acabalar el ansiado colmo, que el de acudir al remedio y curacion de las mortales llagas que postran todavía al estado; y cabalmente en aquel punto tan crítico, en aquel trance decisivo, incurre el gobierno en el desvarío de arrojar lejos de sí una poblacion crecida que habia estado enriqueciendo la España con sus incesantes afanes.

Habian ido perdiendo los Moriscos sucesivamente su independencia, su relijion, sus usos y costumbres, y no quedándoles ya mas, á principios del siglo XVII, que la patria, conquistada por sus antepasados; y la pierden tambien bajo el reinado de Felipe III.

Forzadamente convertidos, odian siempre de muerte á los Cristianos, esclamando de contínuo: «Un verdadero creyente jamás debe fiarse ni en palabras, ni en amistad fementida de infieles, y á todo trance le incumbe el lidiarlo y esterminarlo, para recobrar al fin el pais que están usurpando.»

Se les habian interceptado cartas arábigas á los sultanes y á los soberanos de Fez y de Marruecos, pues ya desde el año de 1530, cuando la morisma andaluza se rebeló contra Cárlos V, imploró el auxilio del dey de Arjel, Khair-ed-din, para rescatarlos del yugo odiosísimo que los estaba aquejando. Junta el dey sus Arjelinos, y en presencia de inmenso jentío, les lee la carta lastimera que le escriben. Se encolerizan todos, y no menos codiciosos que enfurecidos, arman hasta treinta y seis naves en auxilio de sus hermanos perseguidos.

Asoma la escuadra y los Moriscos se atrincheran en la Sierra Perdona. Desembarcan los Arjelinos, y con el ánimo de los naturales rechazan allí las tropas de Cárlos V venidas contra ellos. Tratan de llevarse á sus hermanos, mas no cabe embarcar y trasladar al Africa tanta muchedumbre, y así acuerdan dejar la mayor parte en Sierra Perdona, al resguardo de mil guerreros, hasta que volviera la escuadra musulmana, que en siete viajes trasporta setenta mil Moriscos.

Posteriormente los corsarios, en sus algaradas y salteamientos, cuidan de no incomodar, y mucho menos saquear las poblaciones moriscas, por mas que frecuenten las costas de Andalucía, esclavizando á cuantos cristianos llegan á caer en sus manos implacables.

En el levantamiento de las Alpujarras contra Felipe II, reciben los Moriscos auxilios del Africa, y si el sultan, como ya se dijo, acude, segun el consejo del gran visir, con su espedicion, empleada en Chipre, queda logrado el intento.

En 1608, mientras la flor de la milicia española está batallando en Flándes, insta la morisma de España encarecidamente á Muley islan, emperador de Marruecos, para que desembarque con su ejército en Andalucía, prometiéndole sublevarse al primer asomo de su venida, suministrándole hasta cincuenta mil combatientes; y la Inquisicion por sus satélites, con su ojo avizor descubre plenamente la trama.

Despavorido el pais cree á ciegas y pondera hasta lo sumo mil portentos horrorosos que está inventando la clerecia. Cuentan que por el interior, y hasta en Daroca, suenan y retumban timbales, tambores y trompetas por los aires, al salir la procesion de los corporales por el atrio de la iglesia; que se apareció en Valencia un celaje nevado y pomposo, surcado todo de

tiras sangrientas. Tiemblan por donde quiera las jentes, y por donde quiera anhelan aquella providencia que no podrá menos de redundar en sumo quebranto de la nacion entera.

Ya desde 1602, D. Juan Ribera, arzobispo de Valencia, habia presentado á Felipe III una memoria pidiendo el estrañamiento ejecutivo y total de la morisma, aconsejándole que no retuviera sino los niños de menos de siete años, para criarlos luego cristianamente, y cuando mas los adultos, esclavizándolos á todos para las galeras, ó para el beneficio de las minas; al paso que D. Bernardo de Sandoval, arzobispo de Toledo pedia el esterminio absoluto de los Moriscos, sin escepcion de mujeres, ni de niños.

Agrada en la corte el escrito de Ribera, quien alentado con aquella aceptacion, escribe otro mas estenso en 1603, cuyo contenido dice:

1.º Que va á demostrar palpablemente á Felipe III la necesidad imprescindible de arrojar la morisma, si quiere de corazon preservar sus estados de una invasion inminente;

2.º Que le resguarda la conciencia del menor asomo de escrúpulos que pueda abrigar sobre el asunto.

El sumo encargo, dice Ribera, que descuella en un escrito sacrosanto al pueblo selecto del Señor, se cifra en arrojar allá de su regazo las naciones infieles que están usurpando la tierra de promision. Recomienda con ahinco, á reyes y caudillos de su grey, el esterminio absoluto de aquella bastardía, y el rey primero que nombró el mismo Dios para gobernar su pueblo, se acarreó la ira divina y quedó destronado por su desobediencia á tan importante mandato.

Es así que hierven y escandalizan las resultas aciagas de esa tolerancia para con la morisma en Castilla y en Aragon, al par de las que sobrevinieron á los hijos de Israel por haberse relacionado con el paganismo.

Intimó Cárlos V, de tan gloriosa memoria, á la morisma, la alternativa imprescindible de recibir el bautismo, ú dejar la España, esperanzado de que por aquel medio vendrian á ser al mismo tiempo, cristianos castizos y súbditos leales; pero consta ya palpablemente, cuan defraudado vino á quedar en su fervorosa confianza.

Así pues tanto el interés temporal como el espiritual del rey católico, están clamando á voz en grito por esa providencia ejecutiva y salvadora, antes que la morisma con su afan, su sobriedad y su industria, acabe de apropiarse cuantos haberes y recursos quedan aun por todas nuestras provincias.

Concluye Ribera de todos sus reparos y raciocinios, que en pocos años van los Moriscos á sobreponerse en riquezas y poderío, si desde luego no se les ataja tan desaforada carrera, guardando sin embargo algun miramiento y ciertas pausas y consideraciones en la ejecucion de una empresa tan sumamente grandiosa y trascendental, pero insiste siempre con el mayor ahinco en su empeño.

El arzobispo de Toledo corrobora el dictámen de Ribera, estremándolo hasta el punto de no admitir pausa, contemplacion, ni comedimiento alguno en el esterminio de la grey morisca; y la espulsion queda aprobada, y de consiguiente resuelta, ya por el duque, ya por Felipe III.

En vano acuden los hacendados de Valencia, abogando por sus siervos; ni siquiera se hace alto en los reparos del mismo pontífice Paulo, y se pregona por fin el edicto sañudo y esterminador, de que habla tan estensamente Cervantes en su Quijote.

Manda y ordena terminantemente á los Moriscos, que se apronten para encaminarse desde el tercer dia á sus respectivos embarcaderos, prohibiéndoles con pena de muerte el moverse de los parajes donde los halle aquella comunicacion, hasta que lleguen los comisarios ó conductores, para sus respectivos puertos.

Tan solo cabe á los hacendados de Valencia, el entresacar hasta seis familias por ciento, para quedarse á enseñar á los Cristianos el afino del azúcar, la disposicion de los graneros de arroz, y la conservacion de azequias y tajeas.

Los niños de menos de cuatro años, pueden permanecer en España con el beneplácito de sus padres ó ayos, como los de seis ó siete años de padres que hubieren profesado desde mucho antes la relijion católica, y jeneralmente á cuantos puedan presentar credenciales de sus párrocos, afirmando que están bautizados y han abjurado la relijion mahometana.

Yacen los Moros despavoridos. Se juntan sus prohombres en Valencia, y ofrecen rescatar por su cuenta todos los cautivos cristianos de Bervería, armar una escuadrilla para resguardar las costas de España, y costear las guarniciones de cuantos fuertes hay sobre el Mediterráneo para atalayar sus playas, si el rey se aviene á revocar su edicto.

Contesta el virey que no le cabe admitir memorial, ni representacion alguna; y entónces hay caudillos moriscos se proponen acudir á las armas, y entenderse con Enrique IV, cuyos preparativos contra España les constan, insinuando que no carecen de dinero ni de gente, y tan solo les faltan armas y caudillos que sepan mandarlos; y aun ofrecen avenirse á la relijion protestante, que escasa de ceremonias y enemiga del culto de las imájenes, les parece mas arrimada á su ley.

El gobierno francés al pronto los esperanza, pero luego los desampara, y entónces la moris-

ma desengañada de todo intento defensivo, se allana á la ejecucion del edicto. Fenecen muchos en la travesía por la maldad ó la codicia de los marineros, y dos capitanes de barco, el catalan Juan Ribera y el napolitano Juan Baviscea, arrojan al mar á cuantos se habian comprometido á trasladarles al Africa. Varios de los embarcados á sus propias espensas, arriban á Marsella y merecen favorable acojida, merced á las órdenes que se habian dado, por encargo y recomendacion del embajador de Francia en Constantinopla; pero muchos naufragan y sirven de pasto á los peces, por las costas de Provenza.

Aun los mismos que llegan á salvamento por las costas de Africa, padecen amarguísimos infortunios, pues los mas fenecen de hambre ó de quebranto, por medio de aquellos yermos abrasadores que se les atraviesan para llegar á Tremecen, Oran y otros puntos de su angustioso destierro; pues de los seis mil individuos que de Conastal se encaminan á Arjel, uno solo tiene la dicha de entrar en aquel puerto.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOSÉPTIMO.

Continuacion de la providencia contra los Moriscos y sus resultas. — Quebranto de la agricultura industriosa de la huerta de Valencia y otros puntos de España. — Mengua en el comercio de Valencia, Málaga, Cádiz y Barcelona. — Reflexiones y miras particulares sobre la materia. — Tentativa de atropellamientos en las provincias Vascongadas. — Ambicion desatinada y paradero infausto del duque de Osuna, virey de Nápoles. — Muerte de Felipe III.

DESDE 1609 HASTA 1620.

Horroriza á la Europa entera aquella providencia desaforada, y el cardenal de Richelieu en sus Memorias, la apellida arrojada y bárbara sin igual en los anales de todos los siglos; pero España misma es la castigada, pues desde aquel punto está viendo menguar la poblacion, manantial fecundo de su opulencia, y sobre todo desmayar su agricultura y su industria, y aun mas su comercio, algun tiempo tan floreciente.

La morisma, durante el siglo XVI, se habia ido acrecentando portentosamente, pues ni sigue la carrera militar, ni se traslada á Italia, ó á Flándes, ni emigrar para la América. No hay para ella conventos ni monasterios, y así se va duplicando de diez en diez años.

No cabe puntualizar ahora el guarismo de la muchedumbre arrojada de España por Felipe III; mas consta que solo el reino de Valencia mermó en ciento y cuarenta mil habitantes, pues cuatrocientas y cincuenta alquerías, con veinte y ocho mil albergues, quedaron absolutamente desiertos. Tres cuartas partes de las aldeas de Cataluña vinieron en gran parte á despoblarse. Sierra-Morena se quedó yerma, y solo se repobló algun tanto en el siglo posterior.

Vedóse, bajo pena de muerte, á la morisma de las Andalucías, de Murcia y de otros puntos, el transporte consigo de todo oro y plata, y en Cataluña se dieron por confiscados todos sus bienes, en pago de las deudas que habian podido contraer con los Españoles, ejecutándose aquellas órdenes con rigor inexorable; y llegando al estremo de ahorcar hasta treinta y dos de aquellos desventurados, por haberles hallado algun dinero y joyas, en Burgos; y cabe á otro el mismo castigo por haber ocultado en su baste, ó albarda, cuatrocientos ducados.

A pesar de tantísimo escarmiento, hubo Moros que lograron poner en salvo sumas muy cuantiosas, y el embajador de Francia en Madrid, las recibió tambien harto crecidas para entregarlas por medio de letras en los puntos convenidos. Encarga además el embajador esta negociacion á su mayordomo, se sabe su salida y objeto, y los prenden á treinta leguas de Madrid, pero el duque de Lerma respeta los fueros de la embajada, y manda devolver intacto el baul apresado.

Se desengaña entónces el gobierno, y se pregona un nuevo decreto que franquea el tránsito á los caudales, con tal que se entregue la mitad á los encargados réjios, mas aquella porcion se queda en el camino del erario, parando en manos infieles, y el mismo Lerma se apropia doscientos cincuenta mil ducados; á su hijo el duque de Uceda le caben cien mil; al conde de Lemos otros tantos, y la mitad á la condesa, hija de Lerma.

Se guarda mayor miramiento con la morisma valenciana, por su muchedumbre, su ademan y

su denuedo, permitiéndole el transporte de sus haberes, por temor de asonada, que pudiera resultar costosísima al estado.

Vino á confesar el ministerio, que la suma traspuesta y estrañada de la nacion, ascendió á cerca de un millon de ducados; cómputo escasísimo, pues la morisma toda así en España como en Africa, nunca fué propensa á fincar ó hacendarse, sino siempre afanada por atesorar y empozar sus caudales, en sus mismos albergues; y así ducado ú realillo que llegaba á sus manos, ya no salia á luz en dilatados años, y valuando tan solo á cien reales cada valenciano de los ciento y cuarenta mil, resulta una suma de mas de cien millones; y luego con la venta, aunque á ínfimo precio, de casa, muebles y alhajas de bulto, sus productos ascenderán por lo menos a otro tanto; hay que hacerse cargo además de que habia Moros riquísimos, pues solo Alami Delascar, de Alberique, poseia hasta cien mil ducados.

Las *aljamas* ó concejos moriscos, tenian un réjimen muy certero y económico, dando por el depósito de caudales ajenos un rédito puntualísimo, y con su crédito lograban atesorar cantidades enormes, pues no tan solo particulares, sino aun corporaciones y conventos, hacian total confianza de su correspondencia y cabal cumplimiento de lo pactado; pero en el acto de la marcha desaparecieron aquellos fondos, sin que hubiese arbitrio para recobrarlos, ni con ruegos, amenazas y tropelías.

Luego la morisma era de suyo diestrísima para la fabricacion de moneda falsa, que espendia taimadamente en el tráfico, y ahuchando la lejítima, aun cuando fuese con algun quebranto aparente, se apropiaba gran parte del oro que andaba en el jiro. Este resultado se evidenció despues de su salida, pues toda la nacion se halló inundada de piezas de ínfima ley. Se publicó bando que vedaba su jiro, mas no tuvo cabida su cabal cumplimiento, y así se pregonó luego otro para recojerlas todas, y en pocos dias se presentaron en la secretaría de Valencia por valor de mas de trescientos ducados, y al fin llegó á ser tan exorbitante aquella presentacion en todas partes, que el gobierno ya no alcanzó á dar tampoco cumplimiento al segundo bando.

Menoscabóse además, con la desatinada espulsion, la agricultura toda; pues los Moros habian traido á España el cultivo de azúcar, algodon, seda y arroz. Construian esmeradamente pantanos y acequias, para regar hasta lomas elevadas, y por supuesto sus correspondientes laderas, y sus pegujarcillos siempre amenos y florecientes, descollaban entre las dehesas y campiñas áridas é incultas del torpe y ocioso señorío.

Sobresalia la fertilidad de Valencia que surtia á la Europa toda de riquísima fruta y aun hortaliza meridional, redoblando mas y mas anualmente sus preciosos esquilmos, y esmerándose dia y noche la industria eficaz é injeniosa para aumentar sin término tantísima cosecha.

Venidos de Ejipto, Siria y Persia, paises por esencia labradores, trajeron los Arabes á las campiñas de Valencia, los métodos y mañas de miles de años. Inmobles en aquel paraiso, parto por lo mas de su injenio agudo y laborioso, permanecieron dueños hasta el tiempo de Don Jaime de Aragon, y siguieron en sus posesiones y en sus faenas hasta el reinado de Felipe III. Entablaron un sistema de riego que se conserva mejorado en toda la huerta de Valencia, que es ahora mismo el pasmo de los viajeros, y uno de ellos los describe en los términos siguientes:

Un malecon, ó sea presa, ataja, como á dos leguas de su desembocadura, las aguas del Turia, y siete acequias madres, tres por una orilla y cuatro por otra, van repartiendo por toda la huerta aquellas corrientes cristalinas, tendidas en abanico, desde sus respectivos boquetes, y luego brota pomposamente por donde quiera aquella fertilidad asombrosa. Sencillísima es la planta de aquella disposicion, pero dificultaba sus cabales resultas el obstáculo vencido por fin, con el tino mas injenioso y esmerado que cabe en el arte humano. Llanísimo es de suyo el terreno, mas no tanto que á trechos no asome algun desnivel, y para acudir a la urjencia del riego ha sido forzoso cruzar y casi entretejer cañerías y canalillos que llevan acá y acullá la frescura del agua con una igualdad absoluta.

Suele tambien sonar por debajo de las carreteras el agua de un acueducto ú acequia subterránea, que corresponde á la parte contrapuesta de su corriente, y todo el pormenor de su reparto, es tan admirable en la parte económica como en la científica.

Corresponde á cada brazo principal de acequia un dia á la semana, que carga con todas las aguas que requiere el nivel necesario á altura debida; y abren de par en par todos los canalillos respectivos, pero siendo inmenso su número, era imposible que lograsen todos sus riegos en un mismo punto, y así cada paraje ó direccion tiene su hora fija en el dia que le corresponde, y hace ocho siglos que cada raudalillo goza por minutos del agua que le corresponde.

Con efecto, suena la hora y el regador, que está ya con su herramienta alzada, de un azadonazo corta la parada ó atajadizo de cesped que detiene la corriente, y luego todo su terreno queda cubierto de agua, durante el plazo consabido. El dia siguiente la idéntica operacion se repite por otra parte de la huerta, y al fin de la

CAPITULO CUADRAJÉSIMOOCTAVO.

Reinado de Felipe IV. — Privanza absoluta del conde-duque de Olivares. — Estado y posesiones de la monarquía española. — Pujanza y conquistas de los Holandeses, particularmente en la India. — Prepotencia de su marina. — Quebrantos en Magdeburgo y en Maguncia, contra los Suecos. — Gustavo-Adolfo. — Tenacidad de Felipe IV. — Richelieu. — Su odio contra España. — Guerra de Francia.

DESDE 1621 HASTA 1630.

Incapaz de reinar Felipe IV, signe las huellas indecorosas de su padre, y se pone en manos del conde-duque de Olivares, quien gobierna tan arbitrariamente, como poco antes el duque de Lerma. Presumido, destemplado y voluntarioso, allá se arroja á ciegas por soñados rumbos, y se engolfa temerariamente en un caos de empresas, que su antecesor habia ido sorteando cautamente.

Se guerrea á la sazon con ejércitos tan escasos, que España, aun en medio de su lastimosa despoblacion, acude pronta y desahogadamente al reemplazo de sus tropas. Sus tercios añejos conservan siempre su grandiosa nombradía, componiendo indudablemente la primera infantería de Europa, con la prenda peregrina de saber comunicar su incontrastable bizarría á cuanta soldadesca estranjera, y particularmente italiana, está militando en sus banderas.

Es Felipe IV no menos temible por la estension de sus dominios que por el valor de sus huestes, pues sigue poseyendo las Baleares, la Cerdeña y la Sicilia, y por medio de las guarniciones que mantiene en Nápoles y en Milan, predomina á la Italia entera. Lo acata rendidamente la república de Jénova, y Venecia y Saboya están viendo colgada sobre sus cervices la espada reluciente.

Campea mas y mas la monarquía triunfadora, por el norte de Africa, en Oran, Marzalquivir, Peñon, Melilla, Tánjer y Ceuta; allá por el Nuevo Mundo en Méjico y el Perú, por el Asia y la parte remota de Africa, en cuantas posesiones cupieron á los Portugueses y en las fertilísimas Filipinas, y luego con la adquisicion de la Valtelina, está ya en comunicacion con la segunda rama de la casa de Austria.

El caudillo de aquella alcurnia es el emperador de Alemania, el ambicioso y emprendedor Fernando II, quien, por la conquista del Palatinado, confina ya con el gobierno de la archiduquesa Isabel, en los Paises-Bajos. Asoma cual nunca formidable la casa de Austria, y cual nunca se halla en ademan de fundar aquella monarquía universal, que hace un siglo es el ansiado blanco de sus conatos.

En medio de tantísimo desman como siguió acosando á la España en los dos reinados anteriores, se muestra siempre erguida y arrogante, en su roce con las demás naciones. Encubriendo con galas suntuosas sus llagas internas, logra todavía conservar el grandioso concepto que se tiene granjeado de su poderío. Se aferran incontrastables los católicos en Inglaterra, Francia y Alemania en su mismo teson, escudados con el amparo español, creyendo en él, al par que en los peligros, en las reliquias sagradas.

Sigue tambien la nacion ilusa todavía con el embeleso de su propia pujanza, y malhallada con su larga inaccion, ansiando está todavía la guerra, enamorada siempre y absorta en pos de la gloria, que la llama con sus ráfagas halagüeñas; y allá los jenerales veteranos de Felipe II, abominan de aquella política apocada y mezquina que ha estado siguiendo su hijo. Le tildan de haber desperdiciado los caudales, planteado nuevos impuestos, recargado los anteriores, y enajenado las rentas del erario, no para afianzar la prepotencia nacional, sino para enmohecerse con una paz indecorosa y perjudicialísima, cual nunca pudiera serlo una guerra desastrada.

Sigue Olivares el desbocado torrente, y acuerda reponer á la nacion en su debido encumbramiento, y ajeno de cotejar probabilidades de triunfo, ó de malogro, echa el resto en la lid, y se encariña con el sistema belicoso de Felipe II.

Cruzada jeneral parece aquella guerra; con

visos y vocería de propaganda, contra los protestantes. En el dilatado plazo de treinta años, está Felipe IV suministrando tropas y caudales al emperador, y en el mismo año de su advenimiento, renneva su lid con la Holanda; rompe luego contra la Francia, hermanada ya con Alemanes, Suecos y Holandeses, y despues viene á estrellarse con Cromwel, protector de la república de Inglaterra; y entónces acuña Felipe una medalla con esta leyenda altanera: todos contra nos y nos contra todos.

Se engarzan peleas con peleas, por espacio de cuarenta años en el Pirineo, en Italia, en Francia, Alemania, Holanda, América y la India, y en suma acá y acullá por tierras y mares; ahinco portentoso y arruinador, que da al través con la monarquía.

Asesta sus primeros embates contra Holanda, pues la tregua de doce años respira el 3 de abril de 1621. Acuden los consejos de Indias y de Portugal representando al rey, que desde el ajuste de la tregua, ha padecido la monarquía, en poco tiempo, mas quebrantos que en medio siglo de guerras infaustas. Se indignan al ver, que los Holandeses, como escluidos del comercio de España, se encaminan al manantial de riquezas de la India. Allá sus descubridores, conquistando parte de las Molucas, y estableciendo su grandiosa compañía de Indias, acaban de malherir á la España, defraudando á los negociantes de Sevilla y de Lisboa, del monopolio de jéneros coloniales, por toda Europa. Cierran ademas el Escalda, y arruinando la ciudad de Amberes, empobrécen la Flándes, en beneficio de la Holanda. Los Paises-Bajos españoles se van despoblando por años, pues el sumo desamparo arroja á los Flamencos de sus hogares, en busca de paradero mas venturoso. Emigran unos á Inglaterra, y arrostran el rigor de las leyes contra los católicos, y otros se van avecindando en Francia, donde hallan cariño y agasajo; y así la guerra mas aciaga parece preferible á paz tan estragadora. Hablan así los consejos, y calculan que la guerra tan solo puede aumentar el desembolso corriente, en corto número de millones.

Olivares se engrie y se enajena, y rompe las hostilidades, brindando ante él las siete provincias, con su incorporacion ventajosa á las otras diez; y en suma se le propone el desapropio de su independencia, que viene á ser una declaracion de guerra. Toman las armas los Holandeses, y Felipe IV trae sus tropas de Alemania para contrarestar á los *rebeldes*.

Entabla el jeneral Ambrosio Spínola aquella campaña, sitiando á Berganzon, pero el príncipe Mauricio le precisa á retirarse, y luego por dos años, desfallece la guerra en medio de la maestría de entrambos caudillos. Muere Mauricio, y le sucede su hermano Enrique. Pelea con ventaja, y al sacar de Flándes á Spínola, padecen varios desmanes los Españoles, al mando del conde de Bergues, que luego para en traidor.

Ajusta luego la Francia su tratado de alianza con Holanda, y entónces se patentiza ya el paradero de aquella lid. Por mar es el mayor quebranto, pues la compañía de las Indias Orientales, creada en 1621, dispone ya de una armada de ochocientas naves, y enviándolas á piratear, están diariamente entrando en sus puertos con riquísimos cargamentos; en tal estremo, que en trece años apresa hasta quinientos y cuarenta y cinco bajeles, cuya renta produce la suma enorme de cerca de ochocientos millones de reales.

En alas de tanto logro, se arresta la Compañía á intentar la conquista del Brasil, á las órdenes del príncipe Maurício de Nasau, quien luego avasalla toda la costa del Sur, desde San Salvador, hasta el rio de las Amazonas, y conservan despues los Holandeses aquella posesion hasta la época, en que la devuelven á la alcurnia de Braganza, reinante á la sazon en Portugal.

Ya desde el reinado de Felipe III, se habian apoderado, en las Indias Orientales, de Amboina, de Tidor y parte de la costa de Coromandel, arrojando á los Portugueses, odiados de los naturales y desamparados por la España. En el reinado de Felipe IV, les quitan Malaca, Ceilan y lo restante de las Molucas. Al mismo tiempo, ocupan las islas de la Sonda, y echan los fundamentos de Batavia, que para luego, bajo sus manos, en uno de los primeros imperios del orbe. Alcanza Tromp victoria esclarecida contra los Españoles en las Dunas, y afianza la superioridad marítima de Holanda, y pasado algun tiempo, Felipe III la reconoce al fin por república independiente. Se aviene tambien al cerramiento del Escalda, y queda absolutamente arruinado el comercio de Amberes.

Sin embargo, por espacio de algunos años todavía sostiene España la superioridad de su pabellon, y en los encuentros por el mar, los navíos españoles contestan al saludo con igual número de tiros, pero los Holandeses arrian bandera, y los Españoles la conservan izada. Pero mucho mas adelante, y en vísperas de la muerte de Felipe IV, se pactó por entrambos gobiernos, que en los encuentros de mar, unos y otros arriarian al mismo tiempo sus pabellones, y en todo lo demás se tratarian con cabal igualdad entrambas naciones.

Tercia España en la guerra de treinta años, y le caben resultados todavía mas lastimosos.

Declárase Felipe IV, desde el primer asomo de aquella lid, tan decisiva entre católicos y protestantes, por el emperador. Le franquea de

lleno sus tesoros, y le cabe con sus tropas, gran parte en la victoria de Praga, que restituye el trono de Bohemia á Fernando II, quien confia á Felipe IV y al duque de Baviera la ejecucion del decreto, que pone á Federico V bajo el destierro del Imperio. Los Bávaros desde luego ocupan el alto Palatinado, mientras los Españoles, al mando del marqués de Spínola, se apoderan del Palatinado del Rin en 1621, y el desventurado elector se guarece desamparadamente en Holanda.

Arde luego la guerra, y tiene Felipe IV que aprontar nuevos caudales al emperador; pelea y triunfa Gustavo Adolfo en Leipsik, y se arroja sobre el norte de Alemania; vuela al Palatinado y avenla Imperiales y Españoles de todo el Rin. Sigue su marcha victoriosa, pero el arzobispo de Maguncia refuerza la guarnicion de la capital con dos mil Españoles, mandados por D. Felipe de Silva. Asoman los Suecos por Casel, frente á Maguncia. Intenta en vano atravesar el Rin bajo el alcance de la artillería enemiga, toma el rumbo de Beog, y arrollando cuantas tropas españolas le atajan la carrera, se aparece á la orilla del rio, junto á Oppenheim.

Campean atrincherados los Españoles á la márjen opuesta, queman ó anegan cuanto bajel puede servir para el tránsito de tropa, y retan á todo lo enemigo. Se embarca Gustavo solo en un esquife, reconoce el campamento, y con tres embarcaciones, trasporta trescientos valentones, mandados por el conde de Brahó. Desembarcan por el punto reconocido, y no bien tratan de acamparse, cuando los asaltan catorce compañías de dragones y coraceros españoles; mas pelean todos con tal denuedo que dan tregua á Gustavo para socorrerlos con otro destacamento; se embravece la lid por un rato, quedan hasta seiscientos Españoles en el campo de batalla, y las reliquias de su hueste se acojen á Maguncia.

Vencedores los Suecos, cercan á Oppenheim, llegan sus compañeros, dan el asalto y entran á viva fuerza en la plaza, con cuyo desman los Españoles se retiran del Palatinado, encerrándose los mas, en las fortalezas de Franhenthal y de Maguncia. Acude á esta Gustavo, por ser la llave del Rin, y la embiste por la orilla izquierda, mientras el Landgrave de Hesse-Casel la estrecha por la márjen contraria. Acorralados los Españoles, se defienden con su teson jenial, mas el Sueco va siempre ganando terreno, y al asomar ya sobre la planta del muro trepa al asalto. Aquel arrojo acobarda á la guarnicion, y temerosa de mayor desastre, se retira gallardamente á Luxemburgo.

Otro tanto sucede en Frankenthal, y á pesar de tantos desmanes, Felipe IV se aferra mas y mas en su tema. Solicita encarecidamente y alcanza del papa la concesion del diezmo, para la continuacion de la guerra, anticipa luego cuantiosas sumas á Fernando II, y tras la batalla de Lutren, se afana en desviar al elector de Sajonia de su alianza sueca, y alista en Italia tropas destinadas á fomentar el partido católico en Alemania.

En 1633 el cardenal infante, hermano de Felipe IV y gobernador de Milan, cede á las instancias encarecidas del emperador, y habilita una hueste de catorce mil hombres, para defender la Alsacia contra los Suecos. La acaudilla el duque de Feria, atraviesa la Baviera y la Suabia, y se interna en la Alsacia por el Brisgau. Logra al punto ventajas, precisando al Musgrave Oton Luis á levantar el sitio de Brisac, mas con los refuerzos de dos jenerales suecos, se rehace y señorea la Alsacia entera, pereciendo de frio muchos soldados españoles, al retirarse por los Alpes; y el pundonoroso duque de Feria fallece al rigor de su pesadumbre.

Pero el año siguiente, el archiduque Fernando, reforzado con diez mil Españoles, alcanza contra el duque de Weimar y el jeneral sueco de Horn, la brillantísima victoria de Nordlinga, que causa mortal quebranto á los Suecos en su predominio por el imperio. El elector de Sajonia ajusta la paz con el emperador, y casi todos los príncipes protestantes se adhieren al mismo tratado. Descuella ya el poderío austríaco, tal vez con mas pujanza que nunca, cuando la Francia se atraviesa con mayores ínfulas, y declara la guerra á Fernando II y al rey de España en 1635.

Hereda Richelieu al parecer aquel encono inmenso de Francisco I contra la casa de Austria. Desde el tratado de Vervins, dice en sus Memorias, los Españoles se están engrandeciendo á costa de enemigos endebles, y al par de fuego siempre encendido que se alimenta de pávulo menor, para ir llegando al cúmulo de materias que amaga consumir; van pasando de provincia en provincia, las avasalla todas sucesivamente, segun su cercanía. Su ánimo es ir haciendo otro tanto con los demás estados de Europa, y encumbrarse por aquel rumbo á la monarquía universal de la cristiandad. Lo que llaman paz, viene á ser un nombre hueco, pues en realidad siguen su guerra perpétua con el orbe entero. Aquel encumbramiento indebido, desacatando tratados, juramentos y alianzas, y creciendo siempre con el esterminio de la vecindad, nos impone la precision de acudir á la guerra para escudarnos; pues no es cordura el estar esperando que los demás naufraguen, para que luego nos suceda otro tanto.

Median agravios nuevos, pues al tomar Riche-

lien las armas para dar al través con el partido protestante, la corte de Madrid, ajena ya de su política añeja, habia auxiliado á los enemigos de la relijion romana. Habia España acojido en 1629 á un ajente del duque de Rohan, llamado Chausel, para formar un tratado, en que Felipe IV promete un subsidio anual de trescientos mil ducados, y luego cuarenta mil para su caudillo, quien se compromete por su parte á mantener un ejército de catorce mil hombres, y fomentar mas y mas la guerra civil, que proporciona una llamada poderosa á favor de la España.

Avasallado, dice Richelieu, aquel desenfreno del partido calvinista, se afana la corte de Madrid con otros medios por revivir en Francia nuevas desavenencias, pues envalentona á Gaston de Orleans para su empresa, y suministra la suma de cincuenta mil ducados de oro al duque de Montmorency, que se declara por el hermano de Luis XIII. Se malogra la tentativa al par de la otra, mas no por eso se retrae España de su conato en revolver y trastornar la Francia.

En 12 de mayo de 1634, el marqués de Aytona, gobernador de Flándes, alcanza del duque de Orleans, retirado con María de Médicis en Bruselas, la firma de que ningun ajuste haria jamás con su hermano el rey, pues aun en el caso de romperse la guerra entre Francia y España, pelearia por Felipe IV, quien le entregaria un ejército de quince mil hombres.

Con estos antecedentes, Richelieu acude á las represalias, y embarga los bajeles jenoveses que, volviendo de España muy acaudalados, tienen que aportar en Provenza, por causa de una tormenta. Al saber Felipe aquella tropelía, embarga tambien cuanto tienen todos los Franceses residentes en España.

En seguida Luis XIII veda todo comercio con este reino, y declara confiscado cuanto poseen los Españoles en Francia. Tras estos salteamientos públicos, se empiezan luego las hostilidades. Se restablece no obstante la paz con el tratado de Monzon, en 1626, pero es brevísima, pues la sucesion en litijio por el ducado de Mantua, renueva la guerra en 1627, sosteniendo Luis XIII los derechos del duque de Nevers, y Felipe IV los del señor de Guastala.

Prevalecen los Franceses, y su victoria afianzando al duque de Nevers la posesion de Mantua, apea á los Españoles de su preponderancia en Italia. Se aferra luego Richelieu en su empeño de menoscabar á la casa de Austria, y va suministrando cantidades á Holandeses, Suecos y protestantes de Alemania, con tal que nunca se avengan con el emperador, ni el rey de España, sin su anuencia. En seguida, se engolfa mas y mas en la lid reñida que embarga la atencion de Europa; faculta al baron de Chamosé, embajador de Francia en Holanda, para que admita el mando de un rejimiento alistado por cuenta de los Holandeses, y pelea, en sus banderas con retencion de su cargo en la embajada.

Envia en 1634 un encargado á Worms, donde se hallan los representantes de los cuatro círculos de la alta Alemania, para reanimar sus alientos, postrados todavía con la derrota de Norlinga. Encarga tambien á su respectivo enviado, que proporcione la continuacion de la tregua entre Suecia y Polonia, amanse los zelos de la Dinamarca, y aseste todo su ahinco al sumo intento de franquear la carrera para los Suecos por Alemania; y por fin en 1635 pregona la guerra al emperador y al rey de España, por mas que sean entrambos los prohombres del catolicismo en Europa.

«Pasma y escandaliza, le dice un dia el nuncio del papa, que un cardenal esté ahí aconsejando que se auxilie á los heresiarcas, en quebranto de los católicos, por una causa que tantísimo interesa á la relijion;» y añade el embajador de España, «como atizador de una guerra fanatísima, vais á dejar la memoria de un prelado infernal.»—«Soy con efecto sacerdote, contesta Richelieu, cardenal y católico, nacional de Francia, donde florece la relijion; pero soy tambien ministro del soberano de mi pais, y como tal me he de atener en mis propuestas á su engrandecimiento, y no al del rey de España, cuyas miras al predominio universal son muy notorias.»

CAPITULO CUADRAJÉSIMONONO.

Guerra de Francia.—Sitio de Irun y de Pasajes.—Estado del Rosellon.—Guerra por aquella parte.—Ciego despotismo del conde-duque de Olivares.—Sus órdenes violentas.—Indisposicion de los Catalanes.—Providencia del virey, conde de Santa Coloma.—Sus violencias.

DESDE 1631 HASTA 1636.

Se rompe la guerra por todos los confines. Por los Paises Bajos campean los Franceses y se juntan con el príncipe de Oranje. El duque de Saboya se declara por la Francia, y vence en los encuentros de Tornacento y Montbaldon; pero entretanto los Españoles invaden la Picardía y se apoderan de varios pueblos, y avanzan hasta treinta leguas de Paris.

En trance tan árduo, echa el resto Richelieu y plantea ejecutivamente un ejército de cincuenta mil hombres. Marcha allá Luis XIII y su ministro le acompaña, se van recobrando plazas, y los Españoles tienen que evacuar el territorio francés. Se les malogra otro avance sobre la Guiana, y se recojen al Pirineo. Luego el príncipe de Condé arrolla el tránsito de Behovia, asoma sobre Irun y Pasajes y allanado el camino, pasa tambien á sitiar Fuenterabia. Acude una escuadrilla española á su socorro, pero la descalabra la escuadra francesa, mandada por Surdiz, arzobispo de Burdeos.

A pesar de estas ventajas, huyen los Franceses de la hueste que trae el almirante de Castilla, y aunque mal parados en el alcance, triunfan por otra parte en Jénova, arrollando á una escuadra española que trasporta refuerzos para Italia.

Entre tanto yace el Franco Condado en total desamparo, teniendo que contrarestar desproporcionadamente á tres enemigos, Oton Luis, el duque de Weimar y Luis XIII, casi con sus propias fuerzas. Tras la Alsacia y el condado de Montbeliar, se empeña Richelieu en conquistar aquella provincia, y adelantar la raya de Francia hasta las faldas del Jura. Entra feriando los cantones protestantes de Suiza, para defraudar á los indefensos de sus amigos naturales, y luego les descuelga un ejército de veinte mil hombres, al mando de Condé.

Sitian los Franceses á Dole, avanzan con sus obras hasta el muro, lo cañonean mas y mas, y al ver al vecindario en ademan de seguir defendiéndose hasta lo sumo, acuden á un arbitrio verdaderamente atroz y propio de aquella bárbara guerra.

Se emprende un bombardeo pavoroso, y los desventurados habitantes, ajenos al pronto de sus estragos, se muestran luego despavoridos y palpitantes, y al mismo tiempo todas las baterías están disparando de cerca á las murallas y los edificios. Amenaza además Condé con la quema y destrozo de quintas, cortijos y aldeas de los alrededores, si no se avienen á la rendicion. Se realiza el amago, y entre las descargas de la artillería, está el vecindario mirando la llamarada de tantísimo incendio como abrasa sus posesiones.

Se estrella toda aquella saña infernal contra la lealtad heróica de los nacionales, acaudillados únicamente por un arzobispo anciano, su parlamento y la milicia ciudadana, capitaneada por algunos oficiales, en cortísimo número, españoles. Se levanta y acude la provincia entera al socorro, y á impulsos de su entrañable afecto á la España, ahuyenta vergonzosamente al ejército asolador.

El año siguiente, se interna el duque de Longueville por el pais, arrolla en Rotalver las tropas españolas y provinciales mandadas por Gomez y el baron de Wotreville, y se apodera del castillo de San Amor, que recibe guarnicion francesa. Se envalentona mas y mas, y va rindiendo y quemando castillos, y luego toma ciudades principales; y el duque de Weimar se desparrama por las campiñas indefensas, y amaga á los Españoles atrincherados en Besanzon. Hambrea de muerte el pais; trasciende el azote á la ganadería, feneciendo rebaños enteros por llanos y cumbres, y cabiendo la misma suerte á los vecindarios, antes riquísimos.

Tras el hambre, se desenfrena la mortandad, y el mismo ejército enemigo tiene que evacuar la malhadada provincia. Yace Felipe IV desvalido, sin acudir á la defensa ó alivio de sus desventurados súbditos, y entretanto, desde el pri-

mer asomo de la primavera, se dispone el duque de Weimar, se tiende por todo el pais con sus tropas, y está ya soñando el restablecimiento del antiguo reino de Borgoña. Fallece en medio de aquel momentáneo triunfo, y los parciales de España están ya atribuyendo tan repentina novedad á venganza divina contra un vil incendiario. Asalaria Richelieu aquella tropa que va ocupando las llanuras y la serranía, pues los Españoles siguen manteniéndose á la defensiva en las cuatro plazas principales, que sirven de antemural á la provincia.

Van ya cinco años de guerra jeneral, por todos los confines, y Felipe IV se destronca mas y mas con sus violentos conatos para sostenerla; y luego Richelieu agrava su desvalimiento, fomentando sublevaciones principalmente en Cataluña y en Portugal.

Habian los Catalanes defendido el Rosellon contra las huestes francesas, rechazando hasta tres veces al príncipe de Condé, y jactándose de haber servido á España con su sangre y sus caudales. Se apoderan sin embargo los Franceses de Salces, y el conde de Santa Coloma, echa el resto por recobrar aquella plaza. Se entibian ya los Catalanes, acosados con tanta guerra, y por mas que brindan con la nobleza á todo el vecindario de Barcelona, si toma las armas, y con la ciudadania de la capital, á cuantos campesinos guerreen por un mes contra el pueblo sitiado, nadie acude, y trata ya el virey de levantar el sitio, cuando recibe una carta insultante del duque de Olivares. Tras la desconfianza en el ansiado logro, estais ahí ya tratando de abandonar la empresa, sonrojo mortal para todos, y afrenta feísima para la monarquía.

Si escasean los abastos, vos el primero, oficialidad de esas tropas, nobleza y plebe de Cataluña, cargad con trigo, y demás renglones, sin lo cual os haceis reos ante Dios, y ante el rey, desdiciendo de la sangre que corre por vuestras venas.

Al entrar donde quiera los Franceses, allá descuella al punto de caudillo y adalid el mismo Calvino.

Hablo sin rebozo, pues así lo requiere el trance. Si esos fueros se hermanan con mi encargo, desde luego merecen mi entrañable aprecio; mas en el caso contrario, quien los alegue viene á declararse enemigo de Dios, del rey, de su sangre y de su propia patria, y añade en posdata: Acudan cuantos puedan á la guerra, y hasta las mujeres se echen al hombro, heno, paja y cuanto se requiera para el consumo de la caballería y del ejército; no es ya tiempo de plegarias, sino de mando y ejecucion.

Los Catalanes, ya se muestran emprendedores, ya díscolos, pero la salvacion de todos prepondera á fueros y regalías de una provincia. El soldado ha de lograr buen hospedaje y cómodo lecho, y duerman por el suelo ú como puedan los hidalgos del pais; y allá se las hayan.»

Escribe tambien Felipe IV al virey, apuntando con desvío el punto de fueros: «No puedo menos de manifestaros cuan ajena está esa provincia de cumplir, cual corresponde, á las urjencias de la guerra, cuyo retraimiento estriba todo en la impunidad. En imponiendo pena de muerte á todo desertor, no menudeará tanto por ahí ese delito.

Si algun majistrado resiste ó desatiende mis disposiciones, es mi ánimo, que procedais ejecutivamente contra el reo. A la cárcel con todos ellos, y fuera administracion de caudales públicos en manos impuras, y en confiscando los bienes á dos ó tres de los mas culpados, amainarán los demas, y quedará, cual se requiere, despavorida la provincia. Viva el escarmiento.»

Se esmera el virey en ejecutar aquellas órdenes tan rigurosas; pero Felipe IV y el duque de Olivares, se hallan muy ajenos de conocer el pueblo que están á todo trance tiranizando. Los Catalanes de suyo arrebatados é indómitos, idolatran sus fueros; fueros preciosísimos, fomentadores de la prosperidad catalana, al paso que Castilla y Aragon defraudados de sus privilejios se empobrecen lastimosamente.

Hierve por la costa y por los valles regados con el Segre y demás rios que desaguan en el Ebro, una muchedumbre industriosa y traficante, en medio de campiñas fértiles y asombrosamente cultivadas. Mas parte de la provincia se compone de riscos, breñas y selvas, acojida de bandoleros, que solian afamarse con sus atrocidades, capitaneando á veces cuadrillas formidables.

A veces tambien aquellos mismos capataces, amaestrados en las guerrillas, se escuadronaron en las huestes formales y grandiosas, y se encumbraron á lo sumo de la carrera militar. Suelen tambien blasonar de su valentía por aquel rumbo, sirviendo caballerosamente á sus deudos y amigos.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMO.

Continuacion de la guerra de Cataluña.—Insubordinacion del ejército castellano.—Encono de los Catalanes.—Entereza de la Diputacion y de los Conselleres.—Entrada de los segadores en Barcelona. —Alboroto.—Consecuencias.—Agonía del virey.—Su muerte.—Desenfreno del populacho.—Amaños de Richelieu. —Incorporacion voluntaria de los Catalanes con el reino de Francia. — Varios acontecimientos.

DESDE 1636 HASTA 1640.

Rinde el ejército la fortaleza de Salces, y luego se acuartela para el invierno. Franquea el marqués de los Valbases, su nuevo jeneral, todo ensanche á la soldadesca. Avezados á las guerras de Italia, menosprecia al paisanaje, y nadie cree que pueda contrarestarle. Compónese por lo mas de Napolitanos, Irlandeses y Castellanos, á quienes los padecimientos de Cataluña, ni por asomo causan la menor compasion.

Se quejan varias aldeas de las infinitas tropelías que están padeciendo, y se redoblan tanto aquellos recursos, que el virey veda arbitrariamente á todos los juzgados la admision de semejantes querellas. Salen al frente Francisco Tamarit, Leonardo Serra y Francisco Vergés, individuos de la diputacion; pero el virey los manda prender. Se lastiman los Barceloneses, y luego los Catalanes todos de tan desusado desafuero.

En seguida, todo soldado que se estravia por despoblado ó malezas, perece á manos de enemigos desconocidos. La soldadesca, en desagravio, trata como enemigo verdadero al paisanaje, y anda en cuadrillas por los montes, incendiando un sinnúmero de aldeas, y Cataluña toda se enfurece, cuando Barcelona da por fin con tremenda asonada la señal de aquel memorable levantamiento.

A principios de junio suelen bajar de la montaña á los llanos de Barcelona cuadrillas de segadores, por lo mas desmandados y traviesos, que viven casi todo el año sin domicilio ni vecindad constante. Por donde quiera que asoman, fraguan al borotos y algazaras, pero son imprescindibles en aquella temporada.

Todo sujeto racional se muestra, en año y lance tan crítico, aprensivo de su llegada, que no podia menos de ser, cual nunca, temible y trastornadora. Viene á ser comunmente, por la víspera de la funcion del Señor, y entónces la muchedumbre escede con mucho á la acostumbrada de otros años.

Enterado el virey de aquel peligro, trata de sortearlo, y pasa un oficio al ayuntamiento, espresando que conceptúa del caso atajar aquel enjambre, en vísperas de funcion tan sagrada, cerrando la puerta á los segadores, capaces siempre de cometer demasías violentas y lastimosas.

Pero los conselleres de Barcelona, bien hallados con aquella novedad, y esperanzados de utilizar la asonada, para sus intentos, se desentienden allá de providenciar, alegando que los segadores se hacen menesterosos en el pais, y no cabe negarles la entrada en la capital. No confian tampoco de que se muestren obedientes al pregon, en caso de echarlo. Creen por este rumbo acobardar, al virey, disculpándose además decorosamente en caso de que luego les resultase algun cargo.

Contéstales imperiosamente Santa Coloma, aferrándose en lo iminente del peligro con la admision de aquel jentío, pero el ayuntamiento insistia tambien, por su parte, en lo espuesto que se hace el contrarestar á un torrente tan impetuoso, y que á todo trance, está armando varias compañías de milicia urbana para afianzar el sosiego, y en caso necesario acudirá desde luego al arrimo de su autoridad superior; como encargado del mando militar, al paso que al ayuntamiento no le cabe mas que amonestar y providenciar civilmente. El virey se hace cargo de estas razones, y careciendo de medios preponderantes para infundir acatamiento, tampoco quiere allanarse á ningun jénero de ruego.

Llega el dia de la gran solemnidad del Sacramento, que es en aquel año el 7 de junio. Toda la mañana está entrando la oleada furiosa de los segadores, pues llegan á miles, y se incorporan con los entrados en los dias anteriores. Se dice,

que además de sus hoces, traen armas ofensivas, á fuer de convocados para algun intento de mayor cuantía. Ya se desparraman por toda la ciudad, ya se agolpan en pelotones mas ó menos crecidos, por calles y plazas.

En todas sus cuadrillas se ventila á voces el asunto de la desavenencia del rey con la provincia, de las ínfulas del virey, del encarcelamiento de los diputados y conselleres, de las tropelías de los Castellanos y del desenfreno de la soldadesca. Se enfurecen luego y callan, vagan acá y acullá, y acechan el trance anhelado, para estallar. Si tal vez tropiezan con algun Castellano, lo miran con escarnio, lo provocan prescindiendo de su jerarquía, prorumpiendo mas y mas en arranques y demostraciones acarreadoras de un fracaso pavoroso.

Se hallan á la sazon en Barcelona, para entrar en campaña capitanes y subalternos, venidos de Castilla y de otros puntos, para la guerra con Francia. El vecindario los mira ya con sobrecejo, y tienen que andar muy comedidos, en vista de los antecedentes harto notorios, y hasta la soldadesca mas desmandada se contiene algun tanto.

Sujetos de suposicion tienen que aguantar desacatos, que vienen á quedar impunes, ya por la obscuridad de la noche, ya por el decoro que les inclina á encubrir su afrenta. Asoman ya mas y mas los ímpetus de un rompimiento desaforado. No faltan personas que se conduelen de sus huéspedes ó alojados, y les aconsejan muy de antemano que se retiren á Castilla, y los hay tambien que tras cualquiera reyerta les amagan con el dia ya cercano de las venganzas. Con este motivo, muchos que naturalmente deben acudir á la comitiva del virey, se finjen indispuestos; mas otros, ignorando ú menospreciando el peligro lo arrostran, sin zozobra.

Se efectua por fin la asonada, y ciudadanos y campesinos corren al par acá y allá resueltos y enfurecidos. Los Castellanos despavoridos, se ocultan donde se les depara, ó se entregan á la lealtad harto sospechosa del vecindario, moviéndolos á compasion, ó interesándolos mañosamente en su resguardo. Acuden los majistrados á enfrenar el alboroto, procurando prender con algun conocimiento á los principales; pero aquel paso inconsiderado da mayor fomento al motin, así como un vaso de agua sobre un incendio no hace mas que avivarlo.

Descuella entre los alborotadores un segador ajigantado y furibundo, se le arroja un alguacil para prenderlo; resulta pendencia; sale herido el forastero, los compañeros se arrojan de tropel en su defensa, pero queda la contienda á favor de los montañeses. Algunos soldados de la guardia del virey, acuden á la refriega y con su presencia se enardece, en vez de amainar. Todo es alaridos, unos vocean venganza, y otros mas entonados, claman por la libertad de la patria. Aquí suena: *Viva Cataluña*, *allá; muera el mal gobierno de Felipe*.

Pavoroso es aquel clamor para el oido de cuantos está amenazando, y fuera de los voceadores, todos se estremecen al escucharlo. Por donde quiera, con la oleada de la muchedumbre, reina el vaiven, con el espanto y la confusion. Cada cual está por instinto temiendo la muerte, por cuanto un populacho enfurecido, no para hasta bañarse en sangre.

Por otra parte, los alborotados se están estimulando mutúamente al desenfreno; uno vocea y otro descarga, y este se enardece mas y mas, con el grito de su compañero. Insultan á los Castellanos con desvergüenzas horrorosas, y los andan buscando encarnizadamente, y en logrando matar uno, lo aclaman y vitorean los compañeros, como valiente, leal y dichoso. Se arma la milicia, sea por disposicion del virey ó del ayuntamiento, pero socolor de restablecer el sosiego, no hace mas que aumentar el desconcierto.

Acuden cuadrillas y cuadrillas de campesinos y de ciudadanos, á cercar el palacio del virey, y aunque llegan y se esmeran diputados y conselleres en escudarle, aquel ahinco imposibilita mas y mas su salvamento. Se trata de que salga de Barcelona, en vista de aquel estremo de turbulencia, cítanle el ejemplar de D. Hugo de Moncada, que en igual conflicto se retiró de Mesina á Palermo, y mas habiendo en el puerto dos galeras jenovesas, que lo han de acojer ansiosamente; pero se halla tan trastornado el ánimo del caudillo, que no acierta á tomar partido alguno.

Se rehace un tanto sin embargo, y va despidiendo á sus acompañantes, ya tal vez por no comprometerlos, ya para no ver tantos testigos de su retirada. Orilla luego la propuesta de marcharse, por espuestísima, indecorosa y perjudicial para Barcelona, y para todo el principado; y así conceptuando todo asomo de huida como impropio de su jerarquía, sacrifica gallardamente su vida al decoro y al mando réjio, arrostrando cuantos embates le depare la enemiga suerte.

No deslindarémos el desempeño de los concejales en tan árduo trance, pues ya la zozobra, ya sus miras, los inclinan acá y acullá para obrar segun sus ímpetus ó aprensiones. Se asegura no obstante, que jamás conceptúa los crímenes á que se arrojó la muchedumbre, prescindiendo allá de sus primeros y desaforados arranques.

Por su parte el virey se azora, se postra ó se arrebata, como náufrago que forcejea mas y

mas para salir á la playa. Está presenciando el fracaso, y resuelve mil rumbos, ninguno certero, para remediar su conflicto; y aquel es el ímpetu mas denodado de su espíritu, parando luego en el último de su vida.

Concentrado al fin en su despacho, agolpa disposiciones de palabra y por escrito, mas unas y otras quedan desobedecidas. Los empleados réjios se trasponen, y los del pais ni mandan ni obedecen. Cede luego al torrente, y se desentiende ya de toda su autoridad, mas ya la plebe no admite concesiones, teniendo ya en su mano el ensanche y desenfreno que apetece. Ni aun logra comunicar aquel postrer arbitrio, pues la asonada lo arrolla y desorganiza todo, como sucede en el cuerpo humano á los asomos de la agonía.

Con tan amargo desengaño, juzga por fin su presencia infructuosa, y no piensa ya mas que en ponerse en salvo. Quizás el único rumbo es el de su retirada. Los que se hallan en Atarazanas y en el baluarte del mar, ahuyentan á cañonazos la galera que se acerca, y luego para salir al puerto hay que arrostrar las descargas de la arcabucería. Se arroja sin embargo al intento con algunos acompañantes, en el trance ya de estar los sediciosos quebrantándole las puertas, y entónces la guardia del palacio se junta y se baraja tambien con los asaltadores.

Suena entretanto por la ciudad, un estruendo horroroso de armas y de alaridos. Cada casa es un objeto pavoroso, aquí se incendia, allí se roba y acullá se derriba, sin que nada enfrene el enfurecimiento jeneral. Huella el populacho el sagrado de los templos, y allana y atropella el resguardo de los claustros. En asomando un Castellano, sin mas averiguacion, se le descuartiza, y aun el mismo vecindario, á la menor sospecha, padece el propio quebranto, pues si hay quien abra la puerta y guarezca una víctima, se castiga como delito su compasion. Se abren las cárceles, y los reos salen, no solo para quedar libres, sino para venir luego á mandar.

Oye el virey los alaridos de sus perseguidores, y da por llegada su última hora; ya no es un grande, es un hombre, y resuelve nuevamente embarcarse. Sale escusadamente para la playa, el tiempo apremia, la postracion le entorpece, y encarga á su hijo, que se adelante para disponer con sus pocos acompañantes el arrimo del esquife de la galera que lo está aguardando á todo trance. Su ánimo es salvar por lo menos la vida del niño, ya que ve tan arriesgada la propia. Obedece el muchacho y afianza la barquilla, mas el jentío de la ciudad no le permite atracarla, y así se encamina á la galera que se mantiene fuera de tiro. Se detiene el padre y está mirando lloroso el esquife, como hombre que se desvia para siempre de su hijo y de su propia existencia. Ya desahuciado con paso trémulo sigue la playa, se interna por las huertas de San Beltran, y se encamina á las faldas de Monjuich.

Allanado ya su palacio, todos saben su temerosa huida; le buscan por donde quiera enfurecidamente, para coronar con su muerte las proezas de la jornada. Lo están viendo desde Atarazanas, y se hace cargo de que no le cabe ya salvamento. El calor le abrasa, el sudor le acongoja, el peligro arrecia, las ansias crecen, la esperanza mengua, y la vergüenza lo ahoga. Mira ya sobre su cerviz el fallo incontrastable; le sobreviene un mortal parasismo, y cae sin sentido. Le alcanzan sus perseguidores; y le matan con cinco puñaladas en el pecho.

Así fallece D. Dalmacio de Queralt, conde de Santa Coloma. Leccion amarga para las ínfulas de la ambicion, pues el mismo individuo, en el propio sitio, y casi al mismo tiempo, viene á ser digno de envidia, y acreedor á la compasion (1).

Siguen las ciudades de Lérida, Balaguer y Jerona el ejemplo de Barcelona, y está luego en asonada la Cataluña entera, matando ú ahuyentando por donde quiera á los Castellanos. En Tortosa desarman á tres mil reclutas, que se juramentan, para no pelear jamás contra los Catalanes. La ciudad de Perpiñan cierra las puertas á los fujitivos, pero la ciudadela abrasa al pueblo y tiene que entregarse á los Castellanos.

Los Catalanes, á impulsos de Richelieu, plantean su república, y se escudan con la Francia, comprometiéndose Luis XIII en sostenerlos á todo trance, en intentando el rey de Castilla subyugarlos y defraudarlos de sus fueros.

Entretanto el marqués de los Velez, nuevo virey de Cataluña, se apodera de Tortosa y de Cambrils. Incendia cuantos pueblos se resisten, y degüella á los prisioneros, colgando á la oficialidad de los pies, por las almenas ó torres de los muros. Quiere la guarnicion de Cambrils rendirse, pero le manifiesta que no le cabe agraciar á unos rebeldes sin cometer un sacrilejio. Tanta atrocidad enfurece á los Catalanes.

Se defienden tenaz y desesperadamente en Barcelona, dando lugar á que acuda una hueste francesa, á cuyo arrimo, rechazan y ahuyentan á sus enemigos, con mortandad considerable, bajo sus propios muros.

Firma Luis XIII, el 18 de setiembre de 1641, el acta en que acepta el principado de Cataluña, con los condados del Rosellon y de Cerdaña. Jura respetar los fueros del pais, y dejar al cargo de los naturales el importe y la recaudacion de

(1) Véase Melo, Guerra de Cataluña, lib. 1. cap. 79 etc.

las contribuciones, reservando para Catalanes todos los empleos civiles y eclesiásticos, colocando á los diputados que le envien en la categoría de embajadores, y permitiéndoles cubrirse en su presencia. Pero en las monedas que á la sazon se acuñan por el principado, el busto de Luis XIII no lleva mas dictado que el de conde de Barcelona.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOPRIMO.

Incorporacion de Cataluña con Francia.—Guerra en el principado.—Sublevacion de Portugal.—Guerra encarnizada.—Incursiones de los Ingleses.—Los Moros en las islas Terceras.—Reflexiones.—Quebrantos y desastres en América y en Europa.—Batalla de Rocroy.—Derrota irreparable de la esclarecida infanteria española.—Consecuencias.

DESDE 1641 HASTA 1647.

Idénticos son ya los intereses de Francia con los de Cataluña. Se apodera un ejército francés de Perpiñan y del castillo de Salces, cuya rendicion acarrea la del Rosellon entero con la Cerdaña.

Echan el resto en balde los Españoles en el recobro de aquellas fortalezas, con sus provincias. Las armas de Richelieu los acosan por toda Cataluña y parte de Aragon, y tienen que desentenderse de sus posesiones allende el Pirineo, quedándose ya únicamente sobre la defensiva. Menudean los trances particulares, y aun las refriegas mas ó menos considerables por todo el principado, y hasta en la raya de Aragon y Valencia, cuyo pormenor individual no puede tener cabida en una Historia Jeneral de España, que abarca tantísimos paises, personajes y acontecimientos.

Como quiera, llega el príncipe de Condé á sitiar la plaza de Lérida, destaca á su segundo M. de Lameto hácia la parte de Aragon, y este desalmado, entre otros desastres infructuosos, para su objeto principal, vuela el magnífico puente de Monzon, cuyos machones y arcos yacen todavía destrozados, con grandísimo quebranto de toda la comarca, y luego regresando á Lérida, las tropas de Castilla derrotan vergonzosa y completísimamente á Condé, en sus mismas líneas, variando por entónces en gran manera el estado y los intereses de la guerra.

Diremos sin embargo anticipadamente, que se dilata aquel azote hasta el año de 1653, empleando por tres años en gran parte la fuerza de la nacion, y defraudándola de medios, para acudir á otras urjencias, y que Cataluña no vuelve legalmente al dominio castellano hasta la paz del Pirineo, en que se sacrificaron el Rosellon y la Cerdaña, que paran todavía en poder de la Francia.

La sublevacion de Cataluña acarrea la de Portugal, pero indudablemente los amaños y tramoyas de Richelieu, anticipan aquella rebelion, que sacude el yugo español de aquel pais.

No consta por pasos é individualmente, que la corte de Francia haya labrado aquella revolucion, hay todavía una instruccion con fecha del 15 de agosto de 1638, entregada por el cardenal á San-Pó, especie de ajente ó encargado encubierto que envia á Portugal. Tiene que informarse, al tenor del artículo III, de si los Portugueses á la sazon se hallan aparejados para rebelarse á las claras, en el caso de acudir los Franceses con escuadra, á posesionarse de cuantos fuertes hay desde la desembocadura del Tajo y la torre de Belem, para ponerlos en sus manos. Espresa el artículo IV, que si el canciller y demás á quienes se ha de proponer el asunto, apetecen auxilio mas poderoso, les brinda con cincuenta naves, y una hueste de doce mil hombres y mil caballos, sin mas interés por parte de la Francia que el de la gloria en favorecerles.

Inmensa es la ventaja de la Península española en formar un solo cuerpo, en cuyo caso únicamente el pueblo español puede constituirse fundamental y solidísimamente, fructificando en todos los ramos de su poderío, al paso que con el Portugal de menos, tiene siempre el costado descubierto, y flaquea en su menguado conjunto.

Con efecto, se hace muy obvio á todo enemigo el internarse ejecutivamente, desde Portugal, por la Castilla hasta Madrid, ó por las Andalucias hasta Sevilla, sin yermos, ni serranías ó breñas que atravesar como por Navarra ó Gui-

púzcoa, sin que le atajen tampoco plazas fuertísimas, como por Italia ó los Paises-Bajos. Por lo mismo Felipe II desde luego declaró el Portugal incorporado para siempre con la corona de Castilla, vedando toda separacion bajo pretesto alguno. Sin embargo se le estuvo tratando como pais conquistado, y su respectiva suerte fué siempre angustiosa hasta el recobro de su independencia.

Fenece la marina portuguesa en los primeros años de Felipe IV, peleando por España. Mengua el comercio marítimo, en términos que llega á perder hasta doscientos bajeles; yacen sus puertos callados y exánimes, y sus arsenales aparecen yermos y exhaustos. Se trasportan á España mas de dos mil cañones de bronce, y un sinnúmero de los de hierro; y en la plaza mayor de Sevilla se están viendo de una vez hasta novecientas bocas de fuego con las armas de Portugal. Un raudal de metálico está pasando incesantemente de Portugal á Castilla, por espacio de cerca de medio siglo.

Felipe IV sigue atropellando los fueros de la nacion portuguesa. Queda como yerta la nobleza, desviada de los empleos públicos y arrinconada en sus cortijos ó alquerías. Se ponderan por de contado los agravios y tropelías de los Castellanos para con los Portugueses, pero siempre consta que median quejas mas ó menos fundadas de parte de los conquistados tanto por el ramo militar, como por el civil y eclesiástico.

Oprimidos los Portugueses por la nacion dominante en la Península, tienen además que padecer los miles de amarguísimos quebrantos que les acarrea su incorporacion inseparable con España, por parte de cuantos enemigos sin cesar hostigando y acosando aquella potencia guerreadora. Hay, con efecto, un escritor portugués que va relatando por puntos los fracasos que les redundan por aquella causa; como que Ingleses, Franceses y Holandeses, en los reinados de Felipe II, de Felipe III y durante la primera mitad del siguiente no cesan de hostilizarlos. Citarémos el paso, aunque parezca un alegato judicial contra el gobierno, que estuvo por tantos años soñando aquel pais desvalido, para modernamente ir á parar á manos de una ambiciosa y mercantil nacion que la está desangrando despiadadamente.

En 1534 se apoderan los Ingleses de Fernambuco, lo esquilman y se apoderan igualmente de un navío venido de la India, que está anclado en aquel puerto. En 1575 toman el castillo de Anguinos en la costa de Africa. Siguen luego con sus piraterías; se internan por los rios de Portugal, llegan al pueblo de Buarcos, lo saquean y lo incendian. Sorprenden mas y mas islas y costas, en Europa y en América.

Hasta los Moros entran en 1616 por el puerto de Tercera y la saquean é incendian cautivando á los habitantes, y en seguida la isla de Madera padece la misma suerte, en su islilla de Puerto Santo.

Llega luego la vez á los Franceses y rinden y saquean é incendian islas y costas por ambos mundos, cometen los Holandeses iguales atrocidades en la Europa, en la India, asolando pueblos y paises enteros. Tales son las resultas de aquella incorporacion.

Por fin la asonada jeneral de los Catalanes enciende aquel odio, oprimido hasta entonces, por el pavor intenso y la mútua desconfianza. El duque de Olivares, con el afan de aterrar la sublevacion y esterminar sus privilejios, intima al duque de Braganza y demás caudillos de la nobleza portuguesa que se presenten ejecutivamente en Madrid, para firmar los nuevos subsidios y acompañar al rey en la espedicion que tenia de capitanear personalmente.

Pero los Portugueses se muestran mas propensos á remedar los Catalanes que á pelear contra ellos. Se fragua una conspiracion; el arzobispo de Lisboa con varios magnates la encabeza, para entronizar al duque de Braganza. Es nieto de Catalina, nieta del grande Manuel, y el único descendiente de la sangre real que no está escluido de la sucesion á la corona, por la ley fundamental de Lamego.

El sábado 1.º de diciembre á las ocho de la madrugada Pinta-Ribisio, mayordomo del duque de Braganza da la señal de asonada tirando un pistoletazo en el palacio de Lisboa. Asoman como por escotillon, miles de conjurados, voceando: *viva la libertad, viva el rey D. Juan IV*. Cede luego la guardia alemana, y la poquísima castellana queda vencida y dispersa. Matan y arrojan por un balcon al secretario de estado Vasconcelos, que es en realidad el caudillo del gobierno, y la vista de su cadáver desenfurece á la muchedumbre. Prenden á Margarita de Saboya, la vireina, y temerosa de perder la vida, envia órden á la ciudadela para que se rinda. Las provincias siguen el ímpetu de la capital, y en menos de quince dias, todo Portugal reconoce á Juan de Braganza. Corre el ejemplo hasta las colonias, siendo Ceuta la única plaza que conservan los Españoles.

Vuela tamaña novedad por la Europa entera, y tan solo Felipe IV es quien la ignora, no osando comunicársela los palaciegos, hasta que al fin Olivares, con fementida sonrisa en los labios, le da el parabien, por el gran ducado y otras posesiones que acaba de heredar. Absorto el soberano, le pregunta ¿cómo es eso? — Consiste, añade el ministro, en que el duque de Braganza ha enloquecido, y se ha dejado pro-

clamar bárbaramente, rey de Portugal, y entónces todos sus estados vienen á confiscársele justiciosamente. — Hay que poner todo ahinco en eso, le encarga el monarca, con el mismo semblante de indiferencia estudiada.

Brio y ejecucion se requiere, para enfrenar aquel arranque, mas el desgobierno jeneral no acierta á providenciar denodadamente, y mas con la guerra lejana, y al mismo tiempo la civil de Cataluña, tienen embargada la atencion y el escaso desempeño del ministerio. Este, en vez de embestir y arrollar, se mantiene en la defensiva y da lugar á que los rebeldes traspasen la raya y atropellen los pueblos castellanos.

Las potencias de Europa van reconociendo al nuevo rey, ajustando Francia, Suecia y Holanda con él sus respectivos tratados de alianza; y cuando la España trata, despues de la paz de los Pirineos, de tomar la ofensiva, es ya demasiado tarde, pues la monarquía portuguesa se ha robustecido en gran manera, y sale gallardamente á la palestra; cuanto mas que, ya en secreto, ya sin reboso, lo están sosteniendo los enemigos perpetuos de España, y al fin el sucesor de Felipe IV tiene que reconocer su independencia en 1658.

Póstrase la España batallando con entrambas revoluciones á un tiempo de Cataluña y de Portugal, y ni tropas ni dinero asoman por los parajes mas acosados; yacen al par sus aliados, y Richelieu brindando por Italia, y por donde quiera, con montes de oro, está alevosamente fomentando nuevos trastornos; poniendo mas y mas así Milan, como Nápoles y Sicilia en incontrastable y total conmocion.

Apuntemos un tanteo de sus quebrantos en 1640, al sublevársele las colonias portuguesas, al ejemplo de la metrópoli. Pierde en Africa la fortaleza de Tánjer, situada sobre el estrecho de Jibraltar; las islas Azores, arribada perpétua de las flotas en su tránsito; la isla de Madera, con sus vinos y azúcares preciosos; las islas de Cabo Verde, y entre ellas la de Santiago, emporio del comercio de cueros con los naturales. Ya antes, se han apoderado los Holandeses de los principales puntos, para el tráfico en Guinea y reinos de Congo y Angola, donde se ajencian esclavos para las minas de Méjico y del Perú.

Con efecto, de resultas de aquel malogro, subió desmedidamente el precio de los Negros, hasta el punto, de cesar totalmente el beneficio de algunos veneros abundantes de mineral, particularmente en el Potosí. Allende el cabo de Buena Esperanza, se pierden tambien las colonias de Mozambique y de Safala, manantiales de polvos de oro, ambar y marfil; mas al norte los fuertes de Languebar y de Mombaza, emporios del comercio con Etiopia. Luego por toda la India infinitos puertos y ciudades, entre ellos la de Macao, punto de riquísima contratacion, por las islas Filipinas, pero principalmente el Brasil, con el precioso y larguísimo trecho que media, entre los dos inmensos rios de la Plata y de las Amazonas; y donde la ciudad de rio Janeiro, por sí sola, aprontaba todos los años mas de veinte y cinco mil cajas de azúcar, y cantidad inmensa de palo del Brasil, de tabaco, pimienta y algodon.

Desastres mortales y redoblados padece España en Europa; pues en el año mismo de los trastornos en Cataluña y en Portugal, vuelven los Franceses á su ofensiva, por todas partes. Con efecto, el conde de Harcurt embiste en sus mismas líneas al marqués de Leganés, gobernador de Milan que está sitiando el Casal. Lo rechazan hasta tres veces, pero á la cuarta, encabeza Turena el asalto, terraplena los fosos, y al fin tomadas las trincheras, se retiran los Españoles por el puente, el cual recargado con el jentío, se desploma, y así caja militar, con artillería y bagajes, todo cae en manos del vencedor, perdiendo el vencido, hasta seis mil hombres, entre muertos y prisioneros.

A los cinco meses, el marqués de Bucé, almirante de Francia, derrota la escuadra española junto á Cádiz, con pérdida inmensa de caudales, en cinco galeones de mil y quinientas toneladas, al todo. En 1642, el mariscal de la Milleraye se apodera de la ciudad y fortaleza de Perpiñan, contra la porfiada existencia del gobernador, marqués de Flores de Avila; y tomando en seguida á Salces, avasalla desde luego todo el Rosellon.

Padece España el año siguiente desmanes todavía mas tremendos, pues, fallece Richelieu, y á breve tiempo Luis XIII, pero se aferra la Francia, en el sistema político del ministro difunto, y el príncipe de Condé encabeza el reinado de Luis XIV con la victoria esclarecida de Rocroy, haciendo siete mil prisioneros, y destrozando sin rescate la primera infantería del orbe, sacrificada por el valor indiscreto de su caudillo el conde de Fuentes que, con escesiva confianza en su incontrastable heroismo, la lleva positivamente al pavoroso matadero, eclipsando así las glorias de la milicia aterradora, que ha estado, por mas de un siglo, dando sin contraste, la ley á la Europa asombrada. Laureles sangrientos que enraman la cuna de Luis XIV, con anuncios de nuevos triunfos.

Yace, con los invictos difuntos, el pundonor castellano, como si al arrollar sus líneas en Rocroy, se viniera abajo el santuario del heroismo.

En 1644 el duque de Orleans, con varios mariscales, embiste á la ciudad de Gravelinas con

tan grande ímpetu, que su defensor D. Fernando de Solis, tiene que capitular, tras dos meses de sitio. Arrollan igualmente los Franceses las lineas de Jionville, y toman á Filisburgo y á Maguncia. Se internan luego en 1645 por la Flándes, y arrebatan varios pueblos, mientras Turena y Condé, alcanzan en Alemania la victoria decisiva de Nordlinga.

Rinde en España el conde de Harcurt á Rosas, Balaguer y otros puntos, por las orillas del Segre. Siguen tomando plazas los enemigos, mientras los Españoles, en perpétua inaccion, por su cortedad de fuerzas, les franquean el campo para sus continuas correrías; pero el acontecimiento mayor de aquella campaña es la toma de Dunquerque por el príncipe de Condé, quien sitia por mar y por tierra aquella plaza, que viene á ser la llave de las provincias flamencas.

Echan el resto los Españoles, para socorrerla; el conde de Picolomini se adelanta hasta Furnes, pero otro cuerpo francés le contraresta, y Dunkerque desahuciado tiene que rendirse; y entretanto el mismo almirante francés de Brosi se apodera en Italia de Iclamone, Salina, y Santo Stefano, y aunque fallece en la empresa, siguen mas y mas las operaciones enemigas en toda la Italia.

Sale el mariscal Meilleraye de Tolon con nueva escuadra, y se apodera de Piembino y de Porto Longone, y guarneciendo los pueblos conquistados, regresa á Francia, en busca de mayor escuadra para continuar sus espediciones.

Yace despavorida la Italia, y el duque de Módena, aunque apasionadísimo de España, acoje la propuesta del cardenal Morosini para ajustar una liga con Francia. Pero las ínfulas del ministro español van á mas, cuanto va á menos su poderío, destemplando con su arrogancia á los príncipes italianos, que se debian halagar eficazmente; y en 1647 dos asonadas estallan tras los Alpes y acarrean mayores embates contra el solio de Felipe IV.

Sicilia encabeza á los revoltosos; tiene un millon de habitantes, casi todos labradores. Catalanes, Florentinos y Jenoveses los surten de paños y sedas, á trueque de trigo que pueden aprontar baratísimo, y estaba el gobierno harto interesado en el fomento de aquella labranza que llena los graneros de España Cárlos V, y Felipe II, se contentaron con derechos juiciosos y comedidos, respetando los fueros del pais. No así Felipe IV; se le agolpan las urjencias de una guerra arruinadora, y hay que descargar sobre los Sicilianos gran parte de los atrasos públicos; y por mas que la naturaleza les favorezca con sus riquísimos dones, no alcanzan á sobrellevar los nuevos gravámenes.

Recaen impuestos considerables sobre la harina, carne, vino, aceite y demás renglones de primera necesidad; y resulta, que los mayores pacientes son los menesterosos, eximiéndose por lo mas, clérigos y nobles y estremando con sus esenciones y tropelías el conflícto de las demás clases.

En aquella misma semana, donde la Presidencia echó el resto de sus fuerzas, yacen los desvalidos, realmente muertos de hambre por los valles, y la espedicion de los Franceses á Orbitelo y Piombino, agrava mas y mas los quebrantos de la Sicilia, pues por todos los pueblos y aldeas van los gobernadores alistando un hombre por cada cinco individuos, y precisan todos sus *quintos* á servir en clase de soldados, ó de marineros; y si alguien quiere eximirse huyendo de aquel servicio irremisible, se echa mano de sus haberes, para costear luego un sustituto, á menos que los mismos deudos ajencien su presentacion, ó encaminen los empleados públicos para descubrirlos; y así por donde quiera suena el llanto amargo, y se están viendo las demostraciones del sumo desconsuelo.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOSEGUNDO.

Disturbios de Sicilia.—Se comunican á Nápoles.—Interviene el clero.—Alborotos y violencias.—Nuevos impuestos.—Tropelía con una pescadora de Amalfi.—Consecuencias.—Se enfurece la asonada.—Acuden los Napolitanos á potencias estranjeras.— El duque de Guisa, desde Roma, fomenta y organiza la sublevacion.—Mayores desacatos.—Su trascendencia.

DESDE 1647 HASTA 1660.

En situacion tan crítica de la Sicilia, le sobreviene el azote del hambre. Una sequía nunca vista le habia aniquilado la cosecha del año anterior, y los calores ardientísimos infunden zo-

zobra de nueva calamidad. Conceptúa el virey, marqués de los Velez, que ha de atajar el trastorno, vedando á los panaderos todo aumento de precio en el pan; pero, á muy poco, tiene que revocar su providencia de pena de muerte, franqueando absolutamente la venta á los tratantes en aquel ramo. Pero la carestía va siempre en aumento y causa en Palermo una asonada violenta, hasta el punto de incendiar las casas de los empleados públicos; y allanando las cárceles, todos los presos acuden á redoblar y enfurecer mas y mas la oleada impetuosa del hambriento jentío; y por tres dias enteros; todo es anarquía y desenfreno en la capital de Sicilia.

Se oculta el gobernador en un convento, sin osar apersonarse, para providenciar algun arbitrio, en trance tan estremado. Teme por su propia vida, y anula todos los gravámenes nuevos, devuelve al pueblo el derecho de eleccion para sus majistrados, y pregona indulto jeneral para los amotinados.

Desautorizan estas franquicias al virey, sin enfrenar los ánimos, y entretanto á nombre de sus conciudadanos, se apersona un artesano de Palermo, José Aluso, con el mismo virey, pidiéndole la abolicion ejecutiva de cuantos impuestos se les han cargado desde el fallecimiento de Cárlos V, la esclusion de todo Español para los empleos, y el restablecimiento de los Sicilianos en el goce de sus antiguos fueros.

El arrimo de una escuadra francesa insolenta mas y mas á los amotinados, y con sus alas, cunde luego la rebelion por toda la isla; y Catania, Agrijento, Siracusa y Trápani, se asocian y hermanan con el vecindario de Palermo, pero se retrae de aquel intento, por no seguir el torrente de la capital competidora; y aunque se vale de la coyuntura para descargarse de pechas, vocea mas y mas su aclamacion de *viva España*, protestando siempre la nobleza su entrañable y perpétua lealtad á Felipe IV, y aquella desavenencia, quebrantando el partido nacional, entónces los parciales de España se reunen, para dar al través con el primer majistrado de Palermo, tildándolo de estar vendiendo la Sicilia á los Franceses. Fenece el reo en otra asonada, y con promesas fementidas, amansa el enfurecimiento popular, doblegándose de nuevo la Sicilia al dominio del rey católico; mas luego se arrepiente de haber causado el desvío y remplazo de su virey, por otro mas violento y atropellador que su antecesor, tan jeneralmente malquisto.

Se hace todavía mas intolerable la opresion que están padeciendo los Napolitanos; pues en su concepto, los vireyes no tratan mas que de enriquecerse, para abanderizar un gran partido, y granjearse las finezas de la corte de Madrid, y segun escritores napolitanos, siempre en gran manera sospechosos, están sin empacho ni rebozo, vendiendo al mayor postor los empleos públicos. Por tanto, el agraviado se afana en reintegrarse de su desembolso con crecidísimas ventajas, y acude á todo jénero de arbitrios, para encumbrarse á la suma opulencia; pudiéndose citar consejeros que con un goce escaso se acaudalan en pocos años.

Abarca el torpe sistema del cohecho, desde el primer empleado en cada ramo, hasta su mas ínfimo dependiente, estremándose la venalidad hasta el punto de recibir los jueces diariamente regalos de los mismos reos, á quienes se hallan en vísperas de sentencias; y así el interés personal, es el único móvil y blanco de toda clase de autoridades.

Se ausentan de Nápoles los nobles, por cuanto el virey los desaira recibiéndolos con el sombrero calado, sin darles asiento. Acosados por sus deudores, y arrinconados en sus quintas, estreman y aquilatan, sin término, sus derechos feudales con gravoso ahinco; avasallan á sus feudatarios con violenta servidumbre, encareciéndoles mas y mas sus arriendos, y obligando á los ganaderos, á pagarles sus salvos-conductos para la traslacion y negocios de los rebaños; sin consentir por las carreteras mas posadas que las propias, alquilándolas á precios altísimos, precisando así al mesonero á esquilmar hasta lo sumo, á los viandantes para reintegrarse.

Solian además estancar las cosechas de seda y de los productos principales de todo el pais. Por último con pretestos frívolos iban empozando sus vasallos en mazmorras húmedas, y aquellas crueldades recaian siempre en odio del dominio español que, por fines particulares, las autorizaba, ó por lo menos las desatendia. Asoma entretanto declarado el partido francés, y aunque por lo mas la nobleza es siempre austríaca de corazon, la hay sin embargo en crecido número que ostenta la flor de lis en sus armas, y está acechando coyuntura para declararse por la Francia.

Arrogante y entonado se muestra el clero napolitano, al par de la nobleza, con altivo menosprecio de los menesterosos. Está administrando interesadamente hospitales y montes de piedad, planteados para alivio de los enfermos y desvalidos, sin alternar con las demás clases en el desempeño de aquellas funciones.

Así que empleados, nobleza y clero, aunque mútuamente encelados, cada cual por su rumbo, se mancomunan para desangrar aquel desventurado pais.

No hay resguardo que escude y afiance la autoridad pública, dejando los gobernadores yacer en escombros las fortalezas, sin jamás acabalar

guarniciones ni compañías, antes bien presentando, en sus reseñas, listas dobles, ó triples, de sus fuerzas efectivas. Amarradas permanecen las galeras á los muelles, sin remos, ni remeros que las pueblen y manejen, y luego sin artillería ni tropa que las pertreche y defienda, al paso que los Berberiscos andan á su albedrío, infestando las costas de la Pulla y la Calabria. La soldadesca asalariada, que debia resguardar las playas, no observa ni servicio ni disciplina, pues cobarde con el enemigo, se envalentona con el paisanaje indefenso, y cuando logra este cautivar alguna partida de piratas, se la apropia la milicia, para engreirse con el goberuador, y ostentar una victoria absolutamente ajena.

Prevalece tamaño desenfreno particularmente con la Calabria, y por mas que los naturales pidan armas para su resguardo y cobranza de la mitad de sus presas, receloso el ministerio, desatiende aquellas instancias, que jamás llegan á noticia del monarca.

Exorbitantes son los impuestos, pues en trece años consta que se llegaron á cobrar hasta cien millones de escudos. Pero los desembolsos que acarrean tantas guerras sostenidas en aquel reinado, van en aumento, con los desmanes que se están padeciendo y redoblando diariamente. Llega el duque de Arcos á cargar todos los renglones de consumo, sobrepujando á veces el impuesto al valor del mismo objeto. Nubes de cobradores se desparraman por las provincias, donde el desamparo suele ser tan sumo, que no asoma ni mueble que embargar, ni cama donde tenderse.

Huyen mas de treinta mil hombres de la Pulla y Calabria, desamparando sus hogares, para avecindarse en Turquía, cuya opresion se les hace mas tolerable que la de su patria, contentándose el gobierno con un leve tributo. Así lo cuentan varios historiadores, pero cabe mucha exajeracion en tales noticias.

En medio de la suma escasez, sucede que los alguaciles prenden á la mujer de un pescador de Amalfi llamado Tomás Anello, por ocultar un poquillo de harina, para el consumo de su familia, y presentándose el marido le requieren una cantidad crecida por el carcelaje y demás gastos de la detenida, y viéndose imposibilitado para pagarla, jura vengarse tan pronto como esté en su mano, y en breve se le rodea ocasion oportuna para el intento. Celebran siempre los Napolitanos con esmero la festividad del Cármen, construyendo en medio de la plaza un castillo de madera, donde parte del pueblo se encierra como en una ciudadela. Mozos de la ciudad y del campo se agolpan con ramas, aparentando sitio y asalto, y la muchedumbre vitorea sus proezas. Tiene Tomás Anello que mandar una de las compañías de avance, y en esta proporcion tiene ideada su rabiosa travesura.

Sale de Nápoles con ocho compañeros, todos á cual mas lozano, y colocándolos en paraje oportuno, les encarga prontitud y denuedo, para el trance en que va luego á emplearlos. Se juramentan todos, mas necesitan allí mismo armas que no han podido llevar consigo, y carecen de dinero para comprarlas; pero un fraile hermano de Tomás, por sí mismo y por su influjo, ajencia el armamento competente, y luego se conjuran hasta cuatrocientos, en seguida muchos mas, y ninguno desdice de su empeño ni vende á los compañeros, por el tenaz encono que todos profesan á los Españoles.

La funcion del Cármen se celebra el 16 de julio, pero sobreviene un acaecimiento que anticipa la ejecucion de la empresa.

El domingo 7 de julio se agolpan en crecido número los lugareños de Pozola cargados de cestos, con higos y naranjas, y cuajan en gran parte la plaza. Llegan los cobradores del impuesto y corre la voz de que el gobernador, temeroso de las iras del pueblo, ha revocado el edicto para la cobranza, y por mas que los cobradores insisten y amenazan, se niegan absolutamente los campesinos al pago; y ellos mismos vuelcan y huellan sus cestos, jurando que no han de pagar impuesto tan bárbaro y desatinado. Acude mas y mas el jentío, y empieza á perseguir y apedrear la soldadesca que traen los cobradores para su defensa, cuando asoma Tomás Anello.

Con su presencia y la de sus compañeros, hasta el mas cobarde se envalentona; rechazan juntos la soldadesca, y con aquel ímpetu victorioso, se arrojan á las casillas de la cobranza, les prenden fuego y desarman la guardia, matando á cuantos Españoles hay por la plaza; y entónces encasquetándose un gorro encarnado y pobremente vestido, Tomás anda triunfante por todas las calles de Nápoles; y entretanto va quemando los cobratorios del impuesto y voceando: *Viva España y muera el mal gobierno.*

Teme el virey por su vida, pasa por una salida escusada á la iglesia de San Luis, y por fin se guarece en el Castillo-Nuevo. Se agolpa la plebe sobre el palacio del virey, arrolla la guardia española y alemana, y arroja los muebles por los balcones, para quemarlos en la calle. Abre luego las cárceles, y los presos se incorporan en la asonada; saquea en seguida las armerías, y hasta cincuenta mil hombres se pertrechan con mosquetes, sables y arcabuces.

No hay virey, en cuanto á la autoridad, por espacio de ocho dias; Tomás Anello es el único mandarin; exije el restablecimiento de los fueros jurados por Cárlos V; la abolicion de todos

los impuestos nuevos, é indulto jeneral para todos los amotinados. Tiene que ceder el duque de Arcos; se aviene á todas las peticiones de Tomás, se asoman juntos á un balcon de palacio, se abraza con él á presencia del pueblo, le acompaña a la iglesia; el arzobispo cardenal lee en alta voz los fueros de Cárlos V, y el duque de Arcos se juramenta para mantenerlos. Hay banquete en el Pausilipo, y Tomás por su desdicha tambien asiste, se le trastorna el celebro, espide decretos inhumanos y disparatados, y todos presencian los aujes de su desvarío y el aislamiento en que le dejan sus mas íntimos camaradas.

En fin el 16 de julio el virey lo manda prender y matar, su guardia lo estoquea, y arrastra el cadáver por las calles, sin que el vecindario se altere ni manifieste el menor desagrado ú incomodidad. El duque de Arcos da por terminada la sedicion, y va despachando correos á Madrid, á Roma, á Milan y a Palermo, con tan venturosa nueva.

Pero la carestía acarrea luego nueva asonada, y el duque de Arcos se guarece tambien ansiosamente en el Castillo-Nuevo, mientras las calles se inundan de sangre española. Felipe IV envia á su hijo natural D. Juan de Austria, y el 4 de octubre fondea una escuadra española en el interior del puerto. Suena, entre los Napolitanos, que su comandante D. Juan de Austria les trae la confirmacion de todas las concesiones de Cárlos V.

Con este anuncio, el príncipe de Massa que capitanea al vecindario, le aconseja que arrime las armas, en señal de rendimiento; pero los mas comprometidos claman, que no les cabe el fiarse de los Españoles, y aun muchos culpan al mismo principe de Massa con el improperio de traidor.

Enterado de todo individualmente D. Juan de Austria, y temeroso de la venida de una escuadra francesa, dispone apoderarse del pueblo con un golpe de mano. El 5 de octubre, á las diez de la mañana, mientras sus enviados están aun tratando con el pueblo, segun los escritores napolitanos, rompen el fuego á un mismo tiempo fuertes y naves, y la muchedumbre, agolpada con los anuncios de paz, se dispersa, y D. Juan capitaneando á cuatro mil marinos, entra y ocupa los barrios de Porto, San José, Chiaya y Santa Lucía, pero al internarse por el pueblo tropieza con una resistencia pertinaz, pues atajadas las calles, el vecindario dispara sobre la tropa desde lo alto de las casas. Queda rechazado el avance por la calle de Toledo, tras lid sangrientísima, y tienen que retirarse todos, sin guardar mas que los tres castillos, desde los cuales cañonean la ciudad y le destruyen hasta dos mil casas.

Siguen el torrente las provincias, y se sublevan Caserta, Salerno, Capua y otros pueblos, y juntan hasta catorce mil voluntarios, para acudir al socorro de la capital. Envian tambien á la Calabria, la Basilicata y la Pulla, pertrechos, abastos y jente; y se llegan ya á contar sobre siete mil muertos por entrambas partes, cuando los Españoles, cesando el fuego, hacen la propuesta de un convenio; pero contestan los Napolitanos, que han de vencer ó morir, y tremolando mas y mas sus pendones encarnados y negros sobre torres y palacios, se niegan á toda negociacion; y entónces zarpa el ancla, y se engolfa con toda su escuadra.

Por sus fueros pelearon antes los Napolitanos rindiendo siempre acatamiento al rey de España, pero al verse victoriosos, se engrien mas y mas, y determinan eximirse de toda sujecion á Felipe IV. Proclaman su república, borran ó arrancan las armas de España de todos los edificios, y acuñando moneda con la plata de las iglesias, estampan por una parte la imájen del Cármen, y por la otra un caballo desembridado, simbolizando la libertad. Las provincias se avienen á todo, envian sus diputados á la capital, y juntos plantean y ejercen su soberanía.

Entretanto deja de existir el príncipe de Massa, pues acusado de traidor, le quita el pueblo la vida, y entrega el mando supremo á Jenaro Annese. Animoso de suyo y entendido en todas materias, descuella en tanto grado sobre el vecindario entero, que todo Nápoles lo aclama acaloradamente. Pero apetece la nacion un caudillo sabio, militar y de alcurnia esclarecida, y así acuerdan ensalzar al duque de Guisa, esperanzado de que ha de lograr mas prestijio para el mando, y les haria tantos servicios cuantos habia hecho el príncipe de Oranje á la república de Holanda; y al mismo tiempo se escudan con el arrimo del rey de Francia.

Recibe en Roma el duque de Guisa á los diputados napolitanos. Es oriundo de la casa de Lorena, que aspiró siempre al solio de las Dos-Sicilias, como heredera de los derechos que le corresponden, por la primojénita de Renato rey de Provenza. Con solemne pasaporte del embajador de Francia, se embarca en un falucho, y tras mil contingencias, aporta por fin en Napoles, donde se le recibe con honores casi réjios. Le condecoran con el dictado grandioso, de caudillo y defensor del pueblo, de jeneralisimo de mar y tierra, bajo el amparo del rey cristianísimo, y con las prerogativas que goza el príncipe de Oranje en Holanda.

Organiza el duque de Guisa la sublevacion.

Pregona indulto jeneral para cuantos nobles acudan á alistarse en la causa pública; ofrece dos ducados de premio á todo soldado italiano que deje las banderas de España, y ocho ducados á los que se presenten, para servir en el ejército napolitano. Campea mas y mas en todos sus intentos, y en los dias últimos de diciembre arroja á los Españoles del arrabal de Chiaya y de cuantos puntos han logrado recobrar en sus nuevos avances. Se apodera el 5 de enero de 1648 de la ciudad de Aversa, apostadero de la nobleza. Abren tambien Avelino y Nola con otros pueblos las puertas á sus tenientes, y entretanto las provincias de Salerno y Basilicata se sublevan á su favor.

En suma si la Francia coopera con algun empuje al torrente de los Napolitanos, desde aquel punto vienen á quedar ya independientes de España. Pero infunde el nombre de Guisa sumo recelo á los ministros de Luis XIV, y prefiriera Mazarin dar la corona de Nápoles al rey que está sirviendo mas que al caudillo de la casa de Lorena.

Se presenta luego con efecto el duque de Richelieu sobre la bahía de Nápoles con treinta y nueve navíos, once brulotes y veinte galeras, y tiene en su mano, al parecer, el incendiar la escuadra enemiga, mas no le permiten obrar sus instrucciones, y ni siquiera embiste á los Españoles; no apronta al duque de Guisa ni abastos, ni pertrechos, menudea sus tratos con Jenaro Annese, y quebranta en gran manera el aprecio de los Napolitanos para con el caudillo que se han escojido.

Sin embargo asoma la sublevacion con ínfulas de triunfadora, y declarado ya casi todo el reino, están los Españoles en ademan de evacuarlo, embarcando sus pertenencias principales, cuando se enteran de las desavenencias reinantes entre sus enemigos, y el conde de Oñate que acaba de suceder al duque de Arcos y á D. Juan de Austria, utiliza mañosa y ejecutivamente aquel halago de la suerte. Se va granjeando partido, encela á Jenaro con Guisa que lo trata con menosprecio, y promete que en desviándose su competidor por algunas horas, les ha de entregar la puerta de Santa Ana.

Ya está todo corriente con el conde de Oñate, cuando suena en Nápoles, que dos galeras españolas se han apoderado de la isilla de Ninda, situada á doscientos pasos del promontorio de Pausílipo. Acude allá Guisa arrebatadamente con la flor de su tropa, y no bien sale de Nápoles, cuando Jenaro cumple su palabra de entregar la puerta de Santa Ana y la torre del Cármen que ha servido de ciudadela al pueblo, y para escudarse contra el encono popular, tiende la voz de que el duque de Guisa ha vendido la ciudad á los Españoles.

Desahuciados por la Francia y juguetes de sus caudillos, los Napolitanos se postran, y rinden vasallaje al nuevo virey, quien se adelanta capitaneando las guarniciones de los tres castillos, la soldadesca de la escuadra y el señorío realista; y desde aquel punto yace para siempre la causa del duque de Guisa, y aunque echa el resto de su teson, lo prenden junto á Capua, y lo envian á España bien afianzado. Quedan condenados á muerte cuantos han promovido la rebelion, confiscando sus bienes y matando tambien á sus hijos ya mayores, pereciendo el mismo Jenaro Annese en un cadalso.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOTERCERO.

Pérdida de Ipres con sumo quebranto del ejército español — Felipe IV se brinda á favorecer con caudales á los disidentes de Francia. — Malogro de sus intentos. — Solicita en vano la amistad de Cromwel. — Alianza de Inglaterra y Francia contra España. — Nuevos desastres. — Espedicion infausta á Portugal. — Batalla de Villaviciosa. — Sus consecuencias. — Postracion de Felipe IV. — Su fallecimiento. — Situacion fatalísima de la monarquía.

DESDE 1648 HASTA 1665.

Quebranto mortal causan á la monarquía española los levantamientos de Sicilia y Nápoles, tras tantísimo malogro en Cataluña y en Portugal, pues triunfa siempre y por donde quiera Luis XIV con sus huestes. Tiene Felipe IV que escasear sus remesas al emperador Leopoldo, que está peleando en los Paises Bajos, falto de dinero, de pertrechos y de abastos.

Malogra ademas un tiempo preciosísimo en desacuartelar y reunir sus tropas al primer asomo de la primavera, y entretanto el príncipe de Condé cerca la plaza de Ipres, y la rinde el 23 de mayo de 1648. Tienen luego que retirarse los Franceses, pero al verse acosados por los Españoles se arrojan á las baterías aguantando vivísimo fuego, sin darles tiempo con su carrera á cargar de nuevo la artillería, y logran romper su línea. Sangrientísima es la victoria. Sale el jeneral Bisk herido de muerte; el príncipe de Lagne, que manda la caballería española, con todos los maestres de campo y mas de cinco mil soldados, y luego treinta y ocho cañones y todo el bagaje, sobre tres mil muertos en el campo de batalla, quedan perdidosa.

Por Alemania, el mariscal de Turena derrota á los Imperiales en Sommero Zauzoni, con cuya victoria se patentiza toda la Baviera á las correrías y talas de Franceses y Suecos. En Italia, el mariscal de Plessis socorre á Castel-Magiore, y arroja al marqués de Taracena, gobernador de Lombardía con precipitacioná á sus hogares. En Cataluña el mariscal de Shomberg rechaza á los Españoles que están sitiando á Flix, y toma por asalto la plaza de Tortosa.

Cede Felipe IV desalentado con tanto desman. Reconoce en el tratado de Westfalia la indepencia de Holanda, y se desentiende al fin de todo influjo en Alemania.

Ya está en ademan de firmar la paz con Francia, cuando los disturbios de la Fronda, como dicen los Franceses, lo esperanzan de nuevo. Conceptúa favorables las circunstancias, para desagraviarse de los auxilios que Luis XIV ha estado repartiendo á Holandeses, Portugueses, Catalanes, Sicilianos y Napolitanos; y así corta toda negociacion y se renueva la guerra.

Desde luego Felipe IV promete subsidios á los descontentos. Príncipes y duques cifran sus esperanzas en los tesoros del Perú que conceptúan siempre inexhaustos; pero el ministro principal D. Luis de Haro, sucesor de Olivares (1), no quiere mas que ir dando pávulo á la guerra civil, sin comprometerse en lid formal y amarguísima, y aun escasea los estímulos de una llamada tan provechosa para España. Con este arrimo, toma sin embargo la ofensiva, mas siempre con la cautela de no internarse en Francia, temeroso de lastimar la propension jenial de hermanarse contra su enemigo comun. Su conato se ciñe á reconquistar, en los Paises Bajos, en Cataluña y en Italia, cuantas plazas han ido tomando los Franceses, durante el ministerio de Richelieu y los primeros años de la rejencia de Ana de Austria.

Atinado resulta aquel sistema, pues en 1612, recobra el archiduque Leopoldo las ciudades de Gravelinas, Mardyk y Dunkerque. D. Juan de Austria sitia á Barcelona, la rinde, y redondea el avasallamiento de los Catalanes, rebelados por espacio de trece años.

Se apoderan en Italia los Españoles de la fortaleza del Canal, defendida por su guarnicion francesa; y merced á las disensiones intestinas de Francia, los jenerales españoles van recobrando cuantos pueblos perdieron desde el advenimiento de Luis XIV, y aun de improviso brinda la suerte á Felipe IV con el arrimo de aquel mismo adalid que proporcionó á la Francia tan repetidas victorias.

Emigra Condé á Flándes, acosado por Mazarin y se lleva consigo los rejimientos levantados por él, por su hermano y por su hijo, y luego los de la señorita Monpensier, con parte de los del duque de Orleans, acompañando al fujitivo crecida y brillantísima comitiva de nobles y guerreros.

Afianza ansiosamente Felipe IV tamaña coyuntura, para desagraviarse de tantísimo quebranto, y entrometerse á guerrear en territorio enemigo. Dispone que se tribute grandioso y esmerado obsequio al esclarecido campeon, nombrándole jeneralísimo de sus ejércitos, y realzándole además con cuantos derechos y timbres eminentes se halla gozando el archiduque Leopoldo.

Pero mengua Condé para sus paisanos, pues pelea bajo bandera enemiga contra su patria, y aunque va tomando plazas y pueblos, nadie se aviene á seguir un caudillo cuyos logros redundan en quebranto para su pais, y como se apoca mas y mas con las guarniciones que deja por precision en las plazas rendidas, consigue Turena recobrarlas todas, estrechándolo hasta el punto de evacuar el territorio francés.

Fracasan las esperanzas de Felipe IV, y acude al arrimo de Cromwel, pero se le anticipa Mazarin, y el usurpador antepone interesadamente la intimidad con Francia, destituida de marina y de colonias, á la de España poseedora de tanta ri-

(1) El conde-duque de Olivares no era en realidad mas que un idiota presumidísimo, como Godoy en nuestros dias, y otros muchos que pusieron á la nacion en la presente agonía, asomada á su total fallecimiento.

Era mal gastador, insensato y atropellador implacable de la inocencia, y ante todo ciego arruinador de la monarquía. Despues de su caida, en el destierro de Loeches, pueblecillo suyo de la Alcarria, donde tiene su sepulcro, á toda hora exánime y lloroso, estaba viendo dia y noche una fantasma que le perseguia de muerte, y el verdadero duende ó vestiglo acosador era, como en otros infinitos, su propia irracionalidad.

queza en América y en la India; y en virtud del tratado de union en 1657, juntan Inglaterra y Francia sus fuerzas para desposeer á los Españoles de Gravelinas, Mardyk y Dunkerque, con el pacto de que la primera ha de ser para Luis XIV, y las otras dos para los Ingleses; convenio que se cumple puntualmente. Toma Turena á Mardyk, y luego á Dunkerque, con el auxilio inglés de mar y tierra. Vence Turena á Don Juan de Austria y a Condé, y de resultas, se rinde Dunkerque; tras cuya posesion toma otras, plazas.

Pide Felipe IV la paz, llamada de los Pirineos, y cede un sinnúmero de pueblos y paises, y entre estos el Rosellon y la Cerdaña. Pero el artículo mas trascendental de aquel tratado es el desposorio de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV, pues aunque la infanta se desprende solemnemente de todos sus derechos á la sucesion del padre, el fementido Mazarin se hace cargo del ningun valor de aquella renuncia, en faltando la descendencia de Felipe IV; y los sucesos dejan airosa su prevision, tras un plazo de cuarenta años.

Prevalecen por mar los Ingleses y aceleran la conclusion del tratado. Rota ya la guerra con los Ingleses desde 1625, los quebrantos interiores de Cárlos I le imposibilitan el obrar eficazmente, y restablecida la paz en 1630, el rey de España agolpa sus fuerzas en auxilio del emperador contra el partido protestante; pero los Ingleses envian por su parte un cuerpo de seis mil hombres, mandados por el marqués de Hamilton, en ayuda de Gustavo Adolfo.

Luego Cromwel, derrocados ya del solio, con sangriento furor, los Estuardos, encamina la política inglesa por otro rumbo mas adecuado á sus verdaderos intereses, y aquel pais, encorvado y trémulo bajo la cuchilla del ceñudo sayon, temido ya á la sazon por las demás naciones, está centuplicando su comercio y su opulencia. España y Francia ensangrentadas mas y mas en su contienda, galantean al usurpador que tiende los brazos á los Franceses, para alzarse con la posesion de Méjico; pero acuden los Españoles á la defensa de aquel riquísimo reino, y los almirantes ingleses descargan toda su saña sobre la Jamaica, poblándola luego colmadamente con esclavos y colonos de todas partes, y especialmente de Escocia y de Irlanda; y aunque los Españoles tratan despues de recobrar la isla, su espedicion es insuficiente para lo árduo del intento, y tienen que reembarcarse infructuosamente.

Desde entónces fué siempre Jamaica el emporio del contrabando inglés, sobre todas las costas de Méjico, estendiéndolo mas y mas sin límites, hasta el mismo Perú; sirviendo además de guarida para los salteadores que anduvieron siglos pirateando por aquellos mares, y negociando allí mismo sus robos, con espedito despacho.

Quebrantada ya la gran superioridad española en toda Europa, se patentiza aquel menoscabo en las negociaciones que anteceden al tratado de los Pirineos, donde el ceremonial de los contratantes plantea la igualdad mas cabal entre España y Francia; resultado lastimoso de la política esterior de Felipe IV.

En cuanto al interior, oigamos el razonamiento del canónigo Claris en la historia de Melo. « ¿No es innegable, que la España toda está ya cansada de tan pesado yugo? ¿Cabe duda en que la ira es igual en todas las provincias? Al cabo ha de haber alguna que encabece las quejas, y estrelle los grillos de la servidumbre, pues entónces las demás la irán siguiendo. Vuestra ha de ser la gloria, Catalanes, en dar la señal. Portugal y Vizcaya os están mirando, y si sus vecindarios callan, no es porque vivan gustosos, sino que están en acecho de la coyuntura, y cifran su rescate en vuestros ímpetus.

Aragon, Valencia y Navarra, enfrenan á la verdad sus alaridos, pero exhalan suspiros entrañables, y si lloran calladamente su esterminio, cuanto mas abatidos yacen tanto mas asomados están á la suma desesperacion.

La misma Castilla, tan arrogante y al mismo tiempo desvalida, está ahí comprando mezquinos triunfos, desangrándose mas y mas por instantes, y en preguntando á sus naturales, si envidian ó no vuestro apego á la libertad, á ver cual ha de ser su contestacion. Y luego, cuando todas las provincias de España os están allá prometiendo su aplauso y su arrimo, no alcanzo que puedan tampoco faltaros otros auxiliares.

Indudable es el socorro de Francia, y á ver por donde asoman otros enemigos. Ingleses, Venecianos y Jenoveses no ansian mas que su interés en Castilla; y si el oro y la plata que están codiciando toman otro rumbo, allá han de acudir desaladamente en su alcance. Los cuerdos Holandeses no han de estrañar el veros seguir sus huellas, puesto que tan esclarecidamente han llegado á conquistar su independencia.

Aquí yace nuestra provincia encajonada entre España y Francia, no hay que mostrarse ingratos con esta naturaleza tan dadivosa, que os franquea el mar por el frente, para enriqueceros con sus puertos, y la fragosidad del Pirineo á las espaldas para escudaros; a derecha é izquierda las primeras potencias de Europa, para robusteceros con su mútuo contraresto. A ver Catalanes, ¿qué es lo que os falta mas que la vo-

luntad? ¿Por ventura no descendeis de aquellos varones tan decantados que tras de atajar la soberbia romana, fueron el azote de los conquistadores africanos? de aquella bandada de héroes incontrastables, que fueron á desagraviar al imperio de la Grecia, y tras la ingratitud de los Paleólogos, dieron nuevas leyes á la misma Aténas? ¿Habéis variado? ¿no conservais algunas gotas de aquella sangre en vuestras venas?

No, no, me consta que sois los mismos, y tan solo tardareis en demostrarlo, cuanto tarde la suerte en rodearos la debida coyuntura. Pero ¿cual será acaso la proeza mas esplendorosa que la del rescate de vuestra patria? desagraviasteis á unos estranjeros ¿y no os desagraviareis á vosotros mismos?

Mirad esos Suizos, pueblo arrinconado, de costumbres toscas y de relijion varia, muchos se han cansado de vivir al resguardo de la corona imperial, y en el dia los mayores principes andan galanteando y feriando su arrimo.

Ahí están las Provincias-Unidas; no tenian causa tan grandiosa como la vuestra, y la suerte les alargó su diestra, para encumbrarlas hasta el alcázar de la suma independencia.

Si tamaños ejemplos no llegan á moveros andad á vueltas con cualquiera de las piedras de esta ciudad, y os relatará la resistencia que sus muros opusieron á Juan II de Aragon, hasta que capitulando, á discrecion nuestra, en presencia del orbe entero, entró como vencido en Barcelona, y lo recibimos nosotros en ademan de triunfadores.

¿Es por ventura esa grandiosidad del rey católico la que os enfrena? miradle con ahinco y de cerca, y volará vuestra zozobra. Años y mas años se agolpan, y siempre va menguando su formidable poderio. Podemos afirmar con toda certidumbre, al estar viendo ese cúmulo de escombros, que su grandeza se deja medir mas bien por cuanto tiene ya perdido, que por sus posesiones restantes. ¿Queréis ir contando lo que diariamente le arrebatan? Si se trata de pueblos, ahí están á cientos y á miles los de Flándes y Lombardía, que fueron y ya no son suyos; si de paises, no hay mas que preguntarlo a entrambas Indias; si de ejércitos, allá el piélago, y acullá la tierra y el fuego, os cuajarán su número en mapas enteros, y en fin si de caudillos, yacen exánimes ó quebrantados por todas partes.

Asi que los Catalanes, en vez de condolerse de los malogros nacionales, se mostraban gozosos y esperanzados de recobrar por aquel rumbo su independencia. No habia ya para ellos España ni patria comun, sin reconocer mas que un tirano en Castilla, estendiendo su yugo abominable de confin á confin de la península.

Tampoco yacen postradas bajo el yugo la Andalucía, pues en 1640, intento desprenderse de la monarquía española y formar un reino independiente. Es el fraguador de aquella empresa el duque de Medina Sidonia, hermano de la duquesa de Braganza, quien habia precisado al marido á ceñirse las sienes con la diadema portuguesa.

Se halló de gobernador en el pais de sus principales é inmensas posesiones, siendo uno de los primeros magnates de la nacion, y dominando por larga tirantez las costas de Andalucía, desde Vejer y Conil, hasta Niebla y Sanlúcar.

Empapado en el embeleso de la soberanía, aspira á coronarse al par de su cuñado. Asoman ya naves de Francia, Holanda y Portugal, y sus parciales en crecido número están ya en ademan de empuñar las armas, cuando se descubre la trama, y se denuncia al duque de Olivares. Llamado á Madrid, salva su vida con las muestras vehementes de su arrepentimiento y las declaraciones candorosas de todo el pormenor, pero su cómplice principal, el marqués de Aitona, padece pena capital.

Odian igualmente Vizcaya, Navarra y Aragon el gobierno supremo, y ansian tambien por igual el recobro de sus preciosos fueros. Al tramontar los Franceses el Pirineo para entrar en Barcelona, no asoma en todo el pais ademan de resistencia, ni arranques de patriotismo para despejar el terreno, ni descuella el afan ardiente de todo interés nacional.

No sucede así en el reino de Luis XIV, pues hace tiempo es ya totalmente francés, y allá cuando Francisco I, prisionero en Madrid, se aviene á la desmembracion de sus estados, se adelantan unánimes los Borgoñones, protestando contra el tratado violento que los entrega á la España; y recuerda Richelieu, en su testamento político aquel grandioso arranque de Enrique IV, que careciendo de marina no puede alcanzar desagravio, contra un capitan inglés que habia disparado sobre un bajel francés para precisarle á rendir acatamiento á su pabellon: *los cañonazos que horadan la embarcacion, atraviesan tambien el pecho á todo buen patricio.*

Ya la España no capitanea, como antes, la Europa, sino que parece haber cejado hasta el caos y la anarquía de la edad media, pues por espacio de trece años, una provincia rica y poblada se amaña á vivir bajo un dominio advenedizo; se ajusta la paz del Pirineo, y Felipe IV, jura pero solo cumple á medias la conservacion de los fueros en Cataluña.»

Con este quebranto, Cataluña se mantiene en vaiven, ó como diriamos en lenguaje vulgar, en columpio, entre su hermandad con España y su propension á la Francia; y cuando en el si-

glo XVIII un nieto de Luis XIV y un descendiente de la casa de Austria batallaban por la herencia de Cárlos II, los Catalanes, mas esperanzados en el austríaco, para la conservacion de sus fueros, pelearon por él decididamente, y sabida es la heróica resistencia que opuso Barcelona, por espacio de dos años, á las fuerzas reunidas de España y Francia.

Avasallados ya los Catalanes, cercena Felipe IV sus fueros á los Navarros, en puntos al parecer incompatibles con los intereses de la nacion, pues no era el rumbo adecuado para acabar de españolizarlos.

Protestan desde luego los Vizcainos contra un impuesto sobre la sal, que intenta plantear en aquellas provincias; pero el rey tiene que revocar su decreto, y confirmar por entero el contenido de sus fueros; y otro tanto sucede con los Alaveses. Apuradísimo siempre y acosado de quebrantos, Felipe IV, tiene que ir sancionando esenciones locales que entorpecen mas y mas y casi anonadan el ejercicio de su autoridad. Para hermanar pueblos y provincias, formando un solo estado espedito y cabal de los muchos paises que conserva la monarquía, habia ido desde los primeros años de su reinado planteando compañías de comercio en Sevilla y en Lisboa, para engarzar en lo posible la España, toda con la América, y hasta con la India. Cabía á Barcelona el monopolio del comercio de levante, y una compañía poderosa, establecida en Flándes, se encargaba de ir repartiendo artefactos en cambio de jéneros coloniales por todos los mercados de Europa.

El intento ideado, ú á lo menos propuesto, por Olivares, merece la aprobacion y el aplauso de todos los verdaderos Españoles, inconsolables desde luego con los progresos de Holanda (1). Mas este gran pretesto tiene el paradero de otros infinitos, con que le cupiese ni asomo de planteo, quedando luego olvidado con los apuros continuos y redoblados de tantísima guerra desastrada.

Yace en estremo abatido, con los desmanes incesantes por el interior y por defuera, Felipe IV. Está además viendo á su hijo siempre exánime, y en vísperas de dar el postrer aliento; y en medio de su lóbrega melancolía, sabe la victoria de los Portugueses en Villaviciosa, y este nuevo quebranto lo anonada.

Restablecida la casa de Braganza en el solio de Portugal, echan el resto los Españoles para recobrar aquel reino, pero los Portugueses, al arrimo de Francia é Inglaterra, interesadísimas en ver descuartizada la Península, logran descollar con su independencia. Por fin en 1659, por el tratado del Pirineo, se compromete la Francia á no suministrarles el menor auxilio; mas al desviarse Luis XIV de sus íntimos aliados, les proporciona la asistencia eficasísima de la Inglaterra. Media luego en el enlace de Cárlos II con Catalina de Portugal, y se obliga, por artículo espreso, á aprontar al gobierno portugués ocho fragatas, con tres mil infantes y mil jinetes.

Pero en 1662 llega á dar el paso aleve, el mismo Luis XIV, de enviar á los Portugueses hasta seiscientas mil libras, que se emplearon en el apronto de cuatro mil soldados, á pesar de su juramento en contrario. Aun antes les franquea el conde de Shombert, alumno de Turena con cien oficiales franceses, con sarjentos de artillería y veteranos de caballería. Exhausta España de todo arbitrio, en los cuatro años posteriores al solemne tratado, ni apenas logra asomarse con alguna fuerza á la raya de aquel reinecillo, que allá el gran duque de Alba conquistara en dos ó tres semanas. Hállase sin embargo en paz con toda Europa, y dispone á su albedrío de cuantos medios le caben para agolparlos sobre Portugal, pero escasea de tropa y de dinero, y carece ante todo de bajeles para señorear los mares, bloquear puertos y atajar todo auxilio advenedizo.

Se reune por fin en 1663 un cuerpo español en Estremadura, y se encarga á D. Juan de Austria que se interne en Portugal y marche sobre Lisboa, y aquella hueste, de doce mil infantes y seis mil caballos, sale de Badajoz el 6 de mayo. Arrolla de un avance la raya y la ciudad de Évora, á donde acuden tarde los jenerales enemigos, teniendo que ceñirse á ir siguiendo á los Españoles, y hostilizarlos y desabastecerlos. Por fin sobre un riachuelo se traba una pelea, y en seguida toma el ejército el rumbo de Badajoz. Le siguen los enemigos el alcance y derrotan á D. Juan, quitándole artillería, bagajes, banderas y hasta su mismo estandarte; recobran á Évora y despejan todo Portugal.

Entra luego el jeneral Marialvo en Estremadura, y entónces Felipe IV trae al marqués de Caracena su mejor militar, y con él tropas de diversos puntos de la monarquía, para contrarestar, y si puede, escarmentar y vencer de una vez al enemigo, arrinconando á D. Juan de Austria en Consuegra.

El nuevo jeneral encamina su rumbo á Lisboa, cuenta con que la escuadra ha de salir de Cádiz en el mismo dia de romper él su marcha

(1) Debíamos llorar con lágrimas de sangre, al ver que habiendo el enemigo, sin armas, fuerzas ni caudal, y solamente con la union, llegado á tanto poderío, el nuestro se fuese aniquilando por falta de una circunstancia tan necesaria é importante. Cispedes y Meneses, lib. 7, cap. 1.

desde Badajoz, embistiendo por mar los puntos convenidos. No está pronta la escuadra, y tiene que variar de plan, torciendo sobre Villaviciosa. Los Portugueses, aunque en número inferior, ufanísimos con la victoria antecedente y en alas de su patriotismo pelean encarnizadamente. Dura ocho horas la refriega, y por fin quedan vencidos los Españoles, dejando cuatro mil hombres en el campo de batalla, y perdiendo artillería, banderas y bagajes.

Esterminada queda la gran milicia española, y afianzada la independencia de Portugal. Recibe Felipe IV el pliego de tan infausta nueva, lo deja caer y prorumpe desfallecidamente. «Así lo quiere Dios.» Intenta dar un paseo por el Retiro, pero le flaquean de todo punto las fuerzas y se recoje á su aposento.

Decae mas y mas por dias y por instantes, y tiene que sentarse para dar audiencia á los embajadores. Anda ya trémulo y encorvado, siendo naturalmente muy derecho. Permanece callado, y la servidumbre por no atosigarlo nada le dice, no siendo en contestacion á sus preguntas.

Por fin el 15 de setiembre se agrava; se despide luego de la reina, bendice á toda la familia, y dice á su tierno y endeble heredero: «Dios te haga mas dichoso que á mí.» Espira el 17 á la madrugada, y á los tres meses de la derrota de su ejército, sin que grandeza ni plebe den el menor asomo de pesadumbre, teniendo muy presente, que recibió un reino rico y poderoso, y que tras un reinado de cerca de medio siglo, lo deja exhausto y exánime, hecho blanco y juguete de enemigos en estremo despreciables, desmembrado ya por ellos (1), y amagado todavía de nuevos destrozos, acarreadores del esterminio total de la monarquía.

(1) Como los desastres lastimosos de aquel reinado fueron de tan suma trascendencia para la nacion entera, y aun para la engreidísima portuguesa, esclava luego (y por consiguiente mendiga) de la feroz Inglaterra, daremos algunos pormenores acerca de Felipe IV.

Apocado por índole y de escasos alcances, era ameno en el trato, y muy amante de la chanzoneta; y cuando el príncipe de Gáles, despues tuvo allá la humorada peregrina de venir disfrazado, y hecho un Don Quijote, con un gran señoron por escudero, á galantear nuestra infanta en Valladolid, celebró tan estraña aprension y manifestó placentera acojida á los esclarecidos viandantes; pero luego los Bretones le *calumniaron* tan desaforadamente, que fué forzoso despedirlos con algun desabrimiento.

Gustaba Felipe IV de salir por la noche en busca de aventuras, y no siempre le fueron propicios los galanteos, quedandole tal vez amargas y duraderas resultas.

Era amantísimo de las artes; y blasonaba de coplero (que era á la sazon la manía nacional) en tanto grado, que compuso comedias bajo el nombre de Un Injenio de esta corte, y aun otras, segun se dice, con el disfraz de obra de tres Injenios.

Como quiera, el réjio autor no hizo mas que reforzar la inmensidad de abortos, que por la misma carrera, ó mas bien, fuera de todo rumbo, anegaron nuestro absurdo teatro. Por fin el desengaño, ó mas bien el hastío, dió al través con aquel caos, que yace por acá en el polvo, y que allá los Alemanes, por via de segunda parte á la soñada filosofía de Kant, han tenido á bien sacar de nuevo á luz, por una de sus estravagancias, poniendo en las nubes nuestras ridiculezes dramáticas.

Volviendo al monarca escritor, mas le valiera emplear sus desvelos en la gobernacion de esta desventurada monarquía, descuartizada, como se ha visto, por el bárbaro Olivares.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOCUARTO.

Reinado de Cárlos II. — Su flaqueza corporal é intelectual. — Estado lastimoso de la monarquía. — El padre Nithard confesor. — Luego valido de palacio. — Despues ministro absoluto. — Correrías de los Portugueses. Pérdida del Franco-Condado. — Pretensiones todavía mas ambiciosas de Luis XIV. — Desengaño de los gobiernos europeos. — Concordia de todos, y alianza estrecha para enfrenar las demasías del Francés. — Otros acontecimientos.

DESDE 1665 **HASTA** 1675.

Afan solicito muestran los Españoles en el advenimiento de Cárlos II, cifrando sus esperanzas en aquel príncipe mozo, postrera prenda del sosiego y la unidad de la monarquía

Mas ¡ ay ! que Cárlos II es todavía mas incapaz de reinar que Felipe III y Felipe IV. Amamantado por cuatro años, no puede tenerse en pié, y aun á los cinco, no acierta á dar un paso por sí solo; y luego a manera de aborto exánime, adolece de contínuo, y por lo mas calenturiento, ofrece pocas señales de larga vida. Convalece sin embargo un tanto, pero aun á los treinta años, requiere un conato estremado para dedicar una hora cada dia en irse enterando de la historia de España; y luego en el despacho, mientras el duque de Medinaceli le va dando cuenta de los negocios, está á cada paso mirando el reloj, con el afan de que llegue la hora de su salida.

Felipe IV en su testamento nombra á la reina gobernadora de toda la monarquía, hasta cumplir Cárlos II, su hijo único, la edad legal de catorce años. Se plantea además un consejo de rejencia, compuesto de seis vocales, con voto consultivo, pero sin coartar la autoridad suprema á la rejenta. Son los consejeros, el presidente de Castilla, el vice-canciller de Aragon, el inquisidor jeneral, el arzobispo de Toledo, el marqués de Aitona, como representante de la grandeza, y el marqués de Peñaranda, como individuo del consejo de estado.

Ninguna dificultad ni resistencia se opone á la potestad de la gobernadora, y la viuda de Felipe IV halla por donde quiera una obediencia sin límites.

Es una princesa de escasos alcances, pero de suma entereza, y aunque de menos agudeza es de mas espíritu que su marido, Alemana y Austríaca, el orbe todo se cifra para ella en su pais y su alcurnia. Odia y teme á la Francia, y así uno de sus primeros afanes es desde luego el cumplimiento del ideado desposorio de la infanta doña Margarita con el emperador Leopoldo, dilatado con las zozobras mas ó menos fundadas de Felipe IV.

Fomenta y robustece sus inclinaciones confesor el padre Nithard, que goza toda su privanza, y la avosalla despóticamente. Compañero suyo desde la venida á España, se está correspondiendo de continuo con la corte de Viena, prorumpiendo á veces la rejenta, en que su corazon y el estado todo, descansan en él.

Por algun tiempo viene á ser su consultor, luego le nombra su consejero de estado, en seguida inquisidor, conaturalizándolo solemnemente como lejítimo español. Toma luego el fraile posesion de su cargo, y despues viene á ser primer ministro, con tan absoluta privanza como la que disfrutaron el duque de Lerma y el conde-duque de Olivares, pero por desdicha es todavía mas negado que entrambos, para el desempeño de los negocios; siendo de entendimiento vagaroso, torpe para todo jénero de asuntos, de índole medrosa y sumamente orgullosa. Tras un monarca endeble, árbitro de las inclinaciones y conciencia de una mujer, prendada únicamente de aquel hombre y en estremo aferrada en estas aprensiones, es un instrumento cabal para el esterminio irremediable de la monarquía española.

La España está mas y mas menguando por instantes, y la Francia descuella hasta la cumbre de su poderío. Eastimoro es el parangon de entrambas naciones competidoras. Está Luis XIV manteniendo ciento y diez navíos de línea, de sesenta á cien cañones, con sus correspondientes fragatas, galeras y brulotes, al paso que la España tiene que acudir á Facondo y otros Jenoveses, para proporcionarse tal cual comunicacion marítima con sus colonias. Luego no hay veinte mil hombres de tropa disponible en toda la Península, aparentándose completos los tercios o rejimientos, cuando el rey tiene que revistarlos en Madrid.

Se reclutan las tropas, decia un embajador, del modo siguiente. Hierve Madrid de haraganes y mendigos, y se les prende, á lo mejor, de toda estatura y de todas edades, y luego se les paga ó no, y desiertan repetidas veces, lo que se disimula, por aparentar siempre alguna fuerza competente á la vista del rey.

En situacion tan apurada, tiene Cárlos II que continuar la guerra que heredó de Felipe IV, pues la corte de Madrid se afana en apellidar rebelde al duque de Braganza, por mas imposibilitada que se halle para avasallarlo. En 1665, dispone contra él de todas sus fuerzas, y lejos de llegar á invadirle, ni aun alcanza á resguardar su propio territorio.

En noviembre del mismo año, los Portugueses se asoman sobre Alcántara, queman cortijadas, sin esceptuar las haciendas del duque de Medina-Sidonia, cuñado de Juan IV, y aun están en ánimo de visitar los arrabales de Sevilla, á no llamarlos de Portugal. Siguen talando la raya estremeña, siempre indefensa, en el año consecutivo, pues la rejenta ha tenido que enviar tropas á Flándes y á Cataluña, paises amagados al par que al fementido Luis XIV, sin quedarle mas que seis ú ocho mil hombres, para acordonar tan dilatada frontera.

Los Portugueses burlan á su salvo guarniciones y destacamentos castellanos, se adelantan por el condado de Niebla hasta doce leguas de Sevilla, y al acudir los Españoles á las Andalucías, les toma otro cuerpo la espalda, y sigue talando, por algunos dias, doce leguas de estension, cargando con inmensos despojos, y la rejenta les franquea el pais á sus anchuras, dándose

por satisfecha con tener las plazas á buen recaudo, sin que al enemigo asistan medios para formalizar algun sitio de entidad.

Llega por fin el desengaño al punto, en que el mismo emperador aconseja un convenio con Portugal. Idean la rejenta y el padre Nithard el tratar con el *usurpador* en términos indecorosos para el quijotismo nacional; mas el consejo de Castilla no se aviene á *tragar bocado tan amargo*, segun espresion de un estadista contemporaneo, y opina que *no corresponde ajustar paz con un tirano, ni tratar con él como de rey á rey.*

Pero la reina consulta con los diversos cuerpos reunidos del estado, esto es, los consejos de Castilla, de Aragon, de Flándes, de Portugal y de las Ordenes, y todos votan por la continuacion de la guerra. Mas los consejos de Italia y de Indias opinan declaradamente por la paz, conceptúandola imprescindible para la monarquía; mas la rejenta tiene que avenirse á la opinion dominante, y se continúa la guerra.

Está ya Luis XIV á la sazon en el disparador, y con el ansia mal disimulada de conquistar la Flándes, pero le interesa el dar todavía largas para embelesar traidoramente á los Españoles hasta que llegue el punto de su rematada postracion; y así brinda con auxilios al gabinete de Madrid, para retraerle de la mediacion de Inglaterra, que se afana en restablecer la paz entre España y Portugal, y al mismo tiempo propone vil y reservadamente alianza con Portugal á la misma corte de Lisboa; y con efecto el 31 de marzo de 1667, Francia y Portugal firman una liga ofensiva y defensiva, comprometiéndose Luis á costear cuatro rejimientos franceses, y pagar además un subsidio anual de quinientos mil duros á Portugal, aunque con alguna rebaja al entrar los cuerpos en campaña.

Promete el Portugues, por su parte, aprontar dos ejércitos de á diez y siete mil hombres, ó cuando menos embestir al punto á la España con cuatro brigadas de á cuatro mil hombres. Orillan sin embargo este ajuste, y se avienen á las negociaciones ya menos arrogantes de la corte de Madrid, de resultas del amago contra Flándes. En fin los Españoles reconocen al rey de Portugal, y quedándose con Ceuta, se devuelven mútuamente las plazas conquistadas; y aquel tratado concluido el 13 de febrero de 1661, termina por fin una guerra que ha venido á durar veinte y seis años.

Se allana la rejenta á esta paz bochornosa, para poder contrarestar las pretensiones odiosísimas de Luis XIV, empeñado en inutilizar el acta de renuncia de la infanta su esposa María Teresa, á sus derechos eventuales á la corona de España. Pero además de aquellos derechos que en realidad no pueden rejir mientras viva Cárlos II, trae consigo otros cuyo valor está obrando. desde la muerte de Felipe IV.

Con efecto un secretario de Turena, llamado Veshau, manifiesta que hay en el Brabante una costumbre conocida con el nombre de *derecho de devolucion*, en cuya virtud es corriente en algunas provincias de los Paises-Bajos, pertenecer todos los bienes patrimoniales á los hijos de primeras nupcias, orillando á cuantos puedan nacer de segundos enlaces; y aquellos primeros hijos se posesionan de la concesion, desde el punto en que el esposo sobreviviente pasa a contraer nuevo matrimonio.

Se empeña Luis XIV en trasladar á la jerarquía rejia una costumbre que solo ha rejido en el órden civil, para las clases particulares; y así se aferra en que María Teresa, nacida de las primeras nupcias de Felipe IV. escluye desde luego á su hermano Cárlos, hijo de segundo enlace, de la herencia de las provincias de Flándes, que están observando el derecho de *devolucion.*

Imposibilitada se halla España de escudar posesiones tan lejanas, careciendo de armada, ejército y dinero; viviendo sus tropas de Flándes casi de limosna. El marques de Castel-Rodrigo, recien llegado de gobernador, halla las plazas indefensas, las tropas escasas y desorganizadas, y los naturales ya desafectos y afrancesados.

Veda desde luego los trajes y modas á la francesa; restablece la disciplina en el ejército, y dispone obras grandiosas para la defensa de Charleroi; y pide al mismo tiempo al emperador un auxilio de seis mil hombres. Pero Luis XIV, siempre taimado y alevoso, cohecha á varios príncipes del imperio, por cuyo territorio han de transitar los Imperiales, y con los electores de Colonia, Maguncia, y el duque de Neuburgo y del obispo de Munster, quienes se comprometen á plantear suficientes fuerzas para atajar al emperador el rumbo de los Paises-Bajos, defraudando así el francés á los Españoles de su apoyo único.

Está viendo además el marqués de Castel-Rodrigo, cuantísimo se aparatan los Franceses con acopios de jente, pertrechos y abastos, por toda la raya de Picardia, y reencarga mas y mas á la rejenta, el envio de caudales y fuerzas, para contrarestarlos.

«Tengo dada cuenta, le dice, á V. M. por el estraordinario último de mi situacion arriesgada, de la zozobra de un rompimiento con Francia, de sus grandiosos preparativos por toda la raya, de nuestro desamparo total en estas provincias, de la suma urjencia de tropas españolas é italianas, y aun de suficiente lugar, para ir acudiendo á mil renglones que nos están faltando. — No puedo menos de redoblar mis encarecidas

instancias á V. M. repitiéndole mas y mas lo ya dicho de haber estado en Namur, en Charlemont y Charleroi, y despues de habilitar estas plazas importantísimas con el estremo de mis alcances, de jente y pertrechos, alentando los ánimos harto postrados; y por cuanto la precision de redondear los preparativos militares me ha traido á esta de Bruselas, me estoy esmerando en reclutar soldados, disponer la artillería, en cuanto me lo permiten las circunstancias, estoy además providenciando para afianzar el apronto segurísimo del pan de municion, carezco de medios y arbitrios, para abastecer las plazas de lo necesario, los descientos mil escudos que tengo recibidos, no alcanzan á cubrir el centésimo de mis urjencias imprescindibles.

Me hago cargo de los apuros que os acosan por allá, pero este conocimiento no remedia los de por acá.

En suma, Señora, los Franceses por cada dia se preparan mas y mas para dañarnos desenfrenadamente, pues en rompiendo su marcha por esta primavera, no alcanzo á ver salvamento para nuestros Paises-Bajos, no mediando algun milagro.

Enterada está V. M. hace tiempo de mis clamores y protestas incesantes, y conceptúo, que si nos vinieren á pedir una provincia de la misma España, su atinada política habria que entregarla, para ir ganando tiempo y redondearnos en cuanto sea dable, pues si por esta vez quedamos arrollados, se nubló todo asomo de esperanza.»

Postradísimo y cadavérico el gobierno español está allá como dudando de su situacion resbaladiza y ejecutiva, á la orilla de tan pavoroso derrumbadero. Asombro mortal causa en Madrid la nueva de que Luis XIV, abogando, en desaforado manifiesto, por los derechos de la infanta su esposa, ha salido ya á campaña. El marqués de Castel-Rodrigo escasea tantísimo de tropas, que se halla en la precision de velar por su propia disposicion las fortificaciones de Armentieres, Condé, San Guilain y otras varias plazas menores que no le afianza su situacion; y al ejecutar el mismo intento con Charleroi, no le queda tiempo mas que para evacuarlo, entrando luego Luis XIV con el mariscal de Turena.

Cifra Turena suma importancia en su posesion, graduándola de llave para el Brabante y otros paises. Adelántase otro jeneral por varios puntos, y Luis XIV sale de Charleroi para sitiar á Turnay.

Rechaza la guarnicion denodadamente los primeros avances, pero el vecindario la precisa en breve á rendirse. Entra luego el rey con Turena en Duai, que carece de todo socorro, y en seguida se viene á poner las banderas tomadas á las plantas de la reina.

No logra la corte de Madrid ajenciar caudales para alistar tropas, y asalariar auxiliares, y así tiene que andar negociando y prometiendo. Echa el resto el marqués de Castel-Rodrigo en desengañar á la Europa ciega y aletargada, evidenciándole que la invasion de Flándes será el encabezamiento de las de Holanda y Alemania. Un hidalgo francontés, el baron de Isola, embajador de Austria en Lóndres, da á luz *El broquel de estado y de justicia*, refutando plenamente las pretensiones absurdas de Luis XIV, tiznándolo con el afan atroz de aspirante efectivo á la monarquía universal que la Francia ha estado, por larguísimo tiempo achacando á la casa de Austria.

Mientras los Españoles se están defendiendo con escritos terminantes é incontrastables, sitian los Franceses á Lila, abriendo la trinchera el 13 de agosto de 1667, y á pesar de las frecuentes y recias salidas de la guarnicion mandada por el conde de Brozai, siguen los sitiadores adelantando, á mucha costa, sus fuerzas, y no acudiendo las tropas que se están esperando con ansia á socorrer la plaza, se alborota ferozmente el vecindario, y el comandante tiene que capitular el 27 de agosto.

Turena alcanza luego al conde de Martin sobre el canal de Brujas, y en reñida refriega se defienden los Españoles contra fuerzas superiores, perdiendo hasta dos mil hombres. Se acuartelan luego los Franceses para el invierno, y están esperando la primavera para renovar las hostilidades.

No cabe absolutamente á la monarquía española el arrostrar los desembolsos que requiere la campaña siguiente, pues la paz ajustada con Portugal no le habilita la recaudacion de rentas, ni le repone los vacíos del erario. Proponen á la reina los consejeros del estado, que se busquen mil sujetos para que cada uno le preste mil ducados, y luego cada uno de estos contribuyentes ajencie otro que apronte igual ó menor cantidad, depositando todo el caudal en manos purísimas y ajenas de todo descarrío; y luego el consejo es de dictámen que se convoquen las córtes. Ningunas resultas aparecen de aquellos pasos; y por fin el conde Castrillo, uno de los estadistas mas consumados, presenciando ya de antemano nuevos fracasos, y conceptuándolos inevitables, se retrae de toda tarea, y depone la presidencia de Castilla.

« Mis muchísimos años, dice á la reina, al despedirse, mis escasas fuerzas y el número de negocios árduos, me precisan á depositar en manos de V. M. los cargos que estoy á duras penas

desempeñando, por cuanto veo y palpo que el réjimen de la monarquía es muy diverso de lo que cumple al servicio de todos.

Plantearon los reyes de España varios consejos, para que sus ministros presenciando las urjencias y desentrañando los interiores, acudiesen á sujetos del mas cabal desempeño, proponiéndoles luego para sus debidos empleos, en los diversos ramos de la administracion pública.

Nada de esto se practica en el dia, pues la reina tiene en su mano el acudir al gobernador de su conciencia y tomar informes, desentendiéndose de consejos y de majistrados, y puede por su propia autoridad, disponer en las secretarías de todos los empleos á favor de quien le acomode.

Venturosa fuera aun nuestra España, si no adoleciera de achaques todavía mayores, pero todos los estadistas de la nacion opinan, que no cabe asomo de acierto con tal sistema de gobierno, y que la monarquía corre disparada á su esterminio, y llega por instantes á su último fin; y me sirve de amarguísimo quebranto el estar viendo esta catástrofe, durante la rejencia de V. M.»

Si Holanda, Suecia é Inglaterra no acuden al auxilio del gobierno español formando su triple alianza, continuarán sus negociaciones infructuosas por toda Europa, despavoridas las tres naciones con los medios ajigantados de Luis XIV, interponen su mediacion, y para dar tregua á los tratos, requieren desde luego una suspension de armas. Promete el rey una tregua de tres meses, y contentándose el marqués de Castel-Rodrigo con el intermedio del invernadero, sigue el Francés sus intentos, y se apodera del Franco-condado.

Tenue es el engarce que sostiene aun esta provincia con la monarquía española, mediando Flándes, Champaña y Lorena. Encabeza Luis XIV al príncipe de Condé, para el conjunto de la empresa, y le manda entablar la campaña en el rigor del invierno, pues Condé, como gobernador de Borgoña, se halla cabalmente dispuesto, y ha de aparatar allá reservadamente la invasion de la provincia confinante, y encarga á varios injenieros que anden disfrazados (1) por todo el pais, y se enteren por ápices del estado de las tropas, de los pueblos y de las fortalezas; y luego anunciando espedicion sobre Cataluña, pasa á Borgoña una hueste de diez y ocho mil hombres. Se enfardan y remiten los pertrechos con rótulos de mercancías para Lion, suministrando la misma Borgoña la artillería de guerra que se halla ya en su distrito.

Mientras tanto el enviado francés en Suiza está negociando con los Franceses la renovacion de su neutralidad, afianzada con el pago de una suma anual. Esta vil alevosía lleva por objeto adormecer á los Españoles en su descuidado sosiego, y trasponer á los Suizos los verdaderos intentos del usurpador.

Está ya todo en sazon, marcha allá el fraguador de la tramoya, y encuentra ya las operaciones entabladas. Sobrecojido el gobernador, marqués de Lenne, carece de tropa y de dinero, y el parlamento de Dole, se desentiende de todo suministro; y así yace el Franco-Condado todavía mas desvalido que los Paises Bajos. Se rinden las plazas sin resistencia, Besanzon abre las puertas el 7 de febrero al duque de Luxemburgo; Salins con sus dos fuertes se entrega en un mismo dia al príncipe de Condé. Dole, cercado el 8 capitula el 13, por cuanto el oficial enviado á la plaza manifiesta artificiosamente, que es operacion muy pavorosa la de ir pasando á degüello un vecindario entero; y luego les insinua para encelarlos, que va el rey á trasladar el parlamento á Besanzon, si no se rinden ejecutivamente.

El dia siguiente entran los Franceses, y el parlamento pregona una declaracion de rebeldía contra cuantos intenten la menor resistencia en toda la provincia. Capitulan varios fuertes, y el mismo marqués de Lenne queda prisionero; rindiéndose tambien la ciudad de Gray, fortaleza principal del pais, y así queda absolutamente reducido todo el Franco-Condado en pequisísimos dias.

Atónita España con esta conquista alevosa, enmudece la Europa de asombro. Las potencias de la triple alianza se aferran en su interposicion eficaz, y adelantan con ahinco sus armamentos para imponer la paz á Luis XIV. Este monarca no se arroja todavía á estar arrostrando á toda la Europa entera coligada contra él; y por otra parte la monarquía española está todavía encumbrada con el prestijio de su nombre y el recuerdo pavoroso de sus antiguas victorias: pues ni aun el mismo Luis acaba de creer, que su postracion llegue al estremo de imposibilitarle toda defensa.

Acepta las propuestas de las potencias medianeras, y firma la paz de Ayasogues en 7 de mayo 1668. Devuelve Luis el Franco-Condado, con ánimo de reconquistarlo á la primera coyuntura que se le depare, y desde luego conserva las plazas de los Paises Bajos.

Varia de estremo á estremo el papel que desempeñan las principales potencias de Europa, pues Holanda, Suecia é Inglaterra se hermanan

(1) Aqui cuadra cabal y aun colmadamente, y mas mediando Franceses, aquel decantado verso del incomparable Virjilio. *Virtus an dolus, quis in hoste requirat?* N. del. T.

para contener la integridad de la misma monarquía española, que han estado hostilizando por espacio de cerca de un siglo.

Sobreviene luego la guerra; y acude la España por su parte á favor de su enemiga antigua, pero con esta alianza se acarrea nuevos fracasos, pues en 1671, el conde de Monterey, gobernador de los Paises Bajos, envia al príncipe de Etanje artillería pertrechos y verifica él intento de tomar á Chuntires; pero el conde de Mental contraresta aquella idea de los Holandeses y desalienta á los aliados.

Desaira la corte de Madrid al conde de Monterey, no atreviéndose á manifestarse á las claras, pero envia al mismo tiempo un cuerpo de cinco mil hombres á Munich para auxiliar á los Holandeses en su defensa. Luis XIV le infunde nuevas zozobras, pues aparenta embestir seguidamente á Gante y á Bruselas, parece retraer así las tropas enviadas á Munich, y luego arrojándose con mayor ventaja sobre aquella fortaleza, la obliga á rendirse en 1673.

En este mismo año sobreviene un estravío, muy ajeno de los ámbitos de la historia civil, uno de aquellos portentos que ejercitan infructuosamente la ciencia mas recóndita, burlando los alcances del entendimiento humano, y por lo mismo escita mas la curiosidad jeneral con el pormenor de sus circunstancias, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOQUINTO.

EL HOMBRE-PEZ.

Fenómeno único en los anales humanos.

Francisco de la Vega.—Su patria y profesion.—Desaparece en la ria de Bilbao.—Su aparicion, á los cinco años en las aguas de Cádiz.—Su regreso al hogar paterno.—Su ejercicio de correo puntualísimo, en medio de su entorpecimiento, por la dilatada mansion en el mar.—Continúa su insensatez por nueve años.—Su desaparicion problemática.—Comprobacion innegable de su historia.—Dudas infundadas de algunas naturalistas.

DESDE 1673 Y AÑOS SIGUIENTES.

En Liérganes, pueblo de las montañas de Santander, en la parte llamada La Trasmiera, vivia, á fines del siglo XVII, una familia honrada, pero de escasos haberes, cuyos padres eran Francisco de la Vega y María del Casar. Tenian cuatro hijos, el mayor destinado para heredero de la casa, el segundo tomó un oficio, el tercero fué clérigo, y el cuarto, llamado como su padre Francisco, pasó á la edad de diez y seis años á la ria de Bilbao, para aprender el arte de carpintero de ribera, ó constructor de barcos.

Despues de permanecer en aquel ejercicio algunos meses, la noche del 24 de junio de 1673, se fué con varios compañeros á tomar lo que llaman *la sanjuaneda.* Pasado largo rato de travesura y algazara en el aquel recreo del baño y de la complacencia, llega la hora de retirarse, llaman á Francisco, no asoma ni contesta, y por fin desahuciados los compañeros de su incorporacion, recojen su ropa, y se la envian, con la amarga relacion de la desaparicion del hijo, á la madre quien lo llora inconsolablemente por difunto.

Median cerca de cinco años; y en febrero de 1678, ocurre en Cádiz la novedad de retirarse los pescadores despavoridos á la bahía, diciendo, que han visto un hombre en medio de las aguas. Les encarga el gobernador que el dia siguiente vuelvan allá, y con crecido número de barquillas vean de cercar y afianzar aquel viviente, para cerciorarse de su existencia y del pormenor de sus circunstancias.

Salen los pescadores, y descubren el individuo hácia el mismo paraje de la víspera. Acuden á él, y se escusan todo afan, pues él mismo se les acerca, y por supuesto desnudo, entra en una de las barcas, y mirando á todos con una especie de sonrisa insensata, prorrumpe en estas únicas palabras mal pronunciadas, *pan, tabaco, Liégunes* (1). Lo llevan como en triunfo, á la ciu-

(1) El nombre del pueblo es, como se ha dicho,

dad, lo visten de cualquiera modo, lo presentan al gobernador que nada pudo averiguar acerca de su oríjen, y de su propension á tan estraño jénero de vida, acude luego el jentío, y por el pronto lo hospedan en un convento de Franciscos.

Se halla casualmente en Cádiz un fraile mercenario montañés, que está para irse á su pais, y sabiendo muy bien el pueblo de Liérganes, se encarga de acompañarlo hasta su misma casa. Así lo verifica, y atravesando la España entera, al llegar por fin al pueblo, el acompañante se contiene un tanto, y el acompañado, en medio de su sandez, se encamina en derechura á su casa, y dicen, halla á su madre sentada al umbral, haciendo labor, como es costumbre de lugareñas.

Se conocen mútuamente, la madre se abalanza esclamando, hijo de mis entrañas... mas luego se queda aflijida y atónita, al verle en parte desfigurado con membranas en el sobrecejo, y escamas que despues se le cayeron, pero le desconsuela antetodo su insensatez y su indiferencia para todo. A tan estraña novedad acude el vecindario, y luego el jentio de todo el pais. Nada pide, mas toma y come cuanto le presentan, con cándida y perpétua sonrisa. Es por lo demás alto y bien formado, y los muchachos al pronto le miran como temerosos, y luego se familiarizan y chancean con él, sin que al parecer se divierta ni incomode, y uno de los mas curiosos es Añoa, que lo solia referir en Zaragoza, siendo allí arzobispo, y se hizo memorable costeando en parte el peregrino y suntuosísimo tabernáculo del Pilar.

Pero si el pueblo y aun el pais se embelesa y complace con aquel objeto nunca visto, no así la familia, que mira como un azote de la Providencia para la casa, el gravámen de un aborto inservible para todo jénero de industria y ocupacion, siendo tan solo un juguete de muchachos, que les acarrea gastos y molestia, sin asomo de utilidad.

Por fin uno de los curiosos es el señor tal vez principal de la montaña, el conde de Isla, vecino de Santander; y dueño de grandes haciendas en toda la Trasmiera; y desde luego tiene la feliz ocurrencia de emplearlo para correo, pues sus muchos intereses le precisan á sostener allí una correspondencia casi diaria.

Con efecto, el *Hombre-pez*, que así es apellidado ya el fenómeno, se habilita de mensajero, y va y viene de continuo con esmero y ajilidad. Se llama el *Puntal* el embarcadero de la ria de Santander por la parte del mediodía, si halla la barca conductora, se coloca en ella el nuevo pasajero, y sino se arroja al agua y atraviesa en brevísimo rato la ria entera. Para este caso lleva terciada al hombro una bolsa de cuero, donde mete la correspondencia, y hay todavía en el pais quien conserva cartas manchadas por el agua salobre que se les introducia en el tránsito.

Sigue el *Hombre pez* por nueve años este ejercicio, hasta que de repente desaparece, sin que conste si lo arrebató su inclinacion jenial de nuevo al agua, pues no queda absolutamente rastro alguno de su paradero.

En cuanto á la certeza del caso, es en realidad un hecho histórico tan positivo é indudable, como la existencia de Ciceron, de Hernan Cortés ó de Cervantes.

En primer lugar Freijoo (1), casi contemporáneo, estuvo tratando en Oviedo con sujetos que habian visto y observado con toda particularidad al individuo, y luego se han sacado con todo esmero copias auténticas de las seis fes de bautismo de la familia, y además de la partida de matrimonio de los padres, Francisco de la Vega, y María del Casar.

Su casa, harto mediana, estaba á uno de los estremos del pueblo, y ahora mismo se ven sus escombros (pues no queda descendencia de la familia) en el ángulo de una viña.

Algunos naturalistas, en la Enciclopedia y en otros escritos, y hasta el mismo Cuvier, han tratado de fabulosas todas las historias de hombres marinos, pero esta es una de las muchas sentencias arrogantes y caprichosas de escritores presumidos, que intentan coartar á su albedrío la pujanza, y sobre todo los ensanches ilimitados de la naturaleza; y en fin cuanto acabamos de referir, acerca de nuestro Hombre pez, es ciertísimo y absolutamente innegable; sin que por ningun título se le pueda parangonar el memorable paje Nicolao del siglo XVI, quien no era, segun todo lo que se cuenta en las relaciones de aquel tiempo, mas que un buzo mucho mas aventajado que todos sus compañeros.

En conclusion, si á pesar de cuanto hemos espuesto, se intenta hacer problemática la vida casi milagrosa de Francisco de la Vega, entónces no hay verdad histórica tan acrisolada, que

Liérganes, mas no acertaba ya á pronunciar la *r*, y así decia tan solo, Liéganes.

(1) Teatro Crítico, tom. 6, din. 8.º titulado, De un suceso peregrino de estos tiempos, donde se pone el autor á discurrir larga y tendidamente con sutilezas metafísicas, acerca de las alteraciones de cuerpo y alma que padeció el anfibio con su larga mansion en el mar, y se lamenta con razon de que el trastorno de su celebro nos haya defraudado de infinitas noticias marítimas que con las potencias cabales nos hubiera podido comunicar. (N. del T.)

resista á los embates de la crítica ó de la desconfianza; y lo verdaderamente lastimoso, es que nuestro gobierno, á la sazon en todo exánime y soñoliento, no recojiese y procurase desentrañar aquel fenómeno, sosteniéndolo decorosamente, y luego al fin de su vida mandándolo disecar, y rastrear, si era dable, anatómicamente al móvil de aquella inclinacion y connaturalidad con el líquido elemento. Pero la idiotez y el desamparo jamás pueden dar cabida á los arranques y disposiciones de la racionalidad.

No se halla la fe de muerto del Hombr pez en los libros parroguiales.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOSEXTO.

Resultas de la toma de Mastrich para la zozobra jeneral de Europa.—Arrojan todas las potencias la máscara.—Se aunan contra Luis XIV.—Combates navales entre Franceses y Holandeses.—Novedades en Sicilia.—Guerras en Flándes.—Grandísimo quebranto en América.—Ambicion y pesar de D. Juan de Austria.—Finamiento de Cárlos II y de la casa de Austria en España

DESDE 1673 HASTA 1700.

Con la toma de Mastrich, todas las potencias de Europa arrojan la máscara, se avienen y forcejean para conservar el equilibrio jeneral. El 30 de agosto de 1673 el emperador y el rey de España firman un tratado de alianza con Holanda.

Se comprometen, el emperador para enviar treinta mil hombres sobre el Rin, la España para embestir á la Francia de poder á poder, la Holanda para restituir Mastrich á España y devolverle cuanto ha perdido en el tratado de Aquisgran.

Al paso que se ladea el príncipe de Etanje con el imperio y la España, logra desprender la Inglaterra de su alianza francesa, armando al mismo tiempo los príncipes católicos, confinantes con Holanda, el obispo de Muntier, el elector de Colonia, y luego Brandemburgo y Dinamarca, todo contra Luis XIV. Así pues la Europa entera se coliga contra la Francia, y asoma por fin el trance de poder la España desagraviarse, recobrando tantas provincias malogradas. Pero procede la corte de Madrid tan desmayada y adormecidamente, que logra Luis XIV arrostrar á todos sus contrarios. Acude un cuerpo francés al Rosellon, para atajar á los Españoles el tránsito del Pirineo, y mientras Turena y Condé contrarestan á los Imperiales y al príncipe de Etanje, marcha el rey en persona á la reconquista del Franco-Condado.

Está ahora mas pertrechado que la vez anterior, pues su caudillo D. Antonio de Albeyda se esmera en habilitar las fortalezas y en solicitar auxilios de los Suizos y del emperador, mas plebe y nobleza se han afrancesado en gran manera, y el gobernador, receloso con razon, tiene que desparramr sus fuerzas por un sinnúmero de guarniciones, pudiendo juntar en el trance de la invasion tan solos unos cuatro mil hombres, y así no le cabe mantenerse en campaña.

Rompe Noailles, gobernádor de Borgoña, las hostilidades, y toma á Grá y al Ferriul, arrollando el teson de las escasas guarniciones; sitia luego á Berañon, y la ciudad tiene que capitular el 15 de mayo y la fortaleza el 22. El 26 del mismo los Franceses cercan á Dole, que señorea la provincia entera, y están amagando á la Champaña, la Bresa y el Lianés. Intenta el anciano duque de Lerena ponerla en salvo con su llamada, pero lo ataja Turena, y la plaza tiene que rendirse, en junio de 1674; y en pocas semanas queda conquistada la provincia toda é incorporada con la Francia.

El año siguiente, manda el conde Schomberg en el Rosellon, tramonta el Pirineo, toma á Bellegarde, Figueras, Ampurias y otros castillejos. La corte de Madrid se vale únicamente de migueletes para su defensa, por otro nombre somatenes, jénero de guerrillas de mucho denuedo y actividad, muy prácticos del terreno, que avanzan, cejan, y recargan precipitadamente. No logra el Francés arrollar enemigos tan inasequibles, que le defraudan en todos sus planes.

Entretanto la monarquia exhausta y desquiciada, se está ya disolviendo, y al mismo tiempo estalla en Mesina una asonada formidable. Se arman los Mesineses en defensa de sus fueros. Los alborotadores, encarcelados por el gobernador, y libertados por la plebe, imploran el am-

paro de Luis XIV, brindándole con la posesion de sus islas. Llega el francés Valbelle de Tolon, atraviesa con algunas fragatas, la escuadrilla española, trae abastos y pertrechos, auxilia á los Mesineses, para embestir los fuertes ocupados por los Españoles, que están señoreando el pueblo. Acuden los Franceses con mayores fuerzas el año siguiente, y arrollan á D. Melchor de la Lare, que está con algunos bajeles bloqueando el puerto, tras reñidísima refriega.

Logran despues los Franceses hacer un desembarco, y Valvelle recibe el juramento de fidelidad en nombre de Luis XIX, por parte de los Mesineses; luego toman la ciudad de Agrita, puesto adecuado para internarse en la isla, é ir haciendo nuevas conquistas. Acude Ruyter con sus Holandeses, y Duquesne traba con él reñido combate sobre las islas de Lipari. Se aferra mas y mas la pelea desde las doce de la mañana hasta el anochecer el 6 de enero de 1676. Se hallan tambien galeras españolas, y arreciando el viento tienen que resguardarse con las islas de Lípari, y por fin logran rehacer las naves malparadas, y queda indecisa la victoria; mas reciben luego los Franceses crecido refuerzo, y los aliados tienen que retirarse á Milazo, donde no se atreve el Francés á comprometer nuevo empeño, pero dando la vela rodea la isla y entra en Mesina con su convoy de víveres y pertrechos, venidos de Provenza.

Se rehacen luego las escuadras, se buscan y se retan á la vista del Etna. Dura la pelea largas horas, y tras mutuo descalabro, las galeras españolas llevan á salvamento los buques holandeses mas destrozados por la artillería francesa. Fallece Ruyter en Palermo de las heridas que saca del combate y luego los Franceses, á impulso de un viento favorable, logran incendiar en parte con un brulote la escuadra holandesa, pereciendo crecido número de naves y cañones, con algunos miles de hombres en tan tremendo fracaso.

Padece España tambien fieros quebrantos por Flándes y por Cataluña, perdiendo en poco tiempo á Valenciennes, Cambray, Saint Omer, y luego Ipres y Gante. Sobreviene el desvío de la Holanda, que ajusta paces con la Francia. Recobran los Españoles por el tratado de Norlinga varias plazas cedidas en la paz de Aquisgran, pero se desprenden para siempre del Franco-Condado, de Valenciennes y de otras cinco ó seis plazas.

Evacuan los Franceses la Sicilia, y dejan sacrificados á los Mesineses, que habian querido escudarse con el amparo de Luis XIX; y así tienen que esperimentar las disposiciones justicieras del virey español, el marqués de las Navas, quien manda aprisionar y ajusticiar á los mas principales de la asonada.

Publica luego un reglamento que altera la forma constitutiva del pais, suprimiendo el senado, la recaudacion de sus propias rentas, y todo el réjimen queda á cargo de seis *electos*, cuatro del propio suelo y dos españoles; sin que los nuevos majistrados puedan ostentar el boato anterior de trajes grandiosos, ni alborotar ni con clarines y timbales. Se les apeó de la jurisdiccion que abarcaba el territorio cercano; y para deliberar, tienen ya que juntarse en el mismo palacio del virey y el comandante militar, llamado Stràtico, se remplazó con un gobernador que el rey de España puede remover á su albedrío.

Arrebata el marqués de las Navas cuantos cartularios y privilejios antiguos paran en el palacio de la ciudad, y hasta se pesquisan las copias que andan en manos de particulares, para luego quemarlo todo el verdugo en la plaza mayor. Desarma además á todo el vecindario, bajo pena de diez años de encierro y cinco mil escudos de multa. Les precisa á trabajar en la construccion de la ciudadela, que les ha de atalayar y enfrenar dia y noche sin arbitrio. Manda descolgar la campana mayor de la casa de la ciudad, con la cual solian tocar á rebato, y en seguida la hace destrozar á su presencia; y luego decreta que se fundan todas las campanas de la catedral, para levantar una estátua al rey de España, en medio de la plaza principal del pueblo.

Ajusticia luego á Inocencio Lufo y á cuantos se habian declarado contra España y no se hallan en salvamento, confiscando sus bienes y arrasando sus hogares. Pero se habian ya embarcado mas de cien mil Mesineses para Francia, y muchos están ya refujiados en Roma. Mesina decae infinito, su esplendor se nubla y su vecindario queda reducido á la tercera ó cuarta parte del que tenia, al principio de tan aciagas novedades.

Se firma la paz de Norlinga, y campea y se engrie la Francia en la cumbre de su poderío.

Desarma con efecto la Europa entera y se mantiene armado Luis XIV, pues intenta que las naciones todas reconozcan los fallos de sus parlamentos, y sobre todo redondear nuevas conquistas en plena paz y *de una plumada*, y aunque le amagan amarguísimos desengaños y rastreras humillaciones, por el pronto derrota y anonada las *cámaras de reunion* que deben interpretar los tratados de Westfalia, de Aquisgran y de Nimega, incorporando cuantas plazas y provincias se le han ido cediendo sucesivamente. Intima á la España, que le entregue el condado de Alast, el antiguo Gante y varios pueblos de Flándes, pretendiendo no haberlos renunciado en el tratado último.

Contesta la corte de Madrid, que ni el menor título le cabe para tamaña demanda, no ocupando los consabidos pueblos en el acto de fir-

mar la paz de Nimega. En seguida Luis XIV manda cercar á Curtrai por el mariscal de Humieres, y cojiendo la plaza desprevenida, tiene que rendirse á pocos dias. Sucede otro tanto con Dismuda, y entónces Luis ofrece devolver entrambas fortalezas, con tal que en cambio se le entregue Luxemburgo, ó bien Pamplona y Fuenterabia; y á tan injusta y desatinada propuesta, no puede España oponer mas que una declaracion de guerra.

Toma con efecto las armas, pero sin el arrimo de sus aliados anteriores, y sin aparatarse debidamente para contrarestar agresion tan inicua como repentina; y así el malvado enemigo se esplaya y campea con mas y mas conquistas, y adelanta sus tropas sobre Luxemburgo, y por Navarra y Cataluña, puntos al par exhaustos de resguardo, y absolutamente indefensos. Tala, saqueo y demás atrocidades se agolpan, tras el rechazo de las poquísimas fuerzas que se oponen, por todos los parajes invadidos, en medio de paz, al parecer, profundísima.

Los jenerales Ruffen y Montal, salen de su invernada, y atropellan el Brabante, redoblando robos por los pueblos indefensos, y quemando acuantos hacen ademan de resistencia. En marzo de 1684, el mariscal de Humieres, cerca á Udenarde, y le dispara tal esceso de bombas y de bala roja, que deja á la desventurada ciudad casi yerma. Se rinde Luxemburgo por los mismos medios, y tratando el usurpador de conservar plaza tan importante, acude Vauvan á echar el resto de su ciencia militar, y aumentar y estremar sus grandísimas fortificaciones.

En fin para escarmiento de los Jenoveses, por afectísimos á España, envia el déspota á su almirante Duquesne á bombardear la ciudad, y el marqués de Segnelay, ministro de la marina, se complace y regala presenciando tan bárbara ejecucion, pues manda arrojar hasta doce mil bombas, y cuando ya los mas suntuosos edificios yacen reducidos á escombros, ministro y almirante se retiran ufanísimos á Provenza con su escuadra.

No cabe á la España escudar á una república, siempre leal en su alianza, por hallarse ya imposibilitada de lidiar con la Francia, y teniendo que contentarse con dar largas á las inícuas condiciones de paz que le propone el desalmado Luis XIV. Tiene que implorar la mediacion del emperador y de la dieta de Ratisbona, y logra tan solo cierta rebaja, harto baladí, en las contribuciones impuestas bárbara y desenfrenadamente á los Paises Bajos. Devuelve el asolador los pueblos de Dismunda y de Curtrai, cuyas fortificaciones ha mandado arrasar, pero se apropia á su albedrío la fortaleza de Luxemburgo.

A los dos años, se fragua nueva coligacion contra la Francia, firmada en Ausburgo el 9 de julio de 1686. El afan jeneral es atajar los desaforamientos de Luis XIV, y conservar la integridad del imperio segun los tratados de Wesfalia y de Nimega y á la tregua de Ratisbona. Entra en el empeño el rey de España, como miembro del imperio por el círculo de Borgoña, pero hace papel muy desairado en la guerra que sobreviene.

Yace tan desvalido, que estando la Francia exhausta y precisada á contrarestar al Imperio, á Inglaterra, Holanda, Suecia y Saboya, no logra rehacerse con sus provincias descarriadas, teniendo que ceñirse á su defensiva.

Pasan sin embargo los Franceses el Pirineo, y aunque se les rechaza al pronto ventajosamente por la línea del Ter, en Jerona y particularmente en Rosas, que hace una resistencia dilatada y heróica, al cabo destruyen la Cataluña talando y abrasando á diestro y siniestro. Amagan á Barcelona que desprecia sus insultos, pero viene luego escuadra poderosa que le arroja ochocientas bombas, causando estragos considerables; pasa despues á Alicante, bombardea é incendia con mayor furia aquel desventurado pueblo, y el llamado gran rey, por la vil adulacion de poetas y prosistas franceses, queda muy pagado con los desastres que causa á pueblos desconocidos é inocentes, cuyos padecimientos ni asomo de influjo traen para los trances y el éxito de una guerra atroz y antojadiza.

Continúan los Franceses sus campañas por los Paises Bajos y llegan á presentarse delante de Bruselas, amenazando con un bombardeo que por fin ejecutan disparando hasta tres mil bombas y mil y doscientas balas incendiarias, y destruyendo tres mil casas y varios conventos y edificios públicos, pues la pérdida total se computa en cien millones de reales.

Sigue tambien la guerra en Cataluña, y el enemigo se adelanta hasta Barcelona, que tras largo sitio tiene que capitular en 1697.

Mortal quebranto padece la monarquía española en América, pues el gobierno francés dispone diez navíos mandados por el baron de Pointis, para aventurar un golpe de mano sobre Cartajena, capital del nuevo reino de Granada.

Llega Pointis á Santo Domingo, recibe en su escuadra á mil y seiscientos piratas, á quienes ofrece parte en el saqueo de cuanto llegue á conquistar. Toma el rumbo para Cartajena y llega el 12 de abril. La guarnicion se reduce á menos de ochocientos hombres, repartidos por la ciudad, y los tres fuertes de Bocachica, Santa Cruz y San Lázaro que la están escudando.

Desembarca Pointis los piratas, muy prácticos del terreno. Los pueblos indefensos se resisten cuanto les cabe, pero tienen que rendirse á

fuerzas muy superiores, pero la ciudad con sus ochenta piezas de artillería por la muralla, hace frente con el debido tesou al enemigo; mas luego el vecindario, á la voz de bombardeo se acobarda y se empeña en capitular, como lo verifica el 3 de marzo de 1697, bajo la condicion de no haber saqueo, contentándose todos con el oro, plata y joyas de las iglesias y de los particulares; pero luego los piratas saquean atrozmente y por entero la ciudad, haciendo un alarde bárbaro de sus horrendas tropelías.

Tal cúmulo de malogros y desastres inclina la corte de Madrid á pedir la paz, pues Cárlos yace espirante, y la Europa entera está colgada del negocio grandísimo de la sucesion española; y la Francia interesa infinito en bienquistarse con los naturales. Devuelve pues el usurpador, á impulsos de mayor codicia, por el tratado de Riswick, cuantos pueblos y provincias ha venido á conquistar, desde la paz de Nimega, tanto en Flándes como en Cataluña.

Hasta aquí, ceñidos á los acontecimientos militares, nos hemos desentendido de las interioridades caseras, durante el reinado de Cárlos II, quien jamás llegó á gobernar por sí mismo; pues su incapacidad absoluta y el desenfreno de los partidos encontrados, están mas y mas enconando las llagas públicas.

En los primeros años de su reinado, se abanderizó la corte, por el padre Nithard, confesor y privado de la reina rejenta, ó por D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. Este, confinado al pronto en Consuegra, se retira luego al reino de Aragon donde tiene muchos parciales y por fin se acerca á la capital con una especie de escolta de hasta setecientos hombres. Además del favor de la nobleza, goza del aura popular, que á lo mejor le victorea con las voces de: *viva el rey D. Juan, y muera el mal gobierno.*

Se adelanta sin tropiezo hasta Torrejon, á tres leguas de Madrid, y la corte se azora no habiendo el menor resguardo en la puerta de la capital, careciendo además de tropas que le hagan frente y segun carta de un embajador desde el mismo Madrid, si D. Juan se arroja sin descansar, entra, se apodera del gobierno, coloca á sus hechuras por los consejos y demás destinos, encierra á la rejenta en las Descalzas, en su mano estaba el proclamarse rey, pues á tanto llega su privanza con toda clase de jentes.

Pero aquel príncipe mozo esquiva á su propia suerte, pues se contenta con el destierro del padre Nithard, acepta el vireinato de Aragon, Cataluña y Valencia; y dilata la ejecucion de sus intentos hasta el fallecimiento del rey. Con este arreglo, se establece en Zaragoza, y queda la España dividida en dos cortes, mútuamente zelosísimas, é igualmente ajenas de toda suposicion é influjo en los negocios europeos; y por consiguiente sin existencia para la jeneralidad de las naciones.

Allá cuando en 1675, cumplió catorce años y tomó las riendas del gobierno, acudió en dilijencia D. Juan á Madrid, esperanzado de reemplazar á la rejenta; mas luego desengañado, se vuelve á Zaragoza, enardece á sus parciales, y se encamina de nuevo á Madrid, donde los suyos lo están esperando apercibidos; y acuerda con ellos que si se le manda volver á Zaragoza *acatará la providencia*, sin ponerla *por obra*. Sale acertado el intento, pues no bien asoma, cuando el vecindario le aclama, la reina se azora, y para en escribir á D. Juan que no deje de acudir en auxilio del rey, para su mejor desempeño en el gobierno.

Se aviene desde luego Cárlos II al desvío de su madre y al encumbramiento de D. Juan, nombrándolo primer ministro y presidente de todos los consejos del Estado. Sumo es ya su poderío, y se esmera en habilitar el jiro de los negocios, y atender al desamparo de las ínfimas clases. Publica leyes santuarias, suprime por sobrado costoso el consejo de Indias, reforma en grandísima parte el de Hacienda, con otras providencias que no redondean el intento, ni alcanzan á remediar la escasez de los menesterosos. Palpan luego todos que D. Juan, con todas sus ínfulas ambiciosas, no descuella con sus prendas, se malquista y desconceptúa con la jeneralidad y fallece en 1673.

Regresa la reina-madre de su destierro en Toledo, y recobra plenamente su predominio, pues el endeble Cárlos, avasallado siempre ya por el hermano, ya por la madre, por su esposa ó su confesor, yace absolutamente incapaz de afianzar las arduas riendas del Estado.

No cabe que tan desmayado gobierno alcance á dar el menor paso hácia el empuje fundamental de hermanar la nacion, y reponerla en su verdadero asiento. Ni siquiera soñó en atraer las provincias esentas al réjimen jeneral de Castilla. Al contrario pasa Carlos á Zaragoza, jura en toda su plenitud los memorables fueros de Aragon, y patentiza ante la Europa absorta, cuan tenue y volandero es el engarce que une entrambas coronas, y mas cuando en 1678, las córtes de Aragon pregonan providencias de total soberanía, reponiendo al Justicia mayor en su autoridad primitiva.

Una de aquellas disposiciones gubernativas espresa, que ningun advenedizo se pueda avecindar en el pais sin estar casado con alguna aragonesa, sopena de multa cuantiosa y aun de confiscacion de bienes. Siguen luego providenciando tan desabridamente contra la nacion francesa, que dan al través con todo el comercio de

Languedoc y demás provincias fronterizas, las cuales lastimadas en lo íntimo de sus intereses, proponen al gobierno francés que use de represalias.

Campean las mismas ínfulas en Cataluña, donde prevalece mas y mas su encono contra Castilla, y se aclama como rasgo de lealtad, que tremole Barcelona el estandarte real por Cárlos II, aunque segun sus fueros, no le incumbe aquella demostracion, hasta despues de haberla visitado el monarca. Mas luego palpan los Catalanes el apeamiento, conceptuándolo desválido para escudarlos contra el poderío de Luis XIV.

Se defienden al pronto por sí mismos, y rechazan esclarecidamente todos los embates enemigos, pero desentendiéndose mas y mas de la corte de Madrid, y gobernándose allá casi á fuer de independientes. Avalora Luis XIV estos arranques, y el duque de Noalles, gobernador del Rosellon, entabla intelijencias por el pais, y va fomentando todo ímpetu de rebeldía. Tramonta luego el Pirineo, y pregona, que no es su ánimo guerrear contra los Catalanes, sino únicamente contra sus opresores; lenguaje entendido de todos.

Se acoje Puigcerdá al amparo de Luis XIV, y luego las llanuras hacen otro tanto; y en seguida, al querer el conde de Guara entrar en Cataluña con las milicias de Aragon, se retira á sus hogares; pero los Franceses hacen, como se dice vulgarmente, de las suyas, se empeñan en vivir absolutamente á costa del pais, y luego bombardean á Barcelona, con lo cual se malquistan de muerte y para siempre con los Catalanes.

Este paradero de anarquía y desvalimiento vino á tener aquel ahinco tenacísimo de la casa de Austria, para plantear y arraigar la unidad pujante y espedita de la monarquía española. « Al desentrañar con esmero el estado del pais, escribia un embajador francés, se palpará que todo es flaqueza y desconcierto, mas tampoco tiene cabida la menor alteracion, pues al entablarla, se echa de ver, que el nuevo específico es de peor condicion que el mismo achaque, y se requiere un vuelco total para proporcionar algun arreglo en el conjunto. Para este logro hay que variar el sistema del gobierno, pues todo sujeto de luces se hace cargo, de que el rumbo de la casa de Austria encamina positiva y redobladamente al esterminio de la nacion entera. » Sobran, añade elementos de pujanza á la España, pero todos vagan desparramados y perecederos como en el caos, sin que asomen alcances humanos á deslindarlos y hermanarlos.

Yace con efecto la dinastía reinante, como allá en un panteon de incapacidad y desvalimiento, y no le queda mas arbitrio que el de la nueva ley de sucesion para renacer y salir al fin de su lóbrega tumba.

El exánime Cárlos II está dia y noche haciendo y deshaciendo testamentos, pues ya nombra por heredero á un príncipe de la casa de Baviera, ya otro de la de Austria y en fin acude á un nieto de Luis XIV, esperanzado de interesar la Francia entera en la conservacion de la unidad de la monarquía.

Firmado aquel memorable testamento, manda abrir los túmulos del Escorial, adora la osamenta de sus padres, fallece á pocos dias, y la dinastía de Cárlos V, se empoza en la nada.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOSÉPTIMO.

Causas de la decadencia jeneral en todos los ramos.—Labranza.—Su mengua cifrada en la despoblacion.—Espulsion de Moriscos.—Desamparo de los pueblos.—La Inquisicion.—Alistamiento militar, vinculado casi únicamente en las Castillas.—Apocamiento universal.—Menoscabo y esterminio de haciendas y patrimonios particulares.—Ruina de poblaciones enteres, trocadas en yermos, y reducidas al ramo de la ganadería.

DESDE EL REINADO DE FELIPE III HASTA EL DE CARLOS II.

Mengua mas y mas la exánime labranza, con el menoscabo lastimero de la poblacion, desde el reinado de Felipe II, y vamos ahora á desentrañar el eslabonamiento de circunstancias fatalísimas, con que en el espacio de siglo y medio, vienen á desaparecer la mitad de los Españoles.

Con el afan de conservar y acrecer la sangre castiza, y de consolidar arraigadamente el cristianismo en España, los reyes católicos se empeñan, tras la conquista de Granada, en acaba-

lar para siempre la unidad política y relijiosa. Entablan Isabel y Fernando tan grandiosa empresa, y luego Cárlos V, presenciando desde luego y mostrando á Felipe II, la encarnizada lid que se traba mas y mas por instantes en Francia, Inglaterra y Alemania, desde que los reformadores andan pregonando por donde quiera sus doctrinas, se aunan en atajar tamañas discordias por sus Estados, ciñendo incontrastablemente aquella unidad relijiosa, amagada por tan implacables enemigos. Odian y huellan al par el culto judáico, el desenfreno de los calvinistas, y el terco apego de los desventurados Moriscos á la relijion, idioma y traje de sus antepasados.

Refieren que Felipe II enterado de la sublevacion de los reformistas en Flándes y de la profanacion de mas de cuatrocientas iglesias, juró hacer tal escarmiento *que haga zumbir los oidos á la cristiandad entera, aun cuando peligren y zozobren todos sus estados*; en cuyas palabras se cifra cabalmente todo el ahinco de Felipe II; y así su familia y su descendencia rechazan y aventan hasta el mínimo asomo de las doctrinas nuevas, provideneiando mas y mas cuanto conceptúan conducente á su objeto, desentendiéndose de sus fatalísimas resultas en la despoblacion española.

El primer ejecutor de aquel sistema inexorable, es Fernando el Católico, desterrando en 1492 á cuantos judíos rehuyan el baño espiritual del bautismo; y Mariana subia el número de los espatriados hasta ochocientos mil, aunque cómputos mas fundados reducen á la cuarta ó quinta parte aquel guarismo horroroso.

Plantea al mismo tiempo el lóbrego tribunal de la Inquisicion, para celar y acosar á los *cristianos nuevos*, tachados de practicar allá reservadamente el culto de Moisés. El arranque de los perseguidores al punto se dispara contra los *judaizantes*, mas luego abarca tambien á los cuitados Moriscos recien convertidos, y mas adelante asestan sus tiros y enarbolan, siempre *lóbregamente* sus garras contra el protestantismo.

Desempeña la Inquisicion desaforada y sangrientamente los tres encargos, y está conservando, por espacio de siglos, la unidad relijiosa; pero estremeciendo y esterminando jeneraciones enteras. En un solo año, el tribunal de Sevilla prende y quema hasta dos mil herejes, abrasando otros tantos en estátua, y condenando hasta diez mil á varios jéneros de penitencias.

La Inquisicion, segun Llorente, desde su oríjen hasta su abolicion en 1808 ha venido á quemar hasta treinta y dos mil Españoles y diez y siete mil en estátua, condenando á penas rigurosas á cerca de trescientas mil personas, y en su total suman hasta trescientos y cincuenta mil Españoles condenados unos á muerte, otros á padecimientos y afrentas congojosas, y sobre todo la confiscacion de sus bienes; y así toda esta inmensa caterva, trascendiendo con su oprobio á las familias enteras, no dejaba á sus hijos por herencia mas que el menosprecio jeneral y el desamparo absoluto. Añádanse ahora mas de cien mil familias emigradas por el pavor de la persecucion, y se echará de ver que la Inquisicion fué uno de los instrumentos mas ejecutivos del esterminio de España.

Adviértase, que con el amago perpetuo y furibundamente enarbolado de tormento y muerte, millares de ciudadanos, empapados, mas ó menos reservadamente, en otro culto, la atalaya aterradora los tenia maniatados y atónitos, sin tender la vista á lo venidero, y retraidos de todo jénero de fuerza.

Pero el desbarro mas azaroso que abortó la Inquisicion, fué la espulsion de los Moriscos; socolor de relacionados con la morisma africana y favorecedores de sus desembarcos por toda la costa, firmó Felipe III el edicto asolador de su destierro sempiterno. Jamás ha cabido puntualizar el número de los desterrados, pero añadiendo á los muchísimos judíos arrojados de España en 1492 la innumerable morisma que feneció en sus repetidas sublevaciones del siglo XVI y luego la muchedumbre todavía mayor que lanzó Felipe III de su regazo, resultará que España perdió, en menos de siglo y medio, tres millones de habitantes laboriosísimos.

La ralea desventurada de los Moriscos, tan solo dejó en el pais conquistado por sus mayores el recuerdo de una agricultura colmada y de una industria, cual jamás la habia tenido pueblo alguno. Al año de la espulsion, Felipe III concedió la hidalguía, con exencion del servicio militar y otras regalías, á cuantos se dedicasen al cultivo de las tierras, pero mediando otras muchas causas despobladoras, quedó absolutamente huero aquel edicto.

Estuvieron allá los reyes de España sosteniendo una lid ajigantada, en defensa de la fe católica y del predominio de la casa de Austria, mas sobrepujaba tan estremada contienda á las fuerzas de la monarquía. Miles y miles de Españoles perdian la vida por los campos de batalla en Europa toda, en Africa y por el piélago inmenso, cuando hacian así tantísima falta sus brazos, para desyermar las campiñas incultas con la espulsion morisca.

Aquellas guerras de siglos y de jeneraciones, atropellaban tanto mas al estado cuanto se hacia forzoso acudir por todos los ámbitos del orbe, para el resguardo de provincias innumerables, descorriadas allá por paises enemigos, ó por

grandisimas distancias marítimas. Méjico, el Peru, Felipinas y todo el nuevo hemisferio, y acá en el antiguo el Milanés, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Flándes y el Franco-Condado, requerian grandiosas guarniciones, para doblegar y contener tal multitud de pueblos diversos de idiomas, usos y costumbres, y luego defenderlos contra los embates advenedizos.

Las antiguas colonias portuguesas, conquistadas por Felipe II, se guarnecian con sus respectivas tropas por los apostaderos infinitos del Brasil, del Africa y de la India. La soldadesca enviada á tantísima lejanía, solia enlazarse y establecerse por los nuevos paises; y así en Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Fláudes, grandísima parte de la poblacion actual es de oríjen español; pero en América era donde solian avecindarse los Españoles para permanecer de asiento, pereciendo además muchos en parajes enfermizos; y cuantos vivian y prosperaban solian viciarse y borrar de su memoria todo recuerdo de la antigua patria; cuanto mas que su descendencia bastardeaba con lastimoso desmedro. Ocurria tambien, que aun cuando asomase algun individuo propenso á retirarse al pais solariego de sus padres, el quebranto perpetuo y menoscabo jeneral de la nacion primitiva, los retraia de aquella inclinacion.

Salian, segun cómputo estadístico, anualmente de España mas de cuarenta mil individuos, para las posesiones de ultramar, ó de varios puntos de Europa, correspondientes á la monarquía. Solian ser naturalmente robustos y curtidos en todo jénero de faenas, y menesterosos en su pais se marchaban en busca de aventuras; y aquellas emigraciones se iban agolpando mas y mas, al paso que escaseaban los medios de subsistencia en su patria, con los redoblados é incesantes desmanes que solia acarrear el desgobierno.

Promulga Felipe IV un decreto, vedando á los Españoles aquella mania emigradora hácia las rejiones del nuevo mundo, y un embajador francés, con fecha del 22 de febrero de 1681, escribia á Luis XIV. «Salieron los galeones el 28 del mes pasado, y me aseguran que sobre la tripulacion y jente de tráfico, mas de seis mil Españoles se trasladan á las Américas secretamente por menesterosos.»

Resulta, que á pesar de tantas vedas y oposiciones, siguió mas y mas el raudal de la emigracion, y las naves mismas del Estado eran las trasportadoras de aquellos millares de voluntarios desterrados á las partes contrapuestas de su patria; resultando de los cómputos de Robertson, que Méjico y el Perú están poblados en el dia de tres millones de blancos; recapacitando ahora que el clima de América suele ser fatalísimo á los Europeos, se colejirá desde luego, que los tres millones actuales han acarreado á la España el quebranto tal vez, de doce ó de veinte millones. Con efecto, hay quien opina que las colonias han costado á la España hasta treinta millones de individuos; y aun en este cómputo no entran los que fenecieron en la mocedad y sin enlaces.

El consejo de Castilla en 1618 presentó á Felipe III una memoria sobre los medios de atajar la despoblacion arrebatada del reino. Encargábale el alivio de las contribuciones y de todo jénero de impuestos, aumentando el número de los contribuyentes, quiere decir, revocando privilejios descargadores de las pechas jenerales en todos los vecindarios.

Semejante providencia, no podia menos á de contener algun tanto aquellas emigraciones nacionales. Proponia tambien la abolicion de un sinnúmero de empleos costosísimos al erario y absolutamente infructuosos para el Estado; como tambien el alejar la grandeza de la corte, y enviarlas á sus quintas, para vivir en medio de sus vasallos y fomentando la apocada labranza, derramar sus caudales por todo el pais; conceder franquicias y distintivos á los labradores; impedir sus encarcelamientos por causa de atrasos en sus deudas, por lo menos en los meses de las faenas campestres; y aun opinaba, que se les abonasen todos sus atrasos, para dar ensanche y desahogo al cultivo.

Estaba pues la razon dictando altísimamente á Felipe III, que acudiese á remediar tamaño quebranto, cuando todavía estaba en su mano, mas allá se desentendió totalmente de lejislar sobre punto tan apremiante. Providenció el sucesor para atajar la despoblacion, concediendo regalías y exenciones honoríficas á los labradores casados. Redujo á un tercio consejeros, curiales, rejidores y alguaciles; mandó á los mayores hacendados, que fuesen á morar en sus tierras, para aliviar los apuros de arrendadores y cortijeros; mas todas estas providencias se frustraron con la lid ajigantada que la España estuvo sosteniendo, contra la Europa protestante, escudada con el arrimo de la Francia.

No faltaron sin embargo escritores Catalanes que desengañaron al duque de Olivares, sobre el errado rumbo de la política esterna, encaminándolo al acierto por los medios llanos y patentes, para obviar el desamparo del pueblo.

«Estémonos en casa,» le decian, «cultivemos nuestras campiñas, repongamos nuestras fortalezas, franquéemos las puertas al comercio, restablezcamos nuestras fábricas y manufacturas. Derramemos sobre estos objetos los caudales de América, en vez de malgastarlos en guerras lejanas y desatinadas. ¿A qué fin estamos ahí eternizando en Alemania una lid asoladora con nuestros haberes? ¿Cuál es el producto de nuestras

guerras de Flándes, sima siempre boqui-abierta, donde se empozan á millones tropa y dinero? »

Era con efecto la causa fundamental de tantísima desdicha, aquella guerra desastrada de propaganda, entablada por Felipe II y reencendida por su nieto. Para atajar el torrente asolador, como se ha dicho, debia el gobierno, al fin desengañado, debia despedir para siempre aquella política rancia de la casa de Austria, y volver de una vez la espalda al rumbo anterior. Estremado era ya el atolladero, y para el salvamento de la nave, habia que jirar absolutamente por nuevos derroteros.

Propuso Campanela remedios certeros para tan sumo quebranto, aconsejando á Felipe II que dejase arrinconado á todo soltero de mas de 21 años, á menos de estar guerreando, que moderase los dotes pingües que los ricos solian dar á sus hijas, que permitiese á la tropa sus casamientos, que plantease en España, en Flándes y en Sicilia colejios militares para niños huérfanos ó incluseros; pues dedicándoles á las armas, desde la niñez; no tendrián mas padre que el monarca, ni mas voluntad que la suya, ni mas esperanza que la de su amparo y privanza, y saldrian todos valientes y subordinados. Podrian despues entrar en el pais propio ó enemigo, y propagarian aquella ralea guerrera. Por este rumbo, decia, los menesterosos arrostrarán el matrimonio, bajo la certeza de que nunca ha de hambrear su familia, y de que el rey ha de tener siempre á la mano un gran plantel de soldados.

Con tales consejos, Felipe II creará un cuerpo de jenízaros cristianos, restableciendo la servidumbre, y la cristiandad toda se reengolfaba en la barbarie; pero así él como los sucesores, se desentendieron de tales medios para restablecer la España y afianzarle su preponderancia en Europa.

Vamos ahora guarismando la mengua progresiva de la poblacion en la península, desde mediados del siglo XVI hasta el advenimiento de la dinastía de los Borbones.

En la última temporada de los Arabes, hasta la coronacion de Felipe II, era la poblacion de España de mas de diez millones de habitantes. En 1534, el empadronamiento no rindió mas que ocho millones y medio muy escasos; y así en medio siglo, menguó la poblacion de cerca de millon y medio. Pero la mengua fué mas cuantiosa en el reinado de Felipe III, el vecindario de Medina del Campo ascendia antes á mas de cinco mil almas, y en 1607 estaba reducido á seiscientas. Refiere Dávila, que en 1600 se empadronaron los labradores del obispado de Salamanca y eran ocho mil trescientos ochenta y cuatro, con cerca de doce mil pares de bueyes, y á los veinte años, segun el nuevo padron, se habian reducido á la mitad.

Ya en el principio del reinado de Felipe IV, el total de la poblacion venia á ser no mas que de seis millones, pues villas y aldeas iban yaciendo en escombros. En Valladolid, muchas casas suntuosas aparecian á medio construir, presenciando todos el arranque de suma prosperidad, atajada de repente. Yacian yermas un sinnúmero de aldeas en Cataluña. Se contaban igualmente desiertas ciento y noventa y cuatro en Castilla la Nueva, seiscientas y ocho en la Vieja, doscientas dos en la sola provincia de Toledo, y cerca de mil en la de Córdova.

Estremadura, tierra de promision, tan afamada por su fertilidad, por el despejo de su cielo, y sobre todo por el sinnúmero de varones eminentes en armas y en letras que ha dado á luz, estaba ya ofreciendo la perspectiva de una soledad interminable. El tercio de las tierras de Alava consistia en heriales, orillando los escasos habitantes el último de la vid, donde se cifraba antes principalmente su riqueza. Las llanuras amenísimas de Tarifa, se habian convertido en desierto, sin que el viandante divisase paradero en donde albergarse por un rato. Maleza viene á ser toda Castilla la Vieja, sin que asome un árbol que realce un tanto la soledad del terreno, pues con la yerbecilla corta y árida, se sustentan desconsoladamente los rebaños merinos.

Despavoridos clamaban los consejeros á Felipe, «las casas se desploman y nadie las reedifica, huyen los vecinos, el desamparo reina en las aldeas, la maleza en los campos y la soledad hasta en las mismas iglesias;» las córtes llegaron á decirle «si el menoscabo continúa, ni asomará un campesino por las tierras, ni habrá un piloto para rejir las naves, ni mozo que arrostre el matrimonio; y se hace imposible que subsista un siglo este reino, si no se acude pronta y eficasísimamente con el remedio.»

Las córtes, en su ímpetu relijioso, imploraron llorosamente la asistencia divina, y decretaron rogativas á Santa Teresa de Jesús, proclamándola patrona de las Españas.

Firmada ya la paz de los Pirineos, no pudo Felipe IV plantear contra Portugal mas que un ejército de quince mil hombres, compuesto además, en su mayor parte de advenedizos.

Igual es la estencion y mayor la fertilidad en España que en Francia, y en el reinado de Cárlos II quedó reducida la poblacion á cinco millolles y medio de almas. Infestaba la morisma las costas de Andalucía, apoderándose á su salvo hasta de las barquillas pescadoras que sobrecojian á una legua de la playa. Emprendieron en 1668 el sitio de Oran y reinó en Madrid la zozobra de que tratasen luego de atravesar el Estre-

cho y sojuzgar de nuevo la España.

No estaba menos despoblado el interior de España que las provincias fronterizas de Andalucía, Murcia y Valencia. Por las cercanías de Segovia habia un territorio de largas leguas que llamaban con toda propiedad el *Despoblado*, y en el centro descollaba como una fortaleza, con el nombre de *casa castrillo*, cuyo dueño vivia con ínfulas de soberano. No quedaban en Estremadura mas que ciento y ochenta y cuatro habitantes por legua cuadrada.

Sierra Morena estaba yerma, y por mas de un siglo estuvo sirviendo de madriguera á los venados y á los salteadores, hasta que en 1763, se repobló, al cargo de Olavide, por colonos advenedizos de diferentes partes, y la capital de aquella repoblacion se apellidó la Carolina.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOOCTAVO.

Manos muertas ó fincas del clero. — Donaciones continuas. — Producto estancado. — Obras de beneficencia. — Lujo de edificios y establecimientos. — Su trascendencia. — Mayorazgos. — Nobleza. — Esenciones. — Cargas. — Influjo en las costumbres. — Particularidades.

LAS MISMAS FECHAS.

No contribuyó menos la concentracion de la propiedad en el clero y la nobleza, que la despoblacion jeneral para el menoscabo de la agricultura.

Ya en los primeros siglos de la edad media, se arraigó la usanza de hacer donaciones mas ó menos cuantiosas á las iglesias; y adoleciendo la Europa toda de tan aciago achaque, en España, mas que en ninguna parte, acarreó un trastorno lastimoso. Ya en el siglo XIV estaba la iglesia poseyendo pingües fincas, y en los tres siglos inmediatos se acrecentaron sin término sus riquezas, al paso que en Francia, Inglaterra, y Alemania, estaba grandísima parte secularizada, en beneficio de la corona.

Empozábanse los bienes eclesiásticos en manos muertas, segun la denominacion espresiva de la misma edad media. Abierta, con efecto, se mostraba la mano para recibir, pero en habiendo empuñado la presa, ya nunca se desprendia de cuanto tenia muy asido. Al principio se hizo muy llevadero el abuso, pues las fincas del clero pagaban los impuestos, al par que las de todos los seglares, y en sobreviniendo guerra, tenia que acudir el clero á la pelea.

Pastoreaban en la paz y capitaneaban en la lid los obispos, pues nadie se encasquetaba la mitra sin mostrarse tan valeroso como entendido (1). Mas luego, arrollada la morisma hácia las provincias del mediodía, el clero del norte, ajeno ya de todo peligro, orillando las armas, se desentendia de todo pago, escudándose con sus leyes eclesiásticas.

Aquel hacinamiento de haberes en manos del clero, paró en grandísimo quebranto público, y por tanto los reyes de Castilla trataron de atajar aquel torrente disparado y perniciosísimo de las almas piadosas, regaladoras de sus bienes á las iglesias. Las córtes, en repetidos decretos, vedaron á los cuerpos relijiosos la adquisicion de testamentarías seglares, no mediando autorizacion réjia; pero desvalidas yacen las leyes, sin el arrimo de las costumbres y de la opinion pública, y así la lejislacion eclesiástica estuvo mas y mas arrollando á la civil; pues eran muchos los Españoles que conceptuaban rasgo muy meritorio, el de contrarestar á las córtes en pro de los clérigos, y hasta los majistrados mismos, estaban viendo quebrantar sus propias leyes, sin esmerarse en ejecutarlas; y aun incurrieron allá en el desbarro, de poner en duda la autoridad temporal, que se estrellaba con los decretos, ó sanciones de los concilios.

Caducaron así las leyes, á pesar del teson incesante de las córtes. Aun en el siglo XVI se escucharon desabridamente sus representaciones, por la rapidez con que iban cundiendo las doctrinas nuevas en Inglaterra y en Alemania, demoliendo conventos y confiscando bienes, y la menor inovacion podia, en tan vidrioso trance, acarrear tremendas resultas; y así los ministros de Cárlos V y de Felipe II, contestaron siempre

(1) Solian decir en Galicia, que el arzobispo de Santiago debia ser al mismo tiempo, *báculo y ballesta*, Sempere y Guarinos, *De los Vínculos* etc.

con esta especie de formulilla: *no conviene, que sobre esto se haga novedad.*

Agravóse por tanto el achaque por todo el siglo XVI. Encumbró allá el Escorial Felipe II, cual otro Salomon, en concepto de la clerecía, hasta las nubes, y la grandeza, espejándose siempre en las glorias del soberano, además de los alcázares para sus moradas, dió en construir conventos suntuosísimos, y hospicios harto capaces para albergar á cuantos vasallos yacian, por inclinacion ó por necesidad, en el sumo desamparo.

Se atropellan á cientos y á miles los frailes, y en tiempo de Felipe III acarrean una verdadera plaga en el estado. Se cuentan hasta nueve ó diez mil conventos con mas de sesenta mil individuos, y cerca de mil de monjas, todos cuajados y aun sobrantes de jentío. Y tan solo en los dos obispados de Pamplona y Calahorra, el número de clérigos y frailes ascendia á veinte mil.

En 1613 el consejo de Castilla presentó á Felipe III una memoria, comprobando la urjencia imprescindible de reducir el número exorbitante de frailes y de conventos, para que una providencia ejecutiva sobre este punto redundase en fomento de la exhausta labranza y de la industria desmayada; y terminaba su escrito suplicando al rey, que manifestase al papa los inconvenientes de aquella muchedumbre para que entrambos de consuno aplicasen el debido remedio á tan pernicioso esceso.

« No es el daño menor, decian, el que viene á recaer sobre el mismo estado monástico, pues la relajacion va cundiendo, por cuanto la mayor parte va en busca, no de un retiro sagrado, sino del ocio y del resguardo contra la necesidad, abuso perniciosísimo para el estado entero, y para el servicio de S. M. La pujanza y la conservacion del reino se cifran en la multitud de sujetos provechosos y afanados, y se escasea en estremo de ellos por esta causa y por otras.

Entretanto los seglares se van mas y mas empobreciendo, pues todas las pechas del estado vienen á recaer sobre ellos, por vivir esentos de ellas los conventos, como tambien las fincas todas que van agolpando, para nunca desprenderse de sus manos.

Seria pues oportunísimo, que su Santidad hecho cargo de tamañas demasías, dispusiera que nunca los votos fuesen admitidos ni valederos, hasta la edad de veinte años, ni se entrase en ningun noviciado, hasta los diez y seis. Pues entónces ¡cuantos y cuantas se retraerian de esa carrera! la cual será por cierto muy perfecta y muy segura, mas no por eso deja de ser perjudicialísima al estado. »

Desoidas quedaron, como siempre, tan vehementes y fundadas representaciones, y el número de eclesiásticos fué mas y mas creciendo, en los reinados de Felipe IV y de Cárlos II, de modo que al fin del siglo XVII, se contaban en España ochenta y seis mil clérigos, sesenta y dos mil frailes, treinta y tres mil monjas, y al todo cerca de doscientas mil personas que vivian en la ociosidad mas rematada; y siendo á la sazon la poblacion entera de cinco millones y medio, resulta que todo el clero venia á componer la treintena parte de la poblacion de España.

Habian las córtes repetida é infructuosamente pedido, que por lo menos se minorasen los dias festivos, que entorpecian las faenas de la agricultura y encarecian los jornales, pero los escritores castellanos se asomaban apenas cautelosamente á este asunto, y sin embargo esforzaban eficazmente el intento, para que las córtes providenciasen sobre punto de tan suma trascendencia; como se echa de ver en este paso de Saavedra:

«El trabajo es tan imprescindible para la conservacion de una monarquía, que todo príncipe debe celar en estremo para que no se interrumpa con demasía en redobladas distraccoines, y ejercicios devotos de hermandades y cofradías, que apetece el pueblo mas por embeleso de su espectáculo que por estímulo relijioso... Tributo cuantiosísimo es el de un dia pésimo en que todas las artes yacen como yertas; y segun san Crisóstomo, no apetecen los mártires unos cultos rendidos con el dinero que están llevando los menesterosos.»

Inmensos eran los capitales soterrados para siempre en los conventos, y defraudados á la agricultura y á las artes. Cuando un fraile de familia rica quedaba hijo único, solian persuadir al padre que dejase sus bienes al mismo convento, para que el heredero los disfrutase en vida, y luego quedasen á beneficio del convento; y así habia tal fraile que estaba gozando sus diez ó doce mil duros de renta. El convento de San Salvador en Madrid poseia fincas de millones; y á temporadas no tuvo mas que un solo fraile.

Cuantiosísimas eran tambien las rentas del clero, contándose por millones las del arzobispo de Toledo y aun las del de Valencia, Santiago, Sevilla y Zaragoza, y está computado, que á fines del siglo XVII estaba poseyendo la iglesia en los reinos y provincias de Castilla, doce millones de aranzadas de tierra, y venian á rendir anualmente ciento y sesenta millones de reales. Las haciendas de los seglares ascendian á sesenta millones de aranzadas, productivas de ochocientos y veinte millones tambien de reales; y así la quinta parte del terreno paraba en manos del clero.

Solian sin embargo, comunidades y obispos,

emplear digna y jenerosamente sus riquezas, como en edificios públicos, puentes, acueductos, fuentes y hospicios, y en temporadas de escaseces y epidemias, acudir al socorro de las urjencias públicas. En una de ellas hubo arzobispo de Toledo que trasformó el famoso Alcazar, construido por los Moros y engrandecido por Herrera, en hospicio inmenso, para el albergue y sustento diario de cerca de mil menesterosos.

Garbosamente se conducian como hacendados los individuos de ambos cleros, dando treguas á sus deudores, y franqueando granos, en careciendo para el consumo casero, y sobre todo para la sementera, y aun descargando á los labradores de crecidos atrasos.

No obstante, aquel agolpamiento de propiedades en manos del clero, redundó en grandísimo menoscabo de la agricultura, pues siendo á la verdad administradores eficaces y atinados, no padecian apuros, ni aumentos de familia que estimulasen el fomento de sus productos, pues pudieran tal vez triplicarlos con el sobrante de sus perpetuas facultades; y así sus haciendas, segun el cómputo de Jovellanos, apenas solian rendir el uno y medio por ciento.

Corrian por lo mas á cargo de arrendadores ó cortijeros perpetuos, á manera de los siervos llamados *del terron*, en la edad media, y cuyo afan no trascendia á mejoras y creces de productos, en beneficio de los dueños, pues en tal caso les aumentaran los arriendos, á proporcion de sus logros; y así sucedió que la menguada labranza se mantuvo, como atascada, en España, sin el menor asomo de adelantamiento.

Con motivo de las manos muertas del clero, vinieron á plantearse casi al par los mayorazgos. Acordes los escritores nacionales afirman, que su establecimiento no es anterior al siglo XVI, achacando su oríjen al rey Enrique de Trastamara. Pero consta, que en el reinado de Alfonso el Sabio, esto es, á fines del siglo XIII, el conde de Aguilar logró encartar un mayorazgo, á favor de su hijo y herederos directos, con el territorio de Monturque y de Aguilar. Sancho el Bueno, Alfonso XI y Pedro el Cruel habian otorgado igual merced á varios hidalgos, en galardon de sus afanes, mas no se jeneralizó aquella práctica, hasta el tiempo de Enrique de Trastamara.

Ansioso el vencedor de galardonar á cuantos le ayudaron á destronar el hermano, les franqueó la creacion de mayorazgos, nivelándolos con los condes de Aguilar, de Zúñiga, de Ponce de Leon, de Sandoval y de Benavides, agraciados por los antiguos reyes de Castilla. Contraria se muestra la lejislatura de las *Partidas* á semejante institucion, pero el uso, como suele suceder, arrolló la ley. Enconáronse Isabel y Fernando contra una costumbre tan aciaga, pero absolutamente en vano, pues vinieron á solemnizarla con las leyes de Toro, y desde entónces se derramó en raudal el sistema, ó mas bien prurito y manía, de mayorazgos.

En los siglos XVI y XVII, todo se volvió sustitucion en España, y luego ni Felipe II, ni sus torpes sucesores, se opusieron al afan predominante, ni se coartó hasta Cárlos III, y por fin en el reinado de Cárlos IV, se prohibió totalmente el uso de mayorazgar, bajo ningun título.

Aquel sistema contenia en suma las disposiciones siguientes: Todo mayorazgo que resultase reo de herejía ó de lesa majestad, sin mediar confiscacion, quedaba desposeido, pasando desde luego el patrimonio, á su hijo, ú su heredero lejítimo. No cabia hipotecar el mayorazgo en afianzamiento de una deuda, ni podia el acreedor en caso alguno requerir su venta, y únicamente podia recaer la demanda sobre sus rentas. Mas ni aun por este rumbo le cabia siempre redondear su capital, pues antes de cobrar un maravedí, el tribunal señalaba al deudor una pension correspondiente á su jerarquía y al número de sus hijos, y solia quedar arrebatada toda la renta antes, sin que cupiese al demandante derecho para querellarse. Tampoco tenia accion el mismo hacendado, para vender ni dividir su mayorazgo, sin mediar permiso espreso del rey, facultad que por maravilla se podia alcanzar.

El resultado de aquella lejislacion fué, constituir porcion crecidísima de España propiedad privativa de la grandeza. No le cabia desmembrar sus estados, por circunstancia alguna; al paso que sucesiones, enlaces y donaciones, todo propendia redobladamente á acrecentarlas. Asi como los reyes de Francia solian desterrar á los duques y pasar á sus haciendas, los de España los enviaban á *sus estados*. En el reinado de Felipe II, los duques de Infantado, Medina Sidonia, Escalona y Osuna, que encabezaban las alcurnias esclarecidas de Mendoza, Enriquez, Pacheco y Jiron, estaban poseyendo señoríos tan dilatados que parecian reinecillos, abarcando casi todas las Andalucias. Todos aquellos duques cobraban millones colmados de su hacienda, con mas de treinta mil familias de vasallos. Otros tantos millones agolpaban en Castilla la Vieja los duques de Alba, de Nájera y de Zúñiga, y mas que todos, en el reino de Toledo, el duque de Medinaceli.

No les iban en zaga por Estremadura, Granada y Jaen, los duques de Medina, de Arcos y de Feria, cabezas de alcurnias igualmente esclarecidas de Guzman, Ponce de Leon, Figueroa, etc. En Cataluña los duques de Cardona y de

Gandía eran dueños de dilatadas campiñas y casi provincias enteras, que sin padecer el menor cercen, iban pasando de padres á hijos, por espácio de siglos, teniendo los *segundones* que ir en busca de aventuras por Ultramar, que empozarse en la iglesia, ó alistarse en las banderas del monarca.

Idéntico era el aspecto de España por los siglos XVI y XVII, en cuanto á la propiedad, con el de Italia, bajo los emperadores romanos, é idénticos fueron los resultados. Los senadores, dueños de casi todo el solar de Italia, moraban por lo mas en Roma, entregando sus tierras á meros esclavos, que solian dejarlas eriales, ó adehesaban luego sus campiñas, y cuajaban de verjeles los alrededores de sus quintas.

Entonces la Italia no pudo abastecer á sus habitantes y hubo que acudir por trigo á Sicilia y Africa. Un escritor del siglo de Trajano presenciando el desnivel reinante en los haberes, afirma que los hacendados en demasía tenian trastornada la Italia, y al par las provincias (1). Yerma yacia luego la Campania, provincia fertilísima, bajo el imperio de Honorio.

Otro tanto sucedió en España. Desde el principio del reinado de Felipe III, el señorío desamparó sus quintas, y se avecindó en Madrid; luego con su residencia, los labradores se esmeraron poquísimo en el cultivo, lo fueron adehesando todo, dejando yermas campiñas enteras, antes productivas de largos millones.

Tampoco la España vino á dar de sí lo suficiente para el abasto de la nacion, y se hizo forzoso franquear el puerto de Sevilla á los abastecedores. Se computó, que en diez y ocho años se trajeron á España de once á doce millones de fanegas de trigo, y mas de millon y medio de cebada; y así resultó que á 36 rs. el trigo y la cebada á 21 la fanega, restaron la suma de 441 millones de reales, que estrajo el estranjero por aquel ramo, como consta por los rejistros de la aduana.

Economistas modernos están encumbrando las ventajas de los hacendados grandiosos, diciendo que ataja los matrimonios de la mendiguez, que luego fallece en la carestía, facilita á los pudientes las mejoras en sus territorios, sin quebranto de sus capitales. Escasea los brazos para el cultivo empleando maquinarias y caballerías, y por consiguiente abundan los dedicados á todo jénero de industria. Pero cuantos así opinan pueden asomarse á las provincias vascongadas; todo su terreno es montuoso y quebrado, pero los naturales lo han utilizado, hasta el estremo de alimentar dos mil personas por legua cuadrada, logro peregrino que se debe todo á la subdivision del suelo que hace arrostrar al pegujalero sumo y continuo afan, para mejorar el terreno, y proporcionar productos que alimenten de sobras su respectiva familia. Otro tanto viene á suceder en Asturias y en Galicia.

Cotéjense estos paises, poquísimo favorecidos por la naturaleza, y que producen anualmente tantísimas cosechas, con las tierras pingües y brotadoras de Andalucia, donde el sistema de los mayorazgos ha despoblado dilatadas campiñas, cuajadas todas de maleza.

En vano acudió la lejislacion á ir atajando aquel abuso, y á fomentar al desvalido labrador, en cuanto fuese dable, pues si el cortijero no puede cumplir el importe de su plazo, no se le puede procesar por esta causa, y cuando se imposibilita absolutamente para redondear su pago, tiene el dueño que avisarle con un año de anticipacion para requirirlo. En Andalucia y Estremadura, aun despues del esquilmo, tenia derecho el cortijero para apelar á un nuevo justiprecio, en rebaja del arriendo convenido, y como los peritos eran de su misma clase, solian siempre ponerse de su parte.

Habia tambien una especie de convenio, llamado *censo enfitéutico*, por el cual cedia el mayorazgo sus tierras á un arrendador, con un rédito perpétuo, y este venia á ser entónces el hacendado, siendo árbitro de apear ó desmontar eriales, adehesar campiñas y triplicar los productos, sin variar el rédito en lo mas mínimo.

Aun cuando se alterase el valor de la moneda, seguia en los mismos términos el cómputo.

A pesar de tanta proteccion por parte de la ley, signió el menoscabo de la agricultura, donde quiera que se arraigó el sistema de mayorazgar las tierras, ya por ser corto el número de los cortijeros, ya porque la misma posesion ilimitada escluia todo pensamiento de mejoras. Nunca el hijo sobrepujaba al padre en esmero, confiado en que sin mayor desvelo aprontaria el debido mantenimiento á su familia, y por otra parte, el hacendado estaba ya de toda la vida acostumbrado á padecer atrasos en el pago de sus crecidísimas rentas.

Solian además los frutos estar sujetos á las tasas ó precios invariables, desde muy de antemano; resultando que en los años colmados, el labrador tenia que vender la cosecha á ínfimos precios, y en los estériles le producia poquísimo. En fin la tasa, segun el estadista Navarrete, era perjudicialísima para la labranza.

(1) *Latifundia perdidere, jam verò et provincias*. Plin. Hist.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMONONO.

La Mesta.—El ganado merino ú trashumante.—Sus privilejios perniciosos para la agricultura.—Con especialidad en la provincia de Estremadura, y demás parajes de tránsito.—Los cabañeros y las cabañeras.—Arbitrariedad en los litijios, ó desavenencias con los hacendados.—Falta de carreteras, y de arreglo en los tránsitos.

LAS MISMAS FECHAS.

Otra causa contribuyó en gran manera al desaliento y menoscabo de la agricultura.

Los rebaños trashumantes que anualmente iban ó volvian de las tierras de Segovia, de Leon ó de Soria, á los llanos de Andalucia ó de Estremadura por la primavera, ó la otoñada, atropellaban mas ó menos la sementera, estando vedado en los parajes de tránsito el cortar, ó atajar, los campos para su resguardo; prohibicion que rejia desde el reinado de D. Alfonso el Sabio, por el siglo XIII.

No acarreaba por entónces perjuicio aquella disposicion, por cuanto las guerras incesantes con la morisma, tenian la nacion en mortal sobresalto, como encerrada dentro de sus muros, y reducida á escasísimo cultivo; porque á cada instante asomaba el enemigo, descepaba viñas y arrasaba olivares, incendiando las mieses y esclavizando á los moradores. En suma, nadie se arriesgaba á la lejanía del cultivo, con la zozobra de una tala horrorosa, ó de un esterminio irremediable; por cuya razon los reyes de Castilia se esmeraron en fomentar la ganadería merina que se ponia en salvo, al asomo del enemigo, transitando sin tropiezo de provincia en provincia.

Aquella lana selectísima era la única granjeria colmada y positíva que podia ejercitarse, entre paises sujetos á contienda perpétua, entre Moros y Cristianos, y como todas las provincias vinieron á ser por largos siglos fronterizas, como Asturias y Galicia, antes de la conquista de Leon; esta y Castilla la Vieja, venian de la conquista de Toledo; Castilla la Nueva, antes del recobro de Sevilla y Córdova, y la Andalucia toda, antes del rescate de Granada.

Hermanada por último de confin á confin la España entera, bajo el cetro de Fernando y de Isabel; descollando ya la paz en toda la Península, y que la nacion acosada de batallas, pudo rehacerse, nada dispuso el gobierno para enfrenar las demasías de aquel ramo de industria, tan aciago para la agricultura. Con efecto, ni Carlos V ni Felipe II variaron lo mas mínimo, en punto á la ganadería trashumante, y aun el segundo entorpeció y atrasó las faenas campestres con sus leyes prohibitivas y perniciosísimas, sobre la venta y el comercio de los granos, pues llegó á vedar al cosechero el amasijo de su propio trigo, y la venta en los mercados públicos; bajo la pena de seis años de destierro y confiscacion de la cuarta parte de sus bienes, y en caso de reincidencia destierro por diez años, y confiscacion de la mitad del haber, y á la tercera, destierro perpétuo y confiscacion del total.

Estas leyes tan desacertadas iban siguiendo todavía el rumbo de la lejislacion primitiva, poquísimo propicia al fomento de la desvalida labranza. Mas habiendo variado ya infinito las circunstancias, el mismo Felipe II echó luego de ver su estremado yerro. Salió por primera vez en 1592 con una pragmática favorecedora de los campos, concediendo á los labradores la facultad de amasar la mitad de su trigo, y de vender el pan en los mercados.

Mas quedó vijente la ley asoladora contra los setos, y siguió la ganadería con los mismos ensanches por Estremadura y por ambas Castillas, escudada con el *Concejo de la Mesta*, compuesto del señorío y aun del clero principal. Juntábase todos los años para deliberar sobre los negocios de todos los interesados en el ramo, con independencia absoluta de todas las autoridades del reino, poseyendo sus leyes, tribunales y ejecuciones sin apelacion, para sentenciar y preveer cuanto juzgase conveniente á sus medios y su prosperidad; y era tal el predominio de aquel cuerpo, que estuvo siempre disfrutando sus regalías, á pesar de cuantas representaciones, á cual mas encarecidas se hicieron á Felipe III, Felipe IV y Cárlos II.

Hermanáronse por fin en el reinado de Cár-

los III los hacendados contra el *honrado Concejo de la Mesta*, y echaron el resto ante el gobierno, el cual puso en manos del gran Campomanes el conocimiento del asunto. Aquel esclarecido economista, que estuvo siempre tributando tantísimos servicios á su patria, y cuyo nombre encabeza cuantas reformas engrandecieron el reinado de Cárlos III, desde luego se hizo cargo de que el ahincado litijio entre el Concejo y los hacendados no tendria término, y quiso por lo menos sacar á luz todas las interioridades de aquel estruendoso negocio.

Por tanto dispuso que los litigantes abogasen, como mejor les pluguiera por su causa esponiéndole respectivamente por escrito cuantas razones les asistiesen, acompañados de los documentos relativos y concluyentes que mediaron en su apoyo. Pertrechado con entrambos alegatos, pasó á los Mesteños el de los Hacendados, y á estas él de sus contrarios, encargando á unos y á otros su respectiva impugnacion. Estendidas las súplicas, juntó en su casa á los interesados y célebró con ellos varias conferencias. En seguida dió á luz alegatos y réplicas, para que la nacion entera se hiciese capaz de todo el pormenor de los actos, y de la misma intervencion del actuario en el resultado de las conferencias.

Mereció sumo desagrado aquella publicacion á los Mesteños, quienes vinieron á perder el pleito, para el concepto jeneral de las jentes, quedándose absolutamente solos en la defensa de sus regalías.

Inmenso era el número de las reses merinas en el siglo XVII, habiéndose calculado que ascienden ahora mismo á cuatro millones los carneros que pasan á invernar en Estremadura, cuyos hacendados suelen anteponer, como mas obvio, el producto de sus dehesas al mas aventurado y remoto de la trabajosa labranza.

La Europa toda se desvive tras la finísima lana merina, produciendo cada res hasta cuarenta reales, y la certeza de tan suma ganancia, está aun en el dia manteniendo aquella industria, por otros títulos perniciosa. En el trance de la invasion francesa por Napoleon, el monasterio solo del Paular, junto á Segovia, estaba poseyendo mas de seiscientos mil carneros Hay mesteño que tiene hasta ochocientas mil cabezas; y como todavía gozan la regalía de preferencia, y logran las yerbas á precios cómodos, suelen todos enriquecerse en pocos años. Por esta causa se muestran siempre vidriosos y opuestosísimos á toda novedad, alegando que los pastos de Estremadura, Leon y Soria caen muy lejos de las capitales, para que puedan redundar en daño de la agricultura.

Otra resulta funestísima del adehesamiento, fué la asolacion de los plantíos, pues ningun hacendado trataba de hacer una cria que la llegada de las cabañas iba á destrozar lastimosamente. Reina además una vulgaridad harto desatinada sobre este punto. Opinan los labradores por las Castillas, que el arbolado ceba á los pájaros que se arrojan sobre las mieses y las devoran, ó por lo menos las desgranan, de cuya causa pueden muy bien proceder las sequías, y en el mismo Madrid hay que encañar las aguas de manantiales mas ó menos lejanos para surtir las fuentes, que aun así suelen pobrear en verano. No sucede así en Cataluña, Valencia, Murcia y las riberas de Aragon, pues jeneralmente se aprecian infinito los frutales, y aun todo jénero de arbolado, y así escasean menos las lluvias, y sobre todos las campiñas no tienen que padecer la plaga de los trashumantes, y así disfrutan otros ensanches y logran otros esquilmos.

En suma, la despoblacion, las manos muertas, los mayorazgos y la Mesta son las causas principales del atraso mortal, del exánime desmayo de la agricultura; mas aun quedan otros achaques y quebrantos que anotar sobre este punto.

Por las Castillas hay algun esmero, mas no cual se requiere, en la escarda, requisito esencialísimo para el complemento y desarrollo en la sementera, como se ve en las provincias del norte, donde se repite la operacion hasta dos ó tres veces.

Luego, por falta de pastos, se laborea mucho con mulas, siempre mas costosas y de menos aguante que los bueyes, que son, por decirlo así, los labradores, en Soria, Vizcaya, Galicia etc., pues aunque mas pesados, y aun inservibles para la trilla, resultan siempre mas baratas, y por consiguiente mucho mas ventajosas para el conjunto de la angustiada labranza. Se suelen traer las mulas en gran parte de Francia, y cuestan por lo mas á precios muy subidos, cuyo importe sale en grandísima cantidad de los ámbitos nacionales.

Además que nunca el gobierno acudió á la construccion de carreteras, que triplican el valor de las tierras, ni á la apertura de acequias, como los moriscos, para regar y fertilizar los campos. Mucho menos trató de acanalar y sujetar los rios, á fin de obviar sus estragos y utilizarlos para el trasporte de frutos y jéneros; y todavía menos pensó en desaguar pantanos pestilentes, aprovechando ventajosamente el mismo terreno, y las propias aguas para su cultivo y fomento. Por maravilla se restablecia algun acueducto antiguo, lejos de plantear otros nuevos, y así se solia carecer totalmente de un elemento imprescindible, para la subsistencia y regalo de los pueblos.

Así se fueron agolpando causas y desmanes, que mas y mas siguieron acarreando el esterminio casi total de la agricultura en España.

CAPITULO SEXAJÉSIMO.

Causas del menoscabo de la industria.—Empeño del gobierno en atajar la salida de los metales preciosos.—Su abundancia exorbitante.—Encarecimiento de frutos, jéneros y artefactos.—Imposibilidad en la competencia con las demás naciones.—Baratura en los aprontos estranjeros, por todos ramos. —Sus consecuencias.

LAS MISMAS FECHAS.

No cabe deslindar las causas peculiares del atraso respectivo de la industria y el comercio; mas irémos entresacando las que mas directamente influyeron para uno y otro ramo, esto es, ya en las manufacturas, ó ya en el tráfico.

Puede referirse principalmente á tres causas el menoscabo de la industria, á saber la subida de los jornales, ó sea de la mano de obra; la vulgaridad que afeaba y desatendia las artes mecánicas y el recargo de los impuestos.

El descubrimiento de América y la conquista de Méjico y del Perú, pudieron redundar en un manantial inexhausto de riquezas para España, pues lograba desembocadero inmenso para sus frutos y artefactos, y al parecer su industria no podia menos de tomar un vuelo ilimitado; y sin embargo el oro del Nuevo Mundo fué el volcador de las fábricas nacionales, por la subida repentina que acarreó en el precio de los jornales.

Ya los reyes de Castilla, á mediados del siglo XIV, habian vedado la esportacion de metales preciosos, mas nunca semejante prohibicion habia venido á ejecutarse por entero; pero á lo menos asomaba por entónces algun fundamento, para providenciar á la sazon por aquel rumbo, pues los Españoles solian esportar poquísimo para el pais estranjero, y bajo este concepto era fundada la zozobra, de que el oro y la plata del jiro se fuese minorando, aunque pausadamente en el pais. Con este motivo, Isabel y Fernando revalidaron aquella ley prohibitiva en 1480, á instancias de las córtes reunidas en Toledo, prohibiendo positivamente no solo la salida del oro en barra, sino tambien acuñado ó en moneda, comprendiendo vajillas, dijes y un sinnúmero de renglones, en cuya fábrica se empleaban los metales de oro ú plata; y como aquella disposicion se hermanaba con la lejislacion antigua de Castilla, desde luego mereció la anuencia de la nacion entera.

Pero, tras la conquista de las Américas, el oro y la plata abundaron tantísimo en España, que se hacia espuestísimo el sostener leyes antiguas, promulgadas bajo el imperio de circunstancias muy diversas. Era por tanto muy obvio que el aumento del metálico precioso acarrease el de la subida del trabajo ú mano de obra, y no cabria ya á los artefactos españoles competir para su aventajado despacho con los advenedizos.

Se debian pues conceptuar el oro y la plata, como materia primera, cuyo esceso no podia menos de acarrear algun desconcierto, por su desnivel con la existencia anterior, y por lo mismo se debia franquear su desestanco, para fuera del reino. Acudiendo desde luego á sus propias urjencias, podia la nacion dar la ley en los mercados de Francia, Italia é Inglaterra; ó cuando mas atajar la salida del oro en barra, para enardecer la industria nacional y reservarse la granjeria del reino.

Por este medio, se equilibraba el valor del oro con el de los artefactos enteros, y se atajaba la subida repentina de los jornales, por cuanto dicha puja, no podia menos de sobrevenir en los paises confinantes, y entónces las manufacturas nacionales sostenian la competencia con las estranjeras.

Estrañeza sin igual; no se hizo cargo el gobierno de que situacion tan absolutamente nueva requeria leyes muy diversas, y en vez de doblegar la lejislacion castellana, la irguió y robusteció promulgando leyes suntuarias, y coartando la fabricacion de artefactos de oro y plata, con leyes fiscales para atajar mas y mas su salida. La pragmática de Toledo del 3 de marzo de 1532, la de Valladolid de 19 de junio de 1539 y la de Toro del 29 de diciembre de 1551, prohibieron rigurosísimamente la fábrica y el uso de hilo y tejidos de oro y plata, como tambien de armaduras, arneses y empuñaduras, en cuya composicion entrase parte alguna de dichos metales.

Corroboraron y estremaron al mismo tiempo las penas aplicadas á cuantos estrajesen el oro en moneda, en barras, en polvo ú en artefactos, y todo estranjero tenia que cobrar en moneda de cobre, en cuyo cambio pierde el cincuenta por ciento.

¿Cuál podia ser el resultado de aquella disposicion violentísima, si el gobierno tuviera la desgracia de quedar obedecido por ápices? El menor quebranto para España era el verse en la precision de cerrar las minas de Méjico y del Perú. Con efecto, agolpándose entónces el oro sin término en los ámbitos de la nacion, sin que fuese lícito el emplearlo, su valor habia de menguar en términos de hacerse incomodísimo para el tráfico interior, y no pudiéndolo estraer, tendria cada cual que guardar su oro, y la nacion entera vendria á ser un remedo del avaro de Moliere, que se estaba mas y mas empapando en el embeleso de sepultarse dia y noche en su tesoro.

Burladas quedaron por dicha aquellas leyes, pero siempre entorpecieron la esportacion de riquezas inservibles, que se estaban hacinando en el reino.

Ahora bien ¿hasta qué guarismo ascendió la suma del caudal que se trajo á España de Méjico y del Perú en los siglos XVI y XVII? Los empleados en el reinado de Cárlos V pasaron un decenio, desde 1533 hasta 1543, sin rendir cuentas, y los rejistros del Potosi no rejian sino desde el primer año del reinado de Felipe II; y así los cómputos de Moncada, Isturiz, Ulloa, Navarrete y demás escritores españoles, vienen á ser unos tanteos, fundados sobre datos aventurados.

Segun Moncada, desde el descubrimiento de América hasta 1535, entraron en España dos bicuentos de duros. Corrobora Isturiz este idéntico guarismo, añadiendo que en el intérvalo de 1535 á 1724, sacó la España de Méjico y del Perú la suma de 1536 millones de duros, y el producto vendria á ser tres mil quinientos treinta y seis millones de duros en su total, desde el descubrimiento hasta el año de 1724.

Añaden uno y otro, que igual cantidad por lo menos se trajo por alto, ó sea, fuera de rejistro, y así el término medio seria como de cincuenta y cuatro á cincuenta y cinco millones anuales de duros; para entrar el *quinto* ó la quinta parte de la mitad en el erario.

Abultadísimos son todos estos cómputos, habiéndolos justipreciado, y desmerecido mucho con sus investigaciones modernas, M. Humbolt, quien ya sobre datos incontestables, ya por conjeturas concluye, que los tesoros del Nuevo Mundo traidos á España forman la progresion siguiente: doscientos cincuenta mil duros, por año y medio, desde 1432 hasta 1500, de tres millones desde 1500 hasta 1545, once millones desde 1545, hasta 1600, y á diez y seis millones desde 1600 hasta 1700.

Esta oleada de preciosos metales que la lejislacion se afanaba por estancar en el reino, sin asomar por defuera sino á durísimas penas, paró en dar al través con las manufacturas. Subieron y se encaramaron prontísimamente todos los artefactos, con el encarecimiento de los jornales, resultado imprescindible de la desestimacion progresiva del oro y de la plata, perdiendo estos metales, en el espacio de un siglo, hasta cuatro quintos de su valor.

El sumo afan de los tratantes sevillanos, que cargaron con el monopolio del Nuevo Mundo, y fueron los causantes de aquel trastorno, lo hicieron absolutamente irreparable, pues soñando la fertilidad material del oro, y orillando todos los demás renglones, atestaron únicamente sus naves de aquel ansiado metal. Dejaron con desvío la quina, el añil, el algodon, los cueros y lanas que se requerian para las manufacturas de España, y entónces el estranjero se abalanzó á tan apreciables renglones.

Con efecto, en el siglo XVII, los Holandeses, dueños de la isla de Curazao, y los Ingleses avecindados en Jamaica, iban comprando á ínfimo precio aquellos jéneros en los mercados de Panamá y de Porto Bello, para revenderlos en Europa con enorme lucro. En seguida las manufacturas de la metrópoli no pudieron surtir a las colonias, escaseando ya los operarios y las materias primeras. Tuvieron los comerciantes de Sevilla que anticipar, de seis años, el producto de las fábricas nacionales, cuyos precios iban siempre pujando de dia en dia.

Lo contrario estaba sucediendo en las demás partes, en donde abundaba mucho menos el oro, manteniéndose los jornales á un precio equitativo. Por tanto fué prevaleciendo la competencia advenediza, inundando ferias y mercados en las mismas Antillas, y desbancando á las manufacturas nacionales. Los Jenoveses, á quienes Cárlos V, concedió grandiosas franquicias, en pago de sus auxilios para las guerras de Italia, desembarcaron á cientos de miles, y ante todo sus redobladas mercancías por los puertos de España. Descollaban ya desde Felipe II en los mercados, y luego, con la espulsion morisca, su competencia, su continuado embate, dió por fin el último empuje al vuelco de las fábricas de Cuenca, de Segobia y de Toledo, que hasta entónces habian sido las surtidoras principales de las colonias.

A pesar de todo el metálico sobrante de España, y el monopolio del comercio con el Nuevo Mundo, pudieran haber ido sosteniendo la in-

dustria nacional, pues hartos caudales seguian suministrando las colonias, por mas que su coste de fabricacion les imposibilitase el derramar sus artefactos por Francia, Italia y demás paises de Europa. Mas para este logro, se requeria el surtimiento cabal de las colonias desde casa, para atajar todo intento de contrabando, mas ocurrió la estrañeza de que los Españoles mirasen como desventura estremada el trueque de los artefactos nacionales para el uso del Nuevo Mundo, achacándole la subida repentina de todos los renglones de primera necesidad, y ansiando que las Américas les remitiesen sus riquezas por los productos del pais.

Clamó la opinion jeneral contra aquel trueque, y por todo el siglo XVI estuvieron las cortes escribiendo recursos tan desatinados, que se pondria en duda su contenido, á no constar auténticamente por sus mismas actas, cuanto mas por los escritores contemporáneos. Nos ceñirémos á un solo paso de la peticion dedicada á las córtes juntas en Valladolid el año de 1548.

« Estamos viendo diariamente subir y crecer mas los precios de abastos, de paños, sedas, cordovanes y otros renglones que salen de las fábricas, y que son imprescindibles para los naturales, y nos consta que esta subida procede únicamente de la traslacion de dichas mercancías para las Indias... Este desman es ya tan rematado que no hay quien arrostre tamaña carestía en todos los ramos de precisa subsistencia... Ahora bien, siendo tan positivo é innegable que las Américas aprontan lanas superfinas, y por consiguiente muy superiores á las de acá ¿porqué los naturales no se fabrican allí mismo sus paños?... Producen tambien aquellos paises el renglon de la seda ¿porqué no se han de labrar por sí mismos sus terciopelos y sus rasos? ¿y luego no sobran por allá cueros para surtirse por sí mismos, y aun para enviarnos el sobrante?... Por tanto suplicamos á V. M. que prohiba la exportacion de tales jéneros. »

Sistema en verdad mas disparatado no cabia en la imajinacion; ni cabia, por lo visto, en los alcances de aquellos demandantes, que la subida jeneral procedia únicamente del hacinamiento de metales preciosos en España, que el verdadero remedio para aquel achaque, era el permiso de la salida amplia y espedita del dinero para Francia, Italia é Inglaterra. Pero aquella vulgaridad tan rematada tenia tambien embaucado al gobierno, y así planteó en Sevilla el monopolio, ciñendo y dilatando la salida de los galeones que surtian á Méjico y el Perú; y segun Jovellanos, la prohibicion total del comercio de América no podia causar mayor quebranto que tan fatales cortapisas.

En seguida el gobierno, para atajar la exorbitancia de los precios, providenció cuanto cabia, favoreciendo al comprador y dañando al vendedor. Ya en 1518 y en 1523 habia vedado, sopena de confiscacion de bienes, toda esportacion de granos y de caballerías, prohibicion repetida en las córtes de Madrid, de Segovia y de Valladolid en diferentes años. La estraccion de tales renglones, decia la ley, es perjudicialísima al reino, por cuanto los encarece todos con gran quebranto de todos los naturales. Se prohibió en 1552 la salida de paños y telas de todas clases, y de lana cardada ó hilada.

Desmayaron desde aquel trance las fábricas, por falta del correspondiente despacho; y particularmente las de cueros, cordovanes y badanas, antes tan florecientes menguaron lastimosamente. Luego el gobierno con la tasa, les dió, sin saberlo el postrer embate. Hasta mediados del siglo XVI, enviaban los Españoles sus sederías á Jénova, Florencia y hasta Túnez. Se prohibió su salida en todos los estados, y á los pocos años, las fábricas de Toledo suministraron cincuenta mil libras menos que anteriormente; y las córtes vivian muy alerta sobre este punto, pues se opusieron repetidas veces á que Felipe II vendiese á los negociantes el privilejio de sacar cueros, por temor de que se encareciese el calzado.

Se quejaron tambien las córtes amargamente de que mulos y jumentos se vendiesen á doble precio que antes, abundando tantísimo en el pais, y pidieron encarecidamente que se recargasen hasta lo sumo las penas impuestas á sus esportadores; requiriendo con igual ceguedad, que se franquease la entrada de sedas estranjeras, para que así se abaratasen las del pais.

Con esta disposicion, acabaron de ir al través las manufacturas nacionales, utilizándose en gran manera Jenoveses y Venecianos de tan preciosa franquicia. Echaron siempre el resto los sucesores de Felipe II para baratar todos los renglones de primera necesidad, mas no lograban su intento con toda su tenaz perseverencia en aquel desbarro. Con efecto, sus tasas tiránicas sobre los artefactos, desalentaron á los fabricantes, sin conseguir la ansiada rebaja. Cárlos II remedó á sus antecesores, y aun se estendió el estancamiento á los herrajes, el acero y las lanas entrefinas.

Aun estuvo en ánimo de vedar la salida de los merinos, mas orilló el intento, por no quedar en España bastantes manufacturas para emplear ni aun la mitad de lanas que estaba produciendo; y así el gobierno, en vez de proporcionar la ansiada baratura, con el aumento del metálico y la veda de su salida, acarreaba, por el contrario, mas y mas por instantes la carestía.

CAPITULO SEXAJÉSIMOPRIMO.

Vulgaridad de menospreciar las artes mecánicas. — Lujo escesivo en la corte, en la grandeza y en todas las clases. — Diferencia suma entre hidalgos y pecheros. — Diferencia notable entre los vecinos de diversos barrios en Madrid, y en otras capitales. — Sabios y artistas advenedizos. — Sinnúmero de Franceses avecindados en España. — Varias particularidades.

LAS MISMAS FECHAS.

Los tesoros del Nuevo Mundo, hacinados por España, enjendraron la propension al aparato lujoso y á la inaccion afeminada, compitiendo corte y grandeza en recreo y magnificencia.

Ostentaron boato nunca visto Felipe II y sucesores con motivos harto baladíes. Al viajar de Madrid á Toledo, á Zaragoza ó otra ciudad principal, se estaba siempre observando un ceremonial imprescindible, y á todas luces costosísimo.

Clarines y timbales sonaban y resonaban á la propartida. Antecedian heraldos, guardias españolas y alemanas á la comitiva réjia. Seguian dos mulos tirando de un carruaje entoldado de alfombras y revestido de riquísima tela verde, sobre la cual iba colocada la caja lujosa cubierta de terciopelo carmesí, que contenia el sello real. Luego cuatro Pertigueros con sus grandes mazas, y detrás un cuerpo de infantería y otro de caballería, para escoltar al monarca.

Seguia en pos el señorío de la servidumbre, tremolando grandioso aparato, segun su respectiva jerarquía.

Inmensas sumas solia gastar el rey en ciertas circunstancias. Costó la construccion del Escorial hasta doscientos millones de reales. El desposorio de Felipe III con Margarita de Austria, celebrado en Valencia, acarreó el de mas de treinta millones, y casi otros tantos la boda del infante de España con Isabel de Francia; constando por otra parte que no ascendió á igual suma la cesion de las dos Sicilias á Fernando el Católico.

Remedó la grandeza el lujo de la corte. Alzaba por lo mas el señorío, bajo el reinado de Felipe II, alcázares moriscos á la antigua con realces sencillos y elegantes, gastando sus riquezas en medio de los vasallos; pero desde principios del siglo XVIII, los mas se fueron avecindando en Madrid, viniendo luego casi todos á parar en palaciegos; y desde entónces echaron el resto en aquel boato que asombraba á los embajadores franceses. Para hacer alguna visita de ceremonia, solia acompañarles una comitiva de veinte ó mas carruajes, cuajados de hidalgos sirvientes, ó favorecidos, del dueño.

Las damas nunca asomaban por las calles de Madrid, sin una escolta de un escudero á caballo, y de todos los jentiles-hombres de la casa. Los duques de Infantado, Medina de Rio Seco, Escalona y Osuna, tenian allá una corte parecida á la del rey, con sus mayordomos, contadores, camareros y pajes. Habia grandes que mantenian hasta doscientos hombres armados para su guardia. Se esmeraban en tener su capilla con gran música, y sus infantillos educados á mucha costa. La señora de la casa mostraba ínfulas de reina. Sus doncellas la servian de rodillas; el paje que le traia la bebida se mantenia arrodillado, mientras la sultana estaba bebiendo. Todo visitante le hincaba una rodilla al saludarla.

En los trances grandiosos competian los grandes en magnificencia al mismo soberano. El duque de Lerma que gozaba una renta de mas de quince millones de reales, gastó hasta ocho en las funciones celebradas en Valencia, para el desposorio de Felipe III y diez ó doce, en la entrada de Isabel de Francia en España. Empleó muchos mas en fundaciones relijiosas; y sus parientes y amigos derramaban allá sus rentas con la misma profusion. Miranda poseia un tesoro inmenso de piedras preciosas y Calderon las habia en boato con los señorones mas encumbrados (1), y al arestarlo, tras la caida de Lerma, le confiscaron por valor de largos millones, fuera de sus joyas y su vajilla de oro y plata.

El ejemplo de Lerma y de las familias poderosas de Mendoza, Enriquez, Pacheco y Jiron

(1) Fué algo anterior al poeta y se titulada, marqués de Siete-iglesias.

fué contajiando al señorío, y algunos caballeros, á quienes los haberes no franqueaban tan pingües ensanches, se empeñaban por descollar en las funciones palaciegas, y allá construian ó alquilaban alcázares que la primera grandeza se diera por dichosa de habitar en tiempo de Cárlos V ú de Felipe II. Alhajas costosísimas, artesones dorados, chimeneas de jaspe, columnas de pórfido y tocadores primorosos, eran muy frecuentes, como tambien las mesas de ébano engastadas de pedrería. Los floreros de arcilla, se trocaron en vasijas de plata ú de oro. Orillaban alfombras que sirvieron antes para príncipes, y mucho mas los cueros dorados de España, tan apetecidos en otros paises. Entapizaban esmeradamente sus salones con grandiosos paños historiados, traidos á toda costa de Bruselas; ó cuando no realzaban las paredes con pinturas esquisitas al fresco.

Solian ser sus vestidos de telas estranjeras, trayendo capa inglesa, gorro lombardo y calzado aleman, comprando la lenceria de Holanda, y tejidos de Florencia y de Milan. El menor hidalgo ansiaba que su mujer usase carruaje, y que este fuese lujosísimo, y en una palabra cortesano. Tenian en casa, al remedo de los grandes, capellan, secretario, mayordomo, guardaropa, cocineros, pinches, cocheros, palafreneros, aguadores, mozos de mesa y escuderos, que corrian á caballo delante del carruaje, con su espada al costado.

Mantenian tambien muchísimas sirvientas, como criadas, mozas y damas graves, que no comian en la mesa de las otras, y se empleaban tan solo en labores peregrinas y esquisitas.

Tuvo que acudir el gobierno para enfrenar un lujo tan descompasado, vigorizando las leyes contrarias ya caducas, y en el reinado de Cárlos II, tan solo se permitia á los embajadores y estranjeros de distincion, el salir con acompañamiento de pajes ni de otro jénero de escolta. Los grandes no podian ya traer consigo mas que dos lacayos, aun cuando estuviesen manteniendo centenares en sus palacios. Se les prohibieron los vestidos bordados de oro, y no salian sino con capas de paño verde forrado de terciopelo azul, ó bien con capotes de mangas de terciopelo, de raso ú de damasco. Sus pajes vestian todo el año de negro.

Pero el lujo que ostentaban en el interior de sus palacios, siguió como antes; cual se puede inferir por la relacion siguiente de un viajero contemporáneo: Falleció el duque de Alburquerque hace algun tiempo, y me han dicho que llevaban ya seis semanas de estar pesando y apuntando su vajilla de oro y plata, con dos ó mas horas al dia de trabajo, y á mucha costa. Tenia entre otras preciosidades mil y cuatrocientas docenas de platos, quinientas fuentes mayores y setecientas menores, y cuarenta escalerillas de plata para trepar al estante de su escritorio, colocado en forma de retablo al estremo de un salon. Al referirme tantísima opulencia en un particular, conceptué que se estaban riendo de mí, pero habiéndoselo preguntado á D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, que se hallaba presente, me aseguró que todo era cierto, y que su padre, sin conceptuarse muy rico en vajilla de plata, tenia hasta seiscientas docenas de platos y ochocientas fuentes.

Solia ser tan estraña la economía de los grandes, que hacinaban en baules el caudal de las provincias que habian gobernado. Al morir un padre de familia dejando á sus hijos aun menores, los albaceas, ó ayos, encerraban el dinero en arcones, sin que nadie tratase de sacarlo á luz; y así sucedió que al fallecimiento de un duque de Frias que dejaba tres niñas y treinta millones de reales, metieron todo el caudal en tres cofres, cuyas llaves guardaron los ayos, y no se abrió el de la mayor sino en el punto de contar al marido el dote que le correspondia. Esta tenia solos siete años al morir el padre, y las menores por consiguiente, algunos menos.

Hidalgos, y aun pecheros, fueron luego remedando aquel lujo estremado de la grandeza, particularmente en criados que se repartian y deslindaban con esmero, su respectivo desempeño. En los reinados de Felipe III, de Felipe IV y de Cárlos II, no asomaba á la calle un carpintero, un sillero, ú cualquier otro menestral, sino vestido de terciopelo ú de raso, al par de los caballeros, con espada, jifero y vihuela, colgado todo en la misma tienda, y muchos de ellos paraban en meros haraganes.

Para enterarse cabalmente de la variacion que cupo á la índole nacional en los siglos XVI y XVII, hay que recordar como se deslindaban en España las clases; llamadas estamentos, de *hidalgos* y de *pecheros*. Descendian los primeros de aquellos cristianos *rancios* de la montaña, rechazadores de la morisma, y reconquistadores de la patria de sus antepasados. Los demás habian quedado viviendo con menosprecio en medio de los sarracenos; y por tanto la lejislacion era, por decirlo así, toda *hidalga*: «Hay que favorecerlos, solian prorumpir Isabel y Fernando, pues su espada es la vencedora en las batallas.»

La ley por de contado escudaba al *hidalgo* contra sus acreedores, pues no cabia despojarlo por deudas ni de hogar, ni de caballo, ni de armas, ni antetodo de su libertad. Ni se le podia dar tormento, ni cargarle impuesto alguno. Por el contrario los *pecheros* cultivaban los

campos, sostenian las fábricas y sobrellevaban el gravámen de las cargas concejiles y jenerales. « Vengan riesgos y triunfos » clamaba el *hidalgo*; arrostremos el afan y el desaire, tenia que decir, allá en sus adentros, el *pechero*. Trascendió aquel sobrecejo á las mismas faenas del pechero, y en el solar del ínclito pundonor vino á quedar como afrentada la industria vividora. Se conceptuó vil y bajo todo afan corporal, recargándolo únicamente sobre la esfera ínfima, que componia sin embargo la mayoría grandísima de la nacion.

Aquella apreusion malhadada recaia principalmente sobre los *oficios*, ó artes manuales, vinculados jeneralmente en los moriscos, y temiendo todos, como dice Campomanes, tiznarse con el roce de la morisma. Se puede ver igualmente en Jovellanos y en Mariana, cuan deshonroso era todo trabajo material, desmereciendo el noble que paraba en artesano su hidalguía, con las esenciones anejas, ó inhabilitándose para el desempeño de los cargos públicos.

El paradero de tamaño desbarro fué, el desalarse los *pecheros* por *hidalgar*, afanándose mas y mas por despejar y refrendar su ejecutoria; y los tribunales tenian señalados los sábados para despachar únicamente las demandas de esta clase. Hasta moriscos hubo ansiosos de nobleza, y Cárlos V tuvo á bien agraciar á varios con aquellas prerogativas.

Aquel afan, absolutamente jeneral, con especialidad en los últimos reinados de la casa de Austria, empezó á rayar desde fines del siglo XVI, cuando la conquista de Granada puso toda aquella morisma en manos del vencedor. Creció entónces en los hidalgos el quijotismo contra los pecheros y sus faenas; y la opinion pública se aferró con mas ahinco en aquel desbarro.

No cundió sin embargo el achaque por entero, hasta despues de Cárlos V, pues predominaban las usanzas añejas, sin alteracion perceptible en las costumbres; asomaba apenas el lujo, vivia la plebe mas sobriamente que en las demás naciones; permanecia el hijo bajo el techo paterno, con la suma sencillez de sus antepasados, casándose, por lo jeneral, las muchachas á los veinte y cinco años, y los mozos á los treinta.

Habia además Cárlos V patentizado un campo inmenso á la pujanza de los Españoles, pues ardiendo la Europa en guerras, era todo grandioso teatro, para descollar con su nativo heroismo. El Africa estaba ya despejada y á la mano, y allá un Nuevo Mundo esplayaba inmensas rejiones, para sojuzgar al cristianismo y á la civilizacion. Impulso eficacísimo cupo entónces á la industria, con el comercio de Indias, que estaba brindando con cebo inexhausto al afan de los *pecheros*.

Floreció mas y mas la prosperidad anterior, hasta gran parte del reinado de Felipe II, pero desde fines del siglo XVI hasta la primera mitad del XVII, brotó á las claras el achaque roedor, reconcentrado hasta entónces en las entrañas de la nacion, contajiándose los *pecheros* con el desvio de las faenas de sus mayores. Los menesterosos se enfrailaban y emparedaban en los conventos, en pos del aprecio público y de una ociosidad á veces opulenta. Otros seguian la carrera de las armas, para luego vanagloriarse con el dictado de *caballeros* y *nobles soldados del rey*, pero los mas pudientes fundaban patrimonios y mayorazgaban haciendas á favor de sus hijos, para que así pudieran descollar entre los mismos *hidalgos*. Mercader que fincaba en seis ú ocho mil reales de rédito anual, lo mayorazgaba al punto, y su hijo paraba en mas que *hidalgo*, al menos para su familia.

Los hermanos sin embargo, aunque amargamente desairados, tenian que seguir á su pesar en el ejercicio del padre, ó solian mas bien parar en mendigos vergonzantes, por no allanarse á la materialidad del trabajo, apacentando aunque hambrientos, su fantasía, con sueños disparatados; y así las calles de Madrid, Sevilla, Granada y Valladolid, estaban rebosando de catervas hidalgas andrajosas, pareciéndose al caballero que retrata Calderon, con su chupetin agujereado, cuyas baladronadas entretenian al famoso alcalde de Zalamea.

El chistoso, aunque por lo mas chocarrero Quevedo, rasguea el siguiente cuadro de los caballeros hambrones y engreidos: « nuestra comida suele ser la del camaleon, y nuestros estómagos se atracan y rellenan de aire, exhalando el husmillo de alguna cebolla cruda, revolvemos el mondadiente por los labios, en ademan de estar paladeando una perdiz. Quien venga á visitarnos hallará el cuarto enramado de huesecillos y de plumas de aves que hemos ido recojiendo por las noches, aparentando mucho enfado con la sirvienta, por su desaseo, á pesar de nuestros encargos.

«Si nos saludamos con algun desconocido, al dia siguiente lo halagamos familiarmente, y sin rebozo le preguntamos su paradero, y acudiendo á la hora de comer, si nos convida, admitimos desde luego su agasajo, manifestándole, que todo es por favorecerle y obsequiarle.

«Si estos lances nos chasquean y desengañan, allá está hirviendo la marmita de algun convento, aparentando con el hermano repartidor, que no damos aquel paso por necesidad, sino por arranques devotísimos... En cuanto á la ropa,

estamos amaestrados en el arte de la prendería y sus arbitrios peregrinos, pues con efecto no traemos prenda que no haya variado veinte veces de empleo, y con la cual se pudiera formar un árbol jenealójico, en verdad curiosísimo.

Aquí está mi capa, que desciende en línea recta de una manta de arriero, hija tambien de un cubre-cama con borlones. Mis calzones provienen de tres sillas agujereadas de paño verde, que tuvieron por padre un biombo... Tenemos que cabalgar una vez al mes, y que ir en coche una sola vez al año; pero entónces nos estamos de continuo asomando á la portezuela, para que nos estén viendo cuantos andan por la calle.»

Aquel fué, para todo, el aciago influjo de la hidalguía; y aquel menosprecio engreido contra las artes manuales, fué una de las causas poderosas que atrasaron la industria nacional; con cuyo motivo se agolparon á miles los estranjeros para desempeñar los oficios menospreciados por las ínfulas españolas. A bandadas corrieron ya desde fines del siglo XV y principios del XVI menestrales gascones, provenzales, alemanes, ingleses y lombardos á todas las ciudades de España, y en particular á Burgos y Salamanca; y en los reinados de Felipe II y sucesores, su número fué siempre en aumento.

Habia, á fines del siglo XVI en Madrid mas de cuarenta mil estranjeros, borgoñones, franceses, alemanes que estremaban todos los recursos para hacinar doblones, y volverse á sus paises con el anhelado refuerzo de sus ganancias. Vestian al remedo de los Españoles, capita con embozos, chupetin, calzones con bollos y su ceñidor de tafilete. De modo que por las calles de Madrid, apenas asomaba mas que señorío, escepto en siete ú ocho calles pobladas de artesanillos apocados, recien venidos de las provincias; y otro tanto acaecia en Sevilla, Córdova y demás ciudades de España.

Por donde quiera se veian menestrales advenedizos, pues los nacionales no solian tener mas tiendas que las de confitería, licores, helados y pastelería. Ahora mismo casi todos los tahoneros de Zaragoza son Franceses, pues los Españoles desdeñaban allá de suyo semejantes afanes. De tropel acudian Gascones y Auverñeses todos los años á diversas provincias, para fabricar ladrillos, cal y aun carbon, y luego para la siega, vendimia, laboreo de la aceituna y otros frutos; pues carpinteros, albañiles y zapateros, por lo mas venian de Francia y de Italia.

Facilísimo era para los Gallegos el fabricar á poca costa sus vestidos, pues los tenian con abundancia, y luego puertos con naves para embarcarlos, y espenderlos en Porto Bello y otros parajes; pero, hasta los mas menesterosos, menospreciaban aquel jénero de industria, pues si el hijo de cualquiera menestral se hacia curtidor, quedaba al punto afrentada toda la familia, sin poder ya desempeñar cargo público ni ministerio relijioso. Hasta las órdenes monásticas, instituidas para ejercer y enseñar la humildad, se tenian por deshonradas con recibir el deudo, aunque lejano, de un curtidor.

Desde mediados del siglo XVI no asomó un injeniero en España, pues se traian de Flándes, Italia ó Alemania, y el italiano Pacciuti fué el constructor de las fortificaciones de Amberes en 1586; y segun Herrera, Bautista Antoneli, fué el encargado de fortificar á Santo Domingo, Nombre de Dios, Cartajena, Puerto-Rico y Panamá. El mismo injeniero habia ideado el acanalar y habilitar el Tajo, desde Lisboa hasta Toledo, en 1581, y el archiduque Alberto, para empezar el sitio de Ostende, trajo injenieros de Italia, como Felipe III se valió de los consejos de Piñateli. Felipe IV encargó á injenieros italianos el rejistro del cauce del Guadalquivir, para hacerlo navegable desde Sevilla hasta Córdova, y comisionó luego á Luis Carduchi y Julio Marteli la continuacion de la faena de Antoneli para el cauce del Tajo. La rejenta Ana de Austria, gobernadora de España en la menoria de Cárlos II, trajo de Flándes á los hermanos Cárlos y Fernando Gutemberg, para juntar el Tajo con el Duero, por medio del Jarama y del Manzanares.

Ni hubo constructor de bajeles, ni fabricante de jarcias y aparejos, en los puertos de España, y en cinco años, dicen, que Felipe IV gastó para la habilitacion de sus escuadras, y en provecho de los estranjeros, mas de cien millones de duros.

Las minas de Nueva-España, Chile, Cuba y Puerto Rico, surtian de cobre con tal abundancia, que los buques se solian lastrar con sus planchas, y sin embargo no se fundia, por falta de artífices, la artillería en España, sin acertar con la mezcla, el afino y formacion del bronce, viniendo de fuera, con los demás utensilios necesarios para el mismo ramo, y trayéndolos de Alemania los Holandeses.

Superior es en calidad el hierro de Vizcaya, mas no habiendo operarios impuestos en su elaboracion, se traia el acero del Milanés y de otros paises, como lo atestigua el economista Ustariz. Abundando tantísimo la miel en Castilla la Nueva, Francia, Inglaterra y Holanda surtian de cera el pais. Lila y Arras enviaban todos los años remesas de mil jéneros de telas, para mantelería y demás ramos de consumo, y hasta hilo para coser, encajes y trenzaderas, y luego cueros y otros renglones, cuyas materias primeras suministraba de sobras la misma España.

Ni habia impresores de mediano desempeño

para emprender obra de alguna consideracion, trayendo de Amberes hasta los breviarios, misales y libros de coro. Con la espulsion de los moriscos, se carecia de obreros para el afino del azúcar, esquilmo y conservacion del arroz, construccion y arreglo de acequias y acueductos para el riego de las huertas; y hubo que franquear á los Sajones el beneficio de la riquísima mina de cobalto que se halla en Jistau, al confin de Aragon hácia la parte de Francia; y desde allí lo internaban para fabricar en su pais el esquisito azul de su porcelana y otros artefactos.

En 1623 Felipe IV, por cédula especial, franqueó á los artífices estranjeros el habitar y trabajar temporalmente en sus estados, y aun el avecindarse, con tal que profesasen la relijion católica, y permaneciau por el interior del reino. Para atraerlos mas y mas, los eximió de la alcabala por seis años. Redóblase entónces el tropel de los advenedizos del Lemosin, Gascuña y Langüedoc, que acudian á España en busca de faena; como se echará de ver por la relacion de un Francés que anduvo el pais por aquella temporada.

«Hierve aquí la estranjería con todo jénero de faenas, ya cargada con sus muelas, ya remendando el calzado, ya sirviendo en Madrid y en otras partes, de aguadores y criados. Acuden tambien á la siega y la trilla, y aunque los Españoles miran á tales advenedizos con desprecio, dándoles el apodo de *gabachos*, lo cierto es que cargan con el dinero, y se lo llevan á Francia.»

Tenian todos los embajadores de Francia que escudar eficazmente á todos los Franceses avecindados temporalmente en España, y aun á los que se hallaban de asiento. Encargóse en 1680 al marqués de Villars, que estendiese una memoria circunstanciada, sobre los súbditos de Luis XIV residentes acá por diferentes provincias, y valiéndose de los cónsules y demás personas enteradas en el particular, resultó por los documentos enviados á Paris, que habia:

Mil Franceses en Navarra, con diferentes industrias y granjerías:

Veinte mil en Aragon, por los mismos ramos:

Mil en Cataluña, y no mas, por ser pais de suyo industrioso:

Doce mil en Valencia y Murcia:

Diez y seis mil en las dos Castillas.

Mil en Vizcaya, Asturias y Galicia:

Diez y seis mil en Andalucía, y al todo cerca de setenta mil Franceses, ya mercaderes, ya sirvientes, ya operarios.

Habia luego otros tantos Alemanes, Italianos y aun Ingleses, todos desangradores, á cual mas insaciable, del exhausto y desventurado pais.

No se contajió sin embargo la nacion entera con aquella vulgaridad enemiga de la industria, pues las provincias Vascongadas; siguieron ejercitando mas y mas su jenial actividad, quizás por su vecindad á la Francia, ó tal vez porque habiendo ya mucho antes arrojado á los moriscos, la poblacion solariega habia sido siempre mas industriosa.

Siguieron pues florecientes las manufacturas en aquellas provincias, de suyo pobladísimas y amantísimas de faenas, siendo hasta las mujeres pescadoras á todo trance, ramo de consideracion para el pais. Alternan con los hombres en los afanes campestres, y desempeñando los caseros de amasijo, hilado y aseo, sin desmerecer por cierto respecto a las castellanas, que solian vivir en lastimoso desamparo, empapándose ufanísimas, como dice Campomanes, en las ínfulas de su ociosidad.

Otro tanto sucedia en Cataluña, donde todo hervia de afan y esmero, honrándose á porfía con el trabajo, al paso que aun en Valencia, pais de labranza tan aventajada, se miraba como á desdoro la profesion de *artesano*, ú de *menestral*.

CAPITULO SEXAJÉSIMOSEGUNDO.

Recargo de impuestos. — Desembolsos enormes. — Entradas grandísimas, pero insuficientes. — Sistema de rentas, en tiempo de Felipe II. — Diferencia entre las varias provincias dentro y fuera de España. — Alcabala. — Almojarifazgo. — Tercias reales. — Atraso perpetuo. — Guerras interminables. — Nuevos é intolerables gastos. — Demanda jeneral. — Junta de Guernica. — Hechos particulares.

LAS MISMAS FECHAS.

Menguan, desfallecen y espiran manufacturas enteras; ocia la nacion, y sus reyes empozan, allá en ajigantadas empresas, los productos pingües de entrambos mundos,

Los desembolsos de España, por la llamada liga, ó sublevacion de Francia, importaron, segun el grande historiador Herrera, mas de cuarenta millones de duros. Inmensos fueron los caudales que se emplearon en la Armada Invencible, y largos millones se llevaron los Ingleses en el saqueo de Cádiz.

En menos de un siglo, desembolsó el erario hasta trescientos millones de duros, para *no* reuncir á nuestro yugo las provincias sublevadas en los Paises Bajos. Incalculable es el coste de la guerra contra Turcos, que duró veinte y dos años.

Allá derramó Felipe II tesoros y mas tesoros, para abanderizar en su favor la Inglaterra, la Irlanda, Alemania, Suiza, Italia, y hasta la Suecia y Polonia, pues segun los calculistas contemporáneos, los desembolsos estraordinarios de aquel reinado,ascendieron á mas de quinientos millones de duros.

Poquísimo menguó el frenético desperdicio en el reinado pacífico de Felipe III, quien siguió manteniendo ajentes por donde quiera, enviando caudales hasta á la Persia, para enemistarla con el Turco, y desviar allá la guerra lejos de sus confines, y luego arrojó á los moriscos que se llevaron de cinco á seis millones de duros.

Las guerras, siempre azarosas de Felipe IV, contra Francia, Holanda, Inglaterra y Portugal, remataron el esterminio de la hacienda pública, y sin embargo se aferró mas y mas el gobierno en su soñado poderío. Aun en el reinado exánime de Cárlos II, y estando ya la monarquia en el trance de ir á espirar por puntos, aun halló dinero la corte de Madrid para socorrer al Austria, amagada por los Turcos, y acudir al resguardo de la cristiandad.

A tantísimo desembolso, hay que añadir ahora las *millonadas* anuales para Roma, pues los escritores nacionales procedian con sumo tiento sobre este punto, y guarismaban tamaño descarrio con suma reserva. « Nada » dice Ustariz, tengo que añadir á las representaciones impresas que se hicieron á Roma en 1633, por disposicion de Felipe IV, acompañando la memoria que las córtes de Castilla, celebradas en Madrid, presentaron al rey, sobre varios derechos percibidos en Roma.

Caducaron aquellas conceptuosas representaciones, siguiendo España siempre tributaria de la santa sede,y sostenedora tenacísima de la propaganda sangrienta que habia entablado; y así cuantos tesoros iban llegando de sus fértiles Indias, allá desaparecian en raudal, mientras el decaimiento de las fortunas imposibilitaba el desquite de aquel descalabro; de modo que cuanto mas pobreaba la nacion,mas menudeaban sus enormes desembolsos. Acudia el pundonor nacional á las urjencias del gobierno, pero desfallecian sus fuerzas, y se anonadaba su existencia. Hubo que andar en pos de arbitrios y se recargaron los impuestos, pero llegó á tal estremo aquel desafuero, que se desplomaron fábricas é industria en un abismo inapeable.

Vamos á desentrañar el sistema de impuestos, á principios del reinado de Felipe II.

Allá cuando la España se dividia en un sinnúmero de estados, mas ó menos crecidos, ya musulmanes ó bien cristianos, cada pais seguia su rumbo peculiar, así en esta materia como en las demás, prescindiendo absolutamente del interés ó la desventaja de sus vecinos. Cada cual se acordonaba con sus aduanas acá y acullá, segun su sistema, y aun despues de la reunion de la Península entera, siguió la misma planta en la raya de Navarra, Castilla y Aragon, atosigándose mútuamente, con un cúmulo de reglamentos prohibitivos, y una caterva de empleados y dependientes, á cual mas incómodo y odioso.

Con efecto, cada provincia, y casi cada pueblo, se conceptuaba una soberanía particular, pertrechándose de aranceles, y aislándose todos á manera de estraños, en medio de la nacion. Los Vascongados y Navarros tenian y llevaban sus jéneros, á los advenedizos, á medida de su albedrío, con todo ensanche y franquicia.

La Castilla, blasonando de ser el nervio y la gala de la nacion entera, vivia como acorralada, con el cordon, como se ha dicho, de un sinnúmero de aduanas. Cuanto venia del norte habia de pagar el *diezmo marítimo*, ya en Vitoria, ya en Orduña ó Balmaseda, si venian por Vizcaya, en Oviedo, pasando por Asturias ó en Villafranca ó en Sanabria, entrando por Galicia. Por levante y poniente, se hallaban los llamados *puertos secos*, donde se pagaba por entrada ó por salida.

No se habian hermanado aquellos reinos antiguos, por su reunion en una misma corona, entorpeciendo con miles de trabas las relaciones comerciales. No podian los Castellanos contratar libre y anchurosamente por mar, sino hácia el mediodía. No habia deslinde aduanero entre Castilla y Andalucía, pero subsistian ciertos portazgos planteados allá por los Moros, entre ellos en Jerez y en Lebrija, conservando todos la denominacion arábiga y harto estrambótica, *de almojarifazgos*.

Naturalísimo era, dice perfectamente Ulloa, que cuando la Andalucía se estaba dividiendo en cinco reinos diversos, tuvieran sus cinco aduanas para adeudar sus respectivos derechos. Mas ahora se hace muy estraño, y las demás naciones no pueden menos de mofarse de nuestro lastimoso atraso, utilizándose de él al mismo tiempo, al presenciar que arrojada ya la moris-

ma, é incorporados aquellos reinos con la Castilla, se hayan conservado tantísimas aduanas por el interior, y hasta en Jerez y Lebrija que ni son capitales, ni puertos. En verdad que es una barbarie incomprensible, pues las aduanas han de atosigar seguramente mucho menos en Turquía.»

Añadamos por fin, que habia en Sevilla, además de la aduana jeneral, otra particularísima, para toda mercancía destinada á las Américas.

Comercio interior y esterior pagaban respectivamente su impuesto, cobrándose la *alcabala* sobre todo jénero de venta ó trueque. Nadie absolutamente, ciudadano, aldeano ú cortijero, quedaba esento, habitase ó no señorío, pueblo realengo ú abadengo, y empleado ú no, en cualquiera de los ramos del estado.

Era la alcabala ciertamente la renta mas productiva en Castilla; mas no era el único gravámen que acosaba al comercio, pues las sederías devengaban derechos peculiares, en Granada, Málaga y Almería. Se cobraba un impuesto particular por cabeza de merino, al trashumar las cabañas de Estremos ó la Serranía, ó por la inversa, y se titulaba servicio ú montazgo; y luego el gobierno disponia de los alfolies, á saber, se reservaba el estanco ú monopolio de la sal.

Hay que añadir a estos impuestos, otros menores, ó sean entradas, como multas, confiscaciones, rentas de los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara, y en fin las sumas de mayor cuantia que sacaba el rey de las minas de América, con el quinto que solia ascender, á sesenta, ó mas millones de reales.

Estas eran las rentas corrientes de la corona, en el advenimiento de Felipe II, mas como nunca alcanzaban á cubrir los desembolsos, tenian que acudir las provincias con sus contribuciones voluntarias. Importaba el *servicio*, ú don gratuito de Castilla, unos diez millones de reales; el de la Sicilia como tres millones; el de Milan otro tanto que el de Nápoles, cinco millones cada uno; el de Flándes á veinte millones, el de Aragon ocho.

Pero la urjencia de continuas espediciones, precisó á los reyes á idear nuevos impuestos, pero tropezaban por lo mas con suma resistencia, logrando la corona de Aragon desentenderse á tanto recargo de invenciones y demandas. Otro tanto cupo á la Sicilia, y en cuanto á Milan, á pesar de la puja que se fué haciendo en sus contribuciones, apenas alcanzaban á cubrir el gasto de sus tropas. Las provincias Vascongadas siguieron eximiéndose de los impuestos otorgados por las córtes, como tambien de los monopolios ó estancos, planteados en el año de 1631. Suplian los Paises Bajos, Nápoles y las Castillas; pero luego aquellos se sublevaron contra Felipe II, y en vez de suministrarle el oro por quintales, como en 1553, y luego en solo un año mas de cien millones, le vinieron á costar inmensos caudales. Quedaron Castilla y Nápoles, á quienes recargó hasta el cuatro ú cinco tantos.

Deslindaremos hasta cinco temporadas, ó épocas principales, en el réjimen de la hacienda castellana, durante el reinado de Felipe II.

Ascendia, en su coronacion, la deuda pública como á un bicuento, ú mil millones de reales. Le aconsejaban sus ministros una quiebra á las claras, pretestando que harto reintegrados venian á estar los acreedores de su padre, con los crecidos réditos que habian ido cobrando, mas el rey se desentendió por el afan de sostener el crédito nacional. Arrostró pues aquel gravámen, pero adulteró reservadamente la moneda; mas así su confesor como las córtes le desengañaron acerca de las resultas que habia de acarrear tamaña novedad, y así acudió al recargo de impuestos.

Redituaba infinito la estraccion de lanas, y con motivo de los armamentos costosísimos, para despejar los mares de piratas, impuso Felipe treinta y dos reales á cada saca de merina que pasaba á Flándes, y treinta y cuatro á la que salia para Francia ó Italia, duplicando la cantidad si el jénero se llevaba en bajel estranjero.

Rechazaron briosamente las córtes aquella inovacion, alegando que el impuesto recaeria, no sobre los compradores, sino contra los ganaderos, quienes tendrian que abaratar sus lanas, pero el rey contestó que las circunstancias le precisaban á insistir en su determinacion.

Enajenó luego, á viva fuerza, los llamados *propios*, ó bienes concejiles de pueblos y aldeas, hollando las promesas en que se habia juramentado, sin el menor asomo de escrúpulo ni reparo. Anduvo además feriando encomiendas, ejecutorias, plazas de rejidores y alcaldes, y aun se arrojó á la maldad de apropiarse los haberes é intereses ajenos, embargando, el año de 1556 en Sevilla, cuanto caudal traian de América los navieros; á título de réditos, ó *juros*, pagaderos aventuradamente, prescindiendo del quebranto acarreado á sus dueños y á sus acreedores, y repitiendo por cuatro años consecutivos aquel escandaloso desenfreno; y al fin tuvo que declarar terminantemente su ánimo de no acudir mas á semejante atentado. Mas Felipe quedó ufanísimo, con el hacinamiento de caudales que le proporcionaron las victorias de Gravelinas y de San Quintin, y luego la paz esclarecida de Chateau-Cambresis.

Despues el alzamiento de Flándes y la guerra turca que se iba haciendo de dia en dia mas pavorosa, le precisaron á recargar mas y mas im-

puestos, pues nó podia menos de comprometer á la nacion en nuevos sacrificios, para conservar cabal, en todas sus partes, la monarquía española, y zelar á toda hora la defensa jeneral de la cristiandad; y en seguida el 29 de mayo de 1566 publicó los tres decretos siguientes:

1.° Que cada saca de lana pagaria en lo sucesivo cuatro ducados por su estraccion á Francia, Italia ú otro pais, fuese por nacionales ó por estraujeros.

2.° Que se recargaria el *almojarifazgo mayor* de Sevilla, pues antes azúcar, vino, aceite, frutas secas y seda pagaban únicamente el tres y medio por ciento á su salida del reino, y se acreció su adeudo hasta el siete y medio, y los derechos de joyeria y pedreria, cochinilla y cueros, se pagaron del dos y medio, hasta el diez por ciento:

3.° Que se acreciera igualmente el *almojarifazgo* de Indias; pues si el jiro y tráfico de la metrópoli con sus colonias habia sido absolutamente franco á los principios, ya Cárlos V habia cercenado aquel ensanche, planteado allá por Isabel y Fernando. Pero Felipe se propasó en aquel derrumbadero, disponiendo, que cuanto se embarcase para Indias, pagase el cinco por ciento á la salida del reino, y el diez por ciento al aportar en Méjico ó el Perú. Y en cuanto al vino, se le recargó hasta el pago del veinte por ciento.

Duplicó así Felipe II sus rentas castellanas, pues siendo en 1558 de millon y medio de duros, en 1567, el embajador veneciano Tiépolo las reguló en tres millones. No alcanzaba con mucho esta suma á cubrir los desembolsos de la guerra flamenca, y así Felipe aumentó de un tercio el producto de la sal que vendia por su cuenta, y luego, por algunos años, estuvo exijiendo al comercio de Sevilla un empréstito forzado de cuarenta millones de reales, ofreciendo el rédito del cinco por ciento.

Planteó luego el impuesto conocido bajo el nombre de *tercias reales*, cuyo nombre se dió á los dos novenos del diezmo eclesiástico, que se recaudaban por cuenta del estado; aprobándolo todo el papa, por ser para la continuacion de la guerra en Flándes, y estirpacion de la herejia á ó cargo del clero. Se habia regulado el producto en setenta millones de reales. pero se redujo á mucho menos, por gastos de recaudacion, y anticipos que se proporcionában, á mucha costa, por las urjencias diarias; y por tanto, el papa Pio V concedió por entero el diezmo de una casa principal en cada pueblo del reino. Al pronto la concesion fué tan solo por cinco años, pero siguiendo la guerra, continuó tambien el cobro por quinquenios, hasta que por fin en 1757 se concedió para siempre.

Tantísimo gravámen, por cada dia mas angustioso, se recargó mas y mas en el año de 1575, y durante los tres siguientes.

Siempre guerra en Flándes, luego en Chipre, espedicion de Lepanto y otros desembolsos, precisaron al rey á echar mano de un arbitrio heróico, que fué el salvamento del dia y el esterminio de lo venidero. El edicto de 1575, suspendió el pago de todas las rentas y dispuso la reseña de todos los contratos otorgados y corrientes con el estado, desde quince años atrás á favor de sus acreedores. Se redujo la cuota del interés, se rebajó el importe de aquel esceso cobrado sobre el rédito declarado nuevamente legal, y se pusieron en manos de los acreedores nuevas escrituras, con arreglo á esta mengua arbitraria.

Trastorno sumo causó este edicto, ú semiquiebra, en España y en toda Europa, quedando arruinadas un sinnúmero de casas en Lion, Ruan, Ausburgo, Amberes, Roma, Venecia, Milan y Jénova, que habian prestado caudales al rey de España, y á ver ¿cuál fuera el paradero, si cada cual acudiera á pagar sus deudas en tales términos? Pues en verdad que Felipe II daba por sentado el principio de la mala fe, franqueando, con tan solemne ejemplo, á los súbditos la facultad de tratar igualmente á sus respectivos acreedores.

Yace desde entónces sin crédito, nadie quiere prestar á un príncipe desalmado, pero hay que echar mano de nuevos empréstitos, y allá se contrata con los riquísimos Jenoveses una nueva negociacion, eximiéndoles de las cláusulas del edicto, por sus adelantos anteriores; y por fin los Jenoveses se avienen á reducir sus intereses del siete y un tercio, al cuatro y un tercio por ciento. Se avienen tambien, á que la reduccion sea retroactiva, y así no se les pagó mas interés por el antiguo capital de veinte y cuatro mil ducadós, que ahora por el de catorce mil; de modo que el edicto de 1575 vino á ser para los Jenoveses una declaracion de quiebra, de mas del cincuenta y ocho por ciento.

Se empoza allá luego el nuevo empréstito, y tiene Felipe que acudir, siempre sediento de oro, como aquel Tántalo de la fábula, sin llegar jamás á poseerlo, tiene repito, que acudir á otros arbitrios. Sube los aranceles de Sevilla: recarga mas y mas la salida de lanas; estanca los naipes y el azogue, y luego el lacre, el plomo, el azufre y la pólvora. Arruina así la industria, y queda siempre vacio y ansioso su anhelo, pues se contrabandea en España y en las colonias, con todos aquellos renglones, y especialmente con la pólvora, como se comprueba, constando que los mineros venian á comprar anualmente, de tres á cuatro mil quintales de pólvo-

ra en el estanco, y la mina valenciana por sí sola consumia, por lo mas, cerca de dos mil quintales. Sucedió otro tanto, hasta cierto punto, con los demás renglones, pues la salina de Mata en el reino de Valencia, pudiera surtir de sal á la España entera, pero Felipe la habia encarecido con tal estremo, que los Gallegos y otros muchos, se abastecian, por contrabando, de Francia y de Portugal.

Clamaron las córtes en 1576, que la nacion yacia exánime y vendria á espirar con tantísimo gravamen, pero quejas, plegarias, clamores, todo lo desoyó Felipe; sus guerras en Flándes, en Francia y en mil partes, no le permitieron mitigar, ni por adarmes, aquel amarguísimo quebranto. En medio de aquel trance, con la adquisicion de Portugal y sus colonias, aumentó sus entradas con cerca de tres millones de cruzados, y con tan grandioso logro, suspende por algun tiempo sus continuos recargos, pero luego aparata su inmensa espedicion contra Inglaterra, y se engolfa en mayores apuros y desembolsos, pues además de las cuantiosas contribuciones, tiene que aprontar cada provincia su cuota de abastos para la Armada Invencible: las Andalucias doce mil quintales de galleta; Sevilla sola seis mil toneles de vino, y Galicia otros seis mil de cecina.

Allá van hoy todos esos conatos á estrellarse, para acarrear mañana nuevos e interminables sacrificios. Para rehacerse del trájico malogro de la Invencible, y sostener la lid entablada con la Inglaterra, plantea Felipe II el impuesto de los *millones*, cargado sobre vino, aceite, carnes, y jeneralmente sobre los renglones de mayor consumo. Debia rendir doscientos y cincuenta millones en seis años, y se fué luego renovando, hasta quedar permanente, contra viento y marea de las córtes.

Acudió todavía Felipe II á otros tres arbitrios, uno del empréstito á la grandeza, de ciento y sesenta millones de reales; luego un empréstito de cuarenta millones, y despues el anticipo de recargos por tres años, pero los pueblos exhaustos por ningun medio pudieron verificarlo.

La desigualdad en el reparto enardecia mas y mas la desesperacion jeneral, atosigando y postrando, con particularidad, á la clase mas afanada y menesterosa, pues ladeándose los nobles recaian sobre los pecheros, y entre estos iban especialmente á parar, á los fabricantes y menestrales. Se ideó un impuesto mas equitativo, menos gravoso para los necesitados, y repartido con mas equidad. Se debian pechar vino, aceite y carnes, pero muy levemente, como renglones imprescindibles para el menesteroso, recargando en gran manera todos los ramos de lujo, como naipes, tabaco y sitios de recreo; pero principalmente sobre fincas, y sobre todo á las urjencias de mero antojo; pero nada de esto se realizó, los pudientes se desentendieron, y descargaron todo el peso sobre los exhaustos menestrales.

Venturoso fué el hallazgo de beneficiar las minas con el azogue, y este descubrimiento aumentó en gran manera los productos de la mineria Americana, á fines del siglo XVI. En los veinte y tres años primeros del reinado de Felipe II, las minas de plata del Potosi, no solian dar por el quinto mas que dos millones, y aun escasos, de duros al todo, pero desde mil quinientos y sesenta y nueve, fueron siempre sus rendimientos en rapidísimo auje, y de año en año fué produciendo un aumento de un millon, ya millon y un tercio, ya millon y medio, ya millon y dos tercios y así sucesivamente.

Se recaudaba aquel dinero en la tesorería del Potosi, se trasportaba luego á Cadiz, se internaba, y no hacia mas que transitar por las Castillas, pues eran tantísimos los atrasos del erario y tan crecida la suma de intereses devengados por los empréstitos, que todo aquel caudal pasaba de largo, como sombra chinesca, ó a manera de reseña ó de comparsa. Con efecto, refiere Davila en su historia de Felipe III, que hubo año en el cual pasaron por la barra de San Lucar, hasta cuarenta millones de duros, y al año siguiente, no quedaba un solo real en Castilla.

Un hecho comprobará lo exhausto del erario de Felipe II.

Falleció el cardenal arzobispo de Toledo en 1574, dejando un tercio de mas de un millon de duros; escribe Felipe II al papa pidiéndole permiso para apropiarse aquel caudal, destinándolo, á guerrear en defensa de la santa sede y de la relijion católica; el pontífice atónito le contesta con jenerilidades evasivas, mas cuando llega su respuesta, ya Felipe, prescindiendo de que fuese favorable ó adversa, ya tenia cobrado y gastado lo mejor y mas bien parado de su testamentaría.

Cavila mas y mas Felipe II, y en 1574 acude á otros arbitrios para ahorrar los atrasos, de la hacienda pública. Manifiesta sin rebozo que el estado exánime del erario procede principalmente, de los intereses exhorbitantes que está pagando á sus acreedores, y repitiendo los pasos de 1575, les retiene los réditos, las hipotecas, con las escrituras otorgadas, y devuelve odos aquellos documentos á la administracion de sus dependientes.

Menudean, de resultas, las quiebras en España, en Italia y en Alemania. Ni un solo comerciante hubo en Pisa y en Florencia que no adoleciese de tan jeneral quebranto, y por el con-

trario se siguió apremiando con sumo rigor á los acreedores del Estado, para que se aviniesen á suministrar diez millones mas de duros, prometiéndoles el reintegro con las rentas venideras. Por fin Felipe II en el último año de su reinado, anduvo pordioseando, como desahuciado mendigo por las puertas de todo vecindario (1).

Al advenimiento de Felipe II, era la deuda pública de España de treinta y cinco millones de ducados, y á su fallecimiento ascendia hasta cien millones de los mismos, estando ya los productos venideros, de muchos años, comprometidos con los acreedores del Estado. Escaseaba tantísimo el metálico, que llegó á subir el interés hasta el tercio del empréstito. Felipe III, apremiado por la urjencia, publicó un edicto, mandando á las iglesias, conventos y particulares, que aprontasen á los comisionados al intento, un inventario y razon puntualísima, de la vajilla y alhajas que estaban poseyendo, sincerando aquella providencia, por haberle informado de la mucha plata y oro que habia en alhajas, vajillas, y vasos sagrados, y que acuñando aquellos metales y poniéndolos en jiro, alcanzaria á vivificar el comercio y la industria, y aun á devolver á la nacion entera su propiedad antigua. Pero todos se hicieron cargo de que el intento era únicamente de hacer presa, y el clero se destempló contra la providencia usurpadora, como interesadísimo en su resistencia; y se disparó en folletines y pláticas con impetuoso desenfreno, clamando mas y mas por la conservacion de sus inmunidades sacrosantas. Por mas que la corte ostentó su breve pontificio, facultándola para disponer á su albedrío, por ocho años, de las alhajas, y por mas que los obispos de Zamora y de Valladolid formalizaron la entrega cabal por parte de sus iglesias, la jeneralidad del clero se opuso tan aferradamente al edicto, que por fin quedó sin efecto.

Otro tanto aconteció á la cédula de 1601, sujetando los Vizcainos al pago de *millones*, pues la junta, so el árbol de Guernica, protestó, y declaró solemnemente por ilegal aquella disposicion; y pasando luego D. Pedro de Gamboa á Valladolid, donde se hallaba la corte, en pos de revocacion terminante, tuvo tambien que cejar el rey en aquel intento.

Entónces acude por segunda vez al robo disfrazado de la alteracion de monedas; las cuales, como espresa el célebre Saavedra, deben mantenerse castizas y acendradas como la relijion. Felipe III las falsifica, cual si fuese España un pais como *soto vedado*, ajeno de todo roce y comunicacion con sus vecinos, duplica el valor de la moneda de vellon, hasta entónces proporcionado al de los demás metales. Espende pues el gobierno hasta doscientos millones de reales en cobre, apropiándose al golpe el importe de la mitad de aquella suma.

Patentísimo está el engaño; se ocultan mercancías, cesan el tráfico y las faenas, y todo, en medio de la paz, yace exánime, como si una guerra azarosa estuviese acosando el reino. La maldad estranjera se afana en estremar el apuro, fabricando á millones igual moneda, é inundando las Castillas con su cobre, en cambio de la plata y el oro. Escasean las compras y ventas; todo queda inmoble, y menguan y se anonadan las rentas públicas (1).

Acude el Estado al aumento de alcabala en vino, aceite y demás consumos, y para su recaudacion, plantea el gobierno un enjambre de comisionados que se atraviesan y se comunican mútuamente, atalayando acá y acullá al público y á sus mismos compañeros; pero á pesar de tanta cautela y ahinco, jamás las entradas corresponden á los desembolsos, y entónces el gobierno se encara con los judíos portugueses, para esprimirlos y aprensarlos sin límite (2).

Con efecto, se les hace pagar hasta dos millones y medio de cruzados, en castigo de su aferrada apostasía y de su perpetuo desenfreno en tráfico fraudulento y usuras escandalosas; y además se aumenta en 1608 el impuesto de *millones*.

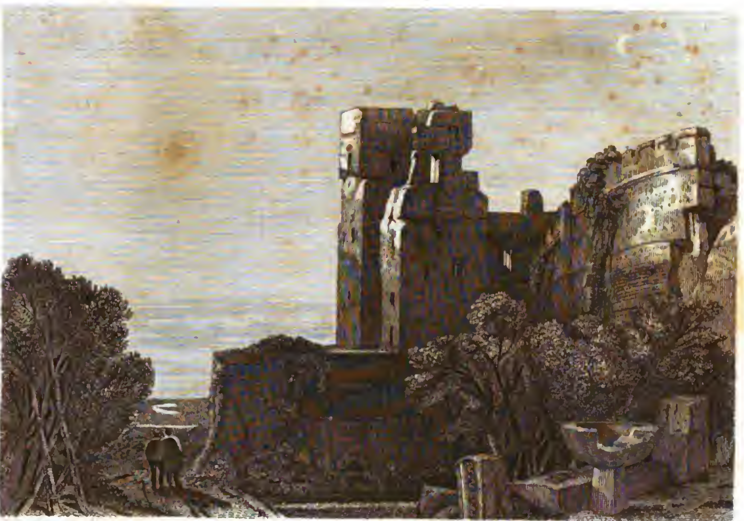
Paz profundísima está gozando la España en 1610 con Francia, Inglaterra y Holanda, y jamás alcanza á equilibrar los ingresos con las espensas, ni á fomentar y estender su escasísimo comercio. Tiene empeñado el producto de las salinas, el diezmo del mar, y el impuesto sobre las sederías de Granada; el del azúcar en el mismo reino, como tambien el de los puertos secos entre varias provincias de España; los derechos sobre lanas, el estanco del azogue, el de los naipes, el almojarifazgo de Sevilla y el de

(1) El fundador del Escorial, dice un economista, el armador de la *Invencible*, el dueño en fin de las Indias, iba de puerta en puerta á solicitar los auxilios de los vecinos pudientes de la corte, por medio de una cuota vergonzosa, cual pudiera un mendigo.

(1) Véase el curiosísimo tratado *De Monetæ mutatione*, del ínclito Mariana, cuyos desengaños estuvieron á pique de costarle carísimos, pues á pesar de su nombradía, de su consumada elegancia latina, y sobretodo de la razon que le asistia, encausaron y encarcelaron al autor; y el licenciado Jil de la Mota pidió en su acusacion fiscal pena de muerte, y por fin, tras larga temporada, se consiguió á duras penas que lo pusieran en libertad.

(2) Aquí entra Cervantes, con sus azotes sobre las carnes del inocente Sancho, para desencantar á Dulcinea.

GRANADA.



TORRE DE LAS SIETE TORRES.

y que añadir ahora, los largos millones de
s desde los reinados de Cárlos V y Feli-
pero el gobierno acudia al pago de aque-
reses, con el descuento que hacia de sus
os sueldos á todos los empleados.
iadas estaban tambien las rentas de
a suma de rentas del reino y sus co-
unos tres millones de cruzados, pe-
npeñados en dos tercios, y como
ndian á mas de un tercio de la
l, escedia por consiguiente con
dio al ingreso.
a corona, tanto por las posesio-
por las antiguas, vivia, ó mas
continuo, con sus atrasos enor-
amás corriente con sus obli-
poner jamás algun sobrante,
lantos.

RCERO.

iantes. — Invasiones enemigas
. — Menoscabo y ruina de las
obre plateado. — Mayor tras-

de confiscacion de bienes.
n el impuesto llamado de
ie consiste en el desprendi-
de la mitad de la renta, ó
ida ó de un empleo civil, en
a posesion. Se cargaron las
de un título de Castilla, en
, y en seis mil las indirectas,
vámen las llamadas *lanzas*
rvicio militar, con el pago
ntos reales; y en 1632 reva-
stancos anteriores y estable-

igualmente el sucesor, has-
, el privilejio de la renta es-
l tabaco, y además las titu-
le pólvora, salitre, plomo,
enta y aguardiente, que
simos caudales.
unto un hecho positivo.
en que Felipe IV llegó á
, que solia valer de trein-

ipe IV



Indias, el estanco de la pimienta; el cuño de la plata de Indias; la renta de los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara; las minas de Almaden; el *servicio montazgo* de la ganadería trashumante, el *subsidio*, el *quinto* del Potosí, el *servicio ordinario*, las *tercias reales*, las rentas de la corona de Aragon y Baleares, las rentas de la Sicilia, del Milanés, de Nápoles y de Flándes, y en fin el producto de la alcabala y millones, que componian ó sumaban, al todo, quinientos y cincuenta millones de reales.

Como todos estos réditos yacian enajenados en 1610, el producto líquido para la corona se reducia á unos cien millones de reales, y con ellos tenia que acudir á la subsistencia y mejora de plazas y de tropa, y al consumo de la casa real; cuyos gastos ascendian á ciento y ocho millones tambien de reales, y así escedia el desembolso al ingreso en ocho ó diez millones de reales, aun en tiempo de paz.

Hay que añadir ahora, los largos millones de deudas desde los reinados de Cárlos V y Felipe II, pero el gobierno acudia al pago de aquellos intereses, con el descuento que hacia de sus respectivos sueldos á todos los empleados.

Desquiciadas estaban tambien las rentas de Portugal. La suma de rentas del reino y sus colonias era de unos tres millones de cruzados, pero estaban empeñados en dos tercios, y como los gastos ascendian á mas de un tercio de la misma cantidad, escedia por consiguiente con mucho el dispendio al ingreso.

Resulta, que la corona, tanto por las posesiones nuevas como por las antiguas, vivia, ó mas bien agonizaba de continuo, con sus atrasos enormes, sin ponerse jamás corriente con sus obligaciones, lejos de reponer jamás algun sobrante, para mejoras y adelantos.

CAPITULO SEXAJÉSIMOTERCERO.

Continuacion del mismo asunto.—Escaseces perpetuas y apuros apremiantes.—Invasiones enemigas y quebrantos en la hacienda.—Quiebra en los pesos y otros arbitrios.—Menoscabo y ruina de las fábricas en Sevilla y Granada.—Nueva falsificacion de moneda en cobre plateado.—Mayor trastorno, y entorpecimiento sumo, en todos los ramos.

LAS MISMAS FECHAS.

La muerte trájica de Enrique IV, y entrambos enlaces de Luis XIII con Ana de Austria, y del príncipe de Asturias con Isabel de Francia; dilataron por algun tiempo el rompimiento europeo que estaba amagando.

Respira la España, y el duque de Lerma se esmera en ir entonando el ramo de hacienda, aumentando poquísimo los impuestos en los últimos nueve años del reinado de Felipe III. Pero su impróvido sucesor se va engolfando en lid encarnizada con Holanda, Francia é Inglaterra, y la nacion desfallece con nuevos y mortales sacrificios.

Las córtes en 1621 plantean el impuesto de *barrilla* y *sosa*. Es el primero un derecho de seis reales por quintal, y el segundo de tres reales por quintal de sosa purificada. Ambos derechos, entablados en el año mismo del advenimiento de Felipe IV, se revalidaron por las córtes en 1634, para arrostrar á los desembolsos de la g[illegible]rra con Holanda, en cuya época escaseaba tantís[illegible]o el metálico, que Felipe IV vedó su salida del reino, sopena de confiscacion de bienes.

Planteó ya en 1631 el impuesto llamado de la *media anata*, que consiste en el desprendimiento, ó rebaja, de la mitad de la renta, ó sueldo de una prebenda ó de un empleo civil, en el primer año de su posesion. Se cargaron las sucesiones directas de un título de Castilla, en cuatro mil ducados, y en seis mil las indirectas. Siguieron á este gravámen las llamadas *lanzas* para eximirse del servicio militar, con el pago de tres mil y seiscientos reales; y en 1632 revalidó Felipe IV los estancos anteriores y estableció otros nuevos.

Se reservó, como igualmente el sucesor, hasta fin del siglo XVII, el privilejio de la renta esclusiva de la sal y del tabaco, y además las tituladas siete rentillas, de pólvora, salitre, plomo, naipes, azogue, pimienta y aguardiente, que juntas rendian grandísimos caudales.

Media sobre este punto un hecho positivo. Sobrevino un apuro en que Felipe IV llegó á vender la fanega de sal, que solia valer de trein-

ta á cuarenta reales, hasta en una onza de oro. Mandó en 1637, que todo contrato, renta, arriendo, despacho, pleito y demás se estendiese siempre en papel sellado, sin cuyo requisito quedaban anulados todos los convenios, y aunque produjo sumas crecidísimas, se duplicó posteriormente su importe.

En aquel mismo año, añadió el ministerio cien mil cruzados á las contribuciones anteriores de Portugal, y las turbulencias que resultaron por entónces, en Évora y Villaviciosa, vinieron á encabezar el alzamiento memorable, que acarreó la separacion de aquel reino de la corona de Castilla. Pero sobrepujó á todas aquellas tropelías tan aciagas, el recargo desaforado de la alcabala.

Era la alcabala un derecho sobre todo lo vendido ú trocado, cuya recaudacion se hacia muy árdua, pues no cabia el presenciar, ó averiguar todo jénero de contratos, y así á pesar de centenares de reglamentos, siempre se ofrecian casos imprevistos y ajenos de la ley.

Para obviar sus infinitos inconvenientes, solian los pueblos encartarse, ó convenirse por un tanteo, que siempre rebajaba gran parte del total absoluto, y se daba á dicho convenio el nombre de *encabezamiento*. Al principio del siglo XVI no alcanzaba aquella suma, ni al veinteno de los valores comprendidos en su alcance. Solian los pueblos encabezarse por diez ó por veinte años, y cumplido el plazo, solicitar de las córtes su renovacion, ó prórroga, por otros tantos años.

Felipe II fué el primer exactor del diez por ciento, desde el año nuevo de 1571. Felipe IV en 1639 añadió el derecho de los *cientos* al de la alcabala. Al pronto aquel derecho se redujo á uno por ciento, mas luego subió al dos, al tres, y luego al cuatro en 1664; y entónces los derechos juntos de alcabala y cientos, ascendieron al catorce por ciento.

Lid reñidísima y perpetua se entabló, desde aquel punto, entre cobradores y tratantes, esmerándose estos en trampear los derechos, cuyo pago cabal no podia menos de arruinarlos, al paso que los recaudadores les armaban mil zancadillas, para acrecentar sus cobranzas. Mediaban en todos los tratos y convenios; confiscaban á lo mejor los jéneros, por entero, de los defraudadores, y aun á veces embargaban, ó almacenaban, á su albedrío las telas del mercader que se les hacia, ó se les antojaba, sospechoso.

La mayor odiosidad consistia en el redoble del pago de un mismo jénero, cobrando y recobrando alcabala y ciento, un idéntico renglon, ya en rama, ya labrado, ya en venta y en reventa.

Por tanto los economistas españoles clamaban con mil razones, por la abolicion total de la alcabala, para proporcionar algun desahogo á las manufacturas; pues con efecto aquella recaudacion vino, por fin á dar al través con todos los ramos de industria, como se demuestra con los hechos siguientes:

Un tejedor aprontaba al dia cuatro varas de una tela conocida con el nombre de *manto*; suponiendo que trabajase trescientos dias al año, el producto era de mil y doscientas varas, y tenia que pagar por el ciento y la alcabala, una cantidad equivalente á ciento y sesenta y ocho varas. Se vendia á ocho reales cada una, y así tenia que pagar hasta mil trescientos y cuarenta y cuatro reales. Pero el tejedor no ganaba mas que real por vara, esto es, cuatro reales al dia, y al vender la tela, tenia que pagar á los alcabaleros cuanto habia ganado, y además ciento y cuarenta y cuatro reales, y así venia á perder trabajando, y á ganar en estar ocioso.

Eran muchas las fábricas de jabon, de vidrio y de cristal, pues abundaban las primeras materias, pero el impuesto de alcabala y cientos las echó á pique.

Desaparecieron en el reinado de Felipe IV los trapiches, ó injenios de azúcar del reino de Granada y demás Andalucías; pues acosados con el pago de alcabala, cientos y millones, no pudieron competir con los azúcares advenedizos, infinitamente mas baratos.

Quedaron arruinadas las alcaicerías, ó fábricas de seda en Sevilla y en Granada, porque sobre los derechos de reventa, se les recargó un derecho de aduana de catorce por ciento, y así á fines del siglo XVII, quedaban solas ciento en Sevilla.

Se imposibilitó la fabricacion de lino, cáñamo, pelo de camello y de cabra; materias primeras que salian todas del reino para volver luego elaboradas.

Orillaron su industria los fabricantes de peines, de sombreros, de hebillas, de botones, de alfileres; como tambien los vajilleros finos y bastos, é igualmente los de laton, acero, cerrajería, herrería y otros muchos; merced á la persecucion inexorable de la alcabala.

Hay que añadir una particularidad de suma consideracion, y es la desigualdad en su imposicion, ó franquicia, en los diferentes pueblos ó partes.

Con efecto, jamás se pagó alcabala, ni cientos, ni millones en toda la corona de Aragon, ni en las provincias vascongadas, y así todo el peso venia á recaer sobre la mitad de la nacion, quedando la otra absolutamente esenta de tan bárbaro gravámen.

Solia el gobierno conceder esenciones peculiares á ciertos pueblos, y así Motril, en el reino de Granada, no pagaba los sobredichos impues-

tos, por privilejio muy particular; mas eran tantísimos los otros, que sus manufacturas, antes florecientes, vinieron á espirar, como otras infinitas, y así en los últimos años del reinado de Felipe IV, no quedaban mas de cuatro telares.

Tan jeneral esterminio esterilizaba los impuestos, planteados sin término, en aquel azaroso reinado. Habia sin embargo que acudir á los gastos de una guerra costosísima, y sostenida por sus inmensos confines. Y al fin el alzamiento de Cataluña y Portugal, estremó de remate la penuria jeneral; y así no bastando impuestos antiguos y modernos, hubo que soltar la rienda á la fantasía para idear, ó soñar, otros nunca vistos.

Planteó Felipe IV en 1642 el impuesto del *fiel medidor*, que era de cuatro maravedis por arroba de vino, aceite ó vinagre, cuyo impuesto se aplicó al pronto á la remonta para la caballería, pero luego fué para costear el lujo de palacio. En 1649, otro impuesto de cuatro maravedis por arroba de cuanto jabon, salia de las poquísimas fábricas que iban quedando por la Castilla. En 1650, dos maravedis por libra de nieve en Madrid y demás ciudades del reino. Recargó luego el gobierno mas y mas, vino, aceite, carne y demás consumos, y precisó los gremios á aprontar anualmente cierta suma para el gasto de la tropa, impuesto que duró hasta la paz de los Pirineos, y por fin acudió de nuevo á la falsificacion de monedas y la quiebra declarada.

Espejándose en su antecesor, Felipe IV planteó la moneda de cobre, á la cual dió un valor soñado del cuatro tantos del efectivo, y así le resultaron de ganancia veinte y cuatro millones, que se espendieron en la guerra de Portugal; arbitrio mortal y arruinador de todo comercio é industria, pues los Holandeses volvieron á inundar la España de monedilla plateada, igual á la espendida por el gobierno, gananciando millones, por medio de un contrabando tan obvio y halagüeño.

No admitió Cataluña aquel engaño, pero cundió por otras provincias, hasta que se hizo absolutamente forzoso recojer tanta moneda falsa.

Publicó el gobierno en 14 de octubre de 1664 un edicto reduciendo la moneda de cobre á la mitad de su valor, y subió al punto el precio de todos los jéneros en todas las provincias, faltó el pan en las tahonas, y durante muchos dias, no hubo asomo de tráfico por los mercados.

Hierve la conmocion en Cádiz, Sevilla, Málaga y Córdova, pues corre la voz de que van á reducir la calderilla al cuarto de su valor corriente, pero al fin se fueron los ánimos aviniendo á todo, y el pueblo, en medio de tantísimos quebrantos, manifestó una obediencia que el gobierno estaba muy ajeno de merecer.

La quiebra por fin coronó dignísimamente reinado tan azaroso, pues la junta de *medios* acordó la anulacion de *juros*, ó réditos concedidos sobre el erario, desde el año de 1634, socolor de haberse beneficiado á ínfimo precio, por los acreedores codiciosos; añadiendo la rebaja de un diez por ciento en los juros antiguos, del tiempo de Felipe II y Felipe III; bajo el concepto de haber ya rebajado anteriormente el cincuenta, de modo que en lo sucesivo, el gobierno vino á pagar el cuarenta por ciento de sus obligaciones antiguas, cuya lejitimidad seguia, sin embargo, reconociendo.

En 1665, la junta redujo á la mitad las muchas pensiones, concedidas por servicios eminentes hechos al estado; y por fin se providenció el aumento de dos por ciento á cuanto se estaba ya pagando, por entrada ó salida del reino. No alcanzaban los traficantes á pagar los impuestos antiguos, pero como se hallaban ya enajenados á favor de los acreedores del erario, se desentendia el gobierno del rumbo que estos pudieran tomar, para salir del paso, ateniéndose al cobro directo de los impuestos nuevos, sin los cuales no le cabia el irse sosteniendo.

El desamparo llegó á lo sumo en el reinado de Cárlos II, pues la jeneralidad de los fabricantes cerró sus manufacturas, para ponerse en salvo de las garras del gobierno; y aun hambrearon las comunidades relijiosas, hasta el punto de acudir al empeño de sus alhajas, en pos de la mas estrecha subsistencia. Familias principales tenian que malvender sus preciosidades, por no hallar quien les anticipase un maravedí. Saqueo jeneral está padeciendo Madrid, segun la saca de riquísimos muebles que van de viaje, ó peregrinacion, mas ó menos lejana.

Pordiosean los mismos palaciegos, pues con Cárlos II los intereses de la deuda empozaban ya un tercio de las rentas. Pone el rey en almoneda joyas y cuadros peregrinos, y ni aun así alcanza á pagar la tropa que envia contra los Portugueses. Andan los inválidos cuajando las calles de Madrid, en demanda de limosna, y están ya en punto de fenecer, cuando la condesa de Salvatierra les facilita hasta cien mil pesos.

Se atraviesa, en aquel conflicto, nueva guerra, pues en 1667 un ejército francés invade la Flándes y Luis XIV se apodera de Charleroi, Furnes, Armentieres y Duay, pero el pueblo de Madrid se desentiende de tamaños quebrantos. Es tan sumo el desamparo, y los arranques nacionales yacen tan sumamente yertos, que la rejenta, aun en trance tan pundonoroso, no se atreve á cargar impuesto alguno de guerra, y acude á la jenerosidad española.

Encabezan el *donativo*, pues así lo apellidan, el presidente de Castilla con cuatro mil duros;

los cardenales de Aragon y de Montalto con igual suma, el duque de Medina lo mismo; pobrea el conde de Peñaranda y solo ofrece la cuarta parte, pues ajencia hasta cincuenta mil pesos del consejo de Indias, y así de algunos mas; pero todos aquellos aprontos se quedan muy en zaga de los largos millones que se solian enviar á Flándes, para su importantísima defensa.

Acarreadores del esterminio de España son ya los Paises Bajos, empozándose en su resguardo infinitos caudales de la nacion y de las Indias, y como el pueblo está viendo lejana la tormenta, desatiende el afan de aquella guerra. El consejo supremo es el que se hace cargo de la importancia de aquella defensa, sosteniendo el concepto de la monarquía para con Inglaterra y Alemania, y además les sirve de antemural contra la Francia, empleando su poderío en aquel teatro de tantísimas guerras.

En fin aquel encabezamiento acarrea escasos contribuyentes, que los mas son empleados en los consejos y en otros destinos, á pesar de ir pasando cartas la rejenta á un sin fin de particulares, poniéndoles de manifiesto y sin rebozo el estremo de su conflicto y desnudez; pues todos se desentienden voceando, que semejante encarecimiento viene á ser un modo nuevo de pedir limosna.

Se acude á otro arbitrio, que es la rebaja de quince por ciento mas al pago de los juros, que con tan redoblados cercenes se conceptúan ya jeneralmente como nulos, con esterminio de un sin fin de familias. Cargan tambien á los carruajes, segun el número de caballerías que emplean, y hasta pensionan á las mulas *de paso* que los particulares mantienen para su uso y recreo; á tan estraños estremos se halla reducido el gobierno.

Para hacer frente á una guerra de tan suma trascendencia, se acude á los rejistros repetidos y siempre aciagos, abortos infecundos de la mala fe; en suma, á pesar de tan repetidos desengaños, se apela de nuevo á la falsificacion de la moneda, mandándola recibir por cabal, sopena de grandísima multa. Yá tiene espendidos el gobierno hasta sesenta millones de reales, y de repente la desacredita en 1680.

Plantea por donde quiera oficinas, á donde cada cual tiene que llevar aquella moneda ya inservible, para recibir en cambio la calderilla corriente; pero en la realidad lo verifican tan solo con miserables que llevan una cantidad muy escasa, pues en llegando á cincuenta pesos, le dan únicamente una cedulilla ó billete pagadero en tres meses, a los que acuden con ciento, otro billetillo pagadero en medio año y así de los demás; pero á los pudientes que traen sumas cuantiosas se les dice sin rebozo, que el rey se encarga de su reintegro.

Con esta nueva tropelia, ó estafa, sube sin término el precio de todos los consumos, y el gobierno, para alivio del pueblo, tiene que rebajar los derechos de entrada ó salida de vinos y aceites. Pero al año siguiente recarga nuevos impuestos sobre casi todos los jéneros, y aumenta de un octavo los derechos impuestos á las carnes, para ofrecer los regalos corrientes á los embajadores de Moscovia que se despiden del rey católico.

Adelanta poco despues el condestable de Castilla veinte mil pesos para la mesa mezquinísima de Cárlos II, pues los tratantes se niegan á suministrarle el pan y los renglones mas urjentes. Desiertan en 1683 de las caballerizas reales mas de sesenta palafreneros, por cuanto les están debiendo tres años de sueldos, y de resultas D. Pedro de Leyra, caballerizo mayor, tiene que andar á caza de esportilleros por las esquinas, para cuidar de los caballos del rey.

Escribia un embajador en 1689 en los términos siguientes:

No cabe, sin presenciarlo, el rematado desamparo en que yace la España, por su desatinado gobierno, pues ni aun conoce que no le quede ya el mas mínimo recurso; y el ejemplar siguiente bastará para espresar á las claras mi fallo antecedente.

Espende el rey de España sus rentas en pensiones y agasajos que reparte al señorío, el cual no le redunda en provecho alguno; se conceptuó que en anulando aquel desembolso, quedaria al rey caudal para todo; se verificó así, mas nada en suma se vino á lograr.

Con efecto, el producto mas cuantioso que cabe al rey es el de las aduanas de Madrid y de los pueblos principales, y escaseando de medios aquellos señores ni por sí ni por sus dependientes, ya despedidos, adeudan la menor cantidad, como que los recargos son tan subidos que han venido á llegar al cuatrocientos por ciento, y ahora en la realidad han cesado totalmente. Con esto aquellos criados y los menestrales que vivian por los mismos señores han desaparecido, embarcándose unos para las Indias, y feneciendo otros por suma indijencia, lo que es harto frecuente en el pais. Como quiera, el arbitrio que al parecer iba á rellenar los arcones del erario, ha redundado en mayor vacío y desconsuelo.

En 1637, mientras Vandoma estaba sitiando á Barcelona, se apropió el rey cuantos depósitos habia en las iglesias, socolor de tener que asistir á las tropas que estaban guerreando en Cataluña; pero verificado el saqueo, se mandó al

virey para que aceptase la capitulacion.

Por fin, al fallecimiento de Cárlos II, ascendia la deuda pública á un bicuento y doscientos sesenta millones de reales.

CAPITULO SEXAJÉSIMOCUARTO.

Decadencia del comercio.—Consecuencia del menoscabo en todos los ramos de industria.—Reduccion del tráfico de Indias al puerto de Cádiz.—Salida y llegada de la flota dos veces al año.—Prohibicion de todos los renglones advenedizos.—Del cultivo de la vid y del olivo en las posesiones de América.—Escepto en el Perú y Chile por su distancia.—Inmenso contrabando, con especialidad despues de la ocupacion de varias islas gor Ingleses y Franceses.

LAS MISMAS FECHAS.

El esterminio de la industria acarrea el del comercio. No cabia que los Españoles siguiesen estrayendo artefactos, no habiéndolos para el surtido de su propio pais, y así su comercio se redujo á meramente pasivo. Por tanto, en cambio de los muchísimos que les aprontaban Francia, Inglaterra, Jénova, Holanda y Hamburgo, tuvieron que dar sus materias primeras y las de sus colonias, como lana, seda, cochinilla, añil, campeche, medicinas, cueros, vino, frutos, secos y luego hasta sus barras de oro y plata.

A fines del siglo XVII los estranjeros vendian á los Españoles cinco sextos de los artefactos consumidos en el pais, y nueve décimos del comercio de América que la España intentara estancar en sus propias manos. Vamos ahora á desentrañar el arranque, calidad y resultas del contrabando en las Indias, que paró luego en manantial perpétuo de opulencia, para la insaciable estranjería.

Tras la conquista de Méjico y del Perú, interesaban infinito los Españoles en la conservacion de las tribus solariegas, en islas civilizando pausadamente con la debida enseñanza de artes y ciencias, en favorecer y fomentar todos los ramos de industria propias del pais, suministrando á los naturales cuantos renglones les faltaban, y cuya carencia estuvieron palpando.

Por este rumbo, no podian menos de afianzar la absoluta esclusion de todo estranjero en los mercados del Nuevo Mundo, y estancando en sus manos un comercio tan productivo, encumbraran su pais hasta lo sumo de la prosperidad. Este era el sistema predilecto de la reina Isabel, como esencialmente equitativo y ventajosísimo para los intereses de España y de sus colonias. Así es que en su reinado se planteó, por las islas recien conquistadas, el cultivo del trigo, de la vid y del olivo, se connaturalizaron los animales caseros de Europa, como el carnero, la cabra, el cerdo, el caballo, y antetodo el buey y el asno, auxiliares importantísimos del labrador.

Este mismo es el gran tema que tantísimo recomienda en sus cartas impresas en Méjico al emperador Cárlos V, el primer héroe del universo, el ínclito Hernan Cortés, diciéndole con sublime sencillez y entrañable quebranto; «ya que los Españoles tan desapiadadamente hemos esterminado á los isleños, escudemos paternal y desalamente las indiadas del continente, enseñándoles nuestras artes y nuestras leyes, para que vivan á su moda con toda felicidad.

Por esto mismo clama el parto mas asombroso del injenio humano, cual es nuestra lejislacion incomparable de Indias, que en vez de aterrar con penas y castigos, no exhala mas que amparo y cariño, á los indefensos y desventurados Indios.

Pero por desgracia, los mas de los pobladores del Nuevo Mundo se atienen á la actualidad, prescindiendo del porvenir, y sujetando el pais á reglamentos arbitrarios y violentísimos, que ahogaban la industria asomante, entregándola meramente á una total dependencia de la arbitrariedad. Hubo quien prohibió á los naturales el ejercer el oficio de tintorero, tejedor, zapatero y demás, precisándoles á comprar hasta los ínfimos artículos de los Españoles.

Componian por supuesto los Indios, en tiempo de Felipe II, la parte infinitamente mas crecida del vecindario en todas las Américas. Antes de la conquista, vivian casi desnudos, fabricándose por sí mismos lo poquísimo que necesitaban, para su engalamiento, mas bien que para su porte, pero súbditos ya del rey de España, tu-

vieron que vestirse de telas advenedizas; pero su trabajo solia ser insuficiente para su escaso mantenimiento, y así á lo mejor se emboscaban de nuevo para vivir cerrilmente como sus antepasados; y esta fué la principal causa, como lo demuestra el famoso Ulloa, y no el beneficio y afan de las minas, de su notable despoblacion.

Mayor vejamen fué para los Indios, la veda absoluta de la cria de vid y olivo. Pero quedaron esceptuados de esta disposicion Chile y el Perú, por su grandísima lejanía, mas se prohibió rigurosísimamente el envio de entrambos productos á Panamá, Goatemala y demás puntos, que podian recibirlos directamente de España.

Otro yerro capital fué el de ceñir el comercio de Indias á un solo emporio, como lo dispuso Cárlos V, escluyendo á la corona de Aragon; tal vez por su enemiga recóndita contra aquellos fueros, mas amplios y como ahora se espresa, mas *liberales* que los castellanos. El emporio se planteó al pronto en Sevilla, mas luego se trasladó á Cádiz, con un tribunal titulado *casa de contratacion*, donde todos los años se deslindaban y pautaban la cantidad y calidad de cuantas mercancías se destinaban á las colonias. Resultó al instante el abuso, muy obvio, de parar todo el tráfico en manos de poquísimos monopolistas que vinieron á estancarlo, con esclusion inexorable de toda competencia; y en seguida aquellos tiranuelos pujaron, como árbitros, el precio de toda mercancía, á medida de su desenfrenada é insaciable codicia.

Salian todos los años de la bahía de Cádiz dos escuadras abastecedoras de Méjico y el Perú, con el nombre de flotas ó galeones. Pasaban estos al Perú y Chile, y eran diez naves de guerra, de las cuales hasta ocho montaban de cuarenta á cincuenta cañones, y los otros dos eran *pataches*, el mayor con veinte y cuatro piezas, y el menor con seis ú ocho.

Iba la flota á Nueva España y provincias cercanas, y constaba de dos navíos de á cincuenta á cincuenta y seis cañones. Escoltaban ambas escuadras á una porcion de mercantes, con sus treinta ó mas piezas, y ciento y veinte hombres de tripulacion.

En tiempo de Felipe II, de sesenta á setenta naves, de á quinientas ú ochocientas tolenadas, surtian la Nueva España, y cuarenta, del mismo porte, abastecian el Perú. Menguó infinito aquel grandioso aparato en lo sucesivo; pues en el reinado de Cárlos II, se redujeron á diez á doce los acompañantes de los galeones á Cartajena ó Porto-Bello, y á ocho ú diez los de la flota para Vera-Cruz.

Los comerciantes del Perú y Chile acudian con alguna anticipacion á dichos puertos, con el producto de sus minas y las mercancías preciosas dedicadas al trueque y negociacion mas ó menos activa, por los renglones traidos de España. Duraba la feria hasta cuarenta dias, y se agolpaba allí, por aquella temporada, un jentío crecido y bullicioso.

No habia sin embargo desahogo ni albedrío en la contratacion, pues todo estaba ya previsto y pautado de antemano, habiendo renglones cuyo importe consabido debia rendir el ciento por ciento, otros el ciento y cincuenta y aun algunos hasta el trescientos. Se publicaban los precios, se entablaban negocios, y como eran fijos los datos, luego quedaban convenidos y corrientes los Americanos con los Españoles.

Redondeaban luego el ajuste en pesos ó barras, reinando tan suma buena fé por ambas partes, que ni se abrian los cajones de moneda, ni se desbalijaban los fardos de jéneros; sin que hubiese jamás ejemplar de engaño, ú equivocacion, y si por casualidad se trocaban los saquillos de oro por plata, ó bien á la inversa, se restituia todo al golpe, por sus respectivos dueños.

Otro tanto sucedia en Vera-Cruz, y despues de algunos bajeles destacados para las diferentes islas, se reunian ambas escuadras en la Habana, para volver juntas á Europa. Al principio aportaban en San Lucar, á cuya entrada habia una torre llamada del Oro, pero despues toda la contratacion á Cádiz.

En tiempo de Cárlos V y Felipe II traian añil, cochinilla, azúcar, vainilla, campeche y muchísimos cueros curtidos que suministraba la Nueva España. Hay luego que añadir la quina del Perú, el tabaco de la Habana, y otros muchos renglones, ansiados todos en los mercados de Europa. Pero despues los Españoles vinieron á desentenderse de drogas y mercancías, vinculándose las naves al trasporte de oro plata y pedrería. Surtian en cambio á las colonias con paños, telas, muebles, aperos de labranza, dijes ó alhajas, vinos, aceites y otros muchos surtimientos que se consumian en América.

Remitianse los envios de mercancía á los correjedores, que luego practicaban sus *repartimientos*, por los respectivos distritos de su mando, y mediaba en este punto mas ó menos legalidad, para el desventurado Indio, cabiéndole tal vez algun renglon que se le hacia inservible.

Habia con efecto correjidores que, segun el verídico Ulloa, á lo mejor repartian, por ejemplo, cuatro varas de terciopelo á un Indio infeliz, que jamás lo habia de usar, teniendo que atender al mantenimiento de su familia. A otro le entregaban medias de seda, cuando se diera por muy dichoso en tenerlas de lana; solian dar un espejo á quien no tenia pared para colgarlo, y un candado al que se contentaba con una puerta de juncos ó de mimbres, bien ó mal en-

tretejidos; y luego plumas y papel á quien no sabia escribir, ó naipes, á quien no entendia juego alguno. Es el Indio barbilampiño, y le repartian navajas de afeitar, y cajas de tabaco, á quien no tomaba un polvo.

Hacíanles recibir, á peso de oro, peines, anillos, botones, encajes, cintas y hasta libros no sabiendo leer. En seguida fruta seca, vinos, aceites y antetodo aguardiente que les repugnaba, y se daba por dichoso el Indio que podia revender su redoma por un tercio de su coste.

No se satisfacian algunos correjidores con aquel reparto primero de los jéneros recienvenidos, pues luego acudian con otros nuevos y reservados, y eran los verdaderamente necesarios y de compra casi indispensable, como paños, telas y aperos de labranza. Arbitro era entónces el Indio en su adquisicion, mas no en el pago que ascendia al cuatrocientos de lejítimo valor, sin resistirse jamás á tamaña violencia, por zozobra y apocamiento.

El hecho siguiente, referido tambien por el mismo jeneral Ulloa, en sus Noticias secretas, es en estremo escandaloso.

Compró un correjidor paños en Quito, y los revendió á precio tan exorbitante á los Indios, que estos acudieron al virey, quien les ofreció toda justicia, y pasó la querella á la Audiencia. Resultó luego el arresto de los Indios bajo el concepto de rebeldes, pues como tales les habia tachado el correjidor ante los oidores. Se averiguó despues la verdad; y los interesados procuraron soterrar la querella, dándose los Indios por muy bien hallados, con el recobro de su libertad.

Desembocadero tan grandioso para los artefactos no llegó á restablecer la industria nacional, pues la despoblacion redoblaba en España; la escasez de operarios, la vulgaridad enemiga de las artes manuales y el recargo frenético de los impuestos, habian ido dando al traves con las manufacturas. Ni la monarquía entera bastara para el surtimiento de las colonias, y un solo pueblo tenia vinculado aquel comercio.

En 1545 se conceptúa ya imposible el acudir en seis años á los pedidos para uno solo de Cartajena, Vera-Cruz y Portobello, y sin embargo florecian á la sazon en todo su auje las fábricas españolas; y luego á mediados del siglo XVII, ambas escuadras no solian juntar mas que de veinte y cinco á treinta mil toneladas, acopio insuficientísimo para surtir la inmensidad de paises que los conquistadores habian sojuzgado para España.

Tuvieron luego los comerciantes de Cádiz que reunir imprescindiblemente á los estranjeros, franqueando su nombre, para burlar ú orillar la ley esclusiva de las demás naciones; y desde aquel punto descolló y campeó el contrabando con desenfrenada avilantez por toda la Península. Todo contrabandista paró en personaje heróico, así de jácara vulgar, vendida por todas las esquinas, como de comedia campanuda representada en todos los teatros, infundiendo en la jeneralidad sumo interés y peregrino embeleso.

No se le conceptuaba ya como un hombron atropellador de la ley, por su interés personal; sino como un batallador arrojado que arriesgaba allá gallardamente su vida, contra el mas fuerte, y en todos los trances que mediaban entre aquellos valentones y los guardas ó dependientes de la hacienda, la pasion militaba siempre por los primeros; pues para el pueblo la autoridad era si de suyo malquista. Por otra parte, ¿cómo cabe atajar el contrabando en una tirantez de setecientas leguas, entre costas y lindes por tierra? Hasta los correjidores mismos, con un mundo de órdenes, avisos y reencargos, contra los introductores, eran los primeros en favorecerlos.

Sucedió luego que todo el comercio de Cádiz vino á ser fraudulento, pues los comerciantes de la Europa entera, desde sus propias embarcaciones, trasbordaban sin reparo sus jéneros á los galeones, prescindiendo de todo rejistro en la *contratacion*. Al regreso de la flota, los interesados recibian el importe de sus cargamentos en barras ó en dinero, por mano de los mismos Españoles.

Al fondear un bajel en Cádiz, acudia ejecutivamente un guarda para atalayar todos sus pasos y movimientos, pero luego, aunque el Argos tuviese los cien ojos de aquel de la fábula, los adormecia todos con el específico del cohecho, ayudando á veces personalmente á las operaciones de embarque, desembarque ó trasbordo, de cargamentos enteros. Traian además los buques el competente resguardo del cónsul de España, y su contenido se anticipaba ó se atrasaba, segun convenia á los defraudantes; y luego el capitan bajaba á tierra, declaraba en la aduana lo que le venia, acompañándole al par todos los interesados; y al fin el mapilla ó factura de todo el conjunto no ascendia ni á la veintena parte de su contenido.

Por fin, aun cuando se aparentase sumo rigor, y se decomisase una gran porcion de jéneros, el paradero se reducia á recargar crecidamente su derecho de aquel esceso, y cubrir, como decian, el espediente.

Escribia por entónces á Luis XIV su embajador en España:

«No hay asomo de reserva en los tratos que traen los estranjeros, y con especialidad los Franceses en España, pues constan todos individualmente, así por allá en las Indias, como

acá en Europa; mas no cabe por cierto evidenciarlos judicialmente, por cuanto los individuos de la *contratacion* y del consulado de Cádiz, y cuantos se interesan en ellos, sin que el amago de escomunion cause la menor mella, y mancillara para siempre su pundonor quien sacase á luz el supuesto arcano.

«Se me hace, á la verdad, muy estraño este jénero de pundonor que unos súbditos idolatran para lastimar á su propio rey; de donde infiere, que mediaban poderosos motivos para tolerar tamaño desbarro, y acaso sin él padeceria el comercio de ultramar notable quebranto.»

Parece con efecto positivo, que se contrabandeaba tan á las claras en Cádiz, con anuencia de la superioridad. Disponia la ley que cuanto se embarcaba en Cádiz para Ultramar, é igualmente por la inversa, constase siempre en los rejistros de la Contratacion, enviándose tambien mútuamente la nota individual ó factura completa, las oficinas de acá y de allá, para su cabal comprobacion. Ateniéndose el gobierno al desempeño de aquella disposicion tan atinada y terminante no quedaba arbitrio, ni resquicio, para el menor contrabando. Mas constábale positivamente, que la nacion se hallaba absolutamente imposibilitada de acudir á tamañas urjencias, y no queriendo, por decirlo así, pregonarlas, antepuso la continuacion de aquel sistema esclusivo, al desengaño ruidoso de su consentimiento.

Esta política ambidestra encerraba sus miras, proporcionándole decorosamente aquella entrada de caudales. Con efecto le afianzaba desde luego porcion cuantiosa de negocios que no le era dado atajar, pues á cada salida de la flota el consulado de Cádiz imponia un reparto para reintegrar al rey del daño que le acarreaba el contrabando, acudiendo á los mismos interesados, quienes franqueaban sin reparo sus rejistros, y aprontaban su cantidad competente, y que venia á recaer sobre los negociantes estranjeros.

A fines del siglo XVII, solia aquel reparto importar de diez y ocho á veinte, ó tal vez veinte y cinco millones de reales, á la salida, y otro tanto al regreso de ambas escuadras. Consulado de Cádiz y ministerio participaban al par de aquel desembolso, pues los encargados recargaban el impuesto por muchos meses, para lograr en todas sus partes el intento costeando desde luego el disimulo silencioso de los ministros, con regalos de mayor cuantía.

Además, con este jiro tan sesgo, y hasta cierto punto encubierto, en asomando agravio alguno, el gobierno ponia en ejecucion sus leyes, y la nacion agresora, quedaba al punto penitenciada. Acaeció que Enrique IV de Francia destacó algunos auxilios á la Holanda, en contravencion de un artículo terminante del tratado de Vervins, y al momento el duque de Lerma hizo prender á cuantos comerciantes franceses habian introducido en Cádiz una porcion, mas ó menos considerable, de contrabando.

Hasta pena de muerte impuso Felipe III en 1614 á todo contrabandista en América, y sin embargo siguió tolerándolo para las naciones amigas de España, en el acto mismo de promulgar tan tremendo decreto. Embargó en 1624 el duque de Olivares hasta ciento y sesenta buques holandeses, entrados en Cádiz y en otros puertos del reino, con pavellon austríaco, y estaban en ademan de ir á desembarcar una inmensidad de mercancías para las colonias.

Como veinte años despues, sobrevino una desavenencia con la república de Jénova, por el pueblo de Final, y Felipe IV embargó cuantos intereses tenian los Jenoveses que estaban comerciando en España. Al saber el mismo rey el destino positivo de la escuadra que Cromwel habia enviado á las Américas en 1655, encarceló á cuantos Ingleses habia en Cádiz y en otros puntos, confiscándoles todas sus mercancías.

Se propasó repetidamente Luis XIV, segun su costumbre, despues de la paz de Nimega; se acudió desde luego por el desagravio competente, y hubo avenencia con la corte de España; pero el mismo Luis XIV bombardeó á Jénova, y despues se apoderó en plena paz, sin rubor ni miramiento alguno, de Cortray, Dixmunda y Luxemburgo, que por el propio reconocimiento del usurpador, eran de España, los ministros de Cárlos II embargaron en 1685, por via de represalias, cuantas mercancías hubo de Franceses que contrabandeaban descaradamente en España, y castigaron, con multa de algunos millones, á los Mejicanos, en cuyos almacenes se hallaron renglones de los fabricados en Francia. Rebosaban los mismos almacenes de jéneros ingleses y holandeses, pero los dependientes del vireinato no se dieron por entendidos; y por mas que Luis, siempre absoluto, quiso salir al frente por sus comerciantes, le desengañó su embajador, diciéndole que eran pasos en balde, pues el rey de España era árbitro en volver por sus derechos, así en paz como en guerra, debiéndose dar por bien librados los Franceses, en perder únicamente sus mercancías; y aunque Luis quiso vengarse á su modo, el gobierno español no hacia mas que usar de su derecho, como espresaba sin rodeos el embajador francés.

Por este medio, el mismo gobierno se proporcionaba un manantial, mas ó menos certero, de caudales, y tenia en su mano el descargar sus iras sobre todo estranjero desmandado; cuanto mas que, por este rumbo, asociaba sus propios súbditos, en las ganancias que podia rendir el

contrabando. Añádase, que si los artefactos de Francia, Inglaterra y Holanda se introducian en Méjico y el Perú, era siempre con pabellon español, cuyo medio redundaba en sumo provecho para el comercio de Cádiz.

Pero ya desde el reinado de Felipe III, se dedicaron los estranjeros á contrabandear directamente, inundando, con sus jéneros, las playas americanas.

Desde mediados del siglo XVII, hasta doscientos bajeles de cien, y aun de cuatrocientas toneladas, salian anualmente de los puertos ó ensenadas de Portugal, con preciosos cargamentos de telas finas y ordinarias, de sederías, paños y tejidos de oro y plata. Iban los Portugueses comprando aquellos artefactos por Flándes y por otros paises, y luego los embarcaban, no solo en Lisboa, Oporto y Viana, sino hasta en los puertecillos de Lagos, Villanova, Faro y Távila, situados en los Algarbes.

Llegaban al Brasil, embocaban el gran Rio de la Plata, y cuando ya no era navegable la corriente, iban desembarcando sus mercancías, y trasportándolas luego por el Paraguay, Tucuman, el Potosí y hasta el mismo Lima, desde donde les era muy obvio el desparramarlas por todos los pueblos mas granados del Perú entero. Tenian los negociantes españoles, avecindados por el pais, sus corresponsales en el Brasil, como tambien por España en Sevilla, Cádiz y otras ciudades, y como los derechos á la salida de Portugal eran inferiores á los que se pagaban en dichos pueblos, cabia á los Portugueses el aprontarlos con rebaja de consideracion; y la franquicia que disfrutaban para la venta de negros por las colonias, les facilitaba mas y mas el contrabandear á sus anchuras, con sumo detrimento de los Castellanos. Paraban algunos dias en la costa de Guinea, y aportaban luego en Cartajena, Santo-Domingo, Jamaica y la Habana, y con aquel ensanche, desembarcaban los artefactos mas productivos, sin zozobra, ni tropiezo.

Solian tambien ajenciar por Canarias y Terceras algunos vinos y frutas confitadas, cuya venta se franqueaba en América, bajo cuya capa contrabandeaban tambien, sin aprension ni cortapisa.

Para las demás naciones, el entredicho era inexorable, sin que jamás planta entranjera llegase á hollar aquellas rejiones, como sagradas é inviolables, sin asomar bajo ningun pretexto por las colonias; porque al menor asomo de contrabando, confiscaban los Españoles naves ancladas ó á la vela, pues todo buque cargado de artefactos advenedizos, ó de caudales procedentes de las colonias, se reputaba por contrabandista. Habia sin embargo dos burladeros para la ley.

Ansiaba un capitan fondear en un puerto de Méjico ú del Perú; aparentaba escasez de agua, un mastelero roto, una grieta, ó chorrillo de agua, irremediable en alta mar. Enviaba su memorial muy rendido y afectuoso al gobernador, y mediando un agasajo cuantioso, alcanzaba el permiso de entrar para habilitar el bajel y seguir su derrota. Mediaban desde luego cuantas formalidades cabian, y ante todo se almacenaban las mercancías y se sellaba la cerradura del sagrado depósito. Mas tenia el almacen su puerta escusada, y por supuesto espedita, y por allí salia todo á deshora, despues de reponer sus bultos con otros de añil, cochinilla y barras de oro ú dinero. Concluido el trueque, aparecia cerrada la gotera, el mastelero repuesto, y el bajel daba la vela para encaminarse á Rochefort, ó á cualquiera otro puerto de Francia.

Esta gran maniobra se practicaba con los cargamentos de mayor cuantía. En cuanto á los menores, se acudia á ciertas playas ó ensenadillas desviadas, y por lo comun hácia las desembocaduras de los rios. Sonaba un cañonazo, acudian los naturales con sus barquillas muy á deshora, para contrabandear á su salvo. Los mas estaban disfrazados y traian el dinero en vasijas con manteca, ú otra falsía semejante. Se verificaban ajuste y pago en duros nuevos, á los cuales se les podia rebajar un décimo de valor, sin que asomase en el tráfico aquel quebranto.

Pero habia que estar muy alerta con los visitantes, y admitir á muy pocos de una vez; por lo mas se atrincheraba el capitan á la entrada de su cámara, con bancos y una mesa, donde se tendian las muestras de sus mercancías; y tras aquel parapeto, asomaba el patron cercado de amigos y de algunos marineros armados, y otros mas sobre la popa. Los demás andaban por los pasamanos, para recibir la jente ó despedirla.

Ninguna cautela estaba de mas, pues si los Americanos se veian superiores, y se les rodeaba coyuntura para apoderarse de la nave, nunca la malograban. Con efecto, lo saqueaban todo, y luego echaban á pique barco y tripulacion, para no dejar el menor asomo ni rastro de su salteamiento, pues en aconteciendo tamaño atentado, la justicia lo castigaba ejemplarmente, recobrando el robo por entero, à beneficio de quien hubiese lugar.

Solian los gobernadores abrigar el contrabando, pues siendo los empleos venales, se afanaban dia y noche por el reintegro de su desembolso, porque no siempre se esmeraba el consejo de Indias en pos del mejor desempeño, sino de la colmada correspondencia de sus empleados; por cuanto se beneficiaban jeneralmente los destinos, escepto los vireinatos de Méjico y del Pe-

rú, reservados allá para la grandeza que gozaba siempre suma privanza.

Aquellos cargos eminentes y los gobiernos principales, eran para sujetos enviados de España, pero los vireyes solian beneficiar los cargos subalternos, mas no los presidentes de Panamá, de Goatemala y de otros puntos, que por lo mas eran hombres pundonorosos.

Habia en cada puerto dos, y á veces tres, empleados, con autoridad judicial y direccion en el ramo de hacienda. Debian todos zelar y precaver el contrabando, mas como habian beneficiado sus destinos, andaban tambien solícitos tras el recobro de sus costas.

Cinco años eran jeneralmente los que permanecian en sus empleos, bastándoles aquel plazo para adinerarse, y volver ufanos á su patria, contrabandeando muchos toda la temporada por su propia cuenta.

Hubo en tiempo de Cárlos II un gobernador, llamado Pimiento, que se amaestró hasta lo sumo en aquella granjería. Habia servido con aprecio en Baviera, y aquel soberano tuvo á bien recomendarlo á la corte, para que le dieran un destino aventajado, y encargándole que tratase de ajenciar ejecutivamente cuatro ú cinco mil duros, y volver con ellos á Europa.

En desempeño prontísimo de su intento, se reservó el ansioso gobernador el jiro y producto del contrabando para sí solo, aparentando sumo apego á la ley, con afan vijilante y ejemplar; y para cumplir el segundo encargo, solicitó desde luego licencia, para pasar temporalmente á Madrid, satisfecho de hallarse ya en la cumbre de la fortuna, al recibir aquella concesion; tardó con efecto la licencia tan largo tiempo, que Pimiento tuvo lugar para atesorar muchísimos miles de pesos, con que dejó colmados á sus herederos, habiendo muerto, antes de verificar su regreso.

Solian con efecto agolpar largas sumas los gobernadores, pero mucho mas los vireyes, cuando no escrupulizaban en contrabandear clara ó encubiertamente.

Aparentó un virey arranques pundonorosos de ira, al saber que se estaba contrabandeando por un puertecillo, cuyo gobernador aprontaba guias á los estranjeros, para encaminarlos por los rumbos mas oportunos al logro de su granjería. Envia al punto un paniaguado, para pesquisar jurídicamente todos los pasos de aquella demasía. Prorumpe el encargado en amagos, pero luego se deja doblegar y carga con un tercio del producto, que para en manos del gobernador. Pasa allá segundo informante y sucede con él otro tanto. Queda al parecer escarmentado el gobernador, pero sabe el virey que está esperando en el mismo puerto un bajel cargado de jéneros de la China; y entónces envia un comisario para confiscar todo el cargamento con la nave, y prender al gobernador con todos sus cómplices. En suma, tras largo y ruidoso proceso, en el cual se patentizaba el desenfreno de todos los empleados, vinieron los reos á quedar absueltos por la audiencia de Lima.

CAPITULO SEXAJÉSIMOQUINTO.

Continuacion del mismo asunto. — Adquieren Franceses, Ingleses y Holandeses varias islas, que les sirven de madrigueras para su inmenso contrabando. — Arbitrariedad de los vireyes en América. — Espedicion de los Ingleses contra Canarias. — Tanteo del importe jeneral del contrabando. — Esterminio casi total de las fábricas en tiempo de Cárlos II. — Falta absoluta de comunicaciones, entre las varias provincias de la monarquia. — Observaciones particulares.

LAS MISMAS FECHAS.

La adquisicion de la Martinica, de la Guadalupe y de la parte occidental de Santo-Domingo, por parte de la Francia, al principio del reinado de Luis XIV, los establecimientos holandeses en San Eustaquio y Curazao, entrometidos en el mismo golfo de Méjico; la ocupacion de la isla de Santo Tomás por los Dinamarqueses; la de Barbada, San Cristóval, Antigua y Jamaica por los Ingleses, encaramaron mas y mas la plaga del contrabando.

Balandras lijerillas iban y venian á la vista de los bajeles españoles, fondeados por las costas, pero inservibles para las playas por su mucho calado, lo cuajaban todo de mercancías; y si tal

vez se construian tambien balandras perseguidoras, asomaba al punto una escuadrilla entera de lanchones y barquillas, para escudar á los contra bandistas, y entónces los guarda-costas tenian que acojerse á los puertos.

A cientos y á miles acudian armadores del Havre y de San Malo, á contrabandear descocadamente, y como decian á *punta de lanza*, haciéndose muy árduo el atajar aquel desenfreno, por la inmensidad de costas en ambas Américas, cuanto mas que ni le cabia al gobierno, por su escasez de naves, el resguardar ni aun las costas acá de la Península, y por consiguiente mal podia cubrir las posesiones lejanas.

En el reinado de Cárlos II, tan solos tres buques de guerra habia en el Pacífico, y aun aquellos recienconstruidos en 1690, por disposicion propia del virey del Perú, y solian á temporadas permanecer anclados en el gran puerto del Callao. Vuelo mayor iba siempre tomando el comercio ilícito, ascendiendo los réditos anuales en Inglaterra, segun el siempre verídico Ulloa, á seis millones de duros.

Luego el tratado del *asiento*, para surtir de negros nuestras colonias, franqueó mas y mas aquel perpetuo desafuero, porque en virtud de sus pactos, plantearon los Holandeses comunicaciones incesantes por Cartajena, Panamá y Vera-Cruz; pues desde entónces, los comerciantes de Amsterdam y de Curazao, estaban de contínuo recibiendo pormenores circunstanciados, sobre cuanto conducia para el envío, despacho y producto de mercancías, con mas seguridad y ventaja que nunca.

Desiertos vinieron á quedar, desde entónces, los mercados de Vera Cruz y demás de la América española, teniendo á veces que esperar los galeones, hasta años enteros á los tratantes americanos. En tan larga demora, se averiaban jéneros y naves, y los comerciantes de Cádiz, tenian de antemano consumidas todas sus ganancias; y así por último solian mediar, cuatro, cinco ú mas años, antes que se habilitase nueva salida de la flota. Con aquellos rezagos, los Americanos se fueron acostumbrando á contar con los advenedizos, y acudieron todos á surtirse de sus jéneros, prescindiendo ya de los bajeles nacionales.

Sobrevenian guerras marítimas, y entónces los vireyes de Méjico y del Perú providenciaban por sí y ante sí, segun las ocurrencias que presenciaban, ó preveian, y franqueaban el comercio con los neutrales, mientras escaseaban las comunicaciones con España. Se apoderan, en tiempo de Felipe IV los Ingleses de Jamaica; plantean allí su malvado apostadero contra todo el golfo de Méjico, y así atalayan mas y mas la ida ó vuelta de las flotas para saltearlas desaladamente, y mientras dura el mando del barto famoso Cromwel, conservan su preponderancia marítima, para dar al través con la marina española, y atajar toda comunicacion entre la Península y sus colonias.

En aquella guerra absolutamente marítima, hasta las mismas riquezas de los Españoles les redundan en mayor quebranto. Por donde quiera les amagan pérdidas infinitas, y los galeones, atestados de oro, se engolfan por el anchuroso piélago, van á tropezar con las garras inglesas, con aquellas escuadras, que, á manera de aves de rapiña, están acechando el asomo de la presa idolatrada.

La primera órden que da Cromwel á sus almirantes Blake y Montague, es que estén siempre alerta, para el regreso de los galeones, cruzando dia y noche sobre las costas de España, y atajándoles sin arbitrio la carrera de América. Envian tambien, por disposicion del mismo, cierto número de naves, para bloquear á Dunquerque, en donde asoman fuerzas españolas para alejarlas. Sobreviene la otoñada, y tienen que ir los almirantes á Portugal en busca de abastos, dejando sobre Cádiz al capitan Stayner, con siete fragatas, y le cabe la ansiada coyuntura, y se apodera de la flota de Lima, donde viene el virey con su familia, que padece mil sustos y desastres. Se salva la mayor parte del convoy, pero siempre se llevan los apresadores algunos millones.

Sabe Blake en 1657, que otra flota riquísima española, se halla fondeada en la bahía de Tenerife, y asomando ya la primavera, llega allá el 20 de abril. El comandante español se escuda con las baterías de los fuertes, y coloca gallardamente cuatro naves ancladas al frente del enemigo, y Blake se empeña en abrasar los galeones, ya que no pueda apresarlos; rechazan con efecto á la codicia inglesa, mas perece el convoy con los tiros incendiarios del enemigo, quien anonada toda aquella riqueza, sin mas provecho que el de saciar su bárbara saña.

Por entónces deja el Océano de ser español, segun la espresion de un célebre poeta castellano, tremolando la Inglaterra su pabellon rojo, sin competencia; y no son ya Sevilla ni Cádiz, sino Lóndres y Amsterdam, los abastecedores de Méjico y del Perú, empapándose voraz é insaciablemente en oro y en preseas. Otro tanto vino á suceder luego despues en la fatalísima guerra de sucesion, cuando Ingleses y Holandeses, y los Europeos todos, acudian allá, como salteadores sobre un panteon, á saquear los indefensos cadáveres. Y aun entónces el comercio español sobrellevó caballerosamente todo aquel redoblado quebranto, sin delatar jamás á los interesados, por no faltar en un ápice á la con-

fianza que merecian á sus corresponsales.

No cabe puntualizar por átomos la cantidad ni calidad de los artefactos que diluviaban, ya sin rebozo, los salteadores]enemigos en derechura sobre las Américas; mas apuntarémos ciertas especies fundamentales, sacadas de Ulloa, para poder formar algun concepto del infinito contrabando que estuvo mas y mas plagando aquellas rejiones, en el reinado de Cárlos II.

Enviaba la Francia anualmente á España, y á las Américas, cuatro clases de ruanes, y á este tenor otros muchos jéneros: siguiéronles los Holandeses, y á competencia Ingleses, Jenoveses y Hamburgueses; y luego los mismos Flamencos, afinando y estremando sus encajes, blondas, batístas y todo jénero de lienzos; y así resultaba un importe de largos millones de duros, por el contrabando jeneral de todas nuestras posesiones.

Hasta la misma China venia á terciar en aquel ilícito surtimiento, pues el puerto oportunísimo de Acapulco, era el desembocadero de sus ricas mercancías. Los Españoles avecindados en Filipinas, habian construido las llamadas *naos*, para venir anualmente á dicho puerto, con preciosos cargamentos de telas de algodon y de seda, porcelana, lacre ó cera, y especias de China. La ciudad de Guayaquil, en Nueva-España, servia igualmente de emporio, para contrabandear en jéneros de China. Para encubrir algun tanto el engaño, desembarcaban el contrabando en los puertecillos de Manta, Atacames y Puerto-Viejo, y luego lo barqueaban al mismo Guayaquil, y los comerciantes americanos que iban feriando de primera mano aquellos renglones, venian á granjear hasta el doscientos por ciento; y el conjunto de aquel comercio ascendia á dos millones de duros.

Carearemos ahora los artefactos de España, que el comercio de Cádiz enviaba á las Américas, con la exorbitancia sobredicha.

Quedaban todavía en el reinado de Cárlos II algunas manufacturas de seda y lana en España, pues Granada, Sevilla, Toledo y Córdova, seguian fabricando algunos terciopelos, tafetanes dobles y otras telas de seda; y su producto ascendia á cuatro ú cinco millones de reales. Se fabricaban todavía en Segobia paños de superior calidad, pero se consumian en Indias, por valor no mas de unos doscientos mil reales. Se cargaban principalmente, en las flotas, vinos, aguardientes, pasas y aceite, que se ajenciaban en el pais; como tambien cantidad considerable de hierro vizcaino; y estos últimos renglones valian unos cinco millones de reales.

Resulta, que aun prescindiendo del contrabando directo, y ciñéndose al auxilio de los cargamentos de las flotas, se está echando de ver, que á fines del siglo XVII, el comercio de Indias no paraba ya en manos de los nacionales.

Habria hasta ciento y sesenta mil estranjeros avecindados en España, que tenian como vinculado en su poder el tráfico mas ó menos directo con las colonias, y sobre los doscientos millones de reales en artefactos ó mercancías de todo jénero, que se feriaban en Méjico y el Perú, aprontaban ~~tal~~ vez ciento y ochenta, y al regreso recojian mas de doscientos millones de los doscientos y treinta, que venian á formar el importe total del retorno.

CAPITULO SEXAJÉSIMOSEXTO.

Vulgaridad opuesta á los tratantes. — Ocio y quijotismo. — Desamparo de los talleres, y de todos los ramos de industria. — Carencia jeneral de todo jiro. — Falta de comunicaciones. — Por carreteras. — Por canales. — Por rios navegables. — Contingencia de intereses y personas, en los viajes.

LAS MISMAS FECHAS.

Vulgaridad muy arraigada en la nacion era el menosprecio de toda clase de tratantes, siendo como decian, mas vidrioso el pundonor en sus manos, que el de una doncella con sus galanteos.

Opuestísima con efecto se mostraba la opinion pública á todo jénero de comercio, pues los medios y mañas de todo tratante lastimaban el quijotismo castellano, como sucedia antiguamente con la arrogancia romana, desmereciendo la nobleza con aquel ejercicio; y sucedió que un grande de España, por haber negociado personalmente la venta de sus lanas merinas, se acarreó el apodo infamante de *mercader*.

Por esta causa, un hidalgo pobre se allanaba

mas bien al ejercicio de criado en una casa principal, que al de tratante, diciendo por lo jeneral, que en la servidumbre se adormece la nobleza, pero en el comercio fenece, pues en España, dice Lope de Vega, son todos tan bien nacidos, que tan solo la precision de entrar á servir, deslinda al menesteroso del pudiente.

La vulgaridad contra el comercio tenia el mismo oríjen que la preocupacion contra la industria, pues todo descendiente de los cristianos viejos de la montaña desdeñaba las usanzas judías y moriscas; y por esta misma causa, en larguísimo tiempo no tuvieron cabida en Madrid los baños, por aversoin jeneral á los ritos y lavatorios mahometanos. Horrorizábanles ante todo sus afanes mercantíles, y como los pecheros se espejaban en los hidalgos, cupo desde luego al comercio una reprobacion insultante; y en los siglos XVI y XVII se aparecen los menestrales advenedizos, habitando por los barrios de sus respectivos embajadores, para escudarse, á su arrimo, contra las demasias del vecindario nacional.

Mientras otros soberanos se esmeraban en realzar, y aun ennoblecer al comercio, Cárlos II ordenaba terminantemente á cuantos tratantes franceses, venecianos, jenoveses, flamencos ó portugueses, residentes en la capital, que se trasladasen al punto al barrio, á la sazon desviado, de Atocha, sopena de confiscacion de bienes á todo desobediente, en el término de un mes; providenciando así una especie de insulto á todas las naciones de Europa. Querellóse en balde el embajador de Venecia; el de Holanda se desentendió de la tropelía, y por mas que protestó el de Francia, en nombre de su soberano, tan solo pudo recabar la próroga de dos meses, sobre el plazo del bando.

Así que, el gobierno de Cárlos II confinó á los mercaderes en un barrio aparte, tratándolos como impuros, desafuero que redundó en mayor vilipendio de los pacientes, pues luego el pueblo todo los trató, como allá en otro tiempo á los judíos, porque en mediando algun motivo, mas ó menos fundado, se les arrojaba, esquilmaba, y aun castigaba de muerte. La maldad, ó tal vez la ignorancia en 1685 divulgó la voz de que el rey estaba hechizado por la reina, y á instancias del embajador de Luis XIV, se arrojó la oleada sobre el barrio de Atocha, para degollar á los mercaderes franceses, y en viéndolos vestidos á la estranjera, les hacian articular las voces mas distintivas de la pronunciacion castellana, y en faltando á la propiedad castiza, los maltrataban de palabra y obra.

Por esta causa, tan solo se contaban en Madrid dos ó tres banqueros españoles, parando todo el comercio en manos de Jenoveses y Flamencos.

Además de cuanto llevamos dicho, escaseaba siempre el gobierno de caudales, para construir carreteras, acequias, canales y puertos, con que fomentar el tráfico interno y el comercio esterior.

Cae España, como es muy notorio, al estremo occidental de Europa, y la parte única que la engarza con el continente, se halla atajada con un valladar ajigantado, que deja tan solos dos boquetes para relacionarse con el mundo traspuesto al Pirineo. Cordilleras encumbradas la cortan y desvian de sus mismas provincias por el interior, corriendo por lo mas de levante á poniente, con tal cual sesgo hácia el mediodía.

Aquellas cumbres, con redoblados ramales, por sus mismos picachos, ó bien por sus faldas, encajonan á trechos, ó por lo menos arrumban, los cauces del Ebro, Tajo, Duero, Guadiana y Guadalquivir, segun el sesgo ú desvio de las llamadas serranías; corriendo todos aquellos rios hácia el Océano, escepto el Ebro que desagua en el Mediterráneo.

Aquella posicion continental y casi aislada, y luego tantísima sierra, ó mas bien montaña, favorece en verdad muy poco á las comunicaciones, y por consiguiente al jiro mútuo del interior, y á las relaciones de afuera. Trabajosa es la entrada en España, y apenas lo es menos el tránsito por las provincias; y así escasean las llanuras, y aun mas las aguas, para sus respectivos riegos.

Suma era la urjencia de plantear comunicaciones seguras y espeditas, por cuanto la jeneralidad de las ciudades populosas vienen á caer sobre los estremos de la Península, teniendo que atravesar su mitad para ir desde Madrid á Barcelona, Cádiz, Sevilla, Granada, Valencia y Cartajena, y el gobierno se desentendió perpetuamente, de engarzar la capital con los pueblos traficantes de Cataluña, Andalucía y Galicia. El desamparo del rumbo de Estremadura era tal, que los carruajes llegaban á duras penas y con mil rodeos, á Badajoz; y aun ahora mismo se suele preferir el viaje á caballo por aquella provincia.

Requerian las Castillas obvio desembocadero para sus trigos, vinos y demás, frutos y por fin lo han logrado ya últimamente por la carretera del gran puerto de Santander, pues antes, como dice muy bien el célebre Jovellanos, aquella comunicacion era toda marítima, verificándose aun hoy en parte, por Asturias desde Barcelona y Alicante. Con efecto, antes la fanega de trigo costaba hasta diez y seis reales desde

Palencia hasta la costa Cantábrica, por lo cual solian los Asturianos abastecerse de trigo estranjero, teniendo á un paso el de Castilla.

Para el trasporte de mercancías de Madrid á Barcelona, Sevilla ó Cádiz, no mediaba trueque de frutos ó artefactos, sino meramente dinero, ú letras, que perdian por lo menos el dos por ciento

No sucedia así por las provincias del norte, pues Navarros y Vizcainos, desde luego se hicieron cargo de la trascendencia de puentes y carreteras, y las costearon grandiosa y eficazmente, al paso que yacian exánimes las Castillas, bajo el reinado de Felipe II y sus apocados sucesores. Hasta los mismos Borbones, que practicaron desde el principio notables mejoras en otros ramos de gobernacion, se adormecieron en demasía, sobre este punto importantísimo de plantear obvias comunicaciones.

Por fin en 1761 emprendió Cárlos III de una vez la construccion de cuatro suntuosísimas carreteras, para franquear la comunicacion ejecutiva de la capital con las provincias de Valencia, Galicia, Andalucía y montañas de Burgos y Santander. Debian entroncarse, con aquellas líneas maestras, varios ramales, para comunicarse con Asturias, Murcia y Estremadura. Se entablaron con todo ahinco las faenas, pero como dice el mismo Jovellanos, á los veinte años no habia una sola carretera concluida.

Yacieron en el mismo desamparo las empresas de acequias, canales y aprovechamiento de rios, siendo estos tan solo navegables por diez ó doce leguas de su desagne; y los menores que debian engarzarse con los principales, se quedaron por lo mas absolutamente inservibles. Sin embargo, á fines del siglo XVI, Felipe II se dedicó al grandísimo objeto de facilitar la navegacion interior, y habiendo venido, tras la conquista de Portugal, un injeniero italiano llamado Antoneli, á proponerle la habilitacion del Tajo, Ebro, Duero y demás, mereció sumo agasajo. Hallábase España á la sazon en la cumbre de su poderío, ajena todavía de los embates y fracasos que la acosaron y estremecieron en cortísimo plazo.

Aprobó pues Felipe II la propuesta de Antoneli, encargándole que empezase sus faenas por el Tajo, conceptuándolo el mas trascendental de toda la Península. Así se verificó en 1581, y á los siete años se cargaron de trigo en Toledo seis lanchones, y á los quince dias llegaron sin tropiezo á Lisboa, y así quedaron las Castillas y Estremadura engarzadas con Portugal. Proporcionando el enlace del Duero con el Tajo, á beneficio de las aguas intermedias, obvio se hacia entónces el desembocadero de granos y vinos de Castilla, para todas partes.

Fallece Antoneli, yacen sus afanes; se mueven un tanto, sobreviene la guerra con Inglaterra y Francia y cesan de nuevo. Junta Felipe II en sus últimos dias las córtes, pide á los diputados de Castilla y Estremadura caudales, para la continuacion de tan útil empresa; se avienen todos los pueblos, menos Toledo que opone alla una resistencia disparatada, y quedan sin embargo suspendidas las faenas, hasta los reinados de Felipe III y Felipe IV.

Entrambos reyes trataron además de franquear la navegacion del Duero, Ebro y Guadalquivir, pues el Ebro en lo antiguo habia sido navegable hasta Logroño, á mas de sesenta leguas del mar, y á principios del siglo XVII, apenas lo era mas que hasta Tortosa. Valiéndose de obras antiguas, y echando el resto en todo jénero de medios, se pudiera dilatar un canal desde Tortosa hasta el pueblecillo de Deva, como lo aconsejó modernamente el ínclito D. Ramon Piñateli, para enlazar el Mediterráneo con el Océano Cantábrico.

Ya el Guadalquivir no se hallaba navegable mas que entre Cádiz y Sevilla, mas en lo antiguo lo fué desde Sevilla hasta Córdova, siéndolo todavía en el reinado de Pedro el Cruel; pero en la espulsion de la morisma se desbarataron los malecones que lo encajonaban, y el rio siguió por el antiguo cauce, ó por otros nuevos á su albedrío.

Resolvió Felipe IV restablecer las obras desbaratadas, y en 23 de diciembre de 1676, espidió la cédula siguiente:

« El rey, al ayuntamiento y prohombres de la ciudad de Sevilla, hacemos saber, que conceptuando la navegacion de los rios principales de nuestros reinos, como uno de los medios mas eficaces para restablecer el comercio y repoblarlos, he dispuesto hacer trabajar, para que el Guadalquivir sea navegable desde Sevilla hasta Córdova. He llamado al intento injenieros flamencos, que escudriñen y allanen cuantos obstáculos se opongan á esta navegacion; y en el interin, encargo á D. Gaspar Bonifacio, intendente de Córdova, la direccion de esta empresa, con las facultades competentes, como lo declaro en otra cédula, y siendo notorias las ventajas que han de resultar para todo el pais, y en particular para Sevilla, que ha de lograr salida espedita para sus propios frutos, y baratura notable para los ajenos, enterado de que me servireis en este punto con el esmero que tengo esperimentado en otros muchos, os ordeno y mando, que auxilieis, por todos medios al sobredicho D. Gaspar Bonifacio, en cuanto conceptueis conducente á tan importante objeto, y desde luego acudais á proporcionar el caudal que os cupiere, para el coste y ejecucion de toda la empresa, y vuestro

afan y celo sirva de ejemplo á los demás pueblos, pues con esto procedereis debida y gratamente para mi servicio.

Yo el Rey. »

A pesar de disposicion tan terminante y encarecida, nada vino á verificarse, pues en 1726, tan solas dos leguas habia corrientes de las veinte y cuatro que median entre Sevilla y Córdova. Cuando la francesada del intruso José, los usurpadores, con sus patrañas acostumbradas, aparentaron habilitar la navegacion basta Córdova, en cuatro meses, pero en la realidad todo vino á quedar, como estaba anteriormente.

En estado de embrion permanecen tambien las obras emprendidas en el siglo XVII para encajonar y habilitar los cauces del Ebro y Duero, y otro tanto sucedió con las faenas ejecutadas, bajo la direccion de Luis Carduchi y Julio Marteli, para arreglar la corriente del Tajo entre Lisboa y Toledo, y no quedó ni asomo del intento.

En la menoría de Cárlos II, los coroneles Gruneubergs, injenieros flamencos, se brindaron á la rejenta, para ejecutar la propuesta de Antoneli, abriendo el canal con las aguas del Manzanares y el Jarama, para enlazar el Tajo con el Duero; mas los consejeros de Ana de Austria, se opusieron eficazmente al intento, cuya ejecucion conceptuaron absolutamente imposible. Sin embargo, al ofrecer los empresarios el depósito de un millon de reales, en afianzamiento del acierto, la rejenta se avino á nombrar una comision que se enterase de sus pormenores, y entre sus individuos asoma D. Francisco Ramos del Manzano, consejero de estado, y uno de los juristas descollantes de aquella temporada.

Recelosa se mostró aquella junta con la propuesta de los injenieros, ya porque, segun opina Campomanes, la mayor parte de sus individuos se hallase ajenísima de todo conocimiento hidráulico y aun matemático, ó bien que la ignorancia jeneral, en aquellos puntos, alcanzase al mismo Manzano. Por fin tras largas dificultades, se emprendieron las faenas, mas cesaron luego, por falta de caudales. Hubo despues otro proyecto, para habilitar el cauce del Guadiana hasta Badajoz, pero quedó igualmente sin resultado.

Infausto venia á ser siempre el desempeño de tamaños intentos, pues todos absolutamente se malograron, y así ni los Felipes austríacos, ni Cárlos II lograron el desahogo de un solo rio para la navegacion, ni abrieron una sola acequia, para el fomento del riego y del comercio interior.

Debia la España muchas acequias á los moriscos, particularmente en Granada, Murcia y Valencia, mas servian únicamente para el riego. El canal de Aragon, que enlaza á Tudela con Zaragoza, se empezó ya en 1528, bajo el reinado de Cárlos V, y por esto se apellida jeneralmente imperial; pero todas sus faenas quedaron suspensas y casi desbaratadas, bajo todos los soberanos intermedios, hasta que en tiempo de Cárlos III, lo tomó á su cargo el gran patricio Don Ramon Piñateli, de la esclarecida alcurnia del conde de Fuentes. Todos los demás canales, como el de Castilla, bastante adelantado, y otros meramente en proyecto, son tambien del tiempo de Cárlos III.

Permanecieron en los siglos XVI y XVII casi todos los puertos de España, cuales los habia planteado la misma naturaleza, sin que la mano del hombre se acercase á mejorarlos. El fondeadero de San Sebastian era de poquísimo resguardo contra los temporales, y las naves de guerra tenian que internarse en Pasajes, donde tampoco habia muelle, ni defensa alguna artificial.

Habia entre Asturias y Galicia mas de treinta puertos, sin que asomase apenas bajel alguno mercante, desconociendo jeneralmente los estranjeros el capacísimo de Vigo; cuanto mas que la internacion de mercancías desde aquella costa por el reino de Leon, era costosísima. El puerto de Santander yacia tan solitario como el de Vigo, sin que se haya obrado en él con algun esmero, hasta fines del siglo XVIII.

Carecian además los puertos de fortificaciones competentes, para su resguardo, y así eran muy obvias sus entradas para cualquier enemigo armado. Bajo este concepto, se presentó una memoria á Enrique IV de Francia, aconsejándole que se apropiase el puerto de Alfaques, desde donde á toda hora se podria internar Ebro arriba, y señorear Cataluña, Valencia y parte de Aragon.

Los Ingleses en 1587, atropellaron la bahía de Cádiz, destruyendo hasta veinte y seis buques de guerra, anclados en su interior; repitieron su operacion en 1596, y el almirante D. Diego de Sotomayor incendió su misma escuadra, para que no cayese en manos del enemigo. El almirante francés D'Estrees bombardeó en 1631 á Barcelona, y arrojó dos mil bombas en Alicante. En el arranque de la guerra de sucesion, los Ingleses, siempre astutos y mercantiles, se apoderaron alevosamente de Jibraltar absolutamente indefenso, afianzando, con la paz de Utrecht, la posesion de aquel peñon inespugnable, que señorea el estrecho, y que siguen todavía usurpando en nuestros dias.

CAPITULO SEXAJÉSIMOSÉPTIMO.

Riesgo en las comunicaciones por mar y por tierra. — Salteamientos incesantes por los caminos. — Piraterías horrorosas por las costas de España. — Zozobra continua de los naturales. — Asaltos repetidos de la morisma. — Atalayas y torres para aviso y defensa. — Piraterías mayores por todos los puertos y playas de ambas Américas. — Armamentos terribles destinados espresa y desenfrenadamente al intento.

LAS MISMAS FECHAS.

Eran las comunicaciones interiores, no solo pausadas y trabajosas, sino además en estremo arriesgadas, y aun el arrojo en aquella profesion salteadora, solia merecer una especie de pasmo en la nacion entera.

Varios de los héroes teatrales en Calderon vienen á ser unos capataces de bandoleros, y el gran Cervantes, tan afectuoso y trascendental en sus jeneralidades, no deja de tratar al salteador Roque Guinart con algunos asomos de miramiento.

Cabe quizás achacar aquella vulgaridad tan desatinada, á las circunstancias peculiarísimas en que se halló la España por la edad media. Las correrías contra la morisma solian ser unos avances de guerrillas, reducidas á *talar* y *robar*, segun la espresion que usa con frecuencia Mariana; y luego tras la conquista, ó sin ella, los guerrilleros se trocaban obviamente en salteadores, y la nombradía de los triunfos salpicaba algunas chispas de gloria sobre aquellos valentones.

Apellidábanse *bandoleros* los militares despedidos que paraban en salteadores, y en tiempo de Felipe II tenian, cuando menos, plagada la España entera, y atropellaban con mas ó menos desenfreno al vecindario; y luego la justicia venal ó medrosa, careciendo absolutamente de policía, castigaba con criminal flojedad, ó en mera apariencia, á los malhechores.

Por todo el siglo XVII fué Sierra Morena guarida intransitable de salteadores, fieras y venados, pues vino á quedar yerma con la espulsion de los moros, sin que se repoblase hasta el reinado de Cárlos III. Espuestísimo era el atravesar aquellas malezas, siendo no menos arriesgado el transitar por la anchurosa Mancha, ó por los desfiladeros de Galicia, pues no faltaba algun matorral donde emboscarse el Manchego para atraer en acecho, y luego abalanzarse y desvalijar al mercaderillo que no iba pertrechado con su escolta de *escopeteros*.

Era ya como refran el dicho vulgar de que las ventas de Guadarrama y de otros parajes, eran otras tantas guaridas de bandoleros. La ciudad de Tudela sobre el confin de Aragon, Castilla y Navarra, solia ser el paradero de jente desmandada, y se agolpaban por lo mas en cuadrilla, para saltear luego mas á su salvo. Se asociaban á veces con los contrabandistas, y entónces hacian frente, con atroz descaro, á la misma tropa. Llegó á tal osadía el desenfreno, que Felipe II acudió al arbitrio de calificarlo imperiosamente de caso de inquisicion, y encargó al tribunal abrasador el conocimiento de aquellas causas. Pero se frustaron los conatos del santo oficio, para esterminar, como impíos y sacrílegos, á cuantos chalanes feriaban caballos en Francia ó donde quiera.

En aumento fué siempre aquel desman con Felipe III y sus endebles sucesores, pues las cuadrillas de contrabandistas, infestadores perpétuos del Pirineo y costas de ambos mares, se abanderizaron con los salteadores, que les sirvieron de auxiliares para contrarestar, en pelea campal, á cuerpos considerables de tropa; sucediendo otro tanto por la raya de Portugal, donde el desfiladero de Estacas, en la provincia de Zamora, vino á ser el apostadero de contrabandistas leoneses, y al mismo tiempo asilo para malhechores fujitivos de entrambos paises.

Espuestísimo pues, como se ha dicho, iba siempre el viandante por España, horrorizándole de continuo el monton de piedras y la cruz de madera que le decia conceptuosa y desconsoladamente *de mano airada*. Acontecia, hasta en las mismas poblaciones, ver sobre alguna puerta su crucecita negra con el rótulo: *aquí murió de desgracia*... Menudeaban tan lúgubres testimonios aun por las calles de Valencia y de

otras ciudades, clamando por vijilancia y escarmiento.

Habia, hasta en Madrid, cuadrillas *de rateros*, hermanados con las que vagaban por las provincias, siendo tan estremado el desenfreno, que en 1610 escribia un inglés á Lóndres: «de algun tiempo á esta parte, apenas hay noche en que no se cometa algun atentado, con jentes de toda jerarquía.» Al viajar, muchos que se preciaban de cuerdos, iban con su repuesto aparte, para transijir con los salteadores que estaban siempre en acecho y á su salvo, para tamañas empresas.

En la menoría de Cárlos II, acudió el correjidor de Madrid, repetidamente á la rejenta con instancia, para que providenciase la salida del rejimiento de Aytona, cuya soldadesca se ladeaba con los ladrenes para despojar á los transeuntes. En 1686 el correo despachado por el embajador de Francia quedó absolutamente en carnes, á cinco leguas de la capital, sin que nadie estrañase aquel desacato, habiendo á la sazon, hasta tres cuadrillas de bandoleros, por los alrededores de la corte.

Padecieron en gran manera esta horrenda plaga las provincias italianas del dominio español, hirviendo, en particular el reino de Nápoles, de gabillas que vivian únicamente de salteamiento y matanza. Incorporáronse todas un dia á las órdenes de un adalid, llamado Marco Berardi de Coreuza, y coronándose cual monarca, capitaneándo hasta mil y quinientos hombres, y derrotando cuanta tropa salió contra él, de modo que se hizo forzoso el formalizar una espedicion grandiosa para esterminarlo.

En 1590, el conde Alfonso Picolomini desmerece la privanza del gran duque de Toscana, acaudilla las varias gabillas salteadoras del reino de Nápoles y de los estados de la Iglesia, y entónces el virey conde de Miranda envia tropas numerosas para acorralar á los forajidos en sus madrigueras, y por el pronto, segun Herrera, fueron todas rechazadas.

Con efecto, el sinnúmero de bandoleros, prácticos del terreno y relacionados todos con los vecindarios, imposibilitaron al virey el repetir la espedicion, y así continuaron por algun tiempo señoreando y esquilmando campiñas y aldeas, y la nobleza de tierra adentro los surtia de municiones, para tenerlos gratos y vivir en salvo de sus tropelías, llegando al estremo de brindarles con cuanto se les pudiera ofrecer. Con tales rendimientos vinieron los forajidos á tomar tantas alas, que pasaban, á fuer de soberanos, órdenes á los pueblos, y nadie osaba desobedecerlas, sopena de castigo tremendo y ejecutivo.

Creció mas y mas el desenfreno con los sucesores de Felipe II; y así sucedió que en 1676 los forajidos, despues de talar los territorios de Rejio y de Melazo, se arrinconaron por la Calabria, y derrotando á las milicias enviadas contra ellos, saquearon las cercanías de Maratea. El marqués de los Veles, virey de Nápoles, arrestó al marqués de Muriano, sumamente iniciado de corresponsal íntimo de los bandoleros, y luego impuso un subsidio jeneral, para conseguir su esterminio.

Menos resguardo lograba todavía el comercio marítimo, pues mil corsarios pirateaban por las costas del Mediterráneo, mientras las fuerzas navales vagaban, con otros objetos, por las lejanías del Océano. Llegaron luego los berberiscos hasta el punto de avasallar absolutamente el Mediterráneo. Solian ser además moriscos oriundos de Valencia y Granada, relacionados con los remanentes en España, y como se hallaban tan enterados del pormenor de la costa, la seguian toda, aterrando y horrorizando á los moradores. Solian internarse por el Ebro, el Júcar ó el Segura arriba, y saquear campiñas y aldeas, á veces hasta diez ó doce leguas del mar; y luego sus javequillos lijerísimos burlaban la vijilancia y el amago de bajeles mayores, que no acertaban á darles alcance.

Hallábase Felipe II en Valencia, el año de 1564, cuando un corsario se abalanzó á un buque sumamente interesado, y era el turco Ajaja, ya muy nombrado por sus arrojos y maldades. Traia sus bajelillos con muchos remeros y cercando y asaltando el barco español, le apresó al fin y se lo llevó á presencia del rey atónito. Iba el apresador con gran pausa y señorío ostentando su trofeo, y lo condujo á un peñasco incontrastable, sobre la costa africana, donde los berberiscos habian construido un castillejo, llamado Velez, que les hacia veces de arsenal, y armaban allí sus bajeles, para luego abalanzarse á las presas, á las costas de España.

Arrojadísimo era tambien el pirata arjelino Morato Raez, asaltador incesante de todos los pueblos marítimos de la Península. Juntáronse en 1595 las galeras de España, Jénova y Malta, y al irle á los alcances, se guareció en un puerto de Provenza; pues Enrique IV, á impulsos de su encono implacable contra Felipe II, al remedo de Francisco I, se habia amistado con los Turcos, y así los puertos de Marsella y Tolon solian servir de guarida á la piratería africana.

Pero el corsario mas tremendo de aquellos tiempos era un renegado calabrés, llamado Cigala, que sentó plaza en las galeras del sultan. Se granjeó desde luego tan suma nombradía, que Selim II solia confiarle el mando de escuadras poderosas, como de sesenta á ochenta naves, con las cuales andaba estremeciendo y asolando las costas de Sicilia, Nápoles y España. Huian

acá y acullá los vecindarios á su menor asomo, y quedando aldeas y pueblos enteros desiertos, eran luego inmensos sus despojos, terciando tambien con él los Uscoques, quienes solian piratear por el Adriático.

El renegado griego Dali Mamí, al par del veneciano Azan-Aga, con quien estuvo Cervantes de esclavo cerca de seis años, compitieron con Cigala en arrojo y desenfreno.

Destrozada la Invencible por los bravíos uracanes, se abalanzaron mas y mas Turcos y Moros sobre las costas de Cataluña, Valencia, Murcia y las Andalucías. A fines del siglo XVI, propuso Campanela que se crease una órden peculiar de caballeros, al intento de resguardar la marina mercante, y en su escrito famoso dedicado al rey de España, le aconsejaba diese esta carrera á los segundones de la nobleza, premiando á los sobresalientes con sus debidos grados en la marina real.

Mas Felipe ni aceptó aquella propuesta, ni dedicó tampoco el menor conato para escudar á sus indefensos súbditos, contra los estragos de la piratería berberisca. Con este desamparo cesó el comercio hácia entre Barcelona y Valencia, entre Alicante y Almería y entre este y Málaga; y entónces los estranjeros, mas bien pertrechados, se lo apropian todo, llegando la zozobra hasta el estremo, que ni aun los pescadores con sus barquillas osaban desviarse á largo trecho de la costa; pues los piratas iban apresándolos á centenares, para luego venderlos por esclavos, en los mercados de Arjel, de Tunez ó de Trípoli, y así vinieron á despoblarse, hasta las productivas y concurridísimas almadrabas.

Con efecto, la de Conil solia antes rendir al duque de Medina Sidonia, hasta cerca de cien mil ducados al año, y en tiempo de Cárlos II, vinieron á quedar reducidos á la octava parte. De resultas desaparecieron casi totalmente los pescadores, entre los cuales se solia reclutar la mejor marinería, llamada de matrícula.

Los Catalanes fueron los mas perdidosos con las piraterías berberiscas, pues desde muy antiguo, tuvieron sus cónsules en Túnez, en el Cairo, en Constantinopla y en Alejandría. Poquísimo quebranto causó á su comercio el descubrimiento de entrambas Indias, puesto que Cárlos V solia blasonar mas del dictado de conde de Barcelona que del tan codiciado de emperador romano.

Su incorporacion á la corona de Castilla fué el primer móvil para el esterminio de su comercio, pues les precisaron los Castellanos á terciar en sus guerras y en sus desastres, sin asociarlos á la contratacion de Méjico y del Perú. Acorralados en el Mediterráneo, los Catalanes lloraron luego sus relaciones levantinas atajadas todas por los Turcos y los Berberiscos. Además la conquista de Ejipto por Selim II, el establecimiento de rejencias en Arjel, Túnez y Trípoli, que se plantearon á continuacion, y las victorias navales que á veces alcanzaron los Turcos aun contra las mismas escuadras de España y Venecia, los fueron escluyendo del comercio de Alejandría, de Esmirna y de Constantinopla.

Ya no se arriesgaron á emprender viajes dilatados, tiranizando la media luna los mares, y así tuvieron que fortificarse en su propia casa, contra la plaga de los frecuentes desembarcos, construyendo castillejos á las embocaduras del Ebro y del Llobregat, y tomando al fin de estremo á estremo la costa, para avisarse mútuamente, por medio de señales, del menor asomo de novedad. Defraudada ya del tráfico levantino, y escluida del gran comercio de Indias por la monarquía que la dominaba, Cataluña tuvo que concentrarse en sí misma, penando siempre mas y mas, hasta el advenimiento de los Borbones.

Espuestísimas yacen tambien las provincias del mar atlántico á los embates de la piratería, pues en 1578 el moro Fanar atravesó el estrecho de Jibraltar, y bejando todo Portugal desembarcó en Galicia, sorprendió los pueblos de Munjia y Camarinas, los incendió y vendió por esclavos á sus moradores. El 5 de octubre de 1606, otro corsario morisco asomó por la embocadura del Tajo, y se apoderó de una caravela portuguesa fondeada en el puerto do Cascaes. Los armadores de la Rochela anduvieron infestando las costas de Asturias y de Vizcaya, por espacio de mas de cuatro años.

A impulsos de su encono relijioso, conceptuaban usar de lejítimas represalias, saqueando poblaciones indefensas y apresando naves mercantes. Cuando Lanour, apellidado Brazo de hierro cayó en manos de los Españoles, guerreando contra ellos en Flándes, tuvieron muy presente, que siendo gobernador de la Rochela, habia estado sin cesar botando y armando buques contra ellos, y en venganza le atormentaron con crudo cautiverio, por espacio de seis años de martirio.

Siguieron alevosamente los Rocheleses pirateando, aun despues del tratado de Desvine, restablecedor de la paz entre España y Francia, y durante el reinado de Enrique IV, estuvieron mas y mas apresando naves, y se propasaron todavía mucho mas y se insolentaron desaforadamente, con las alas de sus afortunados robos; y por mas que María de Medicis ofreció declaradamente dar satisfaccion al rey de España, harto desvalido se mostró á su pesar, para con un pueblo que estaba como encabezando la república protestante.

Cuando por fin Richelieu formalizó el sitio de

aquella plaza; envió tambien Felipe IV hasta diez y seis naves de guerra, pero mal pertrechadas, y que al asomo de mayores fuerzas inglesas tuvieron que retirarse á los puertos de España. Vence por fin Richelieu, y atajó las piraterías de los Rocheleses.

Pero siguen los malvados berberiscos infestando las costas cantábricas, y á lo mejor se incorporan con los salteadores ingleses para abalanzarse á las flotas en su travesía de las Américas. En 1665 la nave Margarita, cuyo cargamento ascendia al valor de cerca de cuarenta millones de reales, en dinero y mercancías, se vió de repente combatida, á la vista de los demás galeones, por cinco bajeles corsarios, en estrecha y digna hermandad, tres moriscos y dos ingleses. Tras pelea reñidísima de uno con cinco, tuvo que amainar la Margarita, y conducida á Jénova, los piratas de naciones tan diversas, se repartieron con algazara infernal su riquísima presa, apropiándose la morisma el dinero y la cochinilla, y dejando á los Ingleses la nave, aunque muy malparada, y luego el campeche, el cacao y las demás mercancías. Los prisioneros, en número de cuatrocientos, muchos de ellos empleados en Indias, fueron vendidos como esclavos.

Era á la sazon el duque de Alburquerque el almirante jeneral, y al verse en Cádiz reducido á total inaccion, representó al gobierno que ni navíos ni galeras se hallaban en estado de salir al mar, y el conde de Castrillo, presidente del consejo de Hacienda, le contestó, que el erario yacia exhausto, y aun le llegó á decir que no cabia á la nacion el costear la armada. Permaneció así con efecto en inaccion, esperanzando á ciegas, que algun príncipe se dignase por fin escarmentar la piratería berberisca.

Entónces el rey de Francia quiso resguardar las flotas, por cuanto algunos súbditos suyos, interesados en aquel comercio, se lo habian pedido, y se aferró en el mismo sistema hasta el fin del reinado de Cárlos II, pero sin dar ya mas embate á los Arjelinos quienes siguieron pirateando á los Españoles sin contraste alguno; pero á lo menos Luis XIV envió diez navíos, para salir al encuentro á la flota y escudarla hasta llegar á salvamento, despues que rechazasen á todo trance á cuantas osasen incomodarla.

Mientras aquella España triunfadora en algun tiempo del sur al norte y del oriente al ocaso, yacia ahora exánime y espuesta á los embates de Turquía, Trípoli, Arjel y Túnez, unos piratas nuevos que se llamaron barbaramente *filibutires*, que por lo mas eran Ingleses y Franceses, echaban el resto de su atroz desenfreno, infestando las costas dilatadas y riquísimas de Méjico y del Perú.

Habia el tratado de Vervins ajustado la paz entre España y Francia, con las colonias de entrambas potencias. Pero mediaba un artículo reservado que ponia ciertas cortapisas al conjunto de aquellas disposiciones, pues se delinearon rumbos con todo lo que se llamó estrambóticamente el recinto de las Amistades, por el mediodía y el occidente. Se pactó en suma, que allende el trópico de Cancer al sur, y al oeste de las Terceras, no mediaria paz, de modo que las naves de entrambas naciones que se tropezasen fuera de aquellas líneas, podian batallar como enemigas, dando por justas y debidas cuantas presas se hiciesen mútuamente, sin quebranto de la paz ajustada, por aquella demasía aparente.

Comunicaron verbalmente los ministros de Enrique IV la cláusula encubierta á los negociantes de los puertos, y entónces se dispusieron armadores de Havre, Dieppe y San Maló á contrabandear por todo el piélago, pertrechados muy en guerra, y en ademan de pelear con cuantos buques les saliesen al encuentro; apresando desde luego á todo bajel que descubriesen fuera de la línea pactada, y separado de las flotas. Colmados resultaban aquellos viajes, y por mas que acudiese y alegase el embajador español, ante el ministerio francés, todo venia á declararse, mediando el requisito del ámbito convenido, por de *buena presa*.

Desentendiéronse entónces de todo jénero de comercio muchos armadores, con el cebo de su piratería, pues redundaba en mucho mayor provecho que el tráfico decoroso y corriente, y su vil codicia los arrojó á empresas temerarias. Encompadraron luego con otros aventureros de Holanda y de Inglaterra, para abarcar mas y mas arrojos, en pos de su anhelada ganancia, y entónces se titularon individuos de la Hermandad de las costas, ó *filibustieres*.

Los mas denodados, como á mediados del siglo XVII, poblaron la isilla de la Tortuga, al norte de Santo Domingo. Dos veces arrojados de allí por los Españoles, otras tantas se rehicieron, fortificándose en términos que vinieron á formalizar una ciudadela incontrastable. Solian dispararse desde allí de veinte en veinte, en cualquiera embarcacion, á veces sin víveres, sin brújula y sin velas, y en descubriendo algun buque mercante se arrojaban en su demanda. Llevaban su cañon y además sus armas particulares, y luego se tendian sobre cubierta, quedando tan solo el pilotin y algun marinero en pié y á la vista. Aguantaban así la descarga del enemigo y luego trepaban al asalto, de modo que en menos de una hora, el bajel anclado mudaba de dueño.

Saliendo acertado el avance, regresaban con la presa á la Tortuga, y asociándose con

otros compañeros salian en pos de nuevas aventuras. Encaminábanseá la primera colonia indefensa que se les deparaba, á fin de abastecerse, pertrecharse y ajenciar algun guia que los dirijiese por el rumbo apetecido. Este solia ser hácia las mismas costas de Santo Domingo, ó bien de Cuba, Nicaragua ó Cartajena. Además del saqueo de bajeles á la ida ó vuelta de España al Nuevo Mundo, se entrometian por las haciendas ó los injenios para arrebatar esclavos, y aun imponer emporios enteros de comercio que hacinaban, como fieras hambrientas, en sus naves. Hacian su reparto, jurando por el Evanjelio que no habian retenido ú encubierto ni medio real, y luego se volvian á su Tortuga ó su Jamaica, y en poquísimos dias desperdiciaban ó consumian todo su caudal.

Escarmentados despues los Españoles, no se dejaban sorprender ya fácilmente. Mandó un virey del Perú dar muerte á cuantos Franceses asomaran dentro de las líneas reservadas, y dispuso que se retirasen los vecinos de poblaciones marítimas, tierra adentro, ó bien á los pueblos fortificados.

Terminarémos el punto del comercio, recapitulando los medios y arbitrios que, con varios motivos, se idearon para remediar su atraso y restablecerlo en cuanto fuese dable.

En la realidad, los medios fundamentales para el intento, venian á reducirse únicamente, á plantear una marina militar que escudase á la mercante, y al pronto restablecimiento de las manufacturas nacionales, que surtiesen el reino y sus colonias, de cuantas mercancías pudieran necesitar para su consumo.

Yacia la España postradísima con sus guerras incesantes y desastradas, para acudir á la reposicion de su marina, absolutamente destruida; y en cuanto á la industria, todos sus ramos habian desaparecido, y se requeria un vuelco total en la índole arraigada por larges siglos en la nacion, y un rumbo absolutamente nuevo en su réjimen político y militar.

Se acudió á medios artificiales y todos baladíes, pues empezando por leyes restrictivas, el gobierno fué prohibiendo la introduccion de artefactos estranjeros, y aun de materias primeras], tambien advenedizas.

Vedóse por pronta providencia toda mercancía berberisca, mas no pudiéndose prescindir de cueros, cordobanes y drogas procedentes de aquel paraje, allá se abalanzaron, segun su costumbre, los sedientos estranjeros, y contrabandeando con aquellos renglones, lograron ganancias exhorbitantes, como lo manifestaron las córtes en 1552. En 1623, Felipe IV prohibió sin escepcion todo artefacto lujoso y advenedizo, sopena de su confiscacion y de una multa, repartida entre el rey, el juez y el denunciante, de treinta mil maravedises; ley suntuaria, renovada del reinado anterior, que no pudo tener cabida, por no haber en España plateros que acertasen á labrar cumplidamente las preseas de oro y plata. Se mandó además á cuantos traian artefactos de fuera, que empleasen sus productos en compras de jéneros nacionales, para entregarlos en cambio á sus vendedores.

Prohibióse tambien á los Flamencos, sopena de confiscacion, el uso de sedas teñidas ó fabricadas, que no procediesen de Florencia, Jénova, Luca ó Milan. Esperanzaba así el gobierno descaminar la sedería francesa, teñida ó fabricada en Turs, Marsella ó Lion. Se vedaron luego todas las telas de seda ó lana venidas del estranjero, y todas estas providencias quedaban sin ejecucion, y solo servian para entorpecer la jeneralidad del comercio.

Agolpáronse tambien cédulas y reglamentos para fomentar y acanalar el rumbo del comercio interior; pidiendo además encarecidamente las córtes, que en presentándose un pañero en cualquier pueblo á comprar lana con cualquiera intento, el fabricante del mismo vecindario tuviese derecho para quedarse con el mismo jénero, al precio de su compra. Insistian igualmente en que nadie pudiera comprar rubia y demás ingredientes, sino el mismo pañero. Manía fatal de reglamentarlo todo, y mirar como ahijados á los negociantes, que con tantas alteraciones y vaivenes como acarreaban los continuos desengaños y redoblados apuros, tenian por paradero el esterminio total del comercio, cuyo verdadero alimento y, por decirlo así el quilo que alimenta sus entrañas y anima sus arterias, es el ambiente de la libertad, el ensanche absoluto, y el desahogo total de sus movimientos.

Se acudió tambien al establecimiento de Montes de piedad, y D. Luis del Valle de la Cerda, ministro de Hacienda, en los últimos años de Felipe II y primeros del reinado siguiente, propuso establecerlos en los pueblos principales de España, al remedo de los recien creados en Roma, Padua, Turin y Verona, y en las ciudades mas comerciantes de Alemania y Flándes, componiendo un tratado que dió á luz con este título: *Desempeño del patrimonio de S. M. y de los reinos etc.*

Aprobaron las córtes su propuesta, y nombraron una comision encargada de auxiliar al ministro, y sin embargo no tuvo ejecucion el proyecto. Insistió en él Felipe IV, mas adelante, pero sobrevinieron luego apuros intrincados, y antetodo la guerra de Cataluña y de Portugal, faltó el caudal para todos los ramos, y la cédula espedida al intento, no logró el menor asomo de cumplimiento; y así los Montes de piedad, cua-

les fuesen no llegaron á plantearse hasta mas de un siglo despues.

Providenció con mayor ahinco y trascendencia Felipe II su bloqueo continental contra la Inglaterra. El embajador de Francia en Lóndres, Beltran de Salignac, refiere en uno de sus pliegos enviados á Catalina de Médicis, que el embajador de España fué á visitarlo un dia, y le propuso un bloqueo continental contra el comercio de Inglaterra; añadiendo el mismo embajador, que con aquella disposicion, llevada con rigor á debido efecto, se lograria reducir á toda la nacion inglesa, y por consiguiente á la reina Isabel, á dejar el protestantismo, y avenirse al regazo de la relijion católica, viviendo ya entónces los Ingleses atenidos á los productos de sus jéneros, vendidos en el continente.

Pretesto adecuado al intento seria el de la relijion, pues el empeño positivo y certero de Felipe II en aquel atinado arranque era el de dar al través con el comercio de Inglaterra, en beneficio de España, libertándola de una competencia perjudicialísima.

Aquí se echa de ver como al pensamiento tan memorable y tan celebrado de Bonaparte, lejos de tener el menor asomo de novedad, no es mas que una copia ó repeticion de aquella ocurrencia de Felipe II.

Pero Catalina de Médicis malició otras miras muy diversas, bajo aquella propuesta de inveterada hipocresía, y en vez de acudir á la esclusion de los Ingleses de los puertos de Francia, les franqueó mas y mas su entrada, sin recargo ni cortapisa alguna. Mas no así en Portugal, cuyo comercio atajado, causó desde luego suma congoja á los Ingleses, donde asomaron ya los alborotos, que modernamente han ido á mas, de los operarios en sus fábricas de lana que carecian de salida, por las inmensas provisiones de Felipe II, pues quedaban todos ociosos, y preveian mayor quebranto para lo sucesivo.

Isabel, en venganza, auxilió eficazmente á los rebeldes en los Paises Bajos, arrojó la plaga atroz de sus aventureros por todos los mares, y se empapó en raptos de gozo y vanagloria, al ver llegar flotas enteras apresadas á las riberas del Támesis.

Si Felipe II logra dominar en Francia, y arrollar la sublevacion en Flándes, agonizaba al punto la Inglaterra; mas se le agolparon tantísimos desastres, á fines de su reinado, que dieron al través con todos sus intentos y esperanzas, y se anonadó el ideado bloqueo continental, sin acarrear al cabo ninguna ventaja positiva al comercio de España.

Vano fué igualmente su empeño de anonadar por idéntico rumbo el tráfico de Holanda, con cuyo objeto se esmeró en hermanarse con la Polonia y con las ciudades de Alemania que terciaban en la llamada liga anseática. Se aferraron los reyes de España por mas de sesenta años en aquel intento, al parecer soñado, de brindar ora á la Polonia, ora á las ciudades anseáticas con ventajas comerciales, con tal que se desaviniesen por aquel punto con la Holanda, y aunque yacieron ocultos por los archivos cuantos documentos se referian á tan encubierta negociacion, han salido nuevamente á luz, con la correspondencia del cónsul de Francia en Danzick, enviada al ministro Richelieu.

« En el reinado de Estévan Bathori, dice el cónsul, llegó un embajador del rey de España, Felipe II, para manifestar al gobierno la suma necesidad de trigo en que se hallaba su soberano, y suplicarle encarecidamente, que en vista de la cabal armonía é intimidad que siempre habia mediado entre ambas coronas, permitiese que los encargados de su majestad católica comprasen cuantos granos habia en Polonia, ofreciendo los mismos precios que estaban dando los estranjeros en Danzick. Cavila el rey Estévan, y niega al embajador su demanda, hecho cargo de que no seria por necesidad, sino para contrarrestar a los Holandeses; y en vista de aquel desaire, el embajador se trasladó á Danzick esperanzado de lograr allí mas cumplidamente su intento. Arengó largamente al senado, y brindandole con la amistad del rey su amo, paró por conclusion en el mismo punto de la compra total de granos, pujando los precios respecto á los demás compradores. Se enteraron de todo los Danzikeses, no pudiéndose desentender decorosamente de la propuesta; pero luego preguntando alguno de los principales al embajador, qué destino habia de dar á tantísimo trigo, y contestándole que, en pagándoselo nada debia importarle que se arrojase todo al mar, acordó el senado no avenirse á semejante compra, por no intervenir en tan horrendo pecado...

Despues echaron el resto en granjearse la intimidad del rey Sijismundo, y lo consiguieron al pronto por el enlace con Ana de Auvernia, hermana del difunto, y habiendo fallecido despues de proporcionarle la sucesion de su hijo Ladislao, que despues vino á reinar (por temor de que emparentase con algun rico potentado que les fuese adverso) desentendiéndose de la conexion anterior, y atropellando todo miramiento, lo casaron con la medio hermana de la difunta, llamada Constancia, para tener al rey afianzado en su amistad.

En virtud de estos enlaces, Sijismundo se constituyó su ajente, comprando todos los salitres de Prusia, para desposeer de ellos á los Holandeses, aunque el consulado de Danzick con sus representaciones frustró aquel intento. Ade-

más el último embajador de España en Polonia pasó al gobierno un cuaderno de artículos que debian plantearse, para entablar el comercio entre los súbditos de ambas coronas, y entre ellos se advierte el de, Toda naveque vaya á España ha de llevar de Danzick lanas, jarcias, salitres y ceras, para servir á los Españoles son privacion de los Holandeses; que ha de residir siempre un ajente de España en Danzik, y que los Danzikeses nunca se han de valer de buques holandeses, ni construidos en Holanda, para que nunca sus enemigos se aprovechasen directa ni indirectamente de sus ventas. Mas aunque el rey de Polonia pasó inmediatamente á los Danzikeses todo aquel cuaderno, se desentendieron estos de su cumplimiento.

Pero si los Españoles se han afanado tantísimo por apropiarse todo el comercio de Polonia, no se han esmerado menos en poseer el de Alemania, por medio de sus pueblos marítimos. Así lo comprueba su intimidad con Lubeck, puesto que envia todos los años á España mas de cincuenta bajeles cargados de lo mas selecto de Alemania, reportando de allí varios renglones que les hacen muy al caso, como la sal, con que abastecen todo el Holstein, Mcklemburgo y parte de la Baja Sajonia.»

Añade el mismo cónsul al fin de su mamotreto, que se entabló un tratado de alianza entre España y las ciudades anseáticas, pero que no pudo formalizarse, por cuanto los Españoles se empeñaban en vedar á dichos pueblos todo enlace igual con las demás naciones, rompiendo desde luego el que tenian contraido con la Holanda.

CAPITULO SEXAJÉSIMOOCTAVO.

Decadencia de la literatura y las nobles artes en España.—La Inquisicion.—Sus trabas y sus tropelías.—Rezago en todos los ramos de instruccion.—Ciencias.—Humanidades.—Historia.—Oratoria.—Poesía.—Heróica.—Amatoria.—Dramática y demás ramos.

LAS MISMAS FECHAS.

A tres causas puede achacarse la decadencia de la literatura castellana; al despotismo relijioso principalmente, y luego al político, y en tercer lugar á la invasion del mal gusto.

La Inquisicion vino á ser la causa mas eficaz de la muerte intelectual, que se aposentó en España á fines del siglo XVII. Empapada toda en el afan soñado de vallar y zanjar la Península de todo roce con lo restante de Europa, á fin de mantener pura y tersa su fé católica; aisló á los Españoles, aherrojó su númen, y los reempozó en la barbarie de la edad media, sobre la cual habian logrado descollar en grado tan eminente.

Toma desde luego la Inquisicion por arrimo á los jesuitas, habiéndolos rechazado á su primer asomo. Avasalla, desde aquel trance, el influjo monástico las universidades nacionales, antes tan concurridas, opulentas y poderosas con sus encumbrados privilejios, y hostiliza, á fuer de aborto infernal, todo ahinco científico y todo arrebato grandioso.

Se desentienden de todo descubrimiento y de todo jénero de progreso en los arranques de la sublime y fogosa fantasía, ó del entendimiento abarcador y despejado. Abriga, halaga y escuda la Inquisicion á la servil ignorancia, mirándola como la jeneralísima de la relijion. Clava hondamente su garra censoria y sangrienta, no tan solo en libros de teolojía, sino tambien sobre los de jurisprudencia, de filosofía, y hasta en las novelas satíricas que escarnecen la codicia insaciable, y la relajacion escandalosa de la clerecía.

Prohibe, tilda y anonada el Lazarillo del Tormes, y ha de su autor Hurtado de Mendoza, si no se encapota y oculta, á pesar de su esclarecida alcurnia, pues le está esperando una lóbrega mazmorra, en galardon de sus chispazos traviesos y chistes finos y placenteros; y si por fin consiente su publicacion, es tan solo despues de haberlo, como decian, correjido, esto es desfigurado de estremo á estremo.

Hasta se opuso al estudio de las matemáticas y á la impresion de sus libros, pero mucho mas á la de obras de astronomía y de física, que corrian y triunfaban, con tantísimo aplauso, por

Francia, Inglaterra y Alemania, á causa de su barrunto y resabio, mas ó menos patente ó encubierto, de herejía y materialismo.

Mandó entregar a sus dependientes ó *familiares* cuantas biblias hebreas ó griegas tenian los catedráticos de aquellos idiomas, prohibiendo, sin escepcion, todo libro arábigo ú hebreo que tratase de la relijion mahometana ó judáica, como igualmente todas las obras literarias, floridas y amenas, ó como fuesen, ya en prosa ya en verso, compuestas por herejes.

Pujaron en esta parte, los prohibidores de profesion modernamente, condenando y abrasando cuanto habia compuesto, y luego profeticamente cuanto pudiera componer en lo sucesivo, el campeon incansable y desaforado del siglo anterior, el travieso y famosísimo Voltaire, escarnecedor por esencia de lo profano y de lo sagrado, sin asomo de escrúpulo cristiano, ni de miramiento decoroso.

Alcanzó aquel afan hasta á los libros místicos, al parecer mas puros y acendrados en el sumo catolicismo, como á ciertos pasos de la Imitacion de Cristo, y de la Guia de pecadores, por fray Luis de Granada, quien acudió en balde y clamó en el desierto, esto es, á las puertas del inquisidor Valdés, y luego de Quiroga, sucesor suyo; hasta que mucho despues quedó corriente, aunque á duras penas, la celebrada obra, que vino con el tiempo á cundir infinito, repitiéndose sin término sus ediciones.

Chasqueó tambien el azote, ó retumbó furibundamente el anatema, sobre las Biblias en idioma vulgar, y aunque despues salieron y están corriendo á miles de ejemplares en castellano, es porque tambien el tribunal infalible y catoncano de la hoguera, le alcanzó el *pensato meglio* de los Italianos, y esta contradiccion leve ó clásica, es una quiebra corriente, un desliz, aunque feo, harto disimulable en la resbaladiza flaqueza humana.

Al presenciar aquel esterminio de libros castellanos; muy semejante al que tan al vivo retrata Cervantes en manos del inexorable cura, Santa Teresa, que siempre campea candorosa, no pudo menos de esclamar: « sumo es mi desconsuelo con esta carencia de escritores halagüeños, no cabiéndome el entender los autores latinos; y el Señor me contestó, sosiégate, porque te voy á franquear el libro de la vida. »

Tambien hubo amagos de persecucion contra la injenua Santa, pero alcanzó de lleno á los primeros oradores y literatos de la nacion, como al célebre Sanchez de las Brozas, á fray Luis de Leon, á D. Fernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, apellidado el apóstol de las Alpujarras; al de las Andalucías, fray Juan de Avila; á D. Luis de la Cadena, canciller de la universidad de Alcalá; quien tuvo que refujiarse en Paris; á fray Bartolomé de las Casas, por defensor de doctrinas contrarias á las de San Pedro y San Pablo; á Pedro de Lerma, tildado de luteranismo, por investigador de la literatura eclesiastica, que despues vino a ser decano de la Sorbona.

Hasta el púlpito tuvo que ceñirse á las estrecheces de la árida é inapeable teolojía, y siendo ciertamente de suyo el habla castellana la mas sonora, la mas grandiosa y la mas esencialmente oratoria, de cuantas se conocieron en el orbe, entre tantos varones eminentes como se dedicaron entera y eficazmente á tan sublime carrera, jamás asomó en España un Flechier, un Massillon, ni un Bourdaloee. Abundaron y resobraron sí los casuistas, desmenuzadores interminables de interioridades recónditas, como Escobar, Molina y otros; y hasta la misma Santa Teresa sutiliza y desentraña por ápices sus afectos mas entrañables, pero sin raptos vehementes y verdaderamente oratorios, empozándose allá siempre por los misterios mas incomprensibles.

No contribuyó menos el despotismo político que el relijioso, para la decadencia de la literatura castellana. Cuando el gran latino Sepúlveda, canónigo de Salamanca y cronista de Cárlos V, compuso su disertacion, sobre si era ó no lícita la guerra contra los Indios, desposeyéndolos de su potestad y bienes, así el consejo de Indias como el gobierno que procuraba al par y con ahinco orillar aquel linaje de cuestiones, le negaron el pérmiso indispensable para dar á luz aquel escrito, por mas que la resolucion del problema fuese favorable al gobierno. Pero la obra se imprimió en Roma y se conservan ejemplares por España.

Estendió Bartolomé de las Casas su breve relacion en defensa de las Indias, y logró imprimirla en Sevilla, pero se mandó recojer, y habiendo llegado algunos ejemplares á Holanda se reimprimió y corrió luego en todos los idiomas de Europa. Pero Felipe II estremó todos sus rigores hasta lo sumo, y encerró á Campanela, vituperador de su réjimen por largos años, y desde entónces no sonó ya una voz, no se rasgueó una plumada, en desdoro ú menoscabo de la autoridad suprema, y cupo al monarca el desangrar la nacion con sus empresas mas y mas ajigantadas y arruinadoras, sin que nadie osase tildarlas.

Providenció su torpísimo sucesor desaciertos á miles, pero principalmente el bárbaro y pavoroso de la espulsion morisca; le sobrepujó redobladamente en desvarios Felipe IV, acarreando las sublevaciones de Cataluña y Portugal y las asonadas de Nápoles y Sicilia, y todo enmu-

deció, presenciando ya el esterminio de la monarquía entera. Tan solo Quevedo quiso clamar ó mas bien susurrar y chancear contra la irracionalidad del farsante Olivares, pero pagó á carísimo precio su mordaz osadía, yaciendo por largos años desnudo, llagado y hambriento, en una hedionda mazmorra de Leon.

Calló la historia, y tras mil vaivenes, quebrantos y catástrofes, se desplomó en el abismo la nacion entera.

Meros cronistas fueron Pedro Mejia, Sandoval y aun el mismo Sepúlveda, y hablando sin pasion Hurtado de Mendoza, á pesar de su afectacion salustiana en hacinar estrañamente infinitivos, fué el planteador de la verdadera historia. En Roma, en Venecia y en el concilio de Trento, fué dignísimo embajador de Cárlos V, pero lo apeó su hijo, y arrinconado en Granada, historió la guerra contra los moriscos.

No se ciñe Mendoza, como la jeneralidad de los cronistas, á relatar los hechos, sino que pasa á desentrañar sus móviles y calificar sus circunstancias, y merece el concepto de hermanador de la política con la elocuencia, y del arte de discurrir con tino, y escribir con toda propiedad. Pero suele propasarse en sus jeneralidades afectadamente sentenciosas, y luego al romper tal cual vez su arrojado vuelo, amaina al punto y enmudece en medio de sus pomposos anuncios. A pesar de sus estudiados miramientos, desagradó á Felipe II, en términos de no imprimirse su Historia hasta en 1610, bastantes años despues del fallecimiento del autor, y aun entónces antes de salir á luz, tuvo que padecer notables retoques y crecidos cercenes.

Mariana es quien verdadera y dignísimamente encabeza á los historiadores castellanos. Su narracion, particularmente en latin, es garbosa y elocuente; su estilo castizo y despejado, y su maestria en todo el pormenor de la composicion le afianzan su altísima jerarquía entre los escritores nacionales. Pero quizás no le acompañan las prendas fundamentales del sumo historiador, pues no apersona adecuada y eficazmente los acontecimientos y los personajes, en escarmiento é instruccion para lo venidero, y aparentando injenuidad y desenfado, suele con aquellos afectados arranques encubrir sus rendimientos entrañables, sus quiebras de servilismo, tomando allá un sesgo por lo mas favorable á las demasías del papazgo, y al absolutismo de los monarcas. Pero con tanto estudiado miramiento, no logró vivir en salvo de tropelías violentas y persecuciones inícuas.

Mariana dió á luz en 1599 su tratado famosísimo, y por cierto en estremo brioso y elocuente, *De rege et regis institutione*, donde trata de sincerar todo rejicidio, con tal que redunde en ventaja de ciertas miras fundamentales. Aprobaron la obra sus censores, y aun quizá puso el arma en la diestra del matador de Enrique IV, y por tanto el parlamento de Paris, mandó quemar el libro por mano del verdugo.

Manifestó luego Mariana sumo teson en un trance decisivo. El gobierno, siempre desatinado, coronó sus infinitos yerros adulterando la moneda, y entónces el esclarecido escritor y mayor patricio, osó en 1609 componer un tratado en estremo sabio y concluyente, que se imprimió en Colonia, sobre la alteracion de la moneda; se le encausó y acriminó desaforadamente, y sobre el arresto ejecutivo de su persona, el licenciado Jil de la Mota, en su acusacion fiscal, se desenfrenó pidiendo pena de muerte afrentosa contra el supuesto reo, que se sostuvo siempre heróicamente; pero medió algun tiempo, vino luego el desengaño, corroborando los anuncios del consumado estadista, y entónces se le puso en libertad, pero sin desagravio ni compensacion alguna, por sus inícuos padecimientos.

Herrera, Dávila, Juan de la Puente y otros varios que vivieron en el reinado de Felipe III; Cespedes y Meneses, Moncada y otros del tiempo de Felipe IV, no hicieron mas que tachar á sus predecesores, sin descollar tampoco sobre ellos en el desempeño de sus tareas.

La Historia que, tras la espedicion catalana de Moncada, merece particular aprecio es el levantamiento de Cataluña por Melo, autor portugués que escribió con imparcialidad y tino, y sobre todo en castizo castellano.

Tras todos estos escritores, asoma y descuella D. Antonio Solis, que dió á luz su Historia de la conquista de Méjico, en el reinado de Cárlos II, y campean en ella la suma propiedad castellana, y el afan constante por la averiguacion ó apuramiento de la verdad; pero aun con todo su gran mérito literario, no llamó la atencion de un público absolutamente yerto. Ni aun saliera á luz aquella obra, sin la fineza de un amigo que costeó la primera edicion, y despues se ha impreso con lujoso esmero. Cesó con el panejírico muy fundado del gran Cortés, la carrera de la historia.

Con efecto nadie asomó en todo el siglo XVII que historiase dignamente á nacion tan esclarecida, por los siglos anteriores; merced al despotismo asombradizo del gobierno. Felipe II y su hijo y nietos miraban con ceño aun los libros que retrataban al vivo costumbres de naciones vecinas, y aun los clásicos antiguos cuya travesura se deshermanaba y contraponia al servilismo de la literatura castellana. Zozobra suma debia causarles que la nacion echase menos sus idolatrados fueros, al presenciar los en-

sanches de Roma y de Aténas, y que abominase del tribunal silencioso y abrasador, al empaparse en la prosperidad ajena, debida á su independencia relijiosa.

Con esto se fué estrechando mas y mas el ámbito de los estudios corrientes, y así tambien el concepto que Herrera y Coloma dan acerca de la Francia, Inglaterra y Alemania arguyen estremada ignorancia. Los poetas se ceñian á los historiadores nacionales vivian ajenísimos de las costumbres antiguas y contemporaneas. Así lo demuestra una comedia de Calderon intitulada las *Armas de la Hermosura*. En ella encompadran, ó se asocian, Rómulo y Coriolano, y entrambos acuchillan á un rey Sabinio que jamás existió; ya España y Africa son provincias romanas; ya Roma está abarcando con su imperio á mil naciones, y está ideando la ruina de Jerusalen, su competidora.

No es solo Calderon quien se está mostrando tan forastero en la historia antigua, pues otro tanto sucede con Lope de Vega, y demás poetas de la misma temporada. Harto jeneral es con efecto aquella ignorancia, comprendiendo tal vez al mismo gobierno, que la estaba fomentando en la nacion entera.

A pesar de entrambos despotismos, á cual mas ceñudo y pernicioso, el civil y el monástico, ni Cárlos V ni Felipe II cortaron los vuelos al brio nacional, y como se hacia espuestísimo el cultivar la jurisprudencia, la política, la historia y las ciencias sublimes, el númen nacional se abalanzó desaladamente á la carrera halagüeña de la poesía. Campea, resplandece y se encumbra la poesía lírica, pues la fantasía castellana, ahita ya de los absurdos portentos de todo libro caballeresco, canta y endiosa primero al Cid y luego á los demás héroes compatricios.

Mientras batallan por los ámbitos de Europa, Africa y Europa los ejércitos españoles y corre su sangre á rios, los poetas castellanos se esplayan por clásicas rejiones, exhalando, en arranques armoniosos, los afectos mas entrañables y halagüeños de su corazon; y se estraña en gran manera, que en tan inmenso caudal de poesías no venga á retumbar el estruendo de las armas. Cuando se esperan disparos aterradores y saña embravecida de guerras y refriegas sangrientísimas, embelesan el ánimo soñados logros de amoríos pastoriles, y de ternezas mútuas, en medio de verjeles amenos y de elíseas rejiones.

Crece el asombro al recapacitar, que Boscan, Garcilaso, Herrera, Montemayor y otros, habian estado peleando bajo las banderas castellanas, y terciando en aquellas guerras sangrientísimas que conmovieron la cristiandad entera; al paso que en sus rasos se apersonan encintados y galanos pastorilmente, entretejiendo guirnaldas, y tendidos á las plantas de sus Amarilis, ansiando trémulos, la fineza peregrina de una mirada halagüeña. Embeleso y blandura indecible exhalan aquellas poesías, muy propias de un pueblo afeminado con su dilatada servidumbre, mas bien que de nacion tan valerosa y aguerrida.

Rebosan las poesías castellanas de aquel tiempo, de aquel arrobo, de aquella languidez que están derramando los poetas griegos y latinos, mientras yace ya en el sepulcro la libertad de su patria. Tiernísimos son y lánguidos Teócrito, Calímaco, Ovidio y Propercio al par de Garcilaso y el divino Herrera. Parece que están blasonando de su blandura y postracion, como si la hubiesen escojido á su albedrío, orillando allá desenfadadamente los afanes varoniles de sus mayores.

Quizás acudieron los poetas españoles á este rumbo afeminado, para poner su númen hasta cierto punto en salvo de las garras sangrientas del fiero despotismo; y tal vez la nombradía de las armas, á veces mancillada con escesos de prepotencia, y apeada, con la rigurosa disciplina, del embeleso de las prendas personales, no encarnaba ya en el ánimo desencantado de los poetas. No cabia por otra parte, que las guerras de Cárlos V, y Felipe II, con Franceses, Italianos, Alemanes y Holandeses, infundiesen á las poéticas, al par de la lid perpétua con los Sarracenos, que sonaban en tanta canturía guerrera y en tantas jácaras populares.

Insubsistente debia ser el triunfo de aquel jénero de poesía, y en sus mismos partos se traslucen los asomos de su mortal decadencia. Se hermanan todas sus composiciones en la sustancia y en el modo, y no podian menos de quedar exhaustos sus acentos por los temas idénticos y luego el mero retintin de tantas repeticiones habia de resultar, por el pronto, cansado, y en seguida absolutamente desabrido.

Además desviándose todos de la vida que realmente practicaban, se ciñeron únicamente á la carrera pastoril, y así se asemejan todos, hasta el punto que en leyendo uno, están á muy corta diferencia estudiados los demás. Con efecto, vuelan de la memoria composiciones tan uniformes, sin dejar el mas leve rastro de su impresion pasajera; reduciéndose á una especie de música halagüeña que no pasa del oido, sin jamás internarse por el ánimo, absorto por un rato, pero jamás plenamente satisfecho: y por consiguiente faltando este requisito fundamental, queda luego olvidado su contenido.

CAPITULO SEXAJÉSIMONONO.

Continuacion del mismo asunto. — Sistema de versificacion. — La Aminta del Taso. — Traduccion de Jáuregui. — Gongorismo. — Su repugnancia al principio. — Luego su jeneralidad. — Sigue Lope de Vega el torrente. — Gracian. — Su lobreguez. — Sus reglas poéticas. — Cervantes. — Calderon y otros. — Las nobles artes.

LAS MISMAS FECHAS.

Para amenizar y entretejer con algun aliciente sus composiciones, acudieron los poetas españoles al arbitrio de dificultar y revestir la versificacion de cierta brillantez postiza y aparente, con metros enrevesados y trabajosos.

Abrió particularmente Herrera un rumbo nuevo, realzando en gran manera su lenguaje con licencias arbitrarias, en las voces, en su colocacion; ya insistiendo ú trastornando el órden gramatical, ya variando la significacion, ya redoblando los arranques de su númen orijinal, por una carrera absolutamente peculiar, ó mas bien suya. Su afan de remedar á Horacio y de encumbrarse sobre el mismo Pindaro, lo descarrió estraña y lastimosamente, pues en sus odas á D. Juan de Austria, por la batalla de Lepanto, á San Fernando y al rey D. Sebastian, se muestra un verdadero y grandioso poeta.

Jil Polo en algun romance de su Diana, Don Juan de Jauregui, pintor de mérito, retratista de Cervantes y traductor elegante de la Aminta del Taso, y otros dotados de escelentes prendas poétizas se doblegaron al desbarro jeneral, y anduvieron á caza de galas, ó mas bien oropeles, que dieron al través con la acendrada y verdadera poesía.

Con efecto, habia fraguado el caballero Marini en Nápoles la norma de los conceptistas, que luego inficionaron con sus pensamientos recónditos la literatura castellana.

Pero Gongora fué el estragador desaforado de todo asomo de gusto y propiedad, con su recóndita, ó mas bien soñada *cultura.* Estaba dotado de arranques grandiosos, y de raudal adecuado para espresarlos; pero con sus ínfulas de agudeza, fué dando al través con su mérito positivo; con la particularidad que su trastorno poético, no procedió seguramente de estravio en sus raptos frenéticos, sino que lo fué cobrando muy de intento, con la invencion de lo que apellidó *estilo culto.* En pos de su anhelado logro, se inventa allá una habla peregrina, obcurísima y de todo punto desencajada, con trasposiciones violentas, á la romana ó á la griega. Hasta ideó una puntuacion estraña, para que sirviese de hilo á los adivinos que hiciesen empeño de ir desentrañando el contenido de sus versos. Con estas promesas y recargo descomunal de entusiasmo delirante, abortó por fin sus Soledades, su Polifemo y otros poemas.

Mofas y menosprecios se acarreó Góngora por el pronto, pero luego el conde de Villa-mediana, el predicador Paravicino y Quevedo, profesaron ostentosamente el Gongorismo; y al fin á su remedo, el mismo Lope de Vega; despues de haber declarado guerra sangrientísima á cuanto llamaba jerigonza *cultidiablesca*, se engolfó en la misma barahunda.

Pero el mas famoso de los conceptistas, y en cierto modo su lejislador, fué Gracian en su Agudeza y Arte de Injenio, donde echó el resto de sus desvaneos, así en los preceptos ó reglas, como en los dechados delirantes que ofrece de aquel perpétuo desbarro, que por dicha de la literatura, yace por fin para siempre en la huesa.

Tratemos ahora de la poesía dramática. El verdadero fundador del drama español es Cervantes. La Numancia, á pesar del sumo desaliño de su arranque, y la Vida de Arjel, están representando el afan literario, y la devocion entrañable que dominaba á los contemporáneos de Cárlos V y Felipe II. Castizo patriotismo rebosa de estremo á estremo en la Numancia, con la naturalidad sencilla, y la majestad grandiosa que no asoma en Lope de Vega, y política certera es la que reina principalmente en los Tratos de Arjel.

Toca Cervantes á somaten contra los Berberiscos, y está allá en su fantasía destrozando ya las cadenas que aherrojan á miles de cautivos, sus íntimos compañeros de mortales padeci-



Continuacion
de Jáuregu
Lope de V
Calderon y

Para ameni
te sus compo
pañoles al arb
sificacion de c
con metros er
Abrió part
nuevo, realza
con licencias a
locacion; ya in
gramatical, ya
doblando los
por una carre
bien suya. Su a
encumbrarse
carrió estrañ
odas á D. Juan
panto, á San F
muestra un ve
Jil Polo en al
Juan de Jaureg
de Cervantes y
ta del Taso, y o
das poétizas se
y anduvieron á
peles, que diero
verdadera poesí
Con efecto, h
rini en Nápoles
que luego infici
recónditos la lite
Pero Gongora
de todo asomo d
recóndita, ó mas
dotado de arranq
adecuado para esp
de agudeza, fué da
positivo; con la p
no poético, no proc
en sus raptos fren
brando muy de int
que apellidó *estilo cu* ... padeci-



CERVANTES.

mientos. Lope de Vega toma otro rumbo, si es que sigue alguno, y se esplaya en conceptillos inapeables, mientras desbarra con sus inconexiones y su perpétuo desconcierto. Si yo me ciñese á las reglas del arte, dice él mismo, desagradaria á mi auditorio, y es preciso cebarlo con los alicientes propios de su inclinacion.

El mismo Calderon, afanado siempre tras las que él conceptúa brillanteces y galas preciosas, está de contínuo haciendo alarde, y redoblando los estremos de su depravado gusto. Infinito se celebraron sus comedias allá en su primer asomo, y en el dia, si por estrañeza se anuncia alguna muy de tarde en tarde, nadie acude á su representacion, ó se mira con suma tibieza ó total olvido. Allá los Alemanes siguen idolatrando á Calderon, y desentrañándole primores que sus paisanos se encuentran muy ajenos de alcanzar, y les dejan poner en las nubes, el Príncipe constante, el Médico de su honra, el Alcalde de Zalamea, Luis Perez de Guzman, y Amar despues de morir, y otras infinitas con sus inapeables sutilezas y descabellados despropósitos.

Otro tanto podemos decir de Moreto, Montalvan y algunos mas. Rojas viene á ser el mas arreglado de todos, como se ve en los Empeños de seis horas, y en Lo que son mujeres, que se suele representar todavía, pero al cabo desbarra y bastardea, como todos, con impropiedades, recargos y sutilezas escolásticas.

Vino por fin á desaparecer la bambolla disparatada, el rematado desvarío del *gongorismo*, mas no por eso renació la verdadera poesía. Aun el mismo Solis, con tantos arranques poéticos y tal vez sublimes, como brotan de contínuo en su Historia, se muestra yerto y rastrero en sus poesias sueltas, y en su Amor al uso, se fué como todos tras la corriente.

Por último, en el postrer exánime reinado austríaco, vino á cesar el recreo culto y peregrino del teatro, pues la *frailera* rejenta, madre del insensato Cárlos II, no gustaba de comedias, ni quiso que su hijo las viese, durante su mando.

Las Nobles Artes corrieron parejas, así en pujanza y brillantez, como en decadencia y postracion, con la amena literatura. Descolló España en artistas eminentes, en escritores aventajados y en caudillos invencibles, y en el desman jeneral, sobrevino la decadencia, y casi el total esterminio, en artes, letras y armas. Arrolladas las tropas en Flándes, Italia y Portugal, anocheció el esplendor de aquellos primores artísticos, enardecidos y sublimados con la comunicacion estranjera. Pero quebrantada luego la monarquía con tantísimo fracaso, en el reinado de Felipe IV, desmayaron las artes que florecen siempre al arrimo paternal de la prosperidad, y por mas que el soberano orillando tal vez el desempeño indispensable de sus sagradas obligaciones, acudia al desahogo de finos y estudiosos pasatiempos, para consolarse algun tanto de sus malogros mortales, ni la Poesía ni la Pintura se rehicieron ya del quebranto nacional por cada dia mas lastimoso.

Envió al gran Velazquez á Italia, en pos de cuadros, estátuas y medallas, malgastando las postreras monedillas que asomaban por su erario exhausto y su nacion hambrienta; y sin embargo en su tiempo se cifra el arranque de la decadencia artística, que fué siempre á mas y paró por fin en su total esterminio, como sucedió igualmente á la literatura, pues sobrevino el descalabro desastrado en tiempo de Cárlos II, cerrando el teatro, y quedando yermas, imprentas, escuelas y talleres en todos los ramos de artes.

En 1669, poco antes del fallecimiento de Murillo, todos los artistas sevillanos y los restantes de la grande escuela de Velazquez, de Alonso Cano y de Zurbarán, se hermanaron, para plantear una academia de pintura y dibujo, brindando con lecciones gratuitas y todos los renglones precisos para el cultivo de un arte que tanta gloria habia acarreado á la nacion entera. A los veinte años, no quedaba rastro ni asomo de escuela, profesores, ni alumnos.

Desmereció igualmente la Música española, desde mediados del siglo XVII; como arte vinculado al culto, allá se encumbraba, cual en el antiguo Ejipto, por las intimidades solemnes del santuario. Era además aquella vinculacion tan estremada, que ni aun se comunicaban los primores de sus respectivas iglesias, con las de otras provincias. Con efecto, atesorando cada catedral sus herencias peculiares, nada prestaba Sevilla á Toledo, ni Burgos á Santiago; sin escuela púbilca, sin partos jenerales.

Cifraron además los profesores afectadamente su maestría en seguir nuevos rumbos é inventar allá sutilezas recónditas y estragadoras, como habia sucedido en la literatura, y así le cupieron tambien á la música sus *culteranos* y sus *conceptistas*. Se orillaron las melodías grandiosas y despejadas, en pos de los estremos revueltos y las fugas enrevesadas del contrapunto; y así el arte se vino á trocar en oficio, y el númen paró todo en ahinco. El afan de estos ímpetus chillones, no tuvo absolutamente mas mérito que el de vencer dificultades, con trueques y retrueques, del mismo tema, y así aquel cántico de San Juan, harto sabido:

Ut queant laxis
Resonare fibris etc.

cuyas sílabas del arranque, en los seis versos pri-

meros, han venido á denotar las seis cadencias primitivas, se vió descaminado, y como retorcido con mil desafinamientos diversos.

Por ejemplo, con una copla conceptuosa é insustancial, procuraban embeber entre las silabas de cada verso alguna de las notas de la solfa, y allí cargaban y redoblaban, caprichosa y desatinadamente, sostenidos y redobles sin término, y en aquel ahinco cifraban, compositores é instrumentistas, la quinta esencia de su injenio y travesura.

CAPITULO SETUAJÉSIMO.

Recapitulacion de la doctrina anterior. — Campo inmenso de reformas que ocasionó el desacierto incesante de la dinastía austriaca. — Anuncios de mejoras. — Su logro parcial con la venida de los Borbones. — Adelantos en varios ramos. — Esperanzas para los demás.

LAS MISMAS FECHAS.

Sin ejército ni armada; sin rentas públicas ni particulares; sin fueros y sin pundonor; sin ciencias ni artes, y en una palabra sin cuerpo ni alma, y toda exánime, ó mas bien cadavérica, yacia la España, á fines del siglo XVII.

Las campiñas sin labranza, las ciudades sin artesanos; los caminos intransitables y plagados de salteadores, todo ofrecia un panteon inmenso y pavoroso. Bastardeaba hasta el mismo esterior de la humanidad, pues aquella nobleza gallarda, belicosa y arrolladora, se aparecia como un embrion rastrero, un figurin descarnado y ridículo, sin muestras de movimiento propio y voluntario, y en suma sin verdadera existencia.

Se conserva en el museo de Madrid una coleccion ó serie de retratos que están representando á los reyes austríacos de España, desde Cárlos V por el Ticiano, hasta los de Felipe V y Cárlos II por Velazquez y Carreño. En el cotejo de aquellos cuadros, se está palpando la mengua por igual, en los rasgos físicos y las prendas morales. Se asemejan allá todos en cierta norma fundamental, pero uno y otro va decayendo desde lo sumo hasta lo ínfimo. Ostenta Cárlos V su frente grandiosa y despejada, su mirar clavado y perspicaz, la nariz un tanto aguileña, pero bien formada; el labio inferior como altivo y desdeñoso, y la barba corta y anchurosa.

Aquellas mismas facciones, aunque siempre parecidas, se han adulterado en Felipe II, parando en largas, estrechas y sandías. La frente encojida y fruncidilla, la vista apagada, la nariz descolgada y ridícula, el sobrecejo quiere juntarse con la boca, el labio cae sobre la quijada y esta se encamina á lo alto del pecho... Asoma en Cárlos V la intensa perspicacia, el teson brioso y la pujanza bonancible; en Felipe II la sospecha zelosa, el albedrío todavía prepotente, pero taimado y vengativo; en Felipe III allá un afan á ciegas, vagaroso y endeble, el deseo sin la potestad; en Felipe IV el apocamiento y la tibieza, y en Cárlos II la insensatez.

Con efecto parece que el empuje soberano se ha ido postrando, al paso que el poderío del monarca decaia.

Cárlos V, dice un autor francés, fué jeneral y rey; Felipe II únicamente monarca; Felipe III y IV ni llegaron á ser verdaderamente reyes, y Cárlos II ni siquiera hombre; pues ni supo reinar, ni aun pudo materialmente reproducirse.

Sumida en tan exánime postracion, ya la España no podia rehacerse, y crecer y descollar sino á impulsos de una dinastía nueva, y ajena de la ruina, por decirlo así, de una política anticuada; y así lo alcanzó tal vez el mismo Cárlos II, cuando aconsejado por la grandeza de Castilla y por la santa sede, escluyó á su propia alcurnia del solio español, para colocar en él á un nieto de Luis XIV, á quien, segun afirma el marqués de San Felipe, constaba muy de antemano la inhabilidad de Cárlos, para la propagacion de su descendencia, cuya primera mujer, María Luisa de Borbon, habia revelado aquel secreto al rey de Francia, quien lo reservó estudiadamente, para utilizarlo en la primera oportunidad.

Constábale cuan enemistados tenia á los Españoles por sus guerras prósperas y continuas, jeneralizándose además en la Europa toda la fundada zozobra de que se ajigantase mas y mas su

poderío. Manteníase siempre alerta, armado y apercibido, oteando, desde su primer arranque, los acaecimientos; y entretanto se hace forzoso desentrañar las interioridades que mediaron en el testamento de Cárlos II, y por consiguiente, en el pormenor de la sucesion definitiva á la monarquía española.

Conmocion inmensa se aparata; hierven amaños palaciegos, jiran acá y allá correos y embajadas, se estreman las sutilezas jurídicas y dobleces diplomáticas.

La momia ejipcia de Cárlos II, los demás soberanos y los particulares todos, están creyendo, que en las cláusulas preñadas de su testamento, en los renglones ridículos, en las frases vulgares y semi-bárbaras de un escribano, cabe, á fuer de rebaño merino, ó de piara gruñidora por los encinares de Estremadura, cabe, repito, aquella monarquía que el sol con sus rayos, mas ó menos templados ó abrasadores, está bañando á toda hora; aquella misma que un siglo antes, ostentaba sus armas triunfadoras, é imponia sus leyes, entonando su grandioso idioma, de polo á polo; y entre tanto la nacion muda, yerta, inmoble, yace cual víctima llorosa, en holocausto, á los cálculos mercantiles, á la codicia infame, á la ambicion insaciable de potentados inícuos, que se abalanzan á porfia, y en su hambriento desenfreno, están ya devorando su respectiva pitanza en el sacrificio abominable.

CAPITULO SETUAJÉSIMOPRIMO.

El conde de Oropesa, presidente de Castilla, parcial del Bávaro.—Consulta solemne.—Pretensiones del Austria, Baviera y Francia.—Decision á favor del Austriaco.—Oposicion de la grandeza.—Desabrimiento del rey en la repeticion de aquella competencia.—Intereses jenerales.—Tramas redobladas de ministros y embajadores.—Hechos y personajes dominantes.

A FINES DEL SIGLO XVII.

Disuena con estremo á los oidos de Cárlos II toda especie relativa á la sucesion de su corona, mas el presidente de Castilla, conde de Oropesa, gozando de suma privanza en palacio, se apersona, á todo trance, con el monarca, y aboga, en redoblado ahinco, por el hijo del duque de Baviera y de Doña Margarita, infanta menor de España.

Encabeza el conde aquel bando, para afianzar y engrandecer su poderío, al arrimo de un soberano que fuese, hasta cierto punto, su hechura, y para autorizar y esforzar aquel empeño, junta al Consejo supremo de Castilla y Aragon, lo preocupa y predomina, y así por mas que perora con brío y despejo, el consejero y gran jurista D. José Perez de Soto, á favor de la casa de Francia, dando por nula aquella renuncia de la hermana mayor Doña María Teresa, mujer de Luis XIV, la mayoría opina por la casa de Baviera.

El mismo paradero, de total aprobacion, cabe á la consulta del consejo de Estado, y así se formaliza desde luego el testamento á favor del Bávaro. Se reservan al pronto el acto y el documento, pero pronto se divulga tan gran novedad, que desde luego enoja hasta lo sumo al emperador Leopoldo, quien propone, á Inglaterra y á la Holanda, el reparto de la monarquía española; pero entrambas potencias lo resisten, sin duda temerosos de engrandecer mas y mas á la Francia, con la porcion considerable que pudiera caberles.

Entretanto Luis XIV, encubriendo sus ardides, procura disimular sus ambiciosas iras, y envia por embajador á España al conde de Harcurt, quien se queja con estudiada templanza al conde de Oropesa de la injusticia, á su parecer hecha á la Francia, defraudándola de la sucesion á la corona de España, y el conde le contesta con el mismo comedimiento: «que el rey habia procedido con dictámen de sus consejeros de estado y de justicia, ajeno de afecto particular y de toda zozobra; que Luis XIV habia consentido á la renuncia de su esposa Doña María Teresa de Austria, y que por eso habia pasado el derecho á su hermana menor Doña Margarita, abuela del príncipe de Baviera.

Esmeróse el Francés en granjearse la intimidad del partido contrario al conde, y entre los principales que lo componian al fraile dominico

fray Froilan Diaz, confesor del rey, quien persuade á su penitente, que en la realidad se halla hechizado; y el historiador imparcial tiene que añadir, como el paciente lo cree así, aviniéndose á los conjuros eclesiásticos para lograr su curacion. Exorcizan con efecto á Cárlos II, quien se horroriza con tal estremo, al oir los términos aterradores del conjuro, que viene á melancolizarse profundamente, y á imposibilitarse para el desempeño del gobierno, que causa mas bien menosprecio que compasion en la ínfima plebe.

Para complemento de infortunios, se desgracia la cosecha, escasean los frutos, una verdulera prorumpe en baldones contra el correjidor Vargas, quien se retira de la plaza, sin providenciar disposicion alguna, le sigue el pueblo, se formaliza la asonada, se dispara un torrente contra la casa del conde de Oropesa, y á pesar de la resistencia de la familia, por fin la allana de estremo á estremo, hay destrozo jeneral sin saqueo; huye el conde con su familia, y de resultas da el rey la presidencia de Castilla á Don Manuel Arias, y el corejimiento al famoso Ronquillo, que ya lo habia ejercido, y con el amago de un avance de caballería, se aquieta enteramente el alboroto.

Fallece entretanto el Bávaro, nombrado heredero de la corona, en Bruselas, y cunde la voz comun en tales casos, de que lo han envenenado los Alemanes; con cuya vulgaridad, se encona mas y mas el odio del duque de Baviera contra los Austríacos.

Con esta novedad, se concentran ya las miras á la ansiada sucesion, entre dos solos aspirantes. Hierven los amaños y vaivenes con mayor ímpetu; el nuevo presidente de Castilla, con un sinnúmero de consejeros y otros personajes, se inclinan á la Francia, por mas poderosa, necesitándose en España, un restaurador que vivifique la monarquía moribunda, y en nueva consulta esforzó todavía con mayor ahinco este dictámen el citado ya D. José Perez de Soto.

Arrojan por fin de palacio al dominico fray Froilan Diaz, y entra de confesor del rey fray Nicolás Torres, parcial de los Austríacos, y así la reina sigue afanada en la misma parcialidad, á pesar de la propuesta que de parte del rey de Francia le hace la embajadora duquesa de Harcurt, con suma reserva, de casarse con el Delfin en el momento de quedar viuda. No contenta con desentenderse de la boda, revela aquel secreto en la corte, y además envia de embajador al conde de Casteldorius, con amargas quejas contra el duque de Harcurt.

Luis XIV, llevando siempre adelante su sistema de venganza, complace á la reina, atizando á su embajador, quien antes de partir de España, esparce en castellano, un papel sedicioso, abogando con escesiva vehemencia por los derechos de la Francia á la sucesion del reino, y abultando, sin el debido decoro, el infeliz estado de la monarquía, pues tilda á varios personajes, y aun atropella el sagrado de la misma reina.

Insta de suyo el consejo de Estado al rey para la eleccion de sucesor, y entónces consulta en derechura con el pontífice, por medio de un pliego reservadisimo, pues aun el embajador ignora su contenido, y despues de conferencia, siempre secreta con tres cardenales, por espacio de cuarenta dias, contesta el papa Inocencio solemnemente á favor del llamado Delfin, desentendiéndose absolutamente de la cesion de la infanta mayor Doña Teresa de Austria, alegando que no le cabia recordar los estatutos patrios, ni derogar la ley autorizada con varios ejemplares; cuya contestacion individual y espresiva reserva el rey en su archivo secreto, comunicándola únicamente con el cardenal Portocarrero.

Pasa luego la consulta al consejo real de Castilla, y opina igualmente por la casa de Francia, como tambien algunos grandes, cuyos dictámenes se piden y se reciben separadamente. Se pide además el parecer de varios lejistas, como catedráticos, y por fin se lleva el negocio al consejo de Estado. Se ventila allí muy por estenso y con intenso ahinco, esponiendo los diversos dictámenes por escrito, pero aviniéndose los mas en la necesidad imprescindible de escudarse con un arrimo poderoso y ejecutivo, y sobretodo en que la tardanza en el nombramiento de heredero, faltando antes el rey, cada príncipe tomará *un jiron del Solio*, espresion de uno de los acuerdos, y arderá la monarquía en guerras civiles, mediando la natural aversion de Aragoneses, Catalanes y Valencianos á Castilla; y al punto yacerá el majestuoso boato de tan esclarecido trono, víctima de la tiranía y de la ambicion; pues en aquel cúmulo de quebrantos, la Providencia habia deparado el poderío de la casa de Borbon, como resguardo precioso, asistido además, en concepto de la jeneralidad, por su derecho lejítimo é innegable.

Por el contrario el conde de Frijiliana, con algunos otros, opina en el consejo, que se arme la nacion, por mar y tierra, para todo evento; que no están los derechos de la casa de Borbon, ni de Austria tan despejados y terminantes, que deben tener fuerza de ley, y sobre todo que se tenga muy presente la heroicidad de los Aragoneses en Caspe, donde nueve individuos dispusieron solemnemente del solio de Aragon, y que es iniquidad y desacato el violentar en este punto al rey, quien acaso va dilatando el decreto, para dejar á la nacion árbitra para el nombramiento; por fin cuanto se decrete en Casi-

lla, por seguro se desaprobará en Aragon con lo que se hace infalible la guerra civil.

Se desecha jeneralmente aquel dictámen, y entónces, levantándose Frijiliana, prorumpe en estas terminantes palabras: *Hoy destruistis la Monarquía.*

Se da cuenta de todo al rey, quien nada determina; y entretanto la reina, siempre austríaca, procura retraerle de tomar disposicion alguna, para ir mas y mas ganando tiempo y alegando con su secretario universal, D. Antonio Ubaldo, que ningun amago mortal está padeciendo el rey: mandan al duque de Medinaceli, á la sazon virey de Nápoles, que admita sin reparo en su jurisdiccion las tropas imperiales que le vayan llegando; mas el duque, con vanos pretestos, no da cumplimiento á la órden. Solicitan sin embargo, que el duque de Mántua admita guarnicion alemana en sus estados, y hacen que por las embajadas de Inglaterra y Holanda, se brinde con fuerzas navales, para sostener la independencia de la corte en aquel negocio.

El rey de Francia, aunque sabedor de todos aquellos pasos, ignora la contestacion del pontífice, guardándose sumo sijilo sobre este punto en ambas córtes, por no indisponerse con el emperador. Entretanto Luis XIV echa el resto de su doblez y sagacidad, proponiendo á varios potentados la division total de la monarquía española, cebando la codicia de todos con aquella perspectiva, é infundiendo zozobra á los Españoles, enemiguísimos de tan pavoroso y mortal descuartizamiento.

Se desentiende únicamente del Austríaco, y convida espresivamente con el espléndido y baratísimo banquete á los Ingleses, á la república de Holanda y al rey de Portugal; y convocando de nuevo, con varios pretestos, á los plenipotenciarios de Ryswick, merece solemne aceptacion la propuesta. Como árbitro del orbe, y garboso con el bien ajeno, se reparten ufanamente, como allá los capitanes de Alejandro, despues de su muerte, la grandiosa y por tantos siglos triunfadora monarquía española.

Se convienen al punto, pacífica y alevosamente, que en muriendo por entero el exánime Cárlos, que la mayor parte de la América, con sus principales puertos, se ceda á Guillermo de Nasau, rey de Inglaterra, lo demás de las Indias á los Holandeses, porque de las provincias flamencas se les habia de dar lo que llamaban una barrera, á su albedrío. Dábanse Nápoles y Sicilia al rey Jacobo Estuardo; Galicia y Estremadura al de Portugal; Castilla, Andalucia, Aragon, Asturias, Vizcaya, Cerdeña, Mallorca, Ibiza, Canarias, Orán y Ceuta, al archiduque Cárlos de Austria, segundo hijo del emperador Leopoldo; los presidios de Toscana, Orbitelo y Plumbino, á sus dueños; el ducado de Milan y el Final, al duque de Lorena; sus estados, con la Cataluña, y lo restante de Flándes y Navarra al rey de Francia.

Tan inmensa disposicion debia solamente verificarse, en el caso de nombrar el rey de España por sucesor algun austríaco, ó en el de fallecer sin señalar heredero. No suena, con malvado estudio, el duque de Anju, ni aun por parte de los Franceses, sin que los demás presuman que Cárlos II lo ha de llamar á su trono.

Hace en este congreso el rey de Francia grandioso alarde, aunque primer galan en la estudiada farsa, de suma moderacion, aparentando idolatrar el sosiego europeo, anteponiéndolo á los derechos de su hijo el Delfin, y logra así alucinar á los demás príncipes y á la Europa entera.

Fórmase luego la Liga, para el cumplimiento del tratado, aviniéndose todos á que Luis XIV permanezca armado, como mas dispuesto para invadir la España á su tiempo; empapados ciegamente los príncipes en el concepto halagueño, pero engañoso, de venir á dejarle el peso de la guerra.

Envia desde luego tropas á la Baja Navarra, mandadas por el duque de Harcurt; otras al Rosellon y á los embarcaderos para Cerdeña, las mas á los confines de Italia, con el mariscal de Catinat, acuartelando las restantes por la raya de Flándes y de la Alsacia.

Ejército inmenso es el suyo, pues consta de trescientos mil veteranos, aguerridos todos y victoriosos. El almirante Luis de Borbon, conde de Tolosa, é hijo natural del rey, está aparatando en Tolon escuadra formidable, se arma otra en Brest, y luego las galeras en Marsella. Publica entónces un manifiesto para sincerarse, á la faz de la Europa, de armamento tan pavoroso, y encarga á su embajador en Madrid, que proteste de aquel aparato ajeno de toda ambicion, pues orilla sus derechos irrefragables, y que ante todo diga al rey, que puede morir en paz, sin azorarse por el nombramiento de heredero, pues con aquella division de tan grandiosa monarquía que tiene tantos aspirantes, á cual mas desalado, se beneficia á la humanidad, porque unida á cualquiera príncipe le engrandecia con exorbitancia, y se obviaba el gravísimo inconveniente de quebrantar el equilibrio europeo.

Hace igual encargo á sus enviados en Roma, y demás capitales de Italia y de otras provincias, y hasta con el gran Sultan, quien ofrece armarse contra el Austria, y llamarle eficazmente la atencion, invadiendo la Hungria, para que nunca llegue á ocupar el trono de España; resolucion que suena halagüeñamente en los oidos del

Sueco, Dinamarqués y Moscovita, y de los electores del Imperio, con especialidad al duque de Baviera, por el encono mortal que profesa á la casa de Austria.

Jamás noticia infausta llegó á encarnar tan amargamente, ni á consternar en igual grado, el ánimo de Cárlos II, manifestando á las claras que abrigaba afectos en su interior, y prorumpiendo en demostraciones del odio inveterado, que estaba mas y mas profesando á los Franceses. El bando austríaco aviva y estrema con aquel cimiento la aversion reinante en el interior del monarca, y por la inversa el bando contrario recarga mas y mas el peligro, y agrava hasta lo sumo aquella zozobra, si no se remedia el temido fracaso, nombrando heredero al duque de Anju.

Trascienden estas contiendas desaforadas aun hasta las mismas antecámaras del palacio, donde enfervorizados los ánimos, se propasan con porfiada destemplanza, porque lo mas de lo que se llama servidumbre era austríaca por inclinacion, y así manda, que ni por mera conversacion se trate de la sucesion á los reinos, ni se proponga mas la cuestion en los tribunales.

Inflama la ira del rey las esperanzas del emperador; manda que su embajador eche el resto en obsequios, y se esmera, cuanto le cabe, en solicitar aliados, y en aprontarse para lo sumo del trance. Procura alargar mas y mas las treguas que tiene con Mustafá II, emperador de Constantinopla, y va dispensando gracias de entidad á varios electores, con mas largueza que por sus facultades le compete. Se vale de intrincados ardides, y logra por fin granjear con reserva á muchos, mas no al Bávaro, ni á su hermano José Clemente, elector y arzobispo de Colonia, ni mucho menos á príncipe alguno de Italia, quienes rebosan de gozo con la ideada desmembracion, por cuanto siempre los potentados menores suelen aborrecer mortalmente á los prepotentes, quienes por lo mas abusan de aquel mayor poderío para sus miras ambiciosas.

Con esto continúa absorta la espectativa europea, á los asomos del siglo XVIII.

CAPITULO SETUAJÉSIMOSEGUNDO.

El cardenal Portocarrero.—Situacion de la reina.—Enfermedad postrera del rey.—Su testamento á favor de la casa de Francia.—Desconfianza de que lo apruebe y sostenga Luis XIV.—Alucinamiento jeneral con sus tramas y falsías.—Reconocimiento de la sucesion por todas las potencias, escepto el imperio y la jeneralidad de los electores.—Anuncios de guerra.

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII.

Forzoso ha sido retroceder algun tanto en el hilo de la historia, para poner de manifiesto los antecedentes que mediaron hasta formalizar el último testamento de Cárlos II, y la guerra sangrientísima que vino á poner en aciago movimiento la Europa toda.

Con efecto, la guerra, llamada de sucesion, conmovió el orbe con batallas memorables, y acabó de asolar hasta en su íntimo regazo, víctima siempre de advenedizas y malvadas ambiciones, á la desventurada España.

Desentraña el célebre marqués de San Felipe, con tino y despejo, las interioridades mas recónditas del palacio, retratando al vivo los personajes descollantes en situacion tan estraña y afanosa; pero sobresale el cardenal Portocarrero, aparentador, como todos, de suma eficacia por el bien público, atendiendo, segun el achaque jeneral de la sociedad humana, únicamente á su interés privado.

Con efecto, clavado á toda hora en palacio, y respetado por su dignidad, y atendido por su cortesanía, volaba su ambicion en alas del zelo fementido; y hacia su prepotencia sombra, y casi orillaba el influjo de la reina. Andaba tambien solícita la grandeza, y ardian mas las tramas y las contiendas, cuando la enfermedad del rey, que segun el mismo autor, corria mas de priesa que el afan del testamento, se agravó en gran manera, y estrechó por fin los términos de aquella disposicion, que traia en pos de sí despierta, y como colgada la Europa entera.

Se redoblan los síntomas mortales, y entónces el monarca, con mas advertencia y teson de lo que se esperaba dicta por fin el decantado testamento, nombrando por heredero de la mo-

narquía á D. Felipe de Borbon, duque de Anju, nieto de Luis XIV, y por gobernadores interinos, á varios grandes, y á la reina con un solo voto, bajo la presidencia del citado Portocarrero, quien se desmanda luego con la augusta viuda, precisándola hasta cierto punto, primero á dejar el palacio, y luego á encerrarse allá en la soledad de Toledo.

Se hace preciso entretanto participar la suma novedad al rey de Francia, y se nombra para tan solemne embajada á D. José Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, quien sale inmediatamente para la corte de Paris, donde se le recibe con estremado y solícito agasajo.

Se ha de tener muy presente, que así en Madrid, como en todas las córtes de Europa, se conceptuó la farsa de Luis XIV por injenua y aun entrañable, como si en la realidad fuese la propuesta del reparto de la monarquía española ventajosísima á la Francia. Mas ahora se hace ya forzoso el desembozo, y se da á luz un manifiesto, esponiendo los motivos poderosos que han mediado, para dar todos aquellos pasos, al parecer contradictorios, y está ya despejada é indisputable la marcha que se ha de seguir en negocio de tantísima importancia. Se publica al mismo tiempo y en oposicion reñidísima otro papel, en estremo injurioso y denigrativo para Luis XIV, tratándolo, con harto fundamento, de malvado y fementido, pero en medio de aquel clamor verídico pero inservible, sigue adelante con su sistema, y agolpa tropas, y aun ejércitos enteros sobre la Flándes, y demás puntos oportunos para el logro de sus grandiosos intentos.

Entretanto, aunque el emperador de Alemania y casi todos los electores, se declaran sin rebozo enemigos de aquella disposicion inesperada, queda reconocido, ú por lo menos sin oposicion formal, el ruidoso testamento, que seguramente no fué, como allá en la fabula, el parto de los montes, sino un aborto, enjendrador de miles de trastornos y quebrantos.

Sigue el rey agravándose, y mientras dura su penosa agonia, si le muestran los sirvientes alguna conmiseracion, el pueblo todo lo está mirando con sumo menosprecio, y aun hastío y escarnio, y luego se horroriza con estremo, al presenciar y como padecer, la guerra sangrientísima que su absoluta inutilidad y rematada insensatez le acarrea.

Así fenece la dinastía austríaca en España, aquella fatal ralea, que reduciendo la península floreciente y pobladísima de prohombres inmortales y un vecindario tal vez de diez y ocho ú veinte millones, á cinco ú seis, y aun escasos de esqueletos exánimes; una ralea repito, que segun la frase espresiva de Cervantes, vino á terminar en punta, como pirámide.

Vamos ahora á escudriñar con esmero, y rasguear con verídica sencillez las particularidades relativas á la dinastía de los Borbones, reinante todavía, en medio de vaivenes y trastornos, con sólido afianzamiento, en España.

PARTE CUARTA.

DINASTIA DE LOS BORBONES.

CAPITULO PRIMERO.

Demasias de Portocarrero.—Trascendencia de su desgobierno hasta la corte de Viena.—Armamentos grandiosos del emperador de Alemania.—El rey de Inglaterra convoca espresamente el parlamento, para esponerle el estado de los intereses europeos. —Dieta de Ratisbona.—Investidura por el reino de Nápoles.—Venida de Felipe V á España.—Varias particularidades.

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII.

Engreido el cardenal con su nuevo encumbramiento, desoye quejas, trueca su agrado jovial en desabrida altanería, y apellida sin rebozo *traidores* á cuantos conceptúa sus desafectos. Llegan al punto, y tal vez abultados estos pormenores á Viena, y enardecen mas y mas los ánimos para la guerra, desde el emperador hasta sus ínfimos parciales.

Aceptada por Luis XIV la sucesion de España, convoca el rey de Inglaterra sin demora su parlamento, y despues de ponderar el ultraje á su real decoro con el proceder alevoso del rey de Francia, cuya ambicion, dice, no se ciñe á los límites de Europa, muestra el sumo quebranto que resulta al comercio inglés, apropiándose los Franceses el de entrambas Indias, el del mar mediterráneo, del adriático y del jónico, cargando desde luego con las finísimas lanas de España para sus propias fábricas; que está amagando inevitable riesgo á la Holanda con la union de ambas monarquías, no habiendo olvidado la España sus antiguos derechos; que mas contingente queda todavía la Gran Bretaña en la relijion por parte de Jacobo Estuardo, con el amparo de dos principes poderosísimos, y así se hace forzoso aplicar el remedio antes que la dilacion venga luego á inutilizarlo.

No logra el rey en la jeneralidad acalorar los ánimos, por cuanto el embajador de Francia, mariscal de Folart, esfuerza las razones de su corte, con esmero y cautela, por no enconar mas al Inglés, quien teniendo ya determinado su armamento, nadie le desengaña en cuanto á la zozobra que le causa la union de aquellas coronas, que en medio de una paz jeneral, podian fácilmente restablecer en el trono al rey Jacobo; y sobre todo miraba por la seguridad propia, muy comprometida ya con la presencia de tamaño poderío.

Escusadas eran las promesas del rey Guillermo, en cuanto á los Holandeses, hechos ya cargo del riesgo inminente que corren sus negocios, y luego estimulados, á toda hora, por los ministros del emperador, quien desde el primer instante propone la guerra en la dieta de Ratisbona; manifestando, que es forzoso precaver las demasías del Francés quien por cada dia está agolpando mas tropas sobre el Rin; que la Holanda tiene que mirar por sí misma y por sus intereses comerciales, agraviada además, al par de la Inglaterra y de Portugal, con el engaño del enemigo, el cual intentará tambien ocupar la Italia, cuyos príncipes siguen siempre afectísimos al casi gobierno austríaco; que nada intentaria el norte contra el interés jeneral de Europa, y hasta el Otomano, con el escarmiento de fracasos anteriores, tendria que permanecer inmoble.

Con estas y otras razones, consigue el emperador mover los ánimos de los príncipes de Alemania, para ofrecerle tropas auxiliares; mas no hasta el punto de formalizar una liga jeneral de círculos, por no mediar todavía guerra, ni con España, ni con la misma Francia.

Habia el reino de Nápoles tributado la debida obediencia al rey, mas el papa le niega la investidura acostumbrada, por contemplacion al emperador. Instan por ella el duque de Uceda, embajador de España, y el cardenal Jason que lo es de Francia, pero corrobora mas y mas en su oposicion al pontífice, el cardenal Vicente Gri-

mani, veneciano, acerrimo parcial de los Austríacos, y sujeto denodado, que merece el patrocinio y aun la privanza del emperador.

Es imprescindible aquella investidura para la posesion del reino, pero es muy conducente, para que el papa, con aquel acto jurídico, apruebe y corrobore los derechos del rey; pues aun despues de jurado el nuevo príncipe en todas las provincias de la monarquía española, hay en los pueblos quien contradiga la lejitimidad de los derechos á la corona; y las familias agraciadas en los seis reinados austríacos, se aferran todavía en el cariño entrañable que naturalmente profesan á sus antiguos favorecedores. Disimulan los mas unidos, pero jeneralmente se hace problemática la fuerza de un juramento, en muchos involuntario, y para gran parte de la nacion, absolutamente despreciable; estimulados los mas por el odio que abrigan á la prepotencia, harto insultante, de los Franceses.

En este vaiven de afectos y de parcialidades, se encamina el nuevo rey de España, acompañado, hasta Burdeos, por sus dos hermanos, el duque de Borgoña y el de Berri, y por crecido número de magnates; pero nadie pisa la raya por entónces, pues encargó muy cuerdamente el rey de Francia, que nadie absolutamente entrase con su nieto, sino el duque de Harcurt, que volvia á Madrid con el mismo cargo que ya habia ejercido, de embajador.

CAPITULO SEGUNDO.

Venida de Felipe V á España.—Aclamacion por los pueblos.—Entrada en Madrid.—Prepotencia é indiscrecion de Portocarrero.—Junta gubernativa.—Vireinato de Cataluña.—Venida de un Holandés á Cádiz y á Madrid, con miras hostiles.—Su intimidad con el Almirante.—Persecucion violenta del gobierno.—Providencias económicas.—Escasez suma de medios.—Disposiciones jenerales.

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII.

Llega Felipe V a España, merece suma aclamacion por los pueblos, jeneralmente ufanísimos presenciando el garboso agasajo de un príncipe gallardo, robusto y espresivo; en una palabra muy diverso de su antecesor, siempre enfermizo y apocado. Se agolpa el jentío en su tránsito, y mas á su entrada en Madrid, el diez y ocho de febrero del primer año del siglo, por la puerta de Alcalá, donde resultan atropellamientos y muertes; fracaso que se interpreta como funesto aguero, por el bando austríaco.

Toma luego las riendas del gobierno, y en medio de sus prendas recomendables, logra poquísima aceptacion en sus primeros pasos, por cuanto el cardenal Portocarrero, sin plaza efectiva de ministro, sigue mas y mas influyendo y aun dominando, sin amainar un punto de su aspereza y desvio, con estremos indiscretos de parcialidad.

Se forma una Junta Suprema, compuesta únicamente del Rey, Portocarrero, Arias, presidente de Castilla, y el embajador de Francia Harcurt. Por pronta providencia se nombra virey de Cataluña á D. Luis Portocarrero, conde de Palma, hermano del cardenal, separando al príncipe Jorje de Armestad, emparentado con la reina. Es aleman, descollante en instruccion y en modales, y afectísimo á Barcelona, cautivándole, ante todo, el galanteo con una dama sobresaliente; representa, insta, pero todos sus conatos son infructuosos, pues le releva ejecutivamente el sucesor, en estremo bronco, é impaciente de ejercer sus violencias jeniales.

Armestad pesaroso é indiscreto, prorumpe, al embarcarse, en ademanes de enamorado é inconsolable, voceando que pronto ha de volver con mas alientos á su querida Barcelona. Queda entretanto fraguada una conjuracion poderosa, á cargo de su amada, quien echa el resto, aunque con vana reserva, en las disposiciones adecuadas á su grandioso intento.

Plantea el gobierno reformas, harto desabridas para infinitas familias, pues con la suma reduccion de empleados, vienen á quedar en total desamparo. Se escasea entretanto, ó mas bien, se carece de caudales, y acudiendo á los asentistas de rentas públicas, se tropieza con el escollo de aumentar luego mas y mas los apuros, con el pago ejecutivo de réditos enormes.

Enterado Luis XIV muy por estenso de situacion tan intrincada, se complace interiormente con la perspectiva, de que la España toda tendrá que arrojarse absolutamente en brazos de la Francia; sin hacerse cargo de que cuantos pasos

trabajosísimos va dando el nuevo gobierno mayores fuerzas al partido enemigo, con tantos desabrimientos y clamores, como ocasiona en la nacion entera.

Sigue entretanto el comercio de Cádiz su rumbo anterior, y frecuentan y señorean el puerto los estranjeros, con su inundacion acostumbrada de todo jénero de drogas y artefactos; con cuyo motivo llega allí un Holandés que se va enterando con suma prolijidad de todo lo relativo al tráfico, y al mismo tiempo observa y anota cuanto ve en el pais, sobre la situacion de los pueblos, fortificacion de las plazas, estado de productos, disposicion de los ánimos; de donde se deja inferir, que trae encargos de la mayor entidad, y abriga miras é intentos sumamente trascendentales.

Sale por fin de Cádiz, recorre con mas ó menos detencion las Andalucias, y socolor de especulaciones mercantiles, entabla conversaciones jenerales con toda clase de personas, lastimándose afectadamente del atraso lastimoso de pais tan fértil, en labranza, artes y comercio; esperanzando á todos en bosquejo, con una perspectiva de novedades, á cual mas ventajosa, para los naturales. Se para en particular por los estados grandiosos del almirante de Castilla, y se encamina á la corte.

Llega con efecto á Madrid, se hospeda en casa del embajador de Holanda Schomberg, entabla infinitas relaciones, y en particular con el Almirante, á quien regala un hermoso reloj de repiticion, encargándole espresivamente, que al *tocar la campana le tenga siempre muy presente.* Estrechan entrambos mas y mas su intimidad, y queda hecho cargo el advenedizo de que atacando con fuerzas la Andalucia, no seria el Almirante el postrero en acudir á la llamada. Así lo manifiesta luego el Holandés á su regreso, con poquísima cautela; se comunica la especie al rey Guillermo de Inglaterra, llega á oidos del de Francia, y por fin lo sabe todo el mismo Almirante, por cuya causa tiene que vivir con amargo sobresalto.

Entretanto el emperador Leopoldo encarga al príncipe Eujenio de Saboya, que aliste cuantos reclutas pueda, agolpándolos con la tropa veterana, por las orillas del Rin, y envia nuevos embajadores á Holanda é Inglaterra, con el encargo especialísimo de que concluyan una liga poderosa allanándose á cualesquiera condiciones, con tal que se comprometan aquellas potencias en arrebatar el cetro de España de las manos de quien lo está usurpando, pues no se ciñe ya la cuestion á la lejitimidad de ciertos derechos, sino que se estiende á salvar la Europa entera del sumo peligro que le está amagando. Que la misma grandiosidad y riqueza natural de la España esperanza á todas las potencias, con el reintegro de cuantos desembolsos puedan hacerse para el rompimiento, prosecucion y complemento de la guerra, y que tiene resuelto el entablar desde luego las hostilidades, para no dejar al enemigo la facultad y proporcion de que ajuste, arraigue y complete sus planes, á beneficio de la inaccion jeneral.

Por su parte Luis XIV, encarga eficasísimamente, por medio de sus embajadores á todos los príncipes de Italia, y con especialidad á la república de Venecia, no permitan bajar tropas alemanas por aquella parte. Que se junten todos los estados, formen un ejército, elijan un capitan jeneral de Italia, y se opongan esforzadamente á toda tropelia ó inovacion.

El conde de Castel-Branco y el cardenal Grimani, parciales del emperador, alegan en su defensa, que ya los Borbones tienen hecho el reparto de la Italia, para luego aspirar á la monarquía universal; que el imperio tenia concedidos privilejios y derechos, desde muy antiguo, á sus respectivos estados, y sobreviniendo los Borbones con su mando impetuoso y sus leyes nuevas, lo arrollarian todo indistintamente, por lo cual era forzoso obrar desde luego con denodada resolucion, para no quedar despues sobrecojidos y atropellados.

Esparcian además los imperiales varios papeles, tan bien hablados como injuriosos para la Francia, echando el resto de la elocuencia y de los baldones mas ó menos fundados... pero todo es en balde, pues ni pasos, ni palabras, ni escritos, causan la menor mella en los ánimos italianos, de suyo afeminados y desaguerridos, y luego indiferentes para lo actual y para lo venidero.

En vista de tantísima demora, resuelven los Austríacos entablar ejecutivamente la guerra por sí solos, ansiando algun obvio y venturoso acaecimiento que dé realce á sus armas, y la felicidad les granjee considerable séquito de amigos; y así es la Italia el primer teatro de tanta sangrienta pelea, como está amenazando.

CAPITULO TERCERO.

Redobla el emperador sus negociaciones con mayor ahinco.—Se desentienden los Jenoveses.—Igualmente el duque de Saboya.—Su política equivocada y medrosa le acarrea mortal ruina.—Estado lastimoso de las provincias y las plazas en España.—Reseña de sus escasas fuerzas, en los diversos puntos de la monarquía.—Planes magnánimos de Luis XIV.—Sus disposiciones grandiosas y ejecutivas.—Principio de la guerra.—Venida de la reina.—Córtes de Cataluña.—Tramas.—Ministerio de Orris.

DESDE 1701 HASTA 1704.

Baja el conde Guido Staremberg con treinta mil hombres por el Tirol, pero el mariscal de Tessé, casi al mismo tiempo, se adelanta con cuarenta mil franceses hasta Torrecillas. Entretanto no se mueven los Suizos, y renuevan únicamente su liga con Venecia, la cual viendo ya tan cerca la llama casi jeneral, pone á Verona en cierto resguardo.

Antes de romper las hostilidades, el emperador Leopoldo redobla sus instancias, siempre infructuosas, con Venecianos y Jenoveses, y por punto jeneral, todos los gobiernos de Italia, sobre la cobardía nacional y meramente artística, aunque no aborrecen á los Españoles, cuyo mando suave han estado viendo ú sufriendo por tantos siglos, al mirarlos ahora hermanados con los Franceses, los aunan en el odio que siempre les profesan; mas no por eso se enardecen hasta el punto de empuñar las armas.

No así la Saboya, de suyo mas guerrera que los demás estados italianos, y cuyo duque se compromete por fin en aprontar diez y seis mil hombres, costeados por la Francia. Cede tambien D. Pedro á las instancias de la Francia, quien de comun con la España, se obliga á resguardar las costas y puertos europeos y ultramarinos de Portugal, así en el Brasil, como en la India oriental.

Ufanísima España con estas alianzas, está muy ajena de presumir, que entrambas le han de redundar en grandísimo quebranto, porque confiados abuelo y nieto con aquel arrimo, desatiende Luis XIV el mediodía, por acudir al norte y á su próxima Italia, y Felipe deja desamparadas las costas de España y de América. Yacen indefensas las plazas de Andalucia, Valencia, y Cataluña, que son las llaves del reino, quedando así á merced de los advenedizos.

Ruinosos los muros de todas las fortalezas, aun tiene Barcelona abiertas las brechas que hizo en el reinado anterior, el duque de Vandoma, y desde Rosas hasta Cádiz, no hay alcázar, ni castillo, ni puerto guarnecido de tropa, ni siquiera con algun asomo de artillería montada, en los puntos mas accesibles de mar ó tierra. El mismo desamparo se advierte por la costa cantábrica, desde San Sebastian hasta Vigo.

Se carece de pertrechos, y hasta de almacenes, como igualmente de armeros y fundidores; yacen callados, ó mas bien yermos, los arsenales y astilleros, y olvidado ya el arte de la construccion naval; ya no quedan mas que algunos bajeles destinados á la contratacion de Indias, unos cuantos galeones, y en Cartajena seis galeras antiguas y absolutamente inservibles.

Tales son las fuerzas de España, y tales sus preparativos, en el caso de una guerra inevitable, con muestras patentes de tenaz y sangrientísima; ni aparece mayor vijilancia por las posesiones mas ó menos lejanas de la Peninsula. No hay en todo el reino de Napoles, ni seis compañías cabales de soldados, y aun todos ellos ajenísimos de la guerra, y del arte militar, olvidado totalmente en tantísimos años de sosiego. Guarnecen quinientos hombres la Sicilia, doscientos la Cerdeña, menos las Baleares; poquísimos las Canarias, y ninguno las Indias. Se da por supuesto, que las milicias urbanas han de suplir en el trance, reduciéndose su formacion á escribir en un libro los nombres de labradores, ó rebadanes de alguna manada ó piara, obligándoles á tener un arcabuz.

Ocho mil hombres hay en Flándes, y seis mil en Milan, y contándose todos los asalariados en tan grandiosa monarquía, no llegan á veinte mil. Las fuerzas marítimas de los paises depen-

dientes del gobierno, se reducen á trece galeras, y luego seis que tiene por asiento en Jénova, Juan Andrés Doria Carreto, duque de Tarsis, y otra mas Estévan Doria. En tan sumo desamparo vino á quedar la armada española, en manos de los Austríacos.

No se quebranta el ánimo esforzado de Luis XIV con tan absoluta carencia de medios ofensivos y defensivos, para el resguardo de tanta inmensidad de costas europeas y ultramarinas. Reina por el contrario el enemigo, y en marcial desden de todas las amenazas, se abre su ejército, desde un solo punto, como en abanico, y ocupa de repente y á un mismo tiempo todas las plazas de la Flándes española, arrojando á cuantos Holandeses las están guarneciendo, por convenios anteriores, sin que medie hostilidad, resistencia, ó tropelía alguna; adelantándose el mariscal de Buflers además, con un pié de ejército, hasta las cercanías de Lila. Se apoderan tambien de una porcion de barcas holandesas, cargadas de municiones en el puerto de Güeldres, cuyo gobernador les está esperando con dañado intento; y por mas quejas que exhala y repite la república, todas quedan sin el menor aprecio ni contestacion.

Amenaza la república unirse con el emperador, y aparenta aquella demostracion cuando está ya convenida, sobre este punto, con el rey Guillermo de Inglaterra. Mas entretanto, no hallándose todavía aparatados, á fin de adormecer algun tanto las iras del Francés, proponen condiciones de ajuste, diciendo, que no entrarán en condicion alguna, si se les deslindan sus posesiones con la valla de Venlo y San Donato, con otras veinte plazas, entre ellas Ruremunda, Luxemburgo y Masnedo, y cuando no, que se entregue la Flándes española al emperador.

Rechaza el rey de Francia, con mayores amagos, la propuesta, y entónces redobla sus preparativos la Holanda, acudiendo con agudo clamor al rey Guillermo, quien por su parte insta en el parlamento eficacísimamente, y consigue que por el pronto pasen allá diez mil hombres, mas no se avienen las cámaras á la declaracion de guerra.

Desengañan y enconan los Ingleses con mayores demandas á Luis XIV, quien va dando largas para declararse terminantemente, aguardando el éxito de las maquinaciones que trae en Escocia, contra Guillermo y á favor de Jacobo Estuardo, como igualmente en Hungría contra Leopoldo, estrechando además á los Turcos, para moverle desde luego guerra sangrienta; mas quedan en esta parte frustrados sus intentos, sin que se haga la menor demostracion por el imperio otomano.

El emperador envia entretanto al príncipe Eujenio de Saboya con crecidas tropas, debiendo incorporarlas con las de Staremberg que tiene ya en su poder el tránsito de las cumbres. Agolpan igualmente sus fuerzas, aumentadas, ya con doce mil piamonteses por los llanos de Cremona, pero Staremberg, arrollando dificultades atraviesa pasos trabajosísimos, y sostenido luego por el príncipe Eujenio, echan entrambos un puente sobre el Tártaro, y á vista del mismo Catinat, se adelantan hasta los campos de Ferrara.

Avanza mas y mas Eujenio, atraviesa con ardides y precauciones el Mincio, y sorprende á un cuerpo inferior de Españoles, mandados por el marqués de los Balbases, y aunque no es en sí de consideracion la victoria, abulta infinito, por ser la primera operacion de la campaña, y facilita al emperador el afan de atraer á su bando varios príncipes, todavía indecisos, y da desde luego nombradía á sus armas; á cuya sombra el duque de Saboya, temeroso ya de los Franceses, amaga con un desvío total de su confederacion.

Pasa el príncipe Eujenio á Caneto, y bloquea luego estrechamente á Mantua, guarnecida por los Franceses, en número de doce mil, mandados por el mariscal de Tessé, y así no cabe formalizar el sitio de una plaza fuertísima por su situacion; y entónces sosteniendo siempre el bloqueo se acuartelan los Alemanes para el invierno, por aquellas inmediaciones; como lo hacen igualmente las demás tropas francesas, retirándose á Milan, y á otros puntos mas ó menos oportunos, y colocándose unos y otros en el disparador, para la próxima campaña.

La oficina de la guerra, dice el marqués de San Felipe es la corte, y no faltan en ella lides, si no sangrientas, en estremo perniciosas. Volvamos pues á Madrid, donde el cardenal Portocarrero, abrumado por el cúmulo de negocios, y desabrido con el ímpetu de los Franceses, pide sujetos auxiliares para la junta suprema, y entran en ella el duque de Montalvo, presidente de Aragon, y el marqués de Mantua, del de Italia.

Corre por cuenta de los Franceses el ramo de guerra, y piden sin cesar crecidas sumas de dinero, no pudiéndolas aprontar el erario. Tratan de imponer nuevos tributos, pero se opone el cardenal diciendo, que hartas son las rentas reales, y tan solo falta una recaudacion espedita y empleo económico en su administracion, con cuyo motivo traen para su manejo al franco Orri, muy entendido y amaestrado en la materia, pero de jenio imperioso y desaforado.

Sus ímpetus enajenan los ánimos hasta lo sumo, con cuyo motivo el marqués de Villena, sujeto esclarecido por su cuna, su despejo y su instruccion, propone, ayudado de toda la grandeza, que se junten córtes jenerales en Castilla

para atender á las urjencias y al bienestar de la patria. Decia con veras entrañables, que convenia se allanase el rey á reconocer desde luego los fueros castellanos, por no ser tan árduos como los de la corona de Aragon, pues interviniendo los súbditos en los acuerdos y leyes que se revalidasen ó estableciesen, acudirian gustosos al cumplimiento de la nueva planta en todas sus partes.

Se consulta el negocio con el rey de Francia, quien se desentiende garbosa y absolutamente, encargando se tome el debido dictámen de los dos consejos de Estado y de Castilla.

Opinan ambos consejos contra la propuesta del marqués, alegando la turbulencia de los tiempos, y otras jeneralidades inconcluyentes, y propias de la cavilacion y superficialidad de tales cuerpos; con asomos mas ó menos remotos é interesados de adulacion al rey, quien quedó muy complacido con la resolucion, pues venia empapado en las máximas palaciegas del orgulloso despotismo de Luis XIV. En suma para no estrellarse con el anhelo harto patente de los pueblos, se dijo, que mediaban por el pronto notables inconvenientes, y se diferia tan solo por algun tiempo el intento.

Magnates y pueblos quedan desabridos, con esta dilacion de las córtes que habian conceptuado muy cercanas, y tan inesperada providencia malquista en estremo los ánimos, sin aceptar la disculpa de que se han diferido, por la salida del rey para Cataluña, en busca de la reina, como lo verifica en el mes de setiembre.

Se desaprueba jeneralmente aquella ausencia, pero se la persuade con todo ahinco al rey el cardenal Portocarrero, para alzarse, quedando solo, con la prepotencia anterior; como se verifica en realidad, con sumo pesar de los tribunales y la nobleza, que odian, mas y mas por cada dia el despotismo arbitrario y destemplado de un mandarin enloquecido con su encumbramiento.

Zeloso de vincular en sí toda privanza y poderío, influye eficazmente para ser camarera mayor una advenediza, ajena al parecer de toda relacion en el pais que pudiera hacerle sombra, pero se equivoca en gran manera, pues recae la eleccion en una llamada princesa de los Ursinos, mujer perspicaz y traviesísima, la cual acude á Niza, desde Roma donde se habia criado, para embarcarse en las galeras jenovesas, en compañía de la reina, recien casada por poderes en Turin, el 11 de setiembre.

Se presenta, para recibir á la novia y acompañarla hasta su mismo palacio en Madrid, el duque de Montellano, ex-virey de Cerdeña, en clase de Mayordomo Mayor, sujeto sencillo, anticuado y ajenísimo de toda trama palaciega, y por lo mismo vaciado de molde para las miras de Portocarrero, pues así soltaba la rienda á su idolatrado predominio.

Padecen todos infinito con el mareo, desembarcan en Marsella, y determinan venirse á España por tierra, como lo verifican, llegando unos y otros, casi á un mismo tiempo, á Figueras. Es la reina una niña de catorce años, linda, despejada y amabilísima; trae consigo su comitiva, pero tiene dolorosamente que despedirla toda, por complacer al rey, quien le presenta la servidumbre de camaristas, españolas á quienes ni conoce, ni entiende.

A los dos dias; sale la corte para Barcelona, donde todo se vuelve luminarias, regocijos y algazara; pero en medio del bullicio y los festejos, los Catalanes, siempre solícitos por sus intereses, piden la celebracion de sus córtes, y logran la anuencia real, recien negada, ó por lo menos diferida á los Castellanos.

Los vocales, desde el primer dia, á cual mas impetuoso y pedigueño, no solo revalidan sus antiguos fueros, sino que mútua y redobladamente, pujan y sobrepujan, por sesiones y por instantes, sus conceptuosas demandas. Desde luego se hacen cargo, de que pronto les han de atajar la carrera de tan estremados intentos, pero tambien recapacitan que la primera valla, de su ya prevista negativa, les ha de servir de hincapié para contrarestar el torrente de la obediencia ejecutiva que se les ha de exijir en punto á rendimientos é intereses. Juran sí de nuevo fidelidad, pero con ánimo resuelto de idear y conseguir cuanto conceptuasen mas ventajoso á su pais.

Siguen mientras tanto correspondencia estensa y puntual con el príncipe de Armestad, quien se halla en Viena y presenta sus cartas al mismo emperador Leopoldo, el cual enterado del aura reinante en Cataluña, y empapado en esperanzas lisonjeras, envia copia fiel de todas las cartas al rey de Inglaterra, y así aunque median rastros de indisposicion, por haber Leopoldo reconocido el derecho de Jacobo Estuardo, pretendiente á la corona de Inglaterra; se aventan aquellos recuerdos de enemistad, y clavan todos su intento en la empresa ajigantada de la guerra.

Fallece el padre y sigue Luis XIV reconociendo al Estuardo menor, con lo cual ofrece campo anchuroso á los parciales de Guillermo, para tachar al rey de Francia, de infractor alevoso de tratados, y fraguador perpetuo de convenios, para cumplir tan solo la parte, ó la resulta, que le acomoda, segun el estado de sus actuales intereses.

Por fin el rey Guillermo declara y pregona formal y solemnemente la guerra á Francia y

España. Ofrécenle auxilios el duque Jorje de Hanover y la princesa Ana de Dinamarca, quien brinda hasta con sus anillos y dijes, si fuesen necesarios para la guerra. Se hacen grandísimas levas por toda Inglaterra, y se arma desde luego poderosa escuadra de navíos, al mando del almirante Rooch. Pasa Guillermo personalmente á Holanda, que declara tambien la guerra, y revistados allí los diez mil Ingleses anteriores, regresa á Lóndres, y envia sus dos escuadras grandiosas, á surcar los mares con mas pompa que utilidad para el objeto de la guerra, empleando así los cuantiosos subsidios que el rey consigue del parlamento.

Atemoriza aquel boato las costas de España, y mucho mas sus posesiones lejanas, donde hierven los emisarios y parciales austríacos, pues la nobleza siempre memoriosa de las mercedes y finezas antiguas, abriga mas y más su inclinacion entrañable, y el apellido solo de Austria está haciendo guerra tenaz contra Felipe.

Una conjuracion ideada en Roma, por el cardenal Grimani, D. César Avalos, marqués de Pescara, descendiente del ínclito vencedor en Pavía, se fragua con crecida trascendencia en Nápoles, que es el primer paso tildado por entónces de rebeldía. Es verdaderamente el móvil de aquella novedad el desgobierno arbitrario é indecoroso del virey, duque de Medinacceli, quien de suyo áspero y violento, sacrifica su pundonor y los caudales públicos, á su intimidad vergonzísima con una vil cantarina, que se empeña en alternar con la nobleza mas esclarecida de la ciudad.

Entran sujetos principales en la trama, pero los encargados de encabezar la ejecucion, á todo trance, son un maestro de esgrima, llamado Prisco, y el cochero del mismo duque. Se descubre el intento cuando está ya todo dispuesto para estallar en aquella misma noche, se castigan los reos mas culpados, y se restablece el sosiego, alterado tan solo por algunas horas, pero luego el gobierno de Madrid retira al duque, dándole la presidencia del Consejo de Indias, y tratándolo despues con desvío, como se verá mas adelante.

Se aparece por entónces á la parte del ocaso, un enorme cometa, que atemoriza á las jentes con su anchurosa é inmensa cola, interpretando cada cual sus soñados anuncios, segun le influye su propension anterior. Parece que era el que guarda un período de sesenta y pocos mas años, y cuya reaparicion predijo despues con certero tino y sublime ciencia, el profundísimo calculista y astrónomo Clairaut.

CAPITULO CUARTO.

Siguen las córtes de Cataluña. — El Almirante de Castilla. — Su doblez. — Se ajusta la alianza de las potencias contra España y Francia. — Muerte de Guillermo, rey de Inglaterra — Sucesion de Ana de Dinamarca. — Se renueva la Liga. — Los Ingleses pactan, en el nuevo reparto, su ocupacion de Mahon, Jibraltar y Ceuta. — Ida de Felipe V á Italia. — Pasa de Nápoles á Milan. — Presencia con serenidad las operaciones militares. — Sobresalencia del príncipe Eujenio. — Córtes de Aragon, presididas por la reina. — Victoria de la escuadra inglesa, mandada por el duque de Ormond. — Su asomo infructuoso por las costas de Andalucía.

LAS MISMAS FECHAS.

Siguen las córtes en Barcelona, y sus vocales se enardecen y se propasan, mas por cada dia, en sus demandas, continuando al mismo tiempo sus relaciones encubiertas con los Austríacos. Como quiera, jura el rey sus leyes, fueros y privilejios, como igualmente comprometen su fidelidad los naturales, con el juramento y ceremonial acostumbrados. Se conceden títulos, se arman caballeros, tal vez con demasía, tal es el afan de agraciar y atraer, á impulsos quizá de interior desconfianza.

El Almirante de Castilla, siempre austríaco de corazon, se cartea con el duque de Paroti en Viena, manifestándole sutil y encubiertamente, cuantas novedades conceptúa adecuadas á su intento. Se queja de que la nobleza catalana es enemiga del rey, á pesar de sus halagos y finezas; de que son mas acreedores los Castellanos á toda distincion, y sin embargo se les niega la celebracion de sus córtes, concedida á los ingratos Catalanes; que se debe estar muy alerta por Andalucía, cuyas costas se hallan muy es-

puestas á una invasion, y mas hallándose allí de virey el marqués de Leganés, en su concepto, afectísimo al partido contrario, y con todo está determinado, en circunstancias tan críticas, el viaje del rey á Italia.

Se ajusta por fin el convenio, de guerrear contra España, hasta arrojar de su trono á Felipe de Borbon, entre la casa de Austria, el rey Guillermo, la república de Holanda, el duque de Hanover, teniendo, como en depósito, cuanto pertenece á la monarquía española, tanto en Europa, como en Asia y América; ocupando ante todo los puertos de mar, para imposibilitar todo comercio y armamento á sus enemigos.

Aun no se ha declarado por rey á Cárlos Archiduque de Austria, pero saben todos, que no puede ser otro el agraciado, para la ocupacion del batallado trono... pero entretanto el rey Guillermo da una caida de su caballo, se agravan los achaques ya padecidos de antemano, y fallece á poco tiempo, dejando memoria de monarca sabio, valiente y virtuoso, con sumo quebranto de sus apasionados súbditos.

Pero le sucede la reina Ana, quien revalida aquel ajuste, espresando los Ingleses, con su ambicion mercantil y mañas maquiavélicas, que desde luego se han de apropiar á Mahon, Jibraltar y Ceuta; y entónces ofrecen derramar á raudales los subsidios, entregando á los coligados las llaves de su tesoro.

Pasa Felipe V á Nápoles, donde logra ruidosos aplausos, se traslada á Milan, y desde allí se apersona en los ejércitos que están guerreando por Italia.

Descuella el príncipe Eujenio con su actividad incesante y sus maniobras portentosas. Sorprende Cremona, y despues de batallar, por las calles, largas horas, se retira sin gran quebranto, llevándose prisionero al jeneral francés Villeroy. Se ñorea todas las operaciones militares de la campaña, y logra, con treinta mil hombres, hacer frente á cerca de ochenta mil; manteniendo siempre las mismas posiciones, ó las que conceptúa conducentes, para sus planes incontrastables.

Entretanto Felipe V acompaña serenamente todos los movimientos, y da muestras de intelijencia y de entereza gallarda y verdaderamente militar.

La reina pasa á Zaragoza y accede á la celebracion de córtes que le piden los Aragoneses. Su niñez y su ignorancia total de los infinitos y considerables fueros del pais, la imposibilitan de providenciar en los puntos árduos que se van ofreciendo, pero por el pronto se aviene á todo, jura solamente las leyes de Aragon, y sigue su marcha para la corte.

Sigue Portocarrero mandando en palacio, pero entorpece sus intentos y sus pasos la escasez perpetua, á pesar de las dilijencias del ministro Orri que arbitrariamente se empeñaba en deslindar los puntos intrincados de la hacienda, con las alcabalas y demás ramos de la administracion de rentas.

Entretanto llega el inglés Ormond, con poderosa escuadra, sobre Cádiz; se tiende y fondea por la costa, salta el primero en tierra el príncipe de Armestad y prorumpe; era mi ánimo desembarcar en Cataluña, mas ahora he de ir por Madrid á Barcelona. Con las noticias del Almirante, siempre doble y eficaz en sus intentos, escribe el Aleman, aparentador de relaciones y privanzas, cartas y cartas á varios empleados y sujetos principales del pais; median algunos dias, nadie contesta, antes bien el marqués de Villadarias, virey á la sazon; embiste con prepotente tropa las líneas inglesas, las arrolla y obliga al enemigo á retirarse sobre Rota y reembarcarse; y entónces Ormond trata de embustero al príncipe de Armestad quien se disculpa diciendo, que no es empresa de pocos dias la que intentan, y se requiere teson para conseguirla, mas Ormond le vuelve la espalda y da la vela.

A breve tiempo, encuentra y derrota la escuadra de España, fenecen lastimosamente en el combate hasta dos mil Españoles, mientras otra escuadra inglesa está infestando las posesiones ultramarinas. Hierve mas y mas la actividad en Inglaterra, alistando tropas y poniéndolas á las órdenes del famosísimo luego Malborough, recien creado duque.

Se enardece mas todavía el entusiasmo con la noticia de haber entrado en Vigo tras la flota española, el osado Ormond, quien desembarcando por el pronto cuatro mil hombres, imposibilita el salvamento de los caudales, con su fuego de mar y tierra, y apresando hasta el valor de cuatro millones de duros, echa á pique nuestras naves y se vuelve triunfante á Inglaterra. Se asegura, que el comercio de Cádiz solo, vino á perder hasta ocho millones de los mismos pesos fuertes.

El Almirante de Castilla, como personaje en el reino, atrae consigo muchos rebeldes, pero luego desahuciado de mover y armar las Andalucías, como tenia intentado, con pretesto de pasar á Francia, huye á Portugal.

Vuelve Felipe V á Madrid el 27 de enero de 1703, y merece sumas demostraciones de aplauso y alegría; arde la corte en marañas y enconos, fomentando las creces de tan vil zizaña la llegada del cardenal de Etré, por embajador de Francia, con ínfulas imperiosas, y arrolladoras del ministro universal Portocarrero y demás de su parcialidad. Contrarestan á entrambos partidos, el conde de Montellano, íntimo de la reina, y la

princesa de los Ursinos, que va mas y mas medrando en poderío, y entrometiéndose en negocios gravísimos, ajenos todos de su sexo y cargo; mas por fin encaminados á preservar la reina de todo desvío indecoroso, para la persona del monarca.

Montellano, por su privanza, entiende en todo, y por su influjo, y el de su amigo aparente, el embajador francés, va orillando á Portocarrero, antes ensalzador, y ahora enemigo implacable, de los Franceses. Se empeña el embajador francés necia y ridículamente, en que el Presidente de Castilla le ha de visitar en su casa; se opone el ministerio español, se queja el embajador, de este supuesto desaire, á su corte, y se le contesta, que se retraiga de etiquetas arraigadas en el pais, y particularmente en los tribunales.

Se indispone además en palacio, por tratar con escesiva llaneza á la reina, y luego se estrella con su paisano Orri, quien á pesar de su índole desabrida é impetuosa, merece consideracion en la corte, por haber logrado entonar, hasta cierto punto, el ramo antes tan confuso y desquiciado de hacienda, poniendo corriente hasta el cobro de las alcabalas, en cuyo producto los ministerios anteriores habian dejado inveterar, como dice el marqués de San Felipe, mil abusos enormes.

Se desentiende en esto el rey de Portugal de la liga europea, constituyéndose meramente neutral, y negándose á franquear paso á tropas advenedizas contra España; pero luego, á pesar de las razones poderosísimas que alegan sus consejeros, para que evite todo rompimiento que pueda redundarle en sumo quebranto, por la pequeñez de sus estados, con el brindis de cesion halagüeña, no menos que de Galicia y Estremadura, se compromete en la coligacion jeneral de Europa, contra España y Francia, y entónces refuerza arrebatadamente su escasísimo ejército, con cuantiosos reclutas.

Campea mas y mas en Italia, con sus ardides injeniosos y su habitual maestría, el príncipe Eujenio, sobreviene la declaracion del duque de Saboya por la casa de Austria, ocurren movimientos de tropas por Baviera y otros puntos de Alemania y de los Paises Bajos, con varia fortuna y trances poco decisivos; y entretanto sigue la discordia y prevalece el encono en palacio, donde como dice el autor citado, no hay dos individuos de un mismo dictámen; se aparece en Madrid un abad de Etré, y se conjura con la princesa de los Ursinos, contra su propio tio el cardenal, para volcarlo y sucederle en la embajada. Pero no solo sigue el envidiado en su destino, sino que logra volcar á los principales, en el manejo de los negocios, siendo, dicen algunos, la ambicion en el hombre, como el cocodrilo, que mientras vive, sigue creciendo.

Sigue el embajador con su preponderancia, y consigue la supresion del consejo de Flándes, porque así se lo encarga su corte, para obrar mas á su albedrío, en todos los Paises Bajos. Este predominio enjendra odio á la Francia, y crecen mas los parciales del Austríaco, aun dentro del mismo palacio.

Pero el promovedor por esencia de aquel bando, es el conde de Cifuentes, sujeto gallardo, afluente y espresivo en estremo, quien primero por Granada y luego por toda la Mancha, embelesa los pueblos con su persuasiva, y se granjea una aceptacion incontrastable. Esta suma trascendencia llega á oidos del Presidente de Castilla, quien desde luego comisiona al consejero D. Luis Cárcel, para que pase á la Mancha, en averiguacion de tamañas demasías. Prenden al conde, pero logra desasirse de manos de los alguaciles, se pone en salvo, huye á Valencia, y tanto allí como en Aragon, fomenta la rebeldía, y se declara al fin, sin rebozo, por los Austríacos.

La princesa de los Ursinos, encelada mas y mas del cardenal embajador, logra en Paris que lo retiren, nombrando en su lugar al sobrino, quien luego se desaviene con la palaciega, y se afana porque la llamen de la corte de Francia. Resulta en seguida, que por informe del cardenal en Paris, retiran á la Ursini, mas luego habiendo esta interceptado cartas del sobrino, ya embajador, le retiran tambien, quedando así desvalidos y arrinconados los tres que mútuamente han guerreado á todo trance, para derribarse.

Llega Cárlos de Austria á Lisboa, con ocho mil Ingleses, y aunque se incorporan con el ejército Portugués, no pueden contrarestar al español de diez y ocho mil infantes y seis mil caballos, todos veteranos, mandados por el duque de Verwick. Marchan todos sobre Portugal, y allanan la provincia de Alentejo, en cuya campaña, muestra Felipe V su marcialidad, comiendo unas veces en pié, y otras sobre un timbal.

Por otra parte logran ventaja los Portugueses, y se internan algun tanto por Castilla. Enferman luego las tropas castellanas, hay que tomar cuarteles de verano, y así se malogra por fin la campaña, en que el enemigo escasea de fuerzas, y se malgastan crecidos millones, para perder considerable número de soldados, sin utilidad alguna.

Se guerrea con mas ahinco en Alemania, y despues de repetidas marchas y contramarchas, padece el Bávaro, sobre Donavert, grandísimo descalabro, y resulta la campaña ventajosísima para los Austríacos.

En el verano de 1704, viene una armada in-

glesa, al mando del almirante Rooth, sobre Barcelona, y aunque el Veguer de la ciudad se conjura con otros á favor de los Austriacos, al ver que nadie se declara con fuerzas respetables, se retira luego, la vuelta de Mallorca. Otro tanto sucede por parte de la ciudad, y así el virey D. Francisco de Velasco, desconfiando de su propia autoridad, tampoco se atreve á providenciar contra los conjurados, ni á pesquisar con ahinco su conducta.

Desembarcan los Ingleses alguna jente con el vice-almirante Binghs, encargado de aquella empresa; mas viendo que nadie les abre las puertas, como se estaba convenido, ni asoman parciales, se reembarca, y se incorpora de nuevo con la escuadra.

CAPITULO QUINTO.

Usurpacion malvada de la plaza de Jibraltar, por los Ingleses. — Intentos antiguos y modernos de los Ingleses contra Ceuta. — El marqués de Villadarias sitia á Jibraltar, sin éxito. — Guerra en Italia y en Alemania. — Batalla de Hochitet. — Vaivenes en la guerra. — La Francia toda apetece la paz. — Se desentiende Luis XIV de aquel deseo. — Pérdida de Cerdeña. — Guerra doméstica en el interior de palacio. — Orri despedido. — Armada en Portugal. — Renovacion en la guardia. — Ocupacion de Barcelona. — Llegada del archiduque. — Su proclamacion como rey católico, con el título de Cárlos III.

DESDE 1704 HASTA 1706.

Encabezarémos este tritísimo capítulo, con un fracaso mortal y perpetuo para España, aborto del maquiavélico sistema reinante en las lóbregas márjenes del Támesis, para el avasallamiento y desdoro de las demás naciones.

Desahuciado el almirante Rooch, en realidad, ó en apariencia, pues abriga en su interior otro mayor intento, navega para poniente, se encara con la plaza de Jibraltar, que le consta hallarse absolutamente desprevenida, para una defensa formal. El gobernador D. Diego de Salinas, tiene tan solos ochenta hombres de guarnicion, y treinta caballos para resguardar la playa. Le intima el inglés la rendicion, rechaza con desprecio la propuesta, forma el enemigo su escuadra en semicírculo, y plantea en el centro cuatro balandras que arrojan sin cesar un bombardeo formidable, y se consterna el vecindario con la novedad del horroroso estrago.

Desembarcan cuatro mil Ingleses, se encaminan á la ciudad, desprovista de artilleros y de pertrechos, y la necesidad obliga al gobernador á admitir la capitulacion, de que la guarnicion salga libre, como tambien los paisanos que no se avengan á mudar de dueño.

Copiarémos de los tan célebres Comentarios del marqués de San Felipe, el trozo relativo al trance que vamos historiando. «Fijando en la muralla el estandarte real, proclamó al rey Cárlos de Austria el príncipe de Armestad; lo resistieron los Ingleses, plantearon el suyo y aclamaron á la reina Ana, en cuyo nombre se confirmó la posesion, dejando guarnicion inglesa. Esta fué la primera piedra que cayó de la monarquía española, chica, al parecer por entónces, pero de grandísima consecuencia.»

«Quisieron los Ingleses, para dominar el Estrecho, tomar á Ceuta, donde se hallaba de gobernador el marqués de Jironella, catalan de sumo teson y comprobada fidelidad. Presentáronse á la plaza, y queriéndola rendir con persuasiones, fueron todas caballerosamente menospreciadas. Se distinguia su obispo, D. Vidal Marin, sujeto ejemplar y amantísimo del rey católico, quien ofreció cuanto poseia para la defensa, á la cual estaba eficazmente exhortando.

«Hacia treinta años que la estaban sitiando los Marroquíes, y así entrambas embestidas podian infundir zozobra á cualquiera otro corazon que el del gobernador, quien atendia á todo, contrarestando á la morisma y previniéndose contra los Ingleses, quienes desesperanzados, dieron la vela para el interior del Mediterráneo. Entónces los Franceses por tener dispersas varias naves en diversos puntos, las reunieron todas contra el conde de Tolosa, con escuadra poderosa y órden para arrojar á todo trance del Mediterráneo á los Ingleses, quienes no rehusaban la batalla. Entró

el conde en Málaga; de donde salió luego con viento bonancible y aun calmoso, en busca del enemigo. « Mas adelante se hablará del propio y alevoso intento, durante nuestra guerra de independencia.

Se avistan las escuadras, arrecia algun tanto el levante, logran los Ingleses el barlovento, quienes además de ciento y diez y ocho naves, traen ocho balandras que colocan á los estremos de la línea. Tiene el conde ciento y ocho naves y además á retaguardia, las galeras de España y otras embarcaciones. Se traba el combate, padecen infinito los Franceses, por los tiros mas redoblados y certeros de los Ingleses. Ansia el Francés llegar al abordaje, porque lleva tropas de toda confianza, pero el Inglés le sigue cañoneando con suma ventaja. Tiran las balandras algunas bombas con poco éxito. En esto se embravece el mar, se desvian las escuadras, la francesa se guarece en Málaga, donde acude al reparo de sus naves maltratadas, y aunque padece esta mayor quebranto, unos y otros se atribuyen la ventaja, y cantan himnos de victoria.

Entretanto sigue la guerra con actividad en Italia, se manifiesta particular empeño en la toma y defensa de Susa, en cuya puerta, llamada de Turin, descuella con sus Españoles el conde de Torres. Se inmortaliza el duque de Saboya con su salida en Brema, contra el duque de Vandoma, cojiéndole en la cama, mas sin poderlo afianzar, y continúa la campaña, con mayor ahinco que nunca, en medio del invierno.

Sobreviene la memorable batalla de Hochitet en Alemania, donde el príncipe Eujenio á la derecha y el duque de Malborough á la izquierda, hicieron prodijios de maestría y heroismo, logrando una victoria completísima, con doce mil franceses muertos y otros tantos prisioneros, entre ellos varios oficiales de alta graduacion. De resultas, quedan los vencedores dueños de una estension grandísima de territorio, y despejado el emboque para internarse por la Francia.

En esto la nacion entera, desesperada ya con tantísimos sacrificios y quebrantos, por guerras que directamente nada le interesan, clama á voces por la anhelada paz; pero Luis XIV, por cada dia se aferra mas y mas en llevar adelante y á todo trance la demanda, y así echa el resto en completar, ó mas bien restablecer sus ejércitos, en estremo menoscabados con tan repetidos descalabros, como fueron siguiendo al costosísimo de Hochitet.

En Madrid, por tramoyas palaciegas, despiden al francés Orri, sin que la hacienda pública mejore de administracion, ni apronte mas caudales, que siempre escasean, y entretanto hay alguna novedad en la guardia de palacio, que mas adelante se formaliza, bajo planta mucho mas entonada y grandiosa.

En esto, pasa el marqués de Villadarias á sitiar la malograda plaza de Jibraltar, con ejército de consideracion, y rebosando de fogosidad, intenta recobrarla al golpe, y sin tener abiertas las correspondientes brechas; por lo cual á pesar del heróico denuedo de la tropa, que se encarama á grande altura, peleando al mismo tiempo sin cesar, tiene por fin, fatigada y exhausta, que cejar á sus líneas, con estremado é infructuoso quebranto.

Hay además reñidos combates con barcas y lanchas, y hasta se traba reñida refriega por la playa, donde D. José Armendariz rechaza gloriosamente al enemigo, empeñado en destruir nuestras trincheras, que se mantienen intactas; pero construidas con poca intelijencia y solidéz, se inutilizan en breve con los continuos y tempestuosos aguaceros. Siguen además los enemigos, socorriendo la plaza, ya con embarcaciones sueltas desde la costa de Africa, ya con escuadras enteras, desde sus propios puertos.

Llega el Inglés con poderosa armada á Portugal, desembarca tropas al mando del jeneral Galoway, quien trata de encaminarse sobre la marcha á Madrid, mas se le oponen los Portugueses, y entretanto guerrean sobre la raya, toman á Alburquerque, y otros puntos, talando mas y mas la indefensa Estremadura.

Pasa otra escuadra superior á Cataluña, desembarca un ejército de Ingleses y Alemanes, y en ellos el ex-virey, príncipe de Armestad, entran con alguna resistencia en Barcelona, y el 23 de agosto de 1705 llega el archiduque Cárlos de Austria y se le proclama al punto rey católico; se juramenta todo el pueblo, se le acuña moneda, y se le vitorea con entusiasmo. Salen tropas, recorren sin oposicion el principado, y se declaran jeneralmente los pueblos, y particularmente Lérida, por el advenedizo. Cunde, á manera de incendio abrasador, el nuevo bando; el jeneral inglés Peterborough, se apodera con una corta division de la costa de Valencia, donde todos los pueblos le salen amistosamente al encuentro, y otro tanto sucede por el Ebro hasta el mismo Zaragoza, de modo que casi toda la corona de Aragon vuelve á ser absolutamente austríaca, en el ánimo y en la realidad.

Entretanto siguen los aliados prosperando por el norte, y el nuevo descalabro, padecido en Landau, acaba de consternar á los Franceses. Suena y resuena en Francia por todas partes el anhelo de la paz, abandonando la causa, que nada interesa á la nacion, de Felipe V. Madama de Maintenon, viuda de un poetastro tullido, luego aya de los hijos bastardos, despues confidenta y amiga, y al fin esposa de

Luis XIV, está ansiando la paz entrañablemente y á toda costa, mas no se atreve; ni aun á insinuar su anhelo al monarca, quien manifiesta, en medio del quebranto y abatimiento jeneral, una magnanimidad que raya en heroismo.

Peor en gran manera es la suerte de la infeliz España, donde por una guerra de dinastías, en que realmente nada interesa la nacion, arden los pueblos en discordias, se incendian aldeas, se talan campos y desaparecen las artes, agonizando la primera de todas, la indispensable labranza.

En el mismo Barcelona, con motivo de la tal cual oposicion que se ha insinuado, entran como á viva fuerza los sitiadores, el pueblo se atumultua, salen los presos de las cárceles, y todo se vuelve tropelía y desenfreno, hasta que viniendo á quedar diez mil Ingleses de guarnicion, se restablece por fin el sosiego.

Mientras hambrea y casi fenece la desventurada nacion, por causas que debieran serle absolutamente ajenas, adolece su corte de quebrantos, al parecer amarguísimos, por motivos harto baladíes, por etiquetas palaciegas.

Franquea Felipe V asiento inmediato á su persona en la capilla real, como capitan de su guardia, al príncipe de Esternon, se ofende hasta lo sumo la grandeza española, se querella al rey, quien se muestra indeciso, y dejan sus empleos los capitanes de guardias, el duque de Sesa y el conde de Lemos. Ceden algunos desde luego al gusto del rey, otros con el tiempo, y otros nunca.

Ocurre además otra competencia, aunque de mayor entidad. El consejero francés Amelot se empeña en colocar á los de su nacion, para guarnecer las plazas de San Sebastian, San Lúcar y Santander; se oponen á tal demostracion de injuriosa desconfianza, los consejeros españoles, y prevaleciendo el dictamen del advenedizo, dejan sus plazas varios de los Españoles, como tambien los individuos del ministerio, que despues de arrojar á Orri, fluctua, y jeneralmente desacierta, en su desempeño.

CAPITULO SEXTO.

Vaivenes perpétuos en la guerra. — Prepotencia del francés Amelot en Madrid. — Flojedad de Felipe V. — Acontecimientos aciagos en varios puntos, ninguno decisivo. — Movimientos en Cataluña y en Valencia. — Sitio de Barcelona — Toma de Monjuich. — Resistencia de la ciudad. — Venida del almirante inglés Lake. — Levantamiento del sitio. — Huida del ejército con abandono de artillería y enseres. — Entrada en Madrid de un cuerpo de caballería del ejército, portugués. — Entrada del jeneral Galoway. — Del rey Cárlos III. — Alternativas de la guerra en Italia y en Alemania.

DESDE 1706 HASTA 1708.

Varia en estremo es la suerte de las armas, y continua la alternativa de avances, retrocesos, victorias y descalabros, todo por la sucesion de un reino independiente, y que por ningun título corresponde á este ni al otro advenedizo.

Ya se dijo, que en el consejo de Estado sobre la disposicion testamentaria de Cárlos II, el conde memorable de Frijiliana, opinó, que se desechase con menosprecio toda pretension estranjera, y se apropiase la corona al Español mas digno y benemérito, citando el ejemplar asombroso y justiciero de Caspe, donde nueve vocales adjudicaron el solio de Aragon, al escelente monarca D. Hernando de Castilla, apellidado, el infante de Antequera, quien gobernó por largos años el reino, con la cordura y tino que le constituyeron el ídolo de la España entera.

Esta desventurada huérfana, en su inmensidad, es un cerro eminente, socabado por un volcan pavoroso, que devorándole dia y noche las entrañas, lo desploma sobre su profundo abismo, y anonada su existencia. Es con efecto á la sazon, la heróica nacion española en todas sus partes, presa indigna y desamparada de buitres carniceros, en cuyo abominable banquete, el gabinete breton, siempre usurpador y logrero por esencia, sentado á la cabecera, se apropia los manjares mas esquisitos, afianzándose en su asiento para regalar á toda hora su paladar in-

saciable. Señorea á Jibraltar, pone sus miras en Ceuta, para atenazar con el estrecho el Mediterráneo entero, anhela en su centro el hermosísimo puerto de Mahon, tiende sus brazos por ultramar, á Canarias, á las Américas, á la India y á veinte hemisferios, si los hubiera, para saciar su ambicion por cada dia mas frenética.

Sigue la guerra casi europea, por lo jeneral favorable á los ínclitos caudillos Malborough y el príncipe Eujenio, á cual mas dotado de númen militar, y á cual mas entrañable amigo, sin asomo de zelos ni desavenencias, achaques propios de almas mezquinas, y muy ajenas de los dos prohombres de Europa.

Se pelea acá y acullá, por los estremos y por el centro, del ajigantado cadáver. Yace la Flándes en el poder ya vacilante de Luis XIV, cesan y se renuevan embates parciales, ó refriegas reñidas y asaltos sangrientos, por Italia, y tanto Nápoles como Milan, adolecen de mil quebrantos, así con victorias como con descalabros. Vacila tambien la Sicilia, y Cerdeña casi perdida, repara mal sus padecimientos. Rechazan los Canarios la piratería inglesa, pero allá las Américas están como atónitas y espirantes, careciendo casi absolutamente de comunicacion con su madre patria, no menos agonizante, ó por lo menos, en estremo desvalida.

El interior del mismo palacio es, como se dice en el precioso Quijote, campo de Agramante, ó mas bien alcázar de la discordia villana y rastrera de los insensatos cortesanos. Carece el monarca de entereza, para enfrenar los mútuos embates, y anonadar los amaños y dobleces de la ociosidad palaciega. Apellidaron algunos á Felipe V con el dictado de *animoso*; y en verdad que manifestó tal vez jenerosos alientos, pero en él réjimen doméstico, fué mas bien una apocada mujerzuela, que un príncipe gallardo y varonil.

En medio de estas mezquindades verdaderamente ridículas, tiene que desamparar arrebatadamente la corte, pues el marqués de Villaverde se adelanta desde Estremadura, con dos mil caballos y entra en Madrid sin oposicion, siguiéndole luego Galoway con su ejército anglo portugués, y á poco tiempo el mismo archiduque, titulado ya Cárlos III.

Entretanto logra Felipe V reunir un ejército considerable, y es tal el ardor de los Españoles que se empeñan en asaltar á Monjuich, donde padecen un rechazo sangrientísimo, y entónces se avienen á formalizar el sitio de aquel fuerte, que á la sazon, ni por asomo tiene las defensas que posteriormente se le han ido construyendo y completando; y es tal el denuedo y afan de toda la tropa, que consigue por fin avasallarlo.

Entónces se asestan todas las miras á la ciudad, y despues de estrecharla hasta lo sumo, y en vísperas ya de su rendicion, llega el almirante inglés Lake, y aparenta traer fuerzas considerables y socorrer eficaz y poderosamente la plaza. Para engañar á los sitiadores, viste á la marinería de uniforme, y armándola á manera de tropa la desembarca de dia, y despues de maniobrar un rato á su modo, en llegando la noche la reembarca, y repite, el ardid por varios dias. Cónstale la farsa al jeneral que manda el sitio, pero la jeneralidad se deja alucinar, se desalienta, y por fin el aparentador consigue su intento, haciendo realmente levantar el cerco y entrando en la ciudad con ínfulas de triunfador.

Huyen con efecto los sitiadores tan precipitadamente, que abandonan artillería y enseres, con muestras de completísima derrota, mas que de retirada militar y decorosa; con cuya novedad se alborota de nuevo el principado, y el ejército español disminuido en estremo, no acierta á formar ó seguir plan alguno de campaña, vuelto acá y acullá con movimientos absolutamente indecisos.

No menos perplejo se halla el mismo Felipe V, sin tropas suficientes, sin caudales ni aun escasos, sin parcialidad nacional, declarada hasta el punto de seguir haciendo cuantiosos sacrificios por su causa. El conflicto de la huida por el avance de Galoway á la corte, como se ha dicho, pone á lo menos algun término á las tramoyas palaciegas, dispersándose todos despavoridos á su albedrío.

Entretanto prosperan jeneralmente, aunque con algunos reveses los aliados, ya en Alemania, ya principalmente por Italia, y con especialidad en el reino de Nápoles. Tras varios vaivenes, conmovida desde luego y en seguida enajenada totalmente la Calabria, se abandona la capital y aun casi todo el reino, teniendo las escasas fuerzas de Felipe V que encerrarse casi únicamente en Gaeta. Se dilata por largo tiempo aquel sitio, y se padecen por ambas partes continuas y amargas escaseces.

Utilizan aquella violenta situacion, segun su costumbre, los Ingleses, pues sus naves señorean y recorren á discrecion las costas de Italia y demás de Europa y del orbe, para ensanchar y arraigar su predominio, con ventaja grandiosa y redoblada de sus fábricas, su comercio, su opulencia y su preponderancia en la política europea.

CAPITULO SÉPTIMO.

Retirada de Felipe V á Sopetran. — Llega á su inmediacion el duque de Vervick con quince mil Franceses. — Varios movimientos. — El ejército portugués se vicia en Madrid. — Batalla de Almansa. — Sus consecuencias. — Huida de los vencidos á Tortosa.— Otros á Valencia. — Defensa y catástrofe de Játiva. — Desenfreno de los vencedores. — Párrafo memorable del marqués de San Felipe. — Estádo lastimoso de Cataluña, y en particular de Barcelona. — Nacimiento del príncipe D. Luis.

LAS MISMAS FECHAS.

El francés Picard, en su novela del Jil Blas de la Revolucion, retrata muy al vivo, y con donoso chiste, la alternativa traji-cómica, el vaiven, en estremo teatral, de los principales personajes, en el novelero y revolucionista Paris, cambiando de semblante, de uniforme y de obsequio, segun entraban ó salian, crecian ó menguaban, ya el mandarin Bonaparte, ya el rey Luis XVIII, hasta que el Corso fué á parar al sepulcro de su aridísimo peñasco, á centenares de leguas de la por fin sosegada Europa.

Igual quebranto y agonía está padeciendo la grandeza española con la salida de Felipe V para Sopetran, al resguardo del ejército de Vervick, pues unos le siguen fielmente, otros le desamparan y se le desvian, caminando ya hácia la derecha, ya hácia la izquierda, segun los rumores que suenan ó prevalecen, y las inclinaciones que abrigan en el interior. Los de menos valimiento, en cuyo caso se halla ya el despreciable cardenal Portocarrero, son árbitros de irse ó quedarse, sin que los eche menos la vacilante y trémula corte.

Adelántanse los ejércitos, teniendo el uno sus principales fuerzas en Guadalajara, y el otro en Alcalá de Henares; con cuyo motivo las partidas sueltas recorren toda la Alcarria, y entran y salen por donde quiera, con miles y miles de tropelías y quebrantos, para los infelices pueblos, que como se ha dicho, ningun interés verdadero pueden tener en causa tan ajena de su prosperidad y bienestar.

No hay asomo de plan en las operaciones militares, culpándose mútuamente los jefes, con mas ó menos fundamento, por el malogro de coyunturas favorables que de contínuo se les rodean. Sin embargo, se ve desde luego que los Austríacos apetecen una batalla jeneral, sea ó no decisiva, y Vervick al contrario opina muy atinadamente, que siendo su ejército el único que milita por el partido francés en toda la península, no debe aventurar el paradero final de la guerra, en un solo trance.

Entretanto el ejército anglo-portugués, viciado y enfermizo en Madrid, como allá el de Aníbal en Capua, tiene por fin que ponerse en movimiento, para incorporarse, con las tropas venidas de Valencia, al mando del jeneral Peterborough, y marchan todos en busca del enemigo. Se dice, que las rameras madrileñas, interesadas en la causa de Felipe V, acudian á los cuarteles portugueses, con el objeto político de emponzoñar la tropa, é imposibilitarla de guerrear; pero es mas creible que las moviese su interés personal, llevando siempre adelante su acostumbrada y corporal granjería.

Tras varios movimientos, llegan los Austríacos, siempre en busca del enemigo, á Caudete, toman luego y en seguida lo desamparan el castillo de Villena; y entretanto Vervick, asoma sobre la hermosa campiña de Almansa, y se escuadrona en rigurosa formacion, dejando por la derecha y algun tanto á la espalda el pueblo; se aparecen los contrarios, y por fin el 25 de abril se traba la refriega, despues de un cañoneo vivo, pero de poquísimo resultado por entrambas partes; luego la izquierda austríaca embiste con tal denuedo á la derecha francesa que la desbarata y ahuyenta completamente, pero el jeneral Asfelt que está de intento en columnas á la segunda línea, franquea paso á los fujitivos, que luego se rehacen y vuelven juntos á la pelea, con redoblado ímpetu y arrollan toda el ala enemiga. Entretanto se lidia por el centro con

varia fortuna, hasta que la caballería hispano-francesa vence tambien á sus contrarios; queda la derecha, donde Galoway teniendo intacta su jente se defiende con teson y se retira, sobre el rumbo de Caudete, á un cerro que ahora se llama de los Prisioneros, pues se rinden al cabo en número de doce mil hombres, habiendo quedado hasta seis mil tendidos en el campo de batalla.

Esta es la victoria de Almansa, que no se pudo utilizar al pronto completamente, por estar cansadísima la tropa, y cuyo trofeo, sin magnificencia, se está viendo en medio de la llanura. Los vencidos huyeron, unos á Tortosa, y otros á Valencia, atropellando mas y mas los pueblos, con su bárbara insolencia y su acostumbrado desenfreno.

Siguen luego los vencedores el alcance, y sobreviene el tan memorable sitio de Játiva, cuya relacion vamos á copiar de nuestro principal guia, el siempre verídico marqués de San Felipe:

«El jeneral Asfelt está sitiando la plaza, guarnecida por Ingleses, y dificulta mas y mas el intento la pertinacia del vecindario, aun despues de estar alojados los Franceses en la brecha del muro, y de haber tomado los baluartes laterales. Arde la saña en ambos sexos, arrostran el asalto, desoyendo toda promesa de indulto, y clamando únicamente por morir. Enfurecido el soldado y arrollada la brecha, no da cuartel ni á niños ni á mujeres. No cabe descripcion adecuada de tan lastimero teatro, pues buscan los vencidos la muerte, y están efectivamente rogando que los maten. Unos y otros dan fuego á las casas, aquellos por desesperacion, y los vencedores por ira; se exhortan mútuamente los vecinos á morir, creyéndose mas felices acabando, que obedeciendo á un rey aborrecido. No cabe discernir quien con mas teson aplica fuego, si el morador ó el soldado; no se perdona á los templos; pocos sacerdotes logran escapar, mujeres poquísimas, hombre ninguno.

«Nada queda de Játiva ni aun el nombre, pues el rey manda luego que se llame San Felipe. Quedan ochocientos Ingleses prisioneros, y en seguida padecen poco menor estrago Denia, Alcoy y Alcira, (se horroriza la pluma, al referir tanta sangre derramada). Lo rinde todo la fuerza, sin dar ya cuartel al vencido, pues el Neron Asfelt empapa ufanísimo en sangre su índole atroz é implacable. Desarma á Valencia y á todo el reino, prohibiendo con tan bárbaro rigor todo jénero de armas, que un mero cuchillo lleva á centenares de hombres al cadalso, cifrando mas y mas el tirano su delicia en derramar la humana sangre. Llega á tanto el desenfreno del diabólico mandarin, que como dice el autor, es ya feo escarnio de la suerte el fértil y hermoso reino de Valencia, pues los vencedores, en vez de guardarlo para el rey, lo destinaron únicamente para el despojo de su codicia, porque igualmente Franceses y Españoles cometieron tantas tiranías, robos estorsiones y atrocidades, que pudiéramos cuajar un libro entero de los padecimientos de Valencia, sin llegar jamás á noticia del rey, porque á los vencidos ni aun se les permitia el alivio de la queja. De compasion callamos los nombres de los defraudadores de tantísima riqueza y no osamos espresar la suma de dinero que se sacó de las entrañas de aquel reino, por no aventurar nuestro crédito; manchando vilmente sus manos los mismos que las habian esclarecido con la espada.»

A este cuadro tremendo de un escritor tan clásico, la historia justiciera debe añadir, que esta catástrofe pavorosa del hermosísimo é incomparable reino de Valencia, prepondera por sí sola á cuantas ventajas y felicidades han podido acarrear todos los advenedizos á la desventurada España, desde su primer poblador Tubal, hasta nuestros infaustos y llorosos dias.

No era mas venturosa la suerte de Cataluña, asolada toda por estranjeros, por somatenes y por malhechores, reinando dentro de Barcelona tan rematado desenfreno, que en medio del dia y por las calles no muy desviadas, se robaban doncellas para saciar el atroz apetito de los apresadores, arrojándolas luego desalmadamente á la calle.

Vuelta luego la corte á Madrid, rebosa todo de júbilo y algazara, con el nacimiento del infante D. Luis, que luego reinó por brevísimo tiempo, llamándole, por lo mismo, relámpago ú aurora, el chancero Isla.

CAPITULO OCTAVO.

Sitio de Denia. — Rechazo sangriento. — Segundo sitio y capitulacion de la plaza. — Cárlos III de Austria, residente en Barcelona. — Su desposorio. — Su salida para varios puntos de Cataluña. — Accion de Almenara. — Avances por Aragon. — Batalla de Zaragoza. — Tránsito de los Austríacos por Navarra. — Entrada solitaria de Cárlos en Madrid. — Consecuencias. — Magnanimidad de Luis XIV, en sus conflictos.

DESDE 1708 HASTA 1710.

Aunque se citó á Denia entre los pueblos casi esterminados del paraiso valenciano, no le cabe sin embargo el quebranto mortal de Alcoy, Játiva y Alcira. Pasa el déspota sangriento Asfelt á sitiar aquella plaza, mas careciendo de fuerzas navales, no le es dable formalizar completamente su cerco. Quedan frustrados todos sus avances y escarmentada la temeridad de su asalto; pero ¿quienes son por ventura los pacientes principales en aquel descalabro? Sangre española es la que se está derramando por dentro y por fuera, merced à los vaivenes, mejor dirémos, al desvario de guerra tan funesta é implacable.

Media algun tiempo, y luego vuelve Asfelt al intento, con grandioso aparato, mas carece siempre de fuerzas navales, y los Ingleses por el contrario, acuden con veinte naves al socorro de los sitiados, insiste sin embargo el sitiador; y por fin tras largo plazo, tiene la plaza que capitular, con pactos honrosos para la guarnicion y el vecindario, y entónces queda todo el pais rendido á las armas de Felipe V.

Trae por entónces el almirante Lake su novia á Cárlos III, y se celebran con iluminacion y algazara los desposorios en Barcelona.

Pero la nueva campaña está llamando al austríaco, sale y recorre con sus tropas triunfalmente la Cataluña; luego en el pueblecillo de Almenara, al confin de Aragon, traba una refriega parcial, pero harto ventajosa, pues le franquea todo el pais y entra luego, sin la mas leve oposicion en Zaragoza. Se situa casi temerariamente con solos sesenta caballos en la Cartuja, por las cercanias del Ebro, y espera el éxito de la batalla jeneral, que está pronta á darse.

Los Austríacos ocupan y atrincheran la parte meridional de un barranco llamado, desde el tiempo de los Moros, de la Muerte, en el Monte-Torrero, por donde atraviesa ahora la magnífica acequia imperial. Se hallan los Españoles y Franceses en la altura opuesta, y tras varias tentativas y escaramuzas, cometen la temeridad de embestir, en línea y á cuerpo descubierto, al enemigo, quien aguanta una descarga infructuosa, rechaza á los trepadores á la bayoneta, logra ahuyentarlos, y entónces la tropa de las alas, desde su altura, apunta y aprovecha todos sus tiros sobre los fujitivos, cuya mortandad horrorosa decide en poquísimo rato la batalla, sin quebranto alguno de los vencedores.

Entra Cárlos III triunfante en Zaragoza, sigue allanando mas y mas el pais hácia Navarra, y revolviendo luego sobre su izquierda, se encamina sin tropiezo hasta el mismo Madrid, donde hace su entrada absolutamente solitaria, por el convento y calle de Atocha, y se aposenta despues á sus anchuras en palacio.

Se redoblan mas y mas los quebrantos de la monarquía, por todos sus estremos. Acude Lake con su escuadra á Cerdeña, que sigue siempre revuelta y desgobernada, y á pesar de tan poderoso fomento, para sus violentísimas discordias, se mantiene siempre arraigado el afecto al dominio español, en la jeneralidad del pais. Pero crecen sin cesar sus padecimientos, y en vez de prosperar, decae y se anonada con sus continuos y azarosos vaivénes.

En Sicilia, que se habia mantenido sosegada, se descubre una conjuracion grandiosa, y por fin se ataja, con escarmientos ejemplares, esto es, con derramamiento de sangre, y destruccion de familias, y casi de pueblos enteros. En Nápoles la existencia española casi se reduce á la posesion de Gaeta. Padece Milan sus quebrantos, y perdido ya el Franco-Condado, yace la Flándes en manos de los Franceses, ó bien de sus enemigos.

Sigue la guerra con encarnizado ahinco por el norte, campean mas y mas Eujenio y Malbo-

rough, y por fin sobreviene la sangrientísima batalla de Malplaquet, la cual corona gloriosísimamente sus triunfos. Todo es ímpetu perspicacia y maestría en aquella jornada, con auxilios mútuos á los compañeros, y avances y contrarestos sobre los contrarios. Mas de treinta mil hombres yacen cadáveres en el campo de batalla, son infinitos los heridos, y todavía muchos mas los prisioneros.

Ya mucho antes de aquel memorable trance, habian propuesto los aliados un tratado de paz á la Francia, con cuarenta artículos, á cual mas violento, entre ellos que se reconociese al austríaco Cárlos por lejítimo rey de España, que se retirasen los Franceses todos de la Península etc. pero al llegar á la condicion insultante de que Luis XIV declarase la guerra y persiguiera con todo ahinco á su nieto Felipe V, el pundonoroso monarca se reviste de ira jenerosa, prorumpe en el arranque verdaderamente rejio, de que su vida y su trono le suponen poquísimo en cotejo de tan amarga y ruin afrenta; y con infinita razon, así el jenialmente mordaz Voltaire, como todos los historiadores, ensalzan y vitorean el heróico denuedo del incontrastable anciano.

Con efecto redobla, desde aquel punto, su acostumbrado desvelo, echa el resto en sus grandiosas disposiciones, y se afana dia y noche, hasta poner sus ejércitos y sus plazas en un pié respetable, estimulando á los jenerales y á la oficialidad entera con premios grandiosos, y castigando desde luego ejemplarmente á cuantos delinquieron en el cumplimiento de sus obligaciones, ó se acobardaron y desmerecieron, en los trances mas reñidos é importantes.

A impulsos del eficacísimo soberano, á pesar del abatimiento y aun desafecto popular, de las sujestiones de madama de Maintenon y de algunos palaciegos, hierve la Francia en preparativos, para contrarestar la oleada inmensa de los ejércitos victoriosos con el prestijio europeo de los caudillos esclarecidos y prepotentes; y aun ofrece el monarca enviar el refuerzo de catorce mil hombres, para sostener el solio harto vacilante, del vencido y entrañablemente acongojado nieto.

CAPITULO NONO.

Quebrantos de Felipe V. — Huida de la corte á Valladolid, y en parte á Vitoria. — Tramoyas y ridiculeces palaciegas. — Tropelias, desacatos y escándalos de las tropas aliadas. — Su bárbaro desenfreno horroriza á los Castellanos, y proporciona á Felipe V el rehacer su ejército. — Escasas fuerzas de los enemigos por Estremadura. — Entradas de los Españoles por varios puntos de Portugal. — Nueva campaña por la Alcarria. — Sitio, y despues batalla de Brihuega. — Vuelta de Felipe V y de la corte á Madrid.

DESDE 1710 HASTA 1711.

Además de la situacion militar en estremo infausta y angustiosa, para Felipe V, le acosan mas y mas las interioridades de su palacio. Tiene que huir arrebatadamente la corte á Valladolid, y en parte á Vitoria, y entretanto la ambiciosa princesa de los Ursinos y demás grey palaciega, están fraguando alevosos ardides, para dominar cada cual mas arbitrariamente en el corazon del rey, llevando acá y acullá el de la apocada reina.

Refiere la historia un mundo de dobleces y alevosías, que parecen hasta cierto punto increibles. Se da sin embargo por cierto, que la mandarina y traviesísima princesa, hermanada allá con madama de Maintenon celebraban como triunfos los contratiempos de la causa francesa, ya por el Rin, ya en la misma España, para doblegar así la entereza de Luis XIV, y precisarlo á escuchar y avenirse á cuantas condiciones de paz le impongan los aliados, menos la cesion de la corona de España, y vivir luego desahogadamente sin quebrantos y amarguras. Pero Luis, en medio de sus flaquezas harto indecorosas, y de su sensualidad estremada, se aferra mas y mas en su teson incontrastable.

Vaga Felipe V. de pueblo en pueblo, pero campea por lo menos á sus anchuras, libre de las ridiculeces y alevosías palaciegas. Entretanto los aliados victoriosos é indómitos, se internan y se insolentan mas por cada dia, en los

ámbitos de Castilla. Protestantes é incrédulos casi todos, llegan á los pueblos, entran en las iglesias y sacristías, se revisten de casullas ó dalmáticas, se encasquetan un bonete y enarbolando una cruz de caña ó de palo, andan por las calles remedando y escarneciendo, con ridícula canturia, el culto nacional. Los Castellanos, escandalizados y llorosos, corren á porfia y se alistan en las banderas de Felipe V, quien completa en pocos dias un ejército brillante de mas de veinte mil hombres, ansiosos todos de escarmentar, ó esterminar á los mofadores de su relijion, y atropelladores de sus personas y familias.

Habia Felipe V formado muy de antemano sus dos esclarecidos rejimientos de guardias españolas y walonas, que en todos tiempos conservaron su acrisolada nombradía y su pundonorosa competencia, hasta que la reforma parcial de Godoy, y luego la total del gobierno inconsiderado, acabaron por fin con su existencia.

Desmaya la guerra por Estremadura, y lejos de padecer quebrantos de consideracion, las tropas castellanas se internan por las provincias de Portugal, y así la Península entera viene á padecer infinito en todos los ramos de industria y artes, pero principalmente en la desventurada labranza, por una causa que, como se ha dicho tantas veces, por ningun título nacional, puede interesarle.

Se formaliza por fin, se entona y disciplina el ejército galo-hispano, mandado por el táctico de profesion, duque de Vandoma, y sobresalen principalmente en él los dos gallardos jenerales de caballería Vallejo y Bracamonte. Marchan todos en busca del enemigo, y llegan al pueblo de Brihuega.

Se encuentran allí con la vanguardia de los aliados, mandada por el jeneral inglés Stanhope, quien por suma torpeza, ó desatinada presuncion, en vez de cejar al abrigo de sus compañeros, se empeña en fortificar atropelladamente, y aumentar ó engrandecer las murallas ruinosas é inservibles desde muchos siglos. Los Españoles desde luego se hacen cargo de situacion tan aventurada, forman el sitio, dan el asalto, y tras algunos trances mas ó menos sangrientos, puestos ya en ademan de pasar todos los defensores á cuchillo, intiman ejecutivamente la rendicion, y la consiguen con poquísimo quebranto.

Prisionera ya la vanguardia llega el jeneral aleman Staremberg con fuerzas todavía superiores á los Españoles. Dispone su línea en la formacion estraña de interponer caballería con infantería, así en su ala derecha muy encojida como en todo el centro. Estando ya arrostrados entrambos ejércitos, dispone Vandoma un movimiento oblícuo y dilatado, para flanquear al enemigo, y entretanto las guardias españolas y walonas se muestran impacientísimos por entablar la pelea. Tienen los Españoles hasta diez mil caballos, pero solos doce mil infantes, y así parece desde luego muy aventurado el trance.

Por fin el primero que tiene la gloria de embestir es D. Feliciano Bracamonte, con dos mil caballos, por el mismo centro, y siguiéndole los dos cuerpos de guardias, logran arrollar y romper la línea enemiga. Al mismo tiempo, el conde de Aguilar, que manda la izquierda, consigue desde luego al primer ímpetu desbaratar la derecha contraria, y por mas que Staremberg acude personalmente á sostenerla, lo rechaza tambien Aguilar con su tropa ya vencedora. Sigue la refriega indecisa por la derecha de los Españoles, y sobreviniendo en esto la noche, tiene que pasarla Felipe V en el campo de batalla, cercado todo en derredor de cadáveres y moribundos.

Otro tanto sucede á Staremberg, quien está dando violentas disposiciones, para renovar el trance á la madrugada; llega esta y le muestra patente el desengaño de su total vencimiento; y entónces determina retirarse con unos seis mil Alemanes, como lo verifica marchándose por el pronto á Zaragoza y despues á Barcelona, y haciendo una retirada muy militar y verdaderamente gloriosa.

Esta fué, en el 10 de diciembre, la inesperada y memorable victoria de Brihuega, ó mas bien de Villaviciosa, debida principalmente, segun espresion del mismo Felipe V, al jefe español, marqués de Valdecañas. Se cojieron 17 banderas, 10 cañones, con todo el bagaje del ejército. Como quiera fué una batalla esclarecida, y sobretodo absolutamente decisiva para el éxito de la guerra en España, como se echará de ver por el raudal de los acontecimientos, ya todos mas ó menos ventajosos, en lo sucesivo.

CAPITULO DÉCIMO.

Marcha Felipe V con las tropas victoriosas por la parte de Aragon.—Cárlos III de Austria se vuelve hácia Cataluña.—Los Españoles van sitiando y rindiendo plazas mas ó menos considerables.—Regresa Felipe V con la corte á Madrid.—Se rehace el ministerio que Cárlos infructuosamente habia querido emplear.—Propone Macanaz una nueva planta de administracion jeneral.—Se desecha con menosprecio.—Separacion y destierro de Orri.—Siguen las tramas y desavenencias palaciegas.—Ley sálica.—Continuacion de la guerra en Cataluña.—Rechazo de Cardona.—El duque de Noalles forma y ejecuta muy trabajosamente el sitio de Jerona, con un ejército francés.—Verwick, tras varias reconquistas, formaliza el sitio de Barcelona.—Defensa tenacísima.—Se pelea de calle en calle, por espacio de doce horas.—Su rendicion total.—Consecuencias.—Abolicion de fueros y privilejios.

DESDE 1712 HASTA 1715.

Siguen las tropas su marcha victoriosa; entran en Aragon y luego en Zaragoza, sin la mas leve oposicion, y las pocas plazas, con todos los puntos, ya fortificados, ya indefensos, reconocen la autoridad incontrastable de Felipe V, quien usando de la prepotencia y del rigor que era de suponer, plantea su nuevo sistema de arbitrariedad absoluta, y caducan para siempre los memorables fueros aragoneses, idolatrados, desde su fundacion en el reinezuelo de Sobrarbe, por todo el pais, y decantados hasta lo sumo, por los escritores nacionales y estranjeros.

Con ejemplar tan manifiesto é imprudente, se enfurece mas y mas la oposicion catalana, y sigue la guerra en el principado, cual nunca sañuda y desesperada, á pesar del patente y amarguísimo desengaño de la prosperidad irresistible del partido contrario, por todos los ámbitos mas considerables de la ya descuartizada monarquia española.

Vuelto Felipe V á Madrid con su corte, se renuevan los zelillos ambiciosos, con todo el laberinto de tramoyas palaciegas, que ofuscan el rumbo y entorpecen los pasos de un gobierno vacilante. El estadista Macanaz célebre despues por su privanza y sus quebrantos, presenta en esto un nuevo plan, al parecer mas espedito para el réjimen público, pero puesto en deliberacion ante una gran junta de consejeros, se desecha con menosprecio, y así continúa y se descamina mas y mas el ramo administrativo, y mas faltando el hacendista francés Orri, sujeto violentísimo, pero atinado en el pormenor de aquel ministerio, apeándolo por el pronto de su encargo, y luego desterrándolo del reino.

Ocurre por entónces á Felipe V el plantear en España la ley sálica francesa, ajenísima de nuestras costumbres, y absolutamente contraria al concepto grandioso que la nacion ha conservado al desempeño entero, y á la inclinacion benéfica de varias princesas españolas, y con especialidad de la ínclita Isabel primera, norma esclarecida de mujeres y de reinas.

Como quiera, se convocan, por farsa y aparato, las llamadas córtes, y se decreta bajo el dictado arbitrario del presidente de Castilla, la ley sálica, escluyendo á las hijas del rey de toda sucesion al trono, anteponiendo los sobrinos, y en fin los sucesores varones en cualquiera grado; siendo así que á la sazon se halla el monarca con dos hijos ya crecidos, cuyos anuncios y esperanzas, quitan al parecer toda duda, para el remplazo del solio vacante. Aquel nuevo establecimiento, viene luego á causar disturbios, y llega el caso de revocarlo solemnemente, y con la misma odiosísima arbitrariedad, con que se habia planteado, como se verá en la presente Historia, á su debido tiempo.

Sigue entretanto encarnizadamente la guerra en Cataluña, y hay ahora que ir tomando trabajosísimamente, y una por una, aquellas mismas plazas, que en la oleada ejecutiva de la prosperidad austríaca, se habian venido á perder instantáneamente. Se padecen además rechazos y escarmientos de consideracion, como sucede en Cardona y en otros varios puntos.

Llega sin embargo el gran refuerzo del duque de Noailles, con quince mil Franceses, y desde luego entabla el cerco de Jerona; y encontrando tenacísima resistencia, tiene que ir formalizando el sitio y el avance, punto por punto, hasta que tras mucha pérdida é imponderable afan, por

ambas partes, por fin se entrega la plaza, en términos decorosos.

Pero quien reune las principales fuerzas es el duque de Hurcurt, y tras miles de escaramuzas por todo el principado y de asaltos costosísimos en varias plazas, por fin asoma sobre Barcelona, y abre la trinchera a mediados de mayo de 1714, empezando desde aquel punto los varios avances, logros ó rechazos, que duran por espacio de mas de cuatro meses.

Tiene la ciudad á su disposicion hasta seis mil hombres del pais, aguerridos todos y entusiasmados, al par del mismo vecindario; y luego se alistan dos mil Alemanes desertores, mediando la anuencia, ó por lo menos el disimulo, del austriaco Cárlos III.

No cabe á los sitiadores el atajar la comunicacion marítima con toda la costa, y así tienen que reducirse á sus avances pausados y costosísimos, por la, parte de tierra, sin que bombas ni bala rasa contengan á los sitiados, y hasta clérigos, frailes y aun mujeres, para acudir, gallarda y ejecutivamente, á los puntos amagados ó invadidos.

Se presentan además cuerpo á cuerpo, en toda la estension de la línea, y particularmente en el mes de julio hacen dos salidas, donde se pelea encarnizadamente por largas horas, con grandísima pérdida, pero sin ventaja decisiva, por entrambas partes.

Llegado agosto, se activa, se arrebata y se enfurece, por dias y por momentos, el horroroso sitio, con redoblados y sangrientísimos asaltos. Todos, sin distincion de sexo, edad, profesion, sanidad ó convalecencia, arrostran denodadamente el peligro. Sucede que un mismo punto se gana, ó se pierde, repetidamente en una sola hora, hasta que los sitiados permanecen ufanos en la brecha, acudiendo por la noche, en cuanto cabe, á repararla ó entorpecerla; y sucede tambien, que mientras se está peleando encarnizadamente en un paraje, asoma el enemigo por otro, con mas ó menos fuerza, y entónces se tiende la oleada del jentío, para contrarestar el nuevo y repentino avance.

Conservando los sitiados á Monjuich, su cañon señorea la muralla de poniente, y por otra parte el importantísimo emboque y cercanías del puerto, hasta donde llega su estremado alcance. Los sitiadores atrincheran y fortifican por largo trecho las playas, mas no logran atajar la comunicacion marítima, particularmente de noche, y así entran y salen barquillas y lanchones con pólvora, pertrechos y demás que facilitan los Ingleses.

Pero el enemigo adelanta mas y mas sus obras, por norte y levante, hácia la puerta Nueva y la del Anjel, y allí son las peleas incesantes y allí es el derramamiento de sangre diario y espantoso por entrambas partes, y la ciudad ha perdido ya mas de tres mil esforzadísimos guerreros.

En medio de tanta fatiga y sobresalto, en el vaiven de tan arriesgado trance, llega un correo y trae de oficio el aviso de haber fallecido el emperador Leopoldo, y correspondiendo la corona á su hermano Cárlos, se encamina este en seguida, á tomar posesion de su trono de Alemania, dejando así burlados á cuantos están peleando y muriendo por su causa.

Asombro mortal se desploma sobre la ciudad entera, con tan repentina y pavorosa nueva; pero el ímpetu catalan se estiende, se inflama y se embravece mas y mas por instantes, y cada cual acude ansiosamente á donde le llama el peligro. Hierve el afan, y queda siempre arrollado y atónito el enemigo.

Llega el aciago primero de setiembre, y son tantas las tropas, y es tan desaforado su avance; que llegan á situarse, y aun establecerse, en la brecha principal del norte. Desde aquel momento, van siempre á diestro y siniestro ganando terreno, y aunque se pelea desesperadamente de calle en calle y de casa en casa, por el espacio horroroso de doce horas, regándolo todo en sangre, por último el vencedor, posesionado ya de todos los puntos principales, intima su rendicion absoluta á la ciudad, sopena de incendiar el caserío y pasar á degüello el vecindario entero, en el término de seis horas. Así se verifica, quedando todo sujeto al dominio militar, así en Barcelona como en todo el principado: permaneciendo tan solo por bosques y barrancadas, los llamados miqueletes, que luego paran en salteadores de profesion, como el Roque Guinart de Cervantes, y otros infinitos.

Fracasan para siempre los fueros, y Cataluña yace tan rendida á la arbitrariedad absoluta, como toda la nacion española, siempre heróica, siempre infeliz y siempre desgobernada, como lo acredita el contesto verídico é imparcial de la presente Historia, y lo confirmarán los sucesos posteriores que se irán refiriendo, con la misma sencillez justiciera, que ha reinado por todo el ámbito de su contenido.

No sé si será por demás espresar, que la fortaleza de Monjuich, sigue la suerte de la ciudad.

CAPITULO UNDÉCIMO.

Aparicion de Alberoni.—Muerte del duque de Borgoña y de Luis XIV en Francia.—Sus circunstancias. — Sucesion de Luis XV, todavia menor.— Rejencia de Felipe, duque de Orleans.—Apocamiento de Felipe V, juguete de palaciegos.—Renuncia de la corona en su hijo Luis I.—Su temprana muerte.—Se reentroniza Felipe V.—Desavenencias con el Francés.—Con la Inglaterra.—Pérdida de Irun y Fuenterabia.—Medios y encumbramiento de Alberoni.—Paz con el rejente de Francia.—Guerra con los Ingleses.—Espedicion de Sicilia.—Combate naval desgraciado en las aguas de Mesina.—Vuelco y persecucion de Alberoni.—Sus padecimientos.

DESDE 1715 HASTA 1720.

Asoma, resplandece, se eclipsa y se anonada un nuevo planeta, ó mas bien meteoro, en la esfera diplomática, ó en otros términos, sale al teatro con ínfulas y visos de primer galan, un personaje que luego para en víctima baladí de la farsa, á veces sangrienta, y siempre alevosa, de la política europea. Con efecto, un aventurero desconocido, un mero abate romano, se conceptúa sumo maquinista, y empuña soñadamente la gran palanca de Arquimedes, para dar á su albedrío un vuelco total, no solo á la Europa, sino al orbe entero, y queda luego exánime y privado en el ejercicio de su ideal poderío.

Pero antes hay que detenerse, para bosquejar el estado de la corte de Francia, en aquel vidrioso trance.

Florece en virtud, instruccion y lozanía el duque de Borgoña, delfin y alumno preeminente del ínclito Fenelon, mas luego enferma, se marchita y fallece, burlando lastimosamente las esperanzas de su nacion, y aun de las ajenas.

Sumo es el quebranto de su abuelo, de aquel Luis XIV el avasallador de la Europa y del orbe en armas, letras, modas y costumbres. Postrada yace su altanería, y fallece luego, siendo por fin el escarnio, particularmente en su entierro, de aquellos mismos súbditos, á quienes por tantos años ha estado imponiendo rendido acatamiento, y sobre todo el esquisito decoro, que él estuvo siempre muy ajeno de guardar.

Se reconoce por sucesor á su bisnieto Luis XV, menor de edad, y entretanto se encarga de la rejencia del reino, Felipe, duque de Orleans, sujeto despejado, y amante discreto de las artes, pero relajadísimo de costumbres, y por estremo veleidoso y futil en sus inclinaciones.

Entretanto Felipe V, siempre valeroso en campaña, y luego juguete baladí de marañas palaciegas y mujeriles, incurre en una aprension harto inesperada, é imbuida probablemente, con ilusiones poéticas de sosiego y felicidad, por la princesa de los Ursinos y su comparsa; á fin de disponer con mas ensanche, y á todo su albedrío de la nacion entera. Con efecto, manifiesta el rey deseos vehementes, y en seguida los cumple, de orillar su corona, y traspasarla á las sienes de su hijo, todavía tierno, el príncipe de Asturias.

Toma posesion del solio, con el título de Luis primero; mas á poco tiempo fallece, y vuelve á reinar el padre, quedando todo como antes, bajo el despotismo indecoroso y antojadizo de los palaciegos.

Llega á Madrid, con la legacion, ó embajada pontificia, el abate insinuado arriba, llamado Alberoni, su vista perspicacísima y de lince, desentraña de parte á parte el interior de la corte, galantea placentera é italianamente, si cabe espresarse así, á los mandarines, embelesa al mismo Felipe V, entra en el consejo de Estado, luego en el ministerio, y para muy pronto en mandarin absoluto.

Su despejo y actividad se interna por el caos de la hacienda desquiciada, la entona hasta cierto punto, y aunque su altanería, grosera y aun insultante, indispone jeneralmente los ánimos, consigue reanimar todos los ramos del gobierno público, y engrandecer, bajo todos aspectos, la nacion exhausta y descuartizada.

Ya se apuntó mas arriba, que con motivo del ascenso de Cárlos de Austria al trono de Alemania, la gran coligacion europea se iba desmoronando, cejando ya los Holandeses, y sobre todo los Ingleses, de sus solemnes compromisos. Mas estos taimados isleños, ya dueños de Jibraltar, árbitros en las Baleares, y ocupando afer-

radamente á Mahon, apetecen un gran trozo en el descalabro total, y desmembracion cuantiosa de las Américas Españolas. Se apoderan con efecto de la isla Jamaica, y se niegan absolutamente á devolverla.

Van y vienen, y se redoblan sin término las notas diplomáticas, y por último se apela al recurso perpetuo de las armas. El gobierno español, esto es, Alberoni, ya previendo este caso, dispone, habilita y arroja de Cartajena una escuadra, cuya fuerza y gallardía asombra á la Europa. La manda el mas bien temerario que valeroso marino, D. José Navarro, titulado despues marqués de la Victoria, que en realidad no hubo, con tropa selectísima, y en ella cuatro batallones veteranos y engreidos de guardias españolas y walonas.

Desfallecen acá y acullá los miembros palpitantes de la destrozada monarquía española; hambrea y se desencuaderna la Cerdeña, se alborota y se desmanda la Sicilia, adolece Milan de los mismos achaques, y todo, particularmente en las provincias lejanas, se vuelve confusion y desconcierto. Alberoni quiere acudir á un mismo tiempo á muchas partes, y este es positivamente uno de sus yerros capitales.

Consta nuestra escuadra de unos veinte navíos el primero, llamado real Felipe, es de 120 cañones, los demás de menor porte, y luego sus correspondientes fragatas y bergantines. Envia el gobierno, muy á pesar del valiente Navarro un destacamento con tropas, en espedicion particular á Cerdeña, que tiene poco éxito, y cuyas fuerzas hacen grandísima falta en la empresa principal.

Sale la escuadra para Tolon, y se le incorpora y toma el mando por mas antiguo, el almirante M. de Cour, con fuerzas aun mayores, y navegando juntos la vuelta de Sicilia, desembarcan sin contraresto la tropa que desde luego logra ventajas considerables.

Acompaña la espedicion, aunque sin mando alguno, pero con una especie de zeladuría ó intervencion en todo, por encargo especial de Alberoni, D. Vicente Bacalar, marqués de San Felipe, el historiador famoso, tantas veces citado en la presente obra, y aunque no suenan sus operaciones, desempeña con todo esmero y acierto su comision delicada y sumamente trascendental.

En esto se aparece el almirante inglés Bing, célebre despues por su infausta é injustísima suerte, con escuadra poderosa, pero en la realidad harto inferior á la combinada, que sigue señoreando mas y mas, con ínfulas de soberana, las aguas de Mesina. Sigue el Inglés los movimientos de ambas escuadras á competente distancia, para no comprometerse. Lleva el Francés su rumbo para el sur, pero Navarro, sin contar con él, apenas se encara con el enemigo, fuerza de vela con su real Felipe, y auxiliado de un compañero traba un combate denodado pero desigual, le embisten ya juntas, desviados varios navíos ingleses, y aunque salen escarmentados con quebranto en su velamen y arboladura, insisten y van y vienen á su albedrío, destrozándole en gran parte la maniobra é imposibilitándole casi todo movimiento. Hace gran falta el destacamento inservible en Cerdeña, y luego el Francés, por su empeño de barloventear mas y mas, ó por lo que fuere, está mirando el combate, desde su galería ó palco, cual si se hallase en un torneo, y se desentiende absolutamente del trance.

En una relacion inglesa de aquel tiempo, se dice, que los Españoles habian levantado grandísimo alarido contra los Franceses, pero que en realidad su propia temeridad los habia estrellado, mas parece innegable, que el almirante francés, á fuer de caballero y de marino, debia acudir al socorro del compañero, y si en la formalidad indispensable y el señorío majestuoso de la historia, cupiesen chanzonetas, diriamos que M. de Cour, se atuvo al sistema del ínclito manchego, que en cierta aventura, prorumpió en que era de varones prudentes el guardarse para mejor ocasion.

Como quiera, el jeneral español cometió dos yerros capitales, el primero en su avance con suma desventaja, y el segundo y principal en su desatinada insubordinacion, pues iba á las órdenes del jeneral en jefe. Pero en el combate obró heroicamente, pues hallándose ya desvalido y casi absolutamente inmoble, el enemigo le arrojó por último un brulote, y pudiendo todavia usar hasta cuatro cañones de la batería principal, los apuntó con tal tino que echó el barco incendiario á pique, y es creible que si estando ya tan malparados los Ingleses, los embiste el francés con su escuadra intacta, se lleva en triunfo casi toda la enemiga á Tolon.

A pesar de salvamento tan inesperado, el almirantazgo inglés procesó, sentenció y arcabuceó bárbara y escandalosamente á Bing, por no haber hecho todavía mucho mas. Como quiera, D. José Navarro, á quien se tituló indebidamente marqués de la Victoria, entró en Cartajena con su navío hecho astillas, y que efectivamente solo sirvió ya para alimentar el fuego de las bombas, y le siguió alguna otra nave, pero en suma, vino el jeneral sin escuadra.

Con tan lastimoso descalabro, quedó el ejército de Sicilia en total desamparo, y entre muertos, desertores y rendidos se redujo absolutamente á la nada.

Entretanto Alberoni, muy ajeno de soñar

aquel trájico paradero, está solicitando con ansia, y por todos los medios imajinables, la gracia del capelo, y por fin se la envia espresivamente el pontífice. Está ufanisimo, recibiendo parabienes á millares, y agasajando á la corte entera.... cuando recibe el centellazo del esterminio total de ejército y escuadra.

En este mismo tiempo, trae desavenencias con la corte de Francia, debidas principalmente á su indómita y feroz altanería, entabla relaciones con Suecia, enviándole caudales, para llamar la atencion á los imperiales por el norte y retraerlos de sus intentos, ó mas bien operaciones ya adelantadas por el Milanés, y demás estados de Italia.

Procura Alberoni contrastar el inesperado infortunio con entereza, pero el rejente Felipe, airado ya hasta lo sumo, adelanta tropas sobre Bayona, formaliza luego un ejército, entra en España, y se posesiona de Irun y Fuenterabia, y entónces la corte de Madrid amedrentada anhela únicamente la paz, y sacrifica á su ministro, con aplauso de todos los partidos, tanto palaciegos como esteriores, dentro y fuera de la corte.

Con efecto sucede, que si el ministro ó el jeneral logra prosperidad y proporciona ventajas al Estado, se afianza mas y mas en su plausible privanza, mas en volviendo su funesta espalda la fortuna, siguen todos el torrente, y el ídolo queda por el pronto desvalido, y luego sacrificado, y aun hecho pedazos.

Yace Alberoni apeado de todos sus destinos, y escoltado por un oficial portugués del rejimiento de Montesa, llamado D. Fernando Coutiño, sale para Barcelona y desde allí para Italia, donde tampoco se digna recibirle el papa, ni el sagrado colejio, ni aun en Roma; hasta que, pasado ya mucho tiempo, se le deja por fin acabar pacíficamente su carrera (1), aunque no con el ensanche y señorío que á todo trance se tenia reservado.

Con efecto, á su salida de Madrid, no se le rejistran los papeles, mas luego la corte se arrepiente de tamaña jenerosidad y condescendencia, y á los dos ó tres dias, le destaca un correo de gabinete, que lo alcanza en Lérida, con la órden terminante, para el primer jefe á quien cupiese el caso, de atajarle la marcha, pesquisarle y escudriñarle por ápices todo el equipaje, ocupándole ante todo, y remitiendo á Madrid, sus papeles; entre los cuales, que no eran jeneralmente de trascendencia, aparece una letra de quince mil doblones, por donde se ve, que el príncipe de la iglesia, en medio de la tropelía y arrebato de su separacion y destierro, no habia echado en olvido el interés de su muy decorosa subsistencia.

(1) El harto célebre Voltaire en su ensayo de Historia Jeneral, habló con especial aprecio de Alberoni, particularmente de su actividad y desempeño ministerial, y el Cardenal, hallándose ya sosegado, y aun bienquisto en Roma, le escribió una carta finísima dándole las gracias, á la cual contesta el historiador con igual delicadeza y cortesanía. Véase la correspondencia selecta de Voltaire.

CAPITULO DUODÉCIMO.

Alberoni en Jénova, y luego en Roma. — Felipe V quiere gobernar por sí. — Retirada de las tropas españolas de Sicilia. — Espedicion feliz á Ceuta. — Liga de Cambray. — Cuádruple alianza. — Ajuste con el Rejente de Francia. — Evacuacion final de San Sebastian, y demás puntos de la raya. — Adolece el rey. — Su rendimiento al confesor. — Renuncia de la corona en el príncipe de Asturias D. Luis. — Su fallecimiento. — Consultas sobre la vuelta de Felipe V al solio. — Se encarga nuevamente del gobierno.

DESDE 1720 HASTA 1721.

Dejamos al cardenal ex-ministro en Lérida, despojado de sus papeles, y sobre todo de su libramiento cuantioso, y permitiéndole seguir su rumbo, llega á Barcelona y se embarca para Jénova, donde el Senado le detiene, sin dejarle pasar á Roma, por cuanto el Pontífice oficia á la República al intento.

Se ventila el punto con ahinco, tiene Albero-

ni senadores propicios, pero en suma se resuelve su detencion, hasta nuevas instrucciones y determinacion final. Se queja amargamente el agraviado de que se le trate como reo, sin haberlo encausado, y haciendo un recurso á Roma, fallece entretanto el pontífice su contrario, por influjo de la corte de España; y entónces mostrándose favorable al detenido, se le franquean las puertas de Roma, donde vive luego algunos años retirado, pero decorosamente, con recuerdos mas ó menos amargos de su anterior prepotencia y señorío.

Espedito ya y escarmentado Felipe V con las demasías de aquel ministro abarcador y desaforado, se empeña en gobernar por sí mismo; y en medio del vaiven palaciego y mujeril de amaños y marañas incesantes, se afana en estremo, y acude con tenaz ahinco al desempeño de la administracion pública; mas luego adolece de jaquecas intensas, y cavilando ansiosamente, se fija por fin en la renuncia, que ya se apuntó arriba, de renunciar la corona en favor del príncipe de Asturias, D. Luis, quien apenas empieza á irse enterando del rumbo y debido acuerdo en los negocios principales, cuando fallece en la lozanía de la mocedad, y en la flor de sus gozosos años.

Con tan doloroso motivo, queda el solio vacante, y todos instan encarecidamente al retirado padre, á fin de que empuñe de nuevo el timon de los negocios. El soberano timorato, aunque restablecido ya de su principal achaque, escrupuliza de quebrantar el voto que tiene jurado en el acto de su renuncia, para jamás subir de nuevo por las gradas del trono. En este, para él amarguísimo conflicto, consulta con el supremo consejo, el cual opina, ó mas bien falla, que tanto la renuncia como el voto que lo acompaña son absolutamente nulos, y luego alentándole su confesor, y cargando el negocio sobre su propia conciencia, rease animoso el retirado las riendas del gobierno.

Sobreviene entretanto la liga de Cambray, á la cual, como tambien á la cuádruple alianza, tras mil demoras y tropiezos, accede en fin el rey de España, con cuyo motivo se logra por último que los Franceses evacuen la plaza de San Sebastian y demás puntos ocupados en la raya, cuya devolucion, ha estado resistiendo largo tiempo, con cavilosos reparos y mezquinas dificultades, el Rejente de Francia.

Permanece todavía el ejército español muy menoscabado en Sicilia, conservando siempre su valentía y disciplina, especialmente en los batallones de guardias españolas y walonas, á las órdenes del esclarecido jeneral, el marqués de Lede; quien careciendo, desde el malhadado trance, de fuerzas marítimas, no le cabe atajar el tránsito á la isla, de un crecido cuerpo de tropas austríacas. Se buscan luego y se arrostran ambos ejércitos, y en el acto de moverse ya las alas para su mútua embestida, llega á las tropas imperiales un correo con el anuncio de la paz.

Entónces se juntan y se abrazan todos; y en seguida, viniendo igual aviso de Madrid, se dispone el regreso de los Españoles para su patria, á donde llegan felizmente despues de afanar tantísimo infructuosamente, en aquella espedicion ideada con mas arrojo que cordura por el emprendedor Alberoni.

Hace desde 1634 que están los Marroquíes sitiando á Ceuta, y en los veinte y siete años de su empresa, no adelantan un palmo de terreno. Con este motivo, se dispone una espedicion grandiosa, mandando las tropas el mismo caudillo recienvenido de Sicilia, marqués de Lede, con los demás jefes y dependientes á su eleccion. Va la escuadra á las órdenes de D. Cárlos Grillo, y manda las galeras D. José de los Rios.

Se aparata la espedicion en Cádiz, da la vela, y aporta luego y desembarca el ejército, sin dificultad ni zozobra, en la misma plaza de Ceuta. Descansa un tanto y se rehace, y á los dos dias sale en columnas de á seis ó siete rejimientos cada una, arrolla luego, ahuyenta, alcanza y destruye á la morisma en repetidos reencuentros, en uno de los cuales le hace mas de seiscientos prisioneros; pide el vencido, con ademanes de doloroso escarmiento, la paz, entrega rehenes; y el ejército, sin asomo de quebranto, se retira á la plaza, destruyendo al paso todo rastro de trinchera enemiga, y luego, dejando la competente guarnicion en Ceuta, regresa intacto y triunfador á España.

Ha parecido oportuno colocar aquí, tras la retirada de Sicilia, el por menor de la espedicion africana, algun tanto posterior en el órden cronolójico.

Tambien anticiparémos el júbilo inefable que causa á Felipe V el afianzamiento perpetuo de la importantísima plaza de Ceuta, llave por su parte del estrecho y de todo el Meditarráneo, codiciada mas y mas de los Ingleses; quienes desde luego en su dilatado sitio, cifran el anhelo de que cayendo en manos de la morisma, puedan feriarla, ó negociarla, á cualquiera costa.

Pero un gusanillo voraz, una sabandija ponzoñosa, está royendo á toda hora las entrañas á Felipe V, y suspira y clama ansiosamente, por el compañero y hermano de Ceuta, el malogrado Jibraltar, unido en todo tiempo inseparablemente por la naturaleza, la razon y la justicia á sus propios piés; y el ya pacífico monarca español está en ánimo de allanarse á cualquiera sacrificio, por el goce de aquella posesion.

Mas se hace forzoso hablar con alguna estension de la política europea.

Tras la reunion de Cambray, se celebra el memorable tratado de Utrecht, y quedan al parecer unánimes y hermanadas las potencias, cansadísimas, con razon, de guerra tan larga, desatinada y costosa. Se atraviesan no obstante, continuos tropiezos y dificultades, y hay que añadir, á lo mejor, nuevos artículos, ó esplicaciones, para zanjar aquellos reparos, por lo mas cavilosos, y meros abortos de ambiciones mezquinas.

Felipe V se esmera con todo ahinco en congraciarse con el emperador de Alemania, á impulsos del anhelo ardientísimo que acabamos de manifestar, por un cómputo pundonoroso y patriótico, pero sentado sobre un fundamento aereo, ó cuando menos superficial é insubsistente.

Recae la corona de Inglaterra en la casa de Hanover, y el poseedor de aquel círculo ó ducado, como individuo del cuerpo jermánico, ya que no rinda vasallaje, tiene que guardar naturalmente sumo miramiento con el caudillo ó soberano, y así sueña el candoroso Felipe, que mediando influjo tan poderoso, y en su concepto irresistible, el rey de Inglaterra no puede menos de avenirse á la entrega ejecutiva de la suspirada plaza.

Felipe V, como se verá al fin de su reinado, es todo un literato, pero ignora sin duda muy torpemente el temple, el rumbo y la trascendencia de la constitucion inglesa, y por consiguiente no se hace cargo de que el vil interés mercantil tiene clavado su trono incontrastable á las orillas del Támesis, y prescindiendo de las inclinaciones ó pensamientos del titulado monarca, él es quien impera; y todo mandarin que se desvie un tanto de la carretera anchurosa ó torcida y oculta, prescrita por el númen soberano, se estrella inevitablemente, fracasando desde luego su corona, y tal vez su misma existencia; como en efecto, se lo hace palpar dolorosamente el desengaño al inconsiderado Felipe, quien como déspota, quiere ajustar todos los reyes á su propia medida.

Procura entretanto cuerdamente fomentar y acabalar su Marina, poniéndola al cargo del muy intelijente en aquel ramo, D. José Patiño, y entregando la administracion de la Hacienda al célebre Macanas, sujeto tambien de acreditado desempeño, en el conjunto y el pormenor de tan intrincada y vidriosa dependencia.

CAPITULO DÉCIMOTERCIO.

Apocamiento doméstico de Felipe V. — Tratado con el emperador de Alemania. — Resultas opuestas al objeto de su contenido. — Carta del ministro de Francia Fleury al rey de España. — Guerra con los Ingleses. — Sitio de Jibraltar por el conde de las Torres — Su despotismo inaccesible. — Levantamiento del sitio. — Ida de la corte á Badajoz — Desposorio del príncipe de Asturias. — Ida á Sevilla. — Tratado del Asiento. — Maldad de los Ingleses. — Enfermedad del rey. -- Convalecencia y renuncia de la corona en el príncipe. — Se opone la reina. — Queda anulada la cesion.

DESDE 1725 HASTA 1730.

Mortal es el manzanillo americano para el incauto que se adormece á su sombra, y mortífero es tambien para el ánimo de Felipe V el sombrío retiro de su palacio, pues yace mas y mas avasallado, bajo el imperio mujeril, siempre mezquino y pernicioso.

Es con efecto en su alcázar endeblilla canoa que se estremece, zozobra y naufraga, al imperio y albedrío del viento, al paso que en saliendo á campaña se robustece de cuerpo y alma, exhalando serenidad, brio y despejo, adoleciendo en su interior de flaqueza indecorosa, por efecto tal vez de su educacion palaciega y afeminada; siendo, por otra parte, arreglado é irreprensible en sus costumbres; cuanto mas que la jefa de los amaños, la tramoyista mayor de palacio, es aquella memorable princesa de los Ursinos, añeja ya, con el rostro avinagrado, los ojos llorosos y dentadura desencajada, poquísimo cebo puede ofrecer al apetito sensual mas desaforado.

En esto el cardenal Fleury, ministro principal y casi despótico en Francia, incluye una carta, reservada para el rey, al padre Bermudez

A. Rose le g.ve

ENTRADA A LA SALA DE EMBAJADORES

Alcazar de Sevilla.

evanta el sitio, retirándose las tro-
ectivas guarniciones.
es la corte á Sevilla, acuden los
ses, entablan afectuosas y encare-
iones, y tras muchas hablas, ofer-
los siempre fementidos Ingleses,
ta el famoso tratado de Sevilla ó
r el cual, se les franquea la fa-
tar en varios puntos de América,
'e toneladas en cargamentos de-
ánimo de triplicarlos ó cuadru-
enir con el tiempo á ser los úni-
por lo menos contrabandistas
lemnemente autorizados por

la corte á Madrid, de donde ya
un viaje á Badajoz, para ce-
les regocijos, el desposorio del
ias.
el rey de grandísimo cuida-
del vaiven y del azoramiento
'a la corte, se alivia de repen-
parecer en pocos dias, mas
osa melancolía que para en
cia de la corona á favor del
as. Así lo dispone ejecutiva-
ader el decreto, y se trata ya
efecto, cuando lo sabe la
, se apesadumbra y llora, se
por último dominando siem-
esposo, lo retrae de aquella
te retira, anula y anonada el

mpre recóndito y reservadí-
strecha mas y mas la union
tretanto se formaliza por
ncipalmente por los puer-
un grandísimo armamento
a. Siguen al mismo tiem-
mas no causan la menor
o la espresion vulgar, va-
ultas del tratado sobre-

y se muestra quejoso de
s de tributarle satisfac-
con muestras de estra-
anto se practica con los
r de Alemania, despues
tantísimo afecto y aun
verbales y de mera ce-
entos diplomáticos y
ies.
toda se muestra aus-
paradero de aquel ar-
s potencias no ha na-
parecer, tan entraña-

altar y Mahon,



su confesor, quien apenas logra coyuntura favorable, se la entrega á solas; empieza Felipe V á leerla y luego ve que su contenido se reduce á retraerle de la confianza y predominio que le merece la reina, y en aquel mismo acto se aparece la interesada en el asunto. Quiere retirarse la reina, mas el rey no lo consiente, y le manifiesta la misteriosa carta, con lo cual enmudece y se marcha corrido el confesor, la reina se apesadumbra y encoleriza, y el rey sigue avasallado, como siempre, al partido mujeril.

Entretanto se firma y se ratifica en 18 artículos, el 30 de abril, el tratado con el emperador de Austria, favoreciéndole en estremo, con la cesion de aquella tan batallada por siglos, desventurada Italia, que luego volverá á ser la manzana de las tres diosas, con tropas españolas y alemanas, como se verá á su tiempo.

Lleva siempre Felipe V adelante su afan de halagar al Austríaco, soñando que le ha de cautivar al rey de Inglaterra, para la cesion ansiada de Jibraltar, y resulta por el contrario, que rozándose el tratado con intereses mas ó menos cuantiosos de la compañía de Ostende y del comercio jeneral de Holanda y de Inglaterra, van y vienen quejas, descargos y nuevas dudas, cuyo paradero es formar los Ingleses hasta tres ó mas escuadras, amagar ó apresar las flotas españolas, y por fin un rompimiento formal y encarnizado por ambas partes, poniéndose el desairado Fleury, por parte de la Inglaterra.

Se resuelve el sitio de Jibraltar, se junta un ejército considerable, se abre la trinchera y se plantan baterías á las órdenes del conde de las Torres, jeneral de algun concepto, pero de índole ágria y de trato inaccesible. Sobreviene gran desercion en la pláza, se presentan en crecido número los fujitivos, al parecer hanoverianos, y ofrecen con ahinco entregar en aquella misma noche los principales puntos, facilitando la empresa con razones y medios, en cierto modo, terminantes; pero el caudillo español se desentiende de todos sus ofrecimientos, confiado en sus disposiciones facultativas, y en su dictámen, certeras todas, como ajustadas ya con los principales injenieros.

Frustrada ya aquella proporcion tan inesperada y tan obvia, se acude al rumbo trillado de las baterías, brechas y asaltos sangrientísimos; mas quedan burlados todos los intentos con el teson é intelijencia del enemigo, avecindado y fortalecido continuamente con la entrada y salida de escuadras poderosas, que desprecian y escarnecen el amago altanero, y el afan infructuoso de los sitiadores.

Tras repetidos quebrantos y amargos desengaños, hay que ajustar la paz, reconocer de nuevo la posesion inglesa de Jibraltar y Mahon, y luego se levanta el sitio, retirándose las tropas á sus respectivas guarniciones.

Pasa entónces la corte á Sevilla, acuden los enviados ingleses, entablan afectuosas y encarecidas negociaciones, y tras muchas hablas, ofertas y halagos de los siempre fementidos Ingleses, por fin se ajusta el famoso tratado de Sevilla ó del Asiento, por el cual, se les franquea la facultad de aprontar en varios puntos de América, cierto número de toneladas en cargamentos determinados; con ánimo de triplicarlos ó cuadruplicarlos, para venir con el tiempo á ser los únicos traficantes, ó por lo menos contrabandistas perpetuos, y solemnemente autorizados por aquellas costas.

Regresa luego la corte á Madrid, de donde ya antes habia hecho un viaje á Badajoz, para celebrar, con grandes regocijos, el desposorio del príncipe de Asturias.

En esto enferma el rey de grandísimo cuidado, pero en medio del vaiven y del azoramiento de palacio y de toda la corte, se alivia de repente, y convalece al parecer en pocos dias, mas le queda una intensa melancolía que para en idear nueva renuncia de la corona á favor del príncipe de Asturias. Así lo dispone ejecutivamente, manda estender el decreto, y se trata ya de llevarlo á debido efecto, cuando lo sabe la reina con asombro, se apesadumbra y llora, se enoja y se desvía, y por último dominando siempre el ánimo de su esposo, lo retrae de aquella determinacion, y se retira, anula y anonada el reservado decreto.

Con el tratado siempre recóndito y reservadísimo de Sevilla, se estrecha mas y mas la union con Inglaterra, y entretanto se formaliza por varios puntos, y principalmente por los puertos del Mediterráneo, un grandísimo armamento por la parte de España. Siguen al mismo tiempo los de Inglaterra, mas no causan la menor zozobra, siendo, segun la espresion vulgar, valor entendido, de resultas del tratado sobredicho.

El cardenal de Fleury se muestra quejoso de tanta reserva, mas lejos de tributarle satisfaccion alguna, se le trata con muestras de estrañeza y desvío; y otro tanto se practica con los ministros del emperador de Alemania, despues de haberle manifestado tantísimo afecto y aun rendimiento, no en actos verbales y de mera ceremonia, sino en documentos diplomáticos y sumamente trascendentales.

Como quiera, la Europa toda se muestra suspensa y curiosíma tras el paradero de aquel armamento poderoso, de dos potencias no ha nada enemigas, y ahora, al parecer, tan entrañablemente hermanadas.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

Escuadra combinada de mas de treinta navíos. — Transporte de seis mil hombres á Italia. — Regreso de la escuadra española. — Espedicion del duque de Montemar á Oran. — Su éxito feliz. — Retirada del ejército. — El jeneral Marqués de Santa Cruz. — Su fracaso. — Sus escritos. — Su elojio.

DESDE 1730 HASTA 1733.

No falta quien recuerda la fábula tan obvia y trillada del Parto de los Montes, al presenciar la escuadra combinada, inglesa y española, de mas de treinta navíos de línea, con varios buques menores para trasportar á Italia de seis á siete mil hombres, que llegan y desembarcan en Liorna, sin el menor asomo de dificultad ó contraresto, para ocupar desde luego los diversos puntos que se les franquean, por Toscana, Parma y Plasencia.

Con efecto, la política madrileña, se cifra ya toda en las miras ansiosas de la reina por colocar en el solio, si tal nombre merece, de varios estados de Italia, á todos sus hijos, sin la menor escepcion; objeto en verdad harto baladí para la exhausta y desventurada nacion española, pero grandioso y entrañable para una madre amantísima de toda su familia.

Entretanto los ministros casi absolutos, Patiño de Estado y Campillo de Hacienda, van recibiendo y administrando con despejado esmero y en cabal armonía, las rentas de la Península y las flotas de América, y logran así resarcir las sumas escaceses del erario.

Llegan con efecto los galeones á sus debidos plazos, pues los Inglesea, en virtud del famoso tratado del Asiento, aprontan con puntualidad el número convenido de aquella especie de ganadería que llaman Negros, y luego. cohonestando siempre sus alevosías con el ostentoso cumplimiento de sus interesadísimos pactos, contrabandean mas y mas por cada dia, á todas sus anchuras, é inundan aquellas inmensas costas con miles y miles de fútiles mercancías.

Entretanto regresan las escuadras, la inglesa mandada por el almirante Wager á sus puertos, y la española á los de Cartajena y Alicante. Se aparata luego grandiosa espedicion, ideada entónces, ó premeditada ya de antemano, á las órdenes del duque (lo fué despues) de Montemar, contra la memorable plaza de Oran.

Dispuso y costeó en gran parte su primera conquista el célebre cardenal Cisneros, en el siglo XVI, llevando por caudillo á uno de los esclarecidos alumnos del Gran Capitan, Pedro Navarro, el inventor de las minas en el arte de la guerra; quien desde luego arrolló completamente á la morisma, y tremoló el estandarte de Castilla en las almenas africanas; siguiendo siempre despues la suerte de la Península, hasta que, con las revueltas de la funestísima guerra de sucesion, la señorearon los marroquíes.

Se aparata ahora la espedicion, tanto por marina como por ejército, con actividad, tino y grandeza. Consta la hueste de mas de treinta mil hombres, casi todos veteranos, con ciento y treinta cañones, varios morteros y los pertrechos competentes; la escuadra es de doce navíos, siete galeras, javeques, bergantines y centenares de lanchas, para facilitar el desembarco, á las órdenes del teniente jeneral D. Francisco Cornejo, mandándolo todo el duque de Montemar.

Suena mas y mas en la rejencia de Arjel, y entre toda la morisma, el aparato de aquella empresa, y entretanto el emperador de Marruecos, por impulsos de ambicion y de fanatismo, conceptúa llegada la coyuntura de sorprender y señorear á Ceuta, y acude ufanísimo con un sinnúmero de bárbara soldadesca, como á sentarse en un banquete opíparo; y arrojándose al avance, queda rechazado y luego perseguido, en largo y sangrientísimo alcance, por la guarnicion gallarda y victoriosa.

Entretanto Montemar llega á la costa de Africa, va rejistrando todas sus playas y ensenadas, y forma desde luego su plan de amago por una parte, y desembarco por la otra. Tiene Oran una

gran bahía, pero muy abierta, sirviéndole de puerto Marzalquivir, á una legua al poniente, y resguardan la plaza, á la sazon, cinco castillos que despues se aumentaron hasta siete, situados en alturas mas ó menos eminentes.

Habia salido de Alicante la armada el 15 de junio de 1732, y siendo la temporada mas bonancible del año, sobrevinieron sin embargo, vendabales recios, que imposibilitaron el ideado desembarco.

Serenado por fin el tiempo, pasa la escuadra de largo con rumbo á poniente, como desentendiéndose de la plaza principal, y dejando tambien á su izquierda el puerto de Marzalquivir, fondea en un paraje cómodo llamado de las Aguadas. Se dispone y se ejecuta allí el desembarco jeneral con toda felicidad; se interna desde allí la vanguardia á las órdenes del ínclito marqués de Santa Cruz, que luego ha de hacer tan esclarecido y funestísimo papel; se hace cargo al golpe de la suma importancia de un cerro que sobresale y señorea el castillo de Marzalquivir, y á pesar de la resistencia frenética de la morisma, se apodera de la cumbre, coloca una batería, y en seguida rinde aquella playa sin quebranto alguno.

Se incorpora luego todo el ejército, y al estar disponiendo las columnas para marchar sobre Oran, llega la inesperada nueva de que, en vista de la pérdida del puerto principal, el enemigo acaba de abandonar absolutamente la plaza. No parece creible tan impensada ventura, y moviéndose las tropas con toda cautela, por la zozobra de algun ardid morisco, se adelantan algunas compañías descubridoras, y luego confirman la misma noticia del desamparo total de la plaza.

Llega sin contraste el ejército, y se posesiona pacíficamente de todos los puntos.

Tiembla despavorida la rejencia de Arjel, y suena, prevalece y cunde, no solo en la misma plaza, sino en la España toda, la opinion muy fundada, de que si Montemar, dejando en Oran la guarnicion competente, marcha denodadamente, en alas de su próspera suerte, sobre la capital aterrada, é indefensa por parte de tierra, y acudiendo al mismo tiempo la escuadra por la marina, se apodera al golpe de todo el reino. Se malogra la coyuntura, y ya nunca mas la esquiva ocasion presenta su obvia melena, para asirla y afianzarla.

Queda con la debida guarnicion de gobernador y capitan jeneral el célebre marqués de Santa Cruz, y la espedicion regresa triunfante y con toda felicidad á la bahía de Alicante, permaneciendo allí parte de su tropa.

Entretanto la morisma, al presenciar la retirada del ejército, se agolpa y embiste sin cesar los puntos y aun los fuertes, cuyas defensas quedan todavía imperfectas, y sobretodo muy recientes; y aunque siempre es ventajoso y sangriento el rechazo, redobla por dias y por instantes su insolencia y desafuero.

Por último, el gobernador dispone una salida poderosa, con cuantas precauciones le suministra su consumada ciencia militar. Marcha la columna, arrolla ejecutivamente al enemigo de varias alturas, mas ó menos eminentes, mas se enardece en demasía, y pierde la formacion el vencedor; y advertida la morisma se revuelve y cerca por todas partes, á los ya dispersos y fujitivos. Acude entónces el gobernador con refuerzo, rehace á los suyos, rechaza de nuevo al enemigo, y lo persigue hasta cierto trecho.

Hay que saber como el marqués, en sus escritos inmortales, sienta por máxima fundamental, que en sobreviniendo un trance apurado, debe el caudillo acudir personalmente al peligro y esponer su vida hasta lo sumo; y el pundonoroso guerrero lo practica así, denodada y puntualísimamente, resultando herido y cayendo muerto, al fin de la pelea. Llegan en esto algunos refuerzos de Alicante, que no han podido venir á tiempo, á causa de la contrariedad de los vientos, y con aquel auxilio queda, aunque tarde, escarmentado el enemigo.

Tal es el paradero lastimoso del incomparable D. Alvaro de Navia, marqués de Santa Cruz, de cuyos escritos, verdaderamente europeos, se dará, en cuanto nos quepa, cabal razon, al fin del reinado de Felipe V.

Acude la esposa inconsolable á la corte, se le agasaja y pensiona espléndidamente, y el rey coloca á sus dos hijos en la milicia, con empleos aventajados, que les ofrecen desde luego la perspectiva de una carrera esclarecida y digna de tan sabio y heróico padre.

CAPITULO DÉCIMOQUINTO.

Desenfreno de los Ingleses. — Abusan del tratado del Asiento. — Inundan con sus jéneros las colonias españolas. — Resistencia de los vireyes y gobernadores á los escesos del contrabando. — Apresamiento de bajeles. — Clamor del comercio inglés. — Poema de Thomson contra los Españoles. — Guerra en América y en Asia. — Ventajas de los Ingleses. — Corsarios Vizcainos.

DESDE 1733 HASTA 1740.

Ufanísimo se mostrara el apóstol de la tiranía Maquiavelo, al presenciar, si fuese dable, el sinnúmero de alumnos lejisladores, mandarines, estadistas y aun poetas, que se agolpan desaladamente á su cátedra, en una isla pobladísima, emporio del comercio.

Ya se ha dicho, que el famoso tratado del Asiento, firmado por el ministro Patiño en Sevilla, no podia menos de ser el caballo troyano, abortador de escesos intolerables por parte de los Ingleses, y por consiguiente, de hostilidades continuas; y luego de un rompimiento de guerra, que es dilatada y trabajosísima, para el comercio y para la nacion entera.

Con efecto, los Ingleses, por aquella franquicia, desembarcan á cientos y á miles los fardos de contrabando, por todas las costas españolas. Providencian con rigor vireyes, gobernadores y empleados contra aquel desenfreno escandaloso, y se propasan tal vez algunos dependientes en la ejecucion de los mandatos; y la Inglaterra toda clama, por guerra y muerte. Vocea mas y mas desaforadamente el parlamento, y sin embargo el ministerio de Jorje se mantiene reacio en su sistema pacífico, y se contenta con pasar notas por su embajador, con amenazas mas ó menos terminantes.

Entónces el sublime Thómson, tan aclamado por sus encumbradas Estaciones, aborta un poema intitulado *Bretaña*, cuajado todo de baldones y patrañas, tratando á la España de madriguera de salteadores, y de reos de lesa humanidad. Media el interés, ídolo único del pais, y como toda la nacion es yesca para el intento, aquel rapto de poesía infernal, prende fuego de estremo á estremo, y se declara, ó mas bien, se efectúa en realidad la guerra.

El ministerio, antes yerto para el rompimiento, inflamado luego hasta lo sumo, echa ahora el resto en sus armamentos grandiosos y espediciones lejanas y ejecutivas. Cada arsenal de Inglaterra es el arrojador de una escuadra poderosa, que se dispara incontrastablemente sobre la Habana, Cartajena, Manila y otros puntos, los mas absolutamente indefensos.

Entónces Felipe V se desengaña, y acude á contrarestar, en lo posible, los ímpetus del huracan asolador (1), mas es ya tarde y son harto insuficientes las fuerzas nacionales, para hacer frente á la preponderancia enemiga. Cesan las flotas, por la zozobra muy fundada de caer en manos de sus acechadores, y por mas cautela que se encargue y se observe por todas partes, sobrevienen á cada paso quebrantos y desastres de suma importancia.

Se ha de tener presente, que en los vaivenes y fracasos de la guerra llamada de sucesion, particularmente en vísperas de la batalla de Almausa, estuvo la corona de Felipe V en realidad pendiente de un cabello, y en medio de trance tan arriesgado, aun para el terreno que estaba pisando, mal podia providenciar para el resguardo de posesiones tan lejanas, y aun casi ignoradas, en su gobierno advenedizo; y así hasta las plazas mas importantes de aquellas remotísimas rejiones, yacian jeneralmente en el mas lastimoso desamparo.

En medio de la preponderancia y altanería enemiga, no dejaba de padecer el comercio inglés quebrantos de mayor cuantía, pues los corsarios vizcainos, tan arrojados como prácticos en aquellos mares, les hacian presas riquísimas y contínuas; pero estas ventajas parciales de ningun modo podian resarcir las pérdidas enor-

(1) Felipe V como literato, debia tener presente el famoso verso de Virjilio:

Timeo Danaos, et dona ferentes.
Horroriza el Inglés, aun cuando halaga.

mes que á toda hora estaba padeciendo el gobierno.

El rey sin embargo sigue mas y mas aferrado, como se dirá luego en la guerra de Italia, como rendido al tenaz albedrío de su parmesana Isabel, prescindiendo absolutamente de los intereses nacionales. Funestísima es por cierto aquella condescendencia para la infeliz España, mas no tan indecorosa seguramente como la vil servidumbre que al mismo tiempo está profesando su sobrino Luis XV á su manceba la Pompadur, y luego á otras rameras de peores inclinaciones.

Como quiera, con la guerra inglesa, que sigue por largos años, el erario carece de los medios mas precisos para acudir á sus urjencias diarias y ejecutivas. Hambrea el ejército español por Italia, y la oficialidad tiene que mal vender sus tales cuales alhajas y hasta las mismas espadas, para atender á su escasa é indispensable subsistencia; y sin embargo, en virtud del pundonor nacional, y del acertado desempeño de los caudillos, pelea siempre la tropa con valor, y muchas veces, con ventaja, segun los varios vaivenes que trae consigo una guerra de muchos años, cuyas particularidades se apuntarán con algun esmero en el capítulo siguiente.

CAPITULO DÉCIMOSEXTO.

Federico II. — Influye poderosamente para la causa española en Italia. — Desempeño mas ó menos cabal de los jenerales. — Sus ventajas y sus desmanes. — Auxilio de los Franceses. — Avance del duque de Montemar hasta Milan. — Señorea casi toda la Italia. — Preponderancia de los Austríacos. — Retroceso del duque. — Paz jeneral. — Afianzamiento de D. Cárlos en el solio de las dos Sicilias. — De los ducados de Parma y Plasencia para D. Felipe. — Retirada de Montemar. — Muerte de Felipe V.

DESDE 1740 HASTA 1746.

Campea y se encumbra en paz y en guerra Federico II sobre todos los personajes de la centuria anterior. Renueva, estiende y perfecciona la táctica inventada dos siglos antes por el siempre vencedor Gonzalo de Córdova, y favorece en gran manera á la causa española en Italia, haciendo eficacísima llamada, y peleando de poder á poder contra la vacilante casa de Austria.

Dejaremos á cargo del ingrato Voltaire (1) el tiznar la memoria del llamado jeneralmente gran Federico, tachándole en sus escritos de epicureo inmundo, de hipócrita alevoso, caprichudo y desaforado; lo cierto es que sus armas no solo inclinaron siempre la balanza hácia la parte que sosten[illegible] madamente, y dieron la ley en los trances mas árduos y decisivos.

Volviendo ahora á la guerra de Italia, quien anhele saber por estenso sus particularidades, puede acudir á la historia latina del italiano Bentivoglio, como tambien á las memorias sumamente instructivas del marqués de la Mina, uno de los esclarecidos jenerales de aquellas trabajosas y repetidas campañas, por desgracia harto infructuosas, para esta nacion siempre desventurada.

Por punto jeneral podemos decir, que á pesar de algun contratiempo, como sucede en todas las guerras, quedaron por lo mas las armas es-

(1) Voltaire, incensador halagüeño de viles mancebas, causadoras, con sus antojos, de guerras sangrientísimas, diciendo del todo poderoso

Il pétrit à son gré d'incarnat et albâtre
Les charmes arrondis du teint de Pompadour etc.

puso allá sobre las estrellas al monarca escritor, vivió con él familiarmente en su mismo palacio, y luego se estrelló con él, tuvo que huir atropelladamente de sus estados, y lo trató despues de tirano atroz, y de poetastro ridículo que le daba sus « camisas á jabonar », con otros denuestos, á cual mas amargo, para un soberano, y en estremo presumido con sus poesías francesas, que en verdad son harto despreciables.

ban los monarcas al celebrar las repetidas córtes de aquel pueblo (1), tiene que emigrar toda la familia, permaneciendo largos años en Palermo. Cabe allí á D. Ignacio esmerada y brillante educacion, como lo demuestra su sabia y elegante Poética, y sobre todo los rasgos líricos que entona el primero, á la distribucion de premios en la academia (funcion que luego realza mas y mas Melendez con sus odas inmortales), á la conquista de Oran, y á otros asuntos.

Reservamos para el último lugar, como el mas eminente, á los incomparables marinos, que se formaron y resplandecieron en aquel tiempo, D. José Navarro marqués de la Victoria, y luego D. Jorje Juan, uno de los primeros jeómetras de Europa, y el gran físico y naturalista D. Antonio Ulloa, quienes pasaron con los académicos franceses al Perú, á medir un grado del meridiano, y despues de haber desempeñado con sumo esplendor aquel sublime encargo, dieron á luz el viaje tan sabio como interesante, las Observaciones Astronómicas, las Noticias Americanas, las Informaciones Secretas etc., con singularísimo aprecio de todas las naciones.

Estas son las glorias de la nacion, sin que le cupiesen adelantos grandiosos en industria, acequias, carreteras y demás obras públicas, en el dilatado mando de Felipe V. Merece sin embargo encarecidos elojios su felicísimo tino en la eleccion, para casi todas las secretarías del despacho, con el incomparable marqués de la Ensenada, coronando así dignísimamente su trabajoso reinado.

Por lo demás, ya queda dicho que Felipe era valiente en la campaña y apocadísimo en el recinto de su palacio, y como dice un autor francés, mas adecuado para caballero particular, ó prelado de una catedral, que para monarca.

(1) Hasta veinte y seis veces, se han celebrado en Monzon, las córtes de Aragon.

CAPITULO DÉCIMOOCTAVO.

Reinado de Fernando VI. — Su índole pacífica, graciable y cariñosa. — Prosperidad jeneral. — Fomento y actividad en todos los ramos de marina. — Construccion ejecutiva de los tres arsenales, y de doce navíos de línea á un mismo tiempo. — Adelantos en todas las artes. — Esplendidez inaudita de las funciones teatrales en el palacio del Buen Retiro. — El marqués de la Ensenada. — Su ministerio universal. — Su pureza, actividad y maestría, para todos los ramos de la administracion pública. — Conjuracion atroz del gobierno inglés, y venida espresa de un diplomático alevoso y consumado, para derrocar al marqués. — Su logro. — Sus consecuencias.

DESDE 1746 HASTA 1755.

Fernando VI, hijo segundo de Felipe V y de María Luisa de Saboya, á los treinta y cuatro años de edad, asciende al trono.

Se desentiende allá desde luego de ir colocando á los infantes por Italia, ó por otros paises, á costa de la nacion española; y á los cuatro años de su reinado, firma la paz memorable de Aquisgran, para ceñirse únicamente al fomento de la prosperidad jeneral, por entrambos mundos.

Es Fernando de suyo apacible, benéfico y aun cariñoso, pero adolece tambien del mismo achaque de su padre, á saber, de escesiva condescendencia, ó mas bien; rendimiento afeminado á los dictámenes caprichosos y modales halagüeños de su esposa Teresa Barbasa, y aun al influjo mas ó menos interesado del enjambre palaciego.

De los dos ministros principales, y casi únicos D. José Carvajal, de alcurnia esclarecida, es afecto á los Ingleses, y el marqués de la Ensenada, de humilde cuna, opuestísimo en todo á sus intentos.

Ensenada, sumo estadista y perspicaz cortesano, desde luego se hace cargo de que la prepotencia naval de Inglaterra, y mas al arrimo solícito y misterioso de su política, siempre aleve y enmarañada, no puede menos de ser azarosa, para las inmensas y mal resguardadas colonias españolas, y así echa el resto en el aumento, habilitacion y poderío de la marina, cons-

truyendo desde luego los tres magníficos arsenales, en los que, particularmente la cordelería del Ferrol, es uno de los edificios mas grandiosos de Europa, y sobretodo lanzando al agua en un mismo año el famoso *apostolado*, esto es, hasta doce navíos hermosísimos de 74 cañones.

Entretanto, como se verá por estenso en la memoria de Navarrete, que se incluirá en el capítulo siguiente, se entabla el plan de mejoras en todos los ramos, empezando por la carretera de Santander, para luego seguir con las demás, abrir canales y acequias, y fomentar hasta lo sumo en España y en América, la instruccion, las artes y la industria, hasta en sus mínimos pormenores.

Es á la sazon Madrid la primera corte de Europa por su elegancia, esplendor, y aun profusion, en funciones contínuas y nunca vistas. Se construye, en el mismo palacio del Buen Retiro, un riquísimo teatro, todo de palcos y lunetas. Se trae al primer soprano de Italia, Farinelli, con su orquesta correspondiente. El sumo injenio contemporáneo, el gran poeta cesareo Metastasio, trabaja espresa y ahincadamente sus divinas óperas, para resonar en triunfo, por las esclarecidas márjenes del Manzanares. Se abren, cuando el paso lo requiere, los pontones construidos al intento, y se descubren, por el jardin iluminado, inmensas tropas, y se presencian batallas terrestres, ó combates navales en el estanque, con suma propiedad y sobrehumano hechizo.

Los cultos asistentes, lejos de contribuir con el menor desembolso á la entrada, disfrutan en los intermedios, por las hileras desahogadas de sus cómodas lunetas, magníficos refrescos, y la reina linda, festiva y encantadora colma, con un mundo de risueños agasajos, el peregrino y celestial embeleso.

Fallece Carvajal, y queda Ensenada por árbitro absoluto de la monarquía. Se encarga, con efecto de todos los ministerios, y ni hay el menor rezago en los negocios, ni demora ni dificultad alguna en verle de contínuo en su casa, en la secretaría, en el paseo y en el teatro. Es una especie de májico, que se aparece por donde quiera, y acude con su hechizo, á las mas mínimas ocurrencias desde la corte hasta Méjico, Lima y Filipinas.

Purísimas son sus costumbres, y tan solo adolece de la pasion casi frenética por el lujo, mas que oriental, de su propia persona. Se presenta un dia de gala en la corte, cuajado todo de diamantes, y llevando encima por valor de largos millones; el rey le mira absorto y luego le dice «marqués, ese es demasiado lujo» — Señor le contesta «las galas del criado honran al amo» y luego le habla de asuntos diplomáticos; y así queda desvanecido el cargo, y terminada la conversacion.

Fenómeno peregrino; un ministro tan descollante, y aunque con miras sanísimas, tan despótico, no tiene émulos en palacio, pues hasta el confesor tan predilecto, el célebre padre Rábago, es apasionado entrañable, y habla siempre con entusiasmo, del idolatrado marqués. Otro tanto sucede con la grandeza, citando á su individuo mas preeminente, el duque de Medinaceli, quien lo tiene á su mesa, una vez á la semana. Es aquel un dia de pompa y embeleso para toda la casa; amos, doncellas, criados y hasta los dependientes de las oficinas, están á porfía en sus glorias, rebosando gozo y complacencia, y con los ánimos muy ajenos del amargo y lloroso quebranto que van á padecer muy en breve.

Sigue entretanto el regocijo universal, con perpetuos y redoblados parabienes en la corte; sigue, con cuantiosos aujes, la actividad lozana y floreciente en todos los ramos del gobierno, verdaderamente paternal y nunca visto, y sigue en realidad el sueño de los poetas, la edad dorada, y sus ráfagas bonancibles centellean por los ámbitos mas recónditos de la ya reanimada monarquía.

En esto, se dispara de Lóndres el rayo esterminador, pues viene á Madrid una embajada, espresamente para derrocar al incomparable ministro, y por suma desgracia, consigue tan execrable intento.

Yace la monarquía en su cenagal acostumbrado, y el primer estadista del orbe vive cerca de treinta años en su confinamiento ú retiro de Medina del Campo, de donde se infiere la consecuencia muy obvia de que, quien causó en nueve años tan portentosa trasformacion en la desastrada nacion española, en cerca de medio siglo de ministerio, como pudo muy bien desempeñarlo, no podia menos de encumbrar su idolatrada patria sobre todas las naciones del mundo entero.

CAPITULO DÉCIMONONO.

El Pandemonio *del poeta Milton. — Maquiavelismo atroz, y plan infernal de los Ingleses. — Derribo del marqués de la Ensenada. — Concordato. — Muerte de la reina. — Desconsuelo mortal de Fernando VI. — Su fallecimiento. — Memoria biográfica de Navarrete sobre el esclarecida ministro. — Su orijen. — Carrera. — Universalidad. — Pureza. — Desempeño activísimo en todos los ramos. — Caida. — Larga mansion en Medina del Campo. — Fallecimiento.*

DESDE 1755 HASTA 1759.

Pandemonio llama el inglés Milton en su poema decantado, y en verdad harto estravagante, del Paraiso Perdido, al congreso de espíritus perversos, que allá en sus cavernas infernales, celebran una especie de cortes estraordinarias, bajo la presidencia del furibundo Luzbel.

Orillando ahora toda alusion jocosa, en materia de tan suma trascendencia, el verdadero pandemonio, para todas las naciones del Orbe, está positivamente aposentado en las lóbregas y funestísimas orillas del Támesis, donde se fraguan con el mas atroz maquiavelismo, los planes alevosos y esterminadores de la Europa entera.

Vino con efecto, como ya se ha dicho, una solemnísima embajada, con el objeto diabólico, y por desgracia harto efectivo, de volcar para siempre al gran ministro, rejenerador de su desventurada patria, por los medios atroces que se verán luego en la Memoria de Navarrete, y aquel trastorno fué, como el estrago de un huracan, que destroza y anonada la opulencia y el embeleso de un verjel peregrino.

Pero antes de pasar adelante, debemos referir y celebrar el famoso Concordato que ajenció y redondeó Ensenada con la corte romana, y es el mismo que ha rejido y rije todavía desde aquel tiempo.

Ya se dijo en el debido lugar de la Historia presente, como Fernando el católico recabó de la curia pontificia la presentacion ó nombramiento de los grandes maestrazgos de las órdenes militares, mas no pasaron de aquel punto las concesiones del papa, quien seguia proveyendo las prebendas, ó como dicen, piezas eclesiásticas, con gravísimo detrimento de los intereses nacionales.

Ensenada, con ardides, halagos y demostraciones cortesanas, logró arrebatar de las manos codiciosas y apretadas de la Dataria, aquel manantial incesante y copiosísimo, que estuvo por siglos desangrando á la nacion desvalida, y de resultas del Concordato, tuvieron los Romanos, siempre sedientos de los veneros del Potosí, que contentarse con la provision de cincuenta y dos prebendas, y el producto, harto cuantioso, de las bulas á los mitrados y de las dispensas matrimonales.

Con la partida de Ensenada para su destierro, sus varios ministerios se repartieron en manos vulgarísimas, y por consiguiente inhábiles, y la España toda volvió á su inercia anterior y á su inaccion soñolienta.

En esto, enfermó la reina, y agravándose de dia en dia, por fin murió en 1758, y luego el rey, sobre su melancolía jenial y heredada, se apesadumbró en tantísimo grado, que falleció tambien, tras varias recaidas, en el año siguiente de 1753.

El reinado de Fernando VI fué todo bonancible, benéfico y floreciente, merced á las manos habilísimas que por aquella temporada, empuñaron, cual nunca, las riendas de la monarquía.

Mas para ofrecer una perspectiva circunstanciada y cabal de la situacion de España, y de la política europea, ó mas bien inglesa, por la citada época, se hace preciso copiar aquí literalmente la obrita, en estremo verídica é interesante, que publicó el erudito y laboriosísimo marino D. Martin Fernandez Navarrete, poco antes de su lastimoso fallecimiento, con el título de

NOTICIA BIOGRAFICA DEL MARQUÉS DE LA ENSENADA.

Nació D. Zenon de Somodevilla en Hervías,

pueblo corto de la provincia de Rioja, distante una legua de Santo Domingo de la Calzada, donde al parecer se hallaban accidentalmente sus padres; y allí fué bautizado el dia 25 de abril de 1702. Se conceptúa que cursó la gramática vulgar en el mismo pais, siendo su familia, por lo demás, de alguna distincion. Tambien se dice, que pasó á una casa de comercio en Cádiz, donde al punto se dió á conocer, por su despejo, instruccion y conocimientos.

Lo cierto es, que sincerado Patiño de las imposturas con que le culparon, á la caida de Alberoni, y repuesto en la Intendencia jeneral de marina, partió de la corte arrebatadamente para Cádiz, á dar empuje y acelerar el armamento y espedicion que se estaba aparatando en 1720, al mando del marqués de Lede, para libertar á Ceuta del gran cerco en que la tenian los moros hacia 26 años. Entónces debió conocer y tratar á D. Zenon, pues *en atencion á su habilidad*, le espidió Patiño en 1.° de octubre del mismo año de 1720, el nombramiento de oficial supernumerario del ministerio de marina.

Fué promovido á la clase de segundos en 15 de julio de 1724; al año siguiente á oficial primero y comisario de matrículas en la costa de Cantabria; y en 1726 se hallaba destinado en Guarnizo, á las órdenes de D. José del Campillo, que como ministro de aquel astillero, estaba encargado de activar las obras de construccion naval que se traian entre manos.

Su capacidad suma y cabal desempeño en cuantos encargos se le confiaban, le proporcionaron el ascenso á comisario real de marina en 6 de noviembre de 1728, y el ser elejido por el rey en 14 de abril de 1730, para contador principal del nuevo departamento que se estaba planteando en Cartajena.

Sin posesionarse de aquel empleo, se le nombró en 1732 ministro de la escuadra que al cargo del jeneral D. Francisco Cornejo, habia de conducir la espedicion destinada á la reconquista de Oran, bajo las órdenes del célebre duque de Montemar. Recibió D. Zenon las instrucciones el 10 de mayo, se embarcó luego con el jeneral y los demás del ejército, *para la union de las providencias que se le fuesen ofreciendo en los navíos, tropas y transportes;* salieron de Cádiz el 12 para Alicante; allí se incorporaron con las fuerzas navales que mandaba el jefe de escuadra D. Blas de Lezo, reuniéronse hasta 518 embarcaciones de guerra y mercantes, además de muchos laudes catalanes, con víveres y pertrechos. Dieron todas la vela el 15 de junio, y por los vientos contrarios, tuvieron que resguardarse con el cabo de Palos, de cuya ensenada volvieron á salir el 23, fondeando el 28 en la costa de Oran.

Al dia siguiente, se desembarcaron mas de 30 mil hombres de tropa, con sus trenes, tiendas y pertrechos; se auxilió al ejército por la marina con gran número de raciones, y con cuanto se necesitó, para tomar la plaza y guarnecerla; y dejándola provista de todo, se dirijió á España D. Francisco Cornejo el dia 1.° de agosto con el navío San Felipe, conduciendo en él al duque de Montemar que, con tanta prontitud como acierto y valor, habia recuperado al rey una plaza tan importante.

Entre las gracias con que premió el soberano á cuantos contribuyeron al feliz éxito de la espedicion, cupo á D. Zenon el ascenso á comisario ordenador; en cuya clase fué destinado á Italia en 1733, encargado de desempeñar las funciones de intendente del ejército de operaciones que, al mando del mismo duque de Montemar, debia conquistar para el infante D. Cárlos, los reinos de Nápoles y de Sicilia; con cuyo motivo se encontró tambien D. Zenon en tan brillante y gloriosa empresa; y premiado por el nuevo rey (despues Cárlos III en España) con el título de *marqués de la Ensenada*, continuó sus servicios en el ejército, y en las espediciones de Lombardía y de Saboya.

Murió su gran protector Patiño en el real sitio de San Ildefonso el dia 3 de noviembre de 1736, y á poco tiempo acordó el rey el establecimiento de un tribunal ó consejo de almirantazgo, declarando al infante D. Felipe Almirante jeneral de España é Indias, y protector del comercio marítimo, por real patente de 14 de marzo de 1737. Nombró una junta, compuesta de tres distinguidos jenerales de mar, para que cerca de la persona del infante, se afianzase el acierto de sus resoluciones; y Ensenada quedó elejido para secretario del almirantazgo, y condecorado poco despues con la graduacion de intendente de marina.

En aquel destino, con la proteccion del presidente y el auxilio de sus consejeros jenerales, entabló Ensenada la formacion y arreglo de todos los cuerpos de la armada. Pueden considerarse obras suyas la cédula de la constitucion de las matrículas de mar, de su alistamiento, privilejios y obligaciones, dada en 18 de octubre de 1737, la formacion del arsenal de Cartajena, creado ya su departamento desde 1730; la piadosa institucion de inválidos, el fomento de la construccion de buques en América, y el plan y preparativos de unas ordenanzas jenerales, para el réjimen de los diversos cuerpos de la armada, cuya empresa no llegó á concluirse y perfeccionarse, hasta la época de su glorioso ministerio.

La muerte del emperador Cárlos VI, último varon de la casa de Austria, acaecida en Viena, en 20 de octubre de 1740, escitó las pretensio-

nes de varios príncipes á la sucesion de sus estados, y encendió una guerra jeneral en Europa. Felipe V, que alegaba tambien derechos al todo de la herencia, tuvo que ceñir sus demandas á las provincias que estuvo poseyendo en Lombardía, para establecer en ellas al infante D. Felipe. Con este objeto, partió el interesado en febrero de 1741 para Italia, llevando consigo al duque de Montemar con 15 mil hombres, y al marqués de la Ensenada por secretario de estado y guerra, siéndolo ya de su cargo de almirante.

Asistió el marqués en esta campaña al lado del infante, y promovido luego á consejero de guerra, vino á merecer de todos, las mayores honras y distinciones, hasta que, por fallecimiento de D. José del Campillo, le nombró el rey en 14 de mayo de 1743, *en atencion á su acreditada conducta y esperiencia*, por su secretario de estado y del despacho de Guerra, Marina, Indias y Hacienda; le honró con el gobierno de su consejo, la superintendencia jeneral de rentas y el manejo y distribucion del erario, confiriéndole tambien, en 14 del mismo mes, el cargo de lugarteniente jeneral del Almirantazgo; empleos todos que habia reunido su antecesor D. José del Campillo, *considerando conveniente* (decia el rey en su decreto) que *estuviesen bajo una sola direccion*.

Hallábase Ensenada en Chamberí, cuando recibió tan plausible noticia, por medio del marqués de Scoti, á quien la comunicaban los reyes, para conocimiento del infante, y sobrecojido con tamaña novedad, suplicó al rey le admitiese su renuncia, poniendo por medianero con encarecidas instancias al mismo infante; mas este le precisó á partir ejecutivamente, y aunque llegado el marqués á Barcelona repitió la reverente y estremada súplica, se le replicó que toda nueva instancia sobre el particular se miraria con sumo desagrado.

Cuando Ensenada se encargó del ministerio, la guerra que principió por mar en 1733, se habia estendido en toda la Europa, con obstinacion y alternada fortuna, entre las naciones belijerantes. Los desgraciados acontecimientos de Puerto-Cabello y de otras invasiones que hicieron los Ingleses en nuestras posesiones ultramarinas, se compensaron gloriosamente con la heróica defensa de Cartajena de Indias, y con el memorable combate de Tolon que cubrió de laureles á D. Juan José Navarro y á los valerosos marinos que mandaba. Montemar y Gajes, y algun tiempo la Mina, que dirijian en Italia las operaciones militares, bajo las órdenes del infante Don Felipe, sostenian con sus proezas el crédito de la nacion (única circunstancia que podia interesarle en aquella guerra puramente de familia) en los años de 1744 y 45; y si no fué tan próspero el de 46, fué luego amainando la desventura, y por fin la política jeneral amañó y combinó los intereses europeos, en el congreso de Aquisgran el año de 1748.

Habia entretanto terminado su larga carrera Felipe V el 11 de julio de 1746, y su hijo y sucesor Fernando VI, muy ajeno de seguir desangrando la nacion por intereses personales, y luego de suyo afectísimo á la paz que estaba ansiando la España toda, despues de dos siglos de guerra y desastres, admitió desaladamente la que le ofrecian las circunstancias, sin faltar al decoro y señorío de su corona. Desempeñaban á la sazon el ministerio D. José de Carvajal y Lancaster para los negocios de estado, continuando Ensenada en el despacho de todas las demás secretarías. Se afanaban entrambos en plantear y arraigar ahincadamente el sistema pacífico del rey, aunque por diversos rumbos. Creia Carvajal que solo la intimidad con Inglaterra podia mantener la paz y la neutralidad en España, al paso que Ensenada cifró siempre el cimiento de tantísimo beneficio, en nuestra hermandad con Francia, y mas mediando relaciones de familia, luego el pacto formal, y sobre todo el interés recíproco de ambas naciones.

No cabia situacion mas favorable que la de Ensenada, para cuantos arranques patrióticos y pensamientos grandiosos le sujerian de continuo su talento nativo y su desvelo, por cada dia mas ansioso y fecundo. La paz, su influjo eficacísimo con los reyes, los inmensos tesoros recien venidos por fin de Ultramar, tras la cauta detencion por las guerras anteriores, el desempeño acendrado y activo en los empleados públicos, escojidos siempre, sin asomo de miras personales, con sumo tino, perspicacia y discernimiento; todo, todo estaba brindando con una época de restauracion y prosperidad.

Para conseguir tan consumado logro, recayeron las primeras disposiciones, como era muy obvio, en el ramo de Hacienda. Yacian todas las rentas de la corona, desde el siglo anterior, en manos de asentistas que, anticipando al erario, en sus apuros, crecidas cantidades, con grandísimas usuras, desangraban los pueblos con sus violentas exacciones. Patiño y Campillo intentaron tan importante reforma, pero dejaron á Ensenada su ejecucion, y por ella recobró sus derechos el real erario, se mejoró la infeliz constitucion de las provincias; se abolió el impuesto que se pagaba por la traslacion de frutos de unas á otras; se simplificó la recaudacion de todas las rentas, poniendo en administracion los tributos provinciales; se planteó un Banco muy ventajoso para el jiro de letras con los paises estranjeros, y se ideó la esencion para la corona de Castilla del gravámen de millones, y

demás trabas funestísimas para la agricultura, estableciendo la *única contribucion*, como ya lo estaba en Cataluña, á cuyo fin se dedicaron prolijas é importantes tareas.

Considerando los metales preciosos como meras mercaderías, derogó Ensenada cuantos decretos vedaban ó entorpecian la esportacion de la plata, de donde resultó cuantioso ingreso en el erario. Dió al través con el monopolio producido por las restricciones en el comercio de América, estableciendo los buques llamados *rejistros*, que llegaban allá sin dependencia de las flotas y galeras, y con estas y otras providencias, venia á demostrar, que en el año de 1750 habian tenido las rentas cinco millones y pico de escudos de vellon de aumento, sobre las de 1742 que fué el mas productivo de los anteriores, y que el jiro de letras habia ganado cerca de dos millones hasta el fin del mismo año. Graduaba finalmente como cierto, que sobre tales principios, tendria de entrada anual el erario cerca de veinte y siete millones de escudos de vellon, fuera de las ganancias en el jiro y de los caudales de Indias, y se prometia por resultado de sus nuevas disposiciones, que en el término de seis años de paz subirian los ingresos á ocho millones mas de escudos, aplicando 19 al ejército, 6 á la marina, y 9 para las demás obligaciones; reservando todo el caudal de Indias, que podria duplicarse por lo menos, segun sus cálculos, para consolidar el crédito de la nacion, y emprender obras importantísimas.

El empuje de aquel sistema de administracion, para promover la agricultura y la industria, requeria que se franqueasen las comunicaciones interiores, dando mas y mas ensanche á la circulacion de sus productos.

Consideraba además que siendo el terreno de España jeneralmente de suyo sequísimo, yacen los naturales muy espuestos á padecer escasas cosechas, y hambrear lastimosamente; y careciendo de medios para socorrerse mútuamente las provincias, se hacia forzoso encajonar y habilitar los rios para su navegacion, abrir acequias para el riego, construir canales para el transporte, allanando, y sobre todo afianzando, los tránsitos con su competente resguardo.

Estas reflexiones que estaba de continuo manifestando al rey, le estimularon á emprender el canal de Castilla, bajo la direccion del brigadier D. Cárlos Le-maur, hábil injeniero francés, admitido al servicio de España. Esta obra, el camino del puerto de Guadarrama, concluido en menos de cinco meses, el del puerto del rey, con otros que se emprendieron ó proyectaron entónces, cesaron ó se desvanecieron, con su desgracia.

«No eran ciertamente proyectos vanos y quiméricos de arbitristas charlatanes: eran planes sólidos, sabiamente combinados, dirijidos por sujetos habilísimos, que el marqués supo atraer y estimular, empleandolos adecuadamente, y con utilidad jeneral. No se le ocultaban las dificultades pero sabia arrollarlas. *Conozco*, decia al rey en una de sus muchas esposiciones, *que para hacer los rios navegables y habilitar los caminos, son menester muchos años y grandes tesoros, pero, Señor, lo que no se comienza no se acaba;* y luego le persuadia con el ejemplo de Luis XIV, cuyas ordenanzas, para esta clase de obras, se estaban siguiendo en Francia, con tanto teson como acierto.

Logradas así las comunicaciones interiores, restaba promover el comercio esterior, por medio de la navegacion mercantil, para aumentar el consumo de nuestras producciones y la riqueza de la nacion; planteando así los elementos de una marina militar en estremo poderosa, y á todas luces respetable. Conocia bien el sumo estadista, cuan gran delirio seria pretender, que España tuviese iguales fuerzas de tierra que la Francia, y de mar que la Inglaterra; pero preveia tambien que el aumento del ejército y de la marina, dando mayor poder é importancia á la monarquía, la redimiria de la dependencia y subordinacion en que habia yacido de ambas potencias; cuyos opuestos intereses, en caso de un rompimiento entre sí, las precisarian á solicitar la alianza de España, ó la Combinacion de sus fuerzas, para adquirir de este modo la superioridad terrestre ó marítima que respectivamente les conviniese; quedando nuestro gobierno árbitro de la paz ó de la guerra, entre aquellas dos poderosas rivales.

Atenido á este sistema, al ver que el ejército, distribuido todo en guarniciones de plazas y costas, tan solo se componia para campaña de 53 batallones y 43 escuadrones, proponia se aumentase hasta dejar libres ciento de los primeros é igual número de los segundos, en disposicion de hacer la guerra donde conviniese, atendiendo á sus gastos, fortificaciones de plazas y trenes de artillería, en la forma que espresaba en sus presupuestos.

Además de haber fortificado los departamentos y arsenales de marina recien planteados, aprovechó los primeros instantes de paz, para proponer al rey, en junio de 1748, los medios de establecer defensas en los puertos de Galicia, de reparar las plazas de la frontera de Francia, ó crearlas de nuevo, como lo fué el castillo de San Fernando de Figueras, que despues ha venido á ser una obra maestra de arquitectura militar, y uno de los principales baluartes de Cataluña.

Ideaba aumentar la marina que solo constaba

en el año de 1751 de 18 navíos y 15 embarcaciones menores, hasta el número de 60 navíos de línea, y 56 fragatas, con buques de menor porte, destinando para su coste las cantidades suficientes, con que pudiera atender tambien al surtimiento cabal de arsenales y navíos, al corso contra infieles y á guardacostas en América. Desde la paz de 1748, habia procurado promover con buen éxito el comercio activo de mar, los gremios de pesca y la construccion de buques mercantes, planteando la matrícula bajo un sistema despejado y provechoso, pues todo lo habian destruido y aniquilado las guerras anteriores.

Por estos medios, y los que pensaba adoptar, á ejemplo de otras naciones marítimas, para crear un cuerpo de marinería, calculaba tener la suficiente para dotar los bajeles que empezaba á construir, teniendo ya, con este objeto, el año de 1752, acopiada en los arsenales, toda la madera y demás enseres necesarios.

Tuvo para esto que levantar de planta los magníficos arsenales, que son todavía el pasmo de cuantos van á visitarlos. Continuó y mejoró el de la Carraca; se hicieron de nuevo, por su disposicion el dilatado y suntuoso del Ferrol, y el mas reducido pero completo y bien proporcionado de Cartajena. Se mandaron luego construir doce navíos á la vez, y se contrataron otros. Por medio de D. Jorje Juan se trajeron de Inglaterra los mas hábiles constructores, como tambien maestros para las fábricas de jarcia, lana y otras; se hicieron en los astilleros inmensos acopios de toda clase de jéneros y pertrechos, y se publicaron ordenanzas y reglamentos muy oportunos, para la acertada administracion de los crecidísimos gastos que ocasionaban obras de tan suma entidad y magnificencia.

Al mismo tiempo que atraia á España los constructores, los injenieros, los hombres sabios de los paises estranjeros, enviaba á viajar y aprender las ciencias y artes que florecian en ellos, á muchos Españoles, para que unas y otras se connaturalizasen por todos los medios en España. Basta citar, entre los primeros, á Briant, Tournell, Sothuel, para la construccion naval; á Le-maur para las obras de arquitectura hidráulica y militar, á D. Miguel Casiri, intelijente en la lengua arábiga, autor de la *Biblioteca arabigo-escurialence;* al coronel D. Luis Godin, director que fué de la academia de guardias marinas en Cádiz, uno de los académicos que habian estado en la espedicion científica al Perú, y autor de un *Compendio de matemáticas* con aplicacion á la marina; á D. Guillermo Boules que despues de haber viajado por la península, escribió la obra intitulada *Introduccion á la historia natural y á la jeografía física de España;* á D. José Quer, autor de la *Flora española* y de otras obras botánicas. Entre los Españoles que por su influjo fueron pensionados á Paris, son muy conocidos D. Salvador Carmona para el grabado en dulce, retratos é historia; D. Juan de la Cruz y D. Tomás Lopez para arquitectura, mapas y adornos, y D. Alonso Cruzado para grabar en piedras finas.

Procuraba entretanto con afan conocer á los hombres eminentes que asomaban por España, para emplearlos oportunamente y utilizar su respectivo desempeño. Merece contarse, para instruccion de gobernantes, lo que sucedió con el célebre D. Jorje Juan. Habia regresado del Perú, despues de concluidas sus importantes comisiones, y encontró, como era muy natural, despues de once años, renovado todo el gobierno, y muerto ya el ministro que lo habia enviado, quedó por consiguiente, con todos sus proyectos, sin valedor. La índole modesta y retirada del gran sabio, le alejaban de la vida y costumbres cortesanas, teniendo que acudir á personas intermedias, para dar noticia é informar cumplidamente de sus tareas. Fué oido por fin, pero desviadamente, como si solicitase alguna recompensa; y desalentado con aquel desaire, estuvo resuelto á dejarlo todo, para irse al servicio de Malta. Súpolo el teniente jeneral de marina D. José Pizarro, y procuró disuadirle, ofreciendo interesar á Ensenada en su favor. Con este influjo lograron sumo patrocinio sus intentos, y se imprimieron luego, á costa del real erario, la *Relacion del viaje* y las *Observaciones astronómicas*, que era cuanto pretendia. Teniendo entónces el ministro ocasion de conocerle y tratarle, lo envió luego á Lóndres comisionado, y fué despues uno de los auxiliares principales de Ensenada, para la construccion de arsenales y de buques, como tambien de obras hidráulicas, beneficio de minas, y otros ramos científicos que se le confiaron.

Abarcaba su proteccion á todo lo útil, favoreciendo colmadamente á sus autores. Por oficio del Padre Róbago, confesor del rey, habia formado Casiri el índice de los códicos arábigos existentes en el Escorial, con una noticia de sus escritores y un estracto de su contenido. No bien estuvo adelantada la empresa, cuando Ensenada le franqueó cuantos auxilios y caudales se requerian para la edicion, á fin de que saliese perfecta en caractéres latinos y arábigos, intento que jamás se habia repetido en España desde la famosa biblia de Alcalá, al cargo del lenguista universal Arias Montano. De su mano recibieron honras y proteccion dos escritores tan beneméritos como el P. Feyjoo, autor del *Teatro Crítico*, y el P. Florez, en el arranque de su *España Sagrada*.

Pero entre los literatos que distinguió, como

debiendo ilustrar su siglo, descollaba el esclarecido Campomanes, y desde luego lo comisionó á viajar con el fin de recojer y sacar á luz los diversos diplomas antiguos arrinconados por los archivos, las inscripciones, medallas y otros documentos históricos, al P. Andrés Burriel jesuita, á D. Francisco Perez Bayer, á D. Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores y á otros literatos, como auxiliares ó compañeros de estos mismos.

Representó al rey sobre el errado método de enseñar la jurisprudencia en las universidades, y le propuso la formacion de un *Código Ferdinando* ú *Fernandino*, que ciñéndose á lo necesario, fuese orillando leyes revocadas, inoportunas y desusadas, aclarando las enmarañadas y dudosas, que estaban plagando nuestras recopilaciones.

Interesado entrañablemente en la gloria literaria de la nacion, y habiendo visto la magnífica edicion del Quijote, hecha en Lóndres, el año de 1737, le pareció mengua nuestra, no haber honrado antes la memoria del dignísimo Cervantes, publicando con el esmero y suntuosidad que merecia aquella obra tan peregrina, idolatrada por los mismos estranjeros; y puesto que ya no cabia lograr la primacía en el intento, ideó desde luego el proyecto de ejecutar en España otra edicion superior; para lo cual escitó á D. Gregorio Mayans á que estendiese y mejorase la vida de Cervantes que habia escrito, con las noticias y auxilios que se le facilitasen, como con efecto se empezó á practicar. Si la separacion del marqués del ministerio desgració por entónces tan grande empresa, dió por lo menos ocasion, á que despues la llevase á cabo la real academia española, con jeneral aceptacion.

Al mismo tiempo que Ensenada, auxiliado por D. Jorje Juan, fundaba en Cádiz, el año de 1753, el célebre observatorio astronómico de marina, comisionaba á D. Luis Godin, para que con varios oficiales y guardias marinas, pasase á Trujillo á observar el eclipse de sol, que habia de suceder el dia 26 de octubre de aquel año; con el fin de fijar la lonjitud de aquella ciudad, comparando aquella observacion, con las que se hiciesen en Paris y en Lisboa. Así se iban acopiando elementos seguros para levantar el mapa de España, como lo habia propuesto el marqués algunos años antes, ordenando á D. Jorje Juan, trabajase el plan que debia seguirse en su ejecucion; pues le parecia vergonzoso, que para conocer la situacion y distancias respectivas de nuestros mismos pueblos y lugares, dependiésemos de los Franceses y Holandeses, quienes con sus mapas imperfectos de la península, estraian de ella sumas considerables. Con este objeto, hizo traer de Lóndres y de Paris los instrumentos necesarios, y manifestaba al rey, entre otras utilidades de esta obra, la de poderse conocer á punto fijo la estension de nuestro territorio; los límites de cada provincia, correjimiento ú jurisdiccion: el cauce de los rios, y las acequias ó canales que pueden proporcionar; el uso y aprovechamiento de las tierras, con los frutos que pudieran producir; las carreteras de travesía, y otros motivos importantísimos al buen gobierno de la monarquía, y al fomento del comercio, de la industria y de la agricultura. Malogróse tambien este plan tan adelantado, cual receloso ya de algun fracaso, D. Jorje Juan deseaba *asegurar*, segun decia, *de una obra solo capaz de hacerse en España, en tiempo del señor marqués de la Ensenada.* Las tentativas infructuosas que despues hemos visto para igual empresa, han comprobado desgraciadamente la certidumbre de aquel pronóstico.

Tambien creó Ensenada, en el año de 1748, el colejio de medicina en Cádiz; fértil semillero de insignes profesores, y oríjen y principio de los demás colejios que sucesivamente se han ido estableciendo en España, para promover y adelantar facultades tan importantes al alivio de la aflijida humanidad. Finalmente, penetrando el enlace y conexion que entre sí tienen todos los conocimientos humanos, propuso la ereccion de una academia de ciencias y buenas letras en Madrid, y aun en las capitales de provincia, como las habian establecido todos los príncipes de Europa. Acaso la *Asamblea amistosa literaria*, que por entónces formó D. Jorje Juan en Cádiz, reuniendo los sabios mas distinguidos en varias profesiones, fué el ensayo de este plan, tan digno de la ilustracion de aquel ministro, como hubiera sido ventajosa su ejecucion, al progreso de las ciencias y las artes, que dependen esencialmente de ellas.

En medio de tantos planes y útiles reformas en el gobierno interior del reino, y de tantísimo ahinco y vijilancia sobre la política y relaciones con las demás potencias, procuraba el marqués informarse reservadamente, de personas imparciales, acerca del estado político de nuestras posesiones ultramarinas, de sus fuerzas marítimas y terrestres, de la conducta de sus jefes y empleados, administracion de justicia, costumbres etc., para procurar, con seguro conocimiento, la correccion de los vicios y abusos que pudieran haberse introducido, contra el tenor de las leyes de Indias y las miras benéficas del gobierno.

Encargó este exámen é inspeccion por el año de 1744 á D. Jorje Juan y á D. Antonio Ulloa, que todavía permanecian en la América meridional. La esposicion franca, sincera y reservada que hicieron estos sabios de los males que estaban padeciendo aquellos súbditos, por el

desenfreno y abusos de algunos empleados en su autoridad, ó acaso tambien por efecto del equivocado sistema que se estaba siguiendo, no podia menos de producir algun remedio saludable en manos de Ensenada, si los Ingleses no hubiesen anticipado la caida de su ministerio; siendo ellos mismos los que despues han publicado aquel informe, con el título de *Noticias secretas de América*, con el objeto, como se deja suponer, de hacer odioso el gobierno español á aquellos nacionales, y agolpar mas y mas las calumnias y escarnios, con que se procura desacreditarlo; como si el confiar un enfermo á su médico las causas y el estado de su enfermedad, para que recapacite y atine en su curacion, no llevase consigo el intento y el afan de recobrar la salud perdida.

Otro asunto muy peliagudo, árduo y trascendental dirijió Ensenada por sí mismo, durante su ministerio, con tal reserva y acierto, que logró lo que habia sido inasequible, en tiempos anteriores. Hallábase de auditor de Rota en Roma por la corona de Castilla, D. Manuel Ventura de Figueroa, y por su conducto, despues de una negociacion eficaz de cerca de dos años y medio, pudo terminar las añejas altercaciones sobre el Patrimonio real; dejándolo perpétuamente unido á la corona, con el derecho de nombrar, para las dignidades, prebendas y beneficios; y arreglando varios puntos, para la mejor eleccion de los ministros de la iglesia, reforma del estado eclesiástico, y alivio de la monarquía.

Este fué el célebre Concordato, concluido en los primeros meses del año 1753, con un pontífice tan docto y virtuoso como Benedicto XIV, y con el sabio cardenal Silvio Valenti Gonzaga; entónces secretario de Estado, despues de haber sido nuncio en España.

Sin embargo de que este convenio no fué favorable á los Romanos, la prudencia, tino y circunspeccion con que lo condujo Ensenada, le granjeó el cariño y el concepto del Papa y del cardenal Valenti, quienes desde luego idearon el intento de proporcionarle el capelo. Instáronle directamente para que lo aceptase, pero siempre en vano; y aun se valieron del auditor Figueroa, para que le persuadiese el admitir aquella dignidad, como lo hizo en carta escrita de Roma en 2 de mayo de 1754; apuntándole las instancias que para ello estaba haciendo la Francia, las ventajas que la nacion disfrutaba ya de su sistema y disposiciones, y concluyendo con estas palabras, *creo firmemente, que V. E. no debe negarse á aceptar* una providencia *que parece la dispone Dios, tomando á V. E. por instrumento de las felicidades de ese pobre reino.*

Pero Ensenada, contestando desde Aranjuez en 28 del mismo mes, atribuye el empeño del Cardenal á la amistad y cariño que le debia, y se desentiende de complacerle, no solo por miras políticas, sino por impulsos de relijiosidad entrañable, que estaban arraigados en su interior. Encargaba por fin á Figueroa, que procurase cortar de raiz aquella conversacion, sin repetírsela jamás, aunque conservando muy reservadamente en su poder los documentos y especies que en ella hubiesen intervenido. Cuando, al separarlo del ministerio, se le ocuparon arrebatadamente los papeles, dice el mariscal de Noailles, que entre ellos se encontró una carta muy reciente del papa, ofreciéndole el capelo, y las razones que daba Ensenada, para rehusarlo, tan propias de su amor al rey, como de la moderacion de su carácter.

La política de Ensenada traia siempre azorados y recelosos á los Ingleses: la alianza íntima con Francia, y los intereses de familia, ya estendidos por los Estados de Italia, le aseguraban las relaciones amistosas con aquella nacion, al paso que no le cabia igual confianza en las disposiciones y miras siempre ambiciosas de la Gran Bretaña. Estaba esta viendo, con amarguísimos zelos, el engrandecimiento asombroso de nuestra marina y el estado de prosperidad y riqueza á que ajigantadamente caminaba la nacion, con el atinado sistema y patriotismo ardiente de su desvelado ministro.

Para contener y aun anonadar tan esclarecidos progresos, idearon el plan de socavar su concepto y nombradía, y derrocarlo del gobierno. Aceleró la muerte del ministro de Estado D. José Carvajal la fatal caida de Ensenada. Díjose desde luego, que si bien aparentaba repugnancia para remplazarle y encargarse del despacho de los negocios estranjeros, era con el fin de lograrlo para D. Agustin de Ordeñana, su secretario predilecto. El duque de Huescar (despues de Alba) mayordomo mayor en palacio, desafecto á los Franceses y luego á Ensenada, disfrutaba suma privanza con el rey. Encompadraba con el conde de Valparaiso, primer caballerizo de la reina, y aunque al parecer medroso, era en realidad de mayor afan y desempeño. El embajador inglés Benjamin Keene y el ministro de Austria, se valieron de aquellos personajes, para que recayera la eleccion en el jeneral D. Ricardo Wall, irlandés de orijen, nacido en Francia, afectísimo á los Ingleses, y á la sazon embajador de España en Inglaterra.

Lográronlo, no sin dificultad, venciendo la resolucion del rey, socolor de que seria en estremo indecoroso á la dignidad de su corona el ser gobernado por los Franceses. La esperiencia y el escarmiento de lo pasado los hacia sobradamente cautos y recelosos para lo porvenir. Se avino por entónces la reina á que Ensenada no

se encargase del despacho de los negocios estranjeros, pero negándose á que se le privase de los demás ministerios, ya porque así mantenia en equilibrio el empuje de entrambos partidos, ya por el grandísimo concepto que le merecian la capacidad y conocimientos de Ensenada. Pudo así conservar sus puestos y su privanza, al arrimo de otros valedores, y de los muchos parciales que contaba, aun dentro del mismo palacio.

Llegó luego Wall, y entabló al instante el rumbo y las miras del interesadísimo gabinete de Lóndres. Con su despejo, actividad y sobretodo sumo gracejo en la conversacion, se granjeó al punto el concepto y la inclinacion del rey, quien le dijo en una ocasion, que mientras ocupase el trono de España, no consentiria ser virey de la Francia. Al arrimo de esta disposicion, fueron Wall y Huescar apocando el influjo y poderío de Ensenada. Acusábanle de haber entablado negociaciones secretas con la Francia, de haber prestado auxilios á la compañía francesa de las Indias Orientales, para promover allí hostilidades contra los Ingleses; de ir agolpando las quejas que sobre las invasiones de estos en América habian dado varios gobiernos, y de mantener una correspondencia reservada con la corte de Nápoles y con la reina madre, retirada en el sitio de San Ildefonso: todo sin anuencia del rey, y sin noticia en el ministerio.

El embajador inglés, acalorando mas y mas tamañas imputaciones, franqueaba al intento armas poderosas con sus quejas continuas, reclamaciones formales y aun adustas amenazas. Representaba sobre un ajuste que, segun sus noticias, habia hecho Ensenada con el gabinete de Versalles; para un ataque jeneral contra los establecimientos ingleses en el Golfo Mejicano, y lo que es mas, ponia de manifiesto copia de las instrucciones que sagacísimamente pudo por fin adquirir; siendo espedido por aquel ministro al virey de Nueva España, y á los comandantes de los buques preparados en la Habana para la espedicion, cuyos papeles habia remitido á su corte, y produjeron, como era natural, nuevas querellas y contestaciones. Exijíase, no solo la revocacion de aquellas órdenes, sino hasta la remocion del ministro que las habia dictado. Conservaba este suma intimidad con el P. Rábago, confesor del rey, y con el P. Isidro Lopez, ambos jesuitas; y como á los relijiosos de la compañía achacaban sus émulos los sucesos, ya á la sazon ruidosísimos, del Paraguay, sacaban de allí nuevas acriminaciones contra la conducta del confesor y del mismo Ensenada, á quien por parcial de los jesuitas, querian suponer muy complicado en tamañas ocurrencias.

Lograron primero persuadir á la reina, la cual no tomando ya parte en el negocio, les franqueó anchuroso campo para ofuscar al rey; predisponiendo mañosamente su arrimo, durante largos dias y repetidas sesiones, y coronando por fin su triunfo el duque y Wall en la noche del domingo 21 de julio de 1754; habiéndose manejado con tal reserva y cautela, que el éxito sobrecojió, no menos á los palaciegos que al embajador de Francia.

Quedó el marqués al golpe exonerado de todos sus ministerios y encargos, y desterrado á Granada, para donde lo condujeron aquella misma noche. Cupo igual suerte á varios de sus allegados y confidentes, y aun así no quedaban satisfechos sus implacables enemigos, empeñadísimos todos en que desde luego se le encausase criminalmente; á lo cual se opuso la reina con varonil entereza, previendo el infausto paradero de aquel proceder, sujerido por pasiones enconadas. Procuraron entónces lograr la confiscacion de sus bienes, tildándolo de espendedor é impuro en el manejo de los caudales públicos. Se empezó con efecto á formar un inventario exajeradísimo, y conociéndolo así la reina y sus parciales, se mandó suspender; y aun consiguieron, con la intercesion del confesor, inclinar el ánimo del rey, para que asignase al marqués una pension anual de diez mil duros, á título de donacion graciosa, para mantener y cohonestar su dignidad de caballero de la órden del Toison de Oro.

Asegura el mariscal de Noailles, que si bien los desaforados émulos de Ensenada ocuparon luego y rejistraron ansiosamente sus papeles, nada absolutamente apareció en ellos que pudiera perjudicarle, y que por el contrario, se halló su testamento, otorgado en 1750, suplicando al rey, se dignara ser su heredero universal. Añade, que el embajador de Francia, pintando la estrañeza y las consecuencias de aquel acontecimiento, escribia, que estaba todo en tan sumo desórden, cual no lo hubiera producido una conjuracion; que aun la grandeza, en parte desafecta á Ensenada, no podia disimular su sentimiento, y que los militares se esplicaban mas libremente, no tanto por adhesion a su antiguo ministro, como por los resultados que estaban previendo de su separacion; que los sabios y todos los verdaderos españoles, se mostraban inconsolables; que los asentistas y administradores de la real hacienda, decian en público, que no entregarian un maravedi, y que los marinos se miraban como perdidos, pues ciertamente yacerian en total desamparo.

Tal fué el resultado de una lucha tan porfiada, sobre la permanencia, ó separacion, de Ensenada, en la cual vinieron á cantar victoria ufanísimos los Ingleses, pues la caida de aquel gran

ministro fué celebrada en Lóndres con fiestas y regocijos públicos. No era estraño que así sucediese. «Los grandes proyectos de Ensenada sobre la marina (escribía el embajador Keene, despues de nombrado el nuevo ministerio) se han desvanecido. No se construirán mas navíos; y sé que sin embargo de la economía con la gran disminucion de empleados en aquel ramo, Valparaiso (ministro de Hacienda) aun está descontento de las demandas de fondos que le hace Arriaga (ministro de Marina). La economía del conde (de Valparaiso) debe detener, segun creo, los trabajos marítimos... que nunca han tenido, ni tendrán otro objeto que el de perjudicar á la Gran Bretaña.» Este auténtico testimonio despeja por entero el enigma, sobre las causas que produjeron la separacion de Ensenada, y desvanece la tradicion vulgar de haber sido ocasionada, por la oposicion que hizo para mantener la integridad del reino; cuando se supone llegó á tratarse de ceder á Portugal toda la Galicia, ó por lo menos la provincia de Tuy.

Desde Granada, pasó Ensenada, algun tiempo despues, al puerto de Santa María, donde permaneció, hasta que al fallecimiento de Fernando VI y venida de su hermano Cárlos III, su honrador garboso en el trono de Nápoles, mereció luego la declaracion de 13 de mayo en 1760, donde se espresaba, que mirando con particular agrado los distinguidos méritos de Ensenada, y no hallando cosa que redundase en su desdoro, no solo quedaba levantado su destierro, sino que se le concedia libertad para residir donde le acomodase, y presentarse desde luego en la corte.

En virtud de tan satisfactoria declaracion, vino con efecto Ensenada á Madrid, y fué recibido del rey y de los próceres principales, en una palabra, de todos los cortesanos, con muestras de suma distincion. Intercedió en favor de cuantos, por hechuras ó confidentes suyos, habian alternado en su desgracia, y logró su libertad y reposicion. Con su fino trato y amena instruccion supo granjearse la amistad, y aun la privanza, del duque de Losada, muy amado del rey, presumiendo tal vez con este arrimo, y con su frecuente concurrencia á palacio, remplazar tarde ó temprano al marqués de Esquilache, en el ministerio de Hacienda. No era veleidoso el arranque, por cuanto el pueblo español estaba viendo con sumo desabrimiento, los tesoros públicos en manos de un advenedizo, inventor perpetuo de nuevos tributos; que menospreciaba las costumbres y usos nacionales, destemplando mas y mas su índole violenta, con impulsos ruines y codiciosos. Lo comparaban todos con aquel honrado castellano, que aliviando las cargas indispensables, se habia afanado tantísimo por la prosperidad jeneral; y que á pesar de los cuantiosos gastos invertidos en las obras magníficas que estaba emprendiendo sin cesar, dejó todavía, á su salida del ministerio, dejó todavía, repito, el tesoro público mas rico y abundante que nunca se habia visto, desde el advenimiento de la nueva dinastía.

Se orijinó de aquí el descontento y la odiosidad, con que miraban á Esquilache, y que produjo al fin el motin desaforado, que puso en suma consternacion al rey mismo, y á todo su gobierno. Atribuyéronlo algunos á dobleces y amaños de los Franceses, á quienes se mostraba desafecto aquel ministro; otros achacaban aquel alboroto á varios de los principales cortesanos, y se receló tambien de Ensenada, pues habian sonado voces, en medio del tumulto, vitoreándolo con arrebato, y repitiendo su nombre con redoblado aplauso.

Lo cierto es, que fué por entónces confinado á Medina del Campo; pero conservó siempre con el duque de Losada correspondencia frecuente y familiar, con anuencia del rey, que seguia, por este medio, honrándole con su memoria y consideracion.

En aquel retiro y descanso, falleció el dia 2 de diciembre de 1781, á los 79 años, 7 meses, y 7 dias de su edad, espresando en su testamento, que no dejaba bienes raices; que cuanto tenia era gracia de los reyes, á quienes habia servido, y que sus parientes y herederos, para no ser pobres, se encomendasen á la piedad del monarca, sirviéndole con el zelo y desinterés, con que él habia procurado hacerlo. Mandó que le enterrasen en la parroquia de Santiago el Real de aquella misma poblacion; que sus honras ó exéquias se hiciesen como las de cualquiera hidalgo pobre, y que las limosnas se repartiesen sin bulla ni ostentacion. Dejó una alhaja al duque de Losada, á su eleccion; y varias mandas á sus amigos y criados, disponiéndolo todo con la relijiosidad y prudencia que acostumbraba.

Aunque para enterarse cabalmente de las esclarecidas prendas del marqués de la Ensenada baste la pintura que hemos ido haciendo de sus acciones, conviene recordar, que los mismos historiadores Ingleses, á cuyos principios políticos eran espuestísimos los suyos, lo están ahora ensalzando con panejíricos estremados. Su constancia y laboriosidad eran tales, que chanceándose el rey un dia con un sucesor suyo, á quien la tarea del despacho solia ocasionar indisposiciones le dijo: *Yo he despedido un Ministro que ha desempeñado todas sus obligaciones, sin haber tenido jamás un dolor de cabeza.*

Dejó perpetuada en sus escritos la memoria de su amor entrañable á los monarcas, cuyo ministro fué, aunque por breves años; y de la

estremada gratitud que siempre le merecieron sus favorecedores, siendo este siempre el tema y paradero de todas sus conversaciones.

Fué imponderable su modestia, y permaneció tan arraigada en su corazon, que contestando á D. Manuel Ventura de Figueroa, quien le aconsejaba que admitiese el capelo, le dice: « Yo no tengo vocacion de cardenal, ni ambicion de dignidades y empleos, pues Dios me está dando siempre á conocer que este mundo es una pura vanidad, conservándome la memoria de mi humilde nacimiento, y de la monstruosa fortuna que me ha cabido. »

Jamás se apropiaba las tareas ajenas, confesando injenuamente cuanto contribuian á su acierto los subalternos que servian á sus órdenes. « El aumento anual (decia al rey) que se ha dado al real erario en las rentas existentes, es efecto de la buena administracion, por la fortuna de haber encontrado personas de integridad, zelo é intelijencia que la manejen; pues aunque yo fuese el que debia ser, si no me hubiesen cabido estos instrumentos, nada hubiera podido conseguir, por mas que me desvelase, y aun no teniendo otras ocupaciones; y la Hacienda decaería lastimosamente en mis propias manos, si careciese de las muy prácticas y puras de mis subalternos. »

Mas por una estrañísima anomalía, por una contradiccion suma del pecho humano, aquel hombre tan relijioso, modesto y desinteresado, se empapaba todo en la humareda ridícula y mujeril de la magnificencia y lujo oriental, de su persona y trato, hasta un estremo que rayaba en estravagancia. Sus camisas se cosian y aplanchaban en Paris. El dia de corte, ó de gala, se presentaba en palacio con mas cruces, diamantes, condecoraciones y distintivos que ningun Grande de España. Valuábase entónces en quinientos mil duros lo que llevaba en su persona. Cuéntase (como ya se dijo arriba), que en cierto dia le manifestó el rey formalmente su estrañeza, al ver el subido precio de sus adornos, y que el marqués le contestó: *Señor, por la librea del criado se da á conocer la grandeza del amo.*

Tantísimo refinamiento de acicalado lujo que conservó Ensenada, en sus destierros y en medio de sus contratiempos, como en las épocas de su mayor prosperidad, parecia harto impropio en hombre tan embargado á toda hora en los mas árduos negocios del Estado y de la política; y fué, por lo mismo uno de los pretestos mas obvios y terminantes, para perseguirle y calumniarlo, al tiempo de su caida, abultando sin término el valor de las alhajas, trenes y muebles, con que desde luego ençabezaron su inventario.

Se hace sin embargo muy notable, que á pesar de los astutos amaños y malvados rumores, con que se aparató y consumó el derribo de Ensenada, jamás la perspicacia del pueblo español pudo ser alucinada ni seducida, no desmintiendo jamás en un ápice su favorable y arraigadísimo concepto. Miróle entónces, y lo esta contemplando ahora mismo, como á su incesante bienhechor, pues aliviando sus cargas redobló los ingresos en el real erario; y por fin se afanó desveladamente, en obsequio de la prosperidad pública, por aquellos medios que halla siempre y únicamente la virtud ilustrada, unida á un amor entrañable, así al monarca, como á un castizo y acendrado patriotismo.

Los mismos reyes contribuyeron eficacísimamente á consolidar aquel grandioso concepto; pues además de la órden de Calatrava, donde obtuvo despues las Encomiendas de la Peña de Martos y Piedrabuena, fué sucesivamente agraciado con la llave de Jentil-Hombre con ejercicio, con el cordon del Santo Espíritu, la banda de San Jenaro de Nápoles, la Gran Cruz de San Juan de Jerusalen, con el collar de la insigne Orden del Toison de Oro, y con los nombramientos de Capitan Jeneral honorario, de Consejero de Estado, de Secretario de la Reina, Lugar Teniente del Almirantazgo, y con los Ministerios y encargos, de que hemos hecho mencion.

Aun despues de su fallecimiento, recompensó Cárlos III á su familia, en el año de 1782, concediéndole otras gracias y *en atencion á los notorios y recomendables méritos* de D. Zenon, que el título de marqués de la Ensenada, que el rey le habia concedido en Nápoles, fuese de Castilla, para sus herederos y sucesores perpetuamente, relevando de lanzas y medias anatas al primer sucesor. En el año de 1791, se dignó Cárlos IV ampliar esta gracia, declarando el mismo título, esento por siempre de aquel gravámen, *para perpetuar* (dice la real órden) *la memoria de los dilatados y muy particulares servicios del Sr. D. Zenon de Somodevilla y Bengoechea, primer marqués de la Ensenada, dejando á sus sucesores una señal del zelo, acierto, pureza y fidelidad, con que desempeñó á un mismo tiempo las cuatro Secretarías del Despacho.*

No es de estrañar, despues de tan augustas calificaciones, que el nombre de Ensenada se repita, por todo buen Español, con amor y veneracion. En la sociedad económica de Madrid, elojiando al conde de Gausa, decia un elocuente orador y sabio economista estas espresiones, que juzgamos muy oportunas para dar fin á esta *Noticia biográfica*; « Inmortal Ensenada, mis ojos se abrian por la primera vez á la luz del dia, cuando caiste, noble víctima de tu patriotismo y

de la vil emulacion... Suma es mi satisfaccion en hacerte la justicia que mereciste; justicia pura y exenta de toda sospecha. Naturaleza depositó en tí la llama celestial del sublime talento, y estudio cabal adornó tú mente con los grandiosos conocimientos que requiere la autoridad suprema. Te dió además la Providencia una alma jenerosa, elevada y muy superior á las rastreras sujestiones del amor propio; y luego la observacion abincada te despejó mas y mas aquel instinto, aquel tacto precioso, que facilita el calar y aplicar oportunamente los hombres, y ensalza y esclarece á un Ministro con las luces y los aciertos de cuántos emplea.

«Con el maravilloso enlace de la sublimidad en los conceptos y de jenerosidad en su desempeño, bastó un período de nueve años, para entablar y conseguir las mayores empresas. ¡Período venturoso! al cual debe la España la cesacion de los arriendos ó ganancias intermedias entre el gobierno y los contribuyentes, la restauracion de la Marina; la creacion de los departamentos y formacion de los arsenales; el fomento de su industria y comercio; sus primeros filósofos y artistas, desde los que fueron á investigar la figura de la tierra, hasta los que delinean su misma superficie, é inmortalizan con el buril ó el pincel sus producciones mas peregrinas; la primera teórica de la deuda nacional y de un sistema de contribuciones; y finalmente la primera y mejor de sus carreteras, pues aun no asomaba la de Andalucía, construida hoy bajo mayores auspicios, por aquellos hombres superiores que tú supiste entresacar, y que cesó luego, como todas las empresas, con el móvil poderoso, con el númen ya eclipsado que las animaba todas. Desde aquella suma actividad, desde aquel torrente de patriotismo que se iba mas y mas derramando por las grandes venas de la monarquía, para vivificarlas todas, recayó de improviso el gobierno en su exánime languidez anterior. Todo con tu ausencia se interrumpe, se suspende y se aletarga. Basta este bosquejo para ofrecer allá un lejos, y sin rasguear el vivo retrato, del marqués de la Ensenada.

«Merece sin duda ser mas conocido, y que su vida, escrita con mayor estension y con otros testimonios auténticos, sirva de ejemplo y de leccion á los hombres públicos, que con iguales virtudes y conocimientos, se esmeren con todo ahinco en contribuir á la gloria y prosperidad de su harto rezagada y siempre ansiosa patria.»

Concluida la Memoria interesantísima de Navarrete, sobre el ínclito marqués de la Ensenada, vamos ahora á historiar con mayor estension los tres reinados restantes, como mas cercanos, y mas plagados de guerras sangrientas, de novedades inesperadas, y de conmociones violentas y azarosas.

CAPITULO VIJÉSIMO.

Reinado de Cárlos III. — Su educacion. — Guerras de Italia. — Su teson. — Su reinado en Nápoles. — Su estudio y suma aficion á las Artes. — Hallazgo portentoso de Herculano, y despues de Pompeya. — Escavacion inmensa. — Preciosidades. — Rollos calcinados de manuscritos. — Ensayos malogrados para leerlos y copiarlos. — Estátuas. — Relieves. — Vasijas, y todo jénero de alhajas esquisitas. — Su publicacion en láminas suntuosas.

INTRODUCCION A LA VENIDA DE CARLOS III EN 1759.

Abulta, descuella y aun resplandece, en armas, letras y artes el reinado de Cárlos III. Median quebrantos y desastres, orijinados en gran parte por el desacierto repetido en las disposiciones ministeriales, y en la ejecucion de los caudillos; mas por lo jeneral campean prosperidad y grandiosos adelantos, en la civilizacion ilustrada, y en todos los ramos de industria y de esplendor.

Florecen con efecto en aquella memorable temporada, gallardos guerreros, marinos instruidos y descubridores de nuevos paises, artistas eminentes, poetas incomparables y sobretodo estadistas de primera jerarquía, pudiendo

citar desde ahora, á los tres asturianos Campomanes, Jovellanos y Marina, y á los tres aragoneses Roda, Aranda y sobretodo Azara, con otros muchos varones recomendables en las demás provincias.

Pero hay antes que referir la educacion, carrera verdaderamente militar, y la especie de ensayo preliminar al reinado esclarecido de España, en el trono de las dos Sicilias.

Ya se ha visto el empeño tenacísimo de las reinas, en colocar por los solios mas ó menos eminentes, á los individuos de la familia de Felipe V, á costa siempre de la sangre española y de los tesoros del Potosí. Despues de varios vaivanes y alternativas, harto costosas y violentas, mandaba, en el nombre, él á la sazon llamado infante, pero en realidad el famoso duque de Montemar, las aguerridas y memorables tropas, como se decia, de la guerra de Italia.

Pero Cárlos III se halla en todo, arrostra inalterablemente la terrible sorpresa de Veletri, acudiendo con serenidad á los puntos mas arriesgados de aquel apuradísimo trance, cuyos pormenores y heroicidades conserva siempre despues en su memoria, y apropia desde luego el timbre y la recompensa de tan valerosos hechos, á quienes de justicia corresponden, con toda equidad y discernimiento.

Está dando, de continuo, ejemplo heróico de constancia, para sobrellevar ó contrarestar, intemperies, fatigas, escarcha y peligros, con rostro erguido y gozoso. Interviene y descuella en la sangrienta batalla de Bitonto, y se arroja de los primeros al agua, en el reñido y glorioso tránsito del Tánaro.

Por fin se ajusta la paz, y queda declarado monarca lejítimo de las dos Sicilias, por todas las potencias de Europa.

Entónces se dedica á hermanar los ánimos, fomentar la agricultura y todos los ramos de industria, esmerándose con particularidad en distinguir y aun cultivar las Artes liberales, con aficion ardiente y sumo discernimiento; como lo acredita palpablemente, con el acontecimiento verdaderamente inesperado que viene á dar esclarecido realce á su reinado.

Sabido es, por las cartas de Plinio el mozo, que mandando su tio las galeras romanas, por las costas de Calabria, sobrevino la pavorosa erupcion del Vesuvio, en el siglo II de nuestra era. El sabio naturalista, empapado en el afan de observar muy de cerca el grandioso fenómeno, feneció lastimosamente, y aquel piélago de lava que arrojó el volcan, de sus entrañas infernales, sepultó para siempre la ciudad de Herculano, con sus desventurados moradores.

Yace por quince siglos soterrada la poblacion entera, cuando con motivo de abrir un pozo y de hacer otras operaciones campestres, tropiezan los naturales con la techumbre, ó mas bien, con las paredes mas ó menos encumbradas y sólidas de algunos edificios.

Sábelo el gobierno, y dispone, por encargo del rey, grandiosas escavaciones, y van asomando los escombros de varias casas y de calles enteras. Salen luego á luz varias de preciosidades artísticas, y miles de manuscritos en rollos calcinados (1); destina luego el rey un edificio con grandísimos salones, y forma un magnífico liceo, al cargo de una academia erudita destinada al intento.

Se emprende luego la obra suntuosa de las Antigüedades de Herculano, con infinitas láminas y sus esplicaciones correspondientes, para instruccion y recreo de la Europa toda, que está celebrando á porfia, la realidad y la representacion de hallazgo tan peregrino.

Atiende entretanto al arreglo esmerado de la hacienda pública, bajo la direccion del memorable Esquilache, que luego ha de representar en Madrid tan infausto papel, y se dedica con particular ahinco á mejorar el ramo de lejislacion; floreciendo ya por entónces el ínclito y malogrado Filanjieri, con otros juristas de primera jerarquía.

Pero echa el resto Cárlos III en los primores del gran sitio de Caserta, donde la naturaleza (2) compite con el arte, para formar una de las primeras maravillas de Europa; pues con efecto así el palacio, como los jardines, y luego la perspectiva terrestre y marítima, todo está retratando al vivo las sublimes y verdaderamente encantadoras pinceladas del divino Taso, en los májicos pensiles de su incomparable Armida.

Mas tiene luego que despedirse para siempre de aquel peregrino embeleso, pues recibe la noticia del fallecimiento, sin sucesion, de su hermano mayor Fernando VI, y por consiguiente

(1) Varios y eficasísimos han sido los intentos de leer y copiar los preciosísimos manuscritos calcinados, pero casi todos infructuosos, pues tan solo se ha venido á rescatar un tratadillo insustancial de música, algunos trozos del sistema de Epicureo etc. y por último parece que se ha tomado la determinacion acertada de no aventurar los rollos sino con muchas precauciones y probabilidades de algun logro.

Despues se descubrió Pompeya y aunque se han despejado manzanas enteras, y los curiosos vienen á formar jentío por las nuevas calles, no se habla de manuscritos.

(2) Me estaba empapando, dice el gran Virjilio en el ambiente halagüeño de Nápoles.

Me dulcis alebat Parthenope.

resulta heredero del trono de España; y como por el último tratado de Viena con el emperador de Austria, no deben recaer ambas coronas en unas mismas sienes, tiene que dejar forzosamente la de Nápoles, embarcándose luego y llegando felizmente á Barcelona; con una colonia toda napolitana, de fatalísimo agüero, y que recuerda amargamente á los Españoles, entre varias alusiones, á cual mas oportuna, aquel rasgo tan sublime de Horacio, sobre la comitiva de Cleopatra, saliendo pomposamente al encuentro á su jeneral romano, para luego huir precipitadamente á refujiarse en el Nilo (1).

(1) *Cum semiviro comitatu.*

Los chuscos decian, con alusion á cierto metro ridículo, y al manjar esencialmente *napolitano*, que Cárlos traia un acompañamiento *macarrónico*.

CAPITULO VIJÉSIMOPRIMO.

Llegada de Cárlos III á Madrid. — Su yerro fundamental, y de inmensa trascendencia. — Venida de Ensenada á la corte. — Grimaldi. — Esquilache. — Innovaciones. — Recargos de impuestos inauditos. — Sumo descontento. — Tumulto. — Pavor estremado de toda la corte, y particularmente de Cárlos III. — Causas ignoradas del alboroto. — Conjeturas. — Aclamacion intempestiva y funestísima de Ensenada. — Su confinamiento en Medina del Campo. — Huida de Esquilache.

DESDE 1755 HASTA 1764.

Deplorable es por cierto la ceguedad jeneral de los monarcas. Suelen tener muy á la vista, y aun en la mano, su propia felicidad y la de sus gobernados, y á lo mejor esquivan y aventan el brindis halagüeño de la suerte.

Conoce plenamente Cárlos III las esclarecidas prendas de Ensenada y lo condecora con el título que posee; viene á Madrid, le alza el destierro, le franquea la corte y el palacio, lo agasaja con entusiasmo, y sin embargo, embaucado con su italianismo, lo deja desempleado, en una palabra, lo inutiliza.

Si el entendido y bien intencionado Cárlos cae en el acuerdo, tan obvio, de orillar á toda su comitiva de Cleopatra (volviendo á la oportuna alusion de Horacio) y repone al primer ministro del orbe en todos sus destinos, entónces el monarca mil veces venturoso, logra sortear la amargura mortal del motin pavoroso, el desastre funesto y bochornoso de Arjel, con otros cien quebrantos harto dolorosos, que estuvieron muy á menudo acibarando su, bajo otros conceptos, venturoso reinado.

Yerro absolutamente irreparable, fué el de malograr la grandiosa temporada de aciertos y felicidades, en los veinte ó mas años que vivió todavia el marqués despues del ascenso de Cárlos III al solio de España. Pero anudemos el hilo de la historia.

Aporta, como ha se ya dicho, Cárlos III prosperamente en Barcelona, recibe grandes aplausos y se muestra en estremo complacido; pero desembarca con él una nube de aventureros, en ademan de abalanzarse al mismo Potosí, en una palabra, á las soñadas riquezas que están sin rebozo ansiando. Creen al pronto las jentes, que el acompañamiento es de puro obsequio, y se ha de volver en seguida á sus hogares, mas luego el pueblo todo se desengaña, y está viendo la caterva advenediza encaminarse desaladamente á Madrid, en pos de empleos gananciosos, prescindiendo jeneralmente de que sean mas ó menos honoríficos.

Llega el rey á la corte, y con los faustos auspicios de su pacífico y dadivoso hermano, se le aclama y agasaja sincera y esplendorosamente. El principal de la colonia italiana es el marqués de Grimaldi, sujeto instruido y caballeroso, que se encarga del ministerio de Estado, y lo desempeña con esmero y jeneralmente con acierto; mas le acompaña en el ramo de hacienda Esquilache, que no le asemeja por cierto en prendas brillantes, pero sí le aventaja tal vez en despejo, travesura y actividad.

Se empeña desde luego el marqués de Esquilache, en plantear todas las dependencias de la hacienda pública con escrupulosa nimiedad, y aquella especie de mania, no trasciende á la opinion ni al bien ó mal estar del pueblo, ú de la nacion en jeneral; pero se aferra al mismo tiempo en recargar y entorpecer el jiro de los consumos y demás ramos de comercio; y empieza á malquistarse en gran manera con la nacion,pobre siempre y desangrada.

El rey entretanto, manifiesta su entrañable aficion á las artes, va ideando luego el asear y realzar la capital, con establecimientos útiles y edificios suntuosos. Se proyectan desde entónces la hermosísima aduana, el precioso jardin botánico, el grandioso museo, con mejoras de paseos, caminos, acequias y canales, que despues se fueron poniendo en planta, con mas ó menos acierto y actividad.

Pero el ministerio de hacienda es por esencia el cimiento y la piedra de toque de los gobiernos, y sus providencias ó demasías son las que mas encarnan y lastiman á los pueblos, como que se rozan con los intereses materiales, con la misma existencia de los individuos. Escasean, y por consiguiente se encarecen, mezclan y deterioran los renglones principales, suenan mas y mas las quejas y aun amenazas contra el insaciable ministro; le escarnecen todos á porfía con los dictados ridículos de *macarroni, cuatrini*, y aun otros mas insultantes todavía, relativos á las costumbres de su pais.

El *gringo*, como le llaman, se empeña en imposibilitar aquel desacato,que sale allá como de una cueva ó subterráneo, despojando á los chuscos de sus capas y sombrero. Aumenta con aquella necedad la furia gritadora, y apenas se atreve el escarnecido á presentarse en público; y mientras tanto se va preparando el pueblo para una terrible asonada.

Siempre la nacion miró con horror, y aun con una especie de asco, á los mandarines advenedizos; y en verdad que no carece de fundamento aquella aversion tan arraigada.

Se desenfrenó al arrimo de Cárlos V la codicia flamenca, y acarreó en gran parte la memorable asonada jeneral de los comuneros, el horrendo asesinato de Padilla, Bravo y demás heróicos caudillos de Villalar, y sobretodo el esterminio de las sagradas inmunidades castellanas, establecidas desde el tiempo de la monarquía goda.

Vino con Felipe V una *francesada* que avasalló y tiranizó la nacion ¡ó vil vergüenza! á las órdenes de una estranjera, de una especie de furia infernal, llamada princesa de los Ursinos; y ahora un italiano está desangrando la España entera, para colmar sus propias gabetas, ó por lo menos para objetos encubiertos, y por consiguiente ignorados en realidad de todo punto, por los exhaustos contribuyentes.

El domingo de Ramos por la tarde, se advierte conmocion en el pueblo; parece que no se providencia eficazmente en aquella noche, y á la madrugada dispárase por fin el horroroso tumulto.

Corre el tropel con agudos alaridos y descompasados *mueras*, en busca de su mortal enemigo, pues por tal y á porfía lo pregonan, abominan y persiguen todos. Allanan la casa, destrozan y arrojan ventanas, muebles, papeles y libros, mas la víctima se ha puesto en salvo. Marchan de un vuelo á palacio, donde el rey, allá en la guerra de Italia tan sereno y valeroso, enmudece ahora despavorido en medio de sus cortesanos atónitos y trémulos; hay sin embargo que acudir á la fuerza, se cuenta con los Suizos, se desconfia de los Walones, pero mas de las tropas españolas.

Sale por fin el monarca y ofrece bajar el precio de los comestibles, le piden la cabeza de Esquilache, y responde con verdad que ha desaparecido. Se toman entretanto providencias; hacen fuego con efecto los Suizos, huye por aquella parte el jentío, pero se agolpa mas y mas por otros puntos. Anochece y queda la capital en manos de una plebe desenfrenada, que sin embargo no comete violencias desaforadas ni atentados atroces.

Amanece y se inflama con redoblado jentío el alboroto. Suenan repetidos y estremados vivas á Ensenada, quien se halla muy ajeno de promover ni aprobar tan intempestiva demasía; y sin embargo sale luego confinado para siempre, como ya se dijo, á Medina del Campo.

Providencia por fin el gobierno con teson; salen batallones por las calles y arrollan la muchedumbre; se hacen prisiones y escarmientos, y se restablece plenamente el sosiego.

Entónces se agolpa la corte toda en palacio, estremándose particularmente en parabienes, cuantos se habian mantenido ocultos. Se arreglan y entonan los ministerios, tomando desde luego mayor actividad todos los ramos de la administracion pública, y con especialidad el de los abastos y pósitos de la capital.

Entretanto huye precipitadamente Esquilache, despues de haberse ocultado no se sabe si en el mismo palacio, ú en alguna humilde boardilla. Corre y vuela sin el menor distintivo, y sobre todo sin los millones con que soñaba *soberanear* por la hermosa Italia, reducido de nuevo á su pequeñez primitiva.

Sigue la misma direccion, aunque cada cual por su rumbo, la codiciosa comparsa, venida con su vanidoso corifeo, habiendo quizás con ma-

yor ahinco, aprovechado la coyuntura de afianzar algun raudalillo de los veneros mejicanos.

Por lo demás, en cuanto á los móviles del rabioso motin, fueron varias las conjeturas, achacándolo unos, además del odio al imprudente advenedizo, á los jesuitas, y aun otros con malvada impostura al mismo Ensenada.

CAPITULO VIJÉSIMOSEGUNDO.

Zozobra mortal de Cárlos III. — Aumento, instruccion y mejora jeneral del ejército. — Ida de oficiales á Berlin. — Ejercicio á la prusiana. — Aficion suma de Cárlos III á la caza. — Cotos, obras en los sitos. — En Madrid. — Fomento de todas las artes. — Ministros. — Grimaldi. — Roda. — Colejios mayores. — Aranda. — Recelos y afanes relativos á los Jesuitas. — Reserva suma en el manejo de aquel espediente. — Está la ejecucion á punto de estallar.

DESDE 1764 HASTA 1766.

Aterrado todavia Cárlos III, y persuadido á que está debiendo su trono y su existencia al predominio de las armas, echa el resto, con sus ministros, en aumentar instruir y mejorar el ejército en todos sus ramos, completando en la corona de Castilla los preciosos y económicos rejimientos de milicias provinciales, planteando escuelas y colejios de injenieros y de artillería, perfeccionando la fundicion de cañones en Barcelona y en Sevilla, y robusteciendo mas y mas las fortalezas fronterizas.

Habia el monarca convocado las córtes, á su llegada, y celebrado la formalidad de aquellas sesiones, ya de mero aparato, por sí ó por sus ministros, y solemnizada aquella ceremonia, ó mas bien farsa, prescindia absolutamente de aquellas consultas anticuadas, que ni por asomo hacian el menor viso, ni en la capital, ni en las provincias.

Concentrado todo en su intento casi meramente militar, y ateniéndose al plan del grande Ensenada (á quien citaremos millares de veces con el debido acatamiento y con ímpetus de adoracion, en la historia presente) de enviar jóvenes á los paises mas ilustrados de Europa, á fin de que luego derramasen aquel raudal de luces, por todos los ramos de su desvalida y atrasadísima patria.

Seguia mas y mas descollando y asombrando las demás naciones el gran Federico, ciertamente nada heróico en sus torpísimas costumbres interiores pero siempre vencedor en sus guerras, y por consiguiente incensado y encarecido por todas las potencias europeas.

Envió Cárlos III á varios militares, y entre ellos al irlandés de harto infausta memoria, como se verá á su tiempo, y trajo no la verdadera táctica, la maestría sublime, que se cifra toda en marchas prontas y acertadas, en flanqueos y contraflanqueos ejecutivos, trajo, repito, el mecanismo ínfimo de la infantería, conocido con el nombre de ejercicio prusiano, cuyas nimiedades, son absolutamente inservibles en campaña; como se ha estado viendo por todo el discurso de la guerra de independencia; y casi ningun resultado produjeron para nuestra milicia las innovaciones (que con mucha pompa se estuvieron ostentando) en la instruccion militar, en la ciencia triunfadora de obstáculos poderosísimos, de la mas aferrada resistencia.

Como quiera, consiguió Cárlos III en esta parte algunas mejoras, pero fomentó con mayor ahinco y perfeccion las artes pacíficas, prendado siempre de su embeleso en arquitectura, pintura y estatuaria.

Por lo demás, adolece Cárlos lastimosamente de una pasion vehementísima y casi ciega, y al mismo tiempo harto ajena de un monarca, cuyos momentos son de suyo tan preciosos; esto es del sangriento ejercicio de la caza. Habia robustecido su temperamento, guerreando en Italia; y así el madrugar y el trasnochar, en medio de las mayores intemperies, se le hacian, no solo tolerables, sino al parecer indiferentes.

Mas resulta de aquel afan casi desenfrenado, el establecimiento pernicioso de inmensos cotos, que se malogran para la agricultura, y crian un sinnúmero de fieras, venados y otros vivientes, que traspasan los lindes, asaltan y atropellan los sembrados cercanos, y causan imponderables daños á los hacendados.

Entretanto, libre ya la hacienda pública de las garras, como decian de Esquilache, desempeña Grimaldi con actividad el ministerio de Estado, y se aparece en el de Gracia y Justicia un fenómeno verdaderamente peregrino.

D. Manuel de Roda, despues marqués de Roda, nacido en el humilde albergue de un barbero en Zaragoza, mas dádose luego á conocer en el estudio de la jurisprudencia, el Diojenes moderno, el gran descubridor, sin linterna, de los hombres eminentes, el desvelado Ensenada, se lo llevó consigo, y luego lo envió á Roma, sin duda para trabajar á las órdenes de Figueroa, en el grandioso objeto del Concordato.

Por esta escala, llegó el despejadísimo aragonés en breve tiempo al ministerio. Con efecto, clásico humanista (como lo demuestra su esquisita y grandiosa librería, que está ahora mismo de manifiesto en Zaragoza) y sobre todo estadista despreocupado, desde luego se hizo cargo de que habia en España, tres cuerpos fatales, tres asociaciones poderosísimas, que imposibilitaban toda prosperidad, y aun el menor adelanto fundamental en el Estado.

Habia en Salamanca, Leon, Alcalá y Valladolid, varios colejios, titulados mayores, que formaban una especie de gremio, para educar á la primera nobleza del reino, con un sinnúmero de distinciones y prerogativas. Su enseñanza era la vulgar, de añeja y bárbara filosofía, y de anticuada y servilísima jurisprudencia, pero su hermandad estremada ejercia una especie de monopolio que se apropiaba, no solamente los tribunales, sino todos los destinos mas aventajados del gobierno, y aunque habia jeneralmente pundonor en su desempeño, resultaba siempre una especie de patrimonio, muy odioso para la demás juventud.

Roda demostró al rey la injusticia insufrible de aquellos establecimientos, y quedaron todos reducidos á la clase de los demás colejios de la nacion, sin el menor privilejio ni distintivo para los aspirantes en los diversos ramos de la carrera literaria, con aplauso jeneral de todo sujeto imparcial y reflexivo.

Tambien se dice, que el insigne ministro estuvo plantando sus baterías contra el famoso tribunal de la fe, mas nunca pudo hallar coyuntura adecuada para intentar, cuanto mas consumar, empresa tan heróica, y así continuó la irracionalidad autorizada, cometiendo sus tremendas atrocidades.

Mas certero anduvo Roda con los jesuitas... pero antes de pasar adelante hay que retratar brevemente al personaje, tambien aragonés que le sirvió de ilustrado instrumento, para la ejecucion de tan árdua empresa.

D. Pedro Abarca de Bolca, conde de Aranda, entroncado con los antiguos reyes de Sobrarbe, aunque algun tanto engreido con su esclarecida grandeza y escelsa jerarquía, era por esencia marcialísimo por su valor, despejo, trato y aun llaneza con sus amigos. Sirvió de bizarro coronel del rejimiento de Castilla, que alternaba gloriosamente con los batallones de Guardias y los famosos granaderos provinciales, en las guerras de Italia, y desde entónces merecia suma privanza con Cárlos III, quien lo puso al frente del consejo, con el dictado usual, cuando lo rije un grande, de presidente de Castilla.

Habian causado en la corte, y aun en toda Europa, redoblado murmullo y escándalo los sucesos del Paraguay, mas ó menos positivos ó desfigurados con la distancia; pero tachando jeneralmente á los jesuitas de usurpadores y déspotas por aquellos inmensos paises. Su talento, instruccion y travesura tenian sobresaltados á todos, y por fin cuando el célebre ministro duque de Choiseul, gran literato y como se decia entónces *enciclopedista*, logró volcarlos el año de 1764 en Francia, se dió en todas partes por fallada y sin recurso su ruidosísima causa.

CAPITULO VIJÉSIMOTERCIO.

Espulsion jeneral y simultánea de los Jesuitas en ambos mundos. — Su traslacion ejecutiva de España á Córcega. — Sus continuos y mortales sustos. — Su ida al continente de Italia. — Su estincion. — Su varia suerte por Europa. — Su renovacion. — Su vuelta á España. — Su tenacidad en los intentos, siempre mas ó menos fanáticos y ambiciosos.

DESDE 1767 HASTA 1846.

Se afanan dia y noche, y siempre á solas, Roda y Aranda; agolpan y desentrañan documentos; forman y luego carean infinitos datos y apuntes; arreglan el voluminoso espediente, lo comunican por entero, en diferentes y largas sesiones, al monarca, quien por fin queda convencido de la culpa irrefragable de los reos, y de la necesidad absoluta del pronto y ejemplarísimo castigo; cuya ejecucion se está aparatando con suma actividad, y con la mas profunda é impenetrable reserva.

Madrid, Méjico y Lima, con cuantos pueblos en ambos mundos encierran jesuitas, están atónitos presenciando el arrebato de su prision y atropellamiento, á deshora y en un mismo punto. Mozos y ancianos, sanos y dolientes, en carruajes comunes, ó en bajeles incomodísimos, todos yacen privados de consuelo y aun de alimento, como reos atroces ó alimañas ponzoñosas. ¿Cuál será el delito nefando de grey tan formidable, de tan inmensa muchedumbre? Se ignoró en el acto de la ejecucion terrible, y se está ignorando ahora mismo.

Como quiera, el embarcadero jeneral de España es Alicante; acuden navíos, fragatas y otras embarcaciones de Cartajena, reciben de tropel á los presos hambrientos y medio desnudos, y los hacinan, donde les van cabiendo los sitios. La órden reservadísima es de conducirlos á la isla de Córcega, sin aviso, ni paso anterior al intento. Llegan, fondean de noche en el primer puerto que se les depara y luego se encuentran con el recibimiento de un fuego redoblado, por toda la línea de tierra que cae al frente.

El reyezuelo, ú por lo menos, mandarin del pais, llamado Paoli, está guerreando por la posesion de la isla contra los Jenoveses, y al ver una escuadra formal surta en las aguas inmediatas, conceptúa que viene á favorecer poderosamente á sus enemigos. Sale por fin la sanidad, se entera del caso y lo comunica á Paoli, quien desde luego manda cesar el fuego, pero hecho cargo del objeto del viaje, se niega absolutamente á recibir á los palpitantes y desvalidos presos.

Los marinos se hallan sin órdenes para tan inesperada novedad, y determinan pasar con su cargamento á la costa de Italia, y aportar con él en el estado pontificio. Llegados á Civitavechia, ofician al papa, quien se niega igualmente á recibir una colonia tan crecida, tan costosa y tan inservible, para los intereses materiales del pais; mas á pesar de aquella resistencia, van desembarcando á deshora y arriesgadamente, por las playas, á sus llorosos desventurados, y la escuadra descargada al fin, clandestina y forzadamente, ó como fuere, se vuelve en derechura á Cartajena.

Van y vienen quejas é instancias entre la corte romana y la madrileña, y como siempre y en todo jénero de contienda, prevalece el poderoso contra el desvalido, tiene al fin que ceder Clemente XIV, y admite, muy á su pesar, á los menesterosos.

Señala el gobierno español la pension mezquinísima de cuatro rs. vn. diarios á cada desterrado, pero con la terminante é imprescindible condicion, de que no han de prorumpir en el menor asomo de queja ó alegato, ni de palabra, ni por escrito, y mucho menos por impreso, pues en el caso de tamaño atentado, van á quedar al punto privados para siempre del menguado socorrillo.

A poco tiempo, se van conaturalizando los jesuitas españoles con el pais, y luego mediando algunos años, descuellan gallarda y esclarecidamente, en todos los ramos de literatura. No cabe en los ámbitos de una historia jeneral, el esplayarse detenidamente en debidos panejíricos, á tantos escritores eminentes como van mere-

ciendo el aplauso de la Europa entera, mas fuera indecoroso á nuestro sistema imparcial y justiciero, el desentendernos de las dignas alabanzas que corresponden á los mas sobresalientes.

El atinado y perspicaz historiador Masden, barcelonés, ha despejado con su antorcha crítica, gran parte de las tinieblas que estaban ofuscando nuestros enmarañados anales; y luego tradujo, y aun realzó el primor de veinte y dos poetas castellanos, haciéndoles hablar armoniosa y espresivamente el idioma toscano.

El *universal* Andrés pasmó á la Italia y á todas las naciones cultas, con la inmensidad de su fina y profundísima literatura.

El valenciano Ejimeno se está citando continuamente por todos los sabio,sen cuanto corresponde á las particularidades mas recónditas de la Música, tanto antigua como del tiempo medio y del moderno.

El aragonés Lampillas rechazó garbosamente los baldones, con que se gloriaba de tildar á la literatura castellana, el famoso Tiraboschi.

Volviendo al asunto principal, el gobierno se apodera de todos los bienes, y emplea las casas jeneralmente magníficas; la de San Isidro el real se entrega á los catedráticos del nuevo establecimiento, y las fincas se venden con poquísimo beneficio del erario, como ha venido á suceder con la inmensidad de bienes eclesiásticos, que se han enajenado últimamente á cualquier precio.

Además de estas providencias ejecutivas é interesadas, se aferra Cárlos III en que el papa estinga para siempre la llamada Compañía de Jesús, y con la cooperacion eficacísima de la Francia, no pudiendo ya resistir á tan encarecidasinstancias, Clemente XIV publica su famoso breve de estincion para siempre, motivando con esmero aquella fulminacion tan memorable.

Entónces los jesuitas se dispersan hácia el norte, llegan á Prusia, y el gran Federico, materialista y batallador de profesion, menospreciando y escarneciendo las zozobras ridículas y mujeriles de los reyes de España y de Francia, por unos *frailes*, mas ó menos traviesos ó apacibles, les franquea anchamente sus estados, les permite sin reparo celebrar pomposa y oratoriamente las exequias de su jeneral Ricci, en Breslau, capital de la Silesia, se desentiende allá de cuantos oficios le pasan redobladamente las cortes estranjeras, y emplea á sus eruditos y mañosos huéspedes, en el ramo importantísimo de la enseñanza pública.

Sobreviene tras algunos años la infernal revolucion francesa, tan anunciada muy de antemano por los mismos jesuitas, pasa como medio siglo, cuando por fin Fernando VII recoje sus reliquias, los trae á España y les devuelve sus establecimientos, particularmente en Madrid; y entablan una nueva era, á su parecer de esclarecido triunfo, y de suma prosperidad, tremolando el imprudente breve de Pio VII, para su restablecimiento.

Pero ni hallan la plausible acojida que habian soñado, ni queda rastro del antiguo prestijio, ni muestran ellos mismos satisfaccion alguna con su nueva suerte. El célebre Masden se marcha muy desabrido de Barcelona, los mas se hallan en el mismo caso, y lejos de recobrar el imperio de su enseñanza por las provincias, ni aun logran apenas restablecerse en sus antiguos domicilios. Sobreviene luego la guerra de independencia, se plantea la constitucion, y desaparece la ralea jesuítica de nuestro suelo.

Logran entretanto reinstalarse en Francia, hasta cierto punto, van ganando terreno, esperanzados de recobrar en pocos años su antiguo poderío, cuando inesperadamente señorean el canton de Lucerna, traen trastornada la Suiza entera, y por fin se acarrean de nuevo el encono, el menosprecio y la espulsion perpétua del territorio francés.

No desmayan por tantísimo contratiempo, y están allá soñando mas y mas, que su reinezuelo de Lucerna, les ha de servir de tarima para encumbrarse hasta el solio eminente de su lejano y eclipsado esplendor.

CAPITULO VIJÉSIMOCUARTO.

Poblacion de Sierra Morena. — Su prosperidad. — Olavide. — Sus circunstancias. — Su indiscrecion. — Su desenfreno. — Su encierro en la inquisicion. — Sn causa. — Su sentencia. — Se conmuta en prision perpétua. — Su ida á Paris. — Su conducta. — Su conversion aparente. — Su obra decantada. — Su vuelta á España. — Su aceptacion con los ilusos. — Su ninguna valía para la sociedad culta. — Decadencia de las colonias. — Su estado posterior.

DESDE 1766 HASTA EL TIEMPO PRESENTE.

Yace el distrito de Sierra Morena, por causa de las guerras moriscas y del perpetuo desgobierno de los monarcas austríacos, absolutamente desierto, ú frecuentado tan solo por salteadores desalmados, que atropellan á su salvo, á todo transeunte indefenso. La humanidad, la justicia y la política, están clamando á porfia contra un abandono tan escandaloso, que imposibilita toda comunicacion directa de Castilla con las Andalucías.

Se aparece un jóven limeño, que tiene por nombre D. Pablo Olavide, y presenta al gobierno un plan obvio y ejecutivo,para poblar el azaroso trecho. Viene el proyectista de Paris, todo empapado en libros amenos y opiniones modernas, y ostenta, con el realce de su natural despejo y afluencia,el grandioso y plausible intento.

El plan se reduce á brindar con su respectiva cuota,ó pegujar competente,á todo poblador nacional ó estranjero, labrador ó artesano, facilitándole auxilios de toda clase, y eximiéndole, por largo plazo, de todo jénero de pecha ó gravámen.

Se van por el pronto á plantear dos poblaciones, con los nombres de Carlota y Carolina, en los sitios y terrenos mas á propósito, para el logro cabal del intento. Se nombra por director ó intendente del establecimiento, con facultades amplias y medios ejecutivos para su inmediata creacion y prosperidad al mismo proyectista.

Se avisa por los periódicos,y se ponen carteles en varios pneblos de Francia, Suiza y Alemania; se franquean caudales para el viaje, se compran utensilios y aperos, construyendo desde luego algunos albergues, para recibir y halagar á los pobladores, que con efecto van llegando de paises mas ó menos lejanos, ansiosos todos de aposentarse en su ideado paraiso.

Se esperimentan, como sucede siempre, algunas dificultades y rezagos, pero al fin el director se esmera en implorar auxilios y facilidades, manifestando al gobierno las fundadas esperanzas de un grandioso y floreciente establecimiento. Por desgracia Olavide es un parisiense epicureo, va y viene á Sevilla, y llega á constituirse maestro de todo jénero de representaciones, blasonando de entendido y entusiasta en la declamacion dramática.Entretanto se distrae, como allá Dido con sus amores de Eneas, del objeto que, por necesidad, mengua y desmaya, con su ausencia y estravio.

Se precave además poquísimo de fanáticos que acechan sus pasos, escuchan con ahinco sus espresiones y las interpretan y descaminan siniestra y aun traidoramente.

Lo delatan luego á la Inquisicion, lo prenden y lo empozan en sus lóbregas mazmorras, y tras largas y tenebrosas acusaciones, y dictámenes violentos, lo presentan por fin en auto solemne, con la ridiculez de una *vela verde* en la mano, y una especie de túnica penitente, desde la cerviz hasta las plantas; y le van leyendo en pomposa reseña sus delitos atroces, concluyendo con que el justiciero tribunal, usando de suma conmiseracion, le perdona una vida tan criminal, y lo condena á encierro perpetuo, con ayunos y penitencias mañana y tarde, y lectura incesante de libros místicos y aterradores, en vez de la amenidad sensual y halagüeña de la Doncella famosa de Voltaire, y de otras obras igualmente nefandas é infernales.

Pero á pocos meses,burla todas las precauciones de sus tiranos implacables, y se aparece en Paris, viviendo á todas sus anchuras, y frecuentando los teatros, y otros parajes infinitamente mas impuros y perniciosos.

Median años, y con la edad y los achaques, naturalísimos á su estragada conducta, ó cae en

la cuenta y se arrepiente, ó entabla un sistema interesado, de arreglo constante y austeridad suma en todos sus pasos, escritos y espresiones. Encuentra una obra francesa toda mística y ejemplarísima, la traduce en castellano parisiense, la varia á su antojo, y la encarama con su título pomposo, la publica y reimprime varias veces, viene á España triunfalmente, y atesorando su producto, campea los años que le restan de vida espléndidamente, *que es lo que se habia de demostrar.*

CAPITULO VIJÉSIMOQUINTO.

Guerra brevísima de Portugal. — Paz en los términos del estado anterior. — Deslindamiento de confines. — Rejimen interior. — Aparato grandioso de espedicion sobre Arjel. — Torpeza suma de ministros y jenerales. — Malogro consiguiente. — Desastre lastimoso. — Regreso desairadísimo. — Premio, en vez de castigo ejemplar, á los caudillos, indudablemente culpados. — Descontento universal de la nacion. — El famoso Duende.

DESDE 1767 HASTA 1770.

Forzoso es alterar á trechos el órden cronolójico, para engarzar ó esponer, seguidamente los hechos de una empresa dilatada, ó las particularidades diversas de un asunto grandioso, con el fin de formar una perspectiva cabal, y estamparla mas hondamente en el ánimo de los lectores.

No sucede así con la guerra, como se dice vulgarmente *galana* que vamos á bosquejar, pues viene á reducirse á un mero desabrimiento ú etiqueta de familia, que ni en sus operaciones ni en su paradero, acarrea la menor alteracion en la situacion recíproca é intereses trascendentales de ambos Estados; pero en suma siempre se comprueba la sentencia tan sabida del gran poeta y filósofo profundo Horacio, á saber, cuanto desvarían los potentados viene á redundar en quebranto de los pueblos (1).

Median quejas repetidas del virey de Buenos Aires y de varios gobernadores de aquellas costas, contra las demasías frecuentes de los Portugueses, en punto á lides y á contratacion, desentendiéndose de todo cargo y reconvencion amistosa. Oficia eficazmente el gobierno español à la corte de Lisboa, pero aquel ministerio, en vez de manifestar el menor asomo de miramiento ó satisfaccion, se *hincha* y se engríe con altivez jactanciosa y amagos desatinados.

En vista de ridiculez tan ciega y pertinaz, se junta un ejército considerable en Estremadura á las órdenes del marqués de Sarria, quien allana el confin portugués, sin el menor tropiezo, y entabla el sitio de la plaza, muy fortificada, de Almeida.

Para terminar pronta é incontrastablemente la campaña, y zanjar ejecutivamente la guerra, el plan verdadero y único era y será siempre, el memorable del gran duque de Alba, que allanó en un mes el reino todo de Portugal, desentendiéndose de las plazas y marchando con treinta mil hombres en derechura á la capital; pero ni se alcanzaban ya por entónces planes tan sublimes, ni se apetecia en la corte resultado tan grandioso, y solo se aspiraba á cierto escarmiento, para doblegar á la sazon altanería tan descompasada, y venirse á quedar como se estaba anteriormente (1).

Con efecto, marcha el jeneral Cevallos, sujeto de acreditado desempeño, con suficientes tropas á Montevideo, toma la llamada colonia del Sacramento, avasalla varias islas y aterra todo el Brasil.

Tiembla y enmudece el ministerio portugués, se allana á todo; se ajusta la paz devolviendo las conquistas y quedando todo, segun la frase bárbara pero diplomática, *in statu quo ante bellum*, como antes de la guerra, con grandes compro-

(1) *Quidquid delirant reges plectuntur Achivi.* Hor. Art. Poet.

(1) Bastaban, como diriamos en estilo jocoso y familiar *unos azotitos*, y todo recuerda los hermosísimos versos de Virjilio, sobre las batallas de las abejas:

Himotus animorum, atque hæc certamina tanta,
Pulveris exigui jactu compressa quiescent. Georg.

metimientos, pero con ánimo de cumplirlos, tan solo mientras dure el *escozor* del escarmiento

Recobrado profundamente el sosiego, vuelve la nacion al movimiento de adelantos y mejoras que se advierte en todo el reinado de Cárlos III. Su aficion, atenta y entendida, á las Artes, promueve la emulacion, y trasciende á todos los ramos de la civilizacion europea. Se trata de edificios, pinturas, comodidades y realces en la corte, y de carreteras y acequias por las provincias; se ventilan pública y privadamente puntos de lejislacion y de administracion pública; asoma con el gran Campomanes la aurora de la felicidad nacional... pero reservamos todos estos puntos para tratarlos y desempeñarlos muy de intento mas adelante, y en su debido lugar.

Tan solo dirémos ahora, que D. Juan Muños, cronista de Indias tuvo á la sazon la gloria de plantear, contra el torrente de la arraigada y añeja preocupacion, la primera enseñanza de la Física moderna y esperimental,en la universidad de Valencia su patria, y luego á su ejemplo, sostenido por el Consejo de Castilla, ó mas bien por el reciencitado prohombre de la toga, Campomanes, las demás universidades tuvieron que entablar el mismo rumbo de enseñanza.

Mientras adelanta y prospera el reino en todos sus ramos, está sin embargo padeciendo una plaga incomodísima, una carcoma vergonzosa, con los berberiscos, quienes á pesar de las torres artilladas, y atalayas dominantes principalmente por todo el mediterráneo, están mas y mas infestando las costas, y acosando el angustiado comercio. Habia el marqués de Casa-Tilly echado á pique el único navío que llegaron á construir, ó por lo menos á emplear, los Arjelinos, y el esforzado y memorable Barceló,con sus continuos y vijilantísimos cruceros, los tenia á toda hora muy á raya; pero á lo mejor se recibian infaustas noticias de nuevos y lastimosos descalabros y apresamientos.

En aquel doloroso conflicto, por fin toma el gobierno la resolucion grandiosa y dignísima de la nacion española, de enviar una espedicion poderosa, para esterminar de una vez la principal madriguera de salteadores, el semillero perpétuo de la desenfrenada piratería.

Se completan los primeros batallones de todos los rejimientos de infantería, se agolpan fuerzas, aunque un tanto escasas para el intento, siendo al todo de doce á quince mil hombres, suficientes tal vez, con acertada direccion para triunfar de los mas árduos y formidables obstáculos, y se reune el ejército en Alicante, á donde acude tambien escuadra competente de navíos y buques menores, á las órdenes del jeneral de marina Castejon.

Ya se manifestó arriba el prestijio europeo con la milicia prusiana, y el afan de seguir en todas las naciones el ejercicio, al parecer triunfador en todos los trances. Uno de los alumnos enviados por la corte, desde el tiempo de Ensenada, fué él despues harto conocido, el conde de Orrely, de nacion irlandés, pero criado en España, y al parecer afectísimo á su nueva patria.

Era el conde de Orrely, gallardo de cuerpo, aunque cojo, y luego en estremo despejado y placentero en su trato, bien quisto en la corte, por sus continuos rendimientos y repetidos chistes; pero en la realidad sumamente superficial y destituido enteramente de verdadero númen militar. Se le confía sin embargo el mando absoluto de espedicion tan árdua, aunque con las escasas instrucciones que se comunican tambien al jefe de la armada.

Se decia reservado el objeto de tantísimo aparato, cuando en el periódico impreso en Lóndres, é intitulado Correo de Europa, y que realmente la seguia toda, se puso un artículo en estremo irónico y chancero, que decia así: «Se está aparatando en Alicante una espedicion inmensa, cuyo objeto yace reservado únicamente en los pechos del rey de España y del bey de Arjel.»

Como quiera, aunque desde los primeros pasos estalla perniciosísima desavenencia entre los dos caudillos, sale la espedicion harto poderosa con tiempo favorable. Erró por su parte el ministerio en no deslindar, con presencia de mapas puntualísimos y adecuados, para disponer desde Madrid mismo,el punto mas ventajoso para al desembarcadero, y el ataque denodado y ejecutivo, con facultades para hacer en el plan jeneral las escasas variaciones que requiriese el trance; pero delinquieron mucho mas los jefes en no acordar antes de dar la vela el paraje á donde se debia asestar invariablemente la proa, enviando por delante dos ó tres fragatas descubridoras, para luego aportar y desembarcar de noche, y embestir la plaza por los puntos de la espalda que carecian de toda fortificacion; introduciéndose al mismo tiempo por el frente las lanchas cañoneras en el propio puerto, como lo practicó después repetidas veces Gravina, y entónces era infalible é instantáneo el triunfo.

Pero en vez de remedar las disposiciones sublimes del célebre duque de Montemar, logrando un temporal bonancible, está la escuadra ocho dias bordeando inútilmente acá y acullá, dando tiempo al enemigo para agolpar el Africa entera, sobre los indefensos y aventurados advenedizos. Desembarcan por fin en el sitio mas adverso para el avance, sin formacion de brigadas, y sin el apoyo de la artillería de tantas fuerzas navales. Los que se encaminan por la playa tienen que contrarestar las bandadas de camellos

sueltos, ya cuerpos de caballería desbocada que se relevan por momentos, y los que se acojen á las hileras de pitas ó tunas que asoman á trechos padecen el fuego graneado é incesante de miles de emboscadas.

En tan pavoroso conflicto anochece, sin que la tropa reciba ni órdenes superiores, ni alimento ni socorro alguno. Los jefes mas esforzados, como el marqués de la Romana (padre del memorable en la guerra de la independencia) fenecen lastimosamente, y todo se vuelve algazara por parte de los vencedores, invocando y engrandeciendo á su Alá, su alcoran y su profeta, y todo es alaridos, y lamentos desesperado, por parte de los Españoles. Amanece, y entónces se patentiza el inmenso descalabro. Entónces se dispone la retirada que se verifica parcial y atropelladamente, con pérdida imponderable. Los mas destrozados vienen á ser los batallones de guardias, el rejimiento de Aragon, y jeneralmente la tropa mas florida y esforzada, quedándose tal vez por allá, un tercio de la hueste hermosísima que se embarcó tan denodadamente.

Llega á los puertos de España, antes que la escuadra, el eco infausto de tamaño descalabro, corre, vuela y cunde por toda la nacion desesperada: en Madrid y en todas las capitales suena el clamor de *traicion*, *justicia* y otros semejantes; se aparecen pasquines (1), suenan asomos de conmocion, y Cárlos III que todavía está abrigando en su interior varios amagos del susto pasado, entra en mortal zozobra, que, sin embargo se disipa muy pronto.

Se presentan luego entrambos adalides á la corte, el uno siempre ufanísimo con su ejercicio prusiano de los tres tiempos y el paso de hilera, y el otro no menos erguido, conceptuándose el primero un Hernan Cortés ó un Gonzalo de Córdova, y el segundo todo un Cristóval Colon; y con efecto cuando la nacion está esperando un escarmiento ejemplarísimo, por aquella suma torpeza y desavenencia tan perniciosa y tan trájica en sus consecuencias, mientras la parentela de tanta esclarecida oficialidad, infructuosa y bárbaramente sacrificada prorumpe en mortales alaridos, ven todos con asombro que nombran á Orrely gobernador de Cádiz, y luego inspector de infantería, y encaraman á Castejon al ministerio de marina (1).

Se zahirió amargamente á Cárlos III por seguir, al parecer con estoica indiferencia, cazando y viviendo como siempre, desentendiéndose de tan horroroso infortunio, y no faltó quien le aplicase el dictado, ú mas bien, le estampase la marca harto indecorosa, de yerto egoista, ó de absolutamente insensible.

Sin embargo se notó en ambos individuos, tan indebidamente agraciados un desempeño absolutamente inesperado en sus respectivos cargos, pues Orregly se esmeró en el réjimen eficaz é imparcial del opulento emporio, y entonó la instruccion y el pormenor, hasta entónces confusísimo de la milicia española.

Castejon por otra parte, viendo al monarca todavía enconadísimo contra los Ingleses, desde su atroz amenaza de bombardeo, reinando en Nápoles, echa el resto en el aumento, y todos los inmensos ramos de la marina, cuya historia en la nacion española, vamos á rasguear con algun esmero.

(1) Decia uno de los pasquines:
Cárlos abre el ojo
Mira que te engaña el cojo.

(1) Decian algunos chuscos, que se estaba jugando con la nacion, al juego de los despropósitos.

CAPITULO VIJÉSIMOSESTO.

Historia de la marina española, desde sus principios.—Galeras.—Galeones.—Galeazas.—Naves de diversas formas.—Navíos.—Principios matemáticos para la disposicion mas acertada de los bajeles.—Cálculos sublimes de D. Jorje Juan.—Construccion inglesa, ó de Ensenada.—Francesa.—Moderna española.—Arbitraria.

DESDE LOS PRINCIPIOS DE LA MONARQUIA HASTA LA ACTUALIDAD.

El célebre D. José Vargas Ponce, mientras daba á luz su lindísima sátira intitulada, Proclama de un Solteron, estaba acopiando con ahinco preciosos materiales para componer, como oficial de la armada, una historia cabal de la marina Española, peró habiéndole arrebatado la

muerte, hace ya mas de veinte años, aquella grandiosa empresa vino á quedar, como otras muchas de las nuestras, en mantillas.

Aquí nos ceñirémos á cuanto conduzca á formar un concepto adecuado de nuestra marina, conduciéndola, desde su primer embrion y progresos pausados, hasta su ajigantado esplendor y poderío, su lastimosa decadencia, y su total y vergonzoso anonadamiento.

Sabido es, que los antiguos constituyeron y armaron unas galeras grandísimas con tres ó mas órdenes de bancos, manejándolas á remo y vela con espedita habilidad (1), mas no con la maestría que ahora se rijen, por todos los rumbos imajinables, navíos inmensos, conduciéndolos con maravillosa seguridad de polo á polo.

Nuestros Godos tendrian, como toscos ó mas bien idiotas, que seguir, al par que en la milicia terrestre, el sistema náutico de los Romanos.

Venida luego la chusma sarracena, y arrinconados los que despues fueron Castellanos en Asturias y los Aragoneses en Sobrarbe, no asoma mencion alguna de marina en nuestros anales, hasta tiempos muy posteriores, sonando tan solo el nombre de barcas ó galeras.

Los Aragoneses por su comunicacion con Venecianos y Jenoveses, y particularmente los Catalanes, con su vividora industria, fueron mucho mas navegantes y arriesgados en espediciones marítimas y arriesgadas, como la tan memorable á la Grecia, que ya queda referida individualmente en esta misma historia.

Llega por fin el trance decisivo de presentarse el osado Colon á la ínclita Isabel, para emprender el casi soñado viaje al descubrimiento portentoso del Nuevo Mundo. Suenan por entónces las llamadas *caravelas*, que serian bajeles de alguna consideracion y resistencia, para contrarestar los embates del piélago inmenso, y mas ó menos alborotado.

En la empresa incomparable de Hernan Cortés contra el poderoso imperio Mejicano, con quinientos y ocho soldados, ciento y veinte marineros, catorce cañones de mediano calibre y otros tantos caballos ó yeguas, se habla ya de bergantines crecidos, casi en la forma de los que se emplean en el dia, y aquel esclarecido caudillo los construyó y los usó con suma ventaja en la misma laguna mejicana, para la rendicion absoluta de aquella capital populosa y aguerrida.

En aquel mismo siglo XVI, los Venecianos aumentaron la capacidad y mejoraron las propiedades de sus galeras, inventando las llamadas *galeazas*, con una especie de fortin ó torre sobre la popa, artillada completamente, y cuyos fuegos causaron indecible destrozo á las naves turcas, en la tan memorable batalla de Lepanto.

Construyó tambien galeazas Felipe II, para el realce, ó mas bien complemento de su Armada Invencible, que para el estado contemporáneo de la marina europea, no podia tener mas contraresto, que el de los temporales y huracanes que dieron en efecto al través con ella.

Los galeones, que siguieron usándose para la conduccion de caudales, durante toda la exánime dinastía austríaca, parece que eran otro jénero de bajeles de construccion mas capaz y robusta, propios para viajes marítimos por puntos ó rumbos tormentosos y en estremo arriesgados; sin atenerse al auxilio ú remplazo de los remos, con velámen cuadrado, y dejando la llamada vela latina, para los bajeles usados en el mediterráneo, con los nombres de javeques, laudes y otros varios.

El acta memorable de Cromwell, fomentó y engrandeció hasta lo sumo la navegacion inglesa, enardeciendo mas y mas el comercio, la piratería y la marina militar. Descollaron en el pais matemáticos eminentes, que perfecionaron y encumbraron todos los ramos de la maquinaria, y por consiguiente la construccion, el aparejo y la maniobra de los bajeles. Los artillaron luego poderosamente, y por mas que Luis XIV, quiso competir en fuerzas marítimas con la Inglaterra, quedó el erguido monarca vencido y arrinconado en sus puertos.

Yace entretanto exánime la nacion española; y su marina militar, y aun la mercante en el océano, se reduce á los opulentos é indefensos galeones, que ó bien permanecen meses y años acorralados en los puertos de Europa ó de América, ó paran luego en las garras siempre abiertas é insaciables de los enemigos.

Viene Alberoni con sus ínfulas de númen universal, plantea una escuadra y la envia con ejército á Sicilia, pero como ni los navíos son veleros, ni hay oficialidad veterana, ni marinería diestra y ajil para manejarlos, quedan luego presa de los mas poderosos, á la vista de Mesina, dejando el ejército aislado y en total desamparo.

Pelea heróicamente despues D. José Navarro, marqués de la Victoria, en el combate llamado de Sizié, pero queda tambien absolutamente destrozada la escuadra, y la marina otra vez, hablando aritméticamente, reducida á *cero*.

(1) Los historiadores, y aun mas los marinos modernos, dificultan ó niegan absolutamente el uso y casi la existencia de naves con tres ó mas andanas de remos; pero las *triremes*, llamadas asi por sus tres órdenes, se ven retratadas al vivo, en relieve patente y ademan de movimiento, sobre la columna Trajana en Roma, y contra la evidencia ninguna cabida tienen jamás los argumentos, ni las objeciones.

Raya por fin Ensenada en el ministerio, y como allá en la creacion, dice, sea la Armada, y es la Armada, como por hechizo, con todos sus arsenales grandiosos, con sus dependencias cabales, y sus asombrosos surtimientos. Atiende al mismo tiempo á la enseñanza en todos sus ramos, en fin á la habilitacion completa de una *marina*.

En cuanto á la construccion, no le queda mas arbitrio que el de traer artífices de Inglaterra, con los cuales fabrica en un solo año el memorable apostolado, esto es doce navíos (1), que componen hasta treinta con los diez y ocho imperfectísimos y mal parados que hay en los arsenales. Es su plan pujar el número hasta el de un centenar, pero quedan en la mitad, y todo desmaya con el fallecimiento moral del creador portentoso.

Castejon ahora, con el afan de rehacerse, y aun si es dable, encumbrarse en la opinion pública, y con la fausta anuencia del monarca, echa verdaderamente el resto en el engrandecimiento de la armada. Añade á la compañía de guardias marinas de Cádiz, las dos del Ferrol y Cartajena, plantea los doce batallones de infantería, y sobre todo el escelente cuerpo de artillería, llamado de brigada.

Habia el sumo Jeómetra D. Jorje Juan demostrado, con su cálculo profundísimo é inaccesible, por decirlo así, para la nacion entera, la planta ó sesgo mas ventajoso de los fondos de un bajel, para la velocidad y el desempeño mas cabal de todas sus incumbencias, en la variedad infinita de casos que suelen sobrevenir en el pormenor de la navegacion. Habia tambien espuesto el resultado práctico de las plantillas ó moldes que se debian emplear, para el acierto en la ejecucion de los *gálibos*, ó de la curba mas ó menos oblícua ó desahogada de la parte que lude, y por decirlo así, lidia ó se desliza por el agua.

Los navíos de Ensenada eran robustos, y como fortalezas para un combate, y luego acompañados de regulares propiedades, en su obediencia al timon, en el aguante para los temporales etc.; pero se apetecian otros mas veleros, y que por lo menos compitiesen con las naves inglesas mas aventajadas en aquel punto.

Estando ansioso y perplejo el ministerio, pues se trataba de ir construyendo hasta veinte y cinco ú treinta navíos mas, se le proporciona un constructor francés llamado Gautier, ofreciendo fabricar naves tambien de 74, con igual fortaleza y resistencia para temporales y combates, de algo mayor *eslora*, ó lonjitud, y de sobresaliente lijereza.

Despues de muchas dudas, consultas é indecisiones, se concede la construccion de un navío para prueba y norma de los demás; se hace con efecto el debido esperimento, y resulta, aunque no tan aventajado como prometia el constructor, pero de suficientes requisitos, para anteponer aquel sistema al de los buques anteriores.

Se construyeron luego varios navíos, como el Anjel de la Guarda y otros, bajo aquella planta, y quizás en el conjunto de sus propiedades, han sido los mejores, por lo menos en la clase de sencillos, que hubo jamás en la marina española.

Fallece Castejon y lo remplaza Valdés; mayor ahinco y afan por el auje grandioso de la Marina; y entónces, sin atender á D. Jorje Juan, ni hacerse cargo del mérito que realmente tiene la construccion francesa, les entra á los oficiales de aquella secretaría, y particularmente á uno llamado Retamosa, que despues fué tambien jeneral, les entra, repito, la manía de ser, de repente y por via de ensalmo, arquitectos navales, de ser en suma, unos delineadores arbitrarios de toda clase de bajeles.

Con efecto; saben muy bien, que por estrechar ó ensanchar las entradas ó salidas de proa y de popa, no se han de ir las naves á pique, y al pronto hacen la prueba de soslayar ó angostar los fondos de las fragatas por ambos estremos, y al mismo tiempo las alzan descompasadamente la arboladura (1); y quedan airosos los inventores, pues las nuevas fragatas vuelan materialmente, y barloventean, cual nunca se habia visto (2).

Enloquecen de gozo los llamados constructores, y en seguida se manda poner la quilla y fabricar con toda actividad, en Cartajena, un navío, con el nombre de Ildefonso, por la nueva delineacion. Se aviva la construccion, se apareja con todo esmero, y pasa el célebre Mazarredo

(1) Hasta en la materialidad de los nombres, se desvió del carril trillado, orillando la letania acostumbrada, y apellidando militarmente á los navios, el Brillante, el Guerrero, el Triunfante, el Glorioso, etc.

(1) Era tal el esceso de aquella elevacion, que jamás se podia diferenciar en el horizonte por la arboladura una fragata de un navío, hasta descubrir el casco y ver patentes, con el anteojo, sus baterías respectivas.

(2) Era entre otras, muy endeble, pero lijerísima la llamada Bríjida, pues con viento favorable andaba cinco leguas por hora, y barloventeaba en tanto grado que con viento absolutamente contrario, aventajaba hasta seis, ocho ú mas leguas, en una cingladura, esto es, en veinte y cuatro horas, y no siendo en un temporal deshecho, llegó á surcar contra el viento mas opuesto hasta una legua por hora.

a comprobar sus anunciadas. Resulta el esperimento por lo menos tan favorable, como el de las fragatas, y entónces el Ildefonso es la pauta y la norma para toda construccion naval en los astilleros de Europa y de América.

Por arrebato ú por preocupacion, se hizo la decantada prueba únicamente en tiempos bonancibles, mas luego se esperimentó que los nuevos bajeles balanceaban con esceso, y en estando la mar encrespada *rendian*, ó se abocaban tantísimo, que la batería principal quedaba absolutamente inservible para un combate, pues se tenian que cerrar las *portas*, sopena de inundarse, y tal vez irse á pique, pero no cabia apuntar semejante especie, porque sonaba á blasfemia, y así se construyeron hasta veinte ó mas navíos, en aquella planta.

Hasta allí se habia tratado únicamente de los sencillos, esto es, desde el porte de sesenta y cuatro hasta el de ochenta cañones. Se aventuran los inovadores al mismo arrojo con los de tres puentes, y da la casualidad que, ya por la gran mole de su ajigantada corpulencia, ó por la inmensidad de su estiva (1), desaparecen todas aquellas nulidades, y resultan los bajeles mas absolutamente cabales y asombrosos que se vieron jamás en los mares.

Con efecto, el Reina Luisa, con todos sus 112 grandes cañones en el regazo, era navío *cazador*, esto es de primer avance, en la escuadra de Lángara, otro tanto es el Conde de Regla (regalado por un Americano de este nombre) y así con poquísima diferencia los demás.

Se llegaron á construir hasta doce bajeles de esta clase, y corriendo al Trinidad la cuarta batería, llevaba 130 cañones. Se siguió con el mismo sistema, y á pesar de los repetidos quebrantos que se padecieron, y se irán refiriendo en el contesto de la Historia, se llegó á completar, en tiempo de Cárlos IV, una armada de ochenta navíos, con el competente número de fragatas, é infinitos buques menores, lanchas cañoneras, etc. Y todo ¡ay cielos! se simó en la *nada*.

En cuanto á los enseres para la habilitacion y armamento ejecutivo y cabal, en viniendo el primer aviso, cada navío tenia en el arsenal su correspondiente almacen frente á la popa, al cargo perpétuo de un contramaestre, y al mando de un oficial de graduacion.

Aprontaban los montes sus maderas de roble para los fondos, de (1) pino para la parte superior del buque, y varias provincias surtian de cáñamos finos y resistentes, para la fabricacion esmerada, en los mismos arsenales, de jarcias, lanas etc.

Para la tripulacion se formó en tiempo de Ensenada el sistema de matrículas, que con leve diferencia se ha seguido despues; pero la oficialidad, que es el alma de toda milicia, terrestre ó naval, merece particular detencion, por el conjunto de sus circunstancias.

Los alumnos de las tres compañías que se han referido estudiaban con esmero los elementos de jeometría, y luego la navegacion y la maniobra bajo el concepto de que jamás habia la menor condescencia de parte de los directores de las academias, pues verificaban los exámenes con sumo rigor, prescindiendo de todo influjo y recomendacion.

La oficialidad era brillantísima (compuesta á fines del siglo pasado de unos dos mil individuos) y aunque su número era insuficiente para cubrir tantísimas atenciones como estaban á su cargo, y por mas que el servicio de tierra se mirase con indiferencia, el de mar al contrario se ejecutaba con el mayor ahinco y puntualidad, pues al entrar de guardia, que como se sabe es de cuatro horas, haciéndose llamar con media hora de anticipacion, al dar las campanadas, ya estaba subiendo el entrante por la escalerilla del alcázar, donde permanecia inmoble, aun á las horas de comer ó cenar, ó no dispensarlo espresamente el comandante, y reinando un tiempo bonancible.

Se puede asegurar, que á fines del siglo pasado, habia en la clase media de tenientes de navío ó de fragata, hasta cien oficiales, capaces de mandar cada uno cualquiera navío, desempeñando colmadamente aquel cargo importantísimo.

Ocurre tambien la particularidad, seguramente muy digna de perpetua memoria, á saber, que en teniendo á su cargo la mayoría de una escuadra, el jeneral D. Antonio Escaño, uno de los héroes de Trafalgar, era tan cabal el conocimiento que poseia de toda la oficialidad, que sabia repartirla de modo que á cada navío viniese á caberle un individuo sobresaliente, dos ó tres regulares, los demás de la muchedumbre.

Y tanta brillantez, tantísima gloria, yace, como se ha dicho, en la NADA.

(1) El Mejicano llevaba hasta treinta y siete mil quintales de lastre, y quien escribe esto lo ha presenciado casi inmoble, en medio de un temporal furibundo, señoreándose por las olas embravecidas.

Al contrario los llamados *Ildefonsos* de 74, que por ir siempre danzando por la espuma de las olas se les solia llamar *boleros*.

(1) Los navíos de cedro, construidos en la Habana aunque incómodos por sus contínuos crujidos, tenian la ventaja de no despedir astillas con los balazos, siendo de una madera floja que se deshace en hebras, como una especie de cuerdas.

CAPITULO VIJÉSIMOSEPTIMO.

Venida de Moñino al ministerio.—Sus prendas.—Sus nulidades.—Predomina algun tanto á Valdes.—Entrambos conjenian con el monarca en el fomento de la marina, y odio á los Ingleses.—Proteccion á las artes.—Carreteras.—La de Valencia.—Canal de Aragon.—D. Ramon Piñateli.—Su antipatía indecorosa á los Navarros.—Yerro capital en la situacion de la presa.—Albercas en los pueblos regantes de la Acequia Imperial —Tercianas.—Epidemia jeneral.—Consultas de Médicos.—Masdeval.—Prosperidad.—Distribucion de premios en la Academia de Artes.—Poetas sublimes.—Oradores eminentes.—Alborozo jeneral.—Magnificencia.—Entusiasmo.

DESDE 1770 HASTA 1774.

Habia venido ya al ministerio de Estado el célebre D, José Moñino, titulado luego conde de Florida Blanca. Era natural de Murcia, donde fué abogado, y desde luego manifestó sumo despejo y maestría, prendas que lo dieron á conocer, y le proporcionaron el destino de Roma, de donde vino al mando casi universal de España. Era de gallarda estatura, de modales finísimos y de garbosa afluencia; mas con estas prendas, no rayaba á lo sumo, pues no fué seguramente ni un Jimenez, ni mucho menos un Ensenada, antes bien acarreó el esterminio total de la armada, y el trastorno de la nacion, como se demostrará á su debido tiempo, cuadrándole cabalmente aquel famoso verso de Voltaire. «Hay quien descuella en la segunda jerarquía, y se eclipsa luego en la primera (1).»

Se hermana Moñino desde luego con Valdés para el fomento eficacísimo de la marina, y estiende su influjo propicio y poderoso á todas las artes. Convencido de la suma trascendencia, de la importancia capital de las acequias y de las carreteras, dedica con especialidad su intenso conato á entrambos objetos.

Se adelanta la carretera de Valencia con indecible actividad, pero se comete el yerro, ó sea la arbitrariedad enorme, de dirijirla por la Mancha, al punto de Albacete, haciéndole formar allí un siete, y rodear por lo menos media jornada en toda su tirantez. Parece que medió la mira mezquina de provincialismo, ideando ya la continuacion desde Albacete para Murcia, objeto muy asequible de todos modos, con poquísimo aumento de gasto, por ser llanísima jeneralmente aquella comarca.

(1) *Tel brille au second rang qui s'eclipse au premier.*

Antes de estendernos en el pormenor de la empresa verdaderamente romana del Canal de Aragon, se hace forzoso delinear las prenda sublimes de su primer director D. Ramon Piñateli, de la esclarecida alcurnia de los condes de Fuentes, distinguida aun entre la misma grandeza.

Era de corpulencia ajigantada, pero de forma positivamente académica en la hechura de todos sus miembros, y particularmente en piernas, en rostro, y en la espresion de sus grandiosos ojos y arqueadas cejas. Su espíritu correspondia en magnanimidad, estension y señorío á su estampa material; y si hubiese vivido, como cabia muy bien por la edad en que le sobrevino la muerte, los Aragoneses no podian menos de conferirle el año de 1808 el mando de su ejército, que, puesto en sus manos, seguramente hubiera sobresalido entre todos los de la nacion y de la Europa entera.

Ya se habió en el reinado de Cárlos V del canal principiado bajo sus auspicios, con la presa ó azú, como suelen decir en el pais; se construyó adecuadamente á la inmediacion de Tudela, con tan suma solidez, que con ella ha seguido entrando el agua en el cauce, cuando estaba ya abierto por largas leguas, y hasta que estuvo malísimamente colocada y concluida la presa actual.

Este yerro procedió de aversion, harto impropio en tan encumbrado personaje, á los Navarros, pero que ocasionó, por motivo de las avenidas que obligaron á encajonar el Ebro en aquel punto y malgastar algunos millones; y luego el paradero de la navegacion quedó en el pueblecillo de Fontellas, debiendo aportar aventajadamente en Tudela.

Como quiera, el puente de Griséu, por donde pasa el canal sobre el anchísimo cauce del Jalon, es obra digna de todo un Trajano, y luego el conjunto corresponde á tan suma y elegante magnificencia. Sostuvo siempre Florida Blanca al Protector, pues era este el dictado de Piñateli, con cuantiosisimos caudales, y poderoso valimiento, contra las continuas y estremadas representaciones de los pueblos regantes de la Azequia, por la plaga horrorosa de tercianas ocasionadas por las albercas fatales de las aguas que resumaban por toda la estension del nuevo cauce.

Sin duda influiria el aumento de humedades perpetuas para el fomento y propagacion del azote, pero consta que se padeció, á fuer de costelscion jeneral, con mas ó menos gravedad en toda España, y despues de largas y verbosas consultas, creciendo mas y mas la malignidad de las calenturas, ya continuas, ya intermitentes, se presenta al ministerio un facultativo catalan llamado Masdeval, con una *opiata* ó específico que parece se hallaba ya desde muy antiguo en todas las farmacopeas, ó prontuarios de remedios, y aunque amainó poquísimo por el pronto, el azote, el curandero, ú lo que fuese, logró para sí y para los suyos sumos honores y distinciones (1).

Desaparece por fin aquel dilatado contratiempo, y prospera y florece la nacion en artistas é injenios eminentes. Asoma el dia de la distribucion de premios en la Academia de Nobles Artes; se aparata la funcion desde la madrugada, se acerca la hora, marcha una compañía de granaderos con su bandera y música grandiosa, llega el ministro de Estado con sus compañeros, en medio de la esclarecida concurrencia de señorío, damas, artistas, y aficionados, se aparecen al derredor de la mesa los escritores, tal vez mas insignes de la Europa entera, impone silencio el gozoso y espresivo presidente, se levanta Melendez y lee la Oda mas sublime que compuso jamás el injenio humano á la gloria de las Artes, empezando con apólineo arranque:

¿A dónde, incauto, desde la ancha vega
Del claro Tormes etc.

Jeneral, intenso y mudo es el embeleso de todo el atónito auditorio, que luego se vuelve en universal y ruidosísimo aplauso; y luego sigue el esclarecido Jovellanos con un discurso magnífico, digno en todo de su elocuencia castiza y de su sabiduría artística, mereciendo luego iguales demostraciones.

Acompañan en seguida otros escritos de mas ó menos consideracion, y se procede luego al reparto efectivo de los premios.

Se adelantan los agraciados, y el culto y halagüeño Florida Blanca, va colocando, por su propia y espedita mano, las respectivas condecoraciones que enardecen y enajenan á los venturosos alumnos. Pasan luego con su ínclito realce por todo el salon, y las damas primorosas, con su sonrisa encantadora acaban de encumbrar el embeleso de la concurrencia, cuando el presidente, mas y mas espresivo, termina la funcion agasajando á todos, y especialmente á los premiados, con una arenga fina y propia de las circunstancias, que completa la dicha de tan preciosa tarde.

(1) Por el mes de mayo, viniendo de las Andalucias, despues de ver por los silenciosos pueblos de la Mancha, tantos vestiglos, ó fantasmas, descarnadas y macilentas, horrorizaba y estremecia el presenciar en Aranjuez el boato escandaloso de carruajes, banquetes, saraos y comedias. Contraposicion trajicómica y en estremo teatral, para una *romantiqueria* de Scribe, de Victor Hugo y comparsa.

CAPITULO VIJÉSIMOOCTAVO.

Policia arbitraria.—Cantero.—Tropelias.—Decreto ridículo á los confesores para negar la absolucion á los compradores de contrabandos.—Fomento de fábricas.—Decreto importantísimo para la habilitacion de puertos en el Océano y en el Mediterráneo.—Santander.—La Coruña.—Málaga.—Alicante y Barcelona, se igualan con Cádiz, para el comercio de América.—Prospera la industria en Cataluña.—Mejoras en todos los ramos.—Propension á romper la guerra con los Ingleses.

DESDE 1774 HASTA 1777.

Desfigurado en gran manera aparece el retrato anterior, con las particularidades que luego ofrece la Historia justiciera, acerca del memorable, y si podemos espresarnos así, *acamaleonado* ministro.

Aquel escelso Florida Blanca en las represen-

taciones teatrales de aparato y magnificencia, es un letradillo menguado, un lugareño vulgar, en las interioridades obvias de su conducta personal. No que adolezca de vicios ruines ni mucho menos escandalosos, pues jamás se le conoció alguno, pero en estremo asombradizo, y atenido á quisquillas y delaciones despreciables, sostenidas por su espíritu mezquino y su preocupacion escolar de escritores antiguos y absolutistas, holladores sistemáticos de la racionalidad moderna, y atropelladores á todo trance de la libertad individual; como lo acreditó el mismo ministro en su postrer crepúsculo, procurando reservadamente en el ayuntamiento de Murcia, aun contra su propio nombramiento tan honorífico, para presidente de la junta central, como se verá á su tiempo.

Atendiendo pues ahora al reverso de la medalla de la distribucion de premios, nombra desde luego á un particular de mediana clase, de ínfimos arranques, y lo constituye jefe de policía con facultades amplias, para prender, atropellar y desterrar á todo individuo sin encausarlo y sin oirlo, por el chismecillo de un vil espia, por el vil interés de una competencia en amores ó en pretensiones, ó por el ansia de suceder en el destino á un empleado pundonoroso.

Por fin son tan patentes y estremadas las demasías del nuevo déspota, del árbitro feroz de mil familias honradas, que se hace forzoso enfrenar al tigre y atajar su carrera asoladora. Le quedan sin embargo hartas facultades para dañar á la inocencia, y siguió por algunos años aquel reinado de arbitrariedad y de sobresalto.

Suave es el imperio fuera de la corte, y jeneralmente florecen las artes, planteándose de continuo fábricas grandiosas por varias provincias, como en Castilla, Valencia y otros parajes, segun la proporcion que suministran las primeras materias, y la disposicion en que se hallan para la salida, mas ó menos ventajosa, de sus productos ó artefactos.

Mas en esta misma temporada que vamos historiando, ocurre una novedad grandiosa, que da, no un mero impulso, sino nueva vida, al comercio y á la industria nacional.

Ya se ha visto en el discurso de la presente historia, como desde el primer descubrimiento de las Américas, toda la contratacion de la Península estuvo absolutamente vinculada al *sumo y único emporio* de Cádiz, y por mas enormes y palpables que fuesen los inconvenientes y nulidades que traia consigo aquel carril delirante de la lejislacion absurda y de la práctica inveterada, ningun ministerio habia sabido entrar en aquella especie de tabernáculo sacrosanto, en aquel *Sancta Sanctorum*, ni mucho menos enarbolar la segur y echar por tierra aquel alcázar encantado, y aventar para siempre sus funestos escombros.

Pasma el considerar que todo un Ensenada, aquel ministro universal, vaciado por la naturaleza para serlo, no parase la consideracion en un objeto tan capital, tan obvio y tan, á todas luces, preeminente.

En suma, cabe á Florida-Blanca esta gloria. Se promulga, se pregona y se ejecuta en todas sus partes el memorable decreto, que para la carrera de América franquea y habilita los puertos de Santander y la Coruña en el Océano, y los de Málaga, Alicante y Barcelona en el Mediterráneo, en los mismos términos, con las idénticas ventajas, que está disfrutando la bahía de Cádiz, por espacio de siglos.

Desde aquel punto, se ensancha, se engrandece y se encumbra el comercio marítimo en toda la Península, toma tan sumo vuelo y trasciende tantísimo, con mútuo y redoblado impulso, al intento, que en el dia el pueblecillo solo del Masnou tiene tal vez mas embarcaciones en la carrera de América, que componian antes todos nuestros puertos del Mediterráneo, con la obligacion de ir á formalizar, ó constituir, su rejistro en el de Cádiz.

Aquella es positivamente la era brillante, aquel es el glorioso arranque del comercio marítimo español. ¡Así los vaivenes políticos, á cual mas bárbaro y delirante, no lo hubiesen, hasta cierto punto, imposibilitado con sus trastornos fundamentales, y sus maldades sangrientísimas!

Las ventajas asombrosas de tan sabia providencia no se ciñeron por cierto á los meros ámbitos de la Península, sino que trascendieron poderosa y ejecutivamente á ultramar.

Empezando por las Canarias, pais pobre y atrasadísimo, desde luego disfrutó, con la frecuencia de los tránsitos y arribadas, despacho continuo para sus frutos, con especialidad sus vinos esquisitos, y así el metálico, antes casi invisible por todas sus comarcas, empezó á correr y reanimar el tráfico y fomentar su desmayada labranza.

Sucedió otro tanto en Puerto-Rico, pero sobre todo Cuba, con su hermosísima y populosa ciudad de la Habana, empezó á tomar desde entónces aquel vuelo inmenso, que en el dia tal vez la sobrepone en caudal circulante y en hervidero redoblado de entradas y salidas de bajeles, con todo jénero de mercancías, á las primeras poblaciones del nuevo mundo.

En Veracruz, en Cartajena, en Montevideo y en el mismo Lima, sin esperar ya la llegada ansiadísima de la flota ó los galeones, el mercado perpetuo de artefactos y producciones, mas ó

menos ricas y peregrinas, está brindando á los compradores, que se afanan á competencia por surtirse de cuantos renglones apetecen, verificándose las especulaciones y negocios á cientos, donde antes no aparecian por unidades.

Desde luego se puede afirmar sin reparo, que abarcando la existencia toda de la monarquía española en su inmensa estension, jamás se dió á luz disposicion mas atinada, beneficiosa y rejeneradora que la contenida en aquella ampliacion de comercio, que vino á ser un raudal de sangre recien infundido en las venas de un cuerpo ajigantado pero exánime y como yerto. En fin podemos decir, que fué un decreto diametralmente opuesto al memorable y esterminador de la espulsion de los moriscos por el sandio Felipe III.

CAPITULO VIJÉSIMONONO.

La América inglesa. — Su rebeldía. — Encono de los Borbones contra los Ingleses. — Relaciones íntimas con los sublevados por los vireyes de Méjico y sus dependientes. — Preparativos de guerra por España y Francia. — Imprudencia suma de Cárlos III. — Sus alientos grandiosos. — Presuncion y arrogancia de Florida Blanca y de su ministerio. — Venida de cuantiosísimos caudales. — Declaracion de guerra.

DESDE 1777 HASTA 1779.

Gavilan insaciable y buho tenebroso contra avecillas indefensas y ternezuelas, el aleve Inglés, con la yerta insensatez de los postreros abortos austríacos, se apodera de Jamaica, y luego por el norte de la Florida, y á centenares de leguas de nuestras fortalezas, plantea establecimientos á su albedrío, en terrenos prontísimos á devolver ciento por uno, al conato eficaz de la industria humana. Huyen infinitos de su patria acosada de contiendas relijiosas y vaivenes políticos; acuden pobladores á cientos de miles; prospera, se engrandece y se engrie el Estado, enardeciendo y fomentando el mútuo comercio americano y europeo.

La Inglaterra mas y mas altanera y codiciosa, impone leyes arbitrarias y tributos descompasados á sus colonos, quienes se exasperan y enfurecen con la altivez de sus mandarines, median amenazas en escritos vehementes y desaforados, y por último, tras repetidos ensayos de pacificacion amistosa, estalla una guerra memorable y acarreadora de trastornos sangrientísimos al orbe entero.

Asoma, descuella y luego se inmortaliza el ínclito Washinton, héroe á todas luces comparable á Timoleon, Arístides, Epaminondas y demás prohombres preeminentes de la antigua Grecia. Acuden, con halagüeña anuencia de sus respectivos gobiernos La Fayette y otros muchos guerreros, que guian y, encumbran en los arcanos científicos de la tática europea, á los valientes patricios que tal vez pelean á ciegas, con sublime valor y con desmanes inevitables.

Los monarcas Borbones odian mortalmente la ambicion inglesa, y hermanados íntimamente con el Pacto de familia, están, á competencia, en ademan de echar el resto por la causa propia, apellidándola europea y sacrosanta. Despavorido y enconado, como ya se dijo, con el amago atroz de bombardeo ejecutivo en Nápoles se desvela y afana por engrandecer y completar el armamento poderoso y justiciero que ha de cortar los vuelos para siempre al desenfreno isleño, atropellador por instinto y enemigo por esencia de la humanidad entera. Tal se inflama Cárlos III.

Se construyen, artillan, aparejan y tripulan en los tres arsenales de Europa y en el astillero de la Habana, navíos y fragatas; campean sobre todo los de tres puentes, uniformados bajo una planta ventajosísima y todos armados con 112 cañones, por lo mas de grueso calibre. Unidas las dos potencias amigas, resulta componer como unos treinta navíos mas que todas las fuerzas inglesas. Con esta preponderancia tan grandiosa y palpable, y con la llegada en raudal de largos millones de duros de todos los puntos de América, hierve el afan guerrero, y campea el ardor nacional en la gallarda oficialidad de la Marina española. Está el volcan inmenso para estallar, y se espera por momentos el pavoroso estruendo.

Cárlos III, es por fin el adalid que toma la ini-

ciativa y declara solemne y denodadamente la guerra; y vuelan de antemano avisos duplicados á las inmensas costas americanas y asiáticas, para que todas rechazen y hostilizen á porfía al enemigo comun.

Sale en pompa D. Luis de Córdova de la bahía de Cádiz, en busca de la escuadra francesa, que trae de Brest con casi iguales fuerzas, el jeneral D'Orvilliers, que como mas antiguo toma el mando de toda la armada.

Jamás otra igual surcó los campos de Neptuno, pues consta de 75 navíos de línea, muchos de ellos de tres puentes, con un sinnúmero de fragatas y buques, de modo que llevan de catorce á quince mil cañones en su seno.

Atérrase trémula y atónita la Gran Bretaña, y encerrando todas las escuadras en sus puertos, acata de lejos el inmenso poderío, que se pasea, triunfante y orgulloso, por todo el canal de la Mancha (1).

Es gloriosísima la campaña en cuanto á la ostentacion del poderío, y el vergonzoso arrinconamiento, y aun desdoro de la altanería inglesa, pero queda absolutamente infructuosa, en cuanto á resultados, pues no asomando oposicion alguna, no cupo trabar pelea, y cada cual se retiro intacto y ocioso á su mansion anterior, y en cierto modo afeminada.

Con la ufanía de aquel tácito triunfo, con el alborozo de haber hollado, sin contraste, el engreimiento frenético de la nacion, entónces y siempre, usurpadora del dominio absoluto de los mares, se inflama y se encumbra mas y mas el entusiasmo jeneral, y todo es ardor y actividad en los arsenales y puertos; y como llegan sin cesar nuevos caudales, se abusa ciega y lastimosamente de su abundancia.

(1) El célebre bilbaino D. José Mazarredo, que despues fué jeneral y luego afrancesado manifestó desde sus primeros pasos tan sumo desempeño para la carrera, que hallándose todavía con el grado inferior de teniente de navío, ejerció ya en aquella campaña el importantísimo cargo de mayor jeneral de la escuadra. Ocurre en cierto punto del canal de la Mancha, que D'Orvilliers hace la señal de *peligro en la derrota*, y D. Luis de Córdova (abuelo del otro D. Luis que mandó últimamente en Navarra) pone al golpe la señal de *seguridad en la derrota*, sigue la escuadra su propio rumbo, sin el menor tropiezo ni fracaso; por donde se vió que Mazarredo tenia conocimiento mas individual de la misma costa de Francia, que toda la oficialidad francesa embarcada en su navío jeneral.

CAPITULO TRIJÉSIMO.

Sitio de Jibraltar. — Desvarío de la empresa. — Bloqueo marítimo. — Desman lastimero y culpable de Lángara. — Rodney socorre colmadamente la plaza, y regresa triunfante á Inglaterra. — Desacierto en las operaciones militares en España y en América. — Se consumen con prontitud, hasta treinta millones de duros en la Habana. — Sitio de Panzacola. — Galvez. — Salida victoriosa de los sitiados, con muerte de crecido número de sitiadores. — Toma de la plaza, como tambien de la Móvila, y de gran parte de la Florida.

DESDE 1776 HASTA 1777.

Devaneo rematado se apodera del gobierno, convirtiendo en sitio el bloqueo de aquella importantísima plaza, de la llave del Mediterráneo, tan vil y alevosamente usurpada por la maldad inglesa, en la fatalísima guerra de sucesion; á pretesto de sostener la causa del archiduque de Austria.

Jibraltar debió asaltarse á todo trance, cuando en el reinado de Felipe V, lo sitió el marqués de Torres, como se ha referido en su lugar; mas despues ha seguido el enemigo comun construyendo tales y tan redobladas defensas, que con la competente guarnicion, es ya, indudable y absolutamente una plaza *inespugnable*.

Jibraltar debió recobrarse, en la guerra que vamos historiando sin derramamiento de sangre, y sin disparar un tiro contra sus innumerables y grandísimas baterías, por medio de combinaciones políticas y militares, de todo punto irresistibles.

Con efecto, cometido ya el enorme desacierto de coadyuvar á los americanos rebeldes, cu-

yo ejemplar no podia menos de acarrear con el tiempo iguales conatos y desmanes ; cometida , repito ; tan ciega imprudencia , con la mencionada y grandiosa preponderancia naval que se ha manifestado , no habia mas que enviar desde luego una escuadra de cuarenta ó mas navíos , y veinte mil soldados , á Jamaica (1) y demás puntos ingleses , que seguramente no podian oponer la menor resistencia , y repartirse los resultados entre las potencias amigas ó belijerantes.

Entónces así el alboroto del pueblo breton como el abatimiento desahuciado del ministerio, ponian á la nacion en la necesidad indispensable de pedir la paz , como de rodillas, y entregar la memorable plaza , Mahon y cuanto le pidiesen los aliados ; quedando para siempre desvanecida y nula aquella decantada soberanía de las mares, que es el ídolo del gobierno y de todo individuo inglés.

Como quiera , el comandante de la línea española , Alvarez , limitadísimo jeneral , propone encarecidamente, y el desalumbrado gobierno acuerda, verdaderamente á ciegas, que se formalice á todo trance el sitio tan memorable como azaroso de Jibraltar , se adelanten y completen poderosas baterías , para cañonear ejecutivamente la plaza , y asaltarla á su debido tiempo , hasta la rendicion final, que conceptuaban los mandarines , como absolutamente infalible.

Se adelanta con efecto , y se robustece la línea, se levantan grandiosos espaldones y se colocan baterías formidables con la soñada esperanza de señorear el Peñon inaccesible. El gobernador Elliot , desde su mesa contempla, como desde su solio, coronado de vasijas aromáticas cuajadas de vinos esquisitos, contempla sosegadamente aquel afan costosísimo , y está ya paladeando el espléndido banquete que va á disfrutar , como se verá á su tiempo , y deja por entónces, que los insensatos sitiadores se lo aparaten y redondeen con altanera arrogancia.

Entretanto, particularmente por la noche, se saludan mútuamente con el estallido y retumbo de morteros y obuses, con poquísimo daño y ninguna ventaja de unos y otros. Enseguida se refuerza el ejército , á donde llegan columnas magníficas de granaderos , y escuadrones brillantísimos de caballería, que tan solo para estorbo y aumento de gasto pueden servir en el inmenso campamento. Entre estos últimos se halla el gallardo guerrero , el íntimo de las musas y las damas D. José Cadalso (1) , quien por curiosidad marcial quiere adelantarse al peligro , y una bomba le cae en el pecho valiente y amoroso , y destroza instantaneamente su existencia.

Entretanto hay que completar el bloqueo, atajando toda comunicacion por mar , de la plaza con Berbería , y con toda embarcacion advenediza. Para este encargo tan árduo y arriesgado, además de los buques menores , envia el ministerio al jeneral Lángara , con once navíos.

Prescindiendo del dudoso desempeño de aquel caudillo , son sus fuerzas insuficientes para sostener un crucero tan sumamente trabajoso y espuesto ; y sin embargo sabiéndose positívamente que viene Rodney con veinte y dos ó veinte y cuatro navíos, para escoltar el convoy , que ha de abastecer la plaza, deja el gobierno desamparado al confuso y amedrentado Lángara. Este debia concentrar sus escasas fuerzas en columna ó mas bien, como se dice en la náutica, en peloton , para resguardarse cuanto le fuese posible , y luego abrigarse en los puertos de la costa. Peró entre perplejo y sobresaltado, forma casi á ciegas una línea endeble , llega Rodney, lo embiste con las dos principales ventajas de número y formacion, se vuela trájicamente el Santo Domingo , se pierden luego otros navíos y Rodney despues de socorrer colmadamente la plaza, se vuelve triunfante, y ostentando sus trofeos á Inglaterra.

Se dispara un clamor jeneral contra Lángara y los demás comandantes , pero el gobierno se muestra por el contrario tan satisfecho de su conducta , que á todos los asciende á sus grados inmediatos.

Entónces se echa el resto en el avance de la línea , en el complemento de espaldones , baterías y repuestos , para luego anonadarse todo en el fracaso que se referirá á su tiempo, como

(1) Al fin de la guerra , cuando habia ya desaparecido la *calvísima* ocasion de la preponderancia naval , y escaseaban en gran manera los caudales , los muy adocenados estadistas Vergennes en París y Floridablanca en Madrid , cayeron en la cuenta de su ciega torpeza y acordaron una espedicion poderosa á Jamaica , pero *tarde piache* , voló la coyuntura y *farfullaron* la paz á toda priesa.

(1) Que por cierto valia infinitamente mas por si solo, que todo aquel aparato delirante de obras, amagos y movimientos , que costando largos millones , ninguna mella podian causar en la plaza , ni contribuir lo mas mínimo para el intento capital.

Como quiera , véase aquella oda tan primorosa de Melendez á su Dalmiro :

Baja , sonora Clio ,
Y heróico aliento inspira al pecho mio,
Para que cante osado
El verso de Dalmiro arrebatado;
Arrebatado etc.

Y despues la otra á su fracaso.

se referirán tambien los eminentes personajes que ansiaron presenciar y realzar el grandioso aparato de obras y campamento, que traia suspensa la Europa entera.

Hablemos ya de la guerra, ora ventajosa, y ora infausta, en América.

Deposita el gobierno hasta treinta millones de duros en la Habana, para las ocurrencias de la guerra en la América septentrional, y nombra una junta de jenerales de mar y tierra, para que disponga á su albedrío de las operaciones militares.

Con facultades tan omnímodas y tan enorme caudal á la mano, cada cual está ideando espediciones, segun su inclinacion y sus alcances; mas prevalece el dictámen de los dos gallardos malagüeños, los hermanos Galvez, y se determina desde luego la reconquista de Panzacola, y aun de toda la Florida. Escasea á la sazon, aun entre los marinos, el conocimiento del barómetro y demás instrumentos físicos cuya combinacion anuncia muy de antemano, y con seguridad, el tiempo venidero; y así da la vela en grandiosa pompa la espedicion, la víspera misma de un temporal deshecho, y la escuadra desarbolada toda, tiene que volver al puerto donde sobrando tantos medios, se repone al punto; y sale luego, llega, desembarca, sitia á Panzacola con fuerzas poderosas, y cuando se está ya tratando de asalto y rendimiento, advierte la guarnicion sumo abandono en los sitiadores, hace una salida, los halla á todos durmiendo, incendia, destroza y degüella á diestro y siniestro cuanto encuentra, y al ver que se rehacen por fin los Españoles, se retira á su salvo y sosegadamente á la plaza.

Desesperado Galvez con aquel desman funesto y vergonzosísimo, arde en actividad, vijilancia y arrojo, de modo que á breve tiempo rinde no solo la plaza de Panzacola y luego la Móvila, sino que recorre los principales puntos, y señorea casi toda la Florida, una de las usurpaciones sin número de la ambicion inglesa.

CAPITULO TRIJÉSIMOPRIMO.

Elocuencia parlamentaria de los Ingleses. — Pitt. — Fox. — Sheridan. — Windham etc. — Discursos vehementes y sublimes, sobre proposiciones de paz, ó continuacion de la guerra, con los Americanos. — Vence Pitt en su ministerio inflamando la altanería de la nacion. — Recargo redoblado de impuestos enormes y angustiosos. — Empréstitos escesivos. — Actividad imponderable en los preparativos de guerra. — Su continuacion, declarándola tambien á la Holanda.

DESDE 1777 HASTA 1779.

En tratándose de oratoria, se aparece el sobrehumano Demóstenes (1). En quien se hermanaron á competencia cuantas prendas caben allá en los ámbitos de la fantasía; pero en viniendo al pormenor de los preparativos, con sus cincuenta ó sesenta galeras y siete ú ocho mil soldados, quien ha visto un navío de tres puentes, como el Mejicano ú el Hermenejildo, y recapacita al mismo tiempo los cuatrocientos mil combatientes veteranos que fracasaron en Rusia, no puede menos de sonreirse con aquella pequeñez añeja, menguada, y al parecer harto despreciable.

No sucede así con el gran Ciceron en su *divina* Filipica Segunda (1) pues median los intereses del inmenso imperio romano, esto es de la mitad del orbe; y así la reflexion del lector moderno engrandece mas y mas las sublimidades del orador incomparable.

En Inglaterra, algunos años antes de la temporada que vamos historiando, salieron á luz, contra el ministerio desatinado y afrentoso del duque de Grafton, las cartas llamadas de Junio, cuyo autor se está ignorando todavía en el mismo Lóndres, que son á todas luces elocuentísi-

(1) Quien segun la espresion sublime de Juvenal, era un conductor incontrastable que enfrenaba ó disparaba á su albedrio la muchedumbre avasallada:

Quem viderunt Athenæ torrentum,
Et pleni moderantem fræna theatri.

(1) Así la llama el mismo Juvenal.
Divina Philippica famæ etc.

mas, y por decirlo de una vez, irresistibles.

Mas la era brillantísima de la oratoria inglesa, estaba reservada para el ministerio de Pitt, al tiempo de su lucha contra el gran partido de la oposicion, durante aquella guerra. Despejo cabal en el entable y esposicion patente de los asuntos; raciocinios eslabonados con maestría y espresados galana, grandiosa y orijinalmente; ímpetus vehementísimos. Todos los primores de la sublime elocuencia descuellan y campean en los discursos del ministro.

Se levanta Fox y contraresta gallardamente al protagonista de aquel grandísimo drama, y en los arranques, nuevos, briosos y disparados equilibra por lo menos á su contraste.

Arrójase Sheridan, autor de la célebre comedia, de la Escuela del Escándalo, á la palestra, y cuando se conceptúa exhausto ya, concluido el tema de la paz ó de la guerra, saca á luz argumentos desconocidos, salpicándolos cómicamente de chistes y escarnios, y logra en gran parte borrar la impresion causada por sus antagonistas, ó competidores.

Asoma luego Windham, consumado humanista, y con sus profundos conocimientos, y sus alusiones á pasos preeminentes de los Autores clásicos (1), deja, cuando menos problemáticas, las cuestiones que parecian absolutamente resueltas, y así escoje el rumbo y el final de la controversia á su albedrío.

El sabio Burke se halla todavía en su mocedad, rumiando en sus adentros reservados, el predominio que despues ha de ejercer en el congreso.

Entre estas contiendas políticas y soberanamente oratorias, la nacion inglesa, rebosando de codicia y de amor propio, y de suyo propensa á la guerra, se aviene á invenciones y recargos de impuestos nunca vistos, sobre puertas, persianas ó balcones, y á los empréstitos enormes que está aun sobrellevando con sus réditos crecidísimos y vijentes todavía en la actualidad.

Hierve la actividad en sus arsenales, arde el afan en los talleres, se construyen por todos sus astilleros navíos, y escuadras enteras, y lejos de amainar en sus intentos guerreros, se conceptúa que el arrogante ministro, va con nuevos desengaños, á doblegar su cerviz al torrente de los acontecimientos; cuando se le cree ya exhausto de recursos, y en ademan de hincar palpitante la rodilla ante el ara de la paz; asombra á la Europa, declarando y pregonando solemnemente la guerra á la república de Holanda, con la ventaja inesperada de hacerle un sin fin de riquísimas presas, así en los mismos puertos de Inglaterra, como por el ámbito de los mares.

Conmovida y atónita la Europa, oye, aclama y envidia, prescindiendo de opiniones, el raudal incontrastable de tan sublimes acentos. La cultísima, la inmortal Atenas, la encumbrada y triunfadora Roma, se trasladan al Támesis é iluminan sus lóbregas orillas, Demóstenes y Ciceron resucitan en pompa, y campean esclarecidamente por los artesonados salones de Wesminter. Pitt, Fox y demás compañeros, son los prohombres, los oráculos, los ídolos del continente aherrojado; cuyos pueblos, ó rebaños, van paciendo mudos y exánimes la yerbecilla que les cabe bajo el cetro benigno, ó el azote sangriento de monarcas hereditarios ó usurpadores, y de sus ministros autómatas y desalumbrados.

El sabio, el valiente, el familiar Federico, amigo, émulo y perseguidor, y despues otra vez íntimo corresponsal de Voltaire, tal vez mas egoista, mas déspota y mas sanguinario que todos, con su yerto, inmoral y tristísimo epicureismo, cabizbajo y melancólico, envejece, enferma, se anonada y se empoza, por entónces, en la profunda tumba.

(1) Hallándose Windham de ministro de la guerra, en una paz brevísima, que habia mediado, prorrumpe ¿esperais comedimiento y desinterés en la Francia? no que es otra Mesalina como la de Juvenal.

Quæ lassata viris numquam satiata recessit.

No cabe mayor sublimidad que la de parangonar la codicia francesa al hediondo desenfreno de una emperatriz infame, de una abominable ramera.

¿Y por ventura le va en zaga la insaciable codicia inglesa?

CAPITULO TRIJÉSIMOSEGUNDO.

Reconquista de Mahon. — Descripcion de Menorca. — Llegada del ejército, á las órdenes del duque de Crillon. — Sitio del fuerte San Felipe. — Defensa tenaz. — Salidas de la guarnicion. — Avances de los sitiadores. — Se abre la correspondiente brecha. — Amago de asalto. — Rendicion honorífica del gobernador Murray. — Demolicion del fuerte, neciamente decretada por el gobierno.

DESDE 1779 HASTA 1780.

Ni en miniatura asoma al parecer, por toda la nacion española, un digno descendiente de Hernan Cortés, del Gran Capitan, ni de tantos, tantos caudillos, como avasallaron inmensas rejiones por ambos mundos.

Así por lo menos se debe conceptuar, cuando se confia el mando de un ejército considerable á un advenedizo. El francés duque de Crillon, bisnieto de antiguos héroes, merece el encargo de reconquistar, con tropa española, el célebre puerto de Mahon. Es el guerrero de índole apacible, « y queriendo arengar á la soldadesca, le causa irrision con su habla confusa y su acento estranjerado y estravagante, sin que por eso se destemple su espíritu marcial, ni se abochorne su amor propio.

Cae la isla de Menorca al norte de las Baleares, siendo de suyo poco productiva, y espuestísima por sus casi ningunas alturas á las tramontanas violentas y friísimas que soplan por todo el ámbito del golfo de Leon; pero atesora la grandísima escelencia de un puerto tan capaz como seguro, por cuya ventaja la escojió para su emporio y abrigo, el célebre almirante cartajinés Magon, dándole su nombre que todavía conserva, con alteracion muy leve, de Mahon.

Se embarca, llega y desembarca felizmente el ejército en la isla, se adelanta sobre el fuerte, todo artificial de San Felipe, y entabla su sitio. Se colocan acertadamente varias y poderosas baterías, y aunque su bizarro gobernador Murray hace frecuentes y denodadas salidas, y se defiende larga y tenacísimamente, es tan continuo y ejecutivo el fuego de los sitiadores, que abre anchísima brecha, desmorona casi todo el parapeto, y dispuesto ya el asalto jeneral é irresistible, se rinde por fin Murray en términos honoríficos, retirándose la guarnicion á Inglaterra.

Luego el gobierno manda volar absolutamente todas aquellas fortificaciones, y en verdad que no se alcanza el motivo poderoso de resolucion tan absurda, pues con una como ciudadela respetable, quedaba siempre la isla al abrigo de lo que se llama, un golpe de mano, y en el caso de formalizar el enemigo un sitio á todo trance, facilísimo era el socorrer la plaza desde Mallorca, y aun desde Barcelona. Pero ya se ha dicho, y se demostrará cumplidamente mas adelante, que el superficial Moñino, entendia poquísimo de combinaciones políticas, pero infinitamente menos, como se deja entender, de sistemas defensivos y disposiciones militares.

CAPITULO TRIJÉSIMOTERCERO.

Acuden las tropas venidas de Mahon á reforzar el ejército del campo de Jibraltar. — Se aparata alguna empresa memorable. — Van llegando personajes de encumbrada jerarquia. — Entre ellos el conde de Artois, hermano del rey de Francia, que lo fué tambien despues, con el nombre de Cárlos X. — Tropas brillantísimas. — Ronda diaria de la gran columna de granaderos, á media noche. — Salida de parte de la guarnicion de la plaza. — Quema y destruccion de todas las costosísimas obras, levantadas en tan dilatado plazo. — Torpeza afrentosa de los sitiadores.

DESDE 1780 **HASTA** 1782.

Las tropas de Mahon van llegando por mar y por tierra, para reforzar el ejército ya escesivo del campo de Jibraltar. Rejimientos enteros de infantería y caballería, y sobre todo columnas asombrosas de granaderos, compiten con mayor empeño por cada dia, en brillantez y magnificencia.

Una de ellas por su órden, se pone todas las noches en movimiento, á las diez ó las once, va recorriendo pausadamente, á diestro y siniestro, toda la estension de la línea, y luego se retira á su respectivo campamento, entre dos y tres de la madrugada. Suele el enemigo tirar algunas bombas y granadas, y sobre todo camisas embreadas ó carcasas, para ir reconociendo sucesivamente todo el campo. La columna sigue su marcha inalterable, despreciando aquella especie de saludo, sin variar en lo mas mínimo sus denodados movimientos.

Llega la noche bastante larga, aplazada por Elliot, para la ejecucion de su grandioso intento. No hay luna, pero está la esfera despejada y apacible. Se retira la columna como siempre; yace en su campamento, cuando á eso de las tres de la madrugada, la columna inglesa, compuesta de unos mil y seiscientos hombres (como un tercio de la guarnicion) abre de repente la puerta de tierra, se arroja á paso muy redoblado, sorprende á los escuchas, los valientes Voluntarios de Aragon, marcha al pronto por el frente hasta cierto trecho, se abre luego en abanico, á diestro y siniestro, se apodera de baterías, espaldones y parapetos, por toda aquella parte de la línea; marchan á su resguardo ciento y cincuenta ó doscientos operarios, con herramientas, hachones, mistos y vasijas, para embrear y alquitranar las esplanadas y toda la madera de las obras, incendian de improviso cuanto está á su alcance, y mientras la tropa mata ó ahuyenta las guardias y retenes de los sitiadores; y despues de clavar la artillería, llevarse los enseres que les acomoda y dejarlo todo ardiendo, y sin arbitrio para apagar tanto combustible empapado en materias inflamables, se retira pausadamente y á su salvo á la plaza.

Retumba entónces el estruendo pavoroso de tambores, timbales, voces y lamentos, con el eco agudísimo de pífanos y clarines. Hierve el campamento, y en media hora se forma un ejército de treinta mil hombres, para mirarse únicamente unos á otros.

Troya es toda la perspectiva que al amanecer se ofrece á la vista, y macilento yerto y exánime aparece el rostro de cuantos pudieron y debieron prever y evitar aquel desman, tan verdaderamente aciago y afrentoso.

Se remonta ya el sol á la cumbre del firmamento, y está viendo todavía arder las esplanadas y demás obras, ostentando el triunfo de los Ingleses ufanísimos, y el rubor mujeril de unos caudillos tan despreciables, de unos abortos de insensatez y de ignorancia.

Así como los majistrados idiotas, despues de un incendio abrasador, providencian pomposamente cuanto conduce para evitar el estrago ya sucedido, así tambien suenan y resuenan, por todos los ángulos del inmenso campamento, bandos ruidosos y disposiciones militares y civiles, para obviar la repeticion de igual desastre.

Con este motivo se echa el resto en el restablecimiento de las obras destrozadas, y luego por la noche se redoblan y se cruzan incesantemente columnas, compañías y piquetes de granaderos y de caballería, atronando á cada paso con el santo y la seña, y demás requisitos militares, que debieron, como se ha dicho, plantearse y sostenerse, desde la primera formacion del cam-

pamento, y sobre todo al entablar el desvariado sitio.

Parecia que tamaño escarmiento no podia menos de servir de cautelosa antorcha, así al gobierno como á los caudillos principales, para no aventurar, por decirlo así, el quilo de la nacion, en sangre y en caudales, en el babel pavoroso de empresas absurdas, y sobretodo lamentables.

El capítulo siguiente ofrecerá un desengaño patente de tan equivocado concepto.

CAPITULO TRIJÉSIMOCUARTO.

Propuesta desatinada de un aventurero francés, llamado M. D'Arçon. — La aprueba y recomienda el jeneral. — La acoje y dispone el gobierno. — Construccion de las baterías. — Su colocacion bizarra por la flor del ejército y armada. — Su logro momentáneo. — Su descalabro total y naturalísimo. — Catástrofe horrorosa. — Hasta los mismos enemigos se conduelen del tremendo desman, y acuden al socorro de los náufragos. — Resultado.

DESDE 1780 **HASTA** 1782.

M. D'Arçon, aventurero francés, con ínfulas de injeniero hidráulico y terrestre, se presenta en Aljeciras á los jefes, y pregona desfachadamente y en ademan de oráculo, que desde luego se puede asaltar y rendir la plaza inespugnable, por medio de las baterías *flotantes* que se ofrece á construir y situar debidamente, con tal que se le franqueen los medios competentes para tan grandioso intento.

Los Marinos, como intelijentes lo tratan con risa y menosprecio, pero el proyectista, por medio de sus paisanos y de algunos necios Españoles, logra por fin acojida con el jeneral del ejército, quien lo recomienda eficazmente al gobierno. Se aprueba en todas sus partes el proyecto, se dan órdenes ejecutivas, llega la maestranza de Cádiz y á competencia con la de Aljeciras, se trabaja dia y noche en la construccion de nueve baterías *flotantes*, ó naves tosquísimas que presentan un frente de dos cubiertas, con seis piezas de grueso calibre cada una, y una especie de parapeto doble, forrado de planchas, y por el intermedio una especie de hueco que franquea el paso al agua de las bombas, colocadas por los costados al intento. Los mismos carpinteros, ya muy espertos y atinados en aquel jénero de fábricas, se rien de construccion tan estrambótica y la graduan, en su sencillo lenguaje, de ridículo *chapuz*.

Como quiera, llega á ser una especie de pundonor, en la oficialidad, el brindarse para la arriesgada y gloriosísima empresa, que viene á ser como el bajel de los Argonautas, ó el caballo troyano de Virjilio, y así se embarca la flor mas esclarecida de la milicia marítima y terrestre, arrostrando denodadamente el delirante arrojo.

Moreno, el valeroso Marino, es el adalid de la escuadra nunca vista. Llega el anhelado plazo, amanece con tiempo bonancible, se adelantan los *armatostes* á remolque, segun la espresion de los imparciales, y Moreno ante todos se sitúa, como á medio tiro de la plaza. Síguenle los demás, estalla el formidable cañoneo, y á la media hora se aparece ya un portillo, ú brecha, considerable en la muralla, por cuyos puntos inferiores no puede pasar la tropa, con el fuego infernal que está haciendo de revés la línea española.

Con este triunfo aparente, todo se vuelve regocijo, vivas y algazara, así en las flotantes mismas como en todo el convoy de embarcaciones menores, y D'Arçon y todos están ya viendo el encumbrado Peñon doblegar su frente hasta el océano, y postrarse ante las banderas castellanas.

Entretanto Elliot tiene ya, muy de antemano, colocados los hornillos por las baterías altas, que se hallan al preciso alcance de sus contrarios, caldea y enrojece balas á miles; contrarestan al pronto y sortean el estrago, por los medios que llevan á prevencion los mismos barcos, pero poco antes de las once, humean ya todas las baterías, se manifiesta á poco rato el incendio, llega en una de ellas al repuesto de la pólvora, estalla y se vuela con toda su tripulacion, va sucediendo otro tanto en las demás; todo es pavor, naufrajio, alaridos, desesperacion y esterminio.

Cesa entonces el fuego por ambas partes, y hasta los mismos usurpadores del territorio español, y causadores de tantísima desventura, acuden, con ínfulas de humanidad solícita y jenerosa, á socorrer los miles de naúfragos que cubren las olas, ó se sumerjen sin rescate, por el profundo abismo. Logran con efecto con sus botes y lanchas, salvar algunos centenares de sanos y lisiados, todos exánimes y moribundos. Pero fenecen muchos mas, no constando su número cabal, en tan frenética temeridad; pudiéndose afirmar desde luego, que el ínfimo individuo de los sacrificados en la empresa, preponderaba, con mucho, en valor intrinseco á cuantos abrigaron su invencion, y contribuyeron á la horrenda y vergonzosísima catástrofe.

Desaparece el aventurero, temeroso de las iras implacables del ejército y de la nacion entera; mas no era él seguramente el principal culpado, sino el jeneral y el gobierno que lo acojieron á ciegas, y acarrearon aquel cúmulo de horrorosos desastres, y de lloros amargos, á tantas familias inocentes, acreedoras á suerte mas venturosa.

Adviértase, que se salvó el jeneral Moreno para luego venir á perecer en Madrid, calle de la Abada, en un desafío por la ridiculez de preferencia en el tránsito de la acera, con un abogado de Salamanca, á cuyo hermano, oficial de Marina, habia favorecido en estremo el mismo jeneral; y cuya particularidad causó despues, como se deja discurrir, amarguísimo quebranto al victorioso (1).

(1) En una Historia inglesa del sitio de Jibraltar, que se imprimió, despues de la paz, tras la relacion jeneralmente verídica, del estermiuio de las Flotantes, se dice, que los Españoles náufragos eran por lo mas hombres de edad; y en seguida el historiador, se pone á *discretear* y añade, que los Españoles de suyo aparecen ancianos, aun en la mocedad.

Cadáveres, ó por lo menos cadavéricos, estarian los desventurados pacientes, y al contrario los vencedores, viendo, alanceados, y luego *pescando*, á los toros desde la calanquera, y siempre á su salvo, y además rellenos de *ros-beef*, de patatas y de ponche estarian lucios y encarnados; fuera de aquel caso, los Ingleses, desde la ínfima canalla hasta la finchadísima *sangre azul*, ó sea el señorío, como siempre desenfrenados en sus bacanales ó *borracheras*, son los que antes se *aviejan*, por lo comun, de todos los europeos.

CAPITULO TRIJÉSIMOQUINTO.

Operaciones marítimas. — Pérdida del navio San Miguel. — Ida acertada del jeneral Solano á América. — Inaccion de sus tropas. — Triunfo de los Ingleses, y apresamiento de la Ciudad de Paris y otros navíos franceses, con M. de Grasse. — Trastorno para las operaciones de América. — Espedicion ideada, aunque tardía, contra Jamaica. — Venida de escuadra inglesa, para socorrer á Jibraltar. — Lo consigue. — Tiene que embocar el Estrecho, y pasar al Mediterráneo. — Sale, en su alcance, de Cádiz, D. Luis de Córdova, con fuerzas superiores. — Huyen, á favor de una niebla, y se salvan, los Ingleses.

DESDE 1780 **HASTA** 1782.

Gloria, albricias y ufanía exhala en pompa la Crónica de Jibraltar, en su relacion histórica del acontecimiento deplorable; pero al contrario el parte de Elliot á su gobierno, es comedido, sencillo y compendioso, con visos de afectada indiferencia.

Fuerza es ya volver á las operaciones marítimas, algun tanto rezagadas, con motivo de las disposiciones, siempre desatinadas, ó por mejor decir, *á ciegas*, del azaroso sitio de Jibraltar.

Galvez, por cada dia mas gallardo y venturoso, y por consiguiente marcial y bienquisto, igualmente con paisanaje y tropa, está siempre ideando nuevas empresas, y jactándose de acabar por fin con la tiranía inglesa en las Américas. Trata de embestir la Jamaica, y pide mas y mas auxilios para tan grandioso intento. Acoje y elojia el gobierno sus miras hasta lo sumo, y hasta tanto que se formalice una espedicion incontrastable, envia á la Habana el jeneral Solano, marqués del Socorro, con doce navíos, y varios rejimientos de infantería.

Sale Solano, sigue el derrotero prescrito por la corte, y á media distancia entre Canarias y América, tiene el arranque ó corazonada de va-

riar el rumbo señalado en sus instrucciones, y llega luego sin tropiezo á su destino. Sabe despues que los Ingleses cruzaban por los puntos que debia atravesar por el rumbo primitivo, y en el cual no podia menos de encontrarse con la escuadra enemiga muy superior á la suya, y por consiguiente, se congratula de haber sorteado milagrosamente aquel inevitable tropiezo y descalabro.

En la junta de jenerales que sigue siempre residiendo en la Habana, cada cual, como se apuntó arriba, trae su espedicion predilecta en el celebro, y así nada absolutamente se acuerda, ni menos se ejecuta, teniendo siempre, en tal caso, que esperar las tardías y sempiternas decisiones del flemático gobierno. Con esto, se toma la determinacion interina de acantonar las tropas por las islas, acuartelándolas incautamente por parajes enfermizos, donde fenece en inaccion lastimosa la soldadesca, y aun adolece y muere gran parte de la oficialidad.

Sumo trastorno causa para la guerra de América el grave desman, torpísimamente padecido por el arrogante conde de Grasse, cerca de la isla Española, ó de Santo Domingo. Son sus fuerzas algun tanto mayores que las enemigas; mas el almirante Rodney, de fatalísimo recuerdo para Lángara, maniobra continua y complicadamente, ceja y avanza con tal rapidez y maestría, que logra deslumbrar y confundir á su contrario, embistiendo por fin á su primera division aislada, con triples ó mas fuerzas, rinde al mismo jeneral, con su ciudad de Paris de 120 cañones, reputado por la presuncion francesa, como un Jibraltar nadante, con algunos mas navíos; y queda el Inglés, nuevo Neptuno, imperando por todo el piélago americano.

Clamor violentísimo suena en toda la Francia, como sucede siempre, contra el cuitado vencido, acriminándolo sin recurso, y sentenciándolo desde luego, á trepar al cadalso y padecer muerte afrentosa, con el vil oprobio de cobarde, por no haberse *volado*, cuando no le quedase otro arbitrio, con su navío. Amaina sin embargo aquel desenfreno, y el gobierno, al par de la nacion entera, manifiesta por cada dia mayor entusiasmo, por apear, á todo trance, de su tiranía marítima á los soberbios é insaciables isleños.

Entretanto el predominio inglés imposibilita las operaciones navales y terrestres, por el golfo de Méjico y sus cercanías, y tanto la escuadra de Solano como el ejército que llevó consigo, tienen que permanecer en inaccion absoluta.

En medio de aquel entorpecimiento desairado y lastimoso, está ya en el arrojador otro acontecimiento, que sobreviene luego é inutiliza y arrincona todos los conatos de las potencias beligerantes, como se evidenciará por estenso en el capítulo siguiente; pues ahora hay que referir los movimientos marítimos mas cercanos.

En Europa el navío San Miguel, pasando el Estrecho, se queda en calma, las corrientes le arrebatan irresistiblemente al interior de la bahía enemiga, y tiene que rendirse sin arbitrio. Luego Barceló se empeña en internarse todas las noches con sus lanchas cañoneras, á veces hasta medio tiro, y logra, con sus repetidos arrojos, cañonearlo desesperadamente, é inutilizarlo hasta cierto punto, ya que no es asequible su rescate.

Como quiera, con la noticia positiva que tiene el gobierno de la venida de un convoy riquísimo de la India inglesa, se habilita completamente y sale de Cádiz una escuadra poderosa, sigue el rumbo de la costa africana, oteando siempre, por medio de las fragatas descubridoras en ambos costados, hasta cuarenta ó cincuenta leguas de mar, y por fin una noche, se interna el mismo convoy por medio de los navíos, y tiene que rendirse todo á discrecion, constando de un sinnúmero de mercantes, á cual mas cargado, de todo jénero de preciosidades.

A la madrugada, con el afan de marinar y afianzar tantísima presa, los buques de guerra que la escoltan, tienen proporcion de ceñir el barlovento, fuerzan de vela, y trasponiendo el horizonte se salvan, sin que los navíos mas veleros logren darles el menor alcance.

Vuelve la escuadra ufanísima con aquel triunfo tan obvio y tan ventajoso, y se echa el resto en habilitarla y reforzarla colmadamente, para otra empresa de mas entidad y mayor gloria, si la suerte le proporciona el trance que la oficialidad brillante y entusiasmada está anhelando entrañablemente, para desagraviar á toda la nacion del fracaso y desdoro de las fatalísimas Flotantes.

Sale con efecto de sus puertos una escuadra inglesa, avisan las atalayas de la costa á largo trecho su llegada; sale de Cádiz D. Luis de Córdova, con fuerzas muy superiores, y llega á descubrir á grandísima distancia al enemigo. Afianza este el convoy hasta el embocadero, y entónces el temporal le precisa á internarse en el Mediterráneo, y Córdova con el alborozo de verlo como encajonado en su propio recinto, y el afan de tenerlo mas y mas á la vista, emboca tambien inconsideradamente el Estrecho, pero sobreviene una niebla, y á favor de su cerrazon, los Ingleses, que van surcando al parecer por la costa de España, víran repentinamente sobre la de Africa, y por mas que Mazarredo echa el resto de su ciencia náutica, y no cesa de ir destacando fragatas y navíos velocísimos para descubrirlos, mientras se halla todavía nuestra es-

cuadra por las aguas de Marbella y Estepona, avisan de Aljeciras que han visto pasar la inglesa de regreso hácia el océano (1); y así los esforzados marinos, tienen que volverse infructuosa y desconsoladamente á su fondeadero.

(1) Se publicó luego en la Gaceta una relacion individual y científica de todos los movimientos del frustrado alcance, con aquello de E, O, N y S, esto es, como es muy notorio, Este, Oeste, Norte y Sur, y salió en Madrid este pasquin harto agudillo:

Despues de muchas Es, Oes, Enes y Eses,
Dejaron escapar á los Ingleses.

CAPITULO TRIJÉSIMOSEXTO.

Espedicion grandiosa á Jamaica. — Actividad en los arsenales. — Movimiento de tropas en Francia y en España. — Teson aparente de la Inglaterra. — Recargo sumo de su inmensa deuda. — Washinton triunfante, y el ídolo de ambos mundos. — Su valor, su intelijencia, su patriotismo. — Su sencillez y pureza de costumbres. — Negociaciones. — Anuncios, mas ó menos fundados de pacificacion jener l.

1783.

Yacen en el profundo abismo las víctimas deplorables del charlatanismo advenedizo y de la insensatez ministerial, pero siguen clamando, *aunque en desierto*, las familias inconsolables y los amigos afectuosos de tantos bizarros militares ciegamente malogrados.

Por fin se trata ya de formalizar la grande espedicion, que debió racionalmente ejecutarse desde el primer arranque de la guerra, contra la isla importantísima de Jamaica, vil y anchurosa madriguera del contrabando inglés en el interior del seno Mejicano, y azote esterminador del comercio agonizante en las colonias españolas.

El gabinete español, por la catástrofe horrenda y vergonzosísima de las Flotantes, y el francés por el clamor jeneral de voces y escritos contra el conde de Grasse, y de rechazo contra el de Verjenes, echan el resto á porfía en el armamento inmenso, para el transporte de cuarenta mil hombres á la Habana, y de allí á donde se tenga por mas conveniente, y con especialidad contra Jamaica. Todo es actividad, esperanza y regocijo anticipado, y tanto en España como en Francia, es continuo el movimiento de tropas, enseres y preparativos, sobre los puertos y arsenales.

En Inglaterra, el ministerio tiene que echar el resto en esforzar y engalanar su elocuencia, á fin de aparentar el sumo teson que ya no le cabe, con la nacion abrumada de réditos con los infinitos millones de empréstitos que va diariamente recargando sobre los muchísimos anteriores.

Envalentonada ya la oposicion, se apersona mas y mas por cada dia con los ministros, repitiendo y redoblando enfurecidamente el sublime «¿Hasta cuando?» de la primera Catilinaria; y luego clama «el caudal desaparece, el crédito yace, la nacion espira, y se nos anuncian todavía nuevos, continuos é intolerables empréstitos, para una guerra asoladora é intolerable. ¿Y culáes son nuestras ventajas? algunos navíos mas en nuestros arsenales, y allá los rebeldes campean, y Washinton es en el dia el triunfador, el oráculo, el dios, en una palabra, de entrambos mundos.»

Con efecto, el jeneral americano rinde al ejército inglés, y lo pasa, como los antiguos Romanos por las horcas Caudinas, campea por todas las colonias, y recibe, por donde quiera, miles de aplausos y casi adoraciones. Su valor, su intelijencia, su desinterés y su sencillez, le constituyen realmente un probombre sobrehumano, comparable en todo á los Timoleones, los Epaminondas y demás inmortales astros, que están todavia iluminando la historia griega y las naciones modernas.

Mientras se aparatan los inmensos preparativos de la espedicion ideada, intervienen algunos embajadores neutrales, así en Madrid y en Paris. como en Lóndres y en Holanda, y por fin se entablan y se formalizan las negociaciones. Se habla ya de ajustar los preliminares, y la Eu

ropa toda está colgada del paradero de una guerra sangrienta y costosísima, que tiene trastornados entrambos mundos; por lo cual no pueden menos de hacerse interesantísimos los pormenores que vamos á especificar en las pájinas siguientes.

CAPITULO TRIJÉSIMOSEPTIMO.

El conde de Aranda. — Embajador de Paris. — Su intimidad con los Enciclopedistas. — Plenipotenciario de España. — El ínclito Franklin por los Estados Unidos. — Verjennes por Francia. — Se entablan y adelantan las negociaciones de paz. — Gravísimas dificultades. — Se vencen. — Por fin se ajusta el tratado; quedándose los Españoles con sus conquistas en América y en Europa con Mahon. — Se frustra su empeño por Jibraltar. — Los Ingleses salen al fin en estremo gananciosos con el cabo de Buena Esperanza y la isla de Ceylan. — Descontento de los Holandeses.

1783 Y 1784.

El conde de Aranda, ejecutor de la espulsion de los Jesuitas, segun el plan del marqués de Roda, habiendo perdido la presidencia de Castilla, por una de las infinitas marañas palaciegas, se halla de embajador, con grandísima aceptacion, en Paris. Es travieso, ameno, agasajador y despreocupado, entabla estrecha intimidad con los ministros, y al mismo tiempo con los famosos enciclopedistas, sin desprenderse sin embargo de las ínfulas de señoron, y de grande de España, entroncado, como ya se dijo, por su apellido de Abarca, con los reyes primitivos de Sobrarbe (1).

Como quiera, siempre conservó estrechez suma, y correspondencia, mas ó menos seguida, con los primeros sabios de Francia (2), y en su roce no dejaria de adquirir algunas luces, conducentes para su influjo y desempeño en los cargos eminentes, que estuvo ejerciendo directa ó indirectamente en la monarquía.

Hallándose, como se ha dicho de embajador, se le constituye plenipotenciario por España, para el ajuste de la paz entablada, como lo es el conde de Verjennes, ministro de estado por la Francia, y el célebre Franklin (1):

Quien quitó al cielo sus rayos,
Y á los tiranos sus cetros.

Sumos son desde luego los tropiezos para la pacificacion jeneral, pues la España se aferra mas y mas en conservar las conquistas de América y la de Mahon, exijiendo además la entrega de Jibraltar.

Esta viene á ser la manzana principal de la discordia, pues Florida Blanca, y por consiguiente Aranda, miran este punto como capital, halagando á los Franceses con la cesion perpetua de la mitad de Santo Domingo. Tambien cediera el ministerio inglés, viéndose ya imposibilitado de continuar la guerra con ventaja, pero se teme una resistencia incontrastable, y tal vez un alboroto sangriento y funestísimo con la union de su llave del Mediterráneo, y así por mas que se le galantea, á costa de los indefensos Holandeses, quitándoles, para siempre, su idolatrado Cabo de Buena Esperanza y su riquísima isla de Ceylan; nada se consigue.

(1) Por junio de 1782 bajaban tres oficiales por la escalera de Palacio, y aunque vieron á un personaje que subia por el estremo opuesto, cargado de caireles y distintivos, no hicieron alto y pasaron de largo. Iba á la derecha de los tres un tal Sámano, que despues sirvió con distincion en América, y al verle los otros dos parado, advirtieron que el citado individuo lo trataba con desentono y ademan airado. Al reincorporarse supieron, que el detenido y reprensor era el conde de Aranda, que se mostró quejosísimo de no haberle saludado, teniendo aquella marcialidad por un desacato en estremo criminal, y entónces prorumpieron á *trio*: tan ajigantada como un *mero saludo*, será el alma de quien se destempla por tamaña pequeñez.

(2) Voltaire en su primoroso juguete de *Juan que rie y Juan que llora*, dice así:

Quand je bois les bons vins,
Dont Monsieur d'Aranda vient de garnir ma table,
Je ris.

(1) Al pié del retrato de Franklin, como árbitro del rayo, se le suele poner este hermoso verso latino

Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis.

Van y vienen correos, vuelan los dias y las noches, siempre afanados los ministros en su tarea, y entretanto siguen con mayor ahinco que nunca los preparativos para la formidable espedicion á Jamaica; pero se sonrie allá el gabinete inglés, constándole el ansia suma y la necesidad urjentísima, que tanto en España, como en Francia, imperan á todo trance el trabajoso y complicado ajuste.

El candoroso, el incomparable rey de Francia Luis XVI, que luego ha de ser el sangriento holocausto, el mártir anjélico de la irracionalidad desenfrenada, es el allanador infatigable de obstáculos, el triunfador gozosísimo de cavilosas contradicciones, y de resistencias empedernidas.

Ufanísimo viene á quedar el monarca pacificador de la Europa entera, mas poquísimo tambien tiene que agradecerle la infeliz España, cuando, tras tanto desembolso y sacrificio, se queda mas y mas desposeida de su prenda idolatrada, del aciago Peñon, puesto siempre en manos de sus alevosos y tiránicos usurpadores.

Pero ¡cuán ajeno se muestra el benéfico Luis, de prever el resultado infernal de su poderoso auxilio, para la independencia de los rebeldes Américanos!

Con efecto, quedan reconocidos solemnemente los Estados Unidos de América, como potencia libre y árbitra de todas sus jestiones interior y esteriormente, por la misma Inglaterra, su antigua dueña, y por los demás Estados de Europa, y desde entónces obra en todo á su albedrío, y prospera mas y mas por cada dia, con el auje que tiene asombrados á entrambos mundos.

Inglaterra se queda, como se ha dicho, con su inespugnable fortaleza, con la llave incontrastable del Mediterráneo, pese cuanto quiera á los jenerosos Españoles, y desposee para siempre, segun se ha dicho tambien, á los abatidos é inconsolables Holandeses del Cabo dominante para la navegacion importantísima de la India, y además la opulenta isla de Ceylan.

No se da por desagraviada la Inglaterra, con estas adquisiciones inmensas, del malogro de sus colonias americanas; y está además ansiando la posesion de Ceuta para señorear el Estrecho y el Mediterráneo, y aherrojar el comercio de las naciones. Le cuadra muy cabalmente el símil que hizo luego un ministro inglés de la Francia, con la inmunda Mesalina, insaciable siempre en su lujurioso desenfreno.

CAPITULO TRIJÉSIMOOCTAVO.

Ventajas de la paz.—Fomento de la marina.—El canal de Aragon.—El de Castilla.—El de Murcia.—Carreteras.—Sociedades de Amigos del pais.—La Bascongada.—La Primitiva.—Fundadora del célebre Seminario de Vergara.—Establecimiento de los Vales.—Del Banco de San Cárlos.—Cabarrús.—Mejoras en las poblaciones.—Paseos.—Réjimen administrativo.—En España.—En América.—Filipinas.—Atraso en los estudios.

DESDE 1784 **HASTA** 1787.

Reina la ansiada paz; se vivifican todos los ramos de la existencia pública, y antetodo la industria catalana toma un vuelo nunca visto. Se engrandecen y se redoblan en todos los puertos las especulaciones mercantiles, y aquel empuje trasciende por el interior á todas las artes, tanto liberales, apadrinadas siempre con especialidad por el culto monarca, como las mecánicas de utilidad, y aun precision mas jeneral.

Entretanto Moñino y Valdés siguen fomentando con intenso ahinco la marina, y el estudioso y acérrimo Mazarredo, toma á su cargo, y desempeño con suma intelijencia, el ramo fundamental de la parte científica, y enseñanza cabal de las academias en los tres Departamentos, colocando al frente por directores, profundos, pundonorosos é inexorables matemáticos, que velan el réjimen de las escuelas, y ejercen luego en los exámenes, una severidad canoniana, para el remplazo y aumento de una oficialidad sobresaliente.

Por el interior, sigue el famoso canal de Aragon, al cargo intelijente y eficaz de aquel Piñateli, tan puro en el manejo y dispendio de los caudales, como desvelado y ardiente para la ejecucion de sus obras verdaderamente asombrosas; y por fin el esclarecido Protector, consigue por entónces llegar embarcado y triunfante al mis-

mo término de Zaragoza, resonando por la ciudad los aplausos y aclamaciones del inmenso y atónito jentio. Todo se vuelve algazara, música, vivas y cantares, y suma es la gloria de tan celoso y memorable patricio.

Tambien se delinea y se empieza el gran canal de Castilla, mas no se adelanta, ni mucho menos se termina hasta en estos últimos tiempos. Se emprende con entusiasmo otra Acequia importantísima que es la de Murcia, pero queda luego deplorablemente suspendida, careciendo siempre del necesario riego aquel fertilísimo campo de Cartajena, que da copiosas cosechas, cuando le asisten las aguas. Se hace todavía mas lastimoso aquel mortal abandono para todo el pais, por el quebranto que se padeció luego con la ruina trájica del pantano de Lorca, que permanece todavía en su funestísimo estado.

Ocurre por algunos años anteriores, una novedad peregrina y favorable al bienestar de la nacion entera. Como los cultos Bascongados, y con especialidad los Guipuzcoanos, son de suyo tan sociables, alguno de ellos prorumpe de repente en una de sus reuniones, en la felicísima propuesta de formalizar una sociedad titulada de Amigos del pais, autorizada por el gobierno, para el fomento de la enseñanza pública y de todos los ramos de artes.

Se solicita en seguida, se consigue al punto, la autorizacion, se plantea la Sociedad Bascongada, y á poco tiempo el célebre Seminario de Vergara, semillero de literatos y de marinos eminentes; cuando todas las universidades jeneralmente yacian en el caos de la barbarie antigua, en el cieno de la irracionalidad. A ejemplo de la Bascongada, salen á luz otras varias, y aunque no florecen con la brillantez que la primitiva, fructifican algunas de ellas, como la de Madrid, la de Valencia, y aun mas la de Zaragoza, para todos los ramos de artes.

Se debe repetir, para la gloria de los Guipuzcoanos, que mientras la nacion entera seguia empapada y ciega en el rancio aristotelismo, en Vergara se estaban enseñando, con ahinco y acierto, las ciencias físicas y matemáticas, los idiomas, la música, el dibujo etc. (1). Loor eterno al pueblo culto, y tan afamado despues por el convenio, que por fin vino á zanjar la guerra bárbara y dilatada, que con la debida actividad por parte de los mandarines, no debió durar ni un dia.

El Seminario de Nobles en Madrid, tan solo pudo parangonarse con lo que vino á ser luego el de Vergara, en la temporada gloriosa de su direccion severa y científica del prohombre europeo, D. Jorje Juan (1), pero tras aquel brevísimo esplendor, paró luego en el decaimiento lastimoso de su yerta enseñanza y vulgaridad anterior.

Siguiendo ahora nuestra carrera histórica, Florida Blanca planteó los Vales, que siendo en número muy comedido, y pagadero al golpe con sola su presentacion al portador, eran ventajosos para el jiro, y mas dejando siempre alguna utilidad en el descuento.

Estableció entónces el Banco de San Cárlos, que tambien, fué provechoso, mientras no se atrevió el menesteroso gobierno á cortarle los vuelos. Fué su inventor y primer jefe, el despues tan célebre y atrozmente perseguido Cabarrús. Este traficante, con ínfulas de literato (2) era francés, de educacion culta, y aunque empleado algun tiempo, como mancebo, en la tienda de un mercader en Zaragoza, las prendas que dió luego á conocer, eran seguramente adecuadas para el desempeño de otros destinos de mayor altura y trascendencia. Persuadió Cabarrús al ministerio, que la salida inevitable de nuestra moneda abundantísima se hiciese por cuenta del gobierno, ú de un cuerpo autorizado al intento, para la ganancia cuantiosa de su jiro; jeneralizándola así en beneficio de la nacion entera. Aquel establecimiento padeció luego mil vaivenes, y con las usurpaciones del gobierno, vino mas adelante, á quedarse sin fondos.

Por lo demás, atendia Florida Blanca á la mejora y realce de los pueblos, con enseñanza de primeras letras y de retórica, fundacion y mantenimiento de hospitales, construccion de fuentes y sobre todo de paseos (3), desconocidos

(1) En Vergara se enseñaba dentro y fuera del colejio, hasta la fina crianza y el trato caballeroso. Con efecto, salian todos los jueves la mitad de los seminaristas á visitar las casas principales, y sus acompañantes hacian que se fuesen sentando junto á las señoras y señoritas, dándoles luego conversacion atenta y espresiva, sobre cuanto fuese ocurriendo, y luego á la vuelta, se reprendia muy agriamente en casa, á cuantos no hubiesen cumplido en las visitas con las obligaciones de un verdadero señorito.

(1) Hacia D. Jorje Juan, que los niños aprendiesen á leer, por la sencilla y preciosa Historia de la espedicion aragonesa á la Grecia, por Moncada.

(2) Cuando Sebastiani (á la sazon jeneral y ahora mariscal y embajador) vino á Madrid, en la oleada de José Botella, solia comer con Cabarrus, ministro de hacienda, y entrambos literatos solian escopetearse, á los postres, con versos de Virjilio. Mas la educacion, clásica al parecer, del italianisimo Sebastiani, no quitaba para que su hospedaje fuese harto, y aun impropiamente, costoso á su patron involuntario el marqués de Alcañizas, á la esquina del Prado.

(3) No habia en Zaragoza apenas, antes de la construccion del Canal, un paseo qué verdaderamente

hasta entónces, siendo tan indispensables en la civilizacion moderna, por todos los ámbitos de España.

Se trató de rever y despejar todos los ramos de la administracion pública, tanto en la Península, como en Ultramar, y especialmente en Filipinas; pais en estremo productivo, si se supiesen utilizar sus abundantes y riquísimos frutos, pero todos estos grandiosos intentos vinieron á quedar en mero embrion, con las ocurrencias inesperadas, que se agolparon luego sobre la Europa inquieta y desaforada.

Mas el ramo que estaba requiriendo mejoras mas fundamentales era el de los estudios, pues la verdadera enseñanza estaba reducida, como ya se ha dicho, á los estrechos ámbitos de un seminario arrinconado por las ensenadas de la montuosa Guipúzcoa, sin asomo de trascendencia eficaz á las demás provincias; y en esta parte Florida Blanca dejó la nacion tan atrasada tan á ciegas, como la habia hallado, al encargarse del ministerio.

mereciese este nombre, y ahora descuella á lo lejos el asombroso de *Torrero*, que particularmente por la parte que se llama la vuelta de los Ruiseñores, y luego á la bajada sobre el de Santa Engracia, por si mismo y por su perspectiva hasta Moncayo y hasta el Pirineo, es tal vez el primero de Europa.

CAPITULO TRIJÉSIMONONO.

Lejislacion de Indias. — Réjimen de las Américas.— Vireyes.—Gobernadores. — Establecimiento de Milicias.—Felicidad jeneral del interior.—Tropelias.—Influjo de contrabandistas ingleses.—Tupar Amaru.—Su levantamiento.—Causas.—Orijen.—Auje repentino.—Estension inmensa.—Derrota del caudillo.—Encierro en la ciudad de la Paz.—Sitio dilatado.—Apuro y desventura de los sitiados.—Rendicion.—Castigos horrorosos.—Benignidad del gobierno supremo.

A FINES DEL REINADO DE CARLOS III.

Por acudir á tanta variedad de objetos, como se han ido historiando, ha sido forzoso desatender el interior de las Américas, donde tras dos siglos y medio de sosiego, á todas luces venturosa en la jeneralidad, sobrevino un acontecimiento de suma entidad, que vino afortunadamente á zanjarse en sus primeros pasos.

Ya queda dicho, que la lejislacion española de Indias forma el código mas sabio, mas humano y mas esclarecido que se vió jamás en el orbe.

Dispone desde luego que todos los distritos hayan de tener un protector espreso y poderoso de los desvalidos Indios, que paguen por tributo jeneralmente la pequeñez de veinte, ó á lo mas treinta reales, al año por cabeza de familia; que nadie atropelle, bajo severísimas penas, á ningun individuo, hombre y mucho menos mujer; que se nombren por sí mismos sus alcaldes ó caciques, arreglándose todos para su réjimen á la justicia natural, y si fuese necesario á las leyes jenerales; que profesen el cristianismo bajo la direccion de sacerdotes de su misma nacion etc. etc. y luego, como las guerras frecuentísimas del insensato gobierno de España, no trascendian al interior de tan inmensas partes, así los naturales han estado, por varias jeneraciones, disfrutando una paz inalterable.

Mas todas las disposiciones humanas adolecen de fatalísimos quebrantos. Se ha dicho, particularmente en libros estranjeros, que los vireyes eran por esencia tiranos implacables, cuyo único intento era desangrar á los naturales indefensos, y atesorar caudales, para luego escandalizar con ellos en Madrid, Sevilla ú otra capital de España; pero semejante oprobio, padece infinitas escepciones.

Con efecto, hemos visto en nuestros dias al ínclito Revillajijedo, volver de su larga residencia en el vireinato de Méjico, sin absolutamente un maravedí, despues de haber gobernado aquellas fertilisísimas rejiones con el sublime pundonor que requeria su esclarecida cuna. Otros varios ejemplares pueden citarse, en comprobacion de esta verídica doctrina.

Mas no todos procedian con aquella entereza

catoniana, y particularmente en la clase inferior, se cometian desafueros violentos, y aun tropelías horrorosas. El *universal* Ensenada, tantas veces citado, y siempre con el elojio que por esencia se merece, tenia reservadamente encargado, como ya se dijo, à los célebres sabios Ulloa y Juan, en su ida á la medicion de un grado del meridiano, que se enterasen y le informasen de todo el pormenor ocurrido ú reinante en el réjimen del Perú, Chile y demás rejiones de aquellas dependencias.

Hiciéronlo asi los esclarecidos matemáticos, con el esmero y veracidad propias de su índole y del altísimo concepto, tan bien merecido y arraigado en la Europa entera; pero la caida temprana y harto funesta del sumo estadista, malogró aquel deseo benéfico, y como se ha visto en la Memoria de Navarrete, aquel informe reservado, vino á caer en manos de los Ingleses, quienes, con el fin torcido y alevoso que acostumbran, lo publicaron hace algunos años, bajo el título de Noticias Secretas, para desacreditar el gobierno español, y conmover los ánimos de aquellos naturales.

Antes de pasar adelante, hay que hablar de un establecimiento que despues llegó á ser de suma consideracion. El citado gran ministro ideó la formacion de milicias locales en América, para rechazar asaltos á viva fuerza, ó desembarcos cuantiosos de contrabando, fuesen de la nacion que quisieran; pero con su separacion infausta, quedó orillado este pensamiento, al par de otros muchos, á cual mas provechoso y acertado. Creáronse sin embargo algunos cuerpos, á veces con títulos estravagantes (1), pero en fin estaba medio armado el pais, á los asomos del acontecimiento que vamos á referir.

Se ha de tener entendido, que el gobierno jamás ha publicado aquellas particularidades interesantísimas, y si hay, como es indudable, en Simancas, documentos relativos á los móviles de tamaña conmocion, lejos de tenerlos á la mano, ni siquiera han llegado á nuestra noticia; y así se hace forzoso atenernos á relaciones parciales, confirmadas jeneralmente con los resultados en estremo lastimosos, de aquel ruidoso y temerario trance.

En suma un Indio principal del Perú, llamado Tupac Amaru, diciéndose descendiente directo de los Incas (2), por su propio impulso, ó como es mas probable, por influjo de los Ingleses (á la sazon en guerra con España) ó de algunos relajados mestizos, se reviste del plumero imperial, y enarbolando una especie de estandarte, cuajado tambien de plumas, se proclama con el dictado de Inca, emperador de todo el Perú.

Por el pronto se retrae á los bosques cercanos al Cuzco, la antigua corte y santuario, con el suntuoso templo del sol, de sus ínclitos antepasados. Desde luego se le agolpa un jentío inmenso, mas no se atreve á embestir la ciudad, y anda recorriendo los pueblos indefensos, y reforzándose mas y mas con cuadrillas, ó mas bien rebaños de Indios, armados los mas con palos, con chuzos, con flechas á su antigua usanza y poquísimas armas de fuego (2); sucediéndoles lo que retrata al vivo Virjilio, su saña los arma con lo primero que les viene á la mano.

Los gobernadores y majistrados españoles, al pronto se quedan atónitos, sin denuedo para arrostrar aquella innumerable y desaforada muchedumbre, ni serenidad para providenciar algun poderoso y ejecutivo contraresto; y esta inaccion envalentona mas y mas á los rebeldes, que siguen degollando Españoles, sin distincion de sexo, edad ó estado.

Por fin el virey de Lima se rehace, junta tropas, arma paisanos, dispone artillería, acopia víveres y pertrechos; avisa á los jenerales de Chile y de Buenos Aires, como tambien á Madrid y á Méjico, y pone ejecutivamente sus fuerzas en movimiento. Marcha en persona, y donde quiera que se presenta domina el pais sin contraste; pero los enemigos le toman luego la espalda, inundan pueblos y montes á derecha é izquierda y cometiendo siempre mas y mas atrocidades, imposibilitan al virey la subsistencia y la comunicacion de sus disposiciones, teniéndole siempre como acorralado, en el terreno que pisa.

(1) Como el de los Blandengues de Buenos Aires, y así ahora entre los militares, á todo individuo flojo y afeminado se le suele llamar, por mofa, *blandengue*.

(2) En el Perú, tanto por parte de la llamada nobleza y plebe, como por la del soberano, asomaba así en la estampa y en las costumbres, como igualmente en las acciones, mas regularidad, que en los verdaderamente mejicanos.

Cuenta la historia, que teniendo los Españoles inicuamente preso al Inca Atahualpa, su centinela se entretenia en escribir por las paredes varios nombres; le presenta el emperador la uña del pulgar para que le escriba el suyo, le complace el Español, y luego, viniendo el mismo Pizarro á verle, al mostrarle la uña, ve que no entiende el escrito. Con efecto la suma literatura del héroe de Trujillo, del triunfador del Perú, no llegaba hasta los rudimentos ínfimos de la cartilla; entónces el gran Pizarro abochornado, manifiesta que no sabe leer; Atahualpa se sonrie, le vuelve la espalda, y lo mira ya siempre con altanero menosprecio. — (2) *Furor arma ministrat.*

En trance tan apurado, tiene que regresar desairadamente á Lima; lo que consigue, sin dificultad ni fracaso, pues los Indios son incapaces de oponerle reñida resistencia.

Ufanos los sublevados con aquel triunfo aparente, se desavienen ciegamente, no queriendo los mestizos sujetarse al mando absoluto del Indio, y entretanto recibe el virey continuos refuerzos, y sale de nuevo á campaña. Persigue, alcanza, vence y acosa á los fujitivos, y si tal vez lo esperan en algun paso ventajoso, los arrolla tambien con repetido escarmiento. Huyen por fin despavoridos, y se encierran en la ciudad de la Paz. Llegan fuerzas de todas partes, y se formaliza el sitio, trayendo artillería del Cuzco y de otros puntos. Padecen los sitiados suma escasez de todo, y aunque los Indios se sostienen con poquísimo alimento, abiertas las brechas y acosados del hambre, tienen por fin que rendirse á discrecion.

Se ensaña y desenfrena luego el virey (mas vale callar su nombre) en el castigo, atormentando horrorosamente á Tupac Amaru y demás caciques principales, y aunque los Indios son en realidad menos sensibles al dolor y al deleite que los europeos, son hombres al cabo como los Españoles (1), y era mas propio, mas noble, y mas castellano, el imponer algun castigo ejemplar, ó mas bien indultarlos completamente, y despues celarlos con toda vijilancia.

Pudiera el gobierno, que en realidad estuvo despues mucho mas benigno, tener encargado de antemano que se trajesen los reos desde luego á España, como se practicó al fin con muchos de ellos, á quienes se dieron empleos se les agració y vivieron pacíficamente, entre los demás Españoles.

Podemos citar entre ellos á D. Manuel Inca Yupanqui, de la alcurnia imperial, que vivió largos años y se estableció en Zaragoza y tuvo familia considerable; desempeñando luego empleos eminentes, sin acordarse jamás de mover disturbios, ni conservar allá relaciones criminales ni sospechosas, con su antigua patria.

Estinguióse pues aquel foco de rebeldía, sin quedar la menor pavesa, hasta que otras novedades, por cierto mas aciagas y trastornadoras, pusieron en convulsion todas las Américas, y les acarrearon las pavorosas catástrofes que están de continuo padeciendo.

(1) El tal virey en ningun sentido seria lo que entendemos por *humanista*, pues ignoraba ó desatendia aquel arranque tan precioso, y tan dignamente celebrado, de Terencio:

Homo sum humani à me nil alienum puto.

CAPITULO CUADRAJÉSIMO.

Ultimos años de Cárlos III. — Su fallecimiento. — Conjunto de su carácter. — Larga duracion de su reinado. — Su sistema de gobierno. — Su trascendencia en todos los ramos de la monarquía. — Su réjimen invariable. — Siguen los tribunales administrando con plena autoridad la justicia. — Su aficion á la caza, dejenera en manía, y le acarrea la muerte.

EN 1788.

Los últimos años de Cárlos III, por dicha para la nacion, ofrecen poquísimos materiales al contesto de la historia. Todo sigue su rumbo, sin tropelías ni vaivenes. Suavísimo es el gobierno, particularmente en las provincias, y el monarca es quien padece algun quebranto en el interior de sus hogares; particularidad, cuya colocacion es indiferente.

Hay en palacio una camarista llamada Vallabriga, de la alcurnia ilustre de los condes de Torresecas en Zaragoza. Sus primores flechan y encarnan hasta lo sumo en el ánimo del infante D. Luis, hermano del rey; arde el amante en ansias entrañables, mas no cabiendo logro para su fina pasion sino por medio de un enlace caballeroso, se verifica así, á satisfaccion de la señorita y de la parentela, sin anuencia del monarca. Sale luego un decreto ú pragmática, apeando al infante de los honores y distinciones anejas á su jerarquia rejia, desterrando á los re-

cien casados al pueblo de Chinchon, cercano al sitio de Aranjuez, con el título de conde. Pero estas son interioridades palaciegas, que interesan poquísimo á la jeneralidad, y mucho menos á la parte sensata de la nacion.

Era de suyo el rey constantísimo en su sistema de gobierno, y jamás desempleaba á nadie, sin motivo muy poderoso, el cual jamás ocurria. Se hallaba de capitan jeneral en Castilla la Vieja, un anciano llamado Niuland, de familia irlandesa, sordo y trémulo que ni se enteraba de los negocios, ni acertaba á firmar los oficios, en suma, decrépito. El ministro de la guerra propuso en el despacho su relevo. ¿Cuáles son los delitos, le pregunta el rey con enfado, que ha cometido ese pobre veterano, para que le demos un *trabucazo*? Si lo acosan los años, no es culpa suya, que él muy gustoso los descartara, si pudiera; que haga lo que le permitan sus fuerzas, y si no nada. Con efecto siguió el anciano en su destino, hasta que falleció positivamente.

Hasta para sus recreos era esclavo de las horas, esperándolas con el reloj en la mano. En el mismo cazadero, al llegar el momento acostumbrado, iba á tomar la sombra, descansar y chanzear un rato, á la carrasca ó encina idéntica, y estaba allí el rato acostumbrado, sin un minuto mas ó menos.

Era de suyo benéfico, y tan solo profesaba odio mortal y entrañable á los Ingleses, pero con motivo muy fundado y aun laudable: y luego á los jesuitas, no merecedores en verdad de tan violenta ojeriza. Pudiera muy bien haberles cortado los vuelos y tenerlos á raya, estando siempre á la mira, pero sin atropellarlos, ni mucho menos espatriarlos. Ya se dijo, que hubo quien desaconsejase al adalid del norte, la admision en sus estados, por su innata y terrible travesura. ¿Unos *frailes*, contesta Federico, prorumpiendo en gran carcajada, en un estado todo *militar*? Los recibe, les encarga la enseñanza, y la desempeñan á los mil primores, sin soñar jamás en tumultos ni trastornos, que les hubieran costado muy caros.

Por fin Cárlos III procura suplir su ausencia en Madrid con los llamados estudios reales de San Isidro, pero aunque se nombran efectivamente profesores para todas las cátedras de ciencias y de idiomas, se quedan por el pronto muy en zaga, así en suficiencia como en ahinco de los desventurados espulsos. Mayor fué todavía el vacio en la parte de Castilla la Vieja, que enviaba la juventud al célebre colejio de Villa-García, cerca de Palencia, donde el P. Petisco, gran lenguista y consumado gramático, despues de imprimir esmeradamente sus libros elementales, dirijia la enseñanza de los idiomas con sumo tino y eficacia.

El desterrador implacable de los jesuitas, fué por fin víctima de su pasion predilecta, cojiendo en el cazadero una pulmonia, que segun el órden que suele seguir el rumor palaciego de Enfermo.—Mejor.—Muerto, falleció á fines del año de 1788, con sumo sentimiento, por lo menos aparente de los cortesanos.

Se hizo realmente mas acreedor á la gratitud que al aborrecimiento de la nacion entera; y al fin no fué su reinado de mujeres, como los dos anteriores y el posterior, pues quien llevó el gran timon de todo el estado, fué siempre el conde de Floridablanca, sujeto espedito, pundonoroso y ajeno de todo vicio, y así aunque superficial y presumido en demasía, al cabo sus conatos, mas ó menos eficaces y acertados, vinieron á redundar tambien jeneralmente en beneficio de la nacion.

Repetimos, que el imperio de Cárlos III en España, por el plazo largo de cerca de treinta años, dió notable impulso á todos los ramos de la monarquía; como se demostrará nuevamente en otros dos capítulos, historiando antes las varias calamidades, por lo mas inculpables para el gobierno, que nublaron, hasta cierto punto, las prosperidades de aquel reinado.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOPRIMO.

Cuatro fracasos memorables en el reinado de Cárlos III.—1.° El descalabro, ya referido, de Arjel. —2.° Incendio y ruina del teatro de Zaragoza.—Sacrificio del capitan jeneral Manso.—Cincuenta y cuatro señoras abrasadas y tendidas con sus galas en el Coso.—Total del infortunio.—3.° Inundacion y vuelco del caserío de Sanguesa por el Ebro.—Cómputo por mayor del estrago.—4.° Hundimiento del puente en el Puerto de Santa María.—Naufrajio horroroso, y mortandad lamentable.

LAS MISMAS FECHAS.

1.° Ya se refirió por estenso, en su debido lugar, el rechazo funestísimo de Arjel, y el premio escandaloso concedido á entrambos caudillos, á cual mas culpado, de mar y tierra.

Vamos ahora á describir, con algun pormenor, los tres fracasos, harto dolorosos, que se apuntan en el encabezamiento del capítulo.

2.° En el año de 1779, habia en Zaragoza una compañía italiana sobresaliente. Llega el 12 de noviembre, festividad de san Diego, y por el cumpleaños del príncipe de Astúrias á la sazon, y despues Cárlos IV, representando la grande ópera del célebre Metastasio, *La Jura de Artajérjes*, primera de su esquisita coleccion, está el teatro iluminado, y las damas ostentan gozosas sus peregrinas galas.

En el primer intermedio se aparata la decoracion de un jardin magnífico, y en medio una gran fuente figurada, lo mejor posible, con anchas y largas tiras de papel plateado. Se inclina una vela, prende fuego al papel, quiere el tramoyista descargar un recio golpe para apagarlo, se opone el empresario, por no desbaratar la decoracion; en esta contienda, sube una llamarada á las bambalinas, recien-bañadas de aguarras, se incendian, se trasparenta el fuego por el telon que permanece corrido, lo levantan los maquinistas, no se sabe con qué órden, y entónces se dispara ya inmensa llamarada y abrasa el rostro al jeneral que despide á su familia, y muere luego, víctima de su pundonor; todo es alboroto, alaridos y confusion.

El jentío del patio, aunque lleno, como cercano á la puerta principal, se salva casi todo; mas no así cuantos salen de la grada ó bajan de los palcos y cazuela, pues agolpándose á las puertas, que se abren para adentro y se hallan unas cerradas por entero, y otras á medias, imposibilitan mas y mas la salida.

En esto la humareda densísima y angustiosa, inunda los corredores y ahoga particularmente á las mujeres. Se consigue destrozar las puertas, entran los valientes zaragozanos á todo trance, y van sacando cadáveres, de modo que á poco rato aparecen tendidas por el Coso y abrasadas, no menos que cincuenta y cuatro señoras, con todos sus dijes y galas.

En medio de espectáculo tan trájico y pavoroso, sobreviene todavía mayor conflicto; el teatro está junto al hospital, siendo su pertenencia; la parte mas cercana al peligro es la sala de calenturas, atestada de mas de doscientos enfermos; y hay que trasladarlos á la enfermería del convento vecino de Franciscos. Faltando el capitan jeneral, el gran Piñateli acude á todo; la oficialidad, la nobleza, y particularmente la gallarda y forzuda plebe, cargan con los dolientes exánimes, y llevándolos bien arropados, se completa la traslacion sin trastorno.

Por fortuna es la noche apacible; los pocos gastadores de la guarnicion y los centenares de albañiles y carpinteros de la ciudad, trabajan incesante y peligrosísimamente; resuena el estruendo de miles de hachazos en medio de las llamas, y por fin se desploma totalmente el edificio con espantoso ruido, y queda aislado el incendio.

Entónces se redoblan los ayes de tantísimas familias, aquejadas con el doloroso quebranto; se recojen los cadaveres, y se concentran los estremos de afliccion por el interior de las casas. La mañana siguiente, todo es silencio pavoroso, y recuerdos amargos del conflicto, ya pasado, pero siempre memorable para la ciudad entera; aunque la clase principal fué casi la única comprendida en la catástrofe.

Abultóse mucho la pérdida; pues aunque siempre dolorosa, segun las averiguaciones puntualísimas que luego se hicieron, en realidad no pasó de unos cien individuos, muertos en el ac-

to, ú fallecidos de las resultas (1).

Los predicadores, en vez de condolerse y esplayar los ánimos, se esmeraron en aumentar el desconsuelo jeneral, anunciando mas y mas desventuras y fulminando siempre anatemas. El ayuntamiento decretó no reedificar el coliseo, pero á los pocos años se quebrantó aquel acuerdo, planteó un teatrillo provisional en la misma casa de la ciudad, y por fin construyó un teatro magnífico, frente á donde estaba el antiguo.

3.° Por aquellos años, á fines de junio, inmenso aguacero, un nuevo diluvio, surca montes y laderas, y anega las llanuras de la alta Navarra. Crecen y se hinchan monstruosamente sus rios, y desaguan con impetuoso raudal en el Ebro, que rebosa sin término sobre su ya estrechísimo cauce, y ronca amagando asolacion y esterminio. Inunda de repente á la infeliz Sanguesa un piélago horroroso, y desploma ó arrebata casas y barrios enteros. Amanece como ceñudo y amenazador el dia, el vecindario despavorido corre acá y acullá en pos de algun asilo; mujeres y niños exhalan lloros y alaridos; se encaminan todos ansiosamente á la parte mas elevada del pueblo, y aun allí les alcanza la oleada espumosa y esterminadora.

En vano echan el resto autoridades y pudientes; no hay mas que algun menguado esquife para barquear á tanto náufrago desvalido, con lo mas preciso para su existencia; brama el rio por las calles y se introduce por las casas, y se lleva como en trofeo, cunas, sillas, bancos y otros muebles, que en parte se ven pasar bajo los puentes de Zaragoza. Arrebata ó inutiliza los abastos mas precisos. Hambrea de muerte la muchedumbre, mas por el pronto, la justicia y los pudientes abrigan y socorren á los menesterosos.

Cede por fin la avenida y vuelve el Ebro á su cauce, mas los apuros del vecindario son cada dia mas deplorables, quedando los mas absolutamente faltos de albergue, sin que consten providencias ejecutivas de auxilios ni escasos, ni cuantiosos; y al desentenderse de tan justos clamores, merece que la historia justiciera tizne y acrimine por largos siglos el desamparo irracional de un gobierno tiránicamente empedernido. Tampoco nos cabe determinar el número de las infelices víctimas, que parece fué de bastante consideracion.

4.° Se propone, se aprueba, se ejecuta y se instala en el Puerto de Santa María, un puente suntuoso; bajo la mano desastrada é infaustos auspicios, de aquel mismo adalid rechazado vergonzosísimamente en Arjel, del siempre descocado y presumido conde de Orrely. Es la perspectiva lijera y elegante, y como las Sirenas encantadoras, atrae un jentío inmenso, que solemniza en pompa, con músicas y todo jénero de regocijos el ansiado estreno de aquella octava maravilla... y de repente cruje, se estremece, estalla horrorosamente, y se hunde en las aguas, con toda su galana concurrencia, la falsísima obra. Todo es clamor y alarido, todo espanto y confusion y muerte.

Acuden barquillas y lanchas á porfía, salvan á muchos, pero la mayor parte fenece en el fracaso sin arbitrio; se da parte al gobierno, el cual *queda enterado*, y deja intacto y en su mando, al causador de tanta desventura, al que enluta y llena de amargura un sinnúmero de familias.

Estos son los cuatros fracasos principales de aquel reinado, pues en cuanto á los desmanes de la guerra con los Ingleses, además de ser ciertamente de otro jaez, quedan mas que compensados con las ventajas que fueron muy considerables, y aun algunas de suma trascendencia, como queda referido y demostrado.

(1) Hubo ocurrencias muy estrañas. La condesa de Sástago, Valenciana gallarda y hermosa, pudo asomarse á un balcon; la conocieron sus criados y le instaron á que se arrojase; lo hizo, la recibieron ansiosa y arrebatadamente en sus brazos. Logró salvarse por entónces, pero á los pocos dias falleció del violento trastorno.

Un poeta zaragozano, tan menguadillo de númen como de corpulencia, publicó luego una composicion que corrió mucho, y empezaba así:

¡Ay de ti, Zaragoza! llora, llora;
Siente, amarga, el dolor que te traspasa,
Y mira, mira el ejemplar horrendo, etc.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOSEGUNDO.

Sistema afrentoso de Moñino con los Berberiscos.—Permanencia y despotismo de la Inquisicion.—Vulgaridades fanáticas y perniciosas.—Grandeza.—Su ninguna educacion.—Sus arranques y modales llanos y espléndidos.—Trato amenísimo de las señoras.—Manía de modas.—Costumbres finas y honestas de la clase media.—Torpes y viciosas de la plebe.—Toros.—Teatros, llamados corrales.—Predominio de los manolos ó chisperos.—Relajacion de los aldeanos con el roce de los Madrileños.—Trajes.—Alimentos.—Particularidades.

EN EL REINADO DE CARLOS III.

Feísimo baldon está padeciendo España, por la ceguedad suma del ministerio decantado, que empuña y tuerce á su antojo las riendas de la monarquía.

Hay en los arsenales de setenta á ochenta navíos, á cual mas asombroso, y á cual mas capaz por sí solo de anonadar toda la marina berberisca, con su inmunda y torpísima chusma; hay una oficialidad brillantísima, ansiosa toda de ejercitarse y de adelantar en su carrera, y en vez de emplear cuatro navíos y otras tantas fragatas, que relevándose por meses en Cartajena, se situasen dia y noche sobre Arjel, para echar á pique sin remision, no solo las naves corsarias y considerables, sino cuantas barquillas pescadoras asomasen por la boca del puerto; en vez, repito, de una providencia tan obvia y tan á todas luces decorosa y aventajada, antepone el abogadillo (1) Florida-Blanca el constituir la nacion tributaria de una zahurda vil de piratas, enloquecidos con el rechazo del torpísimo Orrely, que ponen, como se dice vulgarmente, la *cuarta puja* á los compradores de la paz infame, mucho mas costosa que la colocacion perpetua de los bajeles vengadores de nuestra afrenta, en la forma que se acaba de espresar.

Por su parte Cárlos III, en vez de ensañarse y desfogar sus iras con los desventurados jesuitas, empleara infinitamente mejor su conato en dar al través con el tribunal tenebroso, quemador de la inocencia y apagador de la mas mínima pavesa científica. Al contrario, en nuestros mismos dias, hemos visto á todo un duque de Medinaceli, señoron, si podemos espresarnos casi réjia cuna, y con un cúmulo de millones á su disposicion cual nunca pueden arañar todos los soberanillos de Italia juntos, lo hemos visto ¡ay Dios! engreirse y ufanarse pomposamente en *alguacilar* ciega y servilmente á la vil ralea de inicuos sayones.

Hemos visto á doctores ceñudos de Alcalá ó de Salamanca, ir altaneramente ostentando su distintivo estravagante de Calificadores del Santo Oficio, y hemos visto á hidalgos honrados y al parecer instruidos, blasonar en gran manera de su dictado peregrino de *familiares* de la Inquisicion. Traspongamos objeto tan execrable, y vamos á delinear las costumbres de Madrid, y por consiguiente de la nacion en aquella temporada.

Aquella misma grandeza, tan jeneralmente relajada, y en una palabra, viciosa, solia, en medio de su liviandad, prorrumpir en rasgos gallardos y aun sublimes (1).

Una duquesa riquísima, y harto conocida en Madrid y en las provincias por su marcial sen

(1) No merece en la realidad otro nombre, segun algunos rigoristas.

(1) Del mismo señoron que *fachendeaba* tantísimo con su alguacilazgo indecoroso, se cuenta que perdiendo ya en un garito, que solia frecuentar, todo su metálico, sacó un vale de seiscientos pesos y se lo puso delante. Entónces un miron esclamó á media voz: «con ese papelillo, seria yo feliz por años.» En seguida el duque tomó el vale con ambas manos, y lo alargó sobre la cabeza, diciendo: «si á tan poca costa puedo yo hacer á un hombre feliz por años, allá va.» Y luego sin mirar al agraciado, siguió jugando con otros vales. Mantenia á la sazon, bajo su techado, sin contar su propia servidumbre, á mas de quinientas viudas y huérfanas; jenerosidad que estrañó sobremanera un viajero aleman, venido por entónces á Madrid, como que jamás habia presenciado aquella sólida magnificencia, en ninguna otra parte de Europa.

sualidad: se bañaba en delicia cuando lograba ejercer algun acto grandioso de compasion ó de beneficencia, y aunque solia propasarse en agasajos á toreros, comediantes y demás ralea jacarera, su opulencia abarcaba tambien á los literatos, y á toda clase de verdaderos menesterosos.

Pero la amenidad florida, el agasajo finísimo y la intimidad entrañable y recatada, descollaban y resplandecian en Madrid, cual en ninguna otra parte de Europa; y en llegando las festividades, asomaba al punto el banquete espléndido y placentero, con bullicioso hechizo de los cultos é invariables tertulianos.

La plebe era de suyo, cual en todas partes, desbocada y maligna, apasionadísima á toros, donde soltaba la rienda á su mordaz y á veces chusca insolencia, como tambien á las comedias idolatradas todavia, y hoy puestas absolutamente en olvido, de Calderon, de Lope y de Moreto. Llamábanse los mas traviesos y descocados, chisperos ó manolos, cuales los retrató el aragonés D. Ramon de la Cruz en sus sainetes, ya igualmente arrinconados. Solian agolparse á la puerta, y luego ir y venir en oleadas por el patio de los coliseos ó corrales, sentenciando á vida ó á muerte, bajo la dictadura de algun menestral, cuantas novedades salian, con mas ó menos aparato, á las tablas.

El vecindario cifraba, como siempre, su felicidad en la baratura del pan, vino, aceite y demás renglones fundamentales, sin que careciese la ínfima plebe del tino y desenfado necesarios para discernir y tachar el oríjen y la trascendencia de cualquiera demasía y monopolio en todos los ramos de consumo; y disparándose á veces en alborotos violentos, y en raptos de furibundo desenfreno.

En suma, la morada de Madrid, á pesar de sus destemples en los meses de calor ó frio, se hacia jeneralmente tan apacible y halagüeña, que todos los estranjeros se embelesaban con el atractivo de las Sirenas, que estendian su donaire, á cuantos llegaban á saludarlas; y como en la antigua Corinto, apenas hallaba el advenedizo rumbo espedito y momento adecuado, para trasponer las orillas encantadores del Manzanares.

Nos dilatariamos en demasía, si nos parásemos á describir de intento los jardines suntuosos y las fuentes grandiosas de la Granja, la inmensidad sublime del Escorial, y el aseo, la elegancia sencilla y las alamedas interminables, y cuajadas de ruiseñores, de Ajanjuez, sin olvidar la hermosísima cascada en el Tajo, y el encumbramiento ajigantado de los árboles y enramada del jardin de la isla.

Mas no podemos desentendernos de algunas observaciones, acerca de los trajes antiguos y modernos, y de las modas reinantes en Madrid, y trascendentales á todos los pueblos crecidos de la Península.

Marcial y airosísimo, aunque algun tanto prolijo y esmerado, era, particularmente en los hombres, el traje antiguo español; pudiéndose llamar clásico en las artes, pues en la estatuaria es ridiculísimo el vestido francés. Por esta razon, el artista que representó á los héroes Daoiz y Velarde, en el acto de salir el 2 de mayo, les supone terciándose arrebatadamente una capa cualquiera, y da á las figuras mucha mas propiedad y heroismo.

Sin embargo la prepotencia, por largos años victoriosa, de Luis XIV en armas y en letras, propagó y arraigó por Europa, el traje, el idioma y las costumbres, pues antes era todo castellano, por ambos mundos. Un castizo Español que pasa en Paris por la gran calle de San Honorato, ve con indignacion entrañable, una porcion de soberanillas, que cada una en su solio, con tantas veras como si fuese un ministro supremo, ú mas bien un gran monarca, está repuliendo y acicalando su rídiculo figurin, que en suma viene á ser una especie de letra de cambio, pagadera á la vista, en Madrid, en Sevilla ó en Barcelona; sin que esta manía costosísima, tenga, especialmente entre las damas, el menor jénero de contraresto, pues con efecto el imperio de aquella diosa fantástica y despótica que se llama la *Moda*, es absolutamente irresistible.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOTERCERO.

Varones eminentes en el reinado de Cárlos III.—Caudíllos de ejército y marina. —Injenios. — Poetas.—Prosistas.—Pintores.—Grabadores.—Impresores. — Artistas en varios ramos. — Adelantos en industria, labranza, comercio.—Despreocupacion jeneral.—Imprenta.

EN EL MISMO REINADO.

Desaparecieron los Corteses, los Córdovas, los Leivas, los Bazanes y tantos como resplandecieron y asombraron el orbe, por cerca de dos siglos, mas no han faltado en nuestros dias militares en estremo apreciables, que sostuvieron ó realzaron el timbre español.

El jeneral Cevallos desempeñó con ahinco y brillantez su comision en América, el conde de Aranda era atinado y ejecutivo, pero principalmente valeroso, para todo jénero de encargo civil ó militar; D. Luis de Córdova conservó el esplendor de tan ilustre apellido mandando escuadrss poderosas con acierto y predominio; y á su lado vino á formarse el ínclito Mazarredo, consumado en todos los ramos de la náutica, y con especialidad en la táctica naval; ciencia que vino como á plantear en España, con una superioridad incomparable.

Pero en realidad florecieron con mas pujanza y maestría las letras que las armas en el reinado memorable de Cárlos III.

En medio del atraso vergonzoso, de la lobreguez profunda de nuestras universidades tenebrosas, pasma el presenciar esa caterva de escritores eminentes que descollaron, por las riberas ya esclarecidas y antes silenciosas, del Manzanares.

Tres injenios estremeños van á encabezar nuestra brillante Reseña.

HUERTA.

D. Vicente Garcia de la Huerta, natural de Zafra, estudió con ahinco las humanidades, fué bibliotecario en Madrid, y además de otras varias poesías, compuso la Raquel, trajedia que le acarreó algunos sinsabores, por la trascendencia que se le supuso en los acontecimientos contemporáneos.

La Raquel adolece de lunares mas ó menos considerables, como todas las obras de aquel jénero tan árduo, pero á pesar de su largo y defectuoso desenlace, y alguna otra impropiedad, tiene una esposicion grandiosa, caractéres verdaderamente solariegos, versificacion sonora, sencilla y espresiva, y encierra por todo su contesto una especie de sabor á rancio castellano, en lenguaje y en costumbres que embelesa á todo Español amante del escelso señorío de sus mayores.

Lastimosa es por cierto la torpeza de nuestros empresarios, que en medio de su escaso y ridículo repertorio, por maravilla sacan al teatro una trajedia tan arreglada, y tan por todos títulos apreciable.

SALAS.

D. Francisco Gregorio de Salas, natural de Jaraicejo, clérigo, habitante perpetuo de Madrid, amigo de todo su vecindario, y de cuantos forasteros frecuentan sus calles y plazas. Fué un coplero inagotable, y queriendo remontarse á mayor esfera, y remedar al pié de la letra los objetos, se construyó una casilla de tapia, sobre un cerrillo cercano á la puerta de Recoletos; y allí fué componiendo su Observatorio Rústico, á veces casi tan tosco, ú por lo menos tan llano, como su misma choza. Sin embargo no carece de prendas poéticas, como demuestran las nueve ó diez ediciones que cedió á beneficio de su amigo Orca, cuya librería frecuentaba con preferencia á todos los parajes del pueblo.

Aunque era en realidad la misma inocencia, tenia vista perspicaz para discernir y aquilatar el respectivo mérito de las pinturas, y oido finísimo para la música. Sus décimas sobre las provincias tienen chispa, tino y gracejo.

MELENDEZ.

Hágase la luz poética en España, dijo el Criador, y resplandeció Melendez; en Ribera del Fresno, su patria, en Segobia, en Salamanca, en Madrid y en el orbe.

El Batilo, por el conjunto de su estension y de sus prendas, es indudablemente la mejor Pastoral que se conoce.

Las Anacreoniscas se aventajan á las del mismo Anacreonte, que vienen á ser unas pavesas, ó chispillas halagüeñas, y las de Melendez son en la realidad unas antorchas centellantes y primorosas.

De los cincuenta, ó mas Romances, los dos tercios por lo menos, merecen el dictado de sobresalientes, pero descuella, sin que haya composicion igual en ningun idioma, el de Rosana, con aquel raudal, aquel hervidero de símiles y de pinceladas, á cual mas linda, mas obvia y mas embelesante, y cuantas poesías se le quieren comparar, se deslucen ó se marchitan en su cotejo. Se me figura la Rosana una de aquellas huertas de palmeras que en las cercanías de Elche están ostentando su pujanza con el arqueo de sus brazos ajigantados, movidos por el viento.

La despedida del Anciano es un cuadro de Velazquez ó de Murillo exhortando con la contemplacion de los objetos, á la mejora, á la defensa y la prosperidad de su patria.

Es verdaderamente sublime la Oda entera del inglés Dryden intitulada el Festin de Alejandro, pero la primera de Melendez á las Artes atesora por cierto otra aplicacion y trascendencia, con el cuadro gallardo, armonioso é instructivo, que rasguea en cada estancia. Ni por asomo, tiene allí cabida la crítica mas mordaz ó mas escrupulosa.

Parece, que en esta composicion, y en la profecía del Pirineo de Arriaza, así la poesía como el idioma, llegaron ya á lo sumo de la perfeccion.

En cuanto al pormenor de la vida de Melendez, véase la que escribió crítica y acertadamente, su digno amigo D. Manuel Quintana.

CADALSO.

A D. José Cadalso, brillantísimo oficial de caballería, muerto por una bomba abominable en el tan costoso como desatinado sitio de Jibraltar, cupo la gloria de ser el Mentor, el formador de todo un Melendez, amistándose con él en Salamanca, donde se hallaba este de catedrático de Humanidades, y Cadalso de cuartel con su escuadron, comunicándose de continuo sus tareas, y retocándose mútuamente sus partos.

No rayan seguramente los de Cadalso á la elevacion que los de su íntimo, pero son siempre recomendables, unos por sus afectos, otros por su chusquería y todos por su fino gusto.

Aun las mismas Cartas Marruecas que jeneralmente no se aprecian en tanto grado, encierran seguramente, no solo rasgos, sino trozos considerables de notable trascendencia, así para la sagrada humanidad como para la política jeneral y equitativa.

Véase la preciosa Oda de Melendez á Cadalso:

De pompa, majestad y gloria llena etc.

SAMANIEGO.

A no mediar el chistosísimo la Fontaine, fuera D. Felix María Samaniego indudablemente el primer fabulista de Europa. Metro fluido, sencillez amena, lenguaje castizo, moralidad obvia, arranques donosos, todo realza, todo inmortaliza la preciosa coleccion, dedicada, como parto de un caballero bascongado, al ínclito Seminario de Vergara, y reimpresa luego, á largos miles, en varios pueblos de España, para la educacion esmerada y halagüeña de los niños. Gloria sin fin al autor tan á todas luces benemérito.

LOS IRIARTES.

D. Juan, tio de D. Bernardo, camarista de Indias, de D. Domingo que despues ajustó la paz de Basilea y D. Tomás el escritor, todos Canarios; D. Juan repito, consumado latino, compuso una gramática muy apreciable, varios discursos académicos, una coleccion de epigramas, algunos bastante agudos, y colocó, por encargo del gobierno, en letras materialmente de oro, como era debido, sobre la portada de la Academia de Artes y del riquísimo gabinete de Historia Natural, la inscripcion quizá mas sencilla, mas castiza, mas conceptuosa y mas sublime que se compuso jamás (1).

D. Tomás dió á luz sus fábulas literarias, con menos gracejo por cierto que las de Samaniego, pero siempre en estremo apreciables. No así su poema de la *Música*, impreso con todo lujo (1), pero prosaico, yerto y ajenísimo de tan poético asunto.

Poseia Iriarte el idioma en grado supremo, y

(1) *Carolus III*
Naturam et Artem
Sub uno tecto
In publicam utilitatem
Consotiavit.

El *Naturam et Artem*, abarca el universo todo, y los primores mas peregrinos de las Artes eminentes.

(1) Es memorable la humorada de un chusco madrileño con el poema de Iriarte. Estaba recien publicado con cierta aceptacion, y tenia seis láminas primorosísimas; llega un comprador á la librería, pide, toma y paga su libro; saca las tijerillas que trae al intento, corta los preciosos grabados, los envuelve arrollados en un papel, devuelve el tomo, y se despide; Lo sabe el autor, y queda su amor propio traspasado de amargura.

era prosista muy recomendable, pero nada absolutamente mas.

Pobrísima y sobre todo difusa, aunque superior á la antigua, es su traduccion del Arte poético de Horacio.

MORATIN.

Omitiendo al padre, por frio y vulgar, Don Leandro Moratin ha logrado una aceptacion portentosa, apellidándole muchos el Moliere del teatro español; mas en la realidad está muy ajeno de merecer tan ínclito dictado.

Ante todo, la Academia Española cometió con él, sin duda á ciegas, la injusticia patente de postergarle su Sátira escelente, aunque difusa, contra los vicios de la poesía castellana, premiando ridículamente otra en estremo inferior y aun despreciable, pero su nombradía se cifra casi únicamente en sus comedias.

Como quiera todas ellas pobrean por escasez de asunto, y vienen á ser unos sainetes largos, salpicados de agudezas propias ó recojidas por las esquinas, pero á veces finas y verdaderamente chistosas. Por lo demás, se representan ya todas poquísimo, y se hallan en vísperas de yacer para siempre en el olvido, como está sucediendo á nuestro monstruoso y ponderadísimo teatro antiguo.

Nada suponen tampoco las traducciones de Horacio por Moratin.

LA CRUZ.

D. Ramon de la Cruz mereció sumo aplauso con sus sainetes, y con especialidad por el Manolo; mas á pesar de la pintura cabal, ó mas bien realidad, de sus cuadros, todo aquel teatro, con las mismas costumbres que tan al vivo retrata, desapareció de las tablas, y aun de los mismos barrios de Madrid, donde existian los orijinales, tan bulliciosos en otro tiempo.

VARGAS.

El marino D. José Vargas Ponce, despues de merecer el premio de elocuencia, en su primera mocedad, por su elojio de D. Alfonso el Sabio, en la Academia Española, siendo despues individuo de ella y de otras varias, compuso un sin fin de Memorias todas muy eruditas, y por último dió á luz, en octavas, su Proclama de un Solteron, ó Satira contra las mujeres, que es un dije de elegancia castiza, de chiste fino, y de lijereza sin igual; cayendo tan en gracia á las mismas interesadas, como á los hombres mas indiferentes.

Contestóle con harta difusion y pesadez Breton de los Herreros, sin asomo de semejanza en el donaire y en la delicadeza.

ARRIAZA.

D. Juan Bautista Arriaza, tambien marino, pertenece igualmente, por su cuna, al reinado de Cárlos III.

¿Quien no sabe de memoria las Patrióticas, los Brindis, el Canastillo, las trasformaciones de Vénus, y particularísimamente la entrañable Despedida, y la sublime Profecía del Pirineo? Todo, todo es la quinta esencia del primor y de la perfeccion. Tiene jeneralmente mas chispa orijinal que el mismo Melendez, y posee en grado eminente el señorío del idioma.

Adviértase que hasta sus mismos *repentes* suelen ser muy superiores, á los partos trabajosos y pausados de muchos versistas presumidos y celebrados.

Pasando ahora á los Prosistas, se presentan colosalmente, como en el atrio de un alcázar, los tres Asturianos, á cual mas esclarecido, el gran Campomanes, el brillantísimo Jovellanos y el infatigable Marina.

CAMPOMANES.

Educado en el convento, bajo todos conceptos anticuado, de dominicos en Santillana, su entendimiento descolló triunfalmente sobre la escoria que intentaba ofuscarlo.

Pasa luego á Madrid, y estudia con ahinco y aprende con perfeccion la lengua arábiga, y siendo todavía, como dicen, abogado de boardilla, publica su Antigüedad marítima del comercio de Cartago, cuya Erudicion y criterio pasman á nacionales y estranjeros.

Entra en la carrera de la toga, sale á Fiscal del Consejo Supremo, hace un viaje, por encargo del gobierno, á Estremadura, y vuelve ufanísimo cargado con antigüedades preciosas de Mérida, y de otros parajes.

Es tan asombrosa su memoria, que conserva en ella los nombres, entronques de sucesiones, de todas las dinastías Arabes en España (1).

Da luego á luz sus tratados luminosos y utilísimos de la Industria y Educacion popular, con un sinnúmero de apéndices voluminosos é instructivos, para toda clase de ciudadanos, y por

(1) En comprobacion de aquel fenómeno nunca visto, siendo ya gobernador del Consejo, en una ocasion llegó á la 1.ª sala de gobierno el espediente de un pueblo de Estremadura, que solicitaba la órden para que otro concejo de la vecindad franquease el paso al conducto de cierta fuente que le interesaba traer á su territorio, y Campomanes prorumpe de repente: «se equivocan esos Estremeños, pues les tiene mas cuenta el conducir el agua de otra fuente copiosa que hay en tal punto,» y así se estendió la providencia, pasando las órdenes competentes para su ejecucion.

último echa el sello á su nombradía, con su libro de Amortizacion, que despeja y apura consumadamente tan intrincada materia.

En seguida, director de la Academia de la Historia, es el alma de todo aquel cuerpo doctísimo, y cuaja mas y mas volúmenes, con sus eruditas Memorias ó Disertaciones.

Como un gobernador del consejo, en calidad de presidente de la cámara, influye tantísimo para los nombramientos de la judicatura, conociendo personalmente, ó por informes, á todos los empleados en aquel ramo, se esmera en que todos los tribunales aparezcan dotados de sujetos pundonorosos y de cabal desempeño, reconviniendo tal vez con alguna aspereza, y siempre con escrupulosa imparcialidad, á cuantos delinquen, ó se adormecen palpablemente en el ejercicio de sus funciones.

Llegado por fin al término de su gloriosa carrera, en fuerza de tanto afan y tan continuada lectura, vino á perder lastimosamente la vista, conservando siempre el candoroso teson de su alma incontrastable, y haciéndose leer horas enteras los libros que le merecian mas interés y aprecio.

Falleció por fin en edad muy avanzada, con amarga pesadumbre de toda la nacion, y de cuantos tenian noticia de su virtud inalterable y de su saber inmenso.

JOVELLANOS.

El célebre D. Gaspar Melchor de Jovellanos, perpetua norma de culto señorío, de terso pundonor, y de magnanimidad heróica, nació en Jijon, de alcurnia ilustre; se educó en uno de los llamados colejios mayores de Leon, entró luego en la carrera togada, y pasó, de la audiencia de Sevilla, al Supremo Consejo de las Ordenes.

Fué siempre apasionado á las Humanidades, y á todos los ramos mas principales de las artes. Ejercitó desde muy temprano su pluma en varias materias, y su lenguaje fué, desde sus primeros ensayos, absolutamente nacional. Dió luego á luz, por encargo de la sociedad Madrileña, su informe sobre la Ley Agraria, que le encumbró al punto, á la jerarquía de escritor eminente. Con efecto, estilo castizo, tino perspicaz, miras grandiosas, equidad acendrada, todo campea en aquel Discurso memorable, que logra en el dia los mismos aplausos que mereció en su primera publicacion.

Compuso tambien un escrito sobre Espectáculos públicos, en que manifestó mas y mas su erudicion, su elegancia, y algun tanto su espíritu solariego y caballeresco.

Pero donde solia sobresalir su despejo, su señorío, y sobretodo la gala florida de su lenguaje, era en los discursos académicos, de que ya se ha hecho mencion; descollando, cual nadie, en materia de Nobles Artes.

Era en este punto tan suma su maestría, que se aventajaba tal vez á los Artistas mas afamados, pues á la primera mirada, discernia y atinaba la escuela, el autor, el tiempo y todas las circunstancias, en que se ideó y ejecutó el cuadro, ó la estátua, que tenia á la vista.

Le acosaba entretanto el afan de instruir, enriquecer y ensalzar su patria idolatrada; y por fin venciendo, con su ahinco eficacísimo, un mundo de dificultades, logró plantear, sobre un pié harto recomendable, para los medios que tenia á su disposicion, el Instituto Asturiano.

Aquí asoma luego la temporada de su heroismo.

El mandarin Godoy, para cohonestar en algun modo su despotismo incontrastable, quiso echar mano de los sujetos mas esclarecidos de la nacion, y nombró para la secretaría de Hacienda al honradísimo D. Francisco Saavedra y para la de Gracia y Justicia, á Jovellanos.

Mereció suma aceptacion aquel arranque inesperado, y el público de Madrid se complacia en ver todas las tardes á sus dos virtuosos ministros, en una misma berlina bajar al Prado ó al Retiro.

Breve su fué mando, y en él se tachó á Saavedra de sobrada condescendencia para el estado del erario, y á Jovellanos de parcialidad con sus compañeros y sus paisanos (1). Mediaron luego marañas y dobleces palaciegas; enfermó Saavedra con rumores de envenenamiento; y Jovellanos salió desterrado para Jijon, luego para la Cartuja de Mallorca, y en seguida quedó encerrado en el castillo de Belver, junto á la capital de la misma isla.

Dos renglones al mandarin, y se descorrian los cerrojos para volver á los hogares huérfanos; mas el espíritu del Asturiano, era todo escelso y castizo, de los siglos heróicos; y por tanto incapaz, aunque mediase la existencia, de escribir una sílaba, con los visos mas remotos de lisonja, ó de rendimiento.

Sobreviene la revolucion de Aranjuez, vuelve Jovellanos triunfalmente á Madrid, tercia al punto en el nuevo gobierno, padece mil quebrantos, con la inundacion del vandalismo advenedizo, y fallece arrinconada y lastimosamente, en una aldea de Galicia.

La coleccion de los escritos, mas ó menos apreciables, de Jovellanos forman una porcion

(1) Pusieron los chuscos un pasquin que decia así:

¿Qué, Señor Jovellanos,
No hay mas que Colejiales y Asturianos?

de tomos, que siguen como siempre mereciendo la estimacion jeneral.

Tambien cultivó la Poesía, pero en esta parte Jovino, tiene que ceder rendidamente la palma á su íntimo y perpetuo panejirista, Melendez.

MARINA.

D. Francisco Martinez Marina, despues de habitar cuarenta años inmoblemente Madrid, aparecia, en traza, en habla, en modales y en costumbres, absolutamente el mismo que el dia en que salió de Oviedo; pues Asturiano perpetuo, era la sencillez misma.

En medio de aquel aspecto candoroso y aun apocado, atesoraba una alma esforzada y sublime.

Como nunca adolecia de distracciones ni de flaquezas, siendo laboriosímo, le cundia infinito la faena; y así pudo verter una erudicion inmensa, despejar la materia, y dar á luz su Ensayo relativo á los principios de la monarquía, y sobre todo la Teoría de las Córtes. Su estilo es puro, aunque algun tanto endeble, pero á trechos, como en el estracto del famoso libro de la Institucion de los Monarcas (1) de Mariana, ya se acalora, y gallardea con su elevacion. Desatendió algun tanto las córtes aragonesas, mucho mas interesantes, por cierto, que las castellanas.

Su Censura de la Novísima Recopilacion es de estremo á estremo concluyente, y de todo punto incontrastable.

Murió en Zaragoza, privado injusta y despóticamente de las prebendas y rentas, que le correspondian.

ULLOA Y JUAN.

Se ha hecho ya varias veces mencion gloriosa, de entrambos marinos, D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa; y como particularmente el segundo vivió por todo el reinado de Cárlos III, sirve de entrañable complacencia la repeticion frecuente de nombres tan esclarecidos (2).

PIQUER.

D. Andrés Piquer, despejadísimo médico Valenciano, además de varias obras profundas de su facultad, compuso un tratado especial de Calenturas, que mereció grande aceptacion dentro y fuera de España; y luego dió á luz una Filosofía Moral sumamente apreciable.

BAILS.

D. Benito Bails arregló un gran Curso, y luego un Compendio de Matemáticas, que ha sido utilísimo para la enseñanza de las escuelas, por su método espedito, y por su lenguaje sencillo y siempre perceptible, aun en lo mas encumbrado de tan sublime ciencia.

CLAVIJO.

Siendo Canario de nacimiento, vino muy temprano á Madrid, y luego, como director del gabinete, tradujo con toda propiedad y conocimiento la Historia Natural de Buffon, fomentando así en España el estudio, absolutamente nuevo, de aquella utilísima ciencia.

GUMILLA.

Fueron tambien conducentes al intento de los Marinos las noticias peregrinas é interesantísimas de Gumilla en su Orinoco Ilustrado, obra que están citando á cada paso, el mismo Buffon y todos los Naturalistas principales de Europa.

MOLINA.

Todavía se hace mas halagüeño el abate Molina, Chileno de nacimiento, con sus dos preciosos tomos, uno de Historia Civil, y otro de la Natural del reino de Chile, con una descripcion del pais del Arauco, tan celebrado por Ercilla, de sus costumbres, de sus guerras y de aquel heroismo, que burló mas y mas la prepotencia y el teson de los Españoles.

Trae especies curiosísimas sobre el idioma chileno. Tal vez se asemeja con el Sanscrit.

AZARA.

D. José Nicolás de Azara, natural de Barbuñales, en Aragon, siguió los estudios con brillantez, y descolló ya en tiempo de Cárlos III, mereciendo luego que se le destinase á la corte de Roma, donde permaneció y sobresalió por largos años, con el cargo esclarecido de Enviado, ó mas bien Embajador, de nuestra corte; tan acatada á la sazon, por el papa y por todo el colejio de cardenales.

No hay memoria de forastero tan esclarecido y predominante en Roma, como lo fué el caballero Azara, pues así le apellidaban, teniendo á su disposicion, en la plaza de España, hasta catorce mil habitantes, acojidos al fuero de la Embajada, y luego una guardia ostentosa, á la puerta de su palacio.

Tampoco tiene ejemplar en la historia de la literatura y de la diplomacía el hecho siguiente.

El emperador de Alemania José II, que no era por cierto del vulgo de los soberanos, al regresar de Francia, segun el rumbo que llevaba, tenia que pasar por Jinebra; y el filósofo Voltaire con ínfulas de señoron, creyó firmemente recibir y ostentar, visita á todas luces tan honorífica,

(1) *De Rege et Regis institutione Maguntiæ* etc.

(2) Fueron los descubridores, en el Perú, del agujero transversal en la luna, que despues han observado los Astrónomos de Montpeller, de Paris, etc.

pero el monarca, ni siquiera volvió la vista hácia la quinta ó pueblo de Ferney, volando á Roma en busca de Azara.

Llega, lo cita para un teatro, están largo rato á solas en un palco, sin acordarse de la representacion, de la concurrencia, ni de Roma. Salen allí de manifiesto las interioridades mas recónditas del consultante, pero el consultor, con injenuidad aragonesa, va poniendo reparos á la jeneralidad de sus planes, y sobretodo le desaprueba altísimamente la precipitacion de sus innovaciones relijiosas; dándolas todas por en estremo arriesgadas, así para los pueblos como para su misma persona.

El emperador al pronto se muestra convencido, pero luego allá en su corte, incitado tal vez por el ministro Kaunitz, vuelve á su tema, se arrebata, se estrella y se acarrea la temprana muerte que le sobreviene.

Azara trata continua y familiarmente con los literatos y artistas mas eminentes de Italia, y entretanto arregla y castellaniza la Introduccion á la Historia Natural de España por D. Guillermo Boules, publica una edicion muy linda de Garcilazo, encabezándola con un prólogo erudito y elegante; pero sobretodo trabaja con ahinco en su magnífica Vida de Ciceron, que sale por fin á luz en Madrid, año de 1790, engalanada con un sin fin de láminas, cabeceras y remates, del gusto mas esquisito y de la ejecucion mas peregrina, en todas sus partes.

¡Suerte fatalísima de esta desventurada nacion! Se le depara, como un don sobrenatural, el sumo estadista, todo un Azara, para afianzar el timon de la nave en los tiempos mas tormentosos que le pudieran sobrevenir, y la entrega confiadamente á pilotos inhábiles, ó ciegos que la han de estrellar en total naufrajio.

Sirvió infinito Azara, habiéndoselas con el mismo Bonaparte, para contener algun tanto el desenfreno francés, en su inundacion asoladora por la afeminada y siempre esclava Italia; pasó luego á la embajada de Paris, y falleció despues allí mismo, con particular sentimiento de los sujetos mas recomendables de aquella capital; y últimamente se le ha tributado en Barcelona un elojio, impreso, como su Ciceron, con toda magnificencia (1).

D. Felix.

Hermano del anterior; marino que pasó 18 años por el interior de la América Meridional, haciendo observaciones sobre todos los ramos científicos, sujeto de tan estremada moderacion, que rehusó el vireinato de Méjico, cuando aquella especie de *trono* estaba todavía en el mayor auje.

Publicó, á su regreso, con el título modestísimo de Apuntamientos, la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay, obra que ha merecido suma aceptacion á todos los Naturalistas de Europa.

Llorente.

D. Juan Antonio Llorente, nació en Rioja á mediados del siglo anterior, estudió la añeja Filosofía en Zaragoza; pero despues fué á Madrid, se despreocupó en gran manera; y siendo canónigo de Calahorra, compuso varias obras; despues se afrancesó, escribió en Paris su propia Vida, pero sobre todo la estensa é imparcial Historia de la Inquisicion; asunto que trató despues con mas brevedad, pero quizá con mas brio y desenfado, el diputado en córtes por Canarias, Ruiz del Padron.

Conde.

D. José Conde, entre manchego y alcarreño, alumno de Alcalá en el reinado de Cárlos III, amigo entrañable y amabilísimo, dedicado con especialidad á la lengua griega y á las orientales, autor de la Historia de los Arabes en España, sacada de los manuscritos árabigos del Escorial; obra que ha merecido grande aprecio, dentro y fuera de España.

Garcia.

D. Justo García, catedrático de Salsmanca, publicó un curso de Matemáticas, lacónico, despejado y á todas luces recomendable.

Navarrete.

El marino D. Martin Fernandez Navarrete empezó á escribir en en el mismo reinado de Cárlos, y siguió siempre trabajando, como lo acreditan su Vida de Cervantes, su Disertacion sobre la cooperacion de los Españoles en la conquista de las Cruzadas y en la publicacion ilustrada é importantísima de los Viajes de Colon, que se han apreciado infinito, con especialidad en Inglaterra. Escribió varias Memorias, mas ó menos estensas, como la incluida arriba sobre el marqués de la Ensenada, siempre con discrecion erudita y consumada.

Rios.

D. Vicente de los Rios, oficial de Artillería, compuso tambien, para la grande edicion de la Academia, la Vida de Cervantes, y el famoso Análisis del Quijote, donde se aferra en el desvarío de pautar nuestra sin igual novela, sobre

(1) Juntó Azara en Roma un Museo riquísimo, siendo siempre, tan gastador como atinado y certero, en los hallazgos de sus escavaciones.

Su correspondencia se vendió en Lóndres, á un precio exorbitante.

siempre se hace digno de aprecio, por la elegancia de su pluma, y por la injeniosidad con que defiende sus opiniones equivocadas.

FLOREZ Y RISCO.

Dos Agustinos laboriosísimos que, en su España Sagrada con especialidad, sacaron á luz un sin fin de documentos inéditos muy conducentes para la Historia jeneral de la monarquía, como se ha estado viendo, en toda la parte relativa á los primeros tiempos de la dinastía castellana.

DOU.

D. Ramon Lázaro de Dou, barcelonés, cancelario de la Universidad de Cervera, publicó un tratado estenso de Derecho Público, y luego otro de Capbrevacion, y además varios escritos, mereciendo en todos el concepto jeneral de crítico erudito y atinado.

ARREQUIVAR.

Estadista intelijente, y digno émulo de Navarrete, Uztariz, y Wal, en sus miras trascendentales y grandiosas, sobre los ramos principales de la Política.

LOS MOHEDANOS.

Los dos hermanos frailes, emprendieron con sumo conato y escesiva estension, una Historia literaria de España, empleando solo en el brevísimo Colomela, un tomo en cuarto, y luego cesaron en su empresa.

CAPMANY.

D. Antonio Capmany en sus Investigaciones sobre el Comercio y el Consulado de Barcelona, en su Filosofía de la Elocuencia y en sus Cuestiones Varias, se manifiesta siempre castizo, profundo y atinado, pero jeneralmente frio, defecto muy ajeno del ardor que solia mostrar en la conversacion.

HUERTA.

D. José Lopez de la Huerta nos regaló un dije peregrino, con sus Sinónimos Castellanos ¡ Malhaya tanta brevedad !

MUÑOZ.

D. Juan Bautista Muñoz, cronista de Indias, empezó á trabajar con esmero y despejo, su Historia de América, pero habiendo publicado el primer tomo, jamás ha salido á luz su anhelada continuacion.

PELLICER.

El aragonés D. Antonio Pellicer, era un verdadero erudito, puntualísimo en citas y fechas, como se ve en su comentario, por lo mas inútil y á veces pueril, del Quijote, del cual sin embargo se pueden ir entresacando algunas noticias interesantes y especies literarias, mas ó menos oportunas.

SANCHEZ.

Otro bibliotecario apreciable, editor de la Coleccion de Poesías Castellanas, anteriores al siglo XV. Es con efecto lectura curiosa la del monje de Berceo y sus semejantes, siquiera por dos ó tres pájinas, para otear la inmensa distancia que media entre aquellos embriones tosquísimos, ó mas bien abortos ridículos, y la escelsa perfeccion del arte que campea y embelesa en Melendez y Arriaza.

Se cuenta un dicho, aun mas verídico que agudo, de Sanchez, y cuya aplicacion seria mucho mas cabal ahora que en su tiempo. Con efecto, refiriéndose al afrancesamiento jeneral y rematadamente bárbaro del hermosísimo idioma nuestro, solia decir, *la lengua castellana* Q. D. H.

LLAGUNO.

D. Eujenio Llaguno, oficial y despues ministro de Gracia y Justicia, fué recojiendo y publicando con método y hermosura, Crónicas y otros documentos importantes, para la historia nacional.

CIENFUEGOS.

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, literato de sólida instruccion publicó algunas poesías que parecieron jeneralmente broncas y ajenas de la amenidad halagüeña que requiere el arte. Su prosa es mas regular y así redactó por algun tiempo el *Mercurio* con apreciable desempeño. Sus Sinónimos están literalmente traducidos de Roubaud. Feneció en el camino de su bárbaro destierro, víctima heróica de la tiranía sangrienta é irracional de Murat, con su abominable *francesada*.

ISLA.

Ya se citó con otros jesuitas, y por lo menos con su Jerandio, por de contado sumamente inferior al divino Quijote; atajó, algun tanto el desenfreno de la barbarie en la oratoria, que jamás floreció entre nosotros, á pesar del campo que franquea el idioma tal vez mas sonoro y majestuoso del orbe.

NIFO.

El aragonés D. Mariano Nifo ganó mas de doscientos mil pesos, con sus traducciones verdaderamente francesas, encabezando la época turbulenta de los estragadores del castellano, y avalorando el afan de comprar y leer, particularmente en Méjico, cuantas heces se imprimian á competencia, en Madrid, en Barcelona y de-

más semilleros de ignorancia y de barbarie.

SEMPERE.

Sempere y Guarinos, en su Biblioteca de Cárlos III, da una razon bastante cabal, aunque jeneralmente muy encomiástica, de los escritores de aquella temporada realmente florida, y su repertorio servirá siempre de guia, á cuantos apetezcan enterarse de la historia literaria de aquel reinado.

LOS BOTANICOS.

Reprensible en estremo fuera nuestra desidia, si omitiésemos á nuestros célebres Botánicos, que si no llegaron á la cumbre en que resplandeció despues, el sabio aragonés, ó mas bien europeo, D. Mariano Lagasca, merecieron en gran manera, y para siempre, de la ciencia.

Encabeza la esclarecida comparsa D. José Quer, catalan, con su Flora Española, le siguen los Pavones, con su magnífica Peruana, y entretanto descuella D. Casimiro Gomez Ortega, gran latino, elegante castellanista, inventor de la nomenclatura científica y utilísima (1) traductor de las obras de Du Hamel y de otros muchos escritos, y director esmerado, y profesor despejadísimo de su facultad, en el mismo jardin botánico. Siguele Cavanillas, quizá mas, conocido en las naciones estranjeras que en la propia, escritor infatigable, y descubridor perspicaz de un sinnúmero de plantas.

No incluimos en este catálogo, por ser muy posteriores á Cárlos III, ni á D. Simon de Viegas, fiscal del Consejo, impugnador superficial de Condillac, y adulador servilísimo de Godoy, ni á D. Diego Clemencin, escritor apreciable y panejírista dignísimo de Isabel la Católica, pero comentador terriblemente difuso del Quijote. Trabajó con esmero en un Ensayo de Traducciones de Tácito y de Salustio, que hace muchos años no se halla ya en las librerías de Madrid ni de las provincias.

Hablaremos ahora de los artistas eminentes que florecieron en el mismo reinado, calificándolos imparcialmente, como se ha practicado con los escritores.

BAYEU.

Figuras, ademanes, matices, ráfagas del ambiente, todo embelesa en los grandísimos cuadros al fresco, que condecoran el grandísimo templo, al derredor del riquísimo tabernáculo, del Pilar en Zaragoza.

(1) Ortega dijo con suma propiedad flores *aparasoladas*, *amariposadas* etc., y todos han seguido aquellas denominaciones sumamente espresivas, y sobretodo sumamente obvias para los alumnos y los aficionados.

No cabe mayor perfeccion en el desempeño de la perspectiva, y en la májia sublime del conjunto.

GOYA.

Brilla tambien á su lado, aunque no con el mismo esplendor, el pincel de D. Francisco Goya, por otra parte en estremo espedito y sobresaliente en la *celujeria*, ó representacion de celajes, mas ó menos iluminados, en el último término de sus cuadros.

Fué Goya ante todo retratista sin igual, y en la mantilla de su duquesa de Alba, como que se está viendo jugar el ambiente, por los pliegues de sus finísimas y trasparentes gasas.

Algunos han celebrado infinito los caprichos de Goya, mas en concepto de otros, aquellas estrañezas, no son mas que unas caricaturas misteriosas é insustanciales, de objetos delirantes ó arbitrarios (1).

PONS.

Con motivo de estar hablando de artes, forzoso es mencionar el viaje de D. Antonio Pons, secretario de la Academia, (ó hacer cuando menos conmemoracion), en busca de preciosidades artísticas por toda España. Su objeto aparece perfectamente desempeñado, realzándolo mas y mas con observaciones, sobre labranza y otros ramos de industria; y en su censura de la catedral de Cádiz, y en otros puntos, acredita su imparcialidad acendrada, y su conocimiento facultativo.

Tambien publicó dos tomos de Viajes fuera de España, que merecieron jeneral aprecio.

CARMONA.

Desde luego se dió á conocer como grabador sobresaliente, por la suavidad de su buril y la espresion de todas sus estampas, en cuya perfeccion siguió siempre progresando por toda su carrera.

SELMA.

D. Fernando Selma, valenciano, realzó en gran manera la grande edicion del Quijote, con sus láminas esquisitas; y trabajó luego sobre otros muchos asuntos, siempre con la misma aceptacion.

Seria muy largo el citar la caterva de grabadores aventajados que han ido como relevándose sin cesar; mas no podemos omitir el nombre del catalan D. Blas Ametller, sujeto á to-

(1) Entiéndase que los dos primeros pintores de Europa á la sazon, como aragoneses valientes, se preciaban mucho *mas*, particularmente Bayeu, de espadachines y batalladores, que de consumados artistas.

Aqui cuadra lo de Persio, *O quantùm est in rebus inane!*

das luces apreciabilísimo, y artista sobresaliente, como lo demuestran el retrato de Cervantes, la caza del abestruz, y otras muchas obras imponderables.

IBARRA.

El aragonés D. Joaquin Ibarra, fué el impresor mas afamado de su tiempo.

Quiso el infante D. Gabriel echar el resto en su memorable Salustio, y salió á luz la obra maestra del arte, y verdaderamente el pasmo de Europa; pues tanto en Paris, como en Lóndres y en otras partes, se quedaron atónitos los intelijentes, al presenciar tantísima perfeccion, en todos los puntos que constituyen el primor en el arte portentoso de la imprenta.

Siguió Ibarra realzando su oficina con el Quijote sobredicho, y con otras muchas obras dignas de la ejecucion esmerada de sus prensas.

No se debe omitir tampoco la impresion magnífica, ideada allá por el marqués de la Ensenada, de la Biblioteca Escurialense por el oriental Casiri, en latin y en arábigo; que mereció tambien sumo aprecio, particularmente fuera de España, aunque no acabaron de saciar la curiosidad inglesa y alemana los dos tomos en folio; dando por escasos jeneralmente los estractos de tanto precioso manuscrito, y apeteciendo mayor estension en el traslado de sus contenidos (1).

Sobresalieron tambien por entónces en sus respectivas profesiones, otros dos artistas aragoneses, Martinez en la platería y Birnete como espadero, fabricando uno y otro primorosos artefactos, cuales no se habian visto en la nacion, ni por su hechura, ni por el primor de sus dibujos y realces.

Se advirtieron tambien desde el reinado de Cárlos III, ciertos asomos de civilizacion hasta en el ínfimo pueblo, y vino por fin á redondearse la empresa de Feijoo, desterrando vulgaridades vergonzosas, como la creencia en duendes, brujas y otros desvarios; sobreponiéndose la nacion española en este punto, con muchas ventajas, á la francesa, inglesa y demás de Europa, y siendo ya en realidad absolutamente la mas despreocupada de cuantas se conocen.

(1) Suplió en gran manera las escaseces de Casiri, el bibliotecario D. José Conde, con su Historia de los Arabes, que sin embargo ha parecido por lo mas un tanto confusa y desenlazada.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOCUARTO.

Cárlos IV. — Su índole. — Su egoismo. — Su pasion frenética á la caza. — Estado de la España. — Novedades monstruosas, ocurridas ya ó preparadas por toda la Europa. — Estado de la instruccion y de las opiniones en Madrid, y en los demás pueblos principales. — Pretendientes desahuciados. — Ansiosos todos de un vuelco, de un nuevo teatro para sus miras. — Las iras de la Inquisicion muy embotadas. — Godoy. — Floridablanca. — Aranda.

EN 1789.

Todo es júbilo en la proclamacion de Cárlos IV, jurado ya de antemano, como príncipe de Asturias, sucesor lejítimo á la corona. El rey brioso y al mismo tiempo afable, y la parmesana María Luisa, siempre gozosa, espresiva y despejada, agasajan á competencia á la corte brillantísimo.

El nuevo monarca, si bien atinado y sobre todo memorioso para el despacho de los negocios, todo lo zanja y falla atropelladamente, con el afan desalado y frenético de la caza, sobrepujando en este punto á su mismo padre, yendo y viniendo á escape, y á todo trance, y prescindiendo de la incomodidad y peligros de sus dependientes, y aun de sí mismo.

Todo es júbilo repetimos, y entrambos esposos viven muy ajenos del estado de la opinion pública, en Madrid y en las provincias. Pero sobre todo en la capital, una caterva de muchachos desahuciados, ardientes y ambiciosos, no anhelan mas que vaivenes y vuelcos políticos, pues nada poseen y apetecen infinito, anteponiendo siempre lo venidero, tal vez venturoso, á lo presente, fatal para ellos, y por consiguiente odiosísimo.

Pero Cárlos y su esposa viven y vivirán hasta

veinte años todavía mas, ajenos del paradero desastrado que les ha de acarrear inevitablemente su ceguedad perpétua, su rematado y afrentoso desgobierno; y si miran allá despavoridos el turbion ceñudo y horrendo que se está fraguando allende el Pirineo, luego la liviandad palaciega, el cebo de la sensualidad, ó la distraccion frívola de veleidosos pasatiempos, los retraen de consideraciones trascendentales, que pudieran acibarar y acongojar vulgarmente su encumbrada existencia.

Aparece desde luego sobre el teatro cortesano, como galan, en la farsa trajicómica que ha de hundir en la nada su persona, acosando al mismo tiempo con miles de fracasos á la nacion entera, se aparece repito, un individuo destinado por la naturaleza, y por los primeros pasos de su existencia, á yacer en la pequeñez, y vivir y morir ignorado, casi totalmente, de sus semejantes.

D. Manuel Godoy, nació en Badajoz y se crió en la pobrísima cuna de un capitan de provinciales. Su educacion se redujo á holgar ociosamente por las orillas del Guadiana, y á medio aprender los rudimentos de una gramática, que debia luego olvidar para siempre, como absolutamente inservible para el alivio de sus mortales escaseces.

Venido á Madrid y entrado en el cuerpo de Guardias, parece que estando de centinela á la puerta del réjio aposento, el carmin de sus mejillas y el gracejo de sus labios, sin absolutamente otro realce particular, flecharon de parte á parte el interior de la soberana, que desde aquel punto empezó á promoverlo y ensalzarlo atropelladamente, hasta lo sumo del mas ilimitado encumbramiento.

Se estuvo asegurando en Madrid por largos años, que sus primores músicos, los ecos halagüeños de su vihuela encantadora habian sido los conquistadores de la escelsa Clori, árbitra y señora de los Potosíes de ambos mundos; pero el mismo Godoy, en sus Memorias, desmiente, á boca llena, semejante patraña, afirmando con todas veras, que nunca supo una nota de solfa, ni tuvo en las manos, ni siquiera por juguete, un instrumento músico.

Como quiera, la privanza y la adulacion encumbraron luego el galan hasta el empíreo, y aunque la envidia por el contrario se empeñó en abatirle hasta la ínfima irracionalidad, prescindiendo de estremos tan encontrados, era en la realidad de entendimiento medianillo, de pecho vulgar y de instruccion ninguna. ¡Y este era el coloso, el Alcídes, en cuyos hombros habia luego de estribar la inmensa monarquía de ambos mundos, y en la temporada mas borrascosa que padecieron jamás las naciones atribuladas!

Por lo demás, sus ascensos rapidísimos, ó mas bien, monstruosos y delirantes, se irán todos puntualizando, en sus arrebatados ímpetus.

Florida-Blanca, ministro apreciable, hasta cierto punto, para dias bonancibles, era realmente un enanillo, para los vuelcos que se están aparatando en el volcan mas y mas ardiente y amenazador por instantes, á las orillas del Sena.

Vivia pacíficamente Aranda, retirado ya de su embajada y de todo negocio, pero tendrá que salir de nuevo, por via de interino, ú de comodin, para cohonestar el desvío de su antecesor, para luego yacer en el destierro ú en la nada, mientras se está engalanando el flamante personaje, el estadista en mantillas, sacado de las cuadras de un cuartel de caballería.

Entretanto la pavorosa Inquisicion sigue en su lobreguez, rumiando siempre delaciones, hogueras y desastres, pero la ilustracion del siglo, trasciende á todas las clases, y aun á la misma sacerdotal, y corta los vuelos al propio tribunal fanático y furibundo.

Llega ya á tanto el contraresto, ú por lo menos el sorteo de su ciega saña, que los mismos alcaides, ó secretarios, suelen proporcionar á los amigos algunos libros de los que yacen depositados con el anatema implacable, por bodegas ó rincones del tenebroso alcázar, y aun parece que hubo preso que logró frecuentar la ópera, en el mismo plazo de su estrecho y supuesto encierro.

Mas el espíritu jeneral de la llamada Suprema no amaina un punto de su sangrienta tiranía, llevando siempre entronizado en el pescante enlutado de su infernal carrera, el ánjel esterminador que pregona sin cesar con su inmensa bocina, el tremendo y característico lema de, *Exurge, Domine, et judica causam tuam.*

CAPITULO CUADRAJÉSIMOQUINTO.

Convocacion de Córtes.—Mudez forzada del Congreso.—Farsa ridícula de sus poquísimas actas.—Marcha uniforme del gobierno.—Coronacion.—Alegría jeneral.—Ceremonias.—Novedades grandísimas en Paris.—El 14 de julio.—Llega el 25 la noticia á Madrid.—Prohibicion absoluta de periódicos estranjeros.—Fomento mayor é incontrastable en el afan de leerlos.—Ruinas de Palmira.—Persecucion horrorosa.—Particularidades.

1783—1790.

Hierve Madrid, en posadas, calles y paseos, de inumerable jentío, ansioso de presenciar los festejos de la coronacion.

Se engalana y se aparata el gran balcon de la Villa, para el ceremonial acostumbrado, y medio asoma el enanillo conde de Altamira, tremolando, como Alferez Mayor del reino, el estandarte nacional, y voceando, con tan grandiosa carga, á duras penas, en eco sutil y afeminado, las palabras rituales de *Castilla*, *Castilla*, *Castilla*, con altos vivas, aclamacion incesante y redoblado palmoteo de la inmensa concurrencia.

Se juntan las córtes á la moderna, muy ajenas de la constitucion y jeneralidad antigua, pues se reduce á la reunion de dos rejidores de los pueblos que conservan su voto en córtes, habiendo algunos, como Fraga, que nada absolutamente suponen para la nacion, y faltando otros, tanto de Castilla y de Aragon, que gozan intereses mas crecidos, y tienen mucha mayor trascendencia en los negocios públicos.

Se juntan por fin, y no bien boquean puntos de gobierno, cuando el gran Campomanes presidente, movido sin duda por impulso superior, enfrena aquel remoto asomo de libertad, despidiéndolas luego con fútiles divisas y distintivos, sin que resulte á la nacion otra ventaja que el ver muy aumentada la inutilísima lista de sus condes, marqueses y barones.

En medio del bullicio y la algazara jeneral, el gobierno sigue metódicamente sus pasos por el trillado carril; las secretarías van despachando pausadamente sus negocios, mas ó menos árduos y urjentes, ó frívolos, de informes redoblados y sempiternos. Los oficiales y hasta los porteros se muestran siempre arrogantes y misteriosos, quejándose mucho de achaques nunca padecidos, y tratando de tomar aguas ó baños que para nada necesitan. Los cobachuelos de Estado particularmente, son mas y por cada dia la quinta esencia del orgullo y de la ridiculez (1).

En medio de tanto regocijo, amaina de repente la algazara, y todos los estremos del bullicio se acibaran con fatalísimos auspicios. Ocurren con efecto novedades muy graves en Francia, pues así el bondadoso Luis XVI como su presumido ministerio, despues de convocar á ciegas los llamados Estados Jenerales, al verlos ya tan indómitos y predominantes, intentan, todavía con mayor ceguedad, enfrenarlos ó despedirlos.

Ciérranles las puertas de su salon, y entónces los Diputados acaudillándolos el orador incontrastable Mirabeau, se juramentan en el trinquete, y resuelven denodadamente, y lejislan en cualquiera recinto por sí solos, prescindiendo de la avenencia, ó la oposicion, del monarca y de su ministerio.

Sobreviene luego en 14 de julio del mismo año de 1789 la toma memorable de la Bastilla, donde los soldados de las guardias francesas, se apandillan ó asocian con el paisanaje, para el asalto ú la rendicion. Entra el pueblo tumultuariamente en el fuerte, y queda el gobierno aterrado, y sin accion, para providenciar la mas leve resistencia, dejando al pueblo absolutamente árbitro y soberano, para disponer y obrar á todo su albedrío.

Llega la terrible novedad á Madrid el 25 del propio mes, y con motivo de la fiesta de Santiago, estando el paseo colmado de jentío, todo se vuelve agolparse en corrillos y leer cartas de Paris, refiriendo con escasa diferencia el pavo-

(1) Les solian llamar *papelones*, ó *farolones* y entre ellos el murciano Rejon, podia servir de modelo en la comparsa de la fatuidad.

roso acontecimiento, glosándolo cada cual con mas ó menos ahinco y parcialidad, segun sus propias inclinaciones.

Recibe Cárlos IV el correo en el mismo cazadero, lee con asombro novedad tan portentosa, se encoleriza hasta lo sumo, manda á dos guardias que vayan en busca del primer ministro que encuentren, y dan con D. Jerónimo Caballero, que es de la guerra. Llega azorado el jeneral, y le encarga el rey, que inmediatamente pase oficios á las demás secretarías, para que luego luego manden á todos los dependientes de sus respectivos ramos, que detengan cuantos periódicos vengan de Francia, y se rejistren igualmente las cartas particulares, para quemar irremisiblemente cuantas hablen de asuntos políticos.

Redóblase, con esta prohibicion, el afan de papeles, y crece y se inflama por instantes el ansia sedienta de noticias estranjeras. Acude la curiosidad jeneral á diferentes medios, y hasta los mismos correos de gabinete suelen agasajar muy reservadamente á los amigos, con la fineza apreciabilísima de Monitores y otros periódicos interesantes.

Con este motivo, no podemos menos de especificar la causa ruidosísima, que redundó en grandísimo quebranto de sus cómplices ó allegados.

El célebre viajero y consumado orientalista Volney, habia dado á luz sus llamadas Ruinas de Palmira, cuya forma dramática y lenguaje elegante y espresivo, habian cautivado á los lectores, resultando un menosprecio total de las patrañas relijiosas, antiguas y modernas; contrapuestas y retratadas al vivo, con sus pretensiones delirantes. Llega su nombradía á Madrid, y se pagan los pocos ejemplares que asoman á precio muy subido; y su ganancia despierta la codicia de algunos tratantes.

Se emprende una edicion considerable copiando el orijinal, en una casa de la calle de San Isidro, bajo los auspicios de una modista francesa. Torpísima es la correctora, y sale la obra tan plagada de erratas, que apenas forman sentido sus cláusulas, y sin embargo se venden los ejemplares, aunque á precio arbitrario, arrebatadamente.

Sábelo el gobierno, y se abre materialmente para Madrid la caja de Pandora, redoblándose por momentos prisiones, destierros, presidios y multas enormes, y convirtiendo, como dice perfectamente Quintana, en la vida de Melendez, una mera especulacion de contrabando, en una gran causa de Estado, abortadora de trastornos y desdichas, para un sinnúmero de familias, infinitamente mas honradas y beneméritas que todos sus implacables perseguidores.

En esta nacion, siempre desventurada, desde el establecimiento pavoroso del lóbrego tribunal, el afan de imprimir un libro, venia á ser la solicitud ansiosa de obtener un empleo considerable, pues ya que se presentase la obra al Supremo Consejo en cuerpo, ú bien á un encargado suyo que llamaban Juez de Imprentas, el manuscrito paraba siempre en manos de algun fraile idiota, con ínfulas de Caton. Si el interesado lograba averiguar el paradero de aquel hijo desdichado de sus entrañas, hacia su rendido acatamiento al ceñudo censor, quien revestido de un ropaje inmundo y estrambótico, apenas se dignaba mirar al cuitado aspirante; el cual, ya tras largas demoras y repetidas visitas, á cual mas odiosa y humillante, lograse alcanzar la anhelada aprobacion, era tan solo á costa del sacrificio y cercen de los pasos en su concepto mas descollantes, quedando su idolatrado parto en un esqueleto descarnado y exánime.

Florida-Blanca, de suyo sociable y espresivo, dió, en los primeros años de su reinado, pues tal nombre vino á merecer su, á muchas luces, venturoso ministerio; dió, repito, grandiosos ensanches á la Imprenta (1); mas ahora, así por su propia zozobra, como por la disposicion directa y ejecutiva del mismo soberano, se declara desde luego perseguidor implacable, y tal vez sangriento, de todo asomo de libertad ó innovacion en aquel ramo, corriendo así parejas con los mas fanáticos y furibundos Inquisidores.

(1) El periodista Cañuelo, entre otras chanzonetas harto *campechanas*, puso en su Censor la siguiente. Durante el famoso y desatinado sitio, asoma un corresponsal, aconsejando que para asaltar y tomar de rondon á Jibraltar, no hay mas que pertrechar á cada soldado con un lindo escapulario de la Vírjen del Cármen; como preservativo infalible para rechazar á su salvo la metralla en el acto de la refriega. Y esta mofa tan *matante* cundió y se celebró, sin que el javalí de la casa *negra* le clavase, ó enseñase, sus *colmillos*.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOSEXTO.

Revolucion de Francia.—Sus causas.—Su orijen.—Su trascendencia para toda la Europa.—En particular para España y sus Américas.—Catástrofe de Luis XVI.—Guerra con España.—Sus consecuencias.—Ventajas al pronto.—Desmanes repetidos.

LAS MISMAS FECHAS.

Imprescindible se hace el bosquejar hasta cierto punto la conmocion violentísima, que dió al través con tronos y dinastías enteras; y comunicándose luego al nuevo hemisferio, causó los infinitos trastornos, lo está todavía desangrando, sin esperanza de remedio, ni aun de suspension en su desvarío.

Enloquecido allá Luis XIV con sus victorias, su poderío y el incienso contínuo de palaciegos, poetas y oradores, se conceptuó privilejiado, para vivir y reinar escandalosamente, imponiendo al mismo tiempo riguroso decoro, no solo á su corte, sino á la nacion entera.

El Rejente y duque de Orleans, su deudo y sucesor interino en la monarquía, se desentendió de todo miramiento, y acabó de emponzoñar, con su relajacion desenfrenada, Paris, la Francia y la Europa (1).

Sucedióle el Sardanápalo Luis XV, que aun en los asomos de la ancianidad, estuvo escandalizando al orbe, entero con su vil desenfreno, en el parque de los ciervos, á donde acudian compradas á toda costa las infelices víctimas de toda la Francia y de otros paises, para sacrificar su honestidad á los antojos criminales de un Sátiro infame, y sin asomo de rubor, ni de racionalidad.

Entronizaba, al mismo tiempo, á lo menos en cuanto al imperio, rameras inhumanas que declaraban y sostenian guerras arbitrarias, para satisfacer sus enconos, ó vengarse de soñadas ofensas; desangrando así la nacion con ejércitos malogrados, y con caudales derramados á millones, para su ostentacion, ó sus maldades.

A mismo tiempo, un sinnúmero de escritores eminentes habian perfeccionado el idioma, con partos sublimes y halagüeños. Teniendo embelesado al público, así en el teatro, como en las academias y en el trato social, infundian sus máximas atenienses ó romanas, y lograban predominar en los ánimos, con el imperio irresistible de la persuasion entrañable; y disponian á su albedrío de la opinion jeneral, tanto en su misma patria, como en las demás naciones, que aspiraban, á cual mas ansiosa, á remedarla, y si posible fuera, á sobrepujarla.

En esta situacion de los ánimos, y con la congoja del contínuo desgobierno y profusion escandalosa de los caudales públicos, fallece por fin, tras un reinado de medio siglo de maldades y torpezas, el insensato y altanero Luis XV, y le sucede el virtuosísimo y mártir venidero, el desventurado y estudioso Luis XVI.

Comete, el mal aconsejado monarca, el yerro capital de guerrear con Cárlos III por los Americanos rebeldes; autoriza luego el escándalo de la causa del cardenal de Rohan y el collar, con el castigo de la malvada Madama Lamota; incurre en la torpeza de convocar los Estados Jenerales; se estrella en el escollo mayor de quererlos avasallar, cuando están ya presenciando su propio influjo é incontrastable poderío, y por fin titubea y desacierta en cuanto emprende.

Con efecto, sus ajentes ó emisarios asaltan, fuerzan y despejan el salon del Congreso, huyen los Diputados despavoridos y se juntan en un trinquete; su presidente, el grande astrónomo y literato Bailly, se sube sobre una silla, perora el sumo orador Mirabeau, y se juramentan todos para contrarestar á viva fuerza todo jénero de violencia; sobreviene luego el 14 de julio con la toma de la Bastilla, y todo es ya revolucion de estremo á estremo de la Francia.

Sin embargo, á influjo de Lally-Tolendal y

(1) Salieron contra él, con el nombre de Filípicas por llamarse Felipe, unas coplas satíricas que lo tratan y tiznan, como el forajido mas rematado, como un monstruo infernal. Parece que el autor se llamaba La Grange-Chancel.

Malouet y otros vocales eminentes y bien intencionados, abonanza algun tanto la tormenta, y toman los negocios un sesgo pacífico y grandioso, atendiendo esmeradamente á todos los ramos de la administracion pública; y entónces sobreviene la novedad importantísima acarreada por la ambicion inglesa, como se evidenciará con la individualidad que requiere el asunto (1).

(1) El buen Cárlos IV, á pesar del arrebato que le causó el *noticion* de la Bastilla, parece que se contentó con decir al embajador de Francia, sois *atronador, atronador*, y á la verdad que el *atronamiento* fué el trastornador del orbe entero.

CAPITULO CUADRAJÉSIMOSEPTIMO.

Ambicion inglesa.—Armamento asombroso en España.—Malogro de la oportunidad mas favorable para el triunfo de nuestra marina.—Desarme deshonroso.—Pavor de todas las potencias.—Accecion de España al convenio de Pilnitz.—Consecuencias funestísimas.—Caida de Florida Blanca.—Ascenso engañoso y teatral de Aranda.—Particularidades.

EN 1790 Y PARTE DE 1791.

Can Cerbero, siempre boqui-abierto, y mas y mas insaciable, es el gobierno de la Gran Bretaña. Alevoso por esencia y usurpador por sistema, se afana dia y noche en abarcar y desangrar pueblos, naciones y, si ser pudiera, otros mundos. Mas para desentrañar por ápices el gravísimo asunto que anuncia el encabezamiento que este capítulo, se hace forzoso retroceder algunos siglos, por un instante.

El célebre viajero Humbolt, en su descripcion esmerada é imparcial de Nueva España, dice estas formales palabras: «Hernan Cortés, despues de asombrar al mundo con sus ínclitas hazañas, siguió ideando mayores empresas, y disponiendo grandiosos descubrimientos, al norte del Nuevo Méjico, y por el interior de las Californias.»

Con efecto, ya en vida del Héroe, verdaderamente sin par, se adelantó la navegacion por aquellas rejiones inmensas y desconocidas, y luego se planteó el establecimiento ventajosísimo de San Blas, que vino á ser con el tiempo como un departamento de marina, desde donde se continuaban las espediciones; posesionándose los Españoles, como primeros ocupantes y pobladores de cuantos puntos se iban de continuo descubriendo.

Con motivo de la acta tiránica y famosísima del malvado Cromwel, sobre comercio y navegacion, acudieron á contrabandear y piratear tambien por aquellos mares los bajeles, y siguieron infestando nuestras costas, siempre indefensas, y poniendo á los vireyes de Nueva España en precision de estar siempre alerta, contra sus demasías y usurpaciones.

Sobreviene la revolucion pavorosa, y previendo todos, miles de quebrantos y trastornos para la Francia, cobran gobierno y navegantes ingleses nuevos alientos, para sus continuos desafueros. Aparécese con frecuencia hácia el norte de San Blas la funestísima bandera; sale mandando un bergantin de guerra el teniente de navío D. Ramon Topete, destinado al intento; descubre una embarcacion inglesa; sobre el paraje mismo llamado Nootka en las Californias; envia á llamar al patron ó comandante, se resiste, le trae á viva fuerza á su bordo, le reconviene; y el pirata, en vez de dar ni el menor asomo de satisfaccion, se insolenta y se propasa en tales términos, que se hace forzoso ponerlo de cabeza en el cepo, y tenerlo al sol por algun rato; hasta que por fin, ya desfogado, prorumpe en rendimientos y plegarias, y Topete lo pone en libertad, con la condicion espresa y terminante, de alejarse de aquellos mares, como lo cumple (1).

Llega el pirata á Lóndres, se apersona en el Almirantazgo, refiere á su modo el, para toda la nacion, amarguísimo lance, se formalizan y

(1) En los periódicos ingleses de aquel tiempo, entre un cúmulo de soñados desatinos, decian que los Españoles habian metido al inglés en un jénero de prision diabólica llamada *Bilboa*, martirizándolo sin tasa por largas horas; y todo el *Bilboa*, máquina ó armatoste de peregrina invencion, se reducia al cepo que llevan todos los buques de guerra en el alcázar.

se inflaman los Milores y señores, ofician ahincadamente al ministerio, y este, con quejas violentas y amagos altaneros, al embajador de España.

Recibe Florida Blanca el oficio orijinal, conferencia con los demás ministros, y todos acordes manifiestan al rey, que ha llegado el caso de manifestar entereza, y echar desde luego el resto en un armamento poderosísimo. Así se determina, y se comunican en posta órdenes terminantes á todos los departamentos, mandando que se trabaje cuanto sea dable, aun en ios dias festivos.

Llega el decreto á Cartajena, y es tan suma la actividad con que se ejecuta, que la fragata Florentina, por ejemplo, estando absolutamente desarmada, en veinte y cuatro horas, se arbola, se artilla, se lastra, se apareja, se abastece y da la vela para Mallorca en busca de matrícula, y otro tanto sucede con el navío de 74, Anjel de la Guarda, que á los dos ó tres dias, sale con el mismo objeto para Cataluña.

Iguales órdenes se envian á los demás departamentos, y es idéntica la ardientísima actividad con que se ejecutan.

No se descuida por otra parte Florida Blanca, pues oficia al mismo tiempo al conde, y despues duque de Fernan-Nuñez, embajador de España en Paris, á fin de que el gobierno acuda prontamente al auxilio convenido y pactado de antemano, para tamañas ocurrencias.

Se presentan los ministros de Luis XVI á la ya Asamblea Constituyente, y le manifiestan la situacion de los negocios; y no bien suenan aquellas novedades en el recinto, cuando todos los oradores eminentes se disparan y prorumpen á porfía en estremos de interés, á favor de su íntima aliada.

Descuella, como siempre Mirabeau, y á su arrebatada propuesta, se decreta, sin la menor oposicion, un armamento de cuarenta navios por el pronto, á disposicion del gobierno español.

Bambolla todo, farsa y desvarío de Mirabeau; la oficialidad marina en Francia, venia á componerse de la nobleza mas esclarecida de la nacion, y á los primeros estallidos, ó por lo menos, al desenfreno sucesivo de los frenéticos revolucionarios, emigró absolutamente toda á diferentes paises. Luego, así la tropa como la marinería, pasaba el dia asolando pueblos y campiñas, y la noche banqueteando y cantando la marsellesa; y así en vez de los *cuarenta navois* decretados *por el pronto*, ni entónces ni despues, se armó *una sola lancha*, en efectivo auxilio.

Para nada necesitaba Florida Blanca la faramalla francesa, si fuese hombre, como se suponia, capaz de abarcar la situacion peregrina y ventajosísima que le ofrecian las circunstancias, cojiendo para siempre opimos frutos, de la diligencia y actividad nunca vista, en nuestros arsenales.

Con efecto, se armaron hasta cuarenta navios hermosísimos, en menos de dos meses, cuando no tenian los Ingleses ni la mitad á su disposicion, y era muy obvio el enviarlos todos (pues ya se estaban aprontando otros) sin declaracion de guerra, y absolutamente á la inglesa, con alguna tropa contra el cabo de Buena Esperanza; ó por lo menos apresar cuantos convoyes ó embarcaciones sueltas, mercantes ó de guerra, si viniesen inesperadamente de la India; y entónces se sometia no solo el pueblo de Lóndres, sino la nacion entera, dependientes siempre del comercio y de las manufacturas.

En este raciocinio tan obvio y tan concluyente, no hay suposiciones aereas, ni sutilezas arbitrarias, ni menos soñados y quiméricos trances, pues todo es muy demostrable y fundado en un mediano conocimiento de datos, tan terminantes como sabidos de todos.

El ministerio inglés, atónito y aun aterrado con un armamento tan repentino y formidable, como salido májicamente de las cavernas marítimas, ó como alguna decoracion teatral, acudió á sus dobleces y alevosías de tabla; amainó mucho en sus demandas, orilló todo desentono en sus hablas y en sus ofertas, y adormecido así al presumido Murciano, contemporizó mas y mas por dos ó tres meses, redobló y cuadruplicó de actividad y dispendio en sus armamentos; y cuando ya pudo presentarse en los mares con mayores fuerzas, entónces quintuplicó sus demandas y su altanería, en todos sus pasos y oficios.

Enmudece Florida Blanca, manifiesta al rey su apuro y su zozobra, la reina se opone á todo jénero de rompimiento, y el abochornado ministro tiene que avenirse á firmar condiciones mas violentas y bochornosas que las primeras (1) y con ellas el esterminio total de nuestra armada, que fué la consecuencia inevitable de aquella funestísima humillacion, como se irá demostrando en el sucesivo pormenor de la presente Historia.

Como quiera, la ocasion risueña tiende y re-

(1) Parece que se consoló algun tanto ridiculamente el iluso conde, con las caricaturas irónicas que salieron á la sazon en Lóndres, en que lo retrataban con unas tenazas en la mano, apretando las narices al ministro Pitt, como afianzado con las artimañas del diplomático español.

Como esta solian ser las *plumadas*, de qué blasonaba tantísimo al supuesto estadista, conceptuándolas de mas valor que todos los ejércitos de la monarquía. *Risum teneatis amici?*

dobla sus alas inmensas y velocísimas, para nunca mas brindar, con su propicia, melena á la siempre infeliz y desangrada España.

Se nubla entretanto, se encrespa y se enfurece mas y mas el horizonte francés; huyen hácia el norte despavoridamente príncipes, magnates y capitalistas, y forman en Alemania lo que se llamó el Congreso de Pilnitz, acudiendo á él, como se descubrió despues, nuestra corte, por mano ú autorizacion del memorable ministro de diez y ocho años, quien ignora al parecer, el nublado palaciego que se está fraguando directamente contra su misma persona.

Crece, campea y se encumbra en grados, timbres y privanza el nuevo personaje estremeño, y asustado el diplomático veterano, conceptúa que, para cortarle los vuelos, es un rasgo de peregrina maestria el proponer que se le envie desde luego á viajar por Europa, á fin de esplayar y fortalecer su nativo y poderoso injenio, y luego reverter en su patria los frutos opimos que no podia menos de recojer colmadamente en su utilísima peregrinacion.

Cala y desentraña al golpe la Parmesana la suma trascendencia, la adulacion alevosa de la propuesta, y desde aquel punto (1) queda definitivamente resuelta la separacion del torpísimo palaciego; mas para cohonestar el desvío ú detsierro, de un sujeto jeneralmente bienquisto y aun endiosado en la nacion, se hacia forzoso echar mano, cuando menos interinamente, ó por via de *comodin*, de otro individuo igualmente conceptuado dentro y fuera de España.

Este fué el famoso conde de Aranda, jeneralmente muy estimado y al parecer oportunísimo para las circunstancias, por sus intimidades en Francia, por sus arranques militares, y por su práctica y desembarazo en todo jénero de negocios.

Empuña el timon Aranda con brío marcial, mas desde los primeros pasos desagrada altamente á la corte, por sus continuos y amargos desengaños, por su prevision certera, y por su opinion terminante, acerca de la revolucion francesa, de sus ímpetus irresistibles y del sumo miramiento, con que se debe manejar asunto de tan suma gravedad y trascendencia.

El marcialísimo Aranda habia en Paris tratado íntimamente con la flor de toda la Francia, en señorío, en milicia y en literatura, y está muy hecho cargo de la prepotencia irresistible de una nacion descollante en armas y en letras, y ahora entusiasmada, hasta lo sumo, con su intento grandioso y esclarecido. Por tanto opinaba, que todos debian franquear anchuroso campo á la revolucion, para que por sí misma se fuera desembraveciendo, pues el desvarío de salirle al encuentro para atajarle la carrera, no haria mas que reunir y enardecer freneticamente los ánimos, para arrollar al orbe entero que intentase contrarestarla; y así se enfurecia de remate el siempre ardientísimo anciano, en hablándole de resistencia hostil con algunos rejimientos, y aun de cien mil hombres contra dos ó tres millones de guerreros, á cual mas impetuoso y frenético.

Miraba por otra parte con sumo menosprecio, al nuevo Adonis, encantarado para Estadista, que era ya el dije y el mandarin de palacio; y se ensañaba, sin rebozo ni disimulo, contra un escándalo tan pernicioso, y acarreador en su concepto, de miles y miles de quebrantos, seguidos al fin de una catástrofe pavorosa.

Fué Aranda por fin la Casandra de los Troyanos, siempre anunciadora de fatalidades, y víctima esclarecida de la torpe ignorancia, encumbrada hasta los doseles del mismo solio.

Como quiera, el mando de Aranda fué irrisorio y de mera transicion, y así aun cuando disimulara ó encubriera su oposicion aferrada al rompimiento con Francia, es de presumir que se le orillara igualmente, para colocar en el despacho otro ministro mas aveuible, si no mas obsequioso y halagüeño, para quien disponia á todo su albedrío de la voluntad del monarca.

Queda pues el conde sin ministerio, siguiendo como antes, en el consejo de estado.

(1) No era el señor jurisperito, luego desterrado á Murcia, grande humanista, cuando no tuvo presente aquel arranque tan sublime de Virjilio:

Quis fallere possit amantem?

CAPITULO CUADRAJÉSIMOOCTAVO.

Asuntos de Francia.—Alborotos incesantes.—Desacatos al rey.—Baldones á la reina.—Huida de la corte.—Imprudencias del monarca.—Su arresto en Varenes.—Petion y Barnave—Regreso á Paris.—Tregua, por el pronto, en las persecuciones.—Encierro en el Temple.—Causa contra el rey.—Sentencia.—Vergniaud.—Ejecucion.—Pavor de los soberanos.—Conmocion en Europa.

DESDE 1791 **HASTA** 1793.

Estamos muy ajenos de engolfarnos en el piélago tormentoso de la revolucion francesa, pero se hace indispensable el apuntar algunas especies relativas á la historia de España, para despejar mas cabalmente su contenido.

Los príncipes franceses, desde las primeras novedades, se habian ausentado arrebatadamente, y lograron formar una especie de convenio, como se ha dicho en Pilnitz, accediendo á él varias potencias, y entre ellas por autorizacion de FloridaBlanca, la España. Quiso el rey contemdorizar, tras un sin fin de violentos desacatos y peligros pavorosos, aun se aferraba en su intento, cuando por último en julio de 1732, saliendo por una inmunda alcantarilla, se puso en camino para la frontera de Alemania.

Era de suyo confiado y aun imprudente, pues iba siempre con la cabeza fuera de la portezuela del carruaje, oteando mas y mas la campiña. Llega la comitiva al pueblo de Varenes, conoce el maestro de postas al monarca, lo detienen, dan parte, envia la Convencion dos diputados, Petion y Barnave, y se conduce presa toda la familia á Paris.

Petion hace alarde continuo de su desatencion y aun grosería, y su compañero por el contrario, se esmera en aliviar su tremenda suerte á los desventurados, particularizándose en su estremado obsequio á la reina. Resulta luego estrecha intimidad, y Barnave resuelve echar el resto en salvar la vida, y si cabe la libertad, á sus presos.

Llega la comitiva á Paris, y por el pronto parece que amaina algun tanto la saña popular, mas luego se enfurece de nuevo la nacion, y arrolla la persuasiva y los amaños de Barnave y de sus parciales; encierran á la familia real en la torre del Temple, procesan al rey, lo citan formalmente, lo traen á la barandilla y lo estrechan con preguntas y reconvenciones hasta lo sumo.

Entretanto el gobierno español echa el resto por la salvacion del acusado, y aun el 27 de diciembre de 1792, lee el ministro á la Convencion la nota que le ha pasado el enviado Ocariz de parte del rey de España, quien ofrece retirar sus tropas que están ya sobre la raya y para entrar en Francia, si se suspende la causa entablada, y se pone en libertad á Luis XVI.

Pero enfurecidos ya los animos, no dan el menor oido á propuestas pacíficas; y aun el mismo presidente Vergniaud, grande orador y de suyo humanísimo, arrebatado ciegamente por su sistema anti-monárquico, vota denodadamente la muerte del dignísimo soberano.

Entónces no solamente todos los de su jerarquía, despavoridos mortalmente con ejemplar tan horroroso, sino los pueblos de Europa en jeneral, se declaran contra la Francia, y pronuncian una especie de anatema inexorable contra los asesinos de la anjélica inocencia y de la autoridad sagrada; habiéndose ejecutado la sentencia, y ahogando la voz del ínclito mártir, los tambores, el 22 de enero de 1793.

CAPITULO CUADRAJÉSIMONONO.

Entrada de Godoy en el ministerio de Estado. — Su presuncion. — Su insensatez. — Separacion de Floridablanca. — Su destierro y su conducta magnánima y dadivosa en Hellin. — Su prision violenta y repentina. — Su conduccion indecorosa y encierro bárbaro en la ciudadela de Pamplona.— Su libertad y regreso á Murcia.

LAS MISMAS FECHAS.

El aborto del Guadiana, encumbrado repentinamente hasta lo sumo, rebosando, como decia la Gaceta contemporánea, de lustrosos enlaces, y centellante todo de relumbros, distintivos y veneras, se sienta ufanísimo en la primera secretaría de estado; y no contenta la corte con la separacion de Floridablanca ya referida, fulmina ahora nuevas órdenes, como veremos muy pronto.

Habia el memorable desterrado, en su mocedad, recobrado en el pueblo de Hellin su escasa y anhelada salud, con cuyo motivo determinó fijar allí mismo su, ya desairada, residencia; y desde luego se puede afirmar, que todos los momentos que moró allí el conde, fueron otros tantos beneficios.

No cesaba en efecto, de averiguar y socorrer cuantas necesidades habia en el vecindario y en sus cercanías. Trajo una compañía cómica, y continuamente le estaba regalando vestidos, abastos y dijes; y en una pababra derramando grandiosos sueldos que le habian conservado, como si el metálico le lastimase las manos; sin que por otra parte adoleciese de otro vicio alguno.

Tenia un sinnúmero de correspondencias, y las ostentaba tal vez con demasiado alarde, ansiando sin duda sus enemigos que se mostrase abatido. Apelaba entretanto á todo jénero de distraccion, allanándose á conversar con cuantos sujetos le deparaba la suerte.

Dispone gran serenata en obsequio de las damas del pueblo para una noche, y en aquella misma tarde sobreviene tormenta que encharca é imposibilita las calles, con lo cual se suspende la funcion para otro dia.

Mas en aquella misma noche de la algazara proyectada, llega á deshora una confusa comitiva de paisanaje armado y tropa, y empieza á golpear descompasadamente á la puerta del correjimiento. Se asoma el correjidor, y le dicen que de órden del rey, mande ejecutivamente abrir la puerta; trepa la comitiva por la escalera ruidosamente, y encabeza aquella especie de asalto un personaje, ó mas bien fantasma, toda cuajada de negro y revestida de toga, con aparato de ejecucion judicial.

Llama este aparte al correjidor, y le dice que es un alcalde de corte, llamado Codina (á quien luego por esta proeza memorable ascendieron á consejero de Castilla), y que va espresamente y en aquel mismo punto, á prender al conde de Floridablanca.

Adviértase que el correjidor, D. Julian Ugarte, era militar y uno de aquellos Americanos, traidos bajo partida de rejistro, de resultas de la rebelion de Tupac Amaru, de órden de Floridablanca; y este mismo Ugarte tuvo al golpe y sin estudio alguno la jenerosidad heróica de abogar por su perseguidor eficacísimamente, alegando que su edad, sus achaques y sus circunstancias no permiten, que ningun sujeto, preciado de caballero, se arroje así tan á deshora, á darle aquel tremendo susto; insiste el comisionado, replica el correjidor, pero tiene al fin que ceder á la violencia (1).

Se adelanta este á la casa, llama por su nombre á un criado, entran con algun tiento, y la fantasma enlutada, preguntando por la estancia de su víctima, da la vuelta á todo el lecho, y

(1) En el diálogo acaloradillo, mostró el prendedor presuroso grandes temores de alboroto de parte del pueblo favorecido por el conde; y el suspendedor magnánimo, le dijo con arrogancia militar, «el vecindario está con efecto muy agradecido á los continuos beneficios del dadivoso conde, mas no se moverá, en cuyo caso, de una voz haria yo poner de rodillas á todos estos Murcianillos.»

despierta á recias voces al conde. Mira sobresaltado aquella vision, que le intima la órden ejecutiva de vestirse, y seguirle nada menos que á la ciudadela de Pamplona.

Al pronto, sobrecojido el conde, intenta escusarse con sus indisposiciones y su situacion; mas luego se rehace, y se reviste de magnánima serenidad. En seguida, el comisionado á su decreto inexorable de marcha instantánea, añade el de ocupacion de papeles; se le ponen de manifiesto, y tomando el conde un legajo de cartas le dice, estas son cartas de amigos íntimos, y supongo que la órden no hablará con ellas, — tambien, le replicá el sayon, y entónces el perseguido las arroja con sañudo brio, al baul abierto, para el furibundo intento.

Encaraman luego al paciente en un carruaje ridículo, se sienta á su lado el Argos siempre togado, y en el vidrio un esbirro; tratándole vil é inicuamente, en medio de tantos motivos como obraban para manifestarle con decoroso miramiento (2).

Llega por fin el malhadado ex-ministro á Pamplona, lo empozan en un pavellon húmedo en el pais de las lluvias, se le agravan, como era de suponer los achaques, se manifiesta todo á la corte, con certificaciones mas y mas enérjicas de facultativos, y por fin le franquean el regreso para su Murcia, donde permanece con sosiego y alivio por algunos años, hasta que reaparece con nuevo esplendor y ensalzamiento por el horizonte político y mas confuso que nunca, como se manifestará á su debido tiempo.

(2) Un Marino, comisionado á la sazon en Hellin, tuvo luego que hacer un viaje á Valencia, por los mismos altos que habia hecho el atropellado preso, y supo, que por las posadas, le solian dar un poco de arroz hecho un engrudo, algun trozo de bacalao ú otra ridiculez, zampando opiparamente y aparte los conductores. ¡Ojalá, no sea cierta vileza tan indigna del nombre español!

CAPITULO QUINCUAJÉSIMO.

Guerra de Francia. — Deliberacion en el consejo de Estado. — Dictámen profundo y atinado de Aranda, contra todo asomo de rompimiento. — Contraresto de Godoy. — Acaloramiento de Aranda. — Enfado y destemple de Cárlos IV. — Resolucion de la guerra. — Regocijo de los Ingleses. — Encierro de Aranda en la Alhambra de Granada. — Su rigor. — Su alzamiento y retiro á Epila, pueblo de sus estados en Aragon. — Fallece. — Su índole y sus circunstancias.

EN 1793.

Aparata Godoy en sus Memorias una especie de pompa teatral, y una palestra oratoria, en que tremolando las ínfulas de un Pitt, un Fox y un Mirabeau, y arrollando ejemplarmente á todo un conde de Aranda, queda garboso y triunfante, en aquel memorable y solemnísimo trance.

Con el derrame de la sangre verdaderamente sagrada de la suma inocencia; con el degüello atrocísimo de Luis XVI, cesa ya toda comunicacion diplomática con la gabilla tiránica y forajida que, bajo el nombre de junta de salvacion pública, avasalla y huella á la Convencion misma.

Se aunan los soberanos de Europa, y acuerdan desentenderse de todo miramiento, internarse á viva fuerza por Francia, descuartizarla, y repartirse amistosamente sus riquísimos tesoros.

Sigue la corte de España el ciego torrente, y se celebra al intento consejo de Estado, presidido por el monarca mismo.

Aranda como individuo, se engolfa desde luego en el asunto, se aferra mas y mas en su tema siempre pacífico; demuestra el poderío de nacion tan instruida, guerrera y ardientísima en todos sus anhelos; manifiesta, que si está á la sazon desavenida, la necesidad la ha de hermanar estrechísimamente, y mas si los aliados cometen la imprudencia de profanar los hogares del pacífico ciudadano; que su gran quebranto, al parecer irremediable, será el de la marina, y aquel es cabalmente el anhelo entrañable de la ambicion inglesa, para luego destruir de todo punto nuestra armada, ya sola, é incapaz sin el auxilio de la francesa, de contra-

restar al enemigo comun del orbe, y concluye opinando que se coloquen tres cuerpos considerables de ejército, inmobles todos por ahora, en Cataluña, Aragon y Navarra, que se apronte todo como en vísperas de guerra infalible, y que se esté, aunque con ademan hostil, á la mira de los acontecimientos.

Callan los mas, y Godoy muy pertrechado de vulgaridades, contesta con las razones frívolas y trilladas del escándalo horroroso, del escarmiento ejemplar, y de las grandes alas que van á tomar los presumidos Franceses, dejándolos obrar á sus anchuras.

En cuanto á los Ingleses, dice, que entrarán de buena fe en la causa comun, y las zozobras del conde, son propias de una política añeja, apocada y asombradiza, y que por entónces no se debia pensar mas que en echar el resto contra la Francia.

Se arrebata el conde, y aunque rindiendo antes el debido acatamiento á su monarca, se rie de la presumida bisoñez de los nuevos consejeros, dando á entender, y no muy remotamente, que hallándose en otro lugar, su pundonor apelaria á otros desagravios mas militares y ejecutivos.

Se propasa en verdad algun tanto el veterano, el rey se destempla, y sale enojadísimo del consejo, donde por fin se acuerda á ciegas la declaracion de guerra á la Francia; dictámen harto plausible para los Ingleses, y acarreador á España de una serie interminable de fatalísimos quebrantos.

Puede afirmarse con toda seguridad, que desde el fracaso de D. Rodrigo, y tal vez despues á la venida de los Miramamolines, derrotados en las Navas por los tres reyes, á cual mas heróico de Castilla, de Aragon y de Navarra, jamás se habia visto la monarquía en trance tan árduo, zanjado, como se ha dicho, á ciegas, por la temeridad de un idiota, contra el hijo, despejado y brioso, de la consumada esperiencia.

Así se terminó el gran consejo de estado, cuyas particularidades ha podido anchamente amañar á su modo, el historiador de sus propios hechos é ínclitas proezas, en el dilatado plazo de medio siglo, que ha venido á correr, desde aquellos sucesos hasta nuestros dias; cuanto mas que despues de muchos años, hecho ya polvo el conde, y sin sucesion, en su mano tenia el historiador el esplayarse en períodos retóricos á sus anchuras.

Por lo demás, á muy pocos dias, tuvo el *indiscreto* (puesto que lo fué, hasta cierto punto) que salir para Granada, en cuya Alhambra permaneció encerrado por una temporada considerable, hasta que por dictámen de los facultativos, y con el sonrojo de palpar desengañadamente sus amargos anuncios, se le franqueó el camino para Épila, pueblo de sus estados en el reino de Aragon; donde vivió muy retirado por algunos años, dando siempre muestras de su espíritu heróico y dadivoso, y por fin murió en brazos de su inseparable compañera en todos sus destierros y quebrantos, su dignísima esposa, despues duquesa de Alagon, hija del paisano y pariente del conde, del duque de Hijar.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOPRIMERO.

Preparativos de guerra.—Declaracion contra la Francia.—Vulgaridad del manifiesto.—Tres cuerpos de ejército.—Campaña ventajosa y desaprovechada.—Nuevos jefes.—Variacion de suerte.—Entrada de los aliados en Tolon.—Sitio.—Defensa.—Primera campaña de Bonaparte.—Abandono de la plaza.—Huida del vecindario.—Su trájico fracaso.—Inhumanidad de los Ingleses.—Su robo de tres navios y cuatro fragatas.—Incendio de diez navios, del arsenal y de infinitos enseres.

1793.

Resuelta la guerra, se declara solemnemente, y se publica un Manifiesto vulgarísimo, á manera de alegato forense, donde se hace gran mérito de que los Franceses, en todas sus comunicaciones diplomáticas, espresan *repetida y afectadamente* la República Francesa, y otras frivolidades, mas de mera etiqueta que de verdadera política, y por fin se termina con amagos alti-

vos, y presunciones pomposas de memorable escarmiento, y demás anuncios, cuyo paradero se verá á su debido tiempo.

Antes de la declaracion formal y definitiva, ya el gobierno, con sus indecisas y apocadas providencias, habia ido moviendo tropas hácia la raya; pero deteniéndolas siempre á cierta distancia, por temor de comprometerse, antes de tomar la determinacion definitiva del rompimiento; pues de Barcelona habian salido batallones de guardias y de otros cuerpos, haciendo luego alto en Jerona, sin llegar ni aun hasta la fortaleza de Figueras.

Mas dado aquel paso terminante, se juntan tres cuerpos de ejército, uno por Vizcaya á las órdenes de aquel mismo Alvarez, que tan infructuosa y aun lamentablemente habia mandado el sitio de Jibraltar; otro mas endeble al cargo del llamado príncipe de Castelfranco, sujeto mas palaciego que guerrero, y el principal en Cataluña, á disposicion del jeneral Ricardos, inspector de caballería, que merecia algun concepto, por disciplinista é intelijente, cuando menos en el pormenor de la milicia.

Se hallaba á la sazon la Francia absolutamente revolucionaria, sin ejército ni armada, pues ambos cuerpos se habian disuelto por sí mismos, dejando las fortalezas casi desiertas, y los pueblos jeneralmente á disposicion del ínfimo populacho. Bullas y cantares, tropelías sangrientas y usurpaciones desaforadas son todo su ejercicio, todo su afan y todo su alimento.

Mas el gobierno, en medio de sus furias atizadoras, no se adormece en el trance, dispone el alistamiento de dos millones de combatientes, y aunque bisoños é indómitos por el pronto, el denuedo los enardece y la disciplina los habilita.

Por la parte de Aragon y de Vizcaya, apenas hay movimiento que merezca el nombre de militar, pero Ricardos entra luego airosamente con veinte y cinco mil hombres en campaña, toma varios pueblos en el Rosellon, rinde luego la fortaleza considerable de Bellegarde, y progresa mas y mas por cada dia, siempre gloriosa y aventajadamente.

Despues de otros encuentros, mas ó menos considerables, sobreviene la batalla reñida de Trullás, donde los carabineros reales, saliendo de su emboscada en unos cañaverales, arrollan, destrozan y anonadan á cuantos batallones flamantes y altaneros pueden alcanzar, causando tal pavor á la milicia y al paisanaje, que si Ricardos tiene la resolucion de insistir con toda su jente, encabezándola con los carabineros y las compañías de granaderos y cazadores de guardias, entra en Tolosa sin dificultad, y causa un trastorno universal en toda aquella parte de Francia.

Por el mismo tiempo, y con mayor malogro, toman los aliados del norte á Longwy, con amagos de anonadar la Francia, y los realistas de la Vendea, se robustecen con asombrosa prontitud; pero Ricardos acuartela su jente para el invierno, mientras se va á Madrid en pos de coronas triunfales; Brunswich, en vez de marchar á Paris en derechura, se estrella torpísimamente en Valenciennes, los Ingleses padecen mortal descalabro en su desembarco sobre Quiveron, y entónces la Convencion, no ha nada despavorida con la coincidencia de los tres avances poderosos, se rehace, se engrie, se ajiganta é inflama á la nacion entera, armando millones de guerreros noveles, pero prontos á marchar dia y noche y arrostrar las refriegas mas encarnizadas, volviendo tres, cuatro y mas veces al encuentro de enemigos veteranos y amaestrados en el arte y en los acasos mas formidables de la guerra. Todo guerrea en Francia, ó cuando menos todo se afana, desde la niñez hasta la ancianidad, y al par entrambos sexos, por facilitar á la mocedad lozana, las armas y la subsistencia necesarias, para acudir á donde le llaman el amago ú el peligro, por cada dia mas urjente y decisivo.

En esto reciben ambas escuadras, inglesa y española un mensaje del pueblo de Tolon que les brinda con la ocupacion de su puerto y plaza, á nombre de Luis XVII, suponiendo que vivia el delfin, y los jenerales admiten la oferta, tomando antes la prevencion de entrar sus fragatas, para cerciorarse de la situacion del vecindario y seguridad de la empresa. Bajo esta certidumbre, entra Lángara con sus veinte navíos asombrosos, y el Inglés con algunos menos, y efectivamente se posesionan de la plaza.

Los Ingleses, como tales, desde el primer paso quieren apropiarse á solas el arsenal, pero Gravina, segundo jeneral de la escuadra y comandante de las fuerzas españolas en tierra, se opone á su despotismo, y se ocupan por igual los puntos principales. Se aloja la oficialidad por el pueblo, y los Bretones, á toda hora altaneros, y por la tarde siempre beodos, atropellan al vecindario con sus demasías, desagraviándolos muy poco el nuevo gobernador O-Hara, tan destemplado, en sus violencias, como sus compañeros ó súbditos. La tropa se acuartela por varios puntos, estando siempre sobradamente abastecida, por los grandísimos acopios que habia en el arsenal de todo jénero de repuestos.

Se guarnecian varios puntos á larga distancia, y siendo los relevos jeneralmente arriesgados, quedaron siempre malparados los republicanos

que se aparecieron en repetidos encuentros. Acudieron mas tropas enemigas, atacaron el fuerte considerable de Faraon; mientras empezaban á trepar nuestras columnas, una guerrilla de granaderos de Marina, al mando de un sarjento, asomándose á la cumbre, puso en derrota á los varios grupos que amagaban asaltar por la espalda la fortaleza. Mas por desgracia, en la especie de escaramuza que se trabó desde luego, Gravina, adelantándose siempre con su intrepidez fogosa, vino á salir gravemente herido en una pierna.

Se apareció luego con crecido número de batallones, un jeneral llamado Cartaud y despues Dugomier, y entónces parece que salió á luz, esto es, se dió á conocer por la primera vez con el grado de teniente coronel de artillería, aquel Bonaparte que mandó luego el ejército de Italia, y por fin la Europa entera.

Entre tanto se hacia muy reparable la liviandad francesa, pues tanto mujeres como hombres, mientras cruzaban por los aires incesantemente bombas y granadas, no por eso dejaban de danzar y holgar en todo sentido, por el muelle, por los cafés y por donde quiera siniestros altiva y alevosamente los Ingleses, y llevando siempre adelante su plan asolador y maquiavélico de dar al través con entrambas marinas, la francesa por entónces y despues la española (1).

Dispone en esto el gobernador O-Hara una salida poderosa, y adelantándose á la columna principal, en alas de su báquico denuedo, se arroja, con poquísimas fuerzas en medio de los enemigos, y queda prisionero; desman de que vinieron pronto á consolarse, tanto la guarnicion como el vecindario, por su altanería feroz y su despotismo siempre beodo.

Gravina, y al par todos los Españoles, procediendo en todo comedidamente, lograron sumo aprecio y agasajo especial de los naturales, aferrándose mas y mas en aquella inclinacion, en el fracaso postrero del abandono de la plaza.

(1) Un marino jóven y de poquísima graduacion, solia comer en la fonda llamada de la Puerta de Italia, y siempre decia á voces y en francés, que poseia en igual grado que los naturales, que el intento de los Ingleses no era por cierto el conservar el arsenal para Luis XVII ni XVIII, que nada les importaban, sino abrasarlo todo, para acabar por el pronto con la marina francesa, para luego á su salvo practicar otro tanto con la española, meciéndose ya en la cuna del señorío de los mares, como lo están gozando desde aquel crítico trance.

Obvio era el anuncio, y sin embargo no lo creian los emigrados que habia en la misma mesa, de Marsella, de Lion y de otros parajes. Pronto los aplanó el infernal desengaño.

Entre tanto, reforzado poderosamente el enemigo con divisiones enteras y diarias, determina, se ha dicho despues que por influjo de Bonaparte, atacar el punto del mediodía, que señorea todo el puerto, y cuyo cañon desaloja al momento cuantas naves intenten permanecer en él á viva fuerza; y embistiendo á un mismo tiempo con fuerzas incontrastables, por diversos rumbos, consigue al fin establecerse en la anhelada altura.

Desde aquel punto, resuelven los Ingleses evacuar la plaza, y aun lo avisan de oficio á Gravina, quien contesta, que son árbitros de hacer lo que les plazca, pues él con los Españoles y los Sardos, tropa escelente, lo defenderá todo. Replican que van á incendiar el arsenal, y entonces fué ya preciso disponer militarmente la retirada.

Verifican su intento los Ingleses, sacando antes del arsenal el número y calidad de naves que les cumple (1), y descubren toda la parte de muralla, que guarnecen, frente al enemigo. Acude este al punto, franquea una puerta, entra un cuerpo de dragones, y arrolla la inmensa oleada del vecindario que se agolpa sobre el muelle. Ya mucho antes con el anuncio de la evacuacion, habian los Toloneses hacinado un cerro, ú mas bien una cordillera, de baules, bultos de ropa y muebles preciosos; pero al asomo de la caballería enemiga, se redobla el afan por el dilatado embarcadero; todo es alarido, gritería, llanto y confusion.

Los que desde luego logran embarcarse y se encaminan á los Ingleses, son recibidos á balazos, y entónces el jeneral Lángara, asomándose á la galería de su navío *Reina Luisa*, está llamando á voces los fujitivos, y alberga ansiosamente consigo hasta mil y seiscientos pasajeros, y así á proporcion en los demás bajeles.

Entre tanto la oficialidad española, con sus bo-

(1) Se dijo por entonces, que los insaciables apresadores habian sacado de Tolon hasta seis navíos. Consta por los rejistros municipales que fueron tres, la *ciudad de Marsella* de 118, y el *Pompeyo* y el *Poderoso* de 74, las fragatas *Perla*, *Aretusa* y *Topacio* de 40, y una corbeta. Quemaron además otros diez con varias fragatas, con edificios y enseres infinitos, logrando así en gran parte su plan de esterminio, anunciado de antemano por el Marino español, en la mesa de la fonda.

Los primeritos que acudieron á apagar el fuego, fueron los infelices presidiarios, sobreponiéndose así, con mucho, en pundonor al gobierno inglés y á sus marinos. Allí cuadraba cabalmente la famosa esclamacion del gran Moliere:

¡O virtud á donde fuistes á arrinconarte!

tes y lanchas, está recibiendo á cuantos van llegando al muelle, á peligro, como sucede con algunas barquillas, de irse á pique por el escesivo recargo; y así se va desahogando el muelle, pero entre tanto llegan los dragones, y unos huyen, otros se vuelven por las calles, para ser luego ametrallados por los entrantes, y tal vez por el mismo Bonaparte; como lo practicó despues en Paris, cuando salió de la calle de San Roque, para su espedicion de metralla por todo el pueblo.

La guarnicion española se retiró sosegadamente, por la mina de comunicacion con el fuerte de la Malga, siendo el postrero que fué á paso lento cubriendo la retaguardia, con su compañía de cazadores de marina, el valeroso D. Manuel Ortega, teniente de navío, en el departamento de Cartajena; embarcándose luego toda la columna desde el fuerte, con sumo desahogo, sin pérdida de un solo hombre, en aquel trance tan arriesgado.

Los infelices emigrados, venidos en gran parte á Cartajena, se dispersaron por Italia, y por donde les cupo; llevando siempre una vida azarosa, y por cada dia mas desventurada.

Este fué el paradero del memorable sitio de Tolon, que tan solo redundó en beneficio y prepotencia de la nacion de suyo acechadora de lances ventajosos, y coyunturas dominantes, yendo siempre en busca de lides y amaños, y cuando no, es el lobo de la fábula que bebiendo mas arriba, reconviene al corderillo porque le enturbia el agua del arroyuelo.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOSEGUNDO.

Desastres. — Los tres jenerales de la raya en Madrid. — Fallecimiento de Ricardos. — De Orregly. — El conde de la Union. — Derrota en el Buló. — Huida. — Sitio y rendicion de Bellegarde. — Cerco de Collieure, Port-Vendres y San Telmo. — Comunicacion espedita por mar, con el auxilio de tres fragatas. — Accion jeneral, perdida por los Españoles. — Muerte de los dos jenerales, Union y Dugommier. — Avance sobre Figueras. — Su rendicion vergonzosa. — Defensa heróica por tres meses de la fortaleza ínfima de Rosas. — Su evacuacion completa, sin el menor quebranto, dispuesta y ejecutada por Gravina.

EN 1794.

Esclarecida fué para los Españoles la campaña de 1793, aunque malograda por la limitacion lastimosa de los jenerales victoriosos; y aunque se han rezagado algunos sucesos, para acudir al paradero vergonzoso del sitio de Tolon, nos cumple ahora anudar el hilo de la historia, que en vez de entonar himnos triunfales, tiene que referir desastres amargos y aun afrentosos; ya por temeridad, ya por flaqueza, de los jefes, por siempre torpísimos en sus mismos actos, y mas en sus grandiosas y deplorables consecuencias.

Pasa Ricardos á Madrid con ínfulas, como se ha dicho, de triunfador, á paladear aplausos y acordar el plan de las operaciones venideras con sus dos compañeros de mando, el lánguido Castelfranco y el valeroso, pero limitadisimo, Caro. No bien se han visto, cuando fallece Ricardos; y otro tanto sucede con el hazaroso Orrely, que no ha sonado por dicha en largos años, desde el fracaso del puente, y sin duda no podia menos de acarrear nuevas y aun mas dolorosas desventuras.

Queda luego nombrado, en lugar de aquellos, el conde de la Union, harto conocido en todo el ejército, desde que era coronel del rejimiento de Mallorca, no por valiente, sino solo por arrojado á ciegas, y en una palabra, temerario (1). Llega al campamento del Buló, se po-

(1) El conde de la Union, grande de España, en el sitio consiguiente al terremoto de Orán, mañana y tarde, se hacia colocar una silla sobre el parapeto de la muralla, y remojando el pan muy despacio en el chocolate, lo paladeaba alta y regaladamente, y luego empinaba y bebia el agua con gran pausa en una jarrita, silbándole sin cesar en derredor las balas de los Moros, diestrísimos tiradores, que nunca le acertaron, por decirlo así, milagrosamente.

Era uno de los que habiendo recibido de la suerte

ne en movimiento, lo derrotan completamente, suena en la tropa el aciago estribillo, ú mas bien clamor, *que nos cortan*, y queda el ejército como destrozado, ú por lo menos dividido, parando allá el ala derecha, compuesta por lo mas, de los batallones de guardias, arrinconándose todos en los puntos, dominados por mil alturas, y de consiguiente indefensos, de Collieure, Portvendres y San Telmo; quedando tambien fuera de la nueva línea, y sin la menor comunicacion, el castillo de entidad, que podia servir de arrimo, en un rechazo menos desastrado, para sostener una nueva coordinacion de baterías y defensas.

Estiende Union su frente en demasía, nulidad fundamental, así en la táctica marítima como en la terrestre, pues el enemigo en tal caso es árbitro de embestir con superioridad el punto que le acomoda; asoman los Franceses, y antes que le ataquen, se abalanza personalmente á ellos, con su innata temeridad, sin mas que cuatro ú seis compañías de cazadores; lo rechazan, y en el descalabro fenecen á un mismo tiempo entrambos caudillos, el conde y Dugommier.

Habia por entónces prevalecido sin contraste la junta de Salvacion pública, y sus enviados, ó representantes foguean y enfurecen á los patriotas, en términos, que cada cual se cree un ánjel esterminador, y lo es en realidad (1).

Se arroja el rapidísimo torrente por todas partes, y arrollando y volviendo las baterías, suena de nuevo en la tropa fujitiva el eco infernal del *que nos cortan*, y huyen todos despavoridamente, sin saber adonde.

Amagan los republicanos á Figueras, le intiman en seguida la rendicion, y el gobernador, cuyo nombre no debe tiznar estas pájinas, entrega una de las primeras plazas de Europa, con diez mil hombres de guarnicion, y víveres y pertrechos para largos meses de sitio, sin disparar un tiro: ¡escándalo horroroso, de cuyo escarmiento pudo tan solo escudar al reo la privanza palaciega, siendo el vil cobarde, pariente del ministro de marina Valdés.

No sucede así con la mezquinilla plaza de Rosas, pues se halla delante todo un Gravina con su escuadra, y relevándose la oficialidad y tropa de marina, así del castillejo de la Trinidad como del pueblo, se dilata el sitio por tres meses, y al fin siendo ya absolutamente imposible la permanencia en punto alguno de la asolada fortificacion, se dispone la retirada con suma cordura y combinacion militar; ejecutándola luego con todo silencio y método inalterable, sacando cuantos enseres habia de algun valor, y abandonando los meros y pavorosos escombros á merced del enemigo, detenido allí por tan larga temporada, ante una pequeñez tan despreciable, sin que su ejército avance un paso, mientras llega el nuevo jeneral Urrutia.

el don esclarecido del heroismo, desprecian absolutamente el peligro. Tales eran sus contemporáneos Urrutia en el ejército y Gravina en la armada; y en nuestros dias el artillero D. Manuel de Velasco, y tales fueron allá todos nuestros héroes del siglo diez y seis, Hernan Cortés, Gonzalo de Córdova, Garcia de Paredes, Antonio de Leiva, el duque de Alba, etc.

(1) *Possunt, quia posse videntur*, dice Vujilio.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOTERCERO.

Urrutia. — Sus disposiciones. — Restablece la disciplina. — Envia al jeneral Cuesta con una division, y recobra á Puigcerdá y su territorio. — Sostiene incontrastablemente su línea. — Navarro. — Collieure. — Rendicion. — Los batallones de guardias vuelven á España bajo su palabra. — Venida desairada. — Socorro infructuoso, aunque oportuno de tres fragatas. — Estado fatalísimo de la campaña por los Pirineos occidentales. — Abandono de baterías y almacenes. — Huida de Mondragon. — Llegada del enemigo á Miranda. — Desamparo y ajitacion de las provincias Vascongadas. — Sus intentos republicanos. — Junta de Vizcaya só el árbol de Gárnica. — Su prision por los Franceses.

EN 1795.

D. José Urrutia, en estampa, en traza, en ademan, en modales, en conversacion y en todo era absolutamente militar, y siempre mereció concepto de tal, en grado eminente. Guerreó en Rusia contra los Turcos, y entró en el asalto de Oczakoro por la brecha, mandando una compañía de granaderos, por cuyo servicio y otros varios en la misma campaña, la emperatriz Ca-

talina le honró con uno de los distintivos de su milicia. Vuelto á España con preciados aumentos, en la táctica y en todos los ramos de su profesion, el gobierno trató cuerda y ejecutivamente de emplearlo, nombrándolo luego jeneral, y ahora sucesor, no menos valiente, pero mas mirado y certero, que el malogrado conde.

Llega Urrutia al ejército, ó mas bien á la indómita grey de una soldadesca fujitiva y voluntariosa, restablece al golpe la disciplina, rechaza incontrastablemente al enemigo, sin dejarle adelantar ya un paso: antes bien destaca contra él al rijido D. Gregorio de la Cuesta, que despues ha de sonar demasiado en la presente Historia, y recobra ejecutivamente á Puigcerdá, con toda la Cerdania que estaba ya, como el Rosellon, en manos de los Franceses.

No son sin embargo suficientes las fuerzas de Urrutia para avanzar de nuevo sobre la raya, y su situacion muy reñida y angustiosa le imposibilita el acudir al socorro de Bellegarde, que mal abastecido y peor mandado, tiene al fin que rendirse lastimosamente.

Ya se dijo tambien, como la derecha de nuestra primera línea en Francia, desprendida ya de todo arrimo, y acorralada en la cuenca de Portvendres, San Telmo y Collieure, estaba sitiada por todas partes, mandándola D. Eujenio Navarro, oficial de guardias españolas, sujeto particularísimo y que merece bosquejarse con algun esmero.

Natural de Borja, en Aragon, era verdaderamente un Apolo en la figura, alto, erguido, airoso, blanco, majestuoso y risueño al mismo tiempo; era tambien purísimo de costumbres, sin que jamás sus compañeros lograsen descubrirle el menor asomo de vicio ó de flaqueza de ninguna especie. Su instruccion era recomendable, pues sabia de memoria á Vejecio, Frontino y demás escritores antiguos en el arte militar, siendo por otra parte el estudioso la misma valentía en la guerra, y remedando, seguramente sin el menor estudio, la celebrada serenidad de Cárlos XII, incomodado con el alto que hizo su secretario al dictarle una carta, por la esplosion de una bomba en la antesala.

Rejistra Navarro por si mismo jeneralmente la línea mañana y tarde; y aunque su rumbo está muy patente á los tiros del enemigo, jamás le asestan sus disparos, por acatamiento á las virtudes eminentes que son igualmente notorias por toda la comarca; y un dia al anochecer, de vuelta de su paseo militar, á solas como siempre, se llega el asistente á quitarle las botas, y en esto cae una granada en la estancia contigua á la suya; el sirviente se estremece, y luego se muestra inmoble; vamos, hombre, le dice Navarro, en acento aragonés, ¿porqué te paras?— Señor, la granada... ¿qué tienen que ver todas las granadas del mundo con lo que estamos haciendo?

Como quiera, el enemigo sitía los tres puntos por todas partes, y catorce bajeles menores, algunos con artillería de 24, están haciendo fuego dia y noche, contra Collieure, que es el punto mas cercano y espuesto á la marina. Se juntan por casualidad tres hermosas fragatas españolas, cuyo comandante principal, D. Bruno Eceta, determina embestirles, sin hacer uso del cañon, sino en un caso imprescindible, asestándoles el tajamar al través, para irlas echando á pique sucesivamente, aguantando á todo trance sus disparos.

Asoman las tres fragatas en columna, y los Franceses son tan cobardes, que huyen con su artillería de mayor calibre, á una ensenadilla, cuyo fondo es insuficiente para entrar á perseguirlos y acosarlos en su resguardo. Queda al punto espedita la comunicacion marítima, fondeando las fragatas sobre la misma costa, y la tropa agradecida y entusiasmada vitorea á los marinos.

Sin embargo, en aquella misma noche, el representante de la Convencion, encabeza el asalto á San Telmo, y aunque el primer teniente de guardias Reina, los rechaza heróicamente, se ve desde luego, que no es dable el sostenerse contra fuerzas cuadruplicadas, que continuamente se están renovando y aumentando, en su posicion ventajosísima y que domina sin contraresto todos los puntos de los indefensos sitiados.

En situacion tan desahuciada, el invicto Navarro tiene por fin que capitular, volviéndose la guarnicion á España, bajo su palabra de honor, de emplearse cuando mas en el servicio de las plazas interiores, sin tomar absolutamente parte en aquella guerra.

Mayor es todavía el descalabro y el pavor, en todo el ámbito de los Pirineos Occidentales. Avanza el enemigo, arrolla, corta y ocupa baterías y campamentos enteros, con cañones á centenares de grueso calibre, y enseres y pertrechos á largos miles; la tropa se dispersa, los escuadrones de Guardias de la Persona, huyen á escape por Vergara, Mondragon y otros puntos; quedan sojuzgadas las provincias esentas, sin que el Ebro (1) sirva ya de valla; los naturales

(1) Llegan los enmigos á Miranda, se logra una ventajilla contra ellos, y la torpísima Gaceta de Madrid, prorumpe en la ridícula fanfarronada, de que á los Franceses han costado muy caros *sus primeros pasos en Castilla*....¡ En Castilla los Franceses! esclaman las provincias atónitas del interior. La Gaceta correspondia con su orijinal, esto es, corria pareja en discrecion con el gobierno.

tratan sin rebozo de constituirse republicanos, y tan solo riñen, pero desaforadamente, entre sí, sobre si se han de incorporar con la Francia, ó formar una confederacion aparte, segun el dictámen jeneral de los interesados.

Los Vizcainos se adelantan á juntarse só el arbol de Garnica, para ventilar, á su modo, este punto fundamental, y en el acto mismo de su acalorada contienda, los jefes franceses los prenden só el árbol de Garnica, y los encarcelan estrechamente, descargándoles así del afan interesado de ir deslindando los quilates de su ansiado republicanismo.

Por dicha, no tiene el enemigo suficientes fuerzas para ir ocupando militarmente el país, así al frente, como á diestra y siniestra, y las tropas fujitivas y asombradizas, se van recojiendo y disciplinando, bajo las órdenes de algunos jefes severos y espertos, á ejemplo del incontrastable Urrutia, que defiende mas y mas todos sus puntos, sin dejar que los intrusos, atravesasen ni el menor barranco ni riachuelo, fuera de la línea en que ha logrado atajarlos incontrastablemente el pundonoroso y atinado guerrero.

Suma es entretanto la congoja de confin á confin de la Península, pues el desengaño ha ido desvaneciendo el primer prestijio, sin que pláticas sacerdotales, ni párrafos absurdos y mentirosos de Gacetas, causen la menor mella en los ánimos yertos y mal hallados, con tanto recargo de quebrantos y demandas. El eco de paz á cualquiera costa, es el único que halaga los oidos, y nada importa ya á la jeneralidad de la nacion, que allá los demás se constituyan y se gobiernen, segun sus máximas ó sus antojos.

No ignora el gobierno, ciego y apocado cual es, la situacion de España en ambos mundos, y tan solo le sirve de algun consuelo y desahogo, la comunicacion espedita de la metrópoli, con absolutamente todas las colonias, de donde sigue recibiendo grandiosos recursos, mas no en el grado que los años anteriores, ni en los términos jenerosos y patrióticos, de que estuvieron poco antes rebosando los papeles públicos, cual plenamente se va á manifestar en el capítulo siguiente.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOCUARTO.

Conspiraciones muy abultadas por el temor. — Novedades esencialísimas en Francia. — Abonanza la tormenta revolucionaria. — Escaseces en España. — Anhelo de paz por ambas partes. — D. Domingo Iriarte, encargado para su ajuste. — Se zanjan amistosamente las dificultades. — Su arreglo definitivo. — Se devuelven absoluta y mutuamente las conquistas. — Cede la España su porcion de Santo Domingo. — Regocijo universal. — Dictado esclarecido de príncipe de la Paz, concedido á Godoy.

EN 1795.

Aclama, idolatra y endiosa la Europa toda, á los primeros prohombres de la revolucion francesa, como libertadores de los pueblos, y planteadores de la felicidad perpetua. Sabiduría, elocuencia, pundonor, patriotismo, cuantas prendas realzan y sobrehumanan al hombre, moran en sus pechos, brotan de sus labios y campean esclarecidamente en sus escritos.

Mas ¡ay! que densas tinieblas empañan al pronto y luego enlobreguecen tan celeste esplendor, y mónstruos infernales infestan y emponzoñan el solar de la esperanza europea. Desbarro ciego, venganza atroz y desenfreno sangriento, se apoderan de la lejislacion, y en seguida de la autoridad, para cometer mas atentados abominables, en el breve plazo de algunos meses, que cuantos contienen los ámbitos de la historia, desde los asomos de la racionalidad hasta nuestros dias.

Degüello rabioso va por fin volcando y sumiendo los abortos infernales, esterminadores de todo asomo de virtud y ciencia, y por fin la cortante y justiciera cuchilla guadaña á la vil cerviz al sumo forajido Robespierre, y entonces abonanza la tormenta revolucionaria.

Horrorizado el orbe entero, les habia vuelto la espalda; mas ahora las demas naciones la estan mirando con intensa curiosidad, estudiando siempre mas y mas su final paradero.

El gobierno español, ve poquísimo en su propio recinto, y nada absolutamente en el ajeno; y así, continúa trémulo y palpitante, soñando

fantasmas de conspiraciones, y fallando cárceles y destierros, contra todo el que merece algun concepto de cualquiera clase, sin hacerse cargo jamás de antecedentes y circunstancias. Parece, sin embargo, que en realidad, no se ensangrienta con los supuestos reos, y con el tiempo empieza á desengañarse, y hasta cierto punto, deja correr ó vagar á su salvo las opiniones; cuanto mas que los Jacobinos efectivos y por convencimiento de principios, eran algunos en Madrid, y poquísimos por las provincias.

Entretanto, quisiera aprovechar la continuacion de la guerra, mas carece de medios, y tiene que acudir á las demandas ó exacciones. Enmudecieron ya los Americanos con sus cuantiosas ofertas, elevando al contrario la vista con miras larguísimas (1) en el raudal y los vaivenes de la revolucion francesa, para tal vez con el tiempo entablar su posible remedo.

A pesar del avance de los Franceses hácia Miranda, y como se ha dicho, asomados ya á la misma Castilla, con el desengaño y tropelía de los Vizcainos, aprisionados en su mismo santuario de Garnica, se conmueven los Guipuzcoanos, se arman todos, y Moncey, sin poder tampoco internarse en la Navarra, tiene que cejar hasta Bastan y San Juan de Pie de Puerto.

Entretanto, se adolece de mortal penuria, se entablan algunas reformas, pero se ejecutan con poco tino y menos éxito; se acude al arbitrio muy obvio, pero en estremo pernicioso, de nueva creacion de vales, y se verifica con tal profusion, que ganando antes en tiempo de Florida-Blanca, el dos y aun hasta el cuatro, en el jiro, á pocos meses, pierden hasta el doce y aun el quince por ciento; y así todo inclina mas y mas á la paz, tanto al gobierno como á la nacion entera.

Por otra parte, en Francia, amaina tantísimo la tiranía bárbara y esterminadora del terrorismo, que la administracion pública viene á parar en el estremo opuesto, siendo ya todo flojedad y desvío de los intereses nacionales, con cuyo motivo se entablan tratos de paz, y se reciben mutuamente con agrado, y aun con ansia.

Se faculta con plenos poderes á D. Domingo Iriarte, hermano del poeta y del camarista, para que formalice en Basilea un ajuste con el plenipotenciario francés. Media la casualidad favorable, de que entrambos encargados son amigos de antemano, comen juntos y se estan viendo á toda hora; y así, ventilan y desvanecen las dificultades con despejo é injenuidad; fenómeno tal vez nunca visto en diplomacia.

Resulta, que en breves dias, queda concluido el tratado de paz, y rubricado en seguida por ambas potencias.

En su virtud, se reconoce por estado y potencia independiente, la República Francesa; se devuelven mutuamente todas las conquistas, sin la menor escepcion, y aun las últimas piezas de artillería y enseres de parque y sus dependencias. Pero la España cede para siempre á la Francia la porcion española de la isla de Santo Domingo, con todo su contenido de pueblos y fortalezas, en el estado próspero ú decaido en que se halle.

Salen los Franceses muy aventajados con este ajuste; por cuanto en seguida devuelven con efecto, cuanto han conquistado, y se llevan el ejército de Vizcaya á reforzar el que tienen contra los revoltosos de la Vendea, y sobre todo, las tropas del Rosellon pasan á engrandecer el ejército pobrísimo y escaso del Piamonte, el mismo que Bonaparte toma á su cargo, y luego robustecido con su estremada disciplina, y entusiasmado; ú mas bien fogoso y enloquecido con sus triunfos, arroja por fin á los Austriacos de toda Italia, y corona su carrera con la entrada gloriosísima en Viena.

Por otra parte, la España respira de una guerra tan costosa é infausta, que sigue por cada dia amagando con nuevos desastres, y tal vez con un trastorno total de la monarquía.

Pero la particularidad mas notable de aquel decantado trance, es el dictado pomposísimo que proporciona á Godoy de príncipe de la Paz, firmando así en adelante todos los despachos, decretos y cartas particulares, con asombro de toda la nacion, y demostraciones frenéticas de la grey palaciega, que por cada dia se postra mas rendidamente á sus plantas.

(1) Aquí cuadra tambien lo de Virjilio:

Conticuere omnes, intentique ora tenebant.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOQUINTO.

Corte brillantísima de Godoy. — Parabien por su inaudito principado. — Señorío. — Vulgo. — Damas. — Literatos. — Aparicion. — Aplauso. — Regocijo. — Soberania graciable. — Paseo entre la rendida muchedumbre. — Despido. — Acompañamiento de los Prelados hasta el coche. — Ida á palacio. — Casamiento doble. — Entronque con la sangre real.

1795.

Hierve, zumba, rie y se atropella bulliciosamente la oleada brillantísima de la adulacion, por todos los embocaderos que rodean el alcázar de la ambicion y de la opulencia.

Trepa por la escalera, lujosa y recargada de adornos reales, y luego el jentío desalado se reparte por los salones, patentes ya de antemano al grandioso recibimiento.

El duque con sus veneras, el jeneral con sus divisas, el majistrado macizo y circunspecto con su traje romano, todos se revuelven al par con el farsante soez, con el poetilla trémulo, con el musiquillo baladí, descollando aquí la dama rozagante, y allá la niña con la garganta de alabastro y el labio de escarlata, de cuyo flechazo certero y traspasante, se muestran colgados padres, hermanos y novios, contando con un destino eminente, en Cádiz, en Méjico y aunque sea en Manila.

Se aparece por fin majestuosamente el nuevo Príncipe; resuenan miles de parabienes; reparte al pasar triunfante por medio de las rendidas y obsequiosas filas, ya una sonrisa, ya un chistecillo estudiado, y todos al parecer gozosísimos y prendados del rejio agasajo, se retiran rumiando ansiosamente felicidades sin cuento.

Bajan luego los arzobispos de ceremonia, acompañando al héroe, le abren rendida y risueñamente la portezuela de la carroza, y aun allí le saludan espresivamente en su viaje á palacio, donde ejerce real y positivamente la soberanía.

Entretanto, la grey aduladora, se marcha con el mismo bullicio, glosando y celebrando aun en ausencia y en voz alta, por si acaso pudieran llegar los loores á los augustos oidos, los mil primores del verdadero monarca, del dispensador universal de timbres y sueldos á su albedrío.

Pero no cabe aquí omitir ningun punto de suma trascendencia, y cuyo silencio seria un lunar de consideracion, para la imparcialidad de la Historia; á saber, el doble matrimonio del valido todo-poderoso.

La linda D.ª Josefa Tudor, hija de un teniente coronel retirado en Aljeciras, pasó por Cartajena, donde mereció el obsequio finísimo y siempre decoroso de la brillante y placentera oficialidad de la Armada.

Venida á Madrid, y aparecida en la corte recien-bosquejada, flechó al primer asomo de parte á parte el pecho, al parecer ya empedernido, con tantos y tantos amoríos, á cual mas halagueño, y á cual mas venturoso.

Median sin duda propuestas, mas ó menos directas, galanas y espresivas de un mundo de logros y placeres; mas cupo á la beldad una madre, consumada catedrática en tamaños trances, y sabe grabar en el corazon y estampar en el labio de su idolatrada hija, el dilema inexorable de *boda* ó *desvío;* y entonces el amante tiende cariñosa y placenteramente la diestra á las aras, aunque por el pronto muy encubiertas, de Himeneo.

Asoma luego el secreto, y llega á los oidos harto irritables é injuriosos de potestad irresistible. Forzoso es ya escudarse y ponerse en salvo con la mentira, corroborando la negativa con algun testimonio terminante. Se propone, se entabla, se ajusta, y se realiza un entronque rejio. Enmudece la curiosidad palaciega, con desengaño, al parecer, tan incontrastable.

Se divulga la novedad sin reparo, mas el añejo y pundonoroso Tudor afirma, se ratifica, y se recalca en que su hija, y no la infanta, es la princesa de la Paz, habiendo intervenido personalmente en el desposorio; pero él le deja repetir y vocear su estribillo, cohabitando la niña Vallabriga á presencia de todos, con el príncipe encumbrado hasta las gradas del mismo solio.

Median dos esposas y dos sucesiones, á vista de la nacion y del mundo, y enmudece el tribunal fulminante, el mismo que estaba atizando la hoguera, si recayese el escándalo en algun desvalido, quien, segun la sentencia de Juvenal: Martiriza al pichon y mima al cuervo (1).

Sobreviene luego un turbion de vaivenes, vuelcos y trastornos, fallecen infanta y sucesiones; y D.ª Josefa Tudor, sin principado, sin autoridad, ni asomo del menor influjo, en su patria ni fuera, queda esposa única de D. Manuel Godoy, que se pasea á su albedrío, pero llana y humildemente por Paris, pleiteando desde allá eficazmente por sus intereses, con esperanzas, al parecer muy fundadas, de recobrar en gran parte, sus inmensos haberes.

Por lo referido, se está viendo como la Inquisicion, tan tremenda para los desvalidos (1), sabia doblegar halagüeñamente su erguida cerviz ante el mandarin escelso, cuyo ceño, podia ejecutivamente cortarle los vuelos, y aun anonadar de una plumada su existencia. Conducta afrentosa, pero corriente y ufana, para quienes vivian ajenos de todo asomo de pundonor acendrado, y de sagrada equidad.

Lo pasmoso es, que bajo la coyunda de tribunal tan sangriento y execrable, haya podido esta desventurada nacion conservar algunos arranques de aquel heróico *quijotismo* que la inmortalizaron, allá en los siglos de sus incomparables glorias.

Anudaremos el hilo de la historia en el capítulo siguiente.

(1) *Dat veniam corvis, vexat censura columbas.*

(1) En el Código negro se verificaba puntualísimamente el ser las leyes de telaraña para el poderoso, y de pedernal, de acero ú de diamante, para el indefenso; pues á lo mejor el ceñudo tribunal desarrugaba su entrecejo, para regalar al populacho su mojiganga de Carnaval, paseando al *bígamo*, ú casado mas de una vez, sobre un asnillo asqueroso por las calles, encasquetándole una especie de mitra ó coroza altísima de carton, con unos mamarrachos ó figurones de doble ó triple desposorio; y en medio de la algazara, le solian alcanzar algunos naranjazos y aun *ainda mais*, al angustiado paciente; episodio que causaba grandísimas carcajadas á la descamisada concurrencia.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOSEXTO.

Cárlos IV. — Su indecision y sus temores. — Su instruccion y su tino. — Amago de los Ingleses. — Agresion en los mares de América. — Intentos de Nélson contra Cádiz. — Su rechazo. — Contra Canarias. — Su rendicion y su escarmiento. — Desembarco de los Ingleses en la bahia de Doninos. — Su avance sobre el Ferrol. — Su rechazo. — Logran á duras penas reembarcarse.

DESDE 1796 HASTA 1798.

Cazar y temer son los dos elementos, los atributos esenciales en cuerpo y alma, de Cárlos IV. Madruga y vuela á su cacería, prescindiendo del peligro ú desman de mulas, caballos, cocheros y guardias. Allí se empapa en las glorias de su paraiso, trascordando, por cuatro, seis, ó mas horas los afanes políticos, y los sobresaltos militares. Por el segundo estremo, teme á la reina y á Godoy, que le tienen avasallado; teme á los Ingleses por su ambicion alevosa; á los Franceses por sus doctrinas y sus disposiciones republicanas; á los Españoles por que, en su concepto se van todos afrancesando, y para abarcar hasta lo mas mínimo de sus zozobras, teme hasta la falta cercana de las chochas en el cazadero.

Como quiera, regresa tan velozmente como ha ido á su correría; anda y bosteza de sala en sala por su palacio; llega la hora de su arrebatado despacho; da desde luego en el punto mas arduo, en el ito de la dificultad, y en seguida firma lo contrario de cuanto ha manifestado en su dictámen. No carece de instruccion, pues tuvo suma aplicacion en su mocedad, y es tan memorioso, que quizá retiene con mas individualidad todo el pormenor de la historia de España que Campomanes, Mariana ó el primer literato de la nacion; pero sin teson, sin confianza en sí mismo y sin voluntad propia, sigue á ciegas la del primero que la domina, é inutiliza así su atinado y espedito desempeño. Por lo demás,

tan ajeno de vicios como de virtudes (1), siendo absolutamente inútil para príncipe, pudiera ser tal vez un escelente hidalgo de la Mancha, como aquel D. Diego de Miranda, el caballero del verde gaban, retratado tan al vivo por el sin par Cervantes.

Como quiera, ajustada y cumplida la paz de Basilea, el gobierno llamado Directorio, sucesor de la Convencion, se esmeraba en agasajar hasta lo sumo al embajador de España, por miras como siempre interesadas. A impulsos de su encono contra los Ingleses, ansiaban los Directores cerrarles las puertas de Portugal, para cuyo objeto era oportunísima la situacion de España, echando el resto de su influjo ú de su poderío. Se atravesaban entronques verdaderamente sagrados para la honradez y el cariño de Cárlos IV, y así se hacian interminables las instancias, y perpetuos los amaños y desvíos.

Entretanto los Ingleses, con su politica ambidestra, é igualmente productiva, de atemorizar y apresar á todo trance, surcan los mares de América, insultan al pabellon español, que les supone tanto como el de Arjel ó de Tunez, arrollan ó ahuyentan nuestros buques con fuerzas, segun su práctica inconcusa, muy superiores, y se apoderan de un bajel considerable. Resultan quejas redobladas, y nuevos desaires ó desacatos, y el paradero es un rompimiento efectivo.

Sale D. José de Córdova de Cádiz, con escuadra poderosa de mas de veinte navíos, malogra la coyuntura de su incontrastable superioridad, y dejando que se junten los almirantes ingleses Jervis y Parker, y con la torpeza de sus alcances y la insensatez de sus maniobras, les proporciona la suma ventaja de pelear, como siempre, tres ó cuatro contra uno solo, y pierde hasta cuatro navíos, uno de ellos hermosísimo de tres puentes, trabajando mas y mas nuestros astilleros con asombrosa intelijencia y actividad, para reforzar y encumbrar la marina enemiga.

Conceptúa aquel almirantazgo tan precioso logro como de poquísima monta, y envia á Nelson para redondear sus anhelos, destruyendo para siempre nuestra escuadra y arsenal de Cádiz. Echa el inglés el resto de su númen incendiario; pero le sale al frente Mazarredo, y con sus maniobras de lanchas y buques menores (en cuyo manejo se aventaja infinito la oficialidad española á todos los marinos de Europa), y siempre le contraresta y aventa con grandísimo quebranto.

Marchóse el fujitivo denodadamente á Canarias, soñando que le espera allí á su salvo riquísima presa, y desembarca un cuerpo crecido de tropas; pero el comandante jeneral Castro (que nunca habia descollado antes en el ejército), embiste por frente y por costados al enemigo, y lo vuelca atropelladamente sobre la playa. Entonces Nelson toma personalmente el mando del segundo desembarco, y le cabe por suerte, pues pierde un brazo en la refriega, caer prisionero con toda su jente; pero la garbosidad castellana le franquea su embarque, bajo palabra de honor de no asomar ya en la vida por las islas llamadas en lo antiguo *venturosas*, só pena de morir afrentosamente en un cadalso.

Malogrados tan ejemplarmente ambos intentos, no por eso amaina un punto la sed ambiciosa, ni escarmienta la altanería británica, ideando una espedicion poderosa á Galicia. Llega y desembarca de cinco á seis mil hombres en la ensenada de Doninos, y se pone luego en marcha sobre el Ferrol. Acuden al vuelo tropas, ansiosas todas, y con especialidad los voluntarios de Aragon, de abalanzarse al enemigo, el cual marcha al pronto con arrojo, mas luego se acobarda y ceja, dándole torpemente lugar para reembarcarse, aunque con pérdida, sin el debido escarmiento.

Todos estos sustos y vaivenes, acongojan de contínuo y aferran mas y mas en su sistema pacífico al bondadoso Cárlos IV, y así no hay que hablarle de rompimiento con Portugal, por mas ahinco que manifieste y redoble el Directorio francés, acosado allá por sus Cámaras, para que alaje el desenfreno inglés, y dé alguna tregua al comercio francés, que yace absolutamente exánime.

La corte de España insta entre tanto á la de Portugal, y este media con el gabinete inglés, para el convenio de una paz, que ha de ser de poquísima duracion; pero que templa por algun tiempo las amarguras, y distrae de sus quebrantos, el corazon apocado del monarca español.

(1) Aquí cuadra la incomparable pincelada de Tácito, como todas las suyas: *magis extra vitia, quàm cum virtutibus.*

Tenia sin embargo Cárlos IV bastantes principios de música, y sumo discernimiento en pintura, como lo puede atestiguar quien le ha visto deslindar cabalmente los sublimes primores del gran cuadro de las Hilanderas de Murillo que atesoraba en su cuarto; y manifestó teson incontrastable en la causa de Castillo que fiscalizó Melendez, pues contra todo el torrente de un influjo poderosísimo, hasta el de la reina, se aferró en que entrambos asesinos, la mujer y el amante, subiesen, como se verificó, al cadalso.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOSÉPTIMO.

El Jurisconsulto español Avendaño, primer impugnador de la esclavitud de los Negros. — El diputado inglés Wilberforce muy posterior. — Dificultades para el logro tardío de su intento. — Humanidad aparente de los Ingleses. — Su móvil único es la envidiada prosperidad de la Habana. — Su tiranía violenta con los esclavos. — No se sabe de nacion alguna que haya tratado con igual inhumanidad á sus colonos ó súbditos. — Legislacion española de Indias. — Única en su especie.

LAS MISMAS FECHAS.

Usurpadores de bienes ajenos son por esencia los Ingleses, y particularmente con nosotros se han empeñado en despojarnos de navíos, de colonias, de nuestro propio solar, y sobre todo de nuestra gloria, en armas, en letras, en humanidad y en justicia.

A fines del siglo anterior, y á primeros del presente, el dignísimo diputado inglés propuso á la cámara de los Comunes, sostuvo mas y mas con redoblado ahinco y esforzó siempre sus conatos, hasta que por fin se decretó la abolicion de la esclavitud de los Negros; pero ya el esclarecido jurista español Avendaño, cerca de un siglo antes, habia sentado y demostrado, con razones poderosísimas, la idéntica doctrina, en el idioma jeneral de Europa, como se está viendo en la preciosa coleccion latina intitulada *Tesoro Indico.*

Prescinde el ínclito escritor de sistemas filosóficos acerca de la unidad ó diversidad de castas y raleas, atendiéndose á la evidencia de que todos coincidieron ó se unieron en la jeneralidad llamada linaje humano, y estando igualmente dotados de potencias sensitivas é intelectuales y de atributos simpáticos y amorosos, á ninguna de estas clases pudo caber primacía alguna, teniendo el mismo derecho los Negros para esclavizar á los Blancos, que estos para avasallar á los primeros, ó por mejor decir, que ni á unos ni á otros compete semejante fuero, siendo todos esencial y positivamente iguales.

Allá el obispo de Chiapa, Bartolomé de las Casas, fanático por sus Indios, propuso que se trajesen desde luego Negros, como mas robustos é intelijentes para el trabajo de las minas; pero en realidad ni unos ni otros debian beneficiarlas, como sucedió luego despues, y como opinaba el grande Hernan Cortés en sus cartas á Cárlos V; pues á poco tiempo se presentaron á miles y de sobra los obreros voluntarios, que hacian profesion de aquel arte ó ejercicio.

Lo cierto es que, decretada una vez y á duras penas la abolicion de aquel tráfico y cautiverio abominable, tuvo la ambicion inglesa que jirar por otro rumbo, y aparentando una humanidad acendrada que jamás cupo en sus pechos mercantiles y afeminados, blasonaron de perseguir á todo trance los bajeles llamados negreros, con ínfulas filosóficas de abogados y defensores de la casta atropellada y desvalida.

El verdadero móvil de tanto ahinco y vijilancia, es la prosperidad que cada dia hace floreciente y portentosa á la Habana, constituida ya como el emporío opulentísimo de entrambos mundos. Con efecto, ya que no está en su mano el contrarestar el empuje de aquel cúmulo de proporciones que la enriquecen y encumbran sin cotejo de otro puerto alguno, su envidia roedora é insensata se cifra toda en medios para cortarle los vuelos y reducirla á la medianía, ó mas bien á la nada, imposibilitando el logro y la perfeccion de sus productos, por falta de medios y de relaciones para sostener, y aun perpetuar su bienandanza.

Loor eterno al dignísimo inglés, pues noticioso ú no del libro peregrino, entabló, sostuvo, propagó y consumó su empresa sobrehumana; y si la Inglaterra no le ha erigido ya una estátua magnífica se le está debiendo de justicia el mundo entero; mas el jurista español es acreedor á todo un templo, donde la humanidad entone sin cesar sus alabanzas en rasgos líricos, ó de un poema cabal y grandioso.

No estaba por cierto en su mano el esforzar tan sublime intento, pues ni se podia hallar constituido en el santuario de la nacion, que no existia quedando ya, bajo la insensata dinastía austríaca, tanto las córtes castellanas, como los liberalí-

simos aragoneses, á mera farsa y plataforma; pues entonces no cabe duda que con la debida proporcion el sabio y heróico Letrado, llevará á colmo la obra, poniendo en esclarecida práctica la doctrina que tan solo la pudo esponer y demostrar en teórica despejada y concluyente.

Fue positivamente el primero en el orbe que alzó, hasta donde llegaron sus alcances, la antorcha de la razon, en asunto tan clásico y fundamental, y quédele para siempre la gloria incomparable que de justicia le cabe.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMOOCTAVO.

Repeticion de invasiones inglesas. — En Puerto Rico. — Por segunda vez en Cádiz. — Intentos afrentosos contra Caracas. — Rechazos y desengaños en todas partes. — Estado lastimoso de la nacion. — Instancias encarecidas del Directorio francés. — Escasez estremada de caudales. — Venta de baldios. — Empréstito. — Venta de obras pias. — Amortizacion. — Repeticion de instancias del Directorio. — Separacion de Godoy. — Farsa de nuevo ministerio.

DESDE 1798 HASTA 1800.

En cúmulo, en raudal, en diluvio, agolpa la ferocidad británica sus demasías sobre la angustiada España.

Antes de la espedicion referida contra el Ferrol, habia salido otra contra Puerto Rico, y aunque desembarca con felicidad, la rechazan en la capital, y la persiguen los naturales por toda la isla, donde permanecen hasta quince dias asolando y destruyendo pueblos, haciendas, bosques, y cuanto cae bajo su segur sangrienta y esterminadora.

Entre tanto el sumo orador, el decantado ministro Pitt, incurre en la vil bastardía de entablar negociaciones con el rebelde Miranda, que despues guerreó por la República francesa, para sublevar á Caracas, en toda la Costa Firme; mas fracasan aquellos soñados planes, quedándose el inglés con el oprobio de sus ruines pensamientos, y Miranda con la necesidad de huir precipitada y cobardemente, para alistarse en unas banderas estrañas, peleando allí con mas ó menos acierto y aceptacion.

Pero luego el almirante Keith emprende nueva espedicion contra Cadiz con mucho mayor aparato que la de Nélson, pues se presente con el monstruoso número de 150 bajeles, ostentando sin rubor el empeño de asolar el pueblo, abrasar el arsenal y apresar la escuadra.

El gobernador Morla le escribe una carta decorosa, manifestándole la situacion lastimosa del vecindario, acosado de la fiebre amarilla, y falto de medios para subsistir, en medio de tan horrendo acto, y concluye implorando los sagrados fueros de la humanidad. Pero el inglés, atribuyendo á miedo el caballeroso mensaje, tiene la villanía de contestar, que antes de entablar el menor ajuste, requiere que se le entregue la escuadra con cuanto hay en el arsenal, y como no cabe réplica á tamaña insolencia, empiezan las operaciones del sitio y bombardeo.

Corresponde la plaza; se forman las columnas de lanchas cañoneras con la marinería acostumbrada; destrozan las bombarderas enemigas, y luego contrarestando anticipadamente todos sus avances, y maltratando hasta sus naves mayores, tiene el sitiador que amainar su arrogancia y luego se retira escarmentado con mayor quebranto del que habia padecido su compañero, y antecesor en el intento Nélson.

Vióse luego que en uno de aquellos padecimientos de epidemias por las Andalucías, se plantearon cordones en Sierra Morena y por las cercanías de Madrid; pero despues, aliviadas las dolencias y desapareciendo el riesgo, cesaron aquellas precauciones, ocasionando desde luego coplas, sátiras y pasquines satíricos, con desacato de los personajes mas encumbrados (1)

Reviven las Andalucías con la sanidad y el escarmiento de Keith, pero siguen volando de polo á polo, con las teas siempre centellantes,

(1) En uno de aquellos pasquines se retrataba á una dama y un galan, con el estribillo siguiente al pie:

¿Qué mas peste,
Que esta y este?

los incendiarios de profesion de Cádiz á Manila, y revolviendo de nuevo sobre nuestras inmensas Américas, remedos fieles de aquel Ariman, el númen asolador, en la relijion de los Persas, que se deleita rabiosamente con el daño que causa á las naciones despavoridas; tales son los Ingleses.

Yace la Trinidad, isla grandiosa, fértil y oportunísima para la comunicacion de entrambos mundos, sobre la costa de Tierra Firme. Cúpole por gobernador, hace algunos años, el sabio marino Chacon, quien se esmeró ahincadamente en favorecerla y fomentarla, para luego espirar en manos de otro, compañero poco digno, por su desatinada conducta, en un trance obvio, y que le proporcionaba coyuntura ventajosísima para inmortalizarse.

El jeneral Apodaca, tan menguado como engreido, se halla mandando una escuadra considerable en Trinidad; llegan los Ingleses con espedicion poderosa, y en vez de recibirla acoderado, como se dice y se practica en la marina, sobre el menor fondo posible, escudando su ala con baterías en tierra, tiene la peregrina ocurrencia de incendiar los bajeles y quedarse absolutamente indefenso en la isla. Los enemigos asen la risueña ocasion de la melena, desembarcan á sus anchuras cuando, como y cuanto les place y se apoderan de la isla, que para siempre deja de ser española.

(1) Es el asunto sobrado formal para ironías, pero sin duda Apodaca se jactaba de humanista, y enamorado de la descripcion sublime de Virjilio, quiso realizarla en el mundo moderno, convirtiendo la escuadra en nueva Troya, y recreando la vista y el ánimo con tan asombrosa perspectiva.

¿Dónde estabais, Mazarredo, Gravina, y centenares de marinos, á cual mas esforzado y pundonoroso?

Con efecto se está tratando de paz en aquella coyuntura, y el ministerio inglés pone por condicion imprescindible para su ajuste, la cesion perpetua de tan preciosa posesion, y hay que avenirse á todo, por la deplorable situacion en que se hallan todos los ramos de gobierno.

Sigue el Directorio francés, aun despues de aquel tratado, estrechando mas y mas para la ocupacion de Portugal por tropas españolas ó advenedizas, y entre tanto yace el erario exhausto imposibilitando todo género de imposiciones.

Se recurre á un empréstito onerosísimo, se mandan enajenar los baldíos, defraudando así á los pueblos de un arbitrio á la mano para casos de urgencia ó de calamidad estremada; se mandan vender fincas de beneficios y obras pias, y se crea el establecimiento que tras vaivenes mas ó menos violentos, ha venido á engrandecerse hasta lo sumo, con el nombre de Amortizacion; por el pronto á cargo de D. Sixto Espinosa, y despues de otros muchos, quienes hasta ahora no han despejado la anhelada incógnita de las grandiosas ventajas que debia acarrear al Estado; pero entretanto se logran algunos caudales, se sigue *trampeando*, y como se dice vulgarmente, *se sale del dia*.

Se afanan los Directores franceses en sus demandas incesantes, y encontrando siempre á Godoy mas reacio de lo que apetecen, se empeñan por medio del embajador en su separacion absoluta del ministerio. La encumbradora del endiosado Estremeño lo resiste á todo trance, pero el mismo Godoy, tal vez fastidiado ya de intimidad y de mando, se aviene al ruidoso desvío, que si bien se interpreta de mil diversos modos, viene á reducirse en realidad á una *farsa palaciega*.

CAPITULO QUINCUAJÉSIMONONO.

Jovellanos y Saavedra ministros. — Aceptacion jeneral. — Insubsistencia. — Persecucion violenta. — Continuacion de Saavedra. — Descalabro de la hacienda. — Urquijo nuevo ministro de Estado. — D. José Caballero de Gracia y Justicia. — Atrocidad en la alteracion de las leyes. — Reguera, el editor de la Novísima Recopilacion, falsario. — Demostracion incontrastable de D. Francisco Marina, en su Censura de aquel Código inicuo.

LAS MISMAS FECHAS.

Como majistrado, como caballero y como literato, idólatra y calificador eminente de las artes sublimes, Jovellanos merece el aprecio entrañable de la nacion entera.

D. Francisco Saavedra, constituido por el gobierno en la Habana individuo de la junta suprema para la direccion de la guerra contra los Ingleses, en medio de una sentina de vicios, y de un dispendio, mejor diremos, de un *derroche* increible de un depósito de treinta millones de duros, al modo de la fuente Aretusa, que, segun los poetas, despues de atravesar el mar salobre, brotaba en Sicilia tan pura y saludable, como allá en la Grecia, conservó siempre su nativa inocencia, su honradez inalterable.

Se encarga Jovellanos del ministerio de Gracia y Justicia, y confian á Saavedra los de Estado y Hacienda. Salen todas las tardes juntos en una berlina sencilla, y el público de Madrid los vé, colgado de aquellos dos dechados de virtud, pasear un rato por el Retiro, y acudir luego con afan al desempeño de sus tareas.

En medio del aplauso jeneral, entra luego la censura mas ó menos avinagrada á tacharles al uno su aristocracia y asturianismo, y al otro su escesivo candor y condescendencia; pues jamás halla palabras para negar una peticion, por mas impropia y descompasada que parezca. Sin embargo, satisfechos todos del terso pundonor y ansioso anhelo del acierto que abrigan al par en sus puros corazones, confian de que el gobierno ha de seguir en adelante una marcha constante y ventajosa, manifiestan vivísimos deseos de que se entable por fin el reinado de la diosa de la justicia, de aquella Astrea que idolatraron los Paganos.

En medio de esta aurora tan risueña, se nubla de improviso el horizonte, sale Jovellanos para Jijon á fin de dirijir el Instituto Asturiano; luego el rejente de la Audiencia de Asturias lo conduce á Barcelona, para embarcarlo y encerrarlo en la Cartuja de Mallorca, de donde, á pocos meses, lo sacan para emparedarlo por algunos años en el castillo de Belver, y no sale á luz, hasta la grandísima novedad de Aranjuez, en marzo de 1808 (1).

Sigue Saavedra, con sumo desabrimiento, por la ausencia de su íntimo compañero, despachando, con mediana aceptacion, entrambos ministerios; enferma luego de gravedad, con sospechas de envenenamiento, se restablece por fin en Sevilla su patria, donde tiene que salir con nuevo esplendor, como presidente y alma de la Junta Sevillana, cuya actividad portentosa proporcionó á un tiempo el grandioso ejército y la victoria para siempre memorable de Bailen.

Como quiera, entró en el despacho de estado, interinamente, D. Mariano Luis de Urquijo, jóven superficial pero con alguna práctica de negocios, pues se hallaba de primer oficial en la misma secretaría; y despues ha de hacer un papel brillantísimo en Victoria, queriendo retraer infructuosamente á Fernando VII de su desvariado viaje á Bayona.

Se encargó del ministerio de Hacienda el mallorquin adusto é ignorante D. Cayetano Soler, absolutamente desconocido en la corte; pues tan solo habia ejercido una comision baladí, para el fomento de algodones en la isla de Iviza, pero que desde luego cohonestó su ridiculez, declarándose á todo trance rendido sirviente de Godoy, aprontándole millones á su albedrío, y mas todavia á su pródiga encumbradora, sedienta siempre de antojos y devaneos. Fenece despues Soler desastradamente.

Pero la eleccion mas aciaga y mas afrentosa para la nacion, fué la de D. José Caballero, nombrado por sucesor de todo un Jovellanos; la fantasía se figura inmediatamente una escena de embolismo ú de majía en el teatro antiguo, donde al querer entrar por un postigo en que asoma un arcángel, se aparece Luzbel con todos sus distintivos infernales, y asusta y rechaza al campeon mas denodado y arrogante.

Con efecto, el santuario del angélico pundonor, queda al golpe trocado en una zahurda lóbrega y cenagosa.

Hacia algun tiempo que un andaluz, llamado D. Juan de la Reguera, traia entre manos un nuevo código universal, esto es, una recopilacion apellidada Novísima, de toda nuestra lejislatura antigua y moderna. Ambos á dos profesan unas mismas opiniones arbitrarias y tiránicas, y se hermanan y se encierran (1) allá á fuer de monederos falsos, en su obrador tenebroso, y por fin sale aquel aborto con cuantas nulidades cupieron jamás en los desvaríos de la falsificacion.

El dechado de la inocencia, el sabio y laborioso D. Francisco Marina, al ver el desacato es-

(1) Nunca Godoy, aunque odiosísimo por su enorme privanza, mereció en la opinion jeneral el concepto de perseguidor, y mucho menos de sanguinario, y así se hizo estrañísimo aquel rigor escesivo con el inclito Jovellanos.

Parece que hubo un bajel aparejado en Alicante, para cargar de improviso con el Estremeño, dar inmediatamente la vela, y llevarlo de un *tiron*, y sin apostar en parte alguna, á Filipinas.

Lo cierto es, pues me consta orijinalmente, que reconviniendo un amigo en Paris á Godoy sobre aquel procedimiento, contestó que en aquel trance y en otros, no habia hecho mas que defenderse y resguardarse para quedar en salvo.

(1) En cada una de aquellas *encerronas* van al través, leyes de Partida, actas de cortes, pragmáticas reales, con cercenes, aumentos, trastrueques, contradicciones etc.

candaloso de los malvados, convertidos por su propio arrojo y desenfreno, en Solones y Licurgos de la nacion entera, toma la pluma y demuestra incontrastablemente el sin número de falsedades que encierra la voluminosa coleccion. Aquí se falsean leyes enteras, ó actas de cortes; allí se les varia totalmente el sentido; allí se les aumentan párrafos que nunca tuvieron; amansándolo todo, segun el sistema despótico de los hacinadores.

Además de nulidad tan fundamental, carece la llamada Recopilacion de todo tino y criterio, incluyendo leyes cuyo objeto cesó ú desapareció hace siglos; hay otras contradictorias entre sí, y aun en los diversos párrafos de una misma, de modo al parecer las dieron á copiar al primer escribiente que vino á la mano, ansiosos los autores de completar su desvarío *á lo que saliere.*

Por el pronto, el público, jeneralmente deslumbrado, lo recibió con favorable acojida, pero una vez impresa la censura de Marina, toda la nacion quedó enterada de tan vil superchería, y aun aseguran que el patente desengaño amargó en tal grado al frenético Reguera, que le acarreó la muerte.

De Caballero se dijo, que en el acto de la revolucion de Aranjuez, y á la venida de los Franceses, habia manifestado entereza y patriotismo. No constan sus heroicidades.

CAPITULO SEXAJÉSIMO.

Bonaparte. — En Tolon. — En Italia. — En París. — En Ejipto. — Regreso. — Encumbramiento — Despotismo ya de primer cónsul. — Sigue en cuanto á España las huellas del Directorio. — Su encono con Inglaterra. — Insiste en la ocupacion de Portugal. — Su cuñado le Clerc pasa á embarcarse para Santo Domingo. — Expedicion desatinada. — Fenece toda. — Espedicion ridícula de escuadra poderosa á Nueva Orleans.

DESDE 1800 HASTA 1802.

Agenísimos se hallaban los Españoles y demás sitiados en Tolon, de tener al frente un mero teniente coronel de Artillería, que debia en breves años imperar al orbe.

Llega al ejército, y desde luego se advierte actividad y travesura extraordinaria en los sitiadores. El jeneral se atiene en todo á su dictámen, situa acá y acullá baterías poderosas, y tomando la eminencia dominante al puerto, desaloja las escuadras, y proporciona á los Ingleses pretesto para la evacuacion del pueblo, quema del arsenal y apresamiento de navíos y fragatas.

Ya se manifestó cuan ventajosa habia sido para los Franceses la paz de Basilea, pudiendo así disponer del ejército del Rosellon, para reforzar al de Italia, cuyo mando se puso luego á cargo de Bonaparte.

Se pone al punto en movimiento, arrolla Sardos y Austriacos, abastece y viste su tropa hambrienta y desnuda, y entabla sin reparo de horas, situaciones ni tropiezos, aquella memorable campaña de Italia que le encumbra sobre el mismo Federico, siguiendo y perfeccionando sus principios, que en suma son los idénticos que planteó en el propio país, mas de dos siglos antes, el por tantos títulos apellidado el gran Capitan, Gonzalo Fernandez de Córdova.

Como quiera, Bonaparte vuelve á París, coronado de laureles, arrolla y desacata al Directorio, y este, cada dia mas amigo de comprometerlo en espediciones lejanas y arriesgadísimas, le brinda con un ejército floreciente y una colonia de sabios, ostentándole las miras del antiguo Alejandro para encaminarse á la India, y dar al traste con el poderío británico, en aquellas inmensas y opulentas regiones.

Da la vela, se apodera, al paso, de Malta, desembarca en Egipto, y aunque la ciega torpeza de su almirante Bruys le priva del arrimo de la escuadra, se interna por el Ejipto, invoca en sublime arenga á las Pirámides, vence mas y mas, pasa á la Siria, queda rechazado en Acre, incurre á la retirada en el horrendo baldon de envenenador de su tropa, regresa á Ejipto, vence de nuevo, y por último, desampara el ejército, y salvándose milagrosamente de los cruceros ingleses, aporta en Francia.

Llega á París, y tras varios ardides y vaivenes,

con mas ó menos arrojo ú cobardía, vuelca el Directorio y se apodera del gobierno; titúlase al pronto primer Cónsul; pero desde luego manda despóticamente; da nuevo empuje á todos los ramos de la administracion pública, activa mas y mas las relaciones diplomáticas, y sobrepuja al Directorio en estrechar á la España, á fin de que allanando el Portugal, desaloje por fin á los Ingleses de la guarida perpetua de sus puertos.

El bondadoso Carlos IV, con sus medianillos alcances, se está allá complaciendo en la postrera revolucion de Francia, conceptuando que concentrado por fin el gobierno en un solo individuo, ha de ser mas uniforme y accesible á cuanto pueda sobrevenir. Luego vendrá á desengañarse el inocente de aquellas cuentas que se llaman vulgarmente *galanas*, y que saldrán en breve muy *fallidas*.

Desde los primeros pasos, Bonaparte, de suyo violentísimo, estremó las demandas harto cuantiosas y apremiantes del ya derrocado Directorio. Este habia jugado revolucionariamente y á su albedrío con los Estados Italianos, y siguiendo ahora aquel rumbo, aventados los Austriacos de toda la Italia y particularmente de Toscana, hizo con ella Bonaparte, por *entonces*, aquel regalo á la infanta de España, casada con el duque de Parma, titulándola reina de Etruria, pues aquel nombre antiguo no podia menos de atesorar mayor autoridad y embeleso.

En seguida parecia muy obvio el pedir una division española, para resguardar sus nuevos y rejios estados á la infanta madrileña. Dicho y hecho; allá va O-Faril, jeneral de opinion, encabezando una porcion de regimientos brillantes, que merecen fino agasajo en su tránsito por Francia y en su paradero en Toscana; con el bien entendido, de que su manutencion, escasa ú opípara, corria á cargo de la exhaustísima España.

Pero el tema principal, el asunto nunca orillado, es la ocupacion de Portugal, y el desvío de los Ingleses, para tenerlos á raya, en cuanto sea dable, fuera del continente europeo.

Adviértase desde ahora, como se irá palpando por todo lo sucesivo, que Bonaparte, siempre incontrastable en sus empresas terrestres, desacertó mas y mas por cada dia todas las marítimas. Se empeña desde luego en aparejar y enviar ejecutivamente á Santo Domingo una espedicion poderosa, á las órdenes de su cuñado Le Clerc. Se agolpa efectivamente en su embarcadero, llega felizmente al deseado destino, y despues de varios trances, mas ó menos infaustos ó ventajosos, fenecen casi todos, no tanto en las refriegas, como por los estragos de la epidemia, siendo el mismo caudillo una de sus víctimas.

No por eso amaina el ahinco de Portugal y de esterminio de Ingleses, donde quiera que asomen fuera de sus fortalezas natantes.

Pasa de embajador á París el duque de Frias, padre del actual; se le agasaja infinito, pero se le estrecha mas, así sobre su objeto, como el de algunos millones que se piden con instancia hasta entonces con varios pretestos, que se han de orillar luego, variando de tono y acortando los plazos, á medida de las imperiosas ó arbitrarias urgencias.

Se van dando largas, y sobre todo se gana tiempo, brindándose á una espedicion sobre Portugal, toda á cargo de España, con ánimo de guarnecer las plazas, si no cede aquel gobierno á tan repetidas instancias, precisándolo á desviarse absolutamente del arbitrario y pernicioso patrocinio de los Ingleses.

Por entonces, ó poco despues, ocurrió la novedad peregrina que por algunos meses embargó la curiosidad europea. Logra Bonaparte con su intensa actividad armar una escuadra considerable, se junta luego á su debida altura con otra salida de Cádiz, al mando del ínclito Gravina; tardan aquellas fuerzas poderosas algunos meses en su espedicion, y por fin traen venturosamente á Francia la persona añeja y arrugada de la madre de aquella idolatrada Josefina, que luego ha de ser allá repudiada con toda solemnidad. Vivia la anciana sosegadamente á Nueva Orleans, sin echar absolutamente menos los primores de París (1).

(1) No consta que la rancia dama fuese *mulata*, *cuarterona* ó *salto atras*, pero los chuscos madrilleños, al regreso de la formidable armada, recordaron la aventura de los Batanes, donde Sancho estuvo tan descomedido, que mereció algunos varapalos con el lanzon de su amo, y le quitó la gana de repetir y glosar las pomposas espresiones de aquella arenga, verdaderamente quijotesca.

Como quiera, nunca, nunca pudo cuadrar mas cabalmente la aplicacion harto repetida del divino Horacio, del espresivo la Fontaine y del chistoso Samaniego.

Parturient montes, nascetur ridiculus mus;
La montagne en travail enfante une souris.

Y estos montes que el mundo estremecieron,
Un ratoncillo fue lo que parieron.

CAPITULO SEXAJÉSIMOPRIMERO.

Coronacion de Bonaparte. — Insubsistencia frenética y postracion afrentosa de la nacion francesa. — Oficios apremiantes al ministerio español. — Campaña de Portugal. — Ida de Godoy. — Su pompa. — Regalo de naranjas. — Ajuste. — Separacion aparente de los Ingleses. — Ida de la corte. — Aparato. — Paseo de la Reina por delante del ejército. — Adquisicion de Olivenza.

DESDE 1802 **HASTA** 1804.

Hidrópico afan atenacea mas y mas el pecho de Bonaparte, sediento siempre de mando, pompa y ajitacion y estruendo. Arbitrario y violentamente despótico es ya su dominio de primer cónsul, pues prescinde absolutamente de Cambaceres y Le Brun, sus compañeros, mas no basta aquella superioridad efectiva á su ambicion altanera; anhela boato, ostentacion, y en suma, desenfreno.

Se estrecha íntimamente con Taillerand digno obispo, casado, cojo, sagaz y alevoso por esencia; y aunque entrambos se calan, y por lo mismo se odian tal vez de muerte, se necesitan, se aunan y se identifican por el pronto, é idean allá una votacion artificiosa, con amagos de violencia ó escarmiento, de la cual resulta la eleccion, realmente forzada, del candidato corso, para emperador de los Franceses.

Borron feísimo es ahora tamaña postracion de la nacion idéntica que, muy poco antes, ha estado blasonando de volcadora de tronos, de trastornadora de pueblos y ensangrentadora del orbe, en pos de una libertad frenética que jamás llegóá disfrutar; baldon torpísimo, repito, es aquel paso memorable que la enfrena, para siempre, al despótico albedrío de un advenedizo (1).

Como quiera, viene cándidamente el papa, y tramonta los Alpes para unjir al que mas ajó la tiara, en el mismo Vaticano, y luego la volverá á tratar con el mismo menosprecio; se apronta y se celebra con sumo boato la coronacion anunciada, y la nacion enloquecida, paga á precio de oro la dicha sobrehumana de presenciar y vitorear aquel testimonio auténtico, aquella demostracion patente de esclavitud aherrojada y de envilecimiento perpetuo.

Tras aquella ruidosa ceremonia del flamante emperador, no contento con imponernos el ridículo desdoro de incorporar la escuadra de Gravina con la francesa, para ir á todo trance al contrapuesto hemisferio, en busca de una momia ejipcia, que ni aun pudiera servir para llenar un nicho escaso en el gabinete de Historia Natural, está de continuo requiriendo caudales, con pretestos arbitrarios, ó sin ellos, y sobre todo exije la conquista de Portugal, por tropas españolas ó francesas, ó bien de ambas naciones, para desalojar de una vez y á su arbitrio, á los Ingleses de aquellos azarosos puertos.

Acataban allá los paganos los anuncios irrevocables del ciego Destino, como se está viendo de continuo en los trájicos Griegos; tales son las palabras del incontrastable emperador, y el monarca español, por cada dia mas acosado de reconvenciones amargas y de mil demandas exorbitantes, tiene que doblar la cervíz y tomar á su cargo la reduccion, ó por lo menos, la obediencia, de aquel reinezuelo malhadado.

Se envian tropas á Estremadura, se incluyen escuadrones de la misma guardia de la Persona; las revista Carlos IV á caballo, asiste la reina en carruaje sencillo; de mantilla, que es su traje predilecto, preciándose en todo de española; no hay escolta, ni se desdeña de conversar con cuantas señoras ó caballeros se llegan á hablarla; pero asoma el íntimo, y hermanando estremos contrapuestos, prorumpe en requiebros chocarreros rebozados con frases floridas y pomposas (1).

(1) Llega á Madrid el noticion del vuelco del Directorio, y hay quien prorumpe que el Corso ha hecho una *Cesarada*, y apuntándole lo mismo allá, prorumpe, *róles usés*, *mauvais róles*, papeles rancios malísimos, y sin embargo así lo hace, y todo Paris entroniza y endiosa al sangriento *ametrallador* del callejon de san Roque.

(1) En las frecuentes entradas y salidas de los Fran-

Encabeza su galano Estado Mayor, y marcha y campea, con ínfulas de nuevo Hernan Cortés, el flamante jeneralísimo (1), y va dando cuenta de sus pasos, ora de oficio, y ora en cartas particulares á la reina, como se ve en la correspondencia citada en la nota de arriba:

« *Badajoz* 18 *de mayo.*

« Neptuno favorece á estos bellacos; ha sido tal el agua que cayó ayer, que la mayor parte de pólvora se ha inhabilitado: las tropas están desnudas, y las armas en estado preciso de rehabilitarse etc. »

« *Badajoz* 30 *de mayo.*

« Sean felices los dias de hoy, y por mi parte ofrezco á V. M. esa plaza de Arronches, y la esperanza de Portalegre cerrando la línea etc. etc. un pobre ejército hace esto, y mientras Manuel tenga alientos no osarán los enemigos de V. M. levantar la cabeza.

« Cúidese V. M. por Dios; esto es lo que importa, y que conserve sus bondades al mas fiel de sus vasallos Q. B. S. P. — *Manuel.*

«No envio edecanes, porque no saben correr.»

El siguiente párrafo es el principio de una carta á la reina:

« Señora:

« Conténtese V. M. con esas *naranjas*, que son de los jardines de Yelves, tomadas á mi vista, por las tropas que encerraron en la plaza al enemigo etc. »

En una carta á la reina, con fecha de 1°. de junio en Badajoz, incluia Godoy un papel preciosísimo, todo de su letra, que dice asi íntegro y literal:

« Esta relacion, Señora, supone loque un cuento, y para noticia de V. M., solamente Luciano (1) tiene órden de pedir quince millones de libras para su gobierno, y pidió treinta de buenas á primeras. Advirtiéndole yo la enormidad de esta condicion, bajó á veinte y cinco, y me dijo, quince para el gobierno y diez para nosotros. Al pronto no hice aprecio de su espresion, pero habiéndomelo repetido, le dije: pues amigo, si el gobierno recibe quince solamente, V. debe contentarse con los cinco, y pedir los veinte. Entonces me añadió: ¿Y V.? es necesario aprovechar tales ocasiones, pues no se presentan todos los dias.

« V. M. se persuadirá del rubor y enfado con que le respondí, pero solo me dice en su idioma: V. no tiene sino dos millones, y yo no he de parar hasta que junte doce... Dice que á su hermano José le valió el tratado de Luneville cuatro millones de libras, y otras muchas cosas ».

Por estos nuevos apuntes (2) se está viendo lo que era el filósofo Luciano, embajador de Bonaparte, venido espresamente y con encargo especial para acabar con los Portugueses, si no se avenian á cerrar los puertos de una vez á la Inglaterra. Sin embargo, median regalos y co-

ceses, solia quedar el palacio solitario y patente para todo advenedizo, y en la última escapada de José, hubo un curioso que se introdujo hasta el cuarto de la reina, y rejistrando cajones dió con un paquete de cartas, que luego dió á luz, de Godoy á su Dulcinea, cuando se hallaba en Madrid, separado al parecer del ministerio y de la corte; y entre las muchas sandeces *garrafales* que arroja la insulsa correspondencia, campean las siguientes brochadas:

« Si V. M. conoce lo que debe hacer, y aun tiene sentimientos de benevolencia hácia mí, dígamelo y yo le obedeceré, Otra cosa no hará jamás Manuel, Manuel, aquel hombre que ha dado tantos ratos de placer á V. M., no quiere incomodarlas ya ni un momento, pero siempre será el mismo fiel y leal etc....

« Tanto me parece bien lo que hacen esas jentes de Lima, como mal el que V. M. tenga deudas. Los reyes no deben incurrir en las frajilidades que los demas hombres, y muchas veces he dicho á V. M. que no tome por mano de nadie; nadie tiene tanta opinion como yo, ni nadie podia servirla como yo....

V. M. empieza á desconocer á Manuel ¿V. M. cree que Manuel no sebe separar los sentimientos del alma de los de la razon? ¿Me cree tan frajil que los afectos del amor propio pudiera confundirlos con los del amor impuro? ¿Yo seria capaz de vender un secreto por cambio de una idea jactanciosa ó vanidosa? ¿Consígnese la inocencia, pero que la virtud no sea el pretesto.... V. M... ¿Me horrorizo, ha creido que Manuel.... ha... vendia sus confianzas?... »

La ortografía corre parejas con la algaravía de tan enmarañado y estrambótico lenguaje.

(1) Para espresar el dictado, empleo y oficina del Jeneralísimo, se inventó por entonces la palabra bárbara *jeneralismato*.

(1) Hermano de Bonaparte.

(2) No podemos menos de copiar otra carta de Godoy, de 23 de diciembre de 1804. « Nada altera mi triste como filósofo y alegre como militar; en esta clase solo se calcula la posibilidad de las cosas por la fuerza, y en aquella la insubsistencia de nuestras obras y la perfidia de los mortales: vivo pues con separacion de todos ellos, y solo los aprecio en el momento en que los miro, cual máquinas indispensables á la sociedad etc. »

hechos, y aparentando arrojar efectivamente á los Ingleses, á pesar de la presencia de las tropas francesas, se concluye el tratado, devolviendo las conquistas, y quedándose con Olivenza la gloriosa España, para timbre perpetuo del Conquistador.

Con efecto, cohechado el embajador á espensas del vencedor y del vencido, amainan las iras y se adormece la codicia del hermano, quien poco antes imponia condiciones equivalentes al esterminio ú disolucion absoluta de Portugal. Mas no se aviene la ambicion inglesa al desaire y consecuencias de su desaire en los puertos que disfruta como propios; y si ahora por consideraciones políticas con un aliado ú súbdito que palpita en la agonía, aparenta ciertos asomos de avenencia al nuevo tratado, allá en sus recónditos enconos se reserva mayores logros para cuando el almirantazgo, prescindiendo siempre de miramientos pundonorosos, puesto en acecho con sus miradas de Argos, pueda nuevamente asir la coyuntura por los cabellos, para apropiarse desde luego cuantos tesoros surquen los mares en paz ó en guerra, y arrostrar despues cuantas contijencias puedan sobrevenir.

Entretanto el Jeneralísimo, rebosando de alborozo, insinúa, esto es, ordena y manda que la corte toda se ponga en marcha para presenciar su gloria en las tareas de tanto afan y desvelo, y llega entre músicas pomposas y vivas innumerables. Fórmase el ejército en línea grandiosa y teatral; y mientras el rey se complace en presenciar la gallardía de tan hermosa hueste, su consorte mirá acá y acullá distraidamente, advirtiéndose en su ademan y sus movimientos, cierto descoco vulgar, muy ajeno de la majestad competente á tan escelsa jerarquía.

Regresa la corte á su capital; se retiran las tropas á sus competentes guarniciones, y este es el paradero de la decantada campaña, que retarda por algun tiempo la guerra sangrientísima, que está ya en el disparador, y que destino si breves años han de asolar muy lastimosamente la nacion entera.

Es indiferente apuntar aquí ó en otra parte, los dones, mercedes y distinciones sin cuento, que se van agolpando de continuo en la persona de Godoy, con los títulos de duque de Alcudia, príncipe, jeneralísimo, señor del soto de Roma, de la Albufera de Valencia, ganadero de la Mesta, y sobre todo está ya asomando el Almirantazgo con tratamiento regio etc. (1).

Por lo demás, en este capítulo se ha tenido que alterar algun tanto el órden cronolójico, para redondear y ofrecer con mayor despejo el pormenor de su contenido.

(1) Aquel agolpamiento redoblado é incesante recuerda desde luego á la imajinacion el peregrino encabezamiento de un capítulo del Quijote que dice asi: « De como llovieron sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras. ¡Así tales profusiones no hubieran sido mas que ridículas!»

CAPITULO SEXAJÉSIMOSEGUNDO.

Salteamiento alevoso de los Ingleses contra cuatro fragatas españolas cargadas de caudales. — Se desentienden los apresadores de todo miramiento y satisfaccion. — Guerra marítima. — Armamento de los Franceses en Tolon. — Venida de Villeneuve á Cádiz con la escuadra francesa. — Se incorpora con la de Gravina, y toma el mando de ambas, por mas antiguo. — Orden de Bonaparte para salir. — Combate de Trafalgar. — Ignorancia y cobardía de los Franceses. — Heroismo de los Españoles. — Desastre.

1804. — 1805.

Horroriza un déspota sañudo fulminando estragos á su antojo, ó bien cavilando marañas allá en los ámbitos de su diplomacia enmarañada y alevosa; pero estremece mucho mas un salteador que está, cual tigre, acechando la presa, para luego devorarla insaciablemente en su sangrienta cueva.

La heróica, la triunfadora, la incontrastable España de otro tiempo, cual vírgen candorosa, maniatada entre viles sayones, caminando al

bárbaro holocausto; la infeliz España yace víctima del Breton y del Galo, que la arrebatan inicua y desaforadamente, con feroz algazara, á su total esterminio. Pitt la quiere muda, desangrada y palpitante, y el Corso se la apropia, no tanto para auxiliar, como para esclava.

Cuatro fragatas españolas, cargadas de caudales, navegan desahogadamente de América para Europa; se está en paz, y sin el menor asomo de recelo, aunque se aparecen como aves de mal agüero á las cercanías de un palomar, cuatro naves inglesas de mayor porte, siguen siempre su rumbo... cuando de improviso se abalanzan los piratas, y aunque los Españoles hacen ejecutivamente su zafarrancho, todo es ya tardío y atropellado. De este sumo arrebato resulta la esplosion instantánea de la fragata *Mercedes*, que se vuela en el primer trance del combate, y fenecen todos sus individuos. Quedando así tan desiguales las fuerzas, son ya vanos los conatos de las otras tres, y tienen que rendirse, protestando siempre los comandantes, que su nacion está en paz con la Inglaterra, y ceden únicamente á la fuerza de tan atroz alevosía.

Se verifica el atentado en 1.º de octubre de 1804; llega la noticia á España, causa escándalo horroroso y desesperacion mortal en la nacion entera; se dan pasos, se comunican notas, y el orador, elocuente y empedernido ministro, Pitt contesta única y desabridamente, que las fragatas quedan en depósito por los puertos de Inglaterra, hasta que se ajusten las diferencias que median entre los dos gobiernos.

Entre tanto siguen armando mas y mas los Ingleses, y refuerzan poderosamente todas sus escuadras. Echa tambien el resto Bonaparte, y ahora con las ínfulas de emperador, impone leyes mas terminantes al desvalido y tímido ministerio español. Se pasan órdenes apremiantes, y se habilita lo mejor que es dable la escuadra de Gravina, con la cual se incorpora luego la de Tolon, venida á Cádiz, al mando de Villeneuve, almirante francés, tan ignorante como presumido, pero que se da luego á reconocer en ambas escuadras, como jeneral en jefe, por el mas antiguo.

Está Nélson como á la vista, con fuerzas casi iguales á las combinadas, y se trata de embestirle á todo trance. Se celebra consejo de guerra, y Gravina desconfiando con harta razon de la atrasadísima táctica francesa, y de toda su ciencia naval, alega varias razones poderosas, para dilatar por algun tiempo la salida; pero Villeneuve manifiesta las ordenes terminantes de su emperador (que jámas entendió un átomo de asuntos marítimos) y teniendo los franceses el mando, es absolutamente forzoso dar la vela.

Sale la escuadra con viento regular, y luego se aparece la enemiga. Manda el francés formar su línea inmensa, y por lo mismo endeble, de batalla. Se presenta Nélson en columnas, y ni aun entonces se varia de plan en la combinada, por lo que todos los Españoles dan desde aquel punto por absolutamente perdido el trance. Con efecto, el inglés insiste en avanzarse únicamente sobre la mitad derecha de nuestra escuadra, embistiendo dos ó mas navíos, segun se proporciona á cada uno de los que van encontrando, y aunque peleando casi á tiro de pistola, no hay que hacer puntería y todas las descargas son acertadas, causando grandísimo estrago al enemigo, es sin embargo mucho mayor el nuestro, por la superioridad inmensa de fuerzas en cada punto. Resultan heridos ó muertos, jenerales, jefes, oficiales é infinita tripulacion, hasta que se imposibilita de todo punto la defensa.

Entre tanto varios navíos españoles de la izquierda, entre ellos el *Argonauta*, mandado por Pareja, acuden al auxilio de los compañeros; pero los cuatro navíos franceses que forman el estremo de la línea, huyen cobardemente del combate, para ser luego apresados por los Ingleses, en su travesía á Brest.

Remolca el Inglés algunos buques, casi todos inservibles; los demás, ó llegan á Cádiz muy mal parados, ó yacen como náufragos por la costa, donde se salvan algunos infelices, merced á la dilijencia de cuantos pueden acudir en su socorro.

Este es, en suma, el memorable combate de Trafalgar, en estremo glorioso, y como tal cantado llorosamente por las Musas españolas (1); pero que dió el postrer desman á la brillantísima escuadra, que costaba á la nacion infinitos millones, para sacrificarlo todo al despotismo atroz de un advenedizo al trono de Francia.

(1) La de un marino describiendo la salida de tan poderosa armada decia así:

En brillante tropel asoman luego
Mis brillantes y ardientes compañeros,
Riesgos y gloria respirando ansiosos,
Cuanto amables en paz, en guerra fieros:
Bien como arbustos que en floresta densa,
Al abrigo de cedros altaneros,
En perpetuo verdor pujantes crecen,
Y al rabioso huracan su frente ofrecen.
Dejando el rico Gaditano emporio,
Surca las olas la pomposa armada,
Y la vela plateada
Acá y allá por el inmenso golfo,
A los rayos del sol resplandeciendo,
De ciudad opulenta,
Con eminentes torres coronada,
La perspectiva encantadora ostenta, etc.

CAPITULO SEXAJÉSIMOTERCERO.

Consecuencias del esterminio de la armada. — Quebranto mortal para nuestro comercio. — Fomento y auje exorbitante del tráfico inglés. — Prosperidad terrestre de los Franceses. — Ruina total en su marina y sus colonias. — Desvaríos en España. — Almirantazgo de Godoy. — Tratamiento de Alteza. — Oficina. — Empleados. — Aumento de gastos. — Nuevos estremos y vilezas de adulacion. — Demandas imperiosas de Bonaparte. — Escaceses. — Apuros.

DESDE 1805 **HASTA** 1807.

Finó la Armada, y escasísimo consuelo podia ser para la nacion española el malogro de los Ingleses en la persona de Nélson, cuando, segun su constitucion civil y marítima, nunca les pueden faltar almirantes de suficiente desempeño, para burlar los conatos de las demás potencias en contrarestarlos en sus empresas navales. Pero ¿dónde está el reemplazo, ni en siglos, para los navíos ante todo, y luego para la oficialidad gallarda y brillantísima que se habia instruido y perfeccionado con la creacion y ejercicio de los mismos bajeles? y en fin sin el arrimo poderoso de la marina militar ¿qué puede ser la comerciante?.. lánguida siempre, fujitiva y palpitante, tiene que fenecer en breves años.

Así sucedió trás el memorable y delirante combate de Trafalgar, pues ya ni Catalanes, ni Gallegos, ni Vizcaínos, se atrevieron apenas á surcar los mares, y todo el tráfico terrestre, que sin canales, ni carreteras pobrea siempre esencialmente, y lejos de suplir al marítimo, le da la mano; esto es, se iguala con él en la pequeñez y el apocamiento. Pero en fin, el gobierno nacional es como los curanderos de profesion, que siempre brindan con recetas á la vista, para cuantas dolencias pueda padecer la desdichada naturaleza humana.

Yace en la nada el poderío marítimo; mas renace, medra y florece de repente, cual nuevo fénix, con sublime esplendor, bajo los auspicios del grande almirante de España Godoy; el cual tan solo navegó en el mar de Antígola, por los verjeles de Aranjuez; y aunque se ha de marear al poner los pies en la falúa almiranta, su númen peregrino suplirá ejecutiva y milagrosamente á todo, y la armada venidera no podrá menos de aterrar para siempre la altanería británica.

Tratamiento de *alteza* (1), oficina grandiosa, autoridad sin límites, pompa, desembolsos, todo adquiere nuevo y vistoso realce, por lo menos en Madrid; pues los astilleros, y en suma los arsenales, yacen absolutamente exánimes como antes, faltando por cada dia mas y mas los caudales, para todos los ramos de la administracion pública.

Pero en medio de carestías tan amargas, salen gozosísimos y en oleada inmensa los Madrileños, siempre cortesanos, á recibir al nuevo Almirante, para ver y aclamar su traza recien rejenerada con el peregrino encumbramiento, que se deja allá muy en zaga todos los empleos, timbres y divisas anteriores de duque, príncipe, jeneralísimo, y demás dilatada serie de condecoraciones y distintivos.

Entre tanto hay que arrostrar las urjencias diarias, y el rendido Soler y el zalamero Espinosa, van y vienen, acuden acá y acullá, y con tropelías y ventas de obras pias, ajencian algun dinero, y así el apuro y la agonía van siempre á mas, por los réditos que alcanzan los nuevos empeños y empréstitos, con sus pensiones y ajencias exorbitantes, desatendiendo todo género de adelantos, en caminos, puentes, acequias y demás ramos de utilidad nacional, ó mas bien de precision absoluta.

Vuelan entonces por donde quiera las nuevas águilas imperiales de Francia, en alas de sus triunfos incesantes.

Amaga mas y mas Bonaparte á los Ingleses con su ejército de Boloña, sus lanchones y barcos chatos; y al asomar novedad por parte de los

(1) Los chuscos decian, con relacion á la maciza corpulencia de Godoy, que estaba equivocado aquel título, cuadrándole mas adecuadamente el de *anchura*.

Austriacos, marcha de repente, correo divisiones enteras la posta, embiste, arrolla, rinde á Mak y á cuantos se le ponen por delante; pide el vencido la paz de rodillas; sigue con mas ímpetu y mayores ventajas el vencedor; redobla mas y mas las condiciones de un ajuste costosísimo, y vuelve con mas ínfulas y mayor desenfreno á su capital y á su Boloña.

No se han inventado todavía, ó por lo menos yacen olvidados, los intentos del primer descubridor Blasco de Garay; los barcos de vapor que están en el dia surcando los mares de polo á polo; no se han planteado, repito, por dicha de la Inglaterra; pues entonces tal vez se repitieran en Windsor, en Liverpool ó en Bristol las victorias de Marengo, de Austerlitz y de Jena, y entonces la Europa toda yaciera bajo las plantas holladoras y sangrientas del nuevo Alejandro.

Mas ¿por ventura mejorara entonces de suerte la malhadada y espirante España?.. Nó, y una y mil veces no por cierto; pues sin asomar aquel remoto caso, el Corso, mas y mas erguido con sus triunfos, y airado ahora, por una proclama pedantesca y desatinada de Godoy, al verle allá engolfado en sus marchas y contiendas por el norte. Quiere luego el insensato almirante recojer velas y desdecirse ó glosar pacíficamente su amago mal enmarañado de guerra; pero es ya muy tarde, y el implacable Italiano le tiene ya jurado su esterminio. Sigue sin embargo disimulando, y sigue sobre todo pidiendo tropas, con el objeto de retenerlas en prenda, y ante todo exijiendo caudales, con su siempre desenfrenada codicia. ¡Tal es el predominio del poderoso, y tal el desvalimiento del mendigo!

CAPITULO SEXAJÉSIMOCUARTO.

Espedicion contra Buenos-Aires. — Rendicion de los Ingleses. — Retirada concedida jenerosamente por los vencedores. — Tienen que devolver cuanto han saqueado á su llegada. — Loor poético en Madrid á los triunfadores. — Causa del Escorial. — Arresto del príncipe de Asturias en su cuarto. — Se le procesa ante once consejeros de Castilla. — Pundonor heróico é incontrastable de todos aquellos dignísimos majistrados. — Sentencian unánimes á favor del príncipe de Asturias, descargándole de toda culpa y desacato. — Carta indecorosa del supuesto reo.

1806. — 1807.

El fatalísimo dia 22 de octubre de 1805, estermina de todo punto nuestra armada; mas no se sacia la ambicion inglesa con tan enorme y repetido menoscabo de navíos, y asesta luego sus miras á las riquísimas posesiones ultramarinas.

Sale una espedicion formidable en la primavera de 1806; llega al inmenso rio de la Plata; desembarca á sus anchuras por las indefensas playas de Buenos-Aires; logra introducirse en la ciudad, y saqueando é imponiendo leyes y sumas arbitrarias, se contempla el Inglés dueño y monarca del pueblo y de todas aquellas fertilísimas rejiones.

Entre tanto Liniers y otros varios caudillos reunen tropas, y mientras cuerpos redoblados de infantería, y aun partidas sueltas de caballería, hostilizan mas y mas al enemigo por su espalda, y le cortan por fin toda comunicacion con su escuadra, entran rejimientos enteros de infantería por las calles; ancianos, niños y mujeres acuden á la pelea, acorralan y asaltan á los usurpadores arrogantes; acude tambien artillería, y tras largo rato de encarnizada pelea, tienen que rendir todos las armas, y luego implorando la clemencia del vencedor, logran reembarcarse con sus equipajes, devolviendo todas las prendas y caudales de su saqueo, y comprometiéndose á no asomar ya jamás por aqullas playas hostilmente, y sí tan solo, en caso de algun contratiempo, con anuencia espresa y benévola de los naturales.

Llega el parte á Madrid de tan plausible suceso, con relacion verídica y circunstanciada; se celebra en toda la nacion, se canta por los injenios (1) verdaderamente patricios, y se agracian

(1) En una de aquellas composiciones dice así:

Edad y sexo y dignidad y estado
Compitiendo en valor ¡cuánta proeza,

los guerreros, y cuantos han contribuido al escarmiento de aquella invasion inesperada.

Mas en medio del bullicio y universal parabien, sobreviene un trance palaciego que anubla en gran parte el regocijo entrañable de aquella prosperidad.

Median desde luego indisposiciones entre el príncipe de Asturias y Godoy; osando este en una carta de las comprendidas en el citado legajo hallado en palacio; osando, repito, hablar así á la reina, acerca de alguna esquela, escrita por el heredero de la corona; la del príncipe está *peor que mediana etc.*; y entrambas parcialidades, como se deja entender, se muestran por cada dia mas encontradas. Van y vienen, se enconan y se ensangrientan con nueva saña los chismes y los rencores; y por fin Carlos IV, con motivo de regalar á su hijo un ejemplar lujosamente encuadernado de las *Poesías* recien impresas á la Defensa de Buenos Aires, pasa á su cuarto, y prorumpe, al entregarle el libro, en algunas reconvenciones sobre su tertulia y sus amistades. El príncipe le contesta vagamente; se

Y cuánto heróico sacrificio, digno
De noble canto y de memoria eterna
La suerte injusta, en lastimoso olvido,
Con la atroz confusion sumido deja!...
El valor español, así renace,
Cual nuevo fénix, de cenizas yertas,
Y así poner incontrastable freno
Por siempre sabe á la ambicion funesta
Que el pacífico hogar en sangre baña,
Y trastorna la faz de la ancha tierra,
¡Y así alcanzáran, ínclitos guerreros,
A dar mis rasgos nombradía escelsa
A hazañas dignas de la gran Numancia!...
Vivan de siglo en siglo, y siempre suene
El noble ejemplo de la fiel DEFENSA etc. etc.

arrebata luego el padre, y dejándolo arrestado, manda ocuparle sus papeles.

Rejistrados todos con suma escrupulosidad, resultan ciertas correspondencias con el duque del Infantado, el marqués de Ayerbe, y otros grandes y dependientes de palacio, pero sin el menor asomo de conspiracion ó intento de arrinconar ó destronar al padre, ni paso alguno, ni espresion equívoca que redunde en desacato ú ofensa criminal de la autoridad rejia ó paterna; y sin embargo, se le encausa, poniendo el espediente á cargo de once consejeros de Castilla, bajo la presidencia de su gobernador D. Arias Mon y Velarde, tio del actual ministro de Hacienda.

Viva una y mil veces el solariego pundonor español; pues los once dignísimos Consejeros, votan unánimes la inocencia del príncipe de Asturias, y fallan que inmediatamente se le debe poner en libertad, tratándolo con el obsequio y acatamiento debidos á su encumbrada jerarquía; y quedan así burladas las inicuas asechanzas de la airada madre y del galan desaforado.

A pesar de sentencia tan sumamente equitativa y honorífica, se aviene el cuitado jóven á firmar una carta indecorosa, en que se allana torpe y cobardemente á mostrarse reo de una culpa que no existe, y acaba pidiendo el indulto que para nada necesita; con lo cual queda su persona deslucida, ó mas bien, ajada para siempre en el juicio imparcial, en el concepto de nacionales y estranjeros.

Concluiermos repitiendo el último verso de un soneto de Arjensola:

¡O Corte, ó confusion! ¿quién te desea?

CAPITULO SEXAJÉSIMOQUINTO.

Ministerio español. — Sus individuos. — Su desvalida honradez. — Demandas redobladas de Bonaparte. — Sus instancias altaneras, ó mas bien órdenes ejecutivas. — Imprudencia de Godoy. — Propósito vengativo é incontrastable del Emperador. — Nueva guerra con Portugal. — Inundacion francesa, con amago de redobles incesantes. — Pavor de la corte. — Amaños torpes é inservibles de Godoy. — Su soberanía acerca de Alentejo. — Entrada de los Franceses en Portugal.

1807 — 1808.

Cerrazon horrorosa nubla y estremece el horizonte. Tiembla el medroso Carlos IV, á los amagos de las márjenes del Sena, y no trasluce los ardides mujeriles y amaños alevosos que lo sitian y anonadan, mas y mas por cada dia.

Pero antes de pasar adelante, se hace forzoso

bosquejar brevemente la situacion, y retratar á la lijera los individuos que componen á la sazon el ministerio.

Yace el travieso y presumido Urquijo confinado en Bilbao, y tiene á su cargo el despacho de Estado el pundonoroso D. Pedro Cevallos, cuya altanería ostenta desde lejos su morada solariega en el valle de Buelna, por las montañas de Santander. Parece que median entronques con el todopoderoso en palacio, y así maneja con ensanche y con señorío su propia secretaría, por lo cual incorpora sujetos de conocido desempeño, entre ellos al escritor Cienfuegos, sin mas recomendacion que la de su mas ó menos fundada nombradía. Es además Cevallos amantísimo de las ciencias naturales, y sostiene sus cátedras á muchísima costa, contrarestando un sin fin de dificultades y sinsabores.

Síguele, en el concepto jeneral, el Bailío Jil de Lenus, que tras de haber gobernado con sumo tino y jenial pureza el riquísimo reino del Perú, vino desde Lima á ejercer con las mismas prendas el ya desastrado ministerio de Marina.

D. Sebastian Piñuelas, alumno de la carrera diplomática, ó por lo menos la de oficial de Secretaría, despacha con desembarazo y aun maestría el ramo titulado, de Gracia y Justicia.

Ofarril, jeneral de carrera estudiosa y militar, está al frente de la importantísima parte de la guerra, y todos cuatro logran el aprecio constante de cuantos han podido llegar á conocerlos.

No le alcanza aquel concepto de intelijencia y desinterés al ministro de Hacienda Soler, postrado siempre, como ya se dijo, á las plantas de quien los asombra y avasalla á todos, con su infausta, y siempre mas arraigada prepotencia.

Al engolfarse Bonaparte por las rejiones lóbregas del norte, parece que Godoy lo perdió, con ciego desbarro, de vista, y lo dió por finado para siempre; y entonces publicó una proclama entre patriótica y enmarañada, implorando el pundonor de los Españoles, para rechazar á viva fuerza los intentos de todo advenedizo, que viniese en ademan de avasallarlos. Leyóla el agudo y perspicaz Italiano, y al punto juró en su corazon el quitar de en medio, y sin arbitrio, al imprudente.

Arrepentido luego el retador, al presenciar las nuevas glorias del ofendido, se esmera en echar el resto de sus agasajos, desapropios y rendimientos; pero llegan ya muy tarde todos aquellos estremos, y aun cuantos sacrificios pueda ya tributarle, en desagravio de tan irremisible desacato, ó mas bien inexpiable sacrilegio. Disimula entre tanto la divinidad airada, y reserva el memorable, el perpetuo escarmiento, para su debida é incontrastable coyuntura (1).

Además de la embajada española, que á la sazon se halla á cargo del célebre D. Nicolas Azara, tiene Godoy en París un confidente encargado particular, llamado Izquierdo, sujeto sagaz y eficacísimo, que todo lo pesquisa y rastrea, comunicando de continuo á su principal cuantas noticias ó especies políticas puede ajenciar con sus pasos y su dinero, repartido á diestro y siniestro y á manos llenas, para llevar adelante sus averiguaciones. Logra entronques con Taillerand, quien acaba de tener una sesion reservada con Bonaparte, de cuyos labios oye la sentencia de muerte contra la antigua monarquía española.

El consumado estadista desaprueba altamente al frenético ambicioso su determinacion temeraria; no porque el consejero escrupulice en los medios alevosos y ruines, ó como fuesen, para su logro, sino por las resultas que desde luego está previendo, fundándose en la índole española, enemiga por esencia de toda traicion y tropelía. Si la guerra, le dice, fuese de ejército á ejército, en la mano estaba la decision; pero será causa nacional, y por lo mismo muy duradera; y aunque el aconsejado se desentiende de allá de aquel cargo tan obvio y terminante, queda sin embargo aplazado y pendiente al pronto, para nueva conferencia.

Enterado Izquierdo de todo, se lo comunica á medias á Godoy, puesto siempre en acecho y en pos de Taillerand, para tomar y seguir ó variar el rumbo en las negociaciones intrincadas y ansiosas que se vayan ofreciendo.

Entre tanto Bonaparte, preciado al parecer de pujar á los Ingleses en aleve y acicalado maquiavelismo, brinda á Godoy con la soberanía y corona de los Algarbes, y así se lo avisa el confidente, con suma complacencia y precipitacion. El aplazado monarca se engreia ya con sus ínfulas rejias; pero entre crédulo y receloso, procura estar a la mira de las ocurrencias, y obrar segun las circunstancias lo vayan requiriendo.

Mas en medio de aquel vaiven violentísimo de zozobras amargas y de esperanzas equívocas, ó tal vez aéreas, hay que complacer al incontrastable soberano de Europa, y enviarle el cuerpo de tropas que tiene pedido, y marcha ya á las órdenes del marqués de la Romana; y al mismo tiempo invadir el reinezuelo de Portugal con tres cuerpos, al mandó del jeneral Taranco, inexorable disciplinista, que enfrena su milicia y se hace respetar por los mismos Portugueses;

(1) Lo de Virjilio.

Manet alta mente repostum
Judicium Paridis, spretaeque injuria formae.

del gallardo Solano, hijo del jeneral de marina marqués del Socorro, y el tercero á las órdenes de Carrafa.

Entre tanto la riada advenediza innnda ya el tránsito del Bidasoa, se dispara por Guipúzcoa, Alava y Castilla, atraviesa la Estremadura y asoma sobre Portugal. Su caudillo, el desaforado Junot, dobla, triplica y redobla mas y mas sus marchas, con tal precipitacion y desconcierto, que reducidos ya los cuerpos á la mitad, ó tal vez al tercio de su fuerza, se hallan imposibilitados de resistir al menor avance; en términos que dos ó tres escuadrones de caballería, podian fácilmente exterminar toda su vanguardia.

El afan de Junot es llegar por instantes á Lisboa; pero en vano se azora y se atropella, pues la corte toda se halla ya embarcada con todo lo mas precioso, y en bajeles propios ó ingleses, allá se aparece á la vela, surcando el piélago atónito con tamaña novedad, en demanda del nuevo mundo.

Llega Junot, manda, dispone, huella y tiraniza al vecindario, precisándolo á sublevarse, y lograr motivo ú pretesto para soltar la rienda á su frenético y horroroso despotismo.

Se ensangrienta el sayon Junot insaciablemente, y en robos, tropelías y asesinatos, deja muy en zaga á los Tiberios, Nerones, Calígulas y demás tiranos de profesion, tiznados y aborrecidos para siempre, por la justiciera posteridad.

CAPITULO SEXAJÉSIMOSEXTO.

Anuncios de Izquierdo. — Su venida en posta. — Noticias infaustas. — Temblor de la corte. — Pensamientos de remedar á la Portuguesa. — Llamada de los batallones de guardias á Aranjuez. — 19 de marzo. — Corte pomposa de Godoy. — Anochece con sobresalto jeneral. — Arrebato á media noche. — Susto mortal de Godoy. — Ocultacion por los desvanes. — Comocion en Palacio. — Conflicto del monarca. — Desaparicion de sus sirvientes.

1808.

Despavorido y azorado Izquierdo, está enviando continuos espresos, con anuncios ya trájicos, ya placenteros, ó por lo menos algun tanto bonancibles: tan pronto representa á Bonaparte en el disparador, fulminando el juicio final para la monarquía española, como lo pinta luego festivo y halagüeño, ostentando los relumbros de la corona de los Algarbes, para el trémulo y ambicioso Estremeño.

Por fin se aparece él mismo en posta, y trae visos mortales de asolacion y esterminio. Las insignias rejias no son ya mas que añagazas y señuelos para esperanzarle y prenderle, aun cuando se avenga á guardar con él algun asomo de miramiento. La corte toda se estremece á tan pavoroso anuncio, y determina atenerse al remedio de la familia portuguesa, y trasladarse á Méjico en los navíos que se aparatan en Cádiz al intento. El príncipe de Asturias, no interviene en estos conciliábulos, y tiene que allanarse al partido que abrace el gobierno.

Parece que no se cuenta con el ministerio para la nueva disposicion; y á fin de ponerla en planta mas á su salvo, se propone la formacion de una línea sobre el Tajo, reforzándola con cuantas tropas haya á la mano, y dejándola á la espalda, para viajar sin peligro ni zozobra, la vuelta de Andalucía.

Tiene Godoy guardia suya peculiar y selecta, y luego compañías brillantísimas de granaderos provinciales á su disposicion; se llaman además para el sitio de Aranjuez, los guardias de la Persona, y los batallones de mas confianza de Guardias Españolas y Walonas; y salen todos inmediatamente.

En esto se trasluce por Madrid, y cunde á manera de relámpago, la voz de que la corte se marcha para Ultramar; y el pueblo todo clama contra una determinacion tan desesperada; cuanto mas que los batallones de la Guardia, al verificarse aquel caso, están en ánimo de atajar la carretera de Andalucía con su formacion, sócolor de hacerle así los honores á toda la comitiva.

Entonces pone el gobierno por las esquinas, una especie de cartel, con forma de bando ú edicto, en que el rey protesta (sin que nadie le crea), como nunca ha sido su ánimo desamparar

por título alguno á sus amados Españoles, y así es su resolucion permanecer en Castilla, y arrostrar las ocurrencias, que no imajina hayan de ser infaustas.

Permanecen todos con efecto, cediendo á la necesidad, y el 19 de marzo, á la hora acostumbrada, recibe y agasaja Godoy su corte, mas brillante que nunca, diciendo: Aquí tenemos batallones y escuadrones de guardias, piquetes ó compañías de otros muchos cuerpos, señores y señoras de la primera jerarquía, y solo Aranjuez está verdaderamente hecho un Versalles, y aun le puja de algunos grados en primoroso, é incomparable.»

Tras tanta pompa, boato y sosiego aparente, anochece... Salen varias patrullas, se tropiezan dos de distintos cuerpos, se traban de palabras, suena un tiro, disparado maliciosa ó inadvertidamente, resultan carreras, voces y estruendo; en palacio quedan desiertas las secretarías, y tan solo asoman los sirvientes indispensables; la familia real se mantiene toda en pié, absorta y sobresaltada, sin que nadie le traiga noticias ó partes de lo sucedido.

Pero el mayor trastorno es en casa de Godoy, en donde todos los dependientes, al primer alboroto, se descuelgan todos por las ventanas bajas de la espalda, que caen al sitio llamado el Caz, sobre el paseo de la reina, y de allí corren todos desaforadamente, sin saber de qué ni adonde.

Godoy se sobresalta; sale de su aposento, anda las antesalas, se asoma á la cocina, todo yace en silencio y soledad profunda; pálido, trémulo, atónito, ni se atreve á abrir los balcones; llama á media voz á sus mas íntimos criados; nadie responde, va y viene acá y acullá, le asustan sus propias pisadas, y por último, trepando con muchísimo tiento la escalera, el que pocas horas antes se engreia altaneramente encabezando su rendida y halagüeña corte, se engolfa ahora á tientas en un desvan revuelto y tenebroso, sin mas compañía que la de vivientes dañidos é inmundos.

CAPITULO SEXAJÉSIMOSÉPTIMO.

Acosa la sed á Godoy, encojido toda la noche en un rollo de estera. — Su aparicion repentina. — Su abatimiento sumo ante dos oficiales de Guardias. — Alboroto en el Sitio. — Desenfreno del jentío. — Acude un piquete de guardias y lo resguarda con los caballos. — Lo conducen á su cuartel. — Clama el paisanaje por su cabeza. — Crece el tumulto. — Sale el príncipe de Asturias, y se aplaca el alboroto. — Se asoma á un balcon y ofrece encausar al reo, para imponerle la pena que merezca. — Se retira sosegadamente el jentío. — Trasladan á Godoy aquella noche á un castillo, á las órdenes del teniente jeneral, marqués de Castelar.

DIA 20 DE MARZO DE 1808.

Mortal zozobra, sobresalto continuo y sed ardientísima estan toda la noche acosando á Godoy, amortajado en un rollo de estera. A la madrugada, aplica ansiosamente el oido, y no percibiendo rumor alguno, procura con trabajoso conato desarrollarse, baja trémulo y palpitante, y en medio de su soledad pavorosa, logra por fin rehacerse un tanto con repetidos sorbos de agua.

Hay á la puerta y por todo el atrio un piquete de guardias españolas, y el centinela del primer tramo ha visto bajar al sediento; se aparecen á la entrada dos segundos tenientes de guardias, D. Joaquin Mandía, de españolas, y D. Vicente Quesada de walonas (el memorable despues por su fracaso) los llama, y les dice lo que acaba de ver. — Vds. siempre están viendo visiones, le contestan, y sin embargo trepan por la escalera hasta el desvan, apalean y estoquean las esteras con sus espadas, y nada absolutamente resulta. Se bajan, y á mitad de la escalera se aparece el objeto de sus pesquisas, quien abriendo una portezuela, se quita un sombrerillo ridículo que lleva, y teniéndolo con ambas manos, con ademan rendido y con voz apocada, les dice estas idénticas palabras: «¿Unos oficiales de honor se avendran á entregar su jefe á una plebe desenfrenada? — Cúbrase V., le dicen, y no se trata de entregar á V. á una plebe desenfrenada, sino á la justicia.»

En esto, poniéndolo en medio, empiezan á bajar, cuando de improviso, y como por via de relámpago, se agolpa mas y mas jentío, manchego, alcarreño y de todas partes, exhalando á porfía el ansia de arrastrarlo; pero asoma un piquete de guardias de la Persona, rodea al paciente, y lo resguarda con sus caballos; y sin embargo, un forastero alcanza á descargarle un varapalo que le baña el rostro en sangre.

Conducido al cuartel de Guardias, clama la concurrencia por su entrega; pero se cierra y se resguarda cuidadosamente la puerta. En esto se aparece el príncipe de Asturias á pié; todos le muestran afectuoso acatamiento, entra en el cuartel, sale luego al balcon, y escuchando el jentío con profundo silencio, le ofrece bajo su palabra, que se va inmediatamente á encausar al reo, para imponerle la debida justicia.

Mal satisfecho el auditorio, prorumpe en confuso murmullo; vuelve el príncipe á palacio, y á poco rato cunde la voz de que se trata de llevar el preso á la Alhambra de Granada. Cree el pueblo que es un engaño, y un mero ardid de la corte, para alejarle por el pronto, y luego ponerlo en salvamento, y mostrando á las claras su jeneral descontento, se varía la disposicion, y sale aquella noche para el castillo de Villaviciosa, á cuatro leguas de Madrid.

El encargado de custodiarlo, con una escolta de Guardias, es el marqués de Castelar, grande de España y militar acérrimo en la disciplina, llevando por su segundo á D. José Palafox, que luego ha de hacer tan ruidoso papel en la presente Historia. Se le trata, en medio del mas esmerado resguardo y seguridad, con todo decoro; pero sentenciándolo á perpetuo silencio, pues el centinela de vista que tiene delante observa escrupulosamente la órden irrevocable de no contestar absolutamente á pregunta ó palabra alguna que profiera el reo

Así se mantiene algunos dias invariablemente, hasta que el plan ideado desde luego, dentro de palacio, de estudiada redencion y cuantioso cohecho, y entablado en seguida con los caudillos franceses, idólatras todos del interés enorme, surte al fin su cabal efecto, burlando el afan justiciero de esta nacion siempre atropellada y envilecida por la maldad codiciosa y advenediza, como se verá á su debido tiempo.

Suma es la sensacion y violentísimo el alboroto que causan en Madrid, y luego en toda la nacion, las portentosas novedades ya referidas de Aranjuez, poniendo á los Franceses en la precision de variar totalmente de rumbo, en el intrincado laberinto de su política, siempre vilmente interesada y alevosa, como plenamente se irá demostrando en los capítulos siguientes.

Yace entre tanto la corte silenciosamente encerrada en su palacio, por cortísimo plazo; pues luego una nueva ocurrencia, y los violentos vaivenes que la acompañan, conmueven el suelo español de estremo á estremo.

CAPITULO SEXAJÉSIMOOCTAVO.

Comocion en Madrid. — Persecucion de los Godoyistas. — Quema de sus muebles. — Con toda precaucion, segun la anchura ú estrechez de las calles. — Resguardo de la casa de Godoy, por el gobierno. — Los perseguidos jeneralmente se ocultan, y se salvan. — Los fujitivos, como Soler, fenecen desastradamente. — Voces del pueblo. — No hay saqueo, tropelía, ni desórden. — Novedad posterior que enardece mas y mas al vecindario de Madrid. — Y los demas pueblos.

LAS MISMAS FECHAS.

Llega en pocas horas á Madrid la noticia del alboroto de Aranjuez. Desde las tres de la tarde asoman corrillos desaforados en la plaza llamada del Almirante; traen luego escalas, trepan y pican y arrancan y arrastran la piedra ó azulejo que espresa aquel nombre, y despues de patear y destrozar la inscripcion, y despues de correr con ella de tropel por varias calles, por fin la arrojan á la primera alcantarilla del Prado.

Está allí á pocos pasos, como brindando, la casa de D. Diego Godoy; la embisten, la allanan y destechan en minutos; y luego siguen volcando y arrasando sus paredes; sacan al centro de la calle sus muebles y libros; uno de estos, lujosamente encuadernado, llama la atencion de un curioso, lo abre y ve que es nada menos que el preciosísimo Salustio del Infante; quiere preservarlo de las llamas, pero los incendiarios se lo

arrebatan de las manos, y lo tiran á la hoguera.

Igual suerte iban á tener sus muchos y escelentes cuadros, pero sujetos entendidos y celosos, con amonestaciones redobladas y eficaces, logran que los asuntos profanos se lleven á la Academia, y los sagrados á la iglesia de Capuchinos.

Vive á poca distancia, en lo mas angosto de la calle del Caballero de Gracia, D. Sixto Espinosa, director de la Amortizacion, y uno de los mas intimos del poderoso; corre allá el jentío, se hace cargo de la situacion del paraje, carga con todo el ajuar, y en una plazuela de mas arriba, en la misma calle, arde el grandioso monton en holocausto incontrastable.

El correjidor Marquina es un ente disparatado, una especie de Domine Lucas, que suele divertir á la reina con sus estravagancias (1), y sobre todo es uno de los mas rendidos á los antojos y desvaríos de Godoy; terminada la ejecucion inquisitorial con Espinosa, vuela entonces la oleada á la calle anchurosa por aquella parte de la Concepcion Jerónima, sin mas que arrojar por los balcones cuanto hay en toda la casa, se apronta la hermosísima hoguera, que refleja á larguísima distancia por donde quiera, en aquella noche sosegada y bonancible.

Siguen así su tarea feroz y bulliciosa, dando cuenta de cuantos albergues acojen á los individuos de aquel consejo áulico, sin equivocarse el pueblo ni en un ápice de los objetos y paraderos de su saña y de sus víctimas.

En cuanto á la casa del mismo Godoy, á los primeros asomos del alboroto, el gobierno estuvo cuidadoso en providenciar, enviando una compañía entera de guardia, que afianzó no solo la puerta principal, sino todas las pertenencias ó accesorios; sin cuya precaucion, se padeciera un quebranto enorme, en galas, alfombras, alhajas, y sobre todo, en preciosísimos cuadros.

En medio de tan violenta conmocion y tan inmensas oleadas de jentío, ni hay saqueo, ni pendencias, ni aparece el menor desórden; pues los comprendidos en el anatema, tienen la precaucion prudente y naturalísima, de guardar sus albergues, ó permanecer en otros de su confianza, y aunque se estremecen, al oir los repetidos *mueras* (1) del populacho, por fin pasan jeneralmente la noche sin padecimiento alguno, ni en sus personas, ni en sus intereses; siendo cortísimo el número de los malparados en la catástrofe.

(1) Solia el vocinglero Marquina retratar muy al vivo los amorios acaloradillos, aunque no deshonestos, de sus hijas, en términos que caian muy en gracia á su auditorio, por lo *campechanos*. Tal para cual.

Duran algunas horas el bullicio, el vaiven y la gritería; pero al fin cansados todos con tanta ajitacion, y recios alaridos, se recojen á sus albergues, y la capital entera yace entregada al sueño y al profundísimo sosiego.

Amanece... y suena y resuena la voz inesperada de Viva Fernando VII. Despiertan todos, escuchan, salen, se informan y se cercioran de que el príncipe de Asturias es ya rey de las Españas, con el nombre que le corresponde, por su órden debido, bajo el nombre de Fernando VII.

Esta novedad tan estraña, pues se carece de antecedentes para presumirla con tanta prontitud, es el resultado ejecutivo de las particularidades referidas en el capítulo anterior, como se manifestarán en el siguiente los pormenores de este segundo y muy siniestramente interpretado trance.

Tan solo apuntaremos desde ahora, que este grandioso acontecimiento, mas impensado todavía que el del tumulto de Aranjuez y derrocamiento de Godoy, falsea de nuevo totalmente los planes maquiavélicos de Bonaparte, y tiene que idear mayores embolismos, para salir á todo trance y por pantanos hondos y cenagosos, con su dañado intento.

Entre tanto Murat, desentendiéndose desde luego del rumbo de Castilla la Vieja, seguido por Junot para la invasion atropellada de Portugal; atraviesa el Duero por Aranda, tramonta las cumbres de Somosierra y de Buitrago, y presentándose á las puertas de Madrid, en vista de las novedades de Aranjuez, se mueve de improviso y ocupa desde luego, esperando nuevas instrucciones, altaneramente la capital.

Pero volvamos á las novedades asombrosas de Aranjuez.

(1) Se *despulmonaban*, por decirlo así, los furibundos voceando *muera el choricero*, y se empeñaban en hacer gritar lo mismo á hombres y mujeres; pero los sujetos regulares no hacian mas que desviarse, y fácilmente se desentendian de aquella cansadísima gritería.

CAPITULO SEXAJÉSIMONONO.

Renuncia voluntaria y anciosa de la corona de España y sus Indias en favor de su legítimo heredero el príncipe de Asturias. — Primeras providencias. — Alzamiento de arrestos y destierros. — Allanamientos de sotos y destruccion de sus cercas. — Nombramientos de empleados principales. — Ida á Madrid. — Entrada á caballo por la puerta de Atocha, Prado, calle de Alcalá etc. — Entusiasmo frenético del vecindario. — Paseos por el Retiro. — Conversacion de las personas reales, en medio del jentío agolpado en derredor.

A FINES DE MARZO DE 1808.

Enviado el preso al castillo de Villaviciosa, abonanza la tormenta, enmudece el sitio y particularmente el interior del Palacio, donde la reina, postrada y á solas, cavila y solloza y está allá ideando su plan. para libertar al idolatrado del alma, ya que no de su encierro, por lo menos del iminente cadalso.

En esto ocurre la inesperada y grandísima novedad de que Carlos IV llama á los ministros, y encarga á Cevallos que estienda el acta de su renuncia de la corona de España en favor de su hijo, con el nombre de Fernando VII, y concluido el escrito en la forma prescrita por las leyes lo cierra, lo firma el rey sin titubear un punto, antes bien se jacta de que jamás ha puesto su firma en documento alguno, con mayor espedicion y complacencia. La reina se entera y enmudece para engolfarse de nuevo en su cavilacion, y llevar adelante su idea dominante de libertar al reo á todo trance.

Se divulga entre tanto la novedad, cunde por todas partes, el sitio se conmueve de nuevo y acude el jentío al vuelo, llamando á voces descompasadas á Fernando VII, quien, asomado al balcon, recibe miles y miles de parabienes, espresándolos cada cual con redoblados y sinceros estremos.

En seguida se retira al despacho, providencia ante todo el alzamiento de arrestos y destierros, particularmente á favor de Jovellanos, para quien se despacha una posta á Barcelona, con el encarecido encargo de que luego luego se envie un espreso á Mallorca, por el primer bajel que se proporcione, para poner en libertad y traerse inmediatamente á Jovellanos. A continuacion publica algunos nombramientos, como el del duque del Infantado para coronel de Guardias Españolas, y luego para presidente de Castilla.

Vuelan y se vitorean por todas partes novedades tan plausibles, y en seguida se dispone el viaje para Madrid, donde se espera al rey con ansia imponderable; pero cuyo logro se acibara en gran manera con la presencia odiosísima de la *francesada*, que ocupa los conventos, se aloja arbitrariamente por las casas, y habla con altanería y menosprecio de la revolucion de Aranjuez, de Fernando VII y de los asuntos de España.

Llega el rey por la madrugada, llega á hora de las diez á la puerta de Atocha; viene á caballo; sigue pausadamente el Prado; entra por la calle de Alcalá, donde miles de pañuelos blancos, tremolados por manos peregrinas, le saludan, le vitorean y encumbran al firmamento. Continua así por la calle Mayor, entra en palacio, se aparece al balcon, y el jentío no se sacia de aplaudirle y reverenciarle.

Todo es júbilo y algazara, todo mutua enhorabuena, por calles, por plazas y aun por el interior de los mas recónditos aposentos. Los Poetas, finjiendo ó soñando siempre, anuncian á la España un raudal de felicidades, y por la noche se repite el ruidoso regocijo, al resplandor de la iluminacion que los Franceses miran con altivo menosprecio, y aun con desaforado insulto.

Sigue sin embargo la algazara, y el pueblo, especialmente allá por sus barrios retirados, canta y baila bulliciosamente, desentendiéndose del hospedaje alevoso, ú mas bien enemigo, que emponzoña la capital, y casi el reino entero. Plagada yace la heróica España bajo el azote, mas horroroso que todos los de Ejipto, de una soldadesca advenediza, amaestrada allá por un cau-

dillo habilísimo y por esencia insaciable, empapado en miras encubiertas, pero desde luego fatalísimas para la monarquía.

Cavila mas y mas el nuevo soberano, y en el vaiven de su pecho palpitante y acosado de pasiones encontradas, se adormece por fin y sueña despavoridamente, que un sarraceno alevoso le asalta y le descarga con su alfange damasquino un tajo violentísimo, y aventándole muy lejos la corona, lo derroca para siempre de su encumbrado solio.

Despierta Fernando sobresaltado; pero luego mirando el afan obsequioso y placentero de todos sus sirvientes, se rehace, despeja y regocija; acude ansioso al despacho; llega la hora de la comida, y siendo, como jeneralmente los Borbones, muy memorioso, va llamando á los concurrentes por sus nombres, y habla y chancea con todos llana y amistosamente. Llega luego ostentosamente un palaciego, y pone en manos del Infante D. Carlos una composicion poética intitulada *Fernando VII*, se lee en seguida y se celebra con ruidoso aplauso (1), y todo es bullicio y parabien y complacencia.

Por la tarde sale, al eco de mil vivas, á paseo, se apea en el Retiro, lo anda todo, y á la vuelta, junto al estanque, se encuentra con los infantes, se paran y traban conversacion afectuosa y familiar, en medio de una gran rueda de paseantes de ambos sexos que rien desahogadamente, y aplauden como chistes y agudezas los dichos mas ó menos placenteros y espresivos que se cruzan, hasta que se abre el gran cerco y la familia real pasa toda á la concurrencia del Prado, y sigue siempre disfrutando el mismo regocijo y los propios aplausos.

Por la noche, hay serenatas, acude el jentío de nuevo á la plaza de palacio, sale y permanece por largo rato en los balcones toda la corte, y se goza por entonces el alborozo y la delicia de una paz octaviana, cual si no estuviera, como dice el gran poeta Arriaza, asomado

Allá con rabia interna
Al escabroso umbral de su caverna
El tigre, etc.

(1) Habia en aquella composicion los siguientes versos:

No burles, no, nuestro inflamado anhelo,
Mas oye en tanto, los sencillos rasgos
De este sensible y candoroso Injenio,
Que nunca, nunca, horrorizado, quiso
Manchar su nombre con venal incienso.

MOR DE FUENTES.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMO.

Novedad importantísima. — Viene un fementido francés, llamado Savary, con el malvado encargo de llevarse al rey á Bayona. — Propone el intento al gobierno. — Lo impugna eficazmente Cevallos. — Lo sostiene con especialidad Escoiquiz, ayo de Fernando VII. — Sale por fin engañosamente para Burgos. — Lo arrebata Savary hasta Victoria. — Allí se hace alto. — Acude Urquijo desde Bilbao y perora poderosamente contra el imprudente y aciago viaje, encargando al rey que se vaya desde allí á Zaragoza. — Se oponen los viejos acompañantes. — Corta el pueblo, por dos veces, los tirantes del coche, pero á pesar de tan estremadas demostraciones, sigue Fernando VII ciegamente su marcha; llega á Bayona, se apea y queda preso.

ABRIL DE 1808.

Lóbrego caos, mazmorra pavorosa y desenfreno diabólico, ofrece la nueva perspectiva, en vez de la brillantísima decoracion de júbilo, dichos y aplausos que acabamos de rasguear en el capítulo antecedente. Como centellea el sol en primavera desde la cumbre del firmamento y entre dorados y brillantísimos celajes sobre los jardines de Aranjuez, los verjeles de Valencia, y asoma de repente nubarron ceñudo y encrespado, trayendo rayos, granizo y esterminio; así la gloria madrileña se trueca toda en cerrazon y espanto.

Asoma un francés llamado Savars y anuncia encargo especialísimo de su emperador; se le franquea audiencia, y espone el objeto principal, ó mas bien único de su embajada. Manifiesta, que su Majestad imperial está muy ansioso de abrazar al nuevo rey, para consolidar, en conferencia personal, los intereses de entrambas naciones, y conviene que el avistamiento, tan solemne como importante, se celebre cuanto antes en Burgos, para lo cual se hace forzoso que Fernando VII se ponga al punto en marcha; pues así se van á encontrar al mismo tiempo en tan oportuno paraje.

Antes de pasar adelante, no cabe omitir el torpísimo ultraje que se cometió á la nacion entera, entregando á los Franceses la espada de su rey Francisco I, presentada al vencedor inmortal Marqués de Pescara, trás la memorable batalla de Pavía. ¡Y aquel trofeo esclarecido de la accion mas gloriosa que vieron los siglos, pues de cuarenta mil enemigos, todos absolutamente, con su monarca mismo, quedaron muertos ó prisioneros; aquella prenda inestimable se pone en manos de los mismos Franceses, con insulto mortal á toda la nacion española!

Como quiera, Fernando VII comunica la propuesta del nuevo enviado, con su ministerio, y Cevallos se opone eficazmente á tamaña condescendencia. Pero el sandio Escoiquiz y el frívolo Infantado, con algunos otros de igual temple y alcances, avasallan al monarca, y lo precipitan al patente y trájico despeñadero.

Se emprende el viaje con desaprobacion general, con repugnancia manifiesta, y en algunas partes ruidosa, de todas las clases, en Madrid y en los pueblos del tránsito. Se llega á Burgos, no hay asomo de venida por parte del anunciado personaje; insiste el impostor Savary en que está ya en Vitoria; se traslada allá la comitiva; resulta el mismo silencio: se aparece el ex-ministro Urquijo, venido espresamente de Bilbao, para cumplimentar al rey, oponiéndose declarada y poderosamente á su viaje; le cita ejemplares de tiempos antiguos, de la historia de Aragon y de Castilla, poniéndole de manifiesto la catástrofe en que su persona y la nacion entera van a fenecer con temeridad tan horrorosa; y por último se encara con el monarca, y con ímpetu profético y sublime le dice: «Ahí está el Ebro, el rey de los ríos de España, pues le dió su nombre, no hay mas que entregarse á su raudal, ó seguir su cauce. Zaragoza recibirá á su monarca con los brazos abiertos, y en medio de sus heróicos Aragoneses, ya puede V. M. retar á todos los franceses imaginables.»

Tan sublime y oportuna elocuencia convence y aun enternece al monarca; pero resbala por los sentidos, sin estampar la mas leve mella en el ánimo de sus consejeros. Alegan los sandios que están comprometidos con el emperador.... él es el comprometido, clama Urquijo; puesto que por boca de su emisario, ofreció estar en Burgos y luego en Vitoria, y ni aquí ni allí asoma, ni asomará hasta tener la presa en su lazo, y si no que le pregunten al infante don Cárlos (que estaba allá) de su llegada y su destino.

A pesar de todo, se dispone la marcha, y al aprontar el carruaje, el pueblo de Vitoria por dos veces corta los tirantes.... Saca entonces su cabecilla huera Infantado, y vocea: «Importa infinito al bien de la monarquía que el rey cumpla su palabra de ir á visitar al emperador de los Franceses, y lo contrario puede acarrear á la nacion una ruina espantosa.» Sale al punto una voz de la concurrencia y dice: «Muy bien, señor Infantado, se dejará pasar el carruaje, pero mañana misır o presenciará V. las resultas.»

Con efecto, se franquea el paso á los fugitivos, y al dia siguiente atraviesan muy ufanos el Bidasoa. No es seguramente el tránsito del Rubicon, por Julio César, pues al cabo logró el intento de su ideada usurpacion. Es tan solo el empozamiento de las almas allá en la laguna Estigia, ó por lo menos el traslado del barquero Caronte á lo interior del abismo.

Soledad silenciosa reina por las orillas del Bidasoa, pero internada una vez la comitiva por el territorio francés, se están viendo cuerpos de tropas maniobrando por la espalda, á fin de atajar toda comunicacion y toda esperanza de regreso, á los buhos (pues no merecen otro nombre) ya enjaulados, y entonces, afianzada la presa, se adelanta triunfante Savary, quien despues de comunicar ostentosamente la nueva al fraguador de toda la trama, se va en busca del amigo Duroc, jefe del palacio imperial, y prorumpiendo entrambos en mútuos y entrañables parabienes, rien á carcajadas con repetidos redobles de la sandez y presuncion de los Españoles, se van á cenar juntos y empinan sendas botellas de Champaña que les chispea en los ojos, en las mejillas y en el ingenio, brotadôr, cual nunca, de chistes en prosa y de epigramas en verso, siempre á costa de los cuitados pacientes.

Llega por fin el rey con su comitiva, se les hospeda en una posada mezquina y vulgarísima, se proporciona el comunicar con el infante don Cárlos, al menos por emisarios, y ambos hermanos reconocen y palpan desde luego que se hallan absolutamente *presos*.

¡Mas, ay que le queda á Fernando todavía que apurar otro cáliz, mucho mas hondo, y cuajado todo de otras heces, infinitamente mas amargas y ponzoñosas!

Ufanísimo entre tanto, y en la inmensa pleni-

tud de sus glorias, campea todo un Napoleon, emperador de los Franceses (1), rey de Italia y coronado de hierro, con el logro colmado de su atroz y consumada alevosía.

(1) Se habla mas arriba del ex-ministro Urquijo, y de su brillante, aunque infructuosa persuasiva, con cuyo motivo citaremos una conversacion suya y de la Salcedo, guarda-mayor en palacio, y jefe de las camaristas.

Al verle allá muy embullado con el ensayo de telégrafos desde Madrid á Aranjuez, se le encara la palaciega y le pregunta: « D. Mariano ¿qué viene á ser eso que se está haciendo ahí en la ermita de los Anjeles? — Pues señora ¿no sabe V. que es un telégrafo? — ¿Y para que puede servir eso? — ¿Por ventura no sabe V. que es, para comunicar con toda prontitud las noticias? — ¡Ay, Marianito, si cuantas vengan han de ser malísimas, con que así cuanto mas tarde lleguen mejor!

En el mismo trance de Vitoria y sus consecuencias, pudo el diplomático palpar el tino y la verdad de aquel anuncio.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOPRIMERO.

Situacion de Madrid. — Traslacion de los reyes padres al Escorial. — Amaños y cohechos de la reina con Murat. — Entrega de Godoy. — Insolencia desenfrenada de Murat. — Se entromete en la misma Junta superior de gobierno. — Ida de los reyes á Bayona. — Desenfreno de la reina contra su hijo. — Deposicion de Fernando VII. — Sus decretos reservados. — Devolucion de la corona á Cárlos IV. — Traspaso de este en favor del abogado corso José, hermano de Bonaparte.

LAS MISMAS FECHAS.

Yace Fernando VII, rey de entrambos mundos, ídolo de los Españoles y centro de todas sus grandiosas esperanzas, yace en suelo estraño y en mezquino albergue; yace, juguete baladí de las marañas vulgares de un farsante advenedizo, llamado Savary; yace víctima exánime de su ciega condescendencia con el desbarro de una grey ofuscada y delirante; yace por fin esclavo trémulo y lloroso de un déspota desalmado y antojadizo, pronto á sacrificar todos los monarcas del orbe, al menor interesillo de su ambicion desenfrenada....

Pero volvamos á Madrid, en donde sobrevienen acontecimientos de amarguísimo quebranto para los naturales, y de suma trascendencia para toda la monarquía.

Con la salida imprudentísima de Fernando, desconsuelo mortal asombra los ánimos y los semblantes del vecindario todo, pero novedad mas amarga é insultante está ya en el disparador, y va luego á postrar mas y mas todavía los pechos verdaderamente españoles.

Huérfana la capital, se trasladan al punto los reyes padres al sitio del Escorial, bajo la escolta de algunos carabineros reales, odiando ya como sospechosos á todos los Guardias, tanto de infantería como de acaballo. Entabla desde luego la reina correspondencia redoblada y espresiva con el verdadero monarca Murat, acompañando sus cariñosas esquelas con cuantiosos regalos del valor de millones, defraudando á la nacion de la pedrería y demás alhajas, que por ningun título pueden ser propiedad de los reyes.

Rinde el favorecido su voluntad y sus armas á disposicion de la dadivosa con bienes agenos, y requiere al punto la libertad plena y arbitraria del preso. La Junta Suprema se desentiende absolutamente, protestando, que ningunas facultades le asisten para conceder solicitud tan temeraria; pero mandarin de la soldadesca comete la vil insolencia de entrometerse en el palacio y en el recinto de la misma Junta, y pedir despóticamente el cumplimiento de la voluntad de su amo (que ninguna noticia tiene del asunto) y el infante don Antonio, despavorido y trémulo, accede por fin á su imperioso requerimiento.

Llega el acuerdo á Villaviciosa, y el marqués de Castelar con su entereza militar y solariega, ni quiere dar asenso, ni mucho menos cumplimiento á órden tan monstruosa y tan denigrativa á la nacion entera, y envia á D. José Palafox, su segundo, para cerciorarse plenamente del asunto; vuelve el encargado, y dice á su

principal, que es muy cierta la disposicion comunicada en aquella misma noche, sin que por ningun título quepa ya mas arbitrio que el de obedecer; pero se marchan todos sin soltar ni guardar al preso, quien sale luego para el Escorial, donde se le recibe como si el arcángel Gabriel bajase centelleando de gloria desde el mismo empíreo.

Enmudece Madrid con atrocidad tan inesperada, mas ignora el desventurado pueblo, que le está esperando ultraje todavía mas afrentoso y desafuero mas horrendo.

Quiere, entre tanto el presidente disculparse con los ministros; pero el de Gracia y Justicia D. Sebastian Piñuela le dice en voz alta: Lo peor es, que tambien está decretada la ida de V. A. para Bayona. Mediaba la particularidad de que el infante seguia saliendo todas las tardes á pasear por donde le apetecia, con su escolta acostumbrada de guardias de la Persona, y en su mano estaba el marcharse sin el menor asomo de tropiezo hasta Zaragoza, por cuya carrera no asomaba todavía francés alguno. Pero no habia en toda la familia real mas que ceguedad absoluta, y abatimiento indecoroso.

Salen triunfantes los reyes padres del Escorial con su rescatado íntimo por trofeo, siempre con su escolta de carabineros, llegan á Bayona, y merecen sumos honores y espléndida acojida. Llaman luego á solemne juicio entre sus enemigos implacables al desvalido y trémulo Fernando. Carlos IV es allí una especie de escolar ó de farsante que repite la leccion ó el papel que le han dictado. Reconviene amarga y desaforadamente á su hijo, acriminándolo á ciegas, por todos los vaivenes, quebrantos, y en fin por el esterminio de la monarquía; y por último dándole como una embestida, le dice con violento amago, has venido á tiznar y deshonrar mis canas.

Pero todos aquellos ímpetus, son como el soplo suave que modulan los poetas, como el cefirillo de Melendez, en cotejo del huracan que luego se dispara de la boca descompasada de la Parmesana María Luisa. Con efecto, no hay batalladora de mercado que le sea comparable, pues aquello de ruin hijo, ingrato, malvado etc., viene á ser un ramillete de flores para los demás baldones que se le atropellan en sus labios, y por último en el epílogo ó recapitulacion de sus cargos, puesta en ademan amenazador, se encara con Bonaparte y le dice, que mal podrá blasonar jamás de justiciero, si desde allí mismo no envia al cadalso sin remision, al conspirador de Aranjuez, al destronador de su mismo padre.

Todo un Bonaparte, con su pecho tan acerado y empedernido, se conmueve hasta lo sumo, y llevándose las manos á la cabeza, prorumpe luego con los suyos: ¡Qué mujer! ¡qué furia infernal! (1).

En suma, Fernando, brindándole con la corona de Etruria, tiene que devolver la suya á Carlos IV, quien la renuncia en favor de José, mezquino abogadillo de Córcega, pero hermano del repartidor jeneral de reinos y de solios.

Fernando VII sin embargo se rehace á solas, y como tal logra estender dos decretos consecutivos que llegan efectivamente á España; pero que nada influyen para los asombrosos acontecimientos posteriores, pues todo lo inflama, lo arrolla y lo anonada el volcan pavoroso de la nacion entera. Dice en ambos decretos, que no se halla libre, y así nada absolutamente puede mandar en derechura; pero encarga al primer tribunal, ayuntamiento, concejo, en fin á la autoridad que reciba su escrito, que se convoquen seguidamente las cortes, y se declare la guerra á la Francia, echando el resto en combatirla y escarmentarla, sacudiendo á todo trance el yugo tiránico de los usurpadores.

Pero en breve lo internan por Francia, lo encierran en una especie de fortaleza, y custodiado por mucha tropa, le atajan todo género de comunicacion con España, y mas con la conmocion instantánea ó universal que lo arrebata todo de estremo á estremo.

Los Padres parten luego ufanísimos, con su íntimo amigo Godoy, para Marsella, donde permanecen algun tiempo, cautivando Carlos IV á todos por su llaneza marcial, y sus conocimientos en todos los ramos de artes.

(1) *¡Quelle femme! ¡quelle mejere!*

CAPTIULO SEPTUAJÉSIMOSEGUNDO.

DOS DE MAYO Y SUS CONSECUENCIAS.

Copiarémos la relacion sencilla y casi familiar de un Marino, que estuvo presenciando las ocurrencias mas memorables de aquel azaroso dia.

A poco de la salida de Fernando VII para Bayona, presenté á la junta de Gobierno, que habia dejado, presidida por el infante D. Antonio, un plan de defensa contra los Franceses, reducido á formar, en las montañas de Santander, un ejército de tropas lijeras, y flanqueando al enemigo dia y noche, practicar sistemática é incontrastablemente, lo mismo que estuvo despues haciendo la nacion á bulto, y logró por este medio su salvacion.

El plan mereció la aprobacion de la Junta; pero luego que el bailío Jil de Lemus, ministro de Marina, por cuyo conducto lo habia presentado, me dijo, que el ministro de Guerra O-Farril, habia cargado con él, bajo el pretesto de recapacitarlo, como correspondia á su ramo, contesté al bailío, que mi papel no se veria mas, como sucedió puntualísimamente.

Es de advertir, que la noche del 30 de abríl, tuve una conversacion larguísima, en el café de la Fontana, con el ínclito D. Pedro Velarde, capitan de artillería, cuya familia habia yo tratado íntimamente en Santander. Nuestro coloquio se redujo todo á los intentos alevosos de los Franceses, y los medios que nos sobraban para contrarestarlos. Velarde se mostró acaloradísimo, y entrambos nos separamos persuadidos, á que la esplosion iba á estallar en breve.

La mañana siguiente, 1.º de mayo, aubia la *francesada* de ostentar su boato en el Prado, y hallándome yo en la Puerta del Sol, al asomar Murat, todo engalanado y terciopelado, vestido de mojiganga, se oyó un silbido agudísimo hácia la embocadura de la calle de la Montera. Volvió repentinamente la cabeza el corifeo de la comparsa, y como no advirtió novedad en el jentío, siguió su marcha sin darse por entendido.

Dí, desde aquel punto, la comocion por inevitable, y así la mañana siguiente (el 2), redoblé mi ahinco en lo que solia practicar todas las madrugadas, y era aplicar el oido cuidadosamente, á escuchar las voces acostumbradas de venta de comestibles. Oí pues en aquel mismo dia 2 los gritos de las Foncarraleras y sus semejantes, por donde inferí clarísimamente, que no habia asomo de novedad.

Vestíme despacio, y habiendo ido á la Administracion del correo, á ver si habia llegado el Parte que se estaba esperando con ansia, como no habia parecido, me salí á la Puerta del Sol, y reparé, que la saeta del Buen Suceso señalaba las diez menos cuarto. En aquel punto recapacité, que mi amigo D. Manuel Jáuregui, capitan de Guardias Españolas, se hallaba de faccion en Palacio, y me podria introducir, para ver de acalorar al infante D. Antonio, como lo habia hecho con el bailío Jil, ministro de Marina.... cuando al asomar por el arco de la plaza de Palacio, reparo, que las dos compañías de la guardia se repartian en piquetes, sin duda para reforzar las centinelas.

En esto, se aparece mi amiga la condesa de Jiraldeli, y me grita: «¿A dónde va Vd. M. de F. si hay un alboroto tan grande? — ¿Y porqué es el alboroto? — Porque los Franceses, me contesta, se quieren llevar al infante D. Francisco — Pues yo he de ver en lo que para, le repliqué, y la dejé marchar, toda azorada y congojosa.»

Asoma entre tanto una mujer de 25 á 30 años, alta, bien parecida, y tremolando un pañuelo blanco, se pone á vocear descompasadamente, armas, armas, y todo el pueblo repite aquel alarido, yendo continuamente a mas el enfurecimiento jeneral. Los cocheros y lacayos de la casa Real, clamaban mas que todos; pero ninguno se movia, á pesar de que un cerrajero, aparecido allí como por encantamento, pertrechado de su herramienta, se ofreció, por mi propuesta, á descerrajar la armería que teníamos encima.

Vista la cobardía de los Tosilos regios, regresé hácia el interior del pueblo. La guardia del Tesoro, que era aquel dia de Walones, estaba ya sobre las armas; y en la otra puerta el relator Benito, amigo mio, encargaba á voces, y con suma eficacia, á los porteros, fuesen á llamar los Consejeros que faltaban... «¡Buen refuerzo, esclamé, para el trance que está amagando!»

En vez de seguir por la calle Mayor, tomé, no sé por qué causa, la del Sacramento; y en Puerta Cerrada, los alhameles, ó mozos de cordel, gritaban: «¡Traicion en España! eso nó, ca!...» y marchaban á paso redoblado en busca del peligro.

En la calle Imperial, ví varios soldados franceses que se guarecian en la iglesia de Santa Cruz; no sé cual suerte les cabria despues. En la calle de la Cruz, andaban tan desatinadas las mujeres, que intentaban meterse por las rejas, sin acertar con las puertas de casas propias ó ajenas.

No estaba tan comovida la de Alcalá; hice alto en el lomo, para observar á los Franceses, cuya caballería se iba ya poniendo en movimiento hácia la Cibeles. Oíanse entre tanto tiros por todas partes, y mi plan era acudir al cuartel de Guardias Españolas, por si se armaban paisanos, mandar algun cuerpo de ellos, embebido en el batallon; pero al llegar á la inmediacion, supe que en efecto habian repartido como dos mil fusiles al paisanaje, y que al salir ya la tropa, su comandante Marimon la habia detenido, esperando la órden del infante D. Antonio, que vino luego realmente, para estar sobre las armas, y no moverse. Como no salieron los Españoles, tampoco se apartaron de sus cuarteles, ni los Walones, ni los demás cuerpos de la guarnicion.

Entre tanto las señoras, además de tener preparados los floreros, iban acercando sus muebles á los balcones, para tirarlo todo á la cabeza de los Franceses; con lo cual su caballería quedaba absolutamente imposibilitada, y su infantería iba á perecer en manos del paisanaje y de la guarnicion. Pero este triunfo momentáneo nos cegaba á todos, como se dirá despues, y no podia menos de acarrear una catástrofe; pues el enemigo irritadísimo, entraria luego á sangre y fuego en el pueblo.

Como ya mi ida al cuartel de Guardias no tenia objeto, me marché á casa de D. Gregorio Quirós, primer teniente del mismo cuerpo, que vivia en la calla de Foncarral, junto al Hospicio.

Desde los balcones pudimos muy bien estar viendo los batallones enemigos, que, á paso redoblado, entraban por la puerta de Santa Bárbara, y se encaminaban, repartiendo balazos, de que tambien vinimos á participar, hácia la calle de la Palma. Oíanse muy cerca descargas de fusilería y cañonazos, y jamás nos ocurrió, ni supimos hasta por la tarde, que era la refriega en el Parque de Artillería, donde se estaban sacrificando los famosos campeones Daoiz y Velarde.

Al retirarme á comer, encontré la jente de mi casa toda despavorida, creyendo que habia yo sido una de las víctimas. Habia cesado el fuego, y por la tarde se me encasquetó la curiosidad temeraria de ir á reconocer las fuerzas de los franceses por los altos de Santa Bárbara.

Al llegar á la puerta, me detuvo la guardia ya francesa, vino el oficial, y como le hablé en su idioma, me dejó pasar, no sin dificultad, manifestándole al mismo tiempo, que mi ánimo era volver al pueblo.

Sin duda fuí yo el único Español que salió aquel dia de Madrid; pero en fin me adelanté lo suficiente, para descubrir en el campo de los Guardias y en la dehesa de la Villa, tres columnas poderosas, dos de infantería y una de Caballería; por donde eché de ver el desvarío de la resistencia que se habia intentado formalizar, por la mañana.

Durante mi espedicion estuve oyendo tiros sueltos, y dando por terminado ya el trance, no atinaba con la causa de tamaña novedad. Vuelto al pueblo, supe la matanza que se estaba haciendo de Españoles indefensos, á la salida del Retiro; mas no paró en esto mi amargura, sino que se me aseguró como un D. Manuel Cabello, empleado en la lotería, y patriota muy acalorado, estaba preso en el Principal, é iba á ser una de las muchas víctimas. Era uno de nuestros contertulios, y no se podia perder un momento; por tanto un oficial de Guardias y yo, resolvimos presentarnos, y salvar al amigo á todo trance.

Trepando á duras penas por entre la tropa de todas armas y las piezas de artillería, hablamos en francés con el Comandante, logramos nuestro intento y nos trajimos en triunfo al rescatado.

En cuanto al número de las víctimas, no me atrevo á fijarlo, por la suma variedad en sus cómputos; pero sí me afirmo nuevamente en que fué muy acertado el conato de la junta de Gobierno y del Consejo Supremo, en contener al pueblo, y hacer que cesasen las hostilidades; pues sin esta providencia, es innegable que Madrid se inundara infructuosamente en sangre.

Estábamos tres aragoneses sumamente comprometidos, se nos proporcionó milagrosamente un coche de Huesca, y fuimos por todo el camino predicando la cruzada contra Franceses, y refiriendo y glosando sus proezas, con toda veracidad y no poco entusiasmo.

Llegados á Zaragoza, encontramos ya los ánimos en estremo inflamados, y los estuvimos fogueando mas y mas con la relacion individual de los hechos, poniendo siempre por corona ó ramillete, la atrocidad infernal de que á cuatro esquiladores aragoneses que salian del Retiro, solo porque llevaban sus tijeras en las fajas, como lo hacen siempre, los habian tam-

bien ejecutado, esto es, asesinado en el acto.

Es de saber, que el jactancioso Murat; el 2 de mayo, se guareció en la Moncloa, quinta de la duquesa de Alba, junto á los montes del Pardo; mas, aplacada la tormenta, volvió á Madrid con altanera soberanía, para sacrificar al pundonoroso Cienfuegos, y demas patriotas indefensos.

Por fin el 25 de mayo, llega el correo que trae el cohete incendiario, esto es, el noticion de las renuncias en Bayona, y el nombramiento del sobredicho fujitivo, para la lugartenencia jeneral de la monarquía. Desde muy por la madrugada, se alborota el pueblo, allana la casa del jeneral, y le pide armas, para defenderse contra los Franceses.

Es de saber, que á la sazon, no habia en la ciudad ni en Aragon, una sola compañía de soldados; escepto los Miñones, que, como se sabe, no son tropa de línea, y se reducian á unos 100 hombres.

Contesta el jeneral, que carece de medios, y sobre todo de órdenes; los demandantes replican, si las está esperando de Murat, actual soberano de la nacion, y que sus órdenes serian de aherrojarlos á todos. En fin el paradero de la contienda, fue prender al jeneral mismo, y cercado de jente armada lo llevaron al castillo de la Aljafería, donde lo dejaron encerrado.

Ya se habian descargado de Guillelmi, que se oponia desaforadamente á sus miras; pero ¿quién se encargaba del mando, en circunstancias tan azarosas? Brindaron con él á Cornel, que habia sido ministro de la guerra, al conde de Sástago, y á otros; todos se estremecieron á semejante propuesta, y se negaron, con desesperados estremos, á tan arriesgado trance.

Andaban desalados los vecinos de calle en calle con las armas en la mano, buscando ansiosamente, y sin cometer el menor esceso, un oficial aragonés que se arrestase á empuñar el baston, y luego se retiraban cabizbajos é inconsolables á sus casas.

D. José Palafox se hallaba con el grado de brigadier en guardias, y disuelta ya la custodia de Godoy, pasó á Bayona con el infante D. Antonio, conferenció con Fernando VII, y con las idas y venidas de Españoles, le fué fácil pasar desde allí á Zaragoza, con encargos jenerales del mismo rey. Paró en la torre de Alfranca, quinta del marqués de Ayerbe, sobre el Ebro, á corta distancia, mas abajo de Zaragoza.

Cunde la noticia de su llegada por la ciudad, y luego se destaca una cuadrilla de patriotas en su busca, para encargarle el mando de todo el reino de Aragon; lo resiste al pronto, pero al fin lo reducen y viene á Zaragoza. Voy á visitarle la madrugada siguiente, y le hallo sobresaltado, desabrido, con palidez mortal en los labios, y muy ajeno de arrostrar tan tremendo *compromiso*, (esta fué la espresion que usó conmigo); eché el resto de mi medianilla persuasiva para doblegarlo, y estando en esta lid, se presenta el secretario de Acuerdo, con un oficio firmado por el Rejente de la Audiencia, en que le decia, como todos los ministros le estaban esperando para conferirle la Capitanía jeneral. Vamos, vamos, le dije entonces, ya no se puede V. resistir; y con efecto, en seguida tomó su sombrero, lo acompañé hasta la misma puerta del edificio, y se verificó en efecto su instalacion.

Dígase cuanto se quiera de la resistencia que opuso Palafox al principio, lo cierto es, que admitió el mando, y con este arriesgadísimo arrojo, reunió los ánimos, concentró las providencias y las operaciones, é hizo un servicio señaladísimo á la patria.

El entusiasmo jeneral rayaba en frenesí. Se alistaron facilísimamente los batallones; las compañías se solian formar por gremios ú oficios, y la de albañiles en especial, encerrándose en la plaza de toros, rehusaba todo jénero de respiro, en larguísimas horas; de modo, que en el término de una semana, se habilitó perfectamente en el manejo del arma, y en los principales movimientos de la tropa. Pero se padecia suma escasez de oficiales, y este vacío no se suplia con la escelente voluntad de los sujetos mas cabales en miembros y potencias; teniendo los naturales, como dice Arriaza:

« Brazos de hierro y pechos de diamante. »

Hasta aquí la relacion del Marino; mas adelante se irán historiando los sucesos, realmente asombrosos, de Zaragoza, pues ahora tenemos que volver á las estrañezas nunca vistas de Bayona, como se van á referir en el capítulo siguiente.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOTERCERO.

Maquinaciones de Bayona. — Dobleces y tropelías de Bonaparte. — Su insulto á Cevallos.—Convoca José en Bayona á los que conceptúa prohombres, para idear y estender la Constitucion Española. — Necedad de los convocados, quienes se afanan por terminar aquel aborto. — Se encamina José á Madrid, para plantear su gobierno en España. — Su denominacion de Botella. — Coplas ridículas. — Sainetes. — Caricaturas. — El enemigo posee únicamente el terreno que está pisando. — Regreso de Bonaparte á París.

MAYO DE 1808.

Despejad... suele allá prorumpir en las comedias antiguas cualquiera de nuestros Enriques, Sanchos ó Alfonsos que imperan por las tablas; y al punto quedan absolutamente á solas, ó bien acompañados únicamente por el personaje varonil ó halagüeño que les acomoda.

Despejad, vocea ó desentona Bonaparte, y aun tal vez con un ademan, un ceño, una mirada, huyen, vuelan, desaparecen, cual celajillos al soplo del cierzo, los figurines de todos colores, tamaños y raleas que le cercan.

Parten Carlos y Luisa, con su prenda inseparable Godoy, para Marsella, como se ha dicho, y despues para Roma; y Fernando con los infantes, para su encierro de Valencey, ó sus cercanías, despojados de honores, sueldos y acatamientos; dependiendo únicamente del antojo ú albedrío del monarca, recien fraguado en las oficinas ahumadas y lóbregas de la caprichosa Fortuna.

Ha regalado á su hermano José el cetro de España, como pudiera hacerlo con el de la Tartaria ó de la Arabia; y encarga á su ministro Champany que llame á Cevallos, y lo desengañe de sus opiniones quijotescas, desahuciándolo de una vez absolutamente de Borbones, de ministerio y de españolismo. El valiente y pundonoroso Montañés, toma por la inversa, á su cargo el desimpresionar á su intimador de tan inicua y absurda pretension; y desempeña su papel con tal denuedo y sabiduría, que deja atónito y mudo á su antagonista. La España, le dice, jamás se entromete en negocios ajenos, y así tiene derecho para exijir y disponer: que ni la Francia, ni otra potencia alguna se propase á gobernarla, y mucho menos á usurparla ó destrozarla; y aquellos mismos terrones bañados todavía con rios de sangre sarracena, brotarán héroes á millares, que darán al través con los nuevos y temerarios usurpadores; y entonces las banderas castellanas tremolarán, al eco de mil himnos de victoria, como en tiempo del Gran Capitan, de Hernan Cortés, del duque de Alba....

Bonaparte, no es menos farsante que guerrero ú jeneral; está oyendo el coloquio detrás de una cortina (1), sale enfurecido, y con ronca voz y ademan frenético, se abalanza al... Español y le trata nada menos que de *traidor*. La Historia tiene que ser por esencia verídica, imparcial y comedida; pero no es fácil prescindir de todo ímpetu de ira, al recordar que un desaforado Corso; esto es, la doblez misma, vitupera con tamaño baldon y quiere tiznar con el mas negro dicterio á todo un D. Pedro Cevallos, que atesora en su sangre el pundonor mas terso y solariego que resplandeció jamás en las alcurnias españolas.

Como quiera, farsante siempre Bonaparte, blasona de esplendoroso, disponiendo que su hermano y comodin José, regale nada menos que una constitucion liberalísima, á sus nuevos súbditos, con la facultad inesperada de que se la fragüen, amolden y acabalen á su albedrío los mismos Españoles. Pero la ingratitud de los agraciados, llega al estremo de ensordecer, y aun mofarse, y hasta enfurecerse con el halagüeño brindis.

Sin embargo, de Madrid, de las Castillas y de otros puntos, van acudiendo prohombres, nom-

(1) Menudean estos *escondites* en Calderon, y le sirven, ó para enmarañar mas y mas la trama, ó para salir del berenjenal en que ha metido á sus personajes. De todos modos, tristísimo recurso viene á ser siempre aquel invento, así en la realidad como en la representacion.

brados por Murat ó sus satélites, y se entablan en Bayona conferencias, sobre el sistema de gobierno mas adecuado á la España, bajo los auspicios benéficos de José Bonaparte, hermano del emperador.

Se entablan, con efecto, y se formalizan las sesiones, y aun se traban reñidas contiendas entre sus vocales, como si el enjendro, aborto ú chapuz que va resultando, y que luego sale sombríamente á luz, pudiese realmente interesar á José, ó á Napoleon y sobre todo á los Españoles, que ni aun quieren oir hablar de tan rematado desvarío.

Que los párrafos, leyes, disposiciones, ó como se llamen, sean castellanas, aragonesas ó afrancesadas, todo ha de ser indiferente para su resultado, que vendrá á ser absolutamente ninguno, como lo dirá el desengaño harto patente, y mucho mas cercano de lo que podia soñar la mas acalorada fantasía.

A pesar de todo, es tan ciega la ambicion de algunos individuos, que además de los afrancesados de corazon, están ya en su interior paladeando los timbres y los sueldos eminentes y colmados que se les van á franquear con encumbrados destinos; pues en el capítulo siguiente se va ya á palpar el digno paradero de tan dorados sueños.

Tan solo diremos al paso, que ni aun como allá un monumento histórico, interesa el conocimiento ú censura de la ridiculísima Constitucion de Bayona.

CAPITULO SEPTUAJÈSIMOCUARTO.

Sublevacion instantánea, heróica y universal de España. — Asturias. — Galicia. — Estremadura. — Andalucía. — Murcia, Cartajena y Valencia. — Cataluña. — Aragon. — Las Castillas. — Desunion. — Madrid. — Navarra y demas provincias esentas. — Bullicio, entusiasmo y detestacion jeneral de los Franceses. — Demasías y atrocidades.

LAS MISMAS FECHAS.

Clama, resuena y arde, con grandioso esplendor y redoblado estruendo, el ínclito y acendrado patriotismo (en un idéntico y decisivo instante) de confin á confin de la huérfana y desgobernada España. Mientras el Corso, frenético de ambicion y sediento de sangre, está, como hermano lejítimo de la muerte, afilando mas y mas en París su guadaña, para la servidumbre ó el esterminio de naciones enteras, chispazo eléctrico nunca visto, engarza el Catalan en Figueras con el Gallego en Finisterre, y el Vascongado en Irun con el Andaluz en Tarifa, y luego se escuchan, como dice Arriaza, ó se miran:

Batir tambores, tremolar banderas,
Estallar bronces, resonar clarines;
Y aun las antiguas lanzas
Salir del polvo á renovar venganzas.

El Francés, todo material, terrestre y fútil, blasona de volcar solios y degollar virtudes; para luego entronizar á un usurpador despótico y voluntarioso, que ha de arrebatar hasta el mismo polo, á manera de piara gruñidora, la inmensa hueste, para empozarla en hielos sempiternos; mas la estirpe escelsa de Pelayo, preciada siempre de anjélica y celeste, se aferra mas y mas en su teson incontrastable, y reta, aun desaguerrida y desarmada, al triunfador de la Europa entera.

Asturias encabezó anticipadamente el movimiento nacional. Con efecto, el célebre poeta Melendez y el consejero de Castilla conde del Pinar, se encargan de catequizar la capital del principado, á favor de la *francesada:* llegan, entablan su embajada, y á las primeras palabras se alborota el vecindario de Oviedo; acude todo el Concejo, afianzan á los apóstoles de la iniquidad; van á pasarlos por las armas, y en la duda de si basta ó no dispararles de frente, ó bien si ha de ser por la espalda, como traidores, en medio del paseo, mientras los atan y desatan, sale el cabildo con la cruz de la Victoria, se encarga de la ejecucion de los reos, y así logra ponerlos en salvo, y enviarlos despavoridos á la corte de Murat.

Se junta luego el concejo, y por el pronto

nombra á D. Fernando de Navia, marqués de Santa Cruz de Marcendo, nieto del esclarecido é inmortal D. Alvaro, el escritor malogrado en Oran, aunque no de igual desempeño, capitan jeneral y gobernador del Principado, para dirijir el armamento del pais sin escepcion, emprendiéndolo desde aquel punto con indecible actividad.

Se enardece mas y mas el entusiasmo por toda la costa; pues empiezan en Ribadeo las tropelías y desafueros que por desgracia van á tiznar la heroicidad española. Prospera D. Antonio Ibañez, sujeto que está fomentando el pais con su fábrica importantísima de granadas y otros artefactos de hierro; y un émulo infame lo tacha de afrancesado y godoyista; y el populacho, siempre ciego y siempre irracional, lo asesina brutalmente en sus mismos hogares.

Igual suerte padece lastimosísimamente en la Coruña el capitan jeneral Filangieri, digno hermano del ínclito abogado de la Humanidad, el verdadero padre de la ciencia legislativa, malogrados ambos en la flor de su edad, y en el esplendor de su carrera.

No es menor el entusiasmo, ni lo son tampoco sus demasías, en la fertil Estremadura, madre, por herencia, de tantos campeones é injenios eminentes, volando á las armas miles y miles de jóvenes heroes é infatigables.

De igual desenfreno adolecen las Andalucías. El gobernador de Cadiz D. Francisco Solanes, marqués del Socorro, gallardo, valiente, sociable y purísimo, el militar teórico y pacífico que acompañó digna y provechosamente á Moreau en su memorable retirada del corazon de la Alemania hasta el Rhin, fenece víctima de una pandilla forajida que só color de patriotismo, clava, en cuantos verdaderamente lo profesan, el puñal alevoso; pues los sayones de la misma gavilla pasan á degollar en Sevilla al inocente y pundonoroso conde del Aguila.

Reina el mismo enfurecimiento en Granada, pasa á Murcia, y sobre todo se desboca en Cartajena, donde mujeres desalmadas y frenéticas, coronan la carrera de su relajacion soez, y sus maldades infernales, ultrajando, escarneciendo brutalmente, y por fin destrozando al capitan jeneral del departamento D. Francisco de Borja.

Pero sobrepuja á todo la atrocidad espantosa de Valencia, donde el feroz populacho pasa á cuchillo á los indefensos franceses, que, bajo la salvaguardia de la justicia, están encerrados, y ajenos de todo intento criminal, en el recinto de la ciudadela.

Cataluña yace bajo el predominio de las plazas ocupadas inicua y traidoramente, con las órdenes de Godoy, por los satélites del tirano universal. Envia con efecto Godoy anticipadamente á Barcelona, al teniente coronel D. Juaquin Osma (1) para encargar al debilísimo en aquel trance, conde de Ezpeleta, capitan general, que entregue la plaza á los enemigos, y aunque el ínclito D. Mariano Alvarez, que luego se ha de inmortalizar con la defensa heróica de Gerona, hallándose de gobernador de Monjuich, desobedece la órden terminante del superior; lo resiste, redoblando Ezpeleta su disposicion por escrito, tiene Alvarez que ceder, y dejar que los enemigos se posesionen á sus anchuras de la fortaleza.

En Aragon, sigue Palafox mandando sin contraste; pero se comete con su anuencia, por complacer á la infame plebe, el desafuero horroroso de asesinar judicialmente al coronel Pesino, y al teniente coronel Falcó, sin el menor asomo de culpa. ¡Ojalá no sea cierto cargo tan odioso contra el aclamado caudillo de Aragon!

Yace inmoble la infeliz Navarra, pues la soldadesca enemiga, socolor de juego y retozo, tirándose pellazos de nieve, señorea alevosamente la puerta y el puente levadizo, y se apodera absolutamente de la ciudadela.

En Guipúzcoa y Alava, con el tránsito incesante de tropas enemigas, no cabe á los naturales el hacer movimiento ni demostracion alguna por la causa nacional; mas no sucede así en el señorío de Vizcaya, y costa y valles de Santander, donde todo es entusiasmo castizo y algazara valientísima.

No queda en Madrid mas arbitrio que huir, como lo practican jeneralmente cuantos pueden; pero las sensatas Castillas se propasan tambien desordenadamente en sus ímpetus fogosos, pues llegan al estremo de enarbolar escandalosamente la horca, ante el albergue del escelentísimo D. Gregorio de la Cuesta, capitan jeneral de Valladolid.

Como á los asomos de una tormenta, estaban los ánimos absortos, acechando el primer disparo del trueno y el relámpago, para presenciar la furia y los estragos del fenómeno pavoroso; así está la acongojada España temiendo por una parte, y ansiando por otra la lid que va muy pronto á tranzar el remate de su venidera y perpetua suerte.... cuando con el dos de mayo queda ya absoluta é implacablemente declarada la guerra sangrienta y ester-

(1) El mismísimo héroe que campea para siempre, en la *Apología de los Palos*, por Gallardo, la chanzoneta seguramente mas peregrina y mas chistosa que se compuso jamas en ningun idioma: siendo sobre todo un dechado perpetuo de castizo y elegante castellano.

minadora; siendo el Principado de Asturias el primero que formaliza solemnemente aquella declaracion tan arrojada y sublime, *contra el tirano Bonaparte y sus viles satélites.*

Ufanísimo Murat con su dos de mayo, y absolutamente ajeno de la trascendencia de aquel fracaso, decreta, dispone y apercibe, como si fuese árbitro incontrastable de la Península, sin el menor asomo de zozobra, ó miramiento político ó militar. Con efecto, entran mas y mas tropas, y se conceptúa tan confiado y erguidamente soberano, como si contase siglos de arraigo, con pleno y omnímodo, señorío.

Le faltan correos, cesan las comunicaciones, y sin embargo no se desengaña, providenciando militarmente, dando por hecho y colmado cuanto ordena, sin el menor asomo de tropiezo ni demora.

Los fraguadores del Código afrancesado ó mixto de Bayona, trás el gasto, el afan y los sinsabores de su ridícula empresa, se acarrean el odio, el amago y la persecucion implacable de la nacion entera, y tienen que guarecerse en Madrid, ó en ciertos puntos al arrimo de las armas francesas, careciendo muchos de albergue y de subsistencia.

La Europa toda, como se ha dicho, tiene la vista clavada sobre España; pero la Europa toda, despavorida y trémula, con la prepotencia del triunfador incontrastable, da por supuesto que la Península descarriada y aun frenética en sus intentos, va á ser en poquísimos dias uno de los trofeillos baladíes, colgados, con desden y aun menosprecio, de las águilas voladoras instantáneamente, desde la aurora al ocaso, y desde el norte al mediodía.

Sabido es, como quiera, volviendo á la farsa de Bayona, que todos sus dichos y hechos, fueron absolutamente forzados, y poco ó nada pueden perjudicar el pundonor de los firmantes de aquellas actas.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOQUINTO.

Las juntas. — La de Sevilla. — La de Estremadura. — De Murcia, Cartajena y Valencia. — — Apuros para su establecimiento en Cataluña. — Se celebran cortes en Aragon. — Desahogo para el plan y disposiciones en Asturias y en Galicia. — Alistamiento inmenso. — Absolutismo respectivo. — Falta de union, de plan y de armonía. — Partidas voluntarias. — Confusion y desenfreno.

LAS MISMAS FECHAS.

Amargas zozobras, saña impetuosa y clamoreo redoblado, azoran, arrebatan y desgarran mas y mas los pechos españoles; todo es afan y ardor y confusion; y en suma, es el caos de Ovidio.

En medio de tanta ajitacion y laberinto, raya y centellea por fin con ráfagas doradas la risueña esperanza, inspirando anhelo sensato, hermandad entrañable y espíritu de sumision racional y de obediencia indispensable.

Allá un instinto universal, como por un solo resorte, inclina y doblega los pueblos, implorando luces, direccion, y en un una palabra, mando justísimo. En todas las provincias se buscan, se nombran y se constituyen los sujetos tenidos por mas intelijentes y pundonorosos, en las llamadas Juntas superiores ó gubernativas, revistiéndolas de cuanta autoridad se requiere, para el desempeño cabal de toda la administracion civil y militar. (1)

Encabezarémos esta gloriosa reseña con la memorable Junta de Sevilla.

Favorece á la ciudad imperial, en gran manera, su situacion occidental y lejana del primer

(1) Ya se dijo arriba que en Zaragoza, los labradores, conociendo y pregonando su propia insuficiencia, andaban en busca de un oficial aragonés que quisiera empuñar el baston y mandarlos á su albedrío; y el capataz de una cuadrilla, fastidiado de seguir calles en balde, al llegar á un sitio llamado la Plazuela de las Balsas, se para de repente, se vuelve á los suyos y les dice: ¿Y á nosotros quien nos manda, quién nos gobierna? ¿y qué hemos de disponer y arreglar nosotros si somos un hato de bárbaros?... Vámonos á casa, ca.... y se fueron.

teatro de la guerra, franquéandole treguas, para echar el resto en la inmensidad de todo jénero de preparativos, plantear un ejército brillantísimo, no meramente defensivo, sino gallardamente ofensivo, de cuarenta mil hombres, sirviéndole de pié los escasos rejimientos que está mandando el jeneral Castaños en el Campo de San Roque.

Pero el sumo timbre de aquella Junta memorable se cifra en su presidente, el ex-ministro D. Francisco Saavedra, pundonoroso y español por esencia, que además de salir de su esfera un tantillo apocada, y hallarse ahora en todo, nombra un comisionado de toda confianza para la recaudacion de caudales, otro para vestuario, otro para los abastos, oficiales de artillería para el armamento, etc.: Sevilla es ya un obrador inmenso, una atarazana jeneral, donde se afanan y trasnochan, el señoron arrogante, la matrona respetable, la señorita finísima, el fraile antes haragan, la monja endeble y achacosa, y hasta el jitano haragan y baladí.

No se quedan en zaga Córdova y Jaen, y sobre todo Granada, cuyos hermosos rejimientos de infantería y caballería descollaron despues en Cataluña, sacrificándose lastimosamente, y feneciendo casi por entero, en manos de caudillos inespertos ó cobardes, que malograron á ciegas tan candoroso patriotismo.

Orillaremos la Junta de Estremadura, cuyo *gradiluvio* ú profusion de honores y atropellamiento de ascensos indebidos, envileció la carrera militar vulgarizando así los timbres vinculados al mérito, sin que asomase la menor apariencia de virtud ó desempeño en sus infinitos usurpadores.

Murcia y Cartajena siguen el impulso jeneral; y otro tanto podemos decir de Valencia, donde la temeridad acalorada é infausta de las primeras empresas rezagó algun tanto el arreglo, que se iba ya planteando en otras provincias.

El apuro sumo, es el de los ardientes Catalanes, pues avasallados con tantas plazas ocupadas por los enemigos, apenas hallan un punto donde poder juntarse, y entablar un plan, ó un conato de ataque y defensa; y tan solo disfrutan el arrimo de la inmortal Jerona, á donde la suerte propicia envia de gobernador al ínclito capitan de Guardias Españolas, que ya se habia negado tenazmente á entregar el castillo de Monjuich á los Franceses.

En Zaragoza Palafox celebra un remedo ú simulacro de cortes, pero sin las formalidades antiguas, y sin que resulte la menor trascendencia, para el sesgo y la marcha de las operaciones militares ó negocios civiles; reduciéndose todo á una mera junta consultiva, ó mas bien al absoluto albedrío de su caudillo.

Ya se manifestó la situacion inhábil de las provincias esentas, y tan solo al estremo de Vizcaya ó las Encartaciones, y luego en los valles de Santander, pudo el entusiasmo dar señales patentes de vida.

Asturias aprontó eficazmente su armamento; y quizás Galicia no demostró aquella suma pujanza que le era dable, con dos millones de robustos moradores, y el ensanche, como se dijo de Sevilla, que le proporcionaba desde luego su situacion lejana del primer teatro de la guerra infinita ventaja.

Con el dos de mayo y las tropelías continuas de los Franceses, empiezan las hostilidades, y asoman las memorables guerrillas, cuyo sistema, formalizado por mayor, era el único verdaderamente nacional. Salieron luego á luz partidas considerables, que siempre causaron grandísimo daño al enemigo, hasta que pararon en divisiones crecidas, y entonces vinieron á inutilizarse, como se irá viendo á su debido tiempo.

Con efecto, el yerro capital del gobierno supremo fué el empeño de componer ejércitos y dar batallas, que debian perderse todas, como estuvo siempre sucediendo, no tanto por culpa de caudillos y tropa, como por la manía de arrostrar cuerpos crecidos y por decirlo así científicos, y sobre todo victoriosos, con jente bisoña y jeneralmente mandada por oficialidad, tal vez valerosa, pero toda inesperta.

En suma, es forzoso repetir, que la España toda era un caos, donde los elementos batallaban desconcertadamente; la junta de Sevilla, por ejemplo, aspiraba á sobreponerse ó imperar á las demás, que ostentaban por igual sus respectivas ínfulas, y así todas querian al par vivir y obrar independientes, con sumo quebranto de la nacion entera.

Entretanto los usurpadores, al abrigo de sus plazas, emprendian sus espediciones á diestro y siniestro, sin la menor zozobra de asalto ú de incomodidad considerable; lo que no sucediera, si, entabladas desde luego las guerrillas, se les hostilizara sin cesar, particularmente por la noche, orillando, hasta mucho despues, la temeridad ciega de las batallas campales, que eran el recreo y la gloria de los veteranos.

¿Quién podia atajarles, ó entorpecerles, los movimientos así en Navarra, como en Castilla, en Cataluña y en otros paises? Todo, al contrario, estaba espedito para sus marchas y contramarchas, y mas entrándoles de continuo poderosos refuerzos, por Irun, por la Junque-

ra, ó por donde mas les acomodase, obrando por cada dia con mas ensanche, y en una palabra, á medida de su absoluto albedrío.

Empiezan las hostilidades contra el siempre desventurado Aragon.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOSEXTO.

Primer sitio de Zaragoza. — Salida imprudente y descalabro lastimoso en Tudela. — Entrada de algunos franceses en Zaragoza. — Su escarmiento. — Se plantea algun resguardo. — Atalaya en la Torre Nueva, ó campanario principal. — Venida de enemigos. — Su primera batería en el cortijo ú torre llamada de la Bernardona. — Avances parciales. — Rechazo. — Situacion inconsiderada del teniente coronel Falcó en Torrero, con el paisanaje. — Su cuerda retirada. — Se le encausa, sentencia y ejecuta como reo de muerte.

JUNIO DE 1808.

Padrastro fatalísimo es para Zaragoza el disparador y arrimo de Pamplona, sorprendida, como se dijo en su lugar, por vil asechanza de los Franceses, y suma torpeza de los Españoles.

Con efecto, apenas oye el enemigo la novedad ocurrida en Zaragoza, envia desde luego un cuerpo de diez á doce mil hombres, á las órdenes del jeneral Le Febre, sobrino del mariscal, sin perjuicio de los refuerzos incesantes, con direccion á Tudela.

Es de advertir, que desde los primeros dias del alzamiento, un patricio zelosísimo y dotado al parecer de las luces competentes, presentó á Palafox un plan de campaña, encargándole muy encarecidamente, que por ningun título arrostrase con sus tropas, todas bisoñas y sin caballería, á cuerpos veteranos y victoriosos; y en suma, vino á verificarse lo diametralmente opuesto. Sale la jente, sin arreglo ni combinacion, llega fatigadísima á diferentes parajes, huye hasta las alturas á la primera embestida del enemigo, se ahogan unos en el Ebro, y otros llegan despavoridos á Zaragoza, ó se guarecen por los pueblos, ó por parajes mas ó menos oportunos.

Afortunadamente el valeroso capitan D. Pedro Gasca, de Voluntarios de Aragon, sabiendo en Valdemoro la novedad de Zaragoza, atraviesa la Alcarria aceleradamente, llega á tiempo para situarse junto al Canal, y con certeras descargas ataja la carrera á los dragones franceses. Algunos *volteadores*, entran sin embargo en la ciudad, rechazados ó muertos en su retirada, desaparecen por entonces, y dan lugar á que se planteen baterías por las puertas, cubriéndolas al pronto con ramaje, y en fin aparece algun asomo de fortificacion, aunque meramente de campaña.

Desaparece Palafox, pero queda mandando su hermano el inalterable marqués de Lazan, cuya serenidad infunde aliento á los menos esforzados. Se formaliza la Atalaya en la Torre Nueva, con anteojos competentes; se colocan guardias y retenes en varios puntos; se habilita en lo posible la artillería, y se sigue con actividad el alistamiento dentro y fuera de la capital.

Se adelanta el enemigo con fuerzas considerables, se acerca hasta poco mas de medio tiro de la puerta del Portillo, y sitúa, en el cortijo ú Torre de la Bernardona, una batería, que causa poquísimo daño; entabla algunos avances, pero siempre sin fruto. Se arroja sin embargo á la madrugada con fuerzas mayores sobre nuestra batería del Portillo, y huyen artilleros y guardia; llegan las mujeres y á viva fuerza, con baldones amargos, hacen volver á los fujitivos, ya juntándose unas con ellos, ya otras recogiendo metralla por las calles, ya aprontándola otras á la mismas baterías y en medio del fuego.

Afánase entre tanto Palafox por fuera entusiasmando mas y mas los pueblos, y pasando órdenes para que se eche mano, en las urjencias actuales, hasta de los depositos *mas sagrados*. Recoje además soldadesca dispersa de varios cuerpos, y formando un batallon entra luego con él en la ciudad, donde recibe mil aplausos y agasajos. Llega entonces de Cataluña el regimiento de Estremadura, casi en cuadro; pero se completa luego, y su brillante oficialidad entona luego á los valientes reclutas del pais; asoman al mismo tiempo dos ó tres compañías de milicianos que regresan á sus casas, de Barcelona, donde se habian ejercitado en el manejo de la artillería, y ahora toman á su cargo la de las puertas; á donde las señoras principales les lle-

van y les reparten la comida, con cuya fineza enloquecen de entusiasmo. Igual suerte les cabe á las compañías de Guardias, que vienen de Castilla, donde estaban de escolta ó de resguardo, al tránsito de Fernando VII para Francia.

Como se va ya juntando alguna tropa, aunque siempre es forzoso y conveniente economizarla, se amagan, se entablan y aun se practican algunas salidas muy metódicas, para tener á raya al enemigo y ostentarle fuerzas que no existen; pero él á lo mejor asoma, se retira, insiste, escaramuzando y haciendo tentativas dias enteros, para formalizar avances jenerales.

Entre tanto pasma el presenciar el ardimiento de aquel heróico vecindario. En sonando la gran campana de la Torre Nueva, hasta los artesanos, tenidos antes por cobardes, vuelan á la calle anchurosa del Coso, empuñando su arma y con la cartuchera rellena y terciada al hombro, y preguntando en algazara: «¿Por dónde atacan?— Por Santa Engracia,» y allá brama la oleada, disparando luego miles y miles de tiros, acompañados de la artillería de las puertas. Suena luego la voz: «Vienen por el Cármen,» y la riada corre á la refriega por aquella parte.

Hay, sin embargo, lunares, ó sean borrones, que afean en gran manera tan admirable heroicidad.

El teniente coronel Falcó guarnece el llamado Monte Torrero, con doscientos paisanos y alguna artillería, y advirtiendo desde la madrugada que el enemigo (1) con sus varias maniobras y movimientos encontrados trata de atajarle toda comunicacion con la plaza, para luego con mayores fuerzas cercarlo y rendirlo, avisa que no puede menos de retirarse desde luego, antes que le sea imposible salvar la artillería y la jente, como lo verifica con toda cordura y felicidad.

Suena luego la voz de traicion; muera Falcó, muera al instante y sin arbitrio; y al eco de aquella vocería descompuesta, de aquel irresistible desenfreno, se le prende, se le procesa y se le sacrifica al torrente de la saña ciega, ó mas bien de la irracionalidad rematada del ínfimo populacho de ambos sexos.

Llega en esto un correo de Valencia, y trae la plausible nueva de haber logrado rechazar con escarmiento al mariscal Moncey, tenido equivocadamente por afectísimo á los Españoles, de las mismas puertas de aquella capital, huyendo precipitadamente á incorporarse con sus compañeros en Madrid, donde le sea dable preservarse de la furia valenciana. Se celebra en Zaragoza, como es debido, aquel triunfo, con luminarias, canturias y todo jénero de regocijos.

Mas ocurren otros sucesos, ya infaustos ya venturosos, de mayor entidad, y es forzoso desviarse de Aragon, por algun tiempo, para acudir á Castilla y las Andalucías, donde se verifican los principales movimientos que redundan en consecuencias ejecutivas y portentosas.

(1) A los seis meses, el jeneral San Marc evacuó el mismo punto con ocho mil soldados, y se retiró á la ciudad, sin que se le hiciese el mas leve cargo por aquella determinacion y desvío de su lugar señalado.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOSEPTIMO.

Movimientos en Castilla la Vieja. — Reunion de aquel ejército con el de Galicia. — Batalla de Rioseco. — Descalabro. — Consecuencias funestísimas para las operaciones centrales, y para toda la causa española. — Movimientos en Andalucía. — Dupont. — Vedel. — Ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes de Castaños. — Accion de Menjibar, favorable á los Españoles. — De Guarroman, contraria. — Batalla de Bailén. — Victoria gloriosísima, con mas de veinte mil prisioneros de tropa selecta. — Malogro lastimoso de sus consecuencias. — Estado de la nacion. — Furor contra los Franceses. — Cantares lindísimos de Arriaza.

JULIO DE 1808.

El severo, el inflexible ordenancista D. Gregorio de la Cuesta, tiene que doblegarse al ímpetu de los embravecidos Castellanos. Encabeza luego denodadamente el alistamiento jeneral; completa los cuerpos antiguos, plantea otros nuevos; y sobre todo establece desde los primeros pasos. Padece, sin embargo, un desman á las cercanías de Valladolid, por temeridad tal vez de los mismos estudiantes recien alistados, y tiene que retirarse hácia las entradas de Galicia, fijando su cuartel jeneral en Benavente.

Como los tránsitos por aquella parte están to-

dos á la sazon espeditos, son incesantes sus comunicaciones con Asturias y Galicia. Se empeña Cuesta en la incorporacion de toda aquella mole de mas de setenta mil hombres, para anonadar de un avance la *francesada* entera, y tremolar el pendon esclarecido de Castilla sobre el mismo alcázar del Manzanares. Pero sueños platónicos son aquellos anhelos encumbrados y patrióticos. Arde la soldadesca en arrebatos belicosos; pero falta instruccion, falta oficialidad aguerrida, y falta ante todo un gran cuerpo de caballería, para arrostrar confiadamente el poderío marcial de los dragones y los coraceros enemigos.

Acude sin embargo de Asturias el regimiento de Covadonga, y luego llega el ejército de Galicia á las órdenes de Blaki, oficial acreditado como *escuadranista* en paz, pero absolutamente indeciso en los trances de la guerra. Cuesta por su parte es un castellano del tiempo del Cid, siempre inalterable, pero siempre incapaz de abarcar las operaciones de una campaña ó de una refriega, limitándose á pelear heróicamente donde se encuentra. Se halla el conde de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de Zaragoza, quien se rie en el acto del avance con sus oficiales, de que siendo bisoño, y aun absolutamente nuevo, se le dé, por via de estreno, el mando de una brigada.

Convenia infinito permanecer en Benavente, donde el ejército se estaba diariamente robusteciendo con refuerzos y habilitando con la disciplina; pero Cuesta se empeña en batallar, y como cada jeneral es árbitro de obrar á su voluntad absoluta, marcha hácia Rio Seco, donde Besieres le sale al encuentro con grandísima superioridad de caballería, y ante todo de táctica; tanto por sí como por sus tropas aguerridas, y por mas que el regimiento de Zaragoza fenece casi por entero con su bizarro coronel, acompañándola varios cuerpos, se padece por fin grandísimo descalabro.

Con esta victoria importantísima, señorea el enemigo á sus anchuras casi todas las Castillas, ahuyentando ó degollando á las Juntas, como sucedió despues á la de Burgos, y saqueando y empobreciendo los pueblos á su albedrío. Igual ó mayor quebranto aqueja á la infeliz Castilla la Nueva, por la combinacion adversa é irremediable de los acontecimientos.

Huye Moncey atropelladamente de Valencia; pero resguardan otros cuerpos franceses su retirada, y especialmente el jeneral Caulincour; á pretesto de una leve escaramuza en las cercanías ó á las puertas de Cuenca, entra en la ciudad á viva fuerza, todo lo saquea, incendia y destroza; y á fuer de salvaje sangriento ó de rabiosa alimaña, se empapa y se recrea en su infernal desenfreno.

Trémulos y atónitos los pueblos, callan y se doblegan, como débiles cañahejas al soplo de la tormenta asoladora. Despejada la Mancha, allá se arroja la feroz é incontrastable francesada sobre la opulenta Andalucía, aquella Bética tan decantada en el Telémaco en el Gonzalo de Florian, y en otros muchos escritores eminentes; encabeza el valeroso Dupont aquella empresa memorable, se interna hácia Andújar, y aunque Echavarri, con plan acertadísimo, ocupa su espalda y le corta toda comunicacion ocupando el gran puente de Alcolea, llega en seguida Vedel, arrolla al indómito y revuelto paisanaje, lo pasa triunfalmente, saquea luego á Córdova, despojando casas y templos de lo profano y lo sagrado, y acude á resguardar la espalda á su principal, siguiéndole algunos otros cuerpos de menor consideracion.

La Junta de Sevilla, á pesar de su eficacísima actividad, y de sus cuantiosos caudales, no tiene todavía sus cuarenta mil hombres, comprendiendo los nueve mil soldados del campo de San Roque, tan cabales en vestuario, armamento y enseñanza como apeteciera; pero arrollada por el clamor popular, determina enviarlos contra Dupont, Vedel y demás enemigos que van llegando incesantemente.

Resiste Castaños aquella salida anticipada, apeteciendo ante todo la disciplina, que particularmente en caballería, escasea todavía en gran manera; tiene sin embargo que ceder al torrente, marchando en cinco divisiones de unos ocho mil hombres cada una, y mandando las dos de vanguardia Cupiny, de Guardias walonas, y Reding, suizo gallardo y muy españolado en costumbres y en inclinaciones; ambos valientes y adecuados para acciones parciales, mas no del sumo desempeño que requieren huestes grandiosas, y refriegas, de esmerada combinacion.

Oficialidad y soldadesca marchan á competencia con ansia de llegar á las manos y acabar de una vez con los *bandoleros*, pues así los llaman. Se adelantan algunos cuerpos hasta Menjíbar, pelean con denuedo y escarmientan á los enemigos.

Con este desengaño, marchan los cuerpos unidos, siguiendo casual ó acertadamente, su rumbo entre el enemigo y el Guadalquivir. Se presenta el enemigo, y Cupiny, que encabeza la vanguardia, ocupa una loma formando un martillo poderoso al estremo de la línea, con algunas guerrillas de infantería y caballería al derredor. No hay maniobra, ni se requiere táctica alguna, mas que volver la columna de marcha sobre la derecha para cubrir de frente el avance que está amagando. Observan los demás cuerpos la formacion sobre los Walones, y

otro tanto ejecutan los de la segunda division á las órdenes de Reding.

Embisten principalmente los coraceros; nuestra infantería, aunque bisoña los espera á tiro de pistola, y hay balazo que atraviesa por el pecho y por la espalda la coraza, y por supuesto el cuerpo del soldado. Cae así la primera fila con sumo estruendo, y huye precipitadamente la segunda. Acude luego el vecindario de Bailen con cargas de agua y se refresca nuestra tropa, mientras que se abrasa viva la francesa.

Se repite hasta tercera vez la embestida, y tiene siempre el mismo paradero. Quiere Dupont emprender la cuarta, con el uniforme terciado al hombro, clamando: quien sea francés que me siga; mas nadie lo oye, y tiene que pedir capitulacion.

Desde el principio de la refriega, se muestra muy bien servida nuestra artillería, desmontando casi toda la enemiga. Por lo demás, hay cuerpos que padecen mucho, como el regimiento de las Ordenes Militares, el de Irlanda y otros; pero tambien los hay que flaquean; y Reding, recorriendo la línea, tiene que repartir, además de muchos baldones y vituperios, algunos *palos* y no todos á la ínfima *soldadesca*.

El jeneral Castaños, con las tres divisiones del centro y retaguardia, que ninguna parte pudieron tener en la lid, se halla distante, y desde su cuartel dicta las condiciones del tratado, que se reducen á quedar todo el ejército enemigo prisionero, canjeando los jenerales; y así los veinte y dos mil rendidos fueron arrojando en un mismo sitio las armas, que vinieron á formar una especie de monte.

Se dice que un escuadron de Farnesio arrojó todo las casacas, y hecho un Pentapolin del Quijote, con el brazo arremangado, embistió y arrolló á los enemigos; pero ni allí ni en toda la guerra de la independencia, descolló por punto jeneral la caballería. Con efecto, los bisoños andaluces de infantería fueron los héroes, que aun con sus calzones pardos de labriego, contrarestaron y rindieron á los coraceros y demás vencedores del orbe.

Esta fué la gran batalla desencantadora del soñado embeleso que llevaba consigo la tropa de Napoleon; y desde entónces, palpando todos la posibilidad de vencerla, dió el ejemplo y abrió el camino, para acabar de una vez con el usurpador mismo, en el mayor auje de su poderío. (1)

Mas por entónces, y aun en dos ó tres años sucesivos, redundó á la nacion poquísimo fruto de tan grandiosa y esclarecida victoria. Los triunfadores, en vez de permanecer en Andalucía, empapándose en gloriosas alabanzas y recibiendo albricias del orbe entero; en vez de avisar á Madrid con un enviado ni con absolutamente nadie, debieron atajar toda comunicacion posible con Castilla, y marchar, redoblando mas y mas sus fuerzas, al Ebro ú mas adelante, para desde allí destacar partidas poderosas á todas partes, y aun hasta la misma Francia, sin formalizar ya mas refriega general.

Por mas falto que estuviese el ejército, el entusiasmo nacional lo supliria todo en aquel trance (1), y los pueblos aprontaran gozosos alimento, calzado y ropa; cuando por el contrario se amortiguó la algazara y el acaloramiento; el gobierno de Madrid estaba paralítico, tardando meses en medio vestir á dos ó tres batallones que habian descollado en Bailen... y entretanto el enemigo tuvo cuanto lugar podia apetecer, para ir trayendo divisiones y aun ejércitos enteros del Rin, del Vístula y de donde le plugo.

Por lo demás, la nacion arde siempre en mortal encono, en furor implacable contra los pérfidos invasores de sus hogares, de su pundonor y de su existencia. Foguea mas y mas los ánimos heróicos el númen brillante de Arriaza, con sus preciosas patrióticas, que dia y noche estan resonando de mar á mar y desde el Guadiana y el Betis hasta las cumbres del Pirineo (2).

(1) El coronel Bory de San Vincent, la quinta esencia de la botaratería francesa, esclama frenéticamente: « Aquella desastrada batalla de Bailen que desencantó la Europa del concepto de invencible con que miraba á la milicia francesa, mal haya para siempre. » Y luego añade ciegamente: « No fueron realmente los Españoles; sino unos cuantos Suizos los vencedores » en cuyo caso es mucho mas vergonzoso y rematado el borron de rendirse veinte y dos mil veteranos á *unos cuantos* Suizos, ó lo que fueren.

Parece que el tal mentecato tuvo algun mando por Granada, y no hace mas que ensartar desvarios en todas materias, acoceando siempre al heroismo español, y haciendo lo mismo con los injenios mas eminentes, como Buffon y otros franceses.

(1) *Cuncta milites in victoria habuere*; el triunfo lo apronta todo, dice Tácito.

(2) Venid, vencedores;
Columnas de honor,
La patria os dé el premio
De tanto valor etc.

Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡Qué bello morir! etc.

CAPITULO SEPTUAJESIMOOCTAVO.

José Bonaparte. — Su patria. — Profesion. — Indole. — Encumbramiento en alas del sumo usurpador. — Su afan de Constitucion en Bayona. — Su venida á España. — Su proclamacion solitaria en Madrid. — Su manía de perorar en jerigonza estravagante. — Su sencillez en la corte. — Sus apodos y cantares ridículos. — Su trémulo pavor á la noticia del acontecimiento de Bailén. — Su huida atropellada al Ebro. — Su ansiosa espectacion del hermano, con las divisiones del Vístula.

JULIO Y AGOSTO DE 1809.

Letradillo humilde y polvoroso, en un pueblo anticuado de la estéril y tristísima isla de Córcega, José Bonaparte, por la potestad absoluta de su hermano el taumaturgo universal, se halla de repente, y sin acabar él mismo de presenciarlo, y de creerlo, trasformado de improviso, ya en personaje esclarecido, ya en mandarin de las dos Sicilias, y luego en soberano *constitucional* de España y de sus Indias.

Se aparece en Bayona, acaudilla ó preside á los prohombres, ya voluntarios, ya forzados, que están fraguando, surciendo ú bosquejando el aborto sutil é inservible llamado Constitucion; y luego con el descalabro de Rio Seco, teniendo espedito el rumbo hasta la misma capital, señorea de un vuelo, y ocupa á su albedrío Madrid, palacio y trono.

El monarca flamante adolece del flujo estravagante, de la manía violenta, de perorar en su jerigonza revuelta de italiano, corzo y francés, á cuantos alcaldes, particulares ó lo que fueren encuentra ó se le presentan, apareciendo á todos de índole apacible; y como se sonrien con aquel estrámbotico lenguaje, se presume que es de pura complacencia por el cúmulo de felicidades que les ofrece, y queda muy pagado con el triunfo patente de su eficacísima persuasiva.

En medio de uno de estos trances peregrinos, se aparece el portador del anuncio de la trajedia inesperada y pavorosa de Bailén; y si fué rápida y ostentosa su venida al Manzanares, aparta desde luego el tema que le está asomando á sus trémulos labios, es mucho mas veloz su regreso á las orillas del Ebro; y por fin, sabedor allí de la suma pereza, del ningun movimiento, del vergonzosísimo letargo de los triunfadores, entónces respira algun tanto, y renueva con mayor ahinco su bárbara oratoria, dando lugar al memorable sainete, intitulado el sermon sin fruto en Logroño, representado despues en Madrid, con chistosa propiedad, por el agudo comediante Oros, y se celebró hasta por la misma grey bulliciosa de los Josefinos.

Entónces se derramó por todas las provincias, y rebosó en todas las bocas el raudal de de los baldones en prosa, y de satirillas en verso (1) tratando al intruso de tuerto, de beodo, de mentecato y de cuantos motes é insultos abundan en el espresivo castellano. Sábelo el paciente, y así como allá Diójenes se puso meramente á andar, ante el delirante que negaba el movimiento, cabalga por todas partes, ostentando su rostro cabal de ojos y de facciones, y conversando llanamente y á toda hora, mostrando sus potencias espeditas, en conversaciones jenerales y en el despacho de los negocios.

Poquísimos son los que se le pueden ofrecer en aquella situacion deplorable, menospreciado de los jenerales franceses, y desatendido por sus cuatro ministros Azanza, Urquijo, Cobarrús y Ofarril, habiéndose quedado en Madrid, Cevallos de Estado y Piñuela de Gracia y Justicia, y pudiendo repetir el famoso dístico de Ovidio (2).

(1) José Botella
Baja al despacho;
No puedo ahora,
Que estoy borracho.

(2) *Dum fueris felix multos numerabis amicos;*
Tempora, si fuerint nubila, solus eris.

Será esa corte, ansiosa de tu dicha,
Amarga soledad, en la desdicha.

Entónces se declaró y estremó la oposicion tan enconada entre los Patriotas; que venian á componer la nacion entera, y los Afrancesados que fueron por el pronto los Godoystas, y despues se fueron aumentando considerablemente, hasta el punto de tomar muchos las armas, vil y traidoramente, contra su misma patria.

Empezando por los literatos, el sumo poeta Melendez habia endiosado á Godoy, Moratin seguia sus huellas, Estala, esculapio descogullado, Viegas, fiscal del Consejo y escritor presumido, con otros muchos. De sujetos eminentes el gran marino Mazarredo, catequizado infructuoso de la oficialidad de la Armada, que fué siempre, por el contrario, muy española, y poquísimos individuos de la grandeza.

Eran por punto jeneral, los afrancesados, presumidos, desaforados é insultantes, tratando á los patriotas de mentecatos, *de papa-moscas* y *fanaticones*, y preguntándoles de continuo ¿cuándo vienen los *nuestros?* ya asoman por el cerro de los Anjeles, ya están enarbolados los azotes, con otros escarnios semejantes.

Al entrar José la primera vez en Madrid, se mandaron adornar las balcones; mas no asomó una sola colgadura; y sin embargo el comediante Pinto con su facha adusta, ademan feroz y voz descompasada, iba por la calle de Alcalá clamando á las poquísimas mujeres que asomaban, griten todas: *Viva José Primero, nuestro Señoor*, con cuya exhortacion huian todas á competencia, para internarse por las callejas.

Por fin en la llamada coronacion, á impulso de la *francesada*, así española como advenediza, hubo mas concurrencia, y tal cual viva y aplauso muy salteado y á viva fuerza; pero Bailén ahuyenta disparadamente al aclamado y á los aclamantes.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMONONO.

Continuacion del sitio de Zaragoza. — Ataques diarios siempre impetuosos y rechazados con escarmiento. — Esplosion y estrago de un almacen de pólvora. — Tránsito del Ebro por los enemigos. — Zozobra para las comunicaciones. — Ocupacion de gran parte de la ciudad, por tropas venidas al intento. — Esterminio total de los dos batallones principales. — Venida del ejército de Valencia por la espalda. — Sobresalto de los sitiadores. — Huida arrebatada de todos ellos, arrojando al canal gran porcion de pertrechos y municiones.

LAS MISMAS FECHAS.

Martinez de la Rosa, en un escrito particular, creyó ensalzar hasta lo sumo el valor de los sitiados, afirmando, que habian rechazado hasta seis ataques jenerales de los Franceses; y un autor contemporáneo le manifestó que se le habia olvidado un cero en su cómputo, pues con efecto habian sido mas de sesenta los avances mas ó menos jenerales del enemigo en los dos meses del primer sitio.

Sucedia con efecto, que tras el rechazo de un punto, en menos de una hora avanzaban por otro, ú por tres ó cuatro, cargando de nuevo por el mismo paraje de la madrugada ó de la víspera, durando á veces la funcion total por largas y fatigosas horas. (1)

(1) Siempre el sol los halla
Lidiando con gloria;
Siempre con victoria
Los deja al caer.

ARRIAZA.

En medio de este afan incesante, á mediados de julio y en la hora de la siesta, se oyen dos estallidos pavorosos, y se nubla el sol con la polvareda densísima que se levanta sobre toda la ciudad. Trémulo y atónito el vecindario se arroja todo á la calle, y se entera de que se ha volado el almacen de pólvora, colocado ciegamente en la escuela de matemáticas, colocada casi al centro, ó por lo menos, internada en la ciudad.

En tiempos pacíficos se custodia la pólvora en sus almacenes propios, lejos de toda zozobra, aunque sobrevenga cualquiera fracaso; pero entónces al acercarse el enemigo, se hizo forzoso traerla al recinto de la plaza. Se colocó al pronto en el convento y bodega espaciosa de agustinos calzados, al estremo oriental de la ciudad, poniendo su resguardo al cargo cuidadoso de los mismos frailes; mas estos estremecidos con aquel formidable hospedaje,

echaron el resto de sus amaños, y por medio de influjo poderoso, lograron de Palafox la estraccion del tremendo depósito, como se ha dicho, á la escuela de matemáticas, cerrada é inservible por lo demás á la sazon.

El primer dia de aquella delicadísima faena, pasó un oficial por aquel sitio, y se estremeció al ver semejante operacion en manos del paisonaje, muy ajeno de las precauciones acostumbradas de alejar todo metal, descalzar las caballerías, haciendo el trasporte á lomo, etc. Informóse de tamaña novedad; y diciéndole que lo tenia así dispuesto el capitan jeneral, siguió su camino, dando ya por sucedido el horrendo fracaso que al dia siguiente sobrevino, pues advirtió desde luego los regueros de pólvora en la calle y por la entrada; regueros que sin duda se inflamarian con algun chispazo de las mulas herradas, y de los carruajes comunes de que se valian los idiotas, que vinieron todos á perecer en el trance.

Era el edificio el llamado Seminario Conciliar, antes colegio de Jesuitas, y tan suntuoso al par de todos los suyos; y como la esplosion salió del piso bajo, parece que la fachada toda se dobló como la hoja de un libro, aplanando hasta doce ó catorce casas en la misma calle del Coso; y luego el *rebufo*, como dicen, ó sea el disparo del aire, derribó hasta otras diez y ocho casas, en la llamada calle de Enmedio, que está á la espalda, pereciendo un crecido número de habitantes en el mismo edificio y en sus inmediaciones.

No bien esplayados los ánimos de tan horroroso como mal precavido fracaso, aparece el principio de un puente volante sobre el Ebro, hácia la parte que llaman de San Lamberto, amago sensible contra el desahogo que se ha disfrutado hasta entonces, de la comunicacion cabal por la izquierda del rio. No hay fuerzas, ni para desbaratar la empresa, ni para oponerse al tránsito; y por mas que los labradores ofrecen atajar á los transeuntes con la ventaja de su conocimiento, como prácticos del terreno, de acequias mayores y de zanjas particulares; mas nada cumplen por el pronto, y el enemigo logra colmadamente su intento.

Tampoco se halla con fuerzas para ceñir cabalmente tan inmensa línea, pero infestó desde luego, con sus partidas de caballería, toda aquella parte tan importante de comunicacion, y en fin resulta un nuevo y doloroso quebranto, así para el vecindario como para la guarnicion, teniendo ya que evitar la luz del dia, y carecer de la hortaliza y demás ventajas que proporciona aquel trozo tan dilatado de hermosísima huerta.

Congoja mucho mayor sobreviene por aquellos mismos dias de mediados de julio. Deben llegar obuses y morteros, y asoman por fin colocados unos y otros en un punto de la carretera de Madrid, llamado el Pilon de los Cuartos. El oficial encargado de la atalaya, con el auxilio de finos anteojos, puede graduar el calibre y por consiguiente el alcance de las piezas; y así apenas anochece, baja de la Torre Nueva, y va participando á sus amigos la novedad amarga del bombardeo, asegurándoles que por aquella, segun la distancia de las baterías, no pueden internarse los proyectiles mas que al estremo occidental. Sucede así con efecto; pero luego ya acercan las piezas á la torre ó quinta de Montemar, con otras en Torrero, y atraviesan y aun salvan la ciudad entera. Por dicha, abundan en ella hermosas bodegas, y allí se guarece el mujeriego, con la niñez y la ancianidad, como sucedió principalmente despues en el segundo sitio.

Disfruta el enemigo á sus anchuras el nuevo tránsito (1) sobre el Ebro, entorpeciendo siempre, y á veces atajando absolutamente, las comunicaciones de la ciudad con su huerta principal, y redobla entre tanto sus avances, y por consiguiente sus rechazos, por dias, por horas y por momentos.

Llega por fin el memorable 4 de agosto... Pero antes se ofrece advertir, que vienen espresamente tropas selectas de Bayona, para entrar en Zaragoza, y así lo dicen, lo vocean y lo pregonan jactanciosamente por todo el camino. Asoman en la línea sobre la orilla meridional y casi tajada del riachuelo Huerva; plantean su batería á menos de medio tiro, y en breve rato abren anchuroza brecha, ó mas bien, destrozan la endeble cerca de la huerta de Santa Engracia, perteneciente á los monjes de San Jerónimo....

Raya, repito el 4 de agosto; y la columna, muy por la madrugada, atraviesa rio, cerca y huerta; se interna por el monasterio; abre la puerta llamada de los Cerros, en la misma calle de Santa Engracia; toma la espalda á la guardia y batería de aquella puerta de la ciudad; la tropa se retira en órden, llevándose las piezas hácia la calle y puerta del Cármen, sin que nadie la hostigue, ni la incomode.

La columna enemiga tuerce sobre su derecha, desemboca en la gran calle del Coso, y ca-

(1) A esta ocasion aludia sin duda Calvo de Rozas, el intendente, diciendo, que habian reventado á sus pies *miles* de bombas y granadas. Bastaba seguramente con alguna *guerrilla*. Véase la *Apolojía de los Palos*, por Gallardo; escrito breve, pero obra maestra y dechado cabal de suma elegancia, ameno chiste y lenguaje castizo.

reciendo de todo conocimiento (1); se encamina á la llamada Puerta Cineja; se interna por aquella estrechez; tropieza con una manzana de casas al frente; se divide por dos callejas todavía mas angostas, á derecha é izquierda; la soldadesca se introduce por el caserío á saquear y atropellar al vecindario, y se queda la columna toda sin movimiento.

Detenida asi la vanguardia, el centro y la retaguardia, tuercen sobre su derecha, y dejando la calle de san Jil, que era su verdadero rumbo, á la izquierda, siguen arrebatadamente su marcha Coso abajo, hasta llegar á la plaza mayor de la Magdalena; donde hace alto, sin tomar decididamente determinacion alguna.

Entre tanto hasta los jefes se salen de la ciudad, aunque los jenerales Obispo y Torres se vuelven desde el arrabal. En esto un oficial vascongado llamado Simó, que está mandando la batería de las Tenerías, sobre la orilla del Ebro, advirtiendo que no solo el jentío sino la misma tropa se marcha por el puente de piedra, infiere que no puede menos de ocurrir novedad grandísima en la ciudad; y tomando como los dos tercios de su jente, se encamina allá por la puerta del sol. Al mismo tiempo asoma una cuadrilla de paisanos que viene de la parte de San Agustin por la calle de Palomar. Además, hay otra en la plazuela menor de la Magdalena, al cargo de un lego agustino, llamado fray Ignacio de Santa Romana, es en estremo valeroso. Embisten las tres cuadrillas á un tiempo, y matando al jefe desbaratan la cabeza de la columna, y la arrollan sobre su centro y retaguardia.

Ocurre que varios paisanos y algun soldado, se encaraman á lo alto de las ruinas del Seminario, donde estalló la esplosion de la pólvora; baja otra cuadrilla por el frente llamado de Zaragoza la Vieja, y otra mas crecida y esforzada sale del callejon de la Parra; y las tres susodichas á un tiempo asaltan y desbaratan á tiros, culatazos y varapalos ambos costados y la retaguardia de la columna, quitándoles la artillería y volviéndola toda contra ellos.

Entonces ya todo es matanza y esterminio, y de todo el cuerpo de granaderos, venidos espresamente á entrar en Zaragoza, apenas se salva un centenar despavorido y sangriento, á la esquina de Santa Engracia, donde los acojen sus compañeros. El dia siguiente lograron grande parte y algazara los muchachos, arrastrando de las piernas con largas cuerdas aquel cúmulo de jigantones que yacen por el Coso, derrumbándolos á centenares sobre el Ebro.

Despues de aquel trance tan memorable, siguieron los enemigos aparentando amagos violentos por el desemboque de Santa Engracia sobre el Coso; mas en la realidad, nada formalizaron, rumiando, amarga y desesperadamente, su inesperado escarmiento.

No pueden ignorar entre tanto, que el conde del Montijo está viniendo, á marchas dobles, con el ejército de Valencia, para embestirlos por la espalda, al mismo tiempo que las tropas de la guarnicion se refuerzan y habilitan, y que el vecindario todo arde en afan de volver á la gloriosa pelea, que acaba de inmortalizarlo ante la Europa atónita y propicia.

Por fin el 13 de agosto, á los ocho dias de la entrada, amanece desierto el Monte Torrero; yacen desamparados los campamentos, salen esploradores y guerrillas á cerciorarse de la novedad; todo ha desaparecido, municiones, artillería y cuanto ha sido dable, en medio del arrebato, está en parte patente, y en parte sumerjido en el canal. Sale el vecindario entero de ambos sexos, todo es júbilo y algazara, suenan en el mismo paseo las orquestas, y resuenan los vivas al jeneral, por decirlo así, hasta las cumbres de Moncayo y del Pirineo.

Vuela con efecto, en alas del aplauso universal el nombre de Palafox, y por mas lunares que se quieran poner á su desempeño, lo cierto es que, como ya se dijo, hizo un servicio importantísimo á la causa nacional, con apersonarse desde luego, salir al frente de la grandísima responsabilidad, y marchar, como se dijo ya á la sazon, en cierto modo, con un pié al solio y con otro al cadalso. No fué en realidad ni uno ni otro, pero siempre se encumbró, para el concepto europeo, á las altas rejiones de la gloria mas esclarecida.

Un escritor vulgarísimo y absolutamente ajeno del temple histórico y de la coordinacion adecuada de los hechos, dió á luz allá un aborto intitulado *Historia de los Sitios de Zaragoza*.... ¡desdichado heroismo aragonés; voló el embeleso de sus hazañas; pues viene á quedar en menos quilates que los de una *rondalla grande*, como llamaron algunos, tal vez con ciertos visos de razon, al primer cerco!

Como quiera, entrambos, cada uno por su rumbo, vienen á formar dos cuadros históricos, á cual mas asombroso, como se verá á su tiempo; y los Polacos, pregonándolos por dechados de su patriotismo, se mostraron tan ajenos de

(1) Se hacia insufrible el paisanaje valenton de Zaragoza, en el primer sitio, con su estribillo incesante y bárbaro en tonillo aragonés *¡si no hay mas que traidores!*.... Con uno solo que asomara el 4 de agosto, para encaminar al enemigo, en vez de á la puerta Cineja, á su paralela muy cercana, la calle de San Jil, quedaba irremediablemente cortada y rendida toda la ciudad: siempre sucede lo diametralmente opuesto á cuanto opina el populacho.

encumbrarse al menor asomo de su remedio, como el escritorcillo susodicho de rasguearlos adecuadamente.

¡Mal haya la ciega temeridad, y mil veces mal haya la ciega torpeza, que así empaña, desfigura y anonada los objetos mas esclarecidos y acreedores á que las plumas eminentes, los cantos mas sonoros y los pinceles mas sublimes y espresivos, los describan, entonen y retraten al vivo en templos, en marcos y en pirámides ensalzadas en alto hasta las nubes, para el pasmo, el ejemplo y la adoracion de las naciones actuales y venideras. Así sea.

Adviértase entre tanto, que quien ha rasgueado fiel y sencillamente los anteriores bosquejos; ha presenciado en gran parte los hechos referidos, sin realzarlos con exorbitancia, por adulacion mas ó menos interesada, ni menoscabarlos tampoco, por envidia ó menosprecio.

¡Vivan, repito, una y mil veces, las glorias incomparables de la siempre heróica y aclamada Zaragoza!

CAPITULO OCTUAJÉSIMO.

LOS INGLESES.
Timeo Britanicum et dona ferentem.
Me horroriza el Ingles, aun con sus dones.
VIRJILIO.

Ida del enviado Asturiano á Londres. — Agasajo estremado de Canning, de todo el señorío y de la nacion entera. — Auxilios grandiosos y efectivos. — Venida de tropas á Portugal. — Vaivenes en aquel reino. — Preparativos de un ejército poderoso. — Desembarco en Lisboa y en Oporto. — Alianza alevosa con España. — Su conducta dentro y fuera de la Peninsula. — Saqueo del arsenal de Cartajena. — Sus conatos incesantes para el levantamiento efectivo de Buenos-Aires. — Su afan descocado, por la posesion de Ceuta.

EN VARIAS EPOCAS.

Codicia y doblez son los elementos fundamentales y perpetuos de la política inglesa.

Boquean y pregonan de continuo ministros, vocales del parlamento y, por supuesto los periodistas en sus sábanas inmensas, la Humanidad, el Pundonor, el Desinterés y todas las virtudes imajinables; pero todo es afectacion y disfraz, aparentando interioridades y atributos que están muy ajenos de abrigar ó apetecer (1).

Apuntarémos aquí su conducta respecto á nosotros en infinitas ocasiones, prescindiendo de sus operaciones en España, cuyo por menor ha de ir embebido en las combinaciones militares que corresponden á los movimientos nacionales.

Ya se habló de su despotismo y sus robos en Tolon; de su vil alevosía con las fragatas en América, de sus inícuos bombardeos de Cádiz etc. etc., y por el pronto desempeñaremos el intento, para volver luego á nuestro tema.

Cuna de la inmensa monarquía castellana fué una ensenada recóndita de Asturias; y en el propio suelo, resuena tambien el primer alarido heróico de alzamiento, contra la tiranía francesa.

Obvio, y aun imprescindible, es el pensamiento de acudir á la Inglaterra, interesadísima en la propuesta, con la solicitud airosa y certera de auxilios poderosos contra la Francia. Se nombra, se embarca, llega y merece espléndida acojida en Londres, el plenipotenciario D. Anjel de la Vega. El célebre ministro Canning, todo el señorío, y la nacion entera, lo agasajan á porfía, brindándole con caudales, armamento, vestuario y aun tropas, si se conceptuan desde luego necesarias.

Cesa toda hostilidad, se ajusta el tratado, se estrechan y redoblan mas y mas las relaciones amistosas, y tras tanto vaiven, á cual mas amargo, como ha padecido el reinezuelo de Portugal, desde la entrada y ocupacion feroz y desenfrenada de Junot, corridas y venidas de Españoles y Franceses á Lisboa, Oporto y otros puntos, acuden fuerzas inglesas de consideracion, y hermanadas con las portuguesas, pro-

(1) A lo de Juvenal

Qui Curios simulant, et bacchanalia, vivunt.
Con capa de Caton, malvados todos.

porcionan algun desahogo y seguridad á los naturales.

Siguiendo ahora el tema principal de este capítulo, y prescindiendo del órden cronolójico, que no hace al caso por ahora, pasaremos al sitio de Cádiz por las tropas francesas, y vemos que mientras el gobierno inglés aparenta interesarse tantísimo por la causa española, que está diciendo ser la suya propia; sale de Inglaterra todo un almirante y lord, y echa el resto por sublevar nuestra América Meridional, acarreándonos sumo detrimento, y mucho mas al país que dicen van á rescatar de la tiranía española; como lo están palpando todos con la tiranía atroz del forajido Rosas.

Los papeles de Cádiz ponen á la sazon de manifiesto la conducta fementida y criminal de los Ingleses; quienes tienen la villana insolencia de querellarse á la Rejencia, de los periódicos españoles; pero uno de los Rejentes, el matemático D. Gabriel Ciscar, pregunta á los querellantes, si por ventura ignoran que las cortes tienen decretada la libertad de imprenta, y encojiendose todos de hombros, insiste Ciscar en que el gobierno español carece de facultades para entrometerse en semejante asunto; cuanto mas que á ellos mismos les cabe aquella franquicia, para desmentir á los calumniadores con documentos fehacientes sobre el particular. Los periodistas gaditanos, sabedores de tamaña temeridad, insisten y se recalcan mas y mas en sus violentísimas reconvenciones.

No bien queda como trascordado aquel asunto, cuando avisa el gobernador de Ceuta, que los Ingleses, traen muy aferrados, el empeño de tener á su disposicion y bajo su mando el Hacho, ó punto de atalaya, y que tienen ya compradas y van ocupando una porcion de casas en la ciudad. En vista de aquel nuevo arrojo, la Rejencia manda bajo su responsabilidad al gobernador, que por ningun título ponga jamás el Hacho á disposicion de los Ingleses, y cuanto mas les permita intervenir con un solo individuo, y siempre á las órdenes del oficial español encargado de aquel punto; y en cuanto á las casas ya enajenadas, obligue sobre la marcha á todos los vendedores á devolver su importe á los compradores; y que jamás consienta, bajo ningun pretesto, que se hagan semejantes ventas, ni se admita estranjero alguno por el centro de la plaza ó ciudad de Ceuta.

Nueva polvareda; tienen espacioso campo en los periódicos gaditanos, contra la vil ambicion inglesa, que, no contenta con estar interinamente poseyendo á Jibraltar, se empeña ahora en usurpar tambien traidoramente la gran plaza de Ceuta, y para señorear así despóticamente la entrada y salida del Mediterráneo.

Dos rejimientos ingleses de infantería estuvieron, durante la guerra, guarneciendo la plaza de Cartajena, portándose jeneralmente con sumo decoro, y agasajando á las damas con funciones verdaderamente finas y ostentosas. En medio de nuestras continuas escaseces, quedaban en el arsenal algunos repuestos de sumo valor, y en particular el de planchas de cobre para forrar los navíos y demás bajeles de guerra; un escritor celoso del bien público propuso, por medio del Diario, que se acudiese á las urjencias del pueblo, compuesto casi todo de marinos necesitados, acuñando moneda de cobre, como se estaba ya practicando en Cataluña; pero así las autoridades como los articulistas del periódico, se rieron altamente de la propuesta, desentendiéndose de la facilidad con que los artistas del arsenal pedian desempeñar la fabricacion proyectada.

Estrecharon mas y mas las escaseces en el año siguiente, y cuando se estaba esperando alguna disposicion sobre aquel punto trascendental, empezaron los Ingleses y siguieron hasta su postrer finiquito, el agasajo peregrino de cargar con los citados repuestos, y trasladarlos absolutamente todos á su guarida infernal, diciendo risueñamente, que en Jibraltar estaban afianzados y á buen recaudo, contra las manos apresadoras de los Franceses, en lo cual seguramente no padecieron equivocacion, pues allá quedó todo en poder y albedrío de nuestros íntimos aliados.

Ostentaron ciertamente los Ingleses en Cartajena algunos rasguillos de beneficencia, socorriendo á varios menesterosos, y todo su importe vendria tal vez á ascender, cuando mas, al medio por ciento del valor lejítimo de los *robos* hechos en el arsenal (1).

(1) Aqui cuadra de molde la fabulilla de los dos litigantes por una ostra, cuyo juez se la engulle, mientras ambos mentecatos se quedan hambrientos y boquiabiertos.

CAPITULO OCTUAJÉSIMOPRIMERO.

Fernando VII en Valencey. — Su opresion. — Su vida. — Intento del baron de Kohl para rescatarlo. — Cobardía del rey cautivo. — Los infantes. — Ocio perpetuo. — Aburrimiento mortal. — Fatalidad irremediable de su educacion absurda. — Rumores indecorosos. — Menos precio de Bonaparte para con todos los individuos de la familia. — No apetece mas que guerreros, sabios y artistas.

1809 Y SIGUIENTES.

Arbitro ayer de la inmensa monarquía española, ídolo siempre de infinitos millares de corazones en ambos mundos; Fernando VII yace, por su ciega imprudencia, en prision afrentosa, bajo la planta holladora de rejias cervices, ansiando el ensanche mezquino, el aumento de algunos eslabones á la cadena atroz que lo tiene aherrojado.

En medio de aquella postracion, en estremo torpe y angustiosa, si fuese un asomo del emperador moscovita, carpinteando y encalleciendo sus manos ejecutivas, en un taller de Holanda; ó un Federico de Prusia, perfeccionando su táctica sublime, y adquiriendo instruccion en todo jénero de estudios, el monarca español utilizara su desventura, labrando el corazon á toda hora, y despejando el entendimiento, con lecturas selectas, amenas y provechosas.

Pero Fernando se desdora con inclinaciones ínfimas é indecorosas; aborto fatal de la educacion monástico-palaciega que le cupo, muy ajena de infundirle el sagrado entusiasmo de la virtud soberanamente esplendorosa, ni el afan escelso de la sólida nombradía, móvil perpetuo de esclarecidos arranques; ni en una palabra el desempeño arduo y peregrino del cargo encumbrado á que le destinaba de juro su preeminente cuna.

Mientras yace así postrado en el cieno de su liviandad, allá un Baron de Kohl fragua la especulacion ambiciosa de idear un plan de salvamento, para el monarca exánime y cautivo; y prescindiendo de su anuencia expuestísima, va y viene á Inglaterra, combina la cooperacion certera del interior y de las costas de Francia, y al estar ya el intento cabal y aun en el disparador, se niega absolutamente el interesado á ponerlo en planta. Cobardía en verdad harto indecorosa, si, como se aseguró á la sazon por varios conductos, al parecer incontrastables, las medidas conducentes al logro infalible de la empresa, estaban tomadas con toda la perfeccion imajinable. Se malogró el intento, y se dilató el vergonzoso cautiverio.

Pero agrava mucho mas el desdoro otro cargo, que tambien se divulgó por entonces como, absolutamente positivo.

Parece que el cautivo, siempre siniestramente aconsejado, se brindó á su tiránico sayon, para mandar personalmente un ejército, contra los rebeldes Españoles, contra los mismos que estaban derramando á mares, su propia sangre por el rescate de su idolatrado esclavo. Increible debe hacerse á todo corazon jeneroso tamaña depravacion; y el historiador no debe hacer mas que apuntarla, sin asomo de acriminar al reo, ya tan lastimado en su conducta política y moral, por otros desbarros.

Como quiera, parece que el altanero usurpador, prendado única y entrañablemente de guerreros, sabios y artistas, rechazó con ceño la estrañísima oferta, y miró despues con mayor desden y vilipendio al esclavo descastado.

El hecho tal vez, aunque corrió á la sazon por muy válido, no es tan absolutamente cierto como algunos han supuesto, con mucha lijereza.

Por lo demás, toda la familia disfrutaba mantenimiento, albergue y ensanche decoroso; mas tenia sus límites el ámbito, resguardado por suficientes fuerzas, mas ó menos disimuladas, para atajar todo intento evasivo, no acudiendo á medios encubiertos y estraordinarios.

Estrañaban los naturales el ver á los infantes tan atrasados en el uso espedito del francés, y aun en todo jénero de instruccion; uno de ellos, sin embargo, habia querido asomarse á las ciencias naturales; pero con aficion muy somera, al paso que clavaba sumo ahinco en la reposte-

ría, y sobre todo en la matanza, con otras vulgaridades y ridiculeces harto impropias en tan encumbrada jerarquía.

Con este motivo, para evidenciar colmadamente la insensatez palaciega, la historia no puede menos de referir una particularidad terminante, que dió anchuroso campo à la crítica madrileña. Sabido es, que en el auje de la revolucion francesa, uno de los distintivos mas fundamentales y patentes en ambos sexos, vino a ser el cercen ó esquileo jeneral de las cabelleras; y mientras los Españoles reflexivos y atinados estaban ya viendo en el disparador el azote asolador de la nacion entera, entró con sumo aplauso y con ceguedad delirante en palacio la manía fatua y pueril de afrancesarse con aquella esterioridad tan mentecata, y así duró por semanas, y aun por meses, el gran tema de conversacion sobre *cortaduras de pelo*, citando al infante y al jentil-hombre, ó á la camarista ó azafata en el arduo punto, de advertir ó apurar, si les caia con gracia ó con estrañeza la nueva ridiculez. Lugar tuvo despues anchamente toda la familia real de volver un tanto sobre sí misma, y caer en la cuenta de tamaño desvarío.

Entre tanto, los reyes padres, despues de vivir algun tiempo en Marsella, como se dijo, se habian avecindado en Roma, donde permanecieron entrambos casi hasta su muerte, como se verá á su tiempo. Desairada es siempre la existencia de monarcas apeados del solio, y mucho mas yaciendo arrojados de una corte, que en el siglo de los primeros austríacos, habia sido con tan suma preponderancia, la mas descollante de Europa y del orbe entero.

Por fin Cárlos IV, aunque apenado con tantísimo vaiven y desabrimiento, hallaba un recurso culto y ameno en su aficion y conocimiento profundo en todos los ramos de Artes; disfrutando sus primores en el verdadero solar de su consumada maestría; pero su esposa, aunque siempre bien hallada con la compañía predilecta de su ya veterano Adonis, marchita, arrinconada y achacosa, es un mero esqueleto, una sombra, un sueño remotísimo de lo que fué en su lozanía.

CAPITULO OCTUAJÈSIMOSEGUNDO.

Guerrillas. — Práctica inmemorial de los Españoles. — En particular de los Cántabros. — De la morisma. — Del Gran Capitan en Granada. — Yerro fundamental de Padilla. — Las Alpujarras. — Los Catalanes en la guerra de sucesion, con sus Migueletes. — En la llamada de la Independencia, la nacion entera. — Mina. — Empecinado. — Palarea. — Ballesteros. — Longa. — Manso. — Sanchez. — Un sin número de otros.

DESDE LA ANTIGUEDAD HASTA AHORA.

En el nombre diminutivo de *Guerrillas* se cifra el sistema militar de los Españoles, por todos los tiempos que se llaman históricos.

Moraban los Cántabros principalmente en las montañas de Búrgos, por las cumbres y ensenadas de Reinosa, Aguilar de Campos, Saldaña y otros varios parajes, corriéndose hasta la marina por el monte llamado del Escudo y otras cordilleras; y desde aquel recinto, que ya estrechaban, ya estendian, unas veces á su albedrío, ú por necesidad, estuvieron, sin arrostrar jamás de frente las lejiones incontrastables, burlando por siglos el poderío romano.

Ocupando este por fin à viva fuerza riscos, malezas y barrancos, tuvieron por el pronto que rendirse ó dispersarse los Cántabros, acechando siempre coyuntura para recobrar su idolatrada independencia. Venida despues la inundacion sarracena, tanto la morisma como las huestes castellanas, siguieron peleando siempre por el mismo rumbo, y aun en la guerra de Granada, el primer táctico del orbe, el Gran Capitan, aunque con otra combinacion mas sabia y ejecutiva, se ciñó por entonces fundamentalmente al mismo sistema.

Se sublevan en tiempo de Felipe II las Alpujarras, y todas las batallas se reducen á meros lances de guerrillas; peleando por ambas partes

de dia, de noche, y en suma á toda hora; en invierno, en verano, entre aguaceros y nevadas, como se puede ver en Mendoza.

Sobreviene la guerra de sucesion, asoman los *Migueletes* ó guerrilleros en Cataluña, y causan infinito quebranto y aun derrotas formales á los ejércitos combinados y grandiosos de Felipe V, redoblando encarnizadamente sus sangrientos choques, y ahuyentando á veces huestes poderosas.

Con la memorable y justísima guerra de la Independencia, maniatados los Catalanes con la ocupacion alevosa de las fortalezas por el sagaz enemigo, no por eso desmayan los valientes, pues guerrean dia y noche por todas partes, y en el paso del Bruch, como dice Arriaza:

> Horadando el pino,
> Sus ecos victoriosos
> Hace callar los bronces horrorosos.

En fin todo se vuelve partidas, y algunas de suma consideracion y trascendencia, como lo vamos á especificar luego; y sin ellas, ¿cómo cabria la mortandad enorme de cientos de miles de satélites que viene á perder el tirano en el territorio español, cual consta por los rejistros, ó sea el padron de entradas y salidas que fué formando el párroco de Irun, y las relaciones circunstanciadas de otros puntos?

Ya se manifestó arriba, como un escritor zeloso y despreocupado en materia de guerra, presentó á la Junta suprema, presidida por el infante D. Antonio, un plan de campaña, reducido á cuajar toda la Península sistemáticamente de guerrillas poderosas, situándose principalmente por las montañas de Santander, y sin formalizar jamás batalla alguna, estar siempre peleando en miles de puntos, principalmente de noche.

Se orilló tan atinada y fundamental propuesta, y ¿qué vino á resultar? un engarce perpetuo de refriegas, perdidas todas, y todas sangrientísimas. Empero no anticipemos los hechos, y mencionemos las Partidas que mas descollaron en el discurso de la guerra.

A veces dos ó tres labradores ó gañanes asaltan y degüellan á un correo, y luego se constituyen por sí y ante sí comandantes y guerrilleros; se encuentran otros con unos cuantos franceses en una posada, y allí mismo los sacrifican y arrojan á cualquiera parte. No son seguramente hazañas ni arrojos arduos y recomendables; pero repitiéndose en millares de puntos á un tiempo, resulta un conjunto ventajosísimo para la guerra.

Otros, como el vaquero de Salamanca, Julian Sanchez, desde luego prestan el gran servicio de quitar la subsistencia al enemigo, é imposibilitar la ejecucion de planes superiores, acarreando efectos ventajosísimos para la causa jeneral.

Ninguno sonó desde sus primeros pasos como Espoz y Mina; sujeto de humilde esfera, torquísimo en habla y en modales, pero violento y esforzado, cual se requeria para entonar un cuerpo considerable, planteando desde luego una disciplina rigurosísima. Era su sobrino de mucho mayor desempeño; pero tuvo la infausta ocurrencia de marcharse á guerrear en Méjico, y feneció á los primeros conatos, quedando acá el tio para emprender marchas y contramarchas, y ejecutar movimientos verdaderamente asombrosos y aterradores para el enemigo.

Otro de los guerrilleros mas conocidos fué Juan Martin, el Empecinado, natural de Roa, y soldado raso de caballería; quien á los principios mostró sumo arrojo en varios asaltos con fuerzas muy desiguales.

Campeó con mucha menos resolucion y nombradía, por la Mancha y la sierra de Avila, el médico Palarea, y luego fué diputado, igualmente medianillo, aunque por estremo jactancioso en las cortes.

Todos los guerrilleros ansiaban al par aumentar sus partidas; y cuanto mas crecian sus fuerzas, tanto mas solian menguar sus resultados, pues carecian por lo jeneral de educacion y de luces, y frustraban con su indecision y su torpeza, el objeto principal de sus intentos.

No así Ballesteros, que con una sola division solia atraer en pos de sí á tres ó cuatro enemigas, y burlar todos sus planes, acojiéndose al cañon de Jibraltar, para luego salir con nueva furia é internarse por donde menos se le esperaba, con estrago mortal de tropas esforzadas y aguerridas.

Manso, mozo de un molino, á las puertas de Barcelona, estuvo rindiendo cientos y miles de Franceses, en holocausto al bofeton recibido vil y malvadamente de uno de ellos; y ahora está honrando, con sus apreciables prendas, la jerarquía mas eminente de la milicia española.

Pero el que mas descolló en constancia y desempeño de cuantos destinos tuvo á su cargo, fué seguramente el *Ferron*, ó mozo de herrería, Longa, quien manejó y realzó la capitanía jeneral de Valencia, con su conducta comedida y aseñorada, mereciendo así el aprecio entrañable y el agasajo espresivo de cuantos llegaron á valerse de su arrimo y su privanza, en trances mas ó menos críticos y apurados.

Las guerrillas, como ya se dijo, privaban de todo correo y aviso al enemigo, aislandole siempre en sus puntos, y noticiando á los jefes nacionales cuantos pasos y movimientos les amagaban, pero siempre indisciplinados se desmandaban por los pueblos y por las campiñas imponiendo

arbitraria y descompasadamente raciones ó raudales, y malogrando las coyunturas mas favorables para las empresas mas obvias y mas propias de sus alcances; obraban por lo mas á ciegas con todos sus intentos, ardientes y leales.

Anticiparémos un ejemplar. Reforzado y engreido Mina con varios batallones, se empeñó por sí en rendir el castillo inespugnable de Monzon, y dilatándose el sitio por largos meses, intentó socavar el fuerte, sin conocimiento alguno del arte, y sin tener oficiales facultativos que ideasen y dirijiesen sus faenas. A veces acudian á la ridiculez de plantar una caña ó un varapalo de noche, paraque luego sirviese de norte á los minadores, encaminándolos á bulto y con poquísima profundidad, al punto que les parecia mas oportuno.

Resultó, como era muy obvio, que á los seis ú ocho meses de sitio, se hallaban en la idéntica situacion que el primer dia, mas entre tanto la comarca toda tenia que acudir con pingües raciones y caudal puntualísimo, para saciar necesidades ó antojos, sin reconocer autoridad alguna que les contuviese y disciplinase; sobreviniendo luego tropelías y atrocidades, como el asesinato del marqués de Ayerbe, el colgamiento del párroco, alcalde y rejidor en el campanario de Leciñena, etc. etc. etc.

CAPITULO OCTUAJÉSIMOTERCERO.

La junta Central. — Su composicion. — Florida-Blanca. — Jovellanos. —Garay, etc. — Su reconocimiento jeneral. — Sus caudales. — Su flojedad. — Sus yerros. — Su ningun discernimiento en caudillos y empleados. — Su patriotismo tibio ú indiscreto. — Su retraimiento de las islas Canarias, de Méjico y demas posesiones ultramarinas. — Su atraso y su desacierto en los preparativos contra un enemigo activísimo, inmoral y preponderante en sus medios políticos y militares.

1808.

El Caos de Ovidio, como ya se dijo, está batallando de mar á mar por toda la Península; pues cada Junta y cada partido está en posesion de ejercer su porcion de soberanía absoluta, desentendiéndose de las pretensiones ó amagos de todas las demás.

Amaina por fin el entusiasmo parcial, y á propuesta de sujetos juiciosos se aunan todas las provincias en el plan ejecutivo de nombrar sus respectivos plenipotenciarios, y formar una sola Junta, llamada Central, para encargarse del gobierno y mando de las Españas en ambos mundos. Se reunen ejecutivamente los nombrados en Aranjuez, y comprobándose mútuamente sus respectivos poderes, entablan luego sus sesiones reservadas.

Elijen, como era muy obvio y natural, por su presidente al diputado de Murcia, el célebre conde de Florida-Blanca; y si bien se han visto ya sus poquísimos aciertos y repetidos desbarros, se hace forzoso delinear aquí de nuevo sus notables circunstancias.

Ha presenciado desde la valla la sangrienta pelea, ha mirado á su salvo, como dice Lucrecio, el huracan desenfrenado, y no dió jamás cabida en su interior á desengaño alguno. Aun se añade, que al ensalzarle desde su arrinconado albergue al encabezamiento concejil de Murcia, colocó reservadamente en el archivo una protesta formal y auténtica, contra sus propios procedimientos, declarándolos de antemano todos forzados; por supuesto involuntarios y absolutamente nulos.

Con motivo de la asonada universal, está ya vijente de hecho, y sin mediar providencia especial, por donde quiera, y sin embargo el nuevo presidente le declara guerra, anunciando con su inevitable desenfreno, un turbion de trastornos y calamidades.

El segundo personaje descollante en aquel Areopago, es el ínclito Jovino, como le llama siempre su íntimo Melendez; y si el desempeño de un estadista consumado se cifrase todo en su castizo lenguaje, intencion anjélica y literatura selecta, nada absolutamente pudiera quedar que apetecer; pero en suma, careciendo de la

ciencia mundana, mide los corazones agenos por el propio, donde rebosan, á toda hora el acendrado pundonor y la humanidad sagrada.

. El sanísimo aragonés D. Martin Garay, dotado de regulares alcances y de instruccion recomendable, sale nombrado secretario. Es diputado por Estremadura.

Un clérigo Rivero, salamanquino, merece el concepto de erudito, y manifiesta despejo y tino, para el manejo de todo jénero de negocios.

El baron de Sabasona, catalan, que estuvo despues en Valencia, con el cargo indefinible de celador y patriota, se muestra pundonoroso y eficaz en la causa nacional.

El jeneral Palafox, endiosado con su triunfo, no debia desviarse del Ebro, y así traspasó, por decirlo así, el cargo de plenipotenciario, á su intendente Calvo de Rozas, el cual, ni guerrero, ni literato, ni hacendado, ni conocido apenas en Madrid mas que con un susurro siniestro aun antes que el travieso Gallardo lo tiznase, envileciese y anonadase con los elojios irónicos, y los improperios esterminadores de su Apolojía, Calvo de Rozas, repito, desmerecia innegablemente aquel esclarecido realce.

Los demás individuos venian á ser todos de *medianillos* alcances, y así no habiendo un estadista descollante, se miró desde luego al cuerpo en jeneral, segun decian los chuscos, allá como una tabla numérica, cuajada toda de ceros (1).

En suma, ninguno de ellos, ni aun el mismo Jovellanos, cuadraba para las circunstancias.

Era sin embargo tan entrañable el anhelo de la unidad gubernativa y espedita en la nacion entera, que no bien se juntó y se instaló en Aranjuez, cuando al golpe quedó reconocida y acatada su autoridad, en todos los puntos de tan inmensa monarquia.

No cabia el acudir los diputados de las lejanas provincias ultramarinas, ni aun de las islas Canarias, tan ejecutivamente como era de apetecer; pero ni aun consta que se llamasen, como fuera conducentísimo, para el intento de comprometer á todos los nacionales, por decirlo así, de polo á polo, para utilizar sus conocimientos locales, y aumentar los aprontos de caudal; que sin embargo siguieron enviando con mas abundancia y prontitud de lo que era de esperar, en tan arduo y vidrioso trance.

Como quiera, es constante, que la Junta soberana poquísimo ú nada hizo para precaver, ó por lo menos dificultar, la nueva invasion de Vándalos, capitaneados por un caudillo consumado en vaivenes, en ardides y en poderío, y que lejos de encubrir sus intentos, los estuvo pregonando á todo el orbe, desde sus primeros pasos en España.

Es imprescindible ahora el pararse á recapacitar que la memorable batalla de Bailen, desencantadora, como se dijo en su lugar, del prestigio dominante en Europa, sobre la prepotencia incontrastable de la milicia francesa, fué perjudicialísima para nuestra guerra; pues corroboró y arraigó mas y mas, el afan de agolpar tropas y formar ejércitos, sin tácticos para mandarlos, ni veteranos para fortalecerlos.

Con efecto, la batalla de Bailen fue un fenómeno, donde no hubo maniobras, ni tampoco se necesitaron; medió una resistencia portentosa al avance desesperado de los coraceros, y entre el heroismo de los Andaluces y los estremos de la sed, no hubo mas arbitrio que la postrada rendicion de los batalladores de oficio.

Luego se palpará el cúmulo de torpezas, particularmente en los nombramientos principales, y se presenciará el ciego desvarío de la famosa Junta Central, hasta su final paradero y desastrado esterminio.

Pero antes hay que volver la vista al usurpador implacable, que está trayendo al vuelo sobre el confin de la indefensa y desventurada España, las divisiones decantadas del Vístula, y de otros varios puntos del norte y del mediodía.

(1) Como en las matemáticas se hace tantísimo uso del grande invento de los llamados Logaritmos, que ofrecen á la vista planas enteras cuajadas casi únicamente de *ceros*, los chuscos dieron en llamar á la Junta Central; la *Tabla de Logaritmos*.

CAPITULO OCTUAJÉSIMOCUARTO.

Llegada de las divisiones francesas á la raya. — Su fuerza, bajo todos conceptos, preponderante. — Ida de Castaños, y luego de Palafox, á Tudela. — Descalabro inevitable. — Retirada de Palafox á Zaragoza y de Castaños hácia Castilla. — Accion desgraciada de Briviesca. — Deposicion de Castaños por la tropa. — Retirada fujitiva hácia Cuenca, á las órdenes de Infantado. — Su valor personal y su inutilidad absoluta para el mando. — Descalabro culpable de Uclés. — Desamparo total de la abierta Mancha.

1808. — 1809.

Ceñudo amago, desventura redoblada y quebranto mortal, nublan, plagan y desgarran los ámbitos de España, cual una gavilla de sangrientos desalmados, se abalanza ferozmente al recinto sagrado de la beldad y la inocencia.

Brama rabiosamente el Corso contra los heróicos vencedores de sus águilas holladas y escarnecidas. Marchan, corren, vuelan sus altivas y poderosas divisiones, desde el helado norte hasta el ardiente mediodía, pregonando, en agudo alarido y redoblada vocería, guerra, matanza y desenfreno.

La exánime Central consigue á duras penas poner en movimiento el ejército andaluz y castellano, que se encamina á ciegas cabalmente al punto mas favorable para la caballería enemiga; esto es, á las campiñas dilatadas de Tudela y su comarca, á donde acuden tambien las tropas de Aragon, con el mismo descarrío y alucinamiento.

No falta quien apunta y recomienda á Palafox el plan de enviar todo su ejército á la orilla izquierda del Ebro, repartirlo en miles de guerrillas por las montañas de Aragon y de Navarra, para flanquear á su salvo al enemigo, hostilizarlo dia y noche, atajarle sus comunicaciones con Francia, é imposibilitarle todo jénero de operacion grandiosa y trascendental. Otro tanto debió hacer Castaños, retirándose á los pinares de Soria y los montes de Oca, para dejar absolutamente sin objeto á las huestes aguerridas, hostigándolas tambien por su parte incesantemente.

Nada de esto se sueña, se situan los cuerpos donde les cabe, sin asomo de combinacion táctica: se aparece el enemigo, se traba la refriega, y aunque por la parte de Cascante el rejimiento de Campo-Mayor y otros varios pelean con ventaja, la caballería francesa arrolla, por los demas puntos, nuestra línea, y resulta un descalabro jeneral, ó mas bien una huida deshecha.

Palafox se retira á Zaragoza con su artillería gruesa, que tan solo podia servir de estorbo; y Castaños emprende su marcha atropelladamente por Tarazona, hácia Calatayud, atravesando un pais escasísimo de todo, y dificultando por la misma causa al enemigo la ejecucion de su alcance. Logra este sin embargo hollar en gran parte la retaguardia fugitiva en Bribiesca, sitio muy á propósito para formalizar una accion ventajosa, al arrimo de los cerros altos y escabrosos, que encajonan por largo trecho la carretera. Pero el ejército español no atiende á mas que á deponer y maltratar á Castaños, repitiendo el estribillo jeneral y predilecto de *traidor, traidor, muera al instante.*

Forzoso es aquí delinear de intento un personaje, que ha de salir todavía á luz en varios pasos de la Historia presente.

El duque del Infantado, por sus dictados altisonantes, por sus entronques rejios y por su opulencia descollante, desde luego mereció en la corte, y particularmente en la estancia del príncipe de Asturias, notable privanza, realzado para con el público por su desvío del alcázar de Godoy. Venida la revolucion de Aranjuez, se halló desde luego en el primer término del nuevo y esclarecido cuadro; pero desmereció luego el aprecio público por sus vulgares y cortísimos alcances. En Vitoria peroró necia y eficazmente al pueblo, para que franquease el paso á la carroza del rey, que corria ciegamente al derrumbadero; y allí mismo salió una voz del concurso que le gritó: muy bien, Señor Infantado, se dejará pasar el carruaje; pero

dentro de unas cuantas horas, palpará V. el resultado; como sucedió amarguísimamente para él mismo.

Con efecto, el Corzo lo insultó soez é irracionalmente, amenazándolo con un arcabuceo; y allí para, mayor tormento suyo, un reto, un lance de honor, ninguna cabida podia tener con un mandarin de un millon de combatientes. Por lo demas desde que planteó, para la guerra contra la república, un rejimiento de que se constituyó coronel, manifestó, sin desdecir de la valentía solariega en la grandeza española, serenidad y valentía en el peligro; pero ajeno siempre de toda disposicion para el mando, como se vió en todos sus cargos, aun en los de mera amenidad y pasatiempo, pues solia desempeñar con harta impropiedad sus papeles, en las representaciones amistosas de casa del duque de Hijar.

Añadirémos, que fomentó con ahinco la industria en sus estados, mostrando siempre el mayor desinterés, pues jamás cobró un maravedí por los sueldos y adehalas de sus empleos.

Como quiera, en sujeto tan enteramente inhábil (1), para el trance mas arduo que se pudiera ofrecer, vino á recaer el mando del ejército exhausto y palpitante, reunido por fin en Cuenca, y falto de todo auxilio, y sobre todo de un caudillo animoso y veterano, que lo rehiciese, con su ardor y su capacidad, de tantísimo quebranto. En este conflicto de Madrid y de las provincias, se aparece Infantado en la capital, ignorando todos, y tal vez él mismo, el motivo ó el objeto de su venida, y atribuyéndola algunos siniestramente á cobardía, y otros á celo ardiente por el resguardo del centro de la monarquía.

Entonces el ejército desamparado, y al mando del primer jefe que se le depara, toma el rumbo mas azaroso que cabia, bajando de la serranía mas ó menos agria, y siempre mucho mas defendible que la Mancha, á las llanuras de Uclés y de sus cercanías, sin que el centro acuda á sostener la vanguardia; pero esta cede á resguardarse con el centro, y oponer mayor frente y resistencia al enemigo.

Los Franceses, con su caballería numerosa y preponderante, atajan á su salvo la vanguardia española, luego la flanquean toda, y rompen y destrozan los batallones á su albedrío, obligandolos á rendir las armas. Media una capitulacion decorosa, pero el vencedor observa lo que es de su agrado, ó por mejor decir, nada cumple, atropellando tropa, oficialidad, pueblos, sexo débil ó fuerte, cometiendo cuantas atrocidades se dejan idear, mas que describir, y saciando al par codicia, lujuria, embriaguez en el sumo grado de abominacion que puede caber en la soldadesca mas irracional y desenfrenada.

Con este descalabro queda Madrid comprometido, y la indefensa Mancha á merced de los forajidos, llegando apenas unos escasos y exánimes batallones á Albacete, y algunos otros puntos del reino de Murcia.

(1) Parece que en Francia se puso poquísimo ahinco en retenerlo, tal vez por menosprecio.

CAPITULO OCTUAJÈSIMOQUINTO.

Segundo sitio de Zaragoza. — Amenidad asombrosa del país. — Situacion pintoresca y toda pacífica, de la ciudad. — Retirada del ejército. — Su salida. — Su regreso perniciosísimo. — Llegada del enemigo. — Sus fuerzas. — Las españolas. — Sistema de ataques. — Se formaliza el sitio en todas sus partes. — Derrota completísima de Mortier en el arrabal. — Malogro de una coyuntura decisiva. — Víveres suficientes. — Fatiga descompasada de la tropa. — Esterminio lastimoso de los Murcianos. — Refuerzo del enemigo. — Lanes. — Resistencia jeneral. — Fuego estremado de bala, bomba y granada. — Asalto y refriega perpetua. — Minas y toma de todo un barrio, casa por casa. — Jentío. — Enfermedades. — Mortandad horrorosa. — Derrota en Leciñena — Teson de Palafox. — Adolece. — La junta negocia y capitula. — Entra el enemigo pisando escombros. — Quebranta alevosamente la capitulacion. — Asesinato de Boggiero. — Conduccion inícua de Palafox á un encierro estrechísimo en Francia. — Sacrificio de Zaragoza, y ocupacion por dos meses, de un grande ejército enemigo.

DESDE MEDIADOS DE DICIEMBRE EN 1808, HASTA FINES DE FEBRERO EN 1809.

Pasma, estremece y horroriza el plano que tenemos á la vista, levantado en escala mayor por los injenieros franceses, del sitio segundo de Zaragoza, en lo mas acérrimo de su pujanza infernal.

Aterra, con efecto, aquel aparato nunca visto

de baterías tremendas que cruzan redobladamente sus fuegos horrorosos de cañon, de obús y de mortero, por ambas orillas, contra un pueblo por esencia pacífico, ameno y frondoso.

Se abocan sobre su solar hasta cuatro rios: el esclarecido Ebro, dando nombre á toda la península; el Gállego que se derrumba allá de las cumbres del Pirineo; el Huerva, nacido en el pais, y el Jalon, cual otro Nilo, fecundador de campiñas dilatadas y opulentas, acompañándolos el parto glorioso del grande Piñateli, llamado el canal Imperial.

Quien otea desde alguna eminencia aquella hermosísima llanura, desde luego conceptúa que la naturaleza la destinó para ostentar todo un Londres en su espacioso suelo.

La ciudad, tendida sobre la orilla derecha del Ebro, es mas larga que ancha, realzada con algunos edificios mas ó menos suntuosos, y con varios campanarios elegantes y encumbrados; pero no asoma ni muralla, ni baluarte, ni objeto alguno que tenga la mas remota relacion con el arte de la guerra; y si ahora se ha construido algun viso de fortificacion, es reciente, baladí, fútil y absolutamente despreciable.

Se agolpa el ejército retirado, ú mas bien huido, de Tudela, y opinan todos, que será únicamente de tránsito, dejando en la llamada *Plaza*, una guarnicion competente de seis á ocho mil hombres; y con efecto así lo dispone Palafox, con mucho tino y prevision; mas al llegar la columna de catorce á quince mil hombres al puente del Gállego, en el camino de Barcelona, recibe contra-órden, y regresa á Zaragoza.

Va el enemigo, como se ha visto, en seguimiento de Castaños, con un ejército, y se adelanta con otro sobre Zaragoza. Hace varios movimientos, y de resultas; el jeneral San Marc, receloso de verse cortado, se retira con sus ocho mil hombres, y correspondientes pertrechos, del Monte-Torrero, cuya defensa tiene á su cargo.

De resultas, sobran y empachan fuerzas escesivas en la ciudad; y parece que debia organizarse desde el primer dia un sistema de salidas incesantes, particularmente por la noche, y mas con la ventaja del conocimiento del terreno, para hostigar y acosar á toda hora, y de remate al enemigo; pues no falta en tan crecido número, oficialidad de todo desempeño, capaz de pautar y ejecutar un plan de operaciones, absolutamente irresistible, y por último triunfador.

En defecto de verdadera y sólida fortificacion, podia muy bien ir destrozando cuantas fuerzas enemigas llegasen diariamente; y mas si por la espalda ó por los costados, ya desde Navarra, nuestras guerrillas osadas y vigilantes, cortasen todas las comunicaciones, y privasen de abastos y conducciones, á los convoyes que se encaminasen á tan grandioso objeto.

Asoman sin embargo algunas fortificaciones fútiles y deleznables, y particularmente, se formaliza y redondea en el arrabal una batería poderosísima de veinte y dos piezas de á 12 y de á 24, mandada por el valiente D. Manuel Velasco, ya coronel de artillería, y guarnecida, ademas de los artilleros competentes, por un batallon de Guardias Españolas y alguna otra tropa.

Llega de refuerzo á los sitiadores el mariscal Mortier, y se ofrece al punto á dar asalto á la batería y apoderarse al golpe de todo el arrabal. Avanzan desde la madrugada sus columnas, y los artilleros enardecidos se adelantan, en ademan de romper el fuego.

Entónces Velasco enfurecido, blandiendo el sable, prorumpe con rostro airado y voz atronadora: «Quién se acerque á las piezas, antes que yo lo mande, no morirá de mano francesa sino de la mia.» Deja con efecto que el enemigo se acerque á tiro de pistola, y entónces grita con horrendo ronquido: «Fuego!!» Dispárause á un mismo tiempo las veinte y dos piezas, y la metralla levanta en alto compañías enteras. Redóblanse las descargas, acompaña la fusilería de los Guardias y demás tropa, y queda en un punto desbaratada, revuelta y exánime la division entera de Mortier.

Parecia natural, en tan decisivo trance, tener á punto escuadrones de caballería, siempre ociosos en la plaza, para lanzarlos sobre los fujitivos, y haciendo salidas poderosas á un mismo tiempo, ya al mediodía por Santa Engracia, ya hácia el poniente por el Portillo, poner toda la línea enemiga en consternacion; y aun tal vez acabar con todo su ejército.

Nada absolutamente se hizo: se malogró victoria tan barata y esclarecida, y así en aquellas dos horas se tranzó positivamente la suerte de Zaragoza, cuya conservacion influyera poderosamente para el éxito de toda la guerra.

Despechado Bonaparte con tan inesperada resistencia, echa el resto de sus iras tiránicas y de su poderío inmenso, enviando á Lanes (1) de refuerzo, con nuevo, crecido y arrogante ejército.

(1) Al encaminarse Lanes á Zaragoza, lo *hospedan* en la casa principal de un pueblo considerable de Rioja, y suscitándose sobre mesa el asunto reinante del memorable sitio, prorumpe el convidado, con irónica sonrisa, encarándose con la señora: «Serán muy heróicos los defensores, pero las plazas son como las damas, que todas se rinden, sitiadas en regla: ¿No es verdad patrona?...» Se sonroja la señora y se levanta de la mesa, para desentenderse con su ausencia, de tan vil osadía y soez crianza.

Llega, se sitúa á la parte ventajosísima de levante, entabla ó redobla el sistema de mina, brecha, asalto y pelea incesante dia y noche. Trepa el enemigo al convento de las Mónicas, y queda completamente rechazado, sucediéndole otro tanto en el edificio contiguo y grandioso de San Agustin. Acude á la mina, vuela todo el frente esterior y parte de la techumbre con grandísimo quebranto de los defensores; pero estos se sostienen sobre las ruinas, hasta que se reunen varias columnas con miles de asaltantes y ocupan los escombros.

Llegan á la primera casa; nuevo tropiezo, nuevo rechazo; entablan su plan de avance sobre dos rumbos, uno por la calle de Barrioverde, y otro mas cercano al esterior del recinto por la de Alcocer; siguen así casa por casa paralelamente, en direccion á la universidad; y sucede que dentro de una misma se hallan los batalladores encontrados, y derribando á culatazos un tabique, sigue allí mismo la pelea, á tiros ó á bayonetazos.

Por el pronto pueden los defensores, por la crecida guarnicion, irse relevando de cuatro en cuatro, ó de seis en seis horas; mas luego sobreviene una novedad pavorosa é incontrastable que imposibilita aquella indispensable alternativa, y asoma un paradero lastimoso y ejecutivo (1).

Se disfrutó sanidad inalterable en el primer sitio de Zaragoza, y como su éxito fué venturoso, y aun brillantísimo, el vecindario de varios pueblos, especialmente cercanos, se acojió, con esperanzas de resguardo y sosiego, al recinto de la ciudad. Con motivo del infernal bombardeo, de la ruina del caserío, agolpándose el paisanaje en las bodegas, por los cubiertos del mercado y otros parajes mal sanos é incomodísimos, añadiéndose la escasez de abastos, y los sustos y padecimientos incesantes de todas clases, vino á enjendrarse una dolencia mortal y contajiosa, que segun los rejistros, así de las parroquias, como de las alcaldías de barrio, llegó á causar la muerte de cincuenta y dos mil individuos.

La division murciana especialmente, pasando noches enteras sin abrigo en el Coso, alimentada con higos secos ú otros mantenimientos fútiles y aun perniciosos, bebiendo agua de continuo, vino á fenecer casi toda, de hambre, de fatiga y de quebranto. En medio de esta escasez de abastos y de la dolencia fatal que iba siempre en aumento, debia irlo igualmente la mortandad y el desconsuelo; mientras el enemigo, sabedor del estado deplorable de la guarnicion y del paisanaje, y encontrando por cada dia menor desvelo y resistencia, redobla mas y mas sus avances, su fuego y su altanería.

Inflexible se mantiene el teson heróico de Palafox, y aunque empozado en los sótanos, y á buen recaudo, en su palacio episcopal, sigue espidiendo sus órdenes ejecutivas, providenciando cuanto es dable en situacion tan desesperada.

Enferma por fin, se postra y se imposibilita, y entónces se forma, ó se constituye una junta, y acuerda enviar un mensaje al enemigo, pidiendo capitulacion. Así se verifica, y cesa inmediatamente el fuego. Los pactos, como se deja presumir, del vecindario libre, sagradas las propiedades públicas y particulares, y prisionera de guerra la guarnicion, sin el menor asomo de ofensa y reconvencion á las personas, se frustran.

Desde las Mónicas y San Agustin hasta la universidad, y aun por otros muchos parajes, todo es un monton de escombros, y hollándolos trabajosamente, entra por fin triunfante el ejército sitiador, atropellando y escarneciendo forajidamente, y desde el primer paso, la recien-firmada capitulacion.

Habia un fraile escolapio, llamado Fray Basilio Boggiero, sobresaliente humanista y por algun tiempo ayo de los Palafoxes, con cuyo motivo estaba de continuo en su palacio; y aunque no entendia de operaciones militares, daba sin embargo su dictamen sobre las ocurrencias que se iban ofreciendo.

Los Franceses, suponiéndolo el fomentador fanático y principal de tan heróica defensa, prescindiendo de capitulacion y de todo asomo de pundonor, lo asesinan arbitraria y ejecutivamente.

La epidemia está en su mayor auje, pues yacen los cadáveres hacinados á la puerta de la Escuela pia y en otros muchos parajes. En la ciudad, en los paseos, en los verjeles, olivares y viñedos, todo es silencio estrago y asolacion.

Palafox se alivia algun tanto, y todavía convaleciente, lo arrebatan en un carruaje á Francia, para empozarlo en la mazmorra de una fortaleza; y sin embargo, la bárbara ignorancia encumbra mas y mas al feroz tirano hasta las nubes. Si Bonaparte fuese un juez equitativo de las acciones humanas, si abrigase un pecho hidalgo y jeneroso, y en suma, si fuese un verdadero y acendrado héroe, como lo decantan sus ciegos apasionados, entónces agasajara entrañablemente á Palafox, ostentara el trofeo principal de todos sus triunfos, y lo dejara desde luego árbitro de su mansion y de todos sus pasos; pero con la política *suya* (1), como dijo sin rebozo al

(1) Al mismo tiempo se pelea tambien por fuera, y mueren heróicamente el teniente coronel de injenieros D. Antonio Sanjenís, y el de infantería D. Pedro Gasca, entrambos á cual mas valiente y entendido, en la batería de san José.

(1) *Ma politique à moi.*

pundonoroso Cevallos, el torrente de los acontecimientos lo arrebató á libertarlo, mucho despues, intempestiva y desairadamente, cuando lo contempló instrumento *amoldado* y eficaz para sus intentos medrosos y fementidos.

Frustradas vió luego todas sus esperanzas, burlado y en tierra su poderío, y aun concedida por mera condescendencia, ó por miras políticas, su existencia oprimida y aherrojada en un peñasco: al paso que Palafox estuvo y está recibiendo obsequios y parabienes de todas las naciones, conceptuándolo para siempre un Español inmortal y un patricio esclarecido.

Pero el Corso es tan solo el déspota famoso de Juvenal:

Quiero y mando y me fundo en mi albedrío (1).

Entre tanto un injenio aragonés, dedicó, á su debido tiempo al célebre caudillo, sin asomo de interés personal, el siguiente

RASGO.

Sí, *Viva Palafox*, canta la Fama,
Viva mil veces, con afan ardiente,
El orbe todo, á competencia, clama.
Su triunfadora voz *guerra* pregona,
Del gran pensil, el suelo floreciente,
En fulminante fragua de Belona,
En la rejion del fuego,
De confin á confin se trueca luego.
De solar en solar de techo en techo,
A la infernal pelea,
El bravo aragonés presenta el pecho,
Su fiel teson en la veraz historia,
Al eminente alcázar de la gloria
A Zaragoza encumbra,
Inmensas huestes del francés emplea,
La Iberia absorta en su desman respira,
Del Ebro al Bétis heroismo inspira,
Y arde Jerona en ínclito entusiasmo.
El valor Español sin fin relumbra,
Y al mundo llena de perpetuo pasmo.
Ciega tal vez la Emulacion queria
Nublar la escelsa y clara nombradía,
De la inmortal Defensa;
Mas la noble Equidad su luz intensa,
Al eco de magníficos loores,
Redoblando con faustos resplandores,
Renace aquel blason de dia en dia,
Y cual fénix, allá por siempre brilla
Con nueva y portentosa maravilla.

(1) *Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.*

CAPITULO OCTUAJÉSIMOSEXTO.

El marqués de la Romana. — Su nacimiento. — Su educacion. — Su carrera. — Su destino al norte, con el mando de una division española. — Suena por allá el alzamiento de toda la Península. — Embarque trabajosísimo. — Venida portentosa á Santander. — Sumas dificultades para pasar á Asturias y Galicia. — Estrañezas del marqués. — Hace por fin un servicio grandísimo á la nacion moviendo y fogueando mas y mas á los Gallegos, quienes consiguen arrojar de su territorio á los dos engreidos mariscales, Soult y Ney, con ejemplar escarmiento. — Sus contiendas con la Central. — Su muerte.

1809.

Ya se dijo á su tiempo, que el marqués de la Romana, comandante de un batallon de Guardias, y luego de una brigada, habia perecido heróicamente, en la desatinada y funestísima jornada de Arjel. Su hijo, de quien vamos á tratar, se hallaba, á la sazon de tierna edad, y luego entró á servir en la Marina. Pasó despues al ejército, y ascendió, en la flor todavía de sus años, á la clase de jeneral.

Empeñado siempre Napoleon en desangrarnos por todos los miembros del Estado, despues de llevarse una division de tropa con Ofarril á Toscana, pidió mas y mas prendas de seguridad é instrumentos de tiranía; y el trémulo Godoy, siempre obsequioso y rendido, dispuso que pasase á Francia, ó á donde pluguiera al déspota universal, otra remesa de fuerzas á las órdenes del marqués de la Romana.

Empoza el apresador á los huéspedes indefensos en islas y soledades por los ángulos del

norte; pero allí mismo rechina el alarido del sangriento Manzanares, y el dos de mayo; y la conmocion inmensa de la Península entera inflama y enajena los corazones inconsolables. Capitanea Romana aquel ímpetu sacrosanto; pero tan esclavo yace él mismo como sus campeones, Se atraviesa un mundo de dificultades para embarcarse, salir de ensenadas, estrechos y escollos, surcar los mares y aportar en su anhelada patria.

Bernardote, despues rey de Suecia, se muestra apasionadísimo á la division española, y pasa mañanas enteras viendo absorto maniobrar á escape y desempeñar cumplidamente sus evoluciones al rejimiento de caballería de Villaviciosa; y así, lejos de facilitar su salvamento, echa el resto por conservar aquella joya, para él incomparable.

Sin embargo, son tan redobladas y tan solícitas las dilijencias del caudillo y de la tropa, que por fin consiguen acá y acullá, en parte sobre barcas ó bajeles daneses, de grado ó á viva fuerza, llegar á varios puntos, desde donde, por diversos medios, llegan á Inglaterra como unos dos mil hombres. Los demás están á las órdenes del segundo jefe, hijo de irlandés, y á quien no hierve sangre española en sus venas, y, así quedan por allá en manos de diferentes jenerales, repartidos por diferentes cuerpos (1).

Llega por fin Romana á Santander con su jente, por lo mas desarmada, y es cabalmente en la coyuntura mas adversa que cabe para descansar, y formar con sus veteranos, unidos á los bisoños, una columna poderosísima; pues acaba la nueva é inmensa *francesada* de inundar, abatir y emponzoñar de estremo á estremo todas las provincias.

Con efecto, Ney, Soult y otros jefes, toman á su cargo la parte del norte, van estremeciendo y asolando la Montaña, Asturias y Galicia; ahuyentan las juntas; imposibilitan sus disposiciones, atajan sus recursos, asesinan á las que pueden haber á las manos, y todo lo rinden, atropellan y desangran.

Romana, sin embargo, arrostra la tormenta, logra ventajas, padece contratiempos, se interna por Asturias, y mas ó menos bien ó mal parado, recorre luego la Galicia, la conmueve, alista y foguea en términos, que toda ella es un volcan que enfrena, acosa, y por último aventa de su seno á los dos furibundos mariscales que le están ajando, destruyendo y devorando las entrañas.

Pero el mismo marqués de la Romana, por desgracia suya y de la nacion entera, es tan voluntarioso y absoluto como los mariscales asoladores, y desobedece y reta á la junta Central, (1) que para mayor desventura nuestra todavía, no es menos desatinada y aun ciega que el valeroso é insubsistente ó caprichoso marqués; siguen tambien su desbarro todas las demás autoridades; de modo que la Península toda, no es mas, como se dice allá en el Quijote, que un *campo de Agramante*.

Es Romana de suyo maniático por el aguante y el teson militar, arrostrando jactanciosamente intemperies, afanes y escaseces; mas ni su cuerpo es tan pujante, ni su alma tan estóica, que no le encarnen y le atosiguen las fatigas incesantes y los desabrimientos amargos que lo asaltan y traspasan á porfía; y así adolece gravemente, y viene luego á fallecer casi desamparado.

Fué siempre de costumbres puras y de inclinaciones grandiosas, muy propias de su ralea esclarecida y solariega en Mallorca. Era tambien instruidísimo y versado orijinalmente en los clásicos griegos, calando por ápices todo su sentido. Pero en medio de sus eminentes prendas, se solia descarriar tenazmente en sus dictámenes y en sus empresas, rayando á veces en rematadamente estravagante y casi maniático; y así feneció aborrecido de muchos, dolido de pocos y llorado de nadie.

Estuvo casado con una señorita de la casa tambien muy distinguida de Salas, hermana de nueve brillantes oficiales de nuestra armada, y tuvo en tan digna esposa al muy apreciable marqués, poseedor actual de su opulento patrimonio.

Repetirémos una y mil veces, que el célebre marqués de la Romana carecia absolutamente de docilidad y de conocimiento del mundo, y con este doble y lastimoso vacío, vino á malograr valor, ciencia, desinterés y patriotismo; en una palabra, cuantas prendas, a cual mas peregrina, estaba atesorando su denodado y nobilísimo pecho.

Insistimos tanto en esta nulidad fundamental, para demostrar el requisito imprescindible de la educacion moral y civil, todavía mas necesaria en el mando militar, que la literaria ó científica; por cuanto aquella es el móvil práctico é incesante de la vida, en el cual se cifra el importantísimo acierto de operaciones trascendentales para la suerte actual ó venidera, y aun para la existencia y la prosperidad; ó bien para el total esterminio de naciones enteras. Desengaño capital que están de continuo demostrando miles de pasos en la Historia presente.

(1) Aquel segundo no se llamaba ni Fernandez, ni Bustamante, ni Manrique de Lara, ni Ruy-Perez de la cantera etc. sino gringamente Kindelan.

(1) El marqués y la Central, por algun tiempo, se estuvieron *escopeteando á cartazos*.

CAPITULO OCTUAJÉSIMOSÉPTIMO.

Pide Bonaparte la escuadra de Cartajena. — Sale para Tolon. — Tiene que arribar á Mahon. — Se hallan allí de guarnicion varios batallones. — Se conmueven al eco del dos de mayo. — Llega el estallido de Zaragoza. — Se alborota un batallon de Aragoneses. — Le siguen los demás. — Claman todos por volver á España. — Se embarcan, y los Voluntarios de Aragon desembarcan en Tortosa. — Suben á marchas, forzadas por la orilla del Ebro, y llegan á tiempo para pelear en Zaragoza. — Pérdida de la escuadra.

LAS MISMAS FECHAS.

Encabezamos este capítulo con el tema reinante en el anterior, y que no puede menos de salir una y mil veces á luz; y abultar y descollar por todo el ámbito de nuestra Historia.

Con efecto, Napoleon Bonaparte, emperador de los Franceses, rey de Italia y despoblador de naciones, con el sagrado objeto de *rejenerarlas*, quiere, ordena y dispone, que la España toda, madre de tantos héroes y conquistadora del orbe, no exista ya en adelante, sino destrozada, palpitante y rendida á su albedrío, para aprontarle á millaradas, murcianos y andaluces, caldeados ya desde su primer embrion con el ardor de la canícula, para ir luego á *colonizarle* las costas de Africa, y suplir la carencia de las Américas (1).

Con este plan grandioso, con este rasgo sobrehumano de recóndita política, impera desde luego que se entreguen, sin el menor asomo de reparo ni demora, todos los guerreros, y todas las fortalezas de mar y tierra; pues tal era su soberana é incontrastable voluntad.

El rendido obsequiante, el entregador universal Godoy, á impulsos de su trémulo acatamiento, le brinda con cuanto sea dable (2) para propiciar en todo y por todo el lugar-teniente de la Omnipotencia, en las rejiones sublunares.

Boquea el todo-poderoso la escuadra de Cartajena.... salga al punto bien ó mal parada, á las órdenes de Valdés, para Tolon. Da al instante la vela, padece contratiempos y averías, y tiene que aportar en Mahon, para rehacerse y continuar su derrota, para verificar su entrega á los satélites del Ordenador supremo.

Se va dilatando la habilitacion, y suenan rumores de novedades importantísimas en España. Impaciente Godoy, envia á Salcedo en reemplazo de Valdés. En esto llega el estallido de Zaragoza y el nombramiento de Palafox, y toda la tropa se pone en movimiento.

Por causa de la guerra con los Ingleses, hay en Mahon un cuerpo de cuatro á cinco mil hombres, y entre ellos un batallon sobresaliente de Voluntarios de Aragon. Van llegando mas noticias; se conmueve desde luego la oficialidad, la soldadesca toda se alborota; pero los Aragoneses son los que encabezan el motin, y luego arrebatan tras sí la guarnicion entera. Se inflama igualmente la marinería, y todos á una voz claman por volver á España, y pelear dia y noche contra Franceses y traidores.

Quieren los jefes aplacar el alboroto y seguir adelante con su espedicion, pero la tropa se arrebata mas y mas, y amenaza desaforadamente á cuantos intentan oponerse á su intento. Hay por último que condescender, y aprontar los bajeles necesarios para su trasporte. Salen los primeros los Aragoneses, fondean en Alfaques, pasan á Tortosa, y subiendo á marchas dobles por las orillas del Ebro, llegan todavía á tiempo para pelear bizarramente, como siempre.

Entre tanto la escuadra se preservó de las garras del apresador descomunal é insaciable; pero se fué deteriorando en Mahon, y cuando se trató de traerla á Cartajena, apenas se pusieron en salvo algunos bajeles, quedando casi todos absolutamente inservibles. Entre ellos el *Reina Luisa*, navío de 112, veloz, ó mas bien volador, para un alcance, y dócil al timon como

(1) Bonaparte ajustaba las cuentas de los Anatómicos: *faciamus experimentum in anima vili*.

(2) Lo habido y lo por haber, como se dice vulgarmente.

una leve barquilla, necesitando mas de mil y doscientos hombres para su tripulacion; se mandó venir de su destierro, con cincuenta ó sesenta marineros, que no pudiendo desempeñar oportunamente su inmensa maniobra, fué á parar á la costa de Africa, y no asomó ya mas por nuestros arsenales; y otro tanto vino á suceder con las demás naves, que tantísimo los realzaban.

Culpa fué de Bonaparte, cuyo despotismo irracional jamás entendió un átomo de marina; y mayor baldon fué la condescendencia criminal de Godoy, que al par causaron el descalabro lastimoso, la catástrofe inaudita de Trafalgar, el principal esterminio de la marina española, que fué siempre á mas; quedando por fin, de ochenta navíos asombrosos, en la ridiculez de dos ó tres, por lo mas inservibles.

Con efecto, se estuvo arrostrando en Tolon la escuadra española con la inglesa y la francesa, y nuestro pabellon tremolando en las naves mas vistosas que jamás surcaron los mares, dejaba muy en zaga á cuantos buques asomaron por aquel puerto, en el memorable sitio ventajosísimo para los Ingleses y absolutamente inútil para nosotros.

Por lo demás, venidos de Mahon á la Península los Voluntarios de Aragon, los cuerpos restantes fueron tambien acudiendo al Continente, y se alistaron en los diferentes ejércitos que guerrearon en las campañas, ó en los sitios que fueron ocurriendo, particularmente en Cataluña.

CAPITULO OCTUAJÈSIMOOCTAVO.

Venida de Bonaparte. — Inundacion de tropas, que despues forman hasta ocho ejércitos. — Entra sin obstáculo en Castilla. — Breve permanencia en Valladolid. — Se adelanta su vanguardia. — Endeble resistencia de D. Benito Sanjuan en Somosierra. — Allanamiento y tránsito de todas las cumbres de Guadarrama. — Defensa aparente y fútil de Madrid. — Entrada por el Retiro. — Capitulacion en Chamartin. — Ocupacion de la capital por los enemigos. — Asomada de Bonaparte por el interior del pueblo y visita en el Retiro. — Marcha del ejército contra los Ingleses. — Borrasca friísima en Guadarrama. — Tránsito del Caudillo con toda su tropa. — Regreso á Francia.

1809.

Brama la inundacion cenagosa del Nilo, anegando de nuevo á la feliz España, no como el benéfico rio, para fertilizarla y enriquecerla, sino á fuer de llamarada infernal, para abrasarla y descuartizarla.

Columnas inmensas, trenes, cañones y pertrechos vienen de vanguardia á Bonaparte; y cañones, trenes y columnas inmensas le siguen á retaguardia, para luego abrirse en abanico interminable, y aplanar y sumir en la nada la Península toda, comprendiendo el exánime apéndice de Portugal.

¿Qué vienen á ser cuantos riachuelos encuentra al paso un rio caudaloso en su avenida incontrastable? Fajas endebles, ó mas bien hilillos sutiles, que se hunden y desaparecen bajo el raudal impetuoso.

Llega Bonaparte; desemboca en la montuosa Cantabria, asoma en Burgos, sale de Valladolid; domina, impera y estremece á los pueblos despavoridos; y aquella ínclita Castilla, tan decantada y triunfadora en las historias, yace ahora muda y trémula á las plantas de un hombrezuelo de ruin corpulencia y de horroroso ceño.

Insultante sonrisa, chanzoneta soldadesca, ó menosprecio yerto, es el pago infalible, con que el nuevo Tamerlan, el asolador de profesion, corresponde al rendido acatamiento que le tributan los ayuntamientos de Valladolid y su comarca; sin que se atrevan á boquear un átomo de cercen, rebaja ó demora, en abastos, bagajes y demás requerimientos incesantes.

Entre tanto, la riada interminable de tropas entrantes y caminantes para el interior, asoman á las faldas de Somosierra, embisten á D. Benito Sanjuan con triplicadas fuerzas, arrollan el centro, cuyos batallones bisoños vuelven la espalda; quedan tambien descubiertos los estremos, y el enemigo prepondera y triunfa por varios puntos.

En Madrid, todo es consternacion y arrebato; la guarnicion es ninguna, y el vecindario, empeñado en defenderse, abre acá y acullá zanjas, sin tino ni direccion alguna, revolviéndose acalorado y confuso á derecha é izquierda, con armas ó sin ellas.

El 3 por la tarde asoman hácia levante, como diez ó doce mil hombres, apareciéndose tambien piquetes sueltos con diversos uniformes; de donde se infirió que á la madrugada compondrian unos cuarenta mil hombres, como sucedió con efecto. El avance principal no podia ser mas que por el Retiro, cuya cerca, de media vara de grueso, vino al suelo desde luego, y redoblando en seguida los tiros, se facilitó brecha espedita para la caballería, como sucede tambien á la madrugada.

Entre tanto, se adelantan otros cuerpos á la puerta de los Pozos, donde tenemos una batería, cuyo repuesto de pólvora se vuela con algunas desgracias de consideracion; y aunque las piezas de la puerta de Alcalá siguen haciendo un fuego vivísimo, tomada su espalda por la tropa del Retiro, tiene que cejar; y entonces, desengañado ya el pueblo, á cuyo impulso habia cedido, en aparentar defensa la junta gubernativa, se trata de suspension de hostilidades, para luego formalizar la capitulacion.

Bonaparte se hospeda en el palacio de la viuda del Infantado, en Chamartin; pasan allá por la noche el gobernador Morla y el camarista de Indias D. Bernardo Iriarte, piden audiencia; entran, y el árbitro de Europa sigue paseándose por un salon, sin darse por entendido de los enviados; hasta que Iriarte se le adelanta y le dice en francés: «Como hermano del pacificador en Basilea D. Domingo Iriarte, no puedo menos de manifestaros, que venimos entrambos de parte del pueblo de Madrid....—¿Y qué es lo que pretende ese vecindario alucinado y enardecido por unos frailes fanáticos, que se han de pasar todos á cuchillo, sin que me quede uno siquiera. —Señor, le replica Iriarte, los frailes no han intervenido, como principales en el asunto, que es todo del vecindario de Madrid.—¿Y á ver qué es lo que pretende ese pueblo ciego y mentecato?—Señor, que entre la tropa, pero que se respeten vidas y haberes.—Pues corriente, como se pide, pero que no volvamos á las andadas.—Nada de eso, etc.»

Con efecto, queda convenida la capitulacion, y los enemigos van entrando á la madrugada del 5, y cumpliendo mas ó menos, segun les acomoda, con los términos del ajuste; pero las jentes principales jeneralmente se marchan todas, y se van saliendo por varios dias, pues aunque se requiere ya pasaporte francés, no hay rigor al principio en el cumplimiento de aquella disposicion.

Bonaparte sitúa su tienda imperial en una loma sobre la venta del Espíritu Santo, y desde allí encamina acá y acullá sus tropas, y revuelve y estremece el universo. Tan pronto atraviesa todo Madrid, con dos ó tres acompañantes al galope, desde la puerta de Segovia hasta la de Alcalá, como pasea á pie al Retiro; trae á su hermano José, por via de comodin ó especie de Purichinela, lo envia á la Alcarria, sin objeto de consideracion; lo comisiona, ó mas bien lo separa de sí, con el mas leve pretesto; y en fin lo despide ó lo llama, segun se ha dicho, como un juguete.

Sobreviene un temporal borrascoso y helador en Guadarrama; marcha el ejército, se detiene ó titubea la vanguardia, azotada y exánime con la ventisca mortal en el rostro; llega el mandarin, se adelanta ejecutivamente, se apea en lo mas recio de la tempestad, y sigue andando sin chistar ni hacer ademan alguno, y á su presencia le nacen alas al soldado, el cual traspasa la cumbre sin quebranto de consideracion.

Se encuentra luego en Valladolid con un estraordinario que le anuncia novedades por la parte de Austria; se aposenta allí por algunos dias, enviando fuerzas mayores en pos de los Ingleses, quienes despues de estar largos meses en total inaccion por Salamanca y sus cercanías, cuando hubieran podido favorecer en gran manera á la causa española; se ponen ahora en marcha, ó mas bien en fuga deshecha, para la Coruña.

Su caudillo Moor, que blasonaba de acabar con las huestes enemigas á la bayoneta, redobla y atropella mas y mas su fujitivo arrebato, esterminando la tropa con el horroroso cansancio, y desentendiéndose de los mil puntos dominantes que se le ofrecen por el camino para pelear con ventaja imponderable; hace alto á la vista de la Coruña, da la batalla en terreno igual, y perdiéndola costosísimamente, lo matan. Sus tropas fenecen, se rinden ó se embarcan precipitadamente, y la Galicia queda en manos de Soult y de Ney, á quienes los Gallegos arrojan despues heróicamente casi por sí solos; como se apuntó arriba en el capítulo relativo al marqués de la Romana.

Entonces Bonaparte, lanzados ya los Ingleses al mar, á *bayonetazos*, como él dice, se marcha á Francia, repartiendo antes sus inmensas fuerzas, en ocho cuerpos, ó bien ejércitos, para de un solo embate hundir en la nada, todas nuestras huestes, guerrillas, movimientos y conatos. Y entre tanto amagan, asoman y llegan miles y miles de nuevos soldados, para reforzar y colmar los innumerables ya venidos, en raudal incesante.

En suma, la magnífica decoracion teatral que

abarcaba de mar á mar la Península; aquel encumbrado alcazar de gloria esclarecida que centelleaba de dia en dia con nuevos triunfos y mayores albricias, se nubla pavorosamente, pues á los cinco ú seis meses de la batalla de Bailen, de los rechazos de Zaragoza, de Valencia y de otros mil parajes memorables, se trueca de repente en panteon horroroso, en una mazmorra lóbrega y cenagosa, donde la nacion entera está ya en el disparador, y en ademan de empozarse, como se ha dicho, en la nada.

Por esta causa, son tantos los puntos inconexos y lejanos, que embargan á un mismo tiempo los ámbitos de la Historia, teniendo que acudir tan pronto á Galicia, como á Cataluña, á Castilla ó las Andalucías, que se hace muy arduo el coordinar partes tan diversas en idénticos plazos; y así para formar un solo cuadro grandioso, ú mas bien inmenso, se hace forzoso ir allá recorriendo esmerada y perceptiblemente las provincias, fijando los puntos principales que sirvan de centro á todos sus derrames y paraderos.

Vamos pues á desempeñar nuestro intento, con el tal cual despejo que nos sea dable, en el capítulo siguiente.

CAPITULO OCTUAJÉSIMONONO.

Esterminio inminente de la monarquía española, bajo el poderío monstruoso de Bonaparte, imperando ya en la capital y en las provincias. — Reseña de nuestras posesiones ultramarinas y de la misma Península. — Cataluña. — Aragon. — Valencia. — Murcia. — Estremadura. — Las Castillas. — Las provincias del Norte. — Segunda invasion sarracena. — Esperanza confusa, pero siempre intensa, unánime y sagrada de salvamento.

1809.

Doscientos mil veteranos, ufanísimos con las fúfulas y timbres de su caudillo endiosado, sajan las venas, desgarran las entrañas, y tal vez, lo mas doloroso para todo corazon patricio, escarnecen los blasones de la infelíz España. Suena ya el ronquido exánime de su agonía, y estremece con su lobreguez el panteon profundo, en donde va á simarse su existencia.

Yacen los posesiones ultramarinas, en Asia, en América y en Africa inalterables en su muda espectativa, y siguen aprontando ú recibiendo sus respectivos continjentes; florecen las islas Baleares con su labranza y su comercio; mas ¡ah de la desventurada Península, batallando dia y noche desesperadamente, y jimiendo sin tasa y sin consuelo, desde el Pirineo hasta el interior de Portugal; que sigue, como un satélite á su planeta, ó cual barquilla amarrada á su navío, los vaivenes de la España zozobrante.

Cataluña. El conde de Ezpeleta, ejecutor servil de las órdenes alevosas de Godoy, posesiona ciegamente al enemigo de la importantísima plaza y capital de Barcelona, con todos sus poderosos fuertes, y aun se afana por entregarle tambien las demás plazas, mas ó menos aventajadas del Principado.

Siguen sin embargo jeneralmente á favor de la nacion, descollando ya la inmortal Jerona, á las órdenes del mismo D. Mariano Alvarez, entregador tardío y forzado de Monjuich, en el trance de la ocupacion enemiga en los demás puntos. Resiste ya por dos temporadas al francés obligándole á retirarse vergonzosamente, hasta que llega nueva *francesada*, y formaliza el sitio heroico que se relatará á su debido tiempo.

Tambien se conserva leal el *asomo* de la plaza de Rosas, defendida heróicamente, años antes por los Marinos, mas luego tiene que seguir la suerte de Figueras, cuyo gobernador, obedece ciegamente la órden funesta de Ezpeleta ú de Godoy; y aunque la plaza se rescata por la industria imponderable del doctor Rubira, se reempoza luego bajo el dominio enemigo. Se mantiene libre Lérida, pero acosada de vaivenes populares, que imposibilitan á los gobernadores el providenciar lo conveniente para su ventaja y defensa; sucediendo otro tanto, con poquísima diferencia, en Tortosa, y aun en la ciudad por todos títulos tan memorable de Tarragona.

Cardona padece tambien sus quebrantos; mas el precioso suelo de Hostalrich logra la dicha de

conservarse virjen, sin que la vil planta francesa llegue á emponzoñarlo con su tiránica huella, en todo el discurso de tan inicua guerra.

Aragon. Yace Aragon de estremo á estremo. Trás la sin par heroicidad zaragozana, en Monzon, plaza, ó mas bien castillo, inespugnable, el caduco gobernador Ansoategui, manda arrojar la pólvora á las cisternas, y lo abandona todo. En el mismo caso se halla Mequinenza; pero el mayor quebranto es el de Jaca, plaza perfectamente fortificada, sin padrastro ni dominacion alguna; y su gobernador, el coronel americano Tinoco, nombrado por Palafox, la rinde cobarde y malvadamente, á la primera intimacion sin el menor asomo de resistencia.

Se dice con razon, que en lo físico y en lo moral, los estremos se tocan; pues aquel Aragon, tan decantado, por su innato valor, se halla tan sumamente trocado y exánime, que un soldado francés puede atravesarlo de confin á confin, de dia de noche y á solas, sin la mas leve zozobra de tropiezo, ú de incomodidad. Trasformacion no menos portentosa que todas las de Ovidio.

Valencia. Ante todo atesora Murviedro en planta hermosa el gran anfiteatro de su antigua Sagunto, y el famoso dean Marti de Alicante, habiendo hecho la prueba con varios trozos de Terencio, advirtió complacido que, declamados á media voz en el escenario, se entendian perfectamente desde los sitios mas lejanos de la obra. El conde de Florida Blanca cuidadoso de antigüedad tan peregrina, tenia allí colocado un teniente coronel, con el cargo único de su esmerada conservacion. Sobreviene la guerra, y sueña un mentecato, que tan augusta preciosidad podria ser muy conducente convertida en fortificacion; aprueban el desvarío jefes tan delirantes como el soñador, y se desmorona y desfigura el anfiteatro, situado bajo una cumbre que le sirve de padrastro, y por consiguiente era absolutamente inútil para el objeto, como vino luego á esperimentarse. Siempre desatinos, y nunca escarmentamos.

En la capital se espendieron largos miles de pesos en baluartes y rebellines de tapia, que se desplomaban al primer cañonazo que se disparaba en una salva. La ciudad de Játiva, ó San Felipe, tan memorable en la guerra de sucesion, blasona todavía de valiente; y si asoman descarriadas partidas enemigas les sucede aquello de Arriaza:

> Que, con puñal en mano,
> Salta á la grupa el leve Valenciano.

Alicante no llega á padecer sitio; y Cartajena, ni aun de lejos y con el anteojo, jamás alcanza á descubrir un enemigo.

Murcia, quiere, hasta cierto punto, remedar á Valencia, y además conserva el castillo elevado de Chinchilla, y el inespugnable de las Peñas de San Pedro.

No hay que citar la Mancha, pues nada supone su castillo de Conungra, cabiéndole tan solo aquello del mismo Arriaza:

> ¡Oh que bello riego
> Dais á vuestra mies!..
> Sangrientos los granos
> Se mecen despues.

Las Andalucías siguen allá paladeando el glorioso desahogo que les proporcionó la gran batalla; y al mismo tiempo alistando jente y completando armamentos; y mas habiéndose aposentado la Central, disponiendo de caudales inmensos é incesantes, en su imperial Sevilla.

¡Ah de la infeliz Estremadura! Se retira Cuesta al Guadiana con las reliquias de sus rejimientos, mal parados hasta el estremo mismo; pero pronto los completa con miles de gallardos campeones, que apenas tienen lugar de imponerse en el manejo del arma. Luego tendremos que volver á la acosada Estremadura.

Las Castillas se reducen á un panteon inmenso, escarnecido y hollado por los soberbios advenedizos; ó bien á un cauce arrollado horrorosamente por una avenida monstruosa; y la capital despavorida yace en manos de sus enemigos, sobresaliendo en codicia y tropelía los que se engalanan con el adjetivo de afrancesados; apellidando mentecatos y *papa moscas*, á los verdaderos patriotas que se alimentan de esperanzas, y entre tanto padecen insultos continuos y mortales congojas.

En Galicia Soult y Ney están asolando implacablemente el país; pero al fin prevalece la causa nacional, con ejemplar escarmiento, aun careciendo del arrimo de los Ingleses, quienes, con toda su precaucion, naufragaron á los primeros pasos de su decantado intento.

No asoman Pelayos por Asturias, pero el pueblo todo abriga siempre en su interior los arranques solariegos, que descollaron allá en los dias tempestuosos y memorables de la invasion sarracena.

¿Qué digo? la nueva plaga es todavía mas bárbara, ó por lo menos mas fementida y execrable que la primera; pues el sarraceno peleaba entrañable y fanáticamente, pero sin rebozo; y el francés fementido pregona agasajos y finezas de ilustracion, gloria y felicidad, mientras en realidad.. tala los campos y abrasa los pueblos.

Las provincias Vascongadas prosperaron al abrigo de sus *fueros*. Las primeras carreteras que asomaron en España fueron las de Navarra.

Vergara, tan célebre por su grandioso Seminario, y últimamente por el convenio final de la última guerra; se halla en el centro de Guipúzcoa, tendrá poco mas de seiscientos vecinos, y ha sabido construirse á sus propias espensas doce ó trece puentes en su territorio; al paso que en Castilla, poblaciones de diez ó doce mil almas, no aciertan á costearse la obra pública mas baladí, ó mas necesaria.

Pero Bonaparte prescinde allá de fueros y de entusiasmos, y el misterioso y venerado árbol de Garnica le supone lo idéntico que el tronco mas podrido de un pinar despreciable. Alojamientos, bagajes y abastos, y luego tropelías en pago de su inocencia y de sus amargos sacrificios, es lo único que les cabe á los recibidores primeros é indefensos del nuevo vandalismo.

Montuoso es su estéril suelo, vivificado con el teson y la industria; pero no cabe el menor asomo de resistencia, por la exorbitancia monstruosa de las fuerzas enemigas, que siguen redobladamente inundando sus valles, laderas y cumbres, y asolando el país con sus continuos desafueros.

Por este bosquejillo volandero, se está palpando, que tan solo por ciertos estremos de la Península, en Murcia, Andalucía, Galicia y tal vez Cataluña, cabe formalizar algun sistema, ó mas bien conato, de oposicion y defensa, quedando anchurosamente el centro al absoluto albedrío del usurpador, que por escasa fineza de la suerte, tiene que acudir personalmente á una llamada meramente caprichosa y temporal, pues nunca los Austriacos tuvieron sistema ni teson en sus empresas.

No hemos hecho mencion hasta ahora del menguado Portugal, que en medio de sus vaivenes y alternativas, apenas vino á servir, hasta entonces, mas que para el recibimiento y desembarcadero de las grandiosas fuerzas inglesas, que fueron llegando á sus puertos.

CAPITULO NONAJÉSIMO.

D. Benito Sanjuan. — Su carrera. — Entra en la guardia de Godoy. — Retirada de Somosierra. — Su catástrofe en Talavera. — Batalla de Medellin. — Ajena de toda táctica. — Yerro indisculpable de Cuesta. — Heroismo infructuoso de la infantería bisoña. — Parte de la caballería se soslaya en su inaccion. — Parte huye y atropella al jeneral. — Se echa menos á Sanjuan. — Consecuencias de aquel descalabro intempestivo y lastimoso. — Retirada. — Insolencia del enemigo. — Afrancesados.

ABRIL Y MAYO DE 1809.

Nació D. Benito San juan en Huesca, de alcurnia esclarecida; descolló desde luego en la milicia por gallardo, valeroso y despejado; siendo tal vez uno de los primeros oficiales de caballería de Europa. Adoleció del achaque ambicioso, harto jeneral en su carrera, y se alistó, por decirlo así, en las banderas del repartidor arbitrario de ascensos, mercedes y distintivos.

Mueve un vil escribano disturbios en Vizcaya, por intereses particulares; quebranta por adulacion los fueros idolatrados por los naturales, y logra comprometer al gobierno; esto es, á Godoy, en su propia causa. Pasa el valiente San-Juan con varios rejimientos y plenos poderes á Bilbao, y desentendiéndose allá de la abolicion atroz de los augustos fueros aragoneses por el francés Felipe V, atropella el pais, prende á los verdaderos patricios, y regresa triunfante á recibir las albricias del todo poderoso, por su espedicion inicua, que por el nombre del traidor á su patria, se llamó la *Zamacolada*.

Derrocado Godoy de la cumbre del poderío á la lobregnez de un calabozo, se desentiende San-Juan del fracaso, y luego puesta en armas la nacion entera, acude ansiosamente á las filas de su obligacion sagrada. En el mando de Somosierra quizás no fueron acertadas sus disposiciones; pero con sus tropas escasas y bisoñas, con fuerzas tan desproporcionadas á la mole y á la pujanza enemigas, mal podia atajar el torrente arrollador de la prepotencia europea. Desalojado ya de sus puntos principales, recoje en lo posible su jente y sus bagajes, y se marcha

con cautela y presteza por la carrera de Estremadura.

Llegado á Talavera, la saldadesca, siempre despechada con el vencimiento, y mas y mas desmandada con la incorporacion de tropas nuevas, le apellida traidor, vendido á Godoy por interés y por cariño: intenta guarecerse, mas se queda solo, y aunque logra trepar á lo alto de un convento franciscano, le sigue el tropel por cada instante mas enfurecido, lo derrumban á un corral, donde lo reciben miles de bayonetas, lo traspasan y arrastran, ostentándolo rabiosamente, como trofeo alcanzado contra la dominacion francesa. ¡Malogro funestísimo! como se verá luego, pues nadie absolutamente podia llenar su vacío, en un dia de batalla campal.

Como quiera, D. Gregorio de la Cuesta se aparece en Estremadura, y con su nombradía de jeneral antiguo, valiente y severísimo en la disciplina militar, se le agolpan tropas á millares, todas robustas, gallardas y rebosando de entusiasmo y afan insaciable de pelea, sin saber apenas mas que el manejo del arma y la marcha en columna. Llega Cuesta á los campos de Medellin, y al ver aquella infantería tan animosa y casi desaforada, determina dar, en el acto, batalla jeneral. Le aclama la tropa, corre á las armas, se arroja á paso redoblado, crujiendo la metralla francesa en los fusiles, y cantando las patrióticas de Arriaza, sobre el enemigo; todo lo arrolla, todo lo anonada; el francés huye despavorido por la espalda del pueblo, y no hay, en toda la inmensa línea de la derecha, mas que algazara, furia y desenfreno....

Mas ¡ay que Cuesta comete yerros capitales, lastimosos é irreparables! Ante todo, ni siquiera deja un solo batallon de retenó reserva, para acudir á donde lo requiriese el trance; luego desatiende su izquierda, compuesta principalmente de los tres rejimientos de caballería Almansa, Infante y Sugrorio de Toledo, que están á las órdenes del andaluz Villalba, quien nada dispone por sí, ni recibe órdenes del caudillo principal; y entonces se palpa amargamente la catástrofe del aragonés Sanjuan, recien sacrificado por la ciega muchedumbre.

Yace toda aquella parte de la línea en mortal inaccion, y el cuerpo de Almansa, que está padeciendo por la artillería enemiga, se va sosiayando en formacion, sin volver la espalda; mas en esto llega desde Badajoz á escape con varios escuadrones el francés La Salle, y huye la demás caballería; lo advierte el estremo izquierdo de la infantería, hace fuego sobre los fugitivos; ni aun así los detiene; acude Cuesta personalmente; lo arrollan y huellan; llegan y lo maltratan los perseguidores, y se halla luego casi solo á espaldas de la línea por aquella parte.

El enemigo, viendo la izquierda de la infantería enemiga ya vencedora, enteramente descubierta, la embistió á su salvo; y como por su bisoñez é ignorancia, no acierta á formar cuadros, ni jenerales ni parciales, todo es confusion y desconcierto, y el recienvenido va degollando sin oposicion á la tropa tan valerosa como indefensa; en número tal vez de diez á doce mil hombres, á cual mas gallardo y heróico.

Cuesta tiene que presenciar aquel cuadro tan lastimoso, aborto de su bárbara ignorancia, pues no merece otro adjetivo su temeridad; y despues de verse con la victoria en la mano, por no saberla retener, con su inaccion por la izquierda, ni poderse resguardar por carencia total de reserva, se halla ahora en la precision de retirarse precipitadamente y á donde puede, con la poquísima jente que le es dado recojer á duras penas.

Y este revés tan aciago, este descalabro tan afrentoso, se padece ¡ó dolor! en el ejido, en los mismos umbrales de aquel Medellin, patria esclarecida de todo un Hernan Cortés, del primer héroe del universo.

Amarguísimas son sus consecuencias. Yacen despavoridos y tiranizados los pueblos, yacen asoladas y desiertas las campiñas; huyen destrozados y dispersos las colonos vecinos; la opulencia del país y de la nacion es presa ya de la voracidad de una soldadesca advenediza y desenfrenada. Pero la Estremadura es como el cordel recio de un arco, que cuanto mas violentado por la tirantez, adquiere tanta mayor pujanza, y el nuevo resorte dispara con mas ímpetu, y á mayor distancia, la saeta.

Entre tanto el enemigo emponzoña mas y mas con sus huestes las provincias, y casi toda la Península; José Botella triunfa en la capital, y arenga bárbara y trilingüemente á las justicias, traidas á viva fuerza á su presencia; y forma su asomo de ejercitillo con sus parciales, perjuros á la nacion. Los afrancesados se mofan, cual nunca, de los patriotas, con los apodos de *papa moscas* y los *nuestros*, y dan por terminada para siempre la conquista de todas las Españas, europeas y ultramarinas. Y por fin se reservan á todo trance, el derecho de sobreponerse á los castizos españoles en verdadero patriotismo, y así llegará el caso de anteponer, bajo este concepto, el traidor Ballesteros y su ralea, á D. José Palafox, D. Mariano Alvarez y D. José Santocildes, cuyo teson heroico redundó en estermínio de Zaragoza, Jerona y Astorga, deseando, segun su comodísimo sistema, abrir de par en par todas las puertas á la primera intimacion, dejándose de pendencias temerarias, y allanándose desde luego á cuantas condiciones se dignase imponer el Héroe de los hé-

roes, abortado por la pedregosa isla de Córcega.

En suma, no hay desvarío, no hay atrocidad, que no se aboue y se encumbre hasta las nubes por medio de sofisterías y de patrañas.

CAPITULO NONAJÉSIMOPRIMERO.

Venida del ejército inglés á Portugal. — Wellington. — Su estado Mayor. — Su estremada disciplina. — Cuesta se rehace á su arrimo. — Toma la vanguardia. — Tiene que cejar de la Calzada de Oropesa. — Situacion ventajosa del enemigo en Talavera. — Rejimiento del rey. — Batalla de Talavera. — Toma por los Ingleses del cerro que es el quicio de todas las operaciones. — Huida de algunos regimientos españoles á la derecha. — Ira fulminante de Cuesta. — Sus providencias sangrientísimas. — Batalla de Almonacid. — Torpeza suma del jeneral Venegas. — Inutilidad de la victoria de Talavera. — Sucesos de Aragon, Valencia y Cataluña.

1809.

El gobierno inglés, siempre caviloso y siempre calculista, prescindiendo mas y mas de todo miramiento pundonoroso, y ajeno ya de toda zozobra en punto á competencias marítimas, está viendo á la nacion española, desangrada y exánime por aquel rumbo, y empeñada en una guerra atroz en defensa de su libertad y su existencia, y se brinda garbosa y profusamente, á impulsos de su propio interés, á franquear auxilios de toda clase; y plantea y envía á Portugal una espedicion poderosa, con todo jénero de acopios y avíos, á las órdenes de aquel Wellington, que luego ha de campear tantísimo en sus empresas, para siempre memorables.

Sabido es hasta que estremo se esmera, mejor dirémos, se ensaña la disciplina inglesa, tanto en el ejército como en la armada. Atrocidad y sangre son sus elementos, y el rigor allí dejenera en barbarie y desenfreno; pero en suma el resultado es siempre ventajoso, pues redunda infaliblemente en ciega obediencia y en victoria segura; y así en afianzando el objeto de una empresa, los medios, para los Ingleses, son á todo trance indiferentes.

Además, desde el tiempo del gran Newton, en Inglaterra, para todo individuo ú cuerpo militar ó civil, se han como vulgarizado las matemáticas, y así fué muy fácil á Wellington el escudarse con un Estado Mayor, como se dice en el dia, de todo desempeño, así por la parte científica ó facultativa, como por la militar, ó de teson y arrojo.

Llega Wellington á Lisboa con cuarenta mil hombres, despeja de enemigos, Portugal por el pronto, y luego los confines de Estremadura y Leon, mereciendo despues el dictado perpetuo de duque de Ciudad Rodrigo. Se rehace Cuesta á su arrimo, combina con él sus movimientos, se adelanta por la carrera de Madrid; pero su vanguardia harto endeble, para el intento de internarse en Castilla, al primer encuentro tiene que cejar desde la Calzada de Oropesa, hasta el punto importantísimo de Talavera, donde comete el yerro capital de franquear al enemigo el cerro dominante, que debia servir de quicio ú eje, para la batalla ya inevitable en aquella situacion.

En la víspera del choque general, el rejimiento de caballería del Rey, que habia estado en el norte, por un pique entre los soldados veteranos y bisoños, embiste con suma desventaja por medio de un olivar; pero tan rabiosa y desesperadamente, que por sí solo desbarata toda una gran columna enemiga, y vuelve á la línea, con las armas ensangrentadas y vitoreando heroica y redobladamente á la nacion.

A la madrugada siguiente, advierte Wellington la necesidad imprescindible de ocupar á todo trance la altura sobredicha, encarga al jeneral Hill el arriesgado intento, y aunque á muchísima costa, lo consigue (1). Se empeñan luego los Franceses en recobrarla hasta tres veces; los Ingleses los esperan siempre sentados sobre sus mochilas, se levantan al estar á tiro, y rechazan siempre á los asaltadores con grandísimo escarmiento.

A la derecha por el contrario, Cuesta, siempre

(1) Wellington no le dijo mas que estas palabras, *you must take that hill*, hay que tomar aquel cerro.

esforzado y batallador, y siempre torpísimo, malogra el entusiasmo incontrastable del rejimiento del Rey, y sobre todo el desempeño marcial del valeroso duque de Alburquerque, quien está mandando hasta dos mil hermosos caballos, á cual mas ansioso de pelear; y deja que la poderosa caballería enemiga arrolle, como en Medellin, la infantería bisoña, que huye despavoridamente á largas leguas. Cuesta, frenético y materialmente espumando de saña, envia sus ordenanzas con el encargo terminante de asir y degollar en el acto á todos los oficiales fujitivos, y con especialidad al coronel da milicias de Burgos, donde quiera que los alcancen; mas los culpados huyen con tal diligencia, que se ponen jeneralmente en salvo.

Claman los Ingleses contra el desman de Cuesta, y desavenidos los jenerales, cada cual se interna en Estremadura por diverso rumbo, y así resulta de todo punto infructuosa la victoria parcial de Talavera.

En esto hay que tener presente, como el heroismo gallego despejando por fin sus hogares de la inundacion francesa, habia arrollado y revertido á Sult y Ney sobre la línea enemiga de Estremadura, aunque muy menoscabadas de fuerzas en aquella evacuacion tan violenta, las conservaban todavía considerables; y así todos los cuerpos juntos, á pesar de su gran pérdida, constituian un ejército en estremo poderoso.

Entre tanto era tan sumo el ahinco de la Central y demas juntas para llevar adelante el armamento nacional y reemplazar las bajas por todos los puntos, que se vino á formar un nuevo ejército en la Mancha, que amagaba por aquella parte á la izquierda enemiga. Sabida la retirada del ejército combinado, debió suponer el jeneral Venegas, que merecia algun concepto en la nacion, y mandaba aquellas fuerzas, que el enemigo se descolgaria por aquella parte con todo su poderío, para esterminarle.

Sin embargo, nada prevé, nada dispone, hasta que le sorprende la caballería francesa, y hallándose en Almonacid, apoya la izquierda, como le era muy obvio, en su castillo antiguo. En su mano está el fortificarse estrechamente en derredor de aquella fortaleza, y con la ventaja de tener sus fuerzas concentradas, acudir aventajadamente al punto que convenga; pero atenido á la manía jeneral, forma su línea, desatiende su derecha, carga sobre ella, especialmente con su caballería, el enemigo; y aunque pelean bizarramente los dos ó tres rejimientos que componen aquel estremo, tienen que ceder á la suma preponderaucia, y resulta una derrota completísima y casi un esterminio en toda la línea, salvándose tan solo algunos cuerpos, muy malparados, en el ejército de Cuesta.

En medio de esta oleada de contratiempos, ní el gobierno, ni la nacion, desmayan un punto; y antes bien se aferran mas y mas en su ahinco.

Suchet, con su actividad, y su sobresaliente Estado Mayor, tienen rendidamente avasallado el reino de Aragon, en tanto grado, que poco despues hace sobre Valencia una correría infructuosa, durante la cual pudo allá el jeneral Blake, hallándose en total inaccion por Murcia y Orihuela, pudo muy bien, con dos ó tres marchas forzadas por Teruel, haberlo cortado absolutamente y metídose en Zaragoza, al parecer sin dificultad, como se lo propuso, en una memoria circunstanciada un oficial, que fué de intento en su busca; pero ya el mismo Blake, despues de haber logrado una victoria considerable en Alcañíz, padeció un grandísimo descalabro, que se llamó por entónces la Belchitada; y con aquel vergonzoso escarmiento, no se atrevió ya á dar un paso hácia el pais dominado por Suchet; y así contestó urbanamente al oficial sobredicho, que como aragonés era muy práctico del terreno, no estar en su mano el desamparar el punto de Orihuela; pues el gobierno le tenia encargado su resguardo, y así no podia mover su cuartel jeneral, sin órden espresa de la superioridad.

En Cataluña, sigue siempre el ínclito D. Mariano Alvarez defendiendo heroicamente á su Jerona, y D. Enrique Odonel, echando el resto de su marcial arrojo, logra introducir un convoy grandioso, renovar en todo ú en parte la guarnicion, y reanimar eficazmente al valeroso vecindario. No supo despues practicar otro tanto el propietario perpetuo de la desventura D. Joaquin Blake, con mayores fuerzas, y así acarreó la ruina y rendicion de la plaza.

Habia fallecido el célebre Reding por la herida mortal que recibió en Valls, queriendo contener á los fugitivos de la reñida batalla. Le sucede Odonel, y aunque temerario, se encierra en Tarragona; pero calculando que puede disponer hasta de ocho mil hombres sin quebranto de la guarnicion, logra correr acertadamente la línea de comunicacion del enemigo con Francia, y desde Villafranca, derrota ó apresa cuantos destacamentos ha dejado en su carrera. Revuelve luego sobre su cuartel jeneral, lo arrolla tambien, y lo persigue por las montañas y redondea por el pronto una campaña brillante; pero se empeña en la temeridad de ocupar á viva fuerza un pueblo por el enfiladero de una batería, ó paredon atrincherado, y lo hieren gravemente.

Mayor y mas funesta es todavía su temeridad en Vich, pues se aferra en tomar con caballería las baterías enemigas, saltando sus anchos fosos, y sacrifica bárbara é infructuosamente el hermosísimo rejimiento de la Maestranza de Valen-

cia, con cuyo escarmiento tiene que ceñirse á la defensa de sus puntos, sic que le quepa intentar mas empresas, ni aun correrías.

Respiran entre tanto Galicia, Asturias, Murcia, con parte de Valencia, y las Andalucías; mas ocurre luego una novedad importantísima, que compromete mas y mas la suerte de guerra tan sangrienta, en las demas provincias, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO NONAJÉSIMOSEGUNDO.

Masena. — El niño mimado de la victoria. — Su venida. — Sus fuerzas. — Su rumbo á Portugal. — Arrolla á Wellington. — Quien asuela el país, é imposibilita sus pasos al enemigo. — El guerrillero insigne D. Julian Sanchez. — Rechazo y descalabro de Masena en Torres Vedras. — Su persecucion y esterminio. — Su retirada á Francia. — Su trance en Vitoria. — Su riesgo inminente de caer en manos de Mina. — Su vergonzosa huida y ajamiento perpetuo de sus laureles.

1810.

El Italiano afrancesado Masena, con la defensa de Jéoova, con mil encuentros ventajosos, que le forman un catálogo, una especie de árbol jenealójico de timbres y dictados relevantes, y logra por fin apellidarse el Hijito mimado de la victoria, viene á reforzar de nuevo la inundacion enemiga con un ejército suyo, al cual se incorporan un sin número de divisiones, hasta componer una hueste muy preponderante á la inglesa, aun cuando se le reuna la española de Cuesta, retraida despacio y aumentada siempre por Estremadura.

En vista de tamaña exorbitancia, se retira Wellingtou cuerda y sosegadamente, talando á diestro y siniestro completisimamente las entradas de Portugal, é imposibilitando el triunfo de aquella invasion inmensa, y por el pronto incontrastable. Por otra parte, el vaquero de Salamanca, despues D. Julian Sanchez, coronel de caballería, apresa, con su gran partida los correos, ataja toda comunicacion, y así aquel nuevo ejército de Jérjes, se halla por cadadia en mayor consternacion y desamparo. Hambrea hasta el estremo de acudir á yerbas silvestres y vivientes inmundos, para su escasísimo alimento.

Forcejea, sin embargo, el siempre vencedor Masena, y llega con su tropa desfallecida al frente de Torres Vedras. Allí lo espera el Inglés con su línea inmensa é inespugnable. Embiste el francés denodadamente por varios puntos, y en todos ellos queda siempre rechazado con escarmiento; insiste Masena, compiten los mariscales en arrojo y pericia; pero sobresale mas y mas la artillería inglesa en actividad y acierto, causando por instantes horrorosa carnicería.

Despues de mil tentativas por derecha, izquierda y centro, desmaya por fin el Hijo mimado de la Victoria, y emprende su retirada por un país enteramente asolado, y por cada dia van en aumento sus quebrantos. Hambre, enfermedad y desaliento, con la mortandad consecutiva, acosan sin cesar á los fujitivos, perseguidos además dia y noche por tropa inglesa y guerrillas españolas.

Masena descansa y se rehacé algun tanto con su ejército en Salamanca, pide luego, á título de enfermo, su ida para Francia. Llega á Vitoria donde se aparata grandísimo convoy con su escolta competente. Sábelo Mina, por sus infinitos confidentes, y para la madrugada del memorable trance, hace por la noche una marcha enorme, sitúa sus batallones debidamente, y tendidos por el suelo sobre la bajada de Salinas, asoma el convoy; dejan pasar los batidores silenciosamente, y al llegar el centro de la comitiva, á la señal convenida se levantan, hacen su descarga general, se arrojan á la bayoneta, se rinde el comboy..... mas ¡ó dolor! el principal individuo se habia quedado en Vitoria, para salir en el segundo convoy que se estaba preparando para el dia siguiente, y con la novedad de la sorpresa, se varia la disposicion, y se providencia poderoso rrfuerzo, para afirmar el tránsito hasta le raya de Francia.

Dichosísimo fué verdaderamente en aquella ocasion Masena; pues á salir con la comitiva apre-

sada, caia infaliblemente con todos sus timbres y blasones en manos de un guerrillero, y probablemente, como trofeo memorable, fuera á salir á la vergüenza en Sevilla y Cádiz.

Entre tanto regresa desairadísimo á Francia y fallece á poco tiempo, con mayor concepto de saqueador insaciable que de guerrero esclarecido, como lo atestigua Roma y cuantos paises tuvo bajo su tiránico mando. Su hijo, mas codicioso que marcial, fué por largo plazo caudillo de tahures en el célebre garito del llamado Palacio Real, y en el dia se ignora su paradero.

Como quiera, aun despues de la retirada de Masena, quedan todavía suficientes fuerzas á los Franceses para señorear dos tercios de la Península, é imposibilitar á Wellington el obrar con el desahogo anhelado, para tomar plena y decididamente la ofensiva. Se refuerza sin embargo poderosamente en Salamanca, y emprende con denodado ahinco el sitio de Ciudad-Rodrigo, plaza recien forticada de nuevo; y defendida tenazmente por una guarnicion francesa, crecida, selecta y bien mandada.

Los Ingleses echan el resto de una gran superioridad en el manejo de la artillería, y disponen además sus injenieros todos los avances con maestría suma y acierto irresistible; y así, trás porfiada y costosísima defensa, se rinde por fin la plaza y entran ufanos los sitiadores.

El gobierno, en demostracion de perpetuo agradecimiento al jeneral inglés, lo agracia con el título, que todavía conserva, de duque de Ciudad-Rodrigo, con los emolumentos correspondientes á dictado tan esclarecido, nombrándolo tembien jeneral en el ejército español.

Avanza entonces el nuevo duque por Castilla; pero con pausa muy lenta, teniendo que resguardar eficazmente su espalda, para mantener siempre espedita su comunicacion con Portugal, que es el arrimo y el arranque de todas sus operaciones. Entre tanto el enemigo, con incesantes refuerzos, sigue invadiendo todo el norte de la Península, y apoderándose de Bilbao, Santander, Asturias y aun confines de Galicia, parajes mal defendidos siempre por la tropa bisoña y los desgobernados guerrilleros, á las órdenes de Mahi, Ballesteros y otros varios.

Volveremos á hablar de estos sucesos, ahora anticipados.

CAPITULO NONAJÈSIMOTERCERO.

Cartaojal derrotado en la Mancha. — Procesado. — Queda la causa en olvido. — Recibe el gobierno caudales cuantiosos é incesantes de América. — Aparata un ejército brillantísimo. — Da el mando al jeneral Arcizaga, absolutamente negado para tan arduo desempeño. — Tramonta Sierra Morena. — Baja á la Mancha. — Descalabro vergonzosísimo de Ocaña. — De cuarenta mil hombres, veinte y tres mil prisioneros. — Consecuencias. — Desamparo de la Mancha y de otras provincias. — Línea endeble y desatinada en Despeña-perros.

1809 — 1810.

Refriega campal viene á ser, en aquella temporada, equivalente, para la infeliz España, de contratiempo y desdicha.

Sigue sin embargo y se agrava mas y mas la manía reinante de batallas jenerales, en terreno indefenso, con tropas bisoñas y caudillos absolutamente idiotas y temerarios, contra huestes veteranas y victoriosas de mas de veinte años, mandadas por jefes engreidos y habilísimos.

Junta el conde de Cartaojal, oficial antiguo de Guardias españolas, un ejército considerable, como de veinte mil hombres en la Mancha, y constándole los movimientos y fuerzas del enemigo, no toma precaucion alguna, se deja sorprender y atacar con suma desventaja, y ocasiona una derrota completa, con quebranto horroroso para el pais, acosado mas y mas de saqueos tremendos y tropelías incesantes.

Estalla un clamor jeneral contra el vencido, tachándolo de torpe, cobarde, y como era la cantinela reinante á la sazon, de *traidor*, y por consiguiente reo de muerte. Así lo conceptúa, ó lo aparenta el gobierno, y lo manda procesar ejecutiva y rigurosamente; pero el descalabro, y el trastorno para la desventurada Mancha, son positivos y dolorosos, y el castigo del culpado remoto, incierto ó ninguno, como se ve-

rificó realmente, con el raudal de nuevos desastres que sobrevino á pocos meses.

Sigue entretanto el gobierno recibiendo continuas millonadas de pesos fuertes, particularmente de Méjico, y así le cabe el grandísimo desahogo de poder absolutamente prescindir de los productos caseros para acudir á las urjencias corrientes, y aun le resultan sobrantes para entablar, sostener y redondear un armamento poderosísimo, y cual jamás habia logrado aprontar la nacion.

Bajan luego de la Sierra á las llanuras atónitos cuarenta mil hombres, todos, aunque noveles, denodados y ansiosísimos de llegar á las manos con el enemigo. Sobresale la caballería, y ante todo una columna de nueve mil granaderos, á cual mas arrogante y engreido, al mando del valeroso Zayas. Cada soldado lleva consigo, ú en los bagajes, hasta tres vestuarios; sobran víveres, pertrechos, artillería, y cuanto cabe imajinar para el complemento colmado de un ejército nunca visto.

Mas todo este aparato es lo mismo que poner el enorme lanzon, y demás armas de Aquiles en las manos ternezuelas de un enanillo.

Con efecto, es absolutamente increible la ceguedad rematada del gobierno que entrega un mando tan importante al guipuzcoano Aréizaga, oficial tal vez de algun valor, pero enteramente negado, aun para la comandancia de dos ó tres mil hombres. El torpísimo adalid reconoce su total insuficiencia, y se la manifiesta paladinamente al gobierno, el cual con ínfulas ridículamente caballerosas, le contesta con estas idénticas palabras: « Esa misma modestia compromete y obliga al gobierno á confiar á V. E. las fuerzas de la nacion. »

Al entrar en la Mancha, se forman las divisiones con algun arreglo; pero luego se agolpan inconsideradamente y sin el desahogo debido para maniobrar y sostenerse y ensancharse en los movimientos tácticos que requiere el trance. Una division, por casualidad, avanza sobre su derecha hasta el puente de Villamanrique; pero su comandante Echevarri, desconceptuado ya por su escapada y dispersion total en Alcolea, no es capaz de utilizar su importantísima situacion, para emprender una marcha forzada por la campiña de Arganda; y mientras el enemigo se halla con todas sus fuerzas por Aranjuez, entrar triunfalmente en Madrid, y apresar tal vez á José Botella, ó por lo menos á su comparsa.

Entre tanto se agolpan mas y mas las divisiones, revueltas las diversas armas, y sin asomo de disposicion táctica; los jenerales Zayas y sus compañeros; con infinitos jefes, en vez de apersonarse y chancear con su tropa, emplean la noche en *tahurear*, empinar y reir; amanece, ve el enemigo aquel estremado desconcierto, y con fuerzas en estremo inferiores, embiste á su salvo por donde le parece, arrolla el centro, y revuelve sus avances á diestro y siniestro, y á todo su albedrío. Parece que el regimiento provincial du Chinchilla es el primero en volver la espalda, y luego le siguen todos arrojando las armas y huyendo á carrera, sin saber á donde. La columna de nueve mil asombrosos granaderos, capaz de abrirse paso por medio del ejército mas crecido y poderoso, se rinde sin disparar un tiro, ni descargar una cuchillada. En fin todo es baldon, todo vileza y todo afrenta sempiterna.

Gloria inmortal á los batallones de Guardias Españolas, los rejimientos de Marina y el quinto de Sevilla, que se forman en las eras de Ocaña, hacen frente á cuantas columnas los embisten, hasta que por fin, aislados y mas y mas embestidos por todas partes, se rinden honrosamente; componiendo veinte y tres mil prisioneros de los cuarenta mil que componian aquella hueste brillantísima y tan bárbaramente malograda.

Llega á Madrid é inunda el Prado aquella muchedumbre, no ha nada tan gallarda y lujosa, y ahora hambrienta, desnuda y abatida. Alojan, ó mas bien acantonan, á la oficialidad en el Retiro; acude ansiosamente el famoso y afrancesadísimo jeneral de Marina Mazarredo, en busca de sus compañeros, junta á cuantos puede, encabeza su arenga con un panejírico del irresistible emperador Napoleon, redentor del jénero humano, brinda con ropa, ascensos y dinero; mas los heróicos marinos, ajustándose los andrajos á sus descubiertas carnes, le vuelven *todos* la espalda, lo dejan boquiabierto y colgado, en medio de su retórica, y tiene que volverse solo y avergonzado á su albergue.

Entre tanto llega á Sevilla el noticion mortal de la inesperada catástrofe, y el gobierno despavorido palpa la insensatez de sus nombramientos y la ceguedad de todos sus pasos. Insiste, sin embargo en sus desbarros, é intenta resguardar los desfiladeros de la Sierra, ya en Despeñaperros, ya en otros puntos, cubriendo una línea inmensa con doce ó quince mil hombres, debilitando hasta lo sumo por todas partes su defensa.

Al mismo tiempo el enemigo, ufanísimo con aquel triunfo tan ventajoso y tan barato, se apropia los miles de carros que cubren la Mancha, cargados de víveres, pertrechos y equipajes, y atropella mas y mas los indefensos pueblos; tratando como esclavos ó unos fanáticos que en medio de tantísimos desastres, viven siempre esperanzados de que por fin ha de ser su-

ya la victoria y han de venir á disfrutar las delicias de su anhelada independencia.

Trás la catástrofe inaudita y vergonzosísima de Ocaña, se conserva unida la division de Vigodes, y luego se rehace con algunas mas tropas, en Despeñaperros. Se les incorporan refuercillos siempre bisoños de Andalucía, cuyo conjunto viene á bosquejar con remedo enanillo, una sombra fútil de la hueste brillantísima que acaba de bajar á la Mancha, y se hundió, como un sueño, en la nada. Sin embargo, para corroboracion del tema perpetuo del gobierno en hacer, disponer y practivar lo diametralmente opuesto á cuanto se requiere, se empeña ahora en resguardar los inumerables pasos de la Sierra, por espacio de mas de treinta leguas, con un ejercitillo de veinte mil hombres despavoridos, no cabiéndole ni á mil hombres por legua, y por consiguiente, franqueando absolutamente el tránsito al enemigo, por el punto que le acomode embestir con cuatro ó seis batallones.

Entretanto se redoblan por mil partes las tropelías con el mas rematado desenfreno, impera José Botella, siempre á las órdenes terminantes y estrechísimas de su hermano, afanado siempre en batallar por el norte, y en suma campean por Madrid y por donde quiera los afrancesados, repitiendo mas y mas sus risas, y entonan sus escarnios contra los papa-moscas y desventurados patriotas, que no amainan un punto de su teson heróico, y de su encono mortal á la prepotencia de sus implacables opresores.

Amarguísimos y continuos son los padecimientos por el centro de la Península; pero mientras respiran, todavía intactas y florecientes las Andalucías, estremados son tambien los quebrantos por las demás provincias, como para ir conservando el hilo de la Historia, es forzoso manifestarlo, con la estension proporcionada al total de los acontecimientos, como se verá, segun el plan invariable de la obra, en el capítulo siguiente.

Trás esta reseña esmerada, volvamos á ir poniendo de manifiesto los yerros continuos y mortales del insensato gobierno.

CAPITULO NONAJÈSIMOCUARTO.

Aragon, Valencia, Murcia y las Baleares. — Cataluña. — Jerona, Tortosa, Lérida. — Desastre criminal fatalísimo de Margaléf. — Torpeza suma de Odonel. — Variacion de mandos. — Reding, Blake, Campoverde, Odonel. — Las provincias del Norte. — Navarra. — Vizcaya, Asturias. — Galicia. — Castilla. — Estremadura. — Andalucía.

1810.

Yace Aragon; sus timbres lloran, y el majestuoso Ebro tiende su vaga y silenciosa faja por un sepulcro.

Valencia y Murcia siguen ufanas con su deleznable y ridícula fortificacion de tapia, y cuando mas fajina, fofa é inservible para el intento; pero Cataluña forcejea desesperadamente con un sin número de enemigos poderosos é implacables.

Continua Jerona aferrada en su heroismo; y aunque aportillada y casi demolida, D. Mariano Alvarez, como allá el memorable varon de Horacio, alza entre los escombros su frente serena, y comunica su teson, verdaderamente sobrehumano, á cuanto le rodea y le idolatra. Nadie le socorre, nadie le alienta, y su alma permanece siempre inalterable.

Las demás plazas están por lo mas padeciendo iguales quebrantos.

Valiéndose del ardid injeniosísimo de una llave para abrir la poterna principal del foso, el Doctor Rovira recobra con su partida la inmensa plaza de Figueras; pero acude luego el enemigo á bloquearla con grandísimas fuerzas; y como nadie absolutamente asoma en su auxilio, tiene que rendirse, y queda lastimosamente frustrada tamaña heroicidad.

D. Miguel de Lili, conde de Alacha, oficial de Guardias españolas, y valenton como Alvarez, se halla de gobernador, comete un sin fin de yerros, que acarrean la perdicion de la plaza; despues se le procesa, y por último se le ahorca en estátua, pero todas estas demostraciones, mas ó menos justicieras, no reponen el que-

branto padecido en punto tan importante.

Lérida, cuyo castillo, bien defendido, es absolutamente inespugnable, se halla sitiada con las exorbitantes fuerzas de Suchet, quien por cada dia estrecha mas y mas sus avances contra la plaza; y entonces Odonel, que tiene en Tarragona sobradas fuerzas, determina salir en busca del enemigo, y hacer levantar aquel sitio á todo trance.

A mas de mitad de camino, en un paraje llamado Margalef, marchando siempre sin formacion adecuada y sin prevencion alguna, se deja sorprender por un solô cuerpo de coraceros; y sin disponer contraresto ni defensa ejecutiva y competente, se rinde todo un conjunto de cinco ú seis mil hombres selectos, salvándose Odonel á escape, y causando un daño enorme á Cataluña, al ejército y á la nacion entera (1).

Con tales ínfulas, los enemigos estrechan mas y mas á Lérida; se apoderan del barrio de la Magdalena, al nordeste de la ciudad, é intiman la rendicion á la plaza y los fuertes. Se halla de gobernador García, tambien de Guardias españolas; y aunque el castillo, colmadamente abastecido, no debe rendirse ni en meses ni en años, el despreciable jefe, cediendo á los lloros é instancias de su esposa Eulalia, lo entrega juntamente con el fuerte de Gardeñ.

(1) El sombrerero Suchet, transformado por la revolucion en mariscal, insultó soezmente á los prisioneros, por hacer armas contra todo un emperador Napoleon, y contestándole un brigadier de Guardias españolas: «Nosotros obedecemos á nuestro gobierno,» le amenazó el vil malvado de pasarlo por las armas, si él ú otro, prorumpian en espresiones semejantes, tratándolos á todos de bandoleros y forajidos.

Luego en Paris, el mismo Suchet blasonaba de haber tratado *siempre muy caballerosamente á todos los Españoles*. ¡Qué pundonor! ¡qué crianza!

Fatalísima fué la catástrofe de Ocaña, como allá en lo antiguo la batalla de Canas para Roma; pero es todavía mas criminal, si cabe, y en todo vergonzosísimo el descalabro de Margalef (1), por sí mismo, y por sus inmensas resultas, feneciendo desde luego Lérida, y poniéndose ya el enemigo en el disparador para amagar poderosamente á Tarragona, y estrechar mas y mas Jerona; aunque manteniéndose Hostalrich y Cardona, siempre intactas.

Pasando ahora á las provincias del norte, avasallada la Navarra con la ciudadela de Pamplona, y los movimientos incesantes de tropas francesas; aunque Mina y otros guerrilleros no cesan de acosar á los cuerpos inferiores, no hay ánimo, ni punto de resistencia contra sus fuerzas exorbitantes. Las infelices Vizcayas, por cada dia yacen mas exhaustas é inmobles con la inundacion redoblada que las huella y anonada mas y mas por instantes. Ni riscos, ni breñas, resguardan ya las montañas de Santander, Asturias y aun parte de la Galicia; y hasta las Andalucías estan ya padeciendo suma zozobra con el amago de invasion poderosísima por las gargantas de Sierra Morena, débil y torpísimamente guarnecidas por tropa escasa, desalentada y repartida á bulto por puntos distantes é indefensos, brindando con su tránsito al enemigo. Castilla y Estremadura siguen con sus quebrantos.

(1) Un oficial de artillería se encontró casualmente con dos soldados aragoneses huidos de Margalef, y lamentándose con ellos de tamaño y tan indebido descalabro, prorumpe uno de ellos, con el tonillo semilloron del país: « Esta vez hemos perdido, otra vez ganarémos: ¿cómo ha de ser? »

Este aferramiento incontrastable, este *no importa* en los desastres, ha sido el milagroso salvamento de la nacion.

CAPITULO NONAJÈSIMOQUINTO.

Muerte de Moñino, presidente de la Junta Central. — Su gallardía, su despejo y su agrado. — Su ignorancia en literatura y en política. — Su carrera, sus enlaces y su aceptacion en Roma. — Venida al ministerio. — Guerra con los Ingleses. — Desbarros en el gobierno. — Sitio costosísimo y absolutamente infructuoso de Jibraltar. — Desastre de las flotantes. — Paz con los Ingleses. — Revolucion de Francia. — Accesion al convenio de Pilnitz. — Su caida, destierro á Murcia. — Vive en Hellin. — Su prision violenta en la ciudadela de Pamplona. — Su salida. — Caida de Godoy. — Llamamiento de Moñino al gobierno. — Su protesta reservada en el ayuntamiento de Murcia. — Su inutilidad en la presidencia de la Junta Central. — Su fallecimiento en

1810.

Aunque en el campo mas ó menos dilatado de la Historia presente, queda ya retratado hasta cierto punto el personaje que va encabezado en este capítulo, nos ha parecido oportuno el dedicarle todo su contenido, por la suma trascendencia de su largo ministerio, para la suerte de la nacion, en sus partes fundamentales de lejislacion, letras, armas, prosperidad ó menoscabo; y aunque tal vez incurramos, al bosquejar este nuevo resumen, en alguna repeticion, conceptuamos disculpable semejante lunarcillo, á trueque de redondear mas cabalmente el objeto, de suyo interesante, que no podemos menos de ofrecer en este lugar á la discreta consideracion de nuestros lectores.

Nació D. José Moñino, casi á mediados del siglo anterior, de padres hidalgos, en la ciudad de Murcia. Fué su educacion la vulgarísima de gramática, filosofía añeja y bárbara, y jurisprudencia romana, absolutamente inservible para la práctica española.

Descolló luego, sin embargo, y recibiéndose de abogado, mereció aceptacion señalad en sus propios hogares. Mezquino teatro para sus prendas era el de Murcia; y asi, pasando á Madrid, se hizo lugar en todo el colegio, y ascendió al cargo eminente de fiscal del Consejo; mas no eran sus fuerzas para competir en su ramo, como en otro alguno, con el Alcides incontrastable, con el gran Campomanes.

Mereció no obstante Moñino suficiente privanza, para luego pasar á Roma; donde, si bien jamás pudo encumbrarse á la altura en que despues brilló tantísimo el célebre D. Nicolás de Azara, desempeñó allá con aceptacion el destino, siempre, segun la espresion de Horacio, halagüeño y provechoso, de Enviado nuestro en la antigua capital del mundo, y con el vuelco memorable de codiciosa *italianada* en Madrid, lo trajo Cárlos III consigo, confiriéndole el ministerio de Estado, por el pronto, y luego tambien el de Gracia y Justicia.

Peregrinas y aun teatrales vienen realmente á ser sus audiencias. Persona gallarda, rostro placentero, ademan espresivo, habla fina y suelta, aquí una sonrisa conceptuosa y fementida, allá una carcajada familiar y cortesana, acullá un apreton de mano sobre lo íntimo de su pecho, todo embelesa, todo promete montes de oro en el ministro incomparable; pero todo desconsuela y retrae luego con el tardío y amargo desengaño. Mas al cabo algunos han de ser los agraciados, y si se agolpan los aspirantes á millares, tambien son muchos los destinos y frecuentes las colocaciones.

Florecen á la sazon las sociedades patrióticas, bajo la norma de la Vascongada; sabe Florida Blanca, pues con este título se le conoce luego en toda Europa, que en Zaragoza el canónigo Hernandez Larea rebosa de afan por el fomento de las artes manuales y de la industria popular; y allá va, sin mas recomendacion, el deanato de la misma iglesia, que se ha de convertir luego en mitra de Valladolid.

Ve y celebra en el alma, que en el mismo pais, el gran Piñateli se encargue, sin sueldo ni emolumento alguno, de la Direccion, ó sea Protectorado, de la Azequia Imperial, y allá van le-

tras y letras preñadas de millones (1), y la obra, á pesar de tropiezos y oposiciones, prospera, campea y se consuma, con asombro de cuantos la presencian, dándola siempre por imposible, hasta que el gran Protector llega, embarcado y triunfante, al mismo paseo de Zaragoza.

Pero el ministro despejado y balagüeño padece la tacha de farsante y despótico, y se le disparan censuras y sátiras amarguísimas, y entre ellas la de una especie de periódico, intitulado el Duende, que aparece puntualísimamente debajo de la servilleta, al sentarse á la mesa Cárlos III. Entonces el dechado de farsa palaciega se enoja y se encona, y por último aborta la atrocidad de una especie de Inquisicion civil, no menos irracional é implacable que la religiosa, poniéndola á cargo de un tal Cantero, quien prende, encarcela, destierra y estafa arbitrariamente personas viciosas ú honradas, sin apelacion, clemencia ó demora; hasta que el esceso de aquella tiranía turca, ó mas bien salvaje, precisó al Consejo de Castilla, á recurrir directamente al monarca, y logró por fin cortar los vuelos del malvado, y atajar su bárbaro desenfreno; pero siguió por algun tiempo, aunque con menos escándalo, y fué siempre un borron feísimo é indeleble para su establecedor inicuo y fementido.

Dedicóse entre tanto á la construccion imprescindible de las carreteras, ideadas allá por el esclarecido rejenerador universal Ensenada, y desde luego se emprendió con ahinco la de Valencia; pero se torció y alargó indebidamente su direccion, encaminándola al punto de Albacete, para que sirviese al establecimiento del rumbo de Murcia, patria del mandarin absoluto.

Éralo tambien para el nombramiento de sus compañeros, constituyéndolos meros sirvientes de su albedrío, y prescindiendo de sus antecedentes ó su desempeño, como se vió en la colocacion, para el peliagudo é importantísimo ministerio de Hacienda, con un Llerena, que habiendo sido cebadero en el meson de su pueblo Valdemoro, no pudo caberle la menor educacion, ni el menor asomo de carrera. En suma, Florida-Blanca, á pesar de su residencia en Roma, y su roce mas ó menos íntimo con sabios eminentes, nunca llegó á desalojar de su ofuscado celebro las máximas y doctrinas de Ulpiano, Paulo y demás leguleyos imperiales, venerándolos siempre como oráculos infalibles. Permaneció pues aferradamente absolutista de profesion.

Otro tanto debemos decir en punto á Humanidades, ó amena Literatura; pues lejos de saber la historia literaria de Francia, Inglaterra, y aun de la misma Italia, se mostraba forastero en el conocimiento de los clásicos antiguos, tan trillados en las manos, y tan frecuentes en la memoria, de todo mediano literato; quedando así en la clase ínfima de un ignorante (1).

Pero vamos ahora al objeto fundamental de un Estadista de profesion, que es la acendrada, ó sea la recóndita Política. Abrigaba Cárlos III entrañable ojeriza á los Ingleses, desde que, con el amago de un bombardeo ejecutivo, le precisaron á firmar en Nápoles un tratado indecoroso; y despues Florida-Blanca, en vez de contrarestar, ó por lo menos amortiguar, aquellos ímpetus, lo abocó al derrumbadero (2).

Con efecto, enconando mas y mas el odio del monarca, se amistaron España y Francia con los Americanos contra Inglaterra, con cuya enorme imprudencia y éxito victorioso, se ostentó á nuestras colonias un ejemplar perniciosísimo, que no podia menos de acarrear en lo sucesivo la sublevacion jeneral y el desvío perpetuo, con reconocimiento diplomático.

Luego la guerra se condujo torpísimamente, así en Europa, como en todos los puntos del globo. La primera campaña se redujo á ostentar por el canal de la Mancha, una escuadra de 75 navíos de línea; esto es, la armada mas formidable que jamás vieron los mares, sin fruto alguno; pues no merece el nombre de resultado militar el arrinconamiento de las fuerzas inglesas en sus puertos, por una temporadilla.

Siendo con efecto tan preponderantes las nuestras, debió desde luego enviarse una espedicion incontrastable á la India Oriental, y otra mas poderosa á Jamáica, como se trató cuando ya estaban entablados los preliminares de la paz jeneral. Aquel era el punto verdadero de ataque contra Jibraltar y contra el predominio inglés en el orbe; al paso que se emprendió y se sostuvo aquel desatinado sitio con los infaustos auspicios, de la quema de nuestras obras costosísimas y absolutamente inútiles; y luego

(1) Las letras de Florida-Blanca eran muy efectivas, y no como la memorable de D. Quijote á favor de Sancho: *Por esta primera de Pollinos* etc.

(1) Se cuenta en Madrid, que presentándole D. Tomás Iriarte su difusa, prosaica y vulgarísima traduccion del Arte poética de Horacio, le contestó el ministro misteriosa y balagüeñamente: «Lo agradezco infinito, amigo mio, pero quisiera que V. se dedicase á traducirnos la Epístola á los Pisones» ignorando por lo visto, que uno y otro, como saben todos, era idéntico. *Se non é vero, é ben trovato.*

Se deleitaba Moñino hasta lo sumo con las ridiculísimas comedias de *Figuron*. ¡Qué desvarío!

(2) *Impulit ruentem*; dice el incomparable Tácito, con su sin par laconismo, y su acostumbrada y poética sublimidad.

con el desastre memorable de las bárbaras flotantes; aborto de un vil advenedizo, aprobado vergonzosísimamente por el jeneral de aquel ejército, por el ministerio y por el monarca.

En la Habana, se consumió, como ya se dijo en el contesto de la Historia, la enormísima suma de treinta millones de duros, para tomar á Panzacola, la Móvila y otros puntos de cortísima trascendencia, para el objeto jeneral de la guerra.

Exhausto ya el gobierno inglés, tiene que, hacer la paz; y aunque reconoce la independencia de sus colonias, cabe el sacar mas ventajas para los aliados; y así ni se debió emprender aquella guerra por parte de los aliados, ni mucho menos se debió ajustar la paz tan apresuradamente como se hizo; pero Florida-Blanca en España y Verjenes en París, entrambos medianillos estadistas, ni comprendieron los alcances de su situacion, ni sacaron por consiguiente el partido ventajosísimo que, al parecer, estaba en sus manos.

Sigue en la paz Florida-Blanca gobernando con cierto esplendor; emprende canales que escepto el de Aragon, no se realizan; se ejecuta algun trecho en el de Castilla, se queda en su arranque el importantísimo de Murcia, para regar el fértil y siempre seco (1) campo de Cartajena; continuan las artes pacíficas, particularmente las liberales, floreciendo con mas brillantez á la sazon, que en todas las demás naciones civilizadas.

Ya se habló con estension de las juntas de premios, donde los primeros injenios de Europa, Melendez en verso y Jovellanos en prosa, entonaban sus escritos inmortales; los Aragoneses y primeros pintores igualmente de Europa, ostentaban sus rasgos peregrinos, ó mas bien divinidades, en la inmensa techumbre del gran templo de Zaragoza; Ibarra, tambien aragonés, é igualmente el primer impresor conocido, asombró la Europa entera con su Salustio del Infante, y su Quijote de la Academia, y todos los demás ramos de esta clase, iban siguiendo y prosperando con un auje imponderable.

Fallece luego Cárlos III, cuyo gobierno, como ya se dijo, adoleció de cuatro ú cinco desastres á saber: el de Argel, muy culpable, como tambien el del puerto de Santa María y el de las flotantes, y los dos irremediables del teatro de Zaragoza y de la inundacion de Sanguesa; fué jeneralmente próspero y progresivo para la industria y el comercio, y sobre todo, como se dijo tambien, de ningun modo fue reinado de mujeres, como lo fueron los dos anteriores, y sobretodo el posterior.

(1) Sabido es el dicho vulgar del Serenísimo reino de Murcia.

Cárlos IV, cazador maniático, al par de su padre, acoje afectuosa y colmadamente á un ministro veterano y espedito, que le escusa todo ahinco y detencion en el despacho de los negocios. ¡Mas ay, que en el mismo palacio asoma el embrion de un aborto aciago, trastornador de la monarquía y acarreador de su total esterminio! El guardia Godoy tiene absorta y avasallada á la soberana, y amaga dar al través con la privanza ilimitada del mandarin añejo y endiosado. Propone Florida-Blanca el envio del temible Adonis a viajar por Europa, a fin de instruirse y amaestrarse, principalmente en el ramo de la guerra, para ventaja y prosperidad del Estado entero. Mas la nueva Mesalina queda al golpe enterada del rumbo y paradero de aquel intento fementido; y segun el rasgo sublime de Virgilio (1) ¿quien burlará las mañas y el alcance de una pasion incontrastable (2)?

Desde aquel punto se falla la sentencia irrevocable de reparacion ejecutiva del proponente. Se echa mano, por via de *comodin volandero* y como dicen ahora ministro de transicion, del viejísimo Aranda, muy conceptuado en la nacion, y por consiguiente muy á propósito para desempeñar el papel de galan en la brevísima farsa que se va á representar, con aceptacion jeneral de nacionales y estranjeros.

Se fulmina el decreto, y sale Moñino con todos sus honores y sueldos, para Hellin, pueblo de alguna consideracion, donde en su mocedad se habia restablecido de una dolencia.

No bien se apea en Hellin, cuando desaparece toda necesidad, todo conflicto del venturoso vecindario, tal es la lluvia de oro, como allá en la fábula, esto es, la profusion con que reparte sus dádivas el desinteresado ministro. Trae y costea colmadamente una compañía cómica muy apreciable, donde trabaja la Ignacia Cueto, trájica de sumo desempeño. Asiste el conde diariamente y agasaja espresivamente á toda la concurrencia, enloquece el pueblo con fenómeno tan benéfico y halagüeño (3); los infinitos

(1) *¿Quis fallere possit amantem?*

(2) Omitimos aqui el yerro capital de Florida-Blanca con el armamento nunca visto, y luego *infructuoso*, en el año de 1730, rindiendo con el tratado de Nootka torpísimo acatamiento á los Ingleses, por cuanto este punto queda ya desempeñado con la estension competente en el debido lugar de la presente Historia.

(3) Ciertas particularidades retratan mas al vivo á los personajes que sus acciones principales, que suelen ser de mera farsa, y siguiendo el carril trillado.

Una noche asoma en la puerta del teatro, en un intermedio, la familia del conde de Clavijo, que iba de paso, y la condesa adelantándose á saludar al des-

agraciados en su largo ministerio, le escriben á centenares, cartas que el mayordomo lleva á casa y estiende sobre la mesa, tal vez con sobrada ostentacion, cuando sobreviene una trajedia, mucho mas dolorosa que cuantas está representando la Ignacia.

Adviértase que se halla de correjidor en Hellin D. Julian Ugarte, americano, militar y traido á España, por disposicion del mismo Florida-Blanca, con otros muchos, por la asonada de Tupac Amaru; pero sincerada su inocencia, lo habian colocado en aquel destino.

Un dia el conde tiene la *humorada* de llamar á los músicos del teatro, y disponer una serenata para aquella misma noche, con el fin de distraerse y rendir aquel obsequio personalmente á todas las señoras del pueblo. Sobreviene por la tarde gran tormenta, se ponen las calles intransitables, y se traslada para la noche siguiente la funcion, ó mas bien el pasatiempo, que no llega á verificarse.

Anochece sin cuidado alguno, y muy á deshora golpean recia y redobladamente á la puerta del correjidor, tomando la voz del rey con priesa y misterio. Suben los golpeadores y se aparece muy de ceremonia todo un alcalde de Corte, llamado Codina, que en premio de su proeza, ascendió luego á consejero, de Castilla, y dice reservadamente al correjidor, que trae órden del rey, para llevarse preso al conde de Florida-Blanca. El correjidor le contesta, que respeta, como debe, los decretos del monarca, pero que no es hora de conmover una familia tan digna de todo miramiento, y mucho menos de incomodar y quitar el sueño á sujeto tan esclarecido, pudiéndose verificar la prision, sin reparo á cualquiera hora de la madrugada; insiste el comisionado, temeroso de alguna comocion del pueblo á favor del reo; el correjidor se sonrie manifestando que de todo responde; mas al fin tiene que ceder á las instancias terminantes del comisionado.

Van allá, entran, está el conde durmiendo, llega la fantasma con sus hopalandas metiéndose por el interior de la alcoba, y dando vuelta al lecho, despierta y sobresalta á su individuo. Este se escusa al pronto con el quebranto de su salud; mas luego se rehace, se reviste de entereza, alienta y consulta á todos; pídenle sus papeles, los van echando en un cofre, le requieren todas sus cartas, las tira al baul con enfado, y por fin lo arrebatan y luego, tratándolo con poquísima atencion en el camino, por último lo encierran arbitraria é inhumanamente en la ciudadela de Pamplona, donde permanece incomunicado por algunos meses.

Para cohonestar algun tanto, primero el desvío y despues la bárbara tropelía de Florida-blanca, entra al pronto de *comodin* Aranda en el ministerio principal, y se encuentra con que su antecesor habia desde luego accedido al convenio de Pilnitz, fraguado allá por los príncipes alemanes y franceses, contra la revolucion francesa. Opina el nuevo ministro cuerdamente, por desentenderse de tan pernicioso compromiso; pero á pocos meses, orillado bochornosamente Aranda, ratifica Godoy el empeño de Floridablanca, siguiendo este mal preso sin encausarlo, hasta que por fin con rendimientos humildes y certificaciones facultativas, lo desempozan de su mazmorra, y lo dejan vivir á sus anchuras; con una pension cuantiosa, en Murcia, donde reside ya en su casa, ya enclaustrado, y se pasea en modesta berlina á su albedrio, y las jentes lo señalan con el dedo apellidándolo por lo general *hombre grande*.

Aunque la catástrofe que vamos á referir ocurrió muy posteriormente á su ministerio, fué sin embargo primitiva y orijinalmente por culpa suya, aunque en realidad involuntaria. Es el campo de Lorca el mas fértil de toda la Península, pues acudiendo las aguas, suele rendir hasta el cincuenta, y aun el sesenta por uno; pero la situacion física del *serenísimo* reino de Murcia acarrea la fatalidad de que los levantes arrollen los nublados impetuosamente sobre la sierra de Segura por una parte, y por la otra los vendavales fijen tambien las nubes sobre la misma cordillera, sin trascender á las campiñas orientales.

Hay en el término de Lorca suficiente caudal de aguas, que detenidas desde el invierno en depósitos competentes, sacian y reaniman la campiña por la primavera. Habia ya un pantano de corta estension, pero se ideó luego otro mayor y adecuado para el intento. Tenia Florida-Blanca un cuñado, llamado Robles, sujeto despejado y activo, mas no hidráulico de profesion, y este fue el encargado y el árbitro de una empresa absolutamente facultativa, y por supuesto de suma trascendencia. A la caida del ministro, como

terrado se quita el sombrerillo que lleva de camino; pero Florida-Blanca ase al golpe el sombrero y con su propia mano se lo encasqueta de nuevo á las viajeras, y luego le habla y la obsequia con un gracejo y un señorío que deja hechizado y absorto á todo el auditorio. Sigue toda la noche en los mismos términos, enviando ademas á los comediantes un regalo estraordinario, con el encargo de que se esmeren y aun echen el resto de su desempeño, para divertir y obsequiar cumplidamente á huéspedes tan acrredores á toda atencion, y que se marchan á la madrugada. Por tales medios, que le eran por supuesto naturalisimos, tenia cautivados Florida-Blanca los ánimos de todo el país.

Robles habia manifestado desempeño en la conduccion de la obra y pureza el en manejo de sus caudales, siguió años con aquel importantísimo encargo.

Iba ya el pantano grande suministrando el riego competente muy á satisfaccion de los riquísimos hacendados, cuando se jeneralizó la voz de que rezumándose cuantiosamente el agua por varias partes, flaqueban los cimientos, amagando con pronto y pavoroso desastre. Desprecia Robles altaneramente el torrente jeneral, y nada quiere providenciar; llega el trájico desengaño, acude ansiosamente á presenciar el fracaso, mira allá la columna de agua con mas de veinte varas de frente, que va arrollando casas y barrios enteros; quiere ponerse en salvo; pero la inundacion lo alcanza, lo vuelca y sepulta con la caja del carruaje, mientras el cochero se salva, nadando las mulas y arrastrando la parte delantera, hasta larguísima distancia.

Era con efecto el cimiento en estremo superficial, para el empuje de tan inmensa mole; y quedó la obra formando un puente, que permanece todavía en su estado deplorable, estado de inutilidad y carencia de riego. Perecieron jentes en los barrios bajos de la ciudad que tardaron en huir á la parte mas elevada que el cauce de la corriente; y sobre todo causó un daño de largos millones, con la falta por tantos años de aquel indispensable socorro (1).

En esto Florida-Blanca, separado ya del ministerio, pudo recapacitar la trascendencia inmensa de su indiscreta predileccion á la parentela.

(1) En medio del trance, tuvo el correjidor de Lorca la preciosa advertencia de enviar al de Murcia un mensajero ajilísimo, que llegó exánime á tiempo para avisar y providenciar lo mas urjente para evitar muchos estragos, como se logró por todas aquellas huestes. Favorecieron en aquel rato los jiros y revueltas que dan las llamadas *Sangoñeras*, esto es las corrientes que median entre Lorca y Murcia.

En medio de aquel profundísimo sosiego, sobreviene la conmocion de Aranjuez, y compitiendo en ardor todas las provincias, no queda rezagada la de Murcia. Forma su junta, y sus individuos aclaman por presidente, como era de suponer, á un sujeto tan descollante como todo un Florida-Blanca, quien al pronto se desentiende eficazmente; mas no pudiendo resistir al torrente del pueblo entero, se allana, al parecer, y acude reservadamente al ayuntamiento, donde protesta solemnemente contra aquella violencia incontrastable.

Autoriza sin embargo el armamento, y el país va siguiendo el impulso nacional y absolutamente irresistible. Se constituye despues la Junta Central, y siendo Moñino uno de sus individuos, le nombran desde luego presidente, y tiene que admitir aquel cargo, aunque ateniéndose á su protesta primitiva.

En nada absolutamente descuella en su presidencia, encabezando tan solo las providencias, sin asomo de actividad, intelijencia ó arranque alguno sobresaliente. Con la venida de Bonaparte á Madrid, huye, como todos sus compañeros, á Sevilla, y es el mismo que en Aranjuez y en todas partes, aferrado en sus vulgaridades leguleyas de antaño, y enemiguísimo de la libertad de la imprenta y de cuanto propendiese á ir con el siglo, en punto á novedades gubernativas, y en cuanto propendiera á ilustracion jeneral y adelantos, en industria y artes fundamentales.

Pasados algunos meses de residencia en Sevilla, el célebre Florida-Blanca enferma de gravedad, y á pocos dias fallece, á los sesenta años de edad, llenando cualquiera de los vocales, hombres casi todos vulgarísimos, aquel vacío; pues aunque el difunto jamas adoleció de vicio alguno, tampoco sobresalió con el menor asomo de prendas esclarecidas, cuadrándole al parecer la pincelada sublime de Tácito, *magis extra vitia quam cum virtutibus*.

CAPITULO NONAJESIMOSEXTO.

Torpeza irracional del gobierno y sus empleados. — Ciñen un frente de treinta ó cuarenta leguas con diez y ocho mil bisoños. — Arrolla, aventa y dispersa el enemigo á su albedrio toda la línea. — Pavor abatimiento y trastorno de las Andalucías. — Confusion, alboroto y desamparo de Sevilla. — Huye la Junta central desmembradamente á Cádiz, y á otros puntos. — Cesa el gobierno. — Entereza, tino y actividad heróica del duque de Alburquerque. — Conoce el intento de Sebastiani, quien internándose con las demas divisiones francesas en las Andalucías, se encamina por Granada á Cádiz. — Camina el duque, á marchas dobles, ó triples, desde Estremadura. — Llega por fin anticipadamente á Cádiz y salva la monarquía. — Rejencia de Cádiz.

1810.

Irracionalidad rematada es la de un gobierno, que, reducido á cortísimas fuerzas, las estiende y coloca á ciegas y por inmenso trecho, en beneficio absoluto del enemigo y esterminio total de la patria.

Diez y ocho ú veinte mil hombres, y aun cuando fuesen treinta mil, bisoños todos, fugitivos y acobardados con tantísima derrota, asoman allá dispersos por mas de treinta leguas, en las diversas entradas de Sierra Morena, cuando deben formar un solo cuerpo, situado en el disparador competente, para flanquear, embestir ó cejar en retirada, segun conviniere.

Pero supongamos que haya hasta cinco, seis y aun ocho mil hombres en Despeñaperros, buen cuidado tendrá el enemigo en asaltar el punto con dobles ó triples fuerzas, teniendo en su mano la disposicion del trance, y está logrado el intento. Con efecto, se abalanza la caballería, y nuestra línea absurda y baladí desaparece al golpe, arrojándose la riada asoladora por llanuras, valles, pueblos y provincias.

Todo es pavor, abatimiento y trastorno en aquella Bética heroica y decantada, en aquel paraíso del Telémaco, de Florian en su Gonzalo de Córdova, y en otros mil autores. Póstrase Bailen, con su solar consagrado por la memorable victoria; enmudecen Andújar, Córdova, y tiembla exánime la comarca entera. Sevilla es un caos; se desploma el gobierno; huyen ó desaparecen los Centrales; vocea, manda y roba la maldad desenfrenada; yace en tinieblas el ayuntamiento, y se anhela ya la llegada del ejército enemigo, para la salvacion del vecindario.

En medio de aquel pavoroso y universal desconcierto, se halla, por dicha de la nacion, en Estremadura, con un cuerpo de cinco á seis mil hombres, huidos de Ocaña, el valeroso duque de Alburquerque, y segun el rumbo atropellado de Sebastiani por Granada, infiere que su intento es entrar en Cádiz y soterrar allí hasta la postrera esperanza de España. El perspicaz y atinado duque, emprende al golpe su carrera, y á marchas dobles ó triples, camina dia y noche, llega triunfante al afamado emporio, y salva la monarquía.

Entre tanto Sebastiani, ya rezagado, entra con efecto en Granada, y viendo allí frustrado su plan predilecto, da por fin algun descanso á su tropa. Acompáñale Azanza, uno de los principales ministros del intruso; y saliendo al balcon en Vivarambla, vocea, ó mas bien pregona: «Señores, sea mil veces enhorabuena, pues todos somos ya traidores...» Él y sus compañeros lo eran positivamente, mas no los verdaderos Españoles, que á todo trance estaban defendiendo su patria, contra la invasion de una soldadesca vil y advenediza, que vino á fenecer casi toda por los ámbitos de España.

Como quiera, deshecho ya el gobierno, y clamando todos en Cádiz por alguna autoridad, se plantea por fin una Rejencia, presidida por el jeneral Castaños, con sus brillantes laureles de Bailen, harto marchitos ya en el descalabro, no menos memorable y torpísimo, de Tudela.

Se acude por el pronto á disponer y perfeccionar la defensa de aquella plaza, quizá la mas peregrina de Europa por el conjunto de sus circunstancias, siendo como un juguete, ó mas bien un primor, internado en los dominios del Océano inmenso. Se logra la grandísima ventaja, de que, careciendo el enemigo absolutamente de

marina, está la bahía espedita y patente, como en medio de la paz mas profunda, para las entradas y salidas de toda clase de bajeles, con jéneros y abasto.

El alma de los preparativos, movimientos y habilitacion de las personas y de los ánimos, es el ínclito duque de Alburquerque, correspondido luego el pueblo mercantilmente con largas pócimas de amargura en impresos, escasos de razon y de miramiento, y abundantísimos de cavilaciones y desacatos, hasta el punto de obligarle á espatriarse y fenecer muy pronto, dejando grandísimo vacío en punto á caudillos, para desempeñar una guerra tan ardua y ejecutiva. (1)

Entre tanto siguen aportando cuantiosas remesas de América, y por lo mismo hay que guardar suma atencion con aquellos naturales, absolutamente imprescindibles, en situacion á la verdad apuradísima. Forzoso es franquearles entrada y voto en el Congreso, al par de los Españoles europeos, y mas cuando el clamor jeneral es por la reunion de Córtes, para providenciar cuanto convenga al salvamento y prosperidad de una y otra España.

Es en estremo peliaguda la determinacion, ó deslindamiento del número, calidades y requisitos para el nombramiento de diputados. En cuanto á España, se salió pronto de la dificultad, elijiendo, principalmente de los residentes en Cadiz los suficientes por igual, para representar las provincias.

Mas en tratándose de las posesiones ultramarinas, si se comprendian los Indios, absolutamente inservibles para el intento, vendrian á formar una inmensidad de meros bultos y estorbos para las deliberaciones; si se admitian los mulatos ó mestizos, se emponzoñaba el santuario de las leyes con sujetos viciosos é indómitos, y se colocaba en el mando á la misma relajacion, ó sea inmoralidad. Por fin, se tomó una especie de medio término, ú mas bien arbitrariedad, contentándose con las clases de alguna suposicion; y viniendo algunos individuos de notable desempeño, especialmente de Guatemala, del Perú y de otros parajes Acudieron sin embargo, de Filipinas, aunque mas tarde, hasta veinte y tres diputados, los mas de ellos puramente asiáticos.

Apremiaba la urgencia de la reunion; mas era forzoso dar alguna tregua en el plazo, para que cupiese la llegada de los vocales de Canarias, de Nueva-España y de otros paises mas ó menos distantes, para contentar á todos, y dar así mas autoridad al Congreso, y mas prestijio á su influjo, no solo para España y sus posesiones, sino tambien para las naciones estranjeras.

(1) El famoso Arriaza le compuso el siguiente

EPITAFIO.

Grande en la cuna, y en la lid valiente,
En Talavera, en Alcabon, glorioso,
Fué, en las puertas de Alcides, al torrente
Del Galo audaz, antemural dichoso,
Y viendo al fin que, con maligno diente,
Se acercaba la Envidia al lauro hermoso
Que en su frente el honor dejó enlazado,
Murió, con solo imajinarlo ajado.

CAPITULO NONAJÉSIMOSÉPTIMO.

Alevosía infernal de los Ingleses. — Mientras nos están auxiliando en la Península, envian una escuadra á Buenos Aires para sublevar aquellas partes. — Desentierran un informe reservado de D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa al marqués de la Ensenada sobre el réjimen interior de las Américas. — Lo traducen, lo estampan y lo reparten á millares por aquellas rejiones. — Las inundan de contrabando, y fomentan por infinitos medios la sublevacion de inmensas provincias. — Lo consiguen, arman á los rebeldes, proporcionándoles cuanto apetecen para su defensa con esclusion de los Españoles, particularmente los empleados. — El marqués de Gomencelos, virrey. — Cortes.

1809 Y SIGUIENTES.

Ya se vió la vergonzosísima rendicion del ejército inglés en Buenos-Aires, pocos años antes de la revolucion de Aranjuez. Mal herido el amor propio de aquel ambicioso gobierno, y sin un átomo de pundonor en sus intentos y jestiones con la acosada nacion Española, envía nueva es-

pedicion al mismo punto, con plenas facultades para obrar ostensible ó reservadamente, segun convenga á los intereses de la Gran Bretaña.

Ya se vió tambien, que en el reinado de Fernando VI, el ínclito ministro universal marqués de la Ensenada, derribado á todo trance por la propia maldad inglesa, tenia encargado á los célebres marinos D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa, cuando fueron al Perú, con los académicos franceses, á la sabia empresa de la medicion de un meridiano, les encargó al mismo tiempo, se enterasen detenida é individualmente del réjimen íntimo de los empleados españoles en el desempeño de sus respectivos cargos, y estendiesen aquel resultado en un informe reservadísimo, para, en su vista, providenciar el gobierno lo que tuviese por conveniente.

Con la caida del marqués, quedó empozado aquel informe, ya en Simancas, ya en algun otro archivo; pero en suma, llegó el manuscrito á manos de los Ingleses, quienes lo tradujeron y estamparon en varias lenguas, y al ver la monarquía española casi reducida al estrechísimo recinto de Cádiz, conceptuaron llegada la coyuntura de sublevar y apropiarse sustancialmente aquellas rejiones, y así disponiendo su alevosa espedicion á Buenos-Aires, cargaron con el desgraciado Informe, y lo repartieron á millares por todas nuestras posesiones.

Llegan con efecto, desembarcan montes de mercancías, contrabandean á todas sus anchuras, aplican la tea de sus papeles incendiarios, comueven los ánimos, consiguen su intento; y el virey marqués de Someruelos, desvalido y exánime queda, sin mediar apenas revolucion, despojado de su autoridad; y algunos centenares de ociosos y cobardes, forman una especie de junta, plantean un asomo de gobierno, y al arrimo de los Ingleses, vienen á declararse independientes de la nueva Rejencia, obrando absolutamente á su albedrío.

Cunde aquella novedad por todo el vireinato, y no se trata ya de nombramiento de diputados, ni de jestion alguna que denote hermandad ó correspondencia con la madre patria.

Media la particularidad que en el transcurso de siglos y el roce perpetuo del escaso comercio que cabe entre salvajes, se habian ido suavizando los Indios apellidados Pampas; mas luego con el desenfreno jeneral y el desgobierno rematado de los llamados repúblicos, todo se volvió en fin, sangre y desventura. Este fué el fruto que produjo la oficiosidad interesadísima y siempre malvada de los Ingleses, cuyo último y pavoroso resultado ha sido el aborto del nuevo Neron Rosas, con quien ahora están en guerra los mismos causadores de tantísimos desastres

No callaron ya desde aquella época, y siguieron siempre ajusticiando á tales monstruos los periodistas de Cádiz, hasta el punto de ocasionar quejas desatinadas de los mismos Ingleses, como se dirá mas adelante, cuando se manifieste la nueva maldad de sus intentos viles y rastreros para apoderarse de Ceuta, y afianzar con la inícua ocupacion anterior del malhadado Peñon, la llave del Estrecho, y por consiguiente de todo el Mediterráneo.

Pero apartemos la consideracion, por ahora de objeto tan odioso, que harto ha de emponzoñar las pájinas de nuestra Historia, siempre candorosa, y vamos á presenciar el espectáculo mas sublime que vieron jamás los siglos.

Ya por mayo de 1809, la Junta Central habia tratado de convocar las Córtes del reino; pero sobreviniendo novedades contínuas y fundamentales, se habia dilatado aquel ansiado plazo, hasta que al fin se verificó la reunion en 24 de setiembre.

Cuenta la historia antigua que mientras el grande Aníbal estaba sitiando á Roma, supo que un solar se habia enajenado en el interior al precio corriente de tiempos pacíficos, cual si no se padeciese á la sazon semejante cerco, con cuya noticia, el sumo caudillo, hecho cargo de la trascendencia de tamaño heroismo, levantó sus reales, y se marchó á guerrear por otras partes de Italia.

Pero se queda muy en zaga aquel rasgo del de la heroicidad española; pues en medio de un sitio y como se vió luego, bajo el ámbito ú alcance de las bombas, se fueron ventilando sosegadamente y desentrañando por ápices los puntos mas árduos de la lejislacion, hasta fraguar y acabalar la famosa Constitucion Española del año de 1812; y aunque despues vino á quedar en gran parte reformada con innovaciones fundamentales, no por eso deja de resplandecer para siempre la gloria de aquellos legisladores, de aquellos varones incontrastables, que en, medio de tantos conflictos que estaban padeciendo, amagados de esterminio ejecutivo por el enemigo implacable de la humanidad, terminaron su obra, y rescataron para siempre de vil cautiverio la azorada nacion española.

CAPITULO NONAJÉSIMOOCTAVO.

Apertura de las Córtes. — D. Ramon Dou presidente. — Dictámen de D. Diego Muñoz Torrero. — Oradores repentinos. — Argüelles, Toreno, Martinez de la Rosa y otros. — Se entablan, se prosiguen y se consuman invariable y esclarecidamente las tareas. — Preponderancia y tiranía del ayuntamiento de Cádiz. — Apocamiento de la Rejencia; sus zelos contra el Congreso. — Prevalecen las Cortes. — Nueva Rejencia, llamada del Quintillo. — Particularidades. — Proclamas.

1809. — 1810.

Asombro mudo embarga al pronto la inmensa concurrencia, y gozo bullicioso, con murmullo apacible, rebosa por labios y semblantes. Sigue nuevo pero breve silencio, y se trata en seguida de elejir un presidente interino, y recae el nombramiento en el diputado por Cataluña D. Ramon Lázaro Dou, muy conocido por haber dado á luz, con jeneral aceptacion, su tratado de Derecho Público y de Lejislacion jeneral. Asoma allí, descuella y triunfa la nacion española.

Se levanta luego el Diputado por Estremadura, y despues obispo de Guádix, D. Diego Muñoz Torrero, y en medio de su índole bonancible, con denodado espíritu, propone, que en el acto mismo se decrete solemnemente:

Quede hecho y con todas sus prerogativas solariegas, y desde el primer arranque de la monarquía en Asturias, quedan ya instaladas y debidamente constituidas las Córtes jenerales y estraordinarias de la nacion española.

Que su rey, único y constitucional, es D. Fernando VII, vil y alevosamente aprisionado por el tirano de Europa.

Que se declaren absolutamente nulos y de ningun valor todos los actos de Bayona, traspasos, cesiones y demas, como abortos de la violencia, y sobre todo otorgados sin la anuencia imprescindible de la nacion entera, ni por sí misma, ni por sus procuradores ó diputados, etc. etc.

Se entablan desde luego, se ventilan y se acuerdan todos estos puntos y otros varios con un despejo, una profundidad y una maestría, que deja atónito al gozosísimo auditorio, el cual prorumpe en aplausos y aclamaciones interminables. Descuellan ya por sus luces y su oratoria los diputados por Asturias, por Granada y por Aragon, D. Agustin Argüelles, de suyo decidor y memorioso, y los jóvenes, á cual mas ardiente Toreno, Martinez de la Rosa, y ante todos el afluente por esencia D. Isidoro Antillon.

Como quiera, en medio del crecido número de vocales que merecieron sumo aprecio con sus dictámenes respectivos en todas materias, es innegable, que tanto en aquellas Córtes, como en las suscesivas, sobresalieron siempre los Diputados Asturianos y los Estremeños, aprontando de contínuo rasgos asombrosos de instruccion y de elocuencia.

Se procedió en seguida, como en todos los cuerpos lejislativos, al nombramiento de comisiones, y en la principal, que era la de Constitucion, se afanó particularmente Argüelles, como lo acredita el precioso discurso preliminar que encabeza, jeneralmente, la Constitucion de Cádiz.

Entre tanto era forzoso ante todo atender á los pasos, y en suma al desempeño del gobierno, en el cual estaban diariamente sobreviniendo novedades y alteraciones de imponderable trascendencia.

Al pronto no pasa de ciento el número de los Diputados, con cuya cortedad aparece desautorizado el Congreso, retrayéndose aferradamente de reconocerlo el famoso Quevedo y Quintano, obispo de Orense, caviloso, terco y fanático hasta lo sumo; y por desgracia, individuo de la Rejencia. Levantó gran polvareda con sus estravagancias insultantes, y por fin el paradero fué avenirse al debido reconocimiento, y poner su firma.

El ministro de Gracia y Justicia D. Nicolás Sierra, se tomó la absoluta criminalísima de encargar, por sí y ante sí, á la junta de Aragon que nombrase nuevos diputados. Hallándose ya los

correspondientes en el Congreso, y á pesar de haberse desechado aquella sustitucion arbitraria, siguió luego despachando en la secretaría, como si fuese inocente un paso tan inaudito.

Por otra parte el ayuntamiento de Cádiz estremaba su insolencia hasta el punto de obrar despóticamente; y preciándose de atropellador del heroico duque de Alburquerque, intentaba avasallar á la misma Rejencia, y así venian á agolparse en aquel recinto tres potestades encontradas, pero por dicha de la nacion hermanadas en el punto principal que era la defensa á todo trance, y el rechazo ejecutivo y ejemplar del enemigo, reforzado y mas y mas imperioso por cada dia. Competia en efecto denodadamente la milicia gaditana con la tropa en el afan de acudir á la fatiga y al peligro dia y noche, segun lo requerian las circunstancias.

Seguia entre tanto el acarreo de caudales, y todo se consumía, con profusion escesiva, en los diferentes ramos de la administracion jeneral. Seguia Castaños al frente del gobierno, y con su bondadosa y jenial condescendencia, repartiendo empleos y sueldos exorbitantes á sujetos vulgares y poquísimo acreedores á situacion tan encumbrada.

Seguian tambien, pero con mas ahinco y esmero, las tareas de las comisiones, dándose sin cesar solemne y esmerada cuenta de sus adelantos, en juntas reservadas y en sesiones públicas. Iban tambien llegando nuevos diputados, ya canarios, ya americanos, isleños ó continentales; y así el Congreso con su aumento diario y sus elocuentes discursos en todos ramos, se iba mas y mas engrandeciendo, tanto en el concepto de la nacion propia, como en el de las estrañas; á pesar de los escarnios, insultos y menosprecios de franceses altaneros y de infames afrancesados.

En esto D. Antonio Capmany, literato de profesion y diputado por Cataluña, propone eficazmente el acuerdo pundonoroso y decreto terminante, de que ningun vocal del Congreso pueda, ni en la actualidad ni en tres años consecutivos, aun despues de la lejislatura, obtener, ni mucho menos ejercer empleo alguno del gobierno, bajo penas gravísimas y ejecutivas. Se ventila acaloradamente el punto, y en unos por impulso jeneroso, y otros por miramientos de rubor ó de altanería, queda acordado y puesto en planta el memorable decreto.

Pero se hace todavía mas memorable la division, que desde la primera temporada, desvia mutuamente á los individuos del Congreso, llamando *serviles* á los partidarios del antiguo sistema, con sus añejas doctrinas y abusos perniciosos, en todos los ramos del gobierno; y por el contrario los innovadores, mas ó menos juiciosos y amantes de un rumbo espedito y justiciero en la administracion pública, se apellidaron *liberales*, en el sentido latino de cultos y caballerosos. Jeneralmente los eclesiásticos, y algunos seglares, quizás todavía mas preocupados que los mismos teólogos, se aferraron en el partido mohoso del interés mas ó menos inmediato; y los que llamaban *del dia* profesaban sin rebozo el liberalismo.

Estos últimos, por punto jeneral jóvenes y traviesos, con su arrojo, maña y teson, por lo mas preponderaban en los nombramientos para la presidencia, y lo que se llama la *mesa*, cuyo ejercicio era mensual; y teniendo que ventilar algun punto de entidad, como el de Inquisicion y sus semejantes, dilataban la sesion hasta que se retirasen los llamados *pancistas*, como mas empapados en la comodidad y el regalo de manjares, siesta y desahogo, y entonces preponderando el número de los *jaques*, ganaban las votaciones.

Decretóse desde luego la libertad de Imprenta, esto es, la facultad de dar á luz cada cual sus pensamientos propios ó ajenos, sin licencia previa, pero con responsabilidad y sujecion á los tribunales. Salió á volar una inundacion de periódicos liberales; y aunque los hubo tambien servilísimos, ó mas bien fanáticos, carecian de la chispa, gracejo y trascendencia de sus contrarios, alternando y menudeando los arranques poéticos y prosaicos; y así fueron siempre de menos cuantía, en el bulto y en la sustancia, y vinieron á quedar marchitos, y aun orillados los macilentos serviles.

Ocurrió despues un lance, en estremo memorable por sus consecuencias. Un tal D. Lorenzo Calvo de Rozas, empleado en Madrid por el ramo de comercio, y llamado por Palafox en el primer sitio, para intendente de Zaragoza, habia sido de la Junta Central, y hallándose en Cádiz, publicó un papel satirizando y llamando *triste militar* á un teniente coronel, á la sazon, de artillería, D. Joaquin de Osma, portador de los pliegos de Godoy al conde de Ezpeleta, para la vil entrega al enemigo, de los fuertes de Barcelona.

Ofendióse Osma altamente de aquel, en su concepto, insufrible desacato, y encontrándose con Calvo en medio de la calle, y cerciorándose antes de la identidad de la persona, se propasó hasta el extremo de apalearlo y magullarlo allí mismo, hasta dar con su existencia en el suelo. Sonó y resonó por Cádiz tamaña demasía, y D. Bartolomé Gallardo, estremeño traviesísimo, y por otra parte consumado castellanista, ideó y publicó sobre la marcha un escrito intitulado *Apolojía de los Palos*, que es obra maestra de agudeza, de chiste y de lenguaje, en la cual no

se sabe quien es el que viene á quedar peor parado, y si por ventura el apaleado ú el apaleante.

Enardecido el autor con una aceptacion tan jeneral y tan ruidosa, dió luego á luz su memorable *Diccionario Crítico Burlesco*, en cuyo artículo *Confesion* habia un cuento escandaloso, por no decir frenético, en las espresiones del penitente; en términos que hasta los amigos de Gallardo, le afearon eficazmente su temeridad, que comprometia la causa del liberalismo, y desconceptuaba y entorpecia el sistema de reformas entablado por las Córtes. Llegó el desenfreno de los fanáticos hasta el estremo de maldecir y citar al autor en carteles impresos, pegados por las esquinas; y habiéndose visto la causa ante el tribunal de Imprenta, se mandó encarcelar y castigar al reo condignamente; fué amainando el acaloramiento, y sin mas providencia se logró el finiquito, ú por lo menos el sobreseimiento del asunto.

No faltaban entretanto enemigos de las Córtes, aun en su mismo seno, que con calumnias, y por todos los medios imajinables, echaban el resto por entorpecer su marcha, y frustrar sus dignísimos deseos, conspirando contra su misma existencia; pero el Congreso, con teson heróico, siguiendo su empresa, logró al fin consumarla, como se dirá á su debido tiempo.

Por entonces imprimió Arriaza su primorosísimo Desenfado patriótico, quinta esencia de agudeza satírica y de ironía ática; y tambien su *Profecía del Pirineo*, que con sus cantares patrióticos le encumbraron á la suma nombradía poética, por cierto mas digna y acendrada que la del afrancesado Melendez, antes adulador poquísimo decoroso de Godoy, y á la sazon endiosador, en un canto dilatado y lujusamente impreso, del intruso José, por su entrada en Sevilla. El despreciable y locuaz letradillo corso, se mostró en estremo complacido por las Andalucías; desembuchando sin cesar su habla estravagante, su jerigonza de italiano y francés; y prometiendo montes de felicidades á los alcaldes y á cuantos asomaban por sus cercanías.

Mas por fin José vino á contentarse con aquella farsa vocinglera, sin apropiarse las divinidades incomparables de Murillo y de Velazquez, al paso que despues Sult, se hizo regalar por el rendido ayuntamiento de Sevilla, aquellos artefactos verdaderamente sobrehumanos, que atesoraba en su recinto, y que, como ya se ha dicho otra vez, están siendo el asombro de París y de la Europa entera.

En suma se advirtió desde luego por todo aquel país menos repugnancia y horror á los huéspedes usurpadores, que en la corona de Aragon y en las Castillas, donde siempre se les apellidó con el insultante apodo de gabachos. Las damas, especialmente por el reino de Granada, como en Loja, Baza, etc. se prendaron y aun enloquecieron del galanteo, en lenguaje semibárbaro de los advenedizos.

El alistamiento de tropa afrancesada, ó mas bien traidora, como se decia jeneralmente, cundió y creció por las Andalucías con un aumento de consideracion, llegando á formar una division, ó un cuerpo de bastante bulto, para guerrear junta ó separadamente con los enemigos; y así venian á redoblar los apuros y quebrantos de la causa nacional.

Seguia entre tanto acudiendo á Cádiz la flor de la nacion, y con especialidad la Grandeza; pues apenas hubo en la clase suprema mas que el marqués de Valdecanana, alistado entre los secuaces del intruso. Prevaleció entonces entre las señoras la moda ó manía de trabajarse por sus manos la ropa, aprendiendo muchas á coserse los zapatos; pero sucedia que la herramienta solia ser mas costosa, trayéndola de Londres, á muy alto precio, que cuanto calzado pudieran comprar en algunos años.

A pesar de aquel patriotismo acendrado ú aparente, los periódicos de Cádiz, estendiendo mas y mas su censura por los ámbitos de la paz y de la guerra, no cesaban de satirizar al señorío con patrañas absurdas, y con dicterios tal vez soeces, contra las damas principales, y sobre todo contra los sujetos mas eminentes por su jerarquía y sus empleos.

Mas loable, justiciero y provechoso era el campo que les suministraban los Ingleses con su altivez y sus alevosías, á pesar, sin embargo, de franquearse para todo jénero de fatiga y peligro, al par de los nacionales, y de brindarse para cualquiera espedicion trabajosa y arriesgada que dispusiera el gobierno español, en prosecusion ó ventaja de la causa jeneral.

Verificóse asi con efecto en la empresa que se fraguó mas adelante, como se dirá á su tiempo, peleando siempre los auxiliares con el denuedo y bizarría que acostumbran, en fuerza de su estrecha é inexorable disciplina.

Vamos antes á individualizar las particularidades del para siempre memorable sitio de Cádiz, y de su heróica é inmortal defensa.

CAPITULO NONAJÉSIMONONO.

Sitio de Cádiz. — Sus progresos. —Fuerzas enemigas. — Sus conatos infructuosos. — Sus arterias. — Venida de José Bonaparte. — Mensajerías alevosas. — Mofa de Arriaza. —Invencion de cañones morteros. — Su alcance inesperado. — Su resultado mezquino. — Mudanza de gobierno. — Rejencia del Quintillo. — Su despotismo. — Su limitacion. — Sus pretensiones. — Progresos de las Cortes. — Su aceptacion plausible. — En el público de Cadiz. — En la Nacion. — En la Europa entera. — Particularmente en Rusia. — Bardají. — Estado del comercio.

1810.

Como el Atlántico todo se embravece en balde contra la falda peñascosa de Tenerife, así el raudal disparado de la inmensa francesada se estrella atónita ante el emporio Gaditano. Hierve la saña enemiga, y se agolpa desaforadamente sobre el cerco, para siempre memorable, de un punto casi imperceptible, restaurador de la monarquía castellana.

Zaragoza con su resistencia incomparable, además de la gloria perpetua de tan ínclito heroismo, acarreó la suma ventaja de tener allí como amordazados por mas de dos meses, hasta tres ejércitos enemigos, manteniéndolos en absoluta inaccion; mientras las demás provincias, se armaban, juntaban sus fuerzas y se empleaban en operaciones mas ó menos acertadas, pero siempre conducentes al grandioso objeto de la defensa nacional y esclarecida.

Otro tanto está ahora sucediendo en el sitio de Cádiz. Acude Sult con otros mariscales; viene el mismo José, entra y sale por los pueblos rebosando de arengas bárbaras y promesas campanudas; echan todos el resto en preparativos y en amagos; y entretanto yacen allí las tropas en inaccion para las demás provincias, desahogadas de aquel recargo irresistible, y ocupadas en mil puntos por las fuerzas nacionales, en partidas sueltas, ó en cuerpos de consideracion.

Un oficial francés, llamado Villejoye, habia inventado, bajo los auspicios de Bonaparte, artillero tambien de profesion, unos cañones-morteros, de un alcance nunca visto. Noticioso el teniente coronel de artillería afrancesado, Bengoa, de aquel invento, propone á Sult la fundicion de iguales piezas en Sevilla; se aprueba el proyecto, se verifica la ejecucion, aunque tosca é imperfectísima (1); queda Bengoa airoso en la prueba, traen los morteros á Cádiz, los situan en el punto distantísimo llamado la Cabezuela, y con mudo pasmo del vecindario y de la guarnicion, alcanzan las bombas á grandísima porcion del pueblo, comprendiendo el mismo despacho de la Rejencia (1); y así causan al pronto pavor jeneral en los ánimos. Mas luego al ver que en vez de mixtos incendiarios, están en gran parte cuajados de plomo, con cuyo peso adquieren mas velocidad, y que en suma el estrago no es de la horrorosa consideracion que se creyó al principio, paró luego la intentona en objeto de escarnio y menosprecio (2).

(1) Hubo despues un fundidor habilísimo; tambien afrancesado, el arogonés Pedarrós, que habia estado ya en Barcelona, con suma aceptacion por su desempeño en el mismo ramo, que estuvo despues dirijiendo igual establecimiento, con mucho aplauso, por largos años, en Tolosa; donde murió en 1823. Era afrancesado de buena fé, esto es, empapado en la prepotencia irresistible del Todo poderoso humanado. En suma, era egoista, como otros infinitos.

(1) Cuenta un ministro de aquella época, que al despachar con la Rejencia llamada, como se dirá luego, del Quintillo, el letrado Mosquera, que sabia ser el mas activo en los negocios, al oir el disparo y reventon de una bomba, se estremecia hasta el punto de temblar y enmudecer de remate; pero los dos militares, Infantado y Villavicencio, permanecian inmobles, como si estuvieran oyendo una salva.

(2) Los Andaluces, jente jacarera, entonaban luego cantarcillos jocosos, así sobre esa materia, como sobre cualquier otra; por ejemplo este:

Con el plomo que tiran
Los fanfarrones
Se hacen las Gaditanas
Tirabuzones.

No fué así con la fiebre amarilla, que por descuido en la Junta de Sanidad, ó por causas que se ignoran, cundió y acarreó grandísimo daño, defraudando de sujetos apreciables para el desempeño de c rgos importantes, entorpeciendo las comunicaciones y arredrando hasta á las personas al parecer mas alentadas. Mas no por esto se dejaba de acudir denodadamente á la defensa de la plaza, con esclarecida competencia, entre la milicia nueva y la veterana (1).

Mientras las Córtes, con su esmerado y sabio desempeño, por cada dia se van granjeando mas autoridad y prestijio, en Cádiz, en la nacion y en la Europa toda, la rejencia de Castaños, por el contrario, aparece siempre apocada y aun soñolienta; y así se hace forzoso mudarla, nombrando la que despues se apellidó del Quintillo (2), compuesta del duque del Infantado, sujeto pundonoroso y leal patricio, pero distraido y de escasos alcances; del jeneral Villavicencio, marino práctico y valiente, pero ajeno de la política y de la administracion pública; de Mosquera, letrado locuaz y presumido, y otros dos igualmente inservibles para el intento.

Sin embargo, hay suficiente tropa en la plaza, y se formaliza una espedicion Anglo-Española, para tomar la espalda y destruir las obras al enemigo, bajo el mando de D. Francisco de la Peña, oficial de Guardias Españolas, mas versado en galanteos madrileños que en la ciencia militar; y el del inglés Graham, juntando un cuerpo de catorce á quince mil hombres, que desembarcan con felicidad; embisten y pelean á competencia y con todo denuedo; arrollan á los Franceses y se colocan sobre Santi Petri, abriendo la comunicacion ideada con el campo.

Anhela Peña repetir el intento por la madrugada, y lo mismo apetece la tropa española; pero los Ingleses, siempre antojadizos y despóticos, se desentienden absolutamente de nueva pelea; y así el único fruto que se vino á sacar de la victoria fué el llamar efectivamente la atencion del enemigo, empleando allí mayores fuerzas, que solian hacerles suma falta en otros puntos; donde guerreaban con mas ó menos ahinco y acierto nuestras partidas, que se iban reforzando en términos de formar divisiones de consideracion.

Entre ellas descuella la de Ballesteros, que á veces trae afanados tres cuerpos enemigos; pero se estrella torpemente en el empeño de asaltar á ciegas el castillo inespugnable de Bornos, sin el antecedente de brecha, ni preparacion alguna; y así resulta grandísimo descalabro, particularmente en los Guardias Españolas, como mas comprometidos; teniendo luego que retirarse infructuosa y desairadamente á la sierra de Ronda ó al arrimo de Jibraltar, ó bien á otros puntos de sus continuas correrías.

Ya se ha dicho el jeneral aplauso y admiracion que mereció en Europa el heroismo y la ilustracion de la incontrastable nacion española.

Habia el gobierno publicado en Cádiz varias proclamas, y una de ellas, compuesta por el esclarecido literato D. Manuel Quintana, leida en Viena, al llegar hácia el fin al paso sublime que dice: « obligacion es de todo pecho pundonoroso el batallar por su patria, y si la suerte de las armas se declarase absolutamente contraria, vale mas espirar gloriosamente por las orillas paternales del Tajo ú del Ebro, que el ir á fenecer, hecho un esclavo, por las márjenes heladas del Vístula ó del Niemen, como vil instrumento de la ambicion frenética de un infame advenedizo. »

En vista de tan adecuada y peregrina elocuencia, el emperador de Austria, su consejo áulico, los periodistas y demás escritores eminentes, que siempre abundan en la ilustrada Alemania; todos se entusiasman, vocean y endiosan la gloria de un pueblo que, casi reducido al estrecho recinto de una sola plaza, baldona y reta denodadamente al tirano avasallador de naciones, y degollador de la humanidad entera.

No desdice de tan vehementes ímpetus el emperador de Rusia, Alejandro, quien reconoce desde luego solemnemente el gobierno de Cádiz, y despues la Constitucion, y agasaja en estremo á nuestro embajador D. Eusebio Bardají, que está haciendo un papel de príncipe en Petersburgo, ansiando todos el intimarse con uno de aquellos Prohombres que están heróica y sosegadamente lejislando debajo de las bombas enemigas; y si despues varió Alejandro, vino á cometer uno de los muchos desbarros que se esperimentan siempre en las cortes (1).

(1) Entre los malogrados lastimosamente en aquella ocasion, no podemos menos de citar al oficial de artillería retirado, y entonces vuelto al servicio, D. Ignacio Lopez, de Zaragoza, sujeto aventajado, é instruidísimo en todas materias, que probablemente á la sazon hubiera venido á ser Rejente del Reino.

(2) Envió un Marino, desde Cartajena á Cádiz, un impreso, donde habia al fin esta pregunta: « Perdimos el juego al tresillo; ¿saldremos mas bien librados al quintillo? » Y desde entonces se dió á la Rejencia de Infantado el nombre de Quintillo.

(1) D. Eusebio Bardají y Azara, sobrino del ínclito embajador en Roma D. Nicolás de Azara, con la proporcion de este entronque siguió la carrera diplomática, fué ministro de Estado, y se mostró siempre un aragonés sencillo y pundonoroso. Padeció en Rusia el amarguísimo quebranto, de que á su señora, de la ilustre familia de Parada en Huete, calentándose á la chimenea, una pavesa le encendió la

Como quiera, alternan cumplidamente los Ingleses, en el peligro ú la fatiga con los Españoles aunque siguen siempre aguijando y pervirtiendo nuestras colonias, é inundándolas desde luego con millones de artefactos, anonadando de todo punto nuestro éxanime comercio.

Este ramo se halla con efecto en la situacion mas deporable que cabe imajinar. La industriosa Cataluña aherrojada por el enemigo en sus puntos principales, yace en inaccion, fuera de los movimientos estériles, ó mas bien perniciosos, que requiere una guerra tan activa, implacable y desastrada; y luego el desenfreno inglés cuaja nuestros puertos y derrama por nuestras fronteras, la inundacion de su insaciable codicia, y teniendo siempre avasallado su apéndice ó desaguadero de Portugal, plagan mas y mas por cada dia las afeminadas Andalucías, Galicia y Estremadura, con su inicuo é incesante contrabando.

Cádiz, en medio de sus angustias, con la bahía espedita, sigue siempre traficando; pero allí mismo prospera la granjería alevosa de nuestros avarientos aliados, pues entre las remesas de armas, pertrechos y abastos, que tambien se pagan, desembarcan á millaradas sus fardos ó cajones de telas, de quincalla y de todo jénero de artefactos; y así el raudal de moneda que, cual nunca, siguen aprontando las minas riquísimas de Nueva España y de otros puntos, viene por último á desembocar en el Támesis, y encumbrar mas y mas el poderío asolador de un país opulento, y de un gobierno mercantil y desalado tras las riquezas del universo entero. Hemos dicho, y tendremos que repetirlo, cuantísimo clamaban los periodistas de Cádiz contra la conducta alevosa y descocada de la nacion por esencia desangradora de todas las demás, mas no por estrellarle en el rostro desengaños y baldones de mayor cuantía, amainaba un punto su codicia; antes bien se arrojaba siempre, y con afan mas sediento á sus especulaciones malvadas y afrentosas, dando un auje inmenso á su desenfrenado contrabando; pero le cuadra á toda hora el sublime rasgo de *Juvenal* con Mesalina (1).

pelliza y pereció irremediablemente abrasada. El mismo emperador Alejandro estuvo personalmente á visitarla; pero todo su protomedicato, no acertó, por desdicha suya, y con sentimiento universal, á salvarla.

Un ramo importante de industria toma á la sazon grandísimo auje, y es el comercio de libros. Los decretos de Córtes, los periódicos de Cádiz, y luego folletos y libros, van llegando á largos miles, así á los puertos como al interior de nuestras Américas; pero aquella inundacion cenagosa, en vez de ilustrar provechosamente los ánimos, al contrario los inflama y estravía con ímpetus desaforados y perniciosos, y particularmente en Caracas y la llamada Costa Firme, deja luego una semilla funesta que brota, cunde, florece y fructifica con mortal estrago.

En Caracas varios sujetos principales, y entre ellos el despejado y travieso D. Simon Bolivar, que luego ha de hacer inmenso papel en nuestra Historia, glosaban á su modo los escritos y las operaciones de Cádiz y de toda la Península, gloriándose de alcanzar en todo, y especialmente en las arduas materias de gobierno, mucho mas que los mismos lejisladores, y guerreros españoles.

Las autoridades, como por el pronto no asomaban visos de sublevacion ó movimiento, seguian el torrente, y con su tolerancia, y tal vez aplauso de las nuevas doctrinas, fomentaban aquel fuego al parecer benéfico y en la realidad funestísimo y esterminador, suministraban mas y mas pábulo á la llama oculta del volcan, que por puntos iba creciendo, y ponia ya en el disparador la esplosion violentísima que habia de conmover de estremo á estremo el Nuevo Mundo, y acarrearle un turbion de fracasos trastornadores, con ciego desenfreno y rios de sangre por largos años y tal vez por siglos enteros, como se verá mas por estenso en el Capítulo siguiente.

(1) *Quæ lassata viris necdum satiata recessit.* Juv.

CAPITULO CENTÉSIMO.

Reseña de nuestras posesiones ultramarinas. — Californias. — Méjico nuevo y antiguo. — Tierra Firme. — Las islas. — Montevideo y Buenos Aires. — El Tucuman. — El Perú. — Chile. — El Arauco. — Pampas. — Patagones. — Filipinas. — Malogro de sus proporciones preciosímas, para su agricultura pingüe y opulento comercio. — Africa, islas de Arlabon y Fernando Po. — Presidios; Ceuta Melilla, El Peñon y Alhucemas.

LAS MISMAS FECHAS.

Llevamos dicho que nuestras posesiones de América se hallan ya en el disparador ejecutivo de una revolucion jeneral y pavorosa, y así se hace imprescindible encabezar aquellos sucesos, que se irán sucesivamente historiando, con una reseña algun tanto individual del estado de porcion tan cuantiosa de la gran monarquía, á los asomos del trance que va inevitablemente á deshermanarlos, tal vez para siempre, de la España europea.

Empezando por los hielos del norte, nos apersonamos en las Californias con la misma Rusia, donde cabia entablar vinculadamente un comercio riquísimo de pelletería con las naciones semi-bravías de aquella costa dilatadísima; pero malogró en gran parte tan preciosas proporciones la torpe cobardía de Florida-Blanca con el tratado de Nootka, franqueando á la insaciable codicia inglesa un hincapié para entablar, estender y luego monopolizar su comercio de pieles, por aquellas rejiones; dominando ya en ellas, á fuer de dueños, como en otras mil partes del globo.

Como quiera, hácia fines del siglo anterior, se tuvo la feliz ocurrencia de plantear un establecimiento marítimo, para el abrigo y habilitacion de bajeles mercantes ó de guerra por aquellas costas, en el puerto cómodo y ventajoso de San Blas de la California; y prosperó y sirvió infinito el departamentillo de este nombre, al cargo de un capitan de navío de nuestra armada.

Se halla mas acá el Nuevo Méjico, descubierto y sojuzgado ya por el sumo triunfador Hernan Cortés, con sus provincias fertilísimas de Sonora y Cinaloa; pero vengamos al antiguo Méjico, ú sea Nueva España.

Descuella desde luego la escelsa capital edificada por el mismo gran Conquistador, con edificios suntuosos, y el caserío mas bello en su conjunto, que tal vez se ha conocido en el orbe; y en el siglo anterior se saneó su ambiente pernicioso, con el célebre desagüe de su inmensa Laguna. Pero la parte moral ha sido siempre, es y probablemente será en todo tiempo, la mas deplorable del nuevo y del antiguo mundo.

La mezcla de castas, á cual mas viciosa y desmandada, ocasiona un desenfreno irracional en las costumbres; y desde el punto que asomaron por aquellos confines las novedades frenéticas de la revolucion francesa, se dispararon á porfía los arranques mas estremados de libertad política é independencia absoluta; siendo para todos los habitantes de suma entidad el pasar la vida en tabernas, riñas de gallos, burdeles y bacanales.

En medio de aquel cenagal de torpezas, habian prosperado asombrosamente las llamadas Haciendas, siendo las cosechas de trigo y otros frutos en todo aquel vireinato, de una importancia imponderable. Las minas, particularmente de plata, rendian un producto nunca visto, ascendiendo mas y mas por millones de duros, así en los rejistros públicos y partes de oficio, como en las remesas particulares y de contrabando.

Trascendia aquella prosperidad á Goatemala y á otros paises interiores, tal vez con mas instruccion en la clase holgada, y mas comedimiento en las costumbres jenerales; pero siempre con la misma liviandad, y la misma propension á la holganza y al estravío en ambos sexos.

Pasando á las islas, habíamos conservado las principales, pues usurpada Jamáica por los Ingleses, en el mismo seno Mejicano, para contrabandear á sus anchuras por toda la costa, teníamos parte de Santo Domingo, cedida ya en balde á los Franceses, Cuba, Puerto-Rico, y mas adelante la preciosa, aunque desaprovechada, isla de la Trinidad.

Recorriendo ahora la marina, desde la Flo-

rida, habia jeneralmente sosiego y regularidad; pero en llegando á Caracas, como ya se ha dicho, estaban los ánimos en estremo acalorados, y la propension desaforada para el intento de sacudir el que llamaban yugo de hierro, siendo en la realidad coyunda leve y amorosa, de la subordinacion á España. Reinaba generalmente el mismo espíritu, aunque no tan impetuoso, en Granada, Cartajena, y aun el Paraguay, Montevideo, y sobre todo en Buenos Aires, en donde los Ingleses triunfantes, se habian apoderado ya de todo el comercio, y seguian fogueando los pueblos, con sus doctrinas halagüeñas, y sus sermones interesados y alevosos.

No trascendia sin embargo la ajitacion, ni se internaban las revueltas mas que hasta el Tucuman, conservando el pacífico Perú su antiguo sosiego, y sus costumbres siempre suaves é inocentes, desde el tiempo de los desgraciados y candorosos Incas, harto diversos de los sangrientos emperadores mejicanos.

Manteníase antetodo inalterable todo el pais de Chile, verdadero paraíso (como lo espresa el nombre de uno de sus pueblos, Valparaiso) donde las cosechas suelen ascender al céntuplo de la semilla, y donde las costumbres de todos las clases venian á ser positivamente anjelicales, trabajando leve y placenteramente de dia y entonando de noche tiernísimos Charabíes, á los objetos de sus moderadas y candorosas ansias.

Allí asoman los ínclitos Araucanos, conservadores incontrastables de su idolatrada independencia, cantados ya cerca de tres siglos hace por el guerrero y literato Ercilla en su poema dilatado y verídico de la *Araucana*.

Confinan los Araucanos con los Pampas, tambien independientes, pero menos civilizados; y al estremo opuesto del Continente, asoman los ajigantados Patagones, de suyo blandos y sociables, y sobre todo muy hermanados con los Españoles.

En la mencion del Perú, hemos pasado por alto el riquísimo Potosí, tan célebre por sus minas, en todos los países del orbe.

Ya en el siglo diez y seis, y como á media centuria de su conquista, el jesuita instruidísimo Acosta, refiere que estaba traspasado con un *sin número* de socavones, en busca de aquellos veneros tan abundantes que no tienen guarismo los millones que incesantemente han seguido rindiendo por años y por siglos, y continuaban todavía derramando sus tesoros con fecundidad increible.

Por lo demás, ya se habló de la patraña atroz de los estranjeros, culpándonos de sepultadores de millones de Indios, con el tributo de la mita, ó sea trabajo de las minas; siendo ciertísimo, que en todo tiempo han sobrado operarios á largos miles, que voluntariamente han acudido á ejercer aquel jénero de granjería, y á malgastársela luego en el juego, en la beodez, y en cuantos vicios suelen reinar en tales agolpamientos de indómito jentío.

En esta situacion se hallaban nuestras posesiones de América, cuando sobrevino la revolucion de Caracas, como se dirá luego, á la cual fueron siguiendo todas las demás.

Estamos poseyendo en el Asia una verdadera India, desconocida, ó por lo menos, casi enteramente desaprovechada, por nuestro deplorable desamparo.

El archipiélago de Filipinas, abunda, rebosa y brinda mas y mas con plantas européas y solariegas; descuellan hasta las nubes árboles inmensos con maderas y frutos peregrinos; prosperan por el suelo el trigo, el arroz, el té, el café, el azúcar, la canela, el clavillo, el cacao y cuantas producciones se pueden apetecer en ambos mundos, á cual mas esquisita; y allí yace el terreno, ya absolutamente inculto, ya por lo menos malísimamente aprovechado.

Mandamos á cuatro ú cinco millones de habitantes con índole apacible y laboriosidad suficiente para un cultivo tan obvio y tolerable como requiere el feraz terruño, y aunque la suma distancia es inconveniente de mucha consideracion, está sin embargo ya la navegacion muy perfeccionada, y quizá muy pronto llegará la invencion de los vapores á facilitar en estremo las comunicaciones con aquella verdadera India, como se ha dicho, y cabe entablar un sistema de fomento ejecutivo y portentoso, que haga de Manila una segunda Habana.

No se habla de minas, aunque no faltarán y con abundancia, siendo el terreno muy vario y jeneralmente montuoso; pero las verdaderas é inexhaustas minas, no son las de Guanajaio ú del Perú, sino las producciones riquísimas, y por cada dia mas vendibles y provechosas, que acabamos de citar, con datos harto positivos y palpables.

Como quiera, teníamos á Manila en el abandono jeneral de todos nuestros establecimientos, ó meras conquistas. Habia, á mediados del siglo anterior, en Inglaterra un ministerio en estremo malquisto con toda su nacion. Para rehacerse algun tanto en el concepto público, tuvo la ocurrencia infernal de idear una espedicion contra Manila, sin mediar estado de guerra, ni la menor indisposicion entre los dos Gabinetes. Llega la *inglesada*, se apodera de Manila, roba, quema y asuela pueblos y campiñas, se pasan al pronto quejas fundadísimas, luego se entablan negociaciones, se ajusta la paz, y devuelven los piratas de profesion por fin nuestro desventurado imperio asiático, en el as-

tado deplorable de un pais aquejado por la invasion de un enjambre de salvajes.

Entonces el ministerio español se desaletarga algun tanto, y empieza á providenciar algun asomo de fortificacion y defensa, para aquella posicion importantísima. Además de la escasa guarnicion, se plantea un sistema de milicias, endeble de suyo y casi enteramente infructuoso, por la suma flojedad de los empleados y del mismo gobierno, y sigue todavía con su pequeñez primitiva y casi total desamparo, sin que jamás allá la *nao* que llamaban de Acapulco ó la compañía llamada despues de Filipinas, hayan conducido para fomentar fundamentalmente aquel comercio, siempre exánime; ni mucho menos los demás ramos de industria y prosperidad jeneral. Estamos innegablemente predicando en desierto; pero la Historia debe manifestar siempre la verdad á todo trance, y clamar por el destierro de los abusos, y la mejora ejecutiva en todos los pormenores de la administracion pública.

Con motivo de las milicias torpísimamente planteadas en Filipinas, es forzoso detenerse á referir con alguna estension, el estado del mismo establecimiento, en la temporada que vamos historiando, esto es, en el trance, funestísimo para las colonias y para la madre patria, de la separacion y desvío entre los Españoles de Ultramar y los europeos.

Tuvo ya aquel grandioso pensamiento el malogrado ministro tantas veces citado con la debida veneracion á su incomparable superioridad, el marqués de la Ensenada; pero su caida intempestiva y malhadada, dió al través con aquel proyecto, como con otros muchos á cual mas importante y trascendental. Mas luego, con motivo de la rebelion, ya referida, de Tupac Amaru en el Perú, y particularmente para el resguardo de las plazas marítimas, trató Florida-Blanca de plantear cuerpos de milicias respetables, bajo las órdenes de oficiales, cuando menos los jefes siempre españoles, y por supuesto á disposicion de los vireyes, ó capitanes jenerales.

Sobrevino la revolucion afrancesada, y entónces los milicianos, empapados todos en las mismas doctrinas, fueron los mas ardientes, y, por decirlo de una vez, los mas desenfrenados, en el desbarro jeneral de aquellos naturales. El bailío Valdés, ministro de Marina, y encargado del ramo de América, fué el fomentador mas decidido de aquel sistema; pero con su flojedad habitual, dejó que los mandos viniesen á recaer en los jóvenes mas acalorados y propensos á novedades, así por su ardor natural, como por su intereses privados y miras poquísimo pundonorosas. Llegó la esplosion, encontró á los caudillos armados y presumidos, duplicaron ó triplicaron las compañías y los batallones, y al golpe resultó un ejército cabal y enemigo de España, en cada foco ú punto de rebeldía.

En balde se enviaron despues tropas europeas, pues unas de suyo desmandadas y tal vez desleales, y otras dirijidas con la ignorancia jeneral, ó cobardía particular de los caudillos, el resultado fué casi en todas partes favorable, aunque en realidad pernicioso por las consecuencias, para la causa de América.

Pero sigamos la reseña del estado de nuestras posesiones en las diferentes partes del orbe.

Poseíamos en la costa lejana de Africa, las islas de Fernando Po y de Arlabon, desde muy antiguo, con un puerto cómodo y ventajoso, cuando menos de arribada, en el rumbo de Filipinas; mas yacia desatendido y olvidado por nuestro lastimoso y general abandono. Los Ingleses, siempre alerta para apresar cuando se les rodea, se lo habian apropiado; hasta que últimamente, á las encarecidas instancias del gobierno, devolvieron aquella posesion para donde salió por fin una espedicion, aunque no cual se requeria; y llegó felizmente y enarboló de nuevo el pabellon español en el paraje mas visible de aquella costa.

Pero la prenda envidiada, la joya por escelencia y el ídolo ansiado de los apresadores insaciables, era como siempre Ceuta, plaza grandiosa, perfectamente fortificada, y sobre todo situada en la garganta, ó sea embudo ú llave del Mediterráneo, que dándose la mano con el usurpado Jibraltar, los entronizaba en la comunicacion imprescindible de entrambos mares. Ya se vió como un gobernador heróico, durarante la guerra perniciosísima de sucesion, y aun mucho despues, la estuvo defendiendo por espacio de treinta años, contra el poderío de los Marroquíes, hasta que se formalizó una espedicion, y los derrotó y alejó á larguísima distancia; y se ha conservado intacta la incomparable plaza, á pesar de las asechanzas vilmente ambiciosas de los mismos aliados que blasonan de alternar bizarramente, en la defensa de Cádiz, con las tropas nacionales, como se manifestará por estenso en los capítulos siguientes.

Cae mas adelante la plaza de menor entidad llamada de Melilla, que en el siglo anterior burló igualmente por largos años las fuerzas del emperador de Marruecos, á las órdenes de un Irlandés, llamado Sherlok, quien las rechazó victoriosamente, y les hizo por fin levantar el sitio con baldon y escarmiento.

Se halla mas adelante Oran, fortaleza de primer órden, que con motivo del trastorno que causó el violentísimo terremoto de 1790, despues de gastar largos millones en su fortifica-

cion y en el sitio de algunos meses, por fin se entregó condicionalmente á los Marroquíes, retirando antes artillería, enseres y cuanto se pudo trasportar á Ceuta.

Otro tanto se debiera practicar con los presidios menores de Albucemas y el Peñon, que jamás han servido, ni pueden servir, mas que para incomodidad perpetua y gasto considerable.

Tal era, durante el sitio memorable de Cádiz, la situacion angustiosa y deplorable de la inmensa y descuadernada monarquía, cuya jurisdiccion directa y espedita, mucho menor de la de Covadonga en tiempo de D. Pelayo, estaba reducida á una legua de terreno llano y engolfado en las ondas espumosas y amenazadoras del piélago tempestuoso.

CAPITULO CENTESIMOPRIMERO.

Sitio de Cádiz. — Novedades de América. — Espíritu jeneral. — Caracas. — Su situacion. — Sus riquezas. — D. Simon Bolivar. — Su índole. — Su instruccion. — Su carrera. — Su institucion. — Sus opiniones. — Su predominio. — Nueva Granada. — Buenos Aires. — Montevideo. — Abascal en el Pene. — Chile. — Méjico. — Orden de la Rejencia franqueando por entero los puertos de América, entre sí, con las colonias estranjeras y aun con las demas naciones de Europa. — Desagrado y reconvenciones violentas del comercio de Cádiz. — Revocacion de aquel decreto. — Encausados sus autores, pero al fin quedan descargados sus cómplices

1810. — 1811.

Sigue el memorable sitio de Cádiz por cada dia con mayor ahinco por los sitiadores; pero con teson siempre gallardo, jovial é incontrastable por la guarnicion y el vecindario, pero sobreviene una novedad que causa suma ajitacion en el pueblo, y trastorno jeneral en los ánimos, particularmente entre los interesados en el comercio ultramarino.

Aparece con fecha del 17 de abril una órden de la Rejencia, franqueando los puertos de América, entre sí, con todos los puntos de España, y aun con las demás naciones. Azorado el comercio de Cádiz, representa, amenaza y alborota, con muestras de asonada violentísima. Se revoca el escandaloso decreto, se dispone sumaria; resultan encausados varios sujetos principales, y entre ellos un individuo de la misma Rejencia; pero por mas que se providencie en contrario de aquella franquicia, relajados una vez los vínculos de la autoridad suprema, resulta ya un daño irreparable para el tráfico nacional. Se dieron pasos, se hicieron cargos con reconvenciones amargas; nada positivo apareció en el público, y por último, sobreseida la causa, vinieron á quedar indultados los cómplices en aquella tramoya venal é inapeable.

Entretanto, el 14 del mismo abril, Caracas habia ya pregonado su absoluta independencia, y como aquella proclamacion influyó tantísimo para el movimiento y la suerte de los demás paises, no podemos menos de pararnos á especificar con alguna estension las circunstancias del terreno y de los individuos que mas abultaron en aquel fatalísimo trastorno.

La provincia de Caracas se reduce á un liston harto limitado sobre aquella costa, pues los cazadores, que en sus aventuradas correrías, se han internado á veces hasta 60 leguas, han tropezado ya con indiadas semibravías, ó por lo menos independientes. Como quiera, el país es fertilísimo, y con el comercio famoso del cacao, en el puertode la Guaira, á cortísima distancia de la capital, se han levantado fortunas inmensas, contándose un crecido número de familias opulentas.

En una de estas asomó D. Simon Bolivar, primo del marqués del Toro, jóven traviesísimo, que luego ha de hacer tan grandioso papel en la monstruosa trajicomedia de la revolucion americana española. Vino á Madrid, entró de cadete en Guardias españolas; mas luego pidió su licencia, presenció luego en París el encumbramiento de Bonaparte; pero abominó mortalmente de su despotismo, y empapado todo en las teorías sutiles, impracticables y aéreas de Rousseau y de otros modernos, volvió á su patria con ánimo resuelto de plantear la república de Platon, que revolvió en el cerebro, y abrigaba entrañable y soñadamente en el interior.

En suma, con la noticia del esterminio de las

Andalucías y de la Junta Central, la capital de Venezuela se alborota, el ayuntamiento, agregándosele algunos mas individuos, se constituye en junta suprema, arrolla al gobernador D. Vicente Emparan, y á la audiencia, quienes se embarcan á su salvo en la Guaira, con todas las autoridades españolas, y toman el rumbo de la Habana, ó de los puntos que apetecen. Los demas distritos siguen el impulso de la capital, donde la tropa se incorpora con el ayuntamiento, menos en las dependencias de Coro y Maracaibo, donde el gobernador Miyares se reviste de entereza, enfrena á los díscolos y mantiene el sosiego y la subordinacion.

La razon que alega pomposa y engreidamente la Junta de Caracas, para pregonar su independencia, se reduce á afirmar mentirosamente que toda España yace rendida ya á las plantas de un mandarin advenedizo, pero desentendiéndose de toda autoridad desde el punto en que Fernando VII recobrase su solio, ú por lo menos plantearse la nacion un gobierno, bajo los auspicios de unas Córtes jenerales, á las cuales asistiesen legal y aunadamente los diputados de todos los reinos, provincias y ciudades de entrambas Américas. Brindaba al mismo tiempo la Junta con cuantiosos auxilios á la España, para rechazar á todo trance la inundacion de enemigos que la estaban infestando.

Mas todos estos lenitivos eran tan solo demostraciones aparentes y alevosas, para congraciarse con el pueblo, que llevaba muy á mal un desvío tan repentino y escandaloso.

Se abolió desde luego el escasillo tributo que aprontaban los Indios. Se repartieron en seguida los empleos amistosamente entre los mismos naturales, y se franquearon de par en par los puertos á todas las naciones indistintamente: providencia en estremo halagüeña para los hacendados, que desde luego estaban viendo la puja notable que habian de lograr sus frutos, y acariciaban en estremo á las naciones traficantes, sedientas siempre de marcados y ferias para sus jéneros.

Enmudece por el pronto el ministerio inglés; pero luego prorumpe en el pregon interesado y artificioso de que S. M. británica no se conceptua enlazada con vínculo alguno para declararse hostilmente á favor de una porcion de la monarquía española contra cualquiera otra, desentendiéndose de todo sistema que respectivamente pudieran seguir, mientras se hermanasen allá en el punto fundamental de reconocer un mismo soberano, y rechazar denodadamente la usurpacion francesa.

Llega en esto un buque inglés á Buenos Aires, trae y pregona la misma aciaga noticia de los desastres padecidos en Andalucía; y el capitan jeneral D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, marino esperto y severísimo, al ver ya su autoridad en estremo quebrantada con los amaños y arterías anteriores de los Ingleses, tiene que avenirse á la convocacion de un congreso, cuyo primer acuerdo se reduce á deponer sobre la marcha al mismo Cisneros de su mando y superioridad. En seguida el concejo ú vecindario nombra atumultuadamente una junta suprema, para ejercer una autoridad omnímoda á nombre de Fernando VII.

Montevideo, por el contrario, sabedor de que el partido nacional se mantiene todavía y gallardea esforzadamente en la Península, bajo el gobierno lejítimo planteado y sostenido con esplendor en Cádiz, desecha las sujestiones de Buenos Aires, y sigue mas y mas hermanado con la Metrópoli.

Sigue, sin embargo, la Nueva Granada los ímpetus de Caracas; nombra tambien su junta suprema, y plantea un nuevo gobernador que depone al virey D. Antonio Amat, oficial esclarecido y siempre victorioso, con el entusiasmo de antiguo aragonés, que supo infundir a su heróico rejimiento de caballería de Farnesio. Resultan luego conmociones y pendencias en Santa Fé, en Quito y en otras provincias, que acarrean grandiosas desavenencias y por fin la guerra.

Pero el Perú, jeneralmente se conserva inmoble, y se aferra mas y mas en su lealtad á la madre-patria, merced á la cordura y entereza de D. José Fernando Abascal, y tambien á la memoria, todavía reciente, del escarmiento clavado en los ánimos con Tupac Amaru y demas secuaces de su rebelion.

Sigue el pacífico Chileno cantando y bailando, ajenísimo de vaivenes y desvaríos políticos; mientras con haber arañado un tantillo su tierra de promsiion, crece y ondea al viento el opimo sembrado, en ademan de rendirle luego el acostumbrado ciento por uno.

Permanece Méjico por el pronto inalterable, enviando mas y mas remesas de plata, en suma, millonadas de pesos fuertes; pero aun los mismos diputados que acuden ahora al llamamiento y peroran garbosa y despejadamente en el congreso, como Alaman y otros varios, están ya colmando su recámara, para luego dispararse con mas ahinco y desenfreno, contra la misma patria de sus abuelos, que los ha vitoreado y engrandecido hasta lo sumo.

Entretanto los vireyes, jeneralmente negados y aun idiotas, ó por lo menos inhábiles para las circunstancias, en vez de timonear diestramente la nave, la están arrebatando al escollo que la va á sumerjir para siempre y sin rescate. Entre ellos Apodaca, el quemador de su escuadra en Trinidad, para escusarse el afan, y sobre todo el

peligro de pelear, y despues Odonoju, todo lo atropellan, todo lo confunden y todo lo empeoran.

Venegas, con su instruccion, tal vez frívola y superficial, infundió algunas esperanzas; mas fueron todas aéreas, pues el virey de la asombrosa hija del gran Cortés, vino á evidenciarse el mismísimo personaje, derrotado muy torpe y culpablemente en Almonacid. No solo en la capital, sino en Jalapa, en la Puebla, y en todos los pueblos subalternos; pero particularmente en Veracruz y en los demas puertos, miles de haraganes viciosísimos, los mas mestizos, llamados vulgarmente *guachinangos*, jugando, bebiendo y tocando, trocados en estadistas, en un Campomanes ó Jovellanos, daban su voto en materias políticas; que se reducian por última resolucion, á mandar ellos, ó por lo menos á vivir desenfrenadamente, y sin trabajo ni sujecion alguna.

Acalorados ahora con la nueva órden, auténtica ó falsa, de franquicia universal, formaban un hervidero confuso y frenético, cuyo postrer paradero no podia menos de ser una revolucion sangrientísima. Parece que efectivamente se habia concedido salvo conducto para el renglon importantísimo de harinas, peculiarmente en la Habana, haciéndola estensiva arbitrariamente aquella intendencia á los demás ramos de consumo; pero, como se ha dicho, el estrago que causó aquel desbarro se hizo ya en gran parte irremediable.

Como quiera, desde la primera semana del cerco, la Rejencia se esmeró en destacar bajeles, desde Cádiz, á los principales puntos de América y de Asia, con proclamas, gacetas, órdenes y documentos auténticos, noticiando individualmente el estado de los negocios, y los conatos, mas ó menos eficaces y acertados, que seguia haciendo heroicamente la nacion para sacudir el yugo enemigo.

Mas llega el 4 de julio, y sabe la Rejencia indudablemente la asonada y declaracion de Caracas, y á fines de agosto la de Buenos Aires. Esperanzada sin embargo de que, llegándose á enterar aquellos mismos paises de la verdadera situacion de los negocios, volverian en sí con el desengaño, y profesarian de nuevo la debida obediencia al gobierno lejítimo; y entre tanto, no acertando á providenciar en punto tan árduo y trascendental, determina consultar con el Consejo antiguo de Castilla. Se acuerda formalizar un mensaje solemne, ó semiespedicion, que á todo trance echase mano de las tropas de Cuba, Puerto-Rico y Cartajena. Se nombró á D. Antonio Cortabarria, majistrado hábil, del Consejo real, pero anciano ya y sin conocimiento de los negocios de América, encargándole que se aunase con el gobernador de Maracaibo Miyares (D. Fernando) ascendiéndolo á capitan jeneral de Caracas, en memoria de su conducta pundonorosa.

En cuanto á Buenos Aires, con presencia de las tramoyas de la infanta Carlota, por todo aquel pais, desde su residencia en el Brasil, se envió por jeneral á D. Gaspar de Vigodet; pero sabida la sublevacion, se nombró por virey á D. Francisco Javier de Elio con quinientos hombres, en una fragata y una corbeta, encargando á todos encarecidamente, que no se acudiese a la fuerza, sino en caso de ser absolutamente indispensable.

Los diputados ultramarinos instaban eficazmente á las Córtes para que tomasen desde luego y con todo ahinco en consideracion los negocios de sus respectivos paises, con cuyo motivo, mediando á veces discusiones acaloradas, se celebran luego en parte reservadamente; y por fin en 15 de octubre se acuerda un decreto, cuyos artículos fundamentales se reducen: 1.° á la igualdad de derechos, sancionada ya de antemano, y 2.° á un indulto jeneral, sin restriccion alguna. Siguen luego á esta resolucion, varias declaraciones y franquicias, ventajosísimas todas para los Americanos.

Ventílase en seguida la libertad de la imprenta, y queda proclamada el 10 de noviembre, con la restriccion competente en puntos relijiosos; sin que sus demasías se sujeten á la decision de algun jurado, pues se nombran al intento juntas de censura, con el encargo de sentenciar si hay ó no lugar á la formacion de causa, reservando la imposicion de la pena á los tribunales ordinarios.

Entre tanto el Congreso, hecho cargo de lat v. tal insuficencia del gobierno vijente, ó sea de la Rejencia llamada del Quintillo, la apea por entero, reduciendo á tres sus individuos, y nombrando al jeneral D Joaquin Blake, al jefe de escuadra D. Gabriel de Ciscar, y al capitan de fragata D. Pedro Agar, Americano. Por cuanto los dos primeros se hallan en el reino de Murcia, se les agregan dos suplentes, el marqués del Palacio, y D. Luis María Puig, consejero. Este y Agar se juramentan pura y sencillamente; pero añade el marqués, que jura sin perjuicio, del compromiso de fidelidad contraido con Fernando VII. Sobrevienen debates violentísimos y quedan por el pronto instalados únicamente Puig y Agar el 18 de octubre, y en seguida orillan al caviloso Palacio, y nombran al marqués de Castelar, grande de España, y los dos propietarios ausentes no toman posesion hasta el 8 de diciembre y el 4 de enero siguientes. Entonces Palacio se doblega con estremados rendimientos, y las Córtes le indultan, ó mas bien se desentienden.

En medio de tantísimo laberinto, las Córtes se dedican á reformas interiores, y entablan el asunto intrincado de los fueros y franquicias peculiares de las varias provincias de la monarquía; con ánimo de uniformar la lejislacion y hermanar estrechamente entre sí á todos los Españoles. Se lleva adelante el intento, y se nombra una comision, cuyo informe facilite luego su desempeño, entrando en ella vocales de todas opiniones, y aun algunos americanos.

Descuella por entonces y resplandece esclarecidamente el arranque nacional, con el motivo de las cartas harto indecorosas de Fernando VII á Napoleon, publicadas en el Monitor; pues prevalece en España y cunde en estremo la novedad de que el rey cautivo trata de entroncar con Napoleon, por medio de su enlace con una parienta suya, y labrarle así la escala para recobrar el trono de sus antepasados, bajo condiciones ajenísimas del pundonor é independencia de la España entera.

Todos unánimemente opinan, votan y vocean, que en semejante caso, la nacion desecha para siempre la bastardía de semejante convenio, que pudiera tal vez inhabilitar la misma persona del rey, para ejercer su autoridad constitucional; y por fin el 1.º de enero de 1811 se formaliza y estiende un decreto en los términos siguientes: «Las Córtes jenerales y estraordinarias, con arreglo al decreto del 24 de setiembre del año anterior, en el cual se declaran nulas y de ningun valor las renuncias hechas en Bayona por el rey lejítimo, D. Fernando VII, de España y sus Indias, ya por no hallarse libre, ya porque tales renuncias carecian de la condicion imprescindible, de la anuencia de la nacion, declaran, que nunca los reconocerán, siendo esencialmente nulas, como tambien cuantos actos pueda contraer, en forma de tratado, convenio ú transaccion, de cualquiera especie ó condicion que fuere, accedidos por el rey, mientras permanezca en el estado de opresion y cautiverio en que yace, ya que dichos actos se celebren allá en pais estraño, ú en la misma España, si su persona se halla cercada de tropas enemigas y careciendo de la libertad indispensable, ó avasallada por el influjo directo ú indirecto del usurpador de la corona; pues nunca la nacion lo conceptuará libre, ni le tributará obediencia mientras no le vea en medio de sus leales súbditos en el seno del Congreso nacional, existente en el dia, ó que en lo sucesivo se nombrase, y con el gobierno planteado por las Córtes. Declaran además que toda contravencion al presente decreto será mirada, como un acto hostil á la patria, y el contraventor quedará responsable á todo el rigor de las leyes. Daclaran igualmente las Córtes, que la nacion hidalga y jenerosa que están representando jamas orillará las armas, ni dará oidos á propuesta alguna de ajuste ó convenio, sea de la especie que fuere, hasta despues de haber evacuado las tropas enemigas el territorio de España y de Portugal, permaneciendo las Córtes con la nacion, siempre resueltas á lidiar y guerrear á todo trance, y sin descanso, hasta que logren afianzar la Relijion sagrada de sus mayores, la libertad de su amado monarca, y la independencia absoluta y la integridad cabal de la monarquía. «Cuyo decreto se firmó por la voluntad y voto unánime de ciento y catorce diputados que se hallaban presentes.

Así seguian las heroicas Córtes lejislando, y la Rejencia providenciando todo lo concerniente á los estados de España y de Indias, bajo las bombas del enemigo, que seguia hostilizando el emporio de Cádiz; único asilo y santuario de la autoridad española, con asombro de Europa y del orbe entero.

En los primeros meses del año de 1811, las Córtes echaron el resto de su ahinco en despejar y entonar la situacion de nuestras posesiones ultramarinas, con el afan que requeria la necesidad de apagar aquel incendio, que iba mas y mas cundiendo por cada dia, abarcando ya á Buenos Aires y el Tucuman, y aun habia asomado por el pacífico Chile, donde por fin el conde de la Conquista logró atajar sus progresos, oponiéndose denodadamente á todo jénero de innovacion.

Progresó mas reciamente la revolucion, y con resultas mas trascedentales en la Nueva Granada, donde se debió desde luego temer el contajio, desde que los Europeos y demas advenedizos habian tenido la avilantez en 16 de setiembre de 1808, de apear del mando al virey D. José Iturrigaray, suponiéndole hermanado criminalmente con los criollos. Habia nombrado torpemente la Junta Central por sucesor suyo al arzobispo D. Francisco Javier de Lizana, sumamente anciano y de cortísimos alcances. Con la deposicion de Iturrigaray, y el apocamiento del arzobispo y los descalabros padecidos en España por 1809 y 1810, se pusieron en el disparador gavillas de díscolos, quienes entablaron su asonada, por setiembre del mismo año. Los encabezaba un clérigo desconocido, D. Miguel Hidalgo de la Costilla, párroco del pueblo de Dolores, en el distrito de Guanajato. Habia siempre odiado á los Españoles, y se arrojó á formalizar la conjuracion, tras algunos avistamientos con un jeneral francés, enviado por Napoleon para abogar por su hermano José, cuyo emisario, arrestado luego en las provincias interiores, fué conducido maniatado á Méjico.

Subleva Hidalgo indios y mulatos, y entra acaudillandolos en su pueblo el 16 de setiembre.

Se confabula con dos capitanes del rejimiento provincial de la Reina, D. Ignacio Allende y D. Juan Aldama; llega á S. Miguel el Grande, y se le incorpora casi todo aquel rejimiento. Crece mas y mas aquella muchedumbre, y marcha voceando viva Fernando VII y mueran lòs *Cachupines*; pues así apellidan jeneralmente á los Europeos; y siguen vitoreado y tremolando en sus banderas á la Vírjen de Guadalupe, imájen muy reverenciada por los Indios.

Sigue Hidalgo adelante y se apodera de la ciudad de Guanajuato, una de las mas ricas del país, con motivo de las minas famosísimas de su territorio. Llegan los rebeldes el 18 de octubre á Valladolid de Mechoacan, y tratan de encaminarse á Méjico, cuando aporta de Europa D. Francisco Javier Venegas, reciennombrado virey, en lugar del arzobispo. El eco de su llegada enfrena á los descontentos, y en seguida se providencian ciertas disposiciones contra los enemigos advenedizos.

Ya se halla Hidalgo á catorce leguas de Méjico, cuando el coronel jóven y animoso, enviado por Venegas, D. Torcuato Trujillo, marcha contra él, con mil y quinientos hombres. Se traba la pelea en el monte de las Cruces, y queda vencedor Trujillo; pero al presenciar una muchedumbre inmensa de enemigos, dispone su retirada, y regresa á Méjico, y desde luego fomenta con su llegada las zozobras de algunos, y las esperanzas de otros muchos.

Por dicha, D. Felipe Calleja, comandante de una brigada completa con tres mil veteranos, sabedor de la marcha de Hidalgo sobre la capital, se arroja sobre él y lo derrota, en Astuho el 7 de noviembre. El vencido se rehace algun tanto; pero Calleja en repetidos encuentros lo destroza, hace prisioneros á los restantes el 21 de marzo siguiente, y los pasa todos por las armas.

Por la costa del Sur en la misma Nueva España, se aparece otro cura, llamado Morelos, siguiendo las huellas de Hidalgo, y despues de internarse y causar gravísimos trastornos por el país, tras varios encuentros mas ó menos sangrientos, tiene por fin el mismo paradero, aunque mas dilatado, que su dechado insensato; pero desde el asomo de aquel cabecilla, la guerra fué siempre de muerte contra los Europeos; y estos solian corresponder á los sublevados en sus tremendas represalias; de donde resultó un estrago, formidable para el pais, en personas, en haciendas y en todos los ramos de industria y de labranza, encabezándose desde entonces el menoscabo sumo y casi total estermınio de la prosperidad mejicana, que iba rayando muy alto, segun lo describe el famoso viajero y literato universal Humbolt en su obra preciosísima, trabajada con todo esmero, y traducida en todos los idiomas.

Clavan las Cortes sumo conato en mejorar la suerte de las Américas, y se ventila con ahinco el punto, harto trascendental, de venir á deslindar el grado de representacion nacional que se debe señalar á las Colonias. Por fin, el 3 de enero de 1811 se declara, que la representacion americana en lo venidero ha de ser en todo y por todo semejante á la europea, segun se plantee y determine en el reglamento que, segun la Constitucion, se ha de formar para el intento.

Se decreta en seguida, que los naturales de aquellas rejiones fuesen dueños de sembrar y cultivar cuanto les tuviera mas cuenta; pues en ciertos parajes alcanzaba la veda absoluta á la vid y el olivo. Se franqueó tambien la opcion á toda clase de empleos y profesiones á Indios, á criollos, á mulatos y á sus descendientes, en los propios términos que á los Españoles.

Hasta se descargó luego á los castizos solariegos del mínimo tributillo de 20 reales al año por cada cabeza de familia, que estaban pagando, y sobre todo de los rendimientos arbitrarios y abusivos que imponian internamente y á su antojo algunos gobernadores ó comandantes de distritos. Hasta se procedió á la abolicion de la decantada *mita*, ó trabajo forzado de minas, de que en realidad ni memoria quedaba ya en el Perú.

Las Córtes, en medio de sus afanes intensísimos sobre hacienda, guerra y marina, se trasladaron, á fines de febrero, de la isla de Leon, á la ciudad de Cádiz, donde continuaron sus sesiones en la forma acostumbrada; habiendo dilatado aquella traslacion con motivo de la fiebre amarilla, que habia estado reinando en aquel recinto, hasta mediados del último diciembre.

En 16 de diciembre la nueva Rejencia divide el territorio español en 6 distritos militares, abarcando juntamente las provincias todavía independientes y las avasalladas por el enemigo. Nombra para su defensa seis ejércitos que se titularán 1.° de Cataluña, 2.° de Aragon y Valencia, 3.° de Murcia, 4.° de la isla de Leon y de Cadiz, 5.° de Estremadura y Castilla, y 6.° de Galicia y Asturias; á los cuales se añadió luego el 7.° distrito de Navarra y provincias Vascongadas, con Castilla la Vieja á la izquierda del Ebro, comprendiendo las montañas de Santander; mas no cabe ceñirse en el hilo de la historia, con puntualidad escrupulosa al pormenor de este reparto, como se advertirá en la relacion circunstanciada de los sucesos.

Las maniobras principales de la tropa española tenian que depender por lo mas de los movimientos del enemigo, el cual situó, á fines

de 1810 y principió de 1811, tres grandísimos ejército á levante, medio dia y poniente de la Península; el primero sobre Portugal en observacion perpetua de los Ingleses, el segundo en Andalucía y Estremadura; y el tercero en Cataluña y sobre el confin de Aragon y Valencia.

Masena tiene que cejar de Portugal, tras de haber malogrado meses enteros por las líneas de Torres Vedras, con pérdida de la mitad de su ejército; y las divisiones españolas del marqués de la Romana, habian estado escudando á Wellington, despejándole el rumbo para sus grandiosas combinaciones. Muerto el marqués, sus tropas se internaron por Estremadura, para contrarestar á los Franceses en un ámbito dilatado.

Se halla Sult con órden espresa de Napoleon para ausiliar eficazmente á Masena, pero necesita Sabastiani todo el cuerpo de aquella parte para resguardar á Granada y Murcia. Cuida Victor con el primer cuerpo del sitio de Cádiz y de la Serranía de Ronda; Mortier acude á Estremadura y al Condado de Niebla. Sult tomó á su cargo la rendicion de Olivenza y de Badajoz; y despues de precaver, en cuanto le cabe, el resguardo de sus conquistas en Andalucía, marcha denodadamente á su empresa. Por falta de la Romana, entra Mendizabal á mandar en Estremadura ceja sobre Mérida por la derecha del Guadiana, y Ballesteros se encamina á Frejenal. Marcha Sult contra Olivenza, la ciñe el 11, y la rinde el 23. Arrollado Ballesteros al condado de Niebla, rechaza esforzadamente al enemigo en Villanueva de los Castillejos; se retira sobre San Lúcar de Guadiana, y pasa sosegadamente el rio; y luego, al ver distantes las fuerzas mayores de los Franceses, vuelve al Condado y deja mal parado en redoblados encuentros al jeneral Remaud, y trata de perseguirlo hasta los puertos de Sevilla, cuando le atajan las nuevas infaustas de Estremadura.

Badajoz ... Encabezamos así este párrafo con el intento de llamar la atencion al bosquejo que vamos á delinear de uno de los héroes mas eminentes, y quizá mas desconocidos de nuestra revolucion.

D. Rafael Menacho, de Ceuta, despues de servir con distincion en la carrera de infantería, se halla de mariscal de campo, encargado del gobierno de Badajoz.

Se esmeró desde luego en surtir colmadamente la plaza de cuantos renglones se han de necesitar en el sitio arduo y dilatado con que, desde los primeros pasos le amagan los enemigos. Habla de continuo á la tropa con brioso agrado, atiende dia y noche á su mantenimiento y á su disciplina, y está absolutamente en todo para luego rechazar cuantos embates y asaltos le sobrevengan, escarmentando ejemplarmente á quien asome por los ámbitos de su fortaleza; se verifica luego el sitio, pero burla todos los avances, y aleja con sus frecuentes y poderosas salidas sus tropas mas esforzadas; y esperanzado con el próximo socorro, anuncia ufanamente la victoria que junto con el jeneral de Estremadura, va á conseguir de los ejércitos franceses.

La Rejencia de Cádiz echa el resto en proporcionar á Mendizabal una suerte *grandiosa* y formidable, que no solo resista, sino que asombre y aun anonade al enemigo por aquellas provincias pingües que está infestando á su albedrío, con su presencia y sus tropelías. D. Gabriel de Mendizabal, guipuzcoano, es en su traza, en su fisonomía y en sus modales, un militar sencillo y valeroso. Mandó con esplendor el rejimiento lijero de voluntarios de Navarra, y se condujo en todos los trances con serenidad y pundonor; mas su escasa capacidad se ceñia al ínfimo mecanismo de la táctica parcial, sin alcanzar un átomo de la estratejia sublime, ni de la ocurrencia repentina de maniobras grandiosas y terminantes (1).

Se presenta con su ejército en las cercanias de Badajoz, descubre al enemigo, y sin acertar á situarse ventajosamente, ni escudar sus alas con resguardos mutuos de todas armas, admite la batalla: las tropas se muestran animosas; pero los Franceses amaestrados *en sus* guerras de largos años, embisten por los puntos principales con su formidable caballería, arrollan á nuestros batallones, que no aciertan á formar cuadro alguno de resistencia, y proporcionan al jeneral Mortier una victoria completa, y sin quebranto de consideracion, el 19 de febrero; apoderándose de cuanto hay en el campamento español, desde la artillería hasta los ínfimos enseres.

Agudo flechazo, ó mas bien, lanzada mortal, es aquel descalabro para el heróico Menacho. Pero se reviste de magnanimidad, y con semblante risueño, anda todos los puntos, fortaleciendo y esperanzando la tropa; va y viene sin cesar, pasea cien veces la muralla; el enemigo estrecha mas y mas el sitio por ins-

(1) Hay que hacer justicia. En la batalla de Alba de Tormes, perdida con fuerzas superiores, por la suma torpeza del duque del Parque, Mendizabal, que mandaba una division, formó con tino y gallardía su cuadro, y nunca la caballería enemiga lo pudo romper ni desmoronar, y el gobierno se atendria á este ejemplar esclarecido, para darle el mando de Estremadura, donde tambien las fuerzas de Mortier fueron muy preponderantes.

tantes, redobla sus fuegos y abre grandísima brecha; y Menacho asomado á su orilla, blandiendo el sable y prorumpiendo en voces descompuestas é insultantes, los está llamando al asalto. Sus ayudantes y demas jefes le ruegan y amonestan que se ponga en salvo; pues su vida es importantísima para la defensa y conservacion de la plaza; condesciende y se retira; pero á poco rato, con su ardor africano (1), asoma de nuevo, pues siempre le quedan advertencias particulares y encargos encarecidos que hacer.

Sabe que estan con cerca de treinta mil hombres los Ingleses, y vive esperanzado y satisfecho de que han de acudir á sostenerlo y libertarlo; mas los deseados no aparecen, y los enemigos siguen adelantando, hasta que al fin con su artillería infernal, sin atreverse á dar el asalto, cuajan la muralla toda de balas horrorosas, y una de ellas va cabalmente á destrozar el pecho sobrehumano del Prohombre. Lo recojen ya cadavérico, y espira luego en los brazos de la oficailidad desesperada, en el fatalísimo dia del 4 de marzo. Le sucede en el mando de la plaza D. José Smar, quien á los seis dias, esto es, el 10 de marzo, capitula; y así patentiza mas y mas la pérdida inmensa que ha padecido, no solo el país, sino la causa jeneral y la nacion entera, con el malogro del sin par D. Rafael Menacho.

No sé que se le haya erijido estátua, ni recuerdo, ú monumento alguno, ni en Badajoz, ni en parte alguna de esta España, siempre la misma, esto es, por esencia ingrata, olvidadiza, y absolutamente en todo ciega y atrasadísima.

(1) Que resplandecia en su rostro erguido y fogoso, y mas todavía en sus ojos vivísimos y centellantes. Unos lo suponen natural de Ceuta, otros de Aljeciras ó sus cercanías. Es indiferente.

CAPITULO CENTÉSIMOSEGUNDO.

Espedicion de los sitiados á Chiclana. — Su malogro por la altanería y terquedad inglesa. — Ida de Zayas al Condado de Niebla. — Necedad de Ballesteros, quien inutiliza la espedicion de Zayas. — Acuden por fin los Ingleses á Estremadura. — Pretensiones descomedidas. — Batalla de Fuentes de Unoro. — Batalla de Albuera. — Movimientos infructuosos. — Ventaja de los Franceses en la unidad de sus movimientos y operaciones. — Marmont. — Sebastiani. — Castaños. — Santocildes. — Suchet sobre Tortosa. — Campoverde. — Malogro de Lérida. — García. — Tarragona. — Su rendicion. — Jerona.

1811.

Tiene Sult que acudir personalmente á Sevilla, para contrarestar los embates de las tropas combinadas contra los sitiadores de Cádiz, quienes, como ya se dijo, habiendo arrollado las líneas enemigas, y tratando Victor de retirarse de Medina Sidonia á Jerez, el inglés Graban con altanería desatinada, no quiso insistir en el avance, contentándose con regresar por Santi Petri, é inutilizando así absolutamente la victoria brillantísima de Chiclana.

La Rejencia entonces, para cohonestar algun tanto aquel malogro, de que tampoco tenia la menor culpa, envia una espedicion de cinco ú seis mil hombres al cargo de Zayas, para incorporarse con Ballesteros; mas aquel guerrillero, con ínfulas ya de sumo jeneral, y de suyo presumido y voluntarioso, inutiliza tambien aquel acertado intento. Con efecto, desembarca Zayas, junto á Huelva el 13, mas tiene que cejar al asomo de fuerzas muy superiores, y colocado luego en la isla de la Cascajera, á la embocadura del rio Tinto; como nunca puede recabar la venida de su indómito compañero, tiene que regresar el 31 á Cádiz.

Entre tanto, rechazados los Franceses en Portugal, era por fin de esperar la cooperacion de los antojadizos Ingleses en la angustiada Estremadura; y por fin Wellington encarga á Beresford, que socorra á Campo Mayor, y recobre á todo trance Olivenza y Badajoz; los Franceses evacuan la primera, á pocos dias de su posesion, y tienen lugar de abastecer cumplidamente las otras dos.

Toma por entonces Castaños el mando de

Estremadura, orillando á Mendizabal, por su memorable y torpísimo fracaso. Se sostiene á la derecha del Guadiana, y Ballesteros, siempre á solas, acude á robustecerle, rindiendo el 15 de abril á Olivenza. El francés Marmont, sucesor de Mortier en Estremadura, ceja hasta Guadalcanal, y Wellington se adelanta hasta reconocer á Badajoz, encargando el desempeño de aquel sitio á Beresfort, acuartelándose por su parte sobre el Coa.

Al asomar tardiamente por Estremadura, Wellington se muestra esperanzado de alcanzar una fineza suma del gobierno español, y encarga á su hermano, Arturo Wellesley, embajador ingles en Cádiz, pida á la Rejencia el mando militar de las provincias castellanas confinantes con Portugal, para disponer de todos sus auxilios y uniformar las operaciones de la guerra; pero el gobierno y las Córtes estrañan á cual mas tamaña solicitud, y la rechazan desde luego terminantemente y sin rebozo.

Wellington, sin embargo, por garbosidad jenial ó por afan de aparentarla, echa mas y mas el resto en el fomento y prosperidad de la causa que está defendiendo, y desde su mismo campamento tiene que aparatar desde luego una resistencia tenacísima á Masena, quien, rehecho en gran parte y con refuerzos poderosos de su primer quebranto, insiste denodadamente en su empeño. Trábase reñidísima batalla el 5 de mayo en Fuentes de Onoro. Queda el éxito al parecer indeciso; pero en suma los Franceses evacuan la plaza de Almeida, volando sus fortificaciones, el 10 del mismo mayo.

Masena entonces entrega el mando á Marmont, de quien desprende Drouet sus fuerzas, encaminándose á Estremadura y las Andalucías.

Se acantonan Marmont sobre el Tormes, y Wellington se acampa por las imediaciones; mas luego, sabedor de la marcha de Sult hácia Estremadura, le sigue con sus principales fuerzas.

Cuentan los Anglo-Portugueses con el arrimo de Castaños, Ballesteros y una espedicion salida de Cádiz á las órdenes de Blake, juntando así los Españoles hasta mas de doce mil hombres. En Yelves se junta Wellington con los caudillos españoles, y quedan todos acordes en el plan que se ha de entablar y sostener en toda la campaña.

Precave Sult, con poderoso resguardo, toda contingencia, en las líneas contra Cádiz y la isla de Leon, y deja Sevilla á buen recaudo contra todo asomo de sorpresa. Llega luego con mas de veinte y cinco mil hombres á Estremadura, y hace levantar el sitio de Badajoz. Acuden los aliados y resuelven desde luego presentarle batalla, teniendo por lo menos iguales fuerzas el enemigo. Albuera, como á cinco leguas de Badajoz, ofrece una campiña despejada y á propósito para las operaciones militares de todas armas; se traba el 15 la refriega y se pelea reñidísimamente por todas partes. Los guardias españolas hácia el centro de la línea, acosados por fuerzas muy superiores, tienen que cejar desde una loma hasta un arroyuelo; pero á paso muy lento y peleando siempre con la misma bizarría, hasta que logran recobrar su primera situacion.

En esto, hácia uno de los costados, embiste la caballería polaca con tal ímpetu, que arrolla y aventa la portuguesa; y entonces el cuarto batallon de Guardias, que se halla de reserva en segunda línea, hace un cuarto de conversion, y á su salvo pasa por las armas á los perseguidores, que vienen á quedar todos muertos ó prisioneros. Arde, sin embargo, de estremo á estremo, y mas y mas la batalla, hasta que ceden por fin los Franceses, y tienen á gran dicha el recobrar su campamento. Como la accion ha durado largas horas, la pérdida es horrorosa por ambas partes.

A la madrugada, Blake, Ballesteros y demás caudillos españoles, quieren renovar la pelea á todo trance; pero Beresford, fiel remedo de Grahan en Chiclana, se aferra igualmente en la *inglesada* bárbara de retirarse, inutilizando así una victoria tan sangrienta como gloriosa.

Hállanse todo el 18 entrambos ejércitos en inaccion y en sus líneas respectivas, y por fin Sult se retira sosegadamente. Llega Wellington con otras dos divisiones mas, y encarga á Beresford, que siga el alcance del enemigo; pero con toda cordura y miramiento.

Sult hace alto en Llerena, llama cuantas tropas se le pueden aprontar de las Andalucías, sin desamparar los puntos principales del país. Reforzado de nuevo, rompe otra vez el movimiento hácia Badajoz, y sale el 12 de junio, incorporándosele siempre mas y mas tropas, de varios jenerales.

Marmont, dando á su ejército de Portugal nueva planta, habia repartido sus tres cuerpos grandísimos en seis divisiones, abastece á Ciudad-Rodrigo y pasa luego á guerrear con Sult por Estremadura; van saliendo sus divisiones, y marcha él mismo en seguida; al eco de aquella inundacion, levanta Wellington el sitio que tiene puesto á Badajoz, y aparentando dar nueva y decisiva pelea en el paraje ya tan memorable de Albuera, se retira á Yelves el 17 de junio; y entonces las tropas españolas, en vista de aquel desamparo, tienen tambien que atravesar el Guadiana. Situado allí Wellington, resuelve defenderse á todo trance, y entonces el enemigo se desvía, sin atreverse á entablar nuevo y arriesgado empeño.

Tienen además los Franceses que acudir al

Condado de Niebla, por donde Blake hace una llamada considerable; y así vienen á quedar en inaccion los ejércitos principales, reembarcándose tambien Blake con sus tropas espedicionarias.

Regresa Sult á Sevilla, dejando abastecido á Badajoz, y voladas las fortificaciones de Olivenza; deja al jeneral Drouet, con el encargo de estar á la mira, contra los movimientos de la izquierda inglesa; pues por otra parte Marmont, está observando su derecha, hostigándolo sin cesar D. Pablo Morillo, por la espalda. Marmont para resguardarse de sus correrías, habilita y robustece los castillos de Trujillo y Medellin, patrias entrambas de los célebres guerreros, Pizarro y sobre todo el sin par Hernan Cortés; y colocando por allí la division del jeneral Foy, con toda la caballería, en seguida atraviesa el Tajo en 23 de julio, y se acuartela por Plasencia y Almaraz.

Pasa tambien el rio Wellington en Castello-Branco, y ambos ejércitos van arreglando mutuamente sus marchas por los movimientos del enemigo, quedando solo en Arronches y Estremoz, para resguardar el Alentejo. Castaños, con el cuarto ejército muy menoscabado, se acuartela en Valencia de Alcántara y sus cercanías; y así el paradero de encuentros mas ó menos considerables, y de tantas marchas y contramarchas, viene á ser el de ocupar las huestes opuestas los idénticos puntos respectivos.

Acosa entretanto el gallardo y brillantísimo oficial de caballería, D. Manuel Freire, por Granada á Sebastiani, logrando ventajas de entidad en Ubeda, y enviando tropas, á las órdenes del conde del Montijo, á las Alpujarras, para estrechar por la espalda al enemigo, quien está ya en el trance de evacuar á Granada, cuando le llega el refuerzo de Drouet con toda su division é infesta de nuevo las Andalucías. Sebastiani, mas prendado de las sublimidades incomparables de la Eneida, que del ejercicio y realidad de las armas, logra volverse á Francia; y Laval sucesor suyo, queda en la situacion trabajosa que tenia el pacífico literato.

Entre tanto el ejército de Galicia permanece por sus entradas, hácia el Vierzo y demas puntos de aquellos contornos; mientras el jeneral Losada en Asturias, está en vaiven continuo de avances y retrocesos, que atropellan, acosan y desesperan á los infelices pueblos, sin ventaja alguna para la causa nacional. Carecian además las tropas de disciplina, y se encargó eficacísimamente á Castaños que tratase de restablecerla ó de plantearla; pero el alma de aquel ejército, era en la realidad D. José Santocildes, el defensor heroico de Astorga, con su escelente jefe de estado mayor Moscoso, y se consigue al fin poner las tropas bajo un pié respetable.

Losada permanece en Asturias, Taboada en las gargantas del Vierzo, y un tercer cuerpo, mandado por el jeneral Cabrera, se coloca en la Puebla de Sanabria, habiendo además una reserva en Lugo, y así por aquella temporada sigue respirando el interesante y laborioso reino de Galicia.

Júntase por fin aquella hueste, y quedando Losada á la espalda, se interna por Castilla, con cuya maniobra el enemigo tiene que evacuar todo el principado de Asturias, con indecible gozo de Oviedo y toda su comarca, el 14 de julio. Encabeza la vanguardia española el valiente Santocildes, y entra con mil aplausos en Astorga; y derrotando á los Franceses en Cogordero, franquea el paso á una de las brigadas de Asturias, para acudir á incorporarse con la principal hueste española, que desde primeros de julio toma la ofensiva, y espera el refuerzo de Liébana, organizado por el osado Porlier, hasta que llegue Mendizabal, que es el jefe en propiedad.

Al mismo tiempo las guerrillas de Campillo, Longa, Tapia, Merino y otros, están á toda hora hostigando al enemigo, y causándole una matanza parcial; pero incesante, que luego en la suma resultó ascender á larguísimos miles de individuos. Ni aun las carreteras principales ofrecen resguardo seguro; pues Mina en el puerto de Arlaban sorprende un convoy, escoltado por mil y quinientos franceses, los hace á todos prisioneros, rescata á los nuestros, y se apodera de un millon de francos. Encarga Bonaparte peculiarmente á Besieres el alcance ejecutivo y la persecucion incesante de los guerrilleros; pero nada logra, siendo antes bien el mismo perseguidor acosado por los partidarios, y tiene por último que desistir de su desahuciada empresa; con cuyo desengaño se desalientan los enemigos, y por el contrario se envalentonan mas y mas los caudillos españoles.

Ardua en estremo es la situacion de nuestras armas en Cataluña, Aragon y Valencia. Suchet y Macdonald van acordes, y entablan y ejecutan con hermandad y acierto sus empresas. A fines del año 1810, Suchet se empeña en estrechar de todo punto á Tortosa, y adelanta mas y mas por cada dia, á pesar de las salidas poderosas y denodadas que menudean y encabezan el gobernador conde de Alacha y su segundo Uriarte; pues destruidas ya las obras con el infernal cañoneo, Alacha, herido y enfermo, tiene que avenirse á un ajuste, viniendo el francés personalmente á formalizarlo en el mismo castillo. Se entrega la plaza el dia de Año nuevo, quedando la guarnicion, todavía de cuatro mil hombres, prisionera de guerra.

Con esta novedad inesperada, se encoleriza toda Cataluña hasta lo sumo, se celebra consejo de guerra en Tarragona, y por votos unánimes, se condena al conde de Alacha á pena capital, ejecutándolo en estatua el 24 de enero.

Entretanto Suchet, adelanta mas y mas sus empresas, y ocupa el fuerte de San Felipe, en el Coll de Balaguer, para señorear la carretera de Tortosa á Tarragona; resguarda todo el cauce del Ebro y acude á Zaragoza, para despejar el réjimen interior, y atajar los retoños de las nuevas guerrillas que van asomando por Aragon y el confin de Cataluña.

Se desconfia en Tarragona de casi todos los jefes, esperanzando tal vez únicamente en Campoverde, sin mas fundamento que el de su llaneza en el trato, y su entrañable patriotismo; careciendo por lo demas del competente desempeño para el mando supremo (1); pero confirmando luego el gobierno aquel eco jeneral, desde los primeros pasos, puso el favorecido muy patente el amargo desengaño.

Con este nombramiento se aquietó y se hermanó el ejército, que estaba en el disparador para disolverse, por sus desavenencias y demasías. Macdonald, que estaba esperanzado de apoderarse de la plaza, á favor de aquel desconcierto en los ánimos, se acobarda y se retira, y luego una division, á las órdenes del valeroso y gran táctico, para no siempre en su acuerdo, el irlandés D. Pedro Sarsfiel, lo alcanza en Figuerola, y le destroza completamente toda su division italiana. No logra por su parte otro tanto Campoverde; pues á pesar de todo su conato, se recoje Macdonald sin quebranto en Lérida; cuando mas que apenas se atreve á desamparar la plaza de Tarragona, donde los trastornadores no cesan de alborotar, oponiéndose á todo trance á la capitanía jeneral de Odonel, y así queda Campoverde, en posesion del mando en jefe.

(1) Se cuenta, que habiendo la junta de Cataluña enviado á Cádiz dos ó tres comisionados, para tratar con el gobierno de los asuntos públicos, prorumpen en quejas violentas contra todos los jenerales que hasta entonces los habian mandado.

La Rejencia, en vista de aquel sumo descontento, mandó al ministro de la Guerra, que llamase á los diputados catalanes, y leyendoles la lista de los jenerales, les diese á escojer el que mas les conviniera. Con efecto, el ministro avisa á los comisionados, acuden, se pone á leerles los nombres; va haciendo algunos altos, los Catalanes enmudecen, y por último se acaba la lectura, sin que ninguno de los nombrados les cuadre; con cuyo desengaño, el ministro nombra al primero que le viene á la memoria, ó á la pluma, y que por supuesto uno de tantísimos é inutilísimos señores, como solíamos decir en Cartajena.

Convoca en seguida la junta catalana, para pedirle auxilios imprescindibles, no solo en el recinto de la plaza, sino jeneralmente en toda la provincia; la junta pone sumas dificultades para todo, y por último se disuelve, sin formar acuerdo alguno. Se nombra otra en seguida, cuyo resultado es idéntico, pues nada se plantea, nada se adelanta, para la causa pública.

Crítico en estremo es, sin embargo, el trance, pues el enemigo es activísimo, y esfuerza sus intentos hasta lo sumo. Acude Suchet a descubrir y atajar los guerrilleros, tanto en Aragon como en Cataluña, destacando cuerpos ájiles, en persecucion del menor asomo de armamento, ú reunion civil ó militar.

Revestido por Bonaparte del mando de la Cataluña meridional, y encargado peculiarmente del sitio de Tarragona, deja á Macdonald el desempeño de la Cataluña oriental, cercanías de Barcelona y demas dependencias, teniendo siempre bloqueada la gran plaza de Figueras, heroica pero infructuosamente rescatada por el doctor Rovira, sin que Campoverde, ni otro caudillo, acierte á socorrerla en largos meses.

Se pone Suchet (1) en movimiento el dos de mayo con cuarenta mil hombres, y el 4 aparata cuanto se requiere para cercar la plaza; pero Campoverde se mete el 10 en Tarragona con dos mil hombres de refuerzo, traidos al puerto por el comodoro Codrington. Se redoblan por puntos las salidas, y Sarsfiel por la espalda hostiga mas y mas al enemigo; pero por fin los Franceses, tras varios y sangrientísimos asaltos, el 29 se apoderan del fuerte del Olivo, y Campoverde entrega el mando á D. Senen de Contreras, recien llegado de Cádiz, y sale de Tarragona, enviando en seguida á D. Juan Caro á Valencia, en busca de auxilios.

Se encarga Sarsfiel de la playa y el puerto, entregando sus tropas hácia Montblanc al Baron de Eroles. Se acuartela Campoverde en Igualada el 3 de junio, y la junta se coloca en Monserrate. Se rinde el 7 el fuerte de Francolí.

Llega D. José Miranda el 14 con una division Valenciana, que dejando cuatrocientos reclutas en la plaza, los cuatro mil restantes pasan á reforzar al mismo Campoverde en Igualada; quien juntando hasta once mil hombres, resuelve hacer una llamada poderosa contra los sitiadores; y como al mismo tiempo el Baron de Eroles intercepta todos los convoyes, y se apo-

(1) Era Suchet sombrerero de oficio, antes de la revolucion, y asi carecia absolutamente de toda educacion civil y literaria; pero su valor lo encumbró á lo sumo, y sobre todo logró tener siempre consigo, un cuerpo sobresaliente de Estado Mayor, que le proporcionó todas sus ventajas y victorias.

dera de los destacamentos enemigos mas ó menos aislados, determina Suchet echar el resto para la terminacion absoluta del juicio.

Aparata el asalto para el 21, mientras Sarsfiel está recibiendo la órden para ir á mandar una division de Campoverde. Entran en el torreon de Orleans, y se apoderan de la poblacion inferior, estrechando mas y mas el último recinto. Campoverde, arrollado por el clamoreo jeneral, formaliza por fin una tentativa á favor de los sitiados el 25 de junio, pero Miranda no acude á su punto señalado, y al ver frustrado su intento, se encamina inútilmente al Vendrell. Llegan el 26 unos 1500 ingleses, y al ver aquel monton de escombros, no se atreven á desembarcar.

Redoblan los sitiadores en la madrugada del 28 su fuego pavoroso, y á las cinco de la tarde trepan al asalto. Escasean los jefes por la muralla, y hay batallon que esta á las órdenes de un subalterno. Tampoco asoma Contreras (1), y si lo birieron luego en el vientre hácia la puerta de San Majin, seria tal vez al ponerse en salvo.

Como quiera, entra la infame soldadesca, se desparrama por calles y plazas, incendia, saquea, violenta y degüella, corre la sangre á rios; D. José Gonzalez, hermano de Campoverde, se defiende bizarramente en el atrio de la catedral, y fenece con un sin número de compañeros, recreándose el atroz Suchet con la matanza. Caen hasta ocho mil hombres prisioneros, que bien dirijidos, y auxiliados oportunamente por la espalda, pudieran rechazar y esterminar á Suchet con todas sus fuerzas.

Asombro mortal se desploma sobre la Cataluña entera con el desastre de Tarragona. El ejército se descuaderna; unos marchan á sus casas, tierra adentro, otros se alistan ó se forman en guerrillas, todo es pavor y desconfianza, todo escasez y desamparo, y los Valencianos se empeñan en regresar a su pais, y nadie reconoce subordinacion, ni mando, ni se acuerda de patria, ni de conato alguno para defenderla.

Pasa luego Campoverde el primero de julio á Igualada y de allí á Cervera, donde se celebra un consejo de guerra y se decide por sí y ante sí la evacuacion total del principado de Cataluña; y Miranda, que merecia ser pasado por las armas, en el acto de su desobediencia, se empeñó en regresar con su division á Valencia; se redobló entonces la desercion, y Suchet reparte sus fuerzas por playas y carreteras, para atajar su retirada á los Valencianos; mas enterado luego de que Campoverde trata solo de internarse, sin desprenderse tampoco de la division valenciana, pasa á Barcelona para holgarse, y paladear sus victorias, ideando al mismo tiempo nuevos planes de campaña con los demás jenerales.

Regresa á Tarragona, y entretanto Campoverde embarca en Areuys la division valenciana, y la despide para su país, encaminándose luego á Vich, donde encuentra á D. Luis Lacy, enviado por la Rejencia para encargarse del mando de Cataluña.

Lacy, contemplando á Suchet en el disparador y con fuerzas muy superiores á las suyas para perseguirle, pasa á Solsona donde le sigue la junta provincial; se esmera en recojer y disciplinar la tropa poniendo á cargo del baron de Eroles el punto importantísimo de Monserrate.

Acude allá sin embargo Suchet, trasformado ya por fin de tiznado sombrerero, en relumbrante mariscal del Imperio; y es tal su esceso de fuerzas, que embiste por varios puntos, y arrostrando resistencias y derrumbaderos, consigue el 25 de julio desalojar á Eroles, poniendo luego su resguardo en manos del jeneral Piombun, quien se ve de continuo acosado de guerrillas, cuyos embates precisan al nuevo mariscal á insistir en la toma de Figueras, antes de trasponer la Cataluña; empresa ya facilísima, por la situacion deplorable en que se halla su guarnicion desahuciada.

Con efecto, el doctor Rovira con un teson inaudito y una maña imponderable (1), recobró aquella inexpugnable fortaleza.

(1) D. Juan Senen de Contreras se preciaba de táctico y de campeon sin segundo, siendo únicamente lo que se llama en castellano un solemnísimo *botarate*.

Fué coronel del rejimiento provincial de Sigüenza, y lo puso allá al esterior sobre un pié vistoso de disciplina. *Fachendeó* con el de temporal en Madrid, y el gobierno de Cádiz creyó enviar un Hernan Cortés á Tarragona; pero lo visto es que nada providenció, ni se dejó ver en el trance, bien diverso de Menacho, por parte alguna, dando lugar á que desapareciesen los jefes, y todo fuese confusion y desconcierto.

Despues anduvo por Madrid, regalando sus librotes, con la relacion de sus proezas y milagros, en el desventurado sitio; pero todos los sujetos regulares, miraron al autor y á su aborto con el sumo menosprecio que se merecia.

En cuanto á Campoverde, cuantos le vimos luego en Cartajena y comimos con él, podemos afirmar que era un granadino escelente para la sociedad, en suma todo un caballero; pero en cuanto á caudillo, táctico y sobresaliente, cual se requeria para contrarestar á unos veteranos con tantísimos años de trances y de victorias, *Dios guarde á V. muchos años.*

(1) Un poeta que se hallaba á la sazon en Cartajena, imprimió en Murcia un poemito intitulado: *La Reconquista de Figueras*; que en uno de sus trozos decia asi:

Con vivo cauto y silencioso paso
El audaz Catalan camina, llega,

El ardid de Rovira es el siguiente. Entabla conocimiento con un artillero de la plaza, quien le proporciona una llave de cierta poterna, la estampa en cera, y hace fraguar dos ó tres, para cerciorarse de la igualdad con el modelo. Sabe que el amigo está de faccion en una de las noches siguientes, acude con su partida, se apodera de la primera guardia, rechaza y rinde luego á cuantos se presentan, y en media hora es dueño de la fortaleza. Entran en seguida algunas tropas nuestras que ayudan á consumir en breve el escaso repuesto de víveres, sin que nunca los jenerales acudan eficazmente á socorrer la plaza; y así la guarnicion, hambreando de muerte, tiene que entregarse al enemigo, inutilizando así completamente empresa tan portentosa.

Otro tanto sucede con la inmortal Jerona. El ínclito D. Mariano Alvarez, el héroe de Monjuich y de cuantas partes realzó su presencia, lleva ya seis meses de estar clamando por asistencia, y la nacion entera viene á ser el tornavoz de sus encarecidas instancias; están las brechas patentes, y la cobardía francesa cuenta con el hambre, ya ejecutiva, para posesionarse de la plaza, pues tanto la guarnicion como el vecindario, se reducen á un cuadro de sombras estijias, como las del Aqueronte en el Averno de los Paganos.

Viene el trance final, se rinde Jerona, mas el gobernador se halla enfermo, y su segundo firma la capitulacion. Llega el héroe trabajosamente á Francia, sabe el déspota feroz que ha sido otro el firmante, y fulmina un decreto irrevocable, como todos los suyos, para que vuelva el moribundo al mismo pueblo de Jerona, para poner su palpitante nombre en el documento abominable de la entrega. Tiene que regresar á Francia, se agrava de vuelta en Figueras, y espira asesinado realmente, por la disposicion soberana de un malvado.

Concluirémos repitiendo sin fin, que la ingratísima nacion hasta ahora, ni en Granada su patria, ni en Jerona, teatro de su heroismo, se ha erijido el menor monumento, en memoria y loor del nunca bastante celebrado D. Mariano Alvarez. Recalcaremos una y mil veces, nuestra incesante y amarguísima cantinela.

Desciende en órden al profundo foso
Y al baluarte eminente al punto trepa.
Acá y allá su vengador acero
Al enemigo embiste, hiere, aterra,
Y el ansiado clamor de *Viva España*,
Viva Fernando, de repente suena.
Cual asoma, con plácidos matices,
El iris bello, tras tormenta fiera,
Asi en el rostro de la patria absorta,
Al escuchar la venturosa nueva,
El dulce gozo, el esforzado aliento.
Las mas sublimes triunfadoras prendas,
En competencia desalada, hierven.

CAPITULO CENTÉSIMOTERCERO.

Ambicion desalmada, y alevosía perpetua de los Ingleses. — Ceuta — Entereza de la Rejencia. — José Bonaparte. — Las guerrillas. — Las Córtes. — Propone el enemigo un convenio. — Su rechazo pundonoroso. — Insisten los Ingleses en sus miras codiciosas, á título de medianeros con las colonias sublevadas. — Blake. — Freire. — Alpujarras. — Serranía de Ronda. — Ballesteros. — Blake en Valencia. — Descalabro en Murviedro. — Sitio de Valencia. — Yerro capital de Blake. — Suspende Suchet sus avances. — Otros varios puntos.

1811.

Claman los periódicos, se conmueve la Rejencia y se enfurece el pueblo todo de Cádiz contra la ambicion malvada de los Ingleses, nuestros fementidos cooperantes. — Domina en el recinto de Ceuta un monte llamado el Hacho, donde mora la Atalaya ó Vijía, descubriéndose larguísimas leguas por ambos mares, y hácia el interior de Africa. Los Ingleses, siempre ansiosos y hambrientos de la idolatrada pareja de su inicuamente usurpado y poseido Jibraltar, entablan con la Rejencia la pretension delirante de mandar en la cumbre del Hacho. Airado el gobierno, les contesta que cuando mas se les concederá por via de condescendencia y agasajo,

que tengan allí un dependiente; pero siempre á las órdenes del oficial español que mande invariablemente en aquel punto. Sabe además la Rejencia que los mismos usurpadores de profesion tienen ya compradas varias casas en la plaza, y manda terminantemente y bajo la mas estrecha responsabilidad al gobernador, que haga sobre la marcha devolver el dinero á los compradores, sin que en lo sucesivo permita jamás, que estranjero alguno adquiera, sea bajo el título que se fuese, ni un solo palmo de terreno en el recinto de Ceuta; y así quedó zanjado y terminado el asunto para siempre.

Ha sido forzoso repetir aquí un suceso tan escandaloso y tan insultante para el pundonor español, por seguir el órden cronológico de los acontecimientos, despues de haberlo ya puesto en la razon jeneral de las alevosías inglesas para con nosotros (1).

Entre tanto José, á pesar de las ventajas parciales que van logrando las armas francesas, ni un paso adelanta, en cuanto á desengañar ó arrollar los ánimos de la nacion española. Con efecto, brotan guerrillas á millares por todas partes, y no solo asoman á cierta distancia, sino que hay jinetes tan denodados que atraviesan todo Madrid en medio del dia; y el Empecinado, casi á las puertas de la capital, está de continuo recibiendo en sus filas los soldados que desiertan á bandadas de las supuestas tropas nacionales del ridículo advenedizo. Acosa entretanto la escasez á todas las clases de Madrid, y José achaca sin rebozo aquel sumo quebranto á los ejércitos franceses, de cuyo predominio anhela libertarse, por mas que aventurase desde luego su angustiosa corona.

Apetece con ansia el avistarse y conferenciar personalmente con su hermano, y mediando la coyuntura del nacimiento del rey de Roma, se encamina á Paris el 23 de abril, acompañado del ministro de la Guerra Ofaril, y de Urquijo, ministro tambien, de la Gobernacion. Asiste al ostentoso bautizo, y sin recabar un átomo de sus muchas pretensiones, tiene que regresar con palpitante zozobra y suma cautela por los infinitos guerrilleros; hallándose por fin dichosamente, y sin el menor tropiezo en ida y vuelta, á mediados de julio en Madrid.

Inconsolable con la situacion hambrienta y exánime de Madrid, y con el desvío altanero de su hermano, á quien tan solo consigue desprender un millon mensual, tiene el intento aéreo de transijir con los Españoles. Echa mano de D. Tomás de la Peña, canónigo de Burgos, quien asoma en Cádiz con el encargo de una negociacion importantísima con la Rejencia y las Córtes. Contesta el gobierno, que por ningun título tiznará la confianza que merece á la nacion, y que el decreto de las Córtes, de primero de enero será siempre la pauta de todos sus pasos; añadiendo, que ni él, ni la representacion nacional, ni José, podian tener facultad ó poderes para entablar semejante negociacion; pues tanto las Córtes como la Rejencia, no se hallaban con potestad alguna, sino en cuanto se opongan á todo trance á cualquier intento de innovacion y usurpacion advenediza; y en cuanto á José, desde luego se ha echado de ver que en faltándole el arrimo de su hermano, nada podia concluir, y entonces su trono frájil y quebradizo, se vendria á tierra, y quedaria reducido á la nada. Tal es el paradero de aquel intento desatinado, sin que jamás se comunique de oficio á las Córtes; y aunque se repite luego por otros conductos, tropieza siempre con el mismo menosprecio y rechazo absoluto.

Se habian trasladado las Córtes de la Isla de Leon á Cádiz, y allí fué donde, por la primera vez, se les presentaron los presupuestos, con espresion de todas las entradas y salidas del erario. Ascendió la deuda á siete mil ciento y noventa y cuatro millones y pico de reales de vellon, y los atrasos vencidos ascendian á mas de doscientos millones, sin entrar en este cómputo los empeños contraidos nuevamente por causa de la guerra. La inversion anual, fuera de los réditos de la deuda, era de mil y doscientos millones, estando las rentas reducidas á doscientos cincuenta y cinco millones.

La mañana siguiente el ministro de Hacienda Canga Argüelles, presentó el presupuesto á las Córtes, quedando aprobado todo el desembolso, tras una discusion muy breve; pues no asomaba superfluidad alguna, embargándolo todo el consumo de la guerra. Media mucha mas detencion sobre el ramo de rentas y entradas; pero al fin el Congreso aprueba el informe de la comision, proponiendo que se plantee la contribucion estraordinaria, impuesta ya anteriormente por la Junta Central; y que se deslinde la norma de aquel pago, con arreglo á las rentas y productos de los respectivos territorios, del comercio y de la industria, y que la cuota cabal de cada contribuyente sea progresiva, segun la escala adjunta á la ley.

Comprueban tambien las Córtes el impuesto planteado por la misma Junta sobre la plata y alhajas de las iglesias y de los particulares, sobre los carruajes de lujo, etc.

El 30 de marzo, el ministro de Hacienda lee una memoria sobre la deuda y el crédito público, y aunque por el pronto nada deciden las Córtes, por fin, en setiembre del mismo año, re-

(1) En la realidad vienen á ser como los mártires de Zaragoza, esto es, *innumerables*.

conocen todas las deudas anteriores y las contraidas desde 1808, por las autoridades y gobiernos nacionales, esceptuando no obstante los alcances de las potencias enemistadas en la actualidad.

Se nombra despues una junta de crédito nacional, compuesta de tres individuos, entresacados de los nueve que ha de proponer la Rejencia; y han de tener á su cargo el manejo de toda la deuda, encargado antes á la tesorería jeneral y á la caja de consolidacion.

Se dedica luego el Congreso con ahinco á la organizacion militar y al restablecimiento de la disciplina; y luego tratan de arreglar la administracion de las provincias, sujetando las juntas á un sistema que se publica en 18 de marzo, y sigue vijente, hasta el planteo cabal de la nueva Constitucion. Se deslindaba el método de arreglar aquellas autoridades, cuyas facultades se ceñian á sus debidos límites, nombrando popularmente á los individuos, por el rumbo que se estaba practicando para la eleccion de diputados á Cortes. Se componian por lo mas de nueve vocales, interviniendo el intendente, y presidiendo el capitan jeneral respectivos; renovándose por tercios de tres en tres años, y estableciendo comisiones competentes por los distritos.

Tenian las juntas á su cargo el alistamiento de reclutas y el reparto de las contribuciones, zelando eficazmente la recaudacion puntual, y la reserva y conservacion de los caudales públicos, sin que fuesen árbitros de disponer, en ningun caso, de la mas ínfima cantidad. Tambien era de su incumbencia el ramo de cargas concejiles, de gastos de vestuario y mantenimiento de tropas, de pertrechos, de revistas mensuales, etc. Este reglamento surtió efectos provechosos, atajando las arbitrariedades y demasías, harto frecuentes en las juntas, con el vaiven de los enconos y los partidos.

Desde luego se entablaron tambien reformas, aunque interinamente, en el ramo judicial; mientras se desempeñaba en todas sus partes aquel arreglo por la comision de Constitucion.

Promulgóse el 22 de abril solemnemente un decreto aboliendo para siempre el tormento, en todas sus partes, para nunca apremiar á los reos en materia de sus declaraciones.

Se entabló tambien el asunto muy trascendental de los señoríos, y en 6 de agosto se declaró que los mayorazgos de todas clases fuesen unos meros hacendados, sin jurisdiccion alguna; y quedaron abolidas las espresiones de vasallo y vasallaje, y cuantas prestaciones ó rendimientos procedian de aquel orijen. Pero debates mas solemnes y aferrados se entablaron luego, para formalizar y redondear la Constitucion.

Hubo por entonces varias sesiones reservadas, para tratar de la mediacion que proponia la Gran Bretaña con las colonias sublevadas, ó por lo menos conmovidas; apuntando la condicion, siempre interesantísima, de autorizar las relaciones directas de la potencia medianera con las Americanas; añadiendo, que entretanto no se interrumpirian las comunicaciones ya entabladas con aquellos países; y á pesar de la suma trascendencia de la propuesta, asomada desde luego á variar el sistema comercial observado hasta entonces; sin embargo, el congreso, hecho cargo, contestó hasta cierto punto graciablemente á la Inglaterra.

Planteóse por entonces tambien otra negociacion de importancia que corrió únicamente á cargo del gobierno. Habia pasado, como ajente reservado de la Rejencia, D. Francisco Zea Bermudez á Petersburgo, y vuelto á Cádiz en junio, notició á los Rejentes, que el emperador de Rusia se hallaba en el disparador para declarar la guerra á Bonaparte, y que tan solo pedia á la España un año mas de teson. El gobierno despachó de nuevo al mismo Zea, con poderes amplísimos para contratar todo lo conducente al intento, encargándole manifestase desde luego, que el gobierno español seguiria mas y mas guerreando á todo trance, no durante el plazo ú temporada que apetecia el emperador, sino muchísimo mas, y hasta los últimos términos de su existencia; pues además de ser ya suya esta resolucion incontrastable, no le cabia seguir otro rumbo sin esponerse á perecer desastradamente á manos del pueblo enfurecido, si soñase en proceder á contratacion ó convenio alguno con Napoleon, ó con su hermano. Parte allá Zea, y en seguida vienen á realizarse las esperanzas que abrigaban en su pecho. No cabian en verdad otras felicidades que las venideras, pues era todo lo presente lo sumo de la desventura.

Entretanto, para escudar á Valencia contra los intentos de Suchet, ideó Blake una espedicion de diez mil hombres, y arribando al puerto de Almería, se le incorpora el ejército tercero que, á las órdenes de Freire, está acantonado por la Venta del Baul, y se adelanta desde luego para plantear con mas conocimiento y desahogo su proyecto. Dispone Suchet acudir al auxilio de Granada, puesta en contingencia con aquel agolpamiento de fuerzas, y entretanto hace atacar por Godinet un cuerpo español, mandado entonces por D. José Odonell, y lo derrota en gran manera. Tiene Freire que cejar sobre el reino de Murcia, y juntándose todo el ejército hácia las Vertientes, el 10 el jeneral Sult, hermano del mariscal, arrolla toda la caballería. Conduce luego D. José Sanz, con marchas atinadas y ejecutivas, dos divisiones á Palmas de D.

Juan; pero Freire por otro rumbo padece fatigas y quebrantos imponderables, y apenas trae meras reliquias de su tropa al punto de Alcantarilla. Por lo demás, la division espedicionaria pasa por fin sana y salva hasta Valencia.

Al mismo tiempo el mariscal Sult envia fuerzas de consideracion á las Alpujarras, que á duras penas pueden ir desalojando de ciertos puntos al conde del Montijo; quien por fin se pone en salvo, y se incorpora con el ejército, sin que los Franceses intenten acercarse á Murcia, porque las noticias de Estremadura, y la entrada de Ballesteros en la Serranía de Ronda, azoran á Sult de remate.

Blake, en aquel intermedio, llega al reino de Valencia, activa todos los medios imajinables para su campaña, refuerza los rejimientos, ejercita los reclutas, y se esmera en contrarestar á todo trance la invasion de Suchet.

Tiene que echar el resto, porque el atropellador é incendiario de Tarragona está aparatando una espedicion formidable.

Dejando siete mil hombres, con su jeneral Frere, para el resguardo de Lérida, Monserrate y Tarragona y aun el cauce del Ebro, y otros tantos en Aragon, al mando de Musnier; confiando en que el ejército francés del norte de Cataluña, y un cuerpo de reserva que se está planteando en Navarra, y su ejército del centro por Cuenca y el del mediodía por Murcia, le resguardarán su espalda.

Toma el rumbo Suchet para Valencia, con veinte y cinco mil hombres, que, divididos en tres columnas de marcha, se agolpan luego sobre Murviedro. No le supone Blake tan ejecutivo, necesitando todavía mas plazo para habilitar y ejercitar sus tropas, y conservarlas bajo sus órdenes en los umbrales de la ciudad, consistiendo todas en su hueste espedicionaria, y las divisiones de Obispo y Villacampa, que guerrean por Aragon. Entorpeció en gran parte, y aun quebrantó considerablemente la fiebre amarilla, padecida por entonces en varios puntos, el aumento y habilitacion de aquel ejército, sin cuyo contratiempo, juntara tal vez fuerzas duplicadas á las del enemigo; á pesar de la demora con que van acudiendo, bajo mil pretestos, las tropas del interior á la incorporacion deseada.

Blake fortifica y guarnece á Murviedro (1), aumenta y redobla mas y mas las obras futilísimas de Valencia y de las orillas del Guadalaviar, y envia la junta con el anticuado marqués del Palacio á la villa de Alcira, situada pintorescamente en una isla del Júcar, para formar allí una especie de segunda línea. Tenia Palacio el mando de aquel distrito, y para desasirse de un jefe presumido, engorroso y entorpecedor por esencia, se le envia y concentra en aquel punto, só color de poner á buen recaudo las autoridades principales de Valencia.

Clava Suchet su atencion sobre Murviedro, solar de la antigua Sagunto; ocupa en 23 de setiembre el pueblo; y el 28 intentan los Franceses sorprender el castillo, y quedan rechazados con pérdida de consideracion; pero arrollan á Obispo en Segorbe, y á Odonell en la Puebla de Valbona, apoderándose de Oropesa, y agolpándose con todo su poderío, echa el resto contra Murviedro; pero queda rechazado en sus repetidos y desaforados asaltos; y entonces el caudillo español, reforzado con la division de Mahy, resuelve trabar sangrienta refriega, para hacer á toda costa levantar el sitio y escarmentar al enemigo.

Alto, cejudo y denodado en el trance, D. Joaquin Blake, hijo de Irlandés y natural de Velez Málaga, viene á ser allá un castellano á la antigua, una especie de Cid Campeador, impuesto por ápices en todo el pormenor de la milicia; y así fué un sarjento mayor escelente, y tambien un coronel recomendable del rejimiento de infantería de la Corona. Está siempre ideando á solas formaciones y movimientos tácticos y primorosos; mas en llegando la coyuntura, con su imajinacion yerta, nada acierta á providenciar, por haber variado el enemigo, como sucede siempre, las disposiciones aéreas de su bufete, y resulta vencido en todos los encuentros.

Coloca tácticamente los veinte y seis mil hombres por la playa y hasta las lomas de Vall de Jesus y Santi Espíritu, y el 25 por la madrugada embisten con denuedo las columnas españolas; se pelea por largo rato reñidamente por el centro, y hay puntos que se pierden y se ganan repetidamente, sin preponderancia alguna; pero nuestra izquierda, particularmente la division de Obispo, flaquea, y entonces el enemigo logra flanquear el centro, y luego, cejando este, tiene que seguirle la derecha que va victoriosa, y se retiran todas las divisiones al resguardo del Guadalaviar; y el ejército francés se situa en Betera, Albalate y el Puig, con lo cual el gobernador de Sagunto, Andriani, se rinde saliendo por la brecha con la guarnicion de dos mil y seiscientos hombres.

No se atreve, sin embargo, Suchet á embestir

(1) Ya se dijo que para formar una especie de fortificacion siempre incompleta y que se pudo plantear con mas tino y ventaja, sin estragar el suntuoso edificio, se habia desbaratado en gran parte el precioso anfiteatro de Sagunto, conservado con tanto esmero por las disposiciones de Florida Blanca, para luego sacar poquísimo partido de aquella especie de *sacrilejio*. ¡Siempre desvaríos!

directamente á Valencia, sin refuerzos de consideracion, contentándose por el pronto con aposentarse en Paterna, al frente de Cuarte, estendiéndose por la playa hasta la embocadura, y por la izquierda del Guadalaviar. Ciñen los Españoles la derecha, desde Manises hasta el Monte Olivete, y desde allí hasta el mar se coloca el paisanaje recien armado.

En suma Blake fué el culpado en aquella derrota, pues á la primera parada ó entorpecimiento de la izquierda, debió acudir allá y ejecutivamente con fuerzas de la reserva, ó de los cuerpos ó retaguardia del centro, para restablecer el equilibrio y aprovechar con ímpetu las ventajas de la derecha; mas como ninguna de estas novedades asomaban en su plan primitivo, nada providenció, nada dispuso, ni trató mas que de cejar, aventurando así la suerte de Murviedro, de Valencia, del ejército y tal vez de la nacion entera.

En medio de operaciones tan arduas, tienen los Franceses que atender á otros muchos puntos. En Cataluña Lacy fortifica á Cardona, planteando una línea de cumbres bien resguardadas hasta el mismo Seo de Urjel, atrinchera poderosamente la sierra muy emboscada y fragosa de Arbusa, junto á Berga, donde habilita los reclutas; y luego determina apoderarse de las islas Medas, á la embocadura del Ter. Despues de tomadas, los Españoles y los Ingleses las desamparan, pero Lacy las ocupa de nuevo, apellidándolas ahora las islas de la Restauracion.

En el 4 de octubre arrolla y zanja la línea planteada por los enemigos entre Barcelona y Lérida, y al verles concentrar sus fuerzas, se apodera de Igualada con su convento fortificado, de Casamasana y del mismo peñon de Monserrate. Acude Lacy á presidir la junta en Berga, y entretanto el baron de Eroles desempeña su tarea, rinde á los franceses de Cervera y Belpuig, y luego combinándose con Villamil, gobernador del Aseo de Urgel, se internan y hacen correrías de consideracion en la misma Francia.

No alcanzan, en Aragon y en Navarra, las fuerzas de los jenerales Musnier y Reille á contrarestar los embates de Duran, que toma á Soria, antigua Numancia, del Empecinado y de Mina. Los dos primeros suelen ocupar á Calatayud en el tránsito para Madrid, y al intentar los franceses desalojarlos, tienen que acudir contra Mina, quien continuamente se apodera de convoyes y de cuantos destacamentos va dejando el enemigo, para el resguardo de sus comunicaciones; por cuya causa, los refuerzos venidos de Francia para Suchet, tienen tambien que permanecer en Aragon, para el resguardo de aquel país.

Rezagan igualmente los intentos del Francés los acontecimientos de Ronda y de Granada. Ballesteros desembarca el 4 de setiembre en Aljeciras, se acuartela en Jimena, y luego se va retirando para cebar mas y mas un cuerpo de enemigos que se empeña en seguirle hasta San Roque, y al fin se revuelve y lo anonada completamente. Envia Sult contra él hasta tres cuerpos franceses, y á todos los entretiene y los burla, con sus maniobras engañosas y con su diligencia estremada; se retiran los enemigos, les alcanza sus respectivas retaguardias, y por último los desbarata en todas sus tentativas de avance, de retirada, de union ó de separaciones.

Mayor es la conmocion que asoma por el poniente. La inaccion de Wellington, clavado por mas de un mes en su campamento de Fuenteguinaldo, suministró á los Franceses el arranque de habérselas con el sexto ejército español, esterminarlo, y en seguida internarse por Galicia. D. Javier Abadía reemplaza al valeroso é intelijente Santocildes, por cuyo sumo desempeño sigue siempre dirijiendo las operaciones de mayor entidad; llega la crecidísima *francesada,* y los Españoles, con su héroe Santocildes al frente, ceden un tanto en debida formacion, y oponen por donde quiera tan incontrastable resistencia, que el jeneral enemigo apenas logra llegar á Villafranca del Vierzo, para luego retirarse cobardemente hasta el mismo Astorga; donde se fortifica con todo esmero, á medida de su trémulo sobresalto, llamándole entretanto el jeneral Marmont, que está ideando un movimiento sobre el rio Agueda y sus cercanías.

Se empeña por entonces Wellington en rendir por hambre á Ciudad Rodrigo, para lo cual habia ido fortificando una línea dilatada por el Azaya inferior, el Carpio, Espeja y Rodon; hasta Fuenteguinaldo, en donde sigue siempre acampado. Pero los Franceses lo arrollan en su línea, como sucede siempre en siendo su estension considerable, y despues de contramarchar algun tanto, se fija en el pueblecillo portugués de Alfoyetes, y entonces avanza de nuevo y presenta batalla á los Franceses, que no la admiten, contentándose con haber libertado á Ciudad Rodrigo.

Dorsene se retira á Salamanca y Valladolid, y Marmont á Plasencia; por lo cual Wellington formaliza el sitio de Ciudad Rodrigo. El famoso D. Julian Sanchez, el acosador de Masena y D. Carlos España despejan á largo trecho la campiña, reclutando jente y aventando al enemigo; y así Wellington obra con todo desahogo; y luego Castaños, mandando á la derecha el quinto ejército, con el arrimo de la division inglesa de Hill, no cesan un punto de hostilizar al enemigo; y así para ceñir el ámbito de sus operaciones

á los Españoles, el francés Gerard se adelanta hasta Cáceres y las Brozas, dificultándoles infinito el acopio de abastos. Insta Castaños por auxilios, y el jeneral Hill, dando vuelta por el Alentejo, se encamina á Estremadura. Se juntan los aliados y componen hasta veinte mil hombres; y así el 28 de octubre sorprenden á Gerard, en Arroyomolinos, con mas de cuatro mil hombres, y lo derrotan completamente, con pérdida muy considerable. Cunde el pavor allá por largo trecho, y cierra Badajoz las puertas por dos dias con sus noches. Mas luego, apareciéndose el jeneral Drouet, se retiran los Españoles á Cáceres, y los Ingleses á sus acantonamientos anteriores.

En Galicia y en Asturias progresa poco la causa de la independencia, por cuanto Abadía, de suyo caviloso é innovador, se empeña en organizar de nuevo su ejército; y careciendo de la planta muy anterior y sin formalizarse la moderna, se inutiliza absolutamente para las operaciones; y el enemigo halla campo para internarse y prevalecer jeneralmente en puntos donde, sin aquel tropiezo, debia estrellarse, y dejar espédito el país para completar su arreglo y su defensa. Con aquella novedad, todo es confusion, y jamás acierta la tropa á salir del Vierzo.

Entonces los Franceses invaden ejecutivamente las Asturias; el jeneral Bonet entra en Oviedo, y acosa á Losada que se va retirando con su jente hácia el Narcea, y así los Franceses llegan el 18 de noviembre á Tineo, mas tienen que recojer luego sus fuerzas, ciñéndose á la línea entre el puerto de Pajares: pues los van estrechando mas y mas, al poniente, Losada y Barcena y Porlier, de suyo emprendedor y despejado.

Este y toda la caterva de los guerrilleros, que vienen á formar un séptimo ejército, desde Asturias hasta Navarra, sorprenden, asaltan y acosan dia y noche al enemigo; y Mendizabal, jeneral de aquel distrito, apenas tiene consigo mas que una escolta de confianza; pero los anda revistando é instruyendo á todos, empezando por el de Porlier, que comunmente reside en Potes por las montañas de Santander, y terminando por el de Merino en Burgos y el de Mina en Navarra. Su presencia enardece los pueblos; y aquel jénero de hostilidad cuesta por cada dia un menoscabo imponderable á los Franceses, sobresaliendo siempre Mina con su guerra, siempre encarnizada, y siempre de sangre y esterminio.

Si toda la nacion desde el año 1808, esto es, desde el 2 de mayo, que fué la verdadera declaracion y primera hostilidad, acierta á ponerse absolutamente sobre ese pié, sin formar ejército alguno, ni menos dar batalla campal, peleando en mil partes á un tiempo, con la ventaja de ser todo el país amigo para los avisos oportunos y todo jénero de comunicaciones, entonces no durara un año la guerra, ni quedara un enemigo á vida, sin pérdida, sino muy menguada, de jente, de caudales, de artes, de ganados y de caballerías.

Así se propuso; aun antes del dos de mayo, como se dijo á su tiempo, á la junta suprema de gobierno, presidida por el infante D. Antonio, en un plan sencillo y circunstanciado, que mereció la aprobacion total de sus vocales, paró en manos de Ofaril, y desapareció para siempre; como sucede siempre, con las propuestas mas importantes y concluyentes á nuestro superficial é inutilísimo gobierno, desde la temporada mas esclarecida de la monarquía.

¡Ojalá que alguna vez abramos los ojos al escarmiento! pero prorumpiremos en una espresion vulgarísima, en una de las sentencias verídicas, como todas las de Sancho, *tarde piache.*

CAPITULO CENTÉSIMOCUARTO.

Sitio de Valencia. — Encierro de Blake. — Sus fuerzas. — Las enemigas. — Dispone Blake la salida de Lardizaval. — Revoca la órden. — Refuerzos inmensos de Suchet. — Envia á Mombrun sobre Alicante y Cartajena. — Nada consigue. — Estrecha Suchet el sitio. — Bombardeo. — Estragos. — Alboroto en Valencia. — Vaivenes en el pueblo, clamando unos por entrega y otros por resistencia. — Rendicion de plaza y ejército. — Consecuencias. — Movimientos encontrados por varios puntos.

1811.

Habia Blake censurado y zaherido altamente á Palafox, por su imprudencia clásica é indisculpable de encerrar su ejército en el recinto de Zaragoza, para acarrearle, despues de inuti-

lizarlo, su total esterminio, emponzoñando y destruyendo el solar del heroismo; y luego remeda él mismo aquel yerro monstruoso, con un sin fin de fatalísimas consecuencias.

Con efecto, á pesar de tantísimas dilijencias, mas ó menos eficaces, practicadas por varios Españoles, ya jenerales, ya guerrilleros; y á pesar de tantísimo desvelo como aplica la nueva y activa Rejencia de los marinos esclarecidos Ciscar y Agar con el arzobispo de Toledo, que se entrega muy cuerdamente, en todo y por todo, á sus dictámenes; á pesar, volvemos á decir, de tanto y tan patriótico ahinco, por parte del gobierno, y de gran porcion de sus fieles subordinados, viene á quedar sitiada y vendida la capital florida y preciosa del paraíso español.

Por mas que se eche el resto en perfeccionar y redoblar sus fortificaciones, son al cabo endebles, y aun ruines, para contrarestar la inundacion vandálica que la amaga, la embiste y la destroza.

Se cifra la llave de su defensa, en Manises; á una legua de la ciudad; á donde acuden á desaguar y repartir luego sus raudales, las acequias maestras para toda la riquísima Huerta. Tiene allí el jeneral Mahy su cuartel jeneral, con el arrimo de las divisiones de Obispo y de Villacampa, desde el punto de San Onofre. La caballería se halla en Aldaya y Torrente, y por la derecha, en Cuarte, está la segunda division del sobredicho caudillo, mandada por D. Juan Creagh; la de Zayas mas cerca en la aldea, ó sea arrabal de Mislata; y sobre ella la de Lardizabal, y luego la de Miranda en el Monte Olivete; componiendo el todo, como veinte y dos mil hombres de tropa. Síguenle hasta la playa los cuerpos de guerrilleros, y el paisanaje armado. Surcan la bahía varias lanchas cañoneras, y asoman bajeles ingleses á cierta distancia.

Se incorporan todavía mas fuerzas, pero Blake desatiende y aun menosprecia el armamento del país que le pudiera redundar en grandísima ventaja, llamando por la espalda la atencion al enemigo, é imposibilitándole de todo punto las comunicaciones, á veinte y cinco ú treinta leguas de distancia; y luego no reinó para el resguardo y conservacion de Valencia, aquel entusiasmo que ardió en los corazones, y se manifestó en los movimientos, para la defensa de Zaragoza, de Astorga y de otros parajes; resfriando el afan jeneral del paisanaje, con la confianza, por desgracia, harto infundada, que se cifró en la tropa y en su inutilísimo caudillo.

Refuérzase entre tanto la hueste enemiga con la llegada de las divisiones de Severoni y de Reille, juntando ya Suchet hasta treinta y cuatro mil hombres. El mismo Bonaparte encarga además, directamente al jeneral D' Armañac, que marche sobre Cuenca, y haga una llamada poderosísima, mientras Marmont debe destacar del ejército de Portugal, una columna grandiosa, para embestir eficazmente á todo el reino de Murcia.

Entonado y ufanísimo Suchet, atraviesa el 26 de diciembre el escasillo Guadalaviar, por el punto de Ribaroja. Carrera ceja sobre Alcira pausadamente, al impulso preponderante del enemigo, y Mahy tiene que desamparar Manises y San Onofre, asomándose al Júcar por Chirivela. Se aferra el valeroso Zayas en su Mislata, pero con la separacion, ó huida de sus compañeros, queda patente su izquierda, y tiene que evacuar á Cuarte; y tomando el enemigo á Chirivela, quedan las divisiones de Mahy, Obispo, Villacampa y Carrera desprendidas del ejército, y se agolpan sobre el Júcar.

Se encierra Blake, con Lardizabal, Zayas y Miranda en la ciudad, dándose la mano por medio de fortificaciones volanderas con el Monte-Olivete. Se encarga el francés Habert de atravesar el rio por el Grao, hácia su embocadura; y tras alguna resistencia, lo consigue por fin al mediodía, y se apodera del Lazareto, aventando á su albedrío el revuelto y cobarde paisanaje que lo guarnece. Estiende Habert mas y mas su línea, y viene á darse la mano con Arispe, quien arrolla á los Españoles por su izquierda; y en aquella misma noche el enemigo redondea su cerco, cortando toda comunicacion de Valencia por la carretera de Madrid, con todo el territorio cercano á la Albufera, y los pueblos del contorno.

Va dilatando Blake la salida de sus tropas, debiéndolas acaudillar fuera de la capital, y por fin determina emprenderla en la noche del 27 al 28. Atraviesa Lardizabal acertadamente, con su vanguardia la primera acequia; pero luego tan solo Michelena consigue arrollar todos los puntos enemigos, y salvarse en Liria; pues agolpándose los Franceses sobre Lardizabal, le atajan el rumbo; y entónces Blake manda volver las tropas ya salidas, á Valencia; mas los que están ya fuera, desobedecen, y se presentan sin el menor quebranto en Alicante y Cartajena.

En el arranque de aquella empresa, convoca el gobernador Odonell una junta de prohombres, y apenas se reunen prorumpen todos en quejas y cargos contra los jefes; con cuyo motivo hay que enviar comisionados para que vayan reconociendo el estado de las líneas, y den sobre la marcha el competente informe. Blake detiene á los comisionados, sin consentir autoridad alguna popular, mas que los síndicos del distrito. Le obedecen, y sin embargo, no se arresta á emprender segunda salida, por temor de

ocasionar con su marcha disturbios y trastornos en la ciudad.

Utiliza Suchet la inaccion y suma torpeza de su contrario, estrecha mas y mas el bloqueo; refuerza sus líneas hasta lo sumo, é imposibilita á los Españoles absolutamente toda comunicacion con los afueras, desahuciándolos además de toda esperanza de salida y salvamento; y Blake en la noche del 5 de enero, recoje su línea, reduciéndose á la defensa interior, la del arrabal de los Remedios, y las cabezas de los puentes.

Ocupa el enemigo ejecutivamente todo el trecho desamparado, y emprende un bombardeo horroroso, cuyos estragos son inmensos, aterrando al jentío, tanto del mismo vecindario, como de la poblacion de la Huerta. Nombran unos y otros varios diputados, quienes se presentan al jeneral, instándole para que capitule; pero la muchedumbre, al contrario, clama por la defensa, y la tropa contiene á los desmandados. Se adelanta el enemigo mas y mas por varios puntos, y solo encuentra rechazo en la puerta de San Vicente, donde Zayas está mandando con su acostumbrada serenidad y bizarría.

Es forzoso ahora hacer un alto, para contestar al ímpetu de estrañeza en que prorumpe la nacion entera contra el pavor y la rendicion pronta y consiguiente de la ciudad populosa de Valencia, cotejándolo con la heróica é incomparable Zaragoza. Ante todo, es muy notoria la suma diferencia que media entre los dos vecindarios, en punto á teson y valentía; pero es quizá todavía mayor la diversidad en la construccion material de sus caseríos. Con efecto, son infinitas en Zaragoza las bodegas espaciosas y cómodas, que tienen, por decirlo así, la ciudad en el aire; lo que no sucede en Valencia, cuyo caserío está todo sobre tierra y en cierto modo absolutamente á la vista; por donde se echa de ver la imposibilidad irremediable de sostener un bombardeo dilatado, como el nunca visto de Zaragoza.

Entre tanto Suchet adelanta por dias y por instantes; Blake se anonada, y el 9 pide capitulacion, retirándose con el ejército; el enemigo desdeña ceñuda y arrogantemente la propuesta, y por fin hay que rendirse á discrecion, ó por lo menos quedando la guarnicion prisionera de guerra, en número de diez y ocho mil hombres, con mil y quinientos paisanos, que se incluyen en la emigracion á Francia, por alborotadores, ó por las tachas que se dignasen soñar los árbitros de toda una ciudad, y un reino como el de Valencia.

Este es por fin el paradero ridículo y vergonzosísimo de los planes sublimes y de su ejecucion peregrina, de parte del Escelentísimo Señor D. Joaquin Blake, capitan jeneral de los ejércitos nacionales, ex-rejente, etc. etc.

Las consecuencias de aquel desman pavoroso, de aquella nueva y mentecata batalla de Guadalete, fueron inmensas y funestísimas, prevaleciendo, descollando y señoreándolo todo las armas francesas, sin mas contraste que el de las plazas ó el de ciertos puntos remotos, defendidos por caudillos incontrastables.

Como quiera, el 14 del mismo enero, entra Suchet con boato oriental (1), por la puerta de San José, al frente de innumerable soldadesca, y al mismo tiempo Reille por la de San Vicente. Queda Robert de gobernador, quien desarma luego el vecindario, y todos acuden á rendir acatamiento á los nuevos soberanos.

Uno de los mas dilijentes y postrados, es el fraile franciscano y arzobispo de Valencia, quien lleva su incensario muy pertrechado de perfume al ínclito y nunca visto, al enviado del cielo por la Providencia para la felicidad colmada del jénero humano, al nunca bastante ponderado y endiosado Napoleon, rejenerador de los pueblos, abrasándolos por el pronto, para luego vivir ó morir, segun les cupiese, á las órdenes de tan benéfico soberano.

Entretanto, salen los rendidos para Francia, y aunque la mitad van desertando por el camino, unos disfrazados de paisanos, y otros huyendo de los alojamientos, el resultado lastimoso es haber un ejército menos, para las operaciones, que por cada dia van siendo mas precisas y mas trabajosas.

Siguen viniendo refuerzos, ya escusados, á Suchet. Llegó Montbrun á Almansa; y sabedor de la entrada en Valencia, se encamina hácia la plaza de Alicante, donde se hallan tropas separadas del ejército español, y lo rechazan ejecutivamente. Pero el valiente Don Martin de la Carrera, se mete, persiguiendo al enemigo á escape dentro de Murcia, con poquísima escolta, viene luego á quedarse solo, y aunque pelea heróicamente, queda sacrificado lastimosamente al número incontrastable de enemigos; guerrero tan escaso en cordura y miramiento, como sobrante de ardimiento y patriotismo.

Se hace memorable en aquella coyuntura la suerte de la gran plaza y arsenal magnífico de Cartajena; pues nunca la emponzoñó la presencia odiosísima de los desalmados holladores del suelo español, y viles profanadores de sus principales pueblos. Con efecto, pasaron varias ve-

(1) Ya se dijo que Suchet era sombrerero de oficio, y siempre los que llaman en Francia *parvenus*, ó recien-medrados, son de suyo mas ostentosos; y por el contrario los grandes de España, por ejemplo, suelen mirar con harta indiferencia un fausto que siempre han estado disfrutando.

ces los ejércitos enemigos por Murcia y sus alrededores, y jamás treparon al puerto de la Cadena, que divide el campo bien cultivado, aunque falto de riego, de Cartajena, de la amenísima huerta de Murcia. Demos el parabien á tan precioso departamento.

Como quiera, el gobierno tuvo por conveniente el agolpar las divisiones de Mahy, de Freire y otras para formar un nuevo ejército en Valencia, dando muy equivocadamente, como le sucedia de continuo, su mando á D. José O-donell. Se le suponia en verdad con algun talento; pero además de que en el ejército adoleció de la nota, fundada ó no, de cobarde, en aquella situacion tan crítica del reino de Valencia, malogró coyunturas favorables, y padeció derrotas de consideracion; en suma, cada paso era un desbarro, como dice el coplero Isla, de nuestro D. Alonso Décimo, llamado el Sabio.

Entre tanto Suchet, para redondear hasta cierto punto su conquista, profana tambien el paraiso de la huerta de Gandía, y al fin se apodera del puerto y castillo de aquel Denia que logró allá en lo antiguo atesorar un gran templo de Diana, y le dió su nombre.

Entabla igualmente correspondencia con García Navarro, gobernador de la inespugnable plaza de Peñíscola, quien comete la vil flaqueza de entregársela el 4 de febrero.

Por entónces el mariscal Sult acude con fuerzas poderosas sobre Tarifa, donde el enemigo, harto engreido, queda colmadamente escarmentado con un descalabro de consideracion; pero se reputa por ventaja de mucha mayor entidad la reconquista de Ciudad-Rodrigo por los Anglo-Portugueses, que entran en la plaza el 19 de enero, ya puesta en manos de Castaños; de resultas el gobierno concede á Wellington el dictado, para siempre honorífico, de duque de Ciudad-Rodrigo.

CAPITULO CENTÉSIMOQUINTO.

La Constitucion. — Sumario de sus diez títulos. — Planta fundamental de la obra. — Se ventila y desentraña por párrafos, por cláusulas y por ápices, durante el espacio de cinco meses. — Se promulga con toda pompa y solemnidad. — Se aclama por toda la nacion, y se celebra, en prosa y en verso, por los primeros injenios. — Se elojia en toda Europa. — Se plantea por donde quiera, con suma aceptacion y entusiasmo. — Batalla de los Arapiles. — Sus consecuencias.

1812.

En medio de los vaivenes de la guerra, se afanan intensa y aferradamente las Córtes en su empresa lejislativa, por espacio de cinco meses, desentrañando por ápices todo su contenido.

Comprende la Constitucion hasta diez títulos. El primero trata de la nacion española, y se da por sentado é incontrastable el principio de la soberanía nacional, decretado en el 24 de setiembre anterior, y ahora se vota y se prohija de nuevo por ciento y veinte y ocho diputados, contra veinte y cuatro.

Trata el segundo título del territorio, de la relijion y del gobierno, ciñéndose por el pronto á ir mencionando los principales reinos y provincias pertenecientes á entrambas Españas, ofreciendo además en otro artículo, plantear á su debido tiempo y en circunstancias mas desahogadas, una division mas jeográfica y conveniente del territorio de la monarquía.

Se declara que la Relijion católica, apostólica romana, única verdadera, ha de ser la perpetua en España, vedando la nacion el ejercicio de todas las demás. En cuanto al gobierno, se decreta que ha de ser monárquico, pero dividido en tres potestades; que la lejislativa compete á las Córtes y al rey, la gubernativa esclusivamente al rey, y por fin la judicial á los tribunales.

En el título tercero, se prescribe la formacion de la potestad lejislativa, del nombramiento de los diputados, de la celebracion de córtes, de su autoridad é incumbencias; del método de lejislar y de la sancion rejia. Acordaron las Córtes una sola cámara ó estamento, ateniéndose al padron jeneral para la planta fundamental de las elecciones, nombrando cada setenta mil almas un diputado, sin mas requisito, para la diputacion, que el de la edad de 25 años, y ser

vecino y natural de la provincia representada, acanalando y ciñendo la eleccion, por juntas de parroquias, de distritos y de provincias.

Quedaban escluidos los ministros, los consejeros de estado, y los empleados palaciegos.

Las Córtes debian celebrar todos los años una lejislatura, que debia reducirse á trimestre, añadiendo á lo sumo otro mes, pidiéndolo el rey, ó por lo menos dos tercios del Congreso.

Debian los diputados nombrarse de dos en dos años, sin reeleccion de los salientes. No podian los diputados solicitar ni aceptar empleo alguno ni para sí, ni para otros siendo de nombramiento real, ni tampoco ascenso alguno en su carrera, sino por el órden de su antigüedad, durante su diputacion.

La potestad de las Córtes se estendia únicamente por los ámbitos de la potestad lejislativa. Se habian reservado igualmente los tratados de alianza ofensiva, y los ramos de subsidios y de comercio; el derecho de lejislar sobre el ejército y armada, y aun sobre la milicia nacional, y en fin el derecho de plantear nueva y fundamentalmente la enseñanza pública, con el sistema adecuado para la educacion del príncipe de Asturias.

Todo diputado tenia derecho de iniciativa para la plantificacion de las leyes; pero se idearon y establecieron ciertas formalidades, demoras ó altos, para la discusion y la votacion de las leyes nuevas, para orillar todo atropellamiento ú indiscrecion en las decisiones.

Quedaba al monarca la regalía de atravesar su *veto* ú oposicion, hasta tres veces; pero si se aferraba hasta la tercera vez en su negativa, se planteaba la ley, como si le hubiese cabido la sancion.

Se establecia en aquel mismo título, la diputacion permanente de las córtes, especificando tambien la forma y circunstancias de la convocacion á Córtes llamadas estraordinarias. La diputacion permanente se componia de siete vocales, entresacados de los mismos individuos de las Córtes; y en ausencia del Congreso, estaba encargada de celar desveladamente la observancia de las leyes, con especialidad de las mas fundamentales, sin que semejante fuero la revistiese de autoridad alguna sobre la materia.

Se deslindaban en el título IV la inviolabilidad del rey, con los ámbitos de su autoridad; la sucesion de la corona, las minorías y la rejencia, la dotacion de la familia real, el número de los ministros, y todo lo concerniente á su responsabilidad. Ejercia el rey su potestad ejecutiva plena y omnímodamente. Se le concede el derecho de romper ó declarar la guerra, y de hacer ó ratificar la paz; mas no se consiente el ausentarse del reino, ni el contraer matrimonio, sin la anuencia de las Córtes. Se decide, que la sucesion á la corona seguirá invariablemente el órden riguroso de primojenitura y de representacion, entre los descendientes varones ó hembras de la dinastía reinante de los Borbones. Al devolver á las mujeres cuantos derechos habian disfrutado desde los tiempos antiguos, en todos los reinos de la Península, se conformaban las Córtes con la opinion nacional; y hasta el partido mas aferrado contra las reformas, se mostró muy propenso al mismo sistema, por el afan de encabezar la Rejencia, y asomar al mismo solio, la infanta Doña María Carlota Joaquina, casada con D. Juan, príncipe heredero de Portugal y primojénita de Cárlos IV; pues en ella debia recaer la corona, en defecto de sus hermanos, ausentes y cautivos á la sazon, encaminándose además á incorporarse en una misma dinastía la Península toda.

Era tan pujante el predominio á favor de Doña Carlota, que para allanarle el solio, se decretó inhábil á la sucesion de la corona, al hermano menor de Fernando VII, el infante Don Francisco de Paula y sus descendientes; quedando tambien escluidas, por el mismo decreto, la infanta Doña María Luisa, reina viuda de Etruria, y la archiduquesa de Austria María Luisa, con los descendientes de entrambas.

Las córtes se reservaron el derecho de nombrar la rejencia en las minorías, y se acordó que la dotacion de la familia real, se iria fijando al principio de cada reinado.

Siete debian ser los ministros, haciéndoles responsables de todas sus pasos ante las Córtes. Se creaba al mismo tiempo un consejo de Estado, compuesto de cuarenta individuos, entre los cuales cuatro grandes de España, y cuatro eclesiásticos, los dos mitrados; inamovibles todos, y nombrados por el rey, sobre la terna que le presentasen las córtes; teniendo por incumbencia especial aconsejar al rey en los negocios árduos. Le cabia tambien la presentacion al rey de ternas, por todos los beneficios eclesiásticos y cargos de majistratura.

Comprendia el título V la organizacion de los tribunales, vedando absolutamente el encausar y sentenciar á Español alguno por ningun jénero de comision; vendando tambien todos los *fueros* tan diferentes de las diversas provincias, reservando solamente los relativos al estado eclesiástico y militar. Todos los majistrados, desde el tribunal supremo de justicia hasta los ínfimos eran inamovibles y de nombramiento real, á propuesta del consejo real; y luego les concejos se nombraban por sí y ante sí los ayuntamientos.

Quedaba abolida toda confiscacion en materia criminal, como tambien la práctica de arrasar, por entero ni en parte, las casas en ciertos ca-

sos determinados. No juzgaron, sin embargo, hasta entónces oportuna la ocasion de plantear el jurado; pero quedó advertido desde luego, en artículo puesto al intento, que las Córtes plantearian, cuando lo considerasen acertado, los jueces de hecho y de derecho.

El título VI arregla la administracion de las provincias y de los concejos; estos quedan á cargo de los ayuntamientos, y las provincias al de las diputaciones, jefes políticos é intendentes; y para desarraigar los abusos reinantes en el réjimen interior de los pueblos, se ideó una nueva combinacion de junta municipal, que obrase con mas publicidad, y fiscalizase á los ayuntamientos; nombrando espresamente síndicos que se relevasen por mitad anualmente.

Habrá en cada provincia un empleado principal llamado jefe político, encargado de toda la parte administrativa, y un intendente para el ramo de hacienda. El primero preside á la diputacion, compuesta de siete individuos, nombrados por las elecciones del distrito; relevándose de dos en dos años. Este cuerpo venia á tener las mismas incumbencias en toda la provincia, que los ayuntamientos en sus jurisdicciones respectivas; y aun se le estendian las facultades hasta puntos de política jeneral. Se ceñian las sesiones de la junta provincial á noventa dias, y en propasándose de sus ámbitos invariables, podia el rey suspenderlas, dando cuenta á las Córtes de aquella providencia.

El título VII era como deslindador de incumbencias respectivas, disponiendo, que correspondia á las Córtes el derecho de plantear contribuciones directas é indirectas, y que su reparto se proporcionase á las facultades, tanto de los pueblos, como de los individuos, prescindiendo de miramientos y regalías.

El VIII se referia á la fuerza militar de la nacion, disponiendo que las Córtes arreglarian cada año el armamento competente, y por de contado se mandaba, que ningun Español se eximiese del servicio militar, en los plazos señalados por la ley, refiriéndose á un reglamento apropiado á las circunstancias, para su formacion y establecimiento.

Versaba el IX sobre el ramo de enseñanza jeneral, instituyendo escuelas primarias en todos los concejos de la monarquía, y disponiendo nueva organizacion para las universidades. Planteaba una Direccion jeneral de estudios, compuesta de literatos, á la cual se encargaba, siempre bajo la celaduría del gobierno, el esmero eficaz de mejorar la enseñanza por todos los ámbitos de ambos hemisferios. Bajo este mismo título se establecia, como ley constitucional, la libertad de la Imprenta, declarando terminantemente, que todo Español era árbitro de escribir, estampar y aun pregonar, sus opiniones políticas, sin licencia previa, ó revision y aprobacion posterior á la publicacion patente y absoluta.

El título X, y último trataba de la observancia del código fundamental, y de los requisitos imprescindibles, para las variaciones ó retoques mas ó menos esenciales, que se juzgasen oportunos en lo sucesivo; pues siempre las Córtes, al instalarse, debian ejercer una censura lejislativa, participando los quebrantamientos de la Constitucion, que pudieran tal vez sobrevenir durante su cesacion, ó su ausencia; y se deslindó tambien el derecho de peticion competente á todo Español.

Se habló ya de la Rejencia llamada del *Quintillo*, con motivo del trémulo pavor que causaban las bombas, á algunos de sus individuos; mas ahora es cuando entran en ejercicio, y despues el gobierno de los Marinos con el arzobispo de Toledo. Median tramoyas recónditas, y aun públicas, pero siempre redobladas, á favor de la infanta María Carlota, y el 21 de enero salen nombrados rejentes, el teniente jeneral, duque del Infantado; D. Joaquin Mosquera y Figueroa, del Consejo de Indias; el teniente jeneral de la armada, D. Juan María Villavicencio; D. Ignacio Rodriguez de Vives, del Consejo supremo, y el teniente jeneral conde del Abisbal, alternando por semestres, en la presidencia. Se juramentan todos, escepto Infantado, que se halla en Londres de embajador estraordinario, ante las Córtes, en 22 de enero; y en el propio dia toman posesion de sus destinos, quedando nombrados por las mismas, consejeros de Estado los cesantes.

En 18 de marzo de 1812, ciento y ochenta y cuatro diputados firmaron la Constitucion, y las Córtes y la Rejencia, la juraron á un mismo tiempo. En seguida entrambas potestades pasaron á la iglesia del Cármen, para tributar gracias al Todopoderoso, asistiendo, á ceremonia tan esclarecida, el cuerpo diplomático. Aquel mismo dia se promulgó con sumo boato y el ceremonial acostumbrado, y hubo por la noche iluminacion brillantísima y festejos placenteros, sin que los alterasen ó desluciesen las descargas incesantes de la artillería enemiga, que solo servian para inflamar el entusiasmo gaditano.

Juróse la Constitucion en la isla de Leon, luego en las provincias, y al fin en todos los pueblos y ejércitos de la nacion, con los cuerpos civiles y relijiosos, recibiendo el Congreso miles de parabienes de infinitos particulares, ya en prosa, ya en verso, unos impresos y otros manuscritos.

Los guerreros españoles, ufanísimos con las tareas de sus lejisladores, batallan á todo trance

por la independencia nacional. En Cataluña, Lacy, Eroles y Sarsfield traen azorados á los Franceses, y los Catalanes se aferran tanto mas en acosar al enemigo, por cuanto Napoleon, el repartidor de pueblos y naciones, acaba de trinchar en su banquete político, todo aquel país, en cuatro departamentos. El jeneral Decaen está mandando sobresaltadamente bajo las órdenes de Suchet, quien, hecho cargo del brío con que se rehacen los naturales por todas partes, de las conspiraciones que se redoblan en Barcelona y Lérida, está viendo que no puede menos de vivir alerta dia y noche, por su misma persona. Queda ya en olvido la catástrofe de Valencia, y D. Francisco de Copons y Navia, afamado con su bizarra defensa de Tarifa, y ensalzado con el mando jeneral de la provincia, entabla sus operaciones animosas y echa el resto de su desempeño, reanimando y enardeciendo el patriotismo de los Valencianos.

Los ejércitos segundo y tercero, siempre á las órdenes de D. José Odonell, se restablecen por el reino de Murcia; se dispersan partidas y cuerpos á porfía por Granada, por la Mancha y aun por Valencia, y asaltan, huellan y arrebatan, dirijidos en parte por el osado é intelijente jeneral D. José Martinez de San Martin, los convoyes enemigos.

Están todos esperanzados con la division española que se está formando en Alicante, á costa del gobierno inglés, por el jeneral Roche, inglés al servicio de España, y con otra que se organiza con ahinco y profusion en Mallorca, á las órdenes de Withingam; y entrambas deben obrar de consuno, con una espedicion anglo-siciliana que se está fraguando á toda priesa; y entretanto no hay punto que no atraviesen ó allanen las partidas del Empecinado, de Villacampa y de Duran; apoderándose este último, casi á un mismo tiempo, de Soria y de Tudela.

El cuarto ejército se sostiene con gallardía; la isla de Leon rechaza con menosprecio los embates enemigos; en Ronda triunfa Ballesteros; todo es ardor, pujanza y patriotismo; renacen los tiempos de Santiago y cierra España. En Estremadura, las divisiones de Penne, Villemur y Murillo arrollan por donde quiera al enemigo. Los avances del sesto ejército despejan por entero el principado de Asturias. Castaños, caudillo supremo de aquellas tropas y de todo el pais contiguo, aguija é inflama el patriotismo gallego, proclamando acá y allá por pueblos, sierras, valles y campiñas la nueva Constitucion.

Prevalece mas y mas el aliento de todo aquel reino, con el auxilio de los Asturianos, quienes, tras de arrojar al enemigo de la nueva entrada recien hecha en el pais, acuden, corren, vuelan, a las órdenes del sumo campeon Santocildes.

Manda Mendizabal el séptimo ejército, y embiste, vuelca, estrecha y aventa mas y mas al enemigo, y uno de los caudillos á sus órdenes, Porlier, se interna por levante, ya hácia las llanuras de Castilla, y luego por las montañas hasta el mismo Santander. A impulso de Mendizabal, la junta de Vizcaya levanta y organiza batallones enteros. Renovales, el Pastor y Longa, van sin cesar fomentando y estremando á diestro y siniestro la conmocion. Por Navarra, correspondiente al sesto distrito, Mina está causando á toda hora quebrantos enormes al enemigo, formalizando refriegas y refriegas, á cual mas reñida y sangrienta, y el 9 de abril se apodera de todo un convoy grandioso, y rinde su escolta de dos mil hombres.

Resérvase el caudillo de los aliados las operaciones de mayor cuantía; se aparata, se precave, se resguarda á diestro y siniestro, y por fin en marzo, emprende y formaliza, estrecha y consuma casi de repente el sitio de Badajoz. Lo asalta desaforadamente el 6 de abril, y trás una resistencia sangrientísima, se apodera de la plaza. El gobernador se acoje al fuerte de San Cristóval, y capítula á la madrugada; y entonces Sult, que habia acudido al socorro, se vuelve sosegadamente á Sevilla.

Intenta Marmont, al ver las tropas aliadas harto distantes, recobrar Almeida y Ciudad-Rodrigo, adelantándose hasta la Guarda, dispersando las milicias portuguesas; pero rendido Badajoz, se encamina á Salamanca; y los Ingleses van luego arrancando cuantas obras ha levantado el enemigo, para afianzar su tránsito del Tajo en Estremadura. Se desquita Sult contra Ballesteros, quien se empeña en asaltar temerariamente á Bornos, como ya se apuntó hablando de sus espediciones, sacrificando su mejor tropa, y además del rechazo, padece luego una derrota de consideracion.

A pesar de aquel descalabro, conceptúa Wellington que los Españoles por sí solos han de contrarestar al enemigo por aquella parte, y así se interna denodadamente por Castilla. Alentábanle además las novedades ocurridas por el norte, adonde tiene que acudir Bonaparte en contraresto de la Rusia; constábale tambien que José no podia sostenerse por el interior de España, asolado todo con las demasías francesas, la esterilidad y por consiguiente el hambre; desavenido además en gran manera con su hermano, cercenador de una porcion de su reino, para incorporarlo con la Francia.

El Inglés entonces se constituye arrojadamente por quicio y móvil de todos los movimientos militares de la Península; levanta el 13 de junio su campamento de Fuenteguinaldo, pasa el Tormes, entra en Salamanca, cuyos fuertes ocu-

pa un cuerpo francés de ochocientos ó mil hombres. Acude Marmont al socorro, maniobra torpemente, se rinden los fuertes el 26, y el francés se retira. Contramarcha luego, despasa el Duero, logra arrollar una division inglesa, y con su ufanía regresa sobre Salamanca, donde traba por fin la memorable batalla de los Arapiles; y el inglés con sus maniobras acertadas y ejecutivas lo derrota completamente, malhiriéndole, como tambien al jeneral Bonnet; y el ejército por fin se pone en salvo, á las órdenes de Clausel; haciendo los Ingleses alto en Peñaranda. Entonces las Córtes, agradecidísimas á tan glorioso triunfo, agracian á Wellington con el supremo distintivo del Toison de oro.

Avanza luego José desde Madrid sobre Castilla la Vieja, en ademan de resguardar la retirada de Clausel, y los Franceses todos cejan hasta Valladolid y Burgos, entrando Wellington, el 30 de junio, en la primera ciudad. Ayúdanle infinito las guerrillas, particularmente D. Julian Sanchez, acosando siempre al enemigo é imposibilitándole el forrajear con sus partidas de caballería; y antetodo un ejército español de diez y seis mil hombres, que baja del Vierzo, y bloquea á Astorga, Toro y Tordesillas; y al mismo tiempo el jeneral portugues Amarante entra en España y sitia á Zamora.

Intenta Wellington atacar la reunion de José, con el ejército francés de Portugal; pero huye el francés y se acoje á Madrid, hasta donde le sigue el inglés ejecutivamente. Márchase de la capital el 11 de agosto, dejando una guarnicion en el Retiro de dos mil hombres, y en el mismo dia, el Empecinado, Palarea y Bosecar, entran á las diez en Madrid; se presenta luego Wellington á la puerta de San Vicente, y acude á obsequiarle el ayuntamiento, compuesto ya de nuevos individuos.

Todo se vuelve aplausos y agasajos; se nombra gobernador á D. Cárlos España, y el 13, mandándolo Wellington, por encargo de la Rejencia del reino, se proclama la Constitucion, planteada por las Córtes jenerales y estraordinarias. Se juramentan todos por parroquias, y los vecinos acuden presurosos á manifestar con aquel acto su patriotismo.

Rinden los Ingleses el Retiro; y para serenar á cuantos se habian afrancesado, el jeneral Alava solicita y logra publicar una proclama conciliadora, acudiendo muchos de los comprometidos á alistarse en las banderas nacionales. D. Cárlos España por el contrario, atropella á cuantos se consideran sospechosos, y el gobierno se aviene á corroborar aquellas providencias harto violentas, imponiendo las llamadas pacificaciones á los tildados, con aquella afrenta, y mandando recojer las monedas estampadas con el busto de José; y semejante prohibicion fué perjudicialísima para el jiro, donde corrian todas por su valor competente; mas por dicha de todos, las ventajas militares venian á compensar aquellos trastornos parciales.

CAPITULO CENTÉSIMOSEXTO.

Evacuacion de las Andalucías. — Retirada de todos los puntos. — En Estremadura, en las Castillas etc. — Rechazo de Wellington en Burgos. — Su retirada sobre Portugal. — Regreso de José á Madrid. — Nuevos trastornos. — Segunda evacuacion. — Nuevo avance de Ingleses y Españoles. — Se repuebla la capital desamparada. — Nuevas providencias. — Evacuacion de Valencia. — Regocijo jeneral. — Enconos implacables. — Huida de afrancesados.

1812.

Un escritor, tal vez estremado en su patriotismo, estampó repetidamente en los periódicos de varias partes, que nuestro sistema de guerra, durante el sitio de Cádiz, era absolutamente errado, debiendo desatender la Estremadura y las Andalucías y agolpar nuestras fuerzas sobre el Ebro, en partidas sueltas ó como fuese, para dejar absolutamente acorralados á los enemigos, cortando todo asomo de comunicacion y socorro de Francia; sobreviene la batalla de los Arapiles, y al golpe se azora, se pone en conmocion la *francesada* y trata de recojerse á todo trance, al Ebro, ú á donde pueda. Entonces quedan desengañados los mentecatos, que encumbran altamente al paradojista; confesando al fin, que era aquel mismo el verdadero é in-

contrastable sistema que se debió prohijar desde los primeros pasos del enemigo en Andalucía.

Como quiera, formaliza Sult su retirada absoluta, y desampara por fin las líneas de Cádiz, con todas sus obras, artillería, pertrechos y enseres; y entonces Arriaza prorumpe como siempre en primores poéticos, y da á luz la siguiente cantinela:

A las primeras partidas de campo que se hacen á Chiclana, despues del largo sitio de Càdiz, y acabados de destruir los campamentos franceses.

ANACREONTICA.

La primavera alegre
Llama con dulce risa
Al campo de Chiclana
Las gaditanas Ninfas;
Tras los aciagos tiempos,
En que la guerra impía
Las tuvo, entre murallas,
Medrosas y cautivas.
Vedlas correr ansiosas,
Y ocupar á porfía
Las deleznables lanchas,
Las ruidosas berlinas.
¡Cuál se unen y emparejan
En comparsas distintas,
Ya que amistad las junte,
Ya porque amor las guia!
La alegre carga sienten
Las lanchas oprimidas,
Y remando y cantando
Se apartan de la orilla.
¡O cuán audaces otras
En leves carros brincan,
Y á los fogosos brutos
A la carrera aguijan!
¡Cuál por llegar se afanan,
Y con gozosa grita
Al mas lijero aplauden,
Y al perezoso animan!
Bulle en placer Chiclana,
Al verse acometida
Por mar y tierra á un tiempo
De tropas tan festivas.
Sus flores, sus guirnaldas
Y sus verdes colinas
Para las danzas presta,
Para los juegos brinda.
Todo es allí contento,
Todo descuido y trisca,
Donde tronaba Marte,
Ya solo Amor suspira:
Pues que los sitios mismos
Ora al placer dedican
Que antes cubiertos vieron
De tiendas enemigas.
Donde asentada estuvo
La horrenda artillería
Que amenazaba á Cádiz
Con bárbara rüina,
Ahora se ordenan danzas
De enamoradas lindas,
Y hacen el son los himnos
Que la victoria dicta.
¡Ay! que así se suceden,
En esta amarga vida,
Venturas y desgracias,
Dolores y delicias.
A completar las nuestras
Parece que se brinda
Risueña la esperanza
Que hoy en los cielos brilla;
Y, de la mano asido
A nuestros brazos guia,
Aquel don tan precioso
De Libertad festiva.
Palmas de tantas lides,
Premio á tantas fatigas,
Nos la entrega clamando:
«Triunfaste, España invicta.»

Los Franceses van evacuando la orilla derecha del Tajo, y los destacamentos se incorporan con el ejército principal del centro, que sigue su rumbo hácia Valencia. El 14 llegan á Toledo; y una division de su ejército de Portugal acude, á las órdenes del jeneral Foy, á recojer las guarniciones de Toro y de Zamora, pues van todos desamparando las plazas de España; y presenciando Mendizabal y Portier su salida de Santander, se contentan con abastecer á Santoña; y la Constitucion se proclama con grandísima pompa en el 16 de setiembre.

Suchet se está viendo amenazado por varios puntos, y se teme además la llegada de una escuadra Anglo-siciliana: resguarda las playas, y D. José Odonell con fuerzas considerables lo embiste, en el confin de Valencia y Cuenca; pero Arispe y Delort, acantonados por aquella parte, lo derrotan terriblemente en Castalla. Airadas las Córtes, prorumpen allá en espresiones violentas contra la Rejencia; recae amarguísima censura contra D. José Odonell, y su hermano Enrique, conde del Abisbal, individuo de la Rejencia, hace dimision de su empleo, que viene luego á ocupar D. Juan Pablo Villamil.

Asoma luego la escuadra anhelada, y reviven los ánimos quebrantados allá con la derrota de Castalla; el jeneral Tomás Maitland incorpora seis mil hombres, con la division instruida en Mallorca por Withingam, y despues de conferenciar con Eroles, por la costa de Cataluña

aporta á sus anchuras en Alicante el 9 de agosto. Mas no se internan los aliados, por el agolpamiento de fuerzas enemigas en Valencia con José, quien con efecto entra en aquella ciudad el 26; inclinándose tambien Suchet hácia la misma parte, con fuerzas muy crecidas.

Deja Wellington á Madrid para acudir á las operaciones militares; y siguiéndole las tropas de Castaños, entra en Búrgos el 18 de setiembre. Embisten los aliados por la madrugada del 19 al castillo; mas quedan rechazados completamente por la guarnicion enemiga, á las órdenes del jeneral Le Breton; se formaliza el sitio, y el asalto que se dió á todo trance el 18 de octubre tuvo un éxito aun mas lastimoso y decisivo; puesto que se levantó el sitio el 22. Desman horroroso tras los timbres que están realzando al vencedor de Salamanca; pues las Córtes por decreto del 22 de setiembre, le habian otorgado el mando supremo de todas las tropas aliadas en la Península; y por cuanto Ballesteros se desentendia de aquel reconocimiento, la Rejencia le apeó de su mando y lo envió confinado á Ceuta.

Por lo demás, los movimientos que motivaron aquella retirada de Búrgos, eran de suma entidad, procediendo de la situacion en que venian á abocarse hasta cuatro ejércitos franceses sobre un mismo punto. Regresan las tropas de Sult y de José por Cuenca y Albacete á Madrid. El jeneral Hill, reforzado con los Anglo-portugueses de la guarnicion de Cádiz y de Alicante, guarnece ahora el Tajo en Aranjuez y Toledo, y atravesando á Madrid, arrasa las obras francesas del Retiro, y vuela entonces la casa de la China (1); y toma tambien las divisiones que Wellington ha dejado en la capital y sus cercanías; continúa su marcha; tramonta las cumbres del Guadarrama; se encamina á Alba de Tormes, juntándose mas y mas con todas las tropas de su nacion que están guerreando por Castilla la Vieja. Acompáñanlo las divisiones principales del ejército español, tanto las de Estremadura, pues las demás, adelantadas con Elío, regresan á sus puntos anteriores de Murcia y Valencia, franqueando el paso para Madrid á las fuerzas superiores de Sult y de José. Llega el intruso á la capital el 2 de noviembre, y la desampara el 7 de marzo, para reforzar mas y mas á las tropas que van siguiendo el alcance á los Ingleses.

El jeneral Suham, que está mandando á los Franceses sin el contraresto de Wellington, hostiga mas y mas á los aliados; y apesar de comunicarse Hill con su jeneralísimo, sigue sin embargo su rumbo sobre Alba de Tormes, y Wellinton se aposenta como antes al frente de Salamanca. El 8 de noviembre suspenden los Franceses su marcha, en espectacion de abastos y de mayores fuerzas; y luego el 12 pasan el Tormes. Desampara Wellington por entero sus posiciones sobre Salamanca el 15, y marcha con su ejército dividido en tres cuerpos, pisando el 20 el territorio de Portugal.

Por allí mismo atraviesan los Españoles, se encaminan á Galicia, llegan al Vierzo; y se aposentan, en ademan de emprender luego otra campaña. Vuelve Porlier á sus Asturias, mas cuantas tropas de Estremadura habian venido con Hill, se acuartelan en Cáceres y su comarca.

Llegado á Portugal, el Inglés se aposenta é interna, sobre una línea que corre desde Lamego hasta las sierras de Barros y de Bejar. Los Franceses por su parte van tomando posicion por diversos rumbos, pues unos se derraman por Castilla la Vieja, á las órdenes de Suham y de Cafareli, y las tropas del mediodía se internan de nuevo por Castilla la Nueva, al mando de Jurdan y de Sult.

Vuelve el intruso á Madrid el 3 de diciembre, y le festejan por su regreso, con funciones mas ó menos placenteras, y por lo mas, ó todas, fementidas.

Pasa Vellington á Cádiz para acordar con el gobierno español el plan de campaña que se ha de entablar por la primavera. Compiten á porfía Córtes Rejencia, Grandeza, Ayuntamiento, Consulado y particulares en agasajarlo y obsequiarlo. Auméntase el sumo regocijo con el noticion de los desmanes y del esterminio casi total de la hueste inmensa de Napoleon, en su retirada de Rusia.

El emperador incontrastable, el siempre vencedor y todo poderoso, no alcanza á lidiar frenéticamente con el poderío verdaderamente supremo de la naturaleza. Como todas sus espediciones al norte le han salido acertadas, sueña el mismo logro para la inmensidad que está mas y mas aparatando contra la Rusia.

Parece que le era mucho mas obvio y seguro el romper con cualquier pretesto, como solia, con los Turcos, y desde su Dalmacia marchar

(1) Aquel nombre de *Fábrica* horroriza á los Bretones por cuanto viene á competir con las suyas, y asi poniendo sus barrenos á los cuatro ángulos, con la esplosion, que se oyó muy á las claras desde la Puerta del Sol, logran falsear é inutilizar para siempre el hermosísimo, y para ellos odioso edificio.

Por lo demás, aquella retirada de Wellington, y regreso, aunque brevísimo, de los Franceses á Madrid, se computó por algunos curiosos, que habia venido á costar á la infeliz Castilla la Nueva, de treinta y cinco á cuarenta millones de reales. Fué con efecto imprudentísimo el empeño de rendir al golpe y luego con pausa el castillo de Burgos.

sin el menor asomo de tropiezo á Constantinopla, y entronizado ya en aquel centro político, militar y mercantil de cuanto puede ocurrir en cientos y casi miles de leguas, tenia á raya, ó bien anonadaba, la misma Rusia; pasaba luego á Persia, y de consuno con el Shah, ó por sí solo, arrollaba las posesiones inglesas, y daba al través con su enemiga del alma, la Gran Bretaña.

Mas la Providencia, que le dotó de arranques y disposiciones tan sublimes, quiso tambien, para escarmiento perpetuo de la ambicion frenética, que corriese ciega y disparadamente al derrumbadero, que diese al través con su poderío y su existencia, engolfándose en la empresa mas árdua, y en aquellas circunstancias inasequible.

La historia de aquel desastre ejemplarísimo, no solo corresponde á la Francia, sino tambien á la Europa entera, y con especialidad á España, por las resultas ejecutivas que tuvo, para nuestra emancipacion de aquella inícua tiranía, que nos tenia ya hasta cierto punto avasallados, y ¡ha de nosotros, si en vez de sacar de nuestro suelo, parte de sus tropas selectas, nos anega, como le era muy fácil en aquel trance crítico y decisivo, con un nuevo ejército! ¡ha de nosotros, repito, á pesar del afan de nuestra milicia y del teson verdaderamente heróico de la nacion entera!

Vamos á compendiar aquella espedicion memorable en el capítulo siguiente.

CAPITULO CENTESIMOSÉPTIMO.

Aparata inmensamente Bonaparte su espedicion á Rusia. — Combinacion sabia y estratéjica de un ejército de cuatrocientos mil combatientes, jeneralmente veteranos. — Retardo trascendental de un mes en el arranque. — Avance victorioso hasta Moscow. — Su quema ejecutiva. — Retirada imprescindible. — Anticipacion de los hielos. — Nevada inmensa. — Frio intensísimo. — Hambre mortal. — Ataques incesantes del enemigo. — Los Cosacos. — Desastre del ejército francés, reducido al fin á una muchedumbre desarmada y revuelta. — Mortandad horrorosa. — Llegada á Polonia. — Empeño indiscreto y funesto de sostener la línea de Leipsick. — Consecuencias.

1812. — 1813.

Hasta veinte y dos rejimientos de coraceros, todos á cual mas asombroso, pasan por el puente de Zarich, en demanda de la Alemania. — Acuden tropas y tropas, de acá y de acullá, á sus debidos parajes. Cada division viene á ser un ejército cabal y poderosísimo. — Austria, Prusia, Baviera, en fin los soberanos todos, vasallos ya, ó mas bien trémulos esclavos del mandarin universal, acuden con su debido continjente á los parajes fija y despóticamente señalados, por el mandarin prepotente y ejecutivo. Resulta una hueste de cuatrocientos mil combatientes, los mas veteranos, y todos cumplidamente disciplinados.

Es el ánimo de Bonaparte dar la embestida por setiembre; pero ni la suma prevision, ni el ahinco eficacísimo del primer móvil y de todos sus segundos, alcanza á redondear tantísimos pormenores como requiere aquella mole tan estremada y nunca vista, y así no logra ponerse en movimiento hasta entrado octubre.

Ocurren varias encuentros en la marcha, pero con mas ó menos ventaja, se arrollan todos los obstáculos, y sigue mas y mas el avance; llegan los invasores á Moscow, se aposentan en el Kremlin, ó la inmensa ciudadela, y entonces el ministro Kutusov, sea con anuencia del emperador Alejandro ú sin ella, por medio de presidiarios ó esclavos, incendia de estremo á estremo la segunda capital del imperio, y llega y abrasa al mismo Kremlin, cuartel jeneral y morada única de toda la espedicion.

No queda el menor arbitrio, Bonaparte tiene que doblegarse á la incontrastable necesidad, y emprende su marcha retrógrada y trabajosísima. Se anticipa aquel año por noviembre el invierno rigurosísimo; se redoblan mas y mas las heladas y las nieves, y todo el camino, todo el campo es un páramo yerto, sin albergue, sin arrimo y sin alimento; y entretanto los Cosacos no cesan de hostigar dia y noche á los fugitivos hambrientos.

Yacen helados rejimientos enteros, y sucede queal arrastrar diez ó doce caballos una pieza de artillería, hay tal vez que detenerse para obviar algun tropiezo, y al ponerse de nuevo en movimiento aparecen yertos caballos y conductores. En suma el ejército ya todo, sin asomo de arreglo ú disciplina, con los cien mil hombres del parque y otros infinitos dependientes, el ejército, digo, no es mas que una muchedumbre desarmada y revuelta, que marcha muda y desconsoladamente por todas partes.

Ocurre el fenómeno estrañísimo de que Españoles y Portugueses son los que muestran mas teson en sus arranques y mayor aguante en el contratiempo, pues cojen (1) lo poquísimo que se aparece, aventando con el puñal ó cuchillo en la mano á los demas hambrientos.

Entre tanto sigue el desastre, y la descripcion sublime de Virjilio sobre las rejiones boreales; se queda muy en zaga de la realidad pavorosa que está mas y mas acosando y matando... á cientos de miles el enjambre fujitivo.

La oficialidad selecta, al remedo del famoso batallon Tebano de la antigüedad, forma un escuadron que llaman sagrado para escoltar á Bonaparte, quien llega por fin sano y salvo, con las reliquias de la inmensa hueste á Polonia. Vuela á París, rehace, con su presencia, los ánimos abatidos, pone en movimiento varios cuerpos de tropas, y vuelve con el torpísimo empeño de sostener á todo trance la línea de Leipsik.

Entretanto se le separan y rebelan varios soberanos, Bernadote se le opone á las claras, y la Alemania toda prorumpe en el guerrero y patriótico alarido de su independencia, invocando el auxilio de la Europa entera. Se mueve la Rusia de nuevo, y desemboca sus huestes innumerables, sañudas todas, y ansiosas de vengar el insulto bárbaro, el desacato irremisible de invadir su imperio y ponerlo en precision de incendiar y esterminar con sus propias manos la segunda capital de sus estados.

Median batallas continuas y reñidísimas; los nuevos aliados levantan ejércitos enteros por la espalda á Bonaparte; y tras infinitos quebrantos tiene por fin que ceñirse á la línea del Rin; que tampoco alcanza á resguardarla por entero.

Con efecto, se fragua ahora una coligacion mucho mas poderosa que todas las anteriores, y agolpando divisiones y ejércitos por todas partes, destronizan el imperio napoleónico; y lo reducen desde nuevo á sus confines antiguos, para despues internarse por su corazón, romper y anonadar la línea de sus plazas fronterizas, para por fin internarse mas y mas, hollar la supuesta capital de Europa, y destronar y confinar en una isla al fundador de tan monstruoso aborto.

Pero no anticipemos sucesos que han de ir saliendo á luz, en el desempeño de la presente Historia.

(1) De un solo pueblo de Aragon, por varias aventuras, volvieron sanos y salvos los cuatro mozos que se hallaron en el conflicto, y despues en medio de las faenas campestres solian contar sus padecimientos, y la valentía con que, *cobrando* siempre *el barato*, como dice la soldadesca, de los mas jaques, se apoderaban de las hogueras y de los ranchos de caballo ú de lo que fuere, que podian descubrir á diestro y siniestro.

CAPITULO CENTÉSIMOOCTAVO.

Nuevo impulso del gobierno. — Situacion de los ejércitos. — Nacionales. — Enemigos. — Disposiciones administrativas. — Abolicion absoluta de la Inquisicion. — Decreto relativo á las órdenes religiosas. — Nombramiento de la nueva Rejencia de D. Gabriel Ciscar, D. Pedro Agar y el cardenal de Borbon. — Marcha de Wellington á Castilla. — Batalla de Vitoria. — Consecuencias. — Movimientos militares. — Huida de los emigrados. — Retirada de las tropas francesas por diversos puntos. — Suchet. — Evacuacion total de la Península por los enemigos.

1813.

Con aquel acontecimiento, tan fausto y plausible para la nacion española, se entona y enardece mas y mas el gobierno, y trata de simplificar y despejar hasta lo sumo todos los ramos de la administracion pública.

Se reducen los ejércitos, que antes eran siete,

á cuatro de operaciones, y dos de reserva. 1.° el de Cataluña al mando del jeneral Copons y Navia; el 2.°, formado de dos, á las órdenes de D. Francisco Javier Elio; 3.°, mandado por el duque del Parque; y el 4.°, formado de tres, al mando de Castaños. De los dos cuerpos de reserva, se plantea el uno en Andalucía, á las órdenes del conde de Abisbal, y el otro en Galicia, al cargo de Lacy.

Además de todas estas fuerzas, se destinan hasta cincuenta mil hombres de refuerzo para el ejército de Wellington; y al mismo tiempo, espiden las Córtes un estenso reglamento deslindando las facultades é incumbencias de jenerales, jefes políticos, intendentes y demás; y luego sale de Cádiz Wellington, aparatándolo todo, para proceder con sumo sosiego y discernimiento á la ejecucion estudiada y certera de sus grandiosos planes; acorde con los diversos comandantes militares de la Península.

Por entonces las Córtes de Cádiz ventilan con ahinco y detenimiento el punto gravísimo de la Inquisicion; y despues de largas y reñidas contiendas, decretan con sublime sencillez lo siguiente: *El tribunal de la Inquisicion es incompatible con la Constitucion;* y luego en febrero providencian tambien lo siguiente sobre las órdenes relijiosas: 1.° la conservacion de las comunidades, con autorizacion de la Rejencia, con tal que se hayan preservado los edificios de los desastres de la guerra, y en caso de haber padecido quebrantos, queda prohibida toda demanda para su restablecimiento; 2.°, prohibicion absoluta de todo convento cuyos individuos bajen de doce, todos profesos: 3.°, tampoco se permitirá la existencia, en ningun pueblo ú concejo, de mas de una comunidad de un mismo órden, y 4.°, tampoco se consentirá en parte alguna el establecimiento de conventos nuevos, ni la admision de individuo alguno en los ya establecidos, hasta la resolucion definitiva de las Córtes.

Decisiones tan terminantes desagradan á la grey preocupada, y entonces salen á luz las divisiones, despues tan aferradas y trascendentales, bajo la denominacion, y luego el partido desaforado y enemiguísimo, de liberal y servil.

Con este motivo, se trata de variar la Rejencia, y aunque se habló ya de los mismos individuos, hablando de las marañas inglesas para la usurpacion inicua de la gran plaza de Ceuta, ahora es cuando se realiza su nombramiento, en los consejeros de Estado mas antiguos y residentes en Cádiz, D. Pedro Agar, D. Gabriel de Ciscar, y por presidente el cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo; y los tres nuevos rejentes se juramentan y toman posesion de sus cargos el 7 de marzo. Encuentran y corroboran las alianzas concluidas con Rusia y Suecia, que habian reconocido la Constitucion, y solo tropiezan con la santa Sede, por la reforma ó abolicion de la Inquisicion que han decretado las Córtes.

La guerra embarga por entonces la atencion jeneral, retrayéndose en gran parte de los asuntos de Cádiz. Se halla el ejército inglés acantonado sobre Ciudad Rodrigo, y por ambos costados, en Estremadura, en Galicia y en Asturias, tiene Castaños sus fuerzas divididas en tres cuerpos, denominados de la derecha, centro y de la izquierda, componiendo el todo hasta cuarenta mil hombres. El quinto ejército, tendido por la Mancha y faldas de Sierra Morena, consta de veinte y cuatro mil hombres, al mando del duque del Parque; y Abisbal tiene ya formada en Andalucía una reserva de diez y siete mil hombres, que debe corresponderse con los movimientos de la hueste Anglo-Portuguesa. La segunda reserva ya planteada por Lacy en Galicia, no llegó jamás á salir de aquel reino. Los dos ejércitos primeros, que guerrean en Aragon, Cataluña y Valencia, se manejan como independientes de todos los demás cuerpos.

En cuanto á los Franceses, Sult se acuartela en Toledo; el cuerpo del centro venido á Madrid con José, abarcando ambas orillas del Tajo. El cuerpo llamado de Portugal, ocupa Castilla la Vieja, con parte del reino de Leon, y tiene su cuartel jeneral en Valladolid, mandado á la sazon, por el jeneral Reille; y el ejército del norte, acuartelado principalmente en Vitoria, está á las órdenes de Claussel.

Menguan y desfallecen por dias y por momentos aquellas tropas, con los envios continuos de refuerzos para Alemania, y el mismo Sult sale tambien de España con seis mil hombres. Acude José á Valladolid, y empuña el mando de las fuerzas que restan por aquella parte, y las demás están á las órdenes de Gazan y de Drouet.

Por el norte Mina, asaltando convoyes y destacamentos, con sus marchas y contramarchas incesantes, embarga la atencion del ejército francés del norte, causándole siempre crecidos quebrantos. En Cataluña, Copons y Eroles; ausiliados por la marina inglesa, van destruyendo cuantos puntos fortificados han llegado á plantear entre Tarragona y Tortosa.

El segundo ejército, que por lo mas se acuartela en Murcia, á las órdenes de Elío, va cooperando á los movimientos de Cataluña y aventura correrías considerables por Aragon. Aquel cuerpo, al arrimo de la espedicion anglo-siciliana, que está ahora á las órdenes de Juan Murray, intenta hostilizar á Suchet, quien destaca la division de Arispe, y el 11 de abril derrota en Yecla completamente la de Miyares. Luego el mismo Suchet allana el castillo de Villena, don-

de hace mas de mil prisioneros, y desaloja á los Ingleses de Biar, mas luego el 13 se estrella contra el cerro de Castalla y ceja hasta Fuente la Higuera y Onteniente.

Wellington, á mediados de mayo, marcha por Castilla, con cuarenta mil Ingleses, y veinte y ocho mil Portugueses; y luego, mas ó menos á su derecha ó izquierda, las divisiones españolas, que con las del Vierzo y Asturias componen hasta veinte y cuatro mil combatientes; y así en el centro de la misma línea, va siguiendo el impulso de Castilla, se descuelga de Oviedo á las órdenes de Porlier; mientras los Franceses desamparan el resguardo del Duero, y se retiran tras el Pisuerga, evacuando por fin á Burgos el 14 de junio, y los aliados se hallan de repente asomados al Ebro.

El jeneral Hugo evacua en seguida á Madrid, recargado con el bagaje inmenso, portador de preseas y alhajas á costa de templos y palacios, y entónces allá se dispersa el tercer ejército, con la reserva de Abisbal desde la Mancha sobre Castilla la Vieja, inclinándose, por disposicion de Wellington, sobre su derecha, para imposibilitar á Suchet, el entorpecer los movimientos del ejército combinado, en sus marchas hácia entrambas orillas del Ebro.

Arróstranse las huestes de Wellington y de José sobre Vitoria. El 21 de junio, á la madrugada, el inglés Hill, con la segunda division inglesa, la portuguesa de Amarante y la española de Morillo, embiste por el riachuelo Bayas; queda rechazado, pero atraviesa el Zadorra, y trás reñidísima refriega, se apodera de Sabijana en Alava.

Rompe luego el centro inglés, pasa tambien el Zadorra por los puentes que no han tenido lugar ó advertencia para cortar los enemigos, y aunque el centro y la izquierda enemiga pelean largo rato con teson, tienen al fin que cejar sobre Vitoria. Se defiende la derecha francesa todavía con mas ahinco; pero al fin, hácia la tarde, los Anglo-Españoles de Graham, Longa y otros caudillos, señorean la carretera de Bayona; y entónces todo es trastorno y desconcierto en la línea vencida.

José Botella, como le llaman todos, pierde el sombrero, y huye así despavorido y sin aliento precipitadamente. Todos se agolpan revueltos y arremolinados, perseguidos por la caballería hácia el camino de Pamplona. Queda la division del jeneral Foy en Vizcaya, y juntando las guarniciones de varios puntos, opone tenaz resistencia en Mondragon á las tropas de Mendizabal; ceja hasta Tolosa, contiene allí un cuerpo grandísimo de Españoles é Ingleses, y así de posicion en posicion, tiene por fin que acojerse á Francia, hasta donde lo sigue y lo acosa D. Pedro Agustin Jiron, duque de Ahumada, que es el primer español, y antes que los Ingleses, que por fin pisa triunfante el suelo enemigo.

Poco antes llega á salvamento la columna inmensa, ó sea la carretería interminable, de los trémulos afrancesados, quienes por fin arrepentidos y llorosos, se alimentan por largas leguas, con sus niños y mujeres, de hiel y ajenjo, revolviendo allá en el corazon su imprudencia y sus desbarros. Descuella entre ellos el primer poeta de Europa, el adulador indecoroso de Godoy, y lo que es peor, si cabe, del ridículo José, en suma el ínclito Melendez, para ir luego á fenecer de hambre y desconsuelo en Mompeller; donde á poco tiempo el duque de Frias le levanta un monumento funeral, á sus espensas (1).

Volviendo al hilo de nuestra Historia, se rinden al golpe los fuertes de Pasajes; Abisbal toma el de Pancorvo: sigue su rumbo á Logroño y Puente-la-Reina, y sienta el real contra Pamplona.

Se internan en Francia las tropas de José por el puente de Arraiz, y luego el valle de Usama, sobre el cauce de Usoña, y además por Velate y el valle de Bastan, tramontando el puerto de Maya, y en fin igualmente por Roncesvalles. Hill les va siguiendo; cabalga en cierto modo las cumbres, y otea el pais enemigo; mas no se interna, pues Wellington dispone el movimiento de grandes fuerzas contra Clausel.

Asomado estaba ya este sobre Vitoria, acechado por Mina, con destacamentos de caballería, en el punto de llegar la sesta division inglesa, mandada por Pakenam. Sabe el éxito de la batalla, regresa atropelladamente, y entra en Tudela. Sabedor allí de las tropas que se abocan en su alcance, huye á Zaragoza, á donde llega el primero de julio, pasa allí el Ebro, vuela el último arco del puente de piedra, toma el rumbo de Jaca por el cauce del Gállego, y en fin se vuelve por Canfran á Francia.

Aparenta Mina seguir su alcance por la derecha; pero se desvía tanto que entra en Alcubierre, debiendo encaminarse por Tardienta, á su izquierda, y tras las llanuras de Huesca, internarse hácia el Pirineo, y atacarlo de noche y á toda hora, y esterminarlo antes que se gua-

(1) El epitafio que se esculpe en castellano, francés y latin, es el siguiente:

AQUI YACE
EL CÉLEBRE POETA ESPAÑOL
D. JUAN MALENDEZ VALDÉS.
NACIÓ EN LA VILLA DE RIBERA.
PROVINCIA DE ESTREMADURA
A 11 DE MARZO DE 1754.
FALLECIÓ EN MOMPELLER
A 14 DE MAYO DA 1817.

rezca en Francia, y se comunique y junte con las demás tropas fujitivas.

Se acuartela entónces Wellington en Hernani, como punto céntrico, para disponer sus movimientos; coloca el ejército anglo-hispano-portugués por Guipúzcoa y Navarra, formando la línea dilatada y montañosa, desde Bidasoa hasta Roncesvalles; plantea los sitios de Pamplona y San Sebastian, encargando el primero al conde de Abisbal, y el segundo el inglés Graham, auxiliado el primero por D. Cárlos España y otras muchas tropas.

No prosperan tanto los aliados contra Suchet; pues los Españoles y los Anglo-sicilianos, saliendo de Alicante, desembarcan en número de quince mil junto á Tarragona, al arrimo de Copons, que los está esperando; pero por una parte Suchet con sus movimientos, y por otra la guarnicion crecida de Barcelona, hace reembarcar á los aliados, abandonando el sitio de Tarragona que habian emprendido. Embisten tambien por Palamós, sostenidos por el baron de Eroles; pelean todos reñidamente, y por último vienen á separarse ahuyentando únicamente al jeneral francés Lamarque.

Por el reino de Valencia, padecen las tropas españolas notable quebranto, en la aldea de Rogia por el jeneral Arispe, y mucho mayor el duque del Parque en Carcajente; y Suchet, envalentonado con sus ventajas, va de nuevo á tomar la ofensiva, cuando sabe el resultado de la batalla de Vitoria. Evacua entónces á Valencia, y se va retirando sosegadamente sobre Aragon, dejando al mismo tiempo guarniciones competentes en Denia, Murviedro y Peñíscola, robusteciendo además la de Tortosa, juntándose con Musnier y una brigada italiana de Teruel y Alcañiz, y acuartelándose en Gandesa.

El gobernador francés París sale de Zaragoza, y entrando luego D. José Duran, se aferra Mina, mas activo que contra Clausel, en su alcance; lo arrolla, lo despoja enteramente de su inmenso convoy, huyendo toda la francesada atropelladamente por Huesca y Jaca, é internándose en Francia. Mina, comandante jeneral de Aragon, se halla con órdenes terminantes de situarse en Sangüesa, y desde allí coadyuvar en cuanto ocurra para el sitio de Pamplona.

Por fin Suchet se hace cargo de la imposibidad absoluta que le acosa, para sostenerse mas tiempo en sus posiciones; dispone el tránsito de su ejército por Mequinenza, Mora y Tortosa, y deja el Ebro á la espalda, recojiendo sin embargo los destacamentillos de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz. Conserva por el pronto á Mequinenza y Monzon, encargando el gobierno de Lérida á Lamarque. En seguida va recojiendo su hueste principal sobre Reus, Valls y Tarragona, cuyas fortificaciones trata de volar á su salida, acuartelándose luego en Villa-Franca del Panadés, país abundantísimo, donde, sin desviarse mucho de Tarragona, se da la mano con Barcelona y con el jeneral Decaen.

Los aliados por su parte, tambien se van poniendo en movimiento; pues Copons no cesa de hostigar el costado derecho de Suchet. El lord Bentik, la espedicion anglo-siciliana, y el duque del Parque, se adelantan al Ebro y lo pasan por Amposta, al resguardo de la marina inglesa, y destacando algunas fuerzas se encaminan á formalizar el sitio de Tarragona. El segundo ejército, menos la division de Sarsfiel, va ocupando el reino de Valencia, y toma á su cargo el cerco de las varias guarniciones enemigas que permanecen todavía en varios puntos.

Entretanto Napoleon, enfurecido con el descalabro total y huida precipitada, sin artillería ni bagajes en Vitoria, apea del mando á José y á Jordan, y encarga su lugartenencia absoluta á Sult, quien llegado á San Juan de Pié de Puerto, reduce á una sola hueste el conjunto de cuantos cuerpos fujitivos van llegando de España, repartiéndola en nueve divisiones. Coloca un cuerpo de reserva á las órdenes de Villate, y compone todavía dos cuerpos grandiosos de caballería, la de línea, á las órdenes de Tilly, y la lijera á las de Freillard.

Se empeña Sult en venir á entablar una nueva campaña, socorriendo á Pamplona y á San Sebastian, y la madrugada del 25, arrolla personalmente el boquete de Roncesvalles, defendido por los Ingleses, entrando tambien Drouet por Moya, á pesar de la suma resistencia que le oponen Ingleses y Portugueses. Avanzan mas y mas los Franceses, y Sult insiste en acudir á todo trance al socorro de Pamplona.

Vuela allá Wellington, y ataja al enemigo en San Marcial, y el 28 al amanecer pregunta al valenton Abisbal, cuál conceptúa ha de ser el paradero de aquella jornada: y le contesta el español risueñamente: «Mi jeneral, estoy viendo que el sol va á salir, para iluminaros la victoria mas esclarecida de toda la guerra.»

Con efecto, avanzan los enemigos por la cuesta de San Marcial, y cuando están á tiro de metralla, una descarga redoblada de toda la línea los aleja á larguísima distancia; insisten los rechazados desaforadamente por dos ó tres veces, y otras tantas quedan siempre mal parados y en completa derrota. Quien descuella ante todos, en aquel dia, es el gallardo jeneral de caballería D. Manuel Freire, y de resultas mereció que se le titulase, marqués de San Marcial; distincion que están ahora mismo disfrutando su viuda Doña Beatriz Abad, y su digno hijo D. José Freire.

Intenta Sult lograr el tránsito por otro rumbo, acudiendo al socorro de San Sebastian por Tolosa; y Wellington el 30 desaloja á los Franceses de todas sus posiciones. Alcanza entre tanto Drouet algunas ventajas contra Hill; pero marcha allá Wellington, y embistiendo por la espalda á Drouet, tiene este que escapar de noche y descalabradamente por el llamado portillo de Doña María. En seguida el Inglés le estrecha el alcance por Irusita, y lo acosa mas y mas por los valles del Bidasoa y del Bastan; y los Anglo-portugueses por fin se aposentan en el paso de Moya, en términos que los aliados se hallan ya repuestos en los mismos puntos, por donde ocho dias antes habian entablado sus operaciones. Tratan entonces de estrechar hasta lo sumo el sitio de San Sebastian; pues habiéndole dado un avance de noche, quedan rechazados en un asalto violentísimo el 25. Aumenta y redobla el sitiador sus baterías; asalta de nuevo la brecha, y cuando ya queda otra vez rechazado, media una esplosion de combustibles que les franquea la entrada en la plaza.

Sale entonces á luz el estremo de la irracionalidad inglesa; pues las señoritas principales se presentan con refrescos, tan ataviadas como permite aquel arrebato, á las puertas de sus casas: llegan los forajidos, y empezando por la oficialidad, de un sablazo vuelcan dama, salvilla y agasajo, allanando y saqueando luego las casas, con el desenfreno mas rematado que se vió jamás entre naciones salvajes.

Como la oficialidad inglesa suele ser mas ó menos instruida, sin duda, acordándose de la incomparable descripcion del incendio de Troya en Virjilio, quisieron todos disfrutar aquel recuerdo tan perfecto, ú mas bien realidad tan peregrina, abrasando el pueblo de estremo á estremo, y dejando absolutamente sin subsistencia y sin albergue, á mas de mil y quinientas familias.

En el mismo dia intentan los Franceses socorrer todavía á San Sebastian, y vadeando el paso de Sahane, embisten las posiciones españolas, mandadas por el mismo general Freire, ya marqués de San Marcial, quien los rechaza con sangrientísimo escarmiento. Estrechan entonces los aliados al castillo de San Sebastian, lo reducen á escombros, y el gobernador Rey lo entrega el 8 de setiembre.

Tampoco prosperan á la sazon los aliados en Cataluña; pues Suchet, al ver que están estrechando á Tarragona, llama á los jenerales Decaen, Mateu y Lamarque, y encaminándose por el Vendrell y Altafulla, mientras Decaen toma el rumbo de Valls y de Francolí, se retira Bentik á la espalda de Tarragona; y entre tanto Suchet vuela ejecutivamente las fortificaciones de la plaza, recoje su guarnicion de dos mil hombres, los incorpora en su ejército, y se ciñe entre tanto á la línea del Llobregat.

Acude le division española de Sarsfield á aposentarse en los escombros de Tarragona; la division de Mallorca se acuartela en Reus y Valls, y Bentik se adelanta de nuevo hasta la posicion de Villa Franca. Padece todavía otro quebranto la division del duque del Parque, en una salida que hace el gobernador de Tortosa Robert. Median movimientos y vaivenes por las cercanías del Ebro, con lo cual queda árbitro Suchet, para ir arrojando á los Anglo Sicilianos de las posiciones de Ordal de Villa-Franca, y demás de aquel paraje; y entonces tienen tambien que cejar la derecha y el centro. Los Españoles que se hallaban en aquel punto se desvian, y se incorporan con el jeneral Copons en San Saturní y Martorell.

Tropieza el jeneral Decaen con los Sicilianos, quienes cejan luego, atraviesan la carretera de Barcelona y logran embarcarse en Sitjes. Bentik va recojiendo la derecha de los aliados, y Suchet no insiste en el alcance; y á poco tiempo llega Guillermo Clinton en relevo de Bentik.

Variaremos de tema por algun rato, dedicándonos ahora á relatar operaciones mas pacíficas, y tal vez no menos acaloradas, en el interior de las Córtes, y en el mismo gobierno.

Con tantísimo descalabro como siguen padeciendo los Franceses en España, y luego la coligacion jeneral de las principales potencias contra Napoleon, todo Español vive ya esperanzado de presenciar en breve el finiquito de contiendas y de amarguras. No se anhela menos jeneralmente el plantear las reformas de suyo mas esenciales; y así las Córtes jenerales van siguiendo su carrera esclarecida, á pesar de los tropiezos incesantes que vienen, con mas ó menos resistencia, á entorpecerla; pues muchos diputados elejidos nuevamente en las provincias recien redimidas del yugo enemigo, se ladean con el partido conservador.

Vinieron luego á equilibrarse los dictámenes contrapuestos, al entablarse en las Córtes el punto importantísimo de la traslacion á Madrid; pues así lo apetecian los diputados de las provincias centrales, ansiosos de restablecer el solio del gobierno en la capital. Otros propenden á la misma determinacion por libertar las Córtes del influjo gaditano que prorumpe siempre en innovaciones, ó por lo menos en propuestas estremadas.

Represen'a sobre el mismo objeto el ayuntamiento de Madrid, y las Córtes acuerdan, que sin fijar el dia de aquel trueque de residencia, cuando llegase el caso de efectuarlo, seria siempre á favor de Madrid. Mas de repente un diputado opin

que la lejislatura de las Córtes ordinarias se abra ya en Madrid, el primero de octubre, y no en otro punto alguno. Se traba discusion vehemente, ó mas bien reñida contienda; se pasa al fin á la votacion, y sale empatada; y al dia siguiente queda desechada la propuesta por cuatro votos solamente. Y entonces la mayoría, para sincerarse del cargo que se le está haciendo de que su afan entrañable es en realidad el perpetuarse, providencia lo conducente para que pueda acudir cuanto antes el relevo con la llegada de los nuevos diputados. Se trata luego de mejoras en el Código criminal y en el réjimen de la Hacienda. Hubo empeño de sujetar la nacion á una pauta invariable, planteando la igualdad absoluta en los impuestos; pero jeneralmente el vecindario de los pueblos se declaró airadamente contra la contribucion directa.

La comision estraordinaria de hacienda, presentó los presupuestos para las entradas y salidas en el año venidero de 1814; y todo venia á reducirse en suma á meros apuntes. Ascienden los gastos á novecientos cincuenta millones de reales, de los cuales el ejército solo consumia hasta quinientos y cincuenta millones, y la armada ochenta. Se computaba la fuerza armada en ciento cincuenta mil infantes y doce mil caballos Para acudir á tanto desembolso, se contaba con el producto de las aduanas, las rentas eclesiásticas, con los agregados por mera costumbre desde muy antiguo, cuyo total ascendia, regulado en globo ú por mayor, á cerca de quinientos millones, y el descubierto se debia cubrir con las contribuciones directas, que se habia de sustituir á los impuestos antiguos y recien derogados. Ambos presupuestos quedaron aprobados, porque venia acosando á los diputados el trance de instalarse las Córtes ordinarias; y así se solian celebrar sesiones tambien por la noche.

Leyóse en la noche del 7 de setiembre el informe esmerado de la comision de hacienda sobre la deuda pública; pues antes, como ya se dijo, las Córtes lo habian reconocido únicamente, nombrando una junta particular encargada de presentar un plan de liquidacion, y otra para su clasificacion y su reintegro. El primer proyecto ocasionó un decreto, con fecha de agosto de aquel año, prescribiendo reglas á los liquidantes, dividiendo la deuda en anterior y posterior al 8 de marzo de 1808; de modo que la primera se ceñia al apronto de suministros, préstamos y anticipaciones de concejos y de particulares, puntos que, para zanjar todo engaño ú trabacuenta, requerian un esmero eficaz.

Anduvieron acordes la junta del crédito público y la comision de Córtes, en punto á clasificacion y reintegro de la deuda, dividiendo el conjunto en deuda con interés, ó sin él. A la primera clase deslindaron y propusieron el uno y medio por ciento, mientras durase la guerra de Francia, y todavia un año mas; á cuyo plazo, el total de los créditos debia reponerse sobre el pié pactado en los contratos.

La deuda sin interés se vinculaba únicamente en créditos que jamás habian gozado de rédito alguno, y debia irse estinguiendo con el producto de bienes nacionales, cuya cuenta no debia agolparse, sino irse verificando con intermedios de consideracion, y segun el reglamento que debia formalizar la junta del crédito público.

Por lo demas, esta particularidad no alcanzaba á las deudas contraidas anteriormente, ni que pudieran sobrevenir en lo sucesivo, con las potencias estranjeras.

Por mas imperfecto que pareciera aquel plan, tuvieron las Córtes que prohijarlo en todas sus partes, con alguna leve alteracion, por cuanto ofrecia prendas fijas y cuantiosas á los acreedores del Estado. Por entonces dispusieron tambien la ejecucion de otro pensamiento muy provechoso, cual fué la anulacion y quema de seis mil y cuatrocientos vales reales, existentes á la sazon en la caja del crédito público.

Nombraron las Córtes el 8 de setiembre la junta permanente, que, segun la Constitucion, debia instalarse y rejir por los ámbitos de sus incumbencias, en los intermedios de las lejislaturas.

Habiéndose fijado el 14 para la reunion de las Córtes, todos sus vocales asistieron al *Te-Deum*, y acudieron luego al salon de sesiones; y leido el decreto de disolucion, hizo el presidente una reseña lijera de las tareas del Congreso, y declaró que se cerraba su lejislatura.

El vecindario agasajó espléndidamente á los diputados mas descollantes; mas hubo que desentenderse de funciones, para atender á los medios de atajar la fiebre amarilla; y resolviendo la Rejencia trasladarse al puerto de Santa María, resultó un azoramiento jeneral en el pueblo de Cádiz; y á instancias de la diputacion permanente, se convocaron de nuevo las Córtes, para ventilar el 16 el punto de la traslacion; y despues de varios dias de contiendas aferradas, se reservó la decision para las Córtes sucesoras de las actuales.

Juntáronse las Córtes ordinarias el 26 de setiembre; con arreglo á la nueva ley fundamental, instalándose solemnemente en Cádiz el 1.° de octubre, y continuaron sus tareas allí mismo hasta el 13, en que se trasladaron con la Rejencia á la isla de Leon, para continuar sus sesiones en el convento de Carmelitas descalzos. Faltaban por de contado infinitos vocales nom-

brados por las provincias, y sobre todo de Canarias y de las Américas; y entre tanto para llenar sus huecos se dispuso que entrasen individuos de las Córtes estraordinarias en clase de suplentes, conceptuando que por este medio se sostendria el sistema de reformas planteadas por los antecesores; con lo cual vinieron á quedar equilibrados los partidos.

A la primera sesion, el ministro de hacienda presentó, con arreglo tambien á la Constitucion, un informe sobre el estado de su ramo, con el presupuesto de gastos y entradas. Uno y otro venian á ser idénticos, á poca diferencia, con los anteriores; añadiendo un cuadro tristísimo de la situacion del país y de sus recursos, y para acudir al descubierto resultante de su conjunto, proponia que se plantease por fin la contribucion directa; añadiendo la propuesta de un empréstito en Lóndres de diez millones de duros, cuyo intento quedó meramente en habla; pero en fin se negoció algun caudal, siempre á muchísima costa, con los Ingleses. Entretanto los productos y remesas de América iban menguando en gran manera; cuanto mas, que estaban ya comprendidas, con las entradas de Cádiz, en la razon jeneral de ingresos.

Los demás negocios que fueron mereciendo la atencion de las nuevas Córtes, vinieron á ser meras consecuencias del sistema jeneral, planteado por las primeras, despejando tal cual duda, ó ampliando providencias, cuya sensatez ó inconvenientes, se iban palpando en la práctica. Mandaron, sin embargo, que los respectivos vecindarios anticipasen desde luego un tercio de los cupos señalados para el año siguiente, por la contribucion directa, que fué forzoso repartir como lo habia propuesto el ministro de hacienda; y entretanto, admitieron la oferta del consulado de Cádiz, que brindó con una suma cuantiosa, con tal que lo descargasen de ciertos derechos incómodos que estaba pagando. Aprobaron tambien el reglamento de la junta del crédito público, que ella misma habia estendido para su réjimen y desempeño.

Sobreviene luego una cuestion trascendental, cuya decision se habia puesto á cargo de las Córtes. Se trata del mando de los ejércitos concedido al lord Wellington, y de venir á deslindar los ámbitos de su autoridad é incumbencias. Apetece el Inglés nuevos ensanches, para confirmar y robustecer mas y mas sus disposiciones y su ejecucion; y como la Rejencia se opone en gran parte á sus pretensiones, acude á la resolucion definitiva de las Córtes; pero estando ya en vísperas de trasladarse á Madrid, reservan la decision para cuando llegue aquel caso, y entonces el rumbo y el raudal de los acontecimientos van orillando las pretensiones encontradas del duque y de su oponentes.

Decretan luego las Córtes que se suspendan sus sesiones en la isla de Leon, el 23 de noviembre de 1813, para continuarlas luego en Madrid, el 15 de enero de 1814.

Prosperan las armas y dan alas al gobierno para trasladarse triunfalmente á la capital de la monarquía. Se pasa en inaccion el mes de setiembre; pero el 7 de octubre los aliados atraviesan el Bidasoa, van mas y mas haciendo progresos, obras y destacamentos contra el enemigo, y arraigado ya Wellington allende el Pirineo, está esperando, para ponerse de nuevo en movimiento, la rendicion de Pamplona, que por fin se verifica el 31. Avanzan los aliados sobre San Juan de Luz, encuentran á Sult atrincherado; se traba el 10 de noviembre pelea reñidísima, y arrollan los Ingleses al enemigo, junto á la aldea de Sort; al mismo tiempo logran los Españoles iguales ventajas por otro punto mas avanzado, apoderándose luego de otras posiciones á espaldas de Reinhom.

El jeneral Freire se está al mismo tiempo señoreando de Accain; mientras Hope desaloja á los Franceses de su gran reducto, por encima de Socoa. Evacua el enemigo por la noche á San Juan de Luz, y Sult desampara enteramente las orillas del Nivelle, plantando sus reales en un campamento grandioso al arrimo de Bayona. Contiene con su ademan ostentoso á Wellington, quien plantea una línea dilatada y fuertísima desde Biaritz, teniendo por paradero el Nive, frente á Arangues.

Se hace muy trabajoso el mantenimiento de tantísima tropa, y no se atreve aun el jeneralísimo á internarse en pais enemigo, hasta saber la entrada de los aliados en Francia por el norte; tienen que regresar los Españoles á su país, y así Freire establece su cuartel jeneral en Irun, con todo el cuarto ejército, escepto la division de Maville; pero entretanto se hallan ya dispuestos varios cuerpos, á cual mas animoso, por Aragon, Navarra y Vizcaya, para arrojarse en torrente, al llamamiento anhelado del jefe supremo.

El ejército de Andalucía, se acantona por el Bastan, estendiéndose luego á la espalda, hasta Puente la Reina.

Rompe por fin Wellington, se interna, sobrevienen á cada paso reencuentros en que siempre queda arrollado el enemigo; pero al fin ambos ejércitos encontrados, se fortifican de nuevo en sus posiciones.

En Cataluña Suchet y sus contrarios siguen mas y mas en inaccion; como en espectativa del asombroso desenlace, á la inmensa trajedia que se está representando en Europa.

Ajena por fin la Rejencia de toda zozobra

emprende su viaje desde la isla de Leon el 20 de diciembre, caminando pausadamente, y á veces detenida con tantísimo obsequio y agasajo como le van tributando los pueblos; y no llega á Madrid hasta el 5 de enero de 1814. Merece un recibimiento placentero y ostentoso, y se hospeda en el palacio real.

Abren las Córtes sus sesiones el 15 y se ventilan en público puntos harto baladíes ó de cortísima trascendencia, pero reservadamente tienen que deliberar sobre un asunto de grandísima entidad.

Al ver Napoleon su esterminio sobre sí, á manos de la Europa toda abocada sobre la Francia, entabla un ajuste con Fernando VII.; y el duque de San Cárlos por él, y la Forez por el emperador de los Franceses, ajustan y firman el 8 de diciembre, en Valencey, un tratado, cuyo contenido viene á ser el siguiente: 1.°, que Bonaparte reconoce á Fernando y á sus lejítimos sucesores por rey de España y sus Indias, segun el derecho hereditario establecido, desde tiempo inmemorial, en la monarquía, manteniéndola en su integridad, como se hallaba antes de la guerra actual; con obligacion de parte del emperador, de restituirle las provincias y plazas que á la sazon estuviesen poseyendo los Franceses, y con el compromiso por parte de Fernando, de hacer evacuar ejecutivamente á los Ingleses todo el territorio español, en el acto de salir sus contrarios actuales. 2.°, que ambos soberanos conservarian íntegra la independencia recíproca de sus derechos marítimos, pactada en el tratado de Utrecht, y como se habia estado manteniendo hasta el año de 1791. 3.°, que cuantos Españoles habian seguido las banderas de José quedarian reintegrados en sus derechos, honores y prerogativas, como tambien en la plena posesion de sus bienes, otorgando el plazo de diez años á cuantos quisiesen venderlos, para avecindarse fuera de España. 4.°, que Fernando se obliga á pagar hasta treinta millones de reales por año, á las augustas personas de sus padres D. Cárlos IV y su esposa, con ocho millones anuales tambien á esta última en caso de enviudar. 5.°, que las partes contratantes desde ahora se comprometian á ajustar un tratado de comercio, quedando al pronto las relaciones por aquel ramo en el pié que tenian el año de 1892.

Sale el duque de San Cárlos de Valencey el 14, á donde traen á los jenerales Palafox y Zayas, como tambien al ayo Escoiquíz; mas no llega á Madrid hasta el 4 de enero, y antes de la instalacion de las Córtes y la Rejencia en la capital.

Temerosa la Córte de Valencey del malísimo concepto que merece á la nacion el duque de San Cárlos, pues corren contra él injuriosísimas voces, y aun suenan en los periódicos y hasta en el teatro, envia luego, con el mismo encargo, á D. José Palafox, que llega, pocos dias despues que el duque, á Madrid.

Enterada la Rejencia del objeto de aquellos viajes, envia á Fernando copia auténtica del decreto de las Córtes estraordinarias en 1.° de enero de 1811 que dice así: No se reconocerá, sino antes, por el contrario, se tendrá por nulo y de ningun valor, todo paso, tratado, convenio ú ajuste de cualquiera especie ó naturaleza que fuere, otorgado por el rey, mientras se halle en el estado de opresion y falta de libertad en que yace actualmente; pues la nacion jamás lo conceptuará árbitro, ni le rendirá obediencia, mientras no lo vea en medio de sus fieles súbditos, y en el seno de las Córtes nacionales, ó del gobierno planteado por ellas».. Acompañando esta contestacion con la carta siguiente:

SEÑOR.

«La Rejencia de los Españoles, nombrada por las Córtes estraordinarias de la nacion, ha recibido con sumo acatamiento la carta que Vuestra Majestad ha tenido á bien dirijirles por mano del duque de San Cárlos, como tambien el tratado de paz, con otros documentos que la acompañan.

«Rebosa la Rejencia de consuelo y de alborozo, al ver la firma de Vuestra Majestad, con la cual queda enterada de la salud que está gozando, en compañía de sus queridos tio y hermano, D. Antonio y D. Cárlos, infantes de España; haciéndose cargo al mismo tiempo de los hidalgos arranques de Vuestra Majestad, para con su amada patria.

«No alcanza la Rejencia á espresar, cuales son los anhelos de este pueblo magnánimo para con su rey, ni los sacrificios que ha hecho, está haciendo y seguirá renovando, hasta que vea á Vuestra Majestad restablecido en su trono de cariño y de justicia, y así tiene que ceñirse á manifestará Vuestra Majestad, el sumo afan con que está ansiando mas y mas su presencia.

Al trasladar á Vuestra Majestad el decreto supremo de las Córtes, aunque está gobernando la España en nombre de Vuestra Majestad, se desentiende absolutamente de todo reparo acerca del tratado de paz, asegurando á Vuestra Majestad, que hallará en el mismo decreto la demostracion mas auténtica de que cuantos sacrificios ha hecho la nacion por el rescate de Vuestra Majestad, no han sido infructuosos, y se congratula mas y mas por instantes, de que luego ha de rayar el dia en que goce la dicha de lograr devolver á Vuestra Majestad la autoridad rejia que le incumbe, y que está conservando en de-

pósito fiel, mientras siga durando el cautiverio dilatado de Vuestra Majestad, á quien el Señor conserve largos años para bien de la monarquía. Madrid 8 de enero de 1814. — *Luis de Borbon*, *arzobispo de Toledo*, *presidente*. — *José Luyando*, *ministro de Estado*.

La Rejencia vino á contestar en términos idénticos, á la nueva carta que le habia escrito por el conducto de D. José Palafox, añadiendo únicamente, que se debia á su Majestad el establecimiento de las Córtes, desde su cautiverio, libertando así á su pueblo, arrojando del trono de España al monstruo feroz del despotismo.

Aludia este apunte al decreto que espidió el rey desde Bayona muy reservadamente, en 1808, para la convocacion de las Córtes, y que la Rejencia se esmeraba sin duda en recordarle, por la desconfianza que le infundian allá los palaciegos, aconsejando á la Majestad el rumbo que debia seguir en su regreso á España. Se anunciaba tambien en la misma carta, que el gobierno habia nombrado un embajador estraordinario, para asistir á un congreso en que las potencias belijerantes y aliadas, iban á proporcionar la paz á la Europa entera.

Vuelven sucesivamente á Francia el duque de San Cárlos, y D. José Palafox, despues duque de Zaragoza, como portadores de las contestaciones á las cartas del rey; harto desabridos entrambos con el recibimiento que les cupo, y aun el primero airadísimo, por los desacatos que se le hicieron.

Pasa la Rejencia todo el pormenor del asunto á las Córtes, como de suma entidad en todas sus partes, con cuyo motivo anhela cerciorarse del rumbo y forma que deberá seguir, en el caso de que Napoleon, desahuciado ya de todos sus recursos, intente poner en libertad al monarca, como sonaba ya entre las jentes, y orillando luego el tratado, se amañase únicamente á retraerle de la alianza europea, y ocasionar en todos los ámbitos de la Peninsula nuevas discordias.

Antes de contestar á pregunta á todas luces tan ardua y vidriosa, las Córtes acuerdan oir el informe del Consejo de Estado; cuyo cuerpo, sin titubear un momento, fué de dictámen, que por ningun título se franquease á Fernando VII el recobro de la autoridad real, hasta despues de jurar la Constitucion en el ámbito de las Córtes; que se nombrase una diputacion, que al asomo de su Majestad, ya libre por la raya, le presentase la nueva ley fundamental, le informase del estado del pais, de sus infinitos sacrificios y de sus dilatados padecimientos; añadiendo, con relacion á los llamados Josefinos, varios encargos, mas ó menos violentos y de amarga trascendencia, segun el concepto que jeneralmente estaba mereciendo su criminal bastardía.

En vista de este dictámen y de la comunicacion recibida de la Rejencia, deliberan las Córtes reservadamente, y prorumpen por fin en el decreto, publicado en 2 de febrero, declarando, que con arreglo á la decision de las Córtes estraordinarias, el primero de enero de 1811, no se reconoceria al rey por libre, ni se le tributaria obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional prestase el juramento requerido por el artículo 173 de la Constitucion; que al asomar su Majestad por las cercanías de la raya, los jenerales que se hallasen mandando en las provincias fronterizas, lo participarian á la Rejencia, para trasladar al punto la noticia á las Córtes, con cuantas particularidades se pudiesen averiguar, acerca de la venida del monarca y de su comitiva; y en suma, todo lo que fuese dable saber sobre este punto; que la Rejencia pasaria á los jenerales cuantas instrucciones y órdenes fuesen precisas, para que, á la llegada del rey á la raya, recibiese el traslado del citado decreto del 2 de febrero, y una carta en que la Rejencia, con decoroso señorío, le enterase del estado de la nacion, y de las resoluciones tomadas por las Córtes para afianzar la independencia nacional y la libertad del monarca; que no se franquease la entrada con el rey á fuerza alguna armada; y en caso que dicha fuerza se arrojase á querer entrar con violencia por la raya, ó por las líneas de los ejércitos, fuese rechazada con arreglo á las leyes de la guerra; que si la fuerza armada, ó escolta del rey, fuese de Españoles, los jenerales en jefe observasen las instrucciones que hubiesen recibido al intento, con el objeto de hermanar los miramientos debidos á cuantos padeciesen la situacion amarga de prisioneros, con el arreglo y seguridad del Estado; que el jeneral á quien cupiese el logro de recibir al monarca, le señalase de su tropa la escolta competente á su escelsa jerarquía, tributándole los honores debidos á su real persona; que no se consintiese absolutamente estranjero alguno en el acompañamiento regio; que esta prohibicion era estensiva á cuantos Españoles hubiesen recibido de Napoleon, ó de José, empleos, sueldos ó condecoraciones, de cualquiera especie, ó hubiesen seguido á los Franceses en su retirada.

Se dejaba al tino de la Rejencia el señalamiento del rumbo que debia seguir el rey, en demanda de la capital, y quedaba autorizado el presidente, cerciorado ya de la entrada del rey en territorio español, para salirle al encuentro y acompañarle hasta la capital, con la comitiva competente; el cual presidente presentaria á su Majestad un ejem-

plar de la Constitucion, para que, enterado de su contenido, pudiese rendir, trás madura deliberacion, y á fuer de su albedrío, el solemne juramento que le estaba prescrito; y entonces el rey, encaminándose en derechura al salon de Córtes, y luego á su palacio, para recibir de manos de la Rejencia el gobierno de la monarquía, las Córtes en seguida comunicarian á la nacion novedad tan grandiosa, por medio de un decreto.

Una mayoría crecida aprueba aquella nota, estendiendo un manifiesto, que se debia publicar, esponiendo y fundando los motivos de tamaña determinacion. Los poquísimos diputados opuestos al decreto del 2 de febrero, esperanzados, tras la espulsion de los usurpadores, de dar al traste con las nuevas reformas, ansiaban devolverlo todo al estado en que se hallaba desde tiempo inmemorial. En Sevilla, en Córdova, y aun en Madrid y otros parajes, varios diputados detenidos los meses anteriores por la fiebre amarilla reinante en la isla de Leon, fraguaron juntas y celebraron conferencias con este objeto. El conde del Abisbal, residente en Córdova con licencia, terciaba tambien mas ó menos en aquellas reuniones, y siguió despues siempre relacionado con los prohombres del partido anti-reformista.

La zozobra que todavia causaban los Franceses, tropiezos que se atravesaban y la falta de un arrimo fundamental, zanjaron por entonces todo adelanto en la ejecucion de aquel plan fementido; y aun hubo diputados comprometidos en aquella tramoya, que votaron por el decreto del 2 de febrero; por cuanto, el concepto predominante en la jeneralidad, era siempre de que Napoleon habia de influir siniestramente en el ánimo del rey y de sus consejeros.

Sin embargo, aferrados mas y mas en su intento para tan pronto como variasen las circunstancias, varios diputados y otros personajes de mas ó menos entidad, se estrecharon y secretearon con el duque de San Cárlos, con determinacion resuelta de llevar adelante sus malvados proyectos. Median espresiones indiscretas y aun violentas, que patentizan el interior de los mas aferrados en su opinion, y sus demasías desbarataron el plan ideado para variar la Rejencia; pues la actual habia siempre acreditado entereza y desempeño, y en los paises estranjeros se la trataba con aprecio y aun acatamiento; como que el Austria le habia enviado un encargado de negocios, y la Prusia acababa de ajustar con ella un tratado, en 10 de enero de 1814, en el que su Majestad prusiana reconocia á Fernando VII por único y lejítimo heredero de la monarquía española, en ambos hemisferios; y la Rejencia del reino, que lo estaba representando en su ausencia y cautiverio, nombrada lejítimamente por las Córtes estraordinarias, segun la Constitucion jurada por ellas, y en seguida por la nacion entera.

En cuanto á las Córtes ordinarias, terminaron ya su lejislatura del primer año en 19 de febrero; y volviendo un tantillo atrás, diremos, que se formaron las juntas preparatorias el 20 del mismo mes, y el primero de marzo se abrió la lejislatura del segundo año, que tuvo un paradero inesperadamente lastimoso.

Mengua ya y desaparece mas y mas el poderío francés. Algunas ventajillas logra Suchet sobre el Llobregat contra los Anglo-Sicilianos y los Españoles, pero siempre su situacion va mas y mas empeorando en Cataluña. Salen los dos tercios de su caballería; diez mil infantes pasan al mediodía de la Francia, con casi toda la artillería, y el propio Suchet se va concentrando hasta el mismo Jerona y sus cercanías, con lo restante del ejército. Robert permanece en Tortosa, con poquísima jente; y Habert tiene que encerrarse en Barcelona. El español Van-Halen, despues de haber servido con Suchet, desierta; se lleva el sello del Estado mayor francés, remeda ó falsea su firma, y acarrea resultados de entidad. Por este medio se aparejan documentos, y el baron de Eroles logra así la evacuacion de las plazas de Mequinenza, Lérida y Monzon; y luego ateniéndose á la nulidad de aquellos actos, quedan las tres guarniciones prisioneras de guerra.

Menoscabado ya Suchet con tantísimo quebranto, tiene todavía que enviar otros diez mil hombres á Francia, y entonces le es fuerza ir agolpando las reliquias de su ejército, bajo la artillería de Figueras; y despues de volar varias fortificaciones por diversos pueblos, desmantela Jerona, y allanándose por último con toda su altanería violenta á negociaciones harto humildes, se le franquea el paso, y por fin toda la francesada huyendo, despues de siete años de posesion siempre batallada, tramonta el Pirineo. Pero este grande asunto se tratará en el capítulo siguiente.

Como quiera, los aliados se ponen en movimiento; se incorpora el siempre gallardo Freire, queda Bayona cercada, se traba reñida batalla, la pierden los Franceses, y Sult se retira hácia el Pirineo, despues de haber ocupado á Orthéz.

Pasan los aliados el Adur junto á su embocadura, y luego avanzan con denuedo, y estando ya Burdeos indefenso, envia Wellington por aquella parte con tres divisiones á Beresford, para que acompañe al duque de Angulema, y el 12 de marzo el príncipe y el mariscal inglés, se posesionan de la antigua capital de la Guiena, al eco de mil vivas por parte de la parcialidad de los Borbones, y de otros que por disimulo ú por interés les acompañan.

CAPITULO CENTÉSIMONONO.

Pérdida enorme de los Franceses en España. — Quebranto mortal de estos mismos. — Resultas de la invasion enemiga para nuestras posesiones ultramarinas. — Caracas. — Méjico y sus inmensas dependencias. — Cartajena y Costa Firme. — Paraguay. — Buenos Aires. — El Perú. — Chile. — Trastorno y desenfreno jeneral. — Insubsistencia perpetua de los nuevos gobiernos. — Venganzas. — Estremos. — Opresion incesante. — Vuelco total de industria, artes, prosperidad, costumbres. — No hay paradero. — Por cada dia nuevos vaivenes mas ó menos sangrientos y esterminadores. — No hay consuelo en la perspectiva de lo venidero. — Se habla ya de restablecimiento del sistema, ó dependencia, anterior. — Existencia de Bonaparte perniciosísisma para la Humanidad.

1814 Y SIGUIENTES.

Por los rejistros, ó apuntes diarios y puntualísimos del párroco de Irun, y luego por noticias positivas pertenecientes á los tránsitos de Cataluña y Aragon; del balance de entradas y salidas de enemigos, resulta, que la pérdida de los Franceses en España por los cinco ú seis años de guerra, llamada de independencia, asciende á mas de trescientos mil hombres, suma en verdad pavorosa, pero positiva é innegablemente cierta.

No asciende quizás á tanto la pérdida de nuestra parte, aunque solo en el segundo sitio de Zaragoza consta, por listas auténticas, que vinieron á fenecer hasta cincuenta y dos mil personas; fué grande la mortandad en Jerona, en Astorga y en otras partes, y luego ascendió tambien á crecida cantidad en las acciones campales de Medellin, de Talavera, de Rioseco, etc., y así no se debe regulará menos de doscientos mil hombres, teniendo luego que añadir las resultas de la fiebre amarilla y otras dolencias; no cabiendo providenciar, en medio de la guerra, con el desahogo y seguridad que en tiempo de paz, así para disponer preservativos, curaciones y cuanto condujese á la sanidad jeneral, como para el ensanche de viajar ó disponer arbitrios mas ó menos eficaces para el intento.

Guarismo mucho mayor ha de resultar en atendiendo á las tropelías, y la pasion de ánimo jeneral que se estuvo padeciendo, ya en el acto de las violencias, ya en las resultas para el ganado mular y caballar, escasez ó carencia total de comestibles, falta de asistencias para los enfermos de hospitales y de albergues particulares, cesacion, ó por lo menos suspension, del comercio terrestre y marítimo; atraso, ú mas bien abandono, lastimoso en todas las artes que en gran manera habian prosperado, á la sombra de Cárlos III etc. etc. etc. De todas estas consideraciones resultará, que en los cinco ó seis años consabidos, fenecieron por causa de la guerra, entre advenedizos y nacionales, por lo menos un millon de hombres..... todo por saciar la ambicion frenética de un italiano llamado Bonaparte.

Ahora bien, este cómputo horroroso, viene á quedarse muy en zaga, cotejado con los daños, con el casi esterminio, padecido en las Américas, por el idéntico móvil.

En Caracas, Bolivar y comparsa, con la frívola liviandad que siempre acompaña, ó mas bien señorea, á los pechos americanos, soñaron allá perfecciones platónicas de gobierno, y trataron de ponerlas en planta repentina y amistosamente; para jugar luego á los *gobiernos*, mudándolos diariamente, con quebranto y mayor ó menor mortandad de los naturales. No mediando tan inícua guerra, ni aquellos soñadores se atrevieran á plantear sus desvaríos, ni aun cuando llegase aquel caso increible, podian prevalecer contra las fuerzas preponderantes que no podia menos de enviar ejecutivamente el gobierno, hallándose desahogado de toda atencion casera, para esterminar totalmente la rebelion á su primer asomo. Otro tanto dirémos de la Nueva Granada y de toda la Costa Firme.

Pero pasemos á otro objeto de infinitamente mayor bulto y aprecio. Con efecto, Méjico al principio de nuestra inmensa *francesada*, manifestó entrañable hermandad con España,

echando el resto de su actividad en el apronto de los auxilios, tanto pedidos como voluntarios. Vinieron diputados apreciables, y entre ellos Alaman, jóven muy despejado, mereció notable concepto; mas luego, tanto él como los demás, blasonaron de probombres en paz y en guerra, y en seguida se declararon *independientes*.

Todo es al principio algazara y prosperidad, retan á España y al orbe entero, y cuentan como los Caraqueños, opulencia, ventura y paraíso. Mas luego, desde el mas encumbrado hasta el mas ínfimo, todos aspiran al mando y al manejo de los caudales. Descuellan y alborotan hidalgos y toreros y jugadores ó reñidores de gallos; arde mas y mas la discordia; nadie se afana por la causa pública; aquella hija del gran Cortés, la ciudad mas hermosa tal vez del universo, donde los Galvez y Revillajijedo acaban de plantear precioso arreglo y activa policía, es ya un aduar de jitanos, una zahurda de haraganes, donde el vino y la hediondez compiten con la relajacion y el desenfreno de sus moradores.

Amanecen un dia con la donosa ocurrencia de nombrar un emperador, y entronizan á un tahúr de profesion, llamado Itúrbide, quien desde luego se endiosa; y todos lo idolatran á competencia. A pocos dias lo desprecian; lo insultan, lo amenazan, y tiene que ponerse en salvo á duras penas, embarcándose para Europa. Se despierta una mañana en Liorna, con la aprension de imperar nuevamente; llega á Nueva España, lo prenden y lo arcabucean.

Sobrevienen otros mandarines, como Santa Ana; los arrojan á todos; asoma Paredes, y propone y vocea que va á plantear un gobierno monárquico, á las órdenes de un infante de España; y así se trata ya de volver al ser y estado en que se hallaba, hace ya mas de treinta años, sin haber adelantado un paso por el camino ansiado, y tantas veces prometido del bienestar; antes por el contrario, tras la pérdida de vivientes, haciendas y productos, se hallan ahora mil veces mas atrasados que al principio de sus aciagas novedades; sucediendo otro tanto en Goatemala y en todas sus inmensas dependencias.

Si nos encaminamos á la América meridional, tropezamos con la linda ciudad de la Asuncion, capital del Paraguay, que empezaba á prosperar con alguna brillantez, hecha ya un muladar en manos de cuatro alborotadores que alternativamente la tiranizan, y siempre asolando.

Vamos ahora al precioso Buenos Aires, donde se vivia opíparamente, y por decirlo así de balde, respirando el ambiente de Cádiz, pues viene á disfrutar el mismo clima.

Ya llegan los Ingleses, ya triunfan, ya gobiernan y se apoderan de todo. Despechados los naturales, vuelven por fin en sí, arrojan á sus desangradores, entablan, vuelcan, rehacen, mudan y ensalzan y abaten á cientos y á miles los gobiernos, y por último paran en manos de un forajido, en las garras de un tigre, devorador de vidas, haciendas, y hasta de la posibilidad de quedar en el pais el menor asomo de civilizacion y de viviente humano.

El Perú, suena todavía en la historia y centellea en la fantasía el suntuosísimo templo del Sol, con la adoracion que en sublime poesía tributaban al astro animador del universo las Coyas, ó princesas de la sangre real de los Incas. Así los valientes Pizarros trataran con mas pundonor y humanidad, no solo á los Incas de condicion esencialmente apreciables, sino á los mismos vasallos, de índole tambien blanda y candorosa. Prosperó sin embargo el país; mas como despues se trató tal vez con escesivo rigor á los cómplices en la causa del Inca Tupac Amaru, quedaron semillas de rebelion, y los ánimos permanecieron propensos á sacudir el yugo, tan pronto como se rodease coyuntura favorable.

Como quiera, ya es muy notorio que los trastornadores de profesion en las Américas, tanto del norte como del mediodía, fueron, son y serán principalmente los criollos, por lo jeneral haraganes, viciosos y presumidos, creyéndose el que menos un Hernan Cortés en la guerra; y un Salomon en la ciencia gubernativa. Cunde con efecto la chispa eléctrica encendida por los Ingleses en Buenos Aires, y llega al Perú con la misma furia que en su arranque, á las orillas del inmenso rio de la Plata.

Se conmueve pues el Perú; plantea en Lima su gobierno, y en seguida se apodera de los caudales existentes y venideros del Potosí, con cuantos productos pueden los mandarines haber á las manos. Dan á los jefes supremos, ya el dictado de presidentes, ya de jeneralísimos, de directores, etc, y luego entablan, como en los demás puntos, la linterna májica de variar de empleados y de sistema, ó mas bien de laberinto y egoismo, apropiándose cada cual cuanto le viene á la mano, y abominando siempre de los vireyes y de todos los Españoles.

Con este motivo anticiparémos un hecho, algun tanto posterior, pero muy conducente para poner de manifiesto las arbitrariedades y desafueros del país en todos sus vaivenes y desvaríos.

D. José Lamar, Limeño, sirvió de ayudante en el rejimiento de infantería de Saboya. Desde luego se hizo en estremo apreciable, como militar, como amigo y como sociable y espresivo, particularmente con las damas. Vino la francesada, se aumentó el armamento nacional, tuvo á su cargo una columna, cuyo mando desempe-

ñó á satisfaccion de sus jefes y de sus compañeros; y en medio de aquel auje, en su ya brillante carrera, sabe lo ocurrido en el Perú; se le apodera el flujo americano; se embarca, llega, lo aclaman y ensalzan, y por último lo nombran director, ó jefe supremo.

Se halla en esta escelsa jerarquía, cuando asoman los sucesos memorables de Ayacucho y demás, que acarrean la evacuacion del país por nuestra oficialidad. En esto va un coronel de injenieros á despedirse para España, por ser amigo antiguo de Lamar, quien desde luego le dice lo mucho que le envidia el viaje. — ¿Pues no se halla Vd. con las ínfulas de todo un soberano? le dijo el injeniero. — Más quisiera yo, le replica Lamar, mi empleito de ayudante en Saboya, que todas estas grandezas y timbres que está Vd. viendo.

Con efecto, despues de algun tiempo se supo que la oleada frenética lo habia depuesto, encausado y conducido al cadalso.

Siguiendo ahora nuestra reseña, el pacífico y venturoso Chile, cuya descripcion hice ya en uno de los capítulos anteriores, sigue tambien el torrente, lo muda y remuda todo, como los demás paises, y si continúa prosperando en su interior, es tan solo por la pujanza y beneficio natural de su incomparable suelo; pues en la parte política ó gubernativa, adolece de los mismos quebrantos y tropelías que los demás países, apeándose ciega y desatinadamente del goce de su paraíso al cenagal de la torpeza y el desenfreno. Hasta los heróicos Araucanos quieren terciar, á su modo, en el desvarío jeneral de todo aquel desventurado continente, por engolfarse á ciegas en el raudal de las engañosas y fatalísimas novedades.

En suma, por espacio ya de treinta años, desde el Cabo de Hornos, hasta el confin septentrional de la California, en una línea de dos mil leguas, todo es vaiven, todo es pelea, todo sangre y todo desventura. La bárbara anarquía aclama hoy desenfrenadamente a quien ha de asesinar mañana con la misma saña; las teas de la Discordia infernal, retratada tan al vivo en el gran Virjilio, son fútiles pavesas para las antorchas ó hachones que está ahora la misma Furia tremolando de estremo á estremo de las Américas.

Con efecto, la batería, el incendio, el volcan está tomando por cada dia, á raudales, ó mas bien á riadas, vivísimo fuego, quedándose siempre, en los cortos intermedios de sosiego, en el disparador, con ademan de abrasar el orbe. Largos millares de víctimas yacen ya en la huesa, y otros muchos mas han de fenecer todavía, segun la carrera redoblada que está llevando el azote.... Y ahora pregunta el historiador: ¿A quién se debe tan funesto y pavoroso estrago?... ¿A quién puede y debe achacarse, sino al llamado libertador ó ilustrador del jénero humano? Si Bonaparte dejase en paz la España, en paz estuvieran las Américas; pero vivieran y prosperaran aquellas rejiones bajo la lejislacion mas paternal que promulgó y planteó gobierno alguno sobre la tierra.

Resulta por fin demostrablemente, que la existencia del endiosado Isleño, ha sido tal vez mas perniciosa, en el conjunto de sus circunstancias y consecuencias, para la desvalida humanidad, que la ferocidad de todos aquellos mónstruos tiznados para siempre en la Historia, Tamerlan, Jenjiskan y demás asoladores del Asia; esto es, de la parte mas populosa del orbe entero.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMO.

Venida de Fernando VII á España. — Rumbo sesgo, sospechoso y amenazador, en su ida á la capital. — Prision repentina y bárbara de diputados, ministros y rejentes. — Argüelles, Muñoz Torrero, Martinez de la Rosa etc. — Conduccion arbitraria, y sin asomo de sumaria á los presidios de Africa. — Nombramiento de nuevo ministerio. — Tropelías. — Asombro jeneral. — Aplausos, y demostraciones placenteras de la plebe. — Huida de los sujetos mas apreciables. — Ufanía de los fanáticos y serviles. — Insultos públicos á los escritores mas eminentes. — Hacienda. — Garay.

1814.

Acosado Napoleon por mil puntos, espide pasaporte á los príncipes españoles, franqueándoles la salida de Valencey, desentendiéndose del menosprecio de la Rejencia con el tratado que

le presentó el duque de San Cárlos. Fernando envia por delante al mariscal de campo D. José Zayas, quien sale de Valencey, el 20 de marzo con una carta para la Rejencia, y órden terminante para disponer el recibimiento de Su Majestad en Madrid. Se hacia mencion, en su contenido, de las Córtes y de sus actos, dando á entender que se aprobaria lo hecho como ya ejecutado, espresando, que el rey estaba pronto á ratificar cuanto fuera conducente al bienestar de los reinos en jeneral; y así leida la carta en el Congreso, prorumpe todo, acompañándole la crecida concurrencia, en ímpetus y espresiones de gozo y entusiasmo; publicándose luego un decreto en manifestacion del sumo y jeneroso regocijo.

Sale Fernando de Valencey el 13, en compañía de los dos infantes D. Antonio y D. Cárlos, con los demás individuos de su comitiva, viajando con el nombre de conde de Barcelona. Suchet lo recibe en Perpiñan el 19, y deteniéndole un tanto para obsequiarlo, le franquea luego el paso.

Por fin el 22 de marzo de 1814, pisa Fernando el territorio español, despues de cerca de seis años de riguroso cautiverio. El 24 el jeneral D. Francisco de Copons, jefe del ejército primero, se adelanta á recibirle en la orilla derecha del Fluviá, y le entrega un pliego sellado, que le envia la Rejencia del reino, y en el cual habia una carta, donde se manifestaba al rey el estado de la nacion; y el 26 D. Cárlos, quedado en rehenes con Suchet, acude á incorporarse con su hermano y su tio en Jerona.

Se desentiende Copons de cumplir el compromiso del rey relativo á las guarniciones francesas de las plazas, sino con anuencia de los aliados; pues con efecto permanecen todavía algunas, á pesar de que mas arriba, por despejar el contesto de la historia, se dieron ya todas por llegadas á Francia. Media un decreto de las Córtes sobre la materia, y así Fernando, con su habitual disimulo, aparenta conformarse con aquella disposicion.

El 24 escribe á la Rejencia una carta ambigua, sin tildar lo pasado, ni comprometerse para lo venidero; y sin embargo, las Córtes y la Rejencia, se abstienen de todo asomo de incomodidad ó desagrado, antes bien acuerdan un decreto mandando se levante un monumento grandioso, en el mismo sitio de la derecha del Fluviá, donde se verifica aquel primer encuentro, en memoria de cuanto acaba de ocurrir allí, al primer asomo de Su Majestad. Tratan luego de la dotacion de la familia real, fijándola en cuarenta millones de reales al año, y disponiendo la anticipacion de un tercio, para los desembolsos que pudiera acarrear el regreso del rey. Se asignaron á cada infante, D. Antonio y D. Cárlos, ciento y cincuenta mil ducados á cada uno, pagaderos por la tesorería jeneral. Mas no suena el infante D. Francisco, hallándose con sus padres, de quienes nadie hizo mencion.

Tanto el rey como los infantes, por el pronto, cumplen lo dispuesto por la Rejencia; pero en Lérida, el obispo, el marqués de Lazán y otros personajes empiezan á torcer el ánimo del monarca, y en Zaragoza lo vuelcan por entero. Se va dilatando el viaje, á título de presenciar los estragos de la metralla hasta en el mismo interior de la ciudad, y las ruinas horrorosas de varios puntos mas ó menos principales; y por último, en vez de seguir su rumbo en derechura, aparentando ceder á las instancias del ayuntamiento y la nobleza principal de Valencia, se encamina pausadamente hácia aquella ciudad.

Llegado allí, el capitan jeneral D. Javier Elío, repite los embates de la pandilla servil, y se brinda á sentar al rey en su trono, desentendiéndose de Córtes, de Rejencia, de promesas y de disimulos. No tuvo que mediar suma persuasion, para granjearse la voluntad del monarca, ya de suyo inclinado al despotismo, y allí se fragua arrebatadamente el memorable decreto del 4 de mayo, derribando la Constitucion por los cimientos, y ofreciendo juntar otras Córtes que jamás vinieron á reunirse, mirando sus compromisos con indiferencia ó menosprecio, y aun tal vez con escarnio.

Es de advertir, que ya antes por el camino se habian celebrado juntas de varios personajes, y en una de ellas, el conde del Montijo, con otros muchos, aconsejó al rey que por ningun título jurase la Constitucion; y D. José Palafox fué el único que se opuso á este dictámen, tildándolo de temerario y aun perniciosísimo; y así Elío, halló el ánimo de Fernando predispuesto para su intento; y luego va adelantando tropas por toda la Mancha, hasta el mismo Aranjuez.

Entretanto el conde del Montijo corre á Madrid, para indagar los pasos del partido liberal, é inclinar al pueblo á seguir el albedrío del rey. Fernando, no obstante, la semana anterior, al pasar por Teruel, habia celebrado con repetido aplauso, los varios emblemas, poesías y elogios relativos al nuevo sistema con que lo habia solemnizado aquel ayuntamiento en su tránsito.

Como quiera, llegan á Valencia los duques de Frias, Infantado y Osuna y D. Pedro Labrador, y celebran una especie de consejo, sobre el punto gravísimo de inclinar al rey á jurar ó nó la Constitucion, defendiéndola siempre D. José Palafox. Sale entonces Elío á recibir al rey, prorumpe en quejas amargas contra el gobierno actual, y el 16 de abril se fragua el decreto que se ha dicho, presentado por Lardizabal á Fernando

recien llegado y recibido con estraordinario júbilo y aplauso por todo el vecindario. Se aparece luego el cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo y presidente de la Rejencia, quien no se aviene á besar la mano al rey, hasta que medie un mandato terminante.

Fernando se muestra airadísimo; y como Elio dispone que toda la oficialidad de su ejército jure sostener en la pleuitud de sus derechos al monarca, este antes de salir para la Mancha, empieza ya á ejercer su soberanía, desentendiéndose de las resoluciones y protestas de las Córtes.

Estos hechos escandalosos se dan la mano con los amaños y vilezas que se traman luego y se ejecutan en Madrid, para comprometer á un crecido número de diputados en la vil f lonía de pedir por sí mismos la abolicion de las Córtes. Encabeza aquel partido el cordovés D. Bernardo Mozo Rosales, quien se apandilla con varios compañeros, para dedicar al rey una representacion, con aquel objeto malvado. Su fecha era del 12 de abril, y contenia en compendio cuanto habia sucedido en España desde el año de 1808, luego un panejírico de la monarquía absoluta, orillando, por supuesto, hasta el asomo de la mencion del duque de Lerma, del conde-duque de Olivares y de Godoy, acarreadores de todas las plagas de Ejipto á la nacion, como compañeras perpetuas del despotismo; y por fin era el paradero pedir una nueva convocacion de Córtes á la usanza antigua, con estamentos, que siempre se mostraron vendidos en Castilla á la arbitrariedad de los monarcas. En suma, el blanco de la representacion era retraer al rey de acceder á la nueva Constitucion, y por consiguiente á cuantas reformas se habian estado decretando en Cádiz. Como quiera, Rosales carga con su manuscrito, firmado por sesenta y nueve vocales (1) y se encamina á Valencia.

Permanecen los diputados liberales en profundo sosiego; pasean, hablan, rien y frecuentan los teatros, sin que las infaustas y repetidas nuevas que llegan de Valencia les apeen un punto de su arraigado embeleso, hecho cada cual un Zenon, el caudillo de los estóicos. Ni providencian, ni se precaven, ni manifiestan el menor asomo de zozobra, contentándose con escribir al rey dos cartas que, no merecen el menor ápice de contestacion, embargados únicamente en el aparato y ceremonial para recibir al monarca, y solemnizar la supuesta *jura* en el salon de Córtes.

(1) Se apellidaron los Persas, por cuanto aquel *disparatorio* iba encabezado con la ridiculez siguiente: *Era costumbre antigua entre los Persas;* y lo demás era un descabellado como este principio.

Sus enemigos, por el contrario, se aunan, se juntan, se estrechan y disponen su batería, con tanta reserva como actividad (1). El frívolo leguleyo Rosales, antes de su salida para Valencia, dejó, por decirlo así, la mina cargada, para luego avivar su esplosion y redoblar su estrago, con las proporciones que se fuesen rodeando.

La situacion ventajosísima de nuestras armas franqueaba seguridad para vincularse en materias políticas, y soltar cada cual plenamente la rienda á sus opiniones, ó sus deseos.

Todo salteador suele mostrarse dadivoso de sus presas mas envidiables; y así Bonaparte, dueño de Valencia, regaló á su mariscal Suchet la riquísima Albufera, para colmarle y rellenarle su enorme gabeta, ó mas bien, sus innumerables cofres. Allá se queda para siempre la finca preciosísima, pero el tesoro tramonta el Pirineo con su esmerado hacinador.

Con efecto, sale de España Suchet con su ejército, á primeros de abril, y está ya negociando el rescate de sus varias guarniciones, en Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Venasque y Peñíscola, destituidas ya de todo arrimo, y desahuciadas de socorro alguno. Entretanto los aliados, despues de padecer un quebranto de consideracion en el sitio de Bayona, se adelantan mas y mas, y encuentran á Sult, muy atrincherado á la espalda de Tolosa, y lo atacan denodadamente.

Allí campea la gallardía del jeneral D Manuel Freire, brillantísimo oficial de caballería. A la vista del enemigo, se apea, desenvaina el sa-

(1) El albergue de esta sinagoga, la guarida de sus *encerronas*, era la casa del fanático pero instruidísimo D. Joaquin Palacín, diputado por Aragon y auditor de Rota, que vivia en la calle de las Fuentes, segundo piso; retrayéndose muy al interior de la vivienda en una sala capaz y sumamente reservada.

El alma del conciliábulo era Rosales; mas no hizo falta su brevísima ausencia, pues le suplia de sobras el famoso D. Jerónimo Castillon, por entonces maestre-escuelas de la universidad de Huesca, y luego obispo de Tarazona é Inquisidor jeneral, quien vivia con Palacín. Los concurrentes diarios desde las ocho de la noche adelante eran de veinte á veinte y dos, pues los otros cuarenta ó mas, acudian puntualmente á las comisiones, y jeneralmente se avenian alevosamente á las doctrinas del liberalismo, ya sentenciado todo á muerte; y en el Sanhedrin judáico se fraguó, se estendió, retocó y acicaló el chapuz, ó aborto, llamado comunmente la representacion persa. Presenció todas estas interioridades, quien visitaba á Castillon, por haberlo conocido mucho antes en su pueblo y avisó por mayor á los interesados; pero fué como el sermon de José Botella, en Logroño, esto es, *sin fruto*.

ble, y encabeza con sus ayudantes la infantería española; redobla luego el paso, se traba la pelea, y despues de algunos trances mas ó menos empeñados y siempre sangrientísimos, queda por nosotros el campo de la batalla. Ceja enteramente Sult, y al dia siguiente capitula, entrando los aliados, con ínfulas de vencedores en Tolosa.

Suchet capitula tambien, juntamente con Sult, el 18 y 19 de abríl, habiendo ya recibido la noticia positiva del apeamiento de Bonaparte, reducido á tener que ir prisionero para siempre a la isla de Elba, sobre la costa de Toscana.

Con este desahogo por parte del enemigo, hierven las tramas en Valencia, y arden las venganzas, sin que haya mediado la ofensa. Se agolpan, se redoblan los amaños y las reuniones reservadas, ó mas bien, ya harto sabidas y patentes, sin terciar jamás el menor individuo tildado de liberal, ó inclinado á novedades. Se indispone algun tanto el rey, ó se pretesta aquel motivo, para dilatar el viaje, y entretanto se va providenciando lo conducente para el ideado intento.

Se dispone el avance de tropas cohechadas, ó bien propensas ó vendidas al absoluto albedrío de los apóstatas. Se adelantan con efecto á las órdenes de Withingan, jeneral de la caballería en Aragon, tenia órden terminante del rey para acompañarle en el viaje. Asoma Withingan por Guadalajara, y preguntándole de oficio la Rejencia, cuál es el motivo de aquella venida inesperada, contesta, que está obedeciendo á una órden del mismo rey, comunicada por el jeneral Elío.

Aparatado todo para el ideado trance, sale el rey de Valencia el 5 de mayo, llevando consigo á los infantes D. Antonio y D. Cárlos, escoltado por toda una division del ejército del citado Elío, mandando al mismo tiempo terminantemente al cardenal de Borbon, que regrese en derechura á Madrid.

Entusiasmo, bullicio, cantares, danzas y todo jénero de estremos imponderables reinan en la marcha; pero alteran y aguan el regocijo las demasías de la soldadesca, que atosiga y atropella al paisanaje, precisándole mas y mas, á que alborote, clame y se dispare contra las Córtes, arrastrando la lápida de la Constitucion, colocada, por disposicion de los decretos de Cádiz, en la plaza principal de cada pueblo.

Sabedor el Congreso de la aproximacion del rey á Madrid, se junta, prorumpe en espresiones y en propuestas violentísimas, y por fin acuerda enviar una diputacion de su mismo seno, para recibirle y obsequiarle. Se compone la diputacion de seis individuos, presididos por el obispo de Urjel; sale, encuentra al rey en la Mancha, en medio de la carretera; ceja hasta el primer pueblo; se presenta; no logra audiencia, mandándole el rey que le espere en Aranjuez.

En Madrid, la noche del 10 al 11 de mayo, en virtud de mandato del rey, prenden á los dos rejentes D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar, á los ministros Alvarez Guerra y García Herreros, á los diputados Muñoz-Torrero, Argüelles, Martinez de la Rosa, Oliveros, Cepero, Canga-Argüelles, Larrazabal, Arispe, Villanueva, Calatrava, Gutierrez de Teran, Capaz, al esclarecido escritor Quintana, al conde de Noblejas y á otros muchos. Encerraron á varios en el cuartel de Guardias, á otros en diversas cárceles, y algunos fueron á parar por el pronto á mazmorras lóbregas y hediondas.

El principal sayon, ó ejecutor de tan horrenda atrocidad, fué el Alcalde de Corte y despues consejero de Castilla, Villela, hombre inhumano, y tildado de tal, desde que fué gobernador de la sala del crímen en la Chancillería de Granada.

En la misma noche, el jeneral Eguía, nombrado capitan jeneral de Castilla la Nueva, quien habia ya dispuesto las prisiones sobredichas, se va en busca del presidente de las Córtes, y le notifica que estaban disueltas, sin que el notificado le dé contestacion alguna.

En la madrugada del 11, el populacho desencaja la lápida de la Constitucion, la arrastra, descollando y voceando mueras el mujeriego mas soez é infame de los barrios estremos del recinto; amagando venganzas, asesinatos, y por supuesto saqueos, á los liberales.

Asoman al mismo tiempo grandiosos carteles por las esquinas, con el ya referido y para siempre memorable decreto del 4 de mayo en Valencia, por el cual el monarca declara terminantemente, que no ha de jurar la Constitucion, desaprobando desde luego todas sus jestiones, asegurando, al mismo tiempo, que aborrece de muerte al despotismo, y que va á juntar Córtes lejítimas para afianzar sólida y duraderamente la libertad individual, como tambien la franquicia y desahogo de la imprenta; ciñéndola sin embargo á los límites de la sana razon.

Poco antes las Córtes, sabedoras del decreto de Valencia, habian declarado, que muy lejos de disolverse, opondrían, si fuese preciso, toda resistencia á la ejecucion de providencia tan ilegal. Mas ¿á qué medios podian recurrir? Prestigio y embeleso májico lleva consigo el nombre de Fernando, y por de contado no hay que acudir al ejército. El que se titulaba primero, permanece leal á las Córtes, manteniéndose meramente pasivo; y el llamado segundo, se declara sin rebozo contra ellas. En el de Andalucía, su caudillo Abisbal, desempeña jeneralmente dos

papeles encontrados. En el tercer ejército hubo una conjuracion contra el príncipe de Anglona, por conceptuarlo propenso al sistema nuevo; y aunque en el cuarto, la oficialidad subalterna era por lo mas constitucional, no se propasaron á movimiento alguno, por uno ni otro partido.

Entra el rey en Madrid el 13 de mayo, con grandísimo aparato de milicia por la puerta de Atocha, atraviesa el paseo del Prado al redoble de vivas y aplausos, y llega tambien el mismo dia por la puerta de Alcalá, el duque de Wellington; y aunque manifestó al rey su opinion, en cuanto á las novedades políticas del dia, ninguna mella causó en el ánimo empedernido del oyente.

Siguen las tropelías, y el apuro de los perseguidores implacables consiste principalmente en el afan de encausar á los presos, sin saber por dónde encabezar el primer renglon de algun asomo de sumaria. Con efecto, el estremeño Muñoz-Torrero, además de su gran sabiduría, es la santidad misma; otro tanto sucede con Larrazabal, diputado por Goatemala; nadie ha oido hablar de ruindad, vileza ó desafuero en Argüelles, Martinez de la Rosa, Cepero, etc. etc.; y sin embargo, se trata de imponerles, cuando menos, presidio perpetuo, en Africa, Filipinas, ó en una isla desierta.

Entretanto se van evacuando las plazas ocupadas por franceses, y que se debian volver á sus dueños segun el convenio del 18 y 19 de abríl; y así los ámbitos de toda la Península vienen á quedar por último desemponzoñados de toda presencia enemiga; y España declara su adhesion al tratado que habian concluido los aliados con la Francia en 30 de mayo, con fecha 20 de julio.

El rey, desde primeros de mayo, formó su ministerio; y aunque lo varió luego algun tanto, lo encabezó siempre por entonces con el duque de San Cárlos, continuando con él mas y mas, el sistema de persecucion implacable contra la inocencia, mas ó menos anjelical, de los diputados; redoblando los ímpetus sangrientos contra todo asomo de innovacion.

Recobra Fernando su potestad absoluta; desaparecieron las Cortes, y su Constitucion de Cádiz vuela con ellas. La España de 1814 es idéntica con la de 1807; y pasando en todas sus partes bajo el dominio del monarca y del clero, yace en la nada.

Los diversos cuerpos que constituian el gobierno y la majistratura superior en 1808, quedan ahora repuestos.

Entre las reformas planteadas por el intruso, á bulto y aun á ciegas, y tal vez algunas de las dispuestas por las mismas Córtes con mas tino y miramiento, las habia tal vez violentas ó atropelladas, y desde luego opuestas al sistema antiguo y recien restablecido; mas la mayor parte eran, por el contrario, acertadas, y que debieron á todo trance conservarse; pero no se detiene el rey á entresacarlas, y ajeno de toda consideracion en punto á su esencia, se atiene únicamente á su oríjen; esto es, á sus autores, y allá van todas al través de una plumada, las provechosas y las perjudiciales, las justas y fundadas, las arbitrarias y caprichosas.

El Estado, exhausto y exánime, halla en las fincas, jeneralmente pingües, de las comunidades religiosas, y en particular de los riquísimos é infructuosos monasterios, un recurso inmenso, y á su arrimo y posesion, en su mano tenia descargar al desangrado pueblo de impuestos gravosos y aun intolerables; y jamás se habia rodeado coyuntura tan favorable, para ceñir y arreglar aquellas posesiones y riquezas exorbitantes á una pauta juiciosa, haciendo que el sobrante redundase en provecho y prosperidad floreciente de la nacion entera.

Se pudiera haber continuado aquel arranque de reforma pausada, entablado ya en el reinado de Cárlos IV, mediante una bula del papa, solicitada y obtenida al intento. En ninguno de estos puntos se paró la consideracion. Se devolvieron ejecutivamente á los conventos y monasterios sus inmensos bienes; y luego una cédula, ó mas bien pragmática, restableció el tribunal horrendo de la Inquisicion (1), devolviéndole tambien sus rentas y regalías, y alegando que sus volcadores ó reformistas, lo habian denigrado y destruido; por cuanto aquel sagrado instituto se oponia directa y eficazmente á las miras y planes inícuos de los nuevos gobernantes. Se estaba ya aparatando el regreso de los jesuitas, devolviéndoles igualmente cuantos bienes les habian pertenecido, hasta su espulsion en el siglo anterior.

Reempozóse de intento la administracion pública en el mismo laberinto de donde tantos ministros intelijentes, y en particular el grande Ensenada, lo habian querido desemboscar. En vez de la atinada division territorial en provincias, mas ó menos proporcionadas, reaparecieron aquellos reinos antiguos, por lo mas enormes y descompasados, gobernados por capitanes jenerales con incumbencias militares, civiles y gubernativas; y en fin se encumbraron nuevamente aquellos consejos anticuados de Castilla, Ordenes, Indias, Hacienda, Marina y Guerra,

(1) Muchos y muy graves personajes, decia el aborto de la cédula, pragmática ó lo que fuere, me han pedido *repetida y ahincadamente*, que restablezca el *santo Tribunal etc.*

con autoridad independiente del ministerio; establecimientos añejos, y por costumbre ó por tradicion, enemiguísimos de toda novedad y de toda mejora.

A la sombra ó arrimo de Fernando, se plantea aquella famosa *camarilla*, encabezada por un embajador ruso, y careciendo y aun abominando de todo sistema, no podia menos de acarrear un sin número de trastornos perniciosos y de venganzas inícuas. Al volcar cuanto la revolucion habia proporcionado para hermanar y fomentar los diversos ramos y provincias mal enlazadas de España, se desenfrenaba ferozmente contra todos los que habian profesado diferentes doctrinas y caminado por diversos rumbos. Hasta diez mil Españoles se habian descarriado; siguiendo las banderas del enemigo, y todos sin distincion de pasos ó de conducta, quedan desterrados para siempre, con todos sus bienes secuestrados sin apelacion.

Los individuos de Rejencia, Córtes ó Ministerio, cuantos han intervenido en la redaccion del nuevo sistema, cuantos lo han aclamado ú engrandecido de palabra ó por escrito, allá van todos en globo á presidios, mazmorras y aun se trata de cadalsos, como reos de estado, ú mas bien como sangrientos forajidos; sin usar jamas el monarca de su prerogativa réjia, esto es, sin aplicar su indulto en favor de los supuestos criminales (1).

A los dos años de estar ejerciendo el rey su omnímodo poderío, siguen los presidios, las mazmorras y toda clase de encierros, rebosando de supuestos reos, sin que asome jamás la causa fundamental, el cuerpo del delito, y aun salen, de cuando en cuando, remesas varias de proscritos, alcanzando á veces á los mismos gobernantes actuales, y engolfados antes en las tramoyas y maldades públicas ó secretas de Valencia.

Tamaño desconcierto no podia menos de trascender al ramo fundamental de la Hacienda y sus dependencias, mas no cabe despejar aquella lobreguez de órdenes y contraórdenes en un mismo dia y casi en el propio instante.

Al cesar las Córtes, yace el erario exhausto, y mucho mas la nacion, totalmente desangrada con tantísimo sacrificio. Se habia logrado plantear un sistema, pero luego queda orillado con horror y abominacion. Recobra el clero sus antiguos bienes; mas no cumple los compromisos que tiene hechos de antemano. Hay que acudir á cargas nuevas, cuantiosas y arbitrarias, que desde luego acarrean infinitos quebrantos sin quedar socorrido el erario. Sobre los derechos escesivos de aduana, que acaban de dar al través con el escaso comercio y atajar toda relacion con los demás paises, cesa el jiro en el interior.

Dependia la España, con el antiguo sistema, imprescindiblemente de los tesoros del Nuevo Mundo para ir cubriendo á medias sus obligaciones; y con plazos mas ó menos dilatados sostener su crédito hasta cierto punto. Mas para este logro se requeria desde luego ir avasallando aquellas rejiones ya sublevadas y victoriosas, ó en vísperas de serlo todas en breves y ejecutivos pasos; y reinar á un tiempo en Venezuela, en Chile, en el Perú, en Méjico y en otros mil puntos de aquel inmenso Continente.

Se requiere para el intento un ejército grandísimo. Para embarcarlo preciso era escuadra poderosa, y se carecia de tiempo y de caudal para plantearla. Se acudió á cuatro navíos rusos, absolutamente inservibles y carísimos, negociados por el embajador Tatichef (1). Para ajenciar algun socorro varias prendas habian de mediar, y sobre todo echar mano de sujetos pundonorosos, y así los inicuos como Eguia y Lozano de Torres, proclamadores perpetuos de antiguallas, tuvieron que admitir en su gremio al escelente D. Martin Garay, llamado el Necker español (2).

(1) Es de advertir, que recien llegado el rey á Madrid, y puesto ya en el disparador de su persecucion inaudita, los Gaditanos, siempre ufanísimos con su victoria, y mas con su Constitucion idolatrada, mirándola como hija propia, empezaron y siguieron tiznando y escarneciendo la conducta del gobierno, y apodando al monarca mismo de Bercebú, de ánjel esterminador, de hijo de la serpiente, símbolo de la ingratitud etc. etc. y el resultado de aquella descarga cerrada de baldones y desvaríos que cuajan periódicos y folletines, viene á ser el enconar mas y mas á Fernando, para ensangrentarse con furia mas implacable en su desenfreno.

(1) De los cuatro tan solo uno pudo dar la vela para ir á Lima, á donde jamás ha llegado. Se llamaba *Alejandro*, y á pesar de nombre tan campanudo, sin duda se hundió por los mares, con toda su tripulacion y pasajeros.

(2) D. Martin Garay, natural de Almunia de Bicla ó de Doña Godina, en Aragon, hijo de un coronel valiente del rejimiento de caballería de Santiago. Fué D. Martin oficial en el mismo cuerpo, se casó luego con la preciosa Señora Doña Cármen, hija del marqués de Chandia, camarista. Le dieron la contaduria de Zaragoza, pasó á otros destinos y en todos fué con el concepto incontrastable de instruido, laborioso, desinteresado y todo un caballero.

Hallábase de intendente en Estremadura al tiempo de la revolucion, y siendo ya diputado, le nombraron para la Central, cuya secretaría desempeñó con pureza, actividad y acierto hasta donde cabia, pues acaso, aunque verdaderamente instruido y eficaz,

Tiene Garay que acudir á grandísimas urjencias, á cual mas ejecutiva, y carece absolutamente de recursos; y al mismo tiempo ha de dar la cara y hacer frente á una deuda pública, de suyo enorme, y luego destituida del competente resguardo contra el apremio redoblado de sus acreedores.

El ahogo mayor consiste en los *vales*, á los que las Córtes habian logrado dar algun auje, aplicándoles los bienes de la Inquisicion, para su reintegro ú amortizacion (1). Cesando aquella hipoteca, hay que acudir á otra, que no podia menos de ser el recargo ú ocupacion de manos muertas. Por mas que los interesados lo resisten aferradamente, hay que entablar una negociacion por este rumbo con la Corte de Roma, la cual por bula de 26 de junio de 1818, accede á que por espacio de dos años, se aplique el producto de las vacantes de prebendas ó beneficios eclesiásticos de nombramiento real, como igualmente de empleos civiles y además el importe de las vacantes por seis años, en los destinos de colacion libre; todo aplicado á la estincion de la deuda.

Con este cuantioso arbitrio, el ministro se presenta y arrostra airosamente aquel cúmulo de urjencias. Los *vales* se habian reducido al pronto nada menos que al tercio de su valor nominal y un decreto real dispone entónces que se admitan los no consolidados, serán admitidos en reemplazo de los otros, por sus grados ó plazas de estincion, por medio de un sorteo. En fin en aquel mismo año se estendió un arreglo jeneral, clasificando la deuda en dos porciones, la una con el interés del cuatro por ciento, y la otra conceptuada como deuda efectiva, pero sin goce alguno.

Todo este cúmulo de arbitrios no alcanzaba á cuajar el vacío, ó contrarestar el torrente de las urjencias. Habia contado Garay con arbitrios, inutilizados mas y mas con la carencia total de comercio, y la postracion exánime de la agricultura. La mala situacion de las Américas por un empuje brioso y ejecutivo, no cupo en España, ni aun allá en las temporadas de su mayor auje. Queda por el pronto avasallado Méjico, pero siempre se azora y aparata nuevos vaivenes en su interior; se logra por fin enfrenar á los Chilenos; mas les sobrevienen otros arrebatos, y vuelven á declararse independientes. Vaivenes mas enconados está padeciendo Buenos-Aires, pero todos los partidos se aunan para la causa comun, y consiguen tambien rechazar al enemigo esterior.

La república recien alzada, con el título de Columbiana, es el teatro de una lid encarnizada, que embarga las atenciones de la Europa entera. Bolivar, de quien se habló mas arriba, es el campeon mas opuesto á Morillo, que está mereciendo cierto concepto de valor y desempeño, por sus servicios en la guerra contra los Franceses. Pelean ambos caudillos con sumo teson, sin que las alternativas mas ó menos considerables de logros ó quebrantos, los desalienten jamás un punto. Guerrean entrambos á muerte, y Morillo está de continuo acreditando su perseverancia heróica; pero Bolivar le aventaja en gran manera, por la proporcion que le cabe, teniendo todos sus recursos á la mano, para rehacerse colmadamente de todos sus desmanes, teniendo su antagonista que estar esperando meses y meses sus auxilios, que á lo mejor suelen caer en manos del enemigo.

Varios soberanos de Europa brindan con su mediacion, para atajar aquel torrente de mortandad y de esterminio: nada tiene cabida entre los consejeros de Fernando, pues no hay quien recabe de su empedernida terquedad la cesion de un ápice de cuanto poseyó en la dominacion de antaño; y para su recobro se desentienden todos del rumbo seguido por los reformadores.

Intenta Garay plantear ó renovar ciertos proyectos de entrambas lejislaturas (1), como la plan-

quizás no rayaba tan alto como requeria aquel arduo desempeño.

(1) Acosaba ya á la España en 1814 una deuda inmensa, y aun se malició que la buena fé, no habia intervenido de lleno en su liquidacion; pues en 1807 la Holanda habia hecho al ministerio de Godoy un préstamo de setenta y dos millones, en cuyo reconocimiento, se estuvo titubeando por largo tiempo; y las reclamaciones francesas, cuyo arreglo debió verificarse en virtud del convenio de 25 de abril de 1818, ocasionaron grandes dificultades y atranques entre los dos gabinetes. En fin, parece que no quedó otro arbitrio para desmoronar la mole de sus compromisos, mas que el declarar nulos para terciar en liquidacion alguna, los títulos al portador de posesion antigua ó por adquisicion, á cuantos los hubieren ya presentado al intruso, ó hubiesen logrado su reconocimiento en inscripciones, sobre el libro de aquel gobierno.

(1) Contaba Garay que en el mismo dia de su separacion habia estado dando cuenta de una porcion de espedientes, y que nunca el rey se le habia mostrado mas placentero y espresivo, brindándole con cigarros selectos, y rebosando de agrado y de todo jénero de finezas, y en aquella misma noche, á deshora, le envian una partida de caballería que lo escolte hasta su Almunia.

Despues, en desagravio, le dieron la Direccion del Canal Imperial, menoscabado ya siempre mas y mas, y en el dia casi ciego, por falta del gran Pi-

tificacion y reparto por igual de la contribucion directa, la supresion de comunidades en varias provincias y cuerpos privilejiados, la franquicia de varios puertos, y la rebaja de algunos aranceles; y Garay paga todas aquellas tentativas con su deposicion y su destierro.

ñateli. Su continuacion está detenida por causa de los hundimientos donde se sima el agua, como si no hubiese arbitrio para entablonar y calafatear algunos trechos, ó bien al desemboque al frente de Zaragoza, por el camino de San José, seguir mas y mas faldeando con el cauce al monte de Torrero; hasta llegar al terreno firme, que no estará á media legua.

Como quiera, Garay, aunque instruidísimo, no habia saludado la Hidráulica, y así tuvo que ponerse en manos de los maestros del Canal, y tolerar sus muchísimos abusos, pues aun antes del ministerio habia obtenido y desempeñado en los mismos términos aquel destino.

En fin, el honradísimo Garay falleció, casi al mismo tiempo que su digna esposa, hace ya mas de 20 años.... y la barbarie servil, poco despues, á la venida de la segunda francesada, trató de quemar su cadáver, y aventar sus cenizas.... ¡Ojalá que tan infernal atrocidad no sea cierta!

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOPRIMERO.

Antillon. — Su nacimiento, sus dotes naturales y su carrera. — Descuella desde su mocedad con la afluencia natural de su habla. — En la sociedad aragonesa. — Catedrático de Cosmografía en el Seminario de Nobles. — Acude á Cádiz. — Oidor en Mallorca. — Diputado en Cadiz. — — Su elocuencia sencilla y briosa. — Su persecucion á la llegada del rey. — Enfermo de gravedad. — Orden para prenderlo. — Certificacion de facultativos. — Suspension de su arresto. — Nuevo ahinco del gobierno para prenderle y llevarlo al castillo de la Aljafería en Zaragoza. — Se opone el Rejente de la Audiencia D. Pedro Ric. — Orden mas terminante del gobierno, para que á todo trance se le lleve. — Se ejecuta, y el enfermo espira en el camino.

VARIAS FECHAS.

Inconsolable está viendo el afanado labrador mustia y moribunda su cosecha por los ardores de la primavera, y por fin ve al mediodia un celaje que se hincha, se obscurece y anuncia el anhelado socorro que ha de alegrar y enloquecer al país, surtiéndolo del alimento necesario para el año entero..... Mas ¡ay! que la nube denegrida y ceñuda, y al pronto silenciosa y amenazadora, dispara miles de relámpagos, y un turbion de horrorosos truenos que cuajan el ambiente y luego la tierra con torrentes de granizo fiero y esteminador, que enluta por largos años los corazones palpitantes.

Llega el ansiado Fernando, por quien yacen tantos miles de heróicos Españoles en la tumba, y corresponde á los estremos de entrañable alborozo y de entusiasmo casi frenético de todos los pueblos, con decretos pavorosos de prision, destierro y tal vez matanza.

Nació D. Isidoro Antillon en Santa Olaya, pueblecillo de Aragon, en el partido de Daroca. Su familia era de la clase hidalga, que se titula en el pais de Infanzones. Estudió la gramática, ó sean las humanidades, con mas esmero del que jeneralmente se acostumbra, y luego pasando á Zaragoza, encontró por dicha la enseñanza de la universidad notablemente mejorada, con el nuevo sistema que el gobierno habia mandado seguir en todas las escuelas.

Descollaba á la sazon la sociedad Aragonesa entre todas las demás, por el afan estremado con que fomentaba las artes manuales y todos los ramos de industria popular. El móvil principal, el patricio por escelencia, entre otros varios sujetos recomendables, es un Hernandez Larea, como se dijo anteriormente, quien desde luego se prenda del mozo Antillon, y lo alista entre los Socios de mérito.

El vocal barbilampiño se entera al golpe de los asuntos, y da su voto en todas materias, con un tino, un despejo y una afluencia que en todas las sesiones embelesa á los concurrentes; y desde aquel punto se habilita y aparata aventajadamente, para luego sobresalir en otro teatro

mas grandioso y trascendental, con pasmo de la Europa entera.

Venido á Madrid, hace oposicion á la cátedra de Cosmografía en el Seminario de Nobles, y se la confieren, sin conocida competencia. Forma luego en su ramo un curso de nueva planta, y publica un tratado de Jeografía de España, arreglado matemáticamente á lo que se llama proyecciones astronómicas, lo que jamás se habia practicado, ni aun ensayado entre nosotros.

Declarada la revolucion y arrinconado el gobierno en Cádiz, acude allá, al par de otros muchos Españoles, y le dan una toga para Mallorca, donde cumple las obligaciones de su cargo, con tal equidad y desempeño, que á las primeras elecciones que sobrevienen le nombran diputado por aquella isla.

Desde las primeras sesiones manifiesta aventajadamente su ardor y su afluencia, pues apenas prorumpe en su predilecto *Me opongo*, etc. de allá sale á borbotones el raudal que arrolla las apocadas ó fementidas opiniones del trémulo servilismo; y así se acarrea el encono mas implacable, y aun infernal, de todo aquel alevoso partido. Sigue siempre triunfando y prevaleciendo en el salon y en las comisiones, y por último se viene como todos á Madrid con el gobierno.

Pero se acongojan en el alma los amigos, al verle tan menoscabado en su salud; en una palabra, tan achacoso y aun enfermo. Se marcha á su país, y el ambiente de la serranía de Daroca, y las aguas mas ó menos puras ó específicas lo restablecen, hasta cierto punto.

Pero á pesar de aquella convalecencia fementida, adolece de nuevo, y se agrava, causando mortal pesadumbre al enjambre de amigos que se interesan entrañablemente en su mejoría. Insta el gobierno para su arresto y conduccion á Zaragoza; pero sobreviene el fenómeno, de que D. Pedro María Ric, Rejente de la Audiencia de Aragon, siendo un ente preocupado y servilísimo, abriga un corazon humano (1) y pundonoroso; en fin, es todo un caballero; y constándole el estado de peligro en que se halla el reo, lo informa así á la Superioridad eficazmente; amaina por el pronto la tormenta y se suspende la ejecucion del mandato.

Mas luego insiste el gobierno en su tema, y aunque van y vienen órdenes y contestaciones por algunos correos, al fin llega el decreto de que, prescindiendo de la situacion del individuo, se proceda con él á lo mandado. Así lo dispone Ric, contra toda su inclinacion, y pasa la órden terminante y ejecutiva á la justicia del pueblo donde se halla, para su prontísimo cumplimiento. El alcalde va en busca del enfermo y lo halla moribundo, dispone una informacion jurídica de facultativos y testigos, y la remite á Zaragoza, y entonces el Rejente la pasa al gobierno; añadiendo por su parte, lo muy cerciorado que está de la realidad incontrastable de aquel caso.

Insiste, sin embargo, la Superioridad en su empeño, cerrando absolutamente la puerta á toda dificultad y á toda demora, y entonces Ric envia una partida de miñones para poner en ejecucion lo mandado, en todas sus partes. Llegan los conductores, arrebatan á viva fuerza de su lecho al paciente, ya cadavérico, le encajonan en un carruaje, y teniendo que pasar por su pueblo de Santa Olaya, no bien atraviesa el umbral de su propia casa, cuando espira.

Se formaliza un auto ú espediente sobre aquella novedad, lo recibe Ric, lo envia á Madrid, y queda terminado el asunto.

Media algun tiempo, y con motivo de las revueltas que sobrevienen, salen partidas de facciosos á campaña, y llega una gavilla de forajidos de la parte de Molina á Santa Olaya, y se empeñan desenfrenadamente en desenterrar el cadáver ya medio carcomido de Antillon, para quemarlo y aventar sus cenizas. Nadie se opone, y se realiza con efecto tan infernal atrocidad.

ENDECHAS.

Sobre Aragon
El vil baldon
Cae, y destroza
Tanto blason
Como ostenta la heróica Zaragoza.
Virtud y ciencia,
Que en mil contiendas,
Con elocuencia
Incomparable,
Destila de su boca incontrastable;
Con tantas prendas
A cual mas bella
Como atesora
Su pecho amable
Y derrama gozoso á toda hora;
Pena por mano
Del inhumano
Que se complace
En la afliccion
Del héroe escelso que en su lecho yace;
Y lo derrumba,
Al verle yerto,
Con fin ya cierto,
A la honda tumba,
Donde vivientes horrorosos pace.

(1) Ateniéndose muy racionalmente á la máxima tan preciosa y decantada de Terencio: *Homo sum, nil humani á me alienum puto.*

Luego la saña
De unos malvados
Desenfrenados,
Borron de España,
Las sagradas cenizas lanza al viento...
Y nadie, nadie al infernal intento
Se opone,
Hostiga,
Castiga
La maldad con dignísimo escarmiento;
Y nadie, nadie con afan dispone
Al gran patricio escelso monumento;
Cabiéndole tan solo el desagravio
Que le tributa mi apocado labio.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOSEGUNDO.

Situacion de Fernando. — Apuros incesantes. — Tropelías. — Lardizabal. — Macanaz. — Conjuraciones. — Richard. — Vidal. — Mina. — Porlier. — Lacy. — Espedicion á Buenos Aires. — Abisbal. — Riego. — Quiroga. — Arco-Aguero. — Lopez Baños. — Riego en la isla de Leon. — Contraresto. — Rechazo en la Serranía de Ronda. — Desmaya la sublevacion. — Se declara Galicia. — Zaragoza. — Valencia. — Ballesteros. — Aconseja al rey que jure la Constitucion. — Se verifica. — Periódicos. — Literatura.

1818 — 1820.

Aplausos, festejos y parabienes rodean y embelesan á Fernando por algun tiempo; mas luego amaina aquel redoble de agasajos, y pára todo en yerta indiferencia.

El monarca por su parte, en vez de enfrenar sus ímpetus inconsiderados, se ciega mas y mas, y se ceba con menos cordura y miramiento en sus tropelías, como juguete indefenso y mero comodin de la astuta é interesada camarilla.

Parece que el ministro, con ínfulas de literato, Lardizabal, fraguador, en el concepto jeneral, del memorable y bárbaro decreto fecho en Valencia el 4 de mayo, volcador del sistema político recien jurado por toda la nacion, bajo cierta hojarasca fementida de compromisos pundonorosos; Lardizabal, en fin, tan íntimo en la primera temporada, desmerece repentinamente su privanza, y sea por influjo del citado y receloso conciliábulo, ú por capricho violento y arranque colérico y repentino, sale inesperadamente, por decreto terminante de Fernando, conducido por el coronel de caballería D. Manuel Obregon, de donde lo trasladan ejecutivamente á Mallorca; para no pisar ya mas el continente de España.

Macanaz, nieto del célebre ministro y escritor, en el reinado de Felipe V, es un palaciego fino é instruido, y cabiéndole la suerte de acompañar al monarca en su cautiverio, disfruta notable, aunque decorosa confianza, con toda la real familia. Con este motivo y el de haber seguido la carrera diplomática, se le coloca al frente de una secretaría, que es la de Gracia y Justicia, desempeñándola con acierto y pundonor, muy á satisfaccion del público y del monarca; mas incurre en la flaqueza de traerse consigo una francesa, traviesísima por el resultado, la cual por zelos personales ú otro jénero de venganza, viene á idear la trama siguiente:

Como maneja el caudal de la casa, coloca una porcion de oro en una gabeta, y otra de plata en una ó dos determinadamente; tiene influjo en palacio, logra hablar á solas con el rey, le manifiesta villanamente que Macanaz vende los empleos principales de su dependencia, y añade que es muy fácil cerciorarse del caso, enviando sujetos de toda confianza, ó mas bien yendo personalmente en derechura al mismo cuerpo del delito, pues últimamente le habian traido las cantidades ya espresadas.

El rey comete la imprudencia de dar crédito á tamaña impostura, y tiene el arranque de marchar á la casa y gabinete del supuesto reo, rejistra los parajes indicados, y halla con efecto las dos porciones de dinero. Da por cierto el delito, arresta á Macanaz, le quita la secretaría y lo envia á un castillo. No le dan oidos en largo tiempo, hasta que mucho despues, cuando ya la impostora, que habia cargado con el caudal decomisado, estaba ya en salvo; y entonces

se puso en libertad al inocente, sin darle el desagravio que correspondia, por no comprometer el concepto del apresador.

Entretanto los apuros públicos, las estremadas escaseces van á mas, y no asoma remedio ni alivio para tan mortal achaque, permaneciendo además en sus destierros, presidios ó mazmorras los presos, en el mismo vuelco y escarnio de la celebrada Constitucion.

El quebranto es tan sumo y el trastorno tan jeneral, que los mismos cuerpos principales del Estado se muestran quejosos, y acuden á mostrar la situacion amarga del pais al empedernido Fernando; y aun se asegura, aunque no se hace creible á los ánimos imparciales, que la misma implacable y rabiosa Inquisicion, habló de indulto y abogó por la causa de tantos y tan injustamentes atropellados Españoles.

Como quiera, ahora es cuando entra Fernando en la carrera tan horrorosa, como al fin incontrastable, de las conjuraciones.

Hay un comisario llamado Richard, que por sí solo se constituye el campeon de la justicia, y se compromete á quitar de en medio la persona misma del rey. Busca, cohecha y compromete á unos soldados de marina, y les arranca la palabra solemne y jurada de hacer cuanto les mande, ejecutivamente y á todo trance. Les manifiesta por último el intento, y los conjurados se ratifican en el compromiso. Parece que por entónces solia frecuentar Fernando el paseo de la Fuente del Berro, apeándose por aquellas lomas y valles del camino de Vicálvaro, mas ó menos acompañado. Es el plan aventurado, necio y absurdo hasta lo sumo, y entretanto los ejecutores vuelven sobre sí, conferencian acobardadamente, y por último determinan delatar la trama á sus jefes, como lo verifican; se da cuenta á la autoridad militar, prenden al comisario, quien careado con los cómplices, tiene que confesar, y en seguida lo ejecutan públicamente.

En Valencia hay un teniente coronel, llamado Vidal, que se halla atrasadisimo de pagas, como todos sus compañeros, quienes frecuentan ya por costumbre los garitos, sin que asome el metal competente para cebar y sostener su arraigado vicio. Este por lo visto, tahur de profesion, aunque algunos lo han colocado en muy diverso predicamento, se constituye igualmente vengador de la inocencia, celebra sus encerronas político-hambrientas y desaforadas; idean allí, forman y deshacen miles de planes, y tardan tantísimo en avenirse y pasar á la ejecucion que lo llega á traslucir el capitan jeneral Elío, los sorprende personalmente, y en pocos dias saca al motor y á algun otro al cadalso.

Otro personaje de mas entidad toma á su cargo la empresa. Aquel Mina, tan valiente y emprendedor, y aun casi el primer adalid de los guerrilleros, sale tambien á la palestra. Solicita el vireinato de Navarra, lo desairan, se pone en movimiento con su partida primitiva, hecha ya una division formal, se presenta delante de la ciudadela de Pamplona, en ademan de llevar su misma patria á fuego y á sangre; pero los suyos desmayan, cejan; lo desamparan, y al verse casi á solas, se salva á duras penas en Francía, y se pasa despues á Inglaterra.

Mas gallardo, mas capaz y mas caballero, entabla con ardor la misma empresa del restablecimiento de la Constitucion aquel Porlier; por otro nombre el Marquesito, que estuvo guerreando con tanta actividad, particularmente por las montañas de Santander y de Asturias, y se halla ahora en Galicia arrinconado y desatendido, y sobre todo ansioso de reponer en auje el sistema que tiene jurado y por el cual se ha derramado tanta sangre española. Junta alguna tropa, le acompaña oficialidad ardiente, se juntan en Santiago, ocupan una casa considerable, se entablan y se revuelven planes grandiosos, hay bullicio, hay algazara; pero lo escucha todo una cuadrilla de sargentos, y uno de ellos propone el denunciar la trama, sobre el seguro de que les ha de valer el salir á oficiales, lo verifican todo, prenden á los comprometidos, y los ajustician con varios compañeros.

Otro personaje sale tambien á campaña. Este es el jeneral D. Luis Lacy, cuyo nombre ha sonado repetidamente en la actual Historia. Hijo de irlandés, pero muy español en todo, se pone en movimiento por Cataluña, que ha sido el teatro de sus grandes empresas; pero á los primeros pasos, lo venden sus propios compañeros, queda preso, y se le procesa con toda solemnidad y sumo aparato. Se interesa por él todo Barcelona, y echa el resto en su defensa allá un literato. Con efecto el marqués de Cajigal, grande oficial de caballería, y de suyo travieso y agudísimo es el defensor, y toma el rumbo oratorio de confesar desde luego la culpa, y luego acudir á consideraciones jenerales y particulares, para aliviar ó tal vez sortear la condigna pena. No pareció á los intelijentes aquel medio acertado, pues ninguna persuasiva alcanza ya á desimpresionar al tribunal del concepto profundísimo de grave delito una vez confesado de plano por el reo, ú su defensor; y así se verificó llevando al paciente fuera de Barcelona.

Media algun tiempo en el cual se aparata otro nublado de mucha mayor consideracion. Se empeña Fernando VII en reconquistar á todo trance las inmensas posesiones de América; se hacen mil sacrificios, se recoje algun caudal, y

se dispone en Cádiz una espedicion poderosa á las órdenes del conde del Abisbal. Se acantonan acá y acullá las tropas, y uno de los puntos ocupados es el pueblo del reino de Sevilla llamado las Cabezas, donde se halla el comandante Don Rafael del Riego, con su batallon.

El asturiano Riego, que luego ha de hacer tan eminente papel, es uno de los cientos ó miles de oficiales que desempeñan adecuadamente su obligacion, sin descollar en arrojo, en instruccion, ni en prenda alguna sobresaliente. Es invierno, las noches son dilatadas, las urjencias ningunas, se habla de todo, y tras el ensanche que se ha disfrutado en la temporada de las Cortes, de palabra y por escrito, se rodea el asunto grandioso de la espedicion; los ánimos se muestran poquísimo propensos á surcar los encrespados campos de Neptuno; hay fuerzas á la mano, si se consigue el no muy árduo empeño de hermanarlas, se puede encabezar, sostener y redondear una revolucion, un vuelco, y entónces no faltarán ascensos, grados, y usando el lenguaje militar de los alojamientos y cuerpos de guardia, habrá tambien metálico sonante, para jugar, galantear y sobre todo banquetear á la salud de la Constitucion.

En 1820, el dia de año nuevo, Riego junta su batallon ya dispuesto, le perora y proclama la Constitucion del año de 12. Se encamina á la isla de Leon, pero los cuerpos dependientes de la Armada se desentienden, y por mas dilijencias que practica, nada absolutamente puede recabar, en refuerzo de su causa; pero tampoco le rechazan, ni le incomodan. Esperanzado de medrar por tierra adentro, marcha hácia la Serranía de Ronda; pero lejos de progresar tampoco por aquella parte, se encuentra con los Voluntarios de Aragon que lo rechazan con quebranto y menosprecio.

Sin embargo, median algunos dias, llega la novedad á Galicia, se conmueven los ánimos, y por fin se proclama tambien la Constitucion. Cunde con la noticia el espíritu de sublevacion, y llega á Zaragoza, cuyas opiniones y movimientos tienen siempre poderoso influjo para la nacion entera, por el concepto heróico que merece en todas partes. Se halla de capitan jeneral el marqués de Lazan, y se opone á toda innovacion, pero la milicia entera está contra su dictámen; y aun hay algun jefe de caballería que le amaga con el sable; y entónces se aviene al jeneral intento y jura como todos, y se proclama y vitorea ruidosa y placenteramente la Constitucion de Cádiz.

Pasa en esto Ballesteros á Madrid, entra en el ministerio de la Guerra, y propone y consigue, que el rey haga, como los demás, el deseado juramento, el 3 de marzo, cuando la columna de Riego, rechazada en Córdoba por D. José Odonell, se retira al centro de las Andalucías, reducida casi á la nada.

Entretanto los emisarios andan por todas partes fogueando los ánimos y pregonando noticias favorables á la empresa; mas ahora con las ocurrencias de Galicia, de Aragon y de la capital, el nuevo torrente lo arrolla todo, y las provincias y las tropas se avienen todas, por lo menos en apariencia, á la misma opinion, voceándola ya con mayor ahinco los que antes se habian mostrado mas tardos en admitir y aclamar aquel partido.

Zozobra, cesa, desaparece todo asomo de espedicion ultramarina; los Americanos, con especialidad de Caracas y de Costa Firme, se ufanan, se insolentan y se desenfrenan cual nunca, asaltando crecidos bajeles mercantes é infestando nuestras playas, y aun hasta las inocentes Canarias, que jamás se han conmovido, ni causado la menor desazon á España.

Por otra parte, al eco de tamaña novedad, se abren de par en par las herradas cárceles, se desempozan y salen á luz los mártires de la independencia española, los campeones de la libertad europea; Argüelles vuelve de Mallorca, Martinez de la Rosa de Albucemas, y toda la comitiva grandiosa y esclarecida, evacua por fin los infames presidios, las moradas de la maldad y del espanto.

Llegan á sus pueblos; miles de amigos, parientes y apasionados, vecindarios enteros les salen al encuentro con danzas y cantares, y derraman y cuelgan ramilletes y guirnaldas, en el tránsito y aun en las cabezas de los redimidos de tan largo y pavoroso cautiverio.

Yace por el contrario el servilismo trémulo, atónito, exánime, y aquellos cuerpos eclesiásticos que en los años anteriores habian sacado á luz escrituras telarañentas, rancias y azafranadas, para perseguir y anonadar con atrasos de siglos a los hambrientos labradores, enmudecen ahora, para luego, en asomando tal vez otra reaccion, acosar mas y mas, y acabar para siempre con sus desventuradas víctimas.

Como quiera, los liberales triunfan por todas partes; no hay guerra, no hay oposicion, no hay desavenencia; todo es hermandad, alborozo y algazara.

El sumo triunfador es ahora Riego, viene á Madrid, entra con pompa en grandiosa carretela, acompañado de miles de personas y de millones de vivas; el monarca lo está esperando en el balcon de palacio; sube, todo se vuelve agasajos, y en seguida salen juntos al balcon, y entregándole la faja de jeneral, lo despide con nuevas y violentas, pero siempre fementidas, demostraciones de regocijo y de satisfaccion.

Se espiden por todas partes las convocaciones á nuevas Cortes, se verifican ejecutivamente las elecciones, y entretanto se forma una junta provisional que aparata todos los espedientes y los envia al rey, para su despacho, poniéndoles meramente su aprobacion.

Descuellan, además de Riego, entre los campeones del nuevo réjimen, Arco-Agüero, que es quien merece mas aceptacion entre los sujetos imparciales; el gallego Quiroga, que tuvo por fin un éxito muy desairado, en aquellos vaivenes, y luego Lopez Baños, oficial de artillería, sin realce alguno en su carrera, ni lo mereció tampoco en el ministerio de la guerra, que la oleada de la revolucion puso ciegamente á su cargo.

En aquel intermedio se forman por todas partes juntas particulares, donde se perora con mas ó menos ardor ó vehemencia; pero por lo mas desconcertadamente, opinando por partidos estremos, y hablando aéreamente, y sin aplicacion alguna efectiva, ni asequible para la práctica.

Tambien se plantean por entonces las famosas sociedades secretas, con los dictados estrambóticos de comuneros, de anilleros, de fracmasones, etc., etc.; cuyo afan aparentaba dar alas al gobierno, para el acierto mas pronto y seguro en todas sus partes y operaciones; y el objeto insaciable y positivo, es repartirse mútuamente los empleos, y escluir desapiadadamente á cuantos militan bajo bandera ajena, y por diverso rumbo de la propia.

Antes de pasar adelante, no podemos menos de hacer mencion muy peculiar de la parte mujeril, en las reuniones y pláticas del concurridísimo café de la Fontana. Estas eran como diez y ocho ú veinte, todas ya harto anticuadas (1), y por tanto muy ajenas, tal vez á su pesar, de la carrera de amoríos. Sentábanse hácia el centro de la concurrencia, en sus sillones de majistratura, frente á la tribuna, y ¡ha del orador que se descarriase del asunto, ú del rumbo estremado que tenian prescrito para sus sesiones y sus doctrinas; pues entonces se abalanzaban al delincuente y á voces agudísimas, y si era necesario á viva fuerza, lo arrojaban materialmente, y con redoblada mofa y escarnio, no solo á voces de su púlpito, sino tambien del mismo salon, no siendo ya digno de ser ni aun mero oyente (2).

En medio de la algazara, la juventud lozana y despreocupada se acuerda de la morada infernal, enemiga implacable de la sacrosanta Humanidad; llega la oleada, y arrolla puertas, viviendas y calabozos. Hubo quien la víspera avisó al inquisidor Castillon, para que, como jeneral en jefe de la hueste incendiaria, hiciese una retirada á tiempo, para no esponerseá un ultraje, ó mas bien á un esterminio; pero el campeon de las hogueras, sin duda por imitar á los senadores romanos, cuando la entrada de los Galos, contestó: «que nada sabia» y no quiso moverse por entonces; pero lo cierto es que á la llegada de la inundacion, no asomó su persona, ni se apareció absolutamente nadie.

Se espera con ansia la reunion de Cortes, pero entretanto hay desacatos al monarca, voceándole baldones y amenazas en la misma puertezuela del coche; pero Fernando disimula y concentra mas y mas su saña en lo íntimo de su interior, jurando allá implacablemente odio perpetuo y escarmiento memorable, contra el sistema constitucional y sus restablecedores.

Se juntan por fin las Cortes, y su primer presidente es el sabio y á todas luces respetable eclesiástico, D. José Espiga, prebendado de Lérida. Se entabla desde luego la ventilacion esmerada y sensata de puntos importantes, atendiendo con ahincada eficacia al restablecimiento y despejo del ramo de hacienda, que yace todo en absoluto desconcierto. Todos se hacen cargo de la necesidad imprescindible de las mejoras, acudiendo á los bienes vendibles de la Iglesia, paraque vayan entrando en el jiro nacional, sin por eso atropellar las inmunidades que la España venera, sino negociando en Roma la autorizacion debida, y dejando siempre intactas sus respectivas incumbencias y reservas.

Pero sobre todo, se hace indispensable plantear un sistema acorde, una administracion espedita y equitativa en el ramo de rentas, quitando trabas añejas, é igualando las provincias en cargas y en lejislacion, para que todas vengan á formar un solo Estado, una sola nacion española, en vez de un conjunto de muchas y diversas naciones.

Forzoso era tambien atender á la constitucion del ejército, adulterado con el sumo agolpamiento de grados, y reunion ó incorporacion de sujetos, que por sus inclinaciones, costumbres y modales, se mostraban ajenísimos de pertenecer á la esclarecida carrera militar.

Mas ahinco se puso todavía en el ramo deplorable de marina, cuya desnudez y desamparo causó sumo desconsuelo, no solo al mismo Congreso sino á toda la siempre crecida concurrencia, considerando la necesidad imprescindible de armada poderosa, en toda nacion marítima como la nuestra. Se encargó suministracion de

(1) De las que en lenguaje chusco ú jocoso se suelen apellidar *jamonas*.

(2) Una noche apearon efectivamente de la tribuna, á un tal Adan, que era, ó habia sido, diputado á Cortes por Aragon.

caudales en el grado que fuese dable, poniendo todo ahinco en el restablecimiento de bajeles antiguos y construccion de otros nuevos.

Descollaban á la sazon en las Cortes los mismos oradores que antes, que sin ser por cierto dechados de sublime elocuencia, pues apenas asoma tal cual fenómeno de esta especie en el orbe, tenian despejo, tino, soltura y ante todo pundonorosa y sanísima intencion. Argüelles habia entrado en el ministerio de la Gobernacion, D. Cayetano Valdés en el de Marina, y todos obraban muy hermanados entre sí mismos, y luego con los individuos mas descollantes de las Cortes.

Pero hay un partido violento y trastornador, que entorpece, y en cuanto le cabe, tuerce la marcha grandiosa y espedita del gobierno. Ya se ha dicho la especie de conmocion estruendosa que causó la entrada de Riego; y ahora por entusiasmo injenuo ó por interés particular, sus parciales y ensalzadores todo lo quieren manejar, ó mas bien desconcertar á su modo, proponiendo y aclamando determinaciones violentas y arbitrarias, para medrar y predominar a su albedrío.

Contribuyen por su parte al desconcierto varios vocales del mismo Congreso, algunos de buena fé y con esceso de patriotismo, al paso que otros proceden dañadamente, con ánimo de dar al través con el sistema reinante.

Entre los primeros descuellan el diputado por Aragon Romero Alpuente, y el asturiano D. Alvaro Florez Estrada, escritor despejado y brioso, aunque orador en estremo torpe y confuso; y entre los segundos son los muchos entorpecedores del partido servil, que anhelan dar al través con la nave del Estado, nó pudiendo timonearla, al ímpetu de su antojo ciego y de sus pasiones inicuas.

Por otra parte hierven los periódicos, jeneralmente malignos y á su modo interesados en el rumbo que intentan dar al gobierno, para todos sus pasos, luego carcomidos de envidia ó de impulsos vengativos, contra los individuos mas eminentes de la nacion. Hay es verdad una junta de censura, que tiene á su cargo el atajar todo estravío por aquel ramo tan sumamente trascendental, para la sociedad; pero siempre median, cuando menos, muchas largas, y suele estar causado el estrago, cuando se acude á su remedio, sin que asome alguna providencia preservativa.

Denuncian al *Zurriago*, por calumniador, insultante y trastornador; se providencian suspensiones, multas y encierros; presenta luego por editor responsable un pordiosero, un presidiario ú otro individuo semejante, y así queda ilusoria la sentencia.

No se escasean por su parte los llamados serviles en sus mañas, dobleces, y todo jénero de arrojo y desenfreno. Se imprime por el reino de Murcia, en Elchacillo de la Sierra, ó en cualquiera otra parte, la *Atalaya de la Mancha*, aborto de un fraile despreciable, que luego medra hasta lo sumo, y desde allí, como pudiera hacerlo encaramado en la cumbre del Pirineo, ú sobre una nube, desembraza, convertido en Júpiter tocante, rayos, centellas y toda especie de atrocidades, contra cuantos conceptúa ó supone implacables enemigos del trono y del altar; y luego trasladado á Madrid, sigue con su tarea infernal, y crece y prospera, y es por último cuanto apetece ó sueña.

Yace entretanto la literatura, yacen las artes todas, pues embargados los ánimos con el desvarío de las competencias políticas, queda desatendido y olvidado todo lo ameno y lo provechoso. Espira Melendez en país estraño; enmudece Arriaza por ser de partido opuesto al dominante, y ningun otro injenio descuella ó asoma por el horizonte español, ni lírico, ni dramático, ni de otra especie.

Se frecuenta el teatro con afan, pero es únicamente para oir gorjeos italianos, y tal vez el Himno de Riego, que está en música preciosa, y acaba de enloquecer al interesado y á sus secuaces, quienes precisan al gobierno á providenciar severa y ejecutivamente contra sus demasías. Pero ¿quién contraresta aquel torrente? Nadie por entónces.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOTERCERO.

Desvío de Riego. — Primero á Galicia, despues á Oviedo. — Tareas de las Cortes. — Mayorazgos. — Reformas. — Demasiado ejecutivas. — Causa contra los Persas. — Indulto jeneral, con escepcion de Mataflorida. — Poquísimos adelantos en el réjimen nacional. — Cesacion de las Cortes. — Carvajal. — Tenido por servilísimo. — Venida del rey. — Alborotos en varios pueblos. — Ensalzamiento escandaloso de los Rieguistas en grados, empleos y condecoraciones. — Trastornos violentos y desazon jeneral en los ánimos. — Proclamacion de la Constitucion en Nápoles.

1820. — 1821.

Para cortar hasta cierto punto los vuelos escesivos á Riego y secuaces, el gobierno acordó alejarlo de la capital, dándole el mando militar de Galicia; pero en la realidad el específico vino á ser de peor condicion que la dolencia.

Con efecto Riego va predicando desaforadamente por calles y plazas, entusiasma tal vez á los jóvenes, pero escandaliza á la muchedumbre, y comete tropelías intolerables; y el gobierno entónces se reviste de entereza, le quita el mando y lo envia confinado á Oviedo.

Entretanto las Cortes siguen con sus tareas, ventilan de nuevo el punto trascendental de los mayorazgos; lucen los letrados vocales sus profundos conocimientos en jurisprudencia; y por último vienen á resolver lo mismo que tenian dicho y acordado en las Cortes de Cádiz; á saber, que todo mayorazgo, sin escepcion de clases, viniera á conceptuarse como la posesion de un hacendado cualquiera, sin llevar consigo regalía, inmunidad ni distincion de algun jénero, que arguyese el menor asomo de preponderancia en la sociedad.

Pero sale luego á la palestra otro asunto de interés mas inmediato y personal, á saber la causa de los memorables *Persas*.

Suenan, retumban y atruenan las espresiones mas significativas del idioma, á saber, viles, traidores, inhumanos, verdugos y demás equivalentes; tras muchas arengas, ó mas bien Catilinarias, á cual mas violenta, acuerda el Congreso, que muy ajeno de parecerse á esos tan perversos y sanguinarios se les indulte á todos, por su infernal é inaudita felonía, se les indulte á todos, en cuanto á pena corporal ó pecuniaria, escepto á su corifeo Mozo Rozales, marqués de Mata-Florida, el cual padecerá el castigo que le impongan los tribunales; pero con el bien entendido de que ninguno de los reos ha de obtener en la vida cargo público, ni disfrutar la menor distincion honorífica, sea de la especie que fuere.

Sigue luego el Congreso providenciendo reformas, particularmente en el ramo relijioso, que parecieron á la sensatez de los sujetos mas reflexivos, en estremo violentas y atropelladas.

Con efecto, debieron los diputados hacerse cargo del sumo atraso de la nacion, por el interior de las provincias, y prever desde luego el gran escándalo que no podian menos de causar, disponiendo tan arbitraria y ejecutivamente de las pingües rentas, y aun de los inmensos fondos eclesiásticos, aventurando aquel tesoro incalculable al *despilfarro* mas vulgar (pero sumamente espuesto) que lo inutilizó despues absolutamente. Sucedió efectivamente que con el arrebato y la tropelía, los especuladores codiciosos y por esencia inmorales, ajenciaron millones de papel, casi enteramente *desvalido*, y se apropiaron las fincas mas pingües de la nacion, pasando todas de *manos muertas* en otras tal vez mas perniciosas, para la prosperidad pública.

Como quiera, se llevó siempre adelante aquella disposicion tan indiscreta, y se están todavía palpando sus funestísimos resultados.

Sobreviene luego una ocurrencia mucho mas estraña y escandalosa. Es de suyo el monarca absolutamente árbitro en el nombramiento de los empleos y particularmente militares, y le acomoda encargar la capitanía jeneral de Castilla la Nueva á Carvajal; quien merece, por los estadistas de la Puerta del Sol, el concepto de servil y de fanático hasta lo sumo. Cunde el rumor, y se pide con asomos de amago y de albo

roto, que se contrareste y se anule aquel nombramiento. Va siempre á mas la conmocion, y hallándose la corte en el Escorial; se escribe, con visos de súplica ó requerimiento al rey, para que inmediatamente se traslade á Madrid.

Se pone con efecto en camino, y á la llegada como en la marcha, todo se vuelve amagos é insultos; pero en fin viene escoltado con su tropa, y no consienten los jefes que se acerque el jentío á su persona, con mil improperios y con total desenfreno.

Se aparece luego una especie de clerizonte, pues no merece otro nombre, encaramado sobre los hombros de tres ó cuatro entes igualmente despreciables (1), tremolando y palmoteando la Constitucion, y voceando descompasadamente, *esta te acosa*, *esta te anonada*, en términos mucho mas impropios, y aun soeces y deshonestos, hasta que un oficial de la formacion, tomó un piquete de soldados, quienes á culatazos aventaron al predicador y a sus acompañantes.

Desaparece el jentío, se retira Fernando á su estancia, y allí á solas está recapacitando, con amargos estremos, el cúmulo de insultos que sin cesar le aquejan, y se embarga todo en el plan de rescate y de venganza que le ha de libertar pronto de aquel segundo, y para él mas insufrible, cautiverio que el de antaño en Francia.

Un rumbo muy obvio y seguro le queda absolutamente espedito; y es el de la correspondencia siempre constante y sagrada, con todos los soberanos de Europa. Con efecto, cuantos rodean al monarca, ministros, palaciegos ó sirvientes, son todos sujetos de educacion, y nadie sueña en escudriñarle sus jestiones interiores, y mucho menos en rastrear el contenido de sus cartas, apuntes ú otro jénero de escritos, y así tenia en su mano el desahogar los ímpetus mas vehementes, implorar, consultar y aun tramar ó disponer los planes mas recónditos, á medida de su deseo. No malogra el cuitado el bríndis halagüeño y certero de la suerte, y así desde luego fragua el sistema invariable que va á seguir por cada dia con mas teson y serenidad, y se reduce, á desde luego avenirse á cuanto le propongan, hasta que llegue el decisivo trance, y entonces reirse de compromisos, hollar sus palabras, y reentronizarse por todos los ámbitos de su albedrío en el solio castellano.

Aferrado pues en su ideado intento, recibe con caballeroso agrado á los ministros, se entera con portentosa memoria y atinado despejo de los espedientes, accede á cuanto le proponen, y en seguida aplica y recalca su estampilla, con marcial y placentero desembarazo. Por lo demás, el gobierno manda á la escolta del rey que castigue mortal y ejecutivamente todo desacato contra su persona.

No se ventila por aquella temporada asunto que dé márjen y donde campee el esplendor de los injenios con rasgos peregrinos y redoblados de elocuencia; pues en cuanto á la bárbara Inquisicion, tan solo se repite el sublime rengloncillo, de que el sangriento tribunal es incompatible con la Constitucion, recien jurada de nuevo, por el rey y por todas las clases del Estado.

Pero volviendo á la persona del monarca, á pesar de la órden espresa del gobierno para escudarla y defenderla á todo trance, sobrevienen altercados y contiendas con los guardias, los demás cuerpos se conmueven, acuden particularmente los nacionales á hostilizarlos, en seguida los sitian en su cuartel, y despues de algunos dias de cerco, sin asalto, refriega, ni sangre, por último queda aquel cuerpo disuelto, repartiendo sus individuos por los demás del ejército.

Procedió sin duda órden tan inesperada del ministerio que aparentaba interesarse tanto por el resguardo y desahogo de la familia real; pero los ministros consultarian el caso con las Cortes, que dieron tambien, por lo visto, su anuencia, y entonces no se comprende tampoco su conducta en semejante autorizacion, que parece debió ser por escrito, y con todas las formalidades anejas á todos sus acuerdos y sus actas. En suma, trataron todos únicamente de salir del paso, prescindiendo del agrado ú de la repugnancia del principal agraviado, y de los pacientes inferiores. Arcanos políticos que, en resolucion, suministraban mas y mas datos al solícito interesado, para ir adelante, y aferrarse con nuevo ahinco por cada dia, en sus empeños, hasta su mas ó menos trájico desenlace.

Sumo ahinco clavó siempre el gobierno en punto al reconocimiento por las demás potencias de nuestro sistema constitucional, y la primera que se brindó al principio fué la Rusia (aunque luego su amistad sirvió tan solo para estafarnos el importe exorbitante de sus cuatro navíos podridos) á la que siguieron otras varías; mas en esta segunda temporada que podemos llamar de Riego, la Inglaterra solamente lo habia verificado; y así Fernando tenia campo espacioso para entablar su solicitud eficaz y reservadísima.

Pero la potencia mas obvia, poderosísima y al umbral de casa, era la Francia; pues además de que Luís XVIII habia dado su fuero ó su Carta, por hacerse cargo de las circunstancias,

(1) El autor de esta nota se hallaba en la misma plaza de palacio, en compañía de Calderon, diputado por Búrgos, y de Priego por Córdova, y los tres vinimos á quedar igualmente pesarosos y horrorizados con aquel escándalo.

enfrenando su inveterada y solariega inclinacion, el parentesco, la intimidad, y el interés de la jerarquía rejia, le tenian ya comprometido de antemano, y así á la mas leve insinuacion contestó soltando la rienda á su propio y entrañable deseo, brindando desde luego, con cien mil hombres, ó los que fuesen necesarios, para el logro consumado de la empresa.

Con tan sumos alientos, tan plausibles esperanzas y tan dorados sueños, esplaya Fernando sus entrañas, solapando mas y mas el encono contra cuantos él supone sus mortales enemigos; cuando en la realidad no son mas que contrarios en sistema de gobierno, ó sea opuestos en doctrinas políticas; pero habíamos olvidado un hombre á quien el rey está odiando en lo mas íntimo de su corazon.

D. Enrique Odonell, conde del Abisbal, es un militar denodado, y tal vez heróico, en el ardor de una refriega; pero su intelijencia en táctica superior es harto escasa, su pundonor elástico y su moralidad ninguna. Encargado de la habilitacion y mando de la espedicion ultramarina, manifiesta sin rebozo sus opiniones en política y en milicia, tercia con la oficialidad en arranques libertinos sobre todas materias, juega siempre, como se dice vulgarmente, á dos ó tres palos, y en suma relaja tal vez adrede, ó por lo menos en realidad, la subordinacion militar; y atendiendo á las causales mas ó menos remotas en el mundo físico y moral, Riego en cuerpo y alma, viene á ser un aborto de Odonell.

En esta parte, en la sutileza necesaria para ir eslabonando circunstancias y en la retentiva puntualísima para combinarlas, raya mas alto Fernando que cuantos le rodean, empezando por sus propios ministros; y así enterado del pormenor de los hechos, y deslindando todos sus casos y sus resultas, tiene muy fundados motivos, para odiar de muerte al causador de tantísimo trastorno. Se sosiega por fin el ánimo regio, confiado en la promesa infalible, de quien solo tiene que poner su estampilla sobre el papel que le presentan en el bufete, para cumplirla.

Pero nuevo sobresalto, nuevos vaivenes y amarguras. Nápoles, cuna, por decirlo así de Fernando, Nápoles, centro de tantos recuerdos solariegos y paternales, Nápoles da su estallido, y proclama impensadamente la Constitucion Española. Trae un correo la noticia, y se confirma y corrobora en los siguientes; corre, como un chispazo eléctrico la novedad por todo aquel reino, y se proclama el nuevo sistema de estremo á estremo del mismo, en menos de ocho dias.

Suenan y resuenan, como trompetas del juicio final para Fernando, los periódicos de Madrid, con la novedad napolitana. Endiosan allá nuestra Constitucion, como parto de los primeros Licurgos y Solones del universo, y acá es preciso corresponder á los vecinos del Vesuvio y del Etna con los mismos raptos volcánicos, para estrecharnos en hermandad indisoluble y desafiar á todos los déspotas insensatos, que intenten habérselas con ambas naciones constitucionales. Se redoblan los panejíricos del jeneral Pepé, cuyo paradero veremos mas adelante; y acá y allá se repiten, ya en prosa ya en verso, los idénticos parabienes.

Fernando tiene que rumiar en sus adentros aquella nueva amargura, y sacar mayores fuerzas de flaqueza, para contrarestar el embate de tan inesperado contratiempo.

Como quiera, sigue firmando cuanto los ministros le ponen por delante, y autoriza la persecucion ejecutiva de los mismos que se han sacrificado por lo que él conceptua su propia causa, con el mismo desembarazo que si les despachase alguna patente de sumo ensalzamiento.

Conviene notar aquí mismo una particularidad de consideracion, en la sociedad humana. Todo caballero, todo pecho pundonoroso y verdaderamente hidalgo, en el sentido castizamente castellano, se siente traspasado el corazon, se apesadumbra á par de muerte, al verse ajado y escarnecido en presencia de las damas (1) propias y ajenas, y así los desacatos que está padeciendo Fernando de continuo, se le hacen infinitamente mas amargos al ir en compañía de la reina, que es á la sazon la Sajona Doña Josefa, quien con su acento bronco, gutural y tudesco le suele preguntar. *¿ Y esto es reinar en España, Fernando ?* y entonces el esposo tiene que enmudecer y carcomerse mas y mas en su interior.

Pero sabe luego, que el ejército austríaco está ya caminando á marchas dobles, desde Milan y desde Venecia para Nápoles, y da por destruido y castigado el intento de los nuevos constitucionales; recibiendo al mismo tiempo mas y mas protestas de interés y de campaña ejecutiva, para reponerle en la anhelada plenitud de su poderío, sin zozobra de retroceso en lo venidero.

(1) Una de las infinitas sublimidades de Tácito es aquella de que al pasar un emperador romano ya depuesto por el foro, están las damas presenciando su afrenta: *prospectantibus fœminis.*

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOCUARTO.

Vinuesa. — Su educacion. — Su índole. — Su carrera. — Depositario infiel de alhajas eclesiásticas. — Encausado por la Junta de Guadalajara. — Avecindado en Madrid. — Escritor. — Constitucionista. — Preso en la cárcel de la Corona. — Procesado. — Conjuracion contra él. — Su asesinato bárbaro. — Indignacion jeneral. — Susto de Fernando VII. — Baja á los cuerpos de su guardia. — Diálogo con el jefe. — Providencias. — Profundísimo sosiego. — Siguen con ahinco los planes reservados y trastornadores.

1821.

D. Matías Vinuesa, cura párroco de un pueblecillo de la Alcarria, llamado Tamajon, es, como suele decirse, un mero clerizonte, impuesto en su carrera eclesiástica, impetuoso de suyo y osado en estremo, con presunciones de entendido y aun escritor en materias políticas (1).

Providenciaron las Cortes, con motivo de las urjencias públicas, la ocupacion de cuantas alhajas eclesiásticas no fuesen absolutamente precisas para el servicio decoroso del culto. Acude Vinuesa denodadamente á la junta de Guadalajara, y solicita y consigue la administracion de aquel depósito sagrado. Media algun tiempo, se susurran descarríos por parte del depositario; y la junta determina encausarlo, imponiéndole la entrega ejecutiva, con el correspondiente inventario.

Logra sin embargo mañosamente dar largas, y venir, aun avecindarse en Madrid, con ínfulas de lejislador. Con efecto, el nuevo Platon da á luz una Constitucion flamante, impugnando y tiznando en todas sus partes por ápices la restante. Se denuncia el aborto al gobierno, y enseguida se procesa al autor. Se le prende y encierra en una cárcel, llamada de la Corona, calle de la Cabeza, y el juez Torrecilla, es el encargado de sustanciar y fallar la causa.

Median algunos dias, y aquella demora, precisa ó arbitraria, desagrada en estremo á los alborotadores, que suelen agolparse en el ya citado café de la Fontana. Por fin una mañana se emplazan para aquella misma tarde, con furia y ademan de ejecutar un esterminio. Se juntan con efecto, y la cuadrilla, compuesta por lo mas de militares, en vez de entibiarse y desvanecerse en la distancia que hay, de alguna consideracion, desde la puerta del Sol hasta la cárcel, por el contrario un oficial de caballería, echa mano de un martillo, que ve en el estremo de un banco, al pasar por delante de una carpintería.

Llega la espedicion á su destino, y la guardia, toda de nacionales, ajenísima de cumplir con su obligacion cerrando la puerta y rechazando á viva fuerza los amotinados, les franquea vil y cobardemente la entrada. Suben, dan con el reo absolutamente indefenso, y sin mediar insultos ni reconvenciones, el oficial sobredicho, cerciorado de la identidad del individuo, alza su martillo y lo descarga sobre la sien al desventurado paciente. Repite el infame agresor los martillazos, y deja luego tendida y exánime á su víctima.

Ufanísimos los allanadores de cárceles con su proeza, se encaminan, en ademan de repetirla, hácia la cárcel de Corte, donde hay otro preso, con la misma ó semejante causa; pero allí tropiezan con un sarjento de tropa viva, que al verlos llegar, forma su guardia, manda preparar las armas, y les dice con imperio, que si no cejan y se apartan al punto, acaba con ellos, quieren replicar, pero les impone silencio, mandandando apuntar contra ellos. Y entónces desairados y mohinos, se retiran y desaparecen.

Corre por todo el pueblo la voz de tan bárbaro atentado, y hasta los mas comedidos abominan de tamaña ferocidad. Con efecto, es Vinuesa un ente despreciable, pero está encausado y bajo la salvaguardia de la ley, y así nadie absolutamente tiene derecho para ir á matarlo, y mucho menos á martillazos.

En medio de aquella ajitacion de los ánimos

(1) El Jerundio, que tal cual vez aguza y Cervantea, trae este encabezamiento de un capítulo: Deja fray Jerundio los estudios y se mete á Predicador.

anochece, y entónces Fernando VII, despavorido, baja á los cuarteles de la misma plaza, acude la oficialidad de las dos compañías de Guardias Españolas, y entónces el rey entabla con el comandante de la fuerza el siguiente dialogo: « Ya sabeis la novedad ocurrida en esta misma tarde. — Si es el atentado con Vinuesa, ya ha llegado tambien por acá esa voz. — ¿Y creeis que estamos seguros? — Por nuestra parte no hay la menor zozobra, pues yo mismo he ido colocando los centinelas donde conviene, para estar á la mira de todo, y verémos si hay quien se atreva á querer atravesar el arco de palacio en toda la noche. — ¿Y vosotros estais resueltos á defenderme? — Pues, Señor, ¿á qué estamos aquí? este es nuestro instituto y nuestro objeto; y sabremos cumplirlo á todo trance. — ¿Y si os arrolla el jentío? — No tenemos el menor asomo de recelo; pero si V. M. no se conceptúa seguro con esta fuerza, fácil es traer el refuerzo que V. M. disponga. — Sí, sí, será muy del caso. — Pues voy á enviar un oficial para que vengan otras dos compañías, ó todo un batallon — Eso será lo mejor; y aun quisiera que viniese tambien alguna artillería. — Enviaré otro oficial ahora mismo al parque, con la órden espresa de V. M. — Pues corriente, me subo á palacio confiado en vuestra lealtad y vuestro pundonor. — Desde luego puede hacerlo así V. M.»

Con efecto llegó el refuerzo, se situó por aquellas inmediaciones, y no hubo novedad, ni en toda la noche, ni al amanecer, ni en los dias siguientes.

Se formó mucho despues causa á los cómplices en el asesinato de Vinuesa, se castigaron algunos; mas cabalmente parece que no fueron los mas culpados, como suele suceder en tales trastornos.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOQUINTO.

Se dan los principales mandos militares á los autores del nuevo réjimen. — Sale Riego para Zaragoza. — El Trágala. — Conducta de Riego. — Su destierro á Lérida. — Disturbios en todas partes. — En Barcelona. — En Aragon. — El Trapense. — Quesada. — Zarco del Valle. — Se enturbia el horizonte político por el Norte. — Confianza desatinada de D. Evaristo San Miguel. — Solicitud y ahinco de Fernando VII. — Su confianza fundada. — Los partidos mas y mas enconados y ambiciosos por cada dia. — Cierra sus sesiones el Congreso. — Reunion de las nuevas Cortes.

1821.

Intenta el gobierno cortar los vuelos á las demasías del ejército de la Isla; y sus secuaces, por el contrario se enardecen y se insolentan mas y mas por cada dia. Hasta el ayuntamiento de Madrid se engolfa en la política, y se entromete á imperar en el santuario de las leyes, dictándole reglas, y manifestándole resistencia, con amagos de rebelion inevitable.

Flaquea con efecto el gobierno y envia al déspota Riego á Zaragoza, quien desde luego frecuenta las juntas populares y se propasa en palabras y en demostraciones contra los amantes del órden, llamándolos retrógrados y enemigos de las reformas entabladas y sostenidas por los hombres del dia.

Entre varios cantares apropiados á las circunstancias, se inventa una especie de himno ú cantinela, con la repeticion del estribillo *Trágala*, relativo á la Constitucion, aludiendo á sus enemigos. Todos estos abortos son muy ajenos de la sublimidad y el primor de las patrióticas de Arriaza contra los Franceses; pero en fin son populares, y espresivas hasta cierto punto. Se compuso tambien por entonces el himno de Riego, que tiene una música peregrina, y ha gustado infinito en todas partes.

Con aquel agolpamiento de medios mas ó menos eficaces, el entusiasmo, ú sea enloquecimiento, del mismo Riego y de sus parciales, va siempre á mas, y viene á rayar allá en absoluto desenfreno. Anda el capitan jeneral predicando por las calles, hecho un farsante, ve un clérigo, llama al primer muchacho que se le depara, y le dá una monedilla, para que cante allí mismo el *Trágala* al capellan indefenso. En fin, Riego se propasa y enloquece en términos que precisa

al gobierno á separarlo de nuevo de todo mando, enviándolo de cuartel á Lérida, donde sigue tambien ejercitando sus mañas y sus desafueros, hallándose de mero particular.

Espera Fernando, con aujes de confianza y de impulsos vengativos, la redencion anhelada, y por el pronto sabe que las poderosísimas columnas austríacas, llegando sin oposicion á sus varios destinos de Nápoles, dieron desde luego al través con aquel turbion de novedades fantásticas y teatrales, parecidas á las de una ópera del Metastasio, o bien á una comedia de Goldoni. Todo se vuelve allí calabozos y destierros para los moradores, y el famoso jeneral Pepé logra la dicha de sortear á sus perseguidores, y se viene á España, y llegado á Madrid merece un sin número de aplausos aéreos y de estériles agasajos, para luego reempozarse nuevamente en la nada.

Entretanto, ya las potencias del Norte se muestran propensas á favorecer los conatos del monarca español, y con especialidad la Prusia prorumpe en demostraciones harto declaradas y terminantes. Se ventila el asunto en el Congreso, y el fútil D. Evaristo San Miguel, engreido con ínfulas repentinas de todo un ministro de Estado, reta desde luego á las potencias mas militares, en ademán de senador romano: asiendo y abrazando el faldon de su levita, clama reciamente diciendo: que se les debe contestar con arrogancia, que en su mano tienen la paz ó la guerra, y que desde aquel punto pueden escojer el partido que les cuadre. Todo esto cuando estamos careciendo de ejército, de armada, de caudales y sobre todo de union, para suplir, como en la guerra de Francia, hasta cierto punto, nuestras palpables y grandísimas carencias.

Menudean por donde quiera las asonadas, en Barcelona se alborota el jentío, y embarca á viva fuerza al obispo, y á los jenerales Sarsfield y Eroles para Mallorca; en Aragon asoma un fraile ridículo llamado el Trapense, plantea su guerrilla, y acalora y trastorna los pueblos. Sale una columna de tropa contra él, y con lo que llamaba su compañía de cazadores, que se reducia á unos cuantos labradores recien armados y sin la menor disciplina, embiste por unos olivares á un batallon de mas de mil plazas con sus agregados, lo arrolla, lo ahuyenta, y con oprobio del comandante, se introduce trás él en Barbastro; desde allí señorea todo el pais, menos el castillo y plaza de Monzon, á donde se refujia vergonzosamente la tropa.

Asoma luego Quesada con un cuerpo revuelto de varios matices y trazas; acude Zarco del Valle contra él con una division respetable, particularmente por su hermosa caballería; alcanza á su contrario en los llanos de Alcampell, cerca de Tamarite, malogra la coyuntura preciosa de esterminarlo, y se viene á Monzon sin disparar un tiro. Entretanto Quesada sigue faldeando el Pirineo, y se marcha por donde le acomoda sin el menor quebranto.

Aparecen por donde quiera tentativas de republicanismo, y las autoridades cometen nuevas tropelías para enfrenarlas, persiguiendo por otra parte, por meras y remotas sospechas á las personas mas pacíficas tildadas de servilismo. En Zaragoza ya mucho antes el jefe político Beyan, por la delacion desatinada de un arrobero, ú aceitero, prende y tiene dos ó tres dias en un calabozo al dean D. Benito Navarrete y á varios canónigos ó prebendados, y sobre todo á la marquesa de Lazan, ocasionándole luego una dolencia que por fin la lleva al sepulcro.

Pasado algun tiempo, hay una asonada republicana se dispara contra el nuevo jefe político Mereda, sujeto de escelentes prendas civiles y militares, y el gobierno comete la vergonzosa flaqueza de relevarlo, sin formacion de causa, ni motivo alguno fundamental.

Se repiten las conmociones por Andalucía, Valencia y otros puntos. Entretanto arde el encono entre los partidos ridículos y desalmados de masones, comuneros y demás que se han espresado arriba; y en desagradando, como no podia menos de suceder, un jefe militar, ó un empleado, al bando que se suponia ofendido, llueven calumnias y baldones en los periódicos, y recursos sin fin al gobierno, para que desde luego separen al supuesto reo de su destino, y coloquen por la posta al íntimo ú al pariente, prescindiendo de pruebas y de documentos.

Así se esperimenta en las Andalucías, en Valencia y en la misma capital. En Cataluña, el memorable Mataflorida, incorporado ahora con Eroles y otros varios, plantea una Rejencia ya situada en Tolosa de Francia, ya en el mismo principado, en todo ú en parte, y subleva ó por lo menos conmueve y trastorna en gran manera, los pueblos; y al mismo tiempo se declara el azote horroroso de la fiebre amarilla en Barcelona, quitando luego la vida á mas de veinte mil personas.

Los sujetos sensatos preguntan cuáles han sido los beneficios que proporciona ó acarrea á la nacion el sistema constitucional, resucitado con anuncios de logros y felicidades.

Son tantos los vaivenes, los desaciertos, y en suma los desastres, que se están padeciendo por todas partes, que no alcanza la Historia á ir coordinando los hechos amontonados que acontecen, casi á un mismo tiempo, en diversos puntos de la monarquía.

Las Américas siguen su rumbo peculiar des-

viándose siempre mas y mas de su obediencia antigua, y aun de todo miramiento de la madre patria; y luego Méjico, aunque se habla de pedirnos un infante, para gobernarlo perennemente y á su albedrío, por fin pregona y ostenta su llamada independencia, para ir mudando de sistema y de inclinacion por meses, ó semanas, y tal vez dias.

Allá las riquísimas y desatendidas Filipinas, son las que yacen inalterables; y aunque alguna vez, como por ceremonia, suena su nombre en el Congreso; ninguna ventaja, ningun asomo de remedio asoma para nuestro exánime comercio, con aquella mencion fútil y volandera.

Entre tantas turbulencias mas ó menos violentas, en medio de aquel caos por cada dia mas inapeable, cesa el Congreso, y abre luego sus sesiones el nuevo en 1.° de marzo de 1821.

Se aparata la ceremonia con suntuoso decoro; y sobreviene en el acto de la apertura la estrañeza mas peregrina de que hay mencion en los anales del gobierno representativo.

Echa Argüelles el resto en el discurso parlamentario; merece la aprobacion, y en su concepto el entusiasmo del monarca, que lo encarece hasta lo sumo; y despues de leerlo con brio y propiedad, y aun con visos de entrañable complacencia, cuando ya todo el auditorio lo da por concluido, hasta en sus mínimas partes, oyen las Córtes y los asistentes que Fernando continúa en los términos siguientes:

«Y cómo, segun la Constitucion, está en mi prerogativa, y soy dueño de nombrar y despedir á los ministros y consejeros de la Corona, hallándome poquísimo satisfecho de los actuales, por varias razones que se me hace muy escusado esponer, vengo en destituirlos á todos en este mismo acto, pues tal es mi voluntad; encargando á las Córtes que me propongan los sujetos que estimen mas adecuados para el intento, pues voy á nombrarlos inmediatamente, para que no haya la menor demora en el despacho y desempeño de los espedientes, porque así es mi libre y sincera voluntad.»

Los ministros, y Argüelles ante todos, se quedan atónitos y acentellados con novedad tan inesperada. Las Córtes al pronto enmudecen, y luego prorumpen con todo el público en un murmullo de estrañeza, y con algunos de aprobacion; pues siempre, en materias de Estado, suelen andar encontrados los pareceres, ya sobre asuntos, ya sobre personas, deslindando por ápices sus diferentes particularidades.

Como quiera, siempre el procedimiento pareció parte de una inclinacion maligna, con visos de menosprecio vengativo, y hubo que proponer, con efecto, otros nuevos, que al rey parecieron harto indiferentes, habiendo por lo menos logrado el dar vado á sus piques y enojos particulares.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOSEXTO.

Martinez de San Martin, jefe político de Madrid. — Procesion del Retrato de Riego. — Su derrota. — Demasías de los llamados Tragalistas. — El duque de Medinaceli. — Su candor y sus virtudes. — Alcalde de barrio á viva fuerza. — Anarquía y desenfreno jeneral. — Indisposicion de los Guardias Españolas. — Se retiran al sitio del Pardo. — Su avance sobre Madrid. — Su entrada; su rechazo. — Espresiones del rey al verlos huir hácia la Casa de Campo. — Su rendicion. — Su reforma total. — Desastre de Odali en Brihuega. — Tránsito del embajador de Prusia en su retirada.

1821. — 1822.

D. José Martinez de San Martin, era médico de profesion, y como instruido en su facultad, y de suyo despejado, merecia concepto y aprecio entre las jentes.

Sobreviene la revolucion, acude á Zaragoza, lo asciende Palafox á capitan, y trepa luego con rapidez á los grados superiores. Como inquieto y emprendedor, pide el mando de una partida, y se pasea por la Mancha y Murcia, acaudillando una porcion de frailes, montados todos, ó los mas; legos, y por supuesto malísimos jinetes y peores soldados (1). Orilla luego

(1) Los amigos en Murcia solian preguntarle jocosamente por el estado de su escuadron de Melquisedec.

aquella ridiculez, y guerrea con distincion, incorporado ya en el ejército, y mandando verdadera tropa.

En vista de su activo desempeño para cualquiera cargo de entidad y trascendencia, lo nombran jefe político de Madrid; merece aceptacion, y plantea algun arreglo en el desconcierto jeneral de todo el vecindario, y enfrena el ímpetu de los llamados patriotas, ó constitucionales exaltados, que son en suma unos trastornadores de profesion, para dar al través con el órden público, y cebar sin contraste sus villanas inclinaciones.

Entretanto las diez y ocho ú veinte fatuas, jubiladas ya de sus amoríos juveniles y siempre ociosas, siguen actuando con ínfulas de unos consejeros de Castilla, en las sesiones frenéticas de la Fontana, y fomentan en cuanto les cabe los vaivenes de la anarquía.

Como quiera, los rieguistas, ó anarquistas, pues eran voces sinónimas, idean la estravagancia de costear una especie de grandioso estandarte con el retrato de Riego para llevarlo procesionalmente y en pompa, desde el Prado hasta la casa de Ayuntamiento, y allí tremolarlo y aclamarlo descompasadamente; y luego con el debido acatamiento, como prenda escelsa y aun sagrada, dejarlo enarbolado en su santuario, esto es, en el balcon principal del edificio.

El pueblo está conmovido; se pone la guarnicion sobre las armas, y San Martin apercibido, está en acecho de aquella farsa rúidosa y disparatada.

Sale la bárbara romería del Prado, trepa por la calle de Alcalá, atraviesa la puerta del Sol, asoma á las Platerías, con feroz estruendo y gritería atronadora. Baja San Martin de su despacho, toma lo compañía de granaderos que tiene de guardia, embiste á la chusma que huye toda despavorida, tirando la preciosa imájen al suelo.

Yace la prenda de las prendas, por la humilde tierra, hollada, escarnecida, y sin el menor asomo de consideracion. El jefe político vuelve á su tarea, ase la pluma y sigue despachando lo que trae entre manos, y luego asomando un portero con el escandaloso mamarracho, pregunta qué se ha de hacer con él, y le contesta: «Tirarlo por ahí á cualquiera rincon» y continua tan sereno é indiferente, como si acabase de tomar un refresco, ú practicar una accion de las mas comunes en la vida humana.

Sobreviene á poco tiempo un trance de mucha mayor consideracion y trascendencia.

En una formacion de los Guardias Españolas, por entrada ó salida del rey, ocurrió cierta desazon entre aquella tropa, naturalmente engreida y de condicion vidriosa, y algunos nacionales; pero acudiendo los jefes se cortó aquella desavenencia, y se aquietó enteramente la conmocion. Mediaron algunos dias, pero yendo á mas el desabrimiento por ambas partes, al fin los Guardias toman una determinacion hostil y ruidosa.

Se queda el batallon de servicio en Madrid, y los tres restantes se marchan al sitio del Pardo. Permanecen así algunos dias, y por último resuelven dar un avance y apoderarse de la capital á viva fuerza. Este conato, rebelion ó lo que fuere, no es jeneral en el cuerpo, y faltan oficiales para dirijir táctica y acertadamente el intento. Llegan, se apoderan de la puerta llamada del Conde-Duque, y entran á paso redoblado, encaminándose á la puerta del Sol. Se encierra la guardia en el principal, y los entrantes titubean en sus movimientos; marchan por distintos rumbos sin unidad, y al parecer sin plan alguno, ya por la calle Mayor, ya por la del Arenal; se hacen equivocadamente fuego unos á otros; se empeñan en allanar la plaza Mayor, encuentran una resistencia inesperada de artillería y fusilería, cejan, y por último rechazados por mil partes, huyen con pérdida muy considerable hácia la Casa de Campo; y persiguiéndoles la caballería, entónces, dicen, que Fernando VII, puesto en uno de los balcones de Poniente, prorumpió en espresiones harto ingratas y absolutamente indecorosas, contra los mismos que acababan de sacrificarse por su causa.

Como quiera, se rinden los huidos, y desde aquel punto queda para siempre reformado y deshecho un cuerpo que por mas de un siglo ha estado accreditando, siempre con nuevos y esplendorosos anjes, su pundonor y su heroismo.

Por fin se forma causa á los rebeldes, y padece por todos un primer teniente francés, llamado Goifeu (1), el cual va al cadalso con magnanimidad, llorando tan solo la pesadumbre que va á causar á toda su distinguidísima familia en Francia.

Aquel triunfo madrileño queda despues en estremo ajado por parte del sistema ó partido liberal.

La bandería bárbara y desenfrenada va siempre á mas dentro y fuera de la Corte, en los pue-

(1) Goifeu era individuo de una estirpe esclarecida en Provenza, y emigró con todos los suyos desde el principio de la revolucion.

Era gallardo, airoso é instruidísimo, habiéndose dado á conocer con un amigo íntimo, por andar buscando libros griegos en las ferias de Madrid.

Los que sentenciaron en la causa, se alegraron sin duda de tropezar con un estranjero, ú *gringo*, para asestar sobre él la furia popular, ateniéndose al dicho memorable de los anatómicos *faciamus experimentum in anima vili*.

blos de alguna consideracion; pues en las aldeas y poblaciones de mera labranza, el vecindario se concreta muy cuerdamente á la cosecha, si cabe, colmada de los frutos, y a su precio mas ó menos aventajado.

Mas son ya tantas y tan crecidas las guerrillas facciosas, que se hace forzoso providenciar eficaz y grandiosamente contra ellas. Con efecto, abundan y crecen de dia en dia por la Alcarria, y el gobierno formaliza y envia contra ellas toda una espedicion considerable, compuesta de tropa, de nacionales y de artillería, á las órdenes del jeneral Odali. Logra al principio alguna ventajilla, menosprecia confiada y neciamente al enemigo, y se aposenta descuidadamente en Brihuega.

Avanzan los facciosos, traban denodadamente la pelea, trasciende luego aquella especie de escaramuza, ú refriega jeneral, arrollan despues á los nacionales, tras estos á la tropa, y huyen todos vergonzosamente desamparando artillería, bagajes, y hasta los pueblos comprometidos de la inmediacion.

Se rodea la aciaga casualidad de que por aquellos mismos dias le cabe transitar por Guadalajara el embajador de Prusia en su retirada de Madrid, por disposicion de su corte, con lo cual se marcha escandalizado, y aun riendo á carcajadas, al casi presenciar aquella huida tan estremada como indecorosa.

Entretanto Luis XVIII, comprometido ya reservadamente con Fernando VII, va mas y mas agolpando tropas sobre la raya, bajo el pretesto frívolo y vulgarísimo de cordon sanitario, socolor de resguardar su reino del azote horroroso de la fiebre amarilla.

Son sin embargo efectivos sus estragos en Barcelona y en otros puntos, y su relacion circunstanciada escita la humanidad y el entusiasmo de la sabia facultad de Medicina de París; la cual nombra profesores de toda su confianza, quienes vienen gozosos ejecutivamente, y echan el resto de su ciencia y de su denuedo, para arrostrar y combatir á todo trance aquel infernal desenfreno; mereciendo mas y mas por cada dia el aprecio y gratitud de nuestra patria, de la suya y de la humanidad entera.

Se aparata por fin la espedicion poderosa, prevista muy de antemano por todos los españoles prudentes, y torpísimamente contrarestada por el gobierno ciego y delirante.

Se repiten y redoblan sin fin las notas diplomáticas con amagos campanudos, y el francés, atenido siempre á su cantilena del cordon sanitario y á jeneralidades aéreas, sigue completando y robusteciendo los cuerpos destinados á la empresa ya decretada; prescindiendo de cuantas reconvenciones y reyertas puedan sobrevenir acerca de sus intentos.

Por su parte, nuestro gobierno, al ver ya la tormenta en el disparador, toma tambien cuerda y lánguidamente sus disposiciones, envia tropas hácia la raya y da el mando supremo á un jeneral, harto conocido por sus limitados alcances, y su terquedad estremada y necia, mas no por sus intentos fementidos, ni el menor asomo de su traicion sistemática contra el órden jurado y los intereses sagrados de la patria.

No cabia con efecto en el estrechísimo celebro de Ballesteros el mando de un ejército medianillo, y así en diferentes ocasiones, como en el trance de la retirada de Sult, hallándose en Granada, pudo haberlo cortado y tal vez esterminado en su tránsito por la Sierra de Segura ó su comarca, libertando desde luego la mitad de la Península de su presencia asoladora, y acarreando un sin número de bienes á las Castillas y á Aragon y Valencia. Pero encelado ridículamente con Wellington, conceptuándose mas digno que todos para la jerarquía de jeneralísimo, desobedeció al gobierno, se mantuvo en inaccion, y dió lugar al enemigo para ocupar mas y mas aquellas dilatadas provincias, por una temporada considerable.

Este es el Cid en cuyo brazo confian los gobernantes deslumbrados ver la tizona esterminadora que ha de aventar á los nuevos enemigos sobre el Bidasoa, y arrollarlos allí hasta al Garona ó hasta el mismo Sena. Pronto va á quedar desvanecida su ilusion, y escarmentada su necia jactancianos.

Antes de engolfarnos en el suceso monstruoso que tenemos ya en el disparador, hay que referir una particularidad, que patentiza el estado de Madrid, por toda aquella temporada.

Sabidas son las pretensiones de la esclarecida estirpe de Lara á la corona de Castilla, y notoria es igualmente la magnificencia esplendorosa y honorífica de sus descendientes, los duques de Medinaceli, quienes suelen albergar bajo sus techos hasta ochocientos ó mas dependientes en Madrid, y muchísimos mas por las provincias.

Sobreviene á los tragalistas la ocurrencia de que el actual duque, sencillo y virtuoso, pero apocado, ha de ser alcalde de barrio. El candidato forzado lo resiste, pero se empeñan los alborotadores, y se verifica el nombramiento; se desentiende mas y mas el injenuo caballero, pero se aferran con mayor ahinco los nombradores, se agolpan á su puerta, empiezan á entonar el Trágala, y con este cántico y su acompañamiento, teniendo que ceder irremediablemente, lo van escoltando hasta el ayuntamiento, y durante el acto y á la vuelta, le saludan incesantemente con la misma orquesta.

Es de advertir que toda aquella vecindad de

la parte superior del Prado se compone jeneralmente de la grandeza y de otras familias principales que jamás tienen reyertas ó indisposiciones, ni entre sí ni con otras jentes; y así pertrechado el duque con su vara y su autoridad, pero sin haber hecho alto en aquella circunstancia, está esperando con las ínfulas del gobernador de la ínsula Barataria que vayan á pedirle justicia los interesados, que en su concepto serian algunos miles.

Median dos ó tres dias, una semana, un mes y nadie asoma, y entónces el bisoño alcalde cae en la cuenta, y esclama: «si á esto se reduce mi nuevo cargo seguiré alcaldeando, si así lo apetecen, toda la vida.»

Parece que á los dos ó tres meses, dió, sin duda por entretenerse, en perseguir de muerte a las mujerzuelas poco recatadas, y así todo su ejercicio vino á reducirse á mero pasatiempo, mas que al menor asomo de incomodidad.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOSÉPTIMO.

Preparativos de guerra por Francia, con mucho mayores fuerzas de las que aparecen. — Inferiores las de España. — Llegada de Angulema á Tolosa. — Proclama. — Encargo á las tropas de tratar el país como amigo. — Rompimiento de hostilidades. — Tránsito del Bidasoa. — Los primeros y segundos cuerpos, al cargo de Udinot y de Molitor, entran por varios puntos. — Ataque infructuoso á San Sebastian. — Entrega voluntaria de Guetaria y de Logroño. — Atraviesa el ejército parte de Castilla. — Entrada en Madrid. — Se plantea una Rejencia. — Viaje del rey á Sevilla.

1822.

Agolpan los Franceses mas y mas tropas, y el gobierno español nada providencia, nada ejecuta.

El ejército enemigo, segun los estados de oficio, no pasa de ochenta y cuatro mil combatientes, pero segun las fuerzas que van derramando por varios puntos, pasan con mucho de cien mil hombres.

Por el contrario, el gobierno español aparenta disponer de ciento y veinte mil hombres, y en la realidad no hay mas que unos sesenta ó setenta mil efectivos, y aun estos desparramados de intento y maliciosamente en puntos muy desviados, de modo que no les cabe, proporcionarse mutuamente el debido auxilio, y dejando, en sus movimientos, descubiertos los costados; y luego teniendo que ir siempre cejando atropelladamente, con suma ventaja del enemigo para sus marchas y sus abastos.

Udinot y Molitor con los jefes principales por una parte, y Ballesteros, como se ha dicho por la otra. Los Franceses construyen á su salvo un puente de barcas, y lo pasan desahogadamente sobre el Bidasoa, patentizando desde luego la mútua intelijencia de los caudillos, y mediando tan solo una escaramucilla de partidas sueltas, mientras el rejimiento imperial Alejandro, franquea y envalentona la entrada con su inaccion.

Avanza el enemigo sobre San Sebastian, pero allí tropieza con todo un D. Francisco de la Peña, brigadier de caballería, que ni entónces ni despues contesta un ápice á las intimaciones y mantiene su plaza intacta; hasta que cesa la última media racion; y entónces tiene que rendir homenaje al hambre que le acosa, cuando por fin; pasados ya largos meses entrega la plaza al imperio de la última necesidad.

Van enviando los cuerpos sus destacamentos á derecha é izquierda y todos ocupan sus puntos respectivos sin la menor oposicion. El grueso del ejército sigue marchando sobre Vitoria, y Ballesteros, en vez de encaramarse por las cumbres que señorean incontrastablemente las gargantas de la carretera, se ladea sobre el Ebro, que despues defiende Abisbal endeblemente, y marchando mas y mas por su orilla, desampara precipitadamente a Logroño y su provincia, aparentando cubrir Aragon y principalmente Zaragoza; como si Alava, Rioja y demás provincias fuesen menos acreedoras al resguardo de la tropa que costean con sus haberes, que Aragon y las Castillas.

Pero es todo ignorancia y farsa y maldad; y

los enemigos van ocupando á su albedrío, y sin riesgo ni fatiga cuanto terreno llegan á descubrir. En la guerra de la independencia, nuestra caballería estuvo jeneralmente muy endeble, y malogró coyunturas y desgració empresas de la mayor entidad, y ahora por el contrario se halla sobre un pié brillante, se muestra desosísima de volver por su honor, peleando á todo trance, contra los viles usurpadores, y la emplean únicamente, con desesperacion suya, en huir, ó cuando mas en cubrir la supuesta retirada.

Llegan los Franceses por el canal á la vista de Zaragoza, no atreviéndose á desembarcar, despavoridos todavía con la memoria de los memorables sitios, y entónces el vecindario seducido y alucinado por la hez de la sociedad, se arroja á los barcos, abraza á sus mortales enemigos, se los lleva á casa y los agasaja, como si fuesen ánjeles tutelares. No hay fineza que no se les tribute, ni manjar esquisito que no se les ponga en la mesa.

Desaparece nuestro ejército huyendo mas y mas á carrera, aparatando cuando mas un asomo de formacion, para luego á la madrugada desaparecer de nuevo, en busca, como allá los Argonautas del vellocino de oro, granjeándolo, en vez de heroicidades, como Jason y sus compañeros, con vil doblez, é interés comodo y seguro.

Entretanto la guarnicion de Logroño, ajena de toda trama é intelijencia se defiende valerosamente, pero quedando aislada y desvalida, tiene que rendirse, hallándose entre los prisionenoros el famoso D. Julian Sanchez, el azote de Masena, y despejador y atalaya de costados, en todos los movimientos de Wellington.

Siguen avanzando los enemigos sin tropiezo, y se abren, como un abanico, sobre todos los ámbitos de la Península. Una columna de la derecha marcha hasta Galicia y se presenta en la Coruña, donde se halla Quiroga, uno de los héroes de la revolucion anterior, quien publica una proclama hueca y arrogante, donde sale la cantinela ya tan trillada de perder hasta la última gota de sangre, y aquel gran derramador de cuanto encierran sus venas, se embarca en aquelle misma noche en una fragata para Lóndres.

La columna francesa de la izquierda continua siguiendo mas y mas al fujitivo Ballesteros, quien destaca tal vez, como se ha dicho, por farsa alguna partida de caballería para hacer frente á la vanguardia enemiga, para luego incorporarse en la fuga.

Pero las tropas del centro son las mas pavorosas para el gobierno, pues se adelantan hasta Valladolid, y amenazan ya sin contraste las riberas poéticas del indefenso Manzanares, sin que por eso se apunte siquiera el relevo del cejador á carrera Ballesteros, tratándose ya tan solo de evacuar á Madrid, y emprender, como en tiempo de la Central, marcha pronta y atropellada para Sevilla.

Se acuerda la salida ejecutiva, y se participa la resolucion al rey, quien se niega redonda y absolutamente á la propuesta, alegando su achaque de gota que actualmente le está atormentando reciamente un dedo. Se dá cuenta en las Cortes de aquella resistencia, y ventilándose el punto, el ministro de Marina D. Cayetano Valdés se rie altamente, y con espresiones mas joviales que respetuosas, de tan frívola escusa, y así se acuerda la salida irrevocable del monarca, ministerio y Cortes para dentro del tercer dia.

Se emprende con efecto la marcha, y á pesar del ceño silencioso y los disparos vehementes del supuesto gotoso, se sigue sin la menor interrupcion hasta las orillas del Guadalquivir, y luego á los umbrales de Sevilla, donde por instantes se reciben mas y mas noticias aterradoras del avance del enemigo, y del afan y competencia de los pueblos en agasajarlo.

Se trata luego de continuar el viaje hasta Cádiz; se acuerda así con efecto, y notificándoselo al rey, se niega absolutamente á moverse de nuevo, ni un paso mas allá de Sevilla. Se celebra sesion de Córtes al intento, se ventila acalorada y aun frenéticamente el punto, y despues de reñidísimos debates, se forma el acuerdo temerario de precisar al rey, á todo trance, á seguir al gobierno á donde quiera que lo pidan las circunstancias.

Entretanto se publica, en nombre del mismo rey, una declaracion de guerra contra la Francia, por su temeridad en pisar el territorio español de mano armada, con un manifiesto, tiznando la conducta impropia é inesperada del gobierno francés, y amenazándolo con pronto y ejemplar escarmiento, como si nuestras fuerzas corriesen parejas con tan jactanciosos amagos.

Llega en esto á Sevilla la novedad, sumamente trascendental en aquellas circunstancias, de haberse sublevado la nacion portuguesa contra el sistema constitucional, cuyo ejemplo tan cercano podia influir infinito para la opinion jeneral en las Andalucías, como en efecto se palparon muy pronto los efectos de tamaño acontecimiento.

Al dejar el gobierno la capital dejó su mando con el de jeneral de Castilla la Nueva al cargo del famoso y siempre mudable conde del Abisbal; quien al ver ya como asomados sobre Castilla la Vieja á los Franceses, envia un espreso al duque de Angulema, brindándole con su amistad

y su cooperacion para el grandísimo objeto de reponer á Fernando VII en el trono escelso y absoluto de sus mayores, y así podia S. Alteza disponer á su albedrío de Madrid y de su guarnicion.

Se trasluce y cunde esta especie infame y horrorosa por el pueblo, se alborota la guarnicion, y Abisbal tiene que huir disfrazado y ponerse en salvo dirigiéndose al cuartel jeneral de los enemigos. Entretanto el francés Bessieres andaba ya de antemano con una partida tumultuosa y mal armada por la Alcarria; se adelanta por Alcalá, y se acerca á Madrid, en ademán de avasallar, y por supuesto saquear; el pueblo; el jeneral D. José Zayas, quien toma (hallándose de segundo cabo) dos ó tres batallones y una porcion de caballería, sale impetuosamente, y á poco rato se trae ostentosamente prisionera aquella turba, disponiendo de ella á su albedrío; y sigue así gobernando pacíficamente el pueblo hasta la llegada de los Franceses; en cuyo caso se retira, con el mismo arreglo y sosiego hasta Aranjuez y las Andalucías.

Al asomo de los enemigos, se retira con efecto Zayas, y en aquel intermedio sobreviene una conmocion en Madrid, peleando ahora los Españoles entre sí, por constitucionales los unos, y los otros por realistas; por último, posesionados ya los Franceses, vuelve por lo menos el sosiego, cesando totalmente el alboroto y la matanza. La entrada de los advenedizos es por tres puntos diferentes á un mismo tiempo, ostentando Angulema grandísima pompa, y al mismo tiempo tambien, sumo agrado y urbanidad; entrando él por la puerta de Recoletos, para luego seguir todo el Prado hasta la casa del duque de Villahermosa, donde se hospeda, no habiendo querido admitir el brindis del conde de la Puebla, mayordomo mayor, para alojarse en palacio.

Se plantea interinamente una Rejencia, que gobierna en nombre de Fernando VII, y se compone toda del partido llamado servil, disponiendo arbitrariamente de todo.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOOCTAVO.

Entrada del enemigo por Cataluña. — Cerco de Figueras. — Ocupacion de Rosas. — Tránsito del Fluviá. — Marchas de Mina. — Ocupacion de Jerona. — Operaciones de Donadieu. — Refriega en Castel-Tersol. — Ocupacion de Manresa. — Pelea de Mataró. — Molitor adelanta sus comunicaciones con otros cuerpos. — Disposiciones fementidas de Ballesteros en el reino de Valencia.

LAS MISMAS FECHAS.

Entra Moncey, por su parte, en Cataluña, con diez y ocho mil hombres, pero cuenta con el refuerzo de seis ú ocho mil Españoles que le trae el baron de Eroles de la parte de Tremp; jente toda de ruin traza y peor armamento, pero ansiosa de habérselas con los constitucionales.

Estos habian notado con toda vijilancia los preparativos del enemigo hácia Perpiñan y sus cercanías, y así tenian agolpadas algunas tropas, mas no de consideracion, sobre la misma raya. Estaban todas á las órdenes de Mina, quien tenia en el Principado como de diez á doce mil soldados, y otro número mas corto de milicianos. Tenia consigo por segundos á Milans y Llobera, y luego al escelente jefe de Estado mayor Zorraquin.

Mandaba además el suizo Rotten un batallon de varios desertores ya italianos, ya franceses ó de otros paises, y luego tal cual partida de migueletes que en suma eran de poquísima utilidad; pero sobre todo se empeñó Mina ciegamente en guarnecer no solo las fortalezas formales, sino varios pueblos cercados de murallas antiguas, con lo cual se defraudó de una porcion crecida de fuerzas que le eran muy conducentes para aumentar su ejército.

Mina, ó mas bien Zorraquin, está dia y noche marchando y contramarchando, sin que el enemigo atine jamás el objeto de tantísima complicacion de movimientos, al parecer encontrados; mas como el enemigo tiene parciales en todos sus puntos, no cabe sortearlo ú sorprenderlo cabal y aventajadamente; y así prescin-

diendo de aquellas maniobras, se adelanta y se interna mas y mas por el Principado. Sabe que Milans ha salido de Figueras, dejando en la fortaleza hasta dos mil y quinientos hombres de guarnicion, y marcha allá en derechura.

Se aposenta Moncey en Peralada, entre el mar y Figueras, cuyo gobernador habiendo evacuado el pueblo aquella noche, entran los Franceses á ocuparlo, intiman la rendicion al castillo, y despidiéndolos con desprecio, se dedican hasta dos divisiones enteras á bloquearlo. Envian al mismo tiempo un destacamento contra Rosas, que se halla absolutamente indefenso, y tiene que rendirse sin demora.

Entonces Mina y sus segundos, despues de malograr torpe y lastimosamente la coyuntura de acosar á los enemigos aventajadamente por mil pasos anteriores, determinan salirles al frente y batallar con todo empeño, para atajarles de una vez sus adelantos; y así se agolpan en la orilla derecha del Fluviá, ciñéndola desde Besalú hasta Castellfollit.

Acude allá Eroles con su jente y un gran refuerzo francés, y luego adelantando algunos mas, Moncey marcha con sus tropas; pero los constitucionales se encaraman á las cumbres de la inmediacion y enfrenan sus alientos á Moncey, quien está esperando mas fuerzas para llevar adelante su empresa.

Como si se tratase de la conquista de una gran plaza, el francés llama cuerpos de todas partes, construye puentes, dispone trincheras á corta y larga distancia, á fuer de su gran preponderancia, particularmente en caballería, y en suma para el avance sobre Besalú. Por fin se determina y fija su memorable avance para el 1.º de mayo; pero está diluviando toda la noche, y á la madrugada unos y otros se hallan imposibilitados de pelear, con las armas empapadas, y los caminos intransitables. En este trance Mina se atiene á su sistema de movimientos, y se desvia del enemigo burlando la superioridad de fuerzas con que presume arrollarle.

El Fluviá habia crecido en estremo, y llevándose los puentes, tiene Moncey que atravesarlo con una barquilla, y así logra por fin á duras penas incorporarse con los suyos; mientras Milans se encamina por el rumbo de Amer por Mieras, y Mina se aposenta en Vich y Olot.

Le sigue una division francesa reforzada con otra, y ambas ocupan á Castellfollit; mientras el baron de Eroles va siguiendo á Milans, y se ufana con haberle cojido parte del bagaje, atascado en pasos escabrosos, sin asomo de carretera, ni aun de vereda, haciéndole tambien algunos prisioneros; asomándose luego sobre Jerona, pueblo tan desventurado como heróico, y exhausto mas y mas con las tropelías de mil partidos; y mirándolos á todos con indiferencia, ó mas bien con horror, se aviene á recibir al enemigo, á fin de propiciarlo y atraerlo; proporcionándole el colocar allí un depósito grandioso de pertrechos y abastos.

Torpísimo está Moncey deteniéndose tanto en el tránsito del Fluviá, y malogrando la coyuntura de agolpar sus fuerzas incontrastables para atajar la retirada á los constitucionales. Culpa será suya en gran parte la de aquel renuncio capital, mas tambien corresponde y principalmente á los ejecutores de sus órdenes. Por el contrario, Zorraquin acertó en gran manera la maniobra de ponerse en salvo por dos rumbos diferentes, precisando así al enemigo á dividir ó desmoronar la preponderancia de sus fuerzas, capacísimas de dar al través en un solo golpe con los defensores del Principado; y así Milans, cejando por Mieras sobre Amer, logra la proporcion de abastecer á Hostalrich, y de resguardar por aquella parte á Barcelona. Revuelve luego con su derecha sobre Mataró, coloca su izquierda en los desfiladeros de San Celoni y San Pacian, y luego se enrisca de nuevo, hácia el Aseo de Urjel, para amenazar desde allí el costado derecho del ejército enemigo.

Malogra el francés aquella ventaja, pero consigue la de ensanchar el ámbito de su terreno, y poseer una porcion de plazas ó fuertes. Romagosa y otros parciales suyos guerrean con afan y acarrean mas y mas reclutas á sus filas, y como naturales del país, son de sumo aguante para la intemperie y de infinito provecho para facilitar y estender las comunicaciones, sin que nieves, hielos ni lluvias les atajasen la marcha, ni aun la carrera.

Mina se retira de Olot, y tampoco espera en los llanos de Vich, pero se aposenta en San Juan de las Abadesas, desde donde flanquea y aun toma la espalda al enemigo. Entra luego Moncey en Vich, envia una division á cercar endeble y remotamente á Hostalrich, y otra contra Palamós; no hallan resistencia por varios puntos, como en San Feliu de Guixols y sus cercanías, cuyas guarniciones se retiran á las islas Medas, por la embocadura del Ter.

Por fin, la division francesa recien dicha, formaliza el bloqueo de Hostalrich, se apodera del pueblo de Tordera, situado sobre el riachuelo del mismo nombre que comunica con el mar, y facilita al baron de Eroles su movimiento hácia Manresa.

Se encamina un jeneral francés desde Vich sobre Moya, cuando le avisan que Mina está ya ocupando aquella posicion con tres mil hombres de tropa arreglada. Los Franceses juntan hasta tres columnas, se presentan por el centro de un anfiteatro de varias lomas, escojido

sin duda por Zorraquin, con su acostumbrado tino y prevision; marcha la francesada marcialmente; pero los batallones nuestros cruzan sus fuegos sobre todos los avances, y despues de cuatro horas de resistencia incontrastable, cargándoles siempre nuevas tropas, se retiran al fin sosegadamente, con grandísimo escarmiento del enemigo, á San Feliu de Codina.

Avisa en el mismo dia el baron de Eroles, que Mina acaba de hacer un movimiento, con cuatro mil hombres, sobre el pueblo de Sellent, amenazando á Olot, Vich y Manresa. Se trata de contrarestarlo, marchando sobre Caldés, con ánimo de apoderarse de Manresa, defendida por una guarnicion grandiosa de nacionales, antes que Mina la ocupase; pero este, muy enterado de todo, aparenta aposentarse en Manresa, atraviesa únicamente la poblacion, y se coloca sobre las cumbres que atraviesan el Cardener.

Trata Mina de resguardar á Barcelona, y se aposenta ventajosamente en Suria; acuden los Franceses con el traidor Eroles, y maniobran para trabar pelea; mientras Milans y Llobera, por entonces dueños de sus movimientos; salen de la capital, y marchando por la playa tratan de sorprender á Mataró, recien ocupado por el enemigo con mediana guarnicion. Pasan entrambos revista en Sant-Andreu, y se desvian el 23 de mayo por la tarde, Llobera por la costa y Milans por Grenollers, para caer á un tiempo sobre su objeto, por dos rumbos opuestos.

Es su ánimo embestir de noche á los dos mil Franceses de la guarnicion: llega Llobera á las dos de la madrugada; cejan las avanzadas del enemigo hasta el arrabal; resisten por un rato, y luego, reforzadas, embisten con ímpetu, y rechazan á los constitucionales hácia Premiá. Llega entonces Milans por la parte opuesta, y se adelanta hasta el mismo pueblo; pero como el avance no es simultáneo, tropieza esta segunda columna con toda la fuerza enemiga, que sale en parte por otro punto y flanquea á los recien llegados, y asi tienen tambien que ceder con pérdida de alguna consideracion.

Al presenciar aquel ardor y aquellos vaivenes de los Españoles, se ofrece luego la reflexion de que, en vez de mejorar de situacion, van siempre á menos en los lances de la campaña; pero la solucion de esta dificultad se hace muy obvia; pues retirado, ó mas bien huido, el gobierno á Sevilla, no providencia, ni disposiciones, ni medios para sostener la lucha en parte alguna; y así hay que imponer exacciones, y aun cometer tropelías, para lograr la mas estrecha subsistencia; los pueblos, ya retraidos de nuestra justísima causa por influjo de la clerecía, se desvian mas y mas de aquel empeño, y se enconan de muerte contra las tropas constitucionales.

Por el contrario los Franceses, viniendo con el caudal necesario para acudir á su propia manutencion, y observando la estrecha disciplina y el sumo miramiento que Angulema y sus jenerales encargaron muy eficazmente, se atraen y casi entusiasman jeneralmente los vecindarios; y luego en cuanto á refuerzos, se reclutan de Francia, y aun les van llegando siempre cuerpos nuevos; y así resulta, que mientras los nacionales andan por cada dia, ó cada instante, en decadencia, se robustece y prospera el enemigo; por lo cual, se está ya viendo el postrer paradero de tanta fatiga, tantas escaseces y tantísimo malogrado sacrificio.

Traslada Moncey sus reales de Jerona á Tordera, y pasa personalmente á reconocer la plaza de Hostalrich, bloqueada por dos batallones, uno español, juramentado con el enemigo, y el otro francés; quienes la víspera habian ocupado el pueblo, retirándose su guarnicion á la fortaleza. Encarga luego el reconocedor al comandante de injenieros, que corte la cañería de la única agua apreciable que surte á la guarnicion. Visita luego el francés varios puntos y procura facilitarse comunicaciones hácia Navarra, por una parte, y por otra hácia el mediodía, con alientos de asomarse ya sobre el reino de Valencia.

Marcha Molitor á Zaragoza, y aunque al pronto aprensivo y casi trémulo con el eco de aquella nombradía de heroismo, al ver, como ya se apuntó arriba, que el vecindario, antes tan leal como valeroso, ahora indignamente dejenerado y mentecato, está cometiendo la bastardía indisculpable de recibir y aun abrazar á sus siempre mortales enemigos. Entonces el Conquistador sin tropiezo, entra muy triunfante en la ciudad, al eco de gran campaneo, y con el agasajo cariñoso del arzobispo, cabildo y comunidades; y en suma, de cuantos prescinden por una parte de todo pundonor nacional, y sobre todo del establecimiento y conservacion de las nuevas, y para ellos siempre odiosísimas, instituciones.

Sale luego ufanísimo en ademan de perseguir á Ballesteros, quien le brinda con el reino de Valencia, como lo ha hecho con el de Aragon, y seguirá practicándolo con la España entera.

Volviendo á Cataluña, Mina con sus movimientos rapidísimos, cuando se le conceptúa distante, asoma sobre Vich, pueblo de consideracion, cuyo recinto está murado, á la orilla derecha del Ter, guernecida por Franceses, y por Españoles, como decian, *renegados*.

Llega el 25 de mayo al amanecer, divide su infantería en columnas, para dar el asalto por

varios puntos. Se apoderan los migueletes de un arrabal, rompen el fuego contra la guarnicion; la tropa vuela con sus escalas, y al paso que las arrima, trepa denodadamente; mas el vecindario, para oprobio suyo y de la nacion, acude arrebatadamente y tercia con el enemigo en el rechazo de los asaltantes. Son las doce y se está peleando desde las cinco de la madrugada, cuando Mina padece el quebranto mortal de ver a su mismo lado caer exánime al ínclito Zorraquin, jefe de su estado mayor, y el alma de toda su division.

La tropa se sobrecoje y se desalienta con aquel fracaso, y es ya forzoso retirarse de una empresa conceptuada como muy asequible; y entónces hay que trepar con los heridos, por las montañas, para atender á su curacion con algun sosiego.

Entretanto salen de Zaragoza, donde está todavía Molitor, y marcha luego para Valencia, como ya se ha dicho, dos columnas, la una sobre Fraga, que entra sin dificultad, y la otra contra el castillo inespugnable de Monzon, á la izquierda del Cinca. Está de gobernador el capitan Cuesta; natural de Alcalá de Henares y de injeniero D. Ramon Mateo, que son los únicos leales á los intereses de la nacion, pues los demás oficiales y la tropa toda, se oponen declaradamente á la defensa. A los dos ó tres dias de su llegada, los Franceses con desatinado arrebato, se empeñan en asaltar el tercio del castillo, sin abrir antes brecha, ni tomar disposicion alguna; Cuesta y su compañero están siempre alerta, y cuando ven el enemigo encaramado á los estremos de sus larguísimas escalas, se arrojan con ímpetu y algazara, y derrocan con estrago memorable, á cuantos pueden alcanzar con chuzos y bayonetas.

Pasan de largo escarmentados los Franceses, y los relevan dos ó tres batallones de Navarros, que siendo de suyo el estremo de la irracionalidad, atormentan al vecindario con sus bárbaras tropelías, y se esmeran en insultar á los sujetos principales, precisándolos á vocear vivas y desatinos inconexos, á su albedrío. Por fin llega el caso de que, ni el gobernador ni el injeniero pueden ya contrarestar al torrente de la guarnicion, conjurada toda á favor de los sitiadores, que por otra parte nada podian aventajar contra la fortaleza, teniendo todavía víveres para largos meses.

La columna de Fraga sale haciendo un reconocimiento sobre Lérida, de donde habia salido alguna caballería hasta Alfaraz, para juntarse con la tropa que habia allí de avanzada, y al ver la fuerza superior del enemigo, tienen todos que recojerse á la plaza con alguna pérdida.

Siguen los Franceses hácia Cervera, y pasando luego hasta Agramunt, conversan con Eroles, quien les participa como están ya ocupando á Manresa y han logrado acorralar á Milans y Llobera en Barcelona.

A pocos dias Molitor atraviesa el Ebro por Mequinenza, y luego por Caspe y Alcañiz se encamina al fin hácia Valencia, pasando el ejército por Daroca. Le cuentan que Ballesteros trata de afianzarse en Valencia, y su ejército está sitiando á un cuerpo de realistas en Murviedro, pero dejarémos el pormenor de su marcha, para volver á Madrid y á los sucesos de Castilla y de Andalucía.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMONONO.

Se plantea un gobierno provisional en España. — Marcha del enemigo en alcance de la guarnicion de Madrid. — Formacion del ejército francés de Andalucía. — Conduccion de Fernando á Cádiz, por disposicion de las Córtes. — Marcha del ejército francés sobre Sevilla y Cádiz. — Ataque contra la columna constitucional de Plasencia.

1822. — 1823.

Acude Angulema en Madrid al resguardo del vecindario, y mediante la policía que se plantea, ó se vivifica, y luego el comedimiento y severísima disciplina del enemigo, se logra el zanjar todo choque ó vaiven, por lo menos en apariencia, entre los bandos insensatos que están todavía plagando la capital, despues de haber causado aquel violentísimo trastorno.

Consulta luego con los antiguos consejos de Castilla y de Indias, y juntándolos, les encarga que nombren una Rejencia, por supuesto interina; pero contestan, en su dictámen, que no se conceptúan con facultades para verificar tan árduo y escelso nombramiento, y así se contentan con proponer al francés varios sujetos, para que el mismo entresaque los que sean mas de su agrado, para el desempeño de tan árduas funciones. Son los propuestos, y luego confirmados por Angulema, Infantado, Montemar, el obispo de Osma, Eroles y Gomez Calderon, individuos de la junta provisional.

Restablece la Rejencia los ministerios sobre el pié que tenian allá antes de la revolucion, y planteando uno nuevo con el dictado de la Gobernacion, encargado de todos los ramos de policía jeneral, y de cuantos estuvieron antes al cargo de la abolida Inquisicion; pues por ningun título se trató de restablecerla, segun se dijo, por encargo particular de Luis XVIII.

Suena desde luego la entrada del enemigo en Madrid, resucitan, hierven y triunfan los realistas, y andan formando ya guerrillas por la Mancha y por varios puntos; y la guarnicion de Madrid, encontrando cerradas las puertas de Toledo, tiene que encaminarse hasta Estremadura.

Se dedica Angulema en Madrid á entonar mas y mas la disciplina y el réjimen de su ejército, atajando con sumo ahinco todo ímpetu vengativo y desmandado, por parte de los indómitos y serviles realistas.

Engreido el caudillo advenedizo con sus avances y sus logros, trata de invadir la Estremadura y las Andalucías, echando el resto del poderío que tiene en su mano. Nombra dos columnas, en verdad harto endebles, si hubiese un asomo de eficacia y armonía entre sus contrarios, pues la una se compone de siete mil hombres, para marchar sobre Andalucía, y estorbar, si habia cabida, la traslacion desde Sevilla á Cádiz; y verificado ya el tránsito, atacar la isla de Leon, ó el punto que se juzgase mas oportuno.

La otra columna consta de ocho mil hombres, debe marchar directamente á Estremadura, y en el caso de ser necesaria en Andalucía, acudir ejecutivamente á reforzar la primera, obrando siempre segun lo requieren las circunstancias; quedando además, por via de reserva, una guarnicion de cinco mil hombres en Madrid.

En medio de tantísimo desman, juzgan, ó por lo menos aparentan, las Córtes, que la nueva francesada va á fenecer como la primera, por el interés de España, y así deliberan al parecer con sumo sosiego y señorío.

Brinda en efecto el embajador inglés, que se halla en Sevilla, con su mediacion, para negociar un ajuste; pero el Congreso se desentiende, como ajeno de toda zozobra, de su oficiosidad escusada, publicando al mismo tiempo, ventajas siempre abultadas en las operaciones de Mina y de otros jenerales.

Como quiera, no conceptuándose á su salvo en Sevilla, dispone su retirada á Cádiz, y así juntándose el 11 de junio, se constituye permanente, hasta dejar corriente el punto de la ida del rey, en su compañía.

Resiste Fernando aquel nuevo viaje, como lo habia hecho antes con el de Sevilla, contestando « ni mi conciencia ni el interés de la nacion, consienten que yo salga de aquí; pero como individuo, como particular, ningun inconveniente se me ofreceria en salir de aquí; mas como rey, no lo permite mi conciencia.» Las Córtes se desazonan, y tienen que acudir á un arranque estremado, y así á propuesta de Galiano, decretan, que en vista de la resistencia del rey para salir de Sevilla, se le conceptuaba *menoscabado de potencias é inhábil para desempeñar sus funciones*.

En seguida se encarga la potestad ejecutiva á una Rejencia, compuesta al golpe de D. Cayetano Valdés, D. Gabriel Ciscar y D. Gaspar Vigodes; pero pronto tienen las Córtes que palpar lo muchísimo que se han propasado, con el oficio del embajador inglés Guillermo de A'Court, quien manifiesta como sus credenciales se ciñen al rey, sin estenderse á Rejencia alguna; y así no le cabe el seguir al nuevo gobierno hasta Cádiz. En balde intentan las Córtes recojer velas y suavizar su decision, añadiendo que la susodicha suspension, se refiere tan solo á la temporadilla del viaje, pues el embajador se aferra mas y mas en su tema.

Entra Fernando en Cádiz el 17 de junio, acompañado únicamente de tres Grandes, pues los demás, treinta diputados, los consejeros de Estado, y mas de trescientos palaciegos, se desentienden absolutamente del viaje á Cádiz, conceptuándolo como un paso de rebeldía.

Entretanto Sevilla se conmueve, todo es alboroto y desconcierto; la plebe se desenfrena, atropella y saquea sin rubor ni miramiento alguno, y las Córtes tienen que encubrirse y marcharse, como á hurtadillas y por separado, á Cádiz, ó á donde les acomoda.

Mientras ocurrian tan inauditas novedades en Sevilla (1), las dos columnas enemigas si-

(1) Se deja discurrir cuál seria la Babilonia de Sevilla en aquel trance, cuando el escelente oficial aragonés, y á la sazon ministro de la guerra, Sanchez Salvador, no halló otro desahogo á su azoramiento abrasador y su congoja mortal, que el de pasarse la espada y bañarse en su propia sangre,

guen movimientos respectivos, la primera hácia Sierra Morena, cuyo comandante, sabedor de que Plasencia se halla con poquísimas fuerzas en la encrucijada de los dos rumbos que van desde Santa Cruz á Córdova, lo ataca con todas sus tropas en el Viso y en el Visillo; y siguiéndole por varios puntos, despeja sin dificultad la carretera, y atravesando el ámbito de Sierra Morena asoma el 15 sobre Córdova; donde, enterado el francés de cuanto está sucediendo en Sevilla, se encamina en derechura, por Ecija, Marchena y Utrera, sobre Cádiz.

La segunda columna francesa, despues de pasear en balde la Estremadura, sin poder atajar á Zayas, que se adelanta y entra en Sevilla, insiste en la misma derrota, y se da la mano ó se incorpora con la primera, estorbando, que Lopez Baños y Villacampa puedan reunirse, tras mil movimientos, perdiendo siempre mucha fuerza, por estar ya contaminada

cuando debiera mas bien por todos títulos empaparse una y mil veces en la inmunda y advenediza.

la tropa, con la indisciplina y la desunion.

Todo es confusion y trastorno por la Mancha y las Andalucías, segun entran ó salen por los pueblos las tropas enemigas ó las nacionales, aclaman á Fernando VII, ó victorean la Constitucion, siendo cabalmente la temporada de la cosecha, y teniéndola toda por los campos y por las eras á discrecion y albedrío de jente advenediza ó del país, igualmente perniciosa para el indefenso labrador; todo, como siempre, por culpa del gobierno, que pudo y debió preveer aquel turbion de calamidades, atajandolas en su oríjen.

Sin embargo, abandonada Sevilla por los caudillos españoles, y entregada á una muchedumbre sin freno ni honradez, fué por entonces provechosa la llegada del jeneral francés Bourmont con su columna; pues aunque salió luego para Jerez, se planteó entretanto algun arreglo, y se providenciaron luego algunas disposiciones eficaces que restablecieron por fin el sosiego, en aquel inmenso y desventurado pueblo.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMO.

Operaciones del ejército enemigo en la provincia de Santander y el reino de Galicia. — Revolucion de Portugal; su trascendencia para la España. — Marcha del segundo cuerpo á las órdenes de Molitor, por el reino de Valencia. — Levantamiento del sitio de Murviedro. — Desman de Ballesteros en Alcira. — Ocupacion de Tortosa. — Marcha del segundo cuerpo sobre el reino de Murcia. — Retirada de Ballesteros sobre Granada. — Batalla de Campillo de Arenas. — Capitulacion de Ballesteros.

LAS MISMAS FECHAS.

Al asomo del enemigo sobre Cádiz, sobre Valencia y por el interior de Cataluña, el príncipe de Hoenlohe se va aposentando, con el cuerpo tercero, por Vizcaya y por los reinos de Leon y de Galicia. Se acuartela, segun las órdenes de Angulema, en Vitoria, teniendo que formalizar, con crecidos destacamentos de su ejército, los sitios de Pamplona y de San Sebastian, afianzando con sus fuerzas restantes las comunicaciones entre Irun y Burgos.

Una division francesa marcha contra Santander y Santoña, plazas bloqueadas ya por los realistas, á causa de las poquísimas fuerzas que las defienden.

Diremos al paso que Santoña tiene una situacion muy militar, y que de su fortaleza se pudiera, á no mucha costa, formar un nuevo Jibraltar que señorease toda aquella marina, con gran ventaja para la seguridad de nuestros bajeles, en una guerra inglesa; pero á la sazon, como siempre, nuestro gobierno habia desatendido, no el complemento, sino el mero arranque de las obras indispensables al intento.

El célebre Longa incurre entonces en la ridiculez de afrancesarse, y es uno de los sitiadores, y así se adelanta con los nuevos compañeros á oponerse al abastecimiento que los constitucionales acarrean, y traen hasta cuatro batallones con una porcion de caballería; y así persiguen al partidario Campillo, que con fuerzas mucho

menores guerrea por toda aquella provincia.

Cabe á Portugal una revolucion, al par que á la nacion española, cuya Constitucion tiene jurada y está siguiendo hace dos años, y no se alcanza cuál es el partido que va á sostener aquel monarca, quien de grado ú á viva fuerza, tiene que prohijar y defender el sistema recien-planteado de nuevo, por la tropa de la isla de Leon; habiendo desterrado á la reina y tratado con rigor á toda la parentela que se desentendia del juramento, que se le estuvo exijiendo.

Aquellas tropelías, tal vez harto violentas, causaron descontento jeneral á la nacion, y entonces el infante D. Miguel, alza su estandarte y alista jente, para desagraviar á sus padres, vengando á la madre, y libertando al padre del predominio de las Córtes.

Con este intento huye del palacio de su padre el 17 de mayo, y se aparece en Villa-Franca acaudillando tres rejimientos; pregona la abolicion de las Córtes, y se acuartela por Santarem, á cuatro leguas de Lisboa. Acude el ejército á su llamamiento, vuelve á la capital, y proclama con toda solemnidad la abolicion sobredicha. Con esto, en el término de poquísimos dias, queda la contra revolucion de Portugal consumada, sin derramarse una gota de sangre; ejecutándola, para mayor estrañeza, los mismos revolucionarios de la conmocion pasada.

Es oportunísima aquella contra revolucion para la francesada y la chusma de los realistas en España, pues quedaba el resguardo por la espalda para mantener inalterables tanto la Galicia como la Estremadura; y los realistas, yendo en aumento por cada dia, se envalentonan, arrebatando consigo á cuantos van y vienen tras los partidos, por dias ó por momentos, en tiempos de revolucion, segun el interés que les predomina.

Entretanto son infinitas por los pueblos las tropelías cometidas con los constitucionales, sin distincion de sexo (1), de edad ó de estado, burlándose de la autoridad.

Se desconceptuan luego las Córtes en Sevilla con la suspension del rey, por lo cual van siempre á mas las circunstancias contra el partido constitucional, acojiendo á los ciegos realistas y al vecindario bárbaro, quienes habian peleado con ahinco por la causa de su esclavitud.

Aparenta Ballesteros sumo afan por la rendicion de Murviedro, pero da lugar á que llegue el enemigo, y al verle asomar, corre arrebatadamente á Valencia, para tan solo atravesar la ciudad, y situarse de plataforma entre Alzira y Carcajente; y así, con su precipitacion estudiada de antemano, regala una porcion de artillería y pertrechos á sus secuaces, con ademan de perseguidores.

Facilísima se hace la defensa de Alzira, abrazada pintorescamente por el Júcar, y con el arrabal muy considerable á la espalda; es todavía mas obvia y ventajosa la situacion del puente, alejando al enemigo á largo trecho, desde su misma entrada, y con el rompimiento de las compuertas ó esclusas, están los alderedores absolutamente anegados. Hay unos dos mil hombres para su defensa, y la artillería barre el emboque sobre el mismo puente, y lo restante de la tropa asoma repartida por la carretera de San Felipe.

Tras todo aquel aparato de resistencia, desaparece y se anonada á la vista del primer avance del enemigo, retirándose todos por el puente al arrabal, y en seguida al primer pueblo; y así hasta el reino de Murcia, mientras el francés se pasea y se solaza, destacando á Denia ó á donde le acomoda partidillas despreciables que equivalen á divisiones poderosas, apropiándose fuertes como el de San Felipe, Denia y otros, con su correspondiente artillería; y entonces la plaza de Tortosa, viéndose aislada é indefensa, se entrega vergonzosamente al cabecilla realista Chambol.

Molitor entónces, desahogado y anchuroso, conquistando por via de paseo, á diestro y siniestro provincias enteras, envia un destacamento baladí para posesionarse de Cuenca y sus dependencias, como lo consigue sin oposicion alguna, comunicándose desde luego con Madrid, y con cuantos parajes le acomoda, con toda seguridad.

Aparenta ahora Ballesteros situarse aventajadamente en el punto de Segura, con el arrimo de Murcia por una parte, y por otra hasta el castillo de Chinchilla, sobre una línea inmensa y disparatada hasta Cartajena y Alicante. Se ha reforzado sin embargo con algunos depósitos, y Zayas lo está esperando con su cuerpo de reserva en Granada.

Entretanto llega una columna francesa á la vista de Cartajena, y tiene la insolencia de intitimarle la rendicion; entónces Torrijos, gobernador de la plaza, manda abrir las puertas, sale con la guarnicion, y presenta batalla en campo raso al enemigo, quien lejos de admitirla, huye á paso redoblado hácia el puerto de la Cadena, perseguido por las guerrillas, hasta perderlo de vista sobre la huerta de Murcia.

(1) En Corella, por ejemplo, hubo una señora, en verdad fatuamente constitucional y *tragalista*, á la que arrebató la vil canalla mujeril á la plaza, y allí á viva fuerza le hizo *tragar* tantísima agua caliente, que feneció del vómito y de las convulsiones que le sobrevinieron.

Ballesteros se halla todavía en Murcia, cuando recibe la órden terminante para destacar de su ejército una division que vaya hostigando por la derecha al enemigo que marcha por el interior de las Andalucías; y al entablar aquel movimiento, se agolpa de improviso con sus mayores fuerzas sobre Murcia; varias tropas, conociendo la falsía del caudillo, se desvian de su mando, y entónces se viene á Lebrilla, y escoje sus fuerzas de Albatera y Orihuela; y luego se retira hácia la sierra de Huescar, sobre la raya de Granada.

Angulema tiene encargado á Molitor que esté en Granada á fines de julio; se entabla aquel movimiento, pero se encuentra al paso con la fortaleza antigua pero elevadísima de Lorca, guarnecida por tropas de confianza, con abastos y municiones abundantes. Llega el francés el 12 de julio por la madrugada, y ocupando el pueblo, enteramente abierto, tiene la fatua avilantez de intimar la rendicion al fuerte, que contesta con sumo menosprecio.

El enemigo, sin embargo, sitúa tiradores por los campanarios, reparte los realistas por varios parajes, alcanzando sus tiros á herir los artilleros en las baterías. Acude luego toda una division francesa, y aquella multitud de incesantes descargas apoca algun tanto el fuego del castillo. Hay compañías que al resguardo de un torrente respaldado sobre el escarpe de la subida y á favor de la humareda algunos soldados trepan al puente levadizo, por mas que el castillo redobla sus fuegos; les siguen otros, y con la confusion logran entrar en el primer recinto y bajar el puente; aun allí mismo se defiende la guarnicion á todo trance; pero recargando mas y mas los enemigos en número exorbitante, se retira al segundo recinto, rechaza de nuevo á los Franceses, y por fin, acojiéndose sin recurso al tercero, tiene que rendirse, saliendo libre la guarnicion.

Ballesteros, como asombrado con la rapidez francesa, junta en Granada un consejo de guerra, adonde acuden los jenerales Balanzat, Villacampa y Zayas, y acuerdan que estos últimos permanezcan en la ciudad, y que arrojándose Ballesteros sobre la derecha con todo el resto de sus fuerzas, el guerrillero Chapalangarra, muy reforzado, iria siempre picando la retaguardia al enemigo. Marcha Ballesteros reservadamente, dando por supuesto que el francés se encaminará en derechura á Granada, sin echar de ver aquel nuevo movimiento; y Zayas aparenta desamparar á Granada, para cebar mas y mas al enemigo, y embestirlo luego con ventaja; pero el francés tiene espías infames que le enteran de todo, y se preserva de aquel estravío.

Media luego un encuentro de caballería bastante reñido, en que los Franceses logran sin embargo situarse, para estar en acecho de todos nuestros pasos.

Por fin Ballesteros se aposenta en Campillo de Arenas, y mientras anda ya en intelijencias y planes de ajuste con el enemigo, uno y otro aparentan movimientos y disposiciones tácticas en estremo peregrinas. Hay luego un lance de guerrillas, en que cabe al francés alguna ventaja, por la superioridad harto crecida de su jente.

Está coronando Ballesteros con su infantería las lomas de Campillo, hace el enemigo algunos avances, sin resultado alguno de entidad; pero en aquellos movimientos una division francesa se pone al frente de otra nuestra, y entónces Carrera, coronel de Asturias y comandante de aquella brigada, se arroja con solos dos rejimientos á la bayoneta y arrolla desde el primer avance al enemigo; acude este por frente y costados con fuerzas muy superiores; se rehacen, y aunque solos y sin esperanza de auxilio que ni Ballesteros, ni jenerales, ni edecanes quieren facilitar, los campeones incontrastables, se arrojan hasta quinta vez sobre la línea enemiga, y quedan dueños del terreno.

Si desde el primer avance acuden los demás cuerpos á sostenerlos, es indudable, que no solo la línea y la division entera del frente quedaba derrotada, sino que no podia menos de seguirse tras aquella victoria, el descalabro del ejército de Molitor, y tras él probababablemente el de todos los demás emponzoñadores de nuestro suelo.

Mas ¿á qué conducia todo aquel heroismo, cuando Bellesteros tiene ya ajustado por ápices su indecoroso convenio?

Con efecto, capitula Ballesteros, y sin autorizacion legal y sin facultades algunas del gobierno, firma los artículos siguientes:

1.° Recojióse la Rejencia de Madrid:

2.° Se compremete á disponer que la reconozcan, jenerales, y gobernadores, que puedan estar á sus órdenes:

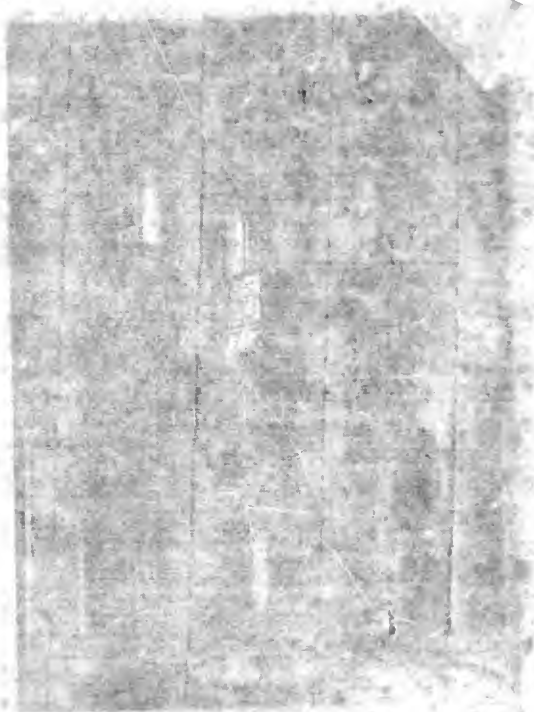
3.° Acantonar sus tropas por los pueblos ó parajes que plazca al francés Molitor el irlas repartiendo.

4.° La conservacion de sus grados, empleos y honores á los jenerales, jefes y subalternos sin distincion alguna.

5.° Que á nadie se encause, ni fiscalize por haber seguido aquel sistema en paz ó en guerra, ni haber opinado como quisiere en materias políticas ó cualesquiera otras.

6.° Los soldados quedan árbitros, en seguir sus banderas ó retirarse á sus hogares, segun les acomode.

Con este convenio se estrecha el teatro de la guerra, pues los reinos de Granada y Murcia, y



Ballesteros se halla todavía en Murcia, cuando recibe la órden terminante para destacar de su ejército una division que vaya hostigando por la derecha al enemigo que marcha por el interior de las Andalucías; y al entablar aq... movimiento, se agolpa de improviso ... mayores fuerzas sobre Murcia; y... conociendo la falsía del caudi... su mando, y entónces se v... coje sus fuerzas de Albatera ... se retira hácia la sierra de E... ya de Granada.

Angulema tiene encargad... en Granada á fines de julio ... movimiento, pero se encuen... fortaleza antigua pero elev... guarnecida por tropas de c... tos y municiones abundant... el 12 de julio por la madru... pueblo, enteramente abiert... lantez de intimar la rend... contesta con sumo menosp...

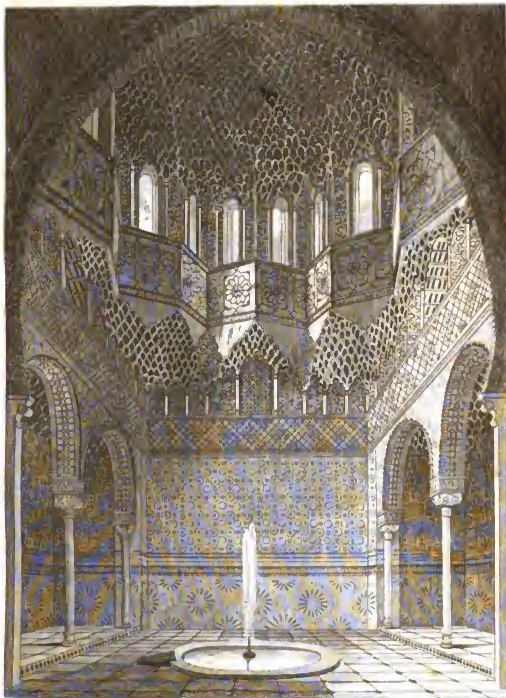
El enemigo, sin embarg... los campanarios, reparte lo... parajes, alcanzando sus ti... ros en las baterías. Acud... sion francesa, y aquella n... descargas apoca algun tan... llo. Hay compañías que al ... rente respaldado sobre el ... á favor de la humareda alg... al puente levadizo, por ma... bla sus fuegos; les siguen ... sion logran entrar en el p... el puente; aun allí mismo ... nicion á todo trance; pe... mas los enemigos en nún... retira al segundo recinto, r... Franceses, y por fin, acojién... tercero, tiene que rendirs... guarnicion.

Ballesteros, como asomb... francesa, junta en Granada ... ra, adonde acuden los jene... llacampa y Zayas, y acuerdan ... permanezcan en la ciudad, y ... Ballesteros sobre la derecha co... sus fuerzas, el guerrillero Ch... reforzado, iria siempre pica... al enemigo. Marcha Balleste... dando por supuesto que e... nará en ... a á Granada, sin ... aquel mu... miento; y Zayas ap... ampara... , para cebar mas y ... enemig... do luego con venta... el franc... ... ías infames que le ... de todo, y ... serva de aquel estravío.

Media luego un encuentro de caballería bastante reñido, en que embargo si... nuestr...

guerra, pues los reinos de Granad...

ESPAÑA



Ramon Alabern lo. gr.

SALA DE LOS ABENCERRAGES

toda la raya de Andalucía queda ya sujeta á la Rejencia; y el gobierno español y el Congreso, están viendo despavoridos á los Franceses amagarles con el sitio de Cádiz (sin zozobra de avance por su espalda ó sus costados) asaltándoles ya el temor de terminarse una guerra que los constitucionales no alcanzan á sostener, aun echando el resto de sus escasas fuerzas.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOPRIMERO.

Preparativos para el bloqueo de Cádiz. — Operaciones de un cuerpo francés en Asturias, Galicia y reino de Leon. — Entrega de la Coruña. — Movimientos por Cataluña. — Quebranto de Mina, y su encierro en Barcelona. — Cerco allá muy lejano de aquella plaza, situándose los franceses en Molins de Rey. — Salidas incesantes de la guarnicion.

LAS MISMAS FECHAS.

Llegadas ya ambas columnas salidas de Madrid, á la vista de la isla de Leon, se van acuartelando por Puerto Real, San Lúcar y Santa María; pero escasean de fuerzas para formalizar aquel bloqueo, teniendo que cercar la isla y la ciudad, mientras la escuadrilla redondeaba la línea por la parte del mar.

La francesada saqueando y asolando cuantos puertos y playas llegan á usurpar, echa mano de bajeles y lanchas de diversas dimensiones, y consigue juntar hasta cincuenta buques de todas partes, atajando las comunicaciones y apresando á los portadores de abastos. Agolpa tambien el sitiador mas de cien piezas de artillería, tomadas por diferentes puntos, destinadas ahora para el sitio de Cádiz.

En esto sabe el gobierno español, y cunde por todo el pueblo, la rendicion vergonzosísima de nuestro principal ejército; y entónces se echa de ver la suma torpeza, la ceguedad absoluta de tan absurdo y pernicioso nombramiento. Con efecto, siempre fué Ballesteros un oficial vulgarísimo de infantería; pues aunque dotado de actividad y travesura, para sorprender ó esquivar al enemigo, jamás cupieron en su estrechísimo celebro, planes grandiosos de campaña, ni mucho menos combinaciones tácticas é incontrastables, ni en la disposicion; ni en el acto de una refriega complicada. Era por otra parte inservible como segundo, pues conceptuándose superior en muchos quilates absolutamente á todos, mal podia avenirse á ejecutar planes ajenos.

Pero en medio de aquel concepto mezquino que merecia indistintamente á todos los imparciales, nadie pudo soñar, que llegase á tiznar su mediana nombradía con el borron espantoso y sempiterno de traidor; y en verdad que es problema de muy ardua solucion el deslindar, cual pudo ser el objeto político, moral, ambicioso y fundamental de conducta, á todas luces, tan frenética.

¿Creyó por ventura cautivar así al monarca, para que luego lo encumbrase hasta lo sumo de los timbres y del poderío? En esa misma aprension está demostrando su idiotez rematada; pues habiendo sido ministro, no echó de ver desde luego la inconsecuencia alevosa, la inmoralidad palaciega. ¿Conceptuó que favoreciese eficazmente á su patria, desengañándola desde luego de una resistencia vana y de un empeño pernicioso? Entonces se muestra todavia mas insensato, cuando espera la felicidad humana por el rumbo del infernal despotismo, pues aunque nunca se asomara á las pájinas, harto patentes é instructivas, de la historia, no puede menos de presenciar y palpar las resultas deplorables del absolutismo bárbaro de Godoy.

Y luego ¿cabe acaso en un pecho hidalgo, en un corazon español, el cooperar con unos viles advenedizos, con una soldadesca mercenaria, para el avasallamiento de sus propios hogares, prescindiendo del objeto que traiga, que nunca fué, ni será, ni puede ser para beneficio de la patria? Luego tuvo que paladear una y mil veces el amarguísimo desengaño, viviendo en París escarnecido de todos, y acongojado dia y noche, y muriendo á breve plazo, sin ver jamás á su lado un verdadero amigo.

Anudemos el hilo de la historia.

Desde el año de 1812, el gobierno se habia esmerado en completar la fortificacion de Cá-

diz; de aquel Cádiz, joya, primor y dije de la naturaleza y de la nacion, y ahora infestado en sus alrededores, por una soldadesca venal y ensalzadora del bárbaro despotismo, colocado en situacion tan aventajada para su defensa, que viene á ser una de las primeras plazas de Europa; presentando luego una línea inmensa, para dificultar mas y mas su bloqueo, reforzado con un cordon redoblado de castillejos, reductos y baterías; y abarcando enteramente la isla de Leon.

Situado Cádiz sobre peñascos empinados, tiene hasta cuatro puertas sobre la marina, y una sola, llamada así mismo, por la parte de *tierra*. Dos de aquellos peñascos allá se internan por el mar, formando peninsulillas, en las cuales los fuertes de alguna consideracion de Santa Catalina y San Sebastian resguardan tambien el pueblo por aquella parte; y luego otros dos fuertecillos, Matagorda y Puntales, ciñen la entrada de la bahía.

Comunícase Cádiz con la isla de Leon por una lengua de tierra únicamente; y así mismo la isla se enlaza con el continente por el puente de Suazo, resguardado con sus reductos competentes. Encierra en sí la isla el pueblo de San Fernando, á cuyo frente se halla, en una islilla, el arsenal de la Carraca, con su fortificacion debida. Frente al fuerte de Puntales, situado sobre la lengua de tierra, que enlaza á Cádiz, está la peninsulilla del Trocadero, defendido con varias baterías.

La francesada, hecha cargo desde luego de tantísimo aparato, con la gran ventaja que no le cupo la vez anterior de señorear la marina, con un sin número de bajeles considerables, se ciñó á entorpecer, y aun imposibilitar luego los abastos de Cádiz; mas apenas se reforzó algun tanto, se atrincheró poderosamente, para resguardarse contra las sorpresas de la guarnicion; pero pronto Angulema envió mas y mas tropas, y al fin con su incontrastable superioridad, se formalizó el sitio.

Entretanto, allá otra parte de la nueva inundacion enemiga, se fué estendiendo con poquísima oposicion, por los pueblos alucinados é insensatos de Leon, Asturias y Galicia. Manda en esta última Morillo, y envia unas meras partidas contra los realistas de Asturias; sin embargo, el enemigo, con sus fuerzas superiores y la inclinacion jeneral del país, logra dominarlo, y pasa luego á Galicia. Ayúdales Longa, tan rematada y vergonzosamente afrancesado, como fué antes acendrado y esclarecido patriota.

Franceses y realistas, con sus fuerzas muy superiores, aventan al pronto al guerrillero Campillo, que se defiende con ahinco, se rehace en Avilés, y procura guarecerse con el fuertecillo de San Juan; pero carga luego con mayor pujanza el enemigo, y la guarnicion tiene que retirarse por mar. Entran los franceses en Oviedo, sin dificultad, pues hace dias los está esperando el mismo Longa, enloquecido con los aplausos de una plebe por cada dia mas desatinada.

En Leon, en Asturias y por donde quiera, prevalece la francesada; pues los constitucionales son ya pocos, desavenidos y mal quistos con los naturales, que están esperando, como se dice vulgarmente, el maná, de unos advenedizos, quienes siempre fueron y serán enemigos mortales de todo español, despreciándolo altamente, como sierva grey, ó mas bien, como cerríl ó salvaje.

En fin los Franceses avanzan sobre Galicia, y se encaminan, como ya se anunció mucho antes, contra la Coruña. Se hallan allí, con un ejército regular, Quiroga y Morillo; pero este al oir el apeamiento del rey, con el nombramiento de una Rejencia, se declara, en una proclama de Lugo, independiente, hasta que el rey, puesto de nuevo en libertad, plantee un gobierno arreglado y legal. Pero Quiroga trata el procedimiento de Morillo; de mera y absoluta desercion, y prende á un oficial que al francés envia Morillo, para contratar una tregua y enterarse de sus intentos; y entonces como jeneral en jefe, depone á Quiroga de su mando, y tan solo le permite retirarse á Inglaterra.

Luego Morillo se empeña en consumar su desercion, incorporándose con los mismos Franceses, contra quienes siempre estuvo guerreando, y reconoce pública y declaradamente la Rejencia de Madrid; y aun no satisfecho con declararse contrario á las Córtes, llega su desvarío al estremo de perseguir y acosar á los soldados que están guerreando con Quiroga, quien se halla ahora acaudillando la tropa desviada ya del mando y autoridad de Morillo, mirándole como desertor.

Se sitúa Quiroga en la Coruña, y toma el mando de toda Galicia; pero el francés Hubert, trás de pasearse por Asturias, donde jeneralmente no halla el menor tropiezo, se encamina á Mondoñedo, y luego al Ferrol, y no hallando tampoco oposicion alguna.

Asoma el francés sobre la Coruña; hay fuerzas suficientes para contrarestarle y perseguirlo; se hallan allí Quiroga, uno de los campeones de la revolucion, y luego el inglés Wilson, partidario muy acalorado de la Constitucion Española, y hasta tropas que venian peleando por la misma causa desde el Bidasoa.

La ciudad de la Coruña se divide en alta y baja, pero ceñidas una y otra por una idéntica muralla; forma su puerto una media luna, cu-

yos estremos asoman coronados por los castillejos de Santa Clara y San Martin, y luego por las dos fortalezas de San Dámaso y San Antonio, encumbrados sobre peñascos á plomo; y hasta una torre antiquísima con el dictado de obra del mismo Hércules, pudiera tambien conducir para la defensa del pueblo, cuyo conjunto está realzando.

El enemigo trae por mar á toda costa la artillería inmensa del Ferrol, y la coloca desde luego en un sin número de baterías; y el 6 de agosto escribe al gobernador, que si se rinde se le concederán todos los timbres de una capitulacion favorable y honrosa. Se le contesta con menosprecio, pero el vecindario, ya contaminado como todo lo restante del pais, y luego temeroso de un bombardeo, se manifiesta descontentísimo.

Entonces el arrogante y amenazador Wilson, se embarca para Vigo; y Quiroga, como ya se dijo mucho antes, hace otro tanto, despues de brindar, como es ya vulgarísimo, con la última gota de su sangre; pretestando que va á capitanear la tropa que le espera, con resolucion incontrastable de embestir y derrotar al francés por la espalda.

Rompe el fuego el enemigo sumamente reforzado, y el 11 á las ocho de la madrugada enarbola ya la plaza bandera blanca, viniendo luego un parlamentario preguntando por el jeneral. El gobernador Novella pide que el francés manifieste, como el español ha obedecido muy debidamente á Fernando VII, sin reconocer por su parte á la Rejencia de Madrid, y mediando dificultades para todo, se consume el dia en hablas aéreas; pero por fin se concedieron á la guarnicion los mismos honores que antes á Morillo, y se entregó la plaza, quedando este de nuevo jeneral de Galicia, y marchándose el francés en derechura á Madrid.

Entretanto Mina, retirándose de Vich, varia sus movimientos en términos que deja absolutamente á ciegas al francés para seguirle los pasos; y Milans y Llobera, rechazados, por su torpeza de Mataró, regresan á Barcelona. Sigue Moncey en Vich, y Eroles por las cercanías está siempre atalayando á Mina. Intentan los Franceses cercar á Barcelona, pero Mina hace una llamada hasta dentro de Francia, y entonces tienen los enemigos que dilatar su operacion ansiada.

Mas hay otro enemigo, como se dijo arriba, mas activo y pernicioso que todos los advenedizos. La opinion servil hace por cada dia nuevos y horrorosos progresos, y nuestras fuerzas van siempre á menos en caudales, en subsistencias y en individuos, y así la mucha esperiencia y suma actividad de nuestros jenerales, todo se estrella contra el murallon enorme de la barbarie y del fanatismo.

Reducido se halla Mina á una division de tres mil infantes y cien caballos, y con tamaña pequeñez y la mas desvalida pobreza ¿qué le cabe emprender? Tentativas parciales é infructuosas. Forma sin embargo dos columnas: toma á su cargo la primera, por la orilla del Segre á la izquierda, y por la derecha Gurrea con la segunda, entrambas rio arriba con rumbo á Puigcerdá, con intento de sorprender la guarnicion francesa, y luego internarse por la misma Francia.

Es el 5 de junio, y sabedor el comandante francés de la aproximacion ejecutiva de los Españoles, recoje fuerzas de todas las cercanías, arrostra el asalto, y contiene á sus enemigos. Sigue Mina y se pasea por la Cerdaña; pero luego tiene que retirarse en demanda del mismo Urjel, que anteriormente lo estaba ocupando; y aun le atajan el rumbo las tropas enemigas aposentadas en diversos rumbos. El 14 embisten á la segunda columna, y aunque los rechaza Gurrea, un destacamento suyo, emboscado á cierta distancia, para obrar á su tiempo, padece grandísimo quebranto; y luego cercados por todas partes, tienen que rendirse algunas compañías, mirándolo desde la cumbre Mina, sin poder acudir en su auxilio.

El baron de Eroles le acosa mas y mas, y mas y mas le cercena las fuerzas, llegando á Urjel con dos migueletes. Acuden otros, compone una escolta competente; enferma y se retira á Barcelona. Con efecto, nunca el enemigo, á pesar de tener bárbaramente el país de su parte, supo ni el rumbo, ni el paradero de Mina en sus operaciones, y si el gobierno pudiera ayudarle, burlara cuantos embates le asestaran, y cuantas marchas y contramarchas ejecutaran en su busca.

Desahogado Moncey sobre su derecha, con la ausencia de su *quita sueños*, trata por fin de formalizar el sitio de Barcelona. El 28 un jeneral francés y el insensato Eroles, se presentan sobre Cardona, y piden con arrogancia su rendicion; el gobernador les tira por contestacion, una porcion de cañonazos, y tienen que retirarse vergonzosamente, hácia Suria y Berga, con ánimo de atajar las nuevas correrías de Mina sobre el Llobregat.

Por los medios sobredichos, de dificultades para nosotros, y ensanches y agasajos para el enemigo, logra por fin este reducir á un corto número de plazas bloqueadas, las del partido verdaderamente nacional, y logran tambien resguardar la raya francesa de las invasiones de Mina y demas Españoles, y entabla Moncey sus movimientos para realizar el sitio de Barcelona. El 8 de julio cunde la francesada hasta Sa-

badell, adelanta su partida sobre el Besós, y aquel es el primer asomo de cerco sobre la capital.

Su gobernador es el suizo Rotten, quien clava su mayor ahinco en despojar al vecindario de cuantas cantidades, enormes y disparatadas se le antojan, que en acudir á la defensa ó resguardo de los puntos principales, tanto en el recinto como por sus cercanías mas ó menos importantes; mientras Milans y Llobera, siempre eficaces y siempre Españoles, andan por fuera hostigando mas y mas al enemigo; pues uno en Martorell y otro en Molins-de-Rey, no cesan de ir y venir por mil rumbos encontrados.

Se agolpa una nube de Franceses á paso redoblado sobre el puente de Molins, y con su ímpetu arrollan al pronto á los constitucionales, quienes se rehacen, vuelcan y atropellan á los victoriosos; y parte arrojados al rio, parte acuchillados y perseguidos, huyen todos los restantes á carrera, hasta que llega una division enemiga, y consigue aposentarse á la cabeza del puente, pero siempre siguen hostigándolos dia y noche nuestros tiradores, con mas ó menos ahinco.

Hace salidas poderosas y continuas la guarnicion de Barcelona, y unas veces arrolla á los sitiadores hasta Gracia, y otras los aventa á San Jervasio y Sarriá; y aun avanza hasta Horta para flanquear á los enemigos de Gracia, y atraerlos á las puertas de Barcelona, para desde de allí acribillarlos á su albedrío. La columna de Sarriá no trabó pelea, y se retiró sosegadamente á la plaza.

Se trata luego de esperar á que Milans y Llobera junten fuerzas y desde Molins vengan hostigando al enemigo por la espalda, y salir con ventaja á esterminarlo; pero por cada dia escasean mas los medios dentro y fuera de la plaza, mientras el enemigo se está siempre reforzando, con auxilios de Francia y del mismo país.

Se halla situada Barcelona sobre la playa, entre las embocaduras del Besós y del Llobregat, cuyos légamos enarenan el puerto é imposibilitan la entrada de navíos grandiosos; y así coadyuvaban para la defensa del pueblo.

La ciudad, fortificada con esmero, ha sostenido hasta ocho ú diez sitios, y en todos ellos el vecindario acreditó en gran manera su teson y su bizarría. Por tierra la resguardan, su recinto muy robustecido con redoblados baluartes, luego la grandiosa ciudadela, situada al nordeste, y despues el Fuerte Pio; pero descuella al mediodía, la fortaleza de Monjuich, construida sobre un gran peñasco, y conceptuada por inespugnable.

El 16 de julio, la francesada se fué colocando allá por un órden táctico, que puede interesar á los mismos Franceses, siendo para nosotros harto indiferente; pero que en jeneral abarcaba desde Molins de Rey por las alturas que ciñen la ciudad al norte, para ir á parar sobre la carretera de Mataró ó Francia, por varios puntos intermedios; quedando allí el frenético Eroles por la espalda, para incomodar y asolar mas y mas á los infelices, exhaustos ya de todo jénero de subsistencias.

En esta situacion, y ciñendo línea tan dilatada, ya presumen los Franceses, que los sitiados han de hacer salidas poderosas; y con efecto el 30 de julio, á las cuatro de la madrugada, se aparece una columna como de cuatro mil hombres, con ocho piezas de artillería, que se encamina hácia San Martí, sobre la carretera de Francia; y al mismo tiempo asoman una porcion de lanchas cañoneras españolas que van ciñendo la playa, en ademan de apoyar segun convenga á la columna zanjadora de la línea enemiga.

Como quiera, esta se propasa algun tanto, y la superioridad en número de los contrarios le precisa á cejar hasta el pueblecillo del Clot, donde se traba una pelea reñidísima, interviniendo tambien las cañoneras por espacio de algunas horas; mas esta misma duracion proporciona al enemigo la llegada de infinitos refuerzos, que por fin acarrean la retirada de toda la columna con alguna pérdida, siendo todavía mayor la del enemigo.

Despues del encuentro en Jorba, retirándose los nuestros de aquellos puntos, el enemigo, preponderante siempre, y mas en caballería, se baja pomposamente al llano, y va recorriendo los pueblos á su albedrío; trata ya de sitiar á Tarragona, ciudad memorable por sus antigüedades, y por otras circunstancias que dan sumo realce á su nombradía.

Moncey entónces se acuartela en Villafranca, y se sitúa así á media distancia de las dos ciudades mas memorables de todas aquellas comarcas.

¡Ha de la industriosa y afamada Cataluña, que por la ciega barbarie de sus asoladores, y sobretodo por la suma torpeza del gobierno constitucional, yace exánime, sin fábricas, sin comercio, sin vida y sin aliento! Y espera la desventurada alivio y prosperidad de mano de una soldadesca advenediza; y los pueblos insensatos se desangran, se anonadan por servirla y agasajarla. Pronto abominarán todos de su propia ceguedad, cuando vean enarbolado y sientan en su espalda el azote sangriento del insaciable despotismo, que se reirá, sin asomo de consideracion, de todos sus amargos padecimientos.

En fin Moncey aparata ya por todos los medios imajinables, y va á formalizar al instante, el bloqueo total de Barcelona.

Pero el contesto de la historia nos arrebata poderosamente al de Cádiz, cuyo paradero va á tener allá, bajo todos conceptos, resultados mas grandiosos y decisivos,

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOSEGUNDO.

Se formaliza el bloqueo de Cádiz. — Situacion de las Cortes. — Primera salida de las tropas de Cádiz, rechazada por los sitiadores. — Nueva planta del ejército enemigo. — Llegada de Angulema á Cádiz. — Avance y toma del Trocadero.

LAS MISMAS FECHAS.

Las dos divisiones enemigas bloqueadoras de Cádiz, están esperando refuerzos, para redondear su intento. Llegan convoyes de artillería y de pertrechos, como si se tratase de otra espedicion á Rusia; llegan, repito, de Bayona, de Brest y de mil partes. Acuden lanchas cañoneras, de los mismos puertos de España que avasalla ya el enemigo, y se agolpan tambien otros bajeles, para completar una escuadra de todo jénero de construcciones, y es sumo el gozo de la hueste que parece está voceando, segun la vulgar espresion: *arda Troya*.

Se plantean baterías para el resguardo de las playas, una á la embocadura del Guadalete, y la otra frente á Puerto Real, contrapuestas al Trocadero, dándole la adulacion el nombre de Angulema. Añaden luego los fuertes de Santa Catalina y la Cabezuela, y acabalan así aquel sistema de incontrastable defensa.

Serian como quince mil hombres los soldados de la isla de Leon, y luego la milicia de Cádiz, muy crecida y entusiasmada con su Constitucion, compondrian tal vez otros tantos; y siguen sin embargo las Córtes convocando mas tropas de todos los puntos de España. Opónese Riego, que se halla en Cádiz á la sazon, á semejante empeño, opinando, que la defensa de Cádiz no debia embargar el ejército español, pues era cifrar la suerte de la nacion entera en la de la una sola plaza; y pide tres mil hombres con cien mil duros, comprometiéndose á salir por mar, y aportando luego en cualquiera punto de costa, arrollar al enemigo y hacerle al golpe levantar el bloqueo; mas no tiene cabida tamaña solicitud, por no desprenderse de un cuerpo, en las circunstancias tan considerable, como el de tres mil hombres.

Siguen sin embargo las Córtes encabezando sus actas con el nombre de Fernando.

Discuerdan las Córtes con Riego, pero mucho mas entre sí; opinando unos, que se cuente con el rey para todo, acatándolo por su escelsa jerarquía, y otros que se le desatienda, y aun se le atropelle, si el caso lo requiere; pues tan solo puede servir de estorbo y contraresto, para todas las disposiciones del gobierno.

Vocea además el pueblo contra todas las escaseces que padece, y con las alas de Riego se pone ya en el disparador para atropellar á las mismas Córtes, cuando sobreviene una novedad que suena y regocija los ánimos, rebosando todo de abundancia y de satisfaccion.

Es grandísimo el ámbito del bloqueo, y no cabe á la escuadrilla ceñir absolutamente todos los puntos, hasta el estremo de ponerlos intransitables, particularmente por parte de noche. Sopla una ráfaga propicia, y el viento mismo trae desde Jibraltar á la plaza un convoy cuantioso de abastos, que se introduce por el caño de Santi Petri.

Animosos todos, se brindan á los jenerales para salir poderosa y ejecutivamente en demanda del enemigo, y arrollar y esterminar de cuajo todo el aparato de sus inmensas obras, á medio construir todavía.

El 16 de julio á las cinco de la madrugada, salen de Cádiz hasta nueve ó diez mil hombres, divididos en cuatro columnas. La primera compuesta de dos mil hombres, salva el caño de Santi Petri, junto á su embocadura en el mar, al resguardo de aquel fuerte y de las baterías de la isla de Leon. La segunda, con cinco mil hombres, pasa en tres divisiones el caño, por el puente de Suazo; la tercera de mil y doscientos desembarca en la Venta Nueva, y la cuarta sale del Trocadero, con catorce piezas de mayor calibre y al arrimo de doce cañoneras, se encamina á PuertoReal, ocupado por dos bata-

llones enemigos y sus cuerpos de dragones.

Avanza contra esta última un jeneral francés, encabezando su frente un jefe que sale de Puerto Real, y embiste á la columna, que se retira luego, con alguna pérdida, hácia el Trocadero. La tercera columna dirijida hácia la Venta Nueva, se mantiene al abrigo de las baterías.

La segunda columna, dividida en tres secciones, embiste al enemigo por tres puntos á un tiempo, el molino del Osio, un reducto cercano, y otro mas distante; pero no hay tino ni prontitud en la combinacion, y da lugar á que el enemigo vaya acudiendo de todas partes; y así logra rechazar sus avances hasta la misma isla de Leon.

Una seccion de la misma intenta apoderarse de una casa aspillada por el frente de Chiclana; vocea viva Riego, y marcha á paso redoblado sobre la misma casa; pero la guarnicion interior y tropas que están emboscadas por la cercanía, y otras partidas, acuden al golpe, tiran á metralla y hacen retroceder á los nuestros con pérdida de consideracion, hasta el mismo caño de donde habian salido. Y luego la columna primera tropieza al punto con un batallon, el cual sostenido por varias tropas le ataja el paso; y entonces con fuerzas triplicadas la persiguen atropelladamente.

Regresan los constitucionales, y piden una tregua para enterrar sus difuntos. Con este motivo se entablan coloquios, y el enemigo comete la maldad de embaucar con sus patrañas á nuestra soldadesca, y llevarse consigo algunos desertores.

Entretanto el jeneral francés Bourmont, que despues ha de sonar en estremo con la toma de Arjel, dispone desde Sevilla de fuerzas mayores, con las cuales, puesto siempre en acecho, logra imposibilitar á Lopez Baños la venida sobre el bloqueo de Cádiz.

Baños junta alguna jente en el condado de Niebla, donde el brigadier agudísimo Ramirez le acompaña, y desde las ensenadas cercanas á Jibraltar, logra enviar é introducir abastos de consideracion en Cádiz; mas acude sobre aquella escasa division, francesada tan exorbitante, que le es fuerza retirarse á la serranía de Ronda, y desde allí seguir hostilizando mas y mas al enemigo.

Angulema se esmera desde Madrid en activar el sitio de Cádiz, y en dirijir los movimientos enemigos por toda la Península, y su presencia es conducente para desautorizar mas por cada dia el influjo de las Córtes, acorraladas ya absolutamente en un solo punto.

Procúrase engrandecer la Rejencia intrusa madrileña, con el reconocimiento de Prusia y Rusia por sus embajadores, y la presencia de tantos personajes en la capital fomentaba sin término la plaga mortal de los realistas. Pero Angulema conceptua su presencia provechosa en las líneas de Cádiz, para adelantar ejecutivamente su rendicion; y así se encamina allá el primero de agosto, repartiendo á su modo nuevamente las fuerzas francesas por todas las provincias.

Sabe Angulema en el camino el ajuste inicuo del fementido Ballesteros con el francés Molitor, y presenciando los disparos y violencias de la chusma realista contra los indefensos constitucionales, pregona por su propio ímpetu una ordenanza (que despues se estuvo invocando repetidamente, aunque en balde, bajo el despotismo de Fernando VII) cuyo cumplimiento exactísimo no podia menos de afianzar el sosiego de la nacion española.

Decia así:

Artículo 1.° Las justicias españolas ningun arresto podrán ejecutar, sin la autorizacion del comandante francés de su distrito.

Art. 2.° Los jefes franceses libertarán á cuantos se hallan presos arbitrariamente, por causas políticas, y con especialidad á los milicianos nacionales, al regresar á sus hogares; á no mediar motivos muy patentes de queja, despues de aquel regreso.

Art. 3.° Los comandantes franceses quedan autorizados, para prender y encarcelar á cuantos contravinieren á esta disposicion.

Art. 4.° Todos los periódicos y periodistas quedan desde ahora escudados con el resguardo de las tropas francesas. Andujar, á 8 de agosto de 1822.

Angulema pasa luego á Córdova, y adelantándose á la tropa que lleva consigo desde Madrid, se encamina á Cádiz, y llegando el 16 á su línea, plantea su cuartel jeneral en el puerto de Santa María.

Se celebra luego consejo de guerra, y en él se decide el asalto del Trocadero; pues por mas dificultades que ofrezca, ha de servir de escala, ó tránsito, para la isla de Leon.

En la noche del 19 al 20 los Franceses trabajan desaladamente, y abren una trinchera que les franquee el paso á su salvo hasta la misma línea nuestra; pues dista demasiado el Trocadero de Puerto Real, para poder llegar en formacion al punto ideado. Envia desde luego Angulema un parlamentario á Cádiz, al cual recibe el gobierno con suma atencion; mas esperanzado con la nueva espedicion de Riego por Granada, se desentiende altamente de todo asomo de capitulacion.

Se empeñan en desbaratar la batería de Angulema, pero al contrario se adelanta hasta veinte y cinco ú treinta pasos de la Cortadura,

que media entre el Trocadero y la tierra firme; y al mismo tiempo se está aparatando el éxito del gran desembarco. Batallones enteros se están ensayando dia y noche en el pormenor de aquella operacion, repitiéndola miles de veces por amaestrarse hasta lo sumo.

Se afana igualmente la marina, pues se apodera de la isla Verde y de Aljeciras, y luego tambien de Tarifa; y así se cortan los vuelos á todo fino Español que se empeña en seguir abasteciendo á Cádiz. Obvias son por lo mas estas decantadas ventajas, pues el desvarío despótico, lo va mas y mas contaminando todo, y así con dos ó tres fragatas solas señorea el enemigo la costa, á todo su albedrío.

Junta luego hasta sesenta lanchones y otros bajeles en Rota, colocando unos cincuenta hombres por buque, para verificar su ansiado desembarco; y cuantas tropas hay por aquel punto se están igualmente adestrando en el mismo ejercicio.

Acude además una escuadra con varios navíos de línea, sus cañoneras y hasta diez bombarderas, completamente pertrechadas.

El 23 de agosto se arrojan cien Españoles, descolgados del Trocadero sobre la misma trinchera para allanarla, pero se agolpan allí á enjambres los enemigos, y consiguen arrollarlos, con lo cual el 27 les queda la trinchera corriente; y luego el 29 dan ya por consumadas sus faenas.

Descubre el enemigo, siempre ojo avizor, un pasajillo transitable entre dos baterías nuestras; fija el avance para la noche siguiente, y dispone un redoble infernal de fuegos por todos sus puntos; y el 30 es tan estremado el estruendo, que tiene sobresaltado á todo Cádiz; cesa por fin y entónces los sitiados se esmeran con tal ahinco en sus descargas que destrozan la batería de Angulema, y dándola por absolutamente desmontada, celebra el jentío aquel anhelado logro con iluminaciones y algazara.

En aquel mismo trance, se agolpan las tropas en tres columnas, y sobre el propio sitio rompen el movimiento, acompañadas de zapadores y artilleros, á la zaga y como en reserva. Marchan todos en silencio, á las órdenes de oficiales que en las noches anteriores han estado reconociendo el sitio. A media noche se adelantan por la trinchera, hasta colocarse al frente del paraje determinado, teniendo ya de antemano dispuesto el terreno para irse al golpe formando en divisiones.

Tan sumo es el silencio del enemigo que nuestros escuchas no lo divisan hasta que la primera compañía descuella sobre la trinchera, y toda una columna se reparte luego á derecha é izquierda, y se dispara sobre baterías y atrincheramientos. Ejecutan todos el movimiento con arrojo, y el avance dispuesto para las dos y media de la madrugada, que era el punto de la baja mar, se verifica á las dos y un cuarto, por el ímpetu de los asaltadores. Sorprenden así á nuestras guardias, hasta que vueltas en sí, por fin rompen el fuego, cuando las primeras compañías van ya entrando en el agua.

Median tan solos cuarenta pasos entre la salida enemiga de la trinchera y la Cortadura, ancha de mas de sesenta varas y honda de cuatro piés y medio, que zanja y aisla el Trocadero. La primera columna atraviesa en un cuarto de hora el ámbito del fuego de metralla y fusilería, y trepa á las trincheras al eco de viva el rey, que es el santo de aquella noche. Se desvian las divisiones á diestro y siniestro, se apoderan de nuestras baterías, y nos asestan al golpe cuarenta y cinco piezas.

La segunda columna enemiga, siguiendo á la primera, arrolla á nuestras reservas que están en el molino de Guerra; se apodera del sitio, y apresa á sus defensores. Todo es pavor y vaiven por nuestra parte; feneciendo los infelices artilleros sobre sus propios cañones ó en su defensa, las demás tropas huyen hácia las casas del Trocadero; y desde luego se está viendo la carencia total de prevision y vijilancia por nuestra parte, y sobre todo los ningunos preparativos y resguardos para atajar la marcha á todo enemigo. ¿Quién no cuaja de antemano el caño ú los caños de abrojos, caballos de Frisia y demás arbitrios; afianzándolo todo con plomos y estacas en la baja mar? ¿Quién no está en aquellos momentos alerta con dobles ó triples guardias? ¿Quién no tiene á la mano miles ó millones de granadas y mistos? En fin, nos sucede en aquel caso lo de siempre, que es darlo todo por previsto y por hecho, hasta que llega y da su esplosion el desengaño.

Como quiera, los enemigos dan todavía tregua para embestirlos y esterminarlos; pero mientras están inmobles, y con los cartuchos mojados y las armas inservibles, no les ocurre á nuestros jefes el embestirlos y dar cuenta de ellos en dos horas; en fin lo de siempre; nada absolutamente se hizo.

Permanecen allí á sus anchuras, largo rato, llega luego Angulema, median arengas y vivas, y al amanecer, municionados de nuevo, vuelven la artillería contra las mismas casas del Trocadero; y la escuadrilla enemiga yendo á incorporarse con la escuadra principal, tropieza con quince cañoneras nuestras; y los marinos españoles, diestrísimos en el manejo de lanchas, embisten, pelean y arrollan á la escuadrilla contraria, hasta que sus buques mayores, sostenidos por la tropa recien entrada, imposibilitan ya la resistencia de las lanchas.

Se sostiene entretanto la guarnicion atrincherada en derredor del enemigo; pero como este tiene ya el tránsito espedito, y recibe mas y mas refuerzos, tiene en su mano el avanzar por donde le acomoda, con fuerzas muy superiores. Embiste una columna poderosísima, y aunque la tropa del mismo Trocadero resiste mas y mas al nuevo avance, dando sobradísimo lugar para que acudan refuerzos, no llegan estos; y por mas que el primer cuerpo francés que asoma á la salida del caminillo estrecho que media entre los combatientes, queda absolutamente destrozado, llegan otros y otros, y los nuestros yacen, ó mas bien fenecen todos en su perpetuo desamparo; teniendo los poquísimos restantes que ceder al enjambre de enemigos que los estrecha en derredor.

Con tantísimo abandono, la guarnicion reducida á la nada, se empantana al retirarse por los caños, y al dia siguiente Angulema alborozado hasta lo sumo, se esmera y se solaza en ir á diestro y siniestro repartiendo premios á sus campeones.

En fin, se perdió el Trocadero, y suena y resuena aquel triunfo en Madrid, en París (1) y en toda Europa.

(1) La fatuidad parisiense inventa modas sobre cuanto acontece en el orbe, y entónces entusiasmados todos con los timbres de Angulema, á quien pasado algun tiempo habian de menospreciar, perseguir y desterrar, se arrebatan y enloquecen con aquel acontecimiento.

Hasta las damas, esto es las modistas, inventan, por supuesto para ganar dinero, un traje particular, ó mas bien como cualquiera otro, titulado del *Trocaderró*, pronunciándolo bárbaramente con la última sílaba recargadísima, pero esta ridiculez importaria muy poco, á no mediar la trascendencia suma de aquella ocupacion inesperada para la suerte de Cádiz y de la nacion entera, que está colgada del paradero de aquel sitio.

Como quiera, á la madrugada, guarnicion, gobierno, congreso y vecindario, todos se asoman, todos se miran y enmudecen y se postran.

Es el asunto muy formal para aplicarle chanzonetas, pero por lo demás le cuadraba, como sucede con harta frecuencia, aquello del coplero Isla, con sus ridículos equivoquillos:

En un sermon de empeño
Se perdió un fraile:
Es propio de *naranjos*
Tener *azahares*.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOTERCERO.

Continúa Molitor sus operaciones. — Entrada en Almería y en Málaga. — Expedicion de Riego. — Queda derrotado en Jaca y prisionero, tras la refriega de Jodar. — Su causa y su muerte en el cadalso. — Situacion de Cataluña y del bloqueo de Barcelona. — Derrota de Milans y de Llobera en Cobritena y en Caldés. — Reencuentro en Llers. — Entrada en Figueras.

LAS MISMAS FECHAS.

Tras el convenio mal encubierto de Campillo, permanece Ballesteros con su idéntico mando, y su jente acuartelada por Cabra, Lucena, Montilla y Priego, en inaccion absoluta, mientras su contrincante, en armas y en ajuste, Molitor, se esplaya á diestro y siniestro, por Almería, Málaga y sus campiñas, en una palabra por donde le place á todas sus anchuras y sin la menor zozobra, ni privacion, ni escasez, de cuanto apetece; y así puede guarnecer á medias, esto es de sobras, los pueblos por donde se pasea á fuer de viandante, ó mas bien de dueño, y aun enviar una porcion de batallones á Cádiz; quedando entónces harto inferior á Ballesteros, quien cuenta todavía mas de nueve mil hombres en sus filas.

Toma entretanto Riego á su cargo las reliquias del ejército de Zayas, á quien hace prender por el recelo de que entable y redondee otro ajuste, ó mas bien chapuz, como el de Ballesteros, para quedar luego al par en inaccion, é inutilizar igualmente sus fuerzas. Junta seis mil hombres, trata de enriscarse por la serranía de Ronda, para hostilizar á los bloqueadores de Cádiz, ó arrimarse á los acantonamientos de Ballesteros, y quitarle su jente. Se halla en Málaga

y recela Molitor que intente pasar á Cartajena, para juntarse con el insigne Torrijos, el retador y aventador de los Franceses en campo raso. Sale un jeneral para atajarle el rumbo de Cartajena, otro para el de Ronda, y otro mas para el de los cuarteles de Ballesteros; de modo que aun no se ha movido Riego, y á pesar de su medianillo desempeño, con su prestijio solo está ya empleando el afan y las marchas y contramarchas de tres divisiones francesas.

La primera, despues de vagar en balde acá y acullá, asoma sobre Almería, intima á la guarnicion su entrega bajo el contrato de Ballesteros, y despues de aparentar sumo menosprecio con la francesada, el comandante, contaminado como todos, amaina se allana y admite al enemigo en la plaza; y entretanto quinientos hombres de la guarnicion ándan absolutamente desmandados por la campiña, saqueándolo todo, sin que Españoles ni Franceses los atajen; y este es uno de los muchos resultados fatalísimos de aquella invasion enemiga.

Agolpa entónces Molitor un sinnúmero de fuerzas, ya suyas ó de realistas, sobre Málaga, contra Riego, quien se marcha con mas de mil hombres á Velez Málaga, y envia á Marcochini, quien reforzado con jente de Cartajena, debe internarse de nuevo por Andalucía, y asomarse tambien á los campamentos de Ballesteros. Llega el enemigo á Málaga, su corta guarnicion y su vil populacho, ya estragados todos, se rinden al punto, y así marchan todos en demanda de Riego.

Los enemigos, á título de perseguir á sus secuaces, dominan ahora por el mar, y se apoderan de las embarcaciones recien salidas de Málaga, como si fuesen parciales del jeneral; y así por donde quiera todo se vuelve robos, piratería y desventura para la nacion entera, merced á la arbitrariedad y desenfreno de los advenedizos, quienes ante todo se afanan por desarmar ejecutivamente á los nacionales malagueños,

Sale Riego, llega á la Puebla de Verja, y desconfiando de sus cortas fuerzas y de contrarestar al enemigo en su rumbo á Cartajena, procura internarse por la vega de Granada: Se adelanta luego hasta el cuartel jeneral de Ballesteros, quien le sale al encuentro con las tropas que tiene á la mano, para oponerse al verdadero español; entretanto la jente de Ballesteros le sigue con suma repugnancia, y al estar á tiro la de Riego, se estiende á derecha é izquierda voceando «¿á qué viene pelear? ¿como se entiende? aquí todos somos hermanos, viva la nacion libre, viva la Constitucion, vivan los jenerales.

Entónces la tropa de Ballesteros se desentiende absolutamente de toda pelea, se abrazan todos; no hay mas que regocijo y algazara, y ambos cuerpos acompañan á sus jenerales voceando y repitiendo, «Viva la Constitucion.» Cede Ballesteros á la necesidad, pero luego convoca á sus jefes y les encarga que haga salir los cuerpos de Priego, que es el pueblo donde se hallan; y la tropa obedece.

Entónces Riego insta encarecidamente á Ballesteros para que siga el partido nacional, y se desentienda de su bastardía; pero el traidor á su patria blasona ahora de pundonoroso, aferrándose en su deslealtad; y entónces Riego, quita á Ballesteros su guardia para ponerle otra de los cuerpos que ha traido consigo, y en suma tiene preso á Ballesteros; pero como sus rejimientos se alborotan y claman por él, entónces tiene Riego que ponerlo en libertad, y por el recelo del enemigo con fuerzas mas superiores, sale de Priego y se encamina por el pronto á Alcaudete.

El francés enterado de todo, le sigue las huellas, y llega el 13 por la madrugada y lo alcanza en Jaen. Guarnece Riego murallas y castillo, envia algunos escuadrones con infantería contra la vanguardia enemiga, y reparte tiradores por los jardines frondosísimos que cercan al pueblo. Coloca luego su izquierda al arrimo del pueblo, y la derecha sobre la orilla del rio; al abrigo de varios cerros y de un barranco que corre desde la ciudad hasta el rio.

El enemigo trae poca infantería, pero escede mucho á Riego por su crecidísima caballería, y desde luego logra colocar sus guerrillas por varias cumbres que dominan la puerta por aquella parte; cumbres que se debieron ocupar al golpe por nosotros, como tambien luego trabar la pelea antes de la llegada de su infantería cansadísima, que por fin se incorpora con la caballería, y procura encaramarse á otra cima que señorea y sirve de padrastro al castillo; punto que igualmente debió resguardarse de antemano. Coloca tambien artillería contra la carretera y guerrillas en unos escombros, tambien cercanos á la puerta sobredicha.

Un coronel francés intenta trepar con dos rejimientos de infantería á las cumbres ocupadas oportunamente por los nuestros, pero quedan completamente rechazados antes de pisar las faldas ínfimas del monte y entónces tienen que acudir á reunirse con la demás infantería francesa.

Hacen luego los nuestros una salida, pero son tantísimas las guerrillas enemigas agoldadas sobre la puerta que imposibilitan el avance; redoblan además con sus muchas fuerzas por los jardines los tiradores y se van apoderando de ellos ejecutivamente; traen luego mucha artillería de campaña, y desalojan con ella en gran parte á nuestra caballería.

Entónces la retaguardia de Riego, quedada sola en la plaza, emprende otra salida, pero la superioridad enemiga la rechaza, y tras la retirada, se esmera en atrancar y zanjar las puertas; y entretanto Riego procura agolpar todas sus fuerzas sobre un mismo punto. Se jeneraliza entónces la refriega, pero el enemigo sobrado de tropas por todos los puntos, puede cercar el castillo, además de foguearlo desde el padrastro sobredicho, y sucediendo lo mismo por donde quiera, tiene Riego que ir cejando, aunque lo verifica con suma valentía y laudable intelijencia, sin volver jamás la espalda ni atropellar el movimiento por parte alguna; pues de loma en loma y de cerro en cerro, se va retirando pausada y aun victoriosamente por la carretera de Martos; resguardando siempre su caballería, sumamente inferior á la enemiga, por la espalda de sus batallones, y acudiendo á robustecer con algunas compañías su derecha, apoyada sobre el rio de Jaen.

Hace luego un alto, y por mas que el enemigo le embiste en su colocacion aventajada de un cerro, lo rechaza mas y mas siempre; y aunque tras larga resistencia de nuestras guerrillas logra atravesar el rio, sigue Riego peleando y marchando en órden, sin el menor asomo de precipitacion; pero sus fuerzas, que desde el principio eran inferiores, son por cada instante mas desproporporcionadas, teniendo por fin que ponerse en salvo á duras penas, en el pueblo de Mancha Real.

Cansadísimo el enemigo, todavía llega aquella misma noche á las cercanías del propio punto, y aunque su pérdida ha sido grandísima, es mas dolorosa y mas trascendental la de Riego, recayendo, como se ha repetido ya, en su respectiva y desigualísima cortedad, en todo jénero de medios y recursos.

Conceptua el enemigo, siempre medroso, que Riego se ha de encaminar á Ubeda, en busca de los campamentos de Ballesteros, situados por aquella parte, para atraer en lo posible sus tropas, y así el jeneral francés que manda en Jaen y Córdova, hecho cargo de que el supuesto exánime por las relaciones de sus compañeros, se halla todavía, en lo que cabe, lozano y emprendedor, se entera de que el difunto resucitado está marchando hácia el ejército indebidamente capitulado, y envia un jefe, con fuerzas de consideracion, para ver de atajarle el rumbo.

Cerciorado este de que Riego lleva adelante su intento, encaminándose con efecto hácia Ubeda, y pidiendo medrosamente auxilios á derecha é izquierda, se aposenta él mismo en el paraje propio por donde el célebre español ha de atravesar el Guadalquivir, y dejando allí toda su infantería, se marcha personalmente con un cuerpo de caballería hácia Ubeda. Encuentra el francés á Riego en Jodar, y hallándose la infantería emboscada en un olivar, le hace fuego y lo ahuyenta, y en aquel descalabro tropieza corriendo á escape con un escuadron de Riego, que se encamina no ya á Ubeda sino á Cazorla.

Logra Riego, en medio de la sorpresa, formarse por la falda de los cerros que median entre Cazorla y Cabra, y luego marcha á su salvo de cumbre en cumbre, llevando la caballería en su centro. Se comunican el aviso de aquella marcha los jefes enemigos, y se agolpan á miles sobre el ya escaso cuerpo español. La francesada entonces, viendo la retaguardia nuestra sin arrimo, y sin saber acudir á tiempo desde la cabeza de la columna á resguardarla, se agolpa con la caballería de todas partes, y embiste á los indefensos; pero estos se forman en cuadro al resguardo de un cerro, alejan y escarmientan al enemigo, mas llegan en aquel trance rejimientos enteros de enemigos y logran, alternando sus avances incesantes, desmoronar y luego desbaratar aquella formacion tan gallarda y aquella resistencia tan heróica. Se atropellan mas y mas los refuerzos enemigos, y entónces Riego tiene que retirarse, perdiendo al pronto unos sesenta hombres en la misma formacion, y despues muchos mas, con parte del bagaje y la caja de un rejimiento.

A la madrugada, viéndose Riego ya en total desamparo, se marchacon tres compañeros al cortijo de Aljonquillos, y el cortijero y sus mozos cometen la villanía de avisar á los comandantes franceses que hay allí cuatro hombres, al parecer constitucionales; acuden con caballería y los prenden y conducen á Andújar, donde el populacho, en pago de sus heroicidades inauditas por la causa nacional, contra la soldadesca advenediza y avasalladora, se empeña en abalanzarse á él y destrozarlo.

Lo resguardan por entonces, y luego la misma tropa enemiga lo conduce hasta Madrid, donde lo empozan en una mazmorra, lo encausan, y la sala de Alcaldes de casa y corte lo sentencia á pena capital, que se ejecuta en medio de grandísima concurrencia el 7 de noviembre de 1822, sin que tenga el rey la jenerosidad de indultarles.

Derrotado y preso Riego no queda mas contraresto para la francesada por aquella parte que el de un batallon que se tituló *sagrado*, á las órdenes de Marcochini, que echa el resto por incorporarse con la invicta guarnicion de Cartajena, mandada por el valiente Torrijos; mas tropezó siempre con fuerzas infinitamente superiores, que le atajaron insuperablemente el rumbo y vino por fin á quedar, como allá el Guadiana, sumido en los arenales, vino á quedar por fin, palpitante, exánime y fantástico.

Con tantos vaivenes mas ó menos violentos, resulta el reino de Granada absolutamente despejado de constitucionales, y los Franceses campean, y los pueblos insensatos los aclaman, y todos se muestran ufanísimos, al ver que les fraguan, les cargan y les remachan, para siempre, sus enormes cadenas.

Volvamos á la desventurada Cataluña, que viene á quedar tan en esqueleto como el reino de Granada.

Llueven, diluvian mas y mas Franceses, y todos asestan sus miradas, sus movimientos y sus embates sobre el único caudillo constitucional que viene á quedar en pié, tras la caterva que blasonando de tales, van desapareciendo del teatro ansioso y trabajosísimo de la guerra. Ya se ha visto que Mina es un navarro záfio, de ninguna educacion, de escasísimos alcances y de arranques harto rastreros y plebeyos; pero aquel vulgarísimo individuo atesora, allá en su tosca existencia, mas teson, mas pundonor y mas españolismo, que todos sus compañeros juntos.

Los jenerales Milans y Llobera, despues de su desman en Jorba, permanecen al arrimo de Tarragona, y se ponen luego en ademan de marchar contra Eroles, aposentado en Calaf, para en seguida encaminarse á Vich, y Figueras; con alientos de emprender su campaña por el interior de Francia.

Sigue Moncey acuartelado en Villa-Franca, para estar á la mira del sitio de Barcelona, y va siempre ideando nuevos medios, para contrarestar los ímpetus de Milans y de Llobera.

Como la villanía del populacho propende ahora al predominio de estranjeros y afrancesados, contra los verdaderos intereses nacionales, sabe el baron de Eroles por ápices cuanto disponen los caudillos Españoles, y aparata cuanto conduce al intento de frustrarles sus planes. Les consta la oficiosidad de las espías enemigas, y por lo mismo varian de pensamiento; pero lo sabe tambien al punto Eroles, y siendo ahora el objeto sorprender á Manresa, ocupada por cinco batallones, acude á reforzarlos, y espera allí el nuevo avance que se verifica por Cabriana; y entonces Franceses y afrancesados los embisten á porfía, y los van persiguiendo hasta Caldés, pueblecillo que media entre Manresa y Vich, situado en la falda de un picacho que lo domina. Se aposentan allí los Españoles, resguardando sus estremos por derecha é izquierda sobre altísimos despeñaderos, y escudados al frente por un barranco, para cuyo tránsito hay un puente, y luego tienen sus guerrillas emboscadas en los carrascales inmediatos.

El enemigo se arroja denodadamente al bosque, y arrollando á las guerrillas logra acorralarlas contra un punto que trata de asaltar mas; queda atajado absolutamente desde el primer cerro; sin embargo, su vanguardia se abalanza á nuestra caballería, de suyo inferior, y la arrolla sobre un viñedo. Adelántase un rejimiento francés en tres columnas, y acuden otras tres á contrarestarle, y encontrándose luego, se rompe el fuego por los estremos, y se pelea, trayendo el francés piezas de montaña, desesperadamente.

Otro rejimiento enemigo acude al trance, cuando se ve cercado por el rejimiento español de Canarias, y queda encajonado entre dos fuegos; hieren mortalmente á sus jefes y á varios oficiales, le quitan un cañon y lo vuelven contra él; pero un batallon francés acude por el costado y recobra la pieza; viene otro rejimiento enemigo y se encumbra sobre un cerro; le sobreviene otro batallon mas, logra atravesar el barranco, y embistiendo por la izquierda, hace llamada á los nuestros del centro. Se respaldan entonces sobre un caserío, pero embisten guerrillas enemigas por detras, y tienen los nuestros que trepar á otros dos picachos; mas no pudiendo subsistir allí, por la superioridad enemiga, tienen que retirarse, perdiendo un piquete de retaguardia.

Padece aquel inesperado quebranto nuestra izquierda, al paso que la derecha viéndose cercada por mayores fuerzas, tiene tambien que retirarse. Se encaminan todos á Moya, y aunque el enemigo sigue el alcance, haciendo varios altos, se les rechaza y escarmienta siempre con ventaja; cometiendo entonces el infame paisanaje la atrocidad infernal, de ir matando á nuestros heridos que se rezagan en la retirada.

Otra maldad, propia del tiempo, del país y de la barbarie. Al asomar nuestra columna sobre Moya, el vecindario atranca sus bocacalles, y la rechaza, teniendo que enriscarse tras tantísima fatiga, por nuevos picachos, para llegar, con sumo descalabro el 23 de agosto á Tarragona, pereciendo muchísimos, como se ha dicho, á manos del execrable paisanaje.

Sabedor Moncey del éxito en la refriega de Caldés, intenta en vano atajar la retirada de los constitucionales á Tarragona, y entonces se empeña en sitiar aquella plaza. El 22 el baron de Eroles se aposenta en Monblanc, y la francesada se coloca en varios puntos de las cercanías, se acuartela al punto en el Vendrell, luego en Torre de en Barra y despues en Valls.

No queda por esto cercada Tarragona, pues se requeria tambien ocupar á Reus, Villa-Seca y otros puntos; mas no cabe al enemigo disponer de mas tropas sin destroncar sus fuerzas sobre Barcelona, y así tiene que contentarse con un cerco anchuroso y desunido, que sin embargo podia facilitar el intento de una embestida

repentina, de un golpe de mano, que está allá ideando el francés en sus combinaciones.

No calan los nuestros toda aquella trascendencia, pero están presenciando la ida á Valls, y por lo mismo intentan utilizar aquel desvío con algun avance sobre cualquiera de los puntos descarriados para su defensa, y clavan sus miras en Altafulla. Salen pues el 17 por la madrugada, con cinco mil infantes y doscientos cincuenta caballos, con dos obuses de á seis, de Tarragona en demanda de Altafulla, en donde los está ya mirando, desde la hermita de San Antonio, el comandante francés, y se aparata ejecutivamente para contrarestarlos.

Descuella un picacho, por la orilla derecha del Cuyá y á la inmediacion de la carretera de Tarragona, al frente de Altafulla, con la capilla de San Juan, y se coloca allí una compañía francesa. Vienen los nuestros en tres columnas, y una con mil ó mas hombres se encamina al sobredidicho paraje; otra columna sigue la carretera, y luego la tercera toma el rumbo hácia Torre de en Barra, arrollando así la línea enemiga sobre Tarragona.

Refuerza el enemigo su compañía de la hermita, colocando en la falda artillería de varios calibres y clases, con parte de un rejimiento, dejando la otra porcion en reserva; y como tiene muchas mas fuerzas de las que suponen los nuestros, situa un batallon entero en la aldeilla de la Riera, coloca todo un rejimiento entre el pueblo y la carretera, y luego un escuadron entero á su espalda; y todavía le sobran dos batallones para formar una reserva de confianza, á las órdenes de un jeneral.

Avanzan los nuestros, acude el enemigo á su encuentro sin romper el fuego, dejándonos hacer hasta cinco descargas sin mas que presentar sus bayonetas al frente; pero luego se abalanza y arrolla nuestra línea por un estremo, de modo que es forzoso trepar á los cerros cercanos á la carretera, y acudiendo el enemigo con fuerzas muy superiores, se apodera de las alturas. Parapetados los de Riera rechazan á sus anchuras la segunda columna, y luego todos tienen que dar la espalda y retirarse, sin gran quebranto, á Tarragona.

Moncey, que se halla á la sazon en Valls, á seis leguas de Altafulla, sabedor de aquel avance, envia á su comodin Eroles con un jeneral francés; mas enterado luego del malogro de nuestro intento, regresan todos á sus destinos.

Tiene ya ideado el francés un avance sobre Tarragona, y aquella salida le corrobora en su pensamiento. Emplaza el dia y las tropas, encabezadas por el sempiterno Eroles; se situan todos al frente de la plaza, y luego se van separando, para acudir despues cada cual á su debido punto. No los esperan los nuestros en el recinto, salen, se situan donde les acomoda, rompen el fuego, desbaratan la especie de línea que tienen formada, y tras cinco horas de fuego los alejan á larga distancia; y entonces Moncey se halla con avisos de los suyos que le llaman al bloqueo de Barcelona, y marcha allá con sus principales fuerzas, dejando algunas para contener en lo posible la guarnicion de Tarragona. Sirve tambien aquella marcha de pretesto al francés para encubrir en parte el bochorno de su arrojo imprudente y costoso rechazo.

La guarnicion de Barcelona, tras el malogro de sus salidas, permanece inmoble en su recinto; pero el gobernador suizo Rotten y demás jefes, echan el resto para envalentonar la tropa, y logran enardecerla en términos de pedir con ansia nuevos trances, y una salida ejecutiva y poderosa; con arreglo al plan arrojadísimo que se ventila y acuerda en un consejo de guerra.

En suma, se va á salir de Barcelona, arrollar el bloqueo, acudir á Figueras, incorporarse con su guarnicion, desemponzoñar la costa de infames enemigos, recorrer todo el principado, reentronizar el sistema constitucional; y el brigadier Fernandez toma enteramente á su cargo la ejecucion de plan tan arduo y arriesgado.

Escoje para su segundo al coronel Meneses, del rejimiento de Barbastro, oficial denodado y completo, amantísimo de la revolucion, quien compone su vanguardia de estranjeros, franceses, piamonteses y suizos, al mando del jeneral Pecharelí, y un batallon de Leon, y otro de los siempre valientes de Barbastro. Luego un batallon provincial, y otros dos titulados de la Constitucion y el Soberano Nacional; pero todos escasos de fuerza, pues su conjunto venia á componer tan solo de tres á cuatro mil hombres.

Cuenta el enemigo con salida cercana, como se verifica el 10. Asoman tres columnas poderosas que componen hasta seis mil hombres, y embisten á un mismo tiempo alas y centro del bloqueo, y avanzan por Gracia, San Martin y el Hospitalet. En ninguno de los puntos se formaliza la pelea, siendo únicamente el objeto encubrir la salida de Fernandez, como lo verifica en la noche obscurísima del 9 al 10, quien desembarca felizmente en Castillet de Mongat, mientras los bloqueadores del mar tienen que alejarse de la costa por el temporal reinante, con amago de mayor tormenta.

Enterados los jenerales franceses de aquella novedad, agolpan batallones, y acuden á las espaldas de los nuestros. Llega Fernandez el 11 á Hostalrich, pero hace poquísimo alto, pues el intento es marchar á Figueras, redoblando siempre sus marchas. Empedernidos encuentra y afrancesados bárbaramente, el gallardo caudi-

llo los pueblos semi-salvajes, no haciendo mella en sus ánimos, ni las exhortaciones, ni las amenazas, antes bien los montaraces emboscados, escopetean acá y acullá á los nuestros.

Conmovida la francesada con tamaña aparicion, acude ya desde Jerona, ya desde otros puntos; y la acompañan viles cuerpos españoles alistados con ella, encaminándose á Besalú, y echando el resto de su dilijencia y azoramiento, para atajar los progresos de la columna; de modo que se anticipan en la llegada á dicho pueblo.

El 15 de setiembre el francés Dumas se coloca delante de Lladó, sobre el camino de Besalú, hácia donde se encamina Fernandez. Se adelanta el enemigo y tropieza con nuestra vanguardia que lo rechaza, arrolla y aventa. Acuden mas franceses, hasta el punto de entorpecer la marcha á nuestra vanguardia, pero destacando esta su caballería, flanquea á toda la columna francesa. Carga el enemigo con tantas fuerzas por el frente que nos imposibilita la marcha sobre Figueras, y hay que embestir á Lladó para despejar el rumbo por la izquierda, hácia San Martin de Sullera. Avanza alguna infantería nuestra sobre la derecha enemiga, pero hay que cejar, por cuanto la sostiene todo un cuerpo de lanceros.

Al anochecer, Fernandez tiene que tomar posicion, y luego á pesar de la resistencia del enemigo, logra ocupar á Besalú, y amanecer en formacion completa, ciñendo todos los puntos amenazados. Pero con aquella detencion y los choques de la víspera, está ya alborotado el país, se conmueven á largas leguas los enemigos, y se va dificultando mas y mas aquella empresa, á la verdad un tanto anovelada.

Adelántanse al paisanaje realista, encaminándose á los peñascos que median entre Llers y Viñonet. El enemigo se embosca y tira á su salvo sobre la columna; hieren á Fernandez y su columna se descompone; entonces los Franceses se le abalanzan, y viéndose los nuestros encajonados en aquella estrechez, tienen que capitular.

Cesa el fuego, media un convenio honorífico, y los constitucionales piden la vida para los desertores que llevan consigo; mas el jefe enemigo contesta que tan solo le cabe el implorar la clemencia del rey á su favor. Son los prisioneros como dos mil, y se verifica aquel suceso en 17 de setiembre, cuando están ya las tropas á la vista de Figueras; y como la guarnicion ha presenciado el trance, se desalienta de resultas en gran manera. Su gobernador, con aquel desengaño, se aviene á capitular, y entra el enemigo en la fortaleza, donde halla hasta ciento treinta y nueve piezas de bronce de diversos calibres.

Aquel postrer quebranto da al través con la entereza de los constitucionales en Cataluña, pues ya sus caudillos mas descollantes se dan á partido, y tan solo vienen á quedar Barcelona y algunas plazas mas, por el sistema constitucional, y cuyas guarniciones no pueden alcanzar á sostener la guerra por el campo.

Con esta suma ventaja para el enemigo, puede ya desde luego, y muy á su salvo, dedicarse á emprender los sitios restantes. Por tanto las operaciones militares ofrecen ya poquísimo interés por aquella parte, pues no caben ya encuentros con un partido, encajonado, con mas ó menos estrechez, en el recinto de sus plazas y mas inmediatas cercanías.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOCUARTO.

Quebranto de Cádiz con la pérdida del Trocadero. — Venida de un parlamentario, en demanda de Angulema. — Avance al fuerte de Santi Petri. — Se aparata otro avance sobre la isla de Leon. — Sobresalto en Cádiz. — Queda libre el monarca, y llega con su familia al puerto de Santa María. — Su marcha para Sevilla. — El enemigo entra en Cádiz y en la isla de Leon.

LAS MISMAS FECHAS.

En vano se esmera el gobierno en cohonestar el desman que cabe á la causa constitucional, con el quebranto del Trocadero. Van llegando lanchones cargados de heridos, se malicia lo sucedido, y el ministerio temeroso de un alboroto, manifiesta que va desde luego á enviar al jeneral Alava, de parlamentario, al duque de Angulema, con una carta del mismo rey.

Llega con efecto el mensajero, y se presenta al duque con la carta del rey, pidiendo tregua; pero Angulema contesta: que á nada se aviene, mientras el monarca no se halle absolutamente libre; y Alava regresa con aquella respuesta, manifestándola en seguida al gobierno y á la diputacion permanente de las Córtes; y como esta junta no se determina á tratar directamente con el enemigo, los ministros acuerdan convocar las Cortes estraordinarias.

Se verifica la reunion el 6 de setiembre, y consta de ciento y doce vocales, es por la noche, y se pronuncia, en nombre del rey, que no se aviene á verificar su apertura, un discurso encabezado en estos términos:

«Señores diputados:

El dia en que las Cortes terminaron su lejislatura, os manifesté, que si las circunstancias lo requerian, hallaria, en la convocacion de las Cortes estraordinarias, un puerto de salvamento para la nave del estado; y el informe que acompaña os patentizará, como la nave se halla en el disparador para naufragar, si el Congreso no logra salvarla.»

Harto á las claras muestra el gobierno su conflicto, con este arranque; y sin embargo, las Cortes providencian sosegadamente cuanto les parece mas adecuado para contrarestar la perdicion que les amaga, como si sus conatos hubiesen de ser muy certeros; pues todavía esperanzan que la estacion lluviosa ha de venir al instante, para imposibilitar al enemigo la permanencia por aquellos cenagales. Por tanto, resuelven seguir defendiéndose en Cádiz y en la isla de Leon, y para acudir á su escasez, ó mas bien careucia total de fondos, decretan un empréstito forzado de ocho millones de reales.

Entretanto Angulema, utilizando mas y mas su entrada en el Trocadero, estrecha con mayor ahinco el sitio, adelantando sus baterías el 4 de setiembre, hasta el punto de incendiar con los obuses los almacenes de leña en Puntales. Manda reconocer prolijamente las playas de la isla de Leon, y en vista de aquella dilijencia, dispone un avance sobre Santi Petri, como punto menos trabajoso para el intento, que todos los demás, disponiendo tras el desembarco por aquella parte, igual operacion por otras muchas.

Con aquel avance se venia en seguida la proporcion de estrechar hasta lo sumo el bloqueo marítimo de Cádiz, pues todos los dias se estaban presenciando bajeles entrantes en la bahía por aquel rumbo, cargados de abastos y pertrechos. Se plantea una batería para ocho piezas de á veinte y cuatro contra el fuerte; se habilitan las del mismo Trocadero, y concluido uno y otro, se forma sobre el propio frente, otra batería mayor, llamada del rey, con cuatro cañones del mismo calibre, y hasta once morteros. Todavía se construye otra batería sobre la derecha, para resguardar las anteriores contra los tiros de obús con que están amagando las cañoneras que conservan inalterablemente su formacion sobre los mismos caños; y esta última batería es grandísima con capacidad de admitir cuerpos enteros de infantería en su recinto.

Al presenciar los nuestros tantísimo preparativo, cejan con las cañoneras sobre Santi Petri y atajan la embocadura del caño del molino de San José, temerosos de que el enemigo llegue á desembarcar por allí en la misma isla de Leon; pero dejan á los Franceses en posesion de aquel punto á sus anchuras.

Ventea el temporal de travesía y ataja los ímpetus del enemigo, estimulado siempre con la presencia de Angulema, que traslada su cuartel jeneral del Puerto de Santa María á Chiclana; en ademan de presenciarlo todo y á todo trance, con ostentacion, ó sea fanfarronada de valentía.

Dispone entonces, bajo el dictámen y direccion de los injenieros, abrir trinchera doble por el légamo de la playa y adelantarse, con muchísimo trabajo, hasta el mismo fuerte, y plantear allí baterías nuevas para despejar de cañoneras aquella porcion del rio. Abonanza luego el tiempo, y se acerca toda una escuadra enemiga, y sostiene á los cuerpos de Santi Petri, que padecen infinito por las baterías de la isla de Leon que las flanquean á toda su satisfaccion. Acuden sin embargo los buques, y no es dable ya contrarestar en el puerto al fuego realmente infernal que se está padeciendo por mar y tierra, de modo que la guarnicion no puede ya menos de capitular. Consta ya tan solo de doscientos hombres muy escasos, y queda prisionera de guerra.

Rendido aquel fuerte, el enemigo entabla y lleva adelante con furia francesa el empeño de conseguir un tránsito y avance, sobre la misma isla de Leon. Vuelven á ejercitarse y amaestrarse sus tropas en la maniobra de embarque y desembarque, con toda prontitud y acierto, hasta que se perfeccionan en todos sus pormenores.

Aparata el francés al propio tiempo el bombardeo de Cádiz con estruendoso movimiento, estrechando mas y mas la plaza, y redoblando sus baterías con afan incesante, así de dia como de noche; presenciándolo todo Angulema, con serenidad, agrado y sonrisa.

Adelanta además la escuadra contra la plaza hasta diez bombarderas, y cinco obuseras, sostenidas luego por una escuadrilla de cañone-

ras, y acercándose mas y mas á su objeto; y se entabla en seguida el ensayo de aquel formidable bombardeo. Rompen el fuego á las ocho, y sigue hasta las diez y media, en que el viento contrario ataja allá ejecutivamente al enemigo.

Uno de los infinitos cargos que está á toda hora padeciendo nuestro torpísimo gobierno, es el perpetuo desamparo en que yace la desventurada marina. Cabalmente; como ya se dijo alguna otra vez, nuestros bizarros marinos son diestrísimos, son incontrastables, en el manejo de lanchas cañoneras, y no le ocurre á la superioridad, desde el punto de su llegada á Cádiz, el echar el resto en la construccion y el complemento de una escuadrilla poderosa de cincuenta, sesenta ó mas lanchas cañoneras, capaces de burlar los embates, y dar al través con cuantas fuerzas marítimas trajere el enemigo de todos sus arsenales. En suma, apenas llegan á veinte las que se llegan á juntar en aquel trance final; fuerza insuficiente para contrarestar la preponderancia enemiga.

Como quiera, en aquella primera embestida son como unas doscientas las bombas que vienen á caer en el recinto de Cádiz; y aunque no causan estrago de consideracion, sin embargo son suficientísimas para conmover y azorar al pueblo, que está ya clamando por capitulacion; apellidando, como siempre, traidores á los ministros, que en realidad no son mas que limitadísimos, y para decirlo de una vez, mentecatos. La tropa acompaña con sus clamores al vecindario, y por aquellos estremos dias llega tambien la noticia de la rendicion de Pamplona, que para el conflicto presente, causa poquísima mella en los ánimos, pero envalentona mas y mas al enemigo, y sobre todo, empapa en un mar de regocijo al ya como resucitado Fernando; y mas con los avances del sitiador sobre el fuerte de Santi Petri, y aun de la misma isla de Leon.

El gobierno entonces se hace cargo del estremo fatalílisimo de su situacion; se reunen la comision de Cortes, el ministerio, y la junta de defensa, y convocan á Burriel, comandante de la isla de Leon, al gobernador Valdés y demás jefes, para que les pongan de manifiesto el estado positivo de la plaza y todas las circunstancias de aquel trance.

Contestan al par, que no cabe contrarestar al enemigo; se esplaya Valdés en demostrar la pequeñez é insuficiencia de escuadrilla, y Burriel la pone de manifiesto y sin rebozo, el gran disgusto y sumo desaliento de la tropa. Léense ambos informes ante las Cortes, en la sesion del 28, y añaden luego los ministros, que se frustraron sus negociaciones, y que se niega por otra parte Angulema á toda comunicacion, mientras no se halle el rey en plena libertad; desentendiéndose además, los dependientes de Inglaterra de todo jénero de mediacion.

¿Qué arbitrio queda á las Cortes en tamaño trance? Con dilatar mas la resistencia se agolpan sobre Cádiz un mundo de fatalidades, sin fruto alguno; y entonces, hasta sesenta diputados contra treinta, prorumpen á porfía en que se devuelva al rey su autoridad suprema, enviándole desde luego una diputacion para manifestarle, que los Franceses no quieren tratar de suspension de hostilidades, sino mediando el mismo rey; por lo cual, suplican las Cortes á S. M. que tenga á bien pasar al cuartel jeneral de Angulema, para pactar las condiciones mas favorables al vecindario acongojado.

Admite el rey la diputacion sin demora, y se muestra deseoso de dar aquel paso, en los términos mas decorosos y graciables para la nacion.

Envia Fernando en seguida un jentil-hombre, á fin de participar al duque de Angulema aquella novedad, y desde luego se brinda á recibir la mañana siguiente al rey en el Puerto de Santa María, entrando el 23 victoreado por una concurrencia inmensa, que le está esperando con ansia. Por la tarde llega una lancha parlamentaria, y ocurre la novedad de que los milicianos de Madrid, quienes guarnecen la isla de Leon, sabedores de que la plaza se rinde sin condicion, temen caer en manos de la Rejencia real, y se rebelan, á menos de que por medio de un artículo conste su resguardo, se opondrán á la salida del rey; y así vienen el jeneral Alava y el diputado Torres, para pedir condiciones al duque de Angulema en la entrega del rey, cuya llegada se suspende por un dia.

Pero Angulema desoye á los diputados, amenazando con nuevo asalto, para en seguida pasar á cuchillo la guarnicion entera, y aun las mismas Cortes, si se propasan al menor desacato; pero Fernando se aviene á prometer cuanto le piden, firmándolo sin reparo de su puño, para despreciarlo ó revocarlo todo al dia siguiente, como lo verificó por ápices apenas estuvo en salvo.

Grandísimo es entretanto el hervidero en Cádiz, batallando ya los milicianos con el vecindario, hasta que sabido el nuevo arreglo, y llegado el rey al Puerto de Santa María, y abominando del contrato de la víspera, en términos poquísimo palaciegos (1), se aquietan los ánimos y se termina pacíficamente la farsa.

Con efecto, temeroso Fernando de algun tras-

(1) Apenas llega Fernando al Puerto de Santa María, prorumpe en una de sus espresiones predilectas, y muy castizas, aunque poco decorosas: «lo que firmé ayer al ca.... »

torno sangriento, se aviene á la publicacion de un bando, en que indulta á todos, reconoce las deudas contraidas por las Cortes, ratifica los grados y honores concedidos durante el sistema constitucional. Salen desde luego de Cádiz varios personajes, como tambien ministros, diputados y milicianos, y por fin, el 1.° de octubre, el rey con toda su familia, se embarca en su falúa enarbolando las armas de España; y llega en breve rato al puerto de Santa María.

La primera jestion de Fernando, puesto en libertad, es un solemnísimo decreto, declarando nulas y de ningun valor todas las actas del gobierno constitucional, desde el 7 de marzo de 1820 hasta el 1.° de octubre de 1823, ratificando al mismo tiempo todas las providencias y disposiciones de la primera junta provisional, y de la Rejencia planteada en Madrid, mandando tambien que cese ya dicha Rejencia, continuando por el pronto los ministros en sus respectivos despachos.

Permanece el rey poquísimo, así en el puerto de Santa María como en Sevilla, marchando luego escoltado por partidas de caballería, para ahuyentar las guerrillas que andan todavía infestando la carretera, y van desapareciendo en breves dias.

Se conceptua ya por terminada la campaña, puesto que el objeto principal es la reposicion de Fernando en su trono absoluto, y se halla ya ejerciendo colmadamente su soberanía; pero Angulema antes de retirarse, quiere afianzar, y como remachar la corona en la sien del monarca. Recibe luego noticias plausibles, sabiendo que en toda Vizcaya están ya dominando los Franceses, y luego le participan la capitulacion del heróico D. Francisco de la Peña, rendido únicamente á la precision del hambre, en San Sebastian; y de Santoña. Navarra, y Granada Murcia; todo se doblega. Quedan en Cataluña varias plazas, en ademán de rendirse en sabiendo el regreso del rey á su corte; pero entretanto recorren todavía un sin número de guerrillas el principado.

Asoma D. Evaristo San Miguel en Tarragona, y sale con tres mil hombres, para ir abasteciendo las fortalezas que todavía se resisten, y tiene que sortear los cuerpos enemigos en estremo preponderantes, para el logro de su intento. Amagado por Eroles ya muy poderoso con sus aumentos incesantes, y por una division francesa, se acoje á Lérida, y tratando de atravesar el Cinca é internarse por Aragon, le alcanza junto á Tremecen el 18 de octubre una reunion formidable de caballería enemiga, y á pesar de venir á quedar solo con un escuadron escaso, se defiende á todo trance contra fuerzas infinitamente superiores, sigue peleando hasta que cae exánime y atravesado á lanzazos, con once heridas y algunas gravísimas; y el enemigo lo recoje, en medio de cincuenta soldados muertos y ochenta heridos. Se pone sumo cuidado en su curacion, y por último se restablece y se lo llevan prisionero á Francia.

Aquel es el postrer encuentro de la francesada, pues aunque por Estremadura continua el jeneral Plasencia, guerreando, ú mas bien visitando pueblos, tiene luego que acojerse á Badajoz; y entretanto Ciudad Rodrigo, Alicante y Cartajena abren, casi á un mismo tiempo, sus puertas, y entran tropas nuevas en sus recintos.

Ajusta Moncey en Cataluña un convenio con Mina, para la entrega de Barcelona, Tarragona y Hostalrich, y salen las tropas airosamente con todos los honores de la guerra. Las van acantonando con sus armas, con su organizacion, y con la promesa de no incomodar jamás á la oficialidad por sus opiniones, ni por su conducta anterior.

Cuando todo yace por fin mudo y rendido, sale á campaña y descuella de nuevo el famoso D. Juan Martin Diaz, conocido con el nombre del *Empecinado*, quien marcha á Cáceres, pide algunas raciones, y campea sin oposicion hasta que al asomo de cuerpos crecidos de caballería enemiga, se le dispersan sus guerrilleros, y al fin se retira á sus hogares de Roda, en Castilla la Vieja.

Y en aquel solar del sublime pundonor, en el centro de la hidalguía castellana y del heróico patriotismo, se comete luego una atrocidad, propia de los salvajes mas feroces de entrambos mundos. El batallador infatigable, el triunfador en cientos y miles de encuentros con la vil soldadesca enemiga, se ve ahora preso y escarnecido; sentenciado tumultuariamente á muerte, conducido al eco de infames insultos, y aplicándole haces de paja y heno á la boca, por sus mismos paisanos, al cadalso. Conserva el campeon su entereza magnánima, y en el tránsito se arroja al sable de uno de sus sayones, pero se abalanzan todos á él, y se lo arrebatan. Se consuma el atentado, atropellando mas y mas, y al fin descuartizando su indefenso cadáver. Afrenta indeleble y borron sempiterno para su patria, para la nacion y para la humanidad entera; y el historiador imparcial, con rubor congojoso, tiene que referirlo, y en cuanto le cabe dejar para siempre envilecido y ajusticiado el infame vecindario de Roda, indigno á todas luces de beber las aguas de aquel esclarecido Duero, que bañó el recinto de la inmortal Numancia.

Pasa Angulema á Sevilla y luego á Madrid, donde se trata de aparatarle una entrada triunfal, pero el vencedor se desentiende y regresa ufanísimo á su Francia, donde tras infinitos

aplausos, le espera, dentro de pocos años un destierro perpetuo con un sin número de baldones y menosprecios.

La espedicion francesa, lejos de ser gloriosa para sus ejecutores, al contrario aparecerá en estremo desairada, y si cabe absolutamente afrentosa.

Con efecto, en lo moral aun mas que en lo físico, las heces preponderan siempre en gran manera al licor verdadero, y así mas de dos tercios, esto es, toda la parte ínfima de la nacion, estuvo por aquella venida, como se vió en los abrazos de Zaragoza y en los estremos de otras mil partes; de donde resulta que á los cien mil advenedizos hay que agregar medio millon de combatientes y doce ó mas millones de apasionados, y en suma la España entera. Ahora bien; ¿qué contraresto podian oponer unos cuantos caudillos, jeneralmente torpísimos, y el principal fementido, con cuarenta ó sesenta mil hombres malquistos, y muchos de fé ó inclinacion incierta? ¿Cuál podia ser en resolucion el último paradero?

Por otra parte es harto notorio, que la nacion francesa fué á fines del siglo anterior la alborotadora del orbe, la volcadora de tronos y la desangradora al pronto de la Europa entera y despues de las desventuradas Américas; y ahora echa el resto, para reentronizar el despotismo.

Concluyamos pues, que la espedicion francesa del año de 22 es una mancha, un borron perpetuo para un país tan preciado de su ilustracion, y de sus arranques grandiosos de humanidad, y de interés por la causa jeneral de todas las naciones.

Como quiera, el avance napoleónico, segun los rejistros anteriores de Irun y de otros puntos, vino á costar á lo que se llamaba el imperio francés, medio millon de combatientes; pero esta última venida, como tenia por compañera casi toda la España, les salió mucho mas barata á los visitantes, habiendo tenido al todo una pérdida de poquísima consideracion.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOQUINTO.

Persecucion horrorosa. — Ministerio del obispo Saenz. — Arbitrariedades. — Apuros. — Restablecimiento de frailes y monjas. — Devolucion de sus bienes. — Recargo á los pueblos. — Tropelías en las ciudades. — Engrandecimiento del partido despótico. — Demanda de atrasos á los exhaustos labradores. — Afrancesados. — Sus alas, su persecucion y su despotismo.

1823.

Renace, brama y se enfurece la persecucion sangrienta. Se azoran, se ocultan, cabalgan, huyen despavoridos los constitucionales, y acá y acullá sollozan y hambrean de muerte.

Inglaterra es jeneralmente el paradero de la emigracion, que halla por fin algun arrimo, injeniándose por su parte con tareas literarias y tal vez mecánicas y manuales, para tal cual acudir á su estrechísima subsistencia; pues al fin viven y respiran, aunque lejos de su ingrata y siempre suspirada patria.

En ella Fernando VII, restablecido á su palacio y trono, es el ídolo de su íntima clerecía, y lo señorea todo á su albedrío, el nuevo Ensenada, D. Victor Saenz, obispo de Tortosa. Podrá ser teólogo sutilísimo y apurador infatigable de arcanos profundísimos, mas en punto á política, es un lego, un zompo, tabla rasa; pero es solícito perseguidor del sistema constitucional y de todos sus adherentes, y así es un estadista á todas luces cabal, para las circunstancias.

Harto se holgara el mitrado de restablecer el difunto tribunal, y reencender sus hogueras esterminadoras de todo asomo de racionalidad; mas parece que obsta incontrastablemente la palabra terminante del monarca al duque de Angulema, en sus varios coloquios, y por último en su final despedida; y así yace por ahora en la nada la monstruosa y execrable Inquisicion.

Entretanto se devuelven los conventos á sus antiguos poseedores, se persigue de muerte á los compradores de sus bienes, y se ultraja y se atropella á toda la parte culta, á la verdadera nacion española.

En Zaragoza, por ejemplo, está mandando un

estranjero llamado Fleire, quien tolera y aun autoriza cuantas tropelías quiere cometer la plebe inmunda y desenfrenada, apaleando materialmente, en el paseo, ú en la calle á cualquiera sujeto decente, llevándole á viva fuerza á la cárcel de la Inquisicion, estafándole ó robándole el dinero para ponerlo en libertad, prendiéndole de nuevo á los ocho dias arbitrariamente, para repetir sin término la estafa ó el robo.

El dean y demás prebendados de la catedral, presencian ú oyen aquellos desacatos, ó mas bien atrocidades, ajenas todas de una sociedad en su ínfimo grado de civilizacion, y se sonrien halagüeñamente, mirándolas como desahogo inocente de un pueblo agraviado y justísimamente enardecido, con el zelo de la relijion y del vasallaje á su lejítimo y absolutamente despótico soberano.

Los jornaleros agolpados por las calles, se van á cavar antojadiza y superficialmente la primera viña que se les depara, y acuden imperiosamente á cobrar el importe arbitrario de su ningun trabajo, á la casa del dueño, y le arrebatan á viva fuerza el dinero que, ni por asomo, han devengado.

Otro tanto y mas está sucediendo en Córdova y en otros pueblos principales de Andalucía, de las Castillas y de todas las provincias; y semejante desenfreno queda impune, y aun en muchas partes se celebra y pregona á boca llena, como proeza peregrina.

En Madrid se restablece la antigualla de los Consejos y sala de Alcaides, procurando cuajar tribunales, administraciones, y demás destinos, de jente afrailada y vendida á todas las arbitrariedades y violencias del gobierno.

Entretanto se halla el ramo de Hacienda en el mayor desconcierto, sin que el erario tenga absolutamente medios para socorrer la tropa en su diario sustento, ni mucho menos para acudir á las urjencias de palacio, en su consumo indispensable, y mantenimiento de la servidumbre.

Entonces se palpa la inutilidad absoluta del ministro teólogo, y se le envia á beber las aguas de su Ebro, y apacentar las conciencias de su grey devota y pobrísima, como la nacion entera. Mas los nuevos ministros se hallan tan imposilitados ú inmobles como sus antecesores, y á duras penas van ajenciando lo mas indispensable para la subsistencia del ejército, y de alguna porcion predilecta de empleados.

Ocurre ahora una particularidad en estremo reparable.

Aquel Fernando VII, enemigo implacable de los afrancesados, ha tenido ahora que afrancesarse, política y aun personalmente, para pisar de nuevo las gradas de su trono, y así en el dia se les muestra en estremo favorable. Ya en la segunda época de las Córtes se ventiló aquel punto importante, y Argüelles con especialidad abogó muy atinadamente por ellos. Con efecto, así la política como la necesidad requerian aquella franquicía, pues muchos de los culpados se habian hallado inadvertidamente en aquel compromiso, sin haber empuñado las armas contra su patria; y no cabia ahora el ir deslindando los reos de los inocentes.

Pero los afrancesados, jeneralmente presumidos y vanagloriosos, en vez de mostrarse agradecidos á tan jenerosa consideracion, desde luego siguieron mirando á los patriotas con ceño y menosprecio, no solo en política, sino aun en amena literatura; siendo así que el único escritor descollante en la actualidad de su partido y antes patriota, era el gran poeta Arriaza, de quien tampoco hacen el menor aprecio, y Melendez ya no existe.

Entre los demás uno de los afamados y verdaderamente instruidos, es el llamado Hermosilla (1), quien desde luego se pone á publicar un periódico manual, con el sobrescrito harto comun de *el Censor*. En la parte política, se sientan, por supuesto, y esplayan y corroboran las doctrinas mas colmadamente palaciegas, abominando á sus anchuras de la ciega democracia, y abominando por consecuencia de los Atenienses, con toda su cultura, su ardor y sus primores en todos los ramos de la ciencia social.

Aun en la misma literatura, en asomando el parto de un patriota, aun cuando sea recomendable y tal vez escelente en su total, no falta como es indispensable algun lunarcillo, y allá vá entónces la descarga cerrada, desahogando el

(1) Decian los chuscos, que el apellido de Hermosilla era una especie de *pulla*, ó mote, contra su propia persona, siendo por de contado tuertecillo, pequeñuelo y ridículo hasta no mas; pero el esterior en realidad nada tiene que ver con el injenio y con la moralidad, pues mas despreciable era todavía la figurilla del ínclito poeta inglés Pope, dotado de un númen peregrino y de un pecho jenerosísimo.

Pero volviendo á los afrancesados, todos ellos declararon guerra implacable al célebre Gallardo, quien los traspasaba de muerte con sus flechazos satíricos, y ha del cuitado que el desaforado Estremeño tomaba por su cuenta.

Como quiera, la *Apolojía de los Palos*, que nada tienen que ver con el afrancesamiento, es y será perpetuamente un dechado sin par de travesura, chiste y lenguaje, pues realmente Gallardo, sin disculparlo por ciertos párrafos del Diccionarilio, es el primer castellanista que, de Cervantes acá, asomó en toda la nacion.

criticon su ira, con rechifla, escarnio y menosprecio. Pero si tal vez se apea algun patriota con un aborto de los muchísimos que están siempre saliendo á luz por donde quiera en todos los partidos, entónces si que se echa el resto en mofas, insultos, retos y amenazas.

En fin el supremo Censor á todos los pone en *berlina*; menos por el contrario á los suyos (1) ateniéndose al verso de Greset, pues salen todos empapados en humaredas densísimas de incienso.

Con efecto, amantísimos se muestran siempre los afrancesados de nombradía literaria, pero saben muy bien, y jamás se les cae de la memoria, que vivimos en un siglo totalmente positivo, y así absolutamente ageno de logros aéreos, y así se atienen siempre, además de los timbres, á empleos pingüemente dotados, en una palabra, al metálico sonante, y así echan el resto por acanalarse á su recinto el rio Páctolo (2), y no se distraen un punto de su objeto, y mas brindándoles, la ocasion propicia de la conversion de Fernando ó su partido, con su gran melena (3).

No se puede negar que hay sujetos de esclarecido mérito entre los afrancesados, como el letrado, y al mismo tiempo literato, Cambronero; el historiador Llorente; con otros varios de distinta clase, como D. Manuel Arloz, aragonés, hijo de un virrey de Pamplona, el asturiano D. Ramon Bango, etc, y conviene ya que se borre la memoria de tales denominaciones; mas estan muy ajenos, por lo jeneral, de avenirse á semejante olvido.

Con efecto, los hay que se anteponen con mucho á los nacionales, pues segun sus cómputos y cuentas, opinando por la sumision pronta y rendida al conquistador se escusaban infinitos desastres al país, y por consiguiente eran los lejitimos patriotas, al paso que cuantos blasonaban de tales, venian á ser, con su resistencia, los asoladores de la nacion.

En verdad, que con tales sutilezas y sofisterías se negará el resplandor al sol y su existencia á las estrellas; y en suma el caballero, el pundonoroso, el patricio, el verdadero español, en asomando con armas un advenedizo, por Irun, por Canfran ó por la Junquera, sin meterse ni engolfarse en cálculos, todos egoistas, acude allá, y sea el fantasma francés, italiano, húngaro ú turco, le grita: «Alto ahí, de aqui no se pasa, sino pisando mi cadáver.»

Pues hay quien pretende, que debíamos agradecer á Bonaparte la fineza de querernos asar para *colonizarle* las costas de Africa. Allá se las hayan (1).

Como quiera, por no invertir el órden obvio y natural de los sucesos, hemos rezagado el hablar de Cárlos IV, con motivo de su muerte acaecida algunos años antes de la segunda francesada, y este será el objeto del Capítulo siguiente.

(1) *Nul n' aura de l' esprit que nous et nos amis.*

(2) Rio del Asia, aun mas famoso que el Tajo, por su acarreo de granos de oro entre sus arenas.

(3) Grandiosa era, con efecto, á la sazon su cabellera para poderla asir comodísimamente, como no se descuidaron de verificarlo infinitos codiciosos.

(1) Aqui cuadra aquello del célebre la Fontaine en su fábula del leon moribundo

Vous leur fites, Seigneur,
En les croquant, beaucoup d' honaheur

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOSEXTO.

Cárlos IV. — Nacimiento. — Enlace. — Venida á España. — Concurrencia en su cuarto, siendo príncipe de Asturias. — Su ascenso al trono. — Ministros. — Florida-Blanca. — Aranda. — Condescendencias insensatas. — Godoy. — Choque con Aranda, en el consejo de Estado. — Armamento asombroso contra los Ingleses. — Paz y alianza perniciosísima con ellos. — Guerra contra la Francia. — Paz todavía mas funesta para la nacion. — Guerras inicuas de los Ingleses. — Amagos de Bonaparte. — La francesada. — Revolucion de Aranjuez. — Dos de mayo. — Rescate de Godoy. — Ida á Bayona. — A Marsella. — A Roma. — A Nápoles. — Su muerte. — La de su esposa.

VARIAS FECHAS.

Ni tirano, ni vicioso, ni tampoco ignorante, incapaz ó mal intencionado, es Cárlos IV, y sin embargo viene en resolucion á dar totalmente al través con una monarquía inmensa, con la mayor que hubo, ni probablemente habrá ya jamás, en el orbe.

Ante todo, su padre Carlos III fue un monarca provechoso para Nápoles, y logró perpetua nombradía, como ya se dijo, con el descubrimiento portentoso de las dos ciudades, Herculano y Pompeya, enterradas con las erupciones del Vesuvio, mereciendo el hallazgo de sus artefactos y manuscritos (1) una aceptacion jeneral en el orbe literario.

En España, como ya se ha visto, á pesar de los cuatro ú cinco desastres de Arjel, Zaragoza, Sanguesa, Puerto de Santa María y Flotantes, fue el reinado de Carlos III, en su conjunto favorable i notablemente ventajoso para la nacion, pues florecieron las letras y las artes, y se planteó sobre todo una marina formidable de ochenta navíos asombrosos y tres mil oficiales gallardos, pundonorosos é instruidísimos; de modo que al arrimo de la escuadra francesa, aunque menos aventajada en la realidad que la nuestra, estábamos imponiendo la ley á la altiva Inglaterra y al globo entero.... y todo, todo desapareció con Carlos IV.

(1) Es por cada dia mas deplorable, que con el sumo adelanto de la química y demás artes injeniosísimas, no se hayan podido desarrollar, ó leer hasta ahora, mas que el sistema de Epicuro, un tratadillo de Música, y no sé que otra fruslería, en cerca de un siglo de conatos eficacísimos y tentativas siempre infructuosas.

Parece que el padre, distraido con sus cacerías, con su aficion á las artes y los realces en el sitio pintoresco y hermosísimo de Caserta, desatendió en gran manera la educacion, que podemos llamar gubernativa, del hijo, quien se dedicó únicamente á la caza, acompañando al rey de continuo en sus batidas y espediciones campestres; y luego aprendió la música que siempre ejecutó arrebatadamente, y leyó mucha historia antigua y moderna, reteniéndola toda, y adquirió sumo discernimiento en materia de artes y en todos los ramos de elegancia y buen gusto.

Llegado á la mocedad, sin haberse viciado, contra lo que suele suceder en el roce perpetuo y servil de los palaciegos, lo desposaron con María Luisa, hija del infante de Parma, y dama dotada de grandes prendas, en su figura agraciada, sus ojos vivísimos y penetrantes, su despejo natural y su retentiva para cuanto habia leido, ú le habia enseñado el célebre ayo de su corte, el literato francés Condillac; y luego primorosa en el bordado, el dibujo y demás realces peregrinos de una señorita, ya de suyo tan interesante y encumbrada.

Esta sirena cuajada toda de dotes encantadores, embelesó en tanto grado, y desde los primeros meses de enlace, á su inocente esposo, que desde luego se hizo árbitra absoluta de todos sus pasos é inclinaciones; y este fue el arranque, aquí se cifra el móvil de tantísimos quebrantos y trastornos, para España, para las Américas, en suma para entrambos mundos.

Viene Carlos III á Madrid con su familia, y el príncipe, ya jurado de Asturias, merece suma aceptacion entre palaciegos y militares, por su

agudeza, su naturalidad y la pasion entrañable que desde luego demuestra á los Españoles; y otro tanto sucede respecto á su esposa (que recienvenida esta ya hablando con toda perfeccion el castellano) con las palaciegas que la sirven, la miman, la adulan y la idolatran á competencia.

Sobrevienen trances civiles y militares, particularmente en la guerra llamada de Jibraltar, se padecen amarguísimos quebrantos, se frecuenta el cuarto del Príncipe por sujetos despejados é instruidos (1) quienes hallan campo anchuroso, para vituperar y zaherir á ministros, jenerales y toda clase de empleados, con mofas y sátiras, tal vez por escrito, con pesadumbre mortal de los parientes é interesados.

En cuanto á la princesa, aunque los palaciegos, como sucede, quedaron desde luego enterados de ciertas propensiones no muy encubiertas, trata siempre al monarca con sumo acatamiento y risueñas añagazas (2), quien hecho cargo de todo, y no apareciendo el menor asomo de escándalo ú impropiedad en el palacio, sigue en términos siempre decorosos con su familia.

Fallece por fin á fines de 1788, de una pulmonía, ocasionada tal vez por su indiscreta pasion á la caza, el bondadoso y amantísimo de las artes Carlos III; asciende al solio con grandísimo aplauso Carlos IV, y se sueltan hasta cierto punto los diques, para quien está hace años ansiando aquella venturosa coyuntura.

Por el pronto permanece en planta el idéntico ministerio, y Florida-Blanca sigue manejando á todo su albebrío, la inmensa, y bajo ciertas luces floreciente monarquía; y aunque el rey manifiesta desde luego un tino perspicacísimo para el despacho de los espedientes mas intrincados, dando al golpe en el ito de la dificultad, carece de toda presuncion, y siendo al contrario de suyo condescendiente, se entrega siempre para las resoluciones al diplomático veterano.

Este, en medio de tantísima esperiencia, se aperece ahora muy torpe palaciego, pues advirtiendo, á los primeros asomos, la inclinacion entrañable de la soberana por un rumbo descarriado, propone, un arbitrio fementido, como ya se dijo en otra ocasion, lo de (3) Virjilio, insiste lastimosamente en la vulgaridad de proponer el envio del predilecto á recorrer los paises estranjeros, para instruirse en todas materias, y luego hacer la debida aplicacion de sus conocimientos á cuanto fuere ocurriendo en la nacion.

La interesada cala al golpe la trascendencia de aquella propuesta, y jura allá en sus adentros, la sentencia de muerte contra el estadista veterano. Arde su corazon en llama intensísima de venganza, cavila mas y mas su entendimiento y se dispara desenfrenadamente su voluntad, y he aquí el resultado terminante de sus estudiadas combinaciones.

El aragonés conde de Aranda, militar valiente de las guerras de Italia, luego presidente de Castilla, volcador de los jesuitas y despues embajador en París, donde entabla amistad con todo lo mas descollante, y como se dice vulgarmente, con las primeras espadas de la literatura europea, merece en Madrid y en toda la nacion grandísimo concepto, y remplazando con él á Moñino, ninguna sensacion trascendental ha de causar esta remocion, ni en España ni en Europa.

En efecto, con pretesto ú sin él, queda al golpe despedido Florida-Blanca, quien se marcha con todos sus timbres y sueldos á Hellin, y le sustituye el, en traza, palabras y obras, marcial conde de Aranda. Merece en palacio finísimo agasajo, y particularmente á la reina que asiste puntualísimamente al despacho. Aranda, con sus arranques militares y afilosofados, desatiende ó menosprecia la privanza del guardia estremeño Godoy, clavando su conato en los asuntos que interesan directa y fundamentalmente á la monarquía; amagada á la sazon de mortales vaivenes, en la conmocion jeneral que está ya en el disparador con los primeros y violentos trastornos de la revolucion francesa.

No gasta disfraces, antes por el contrario opina sin rebozo y perora con ardor, por un desvío total, no solo de los Franceses enfurecidos, sino tambien de las demás potencias que en su concepto corren ciegas á darse un estrellon mortal contra un peñasco incontrastable, y van á fenecer en el naufragio. Carlos y Luisa están por el contrario empapados en las doctrinas temerarias de Florida-Blanca, quien se comprometió desde luego en el convenio de Piltniz y tratan de arrojarse con toda la Europa, al parecer irresistible, y se aferran mas y mas en aquel empeño.

En medio de aquel vaiven de incertidumbres y desconfianzas, sobreviene á la reina la ocurrencia mas peregrina que se vió jamás en corte alguna; y es la de convertir ejecutivamente, y por cierta operacion májica, la persona de su galan en un diplomático cabal y consumado, y por decirlo de una vez, en constituirlo ministro

(1) Parece que el célebre D. José Cadalso, fue uno de los visitantes, como tambien Colon, el redactor del Código Militar y otros.

(2) Cuentan que Carlos III solia decir á su hijo: «Mira que menos mi hermana (la gran duquesa de Toscana á la sazon, y despues emperatriz de Austria) todas las reinas de Europa son del tenor siguiente:» y lo espresaba en términos mucho mas significativos.

(3) Quis fallere possit amantem?

de Estado. Cuantos saben la novedad, así en Madrid como en todas partes se quedan atónitos, pero al cabo le arreglan en la secretaría los espedientes, los sube así en cuerpo y alma, y y con leve ó cortísima diferencia todo sigue como antes (1).

Pero al mismo tiempo sigue tambien la furia revolucionaria en Francia, y como se han ido acercando batallones de guardias y otros cuerpos á la raya, se hace forzoso zanjar el gravísimo punto de la paz ó la guerra en la junta suprema de la nacion; y entonces el conde de Aranda, aunque separado ya, en términos muy decorosos, despues de servir de comodin para el desvío de Florida Blanca, tiene que asistir, como individuo de los mas antiguos, al consejo de Estado.

Ya se manifestó á su tiempo el arrebato acaloradísimo de Aranda, su destemplon contra Godoy, sus anuncios, por desgracia harto verídicos, sobre el éxito de la guerra, el enojo del monarca y demás consecuencias, confinando al temerario profeta en la Alhambra de Granada, y teniéndolo aun despues del patente desengaño, en Epila, pueblo suyo de Aragon, hasta su muerte.

Como quiera, se afanan los opinantes por la guerra con la prosperidad de la primera campaña; se trueca de estremo á estremo la suerte; farfulla allá como puede D. Domingo Iriarte la paz en Basilea, con el ajente francés, íntimo amigo suyo, se cede la mitad española de Santo Domingo y se devuelven por entero todas las conquistas.

Hay desahogo, hay algazara; la corte suelta la rienda á sus devaneos, se redoblan los gastos, y por consiguiente los apuros en el ramo de Hacienda. Entra de ministro un zafio Mallorquin llamado Soler, que apronta caudales á todo trance; se acude á las manos muertas, se recojen fondos, y se trampean las urjencias, y se vive mas y mas con brillantez y con desenfreno.

(1) Hubo en Francia un señoron mentecato que siempre por año nuevo sorteaba los empleos de su casa, y así solia trocarse el marmiton en mayordomo, el capellan en cocinero etc.; y vino á ser la trasformacion del *choricero*, como voceaba el pueblo de Madrid, la noche de San José, en ministro de Estado; trasformacion por cierto monstruosísima, y que pudiera terciar como una de las mas portentosas entre las que descuellan en el brillante y elegantísimo poema de las Metamórfosis de Ovidio.

En suma, todo el gobierno es una farsa traji-cómica, que por fin ha de tener la catástrofe memorable del dos de mayo, y demás de la costosísima guerra llamada de la independencia, que despues ha de acarrear la nueva francesada de 1823.

Por una parte los Franceses nos estafan dinero para sus conquistas ó empresas frenéticas, y por otra, los Ingleses con su acostumbrada y diabólica alevosía, nos acosan con dos guerras marítimas, sin declaracion anterior, apresándonos las fragatas de América, en medio de una paz profundísima; desembarcan en el Ferrol, y quedan escarmentados, y luego mucho mas en Buenos-Aires, con aplauso jeneral de toda Europa, que aboga eficazmente por la inocencia.

Carlos IV se interesa entrañablemente por estos importantísimos triunfos y celebra en el alma el patriotismo ardiente y acendrado que los cantan dignamente, y con todo el entusiasmo de unos Españoles castizos y pundonorosos.

Pero siguen los viles isleños con su saña infernal, é intentan por dos veces bombardear á Cádiz; mas el heroismo de Mazarredo y de sus ínclitos Marinos, salvan aquel emporio precioso, primor de la naturaleza y del arte, y respira el monarca con aquella nueva victoria.

Por lo demás, se entrega todo á Godoy, lo asciende y encumbra á Príncipe de la Paz, y luego á grande-Almirante, con guardia peculiar y selecta, y miles y miles de timbres y de millones.

Entretanto el rey distraido de sus congojas políticas y caseras, va y viene, y corre y vuela á la caza mañana y tarde, y si en la carrera llega á caer algun viviente racional ó bruto, allá lo arrastran los demás, prescindiendo de las resultas ya sobrevenidas, ó que puedan ocurrir, en continuacion del escape.

Median á lo mejor novedades caseras de matrimonios dobles y desbarros sensuales por ambas partes interesadas, desde el mismo trono hasta la corte del soberano efectivo; pero todo lo cohonesta ó por lo menos lo encubre, el tropel de la magnificencia y la humareda de la adulacion, inventando todo jénero de ridiculeces, y costeando modas desatinadas á precios exorbitantes, cuando hambrea la nacion entera, y sostiene á duras penas su exánime existencia.

Llegan, triunfan, roban y dictan leyes, con amagos de soberanía, los embajadores de Francia en Madrid, y así la nacion queda hollada y escarnecida entre dos potencias inicuas y ambiciosas, habiendo podido quedar de árbitra y prepotente, conservando la poderosa escuadra que llegó á redondear Carlos III, y se sacrificó ya en el tratado de Nootka, como se dijo en su lugar por Florida Blanca, y despues acabó de fenecer en el memorable combate de Trafalgar.

Injenios patrióticos cantaron el heroismo sin par de nuestros ínclitos marinos, mas ¡ay que ni sus rasgos poéticos nos devolvieron tan escelsos campeones, ni repusieron tampoco los navíos mas perfectos que jamás surcaron el piélago!

Como quiera, queda ya referida aquella catástrofe, que nunca los llorosos Jeremías podrán dignamente recordar, debida toda al despotismo irracional, é ignorancia bárbara de Bonaparte en punto á marina; y así pasaremos á otro objeto, quizás no menos doloroso, aunque no tan lamentable, para el corazon benéfico y siempre angustiado de Cárlos IV.

El déspota universal, con su política que la vil adulacion endiosó allá, como muy recóndita y nunca vista, siendo por cierto muy obvia y patente, no se contenta con causarnos el esterminio pavoroso de nuestra incomparable armada, sino que se apodera tambien de nuestras fuerzas.

En la revolucion de París que entronizó á Bonaparte, soñó el monarca español, que vinculado el poderío francés omnímodamente en una sola mano, se hermanaria luego en intereses con los demás soberanos de Europa, y vendria, hasta cierto punto, á renovarse el decantado, y para nosotros utilísimo, pacto de familia, cesando para siempre el envio redoblado de toda clase de haberes al insaciable estranjero.

Cabalmente sucedió, como era de presumir, lo diametralmente opuesto. Pide, exije, impera el nuevo mandarin con mas desenfreno. Ante todo millones que no hay, en seguida soldados y selectos y sobre un pie brillantísimo. Habia pasado el jeneral Ofarril á Toscana con una division corta, para resguardar á la nueva reina de Etruria, infanta de España, en sus estados, que despues le ha de quitar sin miramiento el árbitro de personas, haberes, provincias y reinos enteros. Requiere ahora una division grandiosa que despues de entresacada en todo el ejército y vestida lujosamente, marcha al norte, á las órdenes del marqués de la Romana, y de Kindelan, componiendo al todo de doce á catorce mil hombres, la flor y nata de nuestra milicia.

En esta demanda y disposicion lleva Bonaparte, como se deja entender dos miras principales, la una de seguir desangrando mas y mas á la exánime España, para que mas y mas yazca rendida y absolutamente esclava de su albedrío; y luego la segunda y tal vez principal de disponer para todo de aquel refuerzo, arrinconándolo allá lejos de su patria, bajo la estrella polar. Mas no conoce el malvado, con sus cuentas galanas, el corazon español, y se queda atónito al saber el suceso que ahora vamos á referir con alguna estension.

Se halla la division encajonada allá en la isla de Escionia, ó los estados de Dinamarca; suenan rumores muy confusos de novedades en España, y el mismo empeño de atajar la correspondencia aumenta y enardece las hablillas(1). Hay á la vista una escuadra inglesa que bloquea la costa; entra de guardia un oficial de Catalanes, llamado Febrer (2), se abalanza á un pescador y le obliga á que le lleve con su barquilla á bordo del buque mas cercano, que está bordeando á corta distancia. Llega, lo reciben con sumo agasajo, y le ponen desde luego en la mano varios periódicos, que entre varias particularidades traen el suceso del dos de mayo.

Febrer temeroso reserva al pronto la especie, mas cunde sin embargo, y á pocos dias viene la órden terminante para que se reconozca á José Bonaparte por rey de España. Se forma con efecto la division para efectuar el reconocimiento, y mostrándose el mismo Romana y los demás jefes muy propensos á solemnizar el acto, manda su coronel al batallon de Zamora que está el primero poner armas al hombro..... y nadie se mueve; hacen los demás cuerpos otro tanto..... En esto sale de la formacion una voz que clama: *muera Napoleon y viva Fernando VII* Se repite una y mil veces el mismo clamor, se revuelven tropa y oficialidad en tumulto; y Bernadote, que despues fué rey de Suecia, y habia ido á formalizar el acto, al presenciar aquella conmocion, huye despavoridamente y á carrera con su estado mayor; y entonces la division española se comunica inmediatamente con la escuadra inglesa, y para surtirse de lo mas necesario, hay que andar saqueando pueblos é islas enteras, y despues de vagar acá y acullá con mas ó menos éxito, por fin se embarcan y navegan con suma estrechez, entorpeciendo la maniobra en los buques ingleses.

No acuden á incorporarse ni los batallones que se hallan con Kindelan, ni las compañías españolas que tiene de guardia Bernadote, ni algunos otros cuerpos, pero siempre componen los embarcados de siete á ocho mil hombres, ofreciendo los de caballería el espectáculo lastimoso y para ellos dolorosísimo de ir matando los caballos á pistoletazos; pero logrando luego el ensanche de repartirse por varios bajeles, llegar á Inglaterra, aportar despues en Santander y en otros puntos, marchar luego al ejército de Blake, pelear bizarramente, sacrificándose los mas en la batalla de Espinosa; seguir sirviendo á su patria á todo trance, y coronar aquellas aventuras anoveladas, derramando su sangre verdaderamente con un heroismo digno de los tiempos del Gran Capitan, de Hernan Cortés y demás caudillos de aquella época esclarecida.

Continuando ahora la historia de Carlos IV,

(1) *Prohibite sermones, eoque plures.* Dice enérjicamente, como siempre, Tácito.

(2) Parece que Febrer está viviendo todavía actualmente de retirado en Barcelona.

siente en el alma aquellos mortales desprendimientos, pero sigue como siempre distrayéndose con sus perpetuas cacerías, y vive maquinalmente, entregado allá mas y mas á su íntimo confidente, quien le acarrea, como queda referido, la revolucion de Aranjuez, y le pone en el disparador de renunciar á la corona; haciéndolo, como lo espresa candorosamente él mismo, con satisfaccion entrañable. Sobrevienen las intimidades, amaños y tramoyas de la reina con el venalísimo Murat, quien carga con alhajas nacionales y riquísimas, pone en libertad á Godoy, con pesadumbre mortal, no solo del vecindario madrileño, mas enterado que los demás de aquella ocurrencia, sino de todos los Españoles.

Se detiene luego Carlos IV en el Escorial, con la reina y Godoy; sirviéndole luego de comodín, revoca su sentencia, firmando arrebatadamente el papel que le ponen delante, y ocasiona contra su propio y ciego albedrío, un turbion de trastornos y calamidades á la nacion, acarreándose mas y mas quebrantos y congojas á sí mismo.

La jeneralidad, lejos de condolerse de sus continuos padecimientos, lo mira con menosprecio, por haber presenciado su esclavitud indecorosa, y palpado sus patrañas ridículas de disponer su viaje á Méjico, y luego negarlo en carteles públicos por las esquinas de Madrid; luego renunciar, segun él dice, complacidamente la corona; revocar despues la renuncia, y al fin en Bayona ultrajar á su propio hijo, en presencia del tirano trastornador del orbe, y por último traspasar el cetro, sin facultades algunas, á manos de un vil advenedizo, rechazado por la nacion entera.

Con efecto; marchan los tres, Carlos, Luisa y Godoy, escoltados por carabineros reales, pues desconfian de todos los demás cuerpos, ocurren las escandalosísimas escenas de Bayona, que se han referido en su lugar, y el mismo empedernido Bonaparte, se conduele amargamente y con ademanes de sumo menosprecio, de las naciones, que suelen padecer el tremendo azote de verse gobernadas arbitrariamente por entes tan vulgares, y tan absolutamente despreciables.

Hecha aquella tan ilegal como bárbara renuncia, á favor de unos meros y antes absolutamente desconocidos advenedizos, de humilde, por no decir ínfima ralea, sale Carlos IV para Marsella, en compañía de su íntimo y de su esposa, y por el pronto se establece en aquella ciudad, donde merece el aprecio de las jentes, por su sencillez, su agrado, su conducta decorosa, y su conocimiento fino y atinado en materia de artes y de todos los ramos de industria; de modo, que el monarca inutilísimo para el mando, seria en estremo recomendable como caballero particular; por ejemplo el hidalgo manchego, D. Diego de Miranda, en el Quijote (1).

A poco tiempo se cansan todos de Marsella, y pasan á Roma, donde tratan de avecindarse para toda la vida. Allí el monarca ociosísimo, fuera de las visitas al papa, frecuenta los talleres de los artistas eminentes, pues aunque no existía ya el ínclito escultor Canova, siempre florecen allí las artes y abundan los literatos, para conversar familiarmente sobre todas materias, pudiendo terciar mas ó menos airosamente, quien posee una memoria portentosa y es aficionado á contiendas literarias (2).

Fáltale sin embargo su idolatrada caza, y un rey destronado viene á ser luego un objeto trivial, cuando no despreciable. Disfruta una salud regular, cuando pasado algun tiempo sobreviene una ocurrencia inesperada que, al parecer, contribuye en gran parte, á dar cuanto ántes al través con su existencia.

En virtud del ocio y de la confianza que se acaba de espresar, entre mil conversaciones amistosas se le ofrece, segun se asegura, preguntar á uno de los poquísimos palaciegos antiguos que todavía le quedan, cual podia ser el motivo de aquella intimidad tan estrecha que media entre la reina y su inseparable Godoy. El cortesano, tal vez por algun desabrimiento con la señora, ó por natural desenfado, le pone de manifiesto el cuadro harto rehenchido y vergonzoso de tantísimas liviandades y desenvolturas, con los nombres de cuantos individuos han hecho mas ó menos papel en aquella farsa escandalosa (3). Calla el oyente, y entre corrido y enojado dispone en aquel punto su viaje para Nápoles, como lo verifica á la madrugada.

Llegado allá se melancoliza hasta lo sumo, se

(1) A quien Sancho, oida la relacion de su vida manchega, se abalanza para adorarle, como verdadero santo.

(2) Solia disputar de continuo en la mesa con el literato duque de Hijar, el cual un dia al poner un plato demasiado caliente, como jentil hombre, en su lugar, sacudió los dedos diciendo, ¡cuerno! — Eso no es regular decirlo aquí, prorumpe el rey.—Tampoco es regular que yo me queme, replica el grande de España, y el monarca se sonríe de la agudeza.

(3) Aun en medio de un cenagal de corrupcion, como las flores en un estercolero, suelen brotar inseparadamente rasgos de pundonor.

Hay un guardia manchego que hace grandes ventajas á Godoy en cuerpo y en alma; la señora se le encara y le saluda con afecto, mas el favorecido corresponde siempre con meros rendimientos sin mirarla, hasta que tras repetidos desengaños, asesta sus flechazos por otra parte.

le agrava aquel achaque, y á poco tiempo fallece.

Carlos IV era alto y corpulento, con una fisonomía vulgarísima, y una vocecilla escasa y ridícula.

En cuanto á su tino natural, y ningun desempeño por falta de entereza, en los negocios, ya se ha visto en el discurso de la presente Historia, y se está ahora mismo palpando con el resultado de su desgobierno, como acarreador del vuelco horroroso; de la catástrofe ya irremediable de la monarquía del orbe reducida esencialmente á la nada.

Permanece María Luisa en Roma, pero ya en estremo achacosa, y al par apesadumbrada con el menosprecio de su consorte, se agrava en gran manera, y fallece tambien á pocos meses.

Despejada, fina, espresiva é interesantísima á todas luces, pudo haber amenizado, engrandecido y sobrepuesto la nacion española sobre todas las de Europa, con su influjo benéfico y poderoso en su condescendiente marido; pero esclava de la sensualidad, antepuso el papel harto indecoroso de Mesalina, al de Isabel la Católica, que es aun ahora mismo el ídolo de los Españoles.

El reinado de Carlos III fue en estremo artístico y literario, pero Carlos IV, sea por efecto de sus circunstancias, ó por otras causas poderosísimas, nada absolutamente hizo, ni para el realce de la capital, ni para el fomento de las artes ó de las letras, y así la reseña siguiente se referirá jeneralmente á individuos pertenecientes en realidad á la época anterior, y se incluyen ahora para en cierto modo desagraviarlos, haciendo justicia a sus mas ó menos esclarecidos merecimientos.

Sigue, tras su inicuo destierro, desairado Melendez, y sigue hasta la revolucion de Aranjuez, empozado en las mazmorras de un castillo, el ínclito Jovellanos, y Arriaza es únicamente el que campea, con su chispa poética y sus adulaciones injeniosas.

Mas como no hay estímulo eficaz y decoroso, ni academias ni teatros descuellan con partos eminentes, como parecía naturalísimo tras la brillantez del reinado anterior, y todo desfallece, todo yace en la profunda nada.

Ocurre aquí sin embargo una particularidad muy notable en las costumbres madrileñas de aquella temporada. Con motivo de hallarse en casa de Fernan Nuñez, un ayo que habia sido catedrático en el colejio muy despreocupado de San Fuljencio en Murcia, le fueron siguiendo otros muchos. Entre ellos vino á casa de Osuna, D. Diego Clemencin, literato muy conocido por su precioso Elojio de Isabel la Católica, por ser en estremo erudito, aunque difusísimo comentario del Quijote, y por otros escritos.

Siguiόle en casa de Frias, D. Juan Andujar, discreto humanista y consumado metafísico, de quien se hizo, como tal, grandísimo aprecio en París, y al cual se debe sin duda la aficion ilustrada del actual Duque de Frias, á todas las artes, y con especialidad, en clase de verdadero profesor, á la Poesía. Entró el virtuoso D. Joaquin Torrens en casa de Berwik; en la de Abrante el recomendable vocal de Cortes Cuartero, y así vino á la capital toda una colonia de ayos y por fin la valerosa, pero atrasadísima, Grandeza española empezó á tener verdadera educacion.

Prosperaron los estudios fundados por Carlos III, bajo el nombre de San Isidro, en reemplazo de los jesuitas, pues D. Miguel de Manuel arregló con Aso el derecho patrio; Canseco publicó la traduccion con el testo de la Poética de Aristóteles, y facilitó el estudio, harto desatendido de la lengua griega con la esplicacion gramatical de algunas obras de Luciano, publicó el catedrático Oviedo algunas traducciones de Ciceron. etc.

Mas en demostracion del yerto desamparo en que yacen entre nosotros las letras citarémos el ejemplar siguiente,

En Zaragoza, un racionero de la catedral llamado Latusa, ideó desde su mocedad una Biblioteca Aragonesa, ó noticia histórica de los escritores aragoneses, y de sus partos mas ó menos interesantes. Se afanó en su ardua empresa por espacio de mas de cuarenta años, y por fin tuvo que publicarla á sus espensas, para vender un cortísimo número de ejemplares, sin lograr jamás, ni por asomo, el cabal reintegro de su cuantioso desembolso. La obra es con efecto defectuosísima, con especialidad en la parte crítica; pero siempre es un repertorio inmenso, con el cual se puede componer otra historia mas recomendable, y por fin parece que tan ímprobo trabajo era siempre acreedor á cierto jénero de recompensa.

Tampoco logró mas fomento el valenciano Ortiz, con su Compendio histórico de la historia de España, donde aparece desempeñada con despejo y acierto la parte relativa al gobierno de Aragon.

Con motivo de literatura, no podemos menos de manifestar nuestro dictámen acerca de las principales academias, que con mas ó menos esplendor, han florecido por algunos años, y subsisten todavía en Madrid.

La academia condecorada con el dictado de Española por escelencia, se dedica mas y mas al ensanche y complemento de su Diccionario; pero la obra, por desgracia, adolece de un achaque fundamental, que es el requisito esencia-

lísimo de las definiciones. Con efecto, cada artículo viene á ser únicamente una sarta, un agolpamiento mas ó menos esmerado y abundante de Sinónimos, un relleno de equivalentes, ó lo que fueren, cuyo conjunto está muy ajeno de ser lo que se llama definir.

Su Gramática es tambien imperfectísima, pues sin desatar las arduas dificultades que se atraviesan en el idioma, suele enmarañar sus doctrinas y descaminar al estudioso de su verdadero rumbo, como se vé en el capítulo de los artículos, y en otros muchos; careciendo además de verbos irregulares en las conjugaciones (1).

Su Ortografía va siempre rezagada de las inovaciones atinadas que suelen ir haciendo los escritores, y así su contenido redunda en poquisima utilidad para la práctica. Pero sobre todo no ha tenido á bien hasta ahora, publicar una Prosodia, para guiar á los compositores en el punto fundamental de la cadencia métrica y mas cuando en la jeneralidad se advierte tantísima aficion al ejercicio de la Poesía.

Volviendo al estado de las artes en el reinado de Carlos IV, subsisten algunos grabadores del anterior, como Selma, Esteve y otros; y asoman tambien algunos pintores dignos de aprecio, mas por ningun título comparables con los célebres aragoneses Bayeu y Goya.

Faltó Ibarra sin dejar sucesor, en cuanto á su cabal desempeño. Sancha sin embargo dió á luz su magnífico Solis, y estuvo haciendo largos años el servicio de reimprimir con aseo y correccion varias obras utilísimas, como la Poética de Luzan, la Espedicion de Moncada etc.; y á veces con grandísimo quebranto de sus intereses, como le sucedió con la reimpresion de las obras de Lope de Vega en veinte y cinco tomos en cuarto, que vinieron á quedar todos sin vender.

(1) Búsquense los verbos irregulares y defectuosos, ó lo que fueren, como *Raer*, *Roer*, *Corroer etc.*

Mas no podemos menos tampoco de hacer mencion honorífica de las Memorias de la Academia de la Historia, trabajadas ó impresas á la sazon con esmero, y luego suspendidas ú orilladas absolutamente, como nos suele suceder en todas las empresas de consideracion; reduciéndose, como ya se apuntó otra vez, por lo mas la Historia de nuestra España, á una Endecha, perpetua, esto es, á una serie incesante de lamentaciones de Jeremías.

Las artes mecánicas, como cerrajería, ebanistería y otras fueron siempre y siguen ahora mismo progresando, por su propio impulso, y sin que el gobierno intervenga sino alguna vez para cortarles los vuelos, ó por lo menos entorpecer y malograr sus adelantos.

En fin, volviendo al mismo encabezamiento de este capítulo, con el reinado de Carlos IV, se falseó, se anonadó aquel rasgo tan sublime de ufanía, con que blasonaba Felipe II, de que jamás se ponia el sol para todos sus estados, bañándolos siempre con su resplandor en grandísima parte, y fomentando mas y mas á toda hora sus infinitos y asombrosos productos. Anocheció pues para siempre en nuestra exánime, ó por lo menos, descuartizada monarquía.

¡Así nunca su fatalísimo arruinador, nunca saliese de las abrasadas faldas del Vesuvio!

Se trajeron sus cenizas y las de su memorable esposa al panteon del Escorial, donde poquísima falta hacian; mas por fin quedó el erario descargado de su pension cuantiosa y absolutamente malograda para la nacion.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOSÉPTIMO.

Despotismo de Fernando VII. — Duque de San Cárlos. — Separacion del obispo de Tortosa. — Entrada de Calomarde en el ministerio. — Infantado presidente de Castilla. — Reforma de las Chancillerías. — Nueva planta de las Audiencias. — Distribucion mas proporcionada de los distritos territoriales. — El conde de España. — Coronel de la Guardia. — Capitan Jeneral en Barcelona. — Novedades en Cataluña. — Ida del rey en persona. — Pacificacion.

1824. — 1827.

El famoso verso de Juvenal (1), es el Alcoran y la norma invariable de Fernando VII. Mando, quiero y ahora mismo, es su fórmula gubernativa, y fuera Constitucion, fuera leyes, fuera

(1) *Sic volo, sic jubeo; sit pro ratione, voluntas.*

trabas y fuera todo jénero de escrúpulos. Suenan y resuenan todavía en sus oidos, y retumban para siempre en su corazon, los bárbaros y realmente criminales desacatos que le han estado atormentando y envileciendo por tanto tiempo (1).

Ya es suyo de nuevo el ejército efectivo de las bayonetas, pero tiene á su disposicion otra hueste mas crecida y mas poderosa, que obra desaforadamente, á impulsos de su propio interés y de su venganza implacable. Recobran clérigos y frailes colmadamente sus haberes, y mueran y desaparezcan para siempre las manos sacrílegas que se han propasado ciegamente á usurparlos.

Se palpa, como se dijo, la absoluta inutilidad de D. Víctor Saenz, obispo de Tortosa, y entra en su lugar el duque de San Cárlos; igual tal vez en el desempeño, como estadista, pero es al fin un grande de España, y hasta cierto punto tiene precision de aparentar visos de caballero. En suma, la secretaría sigue como siempre sus tareas, y firma, al par de otros muchos, cuanto le ponen delante; pero gobernando arbitraria y violentísimamente, espejándose todo en la norma y en los ímpetus desaforados del monarca.

Pero sale ahora á la palestra un nuevo y traviesísimo personaje.

D. Tadeo Calomarde, natural de un pueblecillo del partido de Teruel, en Aragon, es punto menos que pordiosero; pasa de estudiantillo á Zaragoza, y entra en clase de lo que llaman allí maestro, y en suma criado, en casa de un Médico llamado Lorda, que marchó luego á la corte por médico de cámara, y se lleva consigo al sirviente (2). Estudia este sus leyes con ahinco, se relaciona, travesea, y con las alas de su amo logra encumbrarse en poco tiempo hasta la plaza de oficial en la secretaría de Gracia y Justicia. Se habilita, y aun descuella en el desempeño de su negociado, como dicen allá huecamente los diplomáticos, y alcanza por fin la anhelada dicha de sublimarse al ministerio mismo de su propia secretaría.

Viene luego Fernando á prendarse de la forma y del tino y despejo con que le da cuenta de los espedientes, y por fin llega á merecerle total privanza. Procura por el pronto adular á todo el señorío, y cautiva al duque del Infantado que se halla de presidente de Castilla, y se maneja, en medio de su distraida superficialidad, con el agrado y el desprendimiento que corresponda á su escelsa jerarquía.

Era en estremo absurda y aun monstruosa la distribucion antigua de los distritos judiciales en España, pues los vecinos de Villena, por ejemplo, sobre el reino de Valencia, tenian que ir á pleitear en Granada, mediando cerca de cien leguas de distancia; y los montañeses de Santander, acudian por justicia, y á mucha costa, á la chancillería de Valladolid. Calomarde presenta osadamente al rey, un plan en que apea de sus odiosos privilejios á entrambas chancillerías; plantea una audiencia en Búrgos y otra en Albacete, y luego con la de Cáceres, queda repartido todo el territorio español, en partidos proporcionados. Tiene tambien sumo cuidado de abogar siempre en el despacho, por la recta justicia, prenda que no puede menos de agradar á todos los soberanos, pues aun prescindiendo del instinto moral que concentra la humanidad en este móvil universal de los vivientes, todos interesan en la conservacion de la equidad, y con ella del sosiego.

Ocurre en esto grandísima novedad por Cataluña. Todo un Neron está ejerciendo la autoridad de Capitan jeneral, el conde de España. Un tal Españac, sin ser conde, ni tener título alguno, emigró en tiempo de la revolucion, y sirvió en la guerra de la independencia, logrando ascender á jeneral, por su tal cual desempeño, en varias acciones. Luego, en la segunda francesada, desertó de las tropas constitucionales y se pasó al enemigo.

Con estos antecedentes se le nombró capitan jeneral de Cataluña, y desde el primer dia planteó en Barcelona el gobierno de Constantinopla. Cafés, paseos y casas, todo hierve, ó está plagado, de espías, y basta la vil delacion del mas ínfimo enemigo, para prender, encarcelar, desterrar ó sepultar al ciudadano inocente. Españac, ó como él se titula, Carlos España, logra con tan atroces tropelías, dos ventajas; la primera es apropiarse las multas, ó los haberes de sus víctimas, y la segunda incensar al poder supremo, aparentando ardientísimo zelo por su autoridad, ó por lo que llaman sus sagrados derechos. Así prospera, tiraniza y se ufana hasta lo sumo.

Por estos antecedentes, y por otros que á punto fijo no constan, hay ajitacion en todo el Principado, se forman facciones, y se agolpan á miles los bien ó mal armados, por diversos puntos. Recibe el gobierno partes de cuanto pasa; mas el rey, no acabando de enterarse de lo que es la realidad del asunto, determina apersonarse en Cataluña, y se pone ejecutivamente en camino, únicamente con su íntimo Calomarde.

(1) Lo de Virjilio: *manet alta mente repostum*.

(2) Aquí cuadra el dicho tal vez aun demasiado vulgar, para el pié de la Historia, mas no cabe resistir á la tentacion de citarlo: Cátate á Periquito, hecho fraile.

Viene por Valencia, y al llegar al Coll de Balaguer asoma un jentío inmenso, mal armado y peor conducido, pero causando asombro con su muchedumbre. Tiende la vista Fernando, se vuelve sobrecojido hácia el ministro, y este blasonando de aragonés, le dice con rostro risueño: «Ya estamos en el trance, y adelante:» se asoma á la portezuela del coche y grita al mayoral: «arrea.» Se aviva con efecto el movimiento del ganado, trepa por la cuesta, y á manera de aves al oir una descarga, huyen los facciosos á carrera por derecha é izquierda, y luego por lo restante del camino todo se vuelve aplausos, vivas y rendimientos.

Entra el rey en Barcelona con redobladas aclamaciones, y despues de permanecer algun tiempo, regresa ufanísimo á la corte, dejando á los desventurados Catalanes en las garras del tigre; pues así mismo se llama con toda propiedad por donde quiera, hasta que en el mismo Madrid se publica contra él un escrito esterminador, y el gobierno tiene que retirarlo.

Con esto los apuros del erario se hacen por cada dia mas urjentes; se entablan y se consiguen, á muchísima costa, empréstitos en Lóndres, en Amsterdan, y donde quiera que se pueden ir proporcionando, con redoblado atraso en los pagos, y total quebranto del crédito nacional. Se atiende sin embargo á la construccion de carreteras, y la de Zaragoza á Madrid se emprende, se ejecuta, y se termina con admirable prontitud y perfeccion, trocando en paseos los mismos parajes que poco antes permanecian intransitables, desde la creacion del globo.

No sucede así con el famoso Canal imperial, que sigue entonces y despues deteriorado hasta lo sumo, á pesar de haberse embarcado el rey en Torrero (á la vuelta de Barcelona) é ido por él hasta Tudela.

En aquella ocasion se bienquistó infinito Calomarde con las jentes de Zaragoza, recibiendo con agasajo y pagando con esmero las visitas de sus amigos, y correspondiendo á sus favorecedores, sin admitir tratamiento ni ceremonia; y además sirviendo á todos cortesanamente, en cuanto le era dable.

Forzoso es tambien hablar de la nueva guardia, que se plantea ahora de todas armas, y bajo auspicios absolutamente despóticos. No se quiere, ni se consiente, que la nueva oficialidad haya mamado, como se dice, la leche constitucional (¡horroriza el pensarlo!) y así se echa mano de niños, que tiemblen al ceño imperioso de los mandarines; y así se forma el cuerpo de guardias de la persona, de infantería y de caballería, esto es, para el interior del palacio y la escolta donde se ofrezca, y los demás para rejimientos ó batallones, y escuadrones para campaña..... ¡Y á todos les tiene tambien la suerte guardado su término, y no muy lejano!....

Lo restante de la milicia viene á conservarse sobre el pié antiguo, y aunque los cuerpos facultativos estan en gran parte tachados del crímen atroz de constitucionalismo, no cabe el despedirlos, por cuanto no es asequible el reemplazarlos; y así se mantienen intactos, á despecho y tal vez saña, del monarca mismo y de la sierva grey de palaciegos y empleados.

¿Y qué diremos ahora de la desventurada Marina? Ni hay oficialidad, ni tiempo, ni medios para crearla; ni hay navíos, ni dinero para reemplazarlos; ni hay arsenales surtidos de lo necesario, sino ruinosos y exhaustos absolutamente de todo. Fernando, en medio de su engreimiento, su poderío y despotismo, mira el Océano en el mapa, suspira, enmudece y se sima en un abismo de amargo desconsuelo.

En esto llega un ministro, se entera de los espedientes, despacha y se distrae. No posee el tino finísimo de su padre para los negocios, pero siquiera no le avasallan mujeres ni privados orgullosos, y así usa plenamente de su libertad, providenciando, sin oposiciones ni cortapisas, lo que tiene por conveniente.

Quiere sin embargo salir, á todo trance de aquel estado de inercia y abatimiento, y así echa el resto en ajenciar caudales, para abocarlos todos en un solo objeto.

Sigue siempre Calomarde (1) con la misma pri-

(1) Media sin embargo contra Calomarde un hecho que se da por ciertísimo, y que tizna en gran manera su fementida honradez.

Parece que estableció en su pais una fábrica de papel, al cargo de un fraile, y el artefacto salió correspondiente al desempeño del artista, esto es, de inferior calidad; resultando, como era natural, quedar absolutamente sin despacho la ruin mercancía.

Acude entonces á la Imprenta, á la sazon Real, y ahora Nacional; el director se niega al pronto á su admision, pero al fin hay que ceder á la prepotencia ministerial, y quedan los almacenes atestados para largos años, de una cantidad enorme de papel inservible para la casa, é invendible para el consumo de las demas imprentas.

Contra este hecho, al parecer terminante, un sujeto que despues trató mucho en Paris al ex-ministro, puede asegurar, que mientras estuvo allí lo vió siempre en la posada de Douvres, calle de la Paz, vivir como un mero particular, y lejos de ostentar, ni echarse de ver ningun asomo de opulencia, ni tenia carruaje, ni daba mesa mas que á un sobrino, que estaba en su compañía, ni se propasó jamás á gasto alguno de consideracion.

Tuvo despues que venir, con pretesto ú motivo de indisposicion, á tomar baños, ú como se malició des-

vanza, por sus ínfulas, verdaderas ó aparentes, de justiciero, haciendo pagar sus deudas inexorablemente á los Grandes, y negándoles siempre toda moratoria, ó providencia de dilacion, jactándose, ante el mismo rey, de su catoniana severidad.

de luego por los observadores, con el objeto de acercarse al *Carlismo*, por lo que pudiera resultar. Murió luego, sin que tampoco asomasen muestras de crecidos caudales, al despedirse de la vida.

Por lo demás su traza, fuera de cierto despejillo y agudeza, era en realidad harto despreciable; mas la *traza*, sea cual fuere, no es fundamento suficiente para calificar á un sujeto de recomendable ó reprensible.

Yo lo conceptuo un hombre medianillo, pero que con su actividad y teson fue, para la nacion, mas provechoso que perjudicial en el ministerio.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMOOCTAVO.

Apuros en la Hacienda. — Empréstitos costosísimos. — Espediciones á Ultramar. — Barradas derrotado en Tampico. — Malogros en el Perú. — Deposicion violenta del virey Pezuela. — Ascensos disparatados. — Bolivar. — Pérdida total de las Américas. — Toros. — Jesuitas. — Su venida sin resultas favorables, ni perniciosas. — Nueva revolucion en París. — Mudanza de dinastía. — Sobresalto de Fernando VII. — Se sosiega luego, con la tranquilidad reinante en toda la Francia.

1827. — 1830.

A pesar del predominio eclesiástico, las urjencias, por cada dia mas ejecutivas, precisan á dar nuevo ensanche al ramo de Amortizacion; siguen las ventas de fincas; pero habiendo despojado á viva fuerza y sin compensacion alguna, á los compradores en el reinado de las Córtes, todos ahora reservan sus caudales, y se retraen de compromisos tan arruinadores.

Hay que acudir con mayor ahinco á los empréstitos, que por cada dia son mas costosos y aun insufribles, pero el rey está siempre ansiosísimo por el recobro de nuestras posesiones ultramarinas, y así á todo trance quiere, que salgan dos espediciones, en cuanto sea dable poderosas, para reconquistar á un mismo tiempo ambas Américas.

La del norte llega á la Habana, se repone y se habilita, y en vez de echar el resto y descargar el primer golpe con las mayores fuerzas posibles sobre algun punto principal de la Costa Firme, sale el comandante Barradas con una mera vanguardia, como para tentar el vado, y formalizar luego con todo el grueso de su jente, la espedicion. Da la vela y se encamina con dos ó tres mil hombres á Tampico, dando por conseguido su intento sin asomo de oposicion considerable.

Están los Mejicanos desavenidos, con sus teorías desatinadas y sus sistemas encontrados; pero sucede allí lo mismo que en Francia y en todas partes, y es que en medio de la mayor discordia, se enfrenan los enconos y se hermanan los ánimos, en el trance urjentísimo, para rechazar desde luego al enemigo comun, aplazando para despues el acudir cada cual con el mayor ahinco á sus intereses particulares.

Asoma Barradas con su vanguardia, ó lo que fuese, se abalanzan los Mejicanos con triples ó cuádruples fuerzas, y al primer encuentro los hacen á todos prisioneros. Con este desman tan obvio y tan inevitable, mediando tamaña imprudencia, se inutiliza toda la espedicion, quedando la tropa restante en la Habana, sin que haya sonado mas el paradero de sus reliquias.

La espedicion destinada á la parte meridional, llega, desembarca, se interna hasta el Perú, y despues de varias acciones mas ó menos favorables y de menor consideracion, se desavienen todos, jefes y subalternos; y entonces se conjuran y cometen el atentado, por sí y ante sí, de apear de su vireinato al jeneral D. Joaquin de la Pezuela, sujeto á todas luces benemérito, y depuesto, sin encausarlo sino por mera arbitrariedad, y en una palabra, como se dice ahora, en una *bullanga*.

Sucede por entonces el memorable encuen-

tro, descalabro, ú loque fuese, de Ayacucho, que tanto ha venido á sonar despues, en tiempo de la Rejencia de Espartero; dándose todos por muy satisfechos con volver á España, derrotados vergonzosamente, pero surtidos de grados y timbres que se han ido repartiendo entre sí, verificándose plenamente el dicho ya trillado entre todo sujeto entendido, á saber: que cuantos conquistaron las Américas, tuvieron por galardon mazmorras y cadalsos; y cuantos han venido á perderlas, han logrado encumbrarse hasta lo sumo en timbres y honores, y sobre todo han sabido mazizar sus gabetas, con sueldos y negocios ventajosísimos.

Bolivar, á quien todos á la sazon apellidan en el país, el libertador, es el alma de las operaciones americanas, y su prestijio y su autoridad arrollan los tropiezos de insubordinacion y anarquía que encuentra jeneralmente en aquellos soldados, nuevos, indómitos y desavenidos; pero al fin son tantos los afanes y vaivenes que arrostra, y tan redobladas las amarguras y contratiempos que le acosan, que por último se postra y fallece, en medio de su carrera, y casi en la flor de sus años.

Con su muerte, crecen y se disparan las disensiones monstruosamente entre los naturales; mas todas aquellas posesiones quedan ya desahuciadamente perdidas para España.

Traspasan tamaños desastres el corazon de Fernando, y procura en vano espaciar el ánimo con frívolas, ó mas bien bárbaras, distracciones. Habian prohibido las Córtes muy acertadamente las corridas de toros, como diversion irracional, é impropia de toda nacion que se precia de civilizada. Sobra á Fernando que sea parto de las Córtes aquella prohibicion, para abolirla de una plumada; y así restablece, presencia y celebra tan sangrienta y soez destruccion de preciosos y utilísimos animales.

Pero sobreviene luego una novedad, harto inesperada. Ya se vió á su tiempo el empeño de Carlos III, y la disposicion y ejecucion de dos aragoneses, el marqués de Roda, y el conde de Aranda, para el esterminio de los Jesuitas. Fernando ahora, conceptuándolos columnas incontrastables del trono y del altar, viéndolos resucitados ya por una bula del papa, se los pide con instancia, y su Santidad le envía la ansiada colonia, con mil demostraciones de júbilo y de interés entrañable, por la suma prosperidad de la monarquía; cifrándola principalmente en el activo y entero desempeño de campeones tan esforzados de la acendrada fe, y sobre todo del absoluto despotismo.

Llegan, y al primer embate desalojan y lanzan á la calle los pacíficos y dignísimos catedráticos de San Isidro, que disfrutan á sus anchuras tan cómodas y proporcionadas viviendas, para el esmerado desempeño de su enseñanza. Se aposenta aquella bandada de cornejas, ó aves de mal agüero, en la grandiosa morada; entablan con afan sus tareas, por supuesto jesuíticas en sumo grado; pero ni el público mira con aprecio aquella traza rancia y estranjerada de maestros, ni ellos tampoco se hallan á su satisfaccion en medio de las costumbres madrileñas, siendo ya las suyas absolutamente italianas. Por las provincias, apenas se consigue abrir algun otro colejio, y todo para en meras tentativas y ensayos infructuosos. Muchos de los recienvenidos se arrinconan, y aun se marchan, viniendo á quedar por último su regreso á España, despues de tantos años, sin resultado alguno, ni favorable ni pernicioso, para la nacion.

Con estudio hemos ido dejando para esta temporada memorable del reinado de Fernando VII, la estravagancia mas rematada en que pudo jamás incurrir gobierno alguno, y cuyos inventores fueron cabalmente los mismos liberales, cuyos mayores pacientes vinieron á ser, en la reaccion volcadora de su predominio. Hablamos de la suma ridiculez, llamada Purificacion. En la guerra de empleos, á que se suelen reducir todas las nuestras, los progresistas, ó lo que fuesen, idearon el acrisolar ó pasar por una alquitara la conducta y el desempeño de los principales, para con el menor pretesto derrumbarlos y entrar los nuevos alquimistas á disfrutar sus destinos. Vino la reaccion, quedaron debajo los dominantes anteriores, y entonces á todas las clases sin distincion, se les impuso la precision de purificarse, esto es, de probar mentirosamente, que jamás habian hecho armas contra la autoridad despótica del monarca.

En Zaragoza, por ejemplo, estuvo de presidente de la junta *ensayadora*, un brigadier llamado D. Antonio Tomas, sujeto de escelente índole, despreocupado y amante de la justicia y de la razon, y en virtud de prendas tan verdaderamente anjelicales quedaron purificados absolutamente, cuantos asomaron por aquellos umbrales; y por el contrario, en Valencia y en donde quiera que estuvo el asunto en manos menos jenerosas, padecieron los interesados infinito quebranto, y luego se inventaron las denominaciones ó categorías de *indefinidos, ilimitados*, etc. para irlos colocando en el nicho antojadizo que soñaban los clasificadores, para por fin igualarlos á todos. Luego se les señalaban depósitos, mas ó menos cómodos y oportunos, donde se les pagaban muy de tarde en tarde sus escasos haberes; y á lo mejor se disolvian aquellas reuniones para pagarles, en clase de dispersos, todavía con mayor dificultad.

Como quiera, hemos hablado repetidamente

del jeneral D. Joaquin Blake, sujeto pundonoroso, valiente, trabajador y escelente jefe hasta la jerarquía de coronel. La naturaleza no lo constituyó seguramente con los requisitos de un caudillo supremo; mas la culpa de sus descalabros debia recaer en el gobierno torpísimo y absolutamente ciego que lo colocaba en la altura, donde perdia de todo punto las potencias despejadas y aun brillantes que le acompañaban en la falda de aquella cumbre; y en fin el mediano militar y escelente ciudadano, estuvo siempre obediente á la superioridad, que es obligacion sagrada de todo individuo, y mas de un lejítimo caballero. A pesar de estas consideraciones tan obvias, que se debieron tener muy presentes, los calificadores de su conducta, que por supuesto no se le asemejarian en valor ni honradez, le fulminaron la sentencia atroz de *impurificacion*, y lo derrumbaron tempranamente al sepulcro.

Otros padecieron igual atropellamiento que D. Joaquin Blake; pero poquísimos se hicieron tan acreedores al interés jeneral, y al duelo entrañable de la nacion entera.

Entretanto sobreviene en Francia una novedad en estremo trascendental, y que asombra otra vez la Europa entera.

El rey Cárlos X, tal vez con menos alcances que su hermano Luís XVIII, y en realidad con poquísima cordura, creyó que deslumbrada la nacion con la brillante y muy reciente conquista de Arjel, podria manejarla á su albedrío, atropellando desde luego el mismo fuero que le habia concedido la corona, y despreciando la resistencia racional que le hacian los periódicos á porfía. Con efecto, pregona Cárlos su nueva ordenanza, y huella efectivamente los derechos que está disfrutando el ramo de Imprenta.

Se conmueve el pueblo entero, se traba al punto reñida y sangrientísima batalla en el mismo paseo del Baluarte y en otros puntos; triunfa el vecindario; huye el monarca y le acompaña en su destierro aquel mismo Angulema, con los laureles todavía frescos de su espedicion en España (1), y queda el solio vacante.

Entonces el comerciante Lafite, el astuto Taillerand y otros prohombres, de mas ó menos suposicion, se mancomunan y fraguan, amasan y plantean el arrojado intento de volcar para siempre la dinastía primera, y entronizar la segunda de los Borbones, con el nombre de Orleans, imponiéndole la Constitucion que se considere mas adecuada al pais y á las circunstancias. Así se verifica: todo se combina y se arregla en París, y la nacion entera se conforma ciega y mudamente con el sistema que le imponen unos cuantos individuos traviesos, duchos y arrojados en maniobras y empresas políticas en la capital.

Fernando, al oir el disparo de una nueva revolucion en París, se estremece, se azora y está ya viendo á su lado, de ministros á D. Agustin Argüelles y comparsa, manejándolo cual estafermo á diestro y siniestro, y cortándole los vuelos para todos sus antojos y arbitrariedades. Pero se esplaya luego su ánimo, y mas al ver que se anudan las relaciones políticas suspendidas por algunos dias, y que todo sigue con la idéntica armonía que antes.

(1) Cuadraba allí cabal ó literalmente lo de Horacio, *redit Hispana victor ab ora*.

CAPITULO CENTÉSIMOVIJÉSIMONONO.

Sigue el sistema arbitrario. — Acosan los apuros, y se acude tan solo á lo mas urjente. — Enferma el rey. — Frecuenta las aguas de Trillo. — Se agrava. — Revoca la ley sálica, planteada por Felipe V. — Empeora en términos de darlo por difunto los facultativos. — Se despeja un tanto por algunos dias, pero luego recae y fallece. — Rejencia de su viuda. — Plantificacion del nuevo sistema, apellidado el Estatuto. — Su contenido. — A nadie satisface.

1830. — 1833.

Desvanecido el nublado pavoroso de Francia, adolece Fernando con alguna gravedad de su achaque de gota; pues aunque frecuenta los baños, es de suyo voraz, al par que su padre, y por mas que se opongan, insistan y clamen los facultativos, no hay arbitrio para superar un punto su habitual é insaciable glotonería. Acude no obstante sin demora al despacho, y de-

sempeñando ya con cierto tino los negocios, da vado á los espedientes.

Mas el quebranto que ya no está en su mano remediar, habiendo adolecido tanto por aquel desbarro, es el inmenso descubierto en el ramo de Hacienda. Se acude mas y mas á la caja ya vacía de la Amortizacion, y lo que resulta es no cumplir con su instituto, que es la estincion de Vales y desconceptuarse el papel hasta un término horroroso, entorpecerse todas las operaciones mercantiles, cesar el jiro y espirar, con el descrédito jeneral, todo el comercio.

Se negocian empréstitos sobre empréstitos á infinita costa, y para algunos millones que llega á percibir el erario, carga la nacion con otros tantos, y tal vez muchos mas de atraso y apremio; redundando todo en mutua y suma desconfianza, y como se ha dicho, en casi total estancamiento y estermiuio del comercio interior y esterior.

Sigue en esto agravándose el monarca, y en vísperas ya de enviudar la reina, se hace forzoso estrechar al rey paraque arregle ejecutivamente el punto importantísimo de la sucesion y administracion del Estado, á su ya muy proximamente temido fallecimiento.

Nunca la ley sálica, ó esclusion del solio á las hembras, absolutamente francesa, habia rejido en Castilla, Aragon ó Navarra, y esta fué una de las novedades, poquísimo españolas, que nos trajo Felipe V. Se habia movido la especie con diferentes coyunturas, pero ahora urjiendo ya tantísimo la necesidad, se formaliza, con cuanta legalidad cabe, aquel auto, y quedan de nuevo y para siempre habilitadas las hembras para la sucesion á la corona.

Con esta disposicion, en medio del natural desconsuelo de la reina Cristina, por la situacion del esposo, queda su ánimo desahogado en cuanto á la rejencia del reino, durante la menor edad de su hija Isabel, dedicándose mas y mas la madre al objeto importantísimo de su esmerada educacion.

Se agrava luego Fernando, y padece un deliquio en que los mismos facultativos lo conceptuan ya difunto, y se trata de providenciar con arreglo á este acontecimiento; pero vuelve en sí á poco rato, y resucita, por decirlo así, el desmayado..... mas no es duradera ni fundamental aquella mejoría, pues á pocos dias fallece efectivamente el 29 de setiembre de 1833.

Empuña en seguida Cristina las riendas del gobierno, y maneja con actividad, rectitud y tino sus diferentes y complicados ramos. Oye hablar con aprecio de Martinez de la Rosa, y á pesar de sus antecedentes constitucionales, lo nombra desde luego ministro de Estado.

Con este motivo, median luego conversaciones en el despacho, y por fin el diplomático-literato persuade á la reina, que al ejemplo de Francia, conceda tambien un fuero á la nacion española. Se pone entonces Martinez á idear un sistema ó planta de gobierno misto de los tres partidos, pero inclinado mas bien á la aristocracia, apellidando el conjunto con el nombre nuevo de *Estatuto*.

El rey, en aquel sistema, ejerce, por supuesto, su autoridad omnímoda ejecutiva, tercia en la lejislativa, y hasta se reserva la iniciativa para la formacion de las leyes.

Hay dos cámaras, llamadas, á la antigua, *Estamentos*, compuesto el primero de los prohombres de la nacion con el nombre latino de *Próceres*, y el segundo llamado tambien como antaño, *Procuradores*, pero con facultades, ó regalías tan limitadas, que todo su influjo se reduce á cierto derecho de peticion, y luego á terciar con su voto en la parte lejislativa.

Está muy ajeno el Estatuto de franquear los ensanches de la Constitucion, harto popular, de Cádiz; mas como se sale del sistema despótico, y planteado á punta de bayoneta de Fernando, se agradece en el alma á Cristina el establecimiento gratúito y propicio del Estatuto, que merece allá cierta aceptacion por las naciones de Europa.

Se juntan los *Estamentos*, ó Cortes á la moderna, con apellido anticuado, y luego al presenciar y palpar la nulidad legal del cuerpo de Procuradores, se quedan los ministros y los oyentes al par atónitos, y por decirlo así, como yertos.

Con efecto, se entabla una discusion, y á la primera especie, con visos de nueva, que apunta cualquier orador, se adelanta el ministro, y le ataja el camino, ú mas bien le echa una compuerta, diciéndole sin rebozo, que segun los términos espresos del flamante alcoran, no tiene derecho mas que para hacer tales ó cuales demandas baladíes, y sin la menor trascendencia, para la ventaja, ó el detrimento, de los intereses nacionales.

Tras este amargo desengaño, se retraen los Procuradores, con patente desvío, y escasísima asistencia al Congreso, ó acuden con suma tibieza al desempeño, ú mas bien farsa de las sesiones; y la reina entretanto se muestra por cada dia mas y mas propicia, en mirar por la administracion de la justicia y la prosperidad de la nacion.....

Pero cesa aquí la carrera de nuestra Historia de España, habiendo en el Prólogo ofrecido conducirla únicamente hasta el establecimiento y primeros pasos del Estatuto.

Falta ahora tan solo el siguiente capítulo relativo peculiarmente á la misma persona de Fer-

nando VII, con sus hechos, palabras é inclinaciones, desentrañándolo todo con la debida y decorosa imparcialidad; y luego daremos fin á nuestra ardua empresa, con la recapitulacion jeneral y esmerada de toda la obra, que será con sus miras particulares, y observaciones, tal vez absolutamente nuevas; será, repito, forzosamente de alguna estension.

Solo añadiremos por ahora, que el bando progresista se puso desde entonces en acecho, ú en el disparador, á fin de dar al través para siempre con el Estatuto, como por último lo consiguió mas adelante.

CAPITULO ULTIMO.

Nacimiento de Fernando VII. — Su educacion. — Sus ayos. — Sus estudios. — Sus inclinaciones. — Su disposicion orgánica. — Su mocedad. — Su primer matrimonio. — Su enemistad con Godoy. — Revolucion de Aranjuez. — Su ascenso al trono. — Venida á Madrid. — Ida á Bayona. — Detencion en Vitoria.—Continuacion del viaje. — Tropelías en Bayona. — Destronamiento. — Encierro en Valencey. — Conducta interior. — Propuesta y plan de rescate. — Su cobardía. — Rendimiento con Bonaparte. — Venida á España y á Madrid. — Su ingratitud con los conservadores de su cetro. — Restablecimiento de la Inquisicion. — Arbitrariedad absoluta. — Espedicion para América. — Riego. — Su recibimiento. — Venida de los Franceses. — Viaje á Sevilla y Cádiz. — Menosprecio de su palabra. — Nuevos intentos contra las Américas. — Sus achaques. — Viajes á Trillo. — Su familiaridad. — Su dolencia postrera. — Su muerte.

POR VARIAS FECHAS.

Nació Fernando VII en el Escorial, el 14 de octubre de 1784. Hubo en el parto dos jemelos, cuya plausible novedad, ocasionó muchos regocijos, con poesías y premios de todas clases; pero falleció á muy poco tiempo el uno, y vino á quedar solo Fernando, que se crió bastante robusto, y adquirió una estatura gallarda.

Se trató de su educacion, y se le nombró por ayo y maestro al clérigo Escoiquiz, sujeto menos que adocenado en su instruccion, poeta ridículo y desconceptuado en su conducta particular (1). Se dedicó el príncipe de Asturias, pues por tal se le reconoció al ascender su padre al trono, á varios ejercicios, y cabalgaba, como se dice, con jentileza.

En cuanto á sus estudios, no se sabe que descollase en ramo alguno, pues solia leer la historia de España, y ejercitarse en los idiomas, sin que jamás llegase á poseerlos.

Era sumamente memorioso, como la jeneralidad de los Borbones; no carecia tampoco de alcances naturales, mas nó hubo quien le guiase por la senda de la sublimidad, ni en política, ni en literatura, ni en costumbres, infundiéndole arranques caballerosos y verdaderamente rejios, y así vino á quedar en la clase vulgar de los soberanos.

Hallándose todavía en edad muy temprana, lo enlazaron con la infanta de Nápoles María Antonia, dama en estremo recomendable, por un conjunto de prendas que poquísimas veces se hermanan en una sola persona. Despejo, agrado, señorío, instruccion selecta, primor en dibujo, bordado, música y demas artes elegantes, con un corazon propenso á la amistad y á la beneficencia; todo rebosa en el tesoro de escelencias que realzan á la princesa de Asturias. Hechizado el consorte y absortos los palaciegos, por donde quiera resuenan los elojios de aquel fenómeno tan peregrino.

Pero este mismo complemento de gracias y atributos, es el escollo en que va á naufragar aquella inocente víctima, al asomar en su carrera doméstica y palaciega. Tanto esplendor deslumbra á la suegra y aterra al predilecto, y

(1) Escoiquiz fué antes prebendado en Zaragoza, y no cesó de escandalizar al pueblo con sus tratos indecorosos, y desmereciendo el aprecio de las jentes; y en particular de aquel cabildo tan numeroso de entrambas catedrales, por lo jeneral severísimo en sus costumbres.

asi entrambos á una le declaran encarnizadamente la guerra. Llueven desaires, menudean sonrojos, y se redoblan mas y mas los recelos, efectivos ó aparentes, y sobre todo se están inventando de continuo nuevas opresiones y estrecheces.

Aquella alma anjélica se abate y se acongoja, y aunque el esposo, y toda la servidumbre de su cuarto, hablando en estilo cortesano, se esmera y se afana en esplayar colmadamente su ídolo, alcanza tambien la etiqueta angustiosa á los mismos interesados en dilatarla, y si pudiesen, restablecerla.

En fin, á los pocos meses, la princesa enferma, se agrava, y con vehementes sospechas de veneno, por parte de sus enemigos, y fallece lastimosamente; no en la flor, sino verdaderamente en el capullo de su lozanía. Inconsolable se muestra su tierno viudo, mas no todos se atreven á manifestar su quebranto, pues dentro del alcázar de la doblez y del engaño, no es árbitro el corazon de patentizar sus interioridades.

Sobrevienen luego las inmensas novedades con Bonaparte, y mientras está Fernando todavía, paladeando los primores sobrehumanos, y empapándose todo en la memoria idolatrada de aquel malogrado portento de la naturaleza y del arte, estalla impensadamente la revolucion de Aranjuez, sale luego el príncipe de Asturias, le aclama la muchedumbre, y lo anda, arregla y pacifica todo.

Los Franceses, interesados en tiznarle y orillarle, para sus fines malvados, por cohonestar hasta cierto punto su plan inicuo y atentado infernal, se empeñan en achacar á Fernando los hechos de aquel memorable trance; pero es ciertísimo que ninguna culpa tuvo, ni dió un paso impropio en lo sucedido. Con efecto, el padre en aquella misma tarde llamó al ministro Cevallos, y por su propio impulso y aun sin conocimiento de la misma reina, le mandó estender el acta de su renuncia con la debida formalidad, y con todos los requisitos que acompañan siempre á tan solemnes documentos.

Luego la reina, con el afan de libertar al preso, y sobretodo de seguir mandando, valida siempre de su predominio en el ánimo del endeble marido, le hace mudar de dictàmen y de rumbo en todos sus pasos, revocando la renuncia, que segun él mismo espresó enérjicamente, habia firmado mas á su satisfaccion que documento alguno, en el discurso de su vida.

A los pocos dias, se encamina el nuevo rey á Madrid, entra á caballo por la puerta de Atocha, sigue el Prado, la calle de Alcalá y demás carrera hasta su palacio, oyendo miles y millones de vivas y aplausos, y presenciando las violentas demostraciones, particularmente de las señoras, que al parecer quieren arrojarse de sus balcones respectivos, segun sus ademanes; por mas que la presencia, y sobre todo el hospedaje odiosísimo de la francesada, contrareste y acíbare el júbilo jeneral.

A impulsos luego de sus torpísimos consejeros, Infantado, Escoiquiz y otros, contra todo el torrente del pueblo, sale en busca de Bonaparte, y á pesar de la elocuencia de Urquijo en Vitoria, sigue su viaje y se entrega, como dice Arriaza, en las garras del tigre, que desencaja mas y mas sus fieros colmillos para devorarlo.

Queda ya anteriormente referida la farsa trajicómica de Bayona, con el papel ridículo del padre, la furia infernal, segun se espresa el mismo Coralo, de la arrebatada madre, los ultrajes horrorosos al hijo, y su presencia de ánimo, no obstante, para espedir una órden allá reservadísima, y encaminada á la primera autoridad española que se deparase al portador, mandando que se junten las Córtes, se plantee un gobierno interino, y se declare la guerra á la Francia.

Pasa luego al encierro de Valencey, donde disfruta, al par de su familia, cierto ensanche, y entabla un sistema de vida mas frívolo y sensual que caballeroso y rejio; y despues comprometiéndose con el baron de Kholl para ponerse en salvo, se desentiende absolutamente; cuando llega el caso de poner en planta el complicado y al parecer segurísimo plan, faltando así solemnemente al cumplimiento de su palabra.

Pasado algun tiempo, el Monitor y otros periódicos franceses trajeron la solicitud del monarca para obtener el mando de un cuerpo, con el intento de venir á guerrear contra sus mismos súbditos, que se estaban sacrificando y vertiendo sangre á raudales, para reponerle en su solio.

Vencido Bonaparte y teniendo que rendir acatamiento á los aliados, pone en libertad á Fernando, quien atenido á los consejos alevosos y funestísimos del jeneral Elio y de los llamados Persas, en Valencia, viene á Madrid con grandísimo aparato de tropas, prende y envia á presidio, con amagos todavía de mayor y mas sangrienta ejecucion, á los conservadores de su reino y trono, y se entrega en manos de los idénticos mentecatos que lo habian llevado al despeñadero.

Sigue algunos años gobernando siempre trabajosamente, y llevando como á pausado remolque la nave del Estado, apresta á duras penas contra los rebeldes Americanos, una espedicion que se le rebela igualmente, le avasalla y le precisa á jurar y observar la Constitución, para él odiosísima, de Cádiz, y trae un ejército enemigo

que con el auxilio, todavía mucho mayor de la hez española, lo repone, á medida de sus ansias, en el trono despótico de sus antepasados.

Trae sin embargo de Zaragoza al virtuoso é intelijente Garay, para que le plantee y entone el ramo inapeable de la Hacienda pública, y no bien empieza el Compositor á entablar allá ciertos visos de arreglo y verdadera *entonacion*, cuando sin causa notoria, ni aun sabida por el mismo paciente, lo destierran repentinamente, y lo envian de nuevo á las márjenes del Ebro; engolfándose mas y mas el Estado en un laberinto de apuros, urjencias é imposibilidades.

Se especificó ya con alguna estension el primer matrimonio con la preciosa y malograda Napolitana, y hablarémos ahora de sus demás enlaces, que fueron al todo hasta cuatro.

Vino del Brasil una princesa que, si bien carecia de atractivo esterior, era despejada, instruida, benéfica y amantísima de las artes, inclinando siempre al marido hácia el rumbo de la benignidad y del acierto, en todos sus pasos. Murió pronto, causando amargo sentimiento á los palaciegos, y á cuantos llegaron á conocerla.

Le siguió luego la Sajona María Amalia, dama de bello y tudesco parecer y de frísimo temple y embargada en sus continuas é inocentes devociones; y tras algunos años de pacífica é inalterable compañía, falleció tambien sin sucesion, como las dos anteriores.

Por fin vino Cristina, cuyos vaivenes y padecimientos ha presenciado la nacion, y á favor de quien se revocó la famosa ley sálica, y ha gobernado antes y despues de la usurpacion de Espartero, hasta que ha entrado á reinar Isabel Segunda, con aplauso de todos y satisfaccion entrañable de la propia madre. Nada tenemos que añadir á lo referido sobre la enfermedad y demás ocurrencias en el fallecimiento de Fernando.

En cuanto á su índole y circunstancias, todo queda ya retratado con imparcialidad y sin rebozo, tan al vivo como nos ha sido dable, en cuanto á su desempeño gubernativo y su conducta privada ó particular; mereciendo poca consideracion sus espediciones nocturnas con el duque de Alagon ó con algun otro; y mucho menos su intimidad constante con Calomarde, que en su conjunto vino á ser un ministro regular.

Por lo demás, parece que trató siempre decorosamente á sus cuatro esposas, á la primera con idolatría, á la segunda con aprecio, á la Sajona con cierta especie de acatamiento, y por fin á Cristina con la distincion que es muy notoria, por sus últimas disposiciones.

Mas queda un cargo gravísimo que hacerle, á saber, que no imitó á su abuelo, como ya se dijo del padre, en su pasion á las artes y en el fomento de la industria jeneral; pues con efecto la Aduana, el Museo, el Botánico, la puerta de Alcalá, el canal de Aragon, etc. están pregonando la gloria de Carlos III, que en medio de sus guerras, y de sus cinco desastres mencionados, jamás desatendió á sus objetos predilectos, á la verdadera alma de las naciones, que se cifra toda en las artes y las ciencias.

Mas ¿qué se debe á Carlos IV, y qué á Fernando VII?... Nada, absolutamente nada, en punto á ventajas, y muchísimo, infinito, en materia de quebrantos; pues les cubre al par el borron del esterminio de nuestra brillantísima é incomparable armada, y sobre todo la pérdida perpetua y espantosa, de siete octavas partes de la monarquía; teniendo por lastimosas, y ya irremediables resultas, el avasallamiento servil al despotismo insaciable de los Ingleses.

No hay paraque hacer mencion de los literatos y artistas del tiempo de Fernando VII, pues todos vinieron á florecer, con mas ó menos esplendor, en los reinados anteriores.

RESEÑA COMPENDIOSA

Ó RECAPITULACION JENERAL

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

SECCION PRIMERA.

Situacion jeográfica, y tiempos primitivos.

Entre los grados 39 y 43 de latitud, casi al centro de la zona templada, asoma la Península Española, arrostrando, como á vanguardia de la Europa entera, los embates del piélago inmenso.

Además de las tres revoluciones, vuelcos ó *cataclismos*, cuyos vestijios han descubierto ya plenamente los naturalistas, aquella posicion avanzada (1) no pudo menos de ocasionar otros y violentísimos vaivenes á nuestro atormentado suelo; y así no se duda que el Mediterráneo en lo antiguo era un mero lago sin comunicacion alguna (1) con el Océano atlántico; y con efecto, los cortes ó sajaduras, que aparecen por los despeñaderos marítimos de Sierra Bullones, cerca de Ceuta, se corresponde cabalmente con el peñon de Jibraltar, y segun los antiguos que para todas las grandes operaciones ó fenómenos naturales acudian á su forzudo Hércules, atribuyeron el empuje irresistible de aquel comodín, para zanjar aquel estorbo, cuyo tránsito, ú abertura, vino á llamarse el Estrecho Hercúleo.

Como quiera, la España cercada en tanta estension por el Océano inmenso, ostenta un sin número de puertos, mas ó menos aventajados, en ambos mares. Surcan su recinto rios caudalosos, que atajados y repartidos cierta y adecuadamente por sus terrenos circunvecinos (2) fertilizarian todos sus ámbitos, facilitándose

(1) Aunque jeneralmente los cometas no son mas que unos remolinos ó agregados de gases, sin lo que se llama núcleo, pues por su centro suele pasar la visual que descubre las estrellas por aquel rumbo, basta su encuentro para causar un trasturno en la tierra ó en la Zona, y dar tal vez al través con la jeneracion humana, como se temió hace catorce años (en el de 32) cuando por dicho jeneral un cometa atravesó la órbita ó carrera de nuestro globo, cuarenta dias antes de su llegada cabal á aquel mismo punto, como lo demostró de antemano el célebre Arago, y así serenó los ánimos, arredrados con el anuncio de los astrónomos alemanes. Quizá la tierra, en su último encontron quedó en la situacion oblicua, que ahora le cabe, al paso que Júpiter, cerca de mil y trescientas veces mayor, aun cuando padezca algun daño parcial, resiste de sobras al embate de cuantos cometas puedan embestirle, y así conserva la esfera recta de su formacion primitiva y disfruta una primavera perpetua. ¡Bien hayan sus habitantes, si los tuviere, como es muy probable!

(1) Hay tambien contracorrientes en el Estrecho, pero por lo mas la corriente es del Océano para el Mediterráneo, pues los físicos tienen computado, que es mucho mayor su evaporacion anual, que el caudal, ó porcion de agua que recibe con la suma de cuantos rios, ó manantiales, desaguan en su seno.

(2) No falta quien ha dicho, tal vez con demasiada razon, que mientras entre en el mar una sola gota de los rios de España, desde abril á setiembre, no habrá verdadera nacion española.

mutuamente sus sobrantes, para el mantenimiento colmado de todos sus pobladores, aun cuando ascendiesen al número de cuarenta ó cincuenta millones (1).

Atesora en sus entrañas suma abundancia de metales riquísimos, y de otros minerales infinitamente mas apreciables, como el hierro, el cobre, la hornaguera ó carbon de piedra etc. Sus producciones, tambien abundantísimas de trigo, aceite, seda, lino y todo jénero de frutos, son las mas esquisitas que se conocen por toda la estension del orbe. Los vivientes que á bandadas, ó á rebaños, pueblan su fecundo suelo ú su templado ambiente; la finísima lana de sus carneros y la velocidad y hermosura de sus potros, se aventajan á cuantos crian las demás rejiones, y sus toros bramadores y guerreros esceden, con muchos quilates, en pujanza á todos los de las demás rejiones; y si para coronar nuestra sencilla y verídica descripcion, pasamos á la especie humana, los campeones iberos avasallaron el globo de polo á polo, y en alas de su espíritu sublime, los poetas cantaron dignamente sus ínclitas hazañas; al paso que sus artistas eminentes, los primeros de la Europa, atónita ahora mismo ante sus portentos, retrataron al vivo en el lienzo, ó en el mármol, las acciones heróicas de sus compatricios; mientras el sexo hermoso y compasivo ofrece á la vista en rostro, talle, y movimientos el embeleso de la beldad ideal, representada en su cabal perfeccion por los injenios sobrehumanos de las orillas amenísimas, del paraiso incomparable del Guadalquivir (2).

Vamos ahora á los tiempos primitivos de nuestra existencia política, ó mas bien bravía, ó absolutamente material. En los varios miles de años que han mediado desde el diluvio acá, parece que la poblacion de España, es mucho mas antigua de lo que vulgarmente se conceptua (3).

Como quiera, se afirma jeneralmente, que la casta semítica se encaminó desde luego al medio dia, y que Tubal fué el primer poblador de España; pero no pudo menos de mediar un espacio de siglos, para que su descendencia, ó sus campamentos llegasen á formar lo que se llama nacion.

Estrabon y otros autores hablan de los Tartesios y de los Turdetanos, como muy adelantados y aun florecientes, en la civilizacion; mas no quedan monumentos fehacientes de tan estraño fenómeno; pues las medallas tosquísimas de hierro ú cobre, comprendidas en los catálogos con el nombre jeneral de ignoradas ó desconocidas, por mas que algunos anticuarios las atribuyan arbitrariamente á los citados pueblos, como hasta ahora no se han podido descifrar sus escasos rótulos, ninguna luz han podido dar sobre la materia.

Por el contrario, aun cuando aquella opinion ó conjetura fuese fundada, la misma calidad ó desaliño del artefacto tan solo probaria el sumo atraso de sus fabricantes. Hablan además los mismos autores de los Tartesios, como estendidos por una isla dilatada, cuya existencia se ignora, á no ser la famosa Atlántica de Platon, á la cual parece que pertenecian nuestras islas Canarias.

Pero salgamos de estas lobregueces inapeables, y orillando la rejion fantástica de las conjeturas, atengámonos á los hechos pura y positivamente históricos. Hablemos pues de los Fenicios.

(1) Está computado, que si al nivel de la Guipúzcoa, estuviese poblada la Península entera, habria en ella mas de cincuenta millones de habitantes.

(2) *Bæticus adjuvat æer*, dice Juvenal.

(3) El pueblo que hablaba en lo primitivo el actual vascuence, prescindiendo ahora de las peregrinas escelencias que sueñan en su contenido, así Larramendi en el prólogo á su Diccionario, y en su Gramática jactanciosamente titulada: El Imposible vencido (nombre mas propio para una comedia); como tambien Astarloa, Erro y otros; aquel pueblo, repito, estuvo estendido, cuando menos por gran parte de la Península, pues á la entrada en Castilla por Aragon, hay un lugarejo llamado Iruecha; iruecheá significa tres casas, pues no serian mas en su fundacion, y así hay otras muchas denominaciones que evidencian aquella suma estension.

Por lo demás, el sosiego inalterable de nuestra morada terrestre desde el diluvio, se comprueba innegablemente con la duracion del dia, que desde Hiparco acá que la deslindó positivamente va ya para dos mil años en Alejandría, no ha variado ni un solo segundo; tal es la firmeza de nuestro fútil globillo (respecto de Júpiter y de otros) en el actual sistema planetario.

SECCION SEGUNDA.

De los Fenicios.

Sabidos son los asombrosos progresos de los Tirios en las artes, y sabida tambien la irracionalidad de Alejandro, bárbaramente apellidado el Grande, quien asesinó vilmente á los heróicos defensores de su patria, crucificándolos á miles, por las playas, y esterminando para siempre su hermosísima poblacion.

Consta igualmente que sus colonos, los Cartajineses, perfeccionaron hasta lo sumo la navegacion, pues saliendo del puerto de Suez, tambien colonia suya en el mar Rojo, dieron la vuelta al cabo de Buena Esperanza, y volvieron triunfantes á Cartago, al mando de su ínclito almirante Hanon (1).

Navegantes tan osados y espertos, no podian menos de aportar en el peregrino y pintoresco promontorio de Cádiz, colocado casi al desembocadero del Estrecho, sobre el mar de Atlante ú Océano anchuroso.

Llegan, comercian con los tosquísimos naturales, contrapuestos de estremo á estremo á los cultos moradores del Sur, y luego fementidamente (1), ó á viva fuerza, plantean un establecimiento asombroso, militar y mercantil, que prospera mas y mas con sólidos y redoblados aujes, hasta ser Cádiz otra Cartago (2).

Entre Cartago y Cadiz media la dilatada costa del Mediterráneo, y los consumados navegantes prosperan mas y mas con su comercio por ambas orillas de Africa y Europa. Esta comunicacion es tan activa y trascendental, que llega á entablar intimidades harto estrechas y aun heroicas, que identifica pueblos enteros con los traficantes, como se vió en el sacrificio inmortal de Cartajena contra Escipion y sobretodo por el contrario el nunca visto de Sagunto, como se dirá á su tiempo.

Como quiera, descollaron los Cartajineses, así en su patria, como en Cádiz, en Sicilia y en otros puntos, señoreando los mares y las costas con tan sumo poderío, que pronto encelaron á los Romanos, hasta el estremo de estallar su enemistad, y acarrear las guerras memorables que tuvieron por último paradero el esterminio total de Cartago.

Pero antes de pasar adelante, no podemos menos de advertir el grado de cultura con que floreció la competidora de Roma, cultivando las artes y las letras, y civilizando en gran parte las Andalucías, por toda la comarca gaditana; en términos que á no mediar la catástrofe sobredicha, trascendiera probablemente aquella ilustracion á la España entera, y nuestro idioma, en vez de ser primitiva y radicalmente latino, seria entonces, como toda la literatura, fundamentalmente tirio, ú sea cartajinés, con ventaja tal vez de toda la ilustracion europea.

(1) Nuestro gran Campomanes, siendo todavía abogado de boardilla en Madrid, publicó ya el mejor comentario que se conoce del famoso *Periplo*, con la misma obra.

Sobre este particular, advierte con mucho tino el célebre Roberson, que el mismo reparo, ú sea impugnacion del historiador Herodoto contra aquella navegacion, es al contrario una demostracion terminante de su realidad. Dice, con efecto, escarneciendo el hecho como absolutamente fabuloso, que aseguraban haber tenido el sol á la derecha y la sombra á su izquierda, lo que no podia menos de suceder viniendo del cabo de Buena Esperanza para Europa; de modo que poquísimos hechos históricos se hallan tan cumplidamente comprobados, como el contenido en el *Periplo*.

(1) Entrar vendiendo, por salir mandando; dice allá nuestro coplero Isla.

(2) Por eso cuadra tantísimo la espresion de Horacio: *Uterque Pœnus serviat uni.*

SECCION TERCERA.

Los Romanos.

Ya se fué viendo, en el primer tomo de la presente obra, la parte de historia romana correspondiente á la de España, pero en este cuadro jeneral, hay que añadir algunas especies, tal vez fundamentales, para dar el debido complemento al grandioso conjunto.

Con motivo de las varias colonias griegas, mas ó menos florecientes, planteadas en Marsella, en Rosas, en Sagunto y en otros parajes del Mediterráneo, mediaba estrecha hermandad por idioma, costumbres y civilizacion entre todas ellas. Roma entabló desde luego suma intimidad con Marsella, y trascendió luego á su compatricia Sagunto, y de aquí provino el ardor y aun fanatismo con que un solo pueblo, con facultades meramente proporcionadas á su estension, cometió la temeridad de hacer frente á todo un Anibal, con ejército poderoso, acarreándose aquel sublime holocausto, que estaban muy ajenos de merecer y de mirar con muestras de agradecimiento, aquellos Romanos ambiciosos y sanguinarios por esencia, con ínfulas frenéticas de soberanos de todas las naciones.

Guerrean luego de poder á poder, y á todo trance, las dos repúblicas, á cual mas insaciable de mando y de riquezas, y despues de tantas victorias, debidas principalmente á los Españoles, queda vencido el grande Anibal, en los campos de Zama, y por fin esterminada Cartago á manos de los Escipiones.

Antes y despues los Españoles, siempre desunidos, y auxiliando parcialmente á sus mayores enemigos, destruyen estos bárbaramente á Numancia (1) y vienen por fin á señorearlo todo.

Despues de padecer estorsiones inicuas é incesantes por los infames procónsules romanos, por fin uno llamado Julio Cesar y otro Pompeyo arman el orbe entero, por quien lo ha de tiranizar mas despóticamente, sin que á nadie absolutamente pueda interesar el logro, en todo ni en parte, de tan rematado desvario.

En aquella conmocion jeneral, cabe tambien su porcion acostumbrada de quebrantos y desastres, primero con los lugartenientes de Pompeyo, y despues en Munda con sus hijos, á la desventurada España. Los pompeyanos van asolando la izquierda, primero del Segre y luego del Ebro, y despues las Andalucías padecen igual esterminio, por la causa, como se ha dicho, ajenísima para los pueblos, de aquellos frenéticos italianos.

A poco tiempo, cuando ya el orbe todo yace á las plantas del endiosado y sanguinario Octaviano, un solo pueblo de las montañas de Burgos (1), arrostra denodadamente el poderío romano (2), y estuvo con varias alternativas de ventajas y descalabros, estuvo por largos años defendiendo su sagrada independencia; hasta que menguadas sus fuerzas, vertiendo arroyos de sangre y padeciendo continuas privaciones, vino á desaparecer con la inundacion de las lejiones, y por decirlo así, del orbe entero.

Incorporada despues la España en el inmenso imperio, como porcion considerable, suministró personajes de suma suposicion, como los Balbos de Cádiz, injenios de primera jerarquía, como los Sénecas, Lucano, Marcial, Columela y Quintiliano, que están todavía condecorando lo mas florido de las letras latinas.

(1) Sabida es la situacion de Numancia en las casas de Garray, á la confluencia de un riachuelo con el Duero, una legua mas arriba de Soria. Modernamente el intendente Erro, ha creido hallar las murallas de la antigua norma del heroismo; pero siempre han dicho y repetido los autores antiguos y modernos, que los Numantinos nunca tuvieron mas muros y valladares que *sus propios pechos.*

(1) Los Cántabros parece que residian principalmente, en todo aquel territorio quebrado de la provincia de Burgos que cae entre Saldaña, Aguilar de Campo, Fontibre etc., sin que obstase aquella posicion céntrica, para estenderse á diestro y siniestro, y tal vez hasta la marina, pero sin ceñirse jamás á las Provincias Vascongadas, como suponen equivocadamente los mas de los Vizcainos.

(2) No acaba Horacio con sus acatamientos á los Cántabros, *Cantaber, serà dominus catenà; Cantabrum indoctun juga ferre nostra etc. etc.*

Ocurrió luego el fenómeno mas peregrino que sobresale en toda la historia del jénero humano, y es la sucesion seguida de cinco emperadores romanos, que no tuvieron mas objeto en todas sus operaciones y hasta en sus mas internos pensamientos, que la felicidad perpetua del jénero humano, y entre ellos el mas descollante, Trajano (1) fué positivamente natural de Itálica, junto á Sevilla; y algunos aseguran, que lo fué tambien Adriano, otro de los cinco, así como algunos siglos despues el gran Teodosio.

En el reinado de este fué cuando asomó, cundió y anegó despues en la inundacion de su barbarie, aquel redoblado enjambre que el fecundo norte estuvo arrojando por siglos enteros, sobre las rejiones del mediodía. Pelea Teodosio, siguen batallando otros campeones hasta el famoso Belisario, y cuando ya se cree como exhausto el manantial de tantísimo aborto como ha venido á fenecer, en su incesante refriega, se redobla y se enfurece de nuevo la tormenta, y descarga sobre la Europa entera mayor nube de monstruos, venidos del mismo polo y de las naciones del Asia, conjurados al parecer, en asolar el orbe, y anonadar la civilizacion floreciente de estremo á estremo del inmenso imperio.

(1) Ya se citaron en su lugar los famosos versos de Rioja :

Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la Tierra.

Aquí prevalecen los Godos, allá triunfan los Vándalos, que no cabiendo en los confines europeos, despues de ocupar y dar nombre á las Andalucías, pasan al Africa, y en parte destrozan á sus habitantes, en parte plantean estados nuevos, y se enlazan y se confunden con los naturales, mas ó menos cultos ó montaraces, del mismo pais.

Pero caben ya finalmente á España los Visigodos, que escojiendo por capital á Toledo, empiezan á dedicarse á las artes pacíficas de labranza y manufacturas de ínfima clase que hallan establecidas, y que siguen ejercitando con mas ó menos ahinco y perfeccion. Se van inclinando tambien al conocimiento de las letras, y hermanando los tosquísimos rudimentos que traen de las lobregueces del norte con la cultura romana, van progresando en la carrera del estudio, y renacen por fin la literatura y la civilizacion.

Asoma tambien á la sazon una relijion nueva y afectuosa que iguala, en su profesion y en sus esperanzas, todas las clases del jénero humano, y amansa la fiereza guerrera de los conquistadores, enlazados con los humildes súbditos de sus nuevos dueños.

SECCION CUARTA.

Los Godos.

Despues de mil reencuentros mas ó menos reñidos, y aun batallas formales y sangrientísimas, asoma el rey ó caudillo Ataulfo por la provincia de Narbona, donde se rehace y se apodera de abastos y acude á sus urjencias con moderacion; pasa sin tropiezo á Cataluña, se situa al pronto en Barcelona (1) y luego se interna por España, siempre triunfante, hasta plantear y encabezar la sucesion tan sabida de la monarquía goda.

Amaina un tanto, como se ha dicho, aquella fiereza, con el roce de la civilizacion romana, pues predomina todavía la barbarie fundamental, y así menudean los vaivenes, arrebatos y matanzas, pero la cordura grandiosa y el comedimiento jénial de su tercer monarca Bamba, establece y arraiga un sistema nuevo de gobernacion, y arraiga una especie de contrapeso ú equilibrio, que sigue luego prevaleciendo mas y mas con la autoridad eclesiástica de los concilios.

(1) Hay una calle en la parte antigua de Barcelona que se llama ahora mismo de Ataulfo.

Se conservan en la famosa coleccion de Aguirre las actas de aquellos congresos, y desde los primeros pasos nos encontramos con un cuerpo deliberante en Iliberis, cerca de Sevilla, cuyas decisiones trascienden, no solo al réjimen eclesiástico de toda la monarquía, sino tambien á varios puntos políticos, ó de la gobernacion jeneral de los pueblos.

La capital es Toledo, en donde van saliendo á luz y descollando edificios de consideracion, y se rejeneran hasta cierto grado de artes funda-

mentales de la civilizacion que cabe en tiempos tan revueltos y confusos para toda la Europa; se robustece entretanto la monarquía, trae sus relaciones políticas con otras potencias, perfecciona y engrandece su milicia, y conserva ya desde su arranque, en la temporada de Ataulfo, ú por conquistas y adelantos posteriores, la dominacion de toda la parte de Francia confinante con España, hasta mas allá del Garona.

Profesan los Godos con sumo ahinco la relijion cristiana, y aunque yendo y viniendo del catolicismo al arrianismo y por la inversa en repetidas oleadas, como el pueblo no cala, ni se para á desentrañar aquellas sutilezas inapeables que ahora mismo se hacen harto incomprensibles para los entendimientos regulares, el paradero solia ser siempre volver con miramiento y veneracion al regazo de la Iglesia romana.

Se patentiza el ahinco de la devocion goda en la grandiosidad de los edificios, para el culto público. No tienen por de contado el arreglo, la majestad y el primor del sistema, pero su elevacion es arrojada y verdaderamente asombrosa, como se está viendo en Barcelona, en Búrgos, en el ínclito templo de Toledo y en otras muchas catedrales; sobresaliendo, no en altura, sino en la inmensidad de su estension el redoblado laberinto de la iglesia de Córdova, aborto tal vez en parte de la estremada devocion arábiga, con su segunda Meca, la mezquita cordovesa.

Como quiera, sigue prosperando la monarquía goda, y aunque sobrevienen revoluciones en la dinastía, es en estremo respetable su poderío en tiempo de Witiza, compitiendo la corte en lujo con las opulentas ciudades orientales. Es Rodrigo otro Salomon en regalo y magnificencia, mas no en pundonor y sabiduría. Tras la tacha enorme de usurpador, se le supone violento y aun desenfrenado en sus vicios, y apuntaremos de paso la historia, tal vez fabulosa, de sus demasías, para luego estendernos en el vuelco horroroso, en la revolucion total que con él viene á padecer la Península entera.

Parece que el rey tiene varias posesiones en Africa, y entre ellas principalmente la de Ceuta, al cargo del conde D. Julian. Este gobernador, entroncado con el monarca, tiene una hija, á quien las crónicas dan el nombre de Cava, entre la servidumbre palaciega; y es tan suma su beldad, que traspasa con sus agudos flechazos el corazon de Rodrigo, quien á todo trance se empeña en disfrutar bárbaramente sus decantados primores.

Consumado el atroz sacrificio, tiene la ofendida proporcionó maña, para noticiar su afrenta al padre, quien al punto enfurecido de remate, entabla desde luego un sistema de venganza memorable y perniciosa, entregando su plaza á los enemigos, y aposentándolos en el estremo de la península Española, para desde allí allanarla ejecutivamente toda.

Antes de pasar adelante, nos pararemos á considerar los resultados primitivos que suele acarrear la pérdida de una sola pelea, que merezca llamarse decisiva. En la batalla de Zama, donde zozobró el grande Aníbal, quedó ya subyugada con Cartago el Africa entera, á la ambiciosa Roma. En el combate naval de Salamina, el desempeño heróico y sublime de Temístocles, afianzó, para siempre, la libertad de la Grecia y la civilizacion del orbe. Un solo trance rindió al conquistador Guillermo la Inglaterra toda; y en nuestros dias, despues de tantísimas victorias de Federico, de su consumada sabiduría, de su relleno tesoro y sobre todo de su táctica, al parecer incontrastable; en la batalla de Jena, por no haber sabido robustecer y resguardar su izquierda, la Prusia entera quedó al golpe avasallada por Bonaparte.

Está Rodrigo viendo venir la inmensa nube que le amaga pavorosamente, y aparata por su parte un ejército formidable en apariencia por su número y su brillantez meramente lujosa; pero que con la paz dilatada carece de aguante, de valor y de disciplina.

Parece tambien, que su crecidísima hueste consistia principalmente en infantería, al paso que los enemigos preponderaban irresistiblemente con su veloz é infatigable caballería; y por último en aquella única refriega viene el monarca godo á perder, solio, vida y nacion, por la estension verdaderamente inmensa y funestísima de ocho siglos; esto es, hasta el rescate de Granada por la grande Isabel.

Como quiera, antes de engolfarnos en la narracion esmerada de aquel acontecimiento tan decisivo, forzoso es dar á conocer la nueva inundacion de enemigos, su índole guerrera, su rabioso fanatismo y su indómito desenfreno, ateniéndonos, para la parte histórica, á las doctrinas del mismo alcoran, y á las noticias que suministran los manuscritos arábigos que atesora la biblioteca del Escorial, traducidos, y hasta cierto punto coordinados, por el orientalista de profesion D. José Conde.

SECCION QUINTA.

Los Arabes.

Allá por los arenales de la Arabia, patria de soñadores ardientes y frenéticos, asoman algunos mas acalorados, que se declaran aspirantes furibundos á la jerarquía escelsa de Profetas. Descuella entre ellos un habitante de Medina llamado Mahomet ó Mahoma, quien con efecto sueña y delira de temporal; vuela al cielo, se apea en la tierra, ya solo, ya cabalgando en su yegua Borah, y luego ensarta ó farfulla un chapuz intitulado alcoran, ó libro divino ú del mismo Dios, dictado por el arcánjel San Gabriel; quien le encarga que predique, y pelee, y conquiste y saquee pueblos y naciones enteras.

Así lo practica y lo consigue, no tanto por sistema ó punto peregrino de su númen sublime, como opinan algunos, acaso tan soñadores como el mismo Arabe (1), sino por ímpetu desaforado y arrollador que encuentra creyentes y mentecatos á miles y á millones; y pelean, y acuchillan á cuantos se propasan á descreer ó criticar las divinidades patentes, y las promesas sagradas que atesora el incomparable alcoran. No se contentan ya sus sirvientes, ó incensadores, por no decir idólatras, con rendirle la Arabia entera, sino que avasallan otros muchos paises y rejiones.

Carecen de marina, y tienen que ir siguiendo la costa, hasta asomar, ya á la vista del Océano, sobre los mares de Ceuta. En todas las guerras van descollando adalides mas ó menos aventajados, y el llamado Taric es el que sobresale entre los advenedizos. Sin duda entabló este algun convenio con el gobernador de Ceuta, pues sin su anuencia, y aun auxilio eficaz, escaseando, ú como se ha dicho careciendo de transportes, mal podia ir trasladando sus fuerzas por lo mas de caballería, á los puntos ó playas de Jibraltar, Aljeciras, y Tarifa, hasta la porcion necesaria para batallar con todo el ejército godo.

Como quiera, parece que Rodrigo tenia prevista muy de antemano aquella invasion (1), y aun se habla de anuncios pavorosos muy anteriores al mismo trance, y llegó con efecto á

(1) Otro tanto sucedió con Lutero. Predica contra las bulas por ojeriza á los franciscanos; pasa luego á sindicar, tiznar y escarnecer todas las operaciones de los papas, desde la primera tiara que se encasquetaron y el primer Breve que espidieron; encarga á los príncipes alemanes, todos amantísimos de sus florines, en plata ó en oro, que los guarden y los tengan á buen recaudo, en sus gabetas ó erarios, sin que envien la mas ínfima monedilla de cobre á Roma, y como adula á la codicia, se ponen muy de su parte los interesados en aquel réjimen; y así resulta lo que ni Lutero, que no sabe escribir ni medio renglon en verdadero latin, como se está viendo en sus abortos ridículos, ni tampoco en aleman, sin idear de antemano semejante plan, ni formar sistema alguno, efectua una revolucion verdaderamente portentosa.

Esta es con efecto, la clave por cierto bien obvia del ponderado arcano, y diga y clame allá cuanto quiera Robertson, con otros muchos, en esta parte absolutamente ciegos y delirantes.

(1) En una comedia de Calderon, tan disparatada como todas las suyas, intitulada la *Virgen del Sagrario*, se habla de un castillo encantado á las cercanias de Toledo, en cuyo recinto se aparecen dos jigantones monstruosos, con sus tremendas mazas al hombro, y varios rótulos en los brazos, y á lo mejor descargan sus mazadas furibundas que en sueños ó en realidad estremecen á D. Rodrigo, y corre despavorido á diestro y siniestro pidiendo amparo, etc.

Dura todavía una tradicion semejante, por el pais, relativa al castillo de Olias, á cuatro leguas de aquella ciudad; pero allí tan solo se aparecen escombros, sin letrero ú inscripcion que dé algun viso de luz sobre la materia.

Por lo demas ya se sabe como Cervantes, con sus espresiones festivas, escarnece todas las leyendas antiguas que hablan de aquel tremendo y obscurísimo acontecimiento, con los versos ridículos de

Ya me comen, ya me comen,
Por dó mas pecado habia etc.

Los cronistas dan el nombre poético de Florinda á la famosa Cava, el de Orelia á la yegua voladora con que Rodrigo recorria las filas etc., y tal vez no habia ni uno ni otro.

juntar una hueste muy crecida, por las orillas del Guadalete, á cortísima distancia del enemigo.

Aseguran unos que, escuadronadas ya las tropas, anduvo Rodrigo á caballo exhortando eficazmente á los suyos, y que, trabada la contienda, duró hasta la tarde, hora en que, llevando ya conocida ventaja los Godos contra los Africanos, el arzobispo de Toledo D. Opas, que mandaba la derecha, se pasó con toda su jente, y entonces la derrota fué jeneral; desapareciendo el rey para siempre, y quedando el campo todo á merced de los vencedores.

Otros refieren, y los manuscritos arábigos propenden á lo mismo, que Rodrigo se mostró inmoble, entronizado en una especie de tabernáculo suntuoso; pero que, desde el primer avance, Tarik, con su numerosa y rapidísima caballería, cercó y acorraló por su izquierda la derecha goda, y embistiéndola por frente y costado, arrolló y aventó desde luego todo el ejército; arrebatando este consigo al rey en la fuga, y feneciendo con el remolino de aquella confusion en las aguas del Guadalete, ó rio del Olvido, como lo llamaron los antiguos.

Como quiera, nos hallamos en el caso de una sola batalla acarreadora de sumo fracaso á toda una, al parecer poderosísima, nacion. No eran por lo visto de la mayor consideracion las fuerzas de Tarik, pues luego llega Muza con grandísimo refuerzo, y se indigna de que su inferior le haya defraudado de la gloria principal de tan señalada conquista, y de las primicias de tan opulenta presa; haciéndolo despues azotar afrentosamente, sin que el valiente musulman amainase un ápice de su zelo y su entusiasmo por el triunfo y los loores del Alcoran y de su Profeta.

Entretanto Muza atraviesa al vuelo las Andalucías, y, como dice el elocuente Gibbon, el país inmortalizado por la pluma de Cervantes, sigue estrechando mas y mas á los fujitivos, hasta arrinconarlos por una parte en el recóndito refujio de Covadonga, de donde les rescata despues el ínclito fundador de la nueva monarquía D. Pelayo; y por el otro estremo, hasta los riscos del Pirineo, tanto en Aragon como en Navarra.

Ya no hay España, pues desde las orillas del Océano hasta las cumbres confinantes con Francia, todo es pavor, soledad y desventura. Yace la agricultura, yacen las artes y la nacion espira. Las sangrientas moradas, los escasos haberes y los poquísimos alimentos son todos para el vencedor, el dueño, el árbitro de personas y de haciendas, y el historiador verídico de aquella pavorosa temporada tiene que ser, como ya se dijo otra vez, un Jeremías exánime y palpitante.

Amaina por fin el primer furor, y se embota algun tanto la rabiosa antipatía, permaneciendo, particularmente por Valencia, Murcia y Granada, los antiguos moradores en sus hogares y haciendas, constituidos allá como semi-esclavos, ó por lo menos rendidos tributarios. Pero por las Castillas, donde el rédito, aun por entero, es tan sumamente escaso que apenas alcanza á ir alimentando las familias, se echa de ver cual seria la desventurada situacion de los habitantes.

Entretanto el guerrillero Pelayo, pues apenas merece otro concepto, va ensanchando su soberanía de tres á cuatro leguas de peñascos, y entre medio alguna riberilla que produce maiz y aliméntanse de su mal cocido pan, llamado en el país *borona;* poseen todos algun asomo de rebaño, se arropan con pieles, viven, ó mas bien agonizan, en pobrísimas chozas, y están peleando de continuo por conservar aquel ámbito tan menguado, cuyos descendientes han de abarcar luego entrambos mundos.

Obscurísimos son todos aquellos reinados en la parte histórica, dudándose á veces de los nombres y aun de la existencia de algunos individuos, que se suelen alistar en el número de los reyes ó mandarines; redoblándose aquella confusion de los monarcas gallegos y asturianos en lo relativo á los principios del reino de Aragon y aun de Navarra.

El historiador esmerado Briz Martinez, era abad del monasterio de San Juan de la Peña, tenia á su disposicion el archivo y cuantos auxilios podia apetecer para el intento, y tampoco logró despejar sino muy escasamente aquellas tinieblas.

Con efecto, se varia en los nombres, en la autoridad y en las operaciones de aquellos caudillos, y disputando hasta de los puntos ó valles donde habitaron (1).

Como quiera, D. Pelayo y sus varios sucesores van ensanchando sus escasos dominios, trascendiendo el rescate á gran parte de Galicia, y al entrar D. Alfonso el Casto, zanjador animoso del supuesto tributo de las cien doncellas, en Santiago y en otros pueblos de consideracion, vino en realidad á levantarse el telon odiosísimo, y se representó por fin la primera escena de la trajedia sangrienta, incesante y dilatada por ocho siglos, cuyo desenlace debia ser la entrada triunfante de la inmortal Isabel en Granada.

(1) En la iglesia de San Vitorian, monasterio de Benedictinos, en el país llamado Sobrarbe, de que se hablará luego, habia un sepulcro considerable, con un rótulo que decia: « Aquí yace D. Iñigo Arista, primer rey de Aragon. » Pero sepulcro, epitafio y noticia, todo tenia visos de muy moderno, y por consiguiente falso, ú por lo menos desenterrado, negando algunos su reinado, y aun su existencia.

Por Aragon se bajó de los empinados riscos del Pirineo á la llanura de Sobrarbe, donde se ganó la memorable batalla de la Cruz, cuyo recuerdo en lances, personajes y vestiduras se representa de tres en tres años en el mismo sitio de la refriega, con tosquísima poesía, á costa de la hacienda pública. Tuvo aquella victoria grandísima trascendencia; pues desde entonces se vino á plantear la decantada constitucion aragonesa, por medio del llamado Fuero de Sobrarbe, que en suma es el idéntico que despues se apellidó de Aragon, y se fué con efecto estendiendo á todas las comarcas de aquel reino, al paso que se lograba consolidar su rescate ó conquista.

Los Arabes por su parte plantean en Córdova su poderoso imperio, y al principio, bajo el nombre de Emires, gobernaron con unidad, intelijencia y teson la España toda, unas veces con independencia absoluta de los Califas del Oriente, y aun formando acá un califato aparte y en sumo grado ostentoso. Pero jeneralmente reconocian la autoridad suprema de los poseedores de Medina y de la Meca, recibiendo siempre refuerzos, y una especie de remonta incesante, que solia poner en conflicto y en estremada continjencia á la cristiandad española.

Entonces desde la entrada de Asturianos y Gallegos por las Castillas, y desde la bajada de los Aragoneses á las llanuras de Huesca y Zaragoza, empieza aquel eslabonamiento de trances arriesgados y de batallas reñidísimas que ensangrientan la historia de España, como se ha dicho, por ocho siglos; y desde aquel punto se encabeza aquella serie de monarcas, Sanchos, Alonsos y despues Fernandos, todos á cual mas guerrero, y á cual mas heróico, y todos á cual mas ajeno de la afeminacion moderna que empoza los príncipes en el sombrío recinto de sus alcázares suntuosos.

Descuellan con efecto mas y mas príncipes, por lo jeneral con el dictado de reyes, y á veces de condes, y pelean y vencen y dan por cada dia nuevos ensanches á la carrera gloriosa é interesantísima de la reconquista total del suelo español. En tan continuas guerras, en aquella campaña perpetua, el adalid supremo tiene que acompañarse, y por consiguiente que estarse de continuo tambien aconsejando con los caudillos inferiores, y darles una cabida considerable en el arreglo y administracion de los negocios públicos; y así se va formando el cuerpo de ricos-hombres, ó principales en el Estado; luego los eclesiásticos, que aun antes de la inundacion sarracena y bajo el dominio de los Godos, cobraron y ejercieron, por medio de sus concilios, tanto grado de autoridad; asistiendo tambien activa y militarmente á las guerras, no podian menos de lograr notable influjo en las deliberaciones, sobre todos los ramos de gobierno; y por fin los principales, prohombres ó procuradores de los pueblos, tenian que entender en el réjimen de sus respectivos vecindarios, y en el apronto ú suministro de caudales y de abastos, para cuantas empresas fueren ocurriendo.

Pero estas incumbencias, estas facultades, cuyos derechos y disposiciones se ventilaban con mas ó menos estension y trascendencia en aquellas reuniones, llamadas Cortes, jamás estuvieron terminantemente deslindadas, particularmente en Castilla; y así los monarcas acudieron con mas ó menos ahinco, tibieza y aun despego, segun les influian las urjencias y la situacion de los negocios; viniendo despues á menospreciar su autoridad, y aun á arrinconarlas de todo punto, en los tiempos modernos.

Media ademas una diferencia suma entre la constitucion de las Cortes castellanas, y las aragonesas; pues en estas, sobre los tres cuerpos, brazos ó estamentos referidos, habia otro llamado de los infanzones, que componian la segunda clase de nobleza despues de los llamados ricos-hombres, y siempre este aumento de *brazos* auxiliares, daba mayor auje y poderío al Congreso nacional, para todas sus deliberaciones; al paso que en Castilla nada absolutamente influian, ni siquiera asomaban jamás en las deliberaciones públicas, á no ser que sus respectivos vecindarios los nombrasen para asistir particularmente, en clase de Procuradores, á las Cortes.

Volviendo á la historia de la reconquista jeneral, se aparece en Aragon aquel D. Alfonso apellidado el batallador, que ni trata, ni piensa, ni sueña mas que en sus peleas; no se contenta con recobrar y sujuzgar soberanamente los llanos de Huesca, sino que embiste y rinde á Zaragoza; revuelve y va en busca de la morisma que se agolpa por la parte de Cataluña; la encuentra junto á Fraga, la embiste y arrolla á todo trance; pero su temeridad le compromete, y por mas que él y todos los suyos echen el resto en valentía y heroismo, prevalece la muchedumbre enemiga, y perece en la demanda.

Acarrea aquel desman ejecutivamente nuevos desastres; pues Zaragoza se pierde en seguida, peligra Huesca, y todo se vuelve trastornos, por la ciega temeridad del Batallador imprudente, cuyo malogro influye poderosamente para el quebranto de los condes de Barcelona, que por su parte, van tambien fortaleciendo y ensanchando sus confines.

Además de los progresos que por puntos prevalecen y campean por los reinos ya reunidos

de Leon y de Castilla, asoma tambien, al estremo de la Península, el nuevo reino de Portugal, y logra tambien felicidades contra la morisma. Crece allá igualmente por su parte el reinezuelo de Navarra, despues de haber escarmentado al mismo Carlo-Magno, que, como déspota absoluto, trataba de avasallarlo, derrotándole completamente la retaguardia, en su retirada por las angosturas de Roncesvalles.

Rinden los Castellanos á Toledo, y aquel Alfonso campea y se inmortaliza con la victoria importantísima de las Navas de Tolosa.

Con efecto, vienen los Sarracenos llamados, Miramamolines, y se internan por las Castillas con hueste inumerable, y entónces parece que se engríe el corazon español con el heroismo de los tres monarcas españoles. Se coloca el de Castilla en el centro, y los de Aragon y Navarra en sus alas. Pelean los tres personal y bizarrísimamente como siempre, pero sobresale el Navarro, cortando á recios hachazos las cadenas (que son todavía el timbre principal en las armas de Navarra) y todo el parapeto que resguarda al Miramamolin en sus reales; quien huye despavorido y se salva precipitada y milagrosamente, perdiendo su inmenso y riquísimo equipaje, con mas de cien mil hombres entre muertos y prisioneros.

Queda por algun tiempo arredrada y exánime la morisma, y la cristiandad española, desahogada y gozosa cual nunca, ensancha sus confines, y empieza á mejorar su labranza y sus artes desfallecidas, ensanchando mas y mas sus confines, y fomentando algunos asomos de comercio.

Sobreviene luego el famosísimo Cid, verdadero campeador que batalla, vence y apresa enemigos y equipajes y preseas, junta tropas, anda y vuela acá y acullá á su albedrío por toda la Península, se apodera por algun tiempo de Valencia, y dejando recuerdos tal vez fabulosos de sus desastres, llena poemas y teatros, y es ahora mismo un problema de difícil resolucion, el conjunto increible de sus rasgos, de sus empresas y de sus conquistas.

En tan dilatada época, yacen sumidas las letras y las artes, por toda la cristiandad española, en la profunda lobreguez de la mas servil ignorancia; al paso que los Arabes en la corte esclarecida de Córdova están cultivando con el mayor esmero la astronomía y la historia, y sobretodo se ejercitan, desde el soberano hasta el ínfimo campesino, en el estudio de la tierna y sublime poesía, con una pasion tan vehemente que viene á rayar en frenesí.

Con efecto, compondria largos volúmenes la coleccion de poesías mas ó menos apreciables, que se conservan en los manuscritos del Escorial. Ya se han visto muestras considerables en el contesto de la presente Historia; pues realmente, en el jénero amoroso y descriptivo, las hay lindísimas y casi comparables con los Romances mas selectos del mismo Melendez.

No se contentan los emires cordoveses con apacentar el ánimo, y empaparlo á todas horas con el embeleso de la agudeza, del ardor y de la cadencia halagüeña de sus versos, sino que se dedican eficazmente á gozar los deleites mas amenos de la sensualidad. Véanse los cármenes ó cortijos de la vega de Granada, pues son un remedo muy escaso de aquellas quintas, de aquellos pensiles y de aquellas estancias sombrías, elegantes y aromáticas de sus alcázares y de sus estrados.

Oro, seda y algodon finísimo, con el realce de esquisita pedrería, resplandecen y embriagan á competencia la admiracion, en sus trajes, lechos y almohadones. Sus damas son lindas, despejadas, lujosas y sensibles, ó por lo menos sensuales hasta el estremo; y la vida para entrambos sexos en la capital es un continuo goce de funciones, halagos y delicias; pues fuera de la ridiculez uniforme de su relijion ceremoniosa, el paraíso del Alcoran está de hecho embelesando y adormeciendo á los moradores de Córdova y de todas las Andalucías.

Contrapuesto de estremo á estremo es el cuadro por parte de los austeros Castellanos y feroces Aragoneses. Ostenta el musulman robusto su ropaje grandioso y opulento, con ademan imperante y satisfecho; ciñe el español su descarnado cuerpo con ropas ajustadas y mezquinas, sin matices floridos ni visos pomposos; se recuesta aquel en almohadones mullidos, y duerme este en escasos colchones ó tal vez en pobrísimas pajas; se regala el mahometano con abundantes y esquisitos manjares, y ayuna el cristiano reducido á pan tosquísimo, lentejas, ó guisantes; pero unos y otros se odian de muerte y aspiran á esterminarse mutuamente y sin asomo de conmiseracion.

Tal era la situacion de la Península en aquellos siglos de pelea perpetua, cuyo paradero no podía menos de ser funesto y mortal para la nacion afeminada, y al contrario ventajoso y encantador, para el pueblo frugal, sencillo y feroso por esencia.

Tan solo con la inundacion frecuente de nuevos Arabes, del interior ó de paises áridos y exentos por naturaleza; solia reanimar á los estragados musulmanes, que iban siempre á menos en todas sus empresas, y solian constituirse vergonzosamente tributarios de sus mortales enemigos.

Por maravilla, con efecto, se les ve ya á los Sarracenos andaluces entablar de suyo empresas de consideracion; sino, reducidos á meras

algaradas muy parciales y baladíes, están ya, cuando mas, aguantando una guerra defensiva, y dejan el campo patente á los Castellanos, para idear á su albedrío y poner ejecutivamente en planta, las ventajas que de suyo lleva consigo el sistema ofensivo.

Por lo demás, la literatura de Córdova era á la sazon, no solamente la primera, con muchas ventajas, sino la única en Europa. Obvio es el cotejo de su linda y esmerada poesía con la nuestra contemporánea, pues á lo menos tenemos el llamado poema del Cid, compuesto, y celebrado al parecer por aquella época, y la contraposicion resalta palpablemente, apareciendo su desemejanza, como de estremo á estremo (1); cuanto mas que tampoco se tiene noticia mas que del otro perteneciente al monje de Berceo (2), y tan absolutamente ridículo y despreciable como el primero, cuando las poesías árabes elegantes y primorosas, están componiendo á repetidos plazos, una serie de completas academías.

Continuarémos ahora, haciendo alto en las temporadas mas notables, y en los individuos mas acreedores á nuestra memoria y agradecimiento.

Descuella pues en aquel siglo Fernando III, canonizado despues por santo, sabia y eficazmente atenido al sistema ofensivo de guerra que estuvimos poco antes mencionando y encareciendo.

Se arroja Fernando inesperadamente sobre la morisma; arrolla al golpe casi todo el reino de Córdova, y asesta luego su tiro principal contra Sevilla; median lances mas ó menos venturosos ó desgraciados, y al fin se acerca, se abalanza, y á poca costa se apodera para siempre de la ciudad. Procura afianzar incontrastablemente su conquista; y sale luego contra el rey de Granada, y lo hace rendidamente tributario, pues la desunion de los Arabes proporciona á sus contrarios la preponderancia necesaria para irlos venciendo y esterminando separadamente.

Trata ya Fernando de transitar los mares, en busca de enemigos que no halla ya en la Península; pero le detienen asuntos imprescindibles del interior de su familia, y pasado algun tiempo enferma y fallece en Sevilla.

No fué seguramente Fernando III, ú como se le suele llamar San Fernando, ni jeneral, ni estadista, ni literato, ni sabio; pero atesoró todas estas prendas en grado suficiente para formar un conjunto asombroso, y constituir un monarca de los mas recomendables y aun esclarecidos que adornaron el solio español, realzando hasta lo sumo su escelsa jerarquía.

Asoma ahora otro fenómeno todavía mas peregrino en los anales de la nacion. Este es D. Alfonso Décimo, apellidado con harto fundamento el Sabio, pues con efecto viene á poseer en su mente cuanto se sabia en su siglo. Astronomía, historia, lejislacion, poesía, todo lo entendió y practicó despejadamente y con cierta especie de maestría, menos la esencia positiva y atinada de gobierno (1).

La suma felicidad del hombre se cifra ante todo en los goces caseros y en el cariño entrañable de los íntimos, y el sabio, el celebrado Alfonso, vivió y murió careciendo mas y mas de aquellos afectos deliciosos; pues su familia rebelde y sus enemigos implacables le acarrearon un sin número de agudos pesares y una copa inexhausta de amarguras.

Como quiera, las Partidas, aunque pautadas sobre la jurisprudencia romana, son un tesoro de razon y de justicia, y están redactadas bajo una forma sentenciosa adecuada para un código jeneral, que en la actualidad rije todavía para los tribunales de la nacion. Las Tablas Alfonsinas no son mas que un asomo de la sublime ciencia astronómica, segun los adelantos que atesora en el dia; pero abrazan los conocimientos que habia á la sazon, y su autor desde luego, se hizo cargo de la nulidad absurda del sistema Tolemaico, y lo espresó con la notoria naturalidad que ha escandalizado jeneralmente á los necios. La Historia, en medio de su escasez, manifiesta tino é imparcialidad, y sus Cántigas, para el confuso arrullo, para el menguadillo embrion en que se hallaba nuestro idioma poé-

(1) Además de la ninguna cadencia, y del pesado y continuo martilleo que se advierte en el poema, ó lo que fuere, del Cid, se hace insufrible aquella repeticion incesante, aquel estribillo ridículo de: Mio Cid Rui Diaz que en buen hora nasco: Mio Cid Rui Dias que en buen hora cinjo espada, cuyo sumo desaliño y rematada tosquedad, desprende mas y mas el libro de las manos.

(2) El monje de Berceo empieza así su poema:

En el nombre del Padre que fizo toda cosa,
E de Don Jesu Cristo fijo de la gloriosa,
E del Espíritu Santo, que junto á ellos posa,
De un confesor santo quiero fer una prosa, etc.

Prosa ó poema parece que eran indiferentes para el autor, y en fin, á pesar de tan suma tosquedad, como se ha dicho, siempre es útil conservar y consultar aquellos documentos, para ir siguiendo los pasos á la historia del arte.

(1) Tambien citarémos la versificacion llana, ó mas bien prosaica, de Isla:

Mientras observa el movimiento al cielo,
Cada paso es un desbarro acá en el suelo.

tico, se hacen apreciables, pues nunca puede haber cotejo entre aquellos meros ensayos y las sublimidades modernas.

Sigue un reinado de vaivenes y desventuras; pero asoma luego el gallardo Alfonso XI, que se inmortaliza con su gloriosísima victoria del Salado junto á Tarifa. Se dijo arriba, que una sola batalla decide á veces de la suerte de todo un pueblo, y tal vez del bien ó mal estar, por muchos siglos de todo el jénero humano, y añadimos ahora que en una gran pelea un solo cuerpo es verdaderamente el triunfador del enemigo. En la reñidisima batalla del Salado, un tercio castellano que se halla en el centro, se empeña y se aferra en volcar y aportillar la densa formacion de enemigos que tiene al frente, lo consigue, se revuelve á derecha é izquierda, y da al través con la mole pavorosa de cien mil Sarracenos, de los cuales se salvan poquísimos en Marbella, y por otros puntos de la costa.

Entretanto el reino de Aragon, unido ya con el condado de Barcelona, prospera mas y mas por mar y tierra, mejora sus artes, ensancha su comercio, y estiende y perfecciona su navegacion, tanto pacífica como guerrera. Descuella luego, campea y resplandece aquel gran Jaime, educado en el castillo de Monzon, á manos de los Templarios, vence heroicamente á Mallorca, avasalla á Valencia, se apodera de Murcia, fomenta las artes, abriga la industriosa labranza, aumentando los riegos traidos á larga distancia por la morisma, y con su largo y felicísimo reinado, deja una nombradía perpetua entre nacionales y estraños.

Sigue Aragon triunfando por Sicilia y por la Italia toda; cuarenta galeras salen del puerto de Mesina, embisten á triplicado número de francesas en la bahía de Rejio, las vencen y apresan la escuadra entera. Sus guerreros pasan al Oriente, enfrenan, arrollan y aterran la formidable muchedumbre y sangrienta irracionalidad de los Turcos, se apoderan de Constantinopla, Muntaner defiende á Galípoli con las mujeres solas, y por último la espedicion memorable se sitúa y se arraiga en Atenas y en Neopatria.

Aparece luego, y se encumbra y se ajiganta el sumo almirante aragonés, el gran Rojer de Lauria, verdadero Neptuno, soberano incontrastable que impera los mares de estremo á estremo, é impone rendida obediencia, hasta á los mismos irracionales, al siempre pavoroso, siempre triunfador estandarte de Aragon (1).

(1) Ese es el estandarte, con que pudo,
Rojer de Lauria, con gloriosos brios,
De ominosos navíos
Dejar el ancho mar desierto y mudo,
Y puesto en pié y sañudo,
Cual un marino, dios en la alta popa:
Sin órden de mi rey, digo, en Europa
No salga al mar ni un solo mástil... ¡Cómo!
Ni el escamado lomo
Los peces mismos á asomar se atrevan,
Si en él las armas de Aragon no llevan
ARRIAZA.

Sigue Aragon prosperando mas y mas en armas y en comercio; se aposenta en Cerdeña y Córcega, como en Sicilia y Nápoles. Aquí permanece el célebre D. Alfonso, apellidado con toda razon el Magnánimo, conversando familiarmente con todos los literatos, como él mismo, y estando siempre á la mira por los sagrados intereses de su patria; deja que la Constitucion ó Fuero de Sobrarbe (1) continue rijiendo, y entusiasmando los ánimos, con toda la pujanza que descuella siempre en las glorias aragonesas.

Sobrevienen á cada paso desavenencias violentas con Castilla, y median guerras funestísimas; por cuya causa, sigue todavía la morisma, á solas, y sin arrimo en Granada, cuando yace absolutamente avasallada en lo restante de España, ó en gran parte dispersa ya por los arenales del Africa.

Contribuyen tambien á tamaño desman para los intereses de la nacion entera, las discordias intestinas de los Castellanos, la privanza trájica de D. Alvaro de Luna, y otras mil causas, mas ó menos inmediatas y eficaces, que favorecen á aquel rezago de morisma, que no cesa de infestar nuestra raya en las temporadas mas turbulentas de Castilla; y que por otra parte suele mostrarse tributaria y avasallada hasta lo sumo, para ir dilatando á duras penas su palpitante existencia, ó mas bien su trabajosa y estremada agonía.

Raya y centellea la luz, como allá en la creacion; estalla y triunfa el poderío; campea y se encumbra la nacion con el reinado de Isabel, y para retratar con la debida propiedad aquel auje rápido, inmenso, incontrastable, es forzoso esplayarse con anchura, esmero y grandiosidad, en el esclarecido pormenor de sus circunstancias.

Para consumar con cabal desempeño tan interesante empresa, tomaremos los principales rasgos del escelente Elojio de aquella princesa inmortal, compuesto por encargo de la Academia de la Historia, con el mayor ahinco y escrupulosidad, por D. Diego Clemencin; como lo declara la suma aceptacion que ha merecido aquel precioso parto á todos los intelijentes.

Mientras el tiempo asolador va mas y mas

(1) Nos que cada uno somos tanto como vos, é todos juntos valemos mas que vos, etc.

obscureciendo y anonadando la memoria de tantísimos personajes allá ruidosos un dia, se estiende, por el contrario, y se arraiga de continuo el acatamiento de la posteridad al recuerdo de nuestra princesa, y la gloria que derrama sobre su nombre la grata aclamacion de sus virtudes, está siempre creciendo, cual rio caudaloso, á proporcion que se aparta de su oríjen.

Nació Doña Isabel en Madrigal, pueblo pequeño de Castilla la Vieja, pero destinado por la Providencia para dar á luz sujetos notables y esclarecidos. Sin haber cumplido cuatro años, cuando la muerte de su padre, el rey D. Juan II, la condujo al retiro de Arévalo, en compañía de su madre, la reina viuda Isabel de Portugal. El nuevo rey D. Enrique, nacido de otro matrimonio, indolente y flojo de suyo, olvidó desde luego los postreros encargos de su padre, desatendiendo la suerte de aquella desventurada familia, y dejándola padecer menguas y escaseces, aun de lo mas necesario; y la reina, que hacia ya algun tiempo estaba lastimada del juicio, acabó de perderlo.

Defraudada Isabel con el achaque de su madre del único arrimo de su niñez, en compañía de un hermanillo, todavía menor, sin otro espectáculo que el de la afliccion, y sin otro maestro que la adversidad, pasó sus primeros años alternando entre los inocentes recreos y juguetes de aquella edad, y su aplicacion esmerada á los ejercicios, y labores puramente mujeriles. Lejos del boato, de los placeres, de la lisonja y demás alicientes del vicio, se estaba labrando á solas aquella piedra preciosa que despues habia de resplandecer tantísimo en el encumbrado solio.

A los diez años de su edad, el rey D. Enrique, ó hecho cargo del poquísimo decoro con que se estaban educando sus hermanos, ó mas bien por afianzar sus personas, los trasladó de Arévalo á su palacio. Las costumbres de Isabel, en quien el sumo retiro habia acabalado anticipadamente la reflexion, y labrado una alma briosa y austera, pudieron contrarestar al ambiente infestado de una corte estragadísima, y á los ejemplos de la reina Doña Juana, á cuyo lado la colocó su hermano. Descollaron luego en grandioso campo sus tiernas virtudes, y entre ellas no fué la menor aquella del miramiento y consideracion á su cuñada, á pesar de la emulacion jenial en el sexo débil, de la diversidad de principios y de conducta, y de la contraposicion de sus mutuos intereses, y señaladamente despues que la reina dió á luz aquella hija, verdadera piedra de escándalo, y ocasion de tantas turbulencias y desventuras. Siguióse la escena estrepitosa de Avila, la batalla de Olmedo y la sorpresa de Segovia por el infante rey D. Alfonso, proclamado y sostenido, mas que por el cariño de sus parciales, por el encono con los desbarros de D. Enrique. Isabel, hallándose á la sazon en Segovia, se reunió de nuevo con su hermano, despues de algunos años de separacion; mas no fué sino para breves dias, viéndole luego espirar en sus brazos, á primeros de julio de 1468.

Retírase, en aquel desamparo, á un monasterio de Avila, y se desvela en pos de algun alivio á su quebranto, cumpliendo cuanto debe á la memoria de su entrañable hermano, cuando los magnates de su bando, encabezados por el arzobispo de Toledo, acuden á brindarle con el cetro de Castilla. Desecha Isabel resueltamente la propuesta, pues rebosando de acendrada moralidad, y batallando todavía con la presencia del reciente desengaño en la muerte de su jóven Alfonso, lastimada mortalmente de los estragos pavorosos de la guerra civil que ha estado palpando, sigue ansiosamente los impulsos de la sangre, y del cariño y acatamiento á su hermano el rey D. Enrique. En una edad tan tierna, y sin el despejo cabal, y máximas justicieras que contraresten al embeleso y los embates de la ambicion seductora, sola y sin consejo, da leccion tan memorable de comedimiento á un prelado, que debiendo, por su escelsa categoría y carácter evanjélico, predicar el sosiego y la concordia, es por el contrario el autor mas desaforado de los disturbios de su patria.

Arranque jenerosísimo y realce eminente de alma purísima es aquella accion inesperada, que allana y franquea rumbo muy obvio y halagüeño para la reconciliacion é intimidad de Isabel con Enrique, y proporciona en seguida el famoso congreso en los Toros de Guisando (1), donde el rey la proclama heredera de sus reinos y dominios. Grandes, Prelados, la Corte toda, y la Nacion entera, celebran y vitorean la determinacion venturosa del monarca. Convalece y respira Castilla, tras la tormenta violentísima y el turbion asolador de tantísimas calamidades, y goza, y se empapa en los albores del nuevo y ya casi olvidado sosiego.

Pero se nubla mas que nunca la inesperada bonanza, pues á los asomos de su mocedad queda ya otorgada por esposa á un príncipe esclarecido en nuestros anales, por su literatura, y sus infortunios, D. Carlos de Viana, primojénito del rey D. Juan de Aragon. La temprana

(1) Los Toros de Guisando son unos cuantos peñascos repartidos por un valle cercano á la ciudad de Avila, sin figura determinada, ni de toros ni de otros objetos, con varias inscripciones latinas, desmoronadas ya é ininteligibles. Véanse las notas de Pellicer al Quijote.

muerte del novio desbarata un contrato en que tenia menos cabida el corazon que el interés trascendental, y el estado vacilante de los negocios públicos. Víctima del amor de los pueblos, y del odio de su madrastra, deja el campo patente y florido á otro hermano mas venturoso, a quien la Providencia está reservando su enlace con Isabel, y al cumplimiento de sus altos designios, para el engrandecimiento de la monarquía española. Batallan Aragon, Portugal, Inglaterra y Francia, por el honor ventajosísimo de suministrar esposo á la Infanta heredera de Castilla (1). El rey su hermano, que unas veces por influjo de la reina apadrina el partido de Portugal, y otras por sujestion de sus validos el de Francia, llega, en el vaiven de tamañas alternativas, á prometer la mano de Isabel á un vasallo revoltoso y perverso, el mismo que habiendo en otro tiempo querido manchar la castidad, de la madre, osaba ahora poner su pensamiento en la hija. Está España muy á pique de malograr sus altísimos destinos. La union de Aragon y el esplendor y poderío que le están deparados, y que se le van acercando á largos pasos, están en el disparador, para yacer luego sacrificados al yerto apocamiento y á la mezquina política Castilla, de Enrique. Pero el cielo propicio lo dispuso de otra manera, y la muerte imprevista del maestre de Calatrava libertó á Isabel y á España toda de la crítica y casi desesperada situacion en que se hallaban.

Por último, la advertida Infanta, desesperanzada del arrimo oportuno del rey su hermano, resuelve, con ahincada deliberacion, desentenderse de aquella voluntad insubsistente y aun perniciosa, y atender tan solo eficazmente al bien del estado, que está como pidiendo á voces su enlace con el príncipe de Aragon D. Fernando.

Celebróse el fausto desposorio en Valladolid, corriendo el mes de octubre de mil cuatrocientos sesenta y nueve. Lo precedieron y acompañaron circunstancias peregrinas, mas parecidas á los arranques y aventuras caballerescas y jenialmente castellanas, que á la circunspeccion y señorío de bodas rejias: un rey de Sicilia, príncipe de Aragon, asomando por Castilla con una comitiva disfrazada de mercaderes: las primeras vistas de los novios en hogares privados, con pocos testigos: sus ceremonias desautorizadas, sin festejos ni regocijos públicos: escasez y apuros pecuniarios, para la union de dos individuos que iban á ser los mayores y mas ricos potentados del universo: la causa pública reducida á una existencia menguada, con apariencias de travesura ilegal.

(1) Como puntualmente está ahora sucediendo lo mismo, con Isabel Segunda, por varios novios.

Ni los aplausos que resonaron en toda la nacion, ni las ventajas patentes de ambos reinos, ni las demostraciones atentísimas y cortesanas de los príncipes, alcanzaron á aplacar el ánimo irritado de Enrique; mas lo que no pudieron al pronto consideraciones poderosísimas, lo consiguieron por fin las insinuaciones de algunos palaciegos bien intencionados. Vió y acojió en Segovia favorablemente á los hermanos, con muestras de reconciliacion entrañable; pero su inconstancia jenial desbarató luego aquella, al parecer íntima, armonía; y estremando mas y mas su desconfianza, llegó á peligrar la libertad personal de los príncipes.

Sigue así viviendo el rey, siempre en el vaiven de encontrados impulsos de su inclinacion y de su sangre, de su corte y de su hermana, hasta que luego le cojió la muerte en Madrid, á fines del año mil cuatrocientos setenta y cuatro.

Raya por fin el dia y llega el trance, en que Isabel, sentada en el trono de sus mayores, ofrezca al mundo el pasmoso espectáculo de sus virtudes y de su esclarecido desempeño. Pero antes de engolfarnos en lo arduo de nuestro empeño, será bien tender la vista sobre el estado en que se halla á la sazon su monarquía.

Habia el rey D. Enrique el Enfermo encontrado á Castilla aislada y exhausta con las guerras civiles que dieron la corona á su abuelo, y con los desastres padecidos en Aljubarrota y en Lisboa. Salud quebrantada, cuerpo endeble y temprana muerte, vinieron á frustrar los gallardos conatos de una alma fogosa, capaz de emprender y conseguir la curacion de achaques inveterados en la patria exánime y llorosa.

Agravóles el reinado de D. Juan II, pues avasallado siempre por sus cortesanos, presenció personalmente su sangrienta contienda en los campos fértiles de Olmedo, traspasando realmente toda su potestad á manos del condestable D. Alvaro de Luna, que la estuvo ejerciendo por años, hasta, que la misma flaqueza del monarca que ocasionó su encumbramiento, lo sacrificó tambien al odio de sus enemigos, en el oprobio de un cadalso.

Heredó Enrique IV, con el reino, su ánimo servil y esencialmente apocado. Vacilante en sus dictámenes, despreciado de sus vasallos, y estragadísimo en costumbres, ansioso de goces que le atajaba su complexion, llegó á aborrecer de todo punto los negocios, abandonándolos al antojo voluble de sus ambiciosos cortesanos. Se orijinaron luego discordias en el interior de la familia real, los horrores de la guerra civil y los peligros que corrió la corona de D. Enrique, inutilizando la indolencia del monarca las lecciones diarias y palpables de la adversidad.

Mientras la corte, empapada en justas y galanteos, desatendia el desempeño de las mayores urjencias; mientras vagaba acá y acullá de bosque en bosque, tras la distraccion y el entretenimiento de la caza, andaban los magnates guerreando ciega y atrozmente entre sí por las provincias, apropiándose á su salvo los despojos de la corona y la sustancia de los pueblos, y dando ya muestras de venir á desplomar la mutua sociedad que enlaza los intereses de todo estado.

La moneda adulterada con los privilejios concedidos indistintamente para acuñarla, y á veces por disposicion del mismo Enrique, quedaba escluida en todos los contratos. Los malhechores, no ya en cuadrillas vagarosas y encojidas, sino en tropas crecidas y desaforadas, se resguardaban con castillejos y fortalezas, desde donde, cautivando á los pasajeros, precisaban á rescatarlos, y ponian en contribucion comarcas enteras y ciudades populosas.

Cohecho, venalidad y desenfreno crecen al par de la insensatez de Enrique, y el Estado sin rumbo ni piloto, combatido por un turbion de vicios y calamidades, corre á estrellarse en un naufrajio inevitable.

En tan deplorable situacion, recibe Isabel el señorío de Castilla, y cuando su alma grandiosa necesita recojer y concentrar todos sus alientos para acudir al remedio de tamaños apuros, y acometer á todo trance la ardua y gloriosa empresa de la reforma, tiene que lidiar, en el arranque de su carrera; con sumas y muy diversas dificultades. Los aduladores, ponzoña palaciega siempre abominada y siempre dominante, habian infundido en el pecho de Fernando las semillas de una ambicion perniciosa.

Esposo digno de consorte tan eminente, no se aviene á dejar en manos femeniles las riendas de la monarquía castellana. Mediaron por fin el despejo y el agrado de Isabel, árbitros imparciales y el interés patente de la Iufanta Doña Isabel, única heredera de la corona, para sosegar el ánimo de Fernando y reducirlo á desviarse de los negocios de Castilla, y avenirse á que la reina use allá á todo su albedrío de los derechos que le franquean la naturaleza, los pactos matrimoniales, los ejemplos de otros reinados, y luego las felicidades que desde los primeros asomos fueron brotando y floreciendo en manos tan certeras y eficaces.

Raya por fin en los corazones la esperanza halagüeña, y resplandece la aurora de un mundo de logros y venturas, tras la noche tenebrosa y dilatada de confusion y desastres anteriores. Pero se fragua una tempestad hácia el occidente y amaga estenderse por la Península, y dar al través con la serenidad que está ya reinando en Castilla.

El rey D. Alfonso de Portugal, ó movido de impulsos ambiciosos, ó despechado tambien por la entereza con que algunos años antes le habia negado Isabel su diestra, se empeña ahora en sostener los derechos que alega, para la sucesion á la corona castellana, su sobrina Doña Juana.

Muchos de los Grandes, ansiando medrar á todo trance, por el mismo rumbo y con las idénticas mañas que en los reinados anteriores, y mal hallados con la carencia de privanzas y pupilajes, ya se disponian á favorecer el partido portugués, y á sacudir y avivar la antorcha infernal de la guerra civil. Envía la reina una y otra embajada con palabras de templanza y comedimiento, y en vano interpone la mediacion de personas amantes del mutuo sosiego y la prosperidad jeneral, y en vano intenta desarmar con agrado y condescendencia á sus vasallos mal aconsejados. Esperanzado aquel monarca con sus propias fuerzas, la desprevencion de los nuevos reyes, y las ofertas de los castellanos sus parciales, desecha terminantemente toda propuesta pacífica y resuelve el rompimiento.

Tiene Isabel que acudir á la fuerza, para escudar la herencia de sus mayores; pero se le atraviesan sumas dificultades, pues carece del caudal, nervio de la guerra; abren Toro y Zamora las puertas al enemigo; el castillo de Burgos, cabeza de Castilla y cámara de los reyes, está ya tremolando las quinas portuguesas; entran los franceses á instancias de D. Alfonso por Guipúzcoa, y despues de talar el país, sitian á Fuenterrabía.

Todo lo arrostra Isabel; el amor de sus pueblos le da soldados, y el santuario le franquea sus riquezas; y mientras el esposo capitanea las tropas, la reina va recorriendo los pueblos, aprontando redobladamente socorros, incita enemigos á los Grandes mas ó menos desleales, en sus propios Estados y hogares; dispone correrías por Estremadura y Andalucía en el interior de Portugal; afianza la fidelidad vacilante de Leon, y entabla en Zamora intelijencias que le devuelven su posesion. El alma y el valor prescinden gallardamente del sexo. El portugués se interna por Castilla, ansioso de socorrer el castillo de Burgos; pero Isabel en persona, con un cuerpo volante, le va siguiendo los pasos, le acomete la retaguardia, le ataja los abastos, le obliga á cejar hasta su propia raya, y paladea el fruto de sus afanes varoniles, recibiendo en su propia diestra las llaves de aquella fortaleza, que se estuvo defendiendo con un teson digno de mejor causa.

Entretanto Fuenterrabía, escollo en algun trance de la gloria francesa, cercada y descercada por tres veces, burla mas y mas los gran-

diosos aprestos militares con que el rey Luís trata de favorecer á su aliado y ensanchar sus propios dominios. Finalmente, la jornada de Toro inclina y aun vuelca la balanza á favor de Isabel, y afianza para siempre en sus sienes la corona. Atienza, Huete, Madrid vuelven á reconocer el imperio de sus lejítimos dueños; la reina recobra personalmente la fortaleza de Toro, punto capital de la guerra, y plaza de armas de los Portugueses, y con una moderacion igual á su fortuna, mientras con una mano se está ciñendo el laurel de la victoria, brinda en la otra, con el olivo de la paz, á los vencidos.

Mas no logran efecto por el pronto sus loables anhelos, pues el ánimo mas bien altivo y enconado que abatido ú avenible del rey Alonso, se niega obstinadamente á toda propuesta que no sea de sangre y venganza. Señorea todavía varias fortalezas, que el arranque impetuoso de la guerra le ha puesto en las manos por medio de la sorpresa ó la infidelidad; y vencido mas y mas con su parcialidad en Castilla, está cavilando y revolviendo en su ánimo nuevos avances; por tanto se hace forzoso arrollar todo obstáculo para la paz, y precisar imprescindiblemente al portugués, á mantenerse para siempre en la raya, á su despecho.

Durante la ausencia de Fernando, que pasa á recibir la corona de Aragon, por muerte del rey su padre, está Isabel presenciando la victoria conseguida por sus tropas en Albuhera, y dispone los sitios de Mérida, Medellin y otras fortalezas. En vano se empeñan sus consejeros y capitanes en persuadirle que la asolacion del país, la escasez de comestibles, las enfermedades pestilentes, las contínuas correrías del enemigo, la comodidad, conservacion y seguridad de su augusta persona, están exijiendo su retirada tierra adentro de sus dominios. « No soy venida les contesta, á huir del peligro ni del trabajo, ni entiendo dejar la tierra, dando tal gloria á mis contrarios, ni tal pena á mis súbditos, hasta ver el término de la guerra que estámos haciendo, ó de la paz que tenemos entablada (1). Si la constancia de la reina triunfa al fin de la obstinacion portuguesa, y allana las dificultades para el ajuste, Portugal y Francia, con igual humillacion, tienen que bajar la altiva frente y reconocerla por reina de Castilla; é Isabel perdonando jenerosamente á los Grandes ambiciosos y desleales, borra cuantos recuerdos amargos pudo dejar la guerra, y da al olvido cuanto es ajeno de su gloria.

Tal es la conclusion de esta contienda, que embarga por entero el ánimo de Isabel, retrayéndolo de las artes pacíficas, y de los afanes que luego le estremaron el cariño entrañable de sus vasallos venturosos. En los claros que tal vez le caben allá entre los desvelos perpetuos de la guerra, con surtimiento de plazas y ejércitos, negociaciones con el enemigo y con los malcontentos, y aun en medio de sus viajes, atiende á la administracion esmerada de la justicia, está ojo avizor sobre el cumplimiento de las leyes, y afianza ó restablece el sosiego de los pueblos. Así cupo á la provincia de Estremadura la imponderable mejora de resguardar al vecino pacífico y laborioso, contra las demasías de caciques, y atropellamientos de alcaides inhumanos, que no dejaban asilo á la inocencia, hostigándola desde sus incontrastables fortalezas, por caminos y por pueblos.

Desarraiga luego los bandos de Córdova, oríjen y móvil de infinitas maldades; así aplaca el motin de Segovia, arrojándose en medio de los sediciosos, con un denuedo que sus palaciegos califican de temeridad, é impone silencio y enfrena de improviso á la osadía; restablece la tranquilidad en Sevilla, trastornada con disturbios violentísimos, que solian bañarla en sangre de sus propios hijos. La presencia de la reina ahuyenta el desórden y la confusion, como la del sol desvanece las tinieblas, y hermanando atinadamente la clemencia con la severidad, consigue reprimir los desafueros y granjearse al mismo paso los corazones. Conquista harto mas gloriosa y trascendental que la de plazas y fortalezas; y jénero de guerra, cuya táctica atesoró siempre el pecho de Isabel, y que fué uno de los principales atributos de su gobierno, y que redundó mas y mas en aciertos y mejoras importantes, por todo el ámbito de su reinado.

Mas no cabe á la reina el apersonarse por donde quiera y en un mismo punto, para enfrenar al golpe la maldad arraigada en los perversos, y acudir al resguardo de los buenos; pues adolece el Estado de achaques antiguos y arraigados profundamente, por pueblos y por aldeas. Tiene que ser el remedio adecuado á la dolencia; conviene plantear un tribunal justiciero, cuya vijilancia se estienda y abarque hasta los últimos ángulos de las provincias, y compuesto de la jeneralidad de los moradores, no deje recurso ni efujio á los delincuentes.

Esta fué la Hermandad, que, en medio de la guerra portuguesa, propusieron las Cortes en Madrigal, el año 1476, y luego se planteó, bajo la proteccion Real, en la villa de Dueñas. Armados los pueblos á pié y á caballo, y por una causa justísima, esto es, por la seguridad pública, limpiaron de delitos el suelo de Castilla, castigaron ó ahuyentaron á los malhechores, y libertaron la tierra, como cuenta la fá-

(1) Crónica de Pulgar, parte II, cap. 30.

bula de su semidios Alcides, de los monstruos que la estaban infestando.

Asomó tal cual ensayo de institucion tan provechosa en el reinado de D. Alfonso el XI, el vencedor memorable en el Salado, cuando el desconcierto y turbulencias de su menor edad no permitian vivir con seguridad fuera de lugares murados; cuando el pasajero estaba viendo sin estrañeza por los caminos los cadáveres insepultos, y cuando las leyes enmudecidas no se atrevian á clamar por venganza. Renovados los achaques en tiempo de Enrique IV, restablecieron los pueblos sus Hermandades; pero las contradijo y las destruyó el rey gobernado siempre los autores de los mismos daños que se trataba de atajar.

Nacia la Hermandad en Dueñas bajo auspicios muy diferentes; pues el norte que resplandece mas y mas por momentos es para Isabel únicamente el bien jeneral; y así queda ahora protejida y autorizada tan loable institucion. En vano Grandes y Prelados reunidos en Cobeña, entre reverentes y quejosos, representan contra un establecimiento que apersona los pueblos con el trono; que juntándolos les da á conocer su propia entidad y pujanza, y que formando una santa liga con el gobierno, le facilita medios para enfrenar la aristocracia, siempre desasosegada y ambiciosa, que pospone la felicidad y el lustre de la nacion, á la opaca gloria de señorear sus escombros. La respuesta briosa de Isabel desde luego les patentiza, que no está ya reinando el debil Enrique, y que en adelante hermanadas la autoridad y la pujanza, ceñirian sus pretensiones á los ámbitos de la razon, imponiéndoles la necesidad benéfica de ser comedidos y virtuosos.

Llega la paz, franquea dignísima cabida á las tareas silenciosas del gabinete y de la reflexion, cesa el estruendo de la guerra y clava Isabel todo su ahinco en la curacion de aquel cuerpo llagado y exhausto, y en el desarraigo de tantísimos abusos como atajan la carrera al sólido esplendor y á la prosperidad jeneral del Estado. Convoca Cortes para Toledo en 1480; Cortes memorables por la gravedad de los asuntos que se ventilan, y por el influjo de sus decisiones, para el rumbo posterior que va siguiendo la monarquía.

El quebranto mortal que embarga la atencion de aquel Congreso, es la suma escasez, ó mas bien el desamparo total del erario. Pagan los pueblos contribuciones considerables y mas que suficientes para cubrir los gastos de administracion y demás urjencias del bien comun en paz y en guerra; pero no llegan á su natural destino, al fondo que necesita el gobierno, para afianzar el órden interior contra los criminales, y la independencia jeneral contra los estraños. Lejos de dar vado á estos objetos, para los cuales el cultivador y el artesano, se desprenden gustosos en parte del fruto de sus continuos sudores, el patrimonio público arrebatado por manos impuras y codiciosas, les franquea medios y coyuntura para tener amenazada y perturbada de continuo la quietud del reino. Los Ricos-Hombres de Castilla, aquella clase esplendorosa y engrandecedora, con su afan y sus proezas, del Estado Castellano, no se contentan ya con el realce y timbre con que solo cabe recompensar sus esclarecidos hechos, sino que abusando de la flojedad de los monarcas, sirviéndoles unas veces y desirviéndoles otras, desangran, por decirlo así, el tesoro, en pago de su cohechada fidelidad.

Enrique IV desentendiéndose de que los príncipes, son mas bien administradores que dueños del erario, dejó estremarse el desórden hasta lo sumo; y las mercedes enriqueñas, siempre exorbitantes en juros y vasallos, las regalías de acuñar moneda, los albalaes y firmas en blanco, acompañaron á la continua enajenacion de pueblos y fincas de la corona, llegándose á decir, que ya no es rey mas que de los caminos. Los pueblos acosados con las cargas jenerales que se reparten por cada dia entre menor número de contribuyentes, murmuran dolorosamente de la funesta liberalidad de Enrique.

Las Córtes de Ocaña se lo representaron en 1469; las de Santa María de Nieva en 1475 alzaron el alarido, y consiguieron al fin que anulase solemnemente cuantas enajenaciones, y gracias habia hecho en los diez años precedentes. Pero fuese el influjo de los poseedores, ó la natural inaccion del rey, ó su muerte, que siguió á poco, no tuvo cabida reforma tan absolutamente indispensable.

Desde el asomo del reinado de Isabel, con la guerra de Portugal resaltaron aquellos enormes inconvenientes, y hubo que recurrir á la plata de las iglesias y á empréstitos gravísimos, para acudir a urjencias imprescindibles. La nacion que está mas y mas palpando los males, anhela con razon pronto remedio. Así lo reclaman los Procuradores en Toledo, y todo, al parecer, autoriza al gobierno, para zanjar de una vez en su oríjen abusos tan notorios; mas la delicadeza vidriosa de Isabel no queda aun satisfecha, pues aspira á que los mismos pacientes se conformen altamente con ella, queriendo que la persuasion y el convencimiento hagan llevadero lo mismo que las circunstancias están haciendo necesario. Convoca particularmente Grandes y Prelados, y confia en su lealtad que van á *sacrificar* ante el bien público sus intereses *particulares*; y el éxito es el idéntico que merecian esperanzas tan honoríficas, para la reina y para sus

vasallos; y en pocos meses, sin violencia, sin amargura y sin reclamaciones, recobra sus riquezas la corona. ¿Qué es lo que no alcanza á recabar la razon con las armas irresistibles de la virtud y de la suavidad?

El primer uso que hace la Princesa de los aumentos del erario, es acudir á los quebrantos mayores que han padecido los pueblos con la guerra, y al socorro de las viudas é hijos de los defensores de la patria, muertos en su servicio. Se arreglan entretanto, con intervencion de las Cortes, la forma y atributos de los tribunales supremos; se derogan ó aclaran las leyes antiguas; se plantean otras nuevas; se delinea y dispone la obra grandiosa de una lejislacion armónica, y comun á todos los dominios de Castilla; se sienta la basa, ó arreglo fundamental del concordato, de que tantas ventajas resultaron á la Relijion y al Estado; se empieza á tratar de las reformas que estaba requiriendo lo calamitoso de los tiempos, en el clero secular y regular; y en suma, se van promoviendo todos los ramos de la felicidad pública, arraigándola sobre cimientos sólidos y permanentes.

Nuevo espíritu, nueva pujanza, y nuevo ardor corre por las venas, y brota por los miembros yertos hasta entonces, de la monarquía castellana; rehácense sus fuerzas, antes desfallecidas con la desavenencia y la discordia, y se robustece el gobierno con el desempeño necesario, para afianzar el órden y el bien jeneral. Fresca está todavía la memoria del tiempo en que Isabel tenia á cada paso que capitular con los magnates, y en que el arzobispo de Toledo le negaba una conferencia que la moderacion de la reina le pedia con instancia; mas voló por fin aquella época de encojimiento y oprobio.

El Estado, poco ha endeble, y sin autoridad para sostener las leyes, y refrenar la osadía de un vasallo, recobra ejecutivamente su grandiosa pujanza, muestra ya la suficiente para granjearse el acatamiento de propios y estraños. ¡Triste del que se atreva á interrumpir su tranquilidad y provocar su cólera! estrago y esterminio serán el castigo ejemplar de su loca presuncion y desacato.

Esto fué lo que vino á esperimentar el reino entero de Granada. Media larguísima temporada, sin que la corona de Castilla, mueva ó intente jestion alguna para el recobro cabal del país ocupado por la morisma, pues en vez de progresar en la grandiosa empresa de reconquistar por entero la España, vienen á ser las fronteras idénticamente las mismas que á la muerte del santo rey D. Fernando; y poco ú nada, con efecto, adelantaron sus inmediatos sucesores. La jornada memorable de Tarifa, ó del Salado, fué mas esclarecida que provechosa; la muerte lastimera del héroe que la venció cortó los vuelos, en lo mejor de sus años, á sus ínclitas hazañas. Lejos de seguir la carrera y de imitar los gloriosos ejemplos de sus predecesores, el hijo D. Pedro, hizo alianza con los infieles, y aun se valió tal cual vez de sus armas, en las aciagas contiendas que trajo siempre con sus hermanos y vasallos, y que al cabo, le costaron el cetro y la vida. En los reinados siguientes, los disturbios civiles, las tutorías, la indolencia de los reyes y las guerras con otros príncipes de la Península, habian puesto en olvido la de los mahometanos, ó reducídola á meras entradas, y todas, sin plan ni consecuencias. La morisma yace, y menosprecia al leon que está durmiendo.

Durante la guerra con Portugal, en los asomos del reinado de Isabel, habian los infieles hollado el suelo de Castilla, llevándolo todo á sangre y fuego. Hubo que disimular tamaño insulto, igualmente que la arrogancia con que se negaron á pagar las sumas que solian, al mismo tiempo que solicitaban la continuacion de la tregua, y contemporizan cuerdamente, hasta que, ajustada la paz con los Portugueses, se ofreciera ocasion oportuna para la venganza.

Proporcionóla en la sorpresa de Zahara la infidelidad granadina, y entonces á la infraccion escandalosa de los tratados cupo su desquite en la sorpresa de Alhama, por tropas de Sevilla, casi á vista de la capital Granada. El empeño de la morisma en recobrarla y el de los cristianos en mantenerla, formalizó una guerra que debia fenecer la que duraba entre unos y otros, hacia como ochocientos años.

La empresa en que se entraba de las conquista del reino de Granada, estaba presentando dificultades considerables. Habian pasado, es cierto los tiempos de Tarik y Almanzor, los tiempos en que Valdejunquera y Alarcos merecian su angustiosa nombradía por nuestros descalabros; pero un territorio favorecido liberalmente por la naturaleza, y de una poblacion que por lo estraordinaria suponia un estado floreciente de agricultura y de industria, cimiento y medida del verdadero poderío de las naciones, abundaba en recursos y en medios de ofensa y defensa, y sin ser la décima parte de la Península, solía poner en pie ejércitos formidables, superiores alguna vez en número, y no siempre inferiores en valor á los cristianos. El paso fragoso, cortado de serranías y encrespado de castillos y fortalezas, era poco favorable á los agresores. El entusiasmo relijioso de los habitantes, y la inveterada ojeriza entre ambas naciones, no dejando medio alguno entre la victoria y la esclavitud, ó la muerte, era otra arma, ó por lo menos otro móvil, en manos del mas débil.

Tal vez, y en el mismo arranque de la guerra,

la fortuna miró con semblante risueño á la morisma: las lomas de la Ajarquía de Málaga presenciaron el degüello de la flor de Andalucía, ó cuando menos su lloroso cautiverio. Levantóse arrebatada y aun desairadamente el cerco de Loja, mandado en persona por el rey Don Fernando. Amainaran quizás en otro reinado, con tan amargos desengaños, los aprestos militares; y los cristianos, como en lo pasado, se contentaran, con algunas treguas poco estables; que dejaban pendiente el empeño, ú cuando mas, con unas gracias que habian de negarse á la primera coyuntura favorable. Pero Isabel, enemiga de partidos pusilánimes; decreta la conservacion de Alhama, contra la apocada prudencia de los consejeros del rey su marido; recorre la frontera; infunde en los pechos el amor sagrado de la gloria, y resuelve el arrancar del suelo de España el imperio de la media luna.

Mira atónita la Europa á una mujer ideando planes de campaña; votando esclarecidamente entre los capitanes mas esperimentados, y presidiendo á los preparativos marciales, con una intelijencia á que no se habian encumbrado los guerreros de las edades anteriores. No dirijirá el valor á ciegas las operaciones militares, como se practicaba hasta entonces; será la fuerza lo que le corresponde, mero instrumento del injenio, y la guerra de Granada va á abrir el campo donde se estudie, y la escuela donde se adelante hasta lo sumo, aquel arte que ha de inmortalizar á sus campeones; y de allí nacerán á cientos los adalides, acaudillados por el mayor de todos, que tremolará sus banderas triunfadoras por la Italia trémula y despavorida.

Todo se aparata con ahinco, y nada se desatiende, ó se trascuerda, de cuanto pueda afianzar el ansiado logro. Se agolpan infantería suiza, artillería alemana, y campeones preciados y selectos de Portugal, Inglaterra y Francia. Acude un cuerpo crecido de pontoneros industriosos que facilita el tránsito ejecutivo por barrancos y rios; mientras miles de gastadores derrumban cumbres, terraplenan honduras y zanjan sierras enteras, para habilitar pasos hasta entonces intransitables. Por los nuevos caminos han de transitar hasta dos mil carros, cargados con la armazon portentosa de inmensas lombardas y máquinas que van á derrocar los recios torreones de rozagantes alcázares moriscos.

Fabrica de municiones, acopio de pólvora, cortes de madera, reclutas, abastos, vestuario, resguardo de la frontera, todo corre á cargo de la misma reina; plantea postas prontas y seguras; construye y arma naves en las marinas de Vizcaya, para el crucero atajador de los socorros de Africa al enemigo, y sostenedor de las tropas sobre puertos y playas.

No hay contraresto en Granada para embate tan formidable. Recóbrase Zahara, manzana de la discordia y móvil de la guerra; sigue la toma de Alora, Cartama, Velez Málaga, Illora y Ronda. Loja, la soberbia Loja, que vió antes y celebró la mengua de los cristianos, tiene ahora que humillar la cerviz, y recibir el yugo. Marbella, Fuenjirola y otros pueblos, acuden á la clemencia del vencedor, en vez de arrostrar sus armas incontrastables.

El vaiven violentísimo de aquella guerra va demostrando, que Isabel está hermanando la magnanimidad acometedora de altas empresas, el desempeño que las facilita y el teson que las redondea; y luego el agrado y la beneficencia, realce anjelical que corona tan escelsas prendas, y distintivo eminente de corazones verdaderamente grandes y jenerosos.

Viva mil veces Isabel, inventora y fundadora de los hospitales de campaña; establecimiento absolutamente nuevo, é imitado luego por todas las naciones cultas, que aliviando los quebrantos de la guerra, y las demasías de la misma victoria, ofrece desde entonces poderosos motivos de gratitud á los guerreros castellanos, como la está pidiendo ahora mismo á cuantos pueblos se profesan dignos amantes de la sagrada Humanidad.

Estremóse hasta lo sumo el cariño entrañable de los soldados todos, al verla terciar en sus afanes y peligros, y alternar con ellos en las arduas operaciones militares; al verla caminar bajo las almenas de Moclin, asistir á la rendicion de Montefrio, estar á punto de perder la vida, á manos de otro Escévola; de un sarraceno fanático que intenta embestir y traspasar á Isabel, en medio de los suyos, quienes solo pudieran corresponder á tan sublimes demostraciones, con su amor y sus hazañas.

Tras larguísimo cerco, tal vez comparable con los mas famosos en la historia, en que hierven redobladamente los rasgos heróicos por sitiados y sitiadores, viene por fin la toma de Málaga á realzar las conquistas de Isabel, premiando su magnánima constancia. Ya las armas cristianas no hallan obstáculo que ataje sus progresos, y la victoria parece que ha tomado asiento en sus estandartes, menos en el sitio de Baza. Tras seis meses de fatigas y peleas, la cuchilla del enemigo, y el acero todavía mas afilado y temible de las enfermedades, habia segado hasta veinte mil campeones castellanos; estacion, avenidas, lluvias, y hasta el ciego acaso, todo se muestra empeñado en favorecer á la morisma. La reina, despues de abrir siete leguas de camino para la conduccion de abastos y pertrechos, despues de emplear sumas inmensas y apurar todos los recursos, tiene que comprometer sus alhajas para

acudir á las urjencias del sitio; y la pertinacia, seamos justos, el valor de los defensores de Baza, no da el menor indicio de cansancio ni de flaqueza. Vacila el rey Fernando y empieza ya á dar oidos á las propuestas y consejos de levantar el cerco, y aguardar mejor coyuntura... Pero no será, no; Isabel, la que vela siempre por los partidos animosos, la que se opuso á la evacuacion de Alhama, la que no consintió en que se entrase en cuarteles de invierno, despues de la toma de Alora, y obligó á su marido al rubor de ceñirse, á pesar suyo, con laureles nuevos en la campaña de 84; aquella misma Isabel rechazará el malogro de tanta penalidad y tanta sangre, vendrá en persona al ejército, y renacerán á su voz, en todos los pechos, el aliento y la confianza.

¡Dia memorable aquel, en que á vista de los muros de Baza, puestas las tropas sobre las armas, tendidos al viento los pendones tantas veces victoriosos, la reina á caballo, servida del rey su marido, y acompañada de su hija Doña Isabel, va dando gallardas muestras de sí, á los ojos, y mas todavía á los corazones castellanos; y atravesando, entre alegres vivas, las dilatadas filas, al sonido marcial y alborozado de clarines y atabales, se está empapando, con las demostraciones, ademanes y lágrimas de ternura de sus vasallos, mezcladas á las suyas propias, en el delicioso néctar que solo es dado paladear á la virtud y al mérito sublime!

Allí viste, ó princesa augusta, allí viste, reunidos en corto espacio los instrumentos de tu gloria: allí estaban los esforzados varones que honraron el nombre español, y lo cubrieron de lauros inmortales; allí estaban los vencedores de Toro, de la Albuhera y de Málaga; allí estaban, el rayo de la guerra, marqués de Cádiz, terror de Granada y caudillo principal de la conquista; el que defendió á Alhama con murallas de pintados lienzos; el que venció en Lucena haciendo prisionero á su rey moro; el otro que finalizó gloriosamente, en Sierrabermeja, una vida que fué un tejido de proezas ilustres; el Alcaide de las Hazañas, á quien dió este apellido lo singular y casi increible de las suyas, en nacion y en tiempo, dados uno y otro al heroismo; el señor Alarcon que en sus tiernos años aprendia á ser lo que mostró despues en Italia; el que añadió la corona de Navarra á la de Castilla, y por último, el todavía niño y héroe desde la cuna, el despues vencedor en las jornadas de Ceriñola, del Garellano y por donde quiera, el que arrebató á todos los jenerales antiguos y modernos el dictado esclarecido de Gran Capitan. Todos le saludaron en aquel dia; todos se dieron la entrañable enhorabuena de vivir bajo su imperio, y todos juraron ilustrar la memoria de su reinado, con sus acciones y sus virtudes.

Los guerreros de Baza, testigos del triunfo de Isabel, llegan por fin á padecer amargo desaliento. Entrégase la ciudad, y su rendicion acarrea la de toda la comarca. Almuñecar, Purchena, Salobreña y las Alpujarras, imitan su ejemplo. Guadix y Almería, no pudiendo contrarestar el torrente jeneral, abren sus puertas; y la reina, atravesando en lo mas crudo del invierno las altas, y nevadas sierras del reino de Granada, recibe el homenaje de ambas ciudades, y toma posesion de los nuevos dominios con que su esfuerzo engrandece la herencia de sus mayores.

Granada, privada al fin de todos sus apoyos, y reducida á sus propias fuerzas, es ya como valiente fiera acosada de los cazadores, cercada de poderosos lebreles; puede sí retardar, pero de ningun modo evitar, su perdicion y esterminio. Isabel y Fernando se acercan. Si los jinetes agarenos osan arrostrar el peligro y medir las lanzas, es para ceder al ímpetu y ardimiento castellano; si la casualidad incendia la tienda de la reina y devora el albergue de los soldados, se mira aquel fuego como la luminaria de su triunfo; si los sitiados se lisonjean de que el rigor de la estacion ha de obligar á desistir del glorioso intento, los reyes proyectan, plantean y edifican una ciudad nueva.

Granada al fin se rinde, las torres de la Alhambra enarbolan el pendon de Castilla, y cesa para siempre en España, la dominacion de los mahometanos. Cumpliéronse los votos de ocho siglos; y queda vengada en colmo la jornada de Guadalete, y aplacados los manes de la jente goda. Pelayos, Ramiros, Alfonsos y Fernandos, están oyendo desde la tumba los ecos resonantes de la victoria, y sus sombras adustas y macilentas se sonrien.

Un hombre plebeyo y desconocido va siguiendo á la sazon los pasos de la corte. Confundido en el tropel de los importunos pretendientes, apacentando allá su acalorada fantasía, por los rincones de las antecámaras, con el pomposo proyecto de buscar y descubrir un nuevo mundo; triste, y despechado en medio de la alegría y alborozo universal, mira con indiferencia, y casi con menosprecio, la conclusion de una conquista que hinche de júbilo todos los pechos, y parece haber volado hasta los ámbitos del deseo. Cristóval Colon es aquel hombre.

Habia muchos años que las riquezas atesoradas por los Venecianos del Oriente, traidas con mil rodeos á Alejandría, y repartidas por ellos mismos en toda Europa, habian fomentado la emulacion y zelos de las naciones marítimas. Llevaban ya los Portugueses medio siglo de ten-

tativas para descubrir, al sur, un rumbo por donde internarse por aquellos envidiados paises.

Nacido Colon en un pueblo de marineros, dedicado desde la niñez al estudio de la navegacion, alimentado con la lectura de los autores antiguos, donde pudo allá rastrear especies para opinar que el occidente ocultaba rejiones desconocidas, y quizás el rumbo para llegar antes á las Indias ya sabidas; dirijido, no tan solo por sus propias luces, sino tambien por las de otros pilotos y cosmógrafos de su tiempo: Colon vino á persuadirse, que podia resolver el arduo problema, ensanchar los límites del mundo y dar nuevos estados y grandísimos dominios á los reyes.

Portugal, Génova, Francia é Inglaterra desatienden sus propuestas, como sueños ó partos de una imajinacion acalorada. Los ministros mismos de los reyes católicos, tras ocho años de rechazos ó dilaciones, desahucian al cabo sus ya apocadas y marchitas esperanzas. Desechan las potencias de Europa desdeñosamente la coyuntura de alzarse con aquellas inmensas y riquísimas posesiones, las mismas que en lo sucesivo han de ser el objeto idolatrado de su ambicion y de su envidia.

Indignado Colon, pierde ya el sufrimiento y está ya en el disparador de abandonar la ingrata y poco avisada Castilla, llevando quizás á otra parte su intento grandioso, y sus encumbradas luces; cuando la estrella de Isabel le depara en su servicio aquel númen sin segundo. Marchena, Quintanilla y Santanjel, nombres descollantes en nuestros anales, dan á conocer al discernimiento de la reina la importancia, y situacion del navegante; los que abren la puerta que cierran tantos cortesanos, para que el mérito desvalido llegue hasta el trono; y Colón encuentra por fin una alma grande, igual á su proyecto. Isabel, hollando las vulgaridades arraigadas de su era y de su corte, la repugnancia de su Consejo y del rey, su marido, abraza las miras de Colon, abriga el mismo entusiasmo, y ofrece sus joyas, si fuese menester, para los gastos de la espedicion que se aparata.

Parten las naves cargadas de esperanzas, y del jérmen de una asombrosa revolucion, en el sistema de las naciones europeas. Una mujer guia tamaña empresa. El mundo todo va luego á ver aumentado el número de sus comodidades, facilitadas las comunicaciones, redoblados los lazos de pueblo á pueblo; perfeccionada la navegacion, las artes y el comercio; las ciencias esplayarán portentosamente sus descubrimientos; y España, la feliz España, se verá brindada para encabezar las naciones todas, ejercer incontrastablemente su principado, surtir á todo el globo con los productos de sus dominios, y darle moneda como en prenda de señorío. Pronto será, que su pabellon tremole en pompa por miles de playas desconocidas hasta entonces; que le presten homenaje reyes y jeneraciones de nombres, trajes y costumbres peregrinas; que sus intrépidos navegantes den la vuelta al orbe; que le cedan en estension los famosos imperios de la antigüedad, y que el astro del dia en su dilatada carrera, nunca cese de alumbrar paises obedientes á sus leyes.

Era el hallazgo de las Indias beneficio singularísimo que dispensaba la Providencia á entrambos hemisferios. Debia la América enviarnos sus medicamentos, sus drogas, su plata, las ricas cosechas de su suelo vigoroso y virjen, y recibir de Europa la civilizacion, las artes, el hierro, una moral benéfica, una relijion pura; la nacion por cuyas manos debia obrarse toda revolucion favorable, tenia en ellas la ocasion de merecer el reconocimiento y las bendiciones de todas las grandes familias que componen el jénero humano, aumentando su propia gloria y poderío, al mismo paso que la prosperidad comun del universo.

Isabel pone la primera piedra de tan grandioso edificio, que no cabia ensalzarse y llevarse á cabo, sino siguiendo sus huellas y su ejemplo. Las nuevas disposiciones para el gobierno de los paises recien descubiertos fueron dictadas por la rectitud y la humanidad, y allanaron el camino para que se cumpliesen las paternales miras de la Providencia. La comunicacion de las ventajas recíprocas fué la basa de la lejislacion indiana. Tratóse de hacer participantes los habitantes de aquellas rejiones de las semillas; los vivientes, ilustracion, cultura y demás bienes europeos. Tuvo el preeminente lugar, entre los encargos de Isabel, el buen trato de unos naturales endebles, sencillos y asomados apenas á los rudimentos del arte social; cuidó de hacerlos hombres, para encumbrarlos luego á ciudadanos; atendió á su instruccion en los grandes principios de la relijion y de la moral, á su defensa contra la ferocidad de los Caribes, y contra la codicia todavía mas destructora de los Europeos.

Tales fueron los mandamientos predilectos, que sonando siempre en sus labios mientras conservó la vida, abultaron mas y mas en su testamento. No vió Isabel despobladas las islas á manos de la crueldad y del bárbaro interés, estinguida en ellas la alcurnia de sus primitivos habitantes, y á sus caciques presos alevosamente sufrir, á guisa de malhechores, intolerables martirios; no vió aportar allí tambien por el continente la sed del oro y dejar sus costas ensangrentadas y yermas; no vió yacer sobre las ascuas al Emperador de Méjico, despues de ha-

ber defendido la capital de su imperio con un teson acreedor al aprecio y la admiracion de sus enemigos; no vió las campiñas del Perú, primero escandalizadas con el asesinato de su príncipe, y despues manchadas de sangre española, vertida por otros Españoles; no vió la rapiña, la hipocresía y la inhumanidad ejerciendo sus horribles estragos, á nombre del Dios de la justicia, de la verdad y de la misericordia.

A una distancia que apenas deja escuchar el eco de la autoridad, supo hacer que sus ministros y ajentes respetasen las leyes protectoras de la inocencia, y si la emulacion de los estranjeros, ó el celo descompasado de los nacionales, nos trasladó, acaso exajerados, los escesos y crueldades de nuestros descubridores, tuvo tambien la advertencia de noticiarnos que fueron aquellos atentados posteriores al reinado de Isabel, y que solo con su desvío del sólio y de la vida, descolló la vejacion, el desconcierto y la destruccion de las Indias.

Y ¿cómo cabia que tamañas atrocidades no ofendieran la anjélica y perpetua equidad de nuestra princesa? ¿Cómo podia disimularlos y desentenderse de su escarmiento, quien idolatraba ante todo la justicia, como la divinidad tutelar de toda república, ofreciéndole el sacrificio incesante de su tiempo, sus afanes y sus tareas? ¿quién se complació en administrarla y desempeñar este cargo prescrito á los reyes en la lejislacion castellana? ¿quién considerando como propias las injurias ajenas, las vengaba sin respeto á clase ó circunstancias cualesquiera del agresor, y sin esceptuar la misma real familia? ¿quién se preció siempre de escudar la inocencia? ¿quién se enardecia en el desagravio de sus propias sinrazones y demasías, tal vez contra su intencion y contra sus disposiciones? ¿quien alguna vez entró hasta el Africa para deshacer ofensas hechas por los cristianos á los moros vencidos? ¿Cómo no acataría la equidad y la razon en sus vasallos, quien así la respetaba en el enemigo?

Llegan algunos á calificar de dureza y rijidez escesiva la entereza de Isabel, por cuanto no miraba la justicia con los ojos vulgares de quien la conceptúa opuesta á la discrecion y la clemencia; por cuanto juzga que la pena impuesta al facineroso, es un acto de beneficencia amparador del ciudadano honrado y pacífico; porque teniendo que atajar al desenfreno encallecido y desarraigar achaques encancerados, sacrifica con brío justiciero, sus inclinaciones blandas y compasivas, y aplica los remedios deslindados por las leyes, custodiándolas con severidad inespugnable, y desechando en los mayores apuros del erario los enormes intereses con que tal vez se pretendió comprar el descargo de un delito abominable y espantoso.

No se atreve Isabel á desoir los clamores de la sangre injustamente vertida, cree que al erario le importan mas el escarmiento y la virtud que el dinero. ¿Y se graduará tal sistema de crueldad empedernida? No es cruda, no es inhumana Isabel, cuando dispone que se escusen los horrorosos tormentos, que el celo ardiente y la lealtad acendrada están preparando al asesino del rey su esposo: no es cruel quien prohibe que se vayan dilatando, á los reos que la ley condena á muerte, los dolores y agonías de su ejecucion; no es inhumana, cuando en la vega de Granada manda al marqués de Cadiz, comandante de su escolta, que no le haga presenciar el derrame de sangre morisca; no es cruel cuando encarga por todas partes oraciones y rogativas para que los triunfos de su esposo en el Rosellon, cuesten menos sangre á las madres y esposas de sus enemigos; no es insensible, cuando inventa arbitrios, para que las luchas de toros, restos de la antigua rudeza castellana, y autorizadas todavía en su tiempo, por el ejercicio de la nobleza, fuesen desde luego menos sangrientas y peligrosas; no es inhumana, cuando reprende á sus capitanes, por no haber guardado todos los miramientos posibles, con el rendido monarca de Granada, cuando lo recibe con afabilidad y decoro, y enseña con su ejemplo á ser induljente con la desventura. No es cruel, cuando al recibir entre el júbilo y los aplausos de los cortesanos, nuevas de gloriosas victorias en Italia, suspira con las pérdidas y estragos de sus contrarios; no es cruel cuando arrasados los ojos en lágrimas de ternura, recibe las gracias de tantísimos cautivos, como sus conquistas han desempozado de las mazmorras, á la libertad y á sus hogares, cuando arropa su desnudez, auxilia su desamparo, y manda colgar sus cadenas en los templos, para perpetuar la memoria de placer tan halagüeño á su corazon.

Achaque de ruines pechos fué siempre la crueldad, y el alma escelsa de Isabel se empapa allá por las rejiones etéreas, léjos, muy lejos, de todo impulso rastrero é inhumano. Severísima es solo Isabel consigo misma, pero afectuosa y palpitante para los demás, envía consuelos á donde quiera que asoma el dolor, siendo verdaderamente madre y escudo de los desamparados, y del solar de la indijencia y la horfandad. No se desdeña de asistir al lecho de los moribundos, de acompañarlos y confortarlos, tal vez empajándose con la afliccion ajena, juntó sus lágrimas con las de los mismos dolientes, y arrastró por ellos sinceros lutos.

Así que hermanadas en la reina la bondad y la rectitud, la suavidad y la entereza, produjeron como á porfía aquel respeto á la autoridad po-

lítica, aquella observancia puntual de las leyes, que hemos observado en América, y que llegó á sumo grado en Castilla, donde sin embargo de que la indolencia de sus predecesores tenia resabiados los ánimos con la impunidad y el desenfreno; las pragmáticas de Isabel obedecidas relijiosamente, van desterrando mas y mas los abusos y los vicios, y hasta sus mismos instrumentos, sin que sea posible hallar un juego de dados, despues de la prohibicion de todo entretenimiento de suerte.

Verdad es, que se obligó á reverenciar y obedecer las leyes; trató tambien de que estas fuesen atinadas y cumplideras en la posteridad de sus reinos. Nadie ignora que nuestra lejislacion, nacida en los bosques y florestas de la antigua Jermania, reducida por los Visigodos á un cuerpo en el siglo séptimo, dividida luego en tantos fueros, cuantos eran los pueblos que se formaban ó se conquistaban, ofrecia en el reinado de Alonso X un aspecto monstruoso y exánime. Hecho cargo aquel sabio monarca, como lo estuvo ya su padre, el santo rey D. Fernando, de la importancia de la unidad en la lejislacion, promulgó el Fuero Real, con el intento de jeneralizarlo, y de ir así amoldando los ánimos para la publicacion de las famosas Partidas, que ideaba fueran el código único que rijiese en toda Castilla. Pero lo turbulento de los tiempos, el horror á la novedad, la indocilidad de los Ricos hombres y el poquísimo respeto que D. Alonso acertó á granjearse de sus vasallos, hicieron abortar la empresa.

Las Cortes que desde aquella época se repitieron con mas frecuencia, y las pragmáticas de los reyes posteriores, no contribuyeron á simplificar la lejislacion, y los remedios que se aplicaron en las Cortes de Alcalá de 1348, solo fueron un sobredorado que dejaba en pié las causas del daño. Los reinados que siguieron al de Alonso el Onceno, no hicieron mas que agravarlo, é introdujeron mayor confusion en el derecho.

La esperiencia de los negocios manifestó á Isabel lo insuficiente de las leyes en unas materias, lo redundante en otras y lo inconexo en todas. Palpó las necesidades patentes de nuestra lejislacion, no solo dividida y destroncada en sus cuadernos disonantes, hijos de tiempos y circunstancias diversas, como la encontró al ocupar el trono, sino aun despues que se reunió en un cuerpo mas arreglado y acorde, cual eran las Ordenanzas reales que compiló, de su órden, el docto y laborioso jurisconsulto, Alonso Diaz de Montalvo. Obligado, por esta misma imperfeccion, a promulgar con frecuencia nuevas resoluciones y decretos, bien sabia que eran solo reparos provisionales, hechos en un edificio ruinoso que convenia levantar enteramente desde los cimientos.

Así lo dispuso, mandando formar un código completo, que abrazando todos los ramos de la lejislacion, la mejorase y la uniformase en las diferentes provincias del reino. Mas no alcanzó Isabel á ver el fruto de tan sabia determinacion: era obra de muchos años, y la muerte la arrebató, antes que se cumpliesen sus deseos; pero la fomentó durante su vida, y encomendó su continuacion, con los débiles ecos de su voz ya moribunda.

Disposicion provechosísima y afianzadora por esencia de la prosperidad nacional, despues de sacarla de aquel caos de perpetuo desgobierno, despues de colocarla en sus verdaderos polos, y plantear de nuevo la monarquía. Clavemos la consideracion en punto tan grave y trascendental, y desentrañemos aquel cúmulo de máximas fundamentales en esta porcion suprema de la política, y patenticemos el gran sistema que, desde su elevacion al trono, llevó mas y mas por delante, y realizó a fin felicísimamente.

Sucede Isabel á su hermano Enrique, y es Castilla un agregado de partes y elementos robustos, pero encontrados entre sí, mas bien que enlazados en cabal armonía; de provincias feraces, de naturales dotados de valor y de injenio, pero sin vigor en el gobierno, y con suma discrepancia y aun contraposicion en los ánimos, y ajeno el conjunto de formar un todo sólido y acorde. No componen los castellanos una sola familia debidamente engarzada con intereses comunes, para subvenir con un empuje igual a la suma de sus fuerzas particulares; sino una porcion de familias confusamente hacinadas, con intereses diversos y encontrados, cuyo mutuo roce, apoca los brios, reduciéndolos á la diferencia entre el poderoso y el indefenso.

No cabe á Castilla sobresalir con la pujanza y el esplendor que le competen, sin que se deslinden y desarraiguen sus móviles íntimos de division y discordia; siendo el mas pujante y dañino, el desconcierto entre las prerogativas del rey por una parte, y las demasías de los magnates por otra. Rebosa la monarquía castellana de achaques y nulidades anejas por esencia á su oríjen gótico. No se concentra el poderío fundamental del Estado en la persona del rey, pues jirando allá sin lazo con los demás miembros, viene á descollar meramente en la clase del señorío, como en los antiguos pueblos del norte; y su autoridad mas y mas vacilante, hecha tal vez el juguete de la ambicion y osadía de los principales vasallos, no alcanza, en el vaiven de los embates, á afianzar el órden y el resguardo de los súbditos desvalidos.

Acude Isabel á varios arbitrios para contrarestar aquel desvío fundamental. Adjudica á la

corona la administracion de las órdenes militares, dando al través con aquella potestad triunviral de los Maestres que, ya relijiosos, ya soldados, guerrean contra los reyes con igual encono y casi desenfreno que contra la odiosa morisma. Acuerda tambien Isabel, que la Grandeza todavía menor, pase á educarse en palacio, sirviendo á los reyes, para que habituándose á la subordinacion desde niños, la conserven despues cuando mayores; y al paso que aseguren como prendas la felicidad y el sosiego de sus familias, cobren tambien cariño á los autores de su educacion y establecimiento. Deja para siempre abolidos los privilejios rodados, en que las confirmaciones de Prelados y Grandes, tenian visos de dar á los decretos reales, una consistencia y un valor que no tuvieran sin ellos.

Probibe la construccion y aun toda mejora en las fortalezas por el interior del reino, donde siendo inútiles para la seguridad del Estado, pudieran ser peligrosas para su sosiego. Organiza finalmente la fuerza pública, arma la nacion en globo y con el brazo Real, sentada ya la monarquía sobre una potestad sólida é indestructible, desatiende confiadamente los embates de la ambicion desaforada. Empleando á los magnates, segun su respectiva capacidad y adecuado desempeño, en los principales cargos, honrándolos y obligándolos con su confianza, les desvía la ocasion y la voluntad de aspirar á la autoridad por sí solos, y brindándoles con las ventajas y el esplendor del gobierno, los interesa en su conservacion y engrandecimiento.

Fenece así, á manos de Isabel, aquella lucha escandalosa de tantos siglos, entre el monarca y la Grandeza, encaminando la azorada actividad del supremo señorío á objetos de utilidad política, y reduciendo sus pretensiones, como debiera ser en todos tiempos, á servir con gloria y distincion á la patria.

La institucion permanente de la Hermandad, y las ordenanzas de ciudades y gremios que se multiplicaron durante su reinado, en Castilla, dieron bulto y trascendencia á la parte mas numerosa, y hasta entonces menos atendida, del Estado; la formacion de los Consejos, decretada en las Córtes de Toledo, la de otros tribunales superiores, que se fueron estableciendo en diversos puntos del reino; la introduccion de cuerpos fijos de tropas, y los artículos del concordato ajustado con la curia romana, abrieron ó ensancharon el rumbo del honor y de la fortuna, á la virtud, á las letras, al valor, al mérito. La nobleza subalterna no forcejeó ya arrinconadamente en las mesnadas, ó tercios del rey ó de los grandes; y repartida adecuadamente la consideracion política entre las demás clases, cesó aquella injusticia que privaba de todo á las unas, para vincularlo todo en las otras.

Removidos los obstáculos para la armonía interior del Estado, seguia de suyo el afianzarla, entre sus varios miembros, sobre basas firmes y recíprocamente provechosas. Atiende á esto Isabel con severa é inflexible administracion de justicia, que viene á escudar al desvalido, sin atropellar al poderoso; manteniendo á unos y otros, con toda equidad, en el goce de sus respectivas propiedades; con una igualdad de pesos y medidas; con la renovacion del crédito y ley de los metales; operacion importantísima, que restauró la buena fé, la confianza, y el uso jeneral de la moneda, uno de los lazos mas fuertes de los imperios; y sobre todo con el proyecto de una lejislacion comun á todos sus reinos.

Es la autoridad Real el instrumento certero de tantísimos bienes. Recibióla Isabel con la majestad y pompa necesarias, en las circunstancias de esta nacion que estaba descollando al fin sobre el estado turbulento de la anarquía. No les añadió nuevos atributos esenciales, ni usurpó facultades negadas antes por las leyes; los impuestos, las prerogativas de las Cortes, los fueros y preeminencias de los Grandes, los puntos fundamentales de la lejislacion, quedaron los mismos. No trata jamás Isabel de estender y remontar sin límites su autoridad, sino de darle la pujanza y gallardía indispensables para obrar el bien comun; objeto final y complemento absoluto de todos los cálculos y combinaciones de la sublime y acendrada política.

Gobierno á todas luces asombroso, obra de una mujer, que hermanando en su persona los atributos y realces de ambos sexos, acierta á idear un sistema alternado adecuadamente de suavidad y ahinco; que ataja el desenfreno sin substituirle la servidumbre, que va puliendo la nacion, y aumenta al mismo tiempo su gloria y poderío.

Sale la monarquía castellana, en manos de Isabel, de aquella postracion aletargada á que la han conducido sus achaques, y ostenta el brio y la lozanía de la mocedad; semejante á encina antigua, que despues de sufrir la injuria y los accidentes del tiempo, carcomida ya de insectos y amagada de la muerte, pasa por fin á poder y maña de agricultor mas cuidadoso; y despejada por su dilijencia de las plantas rastreras y pegadizas que la debilitaban, y del ramaje corroido, cuyo peso la está acosando, se puebla de hermosos renuevos, se reviste otra vez de verdor y de vida, y se abalanza por los aires á imperar en espacio mayor del que le cupo jamás, con sus anteriores dueños.

Isabel, con efecto, no solo restauró, sino que aumentó y encumbró la monarquía. Obra suya fué aquel portentoso engrandecimiento que for-

mando un solo Estado de casi toda la antigua España, dió á luz de repente, en el teatro político, una potencia, que fué por mucho tiempo, y hubo de ser por siempre, la primera de Europa. En sus floridos años, antes todavía de reinar, habia aparatado, con la eleccion de su esposo Fernando, la reunion de las coronas de Aragon y Castilla. Despues de subir al trono, mientras se realizaba la conquista del reino de Granada, disponia la agregacion de la parte que restaba de la Península, por medio de faustos enlaces con la familia reinante portuguesa.

No tardó en llegar el caso previsto por nuestra reina, y el príncipe D. Miguel, su nieto, hubiera reunido, bajo su mando, cuanto abrazan ambos mares, de uno á otro cabo del Pirineo, si una temprana muerte no destruyera dolorosamente el cimiento de perspectiva tan halagüeña. Reprodújose la ocasion reinando Felipe II, y España, por don de Isabel, gozaria actualmente de sus límites naturales, y de todas las ventajas de una situacion feliz y única, si la ciega y bárbara torpeza de sus yertos sucesores, no dejara desprenderse aquella piedra preciosa de su corona.

Al mismo tiempo que las combinaciones y esfuerzos de Isabel tenian tan adelantado el sublime proyecto de formar un solo imperio de toda la península española, sus ejércitos triunfaban en el Rosellon y en Italia, sus escuadras amenazaban las costas de Africa, su dominacion se estendia por las inmensas rejiones de América, y los recíprocos enlaces con otras testas coronadas, estaban aparatando el poderío ajigantado de su nieto, el emperador y rey Cárlos V, haciendo en él creible el intento que reveló el mundo, de la Monarquía universal.

Planteó Isabel por estos medios la grandiosa consideracion y suma preponderancia que logró la nacion por largos años, entre las demás potencias comarcanas. Influia España poderosa y decisivamente en las negociaciones políticas de Europa, y sus embajadores se acostumbraron á representarla, con un señorío desconocido entre los pueblos modernos, y sin ejemplo desde los mejores tiempos de Roma. D. Juan de Ribera desechando en Turs los magníficos regalos del rey Cárlos de Francia; Antonio de Fonseca rasgando osadamente el tratado de alianza, á presencia del mismo y de su corte en Veletri, recuerdan las negociaciones de Fabricio con Pirro, y de Popilio con Antíoco.

Mas la atencion de Isabel á esta parte ruidosa y brillante de la política, no embargaba lo que le merecian los asuntos interiores del reino; aquel ramo que influye mas y predomina en la felicidad y verdadero poderío de los imperios, sin cuyo arrimo las operaciones diplomáticas pueden lucir y deslumbrar pasajeramente, mas no producir ventajas sólidas y duraderas, empeñando quizás á los Estados en empresas temerarias que los carcomen interiormente y anonadan.

El fomento de la industria, del comercio y de la navegacion, fuentes inagotables de riquezas para las naciones, embargó el ahincado esmero, y solicitud perenne y desvelada de la reina. En este objeto vinieron á cifrarse dia y noche sus interesantes tareas, y aquella aplicacion tenaz á los asuntos del gobierno, sin llegar á interrumpirla, ni la fatiga de sus viajes, ni los quebrantos de su salud, ni aun el vaiven redoblado y violentísimo de la guerra.

Enemiga del ocio torpe, creia que todos los instantes de su vida eran otras tantas víctimas debidas al númen del bien público, teniendo semejante defraudacion por sacrilejio. Viene un dia laborioso, y le sigue una noche entera de afan y desvelo, y la sorprende la aurora trabajando con sus secretarios y ministros. Si no siempre coronó el acierto la rectitud de sus intenciones; si el ímpetu de las circunstancias, ó la escasa luz de aquel siglo, en que no cabia ni aun; soñarse, que estas materias, como todas, yacen sujetas á principios científicos, y por consiguiente demostrables, acarrearon tal vez desbarros ajenos de la ilustracion presente, acusemos la condicion de los negocios humanos, que no admite la perfeccion, sin que precedan ensayos y desaciertos, ó perdonémoslos, en consideracion á las grandes mejoras que se lograron, y á las miras sublimes y benéficas que campean en las leyes promulgadas por Isabel, y suelen sobreponerse á los conocimientos vulgares de su era.

El plan de Hacienda Real debia su oríjen á tiempos anteriores, ignorantes y torpísimos: y las alcabalas, jénero de multa impuesta sobre la circulacion y saludable movimiento de la industria, componian la principal renta de la Corona. Disminuyó Isabel sus perjuicios, estableciendo en las contribuciones el método de los encabezamientos; pero huyendo en esto, como en todo, de la violencia, no quiso obligar á que se adoptasen, y dejó la eleccion á los mismos interesados.

Pudieron los pueblos anteponer este medio de pagar al erario, arbitrio suave y equitativo, que escusando las vejaciones de los recaudadores y los inconvenientes todavía mayores de los arrendamientos, reducia tambien los gastos de percepcion, y suavizaba el impuesto, repartiéndolo y cobrándolo á gusto y conveniencia *de los* mismos contribuyentes.

A este amor ilustrado y sabio que resplandeció siempre en las providencias de Isabel, se de-

bieron las que dictó sobre construccion de caminos y puentes, para facilitar las comunicaciones interiores y comerciales del reino; la supresion de portazgos y gabelas arbitrarias que las dificultaban y entorpecian lastimosamente; la estincion de aduanas entre Aragon y Castilla, el establecimiento de contrastes que afianzasen la fe pública, las pragmáticas á favor de los plantíos y de la cria de caballos; la abolicion de las restricciones que en varias provincias se oponian á la libertad del comercio y ejercicio franco de la industria; la ley para que los mercaderes estranjeros llevasen los retornos en productos nacionales; la jurisdiccion y privilejios concedidos á los consulados de Burgos y de Bilbao; las franquicias y premios redoblados á los mareantes y á la construccion de bajeles de mayor porte; y en fin la lejislacion marítima que mejorando y esplayando otras instituciones precedentes, produjo la prosperidad naval de España en el siglo XVI, y pudo servir de pauta á lo que despues ha venido á granjear, por desdicha del orbe, á la Inglaterra el dictado de primojénita de Neptuno: esclarecido timbre que debiera ser absolutamente nuestro, y que lo estaria siendo positivamente, si los siglos inmediatos siguieran el grandioso rumbo que allá les abriera Isabel, y perfeccionaran progresivamente sus máximas, al arrimo de la esmerada esperiencia y del estudio científico; como lo han practicado naciones mas venturosas, aunque menos favorecidas por las circunstancias, y sobre todo por la misma naturaleza.

Así fué que la labranza, honrada y libre de tantísima traba y gravámen como estaba padeciendo, suministraba largamente para el sustento de una poblacion siempre en aumento; y el afan intenso, y la aplicacion desvelada plantearon fábricas y talleres que abastecieron colmadamente las Indias, la Península y otras rejiones. Vióse el comercio español engarzando ambos mundos, sus factorías establecidas en todos los paises conocidos, el mar cubierto por nuestras flotas y sojuzgado por nuestras escuadras. Y cuando á principios del reinado de Isabel apenas corria moneda en Castilla, y suplia por ella la mera permuta, indicio terminante de sumo atraso en civilizacion y prosperidad, á fines de su reinado, descolló la gran Sevilla con su emporio, donde vinieron á encerrarse los tesoros del oriente y del ocaso, y las ferias de Medina del Campo iban siendo el centro de los movimientos y operaciones comerciales de Europa; el banco donde se jiraban millares de millones, y se negociaba todo el dinero del universo.

A vista de tan sumas ventajas, debidas á las disposiciones gubernativas de Isabel, ¿habrá quien dude sobre si realmente tuvieron por objeto el provecho comun de los pueblos? ¿Llegará la sinrazon á suponer dolo en sus intentos, atribuyendo á su conducta motivos menos dignos y jenerosos? ¿Se maliciarán, en sus pasos, arranques despóticos, disparos de vanagloria y engrandecimiento personal, sin que el bien de sus vasallos fuese el móvil de sus operaciones eficacísimas? ¿Y no bastará la consideracion del poderío y felicidad que proporcionó á la nacion, para desmentir sospecha tan odiosa? ¿Cupo ser poderoso el reino, y absoluto el monarca? ¿Cabe el ser felices los pueblos, y el gobierno injusto?

Mas no lo disimulemos; una opinion harto comun, aunque como encojida, y sin asomar por los ámbitos de la claridad, como es propio de la malignidad y el desacierto, salpica la esclarecida memoria de Isabel, con el tizne de que sus novedades introducidas en el estado político y civil de Castilla, fueron meros partos de su ambicion, y de que aspiró á la potestad ilimitada y arbitraria; á la potestad que no reconoce mas coto que el vagaroso querer y humor incierto de quien la posee; á la ciega potestad que apropiándose sacrílegamente los atributos de la Divinidad, hermana ó identifica su voluntad con la justicia, que mira á los hombres como rastreros insectos, y no reconoce en ellos derecho alguno, ni otro mérito que el de servirla y agradarla.

¡Horrorosa sinrazon! y tan solo cupo suponer tamaño desbarro, con algun asomo de escusa, en los que, por comprendidos en las reformas, vinieron á prorumpir en tan infundado desahogo. En nuestros tiempos, lejanos ya de toda causa de odio y pasion, tan solo podrán repetir acusacion tan aérea cuantos carezcan de noticia cabal en su vida y acciones; cuantos ignoren que respetó invariablemente los pactos, la inferioridad y aun los yerros ajenos; que al ejecutar reformas notoriamente justas y necesarias, se desviaba del rumbo de la autoridad y la violencia, por acudir á la blandura y la persuasion; que franqueaba la resistencia contra los volubles caprichos de la potestad, cuando se oponian á las disposiciones legales anteriores; que lejos de atropellar los derechos de sus vasallos, no satisfecha con que en su reinado no se hubiese establecido contribucion alguna nueva para el erario, cavilaba solícita sobre si eran ó no voluntarias y lejítimas las antiguas.

Estendió, sí, el influjo de la autoridad real, mas fué para sofocar la hidra de la anarquía, abolió las confirmaciones de los súbditos en los diplomas, pero dió mayor pujanza y entidad á la consulta é intervencion del Consejo; cerró á los Grandes la puerta de la guerra civil, pero les abrió las de la verdadera gloria, les confió las

empresas grandiosas, los trató como amigos y lloró en sus cuitas y duelos.

El propósito de Isabel fué despejar las Castillas de mortales achaques, ó mas bien de la maleza de sus divisiones y estravíos, concentrando la autoridad y robusteciendo el gobierno. Si sucediera al contrario, si naciera Isabel en un país despótico y bárbaro, donde la potestad desenfrenada del mandarin, tan solo acarrea pavor y desamparo en los rendidos; no lo dudemos, templara Isabel las prerogativas del trono, y desmoronara el predominio de sus ascendientes, por acrecer la prosperidad de sus pueblos.

Amólos entrañablemente Isabel, pues rebosó siempre su cariño en el esmero con que se afanó mas y mas por su ventura, acarreándoles con ella virtud y letras. Premió y alentó uno y otro hasta lo sumo, bien al revés de todo déspota, á quien hacen sombra el injenio, el mérito y la riqueza; á quien horrorizan las armas en manos de sus vasallos, á quien los remordimientos de su conciencia le agolpan sobresaltos y guardias.

No las tuvo Isabel; antes bien temió, que la nacion adormecida en el seno de la paz, olvidase el manejo de la espada, y que el fin de la guerra con la morisma, apagase el ardor marcial en los pechos castellanos. Para evitar aquel desman, prescribió la práctica de los ejercicios militares en los pueblos; mandó que anualmente se celebrasen alardes; señaló premios á los preciados en el primor de las armas, é impuso penas á los tibios y desaliñados en su armamento y su desempeño. No, no son estos los síntomas de un gobierno arbitrario y tiránico, sino mas bien de un réjimen paternal, en que el caudillo, afianzado en el amor de sus hijos, lejos de temerlos, se complace, por el contrario, en ver cual medran y se robustecen, conceptuando que la trascendencia y lustre de la familia, aumentan, como verdaderamente sucede, su potestad y su gloria.

Mas ¿á qué fin hacinar pruebas terminantes para evidenciar, que nuestra Princesa jamás intentó abusar de su autoridad para estenderla y desenfrenarla, contrarestando la razon y el bien de la monarquía? Demostremos mas bien que tan absurdo pensamiento fué incompatible con el temple de su alma, y desentrañemos sus inclinaciones, para deslindar aquellos arranques sobrehumanos, donde jamás cupo el desprecio de los demás; apuremos si los principios morales favorecian el amor propio, la pasion ciega á sí mismo, distintivo y calidad inseparable de los tiranos; si en la delicadeza anjelical de su conciencia cupo el intento de arrollar vallas y resguardos para encumbrarse á la potestad absoluta; si la suma escrupulosidad con que acudia á las obligaciones caseras; si la moderacion y templanza de su índole personal abrigan el menosprecio descocado de todo freno y miramiento, en cuanto se acata y reverencia entre los hombres.

Acerquémonos con relijiosa veneracion á descorrer el velo que tal vez cubre la vida privada de nuestra Princesa.... Salve, matrona insigne, honor y corona de las hembras castellanas: permite que entremos á escudriñar el interior de tus acciones y costumbres, y que entresaquemos en ella dechados de tu conducta para tu sexo, y motivos de asombro para el nuestro: pueda la imparcialidad y justa posteridad aquilatar y loar, lo que tu modestia no consintiera á la jeneracion que logró la sin par ventura de conocerte.

Una educacion austera, ajenísima de toda delicia, de la lisonja y de todos los escollos donde naufraga por lo mas el vulgo de los príncipes, habia labrado en el corazon de Isabel, aquellos afectos apacibles y suaves, en cuyo ejercicio se cifra la felicidad interior de las familias. Su alma cándida y purísima llevó al matrimonio el precioso dote de las virtudes domésticas, y entre ellas, como timbre de todas, el cariño entrañable á su marido. No contenta con haberle antepuesto á los demás pretendientes, con haberle constituido el monarca mas poderoso de Europa, jamás perdia ocasion de manifestar su gozo en haber unido su perpetua suerte con la de Fernando. Las iniciales de sus nombres grabadas juntas por dó quiera, el yugo y el haz de flechas, empresas de ambos, reunidos en la moneda, en los libros, en los edificios públicos, eran los indicios patentes de aquel amor primero y último, de aquel afecto injenioso y delicado de que dió ilustre ejemplo Isabel á todas las esposas. Y ¿quién, sino ella misma, con las frases de un estilo desaliñado al parecer, pero rebosando de ardor y de ternura, pudiera pintar su dolor, su estremecimiento, cuando la locura ó la traicion, se disparó en Barcelona contra la vida que preferia mil veces á la suya propia? Fue zelosa Isabel, es verdad; y ¿cómo pudiera no serlo? Mas fueron siempre decorosos sus zelos, y nunca desdoraron á Isabel, ni á su marido. Apasionada pero induljente, amante pero respetuosa, en ningun acontecimiento interrumpió los testimonios de su cariño, ni salió jamás de su boca, ni de su pluma, el nombre de su esposo, sin que lo acompañase alguna espresion de amor y de acatamiento.

Formal y eficaz por esencia, poco aficionada á funciones y recreos, en que suele *deleitarse* su sexo; enemiga de truhanes, *agoreros y* otras sabandijas palaciegas, que en aquella era mas que en otra, abundaban por las casas de reyes

y poderosos, y tal vez hallaron entrada en la de su marido, buscaba el descanso de las fatigas del gobierno, en las labores mujeriles, sin adivinar como podian avenirse la felicidad y el ocio, la frivolidad y la paz interior del alma. Estampada dejó esta memoria en un estatuto, declarando que la parlería y la ociosidad hacen á las madres de familia indignas de disfrutar las ventajas del matrimonio, á cuyo aumento no contribuyen con su trabajo, privó del derecho á los bienes gananciales á las mujeres cordovesas. Acaban sus descendientes de conseguir que se les quite aquella tacha, apoyada mas bien tal vez, en la jeneralidad de tal desbarro, que en la enmienda del que padecian allá sus abuelas.

¿Qué dirémos de la templanza de Isabel? ¿de la sobriedad de la que nunca escedió, en su mesa, los términos de una decorosa medianía? La reina de España, la señora de los tesoros de las las Indias, ella, su marido, el príncipe heredero, los infantes, todos comian por menos de cuarenta ducados, cuando pocos años despues, su nieto Cárlos, recienvenido de Flandes, y antes todavía de casarse, gastaba solo en su mesa diaria, mas de cuatrocientos.

Cuesta dificultad creer lo que se nos refiere de la entereza heroica, con que sufria el dolor y quebrantos de la condicion humana. Severa para sí, cuanto era blanda y benigna para los demás, aguantaba lo mas trabajoso de la maternidad sin ayes ni jemidos, ni acudir al obvio alivio de la queja, ni prorumpir en demostracion ajena de su ánimo varonil é inalterable.

Mas al tomar del otro sexo la fortaleza, retuvo del suyo el rubor y la modestia. Fuera injuriar la virtud de Isabel el detenerme á esponer su purísimo concepto, la santidad de su casa y el tenor sin mancilla de su conducta. ¿Cómo pudiera la liviandad internarse por el santuario del recato, y profanar la morada de una matrona, contra quien jamás asomó el mas leve átomo de sospecha? que ni en los últimos alientos, al recibir los estremos auxilios de la relijion, consintió en que se le descubriesen los pies, temerosa de quebrantar las augustas leyes de la honestidad y del decoro? Cundió el espíritu de Isabel á su familia, á sus hijos, á sus damas, á sus criados y cortesanos; y de su cámara, como de manantial vivífico se difundieron á toda la nacion las prendas inefables que dieron al aspecto español aquel baño de austeridad grandiosa que atesoró en el siglo XVI, y que en medio de tantísima dejeneracion, todavía preferimos á la frivolidad presente.

¡Qué compostura en su traje! ¡qué moderacion en sus atavíos! Era Isabel jenerosa, gustaba de la magnificencia en objetos de utilidad pública; pero despreciaba el lujo personal, como vicio propio de corazones menguados; temia que lo rico de sus joyas, el sobrante de sus espensas lejítimas, fuese en resolucion el alimento del miserable, la sangre del labrador y del artesano. Bajo este precioso concepto, cercenó sus gastos, procuró retraer con la persuasion á sus cortesanos de todo lo superfluo, á que suelen dar ocasion las riquezas colmadas; llegó á promulgar leyes suntuarias, leyes infructuosas, siempre inservibles, pero muestras terminantes de su afan por la parsimonia, y autorizadas con el sello poderoso y sagrado de su ejemplo.

Mientras los señores de su Corte se afanaban, en las fiestas de Barcelona, por deslumbrar con sus galas á los enviados de una nacion vecina, las palaciegas, á imitacion de la reina, estaban haciendo ostentacion de la modestia de sus adornos, y sin estrenar trajes, ni aun vestidos, reprendian tácitamente la liviandad del sexo fuerte, que debiera darles lecciones de gravedad y de cordura.

Patronos del lujo, los que no acertais á distinguir entre el consumo mayor de comodidades, ocasionadas naturalmente por los progresos de las artes, que contribuye á la perfeccion y aumentos de la especie humana, y la vana y viciosa afectacion de la opulencia que nace del orgullo, empobrece las familias y arruina los estados; corrompedores de la moral pública, á pretesto de una riqueza ilusoria, que aun siendo verdadera, habria de mirarse con desprecio y horror, si se oponia á las buenas costumbres, ó lo que es lo mismo, á la sólida felicidad de los hombres; vosotros desaprobaréis sin duda las máximas y la conducta de Isabel, la llamaréis avarienta, mezquina, y la tiznaréis tal vez con suma irrision.

Hacedlo enhorabuena, ensalzad los paises donde la frivolidad y las demasías campean en los almacenes y talleres de la elegancia; elojiad, si quereis, la esplendidez frenética de Neron que, segun Suetonio, nunca usó segunda vez un vestido; abogad por su causa, pero sentencien los pueblos.

Sentenciarán, sí, positivamente; sentenciarán, y repetirá la historia, hasta la posteridad mas remota, el fallo de que la templanza y economía de los príncipes viene á ser la renta pingüe y colmada del erario: que el vano esplendor, el bárbaro boato de trenes y carruajes, suele encubrir el desamparo y la desesperacion del ciudadano, que tal vez se quedó sin pan, por contribuir á su pompa y caprichos; que en vano se buscarán entre la profusion y fausto oriental los nombres de aquellos reyes que aspiraron al sublime dictado de Padres de la Patria, y que solo por esta consideracion, prescindiendo de las

demás, merece Isabel un sitio de honor y de elojio en los anales de Castilla.

Ellos atestiguarán en todo tiempo, que la sencillez de sus adornos cubria un pecho magnánimo, y que gastaba con escasez en su persona, por acudir largamente á las necesidades del Estado. Su corte modesta era el taller de las grandes empresas, y la idéntica mano que asia la aguja y redoblaba el huso, firmaba tambien los despachos para el descubrimiento de las Indias, las capitulaciones que zanjaron la dominacion mahometana en la Península, las órdenes para la conquista de Canarias, del Rosellon y de Nápoles: y antes de todo esto, los pactos para la reunion de Aragon y de Castilla, primero y principal cimiento del poderío, y grandeza española.

Pero aquel corazon brioso, ajeno de toda delicia fútil y corruptora, abria sus íntimos senos al placer por maravilla concedido á los reyes, al puro é inestimable deleite de la acendrada amistad. Honró la de Isabel á la célebre marquesa de Moya, Doña Beatriz de Bobadilla, con quien vivió algunos meses en las calladas y solitarias estancias del castillo de Maqueda, cuando todavía se hallaba muy distante de esperar la sucesion del cetro castellano. Allí se planteó la union que dió tanta márjen á Doña Beatriz en los acontecimientos y el reinado de Isabel.

Resuelta á matar por su mano al maestre de Calatrava, cuando trató de conseguir violentamente la de la Princesa, viajando despues disfrazada en traje de aldeana, para reconciliarla con el rey su hermano, sin faltar de su lado en paz y en guerra, herida y á pique de ser asesinada en lugar suyo, durante el cerco de Málaga, protectora del proyecto y mérito de Colon, cuando todavía vacilaba Isabel, compañera luego de sus estudios, en dias mas tranquilos, tuvo finalmente el pesar de sobrevivir algunos años á su reina y amiga.

El respeto y veneracion de Isabel á D. Hernando de Talavera y al cardenal Jimenez de Cisneros, los defraudó del dictado de amigos que ella misma no se atrevia á darles. Pero túvolo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, aquel tercer rey de España, como le llama Pedro Mártir de Anglería, alma del Consejo de Isabel, y parte grande en las empresas gloriosas de su reinado. Vióla Guadalajara venir con su marido á visitar al cardenal en su postrer enfermedad, pagarle en honras y consuelos sus importantes servicios, y aceptar el cargo de sur albacea. Vió á una reina en el sumo esplendor de su gloria y poderío, objeto de la admiracion de toda Europa, tomar por sí misma las cuentas á los criados de su amigo, y entender menudamente en el arreglo de sus intereses, y en la ejecucion de sus últimas disposiciones.

Quien así se esmeró en desempeñar los requisitos de la intimidad, ¿cómo no cumpliria con los de la naturaleza? ¿Cuál seria su ternura para con una madre desventurada que prolongó por cerca de medio siglo la soledad y pesadumbre de la viudez? Isabel, ni despues que las circunstancias políticas la arrebataron de su lado para trasladarla á la corte del rey su hermano, ni despues de subir al trono, interrumpió las demostraciones mas espresivas de amor, veneracion y rendimiento. Uno de los capítulos bajo que otorgó sus esponsales con el príncipe de Aragon, fué la consideracion que exijió se tuviese á su amada madre. Poseedora ya de sus reinos, la visitaba con la frecuencia que permitian sus negocios, en su villa de Arévalo.

Allí se complacia Isabel en recorrer los aposentos testigos de los primeros juegos de su niñez, en recordar aquellos dias de afliccion y desamparo, en que el poco jeneroso Enrique, al propio tiempo que derramaba las rentas de la corona, á la lisonja, á la ambicion y aun á la rebeldía de los magnates, abandonaba á la penuria, toda una madre de dos reyes, y la mujer é hijos de su padre. Afanábase en aquellos desagravios, echando el resto de su jenerosidad y su cariño; servíala por sí misma, y creia que las acciones de amor y respeto filial daban nuevo realce á la majestad de la púrpura.

Presenciando sus hijos escenas tan afectuosas, en cuya escuela se iban empapando mas y mas en rasgos virtuosos, y se granjeaban las prendas ensalzadoras que los hicieron el consuelo y embeleso de su digna madre. Cinco le dió el cielo; la cariñosa reina de Portugal, Isabel; María que lo fué, despues de su hermana; el malogrado príncipe D. Juan; Catalina, reina de Inglaterra, ilustre por su religiosidad y por sus desventuras, y Juana madre de Cárlos V, á quien el amor á su marido, hereditario en las hembras de su familia, arrebató el juicio y el cetro á un mismo tiempo.

Los amaba Isabel todavía con mayor intension que la jeneralidad de la madres: no cabian vulgaridades, bajo ningun concepto, en su ardiente y jeneroso pecho; pues echando siempre el resto de sus ternezas, solia apellidarlos sus *injeles*. Corria parejas su ahincado esmero con el cariño entrañable que les profesaba; dábales ante todo la eficacísima educacion del ejemplo; medio sin equivalente, para labrar y dirijir las propensiones de la niñez.

Tuvieron el debido lugar, en la crianza de sus hijas, las artes y labores femeniles, sin olvidar las que cultivan y perfeccionan el injenio. Pero en la del príncipe heredero, centro en que los entrañables impulsos se agolpaban con los votos de tantísimos pueblos, colgados en intensa

espectacion de la prenda idolatrada de sus angustos padres; y allí fué donde Isabel apuró todos los recursos de su discrecion y su perspicacia, para acabalar el dechado de perfeccion á que aspiraban sus ansias.

Mientras unos maestros adornaban su entendimiento con las luces adecuadas á un príncipe, otros le adestraban en el manejo de las armas que dan robustez y gallardía, en los ejercicios ecuestres que las corroboran, y en el embeleso de la música, que infunde y alimenta la sensibilidad y el agrado.

¿Qué esmero en elejir los celadores de sus costumbres? ¡Qué circunspeccion en señalar los compañeros, en cuyo trato debia el príncipe aprender, que siendo igual á los demás en la naturaleza, podia todavía serles inferior en las virtudes! ¡Qué injeniosa delicadeza en cohonestar los lunares que iban apuntando, en su alma injenua y avenible á la enseñanza! ¡Qué solicitud á los asomos del discernimiento y de la reflexion, para que empapado luego en los arduos negocios, se habilitase en el desempeño del arte intrincado y escabroso de reinar! ¡Ay! esmeros infructuosos é instruccion vana. Una temprana muerte, en la florida edad de diez y nueve años, cuando apenas el príncipe empieza á disfrutar los placeres de himeneo, corta el estambre de sus dias, anegando en llanto y desconsuelo á una adorada esposa, á una nacion embriagada en amor y esperanzas, á unos padres en estremo sensibles, que ya en los umbrales de la vejez están viendo desaparecer, como sombra, una vida en que cifran todas sus complacencias, todo el alivio de sus afanes y solicitudes.

¡O dolor amarguísimo! ¡Quebranto incomprensible para los que no son padres! Y ¿quién podrá encarecer debidamente la constancia heróica, con que Isabel logra desde luego avasallar sus afectos, vencer los impulsos maternales y apurar aquella copa de afliccion y de amargura! *Dios nos lo dió, Dios nos lo ha quitado; sea su nombre bendito*; así contesta aquella mujer incomparable á cuantos van á cumplimentarle, en ocasion de tan triste y lastimoso duelo; indicio patente de cual es la raiz de aquel esfuerzo sublime, negado á la naturaleza.

Inclita Relijion, dádiva inestimable del cielo, concedida misericordiosamente á los mortales, en compensacion de tantísimo quebranto como de continuo los rodea y asalta; tú, que ofreces motivos de consuelo á la desventura, de moderacion a la prosperidad, estímulos á la virtud, remordimientos al delito; tú, que elevando el hombre en pos de la divinidad, lo sobrepones á los vaivenes de la ciega fortuna; tú, que nivelas al desvalido y al poderoso, al vasallo y al rey, dejando á todos igualmente libre el campo de la felicidad y del mérito; tú, tú eres la fuente universal de los verdaderos bienes. Tú eres la única guia que con paso cierto, conduce á la tranquilidad y reposo interior; la única regla que está al alcance comun de los hombres, el único apoyo seguro, de que tanto necesita nuestra flaqueza.

Mas la relijion de nuestra princesa no fué un engarce frívolo, un redoble maquinal de pasiones obvias y pueriles, todas ajenas de la Majestad del Omnipotente, á las que, con ofensa de la misma Relijion, se atribuye la virtud de allanar la expiacion de los atentados mas atroces, y que sin sanar el corazon humano, lo adormecen al contrario, y le infunden una confianza fútil. Sincera fué la relijiosidad de Isabel, correspondiendo siempre las obras á la creencia. Se apersonaba con la Divinidad, en busca de una llama pura donde separar y anonadar las escorias de la condicion humana, de acendrar sus virtudes y adquirir el temple necesario para contrarestar el tedio de los negocios, el menosprecio de los inferiores, la impunidad y el desenfreno de la potestad suprema. Allí estudiaba y allí aprendia los deberes y cargas del estado real, el zelo por el provecho ajeno, el desapropio de todo lo suyo, el sacrificio de sus comodidades, inclinaciones y afectos, ante la prosperidad jeneral de sus pueblos.

Su escrupulosidad en elejir los ministros y jefes de la Relijion, fué consiguiente á la rijida severidad de sus principios. Nunca en su gobierno fueron camino para el episcopado ni la lisonja, ni la asistencia á la corte, ni el obsequio á los magnates, ni su influjo comprado por medios torpes y ruines; y entonces se entabló y perpetuó la noble contienda de la autoridad buscando y desarrinconando al mérito, y al mérito batallando, y solo con lágrimas, cediendo al impulso que lo encumbraba hasta lo sumo de la ambicion eclesiástica.

Talavera, Cisneros, Buendia, Maluenda y otros, tantas mitras renunciadas ó recibidas con violencia, dan testimonio irrefragable de la creencia de Isabel, y de la sinceridad de su conducta relijiosa y cristiana; pues no cabia en ella el prostituir la Relijion haciéndole instrumento de la política, ó de sus placeres. Buscaba á los ministros del altar, para oir de su boca la verdad entera y sin rebozo, y en alguna ocasion escuchó sufridamente sinrazones, por no retraer á otros de manifestarle verdades útiles, aunque amargas.

Mas nunca el respeto á los prelados alucinó á la reina hasta el punto de contemplarlos á ciegas en todas sus pretensiones. Si los clérigos de Trujillo quieren escudarse con su estado para todo jénero de escesos, Isabel no titubea, desa-

tiende las inmunidades, que nunca pudieron concederse en perjuicio del órden público, y obliga á dar al César lo que es del César. Si la chancillería de Valladolid, por apego á las opiniones ultramontanas de aquellos siglos, admite indebidamente apelaciones á la silla apostólica, Isabel apea á sus ministros del puesto y confianza que desmerecen, y con este mortal desengaño, enseña á los demas tribunales la senda invariable, para deslindar á todo trance los límites del imperio y del sacerdocio. Si las órdenes relijiosas olvidan su fervor primitivo, y sirven de escándalo y ejemplo pernicioso, no sosiega Isabel hasta conseguir y plantear una reforma saludable. Si la ambicion que tal vez profana lo mas sagrado, sorprende y desentraña de la Curia provisiones de obispados en estranjeros, ó quebrantando los derechos de presentacion, hace Isabel anularlas y guardar el respeto debido á la fé de los tratados, y á las libertades de la iglesia de España. En las instrucciones á los embajadores en Roma, en los asuntos que se ventilaron en el concilio de Sevilla, celebrado de órden de la reina, en toda su conducta relijiosa, campean los rasgos de una relijiosidad ilustrada, que sabe hermanar el acatamiento al cielo con el bien é interés de los hombres.

Y ¿es por ventura esta la princesa que se intenta bosquejar como acosada de aprensiones lóbregas y perniciosas, con las manos tiznadas con la humareda de funestas teas, sacrificando á sus arranques desaforados la poblacion de sus reinos, y los derechos de sus vasallos? ¿cómo autora de las violencias cometidas con los madejares granadinos; de la espatriacion de tantos miles de ciudadanos industriosos, de agricultores útiles? Tales cargos, prescindiendo de su valor, no recaen sobre Isabel, sino sobre su siglo. De las opiniones que predominaban en él, puede y debe decirse lo que Ciceron, hablando de la hazaña de Régulo, que pertenecian al tiempo, y no á la persona.

Seamos sinceros, y consideremos el estado de las aprensiones que á la sazon estaban tiranizando jeneralmente los entendimientos; cuando los obispos solian ceñirse la espada, y vestido sobre el arnés el roquete, entraban en las lides; cuando se formalizaba la cuestion de si era ó no lícita la paz con los sarracenos; cuando se opinaba comunmente, que la diversidad de creencia daba autoridad eterna sobre el enemigo; cuando se oia este escándalo, que con el infiel no obligaba la fe dada y recibida, cuando nuestros cabalgadores, volviendo de correr la tierra de moros, traian pendientes de los arzones y daban á sus hijos las cabezas denegridas de las infelices víctimas de la guerra (las cabezas de sus semejantes, de otros padres como ellos) para que sirviesen de cebo y juguete á la niñez, á la amable y candorosa niñez; cuando semejante atrocidad pasaba plaza de bizarría y espíritu nacional, y sus escesos sonaban autorizados por la relijion, que los abominaba á sus solas; cuando un denso ambiente de preocupaciones no dejaba resquicio alguno, por donde calase el menor vislumbre de verdad y desengaño: y juzgue quien tenga valor á Isabel.

Compadezcamos mas bien la flaqueza de la condicion humana, y la limitacion de sus alcances; quizá nuestro siglo orgulloso con los progresos de la razon y de las luces, está inmensamente aparatando motivos de censura y de irrision á la mordaz posteridad: hagámonos acreedores á su induljencia, usándolo con los siglos que nos han precedido. Y sobre todo encarezcamos la pujanza de aquellas almas privilejiadas, que sobrepuestas á su era, divisaron allá sus yerros y sinrazones.

Tal fué la de Isabel. Arrebatóla, es cierto, el torrente impetuoso de la opinion jeneral de su tiempo, mas no sin muestras de resistencia. La indignacion fué su primer arranque con el aviso de las tropelías cometidas por el celo indiscreto contra los modejares de Granada. Deseó, procuró, que todos abrazasen la creencia que conceptuaba ser el único camino para su felicidad; envió misiones á las Indias, catequizadores á las provincias conquistadas de los moros; concedió favor y privilejios á cuantos se convirtiesen; su corazon aborreció la violencia. Todo el ámbito de su vida nos la presenta observante de sus palabras y tratos; afable, compasiva, enemiga de la ferocidad y zelo amargo, de la superstición y del fanatismo.

Y ¿cómo cabe otro concepto, atendida la índole y temple de nuestra princesa? ¿Cómo se compadece el cargo de atrocidad, de empedernimiento y de opresion con sus costumbres apacibles y sencillas, con sus propensiones benignas y caballerosas, con haber fomentado y engrandecido, en sus dominios, la ilustracion, las ciencias, las artes, las humanidades y dedicándoles un templo en su misma corte, acudiendo á sacrificar en sus aras y ofreciéndoles, á manos llenas, el incienso del honor y del premio? ¿Por qué rumbo pudieran combinarse la ferocidad y la cultura, la ilustracion y la tiranía, la dureza de corazon y el cultivo de las letras?

Estamos ya en el siglo literario de Isabel. La Providencia que habia dispuesto hacer de su reinado una época esplendorosa para España, la tenia aparatada de antemano con medios ruidosos y estraordinarios. Eran pasados mas de diez siglos, desde que los pueblos salvajes del norte, volcadores del poderío romano, habian dado tambien al través con la civilizacion y las

letras. Tras largo período de tinieblas é idiotez, asoma Carlo Magno reenciende la antorcha, apenas ya humosa del saber humano; mas no alcanza á tanta empresa en su debido auje un reinado solo, y sus descendientes no aciertan á sostener su nombradía, ni á seguir y acabalar sus esclarecidos intentos. Las famosas cruzadas á ultramar, en medio de sus enormes desbarros, traen las semillas de la ilustracion, que van, aunque pausadamente, fructificando por Europa. Se fundan escuelas, se estudian las ciencias y se cultiva la poesía; pero el entendimiento, enmohecido con el atraso jeneral, se engolfa en investigaciones arduas é infructuosas, y la literatura desconoció el esmero y el acendrado gusto.

Finalmente el vuelco del imperio Griego, al tiempo mismo en que Isabel está saliendo de la cuna, y el malogro lastimoso y naufrajio universal de la cultura griega, con la pérdida de Constantinopla, trajeron á Italia, con una colonia de literatos, los escasos restos de aquel inestimable tesoro. Yace á la sazon bárbaro y adormecido el Occidente. Despierta Europa de su letargo, y anhelando sacudir el yugo de la ignorancia, se desala al fin tras los modelos, hasta entonces desconocidos ó menospreciados, de la antigüedad. Resucitan los sistemas de mas nombradía, y en alas de los conocimientos anteriores, vuelan ahora las naciones antes atrasadísimas, sobre la esfera de sus mayores maestros.

Hallan las letras en Castilla con el rey D. Alfonso el Sabio, patronos y apasionados, atesora ya las ciencias arábigas, ignoradas en lo restante de Europa; descuellan luego las lumbreras de Burgos y Avila, los dos célebres Alfonsos, el de Cartajena y el de Madrigal (1); realza Juan de Mena el idioma y la poesía, en medio del menosprecio de la nobleza para cuanto se desvía de la profesion, habian florecido D. Enrique de Villena y el marqués de Santillana, y Castilla por fin ofrecia mayores proporciones y facilidad mas obvia, para la propagacion de las luces.

Tal era el estado jeneral del pais, en 1474, año fausto y venturoso en que Isabel subia al trono, cuando se aparece en el horizonte español aquel astro benéfico, cuya presencia es el agüero bonancible y halagüeño de los progresos asombrosos de la ilustracion y la industria. Hablo del arte de la imprenta, injeniosidad admirable, lengua de Minerva, que habiendo aportado por aquel año mismo en España, se difunde y resplandece de improviso, de estremo á estremo de la Península.

Ni las opiniones dominantes á la sazon, ni las circunstancias de la niñez de Isabel, dejan cabida en su educacion á las letras; pero al ceñir su sien con la corona de sus mayores, aquel entendimiento abarcador de todas las verdades útiles, cala y manifiesta desde luego, que á un gobierno, cuerdo y cabal, coloca antetodo, como instrumento del bien público, á la virtud, entronizará á su lado la ilustracion, como hermana menor y aya perpetua de la santidad, que en el mundo político la ignorancia conduce irremediablemente las naciones á la inferioridad, y tarde ó temprano al malogro de su independencia; y en fin que si un Estado afianza su seguridad por medio de la victoria, y su sosiego por el rumbo de la justicia, solo puede llegar al esplendor que le cabe por la carrera de las luces, sin cuyo norte, ni la victoria será estable y trascendental, ni bien organizada, y con ejecutivo desempeño la justicia, ni menos serán jamás accequibles prosperidad, riqueza, ni gloria.

Empapada Isabel en tan grandiosos arranques, solícita por concentrar cuantos arbitrios puedan contribuir á la felicidad y lustre de la nacion, se profesa amparadora de las letras, y aspira á entretejer en sus trofeos la palma de Marte, la balanza de Astrea, con los apacibles y halagüeños atributos de las Musas.

Salamanca, liceo siempre honradísimo por monarcas y pontífices, recibe de mano de Isabel, nuevas leyes, nuevas regalías, nuevos ensanches, en suma, nueva vida. La bronquedad cerril de las facultades escolásticas, y el desaliño feroz del peripato, franquean ahora el paso á las lenguas sabias, á las ciencias naturales y á los conocimientos amenos. Antonio de Lebrija y Arias Barbosa ahuyentando el monstruo de la barbarie, presentan á la juventud los orijinales griegos y latinos, los ínclitos partos, los dechados escelsos de Atenas y de Roma, en la cumbre de su respectiva cultura. Ramos y Fermosel enseñan la música, el antiguo Toms y Salaya la astronomía que se alcanzaba antes de la revolucion de Copérnico. Pasan luego los catedráticos mas consumados á médicos de cámara, ó consejeros, ó ministros, á cuantos destinos prácticos logran desempeñar con acierto, y realzar con esplendor, en los ramos mas importantes de la sociedad.

Acude ansiosa la flor de la nobleza á beber de bruces, en las fuentes de Salamanca, la sublime sabiduría, y allí empieza Hernan Cortés á manifestar su excelso númen, que despues lo en-

(1) El incomparable Abulenio, ó el Tostado, aborto de laboriosa fecundidad con sus treinta y dos ó mas tomos en folio mayor por una parte en latin, y por otra cinco en castellano ramplon y propio de su tiempo, pero harto despreocupado para su siglo, burlándose de las imájenes aparecidas y bajadas del cielo, *ca alli non hay maderos nin piedras*, etc.

cumbró a la jerarquía única del primer hombre del universo. Si el condestable de Castilla está esplicando á Plinio, resuenan á su lado los ecos femeniles de la ilustre Doña Luisa de Medrano, catedrática en Salamanca, como despues, en Alcalá, Doña Francisca de Lebrija.

Florecen y sazonan en suma, las ciencias sagradas y profanas, la varia erudicion, todas las especies y ramos de literatura, y cuando Isabel acompañada de su corte va visitando aquellos estudios, y honrando con su presencia los ejercicios literarios de Salamanca, ofrece esto un aspecto semejante al cuadro de Atenas rasgueado por el primer pintor del orbe, despues de Murillo, el gran Rafael, donde agolpados y descollantes, filósofos, oradores, poetas y artistas, presentan el congreso mas preeminente y engreidor de los alcances humanos.

Propagan la ilustracion, de suyo fecunda y luminosa por todos los ámbitos de la monarquía, los estudios antiguos de Valladolid y Alcalá, los nuevos de Toledo, Sevilla y otros, deben á Salamanca fundadores, ó profesores, que llevan consigo las semillas de las ciencias y del buen gusto. Arden mas y mas los pechos castellanos en pasion por la sabiduría. Mientras pasan unos á Italia, como el Pinciano, en busca de instruccion y conocimientos, y vuelven cargados de tesoros, todavía mas preciosos que los de las Indias; mientras otros como Siliceo, Ciruelo y Victoria, recojen con esmero en Francia la doctrina que despues traen á la Península; mientras los literatos estranjeros, como Marineo y Pedro Mártir, acojidos y premiados colmadamente en España, se asocian á nuestra gloria; otros sabios castellanos, sin dejar sus hogares, cultivan gallardamente las letras, como los Vergaras, Zamora, Coronel y Lopez de Zúñiga.

Vanse formando los editores de la famosa Biblia Complutense, los maestros de cuantos despues honraron el nombre español en Trento; y el sexo destinado al parecer únicamente al desempeño apacible de los oficios domésticos, creyó que bajo el reinado y á ejemplo de Isabel, podia elevar mas altos sus pensamientos, y profesó con fruto la literatura.

El gobierno, pródigo de recompensas y distinciones, ansioso de que el saber se vaya mas y mas derramando por donde quiera, y abarque hasta los últimos ámbitos de la monarquía, apadrina mas y mas todos los proyectos, y mejoras de enseñanza; concede franquicia absoluta á la introduccion de libros, y fomenta, y honra el el arte tipográfico. Tiene ya Isabel su impresor de cámara; tienen ya en su tiempo oficinas de arte tan asombroso, no solo las ciudades principales, sino tambien villas y pueblos muy subalternos de Castilla, y desde los principios de su establecimiento se jeneralizó mas la imprenta en España, que lo está ahora mismo, al cabo de trescientos años, á mediados del siglo diez y nueve (1).

Consigue por este rumbo nuestra nacion descollar muy en breve, por su sabiduría, sobre las mas cultas de Europa; dar luces y maestros á muchas de ellas, y a la misma Italia, y ser objeto de admiracion y de elojio, para el dictador literario de aquella era, el célebre Erasmo (2). Es la corte de Isabel el principal teatro, donde se están viendo los rápidos progresos de la cultura, y los resultados de la solicitud intensa de la reina, en promoverla.

Los hijos de los Grandes que están sirviendo en palacio, los magnates emparentados mas de cerca con la sangre real, tienen sus escuelas propias, donde á vueltas de las demás artes militares y cortesanas, cultivan tambien y aprenden las del entendimiento. Las mismas infantas, las hijas de Isabel, alternan entre las labores y el estudio, hasta llegar á familiarizarse con el idioma de Virjilio y Horacio. La madre misma, en los intermedios de los negocios, suaviza las escabrosas tareas del gobierno, con el trato de los sabios y literatos: halla tiempo para recibir lecciones de su maestra y favorecida Doña Beatriz Galindo; estudia, además del latin, otros idiomas; manda escribir á Palencia su diccionario, á Valera su jeografía, á Pulgar sus crónicas, á Pedro Mártir sus décadas; da consejos á Lebrija para perfeccionar su método, y entiende en los medios de animar y fomentar las letras, cual si fuera este el único asunto de su reinado.

¿Cómo podria la corte mirar con indiferencia y sin fruto el ejemplo de la reina, y cómo podria la nacion desentenderse del impulso de la corte? Aspiraron los Grandes al favor de Isabel por el de las Musas; ilustraron muchos de ellos con sus partos, la poesía castellana; sobresalieron algunos en el bronco y desabrido estudio de las lenguas sabias; emplearon los cortesanos sus

(1) No sucede así en Cataluña, donde hay actualmente imprenta en mas de veinte pueblos, y en tiempo de Isabel, no las habria ni en seis, ni tal vez en cuatro. Pero por lo demás, la observacion es ciertísima, en cuanto á la soñolienta y exánime Castilla.

(2) No sin razon llama un escritor moderno a Erasmo, el Voltaire del siglo XVI. Véanse su elojio de la locura, y sobre todo sus preciosos diálogos, donde preguntan á un fraile francisco, si revistiendo un brazo no mas del difunto, se encumbrará aquel solo miembro al empireo, y lo demás del cuerpo se empozará en las cavernas infernales.

ocios y desahogos en trasladar á nuestro idioma los dechados de la antigüedad, y aun llegó á mirarse el cultivo y amor á las letras, como distintivo esencial de la nobleza.

Los literatos, tanto nacionales como estranjeros, tributaron ansiosos á Isabel los frutos de sus tareas y de su inventiva; recitábanse en su palacio las composiciones de los poetas mas aventajados, y sus loores henchian los cancioneros, y sonaban en una lengua que debia al reinado de Isabel, y á Isabel misma, nuevas galas y atavíos. Los traductores, los cronistas, los escritores de todas clases, iban redimiendo el romance castellano de la niñez en que se hallaba, sin hacer progresos apreciables, desde el reinado de Alfonso X; y siguiendo, como cupo siempre á los idiomas, la suerte y los vaivenes de los imperios, se granjeó el habla de Isabel, caudal, gallardía y majestad; creció y se encumbró con el poderío de la nacion, y llegó á poseer gramática, deslindando sus reglas fijas, antes que los demás idiomas vivos de Europa.

Finalmente, para que nada desdijese de los aujes de gloria que ensalzaron por otros rumbos á Isabel, en su tiempo descollaron en Castilla las Nobles Artes, hollando la rustiquez y la estravagancia, en pos del esmero y la perfeccion del sistema antiguo. Sustituyó Antonio del Retenza en sus cuadros las formas sesgas y redondas, las proporciones griegas, al rumbo bronco y despegado de sus maestros: Borgoña y Siloe abrieron carrera anchurosa á los escultores; y la arquitectura caprichosa, orillando el camino seguido hasta entonces por el arrojo gótico, aparataba la restauracion de la augusta grecoromana en el Escorial.

¡Leccion harto notable para los reyes! Disputase vulgarmente sobre la preferencia entre los pueblos europeos; se supone que los unos preceden á los otros, con mayor ó menor intervalo, en la carrera de la ilustracion, de la cultura, del poderío y de la gloria; y no se echa de ver que la masa orgánica de las naciones civilizadas viene á ser idéntica por donde quiera, y que la superioridad distintiva á trechos, en el espacio y en el tiempo, suele ser parto de tal cual individuo que las encabeza, y que comunicándose el predominio, el fuego etéreo de sus prendas y de su númen, las sobreponen y endiosan entre otros pueblos menos venturosos.

Este fué el portento que obraron Temístocles, Epaminondas y Alejandro en la antigua Grecia, Cárlos XII y Pedro el Grande, hace un siglo, Federico ya en nuestros tiempos, Isabel en el de nuestros abuelos. Su reinado merece la estension que le damos en la presente Reseña, por ser la parte mas importante de nuestros anales, y el período por escelencia del esplendor y encumbramiento castellano.

Si la nacion trata de consagrar sus elojios á las letras, encabezará su escelsa ejecutoria con el nombre de Lebrija, si á los estadistas empezará por Cisneros; y si algun dia quiere llamar la atencion, y entonar debidos loores á las virtudes militares, las prendas excelsas, y ciencia consumada de la guerra, no podrá menos de nombrar al Gran Capitan.

Pero el esplendor que logró la nacion bajo el gobierno de Isabel, no es el único fundamento que compete á la suma princesa para tributarle estremos de gratitud y acatamiento. El influjo de su reinado se estuvo viendo á las claras en cuantos le siguieron, y sus instituciones y providencias afianzaron por largo tiempo la reputacion y crédito del nombre español. Otros grandes personajes asombradores y trastornadores del orbe, pasaron como relámpagos; los monumentos de su nombradía, y cuanto dieron á su país, desaparecieron y se sepultaron con ellos. No así con Isabel. Su magnanimidad escelsa fermentó, y sacó á luz otras mil almas grandes, que sostuvieron y encumbraron el influjo benéfico de su gobierno, por todo el siguiente siglo.

Se agolparon un sin número de consumados humanistas, que desempeñaron con brillantez las muchas y esclarecidas cátedras de la Península. Ya se trabajó, en vida de Isabel, con el debido aparato, en la edicion de la Poliglota de Alcalá, habian ya nacido Herrera, el padre de nuestros jeopónicos, Laguna de nuestros botánicos, Garcilaso de nuestros poetas, el cosmógrafo Enciso, el historiador Sepúlveda. Ya iban brotando todos los elementos de la gloria española, durante la centuria XVI.

Ya el conquistador de Méjico habia pasado á América; ya Sebastian Delcano se estaba ensayando para dar el primero la vuelta al mundo; el conde Pedro Navarro habia inventado las minas; Antonio de Leiva, el marques de Pescara, Hernando de Alarcon, los grandes caudillos, alumnos del mayor de todos, pisaban ya la senda que guia al templo de la inmortalidad. Los héroes de Garellano labraban á los de Pavía, como estos, á los de Tunez, San Quintin y Lepanto.

La verdadera autora del esplendor que disfrutaron los monarcas austriacos en España, fué Isabel; y así como al contemplar con asombro las grandiosas arboledas de un jardin ameno y sombrío, no elojiamos en su loor la jeneracion poseedora, sino las anteriores que lo plantaron; del propio modo debemos referir á Isabel la creacion de nuestra edad dorada, de aquel siglo de ilustracion, á que dió nombre Felipe II, con

igual fortuna, ó por mejor decir, con igual injusticia que Vespucio dió poco antes el suyo á las Indias Occidentales.

Isabel, en los últimos años de su reinado, primeros ya del siglo XVI, gozaba del fruto colmado de sus desvelos y fatigas. La constitucion del reino mejorada; sus ámbitos dilatados, dentro de la Península con los dominios de Aragon y Granada, y sobretodo fuera con Sicilia, Nápoles, Canarias, y nuevos descubrimientos de América; las naciones comarcanas, ó amigas ó vencidas, el poderío de España fundado sobre su ilustracion, industria y riquezas; la tranquilidad, la abundancia, la felicidad rebosando desde las columnas de Hércules hasta las cumbres del Pirineo; circunstancias todas que están de suyo formando un cuadro embelesante, inmenso, incomparable, á cuya presencia no podia menos de palpitar celestialmente aquel pecho sobrehumano, pero tan incomparable conjunto no alcanzó jamás á consolarla de sus amarguísimos quebrantos interiores, en el postrer período de su vida.

El fallecimiento de su hijo D. Juan, el de la Infanta Doña Isabel, ya jurada heredera, y el de su nieto, el príncipe D. Miguel, fueron tres flechazos envenenados que agolpándose casi en un mismo punto, llagaron de muerte aquel corazon, por esencia benéfico y afectuoso. Los arranques de su entereza y la constancia asombrosa con que sufrió golpes tan lamentables, quebrantaron su naturaleza, y vinieron á perderla sus vasallos, cuando aun podian prometerse disfrutar largos años su felicísimo gobierno.

Traspasada de pesar y acosada de melancolía, está viendo ya su fin en Medina del Campo, y despues de dictar aquel célebre testamento, espejo del alma de Isabel, dechado de relijiosidad y de ternura, donde los padres, los esposos, los amos y antetodo los reyes pueden estudiar lecciones sublimes de las virtudes que corresponden á todos ellos, baja finalmente en noviembre de 1504.

El eclipse, que sumió luego en grandísima parte la gloria de España, manifestó bien á las claras, cual era el sol que la alumbraba. El venerable arzobispo de Granada, D. Hernando de Talavera amenazado de prision y oprobio: el inventor portentoso de la táctica moderna, el triunfador perpetuamente esclarecido, el gran Gonzalo de Córdova, desatendido y acosado de espías é indignas sospechas: el descubridor de las Indias, acabando sus dias en el menosprecio y la indijencia; la equidad menoscabada: el cohecho, la codicia y la profusion, sucediendo al noble desinterés, á la moderacion, y á la sobriedad castellana: el rey católico tratando de contraer un enlace injurioso al nombre de su difunta esposa, de aquella consorte tan tierna y estremada, de privar del trono á su descendencia, de trastornar sus planes políticos, y dividir de nuevo la sucesion de los reinos de Aragon y Castilla.... Pero desviemos la fantasía de recuerdos tan desapacibles, clavándola en la grata memoria de nuestra princesa.

Subió su alma á las moradas celestiales; su nombre quedó acá en la tierra, y durará en ella hasta las edades mas remotas. La mencion de sus escelsas prendas redundará siempre en blason de España, en consuelo á los buenos, y en admiracion al mundo. Hablará su ejemplo en todos tiempos al corazon de los reyes; les amonestará, que el único objeto del arte de reinar, es el bien jeneral de los súbditos, y les dirá, que para conseguirlo, nunca pierdan de vista aquella máxima grandiosa, que habiendo sido el norte constante de las operaciones de Isabel, quedó nuevamente confirmada con los aciertos y felicidades de su reinado: á saber, que la verdadera política mira como unidas, con vínculo indisoluble, la virtud, la ilustracion y la prosperidad.

Hasta aquí, con leves variaciones, Clemencin. Asombroso es el cuadro, y el panejirista tendió cumplidamente las alas de su injenio, para volar hasta el templo, postrarse á las aras é incensar, fundada y esclarecidamente, á su heroina.

Pero la verdad es mas que Platon, que Demóstenes y que toda la oratoria del orbe. No sirve, no sufraga, apelar al *siglo*, para cohonestar flaquezas ó desbarros indisculpables.

Con efecto, el sumo timbre, la escelencia sin par, de Isabel, se cifra principalmente en saber sobreponerse á su tiempo bajo varios conceptos importantísimos, aun en el ramo eclesiástico, mas el tribunal incendiario, aquella quinta esencia de la irracionalidad, si no se organizó bajo sus auspicios, si el desaforado abrasador, si el esterminador frenético Torquemada, no campeó y triunfó infernalmente hasta mas adelante, brotaron los hornillos, ó por lo menos se echaron los cimientos para plantear y estender el apagador universal de luces, de pundonor y de heroismo; y siendo el hecho absolutamente innegable, parece que está sentenciada la causa, y así la brillantez de aquel por otros títulos, preciosísimo objeto, queda harto empañada, con tan terminante desengaño.

Vamos ahora á seguir el hilo de nuestra reseña, con mas jeneralidad, por los demás reinados.

Fernando V, apellidado el Católico, se fraguó allá un sistema político, todo maquiavélico, aun antes tal vez de nacer el autor de tan atroces doctrinas, como encierra su horroroso libro. Se halló, en cuanto á las armas, con los alum-

nos del mismo vencedor desairado, que le habia robustecido el trono, y siguió con sus dobleces y recelos, hasta afianzar el reino de Navarra, y engrandecer sus posesiones por ambos mundos.

Muere, y el cardenal Cisneros desempeña, cual nadie las funciones de un consumado estadista. Avasalla á la Grandeza desmandada, y deja espeditos y florecientes todos los ramos de la administracion pública; pero se le agradecen poco al franciscano sus esmeros y aciertos, y luego viene Cárlos V, nieto de Isabel, á saquear, trastornar, y esclavizar la heroica y desventurada Castilla.

Como quiera, los Arabes, en medio de la batalla campal de ocho siglos, trajeron ciencias y artes, perfeccionaron antetodo la agricultura, particularmente en los reinos de Valencia, Murcia y Granada, abriendo acequias, facilitando y repartiendo con indecible actividad é intelijencia los riegos, y conaturalizando mas y mas plantas y semillas, desconocidas antes en nuestro suelo.

Quebrantólos la discordia, y así con su interminable division en reinezuelos desvalidos, franquearon á sus enemigos el rumbo para vencerlos, y por último lanzarlos á las playas de Berbería. Intentaron luego, á temporadas, rescatar de toda opresion sus hogares, y recobrar tal vez allá en ilusion, su poderío, pero al fin su rendicion y el escarmiento, los apocaron en términos de tener que mirar desde lejos y desahuciadamente á su querida España.

Vamos ahora á rasguear con el ahinco y despejo que nos sea dable, la venida de la para nosotros funestísima dinastía austríaca, manifestando su ambicion frenética, su réjimen desatinado, y el estermínio en sus manos, de la desventurada España.

SECCION SEXTA.

Los Austriacos.

Llega Cárlos á España, entra gastando para sí solo, en la mesa diaria, seis ú ocho veces mas que toda la familia junta de Isabel; pide dinero y le contestan rendidamente con sus Cortes y sus fueros; oye con ceñuda estrañeza voces tan exóticas, y prorumpe en meras interjeciones con ademán despótico de amenaza.

Trae una caterva, una colonia entera de Flamencos hambrientos, quienes oyeron allá en su país sumos encarecimientos de las posesiones ultramarinas, acarreadoras todas de rios ó mares de oro y plata, y por consiguiente suponen que España toda está cubierta de preciosos metales. Un M. de Chevres, la codicia en persona, es el íntimo y el oráculo del monarca, quien por fin tiene que avenirse á la convocacion de Cortes; mas al presenciar tantas formalidades y demoras, se impacienta, se arrebata y pide ejecutivamente cantidades exorbitantes.

Se estremece Castilla con aquel aparato de peticiones, y aquel amago de tropelías. Suenan millones de ducados en boca del demandante, y los labios de los diputados apenas tartamudean algunos cientos, ó por lo mas poquísimos miles de maravedises; pues aunque allá los anuncios de Colon, desde el descubrimiento y ocupacion de las islas, por el pronto y sin la menor tardanza, segun la espectacion jeneral, prometian riquísimos tesoros, no vinieron á realizarse aquellos dorados sueños, hasta mucho despues con los adelantos y posesiones en Tierra-Firme.

Mas desabridos por cada dia el nuevo rey con los castellanos, y estos con el monarca, por fin se decretan algunos subsidios, aunque siempre escasos para la codicia estranjera; y Cárlos, en solicitud de la corona imperial que se halla vacante, y con efecto consigue ceñir en sus sienes, se vuelve á Flandes; encargando el gobierno de España al cardenal Adriano, que despues, por influjo del mismo Cárlos, vino á ser papa.

Aquel gobernador, siempre con menos autoridad que el propietario, desconoce la índole española, y cuanto mas quiere providenciar y romper á viva fuerza los tropiezos que le atajan el paso, mayor es su apuro y su estancamiento; y como la fermentacion y el contraresto van siempre á mas en la nacion entera, todo se aparata y se encamina á la catástrofe pavorosa que dará probablemente al través con la constitucion del Estado.

A proporcion del mayor ensanche en los fueros y regalías de Aragon, es mayor tambien el

escándalo y la resistencia á las demandas y arbitrariedades de la corona, estremándose mas y mas unos y otros por cada dia; ya por una parte en la estrechez de las urjencias, ya por otra en el apocamiento de las concesiones. Clama el cardenal con imperiosos amagos, contestan los Aragoneses con teson incontrastable, llegando un diputado á decir en plena corte y con sumo sosiego, que el pais es de suyo tan estéril y falto de recursos, que tan solo el amor á sus franquicias, y en una palabra, de su independencia puede consolar á los naturales, y vivir placenteros, aviniéndose á privaciones amargas y trabajo incesante, en su triste pero idolatrada patria.

Dejaremos por ahora estos aciagos acontecimientos en el disparador, para venir luego á historiarlos con alguna individualidad, despues de referir el estado de nuestros descubrimientos y conquistas en América, donde por fin se aparece un héroe, que por sí solo y en corto plazo, dejando muy en zaga á cuantos guerreros dió á luz el antiguo universo, y mostraron jamás las naciones modernas; sin cuyo pormenor mas ó menos circunstanciado, quedaria manca y descabalada la presente obra.

Los perseguidores de Colon, jeneralmente ambiciosos é inmorales, y en una palabra, malvados, fueron descubriendo y ocupando islas, y como algunas ofrecian minas de consideracion, aunque en nada parecidas á las que despues se fueron hallando, y llegaron á beneficiarse con suma ventaja, con especialidad en Tierra-Firme; aquellos poseedores ó legales ó arbitrarios, abusando de su natural superioridad en fuerzas, en valor, y en intelijencia, avasallaron á los naturales, precisándolos á trabajar escesivamente, y ocasionándoles un esterminio lastimoso. El gobierno hasta cierto punto vuelto en sí, pero ciegamente aconsejado, ó inducido con alevosía por un rumbo pernicioso, dió en conceder á varios particulares indignísimos, las que llamaron encomiendas, que venian á ser unas porciones de territorio, mas ó menos estensas, con sus habitantes, dándoles facultad especial sobreentendida, para esclavizarlos á su albedrío.

Resultó de aquella facultad, ó mas bien tiranía, una mortandad tan espantosa, que islas enteras, en pocos años, vinieron á quedar absolutamente desiertas, sea que el gobierno participase, como lo habia pactado, de sus productos, que solian ser ilusorios, ó por lo menos descaminados. Por fin, el gobierno trató de formalizar un réjimen adecuado en aquellas posesiones ya de consideracion, y cuyos productos podian desde luego redundar en ventajas palpables de la nacion y del mismo erario.

Nombró por gobernador de la isla, llamada á la sazon Española, y despues de Santo Domingo, á Diego Velazquez, acompañándolo con alguna tropa, y revistiéndolo de cierto señorío, y dándole facultades para hacer por sí los nombramientos que conceptuase conducentes para el fomento de aquellos paises, la adquisicion de otros nuevos, y cuanto juzgase oportuno para el aumento y lustre de la monarquía.

Velazquez entona su gobierno, atiende á la administracion de justicia y al resguardo de las Indias; dispone espediciones para hacer descubrimientos, y con las noticias que va adquiriendo entabla otros muchos, con el objeto de emprender conquistas grandiosas, segun los medios y los objetos que se le vayan proporcionando. Envia al pronto á Juan de Grijalva, que costea las playas mejicanas, y se vuelve sin haber dado un paso relativo al objeto de su espedicion.

Asoma por fin Cortés, y fué la luz.

Hernan Cortés nació á fines del siglo quince, en Medellin, pueblo de Estremadura, desde entonces el mas esclarecido que encierra la Jeografía. Estudió en su pueblo, y despues en Salamanca, donde al eco de las hazañas del Gran Capitan, arde en anhelo de ir á militar bajo sus banderas. Le sobrevienen tercianas, tiene que ir á restablecerse, y en su casa varía de intento, y pasa á Cádiz, donde se embarca para América.

Llegado á la isla Española, entabla enlaces con el gobernador Velazquez, quien prendado de su trato, su ardimiento y su despejo, á pesar de ciertas mocedades amorosas, que le obligan á desposarse con suma repugnancia, le nombra para el mando de una espedicion grandiosa, que se aparata con sumo ardor y á toda costa para Tierra-Firme.

Por los rejistros auténticos de aquel tiempo, publicados últimamente en la Habana, consta, que Hernan Cortés, para la empresa que iba á ser el asombro del orbe, llevó consigo seis naves de alguna consideracion, quinientos y ocho soldados, ciento y treinta marineros, catorce caballos y otras tantas piezas de artillería, casi todas de menor calibre.

Da la vela, aporta felizmente por las costas de Veracruz, entabla comunicaciones, plantea una colonia, hace algunas tentativas para descubrir terreno, y enterarse del estado del país, y luego regresa para formalizar su establecimiento. Nombra un ayuntamiento, ante el cual el caudillo depone el mando y prorumpe en aquella arenga de rasgos sublimes que trae Solís, diciendo: «Sabré empuñar la pica con la mano que ahora arrima el baston, y batallar embebido en las filas, como mero soldado.

Sea farsa y convenio aparatado con sumo estudio, ú bien impulso jeneral de los nuevos re-

jidores y de toda su jente, queda nombrado Comandante y Adalid perpetuo de toda la espedicion; y á pesar de las vivas dilijencias del gobernador Diego Velazquez, quien por inconstancia natural, ó por amaños enemigos, envia órdenes y amenazas repetidas para apearle del mando, sigue con él y emprende su marcha hácia Tabasco.

En el arranque llegan esploradores de parte del jefe supremo de un imperio grandioso, quien al mismo tiempo envia dibujantes, que la historia llama Teutile y Pilpatoe, quienes aunque toscamente, retratan al vivo naves, tropa, caballos, cañones y sobre todo á Cortés, demostrando la actividad y señorío que luego patentiza en sus operaciones.

Llegado á Tabasco y venciendo á los naturales, por no poderlos antes atraer á su partido, regresa á Veracruz, y allí dispone y ejecuta la operacion mas peregrina y casi delirante que jamás vieron los siglos. Hecho cargo de su situacion, de la enemistad de Velazquez y de la escasez de sus fuerzas, manda incendiar sus naves y consigue aumentar sus filas con la marinería y comprometer su tropa, poniéndola en el dilema para siempre memorable de *vencer ó morir*.

Si antes de realizarse aquel fenómeno, verdaderamente *monstruoso*, allá un injenio travieso lo finjiera, para engalanar y encarecer su poema y su héroe, lo finjiera, repito, entonces toda la turba crítica descreyera semejante invento, y lo tildara de absurdo y absolutamente increible; y sin embargo el campeon de Medellin lo ideó y lo ejecutó con la serenidad escelsa, con el arrojo sobrehumano, que coronó todos sus intentos.

Como quiera, sale de nuevo, arrolla mas y mas cuantos tropiezos se le atraviesan, entabla intimidad con una India, llamada despues Doña Marina, quien aprende medianamente el castellano y facilita la comunicacion precisa con los nacionales, y llegando al término de Tlascala, propone con instancia un tratado ú convenio de paz y amistad, bajo pactos iguales y sin asomo de preferencia, por una ni por otra parte. Median conferencias, pero todas se inutilizan, y se hace forzoso acudir á la decision de las armas, sin que á nada conduzcan las arengas, que por supuesto no fueron tan largas y pomposas como las ostenta Solis, en su historia poética, y por lo jeneral afectada.

Tlascala es una república libre, cercada y embutida en el corazon del imperio mejicano, que ya es forzoso darle este nombre, y á pesar de los conatos intensos, y de las batallas reñidas que han mediado, mantuvo intacta su independencia. Majiscacin es su principal majistrado, senador, ó como se le llame, y su hijo Jicotencal el caudillo militar, esforzado, indómito y peleador por esencia. Median hasta tres encuentros, y los Tlascaltecas arrostran los caballos, y contrarestan la esplosion, jamás oida, de la atroz artillería; pero vencen siempre los Españoles, y por fin se ajusta una alianza estrechísima, donde se cifra el logro de la suma empresa, que trae Cortés en su fantasía.

Se arregla, y hasta cierto punto se organiza, en Tlascala, un cuerpo de auxiliares, por el pronto de cuatro ú seis mil hombres, que llegan despues hasta diez mil, se hermanan familiarmente con los Españoles, se habilitan en los movimientos militares, y en el manejo de las armas que se les van facilitando, fabricadas con mas ó menos tosquedad ó artificio, y en suma se formaliza, lo que se llama un cuerpo respetable de ejército.

Con este cimiento, y con cuantas disposiciones cabe tomar en su situacion, emprende Cortés su portentosa marcha, para la gran capital del imperio. Hay en el tránsito algun trance, de mas ó menos entidad, pero siendo siempre ventajoso, redundando por fin en aumento y poderío de la nueva hueste. El monarca ó emperador, llamado Motezuma, envia mas y mas embajadas, á impulsos de su zozobra y de los anuncios que le estan haciendo sus bárbaros y sangrientos sacerdotes, insaciables de víctimas humanas, ante sus ídolos horrorosos.

Redobla mas y mas sus enviados, y sus presentes Montezuma, con el objeto único de entorpecer, y si cabe atajar la marcha á los agresores; pero todo es en balde, sigue Cortés siempre activo, y siempre venturoso, llega á la vista de Méjico, y contempla desde una altura, su inmensidad, y su situacion pintoresca, en medio de lagunas y de lomas accesibles, mas ó menos arboladas y pintorescas. Hace alto el ejército, y la soldadesca con júbilo y algazara, se da ya por dueña de aquella capital incomparable.

Cortés encarga eficaz y encarecidamente la disciplina y el miramiento mas estremado en palabras y obras, y recomienda particularmente, para el desempeño de cuanto ocurra á los capitanes, sus íntimos compañeros, y jeneralmente paisanos, pues son los mas estremeños con algun andaluz ó castellano. Son estos Pedro Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristoval de Olid, Garcia de Hoguin, y otros varios, y sobre todo Diego de Ordaz, el mismo que por encargo de Cortés fué á reconocer el volcan de Popocatepec, y sin arredrarle la erupcion pavorosa que sobreviene, se arrima tan pronto, y tan cerca como le es dable, con su comitiva, y vuelve, cargado de salitre, absolutamente indispensable para la fabricacion de pólvora, que en gran ma-

nera está ya escaseando en el pequeñísimo parque.

Motezuma, dando ya por inevitable la visita de Cortés, le envia nueva embajada, y le brinda con amistoso hospedaje y esmerado agasajo. Entra con efecto Cortés, y le miran unos con impulsos de rendida postracion, y los mas con muestras de pavoroso aborrecimiento. Motezuma se adelanta á recibirle, conferencia por medio de los intérpretes, y Cortés, y todos se alojan, y se acuartelan pacífica y sosegadamente.

Sigue por algunos dias aquella especie de sincera intimidad, cuando recibe Cortés un correo del gobernador de Veracruz en que le avisa, como ha llegado á la costa, y se está ya internando con dilijencia un caudillo español, llamado Pámfilo de Narvaez, con fuerzas españolas muy superiores á las que hay en Méjico, con el objeto principal, y órden terminante de Velazquez, para apresarlo á todo trance, y llevarlo como reo, á encausarlo, y sentenciarlo por el tribunal supremo de la isla Española.

Cortés traspasado de quebranto, está por el contrario aparentando sumo regocijo, participa á Montezuma la llegada de mas Españoles, y se despide por algunos dias, para salirles al encuentro. Encabeza con efecto, las fuerzas principales de Españoles y aliados, y deja, ¡ó asombro poco menor que el de la quema de las naves! y deja, repito, al cargo de Pedro de Alvarado, con solos ochenta Españoles, y algunos Tlascaltecas, una ciudad de cien mil habitantes, todos absoluta, y esencialmente enemigos implacables de la hueste advenediza.

Marcha al vuelo Cortés; sabe los intentos, los pasos, las fuerzas, y por último el paradero de Narvaez; sobreviene una noche lluviosa y obscurísima; se encamina el dilijente y precavido, contra el incauto y perezoso, lo halla medio retraido, y fortificado en una especie de torre y ribazo cercano, lo embiste ejecutiva y denodadamente, lo asalta por todas partes á un tiempo, y sin quebranto alguno, lo rinde, y lo apresa con toda su jente.

Son setecientos Españoles, como bajados del cielo, para refuerzo de los desvalidos; son un mundo, para la situacion de Cortés; quien con irrision y vilipendio envia al ridículo caudillo (cuyo nombre se ha hecho en España proverbial de la suma insensatez), lo envia, digo, á Veracruz, con facultad de marcharse á la corte de Velazquez ó á la misma España, á referir sus cuitas, y por consiguiente pregonar los progresos y triunfos de Cortés por el orbe entero.

La soldadesca de Narvaez se alista toda, se hermana y se iguala con la antigua, y vencedores y vencidos, todos al par ufanísimos, se encaminan juntos á Méjico.

Entretanto Alvarado, y su escasilla guarnicion de ochenta hombres, padecen fatigas y peligros indecibles, pues asaltados de continuo, no pueden apenas dejar las armas de las manos; y están á toda hora amagados, de una inundacion enemiga, que está naturalmente ansiando empaparse en la sangre española.

Cortés siempre advertido y próvido, antes de su espedicion repentina, habia conducido y afianzado á Montezuma en el cuartel de los Españoles. Mucho lo resistió el monarca; pero en medio del altercado, por medio de intérpretes, prorumpe Juan Velazquez de Leon con desaforado ímpetu: «Dejémonos de contiendas y tratemos de prenderle ó de matarle;» y advirtiendo Montezuma el ademán violentísimo del oficial español, se da á partido, y sigue á sus conductores hasta donde le quieren llevar; precaucion preciosísima de Cortés, y absolutamente decisiva para la conservacion de Alvarado, y de los suyos.

Entran por fin los triunfadores, y todo se vuelve júbilo y algazara entre los rescatados y los redentores; pero se nubla en gran manera el horizonte, por fuera de la capital, y aquí empiezan de nuevo las congojas amargas, y los trances apuradísimos de dia y noche, para Cortés y para toda su hueste.

Guatimocin, uno de los caudillos subalternos y personajes principales del imperio, anda, con otros muchos, conmoviendo de estremo á estremo las provincias y agolpando miles y miles de guerreros, ansiosos todos de pelear á todo trance contra los advenedizos, para destrozarlos, y comérselos materialmente, como se ha dicho, en sus brutales banquetes.

No halla medio de atajar, como quisiera, los abastos de la capital, porque lo resiste el vecindario, y peligra por otra parte, la existencia, la persona sagrada del mismo emperador, ya por alguna demasía de sus opresores, ya tambien por la carencia total de alimentos. Clama y ahulla, crece y rebosa la oleada, con Indios nuevos y naciones enteras, mas ó menos bravías, al mando de sus caciques desenfrenados; diluvian saetas y tizones, para incendiar el cuartel y fortaleza de los advenedizos, y entonces Cortés puesto ya en sumo cuidado, hace que Motezuma se asome á una especie de terradillo, ú avance del edificio, para enfrenar, y despedir la inmensa chusma.

Obedece al pronto el jentío, y se retira hasta cierta distancia; pero siguen algunos vibrando sus arrojadizas; y por fin, un hondero dispara su piedra á tanta elevacion, que viene á herir furiosamente en la cabeza, al mismo emperador. Cae él herido, acuden todos á levantarle, y socorrerle; está sin sentido, pero luego vuelve en sí, prorumpe en improperios contra propios y

estraños, y se opone rabiosa y absolutamente á toda dilijencia de curacion, con lo cual se desangra, y espira.

Todo es al pronto asombro, quietud y silencio; pero luego, se enfurece mas y mas la muchedumbre, sin esperanza por parte de los sitiados, de rechazo, ni paz, ni tregua, ni jénero alguno de auxilio. Entonces Cortés, Sandoval, Olid, Ordaz y hasta el inalterable, Alvarado opinan por la retirada; pero es de suyo tan ardua, que raya en imposible la ejecucion, y se requiere el alma escelsa de todo un Cortés, del prohombre de la humanidad, para disponerla y realizarla; y se aparata en el punto de anochecer.

Salen disparadamente por un rumbo los caballos; despeja por otro el tránsito, ya medio atajado, la artillería; y en fin, por otro ahuyentan los arcabuceros al enemigo. Marcha la vanguardia con todo el tren, y las piezas necesarias, para formar al golpe un puente sobre la laguna, y consigue felizmente su intento. Allí se coloca principalmente Cortés y acude, cual relámpago, á todas partes. Arrostra, rechaza, y aun persigue con sus arcabuceros á los Indios mas cercanos. Al revolver luego hácia la salida, con el arrebato y la confusion se desvia algun tanto del punto de la vanguardia, y va cerrando la marcha el grande Alvarado. Para ir sosteniendo la columna, hay que dejar guerrillas, particularmente de arcabuceros, y es tal el ímpetu, el clamor y el desenfreno de los salvajes, que se arrojan al fuego, y hacen algunos prisioneros, atajados en el furioso avance. Vadean los mas, ó pasan á nado, aquel brazo de laguna, y unos se salvan, otros fenecen, y otros, con peor suerte, vienen á caer en manos de sus verdugos.

Alvarado, por acudir al salvamento de los suyos, se queda solo, y con un denuedo memorable por los siglos de los siglos, embiste á sus acosadores, y tomando carrera, clava luego la lanza en el fondo, brinca á la orilla opuesta, y salva cabalmente el anchísimo trecho (1).

Cortés reune los cuerpos, y aunque advierte haber perdido tal vez como un tercio de su jente, se muestra siempre erguido y sereno, y hasta cierto punto placentero. Mas ¡ay! que suenan alaridos lamentables, y los Españoles conocen por la voz á varios de sus compañeros, en el acto de estarlos sacrificando á sus ídolos monstruosos aquellos bárbaros sacerdotes, que á los filos agudos de una piedra labrada al intento, atraviesan las entrañas á la víctima indefensa y maniatada, le arrancan á viva fuerza el corazon, y luego asado, y dispuesto á su modo lo paladean en espléndido banquete, cual manjar esquisito, ó como la ambrosía que describen allá los poetas antiguos, servida por las lindas manos de la diosa Hebe, á las demás divinidades del Olimpo.

Cortés emprende y sigue su marcha para Tlascala, con cuanta dilijencia le cabe, mas no tanta que no se le anticipen los enemigos, á quienes descubre en el dilatado valle de Otumba, cuajándolo todo de estremo á estremo con su infinita muchedumbre. Hace alto, escuadrona con el debido resguardo su tropa, y recordando haber oido en la misma corte de Montezuma, que en la posesion, y predominio pomposo del estandarte mejicano, se cifraba la suerte de todos sus ejércitos, junta los catorce caballos que le quedan de la catástrofe, embiste con ellos á la inmensidad de los combatientes, y arrollando remolinos de Indios, y naciones enteras, llega al estandarte imperial, tremolado en pompa por el alférez mayor, que descuella y capitanea el ejército, llevado sobre altísimas andas; y entonces el soldado Juan de Salamanca del primer bote de su lanza lo derrumba, y apeándose le arrebata el pendon, y lo tremola de nuevo en su diestra.

Al presenciar aquel desman decisivo, huye arremolinada, á diestro y siniestro, la inmensa muchedumbre, y como la niebla, al cierzo impetuoso, ú al sol encumbrado, queda de estremo á estremo despejado el anchuroso valle (1).

No cabe al vencedor el empeñarse en seguir el alcance, con una tropa fatigada y falta de alimento, y siguiendo su marcha felizmente, llega á Tlascala, donde todos á competencia se esmeran en hospedar, y agasajar á sanos y dolientes.

Enferma luego Cortés de alguna gravedad, y á la madrugada, todos se informan con ansia del estado mas ó menos temible ó ventajoso del Teule, ó semidios, que es el alma y el resguardo de Españoles y de aliados.

Convalece pronto, é ideando el plan de su

(1) Cuantos llegan á Méjico tienen la curiosidad de visitar el *salto de Alvarado*, que se conserva al parecer en su estado primitivo, y todos se pasman hasta lo sumo, dando casi absolutamente por imposible tan asombroso fenómeno.

Por lo demás la memorable retirada de Méjico, requeria la descripcion de todo un Virjilio, con aquellos rasgos tan sencillos como sublimes:

Quis cladem illius noctis quis funera fando
Explicet aut possit lacrymis æquare dolorem.

(1) De resultas, tituló Cárlos V á Cortés, marqués del Valle, y en América se le llamó siempre únicamente el *marqués* por escelencia, como nada suponiendo, á su lado, todos los condes, duques y marqueses del orbe entero.

nueva campaña, y entrada en Méjico, se entablan desde luego los grandiosos preparativos para el intento. Refuerza en gran manera su ejército, procura disciplinarlo, hasta cierto punto, á la europea, y á pocos meses, afanándose todos dia y noche, se pone en movimiento. En la marcha estimula mas y mas la emulacion, entre Españoles, Tlascaltecas (1), Zempoales y otras naciones indias; fabrican armas en todas partes, y por cada dia crece el prestijio y se redoblan por instantes la actividad y la pujanza.

Suena ya el nombre de Cortés por las islas; manifiesta el vencido y mal aventurado Pámfilo su descalabro, encareciendo el poderío del vencedor, para cohonestar algun tanto su rendicion y su oprobio; y así van acudiendo á Veracruz cuadrillas de aventureros, que corren ansiosos á ofrecer sus servicios, y alistarse en las banderas siempre victoriosas.

Cortés va fortificando puntos y dejando competentes guarniciones por el tránsito, para conservar su comunicacion siempre espedita con Tlascala y Veracruz, dándose la mano, al mismo tiempo, con las naciones aliadas.

Llega á la vista de Méjico, plantea y fortalece un astillero grandioso, en el paraje mas adecuado, sobre la misma laguna, cuya comunicacion de tierra, se reduce a unos malecones ó entradas que atraviesan hasta la capital; en las cuales se zanjan ciertos pasos, á fin de señorear el agua por todas partes, y resguardar así la ciudad.

Emprende Cortés ejecutivamente la construccion de varios bergantines, muy capaces todos de arrollar incontrastablemente las endebles canoas, y las piraguas algo mayores de los Mejicanos, quienes tras su caudillo de pocos dias, nombran por fin emperador á Guatimocin, el mismo que mandaba ya en Méjico, cuando la retirada de los Españoles, y está ahora haciendo grandísimos preparativos para su defensa.

Sumas dificultades entorpecen, atajan, y casi imposibilitan la construccion de naves considerables, por falta, ó suma escasez, de herramientas, clavazon, velámen, jarcias y demás requisitos indispensables; pero todo lo suplen el injenio del Adalid y la industria de sus artífices y dependientes; y los bergantines se botan al agua, y navegan triunfalmente por el charco cercano, ó porcion inmediata de la gran laguna.

Entretanto Guatimocin echa el resto en atajar la entrada por los malecones, y hay que pelear dia y noche, para ir avanzando á palmos, por la entrada de Tezcuco, de Tepeaca y de otros muchos puntos, siendo forzoso dominarlos todos, para ir cercando con los bergantines el recinto entero.

Son continuos los choques, é incesantes los avances, por tierra y por agua, quedando por último, los Españoles dueños de todo el ámbito de la laguna, y tan solo allá por ciertos puntos cargan los enemigos, como dice Solis, con elegancia espresiva, a la parte que desabrigan los bergantines. Cruza García de Holguin con el suyo, y advirtiendo á lo lejos una piragua que á remo y vela hace dilijencia para ponerse en salvo, le da caza á todo trance, la alcanza luego, y yendo en ella el emperador con su familia, lo apresa todo, y en seguida se entrega la ciudad á merced del vencedor, el dia de San Hipólito, á trece de agosto de mil quinientos y veinte y uno.

Compuso el célebre Solis una especie de poema, con su historia, y así la termina en la rendicion á Cortés de la capital y el imperio; mas no se termina allí seguramente la carrera del gran conquistador, sino que sigue descubriendo y señoreando territorios inmensos, duplicando y triplicando la estension del dominio español, siempre con miras grandiosas y establecimientos de primer órden.

Mas aquí se atraviesa un cargo de la mayor entidad contra el héroe de los héroes, que siendo cierto, empañaria lastimosamente la gloria incomparablemente esclarecida que mereció por su desempeño político y militar, por sus hazañas infinitamente superiores á cuanto se refiere de tiempos antiguos y modernos; pues la quema de las naves ante todo, y luego la retirada de Méjico y la batalla de Otumba, descuellan sobre cuantos trances ó arrojos mencionan las historias.

Hasta el discreto y elocuente panejirista de nuestra grande Isabel, habla de emperadores puestos sobre ascuas, á impulsos de la codicia inmunda, en pos del oro, y de las riquezas supuestamente encubiertas por Guatimocin. El mismo Cortés en sus cartas preciosas y sencillísimas á Cárlos V abomina de la conducta de aquellos viles degolladores, de los despobladores irracionales de las islas, y luego iria á cometer una atrocidad tan á todas luces infernal y execrable.

Esta defensa, no es á la verdad mas que una induccion obvia y poderosa, y no una demostracion de la inocencia calumniada; pero á ver cuales son los testimonios terminantes de cargo tan horroroso. Si se verificó el hecho, aun cuando no fuese á sabiendas del caudillo supremo, siempre seria una fealdad torpe y criminal para quien no lo supo evitar, teniendo al emperador á la vista y debiéndolo tratar como á un soberano, y sobre todo como á un infeliz y desvalido;

(1) Sabidas son las concesiones y regalías que despues disfrutó siempre Tlascala.

pero Cortés, como encumbrado á tan suma altura, y esclarecido con su inmensa nombradía, tuvo infinitos émulos que consiguieron desautorizarlo, y casi envilecerlo en el ánimo de Cárlos V; quien si bien luego vino á desengañarse, nunca le mostró el sumo aprecio á que era tan acreedor, y sin dar á la nacion y al orbe todo, un testimonio irrefragable de sus escelsas prendas, contribuyó con su silencio al fomento de tamaña impostura, propagada con afan, y como en triunfo, por la maldad estranjera.

Sigue Cortés, como se ha dicho, descubriendo y avasallando paises, como el nuevo Méjico, la California y otros, ensanchando y engrandeciendo, á cientos y miles de leguas, el imperio español, é ideando ú planteando establecimientos, por dar vuelo y preponderancia, y sobre todo seguridad, á nuestro comercio, y nuestras colonias.

Sus esclarecidos capitanes, como Alvarado, Sandoval, Olid y los demás, desempeñaron sus respectivos vireinatos con el esmero, la actividad é inteligencia, que habian acreditado en los trances de la conquista, y fallecieron, colmados de timbres en sus respectivos mandos; con la notable particularidad, de que tanto Cortés como sus compañeros, vinieron á padecer en sus varias espediciones, mas ó menos arriesgadas y gloriosas, mayores quebrantos y privaciones que cuantos arrostraron en los vaivenes de su principal conquista.

Por último Cortés, postrado de achaques y padecimientos, se retiró á Madrid, donde planteó una academia de Humanidades, y constituyéndose presidente, alternaba en la composicion y lectura de escritos, con los demás compañeros; y terminó su incomparable carrera militar, con el ejercicio ameno y provechoso de los ramos mas halagüeños de literatura, gustando infinito de los rasgos de poesía castellana que empezaron á sobresalir en aquella época.

No olvidemos, que desde su entrada triunfal en Méjico, ideó, empezó y concluyó la fundacion asombrosa del pueblo mas sobresaliente en su conjunto de caserío y edificios, que se ha conocido en el orbe; habiéndole saneado modernamente con el desagüe en gran parte de la gran laguna que solia ocasionar gravísimas enfermedades.

Como quiera, el ínclito, el sobre humano fundador dispuso, y se verificó realmente, que su cadáver se llevase á Méjico, para sepultarlo en el grandioso convento de San Francisco, y despues, ¡oh baldon! ¡oh mengua de los naturales, y de todo el jénero humano! la irracionalidad revolucionaria trató, aunque parece no llegó á realizarse el atentado, de sacar sus restos de aquel sosegado y decoroso recinto, para quemarlos y aventar sus cenizas. Es de estrañar que no se haya llevado á efecto, proeza tan verdaderamente mejicana, á la moderna.

El plan de la presente Reseña es especificar el rumbo, y los trances principales ocurridos en el engrandecimiento de nuestra monarquía, como tambien los desmanes que han mediado para su decadencia y esterminio y nos ha obligado á esponer con alguna, aunque rápida estension, el asombroso desempeño del gran Cortés en su para siempre memorable conquista de Méjico, y otro tanto practicaremos, en su debido lugar, con los sucesos del Perú, Chile, el Arauco y demás paises de la América Meridional, y ahora anudarémos el hilo pendiente de los acontecimientos de Castilla, en el reinado de Cárlos V.

En rumbo tan encontrado de opiniones, y en ímpetu tan violento de intereses, no podian menos de enconarse los ánimos, y acarrear una esplosion ruidosa y trastornadora, para la nacion entera. Estalla con efecto desenfrenadamente la discordia. El gobierno manda y apremia; el pueblo desobedece, se arma, se congrega, y se pone en movimiento. Predomina en Toledo Juan de Padilla, acompañado de su varonil esposa Doña María; se alistan sus fuerzas, se juntan y marchan á Castilla la Vieja, donde se reunen con las de Bravo y otros caudillos, llamados comuneros, y tratan de ir en busca de los realistas, para combatirlos, y si cabe esterminarlos al primer embate.

Pero los imperiales mas subordinados y aguerridos, y sobre todo, preponderantes en caballería y prácticos en el uso de la artillería, en vez de guardar miramientos y dar tiempo, van en busca de sus contrarios, y arrostran la hueste en las praderas de Villalar. Quisiera Padilla, como ya se vió en la historia, sortear el encuentro, y retirarse por la sierra de Avila, pero la caballería enemiga lo ataja y lo compromete en una refriega desigual, donde todos los caudillos quedan prisioneros, y en seguida sentenciados y conducidos al cadalso.

Tiembla Castilla, enmudece Aragon, y el despotismo se embravece mas y mas con la sangre, y con sus redoblados ejemplares de escarmiento. Doña María defiende á Toledo con bizarría heróica; pero un solo punto mal puede contrarestar la marcha, el empeño y los redoblados asaltos de todo un ejército. La heroina tiene que ceder al torrente, y á duras penas logra salvarse en Portugal, dejando su patria avasallada, y escarnecida y exhausta por unos insaciables advenedizos, acompañados de Españoles igualmente avarientos, y ante todo alevosos.

Entretanto Cárlos se halla por Alemania engolfado en guerras de intereses y de relijion, ansia mas remesas de caudales, y el cardenal gobernador lleva la infeliz Castilla á fuego y

sangre, para juntar caudales, y hacer continuas y cuantiosas remesas que jamás alcanzan á colmar los deseos, y acallar las urjencias del insaciable soberano. Coincide aquella época con las hazañas, triunfos y conquistas de Cortés, quien todavía no puede realizar cumplidamente sus promesas, pues ni se ha entablado aun el gran sistema del beneficio asombroso de las minas, ni por consiguiente, asoman aun las riquísimas flotas, que fueron despues la envidia de Europa, y el móvil de todas las empresas que vinieron luego á enriquecer y desquiciar todas las naciones del globo.

Por fin Cárlos, con los grandes caudillos, alumnos del triunfador perpetuo Gonzalo de Córdova, vence á sus enemigos, y da por todas partes la ley á los demás soberanos. Antonio de Leiva, y el marqués de Pescara, en la memorable jornada de Pavía, vencen, prenden, y envian á España, al rey de Francia, Francisco I; y Cárlos, en vez de hospedarlo en su palacio, obsequiarlo, y luego ponerlo en libertad, como correspondia, en jeneroso procedimiento y verdadera política, lo tiene preso, y luego precisándole á firmar un tratado, que no podia cumplir, lo despide, quedándose con sus hijos por rehenes.

Siguen las sangrientas guerras, y la nacion enloquece con sus victorias y su milicia incontrastable, avasallando entrambos mundos, y desentendiéndose del malogro de sus libertades, y del fomento de las artes pacíficas que labran la existencia y acarrean el bienestar de los pueblos, deslumbrados por lo mas, con logros aéreos y desventura positiva. Tras un mundo de combinaciones políticas, y de campañas costosísimas en sangre y en caudales, Cárlos V por fin se desengaña, y el acarreador de tantísimos quebrantos á la ciega y malhadada España, arrima el cetro, se empareda en un convento de Estremadura, se apoca, se anonada, se hace cantar amortajado y en vida el oficio de difuntos, se acongoja luego mas y mas, se agrava y espira, en medio de unos frailes, que lo miran con yerto asombro y muda indiferencia.

Entra luego, y sigue reinando por espacio de mas de cuarenta años, caviloso, taciturno, bronco y aun mas déspota que su padre, aquel Felipe II, el arruinador efectivo de nuestra monarquía. Se halla en Francia con ejército poderoso, gana la gran batalla de San Quintin, y en vez de marchar ejecutivamente sobre París é imponer la ley al enemigo, ajusta una paz cualquiera, construye luego el Escorial, se empareda en su recinto, maquina dia y noche planes inmensos, empresas complicadas é imposibles, y ajustes impensados, para socavar á su salvo, y desquiciar para siempre gobiernos y naciones enteras

Sabe que las nuevas doctrinas alemanas trascienden á Holanda y cunden mas y mas por los Paises Bajos, y allá se aferra en contrarestarlas á todo trance, para que nadie discrepe de su creencia, y todos al contrario se amolden á la pauta invariable de los senos recónditos del Escorial, só pena de tormentos y de persecucion á sangre y fuego. Allí se emplean y se siman los recursos del país y cuantos caudales van llegando de la América Septentrional, y allí se empozarán los tesoros que luego han de venir de la Meridional recien descubierta, y asolada por sus valientes y codiciosos conquistadores. Tenemos pues que dejar por ahora á Felipe ensimesmado en sus negocios políticos y relijiosos, y volver á las rejiones nuevas, mas fértiles y abundantes de preciosos metales que todas las demás poseidas y avasalladas por los infatigables y arrojados Españoles.

En el raudal de aventureros codiciosos que va inundando las islas llamadas de barlovento y sotavento, llegan los cuatro hermanos Pizarros, naturales de Trujillo en Estremadura; el mayor Francisco y el menor Gonzalo, son los mas descollantes, y los otros dos acompañan, mas no sobresalen, ó por lo menos en tanto grado, por los ámbitos de la historia.

Junta Francisco allegados, logra formar una espedicion grandiosa, y se encamina á Tierra Firme; y torciendo á su izquierda y hácia el mediodía, desembarca por los primeros puertos que se le deparan; oye hablar de comarcas riquísimas, y de todo un imperio poderoso, y allá vuelve denodadamente sus pasos, con ánimo de señorearse del país, ó por lo menos apropiarse su decantada opulencia. Llámase la hermosa rejion el Perú, cuyas particularidades vamos á referir.

Tiranizaba á los Mejicanos mas que su emperador, una supersticion atroz, degolladora de víctimas á miles; y todos sus ritos eran bárbaros, sangrientos, pavorosos é infernales. Profesan al contrario los Peruanos una relijion donde todo es pompa, hermandad, música, poesía, flores, danza y regocijo. Se reducen sus alegres ritos, como allá desde tiempo inmemorial en la antigua Persia, al culto del sol, del astro que por su intenso y benéfico resplandor, está brindando á su adoracion inocente y placentera. Ostenta la capital del imperio un templo suntuosísimo, donde las Coyas ó Princesas de sangre Real, son las sacerdotisas, que adornadas de galas sencillas, y particularmente de plumas vistosas y peregrinas, ofrecen ramilletes y perfumes al númen animador de la naturaleza, padre, segun creen las bulliciosas ninfas, de su imperial estirpe, que gobierna el país con amoroso y fraternal dominio.

Atahualpa es el Inca, pues así se apellidà la rejia casta que está mandando; y venida, segun tradicion de rejiones remotas, sigue imperando blandamente, sin asomo de oposicion ó desagrado, por parte de sus rendidos y venturosos súbditos. Es el pais fertilísimo, y suministra sin afan cuanto apetecen los nacionales, ajenos de toda discordia, ambicion y desvarío. Paladean todos por igual holgada y soñolientamente las delicias obvias é inexhaustas de aquel incomparable paraíso, cuando se descuelga, al parecer, de alguna nube asoladora, el idiota (1) Pizarro, y todo lo invade, lo ensangrienta y lo anonada.

Pide oro y se lo dan con abundancia, le suministran cuanto quiere: apetece que se reconozca por soberano al rey de España y emperador Cárlos V; ni tienen por cierto noticia alguna de su existencia; ni entienden lo que significa aquel reconocimiento. Como la entrada de los advenedizos ha sido pacífica, ni los naturales ni su monarca están aparatados para la guerra, y así con este ó cualquiera otro pretesto, los asaltan, degüellan ó ahuyentan, á su albedrío. Se apoderan de todo, prenden, atormentan, y por fin matan al candoroso Atahualpa, van mas y mas asolando el país; se desavienen luego entre sí, guerrean y escandalizan las Américas todas, ocasionando por cada dia mayor disturbio y asolacion.

Felipe II, enterado de tan bárbaro desenfreno, tiene que providenciar con todo ahinco, envia al Perú el consejero Gasca con fuerzas de consideracion, median tropelías y batallas reñidas entre los mismos conquistadores, y por fin triunfa Gasca, prende y castiga á los reos principales, y restablece el sosiego. Plantea luego un réjimen activo y espedito, y como uno de sus principales encargos es el beneficio de las minas y envío de caudales, dedica su mayor esmero al ramo predilecto de su soberano, y logra completar algunas remesas mas ó menos cuantiosas.

Desde entonces suena por el orbe entero el nombre famoso del Potosí, como equivalente al de tesoro inexhausto, y la opulencia misma. Cuenta el naturalista Acosta, que al medio siglo de su conquista, estaba ya el grandioso cerro barrenado todo de socavones y galerías grandiosas, y despues se han aumentado inmensamente, suministrando siempre los miles de millones, que son bien notorios. Los bárbaros estranjeros, hablando siempre á ciegas de nuestros asuntos, ponderan sin término las jeneraciones de Indios que se han simado con el soñado impuesto de *la mita*, ó el trabajo de las minas. Es sin embargo ciertísimo, como se puede ver en Ulloa, en Humbold y en todos los viajeros modernos, que el laboreo de las minas, es y ha sido absolutamente libre, sobrando siempre los operarios que por su desgobierno, ó mas bien su frenesí, malgastan, ó se juegan en una hora el producto de su trabajo de meses ó de años; pero sin que haya jamás el menor asomo de precision ó de violencia, para su mayor ó menor ejercicio ú penalidad, en sus empresas.

Poseido y pacificado el Perú, pasan los Españoles á Chile, país todavía mas fértil, mas lozano, y mas ventajoso que el anterior. Se rinde todo jeneralmente á discrecion, menos el territorio tan célebre del Arauco, siempre guerrero y siempre indómito, donde se cifra la quinta esencia del heroismo, con sus nombres poéticos de Caupolican, Lautaro y demás que se pueden ver en la famosa Araucana (1) de Ercilla.

Con efecto, despues de estar batallando por mas de dos siglos, siempre infructuosamente, y con sumo quebranto de los Españoles, el comandante jeneral de Chile (2) el irlandés Hig-

(1) Cuenta la historia que teniendo preso al emperador para precisarle á manifestar el oro que suponian estaba ocultando, el centinela, sin duda de mas educacion que su jeneral, entabló una especie de coloquio con Atahualpa, quien le presentó el pulgar para que le escribiese su nombre en la uña. El soldado lo hace, y luego al visitarle, como acostumbraba Pizarro, le presentó el rótulo, y como no supo leerlo, desde entonces el Inca lo miró con sumo menosprecio, teniéndolo por hombre vulgarísimo, y sin asomo de crianza.

(1) Ya se habló de la Araucana, y se dijo, que es difusa, prosaica y cuajada de digresiones interminables, ajenas absolutamente del asunto; mas nunca merece la *gabachada*, pues no le corresponde otro nombre, de Voltaire, apellidándola *sauvage*, donde no asoma semejante *salvajina*. Al contrario, Ercilla como autor y actor, esto es, poeta y héroe, era muy acreedor á que su patria, al regreso y en justísimo pago de tantas hazañas, le acojiera, y le proporcionara el vivir con todo desahogo y señorío. Predicar en desierto....

(2) El abate Molina, en su escelente Historia Civil y Nacional del reino de Chile, habla del idioma que en ciertas voces, y aun en la planta de su sintaxis, se asemeja al griego, atribuyendo este fenómeno á mera casualidad.

Atrasado estaba de noticias, en esta parte, el historiador. Con efecto, el griego se deriva, como se evidencia con sus duales y sus principales formas constitutivas, del antiguo sanscrit, que se ha descubierto modernamente en la India, conservado muy reservadamente por los Bracmanes; y aquel idioma se habló jeneralmente por el Asia, y en particular por la porcion correspondiente á los Archipiélagos del Pacífico, cuyas lenguas tienen todas analojía con

gins, negoció y ajustó una paz beneficiosa para todos, que duró hasta estos últimos tiempos; cuyo desvarío es de presumir, que haya tambien arrebatado á los incautos, y sencillísimos Araucanos.

Volviendo á Felipe II, es imponderable su afan, y consumada su maestría en el despacho de todos los negocios. Lleva personalmente correspondencia incesante con todos los dependientes, aun los mas subalternos de la monarquía (1). Se desvela dia y noche, y sus ministros, ni aun vienen á ser sus meros escribientes (2) Mejor fuera ciertamente que se afanara menos, y atinara mas; pero él fué, como se ha visto en la Historia, quien inventó el famoso bloqueo continental contra los Ingleses, repetido, mas no inventado modernamente por Napoleon, como se ha supuesto jeneralmente.

Con efecto, teniendo bajo sus órdenes las costas europeas del Mediterráneo, está ideando y aun poniendo en planta los medios inmensos de ocupar y ceñir todas las orillas del Océano hasta el mismo polo.. ..

Mas hay que hablar antes de su espedicion memorable contra Inglaterra. Con el fallecimiento de la reina María, esposa de Felipe, viene á recaer la corona en Isabel, desde luego y siempre enemiga implacable del monarca viudo, ofendiéndole personal y políticamente, por cuantos medios estuvieron á su alcance. En vista de tanto encono y tan amargas injurias, dispone Felipe la espedicion mas formidable que jamás surcaron los mares, dándole desde luego el pomposo nombre de Armada invencible.

De todas partes acuden tropas aguerridas con los primeros jenerales de Europa, coronados de miles de victorias. Hierven los puertos de España y Flandes con los aprestos de naves mayores y menores; con parques enteros de artillería, para su propio uso ú para el de todo el ejército. Habia por este tiempo ya reducido á la obediencia de Felipe, el gran duque de Alba, con cuarenta mil hombres, y una sola batalla, todo el reino de Portugal, y así ahora Lisboa es uno de los puntos principales, donde se aparata aquella inmensidad, y donde se halla el jeneral encargado del importantísimo mando; el cual fallece, y es uno de los primeros y mas funestos contratiempos que padece la empresa.

Regla absolutamente jeneral. Toda espedicion marítima muy complicada se malogra, pues no cabe acudir á tantos estremos, todos por lo mas esencialísimos, y concentrarlos en un punto, que dé sin falencia el debido empuje al enmarañado conjunto.

Tiene sin embargo la escuadra coyuntura favorable para embestir y destrozar parcialmente fuerzas muy considerables del enemigo, y sea por falta de órdenes ó de resolucion, pasa de largo, en busca de la division que le está esperando. Sale de nuevo, sobrevienen tormentas horrorosas y redobladas, que estrellan ó dispersan las naves. Advertido y arrojado el inglés, sobreviene con sus bajeles intactos y veleros, acosa mas y mas á los estraviados, y los desbarata ó apresa, ó los arrincona en los puertos.

Tal es el paradero lastimoso de la Armada invencible, y Felipe recibe la infausta nueva con tan yerta indiferencia, que raya en insensatez.

Intenta miles de empresas, y todas se le malogran; y á pesar de los impuestos que está mas y mas ideando y poniendo en planta, y de los caudales que van viniendo de América, siempre le escasean los medios, para tan continuos y cuantiosos desembolsos. Si junta Cortes tan solo es para pedir mas subsidios, no siendo ya posible el redondear los anteriores. Se aferra sobre todo en sus demandas contra el pobrísimo reino de Aragon.

El gran Justicia, Juan de Lanuza, cumpliendo con su sagrado instituto, se opone de oficio y pregona su resistencia a toda imposicion del menor gravámen que careciese de la anuencia y autorizacion de las Cortes. Felipe, sin pararse en escrúpulos, envia ejecutivamente al jeneral Vargas con un ejército, que entra en Zaragoza, absolutamente desprevenida, prende al sumo Majistrado, lo degüella en la plaza que hoy mismo se llama bárbaramente de la Justicia; y entonces Felipe convoca las Córtes de Aragon para Tarazona, donde carga una contribucion exorbitante, á su albebrío, sin dar la menor cabida á representacion alguna.

Otro degüello, si cabe todavía mas escandaloso ejecuta dentro de Palacio.

Parece que se habia ajustado solemnemente el desposorio del príncipe D. Cárlos con Isabel de Valois, y que entrambos contrayentes se muestran muy complacidos con el anhelado enlace. Viene la novia, y como se dice allá *en las* novelas, clava involuntariamente el fle*chazo* en el corazon todavia enamoradizo del anciano padre, quien se apropia por sí y ante sí la dama

aquel tipo primitivo; y así el chileno será uno de tantos, donde se hallan un sin número de voces griegas.

(1) Como se evidencia por la carta orijinal que se conserva en los archivos, de Cervantes, desde Velez Málaga, al mismo rey en persona.

(2) Así dicen que un ministro soñoliento, volcó sobre un escrito muy esmerado y trabajoso, el tintero, en vez de la salvadera; y el rey, sin el menor asomo de alteracion por tamaña torpeza ó ceguedad, tan solo dijo: venga otro pliego. Así lo afirman, sin discrepancia, historiadores verídicos.

para consorte, dejando así burlada para siempre la pasion vehemente, pero natural, de entrambos jóvenes. Median suspiros, y tal vez comunicaciones y finezas mútuas; lo sabe, lo malicia ó lo averigua el interesado, y se procede á la ejecucion del amante. Se ignoran las escenas verdaderas ú orijinales, de la trajedia larguísima del tudesco Schiller, cuya representacion dura casi toda una noche, pero el desenlace ó catástrofe, que es la muerte misteriosa y temprana de D. Cárlos, es ciertísima.

En esto se le rebelan los Moriscos de Granada, tiene que echar el resto de un ejército poderoso para sujetarlos, y causa el esterminio casi total del país, como se puede ver en el salustiano á su modo, y verídico Mendoza.

Por fin, despues de trastornar el orbe, sin mas ventaja que la del aumento de las riquísimas islas Filipinas, que hasta ahora ninguna utilidad cuantiosa han rendido á la España, dejando la hacienda pública enmarañada para siempre, y recargada de inmensas deudas, fallece, segun se dice, de una enfermedad inmunda, el receloso y trastornador universal, Felipe II (1), en 1598.

Es tal vez fatalísimo para la nacion entera el fracaso de D. Cárlos, dechado, segun se afirma jeneralmente de esclarecidas prendas, pues entra á reinar en su defecto, el insensato Felipe III, quien desde luego toma, en el réjimen de la monarquía, el estremo opuesto de su padre; quien todo lo manejó siempre por sí mismo, al paso que su hijo no acertó jamás á dar un paso sino por el conducto, ú mas bien la arbitrariedad de sus ministros.

El duque de Lerma, hombre superficial, y tan presumido como la misma ignorancia, es desde el primer dia el verdadero monarca que da y quita; manda y desmanda; nombra y ensalza; decreta, arrincona y atropella, á su incontrastable y absoluto albedrío. Carga impuestos, malgasta caudales, y economiza ridiculeces por dia y por instantes, sin asomo de plan ni de sistema, parando todo, como las comedias de Calderon, en lo que saliere.

No se trata, ni por via de conversacion, de canales, puertos, carreteras, ni trajín ó comercio interior; pero Lerma es lujoso, y sabe dar banquetes con materialmente miles de manjares, y construir conventos suntuosos, pues ministro y monarca *frailean* á competencia.

A pesar del establecimiento arreglado de flotas, sus llegadas, periódicas con caudales, de todos los puntos de América, y á pesar del sin número de impuestos en toda la monarquía, se carece de dinero para las mayores urjencias, pero si escasean los metales preciosos, abunda el cobre, y con su mezcla se fabrican cuantos millones cabe apetecer el ministerio mas inconsiderado y mas profuso.

Entonces el famoso historiador Mariana, discreto y entendido en todas materias, á impulsos de su zelo y patriotismo, se arroja á dar impensadamente á luz su tratado latino intitulado: *De la mudanza ó alteracion de la moneda*; demostrando con toda evidencia, que tamaña novedad va á dar al través con el crédito, el comercio, los contratos, en una palabra, con la existencia política, y casi material de la nacion. Se enfurece Lerma, encausa al sumo escritor, se le encarcela, y el licenciado Jil de la Mota, concluye contra él, en su acusacion fiscal, ante el Supremo Consejo pidiendo la pena capital. Se contenta el tribunal con su encierro; y á pocos meses, venido el patente y amarguísimo desengaño del trastorno jeneral en todos los ramos de compra y venta, esto es, de contratacion pública y privada, se pone, aunque sin desagravio, en plena libertad al desengañador.

Habia Felipe II agotado el erario, y destruido la nacion, con sus guerras bárbaras, á fin de amoldar á la turquesa de su propia creencia, Holandeses y Flamencos; pero Felipe III, y su ínclito ministro, aunque enemigo tambien del aumento de la poblacion y de todo jénero de prosperidad, blasonan de humanidad y aborrecen la sangre, por lo cual acuden á otro medio mas aseado y ejecutivo para conseguir su desvariado intento. Con efecto, disponen trasladar, ó sea vaciar sobre el Africa, por lo menos un millon de labradores y artesanos intelijentes y laboriosos, que tienen positivamente hechos otros tantos paraisos las elíseas huertas de Valencia, Gandía, Orihuela y Murcia, y con especialidad aquellos cármenes deliciosos, aquellas vegas tan poéticas y materialmente encantadoras de Granada, para convertirlo todo en eriales solitarios, en los inmensos desiertos de la Arabia.

Adviértase la particularidad, que un gobierno de suyo soñoliento y desmayado para cuanto pueda redundar en utilidad jeneral ó particular, se muestra activísimo en la ejecucion bárbara de la irracionalidad mas rematada que pudo jamás emponzoñar el celebro delirante de un ministerio, ó de un monarca.

(1) Su intimidad, ó lo que fuere, con la tuerta y hermosísima princesa de Éboli, es otro arcano de los vaivenes y disturbios de aquella época ruidosa y pendenciera. Asoman en el negocio, zelos vehementes del monarca, intervencion de Antonio Perez, muerte violenta de un amante tal vez mas favorecido que todos por la novelesca dama, y un sin número de aventuras, que se pueden ver por estenso, pero siempre quedándose el lector á obscuras, en la vida de Cervantes por D. Martin Fernandez Navarrete.

Ni ofrecimientos cuantiosos, ni resguardos personales, ni protestas llorosas de fidelidad, y obediencia rendida á cuantos mandatos se les impongan, nada alcanza á rescatar los desventurados proscritos de aquella sentencia irrevocable. Bañan en lágrimas sus alquerías preciosas, sus lindos pensiles, y las plateadas acequias que labraron con sus manos para el riego de sus ricas sementeras y amenísimos frutales. Marchan todos en procesion llorosa á sus respectivos embarcaderos, donde los desalmados Jenoveses, despues de hacinarlos á miles en sus bajeles, para meundear y acrecer mas y mas el pago de su atroz faena, suelen á mitad de su viaje irlos volcando, de noche ó á cualquier hora, al mar que no ha de revelar su infernal atentado, y aun en el caso, tampoco temen el castigo, ni aun la reconvencion, de sus contribuyentes.

En medio de tan bárbaro procedimiento, ¿qué proteccion y estímulo se podia esperar para las artes y las ciencias? Quedaban en cuanto á pintura algunos alumnos de las escuelas de Sevilla y de Valencia, y florecia el gran Velazquez, mas la literatura, en vez de mejorar en algun ramo, dejeneró y se anonadó lastimosamente. Lope de Vega, abortador de monstruosas insulseces á miles, desbarró y descaminó con su predominio á los demás, hasta envilecer y anonadar la dramática; de los poetas, Quevedo con sus equívocos y sus indecencias, descolló en aquella era de ignorancia; Góngora deliró allá á sus solas con las lobregueces de su invencion; en la oratoria, el fraile trinitario Palavicino estragó el gusto, parándose en sutilezas y niñerías insufribles, y otro tanto vino á suceder en todos los ramos de humanidades (1).

No se hable de enseñanza pública, pues las universidades empapadas en su inapeable aristotelismo, no hacian mas que batallar en sus soñadas apreusiones, repitiendo perpetua y desvariadamente las idénticas fórmulas, absolutamente incomprensibles.

A pesar de tan amarga censura como merece aquel desatinado gobierno en todos sus pasos, se le debe la justicia de que fué pacífico, y así Felipe III, aunque tal vez á costa de sacrificios y quebrantos algun tanto indecorosos, vino por lo menos á conservar íntegra la monarquía.

Desacierto sumo, menoscabo incesante, arbitrariedad frenética y pérdida fatalísima de caudales, de plazas, de provincias y aun de reinos enteros, acosaron mas y mas á la infeliz España, bajo el dilatado y azaroso mando de Felipe IV.

(1) Hay que esceptuar, por supuesto, el divino Quijote, algunas poesías de Arjensola y de algunos otros, el ya citado Mariana, con su latin ciceroniano, y tal cual otro.

Así como Lerma fué árbitro y déspota absoluto en el reinado anterior, viene á serlo luego el llamado conde-duque de Olivares. Erguido en estremo, y guerrero teórico, esto es, en su gabinete, jamás acertó á entablar y sostener un mediano equilibrio con las demás potencias. En Flandes, en Italia, y por donde quiera todo se volvió quebrantos y desastres. Exhaustos y descontentos los pueblos, desprovistas las plazas, faltos los ejércitos de jente y de dinero; sin pertrechos, sin disciplina y sin el menor sistema siempre inferior en todos los puntos, el historiador que entabla el pormenor de un sitio, ó de una batalla, sabe ya muy de antemano, que el paradero de su relacion ha de ser un fracaso: y así para todo pecho español, el ir leyendo los acontecimientos de aquella larguísima temporada, es presenciar una vil trajedia, en donde los principales personajes son unos meros insensatos, que traen siempre consigo la ceguedad, el desbarro y la desventura.

En aquel catálogo de contratiempos y desastres, apenas asoma un individuo, ni un objeto, ni por armas ni por letras, para desahogar el ánimo de tan incesante amargura; y por último, despues de sublevarse la industriosa Cataluña, se dá lugar al funesto levantamiento y pérdida perpetua del reino de Portugal.

La naturaleza, la justicia, la ventaja nuestra, y la política verdadera, requieren que la Península española forme un solo estado, una poderosa nacion, capaz de prescindir de las demás, con la variedad de climas, y la abundancia y escelencia de sus infinitos frutos, Así lo habia dispuesto la suerte, y un irracional llamado conde-duque ocasiona su desvío repentino, y su desmembracion tal vez sempiterna. Con efecto, habiéndose conservado unida, las demás potencias no podian, ni por asomo, solicitar su separacion (como no les puede tampoco ahora ocurrir el desprendimiento de Galicia, por ejemplo); mas en el dia, ni el predominio naval de Inglaterra, ni la preponderancia terrestre de la Francia, consentirán ya jamás la incorporacion del reinezuelo, en la actualidad tan desgobernado, de Portugal con España; por lo cual esta yace ya sentenciada á ser para siempre juguete, y esclava de entrambas preponderancias. Por desgracia tan sumo quebranto no se resarce con el desvío que siguió luego de aquel azaroso y mentecato ministro, causador de nuestra perpetua desventura, quien confinado á Loeches, al confin de la Alcarria, murió luego despreciado, y escarnecido de todos.

Asoma ahora la momia austriaca, el ridículo, el exánime, el hechizado, imperando, ó mas bien envileciendo la inmensa monarquía española, para por fin tras muchas dudas, altera-

ciones y vaivenes, ponerla en manos advenedizas, y ocasionar con la sucesion una guerra sangrientísima, que nada absolutamente podia interesar á la nacion. Tal fué el testamento de Cárlos Segundo, y tal el paradero de la para nosotros infaustísima dinastía austríaca.

SECCION SÉPTIMA Y ULTIMA.

Los Borbones.

Como quiera, el conde de Frijiliana, como se ha visto en la Historia, desde luego, así en el Consejo supremo, en público y en privado, de palabra y por escrito, como en cuantas ocasiones se fueron despues ofreciendo, opinó, peroró y clamó contra la venida de los Austríacos ó Borbones, alegando que ningun derecho terminante asistia á unos ni á otros para la ocupacion del trono de España; añadiendo que el monarca debia ser nativo del pais, y fuese de la clase y tuviese el nombre que quisiera, por fin *español.* No se le dieron oidos, y luego resultaron miles y miles de trastornos y desastres.

Felipe V tuvo una educacion literaria, y tradujo de muy jóven, con despejo y elegancia, en francés, la preciosa Jermania de Tácito, y siguio despues dedicándose siempre al estudio, mas sin fortalecer jamás su índole, demasiado propensa al predominio de las mujeres.

Entretanto su abuelo, el endiosado Luis XIV, pertrechado ya con el testamento de Cárlos Segundo, en que hacia el menguado testamentario de la nacion española, una especie de patrimonio, de cabaña merina ó piara gruñidora; Luis XIV, aunque está viendo la tormenta pavorosa de toda la Europa, conjurada contra quella sucesion, arrostra animoso tan tremenda perspectiva, y determina contrarestar el poderio del orbe entero, para mantener á su nieto en la posesion que, á todo trance le, hace tomar ejecutivamente.

Se enciende en efecto una guerra casi universal en Europa; asoman, descuellan y triunfan los dos esclarecidos adalides Malbrugh y Eujenio en redoblados trances y batallas inmensas; y causan mortales quebrantos, y aun angustiosas zozobras sobre su propia suerte al, como se ha dicho, sobrehumanado Luis XIV.

Viene entretanto á la infeliz España una inundacion estranjera, una plaga horrorosa de ingleses y alemanes, que desgarran mortalmente su regazo, con estorsiones y peleas; se declara Barcelona, y defiende heróicamente sus muros, igualando edades, y sexos á favor del austríaco, con la esperanza de recobrar sus fueros nacionales y dar así mayor vuelo á su comercio; y todo se vuelve desavenencia, confusion y ruina.

Se ponen los ejércitos en movimiento, para pelear luego con varias alternativas de ventajas y de malogros. Entretanto Felipe V llega á Madrid, y reconocido y jurado por las Córtes, plantea su gobierno. Trata con agrado á la Grandeza, al ministerio, y á todos los empleados, conservándolos jeneralmente en sus destinos.

Pero adolece luego de suma condescendencia con las mujeres quienes lo traquean de contínuo en un remolino interminable de vaivenes y tramoyas palaciegas. Sobrevienen las batallas adversas de Zaragoza, de Brihuega y de Villaviciosa; tiene que salir de la corte, y entonces Felipe V. se trasforma, es un verdadero militar en campaña, se alimenta de lo que halla, come sobre un tambor ó bien sobre un peñasco, y en la última de las acciones nombradas que por último viene á quedar indecisa, anda entre los cadáveres y los moribundos, con entereza verdaderamente guerrera.

En aquellas alternativas, siempre costosísimas para la nacion paciente, entran los aliados en Madrid, y proclaman á Cárlos de Austria; pero luego los Portugueses, teniendo que salir á campaña, aparecen dolientes y desfallecidos; de modo que vienen á quedar inservibles para el objeto de su venida.

Gana por fin el duque de Berwik la gran batalla de Almansa, haciendo mas de veinte mil prisioneros, y afianza terminantemente á Felipe V en el trono de España. Vuelve entonces Felipe á Madrid y logra jeneral aplauso, y mas con la novedad inesperada de haberse retirado el Austríaco, por haberle nombrado emperador de Alemania; Barcelona sin embargo sigue defendiéndose heróicamente, pero al fin tiene que

rendirse, quedando ya reconocido Felipe V por la nacion entera.

Con motivo de la tenaz resistencia que ha esperimentado en la corona de Aragon, orilla todo miramiento y declara para siempre abolidos los fueros tan memorables de Sobrarbe y de Cataluña, y se proclama señor y árbitro absoluto de todo el país que califica conquistado, y por consiguiente propio y avasallado sin condicion alguna.

En medio de aquel enmarañado laberinto, las Américas se mantienen portentosamente inmobles, esperando el paradero de la contienda para declararse por el vencedor; y entretanto á pesar de haber apresado ú echado á pique los Ingleses una flota riquísima en Vigo, siguen siempre llegando remesas, aunque todo el comercio de aquellas rejiones para en manos de los mismos apresadores, siempre alerta para volar en alas de su codicia insaciable.

Visto ya el término de la guerra, se juntan los plenipotenciarios de casi toda Europa en Utrecht, y ajustan y firman el famoso tratado, en que reconocen á Felipe V por lejítimo rey de las Españas, cercenándole sin embargo parte de sus estados en Flandes y en Italia; y entonces Felipe V se dedica á organizar un gobierno espedito y grandioso, cual corresponde á tan inmensas posesiones.

Conservando siempre su inclinacion literaria, funda desde luego las Academias que despues han ido descollando con mas ó menos brillantez y utilidad jeneral, segun los individuos que las han ido componiendo, y los monarcas que mas se han esmerado en estimular su aplicacion y sus progresos. La Academia española desde luego se dedicó a trabajar su gran Diccionario, y lo dió á luz en seis tomos en folio, cuya edicion se aprecia todavía entre los intelijentes, por contener las autoridades en que se fundan las acepciones de las principales voces que contiene.

Se estraña sobremanera que Felipe V, tan dominado por las mujeres, hiciese sumo empeño en plantear acá la ley sálica que escluye las hembras de la sucesion á la corona; novedad que despues quedó abolida por Fernando VII, y al arrimo de esta última dispensacion ha subido al trono y sigue gobernando con jeneral aplauso la tierna todavía; pero ya despejada y eficaz Isabel Segunda.

En medio de la prosperidad y complacencia que al parecer goza el monarca sin la menor oposicion, en el réjimen de la monarquía, sobreviene una novedad que causa la mayor estrañeza dentro y fuera de la nacion; y es el arranque inesperado y vehementísimo de renunciar el cetro, y ponerlo en manos de su hijo D. Luis, como lo verifica ejecutivamente.

Pero el nuevo reinado es, como dice á su modo Isla, de relámpago; y entonces, á pesar de ser la renuncia de Felipe tan terminante que se compromete á no reinar mas, en caso alguno, le desvanece la clerecía todo escrúpulo, le aquieta la conciencia, y aun se lo impone por obligacion, y trepa de nuevo al solio y para largos años.

Vuelve pues á la tarea gubernativa, y con mas ahinco que nunca. Tiene en su consejo un sabio hacendista francés, quien se empeña en plantear una nueva forma de impuestos y de recaudacion, poco análoga á la nacion española. Horry, pues así se llama, es sistemático, y como siempre el amor propio es el principal móvil del hombre, y mas de un ministro, quiere nivelar las escaseces castellanas y aragonesas á la abundancia industriosa de otros paises.

En estremo intempestivo es aquel empeño; acaba la desventurada y pobrísima nacion de padecer una guerra asoladora, y que nada absolutamente bajo ningun concepto podia interesarle, por ningun partido; yace exhausta aun de la mas estrecha subsistencia, y se le mandan aprontar al golpe un alto guarismo de millones. Ya se vió, en la Historia, la barbarie atrocísima de un vil advenedizo, llamado Asfelt, que pertrechado con el diploma de Capitan jeneral, llega á Valencia, é impera arbitrariamente cargas y multas; exijiendo el pago ejecutivo á todo trance, y allanando y aun incendiando hogares, sin discernimiento ni consideracion alguna.

¿Qué podrá, por ejemplo, rendir la desventurada ciudad de Játiva, que asolada de estremo á estremo, no es mas que un monton de escombros, sin quedarle ni aun su antiguo nombre, pues queria que en adelante se llamase Játiva? Habian padecido mucho menos en la desastrada y delirante guerra las Andalucías, pero carecian de todo jénero de industria, y aun del tráfico necesario para la venta de sus productos, donde únicamente se cifra su precisa subsistencia; y luego de ningun modo podian sobrellevar el recargo de lo que no podian aprontar las provincias insolventes.

En fin, Horry tuvo que marcharse á Francia, tras mil tropelías cometidas en el ensayo infructuoso de su sistema impracticable, y la Hacienda pública vino á quedar tan confusa y tan exánime, como estaba antes de su venida.

Pero asoma luego en pos del fujitivo francés, otro personaje mas travieso y arrojado con sus humos de injenio sublime y de númen peregrino, que apetece y logra sonar con alguna reputacion en Europa. Llega á Madrid en la comitiva del Nuncio (1), un abatillo Romano que suele *ir á*

(1) Era segun el dicho castellano, *tomado de* una comedia antigua, último criado de *los criados* de Aurora.

Palacio en compañía de su amo. Se llama Alberoni, es despejado, chulon y galante con sumo rendimiento á las damas, y en fin se amaña en términos, que logra pasar, con aceptacion, de las últimas antesalas hasta los mismos estrados rejios. Profesa ó aparenta implacable antipatía á los Ingleses, cualidad que siempre sirve de realce con todos los monarcas del continente. Por fin de una plaza ridícula en la nunciatura asciende á otra brillante en las secretarías del despacho, y por último á ministro. Se dan pasos en Roma, le ajencia el capelo, y viéndose ya cardenal, se se empareja en presuncion, con el mismo papa. Es decidor, es arrojado é impetuoso, y prenda y señorea el ánimo de Felipe V, y todavía mas el de la reina, por cuanto median móviles ambiciosos y romanos.

Hay en palacio recuerdo familiar, y se hace forzoso ú por lo menos interesante el ir allá aventajadamente. Por el tratado de Utrecht vino á quedar defraudado el rey de España, por los estados de Italia, pertenecientes á la monarquía; Alberoni se ofrece á recobrarlos, y quiere empezar por la Sicilia. Se arman algunos navíos en Cartajena, se ajencia dinero prestado ú como se puede, y se formaliza una espedicion poderosa. Llega, desembarca, se interna, la tropa pelea con bizarría y arrincona los Alemanes, y domina en el país, cuyos naturales se muestran afectuosos á los Españoles.

Mas luego se aparece una escuadra inglesa mas poderosa que la nuestra, conducida tal vez por influjo del emperador de Alemania, ó por enemistad, ambicion y propio impulso de los mismos Ingleses; hay un choque y quedan victoriosos; entonces la tropa aislada y sin recursos, por mas que tenga valor, perseguidos, tiene que capitular honoríficamente para volver á España. En asomando la desventura no hay privanza, no hay talento que contrareste el torrente de los palaciegos. Alberoni queda al punto despedido y enviado fuera de España con una escolta de caballería, sin que nadie lo eche menos, ni se acuerde ya jamás ni de su persona, ni de sus chistes, ni de sus versos, ni de su prosa. Por fin á duras penas logra que el papa, despues de tenerlo desterrado algun tiempo en Jénova, le franquee las puertas de Roma, donde vive ya siempre con decoro y con aprecio de las jentes.

Se insiste despues, con el auxilio de Francia, en las que se llamaron guerras de Italia, donde hubo acciones brillantes y se lograron ventajas de consideracion para la familia de España, como se verá luego; pero antes hay que repetir una y mil veces la cantinela llorosa del malhadado Peñon, aposentador allá de Sarracenos, y ahora de Ingleses, infinitamente peores, en el mismo seno de nuestra aherrojada patria.

Con efecto, uno de los mayores quebrantos padecidos por España, en el tránsito de la dinastía alemana á la francesa, fué la coyuntura que proporcionó á nuestros enemigos naturales para usurpar vilmente la plaza de Jibraltar, guerreando, segun ostentan, por el austríaco Cárlos, y enarbolando en su cumbre el pabellon por la reina Ana; y clavando ahincadamente la mira en nuestro Ceuta, para posesionarse así con entrambas llaves, del Maditerráneo todo á su albedrío.

Sentado por fin en su trono Felipe V y despejada la Península de enemigos, desde luego se hace cargo de la necesidad absoluta que le apremia de recobrar ante todo la robada fortaleza. Se dispone un sitio, y su jeneral marqués de las Torres malogra la coyuntura de parte de la guarnicion cohechada, y tiene que levantar el cerco. Se repite mas tarde el intento igualmente sin fruto, como sucede mucho despues en el reinado de Cárlos III, cuando el delirio bárbaro de las memorables flotantes, que vinieron á enlutar las principales familias de España; y así con mengua perpetua de la nacion, sigue y seguirá la Inglaterra ostentando mas y mas su imperio y poderío en el mismo, y emponzoñado umbral de nuestra propia casa.

Como quiera, florece hasta cierto punto el reinado de Felipe V, quien plantea, sigue y termina el costosísimo sitio de la Granja, acomodado, fresco y escelente para el estío, y adornado con fuentes y realces, al remedo de Versalles; y luego emprendió la construccion sempiterna del gran palacio sobre el Manzanares, tal vez el mayor de Europa, pero sin acordarse de acequias ni carreteras, ni obra trascendental en beneficio público.

Todo el afan se cifra y se vincula en la colocacion de toda la familia, y Felipe, de suyo propenso al idéntico y peculiar intento, y por otra parte rendido siempre á la voluntad imperiosa de las mujeres, echa el resto en sus predilectas guerras de Italia.

Sus jenerales duque de Montemar, marqués de la Mina y conde de Gajes, sostienen mas y mas el honor de las armas españolas, particularmente en Velitri, en el Tanaro, y en otros puntos, y finalmente entra á reinar su hijo, que despues se llamó Cárlos III en las dos Sicilias, y se coloca al hermano menor de Felipe en el ducado de Parma; objetos en verdad todos muy ajenos de los intereses nacionales, invertidos por el contrario, en tan sangrientas y costosas espediciones.

Con este perpetuo estravío de caudales, ni descuella el comercio, ni prosperan las fábricas, ni á pesar de la aficion ya juvenil del traduc-

tor de la Jermania á las humanidades, florece con particularidad la literatura; reduciéndose los escritores mas ó menos eminentes, á D. Ignacio Luzan, autor de la Poética, y de algunas composiciones líricas, felicísimos anuncios de las que habian de producir luego Melendez y Arriaza, a D. Juan Iriarte, al meramente erudito Mayans, al utilísimo despejador y aventador de las vulgaridades Feijoo, al elegante escritor latino el dean Martí; pero sobre todo, á los dos célebres marinos D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa, que rayan tan alto en las ciencias sublimes, como los primeros matemáticos de Europa.

Por lo demás, las universidades todas yacen.... como siempre, en la lobreguez y la barbarie, alborotando únicamente con sus argumentos irracionales, y sus inapeables sutilezas, repetidas de siglo en siglo, y sin adelantar un solo paso por el rumbo absolutamente ignorado de la verdadera ilustracion, desde Salamanca, Valladolid y Alcalá, centro de los estudios aéreos, y de la presuncion insensata, hasta Oviedo y Santiago, y desde Sevilla y Granada hasta Zaragoza; llegando el vergonzoso atraso al estremo increible de que las lenguas sabias, que en el siglo XVI se cultivaron con sumo ahinco, bajo los auspicios del célebre Sanchez y otros muchos, se ignoran en aquel reinado jeneralmente.

Antes de concluirlo, no podemos menos de recordar el ya mencionado combate naval de Tolon, ó del cabo Sirié, emprendido con tanta imprudencia, como sostenido con imponderable heroismo por el marqués de la Victoria, D. José Navarro, contra duplicadas fuerzas inglesas, en 1744.

Con motivo de las costosísimas guerras de Italia, como ya se ha dicho, ajenas de todo interés nacional, solia la Francia acompañar y sostener á veces nuestras espediciones, y estando como por lo mas desavenidos con los Ingleses, se juntan las escuadras francesa y española, mandadas por un M. de Court, jeneral mas antiguo, sobre la costa de Tolon. Se aparecen con fuerzas inferiores á la combinada, los Ingleses y apenas los tiene Navarro al frente, quiere embestirlos; se niega el francés, y sigue su rumbo á barlovento; mas el español desentendiéndose de la que el conceptuó cobardía, se arroja en medio del enemigo y por el pronto lo arrolla, y rompe su línea; pero el número mayor se rehace y prevalece, habiendo ratos en que hasta siete navíos ingleses pelean contra solos el real *Felipe* de 120 y el *Poder* de 60 cañones, y aun consigue Navarro alejarlos; le arrojan un brulote y con cuatro cañonazos de la batería principal, casi á tiro de pistola, lo echa á pique; se le situan luego por ambos costados dos navíos de tres puentes, como se dice en la marina á toca peroles, y aun los contraresta y desvía; y por fin en bandolas y hecho materialmente una boya, desarbolado y sin timon, ni punto sano en sus costados, y aun en su interior, con casi toda la tripulacion muerta ó herida, consigue llegar á Cartajena.

Navarro cometió una grandísima imprudencia, y en medio de su heróica y nunca vista defensa, merecia castigo, y no el título de marqués de la Victoria que se le dió, y que no hubo (1); y aquel fué el acontecimiento mas memorable de los últimos años de Felipe V.

Paz, abundancia, brillantez y recreo sobresalen á competencia en el reinado felicísimo del sencillo, bondadoso y apacible Fernando VI, y aunque dominado tambien por su esposa, y demás palaciegas, achaque harto jeneral de los Borbones (como se puede ver en la Historia, hablando allá de la princesa de los Ursinos, y se verá despues en el reinado de Cárlos IV) logra Fernando la dicha de heredar al ministro mas aventajado que tuvo jamás la nacion, el ínclito marqués de la Ensenada, sabio, pundonoroso, activo, y certero en todas sus operaciones. Escepto el ministerio de Estado que lo desempeña Carvajal, y algun otro el de Gracia y Justicia, los tiene todos á su cargo, y no hay espediente alguno detenido; pues todo está corriente, y cubiertas de sobras cuantas atenciones pertenecen, á sus respectivas secretarías.

Clava Ensenada principalmente su esmero en el restablecimiento, ú mas bien creacion de la Marina, pues halla tan solo diez y ocho navíos inservibles entre Cartajena y Cádiz, y habilita en pocos años hasta cincuenta y seis, prontos para ir á Manila, ó á donde se ofrezca. Plantea los tres magníficos arsenales; construye en un solo año en el Ferrol hasta doce navíos de línea, llamados el *Apostolado;* establece las tres compañías de Guardias Marinas en sus respectivos departamentos, para el plantel de la oficialidad mas instruida, animosa y brillante que vió jamás la Europa entera. Trata de fortalecer y habilitar puertos, abrir canales, y construir caminos por todos los ámbitos de España; y en una palabra se empeña en vivificar, engrandecer y encumbrar hasta el cielo, á un cadáver.

Al mismo tiempo Madrid es el centro del esplendor y del recreo, de la amenidad y la delicia misma. Ensenada está en todo; en la ópera franca y obsequioso, en el despacho y en el paseo; y

(1) Se hallan muy espresamente representadas en cuatro láminas preciosas del grabador famoso, el catalan D. Blas Ameller, las otras tantas posiciones principales del á todas luces memorable y temerario combate naval, llamado de Tolon, por haberse verificado en sus cercanías.

luego con el pensamiento en el Ebro, en el Guadalquivir, en Canarias, en Manila y en las Américas. Se hallan á la sazon en el Perú los dos insignes matemáticos, tantas veces citados, D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa, midiendo con los Académicos franceses un grado del meridiano; y les encarga reservadísimamente, le enteren con puntualidad y certeza de la conducta de los empleados españoles, en todas clases, y en particular respecto á los Indios, para providenciar cuanto fuese conducente al remedio de las sinrazones, y tropelías que se puedan cometer. Aquel informe importantísimo, por desgracia se estravía, y para en manos de los Ingleses, quienes lo publican, y lo emponzoñan con glosas infames, para el intento de sublevar aquellas rejiones, como malvadamente lo consiguen, como se ha visto en el contesto de la Historia.

Pero volviendo á la época del incomparable ministerio, la maldad inglesa, al ver el númen, el fenómeno portentoso de la Marina española, descollando, y resplandeciendo con nuevos y redoblados aujes, y por consiguiente amenazando para lo sucesivo con poderoso contraresto, y tal vez con total esterminio, al poderío tiránico de los mares, fragua una conjuracion infernal, y se vale del diplomático mas travieso y astuto de Europa; que hallándose de embajador en Madrid echa el resto para dar al través con Ensenada; y por consiguiente atajar los rápidos progresos, y si cabe anonadar hasta la existencia de nuestra Armada en mantillas.

Sabe el Inglés la dolencia jenial de los Borbones en su afeminada condescendencia y aun pueril sumision á sus esposas; y mediando regalos, funciones y adulacion rendida á la reina, logra cautivarla; y torciendo enteramente la inclinacion lujosa del inocente ministro que suele presentarse en la corte cargado de diamantes, ante todo se vale de la ocurrencia favorable que sobreviene.

Fallece Carvajal, y se cree jeneralmente que su ministerio de Estado ha de ser para un íntimo de Ensenada, pero la reina movida por el malvado embajador Benjamin Steene, hace que el nombramiento recaiga en el irlandés D. Ricardo Wall, sujeto de luces, y escritor apreciable de economía política, pero envidioso y enemiguísimo de Ensenada; y así entrambos aunados con el duque de Huéscar, predilecto de la reina, preocupan al rey, en términos, que en vista de una carta reservada, ó su copia, por una espedicion ideada en la Habana contra los establecimientos ingleses, fomentadores del contrabando en el reino Mejicano, depone al ministro confinándolo en Medina del Campo, y saliendo inmediatamente para su destino.

Allí permaneció arrinconado el grande Ensenada por el dilatado espacio de cerca de treinta años que vivió despues de su separacion; de modo que en tan dilatado plazo, no queda duda en que hubiese encumbrado la nacion á la primacía que le corresponde, en lo físico, en lo político y en lo literario; siendo así que tanto aquel desman, como otros muchos que le fueron siguiendo la tienen sumida en la ínfima clase de las preponderantes en Europa (1).

Siguió despues pacíficamente Fernando en su reinado, pero sin el brillo, sin la prosperidad, y sin la vida que habia sabido infundir Ensenada en todos los ramos de la administracion pública.

Le sucede Cárlos III, franquea la venida á la corte, al gran ministro, pero sobreviene el memorable tumulto, suenan voces que victorean á Ensenada, y con esta novedad, tiene que salir otra vez confinado á Medina, donde permanece ya invariablemente hasta su muerte.

Habia militado Cárlos prósperamente en Italia, y coronado luego en Nápoles, tuvo un reinado glorioso, con su aficion eficaz y despejada á las Artes liberales, fomentándolas esclarecidamente; y luego logró la coyuntura de dar vuelo á inclinacion tan culta y caballerosa, con el descubrimiento ya mencionado en su lugar de las ciudades de Pompeya y Herculano, cuyos primores salieron á luz magníficamente estampados, despues de yacer allá soterrados bajo las cenizas del Vesubio, por espacio de mas de quince siglos.

Sigue luego en Madrid con los mismos conatos artísticos; florece bajo sus auspicios la Academia de Nobles Artes con profesores dignísimos, apadrina todos los ramos de industria y de instruccion amena y provechosa; pero se entrega con sobrada confianza en manos de Florida-Blanca, hombre sin vicios, despejado y agasajador por esencia; mas al mismo tiempo superficial, é incapaz de manejar con la maestría que estaba ya requiriendo la crísis europea, que empezaba ya desde entonces á asomar con síntomas mas ó menos claros, y pavorosos.

Se atiene Cárlos á su dictámen equivocado, y pernicioso de favorecer la sublevacion de la América inglesa, sin hacerse cargo del ejemplo escandaloso y trascendental que estaba dando á las colonias españolas que tarde ó temprano habian de seguir sus huellas; apareja torpemente, y pone en manos inhábiles la grande espedicion

(1) En seis años consecutivos la administracion espedita, pura y atinada del citado ministro trajo á España para el erario á quinientos trece millones al año, de los productos de América; cantidad que no ha tenido ejemplar, desde el tiempo de la conquista.

contra Arjel, y padece un lastimoso descalabro. Pero á pesar de aquel desastre, de los dos de Zaragoza y de Sangüesa, en que no tuvo la menor culpa el gobierno, pero sí en el del puente de Santa María, y mucho mas en el de las bárbaras flotantes: á pesar de tamaños quebrantos, el reinado de Cárlos III fué en su conjunto favorable y glorioso para la nacion.

Lo repetimos, pues los beneficios públicos y grandiosos deben ser agradecidos y solemnizados sin término, por la historia, por la poesía, por la oratoria y por todas las artes; lo repetimos ufanamente, Cárlos III construyó la puerta de Alcalá, el Museo, el Jardin Botánico, la Aduana, el canal de Aragon etc. etc. Suena su nombre en la comitiva entera de literatos y artistas, que campean en el catálogo de mas de sesenta varones eminentes que hemos colocado en su gobierno.

Repitámoslo una y mil veces con poético entusiasmo, y casi con rendida adoracion, pues por desgracia no es pródiga la naturaleza en producir majistrados y escritores de tan subidos quilates como los escritores Jovellanos y Campomanes, estadistas como los Aragoneses Roda y Azara, poetas como Melendez y Arriaza, pintores como Bayeu y Goya, tambien Aragoneses, grabadores, como Carmona, Selma, Atmeller; cuyas prendas, cuyos partos y cuya nombradía, encumbran el reinado de Cárlos III hasta la inmortalidad mas esclarecida.

¡Loor eterno á su memoria! Viva por siempre en nuestros escritos, en nuestros labios, y sobre todo en nuestros corazones.

Estamos en el teatro, y la decoracion encantadora de un alcázar iluminado y suntuosísimo se trueca de repente, en mazmorra lóbrega y horrenda. No porque Cárlos IV sea, ni por asomo, un aborto de naturaleza, un monstruo sanguinario y pavoroso, ni tampoco un monarca insensato, y absolutamente negado, para el desempeño de su escelso cargo. Todo lo contrario sucede. Su corazon es esencialmente benéfico, y al mismo tiempo justiciero, y le acompaña un tino perspicaz y certero, para deslindar al golpe los espedientes mas peregrinos y enmarañados; mas obra siempre por impulso ajeno, y ¡ojalá no fuese tan bonaucible, y condescendiente!

No es Florida-Blanca seguramente un estadista consumado, como lo creyó ciegamente la nacion, siendo realmente limitadísimo, en particular para la política esterior; pero con tantos años de ministerio, está como se dice, muy al corriente de los negocios obvios é interiores, y luego carece absolutamente de vicios; mas intenta cortar los vuelos al nuevo fenómeno, y queda sacrificado, pospuesto, y sumido en un encierro.

Entra ufano Aranda con su desenfado militar, y su despreocupacion estranjerada, y no advierte, que es un mero comodin para franquear la posesion al aborto de la transformacion Ovidiana, de un guardia totalmente lego y vulgarísimo, en ministro de Estado. Se acalora el cuerdo y pundonoroso anciano en el Consejo Supremo, y perora contra la guerra absurda de Francia, con los anuncios proféticos, que luego comprueba colmadamente la esperiencia; ofende al monarca entusiasmado con su predilecto, por influjo de la esposa, y en pago de sus amarguísimos, pero anticipados y malsonantes desengaños, yace luego en el antiguo alcázar de la morisma, en la Alhambra de Granada.

Se declara en breve á locas y á ciegas la guerra contra la Francia desaforada y frenética, prospera la primera campaña, asoman, cunden y prevalecen los desengaños de Aranda; logra el profeta su libertad á medias en Epila, pueblo suyo de Aragon, y D. Domingo Iriarte ajusta el tratado de Basilea, que por sus consecuencias nos avasalla rendidamente á la Francia, y nos acarrea despues un rompimiento con la siempre alevosa Inglaterra; pero por fin aquel convenio ventajosísimo para la Francia, proporciona á Godoy el sumo dictado de Príncipe de la Paz, y entonces la oleada de la adulacion encumbra al agraciado, en prosa y verso, hasta las moradas esclarecidas del empíreo.

Hostilizan mas y mas los Ingleses nuestras colonias, y aun ¡ó baldon horroroso! nuestros puertos europeos; se salvan milagrosamente Cádiz y el Ferrol, pero la nacion exhausta está padeciendo miles de quebrantos, hasta que nuestra armada caduca y fenece por entero en el memorable, y heróico por nuestra parte, combate de Trafalgar; merced á la barbarie y despotismo de Bonaparte. Pide, requiere y arrebata el mandarin universal caudales y guerreros, y al par de los niños que cuanto mas halagan mas pretenden, trata ya de apropiarse la nacion entera, con ánimo de emplearla en *colonizarle* las costas de Africa; embelesa y enloquece á Godoy, como los traficantes á los salvajes con meriñaques y fruslerías, ofreciéndole timbres, dictados y cetros; inunda la España toda, con su hueste inmensa, empapándola en el cebo del robo y la opulencia, como allá en Estremadura la grey cerdosa con la montanera; sobreviene el alboroto de Aranjuez, cae Godoy, yace en un encierro, lo rescatan las joyas de la corona, regaladas al venal Murat, y vuelve á la corte, con pesadumbre mortal del pueblo consternado.

Entretanto Fernando VII, declarado rey por la voluntad libre y propio impulso del padre, llega á Madrid con aplauso nunca visto, y á los pocos dias, inducido por la ceguedad suma de

sus consejeros insensatos, se pone en viaje, y á pesar de la oposicion denodada y elocuente de Urquijo, y de las demostraciones del pueblo, en Vitoria, pasa á Bayona, donde al pronto queda preso, y en seguida traido como reo á la presencia de Bonaparte; se ve bárbaramente depuesto, ajado y envilecido por sus propios padres, y aunque luego lo llevan al encierro de Valencey, en aquella misma noche del mortal sonrojo, tiene la entereza de espedir una convocatoria reservada de Córtes, á la primera autoridad española que la hubiere á las manos.

Sobreviene el memorable 2 de mayo, en que el pueblo, á ciegas y á solas, pelea y se sacrifica, y se inmortalizan, defendiendo el parque y la nacion, los héroes Daoiz y Velarde. Aquella es la declaracion efectiva del rompimiento, y aquella misma guerra ha de ser la volcadora del vil agresor, de su trono, y de su existencia.

Entretanto la nacion entera, como de un chispazo eléctrico é instantáneo, se dispara de estremo á estremo, y pelea dia y noche, y pierde batallas y pueblos, y se rehace, y guerrea mas y mas; Zaragoza, Jerona y Astorga son las luminarias del heroismo; el teson incontrastable, todo lo contraresta, todo lo vence, todo lo inmortaliza.

Cádiz se defiende años contra todo el poderío francés; bajo las bombas enemigas se junta el Congreso español, y delibera sosegadamente sobre los puntos mas arduos del gobierno, puesto en la parte ejecutiva á cargo de una Rejencia que nombra el mismo, y fragua, y rasguea y acabala su famosa Constitucion del año 12; y despues de la batalla de los Arapiles, ya libre y triunfante, sale para Madrid, donde sigue con sus tareas, mereciendo siempre el asombro y los aplausos de toda Europa.

Reconocen su autoridad, y acatan sus disposiciones las potencias del norte, y con especialidad la Rusia, que despues trata á la España con desden, y aun con insulto.

Entretanto Bonaparte emprende nuevas conquistas casi hasta el mismo polo, y con ciega imprudencia estrella, y anonada un ejército inmenso con su espedicion á Rusia. Batallan mas y mas los aliados y vencen al temerario; lo arrollan sobre la misma Francia, hasta que al fin lo derrocan de su encumbrado trono, confinándolo en la estrechez de la isla de Elba, sobre la costa de Toscana.

En aquel intermedio, Bonaparte, al ver ya en el disparador su vuelco y esterminio, envia primero al duque de San Cárlos, y despues al célebre Palafox, para negociar un tratado, artificioso y fementido como todos sus pasos, con el gobierno de España, y luego, acosado mas y mas por instantes, mientras se zanjan, o nó las dificultades que encuentran sus dos emisarios, se presenta el mismo Fernando VII.

Repetiremos el símil muy obvio del labrador que está ansiando la lluvia benéfica y reanimadora, para su sedienta sementera; y al ver allá una nubecilla al confin del horizonte se consuela un tanto, y al observar que crece mas y mas, y se condensa por instantes, se enardece mas su pecho palpitante y candoroso..... cuando dispara el nubarron rayos horrendos, y al par un torrente redoblado de grueso y asolador granizo, que destroza y anonada de repente su colmada cosecha y sus ansiosas esperanzas.

Llega Fernando, y en galardon de los afanes, peligros y congojas de los heróicos constitucionales de Cádiz, trae un ejército delirante de Valencia, y encarcela, atormenta, destierra y despoja á los conservadores de su trono, su jerarquía y su alimento. Atónito el orbe racional de novedad tan inesperada, conceptúa que tamaña ingratitud es aborto de algun trastorno en las potencias del implacable y malhadado perseguidor.

Sigue sin embargo el desenfreno de venganzas nunca vistas, donde no cabe el menor asomo de ofensa, y los campeones de la victoria esclarecida contra el soberano de Europa, yacen mas y mas hambrientos y desamparados en las mazmorras ó presidios de Africa y América, sin que raye una chispa de luz por los ámbitos del palacio, para desimpresionar al estraviado monarca de sus maléficas ilusiones.

Con las revueltas de España, y con las sujestiones aleves y codiciosas de la maldad inglesa, se rebelan los paises principales de América, y aunque Fernando encuentra el erario vacío y recargado además de inmensas deudas; se afana, echa el resto y á todo trance, con un rédito subidísimo, ajencia por fin algun caudal, para formalizar una espedicion poderosa y recobrar aquellas dilatadas y riquísimas posesiones.

Se aparata la empresa en Cádiz, á las órdenes de D. Enrique Odonell, conde de Abisbal, que como ya se ha dicho, juega siempre á dos ó tres palos á un tiempo. Se van acantonando los cuerpos en las cercanías, y hay uno en el pueblo de Las Cabezas, mandado á la sazon por D. Rafael Riego, asturiano, y poco deseoso como despues, se vió de surcar las llanuras salobres de Neptuno.

Ahora bien, ya se ha visto la ejecucion de Padilla y Bravo por Cárlos V, y la del Justicia Lanuza por Felipe II, habiendo antes jurado entrambos soberanos la observancia de leyes y fueros de Castilla y Aragon; si la suerte favoreciera á Padilla y á Lanuza, y tuvieran en su poder á los atropelladores de tan sagrados fueros, parece que habia justo motivo para encausar y ajusticiar á unos reyes perjuros, mas no rije el

mismo caso con Fernando, pues Riego es un militar, sujeto á la Ordenanza, y precisado á obedecer sin réplica á sus jefes, sin propasarse á ventilar y pregonar conclusiones políticas y teorías muy ajenas de su profesion; y aunque fuera mas caballeroso ú mas rejio el indultarle, en suma Riego era positivamente un reo, y estuvo justísimamente sentenciado y conducido al cadalso.

Volviendo al asunto, triunfa Riego con su partido, desbarran los constitucionales de temporal, y aunque pelean bizarramente algunos jefes con sus tropas, prepondera la segunda francesada traida por Fernando, al arrimo de varios españoles de alguna nota y trascendencia; arrollando á Mina, Llobera, Milans y demás caudillos leales que guerrean por Cataluña.

Por otra parte Ballesteros, no se sabe porqué influjo, sistema ó interés, desde luego se desentiende, con un ejército poderoso, acompañado de brillantísima caballería, de todo jénero de resistencia, y así el enemigo va ocupando plazas y pueblos á su albedrío. Siguen su marcha triunfal sin asomo de continjencia los franceses, pero llegan á Cartajena le intiman la rendicion; el gobernador Torrijos, sale con su guarnicion y les presenta batalla campal; pero el enemigo, lejos de admitirla, se retira, ó mas bien huye, precipitadamente por el puerto llamado de la Cadena, y se incorpora con los suyos, siguiendo todos el rumbo de las Andalucías.

Llegan á Campillo, y allí Carrera, coronel de Asturias, con solos dos rejimientos, embiste á toda una division francesa á la bayoneta, y despues de una refriega reñidísima, por fin al cuarto avance, queda dueño del campo de batalla, de modo que si el bizarro oficial se ve sostenido por las demás brigadas, arrolla y tal vez destroza todo el ejército advenedizo, con perpetuo escarmiento de tamañas espediciones.

Pero el populacho abriga, y agasaja al enemigo, el cual logra de Ballesteros, un convenio á medida de su deseo, en que se compromete á no pelear, ni tomar parte en aquella guerra, dejando absolutamente á los Franceses obrar á su albedrío.

Entretanto Riego sale de Málaga con cinco ú seis mil hombres, se adelanta hasta los acantonamientos de Ballesteros, y despues de juntarse amistosamente, no pudiendo reducir al traidor á que vuelva por su pundonor, y pelee á todo trance por la causa nacional, por fin lo prende; pero acude su tropa y lo rescata; y entonces Riego, careciendo de aquel arrimo, y cercado por todas partes de enemigos, se marcha hácia Jaen, donde se defiende bizarramente, hasta que arrollado y perseguido sin cesar por un número muy preponderante, tiene que guarecerse en un cortijo, cuyo dueño avisa su llegada, con dos ó tres compañeros, y luego lo conducen al primer pueblo, y de allí á Madrid, donde lo encausan, lo sentencian y lo ajustician.

Tiene, como se ha dicho, muy merecido aquel castigo, pero quedaba mas airoso el monarca con un indulto memorable, que con un rigor equitativo, ajeno de la hidalguía de un corazon magnanimo, y verdaderamente rejio.

Entretanto los franceses echan el resto en el sitio de Cádiz, y tras varios rechazos, se empeñan en tomar el Trocadero, como lo consiguen á mucha costa. El gobierno español flaquea y desacierta mas y mas por instantes; pues aun despues de la entrada del enemigo, mientras tiene sus cartuchos empapados con el agua de los caños que por largo rato ha tenido que atravesar, siendo facilísimo el esterminarlo en aquella situacion indefensa, le da tregua para que renueve sus municiones, se rehaga, y se refuerce, y luego embista con desahogo y ventaja.

Además, desde el primer amago de sitio, debió el gobierno esmerarse en la construccion de sesenta ó mas lanchas cañoneras, en cuyo manejo es incontrastable la maestría de nuestros marinos, para dominar en todos los caños, y barrer de remate cuantas fuerzas enemigas se presentasen por cualquiera punto, tanto de noche como de dia.

En fin, acosada nuestra guarnicion por todas partes, no queda ya mas arbitrio que el de capitular con resguardo honorífico, y dejar la demanda; mas el francés no quiere dar oidos á proposicion alguna, mientras no esté libre el monarca, para tratar con él de un convenio. Se oponen los Voluntarios de Madrid, temerosos de algun fracaso, y así requieren el compromiso del rey, quien se aviene á darlo solemnemente, como lo verifica para luego desecharlo, con el mayor menosprecio.

Viene Fernando al Puerto de Santa María, y apenas pone el pie en tierra, cuando prorumpe en una espresion indecorosa, y sigue con un procedimiento arbitrario y despótico, desentendiéndose absolutamente de cuanto ha prometido con formalísima solemnidad. Pasa á Sevilla, y emprende su viaje para Madrid, mandando arrojar á viva fuerza de la corte, y desviar de las carretera á larguísima distancia, á todos los constitucionales, sin escepcion. Restablece en seguida su sistema despótico, en todas sus partes, dirijido y avasallado por D. Victor Saez, obispo de Tortosa, absolutamente ajeno de todo negocio civil y político.

Resultan luego tropelías violentísimas en Zaragoza, en Córdova y en otras muchas *ciudades*, sin que recursos ni quejas *merezcan aceptacion* alguna, acarreando mas bien *regocijo* á los mandarines, y por consiguiente *mayores* é insufribles insultos.

Entretanto los franceses terminada su espedicion afrentosa, en que han vencido por la traicion de los jefes principales del bando nacional, y por el auxilio que jeneralmente les ha prestado la plebe torpe y ciega, incapaz de conocer jamás sus verdaderos intereses, tratan por fin de retirarse, evacuando el territorio que han venido á esclavizar y envilecer, despues de haber estado por tantos años pregonando, la independencia y prosperidad del jénero humano.

Su caudillo Angulema se vuelve ufanísimo á París, de donde tendrá luego que salir desterrado para siempre, dejando el cetro en manos de una nueva dinastía; encumbrada al mando con los amaños del comerciante Lafitte, del astuto y fementido Taillerand, y otros aspirantes perpetuos al influjo y al predominio.

Tiene Fernando que despedir á su inutilísimo mitrado, y colocando en su lugar al duque de San Cárlos, igualmente indeciso y negado para el desempeño del ministerio principal, se entrega enteramente á D. Tadeo Calomarde, recien ascendido al de Gracia y Justicia. Hace á su propuesta algunas reformas útiles en el ramo judicial, y le acompaña luego en el viaje á Cataluña, con motivo de los movimientos tumultuosos que van en aumento por instantes en todo el país. Quedan aplacados y desvanecidos aquellos disturbios, y regresa triunfante á Madrid, por Zaragoza, donde se embarca y llega á Tudela, mereciendo continuos aplausos en su tránsito por Navarra, y dejando satisfechas á las provincias esentas, con el reconocimiento mas ó menos estenso y formal de sus antiguos fueros.

Ansia mas y mas Fernando, y se azora y se desvela por el arduo recobro de las inmensas y riquísimas colonias desprendidas con sangrientas llagas del regazo de su madre patria, y arrostra cualquiera sacrificio, por el logro de su idolatrado intento; pero la Hacienda absolutamente desquiciada, y el erario por consiguiente acosado y exhausto, le imposibilitan el apronto de una espedicion grandiosa, cual se requiere para proceder desde luego con alguna confianza.

Se ajencia por fin algun caudal, á muchísima costa, y se logra entablar la empresa con robustas y tal vez escesivas, esperanzas. Llegan las tropas, y aunque con mil vaivenes y alternativas logran al principio algunas ventajas; y se internan hasta el Perú y desavenidos los jefes con el dignísimo Virey D. Joaquin de la Pezuela, cometen la imprudencia de llegar á deponerlo, arbitrando por sí mismos en todos los trances de la paz y de la guerra.

Hacen acá y acullá varios movimientos con poquísimo tino y trascendencia, hasta que al fin quedan, en el famoso Ayacucho, afrentosamente vencidos, y obligados á volver á España, dejando, no solo el campo y el Perú, sino todos aquellos países, á merced de los sublevados; pero entretanto, los usurpadores del mando, del vireinato y por supuesto de los caudales, se los reparten, con un sin fin de grados, y distinciones que confirman la sentencia de algun escritor juicioso, quien ha dicho atinadamente: «que los descubridores y por consiguiente dueños de reinos enteros, en fin los heróicos conquistadores, vinieron casi todos á fenecer en mazmorras y cadalsos, con mengua de la nacion; ahora los arruinadores y fujitivos de aquellas ricas posesiones, han venido cuajados de timbres y realzados con ascensos, insultando con sus distintivos á la nacion escandalizada.»

Quedan asi aquellos paises desventurados en la garra infernal de la anarquía, sentenciados á mudar incesantemente de individuos y de sistemas, y perpetuando mas y mas su lastimoso desgobierno.

En este desman, y en este vaiven, por cada dia mas pernicioso, no hay que culpar á los infelices Indios, que son siempre meros testigos y apocados pacientes de tan continuas y funestas novedades, siendo siempre los autores de todos los movimientos, tal vez algunos Españoles, pero principalmente los Criollos, y los Mestizos ó Mulatos, ralea sin educacion y sin freno, ansiosa de caudales, para encenagarse y envilecerse con sus vicios torpes é insensatos.

Dígalo Buenos Aires, país venturoso en otro tiempo, cuando se vivia por decirlo así, de balde, y se disfrutaban cuantos regalos y comodidades puede aprontar la mas propicia naturaleza; y ahora oprimido y desangrado por un monstruo llamado Rosas, que se rie de todo empacho y miramiento, y al contrario está haciendo siempre alarde y pompa de su bárbaro desenfreno.

Fernando con el nuevo, y amargo desengaño, tiene que reducirse en cierto modo á la Península, y prescindir para siempre y muy á su pesar, de las posesiones inmensas de sus mayores. Tiene que reducirse, repetimos, con el erario mas exhausto por cada dia, á lo mas imprescindible, sin emprender obras, sin dejar un grandioso monumento fehaciente de su magnanimidad y su beneficencia.

Frecuenta las aguas de Trillo, donde trata con llaneza á las jentes, y se esplaya, y distrae algun tanto de sus afanes y amarguras; pero sigue agravándose en sus achaques, y entretanto tiene á bien revocar, de su propia autoridad la ley sálica, planteada por Felipe V, y falleciendo á fines de setiembre de 1833, queda su viuda ejerciendo la plena autoridad del gobierno.

Contrajo Fernando, como ya se dijo, cuatro enlaces, y tratando á todas sus esposas con atento decoro, tan solo dejó sucesion de la úl-

tima Doña Cristina, en quien tuvo las dos hijas, Isabel que felizmente reina, y su hermana Fernanda, siendo entrambas el objeto del cariño y de las esperanzas de esta nacion, ansiosa de su prosperidad y de manifestar su agradecimiento á los beneficios que se promete lograr en adelante, de manos de tan dadivosas y de tan augustos pechos.

Ya se habló del Estatuto, ideado por Martinez de la Rosa, y concedido por Cristina, cuyo contenido se manifestó al fin de esta Historia, con estension suficiente.

Pero antes de dar fin á esta Reseña y de emprender el Cuadro ú por lo menos Bosquejo del Estado actual de la nacion Española, no podemos menos de colocar aquí mismo, por via de Ramillete una noticia especial de los Españoles que han sobresalido con sus inventos, absolutamente propios, favoreciendo así á la patria, á la humanidad y á la civilizacion.

Ya se habló largamente de D. Alfonso, astrónomo, poeta y sobre todo lejislador, que arregló el primer cuerpo jeneral de leyes, que ha salido á luz en Europa.

Hay una clase de individuos, destituidos de las potencias, ó cualidades fundamentales para alternar con todas las demás, y desempeñar las funciones constitutivas de la sociedad humana, proporcionándose los medios indispensables para su propia subsistencia. Estos son los Sordo-mudos, imposibilitados por la naturaleza para terciar con sus hermanos, en las acciones mas precisas de la vida racional.

El monje Ponce ideó á solas el arte peregrino de la enseñanza metódica de unos entes que por este camino, entran en el goce jeneral de cuantos logros corresponden á la existencia del hombre. Era aquel sistema, como suele suceder con los primeros inventores, algun tanto imperfecto, pero lo redondeó y acabaló despues el racionero de Zaragoza Boneta; y cuanto han planteado y encarecido en el siglo anterior los abates franceses, Sicard y L'Epee, no es mas que una copia, una repeticion de cuanto dejó escrito é impreso el dilijente clérigo zaragozano.

Blasco de Garay inventó y demostró con repetidos esperimentos, en Barcelona, la navegacion con el vapor, y habiendo Cárlos V presenciado con espresiva aprobacion aquellos ensayos, embebido y entusiasmado con sus guerras y sus negociaciones, desatendió y olvidó un invento que está ahora conmoviendo y vivificando el mundo entero con sus portentosas operaciones.

Sebastian Delcano, natural de Guetaria, en Guipúzcoa, iba de piloto en la nave Victoria, y muerto su jefe Magallanes, continuó la espedicion y vino á Sevilla, donde permaneció su bajel por largos años, venerado como una reliquia, por haber sido el primero absolutamente que dió la vuelta al mundo, y siendo el que debe encabezar el glorioso catálogo de los navegantes, debe contarse tambien en el número de los inventores.

Viene luego el ínclito Gonzalo de Córdova, el justísimamente apellidado el Gran Capitan, inventor esclarecido de la ciencia sublime, de la Táctica moderna, que le afianzó perpetuamente la victoria, en cuantas empresas y trances llegó á empeñar en su carrera incontrastable. Mejoró y perfeccionó hasta lo sumo el mecanismo fundamental de la constitucion militar, pues antes los batallones, que llamaban tercios, constaban de mas ó menos compañías, tambien desiguales, segun se habian ido formando segun la variedad de su orijen y sus circunstancias. Gonzalo deslindó y planteó su constitucion, en términos de estar siempre cabales en el pormenor, para su destino y desempeño segun las ocurrencias.

Formó un plantel heróico, una escuela portentosa de guerreros que estremecieron y avasallaron despues la Europa entera. Tales fueron el marqués de Pescara, Antonio de Leiva, el duque de Alba y el célebre conde Pedro Navarro.

Este fué el inventor de las Minas, pues sitiando los Españoles el castillo inespugnable del Ovo en Nápoles, propuso al Gran Capitan el minar el monte, á la profundidad competente, y cerrando una porcion cuantiosa de pólvora, prenderle fuego y volarlo todo, como se consiguió completamente, con asombro mortal de vencidos y vencedores. Despues se ha ido perfeccionando este arte, como todos, pero en suma, el primer invento pertenece absolutamente al conde Pedro Navarro.

Hace como medio siglo que el sabio D. Francisco Salvá ideó, en Barcelona, los telégrafos eléctricos, que ahora se han planteado con grande aplauso en París, sin que fuese por cierto misterioso aquel hallazgo, habiéndose desde luego jeneralizado su conocimiento por todas partes.

¿Y por ventura no merecen el timbre y la calificacion de inventores, los sumos artistas que sin salir de sus hogares, sublimaron el arte hasta lo mas encumbrado de la perfeccion? Absorto está el gran centro de la ilustracion moderna, y atónita se muestra la Europa toda con tan esclarecidos é inmortales partos.

No deben tampoco omitirse, D. Antonio Agustin, natural de Zaragoza inventor de la ciencia numismática, y Sanchez de las Brozas, descubridor perspicacísimo de todas las partes de la oracion en cualquier idioma, y por consiguiente maestro, y fundador de la verdadera *Gramática* jeneral.

Vamos ahora por último á rasguear el estado actual de la Nacion Española, con algun esmero y con toda imparcialidad.

ESTADO

DE LA NACION ESPAÑOLA

A MEDIADOS DEL SIGLO DIEZ Y NUEVE.

Constitucion.

Sabido es, que siempre las Córtes de Castilla fueron muy endebles, ó mas bien desvalidas, reduciéndose su potestad, ó mas bien influjo, á un mero derecho de peticion, ó rendida muestra de los negocios jenerales, ó asuntos pertenecientes al Estado; y luego con la ejecucion de Padilla, Bravo y demás comuneros, bajo el despotismo austriaco, vinieron á quedar mudas, ó sea esterminadas.

Fueron siempre mas entonadas y poderosas las Córtes en Aragon, y aunque allá D. Pedro, apellidado jeneralmente el ceremonioso, alteró realmente el ceremonial de la jura, suprimiendo por entero la fórmula terrible y sin ejemplar en el orbe, del *Nos que somos tanto como vos* etc., conservaron siempre cierto brio y engreimiento que tenia absolutamente y á todo trance á raya á los monarcas. Asesina Felipe II jurídicamente, ó por mejor decir sin asomo de forma legal, á nada menos que al gran Justicia, al segundo rey, Juan de Lanuza, y quedan avasalladas, ó por mejor decir, inexistentes las Córtes aragonesas, al par de las castellanas; pero luego se rehacen aquellas, y Aragon manifiesta de nuevo hasta cierto punto la entereza jenial de sus habitantes.

Comete luego aquel reino la imprudencia de armarse por los austríacos, cuando en realidad, debia, como los demás Españoles, rechazar de muerte á todo advenedizo; y entonces Felipe V vencedor y conquistador del país, anula todos sus fueros políticos, conservando únicamente las leyes civiles, esencialmente perjudicialísimas por sus absurdas disposiciones.

Sobreviene la francesada atroz de Bonaparte, y en el arrinconamiento estremado y heróico de Cádiz, debajo de las bombas enemigas, se fragua, se ventila sosegadamente, párrafo por párrafo, y renglon por renglon, y por fin se aprueba, se pregona y se plantea la célebre Constitucion de Cádiz; asombro de la Europa, por el conjunto de sus circunstancias, pero tal vez sobrado propensa á la democracía.

Viene Fernando VII, y prescindiendo de su contenido y de su esencia, la echa dos veces por tierra de estremo á estremo. Fallece el monarca, y la viuda Doña Cristina, de su libre y graciosa voluntad, concede á la nacion el Estatuto, que al pronto, saliendo del anterior despotismo, halaga y alboroza los ánimos por punto jeneral. Pero luego parece á muchos escaso de liberalismo aquel sistema; sobreviene la revolucion, ó mas bien tropelía atroz de la Granja, y se restablece la Constitucion de Cádiz absolutamente en todas sus partes; mas luego prevaleciendo el ministerio, y con motivo de los vaivenes y la rejencia única de Espartero, se cercenan algunas disposiciones al parecer descompasadas, y se entona con mas equilibrio entre el Estatuto, tal vez demasiado aristocrático, y el sistema de Cádiz, sobrado popular, la Constitucion de 1837, que jeneralmente se conceptúa adecuada al intento de lograr la nacion el competente desahogo (1), y capaz de labrar la anhelada felicidad nacional.

(1) *Ponderibus librata suis*: como dice Ovidio de nuestro planeta, en su primera formacion.

Por lo demás, todo sistema constitucional estriba esencialmente sobre dos polos incontrastables, á saber, la votacion inviolable de los presupuestos en el cuerpo lejislativo, y la libertad racional de la imprenta.

La nacion inglesa, odiosísima para nosotros, por su ambicion insaciable, y sus alevosías perpetuas, puede en esta parte servirnos de norma, cuanto mas que aun cuando no nos diese su ejemplo, es de suyo muy obvia y muy saludable esta doctrina, para no ceñirse aferrada y perpetuamente á sus principios, como se ha dicho, incontrastables.

El punto absolutamente fundamental de los presupuestos, no admite duda ni escepcion alguna, pero en el ramo tambien muy trascendental de la imprenta, hay que deslindar despejadamente los cargos, críticas ó reconvenciones, siempre decorosas, sobre el desempeño mas ó menos acertado de los empleados, desde los mas altos hasta los ínfimos, su conducta pública, que puede y debe ser censurada, y su vida privada que ha de ser un sagrado para todo individuo, castigando inexorablemente las personalidades, que nunca pueden ser indiferentes, sino antes bien de suma trascendencia.

Otro tanto diremos de los escritores, cuyos partos son desde luego, como dice un poeta francés muy conocido, esclavos natos de todo comprador. Empléese en buenhora la crítica en desentrañar primores, ó desaciertos, formal ó festivamente, pues el interesado le agradecerá sinceramente sus advertencias, siendo atentas é instructivas; y el autor que en tal caso se ofendiere, será un insensato, y no merece ni crítica ni mencion alguna, sino sumo menosprecio.

Pero sabido es el espíritu del Zurriago, las Semblanzas y sus semejantes; abortos por lo jeneral de partidos violentos, donde la calumnia, la hiel y el escarnio, aparentan hacer veces de equidad y aun de maestria, y no son mas que desfogues sangrientos, venganzas ruines de pechos estragados.

Con efecto, nuestra plaga mortal, quizá mas perniciosa que todas las de Ejipto, es la caterva implacable de los envidiosos, la bandera feroz de los aspirantes al predominio, no racional y patriótico, sino absoluto y desaforado. En una palabra, ó el individuo profesa la misma parcialidad, y entonces no hay alabanzas que alcancen á encarecer sus prendas, ó bien es de bando opuesto, y en tal caso, no hay tampoco espresiones en todo el idioma para zaherirlo, y esterminarlo, como merece.

Por lo demás el sistema constitucional, mas ó menos popular ó monárquico, al cabo es fruto de nuestro terruño, y las riberas del Tajo y del Ebro, de ningun modo pueden estrañar el renacimiento moderno de un gallardo compatricio nuestro, de un compañero, ó mas bien hermano que nos estuvo animando y robusteciendo por tantos siglos; como se puede ver por estenso en la obra inmortal del sabio Marina.

Afirma Robertson en su célebre Historia de Cárlos V, hablando de Padilla, Bravo y demás comuneros, que Castilla encabezó allá la marcha triunfadora del réjimen constitucional en Europa, y con mucho mas motivo se debe decir de Aragon, segun la formulilla *matante* y un ejemplar del *Nos que cada uno somos tanto como*, nacida en los despeñaderos y cañadas de Sobrarbe; y repetido en pompa por las riberas del Cinca y del Ebro, hasta que Pedro el ceremonioso, mal-hallado, como todos los monarcas, con aquella humillacion, en su dictámen indecorosa, le declaró la guerra y consiguió por fin cercenarla en el acto de la memorable jura.

Cabia seguramente el prescindir de aquella cláusula memorable, y conservar esencialmente los fueros, como se logró por siglos, hasta que Cárlos V, sostenido por sus tropas mercenarias, prevaleció en Castilla, avasalló ú orilló las Cortes de Aragon, y luego su hijo con el sacrílego holocausto de Lanuza, juntó las Cortes en Tarazona, por mera ceremonia, pues sus actas se redujeron á oir y obedecer los mandatos del tirano, que les impuso terminantemente la ley; hollando la representacion nacional, y escarneciendo sus ya rancias y mohosas prerogativas.

Siguió luego la casa de Austria, mas y mas azarosa por cada dia para España, desentendiéndose absolutamente de todo tratamiento racional, y entregada ciegamente á sus privados idiotas, hasta simarse la familia toda en la nada. La resistencia aragonesa, y los vaivenes de la guerra, favorecieron á Felipe V, para anular todo privilejio en la monarquía entera.

Sin embargo, como las provincias llamadas esentas, desde luego se declararon por su partido, tuvo que condescender con sus deseos, y les conservó sus fueros, en los términos que han estado disfrutando por algunos siglos; á cuyo influjo y arrimo ha progresado el pais en poblacion, industria, aseo y civilizacion; hasta que últimamente tuvieron que seguir el torrente nacional de contrarestar la usurpacion de Bonaparte, y luego reconocer el gobierno y la Constitucion de Cádiz, que igualaba á todos los Españoles de entrambos mundos en derechos y en votos por los intereses políticos, y la formacion de las leyes.

Con esto volvamos al tema de arriba, *á saber* que la Constitucion del año 12, queda *radical* y esencialmente conserado en la de *1837*, pues reconoce los principios *fundamentales* del siste-

ma apetecido, y deja espedita la potestad ejecutiva, paraque con el arrimo de las Cortes lleve adelante sus planes de reformas y de mejoras, en todos los ramos de la administracion pública.

Por lo demás, fuera de los trances que á lo mejor sobrevienen y enmarañan la serenidad habitual, hay jeneralmente decoro y circunspeccion, mientras se mantiene despejado el horizonte, y suelen asomar á veces rasgos apreciables de lójica atinada, y miras trascendentales. La oratoria, ó mas bien el habla que reina en el Congreso, no merece por lo jeneral el dictado ú la calificacion de verdadera, y mucho menos sublime elocuencia; pero por lo mas tampoco se requieren aquellos primores de perfeccion ideal, y aunque sobrevienen ocasiones en que ni Demóstenes ni Ciceron estarian de mas, para escudar y esclarecer los intereses sagrados de la patria, por lo comun con un despejo metódico, un conocimiento profundo del atraso y los recursos fundamentales de la nacion, y sobretodo con una vijilancia perspicaz y pundonorosa, para enterarse y disponer de los datos positivos que rodean las circunstancias, hasta para desempeñar el cargo honorífico de diputado, y merecer el agradecimiento, el aplauso y el galardon de la nacion entera.

Pudiéramos estender mas y mas este importantísimo tema, pero lo dicho nos parece suficiente para el intento de ir dando alguna luz, sobre los varios ramos que abraza nuestra existencia política.

La Diplomacia.

Sobreviene una desavenencia con Portugal acerca de la navegacion del Duero, se pasan oficios infructuosos, se dispone una espedicion, y entonces el gobierno español avisa la novedad al inglés, paraque no se oponga; contesta Peel á Espartero, que allá se las avenga, en cuanto al asunto del Duero, pero nada de conquista, ni por asomo; replica el Español, únicamente quedar enterado.

Ninguna sabiduría se requiere, ni en diplomacia, ni en manejo interior, ni por parte nuestra, ni por la otra, para el aviso, la contestacion ó la réplica, pues todo es parto naturalísimo de las circunstancias.

Teniendo España su competente recámara de navíos, bayonetas y caudales, seguramente escusara el primer paso, y por consiguiente los otros dos, prescindiendo del agrado ú displicencia Inglesa, y de todos los pueblos del orbe; y entrara ó saliera en Portugal, ó en donde tuviera porconveniente, sin un átomo de zozobra; mas en nuestro grado subalternísimo de potencias, no quedaba absolutamente otro arbitrio que el verificado con toda cordura.

A esto se reduce la verdadera, obvia y juiciosa diplomacia. En tiempo de los primeros austríacos éramos valientes y poderosos y por consiguiente vencedores; y así un ministro podia, de una plumada, imponer leyes desde el Manzanares á la Europa entera; y sin embargo se quiso hacer una ciencia peregrina de la Política, como se ve en Antonio Perez, en D. Diego Saavedra y Fajardo y en otros.

Modernamente se cita á Taillerand como prohombre en lo que llamaron allá por escelencia los Franceses recóndita Política (1); que venia á ser un sistema complicadísimo de marañas y tramoyas, con perpetuas alevosías y perjurios, que de nada podian servir, sin el predominio de las armas; y así vencido Bonaparte, primero en el norte, y despues dos veces en su casa, tuvo que entregarse ciegamente al enemigo, sin que cientos ó miles de Taillerands lo sacasen, ni garbosa ni desairadamente del trance.

El certero, el único, sistema se cifra todo en el poderío, y con él cualquiera pretension es asequible, y cualquiera rumbo es seguro, y antetodos el de la sencillez y el pundonor. Preguntaron á D. Luis de Haro, el que tras largas conferencias ajustó el tratado de los Pirineos, si el cardenal Manzarini, su contrincante, era tan sumo estadista como se ponderaba; y contestó el pundonoroso castellano, adolece de la nulidad fundamental de querer siempre engañar.

En suma somos pobres y desvalidos, y por tanto nuestro único sistema verdadero, gubernativo y diplomático, es la mas estrecha economía; y así, que nuestra representacion esterior sea mas ó menos esplendorosa, que célebre ó meramente asista á banquetes, mas ó menos espléndidos ó regalados, que haya vinos de Málaga, de Jerez ó de Alicante, que suenen allá millares de brindis, en prosa ó en verso, en francés, en inglés ó en otro idioma, que se hagan ó no mutuamente talesó cuales acatamientos y agasajos; todo eso no hará regar un palmo de terreno en los llanos de la Mancha, ó en los Monegros de Aragon, ni producirá una espiga, un racimo ó una aceituna mas, que es el objeto fundamental de todo gobierno, en la nacion entera.

Fuera pues las embajadas, con cuyo importe se abririan muchas acequias por las orillas de tantos rios, cuyas aguas van siempre de paso para empozarse inútilmente en los mares; fuera

(1) *Haute Politique.*

todo oropel, y atengámonos á lo sólido, lo positivo, hasta reponernos en la altura que tuvimos y que nos corresponde. Mantengamos sí cónsules, ó encargados de nuestros negocios mercantiles, decorosamente dotados, para proteger, y si cabe, fomentar nuestro comercio en todos los puertos de entrambos mundos; y afiancemos y engrandezcamos el resto importantísimo todavía de nuestra inmensidad anterior, facilitando medios á la navegacion y á todos los ramos de labranza.

Antes solian los Grandes costear é ilustrar las embajadas, pero en el dia la Grandeza está muy decaida en rentas, en influjo, y en preponderancia, para el gobierno y para la sociedad, sin que falten por eso individuos de cabal desempeño para los negocios, y de tino y ardor para el cultivo de las letras, particularmente en la parte amenísima de la poesía.

Volviendo al asunto, las embajadas, en nuestra situacion actual, para nada nos son conducentes en el servicio efectivo de la nacion, siéndonos al contrario costosísimas, sin el menor asomo de utilidad. Cese pues de una vez la llamada ciencia diplomática, que se reduce á un cúmulo de vaciedades, sin resultado alguno ventajoso para la nacion; y cuantos creen que va á quedar desairada, con aquel ahorro, respecto de las demás, pues el verdadero garbo, la preeminencia esencial, se cifra toda en su propia robustez, en sus artes, y en el fomento de sus verdaderos intereses. La ostentacion sin la realidad, es una decoracion teatral, una mera perspectiva, una fachada grandísima sin edificio interior, y una apariencia fantástica sin existencia verdadera.

La Hacienda pública.

Laberinto de laberintos, caos lóbrego ó inapeable, donde se camina á ciegas, desde los primeros tiempos de la monarquía; y así se deben agradecer sus conatos ó cuantos han aplicado la segur á maleza tan intrincada, para despejar el campo, é igualar, en cuanto al manejo y administracion, el conjunto de sus productos, á la mayordomía de una casa particular la contribucion directa y única seria la mas espedita, la mas ventajosa y ecónomica, para el erario y los contribuyentes.

En teoría, es innegable su preferencia; pero vamos á la práctica, y palparémos al punto nuestro desengaño. En el reino de Leon por ejemplo, donde apenas hay mas producto que el de una mezquinísima cosecha de centeno; en la sierra de Sayago, que de veinte y tantos pueblos tan solo en cinco hay arbitrios para costear un miserable maestro de primeras letras, ¿cómo se realiza el pago de su cuantioso contingente? En muchas de aquellas aldeas y comarcas enteras de señorío, los dueños en vez de percibir el menor producto ú asomo de renta, tienen que alimentarlos con repuestos ó adelantos cotidianos, para medio resarcirse al verano, sin ventaja alguna, sino antes bien con grandísimo quebranto.

Mas, aun en los territorios fértiles, como las riberas de Aragon y huertas de Valencia, Murcia y Granada, jamás poseen un maravedí para sus urjencias de dotar hijas, comprar caballerías y aperos, y acudir á sus urjencias mas indispensables.

Todos sus productos van siempre á parar á manos viles, á sanguijuelas insaciables que les apuran toda la sustancia, pues los malvados logreros, abusando de la situacion deplorable del angustiado labrador, que con pagos de censos y de otras mil cargas indispensables, apenas han podido completar ansiosamente su sementera, se quedan, segun la espresion vulgar, materialmente *sin un grano*, tienen que acudir sin recurso, á los depositarios de todos los frutos, y por consiguiente, del caudal entero del pais.... y estos tesoreros efectivos y personales de cuanto existe se quedan indemnes, y sin contribuir jeneralmente lo mas mínimo á las cargas públicas.

Resulta, que los pueblos se hallan imposibilitados de pagar, ni aun la mitad de lo que se les pide, acosándoles además con apremios y gastos estraordinarios, y postrándoles el ánimo, en términos de que lejos de inventar, ó soñar, mejora alguna, se van mas y mas rezagando y empobreciendo hasta lo sumo; cuanto mas que esta nacion casi puramente labradora, sin auxilio, particularmente tierra adentro, del comercio, ni jénero alguno de industria, y á lo mejor sobrevienen intemperies y desastres que arrebatan ó anonadan las cosechas de comarcas enteras, sin que las familias, como se ha dicho, tengan repuestos, para arrostrar tamaños quebrantos.

Por otra parte el Estado tiene que acudir ejecutivamente á sus atenciones indispensables, y necesita agolpar cuantiosos caudales en el erario, por dias y por instantes; y así el ministerio no puede menos de estrechar y esprimir á

los contribuyentes, prescindiendo, por lo menos hasta cierto punto, de casos y de circunstancias; para que la máquina del gobierno siga marchando, y el cuerpo social abrigue en sus venas la sangre ardiente y necesaria, para el desempeño continuo de sus funciones esenciales.

Repetimos lo dicho en el encabezamiento de este mismo artículo, á saber, que el ramo ú sistema de Hacienda, es un laberinto de laberintos, y á muy pocos, y tal vez á nadie entre nosotros, es dado el hallar aquel hilo de la fábula que guió á la encerrada Ariadna, para desentrañar las vueltas y revueltas, y salir por fin de la confusion de su recinto.

Entretanto parece que una combinacion racional de contribuciones mas bien indirectas que directas, pero en suma de unas y otras, es el partido mas acertado ú menos inasequible, para el logro de tan importante anhelo, en la solucion de problema tan intrincado y fundamental, quizé en el dia mas que en ningun otro tiempo.

Entretanto el verdadero, el único norte para el acierto indispensable, se cifra en la suma economía. Algunos opinan por la supresion total de mas de la mitad de los empleos altos, y la reduccion á menos de la mitad de sus correspondientes sueldos. Quizá seria este el partido mas equitativo y mejor para nuestra situacion ¿pero será practicable? no lo creo.

Es muy positivo, es innegable que el aumento de provincias, y con ellas de oficinas y empleados, sin acarrear ventaja alguna para la administracion pública, ha venido á parar en mayor complicacion en la máquina, con tanto desembolso por el coste de empleados, cuyo agolpamiento en pueblos subalternos, y con ciertas ínfulas de mando y señorío, no puede menos de influir en la propagacion de un lujo perjudicial, y en la desenvoltura, ó sea corrupcion de las costumbres. ¿Seria ventajoso restituir la administracion jeneral á su primitiva sencillez?

Lo cierto es, que antes la recaudacion se practicaba por un método muy espedito, que se reducia á presentar los alcaldes las cuotas de sus pueblos en los correjimientos, ó cabezas de partido, y luego los correjidores pasaban el conjunto de aquellas sumas, á la capital de la provincia, sin atraso, tropiezo, ni gasto alguno; y si ahora lo practican igualmente, será preciso que las respectivas capitales, hagan luego de nuevo sus remesas, ó envien las sumas, á otra mas principal, cuyo último paso se escusaba en el sistema antiguo.

Con este motivo, no podemos menos de lamentar la suerte del erario público, defraudado en largos cientos de millones con el producto de los bienes eclesiásticos. Un tesoro inmenso, capaz de arrostrar el costo de canales y carreteras, y de una escuadra poderosa, y sobre todo de cubrir nuestra deuda nacional y estranjera, ha venido á desaparecer, como humareda densísima que blanquea ó relumbra al sol, y á la primera ráfaga de viento, vuela y se disipa, sin dejar el menor rastro de su existencia.

Todo aquel verdadero Potosí ha venido á redundar únicamente en provecho y en colmo de cierto número de avarientos, que con la compra obvia y baratísima de un cúmulo de papeles baladíes, se ha apropiado las fincas mas grandiosos y productivas de la nacion. A ver quien es ya el taumaturgo, el redentor portentoso de tan horrendo naufrajio.

Sabido es, que todo jénero, toda mercancía que abunda, que se agolpa y rebosa en un mercado, se menoscaba, se vilipendia y casi se anonada; y así aquella venta debió ser pausada y juiciosa, pues con el arrebato y la franquicia de admitir vales desconceptuados y reducidos al tercio ú á menos de su valor nominal, resultó mayor desigualdad en los haberes, que es funestísima en economia política, y ante todo ninguna utilidad efectiva para la nacion.

Vamos ahora á ventilar otro punto de grandiosa consideracion por el mismo ramo.

Se notaba ya suma tibieza y jeneral inexactitud en el pago de cargas eclesiásticas, cuando en 1820, dos diputados aragoneses, primero D. Valentin Solanot y luego su sobrino Santafé, propusieron á las Cortes por tema, la abolicion de los diezmos. Encontró aquella novedad acalorada oposicion y tenaz resistencia, por parte de los interesados, ventilándose la cuestion aferrada y eruditamente por ambos partidos, y por fin se acordó un medio término, como dicen los Italianos, que es realmente el peor sistema en política, la reduccion de aquel impuesto tan gravoso á la mitad; con cuyo decreto los cosecheros, propensos como los demás hombres al propio interés, dieron en la practica tal ensanche á sus deseos, que el pago vino á quedar absolutamente en cero. Se revocó, y restableció y tuvo varias alternativas, aquella disposicion, pero al fin quedó abolido por entero el pago del diezmo; y los infelices párrocos hambrearon en términos de tener que pedir limosna á sus mismos feligreses.

Los labradores, tan sumamente favorecidos, pudieron desde luego sobrellevar un aumento considerable de contribucion, y el estado se encargó de acudir al desamparo de la clase perjudicada, cargando el impuesto nuevo, pero muy crecido, que se llamó de culto y clero. Se ha de advertir que el cosechero, en el acto de la trilla, cercado de mas ó menos abundancia, re-

bosa de complacencia y se aviene fácilmente en la era al desapropio y sacrificio de parte de los frutos que todavía no han asomado, por sus trojes; pero luego entre año se halla siempre, como se dice vulgarmente, *sin blanca*; y así este pago, que es tambien escesivo, se le hace sumamente penoso, con lo cual todo se vuelve atrasos, apremios, recursos, y en una palabra trastornos.

Otro tanto, y aun mas, sucede con los censos atrasados, pues habian caducado muchos hasta el punto de no tener noticia de su existencia en las casas gravadas, allá en otro tiempo, con aquella carga; y además en cuanto á los feudos corrientes, solian los frailes guardar mil consideraciones, pues en los años estériles ni aun se presentaban á molestar con un leve recuerdo a los contribuyentes; en las cosechas regulares cobraban dos pensiones, y muy rara vez tres. Pero los intendentes y su hueste desangradora, son como allá el Destino de la fábula ciegos y absolutamente inexorables, arrebatando con sus garras de harpía sangrienta cuanto hallan en las eras, lagares ó almazaras, desoyendo reconvenciones, ayes y lloros. En fin, como se ha dicho ya otras veces, está siempre ofreciendo anchuroso campo, para entonar miles de Jeremías sus dolorosos lamentos.

El ejército.

Tenemos al frente esa Francia con tropas disciplinadas y aguerridas, pero sobre todo en número desproporcionado á nuestros escasillos alcances; ¿qué son con efecto nuestros cien mil hombres, para el medio millon, ó millon entero, que pondrá mañana mismo en pie, si lo requieren las circunstancias?

A pesar de nuestra mengua respectiva en fuerzas, siempre tenemos que conservar un ejército considerable, para las urjencias interiores y esteriores, pues segun la situacion de los estados modernos, es ya imprescindible su mantenimiento.

Hemos tenido militares tan descastados, que han aspirado al mando absoluto, encumbrándose soñadamente á Bonapartes. Se engrie Riego; se conceptúa un héroe de primera jerarquía, y se empeña en cautivar la soldadesca relajando y hollando la disciplina militar, y al contemplarse en el auje de sus proezas, zozobra y va cobardemente al cadalso. No es tan trájico, merced á la dilijencia en el escape, y en una palabra, á las alas de su pavor, el paradero del ridículo Manchego, endiosado hasta las gradas del solio, casi por el mismo rumbo, y ahora allá hundido, con toda su invisible pequeñez, en la cerrazon de las islas británicas. Uno y otro parece que tienen sus imitadores, y nunca acaba de enfrenarlos el escarmiento; pero está el gobierno ojo avizor, y no es de temer el contajio, desde el vecino é insensato reinezuelo de Portugal.

Como quiera, el ejército está en el dia vestido y alimentado cual nunca, con disciplina al parecer cabal, y en disposicion de salir al vuelo á campaña y acreditar un desempeño tan aventajado como aparenta su traza, su robustez y su ajilidad. La caballería particularmente manifiesta notables mejoras sobre el estado que tenia en la guerra de la independencia, donde fueron escasísimos sus auxilios.

Los cuerpos facultativos conservan, y tal vez realzan, el pundonor con que siempre han hermanado su ciencia. Nuestra artillería es seguramente una de las mas aventajadas de Europa, y el cuerpo de Injenieros encierra una oficialidad brillante, que estudia con ahinco, y ejercita con intelijencia el arte sublime de la guerra, así para el ataque como para la defensa; y tanto para los trances de campaña, como para el resguardo ú el ataque de las plazas.

En los colejios y escuelas se plantea y se ejercita la mocedad militar, y con el tiempo es de esperar que renazcan y reflorezcan aquellos esclarecidos adalides que volaron de la escuela del Gran Capitan á todas las rejiones del orbe, para asombrarlo con sus hazañas y su sabiduría.

El establecimiento de los cincuenta rejimientos de Milicias, proporciona al Estado un ejército robusto y gallardo, sostenido con poquísimo desembolso y amaestrado en el arte de la guerra; sin dejar de la mano las faenas, ni desconocer los regalos de la paz.

Guerrera fué siempre esta nacion, y así en la guerra ya citada de la independencia, aunque atrasadísima en la práctica de las maniobras nuevas, y en todo jénero de inventos jeneralizados ya por Europa, hizo frente desde luego á los veteranos vencedores del orbe; y luego peleó en campo raso y frente á frente, y venció y ahuyentó para siempre en Vitoria, en San Marcial y en Tolosa, y recobró su concepto que la torpeza del gobierno, mas bien que la culpa, tenia hasta entonces tan ajado.

En esta situacion será muy del caso, por cuanto pudiese ocurrir en lo sucesivo, que se realice el plan que parece hay formado y decidido de ir un

cierto número de oficiales de todas clases y armas, á presenciar y si es dable acompañar las maniobras que puedan practicarse en cuantos campamentos y ejércitos se suelen verificar en Europa, con el objeto de perfeccionarse en todos los ramos el arte sublime, pero complicadísimo de la guerra.

La Marina.

Nacion marítima sin armada, viene á ser lo mismo que guerrero sin espada, ó escritor sin pluma.

Hay quien opina, que fué torpeza suma, ó mas bien ceguedad absoluta el malograr tantos millones, que se emplearan mas acertadamente en carreteras ó canales, que en navíos, oficialidad y marinería, para empozarse luego en la nada. A saber que tal habia de ser su paradero, es indudable este fallo. Afirman los mismos que nuestras posesiones ultramarinas restantes no son acreedoras al aparato costosísimo de toda una armada capaz de contrarestar á cualquiera otra enemiga; y en esta parte se equivocan ciegamente, pues la Habana merece infinito, y Filipinas, que son todo un mundo de producciones abundantes y peregrinas, que forman un verdadero tesoro, muy superior al de las minas de plata y oro.

¡Así Florida-Blanca y Godoy, desentendiéndose de todo compromiso con la Inglaterra, y de toda intervencion con las revueltas de Francia, acertaran á conservar nuestros ochenta navíos, los mejores de los mares, para dar la ley; sobre todo habiéndose puesto á obrar desde luego con nuestro armamento ejecutivo y asombroso de sesenta navíos en dos ó tres meses, cuando los Ingleses no tenian listos mas que de doce á quince.

Hay que resguardar y fomentar la marina mercante, que á la sazon escaseaba y ahora va todos los dias en aumento, como se dirá en el artículo del comercio, pues no puede respirar ni subsistir sino al abrigo de la militar, y para aprontar esta repentinamente, cuando se ofrezca, y como lo hicieron en 1790, tenemos el lindísimo, el primoroso arsenal de Cartajena, donde todo está á la mano, y donde casi jamás llueve, ni se atraviesa estorbo alguno, para sacar, como en una decoracion teatral, una escuadra grandiosa y triunfadora en dos ó tres semanas; y mas ahora que, segun acabamos de insinuar, abunda la marinería mercante, de donde únicamente pueden salir las tripulaciones, y por consiguiente la fuerza naval, el poderío avasallador del orbe.

Los Ingleses, con su clima lóbrego, lluvioso, y septentrional, no lograrán jamás tan preciosa ventaja, y así con el escarmiento de aquella anticipacion nuestra, desde entonces, además de las escuadras que les conviene tener en espedicion ó en reserva, cuidan de otra, como en medio armamento, para habilitarla con toda prontitud, en caso de urjencia.

La Francia toda está bien hecha cargo de la precision imprescindible de constituirse potencia marítima de primer órden, para echar el resto contra la tiranía isleña de los mares; y por cada dia se esmera mas y mas en aumentar sus fuerzas, perfeccionarlas, variarlas y salir á la palestra en los campos inmensos de Neptuno. Está viendo su imposibilidad sin embargo de combatir de poder á poder, con quien tiene mas de cien navíos perfectamente aparejados y dirijidos por manos maestras, y por un almirantazgo sabio, por un gobierno consumado y riquísimo, y por una opulenta nacion, entusiasmada y frenética con sus glorias navales.

La Francia toda, repito, está hecha cargo de que es insuficiente por sí sola para tamaña empresa, y vuelve la vista á nuestros arsenales, antes cada cual un Vesuvio, poblado de Cíclopes forzudos y batalladores, y ahora ¡ay Dios! desiertos, ruinosos y exánimes. Situacion amarga, desdoro feísimo, que trasciende á toda Europa, á la humanidad entera, y que engrie y enloquece mas y mas al Breton, endiosado, como allá en la fábula Vulcano, con sus fraguas inmensas y asoladoras.

La empresa en verdad es ardua y asustante; pero si nos estamos así, avenidos á la ridiculez de dos o tres bultos con el nombre de navíos, y á unos arsenales siempre vacíos y silenciosos, entonces la Habana, Puerto-Rico y las preciosísimas Filipinas, quedan siempre pendientes de un hilo, y el Breton lo corta y lo aventa de un soplo, apropiándose así cuanto le apetece, sintiendo tan solo en el alma no poder volar á la luna ó al planeta Júpiter, para multiplicar por miles sus escuadras, sus conquistas y su poderío.

Vive el tallo jeneroso, queda en el suelo español la planta fecunda, que retoñará en gallarda pompa, con el competente riego, en manos del rejenerador asombroso que la abrigue, la resguarde y la encumbre hasta la rejion propicia del influjo celeste. Así sea.

Lejislacion.

Hace años que se está ofreciendo á la nacion un código cabal en todos los ramos de jurisprudencia, y nunca asoma. ¿Será el Mesías? ¿será el ave fénix? ¿será un Solon ó un Licurgo que están siempre en mantillas, y nunca se aparecen por el Manzanares?

Pues Ayuso y Tapia que eran los encargados, en todo y por todo se mostraron siempre ansiosas de arreglar una lejislacion, y desempeñar de una vez aquella empresa.

Hay quien opina que el Código francés, ó de Napoleon, pudiera henchirnos la medida, sin la menor necesidad de nuevas cavilaciones, contiendas ó comentarios; y entonces todo se reducia á una tarea meramente literaria, en fin á una traduccion.

Parece sin embargo mas airoso y tal vez mas acertado el formar acá un Código nuestro, de planta española, uniforme ó mas bien único, y cesen las discrepancias y aun contradicciones de una idéntica materia y en una misma nacion. Salgamos, ya es hora de este laberinto de leyes bárbaras, ó por lo menos contradictorias ó inservibles, que serian adecuedas para los siglos cerriles en que se fraguaron; pero que ya tan solo conducen para aumentar la confusion y la arbitrariedad de los tribunales. Orillemos, repito las leyes allá aragonesas, catalanas ó navarras, y tengamos un Código jeneral, y meramente español, que rija para todas las provincias, pueblos é individuos, y que cada cual pueda tenerlo en la mano y llevarlo consigo á donde se le ofrezca, sin dar nunca lugar á interpretaciones siniestras ó violentas, qué ofusquen y tuerzan la justicia, y atropellen y sacrifiquen la inocencia al interés, y la sencillez candorosa á las dobleces, artificios y sofisterías de los curiales, que viven únicamente á costa de los incautos que los emplean.

Pero trabas y mas trabas, tardanzas y tropiezos, han de ser siempre los elementos constitutivos de todos nuestros pasos, ó meros intentos, y el verdadero *progreso* seria el orillar, ó aventar de una vez esa maleza. No parece sino que el Ariman, el númen maléfico de los antiguos Persas, está en continuo acecho, ú de centinela perpetua, para salir de costado y atajar la carrera á todo ímpetu jeneroso, á toda mejora efectiva.

Está hace tiempo corriente el Código de comercio, y parece que ya pudieran acompañarle los demás, pero entre nosotros siempre se practica lo del héroe manchego en cierta aventura, que es guardarse para mejor ocasion.

Policía.

El aseo y la quietud en las poblaciones, la sanidad en los abastos, la seguridad de los moradores y caminantes, son tambien parte de la lejislacion, y objetos dignísimos de un gobierno ilustrado.

Desde el tiempo de Campomanes, los consumos son jeneralmente libres, y la práctica ha demostrado que este es el único, el verdadero sistema. Por lo que hace al resguardo del vecindario y particularmente de los viajeros, el establecimiento de los Miñones en Aragon, de mozos de la escuadra en Cataluña, y así en otras provincias, es muy ventajoso por todos títulos.

Ahora mismo, tras tanto vaiven de partidos, facciones y turbulencias, particularmente en el Principado, la actividad y disciplina de los mozos, continuamente está limpiando los pueblos y aun los bosques de malhechores; y se debe poner todo conato en el sosten, y si pudiera ser en el aumento de tales cuerpos.

Con efecto, es tal el tino de su desempeño, que están á toda hora acudiendo á los parajes por la jente malvada, sin molestar al inocente, frecuentados ni atropellar la libertad individual que es el verdadero punto de la dificultad.

En cuanto á los abastos, hay que estar siempre alerta, como se ha dicho en punto á su calidad, mas no en cuanto á los precios, pues en habiendo abundancia, se sigue por precision la baratura, y en tiempos de escasez, no hay disposiciones ni zeladurías que consigan atajar aquella especie de contrabando.

Los mismos apuros ocurren acerca del que se llama propiamente así, burlando siempre el interés el afan de los perseguidores. Parece que el arbitrio único, el remedio radical para enfrenarlo y desvanecerlo, es abaratar el jénero, en términos de venir á desbancar á los traficantes, y en cesando la ganancia, no puede ya ser *larga* su permanencia.

En cuanto á los escesos del juego y *de la* mancebía, se advierte como es muy obvio en todas

partes que tales vicios, como jeneralmente todos, son aborto de la ociosidad, y así sucede que pueblos interiores, donde parece que debieran estar menos espuestos á la corrupcion, vienen á ser cabalmente los estragados.

En Zaragoza, por ejemplo, se ha echado á temporadas el resto para esterminar los garitos; y sin embargo, como allá la hidra de la fábula, que en cortándole una cabeza le brotaban siete, aquella funestísima plaga va siempre en aumento. Destiérrese, en cuanto sea dable, la ociosidad y está curada de raíz la dolencia; y otro tanto sucederá con la relajacion escandalosa de las mujeres.

En cuanto á la planta ó mejora del caserío que tambien es parte importantísima de la policía, donde la poblacion se está renovando en gran parte, como sucede actualmente en Barcelona, cabe muy bien el ensanche y casi la perfeccion de calles y edificios, pero en las ciudades absolutamente moriscas, y escasas ó mas bien faltas de caudales para su rejeneracion, como vienen á ser todas las de tierra adentro ¿cómo es posible lograr unas mejoras de consideracion? El jeneral, despues tan desventurado, Quesada y el intendente, ó como llaman allí, asistente Arjona, se empeñaron á porfía en mejorar esencialmente á Sevilla y lo consiguieron en grandísima parte, pero queda infinito que reformar y ennoblecer en aquella muestra grandiosa de la morisma.

En el dia la pintoresca, la poética, Granada es una de las capitales mas lastimosas de la Península, pues lejos de progresar en lo jeneral de su recinto, la decantada, la imperial Alhambra se está desmoronando, y casi desplomando por momentos. Vergonzoso es á la verdad tan estremado abandono.

Pero donde principalmente se está echando menos la eficaz y desvelada policía es en las posadas y ventas de casi toda la Península. En las carreras que siguen las dilijencias, se esperimentan mejoras notables, pero todos los demás tránsitos están idénticamente como en tiempo de Cervantes, y no son mas que meros y ahumados aduares, poblados jeneralmente, ó mas bien emponzoñados por inmundos jitanos.

Se han construido las carreteras principales, y aunque faltan algunos realces, parece que se trata de completarlas, y dejar todo el pais atravesado de comunicaciones prontas y seguras; pero que deberán mejorarse en gran manera, con los ferro-carriles ya ideados, cuya ejecucion deben facilitar los inmensos caudales que yacen por lo mas estancados, ó rindiendo escasísimo producto en Inglaterra, Holanda y Francia; cuyos capitalistas deben agradecer en el alma que se les proporcionen objetos de salida grandiosa y aventajada.

¿Y qué mejor empleo, qué aplicacion mas productiva, pueden tener aquellos tesoros inmensos? Sus dueños deben complacerse en sacar á luz paises en el dia intransitables, y en vivificar páramos yertos y silenciosos, pero sobretodo deben alegrarse con el rédito grandioso, con el producto pingüe y seguro que estaba de contínuo llegando á sus manos, con creces por cada dia mas asombrosas.

Obras públicas y urjentísimas.

Hace ya cerca de un siglo que se está tratando de abrir el Canal llamado de la Litera, al confin de Cataluña y Aragon, en un terreno llano y fertilísimo, capaz de sostener y acaudalar á medio millon de habitantes, con las aguas del Ésera y del Cinca. Están levantados los planes exactísimos por el arquitecto D. Francisco Rocha del pais, y se conservan todos en la Secretaría de la Acequia imperial de Zaragoza. Su coste seria un tercio y sus utilidades el triple que los del canal recien dicho, y por mas dilijencias que se han practicado yace siempre en el *statu quo*, tan matante de todos nuestros proyectos.

Años pasados se presentó una compañía de Madrid, con órdenes superiores, para encargarse de todo y emprender ejecutivamente la obra, bajo unos pactos arruinadores, en vez de ser favorables para todo el pais; queriendo desde luego exijir un rédito cuantioso á los propietarios antes de darles lugar para allanar, zanjar y disponer el terreno para el competente riego; y á pesar de la grandísima oposicion, y resistencia absoluta que halló en casi todos los ayuntamientos y concejos, se mandó por la superioridad terminantemente que se llevase adelante la empresa; y resultó con esta temeridad lo que con todos los imposibles, á saber, no haberse dado un azadonazo en todo el ámbito del territorio, con aquel intento.

Pero todavía urje mas la construccion de un puente, colgante, de piedra, de madera ó como fuese en el término de Monzon, sobre el mismo Cinca, para la comunicacion cómoda y segura de un país abundantísimo en todo jénero de frutos, con Cataluña, que desde la misma raya proporciona cuatro mercados semanales, dos en Lérida, y otros dos en Balaguer. Hubo en

lo antiguo un magnífico puente de piedra, cuyos machones y arcos voltados yacen todavía á la vista, y merced á la irracionalidad del conde duque de Olivares que ocasionó la guerra de Cataluña en aquella época, se destacó del sitio de Lérida un malvado francés, llamado M. de la Metz, que voló aquella fábrica suntuosa y sobre todo utilísima, y hace dos siglos casi cabales, que sigue el país con la misma ansia y el idéntico trastorno que al principio.

En Zaragoza por fin se ha colocado un puente colgante sobre el rio Gállego, despues de haberse llevado veinte veces el que se estaba construyendo ú reparando de continuo, jeneralmente de madera, pues tambien lo hubo de piedra, volado igualmente en una de las muchas y fatalísimas guerras que en todos tiempos nos ha ido acarreando la azarosa vecindad de Francia. Tenia Zaragoza dos puentes sobre el Ebro, el uno de piedra, medio arruinado y mal reparado en estos años, y el otro de madera, ó como decian, de tablas, que servia infinito para la cómoda comunicacion entre la ciudad, y las huertas del norte, y habiéndoselo llevado el rio á principios del siglo, y careciendo siempre aquella ciudad pobrísima de medios para reedificarlo, no queda desde entónces el menor rastro de su existencia.

Por fin se está construyendo un puente colgante en Fraga, sobre el Cinca, y dicen quedará concluido dentro de algunos meses.

Tenemos un sinnúmero de empresas, las mas meramente proyectadas, cuya ejecucion seria de suma importancia.

El canal de Urjel que pudiera fertilizar un territorio grandioso y esencialmente pingüe, sería, segun el plano que hemos visto, costosisimo, teniendo que barrenar para su tránsito una cordillera de guijarro ú berroqueña; pero quizá podria lograrse el principal objeto por otro rumbo mas asequible; y mientras se dificulta ó se olvida tal vez la importantísima empresa, se está careciendo en el país del riego, y de la navegacion que pudieran verificarlo.

El campo de Lorca es sin duda el primero de España por su fertilidad incomparable, pues en los años lluviosos suele rendir hasta el sesenta y tal vez el ciento por uno; y como suele padecer sequías mortales, se habia procurado obviar aquella enfermedad por medio de un pantano artificial y grandísimo, que proporcionaba riego en los meses críticos de octubre para la siembra, y de abril para el fomento de la cosecha. Ya se dijo en la vida de Floridablanca, que su cuñado Robles, tan celoso como ignorante director de la empresa, habia errado torpemente la construccion del atajadero, escaseando el cimiento, y encontrándolo la inmensa mole de agua muy somero, habia socavado la obra, causando una catástrofe en el pueblo, y un grandísimo quebranto por todo el país. Sigue el arco doloroso en la obra, por espacio ya de cerca de medio siglo, y seguirá siglos y siglos en la misma situacion, si no se proporciona alguna ocurrencia favorable.

Queda otro pantano menor, pero que no sufraga, ni con mucho para las urjencias inmensas de su anchurosa campiña.

Serenísimo reino de Murcia se suele apellidar jeneralmente aquel país, de suyo feraz, pero escasísimo de lluvia, y por consiguiente de cosechas, fuera de la misma huerta. Por lo cual se habia ideado en el siglo anterior el llamado canal de Murcia, y aun se empezó á trabajar con ahinco en su embocadura. Su principal objeto era el riego del campo de Cartajena, llano, feraz y cultivado con esmero por sus laboriosos naturales; pero se estancó y se frustró aquel importantísimo proyecto, y se suelen padecer las sequias mortales de años y años que vienen siempre exhaustos y hambrientos á sus infelices habitantes.

El canal de Castilla, despues de haber estado largo tiempo en mero embrion, por fin ha progresado, y pasando por Valladolid, ha reanimado aquel suelo, y especialmente sus cercanías; donde hay por la orilla casas aseadas y vistosas, con campos amenísimos, y parece, que el patente y saludable desengaño ha venido por fin á desterrar la vulgaridad mezquina que se atribuye á los castellanos, de profesar odio mortal á los árboles, que son los objetos mas vistosos y benéficos de la naturaleza, por cuanto traen á bandadas los pájaros voraces que destruyen totalmente las mieses.

Como quiera, toda obra pública oportunamente ideada viene á ser preciosa nube de primavera que derrama lluvia bonancible, templa el ambiente, baña los campos, y revive la sementera; toda empresa pública, repito, además del objeto grandioso que lleva consigo proporciona alimento á la clase ínfima, y fomenta el tráfico interior de los pueblos.

Cuando el célebre Piñateli estaba abriendo el cauce de la Acequia imperial por las cercanías de Zaragoza, trabajaban unos á jornal, y los mas á destajo, de diez á doce, y tal vez quince mil operarios, y además de la grande utilidad de la obra, que es palpable para todos, comian ellos, sus familias, se aumentaba el consumo de comestibles, corria aquella cantidad de cincuenta, sesenta, ó tal vez cien mil reales de aumento en el jiro del pueblo, y á nadie le ocurria el propasarse á cometer maldades, ni trabar contiendas, ni entre sí, ni con los demás; sin pensar mas que en afanarse y ganar cada cual

cuanto pudiera, para luego llevarse á su casa el mayor ahinco que le fuese dable.

Además de aquella empresa, á todas luces tan ventajosa, se debe hacer aquí mencion honorífica del cabildo zaragozano, que todos los años, á los asomos del invierno solia idear alguna obra de consideracion, presciudiendo de su mayor ó menor urjencia, en alguna, ó en ambas catedrales, para alimentar así una porcion de jornaleros, durante la estacion mas escasa; preservándolos así, del hambre, del ocio y de los delitos consiguientes á su apurada y menesterosa situacion, y del cadalso ú del presidio que por fin no podian menos de acarrearse con su desarreglo; y entonces los bienes eclesiásticos venian á redundar en grandísima utilidad jeneral.

Hablando de acequias, hay que recomendar igualmente la industria, ó arte de acanalar los rios, y habilitar su navegacion, como ya se practicó en lo antiguo, pues consta que bajaron comboyes enteros de naves desde Toledo á Lisboa, y subieron y bajaron por el Guadalquivir hasta Cordova, y por el Ebro desde Tortosa hasta Logroño con suma frecuencia, y quizás este logro es mas obvio, y menos costoso que el de las grandes acequias; cuyos cauces sin embargo pudieron abrirse en gran parte por medio de la maquinaria, y con el auxilio del vapor, que se va ya aplicando jeneralmente para todo.

En fin facilítense las mutuas comunicaciones, con transporte barato y ejecutivo para los artefactos, y para cuanto ocurra, pero principalmente por ahora para todo jénero de frutos.

Frutos.

El cimiento de la subsistencia humana, ó por lo menos europea, se cifra principalmente en el trigo que abunda en todas las provincias de España, menos en las del norte, donde la jeneralidad suple su escasez, ó su carencia, con el maíz ó beroza.

Es costosísimo, como se sabe el cultivo de tan preciosa planta por medio del trabajoso y antiquísimo arado, que abre á duras penas un solo surco. Años pasados se presentó una máquina sencilla, en la esposicion jeneral de París, que tirada por dos caballerías iba abriendo, sin grande esfuerzo, veinte y dos surcos, á un mismo tiempo. Se hizo el esperimento en una faja de tierra junto al paseo llamado de los Campos Eliseos, y surtió perfectamente con suma satisfaccion de cuantos lo presenciaron. Se reduce el invento á una especie de carrito de fierro todo, sostenido por dos ruedas lijeras, que arrastran en pos un rastrillo poderoso con veinte y dos dientes, que sin ser pesados abren cada uno su correspondiente surco, cual se ha dicho, y en cortísimo rato deja formado un barbecho considerable de las mismas circunstancias que el producido por el arado ordinario. Suele tambien la siega ser muy costosa para el labrador por medio de la hoz, y ahora en gran parte de Aragon se practica con la guadaña, mucho mas económicamente, sin que se desgrane ó menoscabe la mies, como jeneralmente se cree; y además la trilla se facilita y adelanta en gran manera, con el trillo inventado en Valladolid por un hacendado, y luego perfeccionado en Murcia, como se está viendo en la cátedra de Agricultura, del Jardin Botánico.

El símbolo de la paz, el preciosísimo olivo, brota de suyo en acebache por los montes; y luego descuella y se ajiganta, especialmente por las Andalucías, derramando arroyos y aun rios de sus dorados derrames. Pero de medio siglo acá se ha descubierto, ú renovado en gran parte de Aragon un nuevo sistema de cultivo, que es por medio de los injertos llamados *empeltres en el pais*, que si bien por su delicadeza, padecen mucho con la crudeza de los inviernos, son mas certeros, pues rinden anualmente mas de media cosecha, y por consiguiente son mas productivos que los antiguos. Este método se practicaba en Talavera, pues así lo afirma el comentador inmenso de Virjilio, el jesuita Lacerda, en sus anotaciones sobre un determinado verso, que demuestra se conocia tambien allá entre los Romanos (1). Como quiera, campea el riquísimo olivo en las provincias meridionales, y aun por las del centro de España, y despues de surtir colmadamente el propio pais, inunda de aceite los estranjeros.

Seria interminable el hablar de la variedad y escelencia de nuestros vinos, pues Jerez, Málaga y la patria del Gran Capitan Montilla, y otros muchos pueblos, reinan con sus néctares incomparables en todos los banquetes del orbe, y su producto asciende á largos millones, perfeccionándose mas y mas por cada dia su cultivo.

La seda es tambien un renglon, una verdadera mina de suma importancia para las provincias que pueden criar morales, y con especialidad para las de Valencia, Murcia y Granada. Ocurre sobre este punto la particularidad de que últimamente se cultiva en el pueblo de Ara-

(1) *Traditur e sicco radix oleagina ligno.*

gon, llamado Torrente, á las orillas del Cinca, un jénero de planta desconocida hasta ahora, que se nombra morera tricaule, que produce otra especie de hoja muy ancha, y proporciona dos ó mas cosechas al año. No falta quien duda de la realidad de tan precioso descubrimiento y de sus decantadas ventajas, y por lo mismo el asunto merece escudriñarse con todo esmero, y cerciorarse de la verdad en un ramo de industria que puede acarrear á la nacion un aumento grandioso de riqueza, á poquísima costa; pues la cosecha de seda es la mas barata, pronta y por todos títulos apreciable para el labrador.

Las patatas, desconocidas antes en España, aunque por supuesto inferiores con mucho al trigo, forman otro ramo de sustento, que ha rescatado la nacion tal vez de su estermiuio, en los años estériles que suelen asomar, aunque de tarde en tarde, aun por sus provincias mas feraces. Son muchas sus variedades, sobresaliendo entre todas las de Europa, las peregrinas de Málaga; pero todas son muy sustanciosas, y para alivio de las familias escasas de facultades, muy apetecidas de la niñez.

El macizo maíz y hasta el menudísimo mijo se panadean tambien, y aunque costoso uno y otro, y quizá no muy saludables, suplen sin embargo en varias provincias la escasez estremada, ó la carencia total, de trigo, reservado allí tan solo para las familias pudientes, y como una especie de lujo en sus mesas envidiadas.

Hay otras especies de frutos, como arvejillas, fabolines, lentejas que sirven como de auxiliares en el sustento jeneral, y se despachan con mas ó menos ventaja en los mercados.

Se cosechan tambien, con abundancia en algunas partes almendras y avellanas, que se embarcan en los puertos de Cataluña, y otros rinden su producto cómodo y ventajoso, como igualmente los higos y las pasas, que se llevan á paises muy remotos.

Pero los árboles mas productivos son seguramente el naranjo y el limonero, pues en la huerta de Murcia hasta los olivos se arrancan, para plantar lo que se llama jeneralmente el agrio, que rinde en algunas partes, como en Mallorca, crecidos millones; y hasta en las nublosas rejiones de la costa Cantábrica se crian á fuerza de industria, y se resguardan tan preciosas plantas con laureles y olmos poderosos, para escudarlas contra el ímpetu asolador de los vendabales rabiosos y rechinantes, vendiendo luego sus frutos á subido precio en Inglaterra, y en otros paises.

Hasta el símbolo de la victoria poética y guerrera, la palma triunfadora, como dice Melendez, rinde tambien su utilidad efectiva, pues en Elche y en otras partes, las palmeras hermosísimas están ostentando sus inmensos racimos de dátiles amarillentos y sustanciosos.

Alimentos.

Navarra y Estremadura son las provincias, donde jeneralmente todas las clases se alimentan mas colmada y casi opíparamente, con su respectiva abundancia de ganado lanar y vacuno, de cerdos y de caza; pero en toda la nacion el plato fundamental es el que se llama olla, mas ó menos abastecida de carnes, legumbres y condimentos, y en la cocina de D. Quijote se ve retratada al vivo, como toda la vida humana, la subsistencia española.

Con efecto, en otros paises el réjimen de la cocina es positivamente una verdadera ciencia que requiere continuo y ahincado estudio, para su inmenso alcance y cabal desempeño. Mazizos volúmenes hay en francés, y otros muchos con recónditos descubrimientos, y peregrinas combinaciones se están publicando de nuevo diariamente, que por cierto suelen merecer mas aceptacion que las obras de Química, de Astronomía y aun de Medicina, debidos á los sumos injenios, ó á los primeros sabios del orbe.

Prescindimos por acá jeneralmente de tamañas sublimidades, aduladoras del paladar, pues menos catedráticos en materia de sensualidad, y mas atenidos al regazo maternal de la próvida Naturaleza, nos contentamos con una olla regular (1), tal cual asado y algun plato de leche muy sencillamente aderezado; para luego abalanzarnos al réjimen vejetal, entre nosotros deliciosísimo, á los melocotones de Campiel, bergamotas de Jadraque, melones de Valencia, camuesas de Daroca, guindas y albillas de Toro, claudias de mil partes etc.

Como quiera, en la jeneralidad de nuestras provincias el alimento fundamental es el pan y de trigo, supliéndolo en algunas, como se ha dicho, con el centeno, el maíz, y á veces por los paises de montañas, acuden los desventurados habitantes á un almodrote de castaña, y aun de bellota, asemejándose así á las piaras gruñidoras de lo que llaman la montanera en Estremadura.

No hemos hablado de la miel que en la Alcar-

(1) Tal vez con mas carnero que vaca, *al revés* de lo del Héroe manchego.

ria es sin duda superior á la tan celebrada del monte Himeto, junto á Atenas, y además de brindar con un alimento sumamente halagüeño para la niñez, suministra particularmente con la cera, un ramo productivo de comercio, no costando sino alguna vijilancia y poquísimo trabajo el cuidado de sus abejares, ó colmenares, á sus dueños (1).

(1) Hay un tratado precioso de Colmenas, por un tal Rivas, cosechero práctico en Medinaceli.

En fin, nos sobran productos, y nos faltan salidas; esto es, canales ó ferro-carriles, para los transportes; y ahí por ejemplo, yace la feracísima y siempre infeliz Estremadura, ahogada por lo mas y casi soterrada bajo el monton inmenso, el cerro angustioso de sus propios frutos. ¿Cuál será la diestra benéfica que la levante y la ponga en cobro?

Trajes.

Fuera de las capitales que con el remolque de algunos pueblos subalternos, siguen á ciegas, cual enjambre de monos, las modas caprichosas y estafadoras de la calle de San Honorato, en París, tierra adentro, por las villas y las aldeas se viste ahora como en tiempo allá de los condes de Castilla, Lain Calvo y Nuño Rasura, ó de aquellos tosquísimos reyes de Sobrarbe, que despues de jurar con el pellico y las abarcas los decantados fueros, se iban á comer con sus prohombres, sin mas tenedores que los naturales, algun torrezno de jabalí que habian muerto con sus propias manos.

Las Chesas, en el valle de Hecho, cerca de Jaca, usan hace mas de veinte siglos el mismo traje estrambótico y complicadísimo que causa grande admiracion á los estraños; el porte de los hombres es mas sencillo, pero siempre antiquísimo. Las Charras junto á Salamanca, las Pasiegas cerca de Santander y los Maragatos de Astorga, son personas muy conocidas; como los zaragüelles de Valencia, y los gambetos de Aragon están á la vista de todos; y por punto jeneral todas las provincias conservan la respectiva estampa, traza y ropaje que sus remotísimos antepasados, por lo cual nada absolutamente desmerecen, pues al contrario se aparecen al golpe como castizos y verdaderos Españoles.

El traje llamado á la antigua española, cual se ve en los cuadros y en el teatro, es, particularmente en los hombres, infinitamente mas airoso y mas heróico que el moderno, y así el injenioso artista que representó á los inmortales Daoiz y Velarde en la mañana del dos de Mayo, discurrió perfectamente en figurarlos con el traje ó vestimenta entera, que llevaban, ó que tomaron arrebatadamente y esgrimiendo la espada, en el momento de la novedad inesperada. Atengámonos pues, á lo menos en las sublimidades de la parte artística, á los modelos que estamos muy ajenos de imitar en la realidad.

Usos, Espectáculos.

Se conservan todavía la bulla y algazara en las noches de San Juan y de San Pedro, con el nombre de cojer la verbena, la celebracion de las pascuas con meriendas de comida respectivamente mas ó menos esquisitas y opíparas; las funciones de cada pueblo, la aficion de los aragoneses á ejercicios forzudos, como saltos, tirar á la barra, luchar ó forcejear, y otras semejantes; y se solemnizan siempre en las provincias Vascongadas los partidos de pelota nombrando jueces, que al juntarse en medio del juego para sentenciar el lance, se quitan mutuamente el sombrero con todo señorío etc. etc.

Pero no dura la pasion á las comedias antiguas, que absolutamente han parado en desuso, y al mismo tiempo arde todavía el delirio con las corridas de toros..... pero hay ahora que interrumpir el hilo de nuestro tema, para jeneralizar mas el asunto.

El célebre Jovellanos, en su Disertacion elegante y juiciosa, como todos sus escritos, sobre Espectáculos, se hace cargo, de que la nacion española, por esencia guerrera, no podia menos de apetecer con preferencia los recreos militares, y así privaban siempre, en medio de sus regocijos, las justas y torneos, y en fin cuanto ofrecia un remedo vivo de la misma guerra, y luego ¿qué batalla podia ocurrir mas reñida y sangrienta que una corrida de toros? y así no podia menos de perpetuarse entre nosotros una funcion toda de riesgo y valor.

Aprontaba el país sus elementos con la braveza batalladora de las mismas alimañas, y la arrogancia caballeresca de la sangre castellana.

Mediaron siglos, asomó y descolló la cultura con el roce estranjero, y horrorizó á todo sujeto preciado de abrigar en su pecho impulsos hidalgos y arranques de literatura, y por consiguiente de humanidad. Se componian en gran parte las Córtes de Cádiz de esta clase de individuos, y desde luego se aprobó y se puso en planta el decreto de abolicion, contra aquel espectáculo inhumano.

Se sostuvo con toda entereza, y sin el menor asomo de escepcion, y seria ya ahora aquella barbarie histórica, á no mediar la venida inesperada de Fernando VII, con aquellas ínfulas de Ordeno y Mando, que se encaminaban á contrarestar cuanto habian dispuesto las Córtes; y así desde luego providenció lo diametralmente opuesto al decreto fulminante, y se recreó personal y colmadamente con un espectáculo ajenísimo de la civilizacion europea.

Despues acá siguieron y continuan las señoritas mas preciadas de cultas y sensibles asistiendo ostentosamente á tan abominables funciones, dando su voto sin empacho sobre los grados de primor y sobresalencia entre los héroes memorables que merecen al público entusiasmado vivísimos aplausos, y se distinguen las manos mas tiernas en medio del ruidoso palmoteo; sin que al parecer ofenda y repugne á su vista ni á sus entrañas, tantísima sangre de animales inocentes, derramada en balde, y sobre todo el trance horroroso de irse los infelices caballos pisando los asquerosos intestinos, y seguir sin embargo obedeciendo al jinete abominable, en medio de la gritería del jentío todavía mas irracional y mas inmundo.

Poblaciones.

No cabe en una Historia Jeneral el individualizar los pormenores, ni aun de las capitales y pueblos de consideracion, y así es forzoso atenerse á los objetos principales ó sobresalientes de cada uno, dejando la estremada puntualidad.

Madrid adolece de sumos calores y frios intensos, por su situacion en una cuesta tras los vertientes del Guadarrama. La poblacion es suntuosa y aseada, con alumbrado regular, y aunque no está aun alcantarillado todo el recinto, va muy adelante aquella grandiosa empresa. Sus principales edificios son: la puerta de Alcalá con seis entradas espaciosas, pero de arquitectura algo pesada y sin gallardía en su conjunto. El sitio del Buen Retiro ofrece paseos amenos y dilatados, un vistoso estanque de estension suficiente, el magnífico caballo de bronce, la fábrica de la China cuarteada por la maldad inglesa, arboledas pintorescas de castaños de Indias, que son otros tantos ramilletes en la primavera, y dilatado caserío; pero el palacio es mezquino y sin una forma teatral que lo realce. Tiene á su lado el edificio inmenso del Museo que carece de armonía en la correspondencia de sus partes, pues la arquitectura del cuerpo principal cesa en los dos ángulos ó encuentros con las alas, y teniendo en el piso bajo unas columnas corpulentas, viene el segundo á sostener una hilera de columnitas menores, que desdicen absolutamente de las primeras. Luego las del pórtico son tambien grandes y casi monstruosas, sin mas objeto que el de sostener una inscripcion ó letrero breve que pudiera esculpirse en cualquiera punto del frente sin aquel ocioso aparato. Pero en fin la grandiosidad de su conjunto cautiva la atencion y llena en cierto modo el deseo; y sobre todo atesora la coleccion mas preciosa de pinturas que jamás se juntó en el orbe, con la particularidad de estar debiendo su principal realce á los artistas inmortales, Murillo, Velazquez, Ribera, los maestrazos todos de la escuela valenciana, y otros muchos, como los estremeños Morales y Zurbaran, gloria y timbre del númen español.

Sigue el magnífico Jardin Botánico, con sus cien mil plantas, y serian muchas mas *si se* hubiesen franqueado medios á su director D. Mariano Lagasca, uno de los primeros profesores de Europa, muerto hace pocos años en Barcelona.

Descuella el inmenso y nunca concluido Hospital, hácia el estremo del gran paseo del Prado; donde llaman la atencion las varias fuentes con sus grandiosas figuras de Neptuno y Cibeles, que debieran estar mas hundidas en el agua para fomentar la ilusion de sus atributos sobrehumanos; pero campea en el centro del salon el hermoso Apolo, cuyas cuatro estaciones merecen jeneral aprecio, particularmente el anciano que representa con suma propiedad el Invierno.

Sobresale luego en la calle de Alcalá el grave y hermosísimo edificio de la Aduana, y á su lado, lo que es harto indecoroso para el gobierno, en el albergue de un particular, la academia de Nobles Artes, y el gabinete de Historia Natural, el albergue que se conoce en el ramo de minerales, y que debiera serlo igualmente en el de cuadrúpedos, aves, peces, conchas y maderas.

Léjos de allí se halla la Biblioteca *nacional*, en el dia al cargo del benemérito litera*to D.* Euje-

nio Tapia, aunque muy surtida de todo jénero de obras, mas no tanto como debiera, ni con el edificio competente, construido espresamente á este objeto.

Se empezó á levantar el grandísimo teatro de Oriente, que está siempre incompleto é inservible, sin que los demás merezcan recomendacion alguna.

Al salir de Madrid para el norte se encuentra con el memorable Escorial, cuyo edificio es el asombro de las jentes por su inmensidad, por su templo, su librería arábiga, sus pinturas de la batalla de Lepanto por Jordan en la escalera, y otras varias, pero mirado en perspectiva á distancia competente, aparece el conjunto algun tanto pesado, y sobre todo acude siempre á la fantasía la amarga consideracion de que tantos millones dieran por cierto mas utilidad empleados en carreteras, acequias y acanalamientos de rios, que en la representacion redoblada de un emparrillado, que por otra parte da poquísimo realce y armonía á la perspectiva de tan ajigantada mole.

Siguiendo para Castilla la Vieja, no hay hasta Burgos, con sus altísimas columnas góticas, edificio ú objeto que embelese el ánimo, si no es la gran plaza de Salamanca, con alguno de sus muchísimos colejios.

Ya se habló, en cuanto á la Andalucía, de Sevilla y Granada, y si pasamos á Córdova, no hallarémos mas que callejuelas revueltas y en una palabra, moriscas, y un templo de cientos de columnas bajísimas, sin asomo de gallardía ni embeleso. En Jaen sigue por donde quiera el mismo aspecto de morisma, sin mas realce que el de sus verjeles frondosos y naturales.

En Estremadura, cuna de tantos prohombres en armas y en letras, no se apareció todavía el arte sublime de la Arquitectura, sino en el puente de Trajano, en las ruinas de Mérida, y en el palacio de los Pizarros en Trujillo; pues todas las viviendas yacen al piso de la calle, ó mas bien del camino, pues á tal estremo llega el atraso jeneral del país. En Jerez de los Caballeros, hasta los señores de título habitan por la humilde tierra, al mismo piso que sus rebaños y piaras; y en la misma humildísima vivienda, están componiendo en el dia sus brillantes y armoniosos versos, las beldades ó poetisas estremeñas que tanta aceptacion merecen por la nacion entera. En Medellin, la casa del Héroe de los héroes, del conquistador del Nuevo Mundo, viene á ser el albergue ahumado y estrecho de un labradorzuelo, reducido á la pequeñez de una yunta de bueyes y un jumentillo para la conduccion de los aperos, y demás menesteres de la familia.

Viniendo hácia Murcia, asoma Cartajena con sus dos fortalezas inespugnables de la Atalaya y las Galeras, su segurísimo puerto y su lindísimo arsenal, tantas veces ya celebrado, cuyos hermosos edificios se están viniendo abajo, al par de la misma poblacion que solo prosperaba al arrimo de la Marina; y ahora yace con ella en exánime desamparo. Descuella luego Alicante con su castillo, tambien incontrastable, su comercio vividor, y la poblacion inmensa de sus laboriosos comarcanos.

En Valencia no sobresalen edificios grandiosos mas que el de la catedral, con la pintura peregrina del interior de sus puertas, en el retablo mayor, algunas otras iglesias, dotadas tambien de esquisitos cuadros, que rebosan hasta por las casas particulares.

Pasando á Zaragoza, además de las obras magníficas del Canal, que están mas y mas pregonando el nombre del insigne D. Ramon Piñateli; ofrece el interior la cúpula eminente de San Ildefonso, el templo gótico pero muy apreciable del Aseo, y la iglesia del Pilar, la mas larga de España; y aunque pesada y sin elegancia, abarca hácia un estremo el tabernáculo riquísimo de órden jónico, de jaspe esquisito y realces peregrinos de pórfido y alabastro, y luego en derredor campea la techumbre con las pinturas grandiosas y esquisitas de los ínclitos artistas del país Bayeu y Goya.

En Barcelona, además de las obras militares, sobresale con su elevacion la catedral, y luego la gran casa-lonja, la aduana, muy linda en su construccion, pero ya mezquina y estrecha para el inmenso vuelo que ha tomado el comercio catalan; la audiencia y á su frente la casa de ayuntamiento, esperando el objeto que han de sostener las ociosas columnas, ó cuando menos las estatuas, que es forzoso colocar en lo alto para complemento de la hasta ahora humilde fachada.

Pero descollará sobre todo el grandísimo teatro que se está construyendo con suma actividad, y que será sin duda el primero de Europa. Se disfruta entretanto la comodidad y magnificencia de los paseos, y se contempla con admiracion y complacencia el sin número de obras que se traen por donde quiera entre manos; como el palacio de la reina, el del jeneral y suntuosas casas particulares, adornadas muchas con vistosos jardines.

En la descripcion sucinta de obras públicas, no se ha hecho mencion del gran puerto ú ria de Santander, cuyo muelle, una vez concluido, tendrá una legua de estension, y competirá con los primeros de Europa. Merecen tambien citarse los pueblos de Pamplona, Bilbao y el resucitado de la barbarie y asolacion inglesa, San Sebastian, pues todos á porfía están ofreciendo lo sumo de la como-

dridad y del aseo; por cuyas prendas, á pesar de la cortedad de sus respectivos recintos, merecen parangonarse, y aun anteponerse á las mas de nuestras capitales, jeneralmente moriscas.

Habitantes, Despreocupacion.

Se habla por lo mas á ciegas de la poblacion jeneral de España.

Pueblo hay de ochocientos á mil vecinos, que nunca ha manifestado en sus estados ó mapillas, remitidos á la intendencia, nunca ha manifestado, repito, mas que ciento y ochenta, y otro cercano á él, siendo de mas de cuatrocientos, jamás ha querido pasar en sus padrones de ciento y catorce.

No serán en todos los vecindarios tan enormes las rebajas hechas por los ayuntamientos, movidos siempre del temor de las contribuciones en caudales y en sangre; pero en todo tiempo sus cercenes son tan cuantiosos, que por lo menos, en su conjunto, se deben computar por un tercio de la realidad. Con efecto, si por los últimos censos resultan de catorce á quince millones de habitantes, su número asciende positivamente á diez y ocho ú veinte millones.

Esta misma fué la poblacion que halló á cortísima diferencia en España, la despótica y azarosa casa de Austria, que redujo los veinte millones de héroes, á cinco ú seis millones de moradores hambrientos, desnudos y exánimes; regalados luego en su testamento, como una cabaña, piara, ó finca particular, por el sandio Cárlos II á la familia de Borbon.

Se rehizo luego, y en gran manera, la nacion bajo sus auspicios, y su poblacion ha ido siempre despues en aumento, con progresion mas ó menos considerable, con suma desigualdad en las diversas provincias, pues en algunas partes, como el reino de Leon, gran porcion de Estremadura, Mancha, etc., viene á permanecer inmoble ó estacionaria, con alguna ventaja en Aragon, Rioja, Alcarria, reino de Toledo, vera de Plasencia etc., pero en subidos aumentos en parte de Asturias, Galicia, Cataluña, Valencia, Mallorca, y luego las provincias esentas, con especialidad Guipúzcoa; habiendo llegado, en aquel territorio tan quebrado y estéril, á fuerza de industria y de actividad, á tal estremo la progresion, que si toda la nacion le igualase, vendria á ser la poblacion de España de mas de cincuenta millones de habitantes.

No es sin embargo el número lo mas importante, sino su calidad, su esmero, su bienestar, en una palabra su injenio y sobre todo sus artes, punto que vamos á tratar en el artículo siguiente.

Entretanto advertirémos, que el pueblo español, en medio de su atraso sumo, bajo otros conceptos, es en realidad, y con muchas ventajas, el mas despreocupado de Europa.

El famoso tribunal de sangre y fuego daba por muy positivas las vulgaridades bárbaras de tiempos tenebrosos, y se divertia en formar autillos ó entremeses ridículos, contra las brujas ó hechiceras y otros bichos ó abortos semejantes, fulminándoles tremendos anatemas y castigos, como á vestiglos ó duendes infernales.

El célebre monje y verdadero filósofo Feijóo, hace como un siglo, se afanó con éxito felicísimo, en desterrar la creencia absurda de brujerías, hechizos, milagros ridículos, saludadores, endemoniados y demás entes fantásticos, ó impostores que tenian plagada la nacion con sus delitos ó maldades; y así como el gran Cervantes desterró la pasion caballeresca con sus absurdos encantamentos, el denodado Feijóo, pues rayó su valor en heroismo para su arrinconada situacion, aventó y anonadó aquel turbion de ridiculeces, que tenian los ánimos preocupados y despavoridos.

En el dia mismo, cuando hasta en las aldeas mas arrinconadas de España, la clase ínfima se mofa ya de tamañas insensateces, por las cercanías de Burdeos, país tan ilustrado y floreciente en todos los ramos de industria y artes, es casi universal el acatamiento postrado y la ciega creencia en aquellos desvaríos, ya casi olvidados entre nosotros. En Inglaterra es todavía mayor la torpeza y ceguedad en este punto, habitando el mismo suelo de los primeros matemáticos, y los poetas mas sublimes del orbe. La Alemania es país jeneralmente mas adelantado en todos los ramos de instruccion, y así se tiene menos fe en todo jénero de vulgaridades; mas no es, con mucha diferencia, la despreocupacion tan despejada, y tan universal, como en España.

Grandísimo es el paso dado ya para el encumbramiento de la razon humana, mas no basta, es forzoso estremar todo el ahinco posible en cuantos ramos de industria puedan favorecer y, si me atrevo á decirlo así, opulentar la nacion, pues caben esta espresion y esta realidad, en el suelo, en el númen y en el teson español. Digo teson, pues lo tuvimos, en otro tiempo, *para* descubrir y avasallar el orbe, parece *natural* el tenerlo tambien, para encabezarlo en *la* carrera de la ilustracion y de la felicidad. *Así sea.*

Artes.

Murillo, nuevo Apolo, fantasea con su numen é ilumina con su diestra un Olimpo nunca visto, poblado de divinidades encantadoras, y Velazquez, Zurbaran, Morales y demás denodada comitiva, rasguean, por diversos rumbos, los objetos preeminentes del mundo ideal.

Pero ya en otras ocasiones hemos tributado entrañable acatamiento á los prohombres de la pintura moderna, y ahora vamos á tratar de las artes injeniosas y utilísimas, que satisfacen las urjencias y amenizan y engalanan los momentos votadores de la sociedad humana.

Ya se ha visto como anocheció para la nacion, en la dinastía austriaca; que amaneció luego, pero fuera de la importantísima labranza, que permaneció jeneralmente lánguida, inactiva y congojosa, florecieron las artes mecánicas, desde el reinado de Cárlos III, con aujes portentosos. Se perfeccionó en gran manera la cerrajería; labró con sumo primor la ebanistería las maderas mas ó menos esquisitas, de nogal, cerezo, cabova, en muebles cómodos y peregrinos; los aragoneses Viruete y Martinez, adelantaron prodijiosamente la espadería y la platería, presentando sus dignos profesores los mas preciosos artefactos.

Pero el arte mas eminente, el renovador y ensalzador de las sociedades modernas, en suma la divina imprenta, ostentó de repente en Madrid una perfeccion, que estaba muy lejos de ofrecer lo restante de Europa, ni el mismo Lóndres. D. Joaquin Ibarra, tambien aragonés, dió á luz su Quijote y luego su incomparable Salustio, y la Europa literaria y artística se mostró atónita al presenciar tan escelso grado de perfeccion. Los chistes del divino Cervantes, aparecieron mas agudos y risueños, y el raudal arrollador del grande historiador romano, resonó con mas ímpetu y embeleso.

Siguió Sanchez con su magnífico Solis, sus Crónicas y otras obras, y el arte despues acá se va sosteniendo en España al nivel que en las demás naciones; y últimamente se acaba de plantear en Barcelona un establecimiento tipográfico, cual seguramente no tiene superior, ya que lo haya igual, en Europa. ¡Así prospere, florezca y fructifique hasta lo sumo! mas ¡ay! que por harta desventura de impresores, de literatos y de la nacion entera, el comercio literario yace exhausto, moribundo, yerto (1).

Y ¿quién es, en tiempos tan amargos, el mil veces dichoso que disfruta algun sobrante para emplearlo gozosamente en libros? Hay caudales en Barcelona, Madrid, Santander, la Coruña y algun otro punto; pero allá por el interior de las provincias, no hay mas que languidez, congoja y desconsuelo. Ya se ha dicho y repetido, que España está siempre, como únicamente labradora, colgada de las nubes, y á lo mejor no cae una gota en abril, diluvia en mayo, reverdece la cosecha, necesita un mes para rehacerse y sazonarse, sobreviene el solano con su abrasador destemple, y degüella la miés repentinamente desde Cataluña hasta Galicia y hasta Sevilla; y entretanto siguen las demandas, se agolpan los quebrantos, é inunda el lloro los rostros; y en situacion tan calamitosa son tan oportunas las amenidades poéticas, ó investigaciones científicas, como una alegre sinfonía, ó danza chistosa, en medio de un tristísimo duelo.

Floreció el comercio de libros, como el ejercicio y la gloria de todas las artes, en el reinado de Cárlos III; el menguado Nifo, con sus mal traducidas ridiculeces, embolsó materialmente millones, pues la salida de todo lo nuevo era todavía mayor para Ultramar que en la Península, mas ahora los Americanos, desde su anhelada y ciega emancipacion, jugando siempre á los gobiernos, siempre azorados y siempre insensatos, y lo peor es cobardes, como se está viendo en los Mejicanos; los criollos particularmente, se conceptuan todos unos Solones ó Licurgos, y nada por de contado tiene que aprender de nosotros, puesto que solemos tambien desbarrar como ellos, menosprecian altamente nuestros libros y nuestra enseñanza.

Algun comercio se negocia con Tierra-Firme, por medio de los comisionados que acuden á la Habana, en busca de novedades literarias, ó lo que fueren, pero esta pequeñez no alcanza ni á la vijésima parte de la contratacion que reinaba en el siglo anterior, y ascendia á largos millones por año. Llegó el caso de tener los libreros de Madrid, Sevilla ó Valencia, sus librerías propias en Méjico, y duplicar ó triplicar su caudal en todas las remesas.

Anocheció, con las antorchas horrorosas de la revolucion, para los libros, para la humanidad, para las costumbres y para la existencia.

(1) Ya que se habla de libros y de artes, no deben omitirse los adelantos que se advierten de algunos años á esta parte, en la encuadernacion de toda clase de volúmenes.

Fábricas.

Doscientos y setenta mil quintales de algodon emplearon, en el año pasado de 1845 las fábricas de Cataluña, y esta inmensidad, esta cumbre de material, con solo su laboreo, regulándola á cuatro duros, produce ya mas de un millon de la misma moneda; ahora bien ¿cuánto mayor seria su utilidad si todo el algodon fuese nacional? El de Motril es de primera suerte, y pudiera cosecharse igualmente, aunque no fuese de tan superior calidad, en Iviza, Mallorca, Valencia, Murcia, y en otros varios puntos de las mismas Andalucías.

Tras las fábricas algodoneras vienen las de paños que son muchísimas y algunas aventajadas; y en suma, si compramos algun paño estranjero, quizá lo vendemos en mayor cantidad, pues se fabrican no solo en Cataluña, sino en Alcoy, en Segovia y en otros varios puntos de España.

En Cataluña las fábricas de Capellades, y la del papel continuo de Jerona, y luego las de Alcoy, de la Alcarria y de otros parajes, surten la nacion y envian á Ultramar grandiosos cargamentos, rindiendo crecidas ganancias á los interesados.

Hay tambien por varias partes fábricas, mas ó menos perfectas ó atrasadas, de curtidos, que pudieran estenderse, y mejorarse todavía con mucha ventaja.

En cuanto á las fábricas de seda, por mas que se ponderen sus adelantos en Murcia y en Valencia, y aun en Granada, estamos realmente todavía muy atrasados por esta parte, asi en la calidad de las telas, como en sus colores y matices, respecto á las de Lyon, cuya superioridad se patentiza á la vista, al tacto, y á la prueba todavía mas terminante de su uso y duracion, conservando siempre su galano lucimiento hasta la última hilacha.

Nos surtíamos antes, para sombreros finos, de Lyon, pero ya se trabajan por todas partes, habiendo fábricas grandiosas en Galicia, en Estremadura y en otros parajes, de modo que nos sobran para el cabal surtido de casa, y se embarcan grandísimas porciones para la Habana.

Pero las fábricas acaso mas productivas son las de hierro, y abundan y prosperan en cantidad y en calidad, por Aragon, por Navarra, Guipuzcoa, Vizcaya, montañas de Burgos y Santander, Galicia etc. Este metal no se coloca, por supuesto, entre los llamados por escelencia preciosos, pero es sin duda alguna el mas útil, el mas importante de todos, para la paz, la guerra y cuantas empresas se pueden idear en el orbe, y nuestro suelo, como se ha visto, lo atesora con abundancia.

No ha llegado á nuestra noticia, otra fábrica de cobre que la de Riopar, en la sierra de Alcaraz, y hácia sus faldas orientales, la de azufre en el término de Hellin.

Años pasados, puso el gobierno sumo conato, é invirtió caudales de consideracion, en el establecimiento de una gran fábrica de hoja de lata en Asturias; mas parece, que el éxito no ha correspondido á las esperanzas de la superioridad, ni á los desembolsos del erario; y así creemos que la empresa yace en total desamparo, malogro harto frecuente entre nosotros, siendo tanto mas doloroso, por cuanto la insaciable Inglaterra, nos arrebata y se empoza por su embudo inmenso, en su abismo universal, una porcion de millones, por aquel ramo.

Como quiera, parece que la fabricacion catalana y su afan industrioso se van estendiendo, por Málaga y demás Andalucías, y aun por las desmayadas Castillas, que por fin empezarán á desaletargarse, y serán lo que fueron en dias mas venturosos, tras dos siglos ó mas, de exánime sueño.

Por lo demás, sabido es el gran descubrimiento del ajente universal y poderosísimo llamado el vapor, y la aplicacion que se está haciendo de su soberano empuje, para todo jénero de objetos y artefactos, y entre ellos, para la Imprenta, de que hemos hablado arriba.

El auxilio de la maquinaria, es con efecto importantísimo para las artes, pero hay tambien que considerar, como cada descubrimiento de una nueva artimaña, es un manantial de lloros para un sin número de familias; pues trae consigo el despido pronto é infalible de cuantos operarios se empleaban en el artefacto que luego el azaroso invento, con igual ó mayor perfeccion, por el mero auxilio de tres ó cuatro muchachos.

Este quebranto ha causado, particularmente en Manchester y en otros pueblos manufactureros, repetidos y sangrientos alborotos, y así el parlamento inglés se abstiene siempre de providenciar ó intervenir, en un punto tan sumamente vidrioso, en que no cabe prescindir del amparo debido á los menesterosos que anhelan vivir por medio de su trabajo; ni mucho menos del ensanche y la independencia que compete á cada ciudadano, para usar de su injenio y de sus desvelos, en los medios de economía y ar-

bitrios inocentes que pueda inventar, en ventaja y afianzamiento de sus intereses.

Sabido es que años pasados en Segovia, y despues en Alcoy, los operarios de aquellas fábricas, quemaron desaforadamente las máquinas, y causaron daños enormes á sus dueños; pero providenció el gobierno; actuaron los tribunales; y despues acá parece que fabricantes y operarios siguen con cierto equilibrio, prosperando mas los establecimientos, con asombrosos aujes.

Debemos aquí celebrar el celo de los verdaderos patricios, que fomentan las tareas fabriles en los establecimientos públicos de educacion y de apenamiento, sea su nombre, ó su instituto el que fuere, como en la Caridad de Barcelona, y en la Misericordia de Zaragoza, donde se trabajan ya telas sumamente apreciables.

Mayor tributo de alabanzas merecen todavía las Señoras, que se esmeran, con tanto afan como desinterés, en proporcionar educacion adecuada y provechosa á los tristes desamparados ó huérfanos, sentenciados á fenecer física ó moralmente, sin aquel arrimo maternal y desvelado; pues en escuelas sencillas y aseadas, y en manos de maestras cariñosas y espeditas aprenden las alumnas cuanto pueda conducir á constituirlas, con el tiempo, honradas y provechosas madres de familia. Pero en su mismo ejercicio trae siempre la beneficencia su entrañable, pura y perpetua recompensa.

Mineralojía.

Ramo de fábricas viene á ser el beneficio de las minas, y parece que con el continuo ejercicio en las de América, debiéramos ya estar poseyendo lo sumo de la maestría.

No es así por cierto, sin embargo de aquel afan incesante y esmerado, pues era todavía torpe y casi ciega aquella maniobra, sin salir en lo esencial del carril entablado en la misma época de la conquista. Pero prescindiendo ahora de la práctica material en las posesiones ultramarinas, aquí mismo se procede con escaso conocimiento, ó se desatienden las riquezas mas peregrinas, por total ignorancia.

Ya se habló de la mina de Cobalto en el valle de Jistao, reino de Aragon, á tres leguas de la cumbre del Pirineo. El mineral purificado valia al principio á doble precio que el oro, y estuvo un personaje Sajon, llamado baron de Veust, largos años viviendo en Plan, á media hora de la mina, y sacando miles y miles de quintales de mineral en bruto; pues se estaban viendo los grandísimos almacenes atestados, á pesar de las grandes recuas que tramontaban cargadas las cumbres, durante toda la temporada de verano. Supongamos que se redujese aquella inmensa mole á la centésima parte en Cobalto lejítimo, ¡cuántos y cuántos millones de reales y aun de duros no debia producir su conjunto!

Por fin la Sociedad Aragonesa, enterada de aquel escándalo, y con datos positivos lo hizo presente al gobierno: y entónces Florida Blanca providenció, que por ningun título se permitiese estraer, ni un adarme, y aun se embargase la porcion almacenada: que despues se estraviaría ó mal vendería de contrabando. Despues acá, vimos cerrada la mina, que tendria á la boca, por lo mas de cinco á seis varas de altura, y no sabemos que se haya abierto de nuevo, de modo que no sacamos utilidad alguna de tan inmenso tesoro.

Sabida es la riqueza de la mina de azogue, en Almaden, al confin de Estremadura con Sierra Morena, de donde en siglos que lleva ya de continua escavacion y beneficio, sigue siempre produciendo lo que de ninguna consta que le iguale ó se le acerque. Hemos oido en Madrid censurar en gran manera sus operaciones, y su sistema de administracion por sujetos versados en la materia; mas no sabemos, si despues acá, se han correjido ó empeorado aquellos desbarros, ya que lo fueren, pues lo último suele suceder entre nosotros. Lo cierto es, que la riqueza subsiste, pero ignoramos el estado ventajoso ú menoscabado de su beneficio.

Notorios son los inmensos caudales que, por siglos estrajeron los Romanos de nuestra España, que para ellos fué verdaderamente, lo que para nosotros el Perú. Modernamente se han descubierto por el Vierzo, hácia las entradas de Galicia, grandísimos rastros de minas beneficiadas, por lo visto con suma utilidad; pero nada mas ha venido á averiguarse sobre el particular, y así aquel descubrimiento no es mas para nosotros que un monumento histórico de aquellas faenas.

No sucede así con las minas de Cartajena ó sus cercanías, pues ahora mismo se están beneficiando con grandísima utilidad las llamadas de Almagrera, tanto que sus productos han venido á rejenerar aquel pais que yacia exánime por la falta de su marina. Lo cierto es, que menudean las barras de plata en manos de los interesados, y á bien que su presencia no es ilusoria ni soñada, como allá los desvaríos de la piedra filosofal, sino muy patente y maciza.

De este logro tan palpable, ha venido á resul-

tar una especie de manía *minera* en toda la nacion, de modo que por todas las provincias suenan descubrimientos y ensayos con mas ó menos éxito; pero sobretodo llaman la atencion, con sólido fundamento los bancos, ó mas bien, montes enteros de carbon de piedra, ú hornaguera, que por donde quiera se estan apareciendo de continuo.

En Asturias, hay material, ó cargamento para cuantos barcos ó convoyes se presenten por los siglos de los siglos; en Aragon, Utrillas y Graus están brindando con su imponderable abundancia, así como en otras provincias centenares de pueblos, y en Cataluña, además de otras minas está la de San Juan de las Abadesas, con un depósito inmenso y de superior calidad.

Este mineral es tanto mas importante para nosotros, cuanto los montes van por todas partes en suma decadencia, y si no se repara ejecutivamente su menoscabo, estamos amagados de un total esterminio, en un ramo tan esencial de industria y subsistencia.

Hay una lejislacion estensa, con un sin fin de providencias mas ó menos atinadas y grandiosas, sobre este particular, mas como sucede jeneralmente acá, yacen todos en las secretarías ó archivos, sin resultado alguno.

Las ventajas y beneficios de los Montes y Plantíos, no se cifran solo en la madera y leña que suministran al consumo de los hogares y á las artes, sino que su frescura y humedad, causa vapores, y mezclados con los demás que trae consigo el ambiente, forman y fijan las nubes y acarrean las lluvias, de que tanto se carece por las primaveras, y por cuya falta se suelen desgraciar las cosechas, con sumo quebranto de provincias enteras.

Volviendo al punto de las minas, las hay tambien de ocre, de plomo y de cobre, en Linares del reino de Granada y en otros parajes, con mas ó menos abundancia; pues en jeneral, habiendo tantísima riqueza casi á la haz de la tierra, se desatiende en gran parte, siendo este uno de los ramos mas atrasados de la nacion, debiendo ser al contrario el mas floreciente.

Nuestro suelo á trechos primitivamente abrasado (como se ve en Olot y en otros parajes de Cataluña y de la Península, que es todo volcánico) abunda naturalmente de aguas termales que demuestran el interior de los terrenos, y proporcionan bebidas y baños provechosos, donde jeneralmente se adolece de incomodidad y desaseo; aunque se notan ya mejoras de consideracion en algunos puntos de Aragon y en otros establecimientos; pero en esta parte, nuestro jeneral atraso es todavía tal vez mas lastimoso que en otros muchos ramos de civilizacion.

Con efecto la sociedad civil, en toda nacion, debe ser como un ejército en batalla, que marcha de frente, sin dejar un punto solo desatendido, ú ya que estamos en símiles, la planta de un gobierno es como una gran sinfonía, donde en desafinando un instrumento resulta una discordancia desagradable, pero en siendo tal vez dos ó tres, ó mas partes las que desbarran, el desconcierto entonces viene á ser total y absolutamente insufrible; pero en fin no todo es atraso y lástima y desconsuelo, como se verá en el artículo siguiente.

Comercio.

Masnou, pueblecillo, pues así merece llamarse respecto á su vecina Barcelona; Masnou, ó como dicen jeneralmente el Masnou, es un lugar (pues no tiene la calificacion de villa), de cuatro ó cinco mil habitantes, y posee en el dia por sí solo tal vez mas naves para la carrera de América, que habia, hace un siglo en toda Cataluña, y acaso en la Península entera.

Y no se crea que estos navegantes de por vida, pues lo mas del año, suele no haber mas vecindario que el mujeril; no se crea, que estos nuevos y electivos argonautas, mas osados y emprendedores que los fabulosos del vellocino de oro, se contentan con ir y venir á la Habana ó Puerto Rico, para volverse á holgar mientras se aparata algun otro viaje para los mismos puntos, pues léjos de eso, desde allí mismo emprenden otras especulaciones, y si se ofrece toman el rumbo para Filipinas ó la China, y por decirlo así, de polo á polo.

Como este es ya un ramo de tan suma trascendencia, no solo para Cataluña sino para la España entera, lo tratarémos con alguna estension.

Sabidos son, por la coleccion preciosa de Capmany los pormenores del Consulado antiguo de Barcelona, y lo son tambien los estatutos del establecimiento igual en Bilbao, y si al tiempo de la creacion de aquellos célebres tribunales, existian ya esas poblaciones que son ahora el asombro del orbe; si habia un Lóndres y un Amsterdam, yacian allá en el vaiven de la continua y mutua matanza, y en el cieno inmundo de la ciega irracionalidad.

Surcaban arrojadamente los Bilbainos el Océano, pero señoreaban los Catalanes gallardamen-

te el Mediterráneo, ya con las armas, estampadas, segun queria Rojer de Lauria, en el lomo de los peces, y sobre todo con el comercio. Sus bajeles iban y venian de continuo á Constantinopla, al Cairo y á todas partes; llevaban á D. Jaime á Mallorca con su hueste; y luego á D. Pedro à Sicilia, y despues vinieron á enfrenar á los Sarracenos por los mares de Levante.

Unidas ya las dos coronas de Castilla y Aragon, siguieron los Catalanes sobresaliendo en la marina; vino á descubrirse la América, y sojuzgado el imperio de Méjico, acudieron luego los mismos á participar cuantiosamente de sus ventajas. Ocupó el trono la guerrera y asoladora casa de Austria, y siempre descolló Cataluña en los armamentos y en el tráfico.

Sin duda por la zozobra de todos los corsarios, y sobre todo de las piraterías inglesas, se vinculó y monopolizó el gobierno y el producto de la navegacion americana, en las flotas y en el puerto de Cádiz. Merced á los escritos y al influjo personal de Campomanes y otros estadistas, se desengañó por fin el ministerio, y se habilitaron otros puntos para el comercio en jeneral. Mientras duró el estancamiento en Cádiz, eran ya los bajeles Catalanes los mas dilijentes, y mas interesados en aquellas ganancias, pero una vez abierto, entre otros, el puerto de Barcelona, entonces el comercio y la fabricacion de Cataluña tomaron un vuelo rapidísimo.

Sobrevino la ciega y funestísima emancipacion de nuestras posesiones ultramarinas, y en medio de tan sumo trastorno, siguió y sigue Cataluña frecuentando aquellos mismos puertos, cuyo comercio estuvo poseyendo casi esclusivamente por dos ó tres siglos; pero acude principalmente á la Habana con sus jéneros, trayéndose de retorno la inmensidad de productos con que inunda la Península, y trasporta á donde le conviene para sus intereses.

Volvemos ahora al punto y *pueblecillo*, como hemos dicho del Masnou, cuyo vecindario, teniendo todo mayor ó menor parte en las ganancias, viene á ser como forastero en sus propios hogares; con el bien entendido de que todos los puertecillos, ensenadas y casi playas, vienen á ser otros tantos Masnous, aunque por supuesto, en menor escala; por cuya causa creemos y afirmamos que, en vez de cortarle ó menoscabarle los vuelos, se le deben dar alas y mas alas, para que prospere siempre mas y mas, sin término ni coto cuanto sea dable.

Con efecto, Cataluña es España, y puesto que descuella y raya tan alto con su industria á todas luces asombrosa, léjos, como hemos dicho, de atajarle su carrera, se le debe siempre franquear el paso, ya que no se ayude espresamente, y esta franquicia se entiende que ha de ser sin un átomo de perjuicio para las demás provincias; pues como tambien se ha dicho, somos todos Españoles, y por tanto en punto á industria y adelantos, debemos tener declarada guerra implacable á todo estranjero, pero planteando y adorando la paz perpetua y bienhechora entre nosotros mismos.

En estos últimos años, el comercio ha ido prosperando y creciendo, con mas ó menos aujes en otros varios puertos, como Alicante, Málaga, y hasta cierto punto el mismo Cádiz, tan floreciente en otro tiempo; pero sobre todo la Coruña y aun Jijon, y mas todavía Santander, con su hermosísima ria, que pudiera mejorarse en gran manera con una limpia sabia y ejecutiva, desde el astillero famoso de Guarnizo, hasta la misma boca trabajosa de su entrada.

Florece el jiro, es verdad, en todos estos parajes y sus cercanías, pero tamaña prosperidad trasciende poquísimo al interior de sus varios paises, por cuanto les falta la actividad vividora de Cataluña. Hay, por ejemplo, un mercado muy concurrido y bastante interesado en Belmonte, y todos los pueblos comarcanos de la Mancha, participan considerablemente de aquella ventaja, corriendo el dinero cuantiosamente por los diversos ramos de su consumo; pero no léjos están Cuenca y la Alcarria, que hambrean de muerte, ó viven por lo mas en agonía perpetua.

Con efecto, sin el tráfico interior, desfallece y espira la desventurada y tan desvalida labranza, careciendo siempre de repuestos y de arbitrios para sortear ó arrostrar los contratiempos y azares que la asaltan y acosan de continuo; y mas donde faltan riegos, y por consiguiente hortalizas y sementeras menores, para alimentar á las familias, por lo mas, hambrientas, apocadas y aun exánimes. Volvamos á tratar del comercio marítimo, que es objeto mas grandioso y halagüeño.

El ministerio de Florida Blanca, fué largo, pues duró diez y ocho años, y jeneralmente benéfico, tiene que asomar de continuo en la Historia moderna de España. Teniendo la Península la tantísima costa, no puede menos de proporcionar pesquerías de suma entidad, y así la almadrava de Conil produce grandísima cantidad de atunes que se venden frescos, se salan, se escabechan y dan en limpio cantidades muy crecidas de utilidad. Hay tambien almadrava en Cartajena, aunque de corta consideracion, y así de algunas otras.

Pero el ramo de pesca se estiende á muchas mas especies que la del atun, y se le aventaja en gran manera la de aquella infinita muchedumbre, que abunda y rebosa por todas partes, quiero decir la sardina.

Donde asoma algun ramo considerable de industria, allí descuella por seguro de abanderado, ú alférez mayor, en fin de empresario, un catalan. Planteóse en Galicia una compañía catalana de pesca para la sardina, que desde luego ganació, y está mas y mas redoblando, largos millones. Pero tanto aquellos marineros, como todos los demás, tuvieron y tienen que sujetarse al empadronamiento jeneral, que se llama la matrícula que se formalizó en tiempo de Florida Blanca, por supuesto acorde con el ministerio de marina.

Todo marinero disfruta la facultad de pescar, y utilizar el producto de aquella industria á sus anchuras, con tal que se aliste para servir en los bajeles de guerra, siempre que el Estado los necesite y les llame, y sin este requisito, á nadie es lícito disfrutar de aquel ramo de industria.

La matrícula abarca, además de las Baleares, las costas de Cataluña, Valencia (1), Cartajena, Granada, etc. y otro tanto por el Océano, Andalucía, Galicia, Asturias y Vizcaya, de modo que la matrícula, ó padron, asciende en el dia á un guarismo muy alto, y sería suficiente para tripular al golpe una escuadra de consideracion; pues el ramo se mantiene siempre organizado, bajo sus respectivas comandancias de marina.

Malhaya nuestra infaustísima estrella, escaseábamos de marinería cuando poseíamos los ochenta asombrosos alcázares nadantes, como dice Arriaza, y ahora que tendria mas tripulacion somos unos pobres de solemnidad, y suponemos aun menos que el menguadillo Portugal en el Océano.

En cuanto á los adelantos del comercio, como los caudales son tan cuantiosos en Barcelona, Málaga, Santander, etc. se ha perfeccionado infinito la construccion mercantil, poseyendo los negociantes muchas fragatas veleras y grandísimas, en cuyos senos ó abismos caben almacenes enteros de riquísimas mercancías. Antes el forro de cobre para los fondos, era una especie de privilejio esclusivo de los bajeles de guerra, al paso que ahora cualquiera comerciante presenta sus naves bruñidas y tersas, en ademan de resbalar rapídisimamente por las olas, y volar de polo á polo en cortísimos plazos.

Decimos volar, con todo estudio y propiedad, por cuanto se ha mejorado tambien infinito la arboladura, y se ha engrandecido el velámen crecida y artísticamente en la marina mercante; y en el dia, aunque el rumbo para nuestras posesiones asiáticas no haya variado, teniendo siempre que surcar el piélago anchuroso y doblar el célebre promontorio Tormentoso de Camosas, el Cabo de Buena Esperanza: sin embargo las comunicaciones con Filipinas se han reducido últimamente al tercio ú menos de su antiguo plazo, con dilijencias y fondas por Ejipto hasta el istmo de Suez, y desde luego adquieren los negociantes noticias prontas y cabales, para formar sus planes y entablar sus especulaciones, con puntual conocimiento y acierto; de modo que todo viene á redundar en ventaja, y ensanche grandísimo del comercio.

Mas, como ya tenemos dicho, este jiro marítimo, y como esterior, carece del empuje central del tráfico interior, del auje floreciente de la agricultura y demás artes fundamentales de toda nacion grandiosa y emprendedora; pues se reduce á los frutos que llevan y traen las llamadas cabañas de mulitos pequeños y caballejos vecinos, de la cria, segun dicen ya dejenerada, aunque la trilla se sigue haciendo con hermosísimas yeguas en las Andalucías.

Acompañan despues las pausadas carreterías, de bueyes enormes, que ponen dos ó tres dias para una jornada, y por fin las galeras con grandes mulas, que llevan y traen mutuamente de Madrid á las provincias, jente, jéneros y algunos frutos.

La contratacion jeneral viene á quedar en las ferias, una sola verdaderamente nacional, que es la de Sariñena, y las otras cuando mas provinciales, como las decantadas del reino de Murcia y de algunos puntos de Andalucía; pero ninguna absolutamente *europea*, como lo era positivamente la famosa de Medina del Campo, donde se jiraba, por decirlo así, el caudal del orbe, y suponia sin duda mas por sí sola que todas las del dia juntas. Pueblo y feria, todo yace en la nada, merced al desvarío redoblado del gobierno austriaco.

Sin carreteras, ó mas bien ferro-carriles, acequias de riego, y canales de navegacion, que sajen y vivifiquen la Península entera, nunca seremos lo que dispuso la naturaleza que fuésemos, con el arrimo tenaz y eficacísimo de la industria vividora, que no asoma todavía á pesar de las instancias y clamores de Campomanes, Jovellanos y cuantos abogan por nuestra resurreccion labradora y política.

Entretanto mi fantasía, siempre acalorada y española, en alas de su roce estranjero, y su conocimiento mas ó menos cabal de los infinitos adelantos que descuellan y florecen por to-

(1) Hay sobre la costa de Valencia unos islotes (tremendos *quita sueños* para los navegantes en las noches lóbregas de invierno) que se llaman los Cohimbretes, frente á Peñíscola. En verano los marineros valencianos van allá, plantan sus tiendas, viven casi á pié enjuto en medio del mar, y reportan grandísimas utilidades de sus pesquerías de varias especies de peces.

das las demas naciones; mi fantasía arrebatada está viendo embarcarse en Valladolid los vinos de Rueda y Laseca, bajar en bilo, por esclusas y artimañas á la hermosísima Rioja, recojer por debajo de Logroño el néctar decantado de Peralta, y pasando por Tortosa, atravesando los Dardanelos y llegando á Constantinopla, embriagar en su mismo serrallo al Sultan, que paladea sus sorbos deliciosos, entre los cariños todavía mas regalados de sus Circasianas sonrosadas, y bendecir y envidiar mortalmente desde allá nuestras fértiles rejiones.

Ver salir de la falda pomposa de la sierra de Segura, almadías inmensas de malezas ajigantadas, alternar por el Guadalquivir y sus acequias laterales, con miles de embarcaciones que llevan y traen de la imperial Sevilla frutos, y artefactos infinitos con mutua ventaja de sus pueblos florecientes. Mira igualmente el Tajo enlazar á Toledo con el Océano, y en su tránsito fecundo tender sus brazos y vivificar las arideces de la exánime Mancha, y presencia con la navegacion del acanalado Guadiana, la trasformacion de la fértil pero desierta Estremadura, convertida toda en un paraiso, muy superior á cuanto fué la gran Mérida en su prosperidad asombrosa.

El numantino Duero, no ya contento con reflejar el pampanoso viñedo de Aranda, y los frutales riquísimos de Toro, hermanado para siempre con el cauce animador de Valladolid y de toda la antigua Castilla, se interna allá cargado de preciosidades por el mismo Portugal.... mas todos estos son dorados sueños, y atengámonos dolorosamente á nuestra lastimosa realidad.

Escepcion brillante de la carrera de los lamentos, y de nuestro papel perpetuo de Jeremías, la venturosa y activa isla de Mallorca, cultiva mucho y negocia mas y mas por cada dia, desembuchando de su seno fecundísimo naranjas, limones, almendras, castañas, aceite y otros productos; y luego piaras de cerdos, rebaños de carneros, vacadas enteras, y aves para el Continente, y maderas labradas para Ultramar. Mahon á pesar de su gran puerto, en vez de prosperar, se despuebla en demanda del Africa, y la pequeña Ibiza adelanta poquísimo en su cultivo de algodon, que pudiera enriquecerla sobremanera. Añadirémos, que la floreciente Mallorca de casi nada carece, y en cambio de sus infinitas salidas, tiene poquísimas entradas de frutos y artefactos, y así va siempre á mas en la carrera de opulencia y prosperidad. No se habla de fábricas.

No son por cierto tan *venturosas* aquellas islas que tales se apellidaron desde la mas remota antigüedad, y tuvieron probablemente relaciones con los Cartajineses. En el dia, careciendo de recursos, se están por puntos despoblando las preciosas Canarias, emigrando de continuo para Cuba y otros parajes de América. Aunque logran el auxilio ventajosísimo de sus muchos camellos para el cultivo, que solo sobresale en sus vinos esquisitos: no se alcanza como no se ha esmerado el gobierno en fomentar algun ramo de industria, como fábricas, pesquerías y cuantas granjerías se pudieran idear en beneficio de unos meros españoles; pues allí no hay mas habla, mas trajes, mas costumbres que las de Castilla; y luego la gran proporcion de ser escala para el comercio de América debiera darles sumo realce. Pero hay que esculpirles el rótulo lloroso de tantísimas partes; *aquí yacen* las islas por sobre nombre afortunadas y pobrísimas en la realidad; como pudieron quedar allá en su desprendimiento cierto ú fabuloso, de la gran Atlántica, que segun Platon cuajaba el piélago todo; desde Cádiz hasta entrambas Américas. En suma, nada queda de los antiguos y afamados Guanches, ni aun las momias que solian hallarse por las barrancadas, embutidas en sacos de cuero, y colocadas con cierto arreglo y señorío en recónditas cuevas.

A docenas, ó comboyes, entran y salen bajeles de todas clases, hechuras y cargamentos, á toda hora en la Habana. Es en el dia, despues de Lóndres, el primer emporio del orbe; y así la envidia rostrituerta, amarillenta y lagrimosa está al vivo retratada en los semblantes Ingleses, al contemplar tan estremada prosperidad; por lo cual no hay, ni habrá, doblez ó falsía, ni ardid, trama ó alevosía que no intenten, para apoderarse de aquel verdadero Potosí, mas productivo en realidad que el famoso del Perú; ó por lo menos echan, ó echarán el resto para atajarle su preponderancia, en frutos, en tráfico y en riquezas. Sabidas son ya sus tentativas; ojo avizor en la ralea británica.

Por lo demás, siendo ya de algunos años á esta parte miles y miles los quintales de azúcar, de café, de tabaco que se cosechan y se negocian con suma actividad, es imponderable el aumento que tiene diariamente aquella inmensidad de comercio; mas como acabamos de encargar, ojo avizor siempre en la nacion por esencia usurpadora, que jamás escrupuliza en medios para sus logros, prescindiendo de sátiras é invectivas, y desatendiendo sobre todo reclamaciones, por mas fundadas, legales y concluyentes que fueren.

Ojo avizor, diremos una y mil veces, pues median hartos desengaños, y por mas fortalezas que resguarden á la Habana, y por mas edificios que la realcen, en vez de amainar, irá siempre á mas el afan envidioso de nuestros enemigos naturales, y sucederá lo que con la ho-

nestidad encastillada de Danae, que no pudo resistir á la lluvia de oro, con que se disfrazó ú revistió Júpiter, para apearse sobre la cumbre del resguardado alcázar. En fin, ojo alerta, á toda hora.

En la Habana, donde rebosan los caudales para todo jénero de empresas, y suelen escasear los arroyos en las haciendas, se debiera ensayar con todo ahinco el invento de los pozos artesianos, pues aunque en París y en otras partes, se han esperimentado costosos desengaños, en las cercanías de Perpiñan, y en varios parajes mas, se ha logrado un éxito colmado; y siendo una isla, parece que por lo menos hasta diez, doce ó mas leguas de las costas, se ha de tropezar luego con el agua, y surtirse sin cesar de una corriente cuantiosa, y mas que suficiente para todos los menesteres de los trapiches, ó injenios, con grandísimo aumento en sus productos.

No acompañan los mismos elementos á Puerto-Rico, pero tambien va en auje, y florece su comercio, al par de su industria y sus plantíos; á pesar de los contratiempos y huracanes que suelen desenfrenarse, al par que en la Habana, por sus floridos verjeles, cuyo conjunto exhala á veces tan intensa fragancia que allá, como en los Campos Elíseos, trasciende á largas leguas mar adentro.

¿Podemos omitir el comercio de Filipinas? ¡Ojalá que abultase y floreciese en términos de dar márjen á largos párrafos de mencion y de alabanza!

Manila es un pueblo ya de consideracion; tiene edificios públicos muy apreciables, y su puerto segurísimo de Cavite, proporciona cómodo resguardo, y profundo sosiego á los muchos bajeles de todas partes que lo frecuentan.

Conserva cuerdamente sus tres conventos de frailes, y todos, principalmente los Agustinos, forman sus respectivos semilleros de párrocos para el alimento espiritual del país; cuyos naturales son de índole apacible y comedida, aunque si llegasen por allá las doctrinas trastornadoras de nuestras Américas, parece muy probable que viniesen á causar los mismos estragos; (pero está muy remoto aquel caso).

Té, café, cacao, azúcar, y maiz y trigo se cultivan, y sobre todo arroz, abundan, rebosan y perfeccionan hasta lo sumo. ¡Qué fertilidad! ¡qué jardin botánico universal! ¡qué frutos! ¡qué vivientes! ¡qué paraiso! y ¿porqué no ha de ser Manila otra Habana, que sobrepuje y señoree el Asia entera? Porque está en nuestras manos entumecidas y paralíticas, desde la tiranía austríaca. Murió políticamente el grande Ensenada, á los filos de la bastardía inglesa, y espiró el númen español, en el arranque de su inmenso vuelo.

La poblacion de toda la isla de Cuba, con los rapidísimos aumentos que de dia en dia va teniendo, será ya de un millon, ó mas de habitantes, comprendiendo todas las clases y colores, pero la de Filipinas, aunque no hay estadísticas esmeradas y cabales, asciende tal vez á cuatro millones de individuos, como se ha dicho, pacíficos, y avenibles á los impulsos halagüeños del gobierno y de la industria; es en conjunto una verdadera grey que irá mansamente por el sendero que la vayan señalando sus pastores, sin rebeldías ni mútuas contiendas, dedicada á la sencillísima agricultura del país, y á las artes manuales que buenamente y sin violencia se les quieran enseñar. El terreno es de suyo tan fértil, y por decirlo así, tan brindador, que con solo arañarlo y sembrarlo, brota todo con prontitud, pujanza y profusion.

Hay además en Manila un barrio de Chinos, y aunque harto taimados y engañosos, por decirlo así, nacionalmente, están adelantados en todas las artes industriosas, y luego hermanados, por su dilatado roce y aun intimidad, con el vecindario, y así su ejemplo, mas que sus lecciones puede servir de enseñanza. Ocurrió, años pasados, una novedad grandísima, y es que con motivo del pavoroso cólera que se manifestó en el país, se suscitó y cundió la voz azarosa de que los Chinos habian sido sus introductores, y la índole sosegada de los naturales se inflamó y se disparó repentina é inesperadamente, entablando un degüello espantoso por aquel barrio indefenso. Pero las autoridades, á pesar de las poquísimas fuerzas que tenian á su disposicion, acudieron ejecutivamente y se atajó y cortó de raíz aquel nunca visto desenfreno. Se reconciliaron luego, en vista del patente desengaño los ánimos, y despues han seguido y siguen, comerciando con la sencilla armonía que antes.

Media en el dia la grande ventaja de que como allá Pompeyo quebrantó y allanó á viva fuerza los inmobles puertas del templo de Jerusalen, y holló con su oficialidad el recinto, hasta entónces inviolable del santuario, ú sea *sancta santorum*, así mismo en el dia, la ambicion inglesa, siempre denodada, volcó y aventó el valladar que atajaba incontrastablemente el interior de la China, á todas las naciones, tanto asiáticas, como africanas ó europeas (1).

(1) Sabido es aquel paso de la Historia romana en que el cónsul Popilio, delineó con su bastoncillo en derredor del llamado grande Antíoco, que se desentendia de sus propuestas, un circulillo estrecho imponiéndole el mandato de no salir de su recinto, *sin* haberlas admitido. Los Ingleses han *venido á* ser otros Popilios para el despavorido *emperador* de la China.

En seguida el Támesis corrió, por decirlo así, desde Lóndres hasta Pekin, pudiendo exclamar, como Escipion al caer sobre Cartágo: «mia eres, Africa» abrazándola con ahinco; los Ingleses ahora, sin mediar tropiezo de consideracion, se descolgaron como de una nube sobre la China, ajustaron su tratado, por supuesto muy arbitrario, ú sea despótico y mercantil, con su establecimiento de un cónsul, escudado con cuantas regalías, y resguardos tuvieron á bien prever y plantear ejecutivamente.

Acudieron al punto los Franceses y solicitaron y consiguieron, á imitacion de sus vecinos y antagonistas, un ajente nacional en Canton, y entonces aunque siempre tardía, adquirió tambien España el derecho de enviar su cónsul con los mismos fueros y distinciones que las demás naciones, para protejer y fomentar todo jénero de contratacion con el celeste imperio.

Este tráfico de infinita estension, no puede menos de sernos ventajosísimo, poseyendo en el mismo umbral de tan gran tesoro el emporio de las Filipinas, que podrá igualar, y sobrepujar al Cádiz de estos siglos pasados, y como se ha dicho, á la Habana de ahora.

Nos cabe, para plantear y sostener este grandísimo logro, la posesion antigua y recien reconocida y renovada, y á todas luces ventajosísima, de las islas de Fernando Po y de Anhobon sobre la costa ya lejana de Africa, para servirnos á toda hora de punto de recalada y de comodísima escala, en el camino de Filipinas; procurando siempre, por parte del gobierno, tener aquel paraje surtido de todo lo necesario, en víveres, pertrechos, aparejos y maderas para socorrer en sus frecuentes urjencias y averías, á cuantas embarcaciones mercantes ó de guerra, españolas, pudieran acudir en busca de auxilio.

No es fácil atender á todo, y mas en medio de tan sumos atrasos como estamos padeciendo, pero el gobierno debe tener á toda hora muy á la vista objetos tan grandiosos y tan sumamente trascendentales, para el esplendor perpetuo y el poderío incontrastable de la nacion. Frecuentan ya nuestros navegantes desde Manila (1) esto es, en su propia casa (1), los mares de la China, y no solo alternan, sino descuellan con el tiempo, en virtud de tan ventajosas proporciones, sobre las naciones mas traficantes, bajo el pabellon glorioso de Castilla, en aquel riquísimo comercio, casi vinculado hasta ahora en las avarientas manos bretonas.

El célebre navegante Lapeiroure, que naufragó lastimosamente por alguno de los archipiélagos del Asia, aunque no se sabe el paraje, envió á Francia, con acertada prevision, antes de su fracaso, cuanto tenia trabajado, y en uno de sus papeles habla con sumo entusiasmo de Manila y de todas sus dependencias. Despues de elojiar en estremo al comandante español Bermudez, que se hallaba á la sazon en aquel destino, afirma que no tiene precio tamaña posesion, que desde su centro se debiera dar la ley á toda el Asia, y que la naturaleza la ha constituido con cuantas ventajas son incontrastables para formar el emporio del universo.

Así lo demuestran igualmente las varias obras que han salido á luz en España sobre el mismo objeto. Todo es allí abundancia, baratura, comodidad y regalo. Los empleados principales, y todos los sujetos de cierta clase, disfrutan desde luego, y á muy poca costa dos, cuatro ú mas carruajes, pues caballos y criados se mantienen tan cómodamente que apenas causan desembolso alguno, y todo caudal administrado con mediana intelijencia, acarrea cuantiosas ganancias.

Cae algun tanto fuera mano aquel rumbo á los activos Catalanes, y Santander, la Coruña y Cádiz están mas bien situados al intento, pero si la industria barcelonesa llega á volver las miras con ahinco hácia tan grandiosas proporciones, entonces será el prosperar sin término Cataluña, y rebosar caudales y ventajas imponderables.

La noticia que se da aquí de aquellas riquísimas rejiones se reduce á unos meros apuntes, y los interesados deben acudir á los escritos ya citados, para enterarse por entero del pormenor que pueda facilitarles las luces necesarias, para entablar con pleno conocimiento las especulaciones y el jiro que conceptuen mas seguro y productivo, con dependientes de toda su con-

(1) Caso práctico. En demostracion de los recursos asombrosos que puede proporcionar el precioso puerto y astillero de Cavite, á principios del presente siglo, en una de las guerras atroces que segun su maña inconcusa, nos hicieron sin declaracion ni motivo los Ingleses, hallándose el jeneral D. Ignacio de Alava en Manila con su escuadra, supo que andaba por aquellas aguas una fragata enemiga, y para evitar los daños que por sí sola, ó acompañada, podia causar á nuestro comercio y posesiones, á pesar de hallarse en la temporada del cambio ú *contraste* de los vientos llamados allí Monzones, que suele ser muy tempestuosa, salió en su busca, y padeció un temporal ó huracan tan estremado, que desarbolaron todas las naves, y tuvieron que volver al puerto trabajosísimamente. Pues todas se rehicieron y habilitaron en breve plazo, y salieron de nuevo á campaña.

(1) Aunque el asunto es muy formal, le cuadra cabalmente un paso chistosísimo, como todos los del Quijote, pues dice Sancho que su amo llegó en la cueva de Montesinos, á mesa puesta y cama hecha.

fianza, ó factorías particulares, en el mismo país; para estar siempre en acecho de las coyunturas mas favorables, y de las relaciones mas adecuadas que se vayan rodeando de continuo.

Hemos hablado del comercio marítimo, y por consiguiente hemos venido á tener como á la vista zafios y embreados marineros; vamos ahora, por despedida, á conversar amena y complacidamente, con lo mas florido, selecto y descollante de la sociedad humana; esto es, con los literatos.

Literatura.

¿Qué clase de literatura será la de un país, donde yace desatendido, ú mas bien olvidado, el estudio intrínseco y tenaz del instrumento fundamental é imprescindible para toda jestion literaria, que es por supuesto el idioma?

Tómese un periódico cualquiera, y esta es casi la única lectura del dia, y quien esté medianamente versado en ambas lenguas, lo irá leyendo en francés á carrera, y sin el menor asomo de dificultad. Con efecto, la esencia del habla, su brio y su gala, se cifran vinculadamente en sus jiros particulares, en sus modismos propios y jeniales, en sus arranques característicos. Todos ensalzan, tal vez con esceso, nuestros autores antiguos, y nadie los lee, ó por maravilla sigue sus huellas.

Sin embargo, nunca se ha cultivado tanto la Poesía como ahora, y seguramente no todas las composiciones modernas son despreciables, habiéndolas muy lijeras, agudas y donosas; pero jeneralmente adolecen de cierta propension enigmática que suele rayar en lobreguez, y sobre todo su achaque mortal es la frialdad; pues hay quien hacina tomos, por decirlo así, de hielo, sin la menor chispa de verdadero númen (1).

En suma, nuestras composiciones poéticas escasean, cuando no carecen absolutamente, de ardor y gallardía, de tersura y despejo. Hay como siempre sus escepciones á esta regla, por desgracia jeneralísima, y allá las damas, en particular estremeñas, saben escribir con cadencia halagüeña, novedad afectuosa y trascendencia mas ó menos encumbrada.

Mas no desconsolemos á los poetas, pues harto quebranto suele padecer su amor propio, y mucho mas sus intereses, con el chasco mortal de estar viendo sus partos hacinados á cientos y á miles, sin que el público desdeñoso, haga jeneralmente aprecio de los panejiristas, que como nada les cuesta el incienso, apellidan joya, perla y primor á lo mas vulgar y aun despreciable; cuando el comercio literario yace ya en la nada, y la adulacion lo acaba de esterminar.

Pero aun en la Poesía se suele aplicar algun esmero, para seguir hasta cierto punto los principios fundamentales del idioma; pero la prosa se aparece por cada dia mas y mas plagada de achaque de estranjería. Se traducen á medias novelas insustanciales ó perniciosas, y sus editores prescinden allá de todo miramiento, con tal que la novedad proporcione algun despacho.

Mas volviendo á la Poesía, nadie negará que la dramática es de suma trascendencia en las sociedades modernas, y al mismo tiempo es tambien innegable, que nosotros, á pesar de la suma aficion que manifiesta el público en todas partes, carecemos en el dia absolutamente de teatro. El antiguo, con sus barahundas, ya pomposas, ya rastreras, yace profundamente en el olvido. Vinieron los desvariados y sangrientísimos Románticos, y entusiasmaron, enardecieron y arrebataron en pos de sí la muchedumbre; pero la sensatez española cayó en la cuenta la primera, y desechó con abominacion aquel desenfreno.

Pero ¿dónde está el reemplazo de los descarríos antiguos y modernos? Hay algunas comedias, que llaman de costumbres, y son las únicas que merecen tal nombre, pero las reinantes en el dia son poquísimas y no pueden ciertamente cuajar los vacíos del repertorio anual que requiere todo teatro. Por otra parte, la ópera italiana tampoco basta para ocuparlo todo el año; las Zarzuelas, ó sean óperas-cómicas en castellano, careciendo del recitado de las estranjeras, el tránsito del canto al habla, y por la inversa, se hace muy violento, y desagrada muy en breve.

¿Cuál será pues el arbitrio en semejante conficto dramático? No cabe otro, á mi parecer, que el de fomentar en estremo este ramo de tan

(1) Se hace reparable, que por lo mas las Poetisas se aficionan casi esclusivamente al jénero que menos les compete que es el trájico, y aquellas mismas almas, nacidas al parecer únicamente, para andar entre flores y frutales, derramando chistes y agasajos, suelen anteponer á todo los puñales, el veneno, los precipicios y en una palabra lo mas horrendo y pavoroso; y hasta ahora no sabemos que haya descollado alguna de ellas por aquel rumbo tan sumamente escabroso y ajeno de su naturaleza, esencialmente cariñosa, y al decir de los poetas, á veces anjelical. ¡Raro descarrío de la incauta fantasía! ¡Prefieren las damas, hablando poéticamente, el coturno de la llorosa Melpomene, al borceguí de la risueña Talía!

suma trascendencia para las costumbres públicas.

Dejando ahora las Humanidades, vamos á tratar de las ciencias, que tienen mucho mas influjo, ú mas bien poderío, con la suerte de las naciones.

Matemáticas.

Sabido es, que la verdadera lójica se cifra toda en la jeometría, que hace palpable la evidencia á la vista y al entendimiento, y su método concluyente y despejado es la antorcha de todas las demás ciencias.

Desde que el gran Newton y sus contemporáneos perfeccionaron la maquinaria, floreció la Inglaterra con sus artes, y principalmente con su náutica, y la ciencia profunda sigue mas y mas iluminando todos los ramos de la prosperidad pública.

Entre nosotros hace ya mas de dos siglos, que el jesuita Tosca dió á luz un curso de Matemáticas, apreciable para su tiempo. A mediados del siglo anterior, florecieron los dos grandes jeómetras y astrónomos D. Jorje Juan y D. Antonio Ulloa, y despues Bails arregló su grandioso curso, que rije por lo mas en nuestras escuelas.

Estas, además de las indispensables en los cuerpos facultativos, se han estendido y perfeccionado bastante por todas las capitales de provincia; de modo que los estudios científicos se han ido jeneralizando en gran manera por la nacion, y sirven de cimiento á la arquitectura que se enseña con esmero en las academias de artes que se hallan establecidas, con mas ó menos esplendor, por casi todas las ciudades populosas del reino.

Pero hasta ahora, aun presciudiendo de la Inglaterra, no podemos citar entre nosotros, matemáticos eminentes, como Leibnitz y Eulero en Alemania, ni como Clairaut, Dalembert y Laplace en Francia, donde florecen ahora mismo Arago, y otros muchos que no cesan de ensanchar los límites de la ciencia con redoblados aujes.

No es maravilla sin embargo, que adolezcamos de tan lastimoso atraso, pues aun en los mismos cuerpos militares que hemos citado, la oficialidad sobresaliente se dedica algun tiempo á la enseñanza, mecanismo ajeno de las sublimidades científicas, y luego toda ella se reparte y destina á comandancias y atenciones materiales, que embargan el tiempo y retraen de todo afan, y desvelo por los progresos de la ciencia.

Era muy diversa la planta en nuestra brillantísima y; por desdicha de toda la nacion, ya difunta Marina... la congoja me entorpece la diestra, y descamina la pluma... en la Marina, repito, los tres Directores del Ferrol, Cartajena y Cádiz, fuera de la temporadilla de exámenes, en dando cuando les parecia, alguna asomada por las escuelas, eran árbitros de sus horas, y podian dedicarse con todo ahinco á lo mas recóndito de su facultad, y hacer continuos adelantos; al par de los profesores mas eminentes de otras naciones. Luego los oficiales encargados del Observatorio Astronómico, que se conserva todavía, entre los escombros de la misma Armada, bajo la misma planta, no tenian mas objeto que el de su instituto, y podian desempeñarlo plenamente y sin distraccion alguna; y asi habia una porcion de oficiales habilísimos en el manejo de los instrumentos astronómicos y en el arreglo de sus diarios y viajes, como se ve en los muchos que fueron formando, y que no han salido á luz, por nuestros trastornos, y siguen yaciendo en el polvo, por nuestro habitual, y perpetuo abandono.

Astronomía.

Va comprendida bajo el título anterior, y solo citarémos, para sonrojo nuestro y en honor de la veracidad histórica un hecho terminante.

Tratándose de plantear en el Retiro un Observatorio grandioso, se hizo indispensable el dotarlo con los instrumentos competentes, y Florida Blanca, que ostentaba sus humos de magnificencia en todos los establecimientos, noticioso de la maestría nunca vista del famoso instrumentista Dólon, recomendó á nuestro embajador en Londres, que le encargase la construccion de un telescopio-monstruo, echando el resto de su eficaz desempeño. Pide el artista de sesenta á setenta mil duros: adelante, contesta el ministro. Median años, se concluye el instrumento; se libra el importe; viene la octava maravilla en una porcion de cajones que casi completan el cargamento de un barco; acompaña un libro entero, é impreso con lujo, para su armazon y manejo... y ¡ó dolor! esta es la hora en que no ha llegado su estreno ú ensayo, habiéndose ya tal vez consumido ó inutilizado por

los almacenes del Retiro, donde se depositó por el pronto, y ha venido á yacer para siempre.

Habia sin embargo un cuerpo titulado de Cosmógrafos, instituidos al intento, y entre todos sus individuos, no hubo uno que arrostrase y tomase á su cargo la empresa; y entretanto allí está el edificio, padron perpetuo de nuestro sumo atraso y patente desdoro. Así se suelen menoscabar, ó mas bien arrojar al aire, los caudales públicos.

Física.

Para plantear y dotar un Gabinete de Física, cual de justicia lo requiere la cabal enseñanza que se establece en el nuevo y ostentoso Plan de estudios, se necesitan por lo menos sesenta mil duros, y por parte de los catedráticos, hay que habilitarse mucho en el manejo de las máquinas é instrumentos, para la demostracion esperimental de los asombrosos arcanos y fenómenos profundos de la naturaleza.

Ahora bien ¿cuál será el ayuntamiento, y dónde está el particular que, en tiempos tan escasos y apurados apronte, ni al golpe ni sucesivamente, cantidad tan crecida? Zaragoza, por ejemplo, conserva su universidad (que bajo todos conceptos estaria mejor en Huesca) y la heroica Zaragoza, no ha podido restablecer, ni tiene jamás á su disposicion un maravedí para emprenderlo, el puente que llamaban de tablas, y ¡aprontará ahora todo aquel caudal para un objeto mucho menos urjente, aunque utilísimo, con el desprendimiento y la prontitud que se requiere! Lo mismo vendrá á suceder en Valladolid y en todas partes.

Los catedraticos por supuesto acudirán pundonorosa y puntualmente al desempeño de su enseñanza, que será de viva voz únicamente, que se reducirá á una especie de glosa del curso ú libro que estuviere señalado por la superioridad; esto es, se contentarán con una leccion infructuosa y olvidada á pocos minutos de oida; para lo cual tanto valdria que la estudiasen allá en sus propias casas, escusándoles el sumo gasto de su mantenimiento.

La Física se ha de palpar con las manos, y ha de entrar por los ojos, como las demás ciencias naturales, y todo sermon, pues á esto se reduce la enseñanza verbal, no es mas, como se ha dicho, que una vibracion aérea en el oído, sin trascendencia alguna.

¿Qué concepto, por ejemplo, formarán los alumnos de los fenómenos eléctricos, sin presenciar los portentos de la máquina, y sin hacerse cargo de su correspondencia ó analojía con las alteraciones, visos y estrañezas de la atmósfera, de sus estragos, de sus preparativos etc.

Dirán que es forzoso empezar por algo; pero yo respondo que por este rumbo, todo se reduce á seguir con la absurda filosofía escolástica, en una palabra, todo viene á quedar como estaba antes, absolutamente en nada.

Química.

Lavoisier es el verdadero fundador de la Química moderna, por sus inmortales descubrimientos, y ahora se trata de hacer en París una edicion en diez tomos, de todas sus obras, que siempre serán interesantes; pero en realidad la ciencia ha variado, y progresado tantísimo en estos últimos años, que el mismo Lavoisier, si resucitase, vendria á quedarse atónito al presenciar su nueva planta.

Como quiera, á principios de este siglo estuvo, tal vez el mejor demostrador químico de Europa, enseñando con aceptacion tan jeneral que asistian á sus lecciones grandes de España y otros personajes de primera jerarquía. Pero Prust tenia á su disposicion un laboratorio completísimo, costeado por el erario, y aumentado diariamente con nuevas máquinas, y piezas de la forma y tamaño que se pedian á la fábrica de cristales de la Granja, ó adonde convenia, mas ¿quién plantea establecimientos iguales en todas las universidades? ¿dónde está el caudal? y sobretodo ¿de dónde salen los profesores, en el número, y con el desempeño que se requiere?

Estamos en el mismo caso de la cátedra de Física, y otro tanto diremos de la Mineralojía, Zoolojía y demás ramos de las ciencias naturales; todo se reducirá á la glosa mas ó menos estensa é instructiva del curso impreso, que desde luego podrán estudiar por sí mismos los alumnos, sin que logren gran ventaja con la mera esplicacion del maestro, no mediando y presenciando los debidos esperimentos.

Pero al mismo tiempo no podemos menos de recomendar otra ciencia, utilísima para esta na-

cion puramente labradora, pero desconocida hasta ahora entre nosotros, y cuyo estudio no requiere grande aparato de instrumentos, pues le bastan el barómetro, termómetro é higrómetro, con algun otro de corta consideracion, y es la llamada

Meteorolojía,

que no se reduce á meros anuncios, fútiles y arbitrarios de almanaque, sino que estriba en principios verdaderamente científicos, y en observaciones fundamentales é instructivas.

Con efecto, cuartean la Península varias cordilleras que dividen el temporal, de un modo casi invariable. Empezando por el Pirineo oriental, son lluviosos los vientos del Sud-este, y siguen con la misma propiedad por toda Cataluña, y gran parte de Aragon, hasta la sierra de Alcubierre, cerca de Zaragoza, y por otro rumbo con poquísima alteracion por los reinos de Valencia y Murcia, hasta la sierra de Alcaraz y de Segura, en que dominan ya los vendabales, ó vientos de Andalucía; y así viniendo á quedar escluido de uno y otro influjo, el campo de Cartajena es de suyo muy seco, y por consiguiente estéril.

En el reino de Toledo, la Alcarria y hasta Moncayo y el mismo Zaragoza, y aun Madrid y sus cercanías, los vientos lluviosos y bonancibles son los del mediodía. En Castilla la Vieja, desde las cumbres de Guadarrama por Valladolid, y Palencia hasta las cercanías de Burgos, hay una combinacion complicada de corrientes aereas, que suelen causar, con sus ímpetus encontrados, aguaceros violentos, y ocasionar crecidas escesivas en las corrientes.

En la costa cantábrica las lluvias reinantes, y á veces furiosas, vienen con los vendabales, desde Galicia, Asturias, Burgos, y Santander hasta Vizcaya y Francia, comprendiendo en aquel ámbito á Pamplona, con gran parte de Navarra, y aun de la Rioja.

Regla jeneral, viento de marina para montaña, lluvioso; de montaña para marina al contrario seco y despejado; por eso el Sud-este que viene del anchuroso golfo de Lion trae aguaceros á Cataluña y demás costas consecutivas, y el viento del mismo rumbo ú cuadrante es enjuto, frio y sereno en la costa Cantábrica.

En Estremadura y gran parte de Portugal se cruzan los vendabales variando algun tanto su direccion, y ocasionando grandes lluvias ó sequias, segun los rumbos que dominan ó reinan en aquel dilatado trecho, con sus infinitas alternativas, de sierras y llanos en diferentes puntos, y con diversa estension.

En suma, redoblando y apuntando las observaciones atmosféricas por espacio de diez á doce años, se podrá prever con cierta seguridad el temporal venidero, para disponer las labores y faenas, y aventurar ó no las semillas, segun convenga á los intereses de cada individuo.

Este conocimiento ha de ir acompañado con la observacion constante de instrumentos, que son todavía mas importantes en la navegacion, por cuanto sus señales ó indicaciones se refieren siempre á planes y distancias menores.

Aseguran, que en la guerra llamada de Jibraltar, por el año de 1780, salió de la Habana por falta de instrumentos, ó por inadvertencia en sus indicaciones, una escuadra poderosa, la víspera de un temporal furioso en que desarboló toda, y tuvo que regresar al puerto, con grandísimo quebranto, y sumo atraso de la espedicion ideada, que no pudo verificarse hasta mucho despues.

Náutica.

Hay jeneralmente en los puertos enseñanza cabal de todos los ramos de navegacion, y los pilotos del dia suelen ser consumados en guiar sus naves, con el tino y seguridad que cabe en el arte, materialmente de polo á polo. Ya se habló de los adelantos en la construccion naval, arboladura, velámen, jarcias, de modo que las fragatas mercantes compiten ya en traza, hermosura y propiedades, con las de guerra mas aventajadas.

Pero volvamos á la enseñanza jeneral de las universidades.

Medicina y Cirujía.

Se han hermanado y deshermanado repetidas veces, por las disposiciones harto inconstantes del gobierno, sin que consten los adelantos ó desventajas, que han resultado para el público de su maridaje ó su divorcio.

Como quiera, la Medicina se estudió siempre

con mas ó menos ahinco entre nosotros, cuyos profesores descollaron aun en la culta Italia, viniendo algunos á ser médicos de los papas. Sobresalió Laguna, como maestro en el arte de curar, é igualmente como botánico, al par de otros muchos contemporáneos y posteriores. Se granjearon nombradía en el siglo anterior, el valenciano D. Andres Piquer, y el asombroso andaluz Solano de Puque. Floreció despues el asturiano D. Severo Lopez, y le han acompañado y seguido otros profesores de distincion.

Pero el paso grande que se dió en la carrera de Medicina, fué el establecimiento de cátedras de Clínica, ó de junto al lecho, que es una enseñánza práctica y casi palpable de la facultad; donde los alumnos por sí mismos, y con las advertencias del profesor, se internan en el conocimiento radical, y en la curacion atinada, de las dolencias.

Se ejerce tambien con esmero en los hospitales la demostracion anatómica y palpable de la existencia, enlace, destino y funciones de las partes que constituyen la naturaleza humana, sin cuyo conocimiento cabal se caminaria á ciegas en la Medicina.

Botánica.

Hemos sobresalido con esplendor en este ramo. Desde Laguna, ya citado, con su Dioscórides, hasta D. José Quer, los Pavones, Ortega y el *europeo* Cavanilles, hasta el ínclito aragonés D. Mariano Lagasca, fallecido estos años en Barcelona, y fundadamente conceptuado por uno de los primeros botánicos modernos. El jardin magnífico de Madrid, y los particulares de las provincias fomentan, y amenizan este interesante estudio en toda la nacion.

Leyes.

Como jamás acaban de salir á luz los tantas veces ofrecidos códigos, sigue la barahunda y el desconcierto en la enseñanza pública de la jurisprudencia; y así somos romanos, somos castellanos ó alfonsinos, somos aragoneses, lo somos todo, y en la realidad, por esta parte, nada; con lo cual continúa la arbitrariedad en los tribunales, que carecen absolutamente de norte en tan intrincado laberinto.

Derecho de jentes, Economía política.

Florecian estas cátedras y muy concurridas y celebradas, en Madrid, en Zaragoza, y en otros parajes, pero asoma (usamos una voz vulgar pero espresiva) asoma el *coco* de la revolucion francesa, y van al través cátedras, profesores y alumnos; y á pesar de tan ridículas zozobras y precauciones, la *francesada* sigue mas y mas progresando, volcando, y arrollando la Europa y el orbe; como allá las llamas mismas del volcan abrasador derrumban, hasta sus propios abismos, la cumbre que coronaba su denegrida eminencia.

Como quiera, no sabemos que se haya restablecido aquella importantísima enseñanza, en cuyo contenido convendria en gran manera, estuviesen cabalmente impuestos, diputados, ministros, y cuantos intervienen mas ó menos directamente en los negocios públicos.

Con efecto, no hay carrera peculiarmente ministerial, sino que los entronques, el influjo, los vaivenes, y en fin la suerte, es la ensalzadora o volcadora de individuos, á cientos y casi á miles del voluble sillon, mas ó menos contenido ú despótico, arrojado ú cobarde, segun las circunstancias. Por tanto seria muy del caso, que todos los ocupantes llegasen á lo menos asomados ó iniciados en sus á veces trascendentales, pero por lo mas futilísimos arcanos.

Idiomas.

Causa mortal desconsuelo el presenciar, por cualquiera de las universidades, el total desamparo, la soledad casi absoluta, que se advierte en las cátedras de griego.

La lengua de las lenguas, la quinta esencia de la elegancia y de la perfeccion, suele tener por cursantes cuatro ú cinco muchachos; que por lo mas en llegando al pantano de las complicadas conjugaciones, se atascan ó se anegan, y allí se termina su carrera esencialmente clásica; dejando á Homero y á Demóstenes, para los poquísimos que, armados de constancia, logran la dicha de internarse por sus divinidades.

Hubo sin embargo desde luego entre nosotros gramáticas muy metódicas, como la de Petisco para Villagarcía, y la de Zamora para Salamanca, y sobretodo hace pocos años que se ha publicado en Barcelona otra completísima, que allana y despeja cuantas dificultades pueden causar algun apuro á los principiantes.

Por otra parte el estudio de la acendrada latinidad embarga demasiado tiempo en las escuelas, y aunque ya se ha caido en la cuenta de que las gramáticas deben estar todas en castellano, y no en el idioma que todavía se ignora, las coplas de D. Juan Iriarte son tan ásperas y ridículas, que retraen tal vez, léjos de halagar, con su estraño sonsonete á los gramáticos. Como quiera, el ejercicio ahincado y continuo, y no el afan de reglas, es la llave de las lenguas. Mucho Ciceron, y mas Virjilio y Horacio, con el llano y elegantísimo Ovidio, y se llegará á poseer el latin, con cuanta perfeccion sea apetecible.

La ilustracion moderna requiere que se tenga tambien algun conocimiento de las llamadas lenguas orientales; pero su estudio en realidad, es de poquísimo interés para la jeneralidad de los literatos.

Lenguas vivas.

Aunque el instituto de las universidades no comprende, como debiera, los idiomas vivos, hay sin embargo enseñanza gratúita de los principales, en Barcelona, y en otras partes, jeneralmente á costa del Comercio.

El francés, con las victorias en la primera mitad del reinado de Luís XIV, y con los partos de sus injenios colmadamente protejidos, empezó á prevalecer en Europa, y sigue ahora mismo siendo el idioma universal para todo jénero de comunicaciones y contratos, entre las potencias y los particulares. No tiene de suyo arrojo ni armonía para la versificacion (1), pero su prosa es sencilla, y en fin, así como los inventos de los figurines en su calle de San Honorato, se ha hecho de moda, y así no tiene ya contraresto.

Las relaciones comerciales han jeneralizado hasta cierto punto la lengua inglesa que en suma no es tan trabajosa como parece á primera vista; pero al contrario, su parnaso desde las mismas faldas es muy arduo de pisar, pues reina un idioma poético esencialmente diverso de la prosa, y hay que estarlo estudiando toda la vida, para llegar á poseerlo. Por lo demás, cesando casi únicamente de auxiliares para las conjugaciones, se aprende con facilidad la parte relativa á los verbos.

Esto último sucede en aleman, y además proporciona la ventaja de que su poesía llana y prosáica, como la francesa, no aumenta, ni dificultad ni trabajo sobre la prosa.

Es muy sabido, que los filarmónicos barceloneses, con solo frecuentar el teatro, aprenden placenteramente el lindísimo italiano. Con efecto, guarda suma analojía, y á veces casi total igualdad, con el castellano en metro, en frases y en arranques poéticos; de modo que su estudio tan obvio y halagüeño, debe ser parte de la educacion española, y mas facilitando la intelijencia cabal del Taso, del Ariosto, Alfieri, y el Metastasio.

Pero el idioma que natural y necesariamente debe interesarnos ante todos, es sin duda alguna el

(1) El arranque de la famosa Henriada es mas prosáico y rastrero que el de nuestras jácaras y romances vulgares que se venden por las esquinas:

Je chante ce heros qui regna sur la France,
Et par droit de conquête et par droit de naissance etc.

No parece sino que su autor, siempre chancero, se ha querido reir de la poesía épica, de Enrique IV, de la Francia y de sus lectores.

Castellano.

Ya se habló de la estension de su imperio por miles de leguas, cual en ningun tiempo cupo á otro alguno, y del sumo desamparo en que yace por el atraso jeneral de su estudio, y del esmero

especialísimo que merece, para el uso continuo de la vida. Su enseñanza debe ser el cimiento de toda instruccion, entablándola desde los primeros pasos de la educacion culta.

El célebre D. Jorje Juan, mientras fué director del Seminario de Nobles, hacia que los niños aprendiesen á leer en la Espedicion famosa de Moncada; y así sus ánimos ternezuelos se empapaban desde luego en la mencion de rasgos heróicos, y en la propiedad sencilla del idioma. Semejante disposicion es ciertamente recomendable, mas no la considero suficiente, para el objeto de una enseñanza colmada de literatura castellana, en prosa y en verso.

Cátedra peculiar y desempeño muy selecto requieren aquellos ejercicios delicados y amenos, que labran la intelijencia y el uso de los principios fundamentales de la oratoria y la poesía, y habilitan el ingenio para cuantos ramos se puedan ofrecer en la carrera literaria. No se crea, que para tan obvio estudio se necesita grande y costosa librería, pues con el Quijote y los Sinónimos de Huerta para la prosa, y las Poesías de Melendez y la trajedia de Raquel para el verso, tiene el cursante cumplido su repuesto.

El Quijote debe desentrañarse por párrafos y por períodos, manifestar el vario temple del lenguaje segun los objetos y las ocasiones, evidenciar sus primores, y apuntar sus lunares, pues los hay como en toda obra humana, é insistir mucho en el intento literario, y todavía mas en la parte moral y casi continua de su contesto. Insistimos sobre este último punto, por creer que en el Quijote y en la Clarisa Harlowe (que por otra parte no es para las escuelas) se halla un curso de moralidad práctica mas apreciable y trascendental que en los tratados espresos de Filosofía Moral; que jeneralmente, aunque metódicos y majistrales, suelen ser áridos y por supuesto meramente abstractos y teóricos; y así quedan sus capítulos y sus preceptos absolutamente olvidados, á poco rato de haberlos leido.

Otro tanto decimos de los tratados estensos de Poética, como la de D. Ignacio Luzan, cuya lectura, particularmente en la aplicacion que suele luego ir haciendo de sus reglas, puede sin duda redundar en alguna utilidad; pero lo principal es un ejercicio continuado sobre un autor clásico, cuyas escelencias y deslices se vayan notando, y cuyo rumbo se vaya siguiendo en algunas composiciones al remedo de aquel dechado; pero con desahogo y sin sujecion alguna, antes bien inclinando siempre el ánimo, ú el númen, si lo hubiese, á la esfera sublime de una orijinalidad nacional, atenida de continuo al sistema fundamental de la armonía métrica y la propiedad en la espresion.

Hemos nombrado espresamente los Sinónimos de Huerta, para tener ocasion de elojiarlos y encarecerlos; pues á la verdad todas las naciones tienen obras al mismo intento, pero la nuestra, aunque harto breve, se aventaja á todas por el despejo y tino en las definiciones, y gala y propiedad en los ejemplos; y así es un tesoro de instruccion, y un norte seguro y ameno para el verdadero uso del idioma.

El castellano, como ya se dijo, estendido por miles de leguas en el nuevo Mundo y en otros parajes, aunque de suyo gallardo y robusto, adolece en el dia de achaques vergonzosos en su ingrata patria, donde bastardea y casi agoniza por culpa de los naturales; y mal haya mil veces tan injusto y bárbaro abandono.

Adoremos á porfía nuestro sonoro, majestuoso y riquísimo idioma; no emponzoñemos su castiza pureza con tachas enormes y borrones advenedizos. Gala, despejo, brio y armonía campean, con floridos realces, allá desde su primitiva y selecta contestura, y conservémosla intacta, sin estudiados estremos, ni torpe y ciego abandono.

El castellano con sus vocablos grandiosos y entonados, no tiene quizá igual para la alta y sublime oratoria; pero tal vez esas mismas dicciones tan cumplidas y resonantes perjudican para el laconismo ejecutivo de los principales ramos de poesía (1). Mas no se percibe, ó se advierte poquísimo, semejante tacha en las composiciones selectas de nuestros maestrazos.

Brinda por el contrario el castellano con el tesoro peregrino de sus diminutivos, aumentativos y despreciativos (2) para ciertos jéneros de

(1) ¿En qué trajedia, por ejemplo, no se ofrecerá usar á cada paso de estas voces, *remordimiento*, *arrepentimiento* etc., como que son de suyo significativas de afectos ó impulsos y arranques *trájicos*, y sin embargo el metro donde llegan á asomar semejantes zanquilargos, por el hecho mismo de su estension, deja ya de ser verso; y otro tanto sucederá con cuantos aparezcan de tan dilatada medida.

(2) No cabe, por ejemplo, traducir en francés, en inglés ni en alemán, y sí tan solo en italiano, estos versos de Melendez, sobre la transformacion del Amor:

Tornóse en maripusa,
Los *bracitos* en alas,
Y los piés *ternezuelos*
En *patitas* doradas.

Y tambien son intraducibles por un término opuesto, los dos tercetos siguientes de la Sátira de *Pitillas*.

Veo por las esquinas *cartelones*,
Que al poste mas macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones . . .

poesía, pues variando así el matiz de la composicion, se puede dar el debido temple á cada rasgo, segun lo requieran las circunstancias.

Estudiemos, repito, con ahincado esmero, el castellano, empapémonos ufanamente en su opulencia, y desafiemos en esta parte á las naciones mas engreidas con la perfeccion de sus idiomas (1). Este es, como se dijo arriba, el cimiento fundamental é imprescindible, para toda jestion literaria, y sin su posesion, si puede ser consumada, ni en las artes ni en las ciencias, se dará jamás paso alguno de consideracion.

Escribamos ante todo orijinalmente, pues la fantasía española deja muy en zaga á la de todos los demás pueblos, y rechacemos con menosprecio esos chapuces de novelones *misteriosos*, que vienen á ser el *Secreto á voces* de la comedia antigua, y se reducen á los arcanos, ó mas bien á las vulgaridades de la calle de Alcalá, de Atocha ó de Cantaranas. Seamos en todo Españoles, y principalmente en el idioma y en las obras de injenio.

No se pretende, que el castellano permanezca inmoble y sin el menor adelanto; el habla es de suyo voluble y ha de estar siempre en movimiento, pero esta marcha, este engrandecimiento ha de ser por impulso propio, sacando de sus raices, de sus mismas entrañas, los progresos y mejoras que fuese haciendo, como lo han hecho los poetas ingleses, y lo hicieron allá los fundadores de la literatura, y no encenagándose mas y mas con ridiculeces advenedizas. Seamos Españoles, clamarémos una y mil veces, y allá se las hayan las demás naciones con sus estranjeradas.

Sobre todo para el teatro, que es la escuela jeneral de los pueblos cultos, puesto que la cosecha, siempre colmada, está muy á la vista, en asuntos, en costumbres, en personajes, en habla y en todo, todo, seamos Españoles, y nada mas absolutamente.

Toda dedicatoria es *clausulones*,
Palabras de pié y medio, que al Mecenas
Le dan, en vez de incienso, coscorrones.

Para una comedia, esta variedad en las calificaciones de cada objeto, es de suyo ventajosisima, y sin embargo nuestros ponderadísimos cómicos antiguos que escribieron de todo, y por decirlo así, á todo trance, no apreciaron, y tal vez no advirtieron tan precioso arbitrio, para realzar, ó robustecér el lenguaje, y darle á cada paso su espresion mas oportuna y adecuada.

Pero quien jamás se paró en retratar al vivo sino idealmente las costumbres y los personajes, mal podia hacer alto en los diferentes visos, en una palabra, en los primores del idioma.

(1) Es verdaderamente asombrosa la inmensidad de los idiomas. Tuve, años pasados, la estraña ocurrencia de calcular, aunque por mayor, el número de vocablos diversos que puede haber en castellano, y teniendo por supuesto en cuenta la variacion de casos en los nombres y de tiempos y personas en los verbos, me vino á resultar la suma portentosa, y al parecer increible, de un millon y doscientas mil voces.

Todavía puede que resultase mayor este número, si el cómputo se practicase con mas esmero y escrupulosidad, pues yo lo hice meramente por via de juguete, ó pasatiempo.

No tengo presente, si entre los datos comprendí tambien, como es probable, los diminutivos y aumentativos de los nombres en jeneral, ó por lo menos los mas obvios.

La voz *gordo*, por sí sola, tiene tal vez mas de doscientas variaciones, ó transformaciones.

La situacion actual. — Los partidos.

Plaga mortal, azote implacable y perpetuo es mas y mas por cada dia la infernal bandería que nos anonada. Se fragua una parcialidad mas ó menos crecida y violenta, se desmorona luego, y despues se quiebra y desmigaja en un sin fin de partidillos, hasta que paran por último, como allá en el teatro los soliloquios, se reducen á unipersonal, que por desgracia no es el de Guzman el Bueno, sino que rematan en un tumor ponzoñoso de estremado egoismo.

Mientras el desventurado labrador, que como se ha dicho tantas veces, viene á ser la nacion entera, se desvive, colgado de las nubes, y de las ráfagas, propicias ó adversas que asoman por la lejanía; mientras á lo mejor está trémulo viendo el fruto de sus afanes y sudores, el blanco de sus esperanzas entrañables, al rigor de la sequía, del hielo, del granizo ú del añublo, desaparecer de repente, parando su decoracion teatral y placentera en panteon lóbrego y pavoroso, el estragado ciudadano, en el ocio de la capital, ó de otro recinto algun tanto populoso, se embarga todo en el desvarío de ser progresista ó conservador, esto es, mentecato ú delirante, y uno y otro se declaran mutua guerra á sangre y fuego, con impetuoso desenfreno.

Profesemos desde luego enemistad sañuda y sangrienta á los perpetuos émulos nuestros que

se deleitan ufanos y se empapan regaladamente en sus planes dorados, al vernos acá engolfados ciega y bárbaramente en nuestras disensiones insensatas; abriguemos en nuestros corazones intensísimo encono y odio mortal á los usurpadores de fortalezas incontrastables en nuestro sagrado suelo, á los profanadores de nuestra hidalga independencia, á los acechadores de Ceuta y de cuanto podemos poseer de algun provecho en ambos mundos; allí la enemistad está en su punto, y es una obligacion sacrosanta de nuestra situacion violentísima.

Pero entre nosotros Paz, Concordia, Economía, Pureza, Actividad, y en fin cabal desempeño en los cargos públicos, estas son las doctrinas que debemos profesar á las claras y á boca llena, sobre todo prácticamente en todos nuestros pasos y jestiones. Hermandad estrechísima, repito, es la que se requiere; y aunque prediquemos en desierto, obligacion sagrada es en todo escritor público el emplear su medianilla pluma en objeto tan grandioso é imprescindible. en abogar á todo trance por la causa nacional.

Concentremos en este punto y á toda hora nuestras miras; dediquemos nuestro abincado conato á cercenar empleos costosos con sueldos exorbitantes; ahorremos cuanto sea dable para descargar al exhausto y moribundo labrador de sus escesivas pechas, y ante todo para reedificar nuestra lamentable armada, sin la cual no hay potencia marítima, como blasonamos de serlo, pues entonces no hay resguardo, no hay prosperidad, no hay comercio.

Muy vistosa, muy recomendable, es la mejora, ó sea la magnificencia en Madrid, en Barcelona y en otras poblaciones principales, pero mas imprescindibles son las carreteras, las acequias, y sobre todo una escuadra poderosísima.

Fuera pues desavenencias, que tal vez consisten mas en palabras que en realidades, aun prescindiendo del grandísimo influjo de la Empleomanía. Cuando allá los comuneros, á las órdenes de Padilla y Bravo peleaban contra los imperiales, sostenian una guerra de principios absolutamente encontrados, y no cabia duda ni maraña en sus máximas y jestiones; mas ahora no estamos en el mismo caso, pues fuera de algunos insensatos estremados que opinan unos por el absolutismo y otros por el desenfreno, la jeneralidad de los pueblos principales (pues los cortos, y de labranza jamás se acuerdan de tales vaciedades, concentrados únicamente en sus propios intereses) se atiene al *ponderibus librata suis* de Ovidio, al equilibrio racional de las potestades, ciñéndose la lejislativa á sus disposiciones orgánicas, y dejando espedito el rumbo á la ejecutiva, bajo la responsabilidad competente.

Y en verdad que el gobierno en este mismo año tendrá que valerse de toda su actividad y sabiduría, para seguir constante y acertadamente su carrera. Por de contado tiene que acudir a las cargas indispensables y urjentísimas del Estado, y para eso no cabe duda en que son imprescindibles las contribuciones. Su importe ha de recaer necesariamente sobre los labradores, que como se ha dicho tantas veces, componen casi el total de la nacion; ahora bien, las mieses, antes de granar, han quedado abrasadas con los escesivos calores, la aceituna á medio medrar, se desprende toda de las ramas, tanto en secano como en regadío, el racimo se apoca, se desgaja y se anonada; y faltando así en casi todas las provincias en grandísima parte las cosechas principales, se hallará la nacion entera en el caso que dijimos allá de los habitantes de Leon, á quienes sus señores tienen que alimentar la mitad del año, en vez de exijirles ó cobrarles contribucion alguna, ó tendrá la nacion que vivir de patatas, maiz, y como allá los patriarcas, meramente de lentejas, si las hubiese.

Aquel esclarecido Ensenada, tantas y tantas veces citado, lo abarcaba, con sus inmensos e incesantes desvelos *absolutamente todo*, atendiendo á un mismo tiempo á la ópera en el teatro del Buen Retiro, á la medicion del meridiano en el Perú, á los arsenales, á las escuadras, á las carreteras, á los abastos, á cuantos requisitos componen, ó realzan la sociedad humana. Tenia pues Ensenada ideado el establecimiento de los llamados *Pósitos*, bajo una planta grandiosa y perpetua. Siguió despues en cuanto le fué dable, aquel rumbo, su émulo dignísimo en virtud y desempeño, el ínclito Campomanes. El vuelco de Ensenada acarreó el de sus planes, y el de la nacion entera. Campomanes, primero Fiscal y despues Gobernador del Consejo, entabló, sostuvo y completó en cuanto pudo el sistema de Pósitos en las ciudades principales, y en pueblos subalternos.

El establecimiento era utilísimo, pues sucedia, como es muy frecuente, que carecia un labrador de trigo para su sementera, ó de cebada para el ganado, acudia al Pósito, le franqueban su socorro competente, y devolviéndolo en la temporada de la cosecha, con la moderada retribucion de medio celemin por fanega, quedaba servido el menesteroso; y el público gananciaba un refuerzo de fondos que en algunos años de duracion podia llegar á componer un caudal de consideracion. Sobreviene una calamidad como la presente, los mismos pueblos arrostraban. con sus respectivos fondos, la urjencia, por cuantiosa que fuese. Pero sea por condescendencias escesivas, ó por administracion infiel, y luego con las guerras bárbaras y asoladoras, lo

cierto es, que ha desaparecido aquel recurso; y así los desventurados labradores, en sus continuos y mortales apuros, tienen por lo mas que acudir á los insaciables logueros, quienes los desangran hasta el postrer deliquio, que en suma es entregarse en las garras del tigre.

La Sociedad Aragonesa, una de las mas eficaces de la nacion, ideó y practicó un proyecto importantísimo para el fomento de un país puramente agricultor, y fué el de formar un fondo cuantioso para socorrer á los labradores en sus continuas y apuradas urjencias, como la de compra de mulas, ó bueyes cobrando un cortísimo interés, y dando plazos dilatados, como de un año, ú dos y aun tres, segun las circunstancias, para su reintegro. Prosperó y duró por algun tiempo el establecimiento con grandísima ventaja de los agraciados, así en la capital como en su comarca, pero sobrevinieron luego los tropiezos y estravíos acostumbrados de torpeza ó infidelidad de los depositarios, y caducó el fondo, con sumo quebranto de la siempre desventurada labranza.

Como quiera, seria sin duda muy del caso que se restableciese desde luego el sistema de Pósitos, planteándolo bajo una forma espedita y de completa responsabilidad por parte de los ayuntamientos, ó los encargados peculiares de su administracion, y jeneralizándolo hasta las aldeas ó cortijadas mas recónditas (1). Se tropezará tal vez al principio con sumas dificultades ¿pero qué no vence el ahinco ilustrado del ardiente patriotismo? En realidad el asunto es de la mayor trascendencia, para la clase única de la nacion.

(1) Seria del caso imprimir en las cabezas de partido, anualmente las entradas y salidas, y en suma las existencias pertenecientes á todos los pueblos, para noticia y conocimiento cabal de los interesados.

Con efecto, ahora mismo en algunas partes, como en Estremadura, hay grandísimos sobrantes y una cosecha escasa será tal vez ventajosa para muchos hacendados; mas no sucede así en otros puntos, y en fin con el establecimiento de los Pósitos, acude á ellos el que puede necesitarlos, y el sujeto acomodado prescinde sin quebranto de aquel auxilio, siempre en estremo favorable para la jeneralidad de los labradores.

Echando el resto de la actividad posible en las materias mas interesantes, se pueden mas bien aunar y estrechar los ánimos hasta lo sumo, y hollar esa manía funestísima de los partidos, que son tal vez mas bien abortos del amor propio que del interés personal, pero siempre entorpecen la marcha del gobierno, contrarestan sus planes, ofuscan sus intentos, é imposibilitan el cabal desempeño de sus infinitas atenciones.

Seamos Españoles, se dijo arriba, tratando del idioma, pero seámoslo todavía mas entrañable y ahincadamente en puntos de mucha mayor trascendencia, y caminemos, y aun si cabe volemos al fin por el rumbo que nos guie y ensalce á la suma prosperidad; puesto que nuestra situacion jeográfica y nuestras proporciones internas de territorios fertilísimos y de rios mas ó menos caudalosos, nos están brindando á competencia para tan importante y ansiado logro.

Esta felicidad se alcanza y se perpetua tan solo por medio de una lejislacion fundamental, y afianzada sobre los principios sólidos é incontrastables de la razon humana, pues como se ha dicho á la Reina en una composicion reciente:

Libertad racional es el anhelo
El vivo afan, el ínclito desvelo
De todo pecho escelso y animoso,
Y de heroicas empresas ambicioso.

Perspectiva.

Bajo planta sencilla y espedita caminarán los cuerpos colejisladores, con el teson pundonoroso y el afan incesante que requieren imprescindiblemente las circunstancias.

Saldrá por fin á luz y se pondrá en despejado y constante ejercicio, ese anhelado Código que hace tiempo tiene colgado y ansioso el deseo de la nacion entera. Rejirán los tribunales invariablemente á todos los Españoles, y cada cual tendrá á la mano, ú llevará consigo el testo sagrado que le manifiesta el derecho que le asiste, y el resguardo que le ofrece á todo trance. Con tales antecedentes, con documento tan irrefragable, ni el interesado podrá alegar ignorancia ni el juez admitir cohecho, ni los dependientes fraguar imposturas, ni causar demoras en los espedientes; y se realizará el reinado de la justicia, bajando para nosotros de nuevo la diosa Astrea, remontada al cielo, segun los poetas, huyendo de la maldad é ingratitud de los hombres.

En el ramo de Hacienda, se despejará por fin su siempre enmarañado conjunto, para plantear la parte de contribucion directa, compatible con las escaseces perpetuas de nuestros exánimes hacendados. Se formará con todo esmero

el padron jeneral ó catastro, pueblo por pueblo y familia por familia, para proceder luego al reparto de los correspondientes pagos, ejecutados siempre con puntualísima legalidad.

Rejirá mas y mas una economía racional y patente, escusando empleos inútiles, y dotándolos sin mezquindad ni exorbitancia, para el desempeño cabal de sus funciones. Acaso para la cobranza de impuestos indirectos, será lo mas acertado seguir el sistema ya admitido de los arriendos ó asientos, estando siempre á la mira, para evitar tropelías y arbitrariedades, por parte de los arrendadores ó interesados.

Para evitar fraudes en la introduccion de materias ó artefactos estranjeros, parece que el medio mas certero es atajar la carrera al interés, proporcionando la venta ó el impuesto al verdadero valor del jénero y así vendrá á quedar desbancado el siempre activo y funesto contrabando. Mas en este punto, como en todos los de administracion pública, la verdadera antorcha, la guia mas segura, es la esperiencia iluminada con sus continuos desengaños.

Por el ramo de Guerra la fuerza existente parece la mas adecuada para las facultades y urjencias de la nacion, y el sistema de reemplazos, es tambien el mas sencillo de cuantos se han practicado hasta ahora, quedando ya abolido y casi olvidado el bárbaro método del engaño ú la embriaguez para el *enganche*, voz que jamás debió usarse, por indecorosa, ni en la Ordenanza, ni en las providencias ó disposiciones particulares.

Los ascensos por el órden ya establecido de antigüedad, parece que es el réjimen ó sistema menos espuesto á injusticias, y quejas ó clamores de los interesados; pero sobre todo las escaseces perpetuas, y las atenciones imprescindibles del erario, requieren suma moderacion en los empleos altos y costosos, y sin orillar ó apear absolutamente á nadie, lo que seria muy odioso, y aun impracticable, escusar siempre graduaciones que no fueren imprescindibles, hasta reducir el número de empleos tan costosos, é intolerables para la nacion, á la cuarta ó sesta parte de los existentes.

En cuanto á Marina, *hoc opus hic labor,* dice Virjilio, esta la empresa de las empresas, pero el dilema es incontrastable. O somos nacion marítima y hemos de conservar la Habana y Filipinas, ó no; si nos avenimos á carecer de posesiones tan fundamentales para nuestra vida política y aun material, entonces muy escusado se hace todo afan y todo desembolso por tan costoso ramo; y entonces no hay mas que incensar de continuo á nuestros mortales enemigos, y besar postradamente su azote, desentendiéndonos para siempre del arrimo, y hermandad de la Francia, que está anhelando á toda hora nuestros conatos y nuestra prosperidad en esta parte.

Para salir á la palestra, como parece absolutamente indispensable, nos falta todo, empezando por la oficialidad y acabando por los navíos que deben ser lo primero. ¿Cuál es pues el arbitrio? Se ha dicho y se ha repetido, y se está viendo, sin que nadie lo diga. Economía suma y perpetua, y ahorros y mas ahorros en todos los demás ramos; y como todo debe marchar de frente, actividad y franquicia, y proporcion de caminos y canales para el tráfico interior, y fomento y estímulo de la marinería mercante para completar y armar la militar.

Parecerán un mundo, se tildarán de sueños estas propuestas, en verdad harto grandiosas pero absolutamente indispensables, mas si segun la espresion vulgar, nos echamos en el surco, ahí estan los Ingleses, con el Alcoran, esto es, con sus mandatos irrevocables; y á lo mejor, al vernos así de rodillas, nos mandarán quemar las fábricas, se apoderarán de nuestras ya poquísimas colonias, nos bombardearán á Cádiz, á Barcelona ó á Santander, y nos tratarán como siempre han tratado á sus esclavos, esto es, con la quinta esencia de la crueldad y de la barbarie.

¿Dirán que no se les da, ni se les dará motivo? Razon fútil, ridiculez rancia para los déspotas de los mares (1). A ver cuales fueron ni siquiera los leves pretestos que alegaron allá para la toma de nuestras fragatas en América, para sus alevosías en Buenos-Aires, y en todas partes.

El asunto es de suma entidad y trascendencia infinita, y así se hace forzoso el tratarlo con la debida estension.

Además de los tres grandes astilleros en la Península, teniamos el de Mahon, el de Manila, el de San Blas en California, y sobretodo el de la Habana (2). Como jeneralmente el don de errar nos cupo en suerte, se construyó tan torpemente la grada, que siguiendo muy alta hasta la lumbre dal agua, al botar los navíos al agua, se quebrantaban por el centro, formando desde luego una especie de arco, muy perjudicial, en ciertas posiciones, para la velocidad, y la obediencia ejecutiva al timon.

(1) Véase la obrita ya citada, é impresa en Barcelona de la *Libertad de los mares.*

(2) Otros opinan que la construccion en la Habana, seria muy costosa y de poca consistencia, pues allí los jornales son muy altos, y el clima abrasa y agriela las maderas, y así se pudiera preferir el Ferrol, como ya lo hizo Ensenada, y reservando el comodísimo astillero de los vapores, para Cartajena, aunque se trajesen de América las maderas.

Se enmendó por fin aquella nulidad fundamental, y se construyeron los hermosísimos navíos de 112, Mejicano, Conde de Regla y otros varios de aquel porte, ó sencillos de 74. Eran todos de cedro, madera que si bien es incomodísima por sus crujidos violentos é incesantes, proporciona la ventaja de ser estoposa y cede al balazo sin estallar, y es muy notorio que los astillazos del pino son mas temibles que las mismas balas, por el mayor ámbito que cojen.

Hay pues bosques enteros en el partido llamado del Guantánamo de ajigantados cedros, para construir centenares de escuadras en la misma isla de Cuba. Faltará hierro, pues no sabemos que en las Américas se hayan descubierto minas de este importantísimo metal; pero á bien que abunda en España, y pueden llevarlo por lastre cuantas naves se emplean en el comercio marítimo.

Allí es pues donde se debe plantear, y habilitar el principal astillero, para construir navíos poderosos á docenas, como sabia hacerlo en un año, el dios de nuestra Marina, el siempre citado marqués de la Ensenada.

La altanería inglesa, siempre ojo-avizor sobre nuestras posesiones y nuestros pasos, buscará pretestos, ó nos atropellará sin ellos, como acostumbra, pero hay que arrostrar su arrogancia y sus iras; y en el caso de un rompimiento, nada de batallazas, ó combates reñidos con escuadras, contra quien está mas práctico y ducho en maniobras, sino reservar los navíos para el resguardo de los puertos, ó hasta lograr un lance de superioridad incontrastable, y entretanto cuajar los mares de corsarios, que son los verdaderos embates contra toda nacion mercantil. Campaña perpetua de guerrillas, como debió hacerse únicamente en los primeros años de la francesada, segun se ha dicho ya varias veces.

Volvamos al dilema; ó hay aliento, medios y teson para esta verdaderamente ardua, pero dignísima empresa; ó no hay mas que volver la espalda desnuda, como trémulos esclavos, á los azotes ingleses, y dejar que nos desangren y descarnen á su albedrío.

Repetimos tambien, que la marina mercante ha de ser el semillero de las tripulaciones, y la armada, siempre alerta, debe, como allá la éjida de Minerva, escudar á las naves de suyo indefensas.

Ven, revive, Ensenada, en las gradas del solio, y será, otra vez el fénix de los ministros.

El ramo de la Gobernacion viene á ser el arca de Noé, pues lo abarca todo, desde el humilde alcaldillo de una mezquina aldehuela, hasta el sumo Zelador (1) de la enseñanza pública, en la cumbre de la sabiduría.

Pero las urjencias concejiles son acaso las incumbencias mas importantes que tiene á su cargo, pues un camino, un puentecillo que yacen abandonados por la torpeza ó la irresolucion de un ayuntamiento, son sin embargo de suma utilidad para el vecindario. Mas por ahora las carreteras, y luego los ferro-carriles, y siempre las acequias, deben ser el objeto de los intensos desvelos de la monarquía entera.

Interesa tambien infinito á los pueblos la conservacion esmerada y aplicacion ventajosa de los caudales propios para las urjencias incesantes de todos ellos; pero es acaso todavía mas importante el restablecimiento de los Pósitos, como se dijo arriba, para el arbitrio pronto y equitativo de labradores y hacendados en sus continuos apuros.

Seria igualmente muy del caso la publicacion esmerada de Periódicos en todas las capitales de provincia, como ya los hay en algunas, para incluir las providencias jenerales, encaminar el conocimiento y adelantos mas interesantes en todas las artes, y especialmente en agricultura y tráfico interior, con los precios y todo lo relativo á compra y venta, amenizando el conjunto con poesías sencillas é interesantes, y encaminadas todas á objetos útiles y decorosos para la instruccion y recreo de todo el país; con toda la comodidad posible en su costo para estender y facilitar su despacho.

Ya se habló de la suma dificultad en surtir y dotar adecuadamente las cátedras de Física y Química en las universidades, y por lo mismo se ha de echar el resto en objeto de tan grandiosa trascendencia, pues sin este cimiento, vienen á quedar aéreos é infructuosos todos los demás estudios.

Además, en esta nacion casi únicamente labradora, como se ha repetido mil veces, las cá-

(1) Así como hasta el mártir del empedernido degollador Felipe II, D. Juan de Lanuza habia en Aragon, un Zelador llamado Justicia, para custodiar á toda hora la Constitucion y todos los ramos de administracion pública, debiera haber un Zelador solo y espedito con las competentes facultades para atender de continuo á todos los ramos de enseñanza y por supuesto de educacion jeneral, pues en ella se cifra la prosperidad y poderío de un Estado; y este empleo seria mas importante que otros muchos, y aun juntas enteras, cuya existencia, si llega á noticia, jamas redunda en ventaja de los ciudadanos.

A propósito de juntas, habia hace no muchos años en Madrid, una titulada de Comercio y Moneda, y los chuscos la apellidaban, la Junta de lo que no hay

tedras de Agricultura (1) son absolutamente indispensables; ciñéndose sobre todo á la parte práctica por los medios mas obvios y mas baratos, y estimulando la aficion jeneral con la presencia frecuente y el esmero eficaz de las autoridades principales.

Debiera acompañarla otra escuela sencilla y sin aparato lujoso, pues jamás hay fondos ni sobrantes ni suficientes para ostentar magnificencia, especialmente por los pueblos interiores como Ciudad-Real, Cuenca, Teruel etc. teniendo que acudir única y vinculadamente á las mayores urjencias; otra cátedra para el dibujo y artes mecánicas fundamentales, para que sigan todos el mismo impulso y los propios aujes.

Con el ministerio de la Gobernacion, que como se ha dicho, es el abarcador universal, ha venido á quedar el principal que se titula peculiarmente, de Estado, en cierto modo arrinconado y casi reducido á los negocios esteriores, que en nuestra situacion decaida y desairadísima, son realmente ningunos; pues sin la recámara consabida de navíos y batallones, se hace en la diplomacia el ínfimo papel de los sirvientes postrados y obsequiosos en el teatro.

En situacion tan lastimosa, lo que cabe es sacar partido de nuestra misma poquedad, y profesar sin rebozo ni rodeos nuestro sistema imprescindible de rigurosa economía; dejándonos del boato de embajadas, y de todo asomo de gastos superfluos, ó mas bien imposibles para nuestro mezquino erario.

Con efecto, dejémonos de presunciones añejas y propias del tiempo de Cárlos V, y hagámonos cargo de que con el desembolso crecido y absolutamente inservible de nuestra farsa diplomática, se pudieran construir los puentes, y carreteras que nos están haciendo suma falta, y que todo el caudal considerable empleado en banquetes y cortesías, además de invertirse en país estranjero, pasa de largo, y sin dejar ni sombra de residuo alguno de su volátil existencia; al paso que las sumas empleadas en obras públicas, permanecen para siempre, con utilidad y realce de la nacion entera.

Supongamos que el inmortal emperador, en vez de emplear el caudal aprontado por el país, para la construccion del grandioso puente de Alcántara, lo invirtiera desatinadamente en agasajar y embelesar al jentío de Emerita Augusta, ó sea Mérida, y de toda la comarca, con funciones ostentosas y delirantes, en el dia no quedara ni el menor rastro de todo aquel boato. Otro tanto se debe decir de la humareda diplomática y de sus mutuos y fementidos acatamientos, pues todo vuela como la niebla al primer soplo del despejador.

Navíos y batallones, repito; y con esta formidable comitiva, sin convites ni brindis, el escasillo Manzanares arrolla, como en otro tiempo, al Sena, al Rin, al Danubio, y al piélago inmenso; sin que ni el ceño ni la sonrisa de Meternich, ó del gabinete inglés, nos causen la mas leve mella. Ahinco pues al intento, y manos á la obra.

Desamparo harto notorio es el nuestro, para querer aparentar Potosíes, donde apenas corre la calderilla. Todos, con efecto, están viendo nuestra desnudez, y todos se hacen cargo de cuan lejítimos y cercanos hijos somos de aquel Adan que salió cabizbajo y vergonzante llevando, por toda gala, su ropaje, ó lo que fuere, de crujiente hojarasca de higuera.

El verdadero empacho se cifra en carecer de lo necesario, por desgobierno é imprevision; todos los demás miramientos son realmente un desvarío.

Tengamos cónsules que son absolutamente precisos para el jiro y el resguardo de nuestro comercio, pero siempre con suma economía, para tener corrientes nuestras urjencias. Sucederá que mientras los diplomáticos están brindando jovialmente con vinos esquisitos en París ó en Lóndres, uno ú varios carreteros castellanos se hallarán atascados en un cenagal, y perecerán tal vez sus ganados y en seguida sus familias, por falta de carreteras y de seguridad competente en los tránsitos indispensables.

En fin, si las embajadas se consideran absolutamente precisas, para el decoro y la representacion europea que ni le cabe ni le cabrá mientras el interior, que es el verdadero cimiento no prospere, pónganse á cargo de la Grandeza, pues aunque menoscabada por estremo en sus rentas, podrá sin embargo acudir á sus gastos, y no le faltará el suficiente desempeño personal, para las nuevas formalidades, pues no parecerán de otra clase, sus ponderados negocios; y entonces por lo menos queda el erario descargado de tan crecido desembolso. El arreglo y la prosperidad de la patria es lo primero.

Habiendo recorrido ú apuntado lo concerniente á todos los ramos de gobierno, resta el tratar un punto importantísimo en el sistema constitucional, que es el de la eleccion de diputados ó representantes de la nacion.

En Inglaterra el cohecho es ya tan antiguo y

(1) En uno de los pueblos principales de Cataluña, se habia planteado, al parecer con felices auspicios, una enseñanza, por supuesto gratúita, al cargo de un sujeto de todo desempeño, pero luego ha venido á cesar por la inaplicacion de los alumnos, pudiéndose aplicar á ramo tan interesante aquello de la comedia tan sabida de Moreto: ¡qué tibio galan haceis!

se halla ya tan arraigado, que léjos de escandalizar, ni á propios ni á estraños, está reinando á todas sus anchuras con ínfulas de lícito y decoroso, y en fin corriente; pues ya es sabido que quien aparata el banquete mas grandioso y espléndido, en fin quien sobrepuja en un bacanal casi frenético, aquel es el diputado.

En Francia se echa tambien el resto; pero es otra especie de influjo el preponderante, que siempre suele fundarse en literatura ó instruccion, en los antecedentes favorables, en relaciones con los cuerpos sabios de Paris ó de las provincias; estriba por fin en un sin número de causas ó moviles, mas racionales y mas caballerosos.

En España todo es vaiven y clamor, y á veces tropelías, de los partidos estremados y violentos que harto hemos zaherido y tiznado mas arriba, y que siguen y seguirán dominando con el mismo ímpetu y ceguedad, que en toda esta larga temporada de intereses encontrados y de inclinaciones y rencores mas ó menos desaforados. Esto se entiende por lo jeneral en Madrid, y en las capitales algun tanto populosas, pues por el interior de las provincias, en ciudades, villas y aldeas, todo se vuelve desvio y menosprecio, y aun casi horror á todas las operaciones electivas.

Con efecto; aun en pueblos de crecido vecindario, los alguaciles tienen que ir incitando y como requiriendo á los hacendados de medianos haberes, quienes por lo mas se desentienden, mirando el acto de aquel nombramiento, como el mas futil y baladí que pueda ocurrir en la sociedad humana. Es á la verdad el pueblo muy material, y en todo y por todo se atiene cuerdamente á los resultados, y así los labradores honrados, en llegando aquel caso se sonrien desdeñosamente, y preguntan: ¿qué es hasta ahora lo que realmente hemos aventajado con lo que llaman sistema constitucional? Aumento de cargas, se contestan ellos mismos, recargo incesante, repiten, de pagos y mas pagos, sin jénero alguno de mejora ú alivio en nuestra situacion; y diciendo y haciendo uncen sus bueyes, y se marchan al campo dejando el acto meramente nominal, y por lo mas solitario y desierto, á cargo del alcalde y el escribano ú fiel de fechos, quien da testimonio de haberse cumplido lo mandado por la superioridad.

En el dia con esta nueva disposicion de nombramiento por distrito, tal vez los interesados ó sus parciales, en fin los banderizos de todos los partidos darán pasos y causarán algun movimiento en los ánimos, pero en lo jeneral este será pequeñísimo, y la indiferencia vendrá á quedar la misma. Luego se patentizará el desengaño.

Coronarémos por fin nuestra dilatada empresa, con una alegoría palpable, con un cuadro perenne de las resultas mas ó menos ejecutivas y considerables de un gobierno ilustrado y benéfico, ú bien insensato y pernicioso, para la nacion y la humanidad entera.

Aranjuez es un sitio hermosísimo, y digan cuanto quieran, en su conjunto, muy superior al ponderado Versalles.

Dirán que el dorado Tajo se engríe y enloquece al retratar en su faja pomposa y cristalina aquel sinnúmero de primores y de grandezas, donde el ostentoso palacio con los rasgos artísticos que atesora, y un pueblo elegante, cómodo y aseado, son la parte menor de sus peregrinas escelencias.

Sus jardines inmensos y floridos, verdaderos campos Eliseos, su dilatado y vistoso paseo de la Reina, su linda, risueña y bulliciosa cascada, sus árboles ajigantados de la isla, poblados á toda hora de infinitos y armónicos ruiseñores, sus opulentas fuentes, realzadas con todo el olimpo de los antiguos, con otras mas animadas y espresivas de divinidades paganas, realzadas de continuo con la presencia de beldades y sirenas encantadoras, todo, todo está ofreciendo un teatro real y positivo de gloria, de embeleso y de felicidad.

¿Y por qué, esclama luego, la poética fantasía, ó mas bien el sencillo patriotismo, porque la España toda, no ha de ser una galería perpetua, inmensa, y por decirlo así, sobrehumana de Aranjueces?.. Porque así lo han querido.

Ignorancia bárbara, competencias inicuas y guerras asoladoras, por años y por siglos interminables, la tienen reducida al estado exánime que están desconsoladamente mostrando esos mismos alderredores de tan sobrehumano paraiso. Aridez, solēdad y desventura es cuanto ofrecen á la vista y estampan en el ánimo abatido. Ahí, á un paso, yace esa Mancha, inmortalizada, como dice un inglés, por la pluma de Cervantes; ahí repito, yace esa Mancha yerta y amortajada, sin agua, sin mas industria que su agonizante labranza de veinte siglos, sin mas viviendas que humildísimas chozas y sin mas recursos ni esperanzas que sus estrechos ú incómodos hogares, para implorar al cielo las nubes que vuelan sin derramar el ansiado beneficio de una agua siempre escasa y continjente.

Alfombra y verjel será toda ella, mas que Valdepeñas y Manzanares, con sus viñedos y olivares, con las aguas del Cabriel, y de cuantos rios pueden reanimar sus exhaustas y desarboladas llanuras; y otro tanto será la España toda, desde Aragon á Estremadura, en abocándoles los raudales que lastimosamente se malogran, corriendo á precipitarse en el piélago inmenso,

y debiendo, particularmente desde abril á setiembre, sin desperdiciarse una gota, estar dia y noche regando nuestras campiñas, y arbolando nuestros montes, para variar el ambiente, quebrantar los flechazos matantes de un sol abrasador, proporcionar y afianzar todo jénero de cosechas para el alimento y el regalo de esta nacion, dignísima de suyo de otra situacion mas ventajosa, y de suerte mas encumbrada y esclarecida.

Ahora mismo, como ya se apuntó arriba, estamos viendo en el disparador, ó mas bien tenemos ya encima, una calamidad formidable, un trance pavoroso. El sol, por cada dia mas abrasador y mas sañudo, degolló, por decirlo así, la sementera, y acabó con las mieses, arrebata la aceituna y anonada los viñedos. Llegará el invierno, las ciudades se cuajarán de mendigos, y la nacion toda hambreará de muerte. ¡Ojalá que este anuncio tan verídico se desmienta y se frustre, pero la evidencia no admite contraresto!

El ministerio actual ha merecido bien de la nacion, libertándola desde luego de aquella peste perpetua y mortal de los empréstitos, en que se cobraba ciento para dentro de un mes tener que pagar doscientos, lleva en lo que cabe, los pagos espeditos, y sigue al parecer prosperando. Ahora bien, al mismo ministerio incumbe, precisa y estrecha la urjencia imprescindible de ajenciar á todo trance, y con las seguridades y resguardos, sumas cuantiosas, para acudir al coste de empresas grandiosas, á la ocupacion, y la existencia de larguísimos miles de individuos.

Medio millon de brazos, y si fuese dable, un millon y medio, deben sin falta emplearse en construccion de carreteras, de ferro carriles y de canales ó acequias, pues además de la inmensa utilidad que desde luego han de acarrear á todos, aquellos medios tan ejecutivos, y tan ventajosos de comunicacion, se proporciona mantenimiento y se evita el desearrío de un sinnúmero de individuos y de familias, que han de perecer sin falencia, no aprontándoles socorro tan indispensable.

Desde ahora, desde hoy mismo, se debe providenciar inmensamente para sortear el naufrajio que amaga á todos con pavor, y consternacion de cuantos se paren á considerar nuestra situacion desahuciada, no acudiendo por cuantos arbitrios sean dables, á su remedio eficaz. Con la esterilidad actual, algunos hacendados lograrán salida ventajosa para los repuestos que tuviesen de los años anteriores, que jeneralmente han sido regulares, y en algunas partes colmados, triunfarán los infames logreros, abarcadores de cuantos frutos se cojen por sus respectivos paises, y los venderán á precios exorbitantes, ó los facilitarán á los pudientes con ganancias escandalosas; pero poblaciones enteras van á espirar en sus propios hogares, ó á emigrar sin saber adonde. La nacion es, como se ha dicho tantísimas veces, meramente labradora, y careciendo de frutos, no puede menos de fenecer.

Los capitalistas estranjeros rebosan de caudales, sin tener en que invertirlos con escasa utilidad, aquí se les ofrece una colocacion ventajosísima y segura, con el mismo producto de las empresas que serán certeras y fecundas en sus resultados, los cuales irán por puntos en crecido aumento. El gobierno actual, como hemos dicho, está bien conceptuado, y logrará acojida en las propuestas juiciosas y fundadas que fuere haciendo, con tino, con pundonor y con actividad.

Melancólico, negro y horroroso es el verídico cuadro, pero vamos á trasponerlo y revestirlo, y engalanarlo por el contrario con esperanzas fundadas y brillantes de mejores dias y de existencia próspera y aventajada.

Con efecto, zanjado el peligro inminente y sorteado venturosamente el naufrajio pesaroso que nos amaga y aterra; viva una y mil veces la perspectiva grandiosa y teatral que nos embelesa.

Nuestra reina Isabel Segunda, jóven y animosa, nos promete dilatados años de vida próspera y floreciente, y de alborozo y felicidad jeneral. Su entendimiento es recto y despejado; sus arranques grandiosos y benéficos; su aplicacion constante y atinada; es de suyo amante de la poesía sonora y de las demás Artes, sus perpetuas compañeras; inclinacion preciosa que demuestra una alma selecta y esclarecida que se encumbra por esencia á las rejiones sublimes de la perfeccion ideal; dedicándose al propio tiempo al arreglo práctico de los objetos mas ó menos eminentes é indispensables que á toda hora la rodean, y dedica ahincadamente sus pasos á toda hora, para entablar y seguir el ansiado rumbo del acierto.

Con estos datos seguros, con antecedentes tan peregrinos ¿quién mas feliz que la misma Isabel? y ¿quiénes son mas venturosos que sus fieles y ufanísimos súbditos, en cambiando sus circunstancias, en abonanzando la variable suerte, para marchar todos en triunfo por la carrera florida y risueña de la gloriosa prosperidad?

Mi fantasía ardiente y gozosa me retrata al vivo la felicidad sobre humana, y el encumbramiento venidero de toda la España.

Allá el ajigantado Potenkin, privado íntimo, y venturoso general ruso, aparató á la emperatriz una carrera triunfal de centenares de le-

guas, desde Petersburgo hasta la Crimea recien conquistada, con arcos suntuosos, arboledas de palmas y laureles, orquestas ya grandiosas ya campesinas, danzas continuas de pastores y zagales, á cual mas gozoso y engalanado, entonando á porfía himnos pomposos ó cantares pastoriles, en loor de la soberana y del obsequiante; y á cuatro leguas, ó á menor distancia de la decoracion teatral, no habia mas que hambre, desnudez y soledad.

El triunfo de Isabel no ha de ser meramente artificioso y momentáneo, sino todo natural y duradero; y dilatado á derecha é izquierda, sin asomo de violencia, de ilusion ó de impostura. Ya se ha visto arriba la descripcion sencilla y verídica de Aranjuez, pues la España toda ha de ser una galería inmensa de interminables y mas productivos Aranjuezes.

Si la reina encamina su triunfadora marcha hácia la heróica, pero en el dia sedienta y árida Estremadura, se embelesa á diestro y siniestro con los raudales plateados que del Tajo ú otras corrientes que en madejas cristalinas derraman el humor y la fecundidad por mil arboledas, aquí sombrías, allá florecientes, y acullá cuajadas de esquisitos frutos. La aridez actual de la dilatada provincia, se trocará toda en la alfombrada vera de Plasencia, que en el dia mismo es el asombro de los viandantes. Por el interior de los pueblos, en las temporadas de reposo para las faenas campesinas, la actividad industriosa echará el resto en cereales ó primorosos artefactos, cuyo producto fomentará y ensalzará la de suyo desvalida labranza. La rubia miés con su oleada inmensa animará cañadas, dando halagüeño realce al verdor intenso de los riquísimos verjeles.

El denso arbolado atraerá las nubes, y las lluvias frecuentes fertilizarán las dilatadas dehesas, donde pacen, crian y multiplican miles de rebaños merinos, cuajados de vellones, precioso tesoro muy superior á las minas de Méjico y del Perú; y allá en la montaña, la grey gruñidora y crujiente se empapa en su pasto jenial, y retoza y se arremolina torpemente por el encino sombrío, con su monstruosa gordura.

Revuelve Isabel hácia Andalucía y atraviesa la rejion de Flora, en la serranía de Córdova, que es por collados y por valles un inmenso ramillete. Baja luego á las praderas, donde pacian manadas grandiosas de yeguas voladoras y retozonas, hijas del viento, segun Virjilio.

Llegada á la imperial Sevilla y encaramada á su altísima Jiralda, está contemplando el rio apellidado por los Arabes el Grande, que en redoblados recodos abraza y galantea entrambas riberas y ciñe luego la isla linda y amenísima, enramada toda con miles de frutales gallardos y esquisitos, y por fin, al tender la vista por los ámbitos de tan dilatado paraiso, estraña Isabel que la ardiente fantasía de sus dichosos moradores, no esté produciendo de continuo centenares de poetas y pintores eminentes.

Pasa luego á Jerez, y en su frondoso é interminable viñedo, está como viendo brotar el verdadero néctar, que rinde tantos millones á sus ufanos dueños.

No sigue adelante por aquel rumbo, pues le horroriza el tener que presenciar el predominio del Peñon, execrable avasallador en otro tiempo de la España toda, y ahora en manos de los usurpadores insaciables, enemigos perpetuos de nuestros adelantos y de nuestra prosperidad.

Celebra en Cádiz, aquel primor, como ya se ha dicho, de la naturaleza y del arte, y suspira entrañablemente de no ver aquel emporio encumbrado á la suma opulencia que de suyo le corresponde, y que fué en otro tiempo el centro del comercio del orbe.

Mira despues en Málaga el viñedo competidor con el de Jerez, perfeccionado hasta lo sumo en el cuantioso producto, y la esquisita calidad de sus frutos grandiosos y embalsamadores.

Ya está en Granada, ya huella la ruinosa Alhambra, ya acude á su conservacion y realce, ya repara los recuerdos poéticos de Darro y Jenil, de la sierra de Elvira, y cuantos parajes resuenan todavía con las hazañas y los amores de la ardiente y fanática morisma. Mira, en su vega, la fertilidad inexhausta de mieses, olivos, frutales y moreras de hoja lozana, alimento del gusano voraz, hilador de finísima seda.

Llega despues á Murcia, cuya bellísima huerta, no yace como amortajada entre sierras áridas é inhabitables, sino que florece todo y fructifica al par del siempre fecundo suelo de su precioso centro. Orihuela y Gandía son otros tantos verjeles peregrinos, cuajados todos de naranjos, limoneros, morales, y demás árboles lozanos, á cual mas vicioso y productivo.

Valencia es el centro de una agricultura esmerada y floreciente, que progresa mas y mas por cada dia; y asombra, con el sin número de productos que la hermosean, á cuantos estranjeros acuden á celebrar las galas de su campiña, y á respirar el ambiente oloroso y templado que reina á toda hora por su campiña.

Venida á Barcelona, visita, celebra y fomenta sus inmensas fábricas; palpa en derredor los portentos de la industria catalana, que descuella en edificios suntuosos, y resplandece en escuelas de todo jénero de enseñanza; y estimula á la nacion entera para que se encumbre á la altura de su maestra y su norma, en todos los ramos de la civilizacion humana.

Ve luego en Aragon riberas frondosísimas, y

el país del heroismo, sale al punto de su letargo en artes y en industria, por medio de acequias que riegan su fecundo seno, y de canales que comunican, llevan y traen sus productos cómoda y ejecutivamente, no solo por sus confines, sino estendiendo aquella misma abundancia y actividad á los paises comarcanos. Llega á la memorable Zaragoza, repite y ensalza sus glorias, ve sus frentes esclarecidas; y por calles enteras las paredes acribilladas con la metralla enemiga, y conservadas patrióticamente, para recuerdo perpetuo de tan incomparable heroicidad.

Se embarca en el grandioso canal, se embelesa con la vista de tantos pueblos vivificados por sus aguas, y bendice una y mil veces la diestra portentosa del ínclito Piñateli, autor de aquellos imponderables bienes.

Ve por Navarra cultivo esmerado, fértiles campiñas y poblaciones aseadas, gracias al influjo de la libertad templada y racional que han estado disfrutando por algunos siglos; cuyo predominio se muestra todavía mas patente en las demás provincias llamadas esentas, descollando Bilbao, por su cómoda ria, sus lindas calles, precioso paseo, y opulencia rebosante, ó por lo menos haberes decorosos que constituyen el desahogo y alborozo genial de sus sencillos habitantes.

Celebra en Santander el magnífico y larguísimo muelle atestado de mercancías, llegadas ó para embarcarse, en los bajeles mas ó menos crecidos, que pueblan su anchurosa y bonancible ria.

Atraviesa su montaña y se entera absorta de las costumbres patriarcales que franquean á toda hora las puertas de sus hogares, sin mutua zozobra de usurpacion ó daño, en sus poquísimos haberes, ó en sus personas inocentes.

Entrando en Asturias, visita con veneracion la morada del ínclito Jovellanos en Jijon, y luego se recrea en la cultura sencilla y espresiva de la capital Oviedo, y hasta prorumpe en el arranque dignísimo de visitar personalmente la memorable caverna de Covadonga, cuna de la despues inmensa monarquía española, pronunciando repetidas veces con asombro y veneracion el nombre augusto é inmortal de Pelayo.

Sigue el populoso reino de Galicia, donde dos millones de habitantes, laboriosísimos todos, al par en ambos sexos, viven á la naturaleza, casi revueltos en perpetua compañía con sus vivientes domésticos, y sacan el partido posible de un terreno montuoso, pero siempre humedecido con lluvias, tal vez escesivas. Visita en el Ferrol aquel arsenal grandioso, con su magnífica cordelería, y dispone y proporciona lo necesario para su conservacion y carena de los navíos. Fomenta la actividad reinante en el puerto de la Coruña, y exhala el anhelo de pasear y recorrer las Canarias, como lo habia manifestado en Monjuich respecto á Mallorca, pero luego recapacita, que por las leyes antiguas de Castilla, el monarca no debe ausentarse de su reino, ni por un solo dia.

Regresa Isabel, y la lealtad castellana la obsequia y vitorea sin término; ve en Palencia el viñedo llano y grandísimo que realza la ciudad cómoda y sencilla, como la costumbre y la índole de sus moradores. Pero Valladolid mejorado en tercio y quinto en todas sus partes, va realzando mas y mas su inmensa llanura, y prosperando en artes, en comercio y en literatura, por medio del canal que ya lo fertiliza y hermosea, que luego se ha de entroncar con los ramales de la provincia de Segovia, y brindar por toda su estension con un nuevo paraiso, muy ageno de la aridez y despoblacion de las Castillas.

Mira y remira en Segovia el asombroso acueducto romano, por su dilatada magnificencia y su grandísimo provecho. Advierte en el antiguo alcázar la enseñanza militar y metódica, semillero perpetuo de uno de los cuerpos mas instruidos, brillantes y patrióticos de Europa.

Disfruta luego su sitio á todas luces suntuoso de la Granja, cuyos edificios, fuentes y arboledas, campean á competencia, y constituyen la morada mas deliciosa que puede idear la fantasía, contra el volcan abrasador de la Canícula.

Se apea Isabel de aquellas pintorescas y eminentes cumbres, que deslindan ambas Castillas, y oteando desde las faldas el grandioso, el incomparable Escorial, se encamina hácia su capital, impaciente de disfrutar de asiento su benéfica presencia, y sus providencias ejecutivas y certeras. Entra en pompa, y el vecindario todo ufano y bullicioso, vitorea con redoblado entusiasmo á su reina idolatrada.

Acuden los cuerpos colejisladores, la Grandeza de ambos sexos, los lujosos embajadores, empleados y dependientes, á rendir su homenaje, y todo se vuelve un torrente de albricias, de júbilo y de agasajo. Se empapa Isabel en purísima delicia, y tras aquellas demostraciones entrañables, en vista de cuanto ha ido observando en su triunfal carrera, por las varias provincias de la venturosa monarquía, va ideando y planteando nuevos rumbos de mejoras y de felicidad, con el auxilio eficaz é incontrastable de las fecundas ciencias y las sublimes artes.

En medio de sus dignísimos afanes, se hace cargo de la flaqueza humana, y sin aspirar á la perfeccion ideal por ningun ramo, los abarca todos en su fantasía, y con premios oportunos, con estímulos decorosos y con la instruccion competente, ve por cada dia brotar nuevos fru-

tos, en el cultivo de los campos y en la industria de las ciudades, con mutua y redoblada mejora en costumbres, en labranza y en aquel grado de opulencia, con que la naturaleza está brindando de continuo á esta nacion, hasta ahora huérfana y ciegamente gobernada.

Corona esclarecida y remate insigne de la obra será un cotejo esmerado de entrambas Isabeles, con sus prendas descollantes, y la circunstancias peculiares de sus respectivos reinados.

Sombras estijias vienen á ser á la sazon los soberanillos europeos, para el esplendor solar de la heroina castellana. Triunfadora de todos sus enemigos, esterminadora de la ralea sarracena en España, descubridora de un nuevo mundo, propagadora de la acendrada literatura y norma perpetua de virtud angélica, está ahora mismo recibiendo acatamientos entrañables de todo pecho jeneroso. Mientras resplandece su gloria por el orbe, asoma allá en tinieblas, cual monstruo pavoroso, la bárbara y cenagosa Inglaterra, sumida toda en atroces alevosías é inundada con su propia sangre, en mútuas é implacables matanzas. Encabeza Isabel y acaudilla y rejenera la Europa toda.

Navegacion, enseñanza, lejislacion, policía; cuanto mejora, realza y sublima la existencia humana, todo brota, campea y triunfa en el solio castellano. Acuden embajadores incesantes de naciones lejanas ó peregrinas á reconocer postradamente aquella superioridad incontrastable. Pero esta misma prepotencia sirve de alas para volar mas y mas por arduos rumbos á lo sumo del poderío; Castilla, Castilla, vocea el Alférez mayor en la proclamacion de los reyes, y la Europa toda repetia á la sazon el pregon del conde de Altamira, aclamando sin cesar Castilla, Castilla.

Otras costumbres, otras opiniones, otra situacion, otros adelantos en artes y ciencias son los reinantes en el dia, y sirven de contraresto á Isabel segunda. Nada era la Inglaterra y ahora es todo. Sobre un sin fin de circunstancias, ese padrastro execrable del peñon horroroso, donde unos advenedizos están de continuo cometiendo un sacrilegio con su presencia en nuestro sagrado suelo, es un valladar insuperable para nuestros pasos.

Coloso es el Breton que mira como propio el continente europeo, y como enanillos á todos sus habitantes; nuevo Polifemo que tiene encerrado en su cueva al náufrago Ulises con sus compañeros, para irlos devorando crudos ó chamuscados, segun lo requiera el hambre canina de aquel estómago descomunal.

Por las costas de Asturias y de Santander suelen resguardar los limoneros y naranjos contra la saña feroz de los vendabales con poderosos laureles, siempre símbolos de la victoria; y entretanto por medio del oportuno cultivo y del terreno beneficiado, crecen y fructifican los vegetales, minas que producen pingües rentas á sus diligentes dueños.

Asi pues, á presencia de los inicuos usurpadores, y como á la sombra del horroroso Peñon, osemos emprender todo jénero de mejoras, prosperemos mas y mas en cuantos ramos constituyen un gobierno ilustrado, equitativo y económico.

Economía ante todo, fuera empleos inútiles ó monstruosamente dotados; somos pobrísimos, yacemos exhaustos, vivamos pues adictados y unidos; en Lóndres y en Paris hay rentas pingües é industria inmensa para sostener su lujo oriental; aquí no, y quien lo dude tienda la vista por las llanuras áridas y sedientas de la Mancha, por los eriales de Estremadura, por los aduares, ó chozas humosas, del reino de Leon, y por la generalidad de España.

Descarguemos al trabajador y al industrioso, propaguemos, enriquezamos y encumbremos esta exánime labranza, puesto que es nuestro único recurso (1) por ahora y florezcamos siquiera por ese ramo, dejándolo en paz y proporcionándole salidas espeditas; sin portazgos, sin trabas, sin desvaríos, contra el torrente de la vulgaridad. Fuera embajadas, fuera gastos delirantes, ciñámonos á lo indispensable, pues no podemos aspirar á mas.

No se trata aquí de ayuno monástico y perpetuo, no soñamos en restablecer el antiguo y bárbaro Espartanismo, ajeno y aun contrario a las naciones modernas; somos amantísimos de las Artes que reprobaba Licurgo y mucho mas de las ciencias encumbradoras de la naturaleza humana; pero entretanto necesitamos existir, necesitamos fomentar mucho, infinito, el comercio interior y esterior, y sobre todo y ante todo plantear á cualquier trance una marina grandiosa, científica y respetable, como aquella armada esclarecida que yace en la nada.

Estamos viendo el esmero ilustrado, el tenaz ahinco del gobierno francés sobre este importantísimo punto; la Francia está anhelando nuestro arrimo, como nosotros debemos ansiar el suyo, conservando en cuanto á lo esencial, el antiguo pacto de familia. Por otra parte el Austria, aunque no es seguramente potencia marítima, tiene posesiones grandísimas, con puertos escelentes sobre el Adriático, tiene en su mano á toda hora el invadir incontrastablemente el Hanover: todas las potencias de Europa es-

(1) Nacion, como se dice vulgarmente, de *arache* y *caracho*.

tán muy mal halladas con la tiranía atroz que las acosa y anonada; y así no seria inasequible el plantear y realizar el famoso bloqueo continental ideado por Felipe II y remedado despues por Bonaparte, y ahogar por fin á los Ingleses en sus mismos almacenes algodoneros de Bristol, de Manchester, de Liverpol, y de otros mil parajes.

Hablarémos ahora muy particularmente de la Rusia. Sabidos son los sucesos de la última guerra con los Turcos. Tras redoblada serie de triunfos, á cual mas grandioso y mas ejecutivo, llega el ejército vencedor hasta el mismo Andrinópolis, esto es, á las puertas de la absolutamente indefensa Constantinopla; está al fin rayando el dia de su ocupacion, y del esterminio total del infernal imperio otomano, y entónces segun aquel paso ya citado de la historia romana, otro Popilio, cercador con su varilla del llamado grande Antíoco, esto es, el embajador Breton, y echando el montante clama *alto ahí*, no se pasa adelante; y el nuevo Neptuno de Virgilio, repite aquello del dios, *quos ego......* y las olas encrespadas se amansan, todo es bonanza, todo sosiego.

Amaina el Ruso, al amago de la escuadra inglesa, se ajusta un tratado cualquiera, se salva Constantinopla, y se sale del paso.

Ahora bien, la Rusia hambrea mas y mas por cada dia aquella posesion, y se arrojaria siempre de bruces á la propuesta de una alianza europea contra el enemigo comun..... pero aquí se atraviesa una dificultad de mayor cuantía, un monte Himalayo, que es el mas elevado del globo, la Prusia y el Austria adolecen al par de una zozobra harto fundada contra la prepotencia rusa, mas temible seguramente para ellas que la codicia algodonera de los Ingleses; y sin aquellas dos potencias quedaba desde el primer asomo frustrado el grandioso intento. Y á la verdad, no estará muy á la mano el estadista que resuelva rumbosamente, para nosotros, tan árduo problema; pero á los asomos del trance se tomaria el rumbo mas adecuado á la empresa, y lo que conviene es hallarse aparatado de antemano, con fuerzas poderosas y caudales suficientes, desde los primeros pasos de la contienda.

En el caso de un rompimiento, España y Francia tendrian que cuajar los mares de corsarios contra el comercio inglés, que como mas estenso, seria el mas vulnerable y mas paciente; por cuyo medio se asaeteaba al corazon á la marina inglesa. Además la Francia en el ardor de aquel empeño, llevaria muy á bien que un ejército español entrase de improviso en Portugal y ocupase sus plazas, para burlar á los enemigos de todo intento por aquella parte, y una vez aposentadas nuestras cuantiosas tropas de aquellas fortalezas, tarde vendrian á desampararlas; y mas debiendo ser siempre el principal objeto de nuestra política la reincorporacion de aquel reinezuelo, desprendido del nuestro para esterminio de entrambos.

Con efecto, la voracidad inglesa ha venido á descarnar al humildillo Portugal, constituyendolo arbitraria y vinculadamente su colonia, en términos que es ya un mero esqueleto, sin mas movimiento que el de su propia ruina; y por otra parte, en medio de nuestras guerras, los enemigos se han abrigado con su escuadra poderosa en aquellos puertos, para causarnos cuantos estragos les ha proporcionado situacion tan cercana y ventajosa, para sus empresas y sus alevosías. Aun en las temporadas pacíficas, el mútuo é incómodo contrabando perjudica en gran manera á entrambos estados, sin que jamás se logre atajar una comunicacion tan obvia, tan llana y tan brindadora, para las espediciones nocturnas y aisladas.

Vamos ahora á ventilar una cuestion política de suma consideracion y trascendencia, y es la siguiente:

Opinan algunos, por supuesto de cortísimos alcances, que en el dia la España libre ya del cuidado y administracion de la América, está mas espedita para atender á sus negocios caseros, y prosperar en todos sus ramos.

¡Torpeza! ¡ceguedad! Quizá conviniera mucho á la nacion, segun la pujanza interior que cundia y descollaba mas y mas por cada dia, tras la conquista de Granada, que nunca se descubrieran nuestras despobladoras Américas, pero conquistadas y poseidas ya por tres siglos, nos rendian grandísima utilidad, que iba siempre en aumento.

Por la razon de los ingresos Americanos en el ministerio sin par del marqués de la Ensenada, consta que en cuatro años seguidos, fueron entrando en Cádiz, en limpio para el erario, hasta quinientos millones de reales de vellon anuales. Parece que el plan terminante y absolutamente espedito de aquel fénix de los ministros, era el nivelar cabalmente gastos y productos en la Península, acudiendo á todas las atenciones y desembolsos de acá, con las mismas rentas, sin tocar un ochavo de los quinientos millones americanos, abocándolos todos á caminos, puentes, acequias, edificios, establecimientos científicos é industriosos, etc. etc. Ahora pregunta mi sencilla curiosidad, en veinte y cinco ú treinta años que pudo seguir gobernando el marqués con seiscientos ó setecientos millones de duros repartidos por aquella diestra tan pura, eficaz y atinada en mejoras y adelantos incesantes y asombrosos por todos los ramos de la administracion pública, ¿á qué altura no se habia

de encumbrar la nacion? Sin duda alguna desde aquel punto seria la primera de Europa, en labranza, en artes, en comercio, en ejército y sobre todo en armada.

Con su caida, se eclipsó verdaderamente el sol para nosotros, y dura, y durará tal vez todavía por largo tiempo, la profundísima lobreguez.

Pero volviendo al cotejo de nuestro encabezamiento, todo fué prosperidad para la ínclita castellana de Madrigal, y vino por fin á entusiasmar y acaudillar en cierto modo la Europa avasallada; su tino certero, su entereza heróica y sus virtudes anjélicas, la ensalzaron á lo sumo del concepto y del poderío, en circunstancias, como se ha visto, en estremo favorables; pero mayor será la empresa, y mas esclarecido el triunfo de nuestra Isabel segunda, si con sus prendas, sus arranques y sus anhelos, al arrimo de sus dignos consejeros, hecha cargo de la inmensidad de su situacion, logra por fin restablecer la armada, regar y sajar, y reanimar, con ciencias y artes, la Península toda, y sobretodo reincorporar á nuestro suelo el desventurado reino vecino, pues la naturaleza, la justicia y la mútua ventaja, están clamando por la formacion de un solo, floreciente, incontrastable Estado, desde la cumbre del Pirineo hasta la orilla del Atlántico en Lisboa.

El sumo atraso, el engreimiento ciego y la ninguna educacion de aquel pueblo semibravío, se oponen poderosamente, y sobre todo la política inglesa lo rechaza altaneramente, á tan escelso pensamiento; pero la Francia nuestra aliada natural, posee mas de treinta millones de individuos, instruidos, emprendedores y enemiguísimos todos de la prepotencia inglesa; y como se ha dicho, en caso de rompimiento, se avendrán á nuestra ocupacion de aquellas plazas, y por consiguiente de todo el reino.

Venidos á tan estremo compromiso, no se ha de tratar ni soñar en formar escuadras grandiosas, contra un enemigo mas ducho en movimientos y evoluciones complicadas, sino tener los navíos al resguardo de los puertos, para dispararse dia y noche por todas partes y cuajar como se dijo los mares de corsarios en vapores y en todo jénero de embarcaciones armadas de artillería gruesa, hasta esterminar el comercio inglés, que seria sepultar en la nada la nacion entera.

Estos no son sueños, que son realidades, si se aparatan debidamente. La Inglaterra se halla roida en su interior por el tenia, ó el solitario, que le está mas y mas por momentos, devorando las entrañas. El mismo Lóndres encierra en su recinto hasta cerca de doscientos mil mendigos, y la plaga se estiende por otros pueblos, cundiendo mas y mas por todas partes.

La hambrienta Irlanda es tambien por cada dia mas enemiga suya, y si O'Connell parece haber amainado ahora algun tanto y embotado sus iras, aunque le falte tal vez una cabeza, que tampoco está cortada, á la hidra, le renacerán otras ciento y otras mil, y todo el pais se poblará de O'Connells.

Entretanto por acá actividad, economía y sobre todo entusiasmo, este es el agente universal que suple por todo. En siguiendo los negocios su verdadero y floreciente rumbo, la nacion entera celebrará y endiosará á su Reina; el entusiasmo convocará las artes todas, y á competencia echarán el resto de sus primores en erijirle y consagrarle un templo suntuosísimo, resucitarán Murillo y Velazquez; estremará su oratoria el culto Jovellanos, entonará sus versos el Apolo Melendez; mil Sirenas cantarán en armoniosos acentos sus loores, y aquel entusiasmo triunfador de cuantos enormes obstáculos intenten atajar ó entorpecer su impetuosa carrera, cundirá por pueblos y por campiñas, inflamará los pechos y encumbrará los injenios.

Vendrá la rica y placentera trilla, descuellan las hacinas de dorada y pingüe miés por las llanas y anchísimas eras, el trillo de Huarte ú otra invencion todavía mas ejecutiva, destroza en breve rato la gruesa parva; vuela luego al viento y el rubio grano forma, en oleadas sonoras de redoblada lluvia, el monton precioso, y sin que infame logrero, ni cobrador inhumano, le arrebate el fruto sagrado del continuo y noble sudor, y deje á la familia llorosa sin alimento para el año actual, ni semilla para el venidero; el dueño ufano, carga con el producto de su costosa cosecha y la entraja y lo guarda ó la vende mas ó menos ventajosamente á su albedrío.

Llega la vendimia, todavía mas gozosa y casi frenética, y durante la halagüeña tarea, resuenan sin cesar cantares alegres y traviesos, para luego al dar de mano, entonar otros nuevos con agudos alaridos, y juego, y trisca y danza.

Terminadas las faenas campestres, cuadrillas lozanas, y aun vecindarios enteros de la cercana comarca se encaminan al Manzanares, á disfrutar la presencia y rendir muestras de acatamiento y gratitud á la autora de tantísimos bienes, pues un torrente de dichas parciales y duraderas viene á formar por donde quiera un rio, un piélago de felicidad, que enardece los ánimos y los encumbra á una esfera de felicidad desconocida por años y por siglos, en esta siempre palpitante, desventurada y moribunda patria.

Mi fantasía mas y mas ardiente, inquieta y ansiosa, ya palpa, y aclama é idolatra desaladamente transformacion tan peregrina; y robustece su voz, y templa y remonta su laud, siempre osado y siempre verídico, para cantar en pompa los loores del verdadero siglo de oro que la esperanza propicia y venturosa nos está, con teatral é inmensa perspectiva, en asombrosos rayos orientando, y ahora al despedirse de tan dilatada tarea, blasonando siempre de su castiza gala toledana:

Mi númen mas y mas enloquecido,
Volando con poética arrogancia,
Desde el confin de mi apacible estancia,
Hasta la cumbre de la clara esfera,
En faustos himnos de triunfal memoria,
De blason en blason, de gloria en gloria,
Pregonará el reinado esclarecido,
Donde España por fin rejenerada;
Y con su única dicha enajenada,
Clama, que en sabia, activa y justiciera,
La segunda Isabel es la primera.

2 de agosto de 1846.

FIN DE LA HISTORIA.

TABLA

DE MATERIAS DEL TOMO CUARTO.

(Continuacion de la parte tercera).

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOSEGUNDO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOTERCERO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOCUARTO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOQUINTO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOSEXTO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOSÉPTIMO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMOOCTAVO.

CAPITULO SEPTUAJÉSIMONONO.

CAPITULO OCTUAJÉSIMO.

CAPITULO OCTUAJÉSIMOPRIMERO.

CAPITULO OCTUAJÉSIMOSEGUNDO.

CAPITULO NONAJÉSIMONONO.

CAPITULO CENTÉSIMO.

CAPITULO CENTÉSIMOPRIMERO.

CAPITULO CENTÉSIMOSEGUNDO.

CAPITULO CENTÉSIMOTERCERO.

CAPITULO CENTÉSIMOCUARTO.

CAPITULO CENTÉSIMOQUINTO.

CAPITULO CENTÉSIMOSEXTO.

CAPITULO CENTÉSIMOSÉPTIMO.

CAPITULO CENTÉSIMOOCTAVO.

CAPITULO CENTÉSIMONONO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOPRIMERO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOSEGUNDO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOTERCERO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOCUARTO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOQUINTO.

CAPITULO CENTÉSIMODÉCIMOSEXTO.

FIN DEL INDICE.

LISTA

de las treinta láminas que acompañan á esta obra y forman un cuaderno por separado.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS TREINTA LÁMINAS

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA POR ROMEY.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

TOMO TERCERO.

TOMO CUARTO.


Biblioteca Ateneu Barcelonès
1006448940



